

## COGOTAS I

*La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*

*Francisco Javier Abarquero Moras*



Junta de  
Castilla y León



# COGOTAS I

*La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*

Francisco Javier Abarquero Moras



© 2005, de esta edición  
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN  
Consejería de Cultura y Turismo.

*Ilustración de portada:* Luis Pascual. Aratikos arqueólogos

*Diseño y Maquetación:* P.Ballano\_io diseño. Ballano&Parra

ISBN: 84-9718-293-6

D.L.: VA-35/2005

*Imprime:* Gráficas Germinal, Sdad. Coop. Ltda.



**COGOTAS I**

*La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*

Francisco Javier Abarquero Moras



---

## ÍNDICE

---

■ INTRODUCCIÓN: HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN Y METODOLOGÍA	11
■ I.- COGOTAS I: LA MANIFESTACIÓN CULTURAL MESETEÑA	23
I.1.- Concepto de Cogotas I	23
I.2.- Historia de las Investigaciones	24
I.3.- Caracterización	28
Cultura Material	28
Poblamiento	39
Hábitat	42
Economía	47
Organización Sociopolítica	53
Espiritualidad y Enterramientos	55
I.4.- Cronología	59
I.5.- El <i>Área Nuclear</i> de Cogotas I	68
a.- Límites nucleares de Cogotas I	68
b.- Inventario de Yacimientos del <i>Área Nuclear</i>	73
c.- Análisis de Conjunto de las evidencias en el <i>Área Nuclear</i>	86
c.1.-El Sector de la Cuenca del Duero	86
c.2.- El Sector del Alto Tajo	97
■ II.- LAS EVIDENCIAS DE TIPO COGOTAS I FUERA DEL ÁREA NUCLEAR	103
II.1.- Territorios de Expansión. <i>La Zona de Contacto y Las Regiones Exteriores</i>	105
II.2.- Inventario de Yacimientos	112
Alto Ebro	112
Valle Medio-Alto del Ebro	125
Valle del Jalón-Alto Huerva	135
Interior de Aragón	141
La Submeseta Sur	147
Extremadura	157
País Valenciano	162
El Sureste	173
Alto y Medio valle del Guadalquivir	186
Andalucía Occidental	195
Portugal	205
Otros	211
Apéndice del Inventario General	211
II.3.- Estudio Regional. Las Diferencias Interregionales	213
Alto Ebro	214
Valle Medio-Alto del Ebro	230
Valle del Jalón y el Interior de Aragón	248
La Submeseta Sur	269
Extremadura	288
País Valenciano	299
El Sureste	317
Valle Alto y Medio del Guadalquivir	338
Andalucía Occidental	351
Portugal	366
II.4.- Cuadros Esquemáticos de las Regiones de Expansión	380



<p>■ III.- ESTUDIO E INTERPRETACIÓN DEL FENÓMENO:          LA REALIDAD DE COGATAS I FUERA DE SU TERRITORIO NUCLEAR</p>	<p>393</p>
<p>III.1.- ¿Qué se difunde?. Los elementos protagonistas de la intrusión</p>	<p>394</p>
<p>a.- La Cerámica</p>	<p>395</p>
<p>b.- Otras evidencias</p>	<p>403</p>
<p>III.2.- ¿Por Dónde? Los caminos seguidos por los Influjos de Cogotas I</p>	<p>407</p>
<p>III.3.- ¿Por Qué? Las Causas y los Factores de la difusión</p>	<p>413</p>
<p>a.- Difusión y Aculturación</p>	<p>414</p>
<p>b.- Las razones específicas. Los diferentes vehículos de difusión</p>	<p>415</p>
<p>b.1.- Repaso historiográfico</p>	<p>415</p>
<p>b.2.- Las invasiones, las grandes migraciones y la conquista militar, argumentos para rechazar</p>	<p>417</p>
<p>b.3.- Las razones de tipo económico</p>	<p>419</p>
<p>b.3.1.- Transacciones comerciales</p>	<p>420</p>
<p>b.3.2.- La Trashumancia</p>	<p>423</p>
<p>b.4.- Las explicaciones de tipo social</p>	<p>437</p>
<p>b.4.1.- Intercambio de regalos</p>	<p>437</p>
<p>b.4.2.- Emulación de comportamientos sociales</p>	<p>442</p>
<p>b.4.3.- Intercambio de mujeres</p>	<p>444</p>
<p>b.5.- Conclusión</p>	<p>448</p>
<p>c.- Factores que influyen en la “expansión”</p>	<p>450</p>
<p>III.4.- ¿Cómo se produce la difusión?. Los modelos de influencia</p>	<p>452</p>
<p>a.- Difusión por cercanía</p>	<p>453</p>
<p>b.- Difusión encadenada</p>	<p>454</p>
<p>c.- Los Centros de Redifusión y Las Estaciones Referenciales</p>	<p>455</p>
<p>III.5.- ¿Cuándo se produce la difusión?</p>	<p>461</p>
<p>a.- La distribución de las evidencias en función de las fases de Cogotas I</p>	<p>461</p>
<p>b.- Las implicaciones de la cronología absoluta calibrada en los yacimientos “de expansión” de Cogotas I</p>	<p>468</p>
<p>III.6.- Los Resultados</p>	<p>473</p>
<p>a.- Impacto de las cerámicas de Cogotas I: Rechazo o Integración</p>	<p>474</p>
<p>b.- Análisis de las evidencias arqueológicas de tipo Cogotas I en los “poblados de expansión” y su contrastación con los yacimientos de la Zona Nuclear</p>	<p>476</p>
<p>c.- Categorías de Acercamiento</p>	<p>478</p>
<p>c.1.- Yacimientos de Primera Categoría</p>	<p>480</p>
<p>c.2.- Yacimientos de Segunda Categoría</p>	<p>484</p>
<p>c.3.- Yacimientos de Tercera Categoría</p>	<p>486</p>
<p>d.- Un nuevo concepto de la producción cerámica</p>	<p>495</p>
<p>■ CONSIDERACIONES FINALES</p>	
<p>LA EXPANSIÓN DE COGOTAS I, UN FENÓMENO VARIABLE</p>	<p>501</p>
<p>Visión Geográfica</p>	<p>501</p>
<p>Visión Cronocultural</p>	<p>507</p>
<p>BIBLIOGRAFÍA</p>	<p>517</p>





## *Presentación*

---

Resulta lógico pensar que las culturas reconocidas en fases muy antiguas de nuestro pasado se extiendan por amplios territorios que exceden con mucho los espacios geográficos definidos y por supuesto, los actuales límites administrativos. Ello no obsta para que en los instantes postreros de la Edad del Bronce se reconozca la existencia de un grupo cultural que tiene su núcleo principal en nuestro territorio y que ha sido objeto por tanto de amplias intervenciones arqueológicas en Castilla y León.

Cogotas I se identifica, por primera vez, en el imponente yacimiento avulense y desde entonces existe una abundante bibliografía científica que se ha dedicado a explicar los asentamientos, las características de su bagaje material, la dispersión territorial, los modos de enterramiento así como la economía de esta importante comunidad prehistórica.

A las numerosas publicaciones existentes sobre Cogotas I, se suma el libro que ahora presentamos y con el que la Junta de Castilla y León quiere dar a conocer una temática ciertamente original: la expansión de la vasija cerámica característica de Cogotas I más allá del área central, sorprendentemente a buena parte de la geografía peninsular, ya que se constata que en el I milenio a. C. determinadas decoraciones en los vasos se extienden desde la Meseta Norte por rutas que cuentan con varios cientos de kilómetros.

Lo más significativo de este hecho es que permite presuponer la existencia de amplios contactos comerciales, una organización económica que va más allá del autoabastecimiento de los poblados o los grupos tribales y por que no, de intensas relaciones y en consecuencia de transacciones culturales y tecnológicas de largo alcance.

La idea de que los pueblos prehistóricos de la Península Ibérica de aquel momento compartían experiencias nos parece ciertamente interesante, entre otras cosas, porque estamos convencidos de que la relación entre los hombres y los pueblos, poner en común sus conocimientos, es sin lugar a dudas una de las actividades humanas que más nos ennoblece.

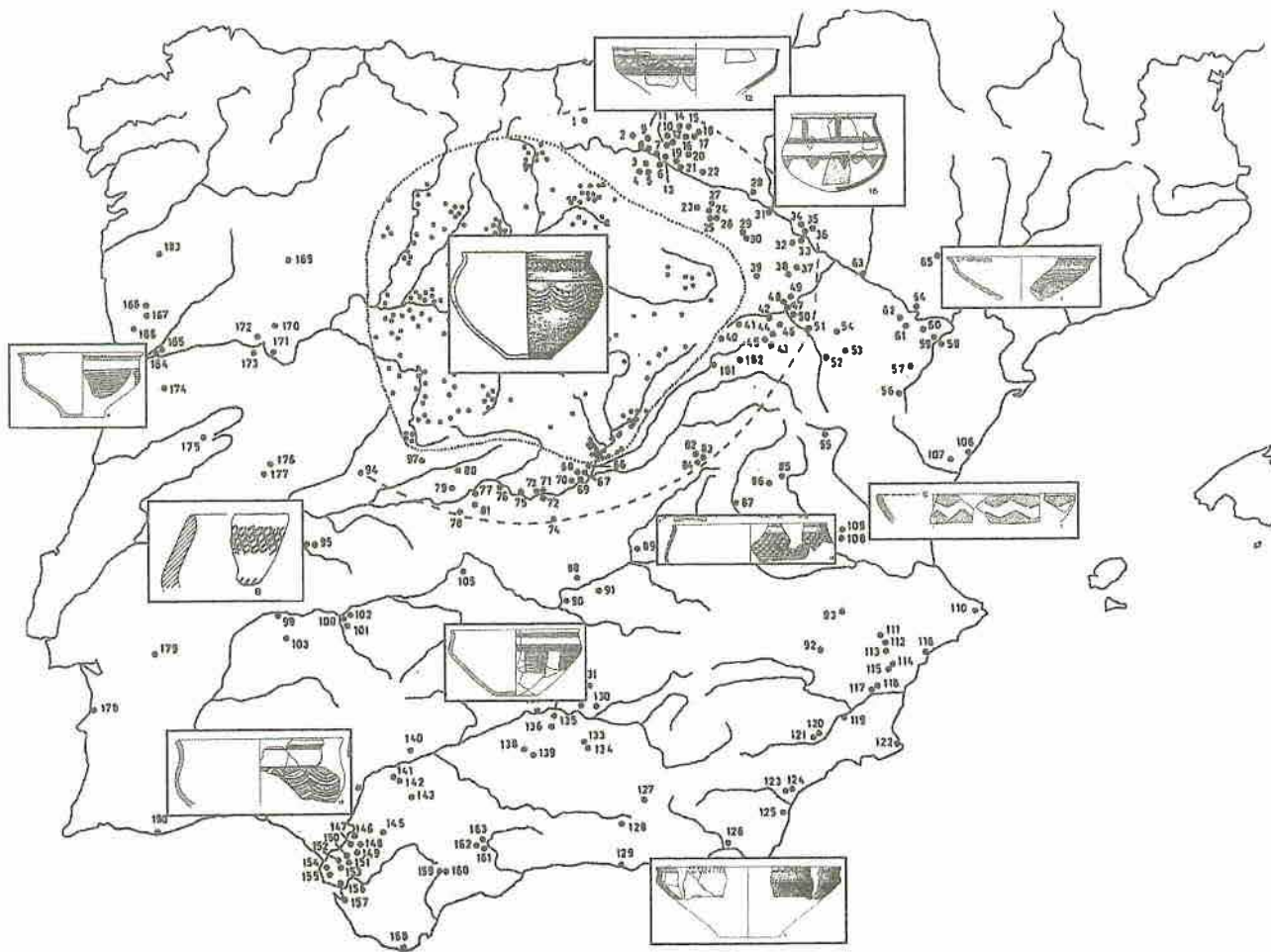
Silvia Clemente  
Consejera de Cultura y Turismo

*A Vidal,  
porque nunca te fuiste,  
porque tu mirada permanece.*



## Introducción

Historia de la investigación y  
metodología





## ■ INTRODUCCIÓN:

---

### HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN Y METODOLOGÍA

---

Es frecuente en los estudios histórico-culturales sobre la prehistoria de los pueblos el utilizar términos como “expansión”, “difusión”, “proyección” o “dispersión”. Es evidente que cada uno de ellos está lleno de matices y que todos pueden verse subyugados por criterios subjetivos de valoración. Sin embargo, en cualquier caso se pretende con estos vocablos justificar la constatación de evidencias arqueológicas similares que se reparten por distintos territorios geográficos. Las interpretaciones expansionistas han tenido siempre una doble vertiente, por un lado aquellas en las que se considera al hombre como el verdadero protagonista del proceso y por otro las que sólo implican a determinados aspectos de la vida de aquel. En el primer caso la ampliación del fenómeno estudiado se produce a través del traslado humano, que conlleva el de sus características culturales, mientras que en el segundo éstas últimas pueden alcanzar nuevos espacios por mecanismos de contacto que no implican movimientos de población. En muchas ocasiones es difícil establecer cual de los dos supuestos acontece, puesto que las huellas visibles de ambos pueden ser muy parecidas, por lo que sólo se llega a definir la “extensión” de una determinada manifestación en el registro.

Muchos son los procesos históricos que se han explicado a partir de este tipo de razonamientos, desde los grandes acontecimientos de la humanidad como la aceptación de la economía de producción neolítica, hasta fenómenos de implantación regional más limitada como el avance de los Campos de Urnas en el Bronce Final y la Edad del Hierro. La Península Ibérica no ha sido ajena a estas corrientes

que, todo sea dicho, están apoyadas por una importante base científica y empírica. En nuestro suelo, el máximo exponente de la aplicación de estas teorías se encuentra en las controvertidas “invasiones indoeuropeas”, hipotéticamente protagonizadas por los pueblos celtas de los que hablan las fuentes.

Sin duda son este tipo de razonamientos, que ofrecen una solución relativamente fácil al problema, los que han permitido que durante cuarenta años se venga hablando de la “Expansión” de Cogotas I.

Lejos están ya los tiempos en los que la fe ciega en procedimientos de esta índole entorpecía el avance de las investigaciones, optándose en estos momentos por modelos de cambio menos drásticos; sin embargo, las explicaciones a través de fenómenos expansionistas, protagonizados o no por elementos humanos, siguen surcando las páginas científicas y, adaptadas a conceptos sociológicos, subyacen en multitud de nuevas hipótesis.

Más adelante tendremos ocasión de definir detenidamente lo que se entiende por Cogotas I; baste decir, para presentar el tema principal de nuestra investigación, que se trata de una “cultura”, hoy acomodada en la Edad de Bronce, cuyo principal rasgo de diferenciación es el uso de características cerámicas decoradas con vistosos motivos incisos, impresos, de boquique y excisos, muchas veces rellenos de pasta blanca. Éstas últimas se convirtieron muy pronto en el fósil director de aquel grupo, y su reconocimiento era motivo suficiente para inferir la pertenencia del enclave al mismo. Desde que Cogotas I empezó a tomar naturaleza independiente en la prehistoria hispana allá por los



años 20, la mayoría de sus hallazgos se repartían por las tierras de la cuenca del Duero y los alrededores de Madrid, lo que inclinaba a considerarlo una manifestación geográficamente vinculada a las tierras del interior. Sin embargo, casi a la par de la definición del grupo, se fueron detectando, a veces por medio de la revisión de hallazgos muy antiguos, algunas cerámicas con formas y decoraciones similares a las que caracterizaban a los poblados de la Meseta en regiones de la periferia peninsular -Sureste, Andalucía Occidental, País Valenciano-, así como en algunos puntos de Aragón y País Vasco; lo que, a la postre, servirá para plantear la hipótesis de la expansión.

Las primeras muestras de cerámicas de tipo Cogotas I localizadas fuera de la Meseta son algunos vasos recuperados por los ingenieros belgas Luis y Enrique Siret (1890) en las excavaciones de los poblados de Fuente Álamo y El Oficio (Almería) y que fueron publicados junto a los materiales argáricos. Pero en aquellos momentos aún no se había definido la existencia del grupo meseteño, por lo que no hubo lugar para establecer ningún tipo de relación cultural entre el Sureste y las tierras del interior peninsular. Más tarde, Fernández de Avilés (1935) da a conocer dos nuevos fragmentos de cerámica incisa procedentes del Cerro de Santa Catalina (Murcia) que luego servirán a Maluquer para formular su hipótesis. Pero es Esteve Gálvez (1944), cuando se topa con un conjunto de barro decorados con boquique, excisión e incisión en el Tossal del Castellet (Castellón), el que primero plantea la llegada de las producciones típicas de la Meseta castellana hasta otros territorios de la Península. Este autor piensa, además, que en el caso que le ocupa tal circunstancia se había producido a través de la ruta del Jalón, según se podía desprender de la existencia de hallazgos similares en Alhama de Aragón (Zaragoza). A pesar de ello, nuevos vasos de

tipología cogoteña aparecidos con posterioridad -como los de Salobreña (Martínez Santa-Olalla, 1947) o El Campello (Figueras, 1950)- no suscitan interpretaciones similares, y no serán vinculados a Cogotas I hasta años más tarde. Al mismo tiempo Teógenes Ortego realiza sus primeras investigaciones sobre el yacimiento de Tajada Bajera (Bezas, Teruel) (Ortego, 1951), donde recupera algunos fragmentos con decoraciones incisas y de boquique, pero sobre todo, un gran vaso exciso que compara con las piezas de perfil troncocónico de los areneros del Manzanares, con un plato del primer horizonte del castro de Las Cogotas (Ávila) y con los hallazgos del poblado del Tossal del Castellet; sin embargo, este autor está mediatizado por la corriente general de la época que otorgaba a la excisión de Cogotas I un origen europeo, por lo que en vez de plantear la llegada de estos tipos cerámicos desde la Meseta considera el citado vaso resultado de las invasiones “celtas”.

Esteve es el primer investigador que intuye la existencia de contactos entre la Meseta y otras regiones en este momento, aunque lo hace desde una perspectiva particular y para dar explicación a un problema surgido en un poblado concreto; sin embargo, Maluquer de Motes será el primero en analizar el tema desde una perspectiva global, partiendo del estudio del grupo protagonista. Esto ocurre en la primera síntesis seria ofrecida sobre Cogotas I y las cerámicas de boquique, donde el autor reconoce dos zonas de concentración que, en líneas generales, se corresponderían con la Submeseta Norte y los alrededores de Madrid; sin embargo, y a pesar de los escasos datos entonces conocidos, se atreve a hablar de la “expansión” de este tipo de cerámicas hasta la región de Murcia- en virtud de los hallazgos de Fernández de Avilés-, y a través del Jalón, aunque en este caso los ejemplos ofrecidos no sean acertados (Maluquer, 1956: 194)<sup>1</sup>.

---

1. Sin embargo, no repara en los materiales de Alhama y Castellón publicados por Esteve, ni tampoco en los hallados por los Siret en el Sureste.

En las décadas siguientes, y a medida que se practican más excavaciones, los hallazgos de este tipo de alfarería empiezan a multiplicarse, sobre todo en la cuenca del Duero, pero también en puntos dispersos de otras regiones, como prueban los trabajos de J. M. Barandiarán y A. Llanos en Alava, o las muestras de Carmona, Tarifa y Cabezo Redondo. En ocasiones, cuando todavía se pensaba que Cogotas I era un horizonte ubicado en la Edad del Hierro, las asociaciones que éstas cerámicas ofrecían en territorios como Extremadura y Andalucía llevaron a algunos investigadores a proponer que el origen de las mismas, o por lo menos de las decoradas con boquique, estaba en la última de las regiones (Rivero, 1972-73: 128); sin embargo, la posterior recolocación de Cogotas I en fechas de la Edad del Bronce, avalada por el C-14, terminó por demostrar la mayor antigüedad de los ejemplares de la Meseta.

Pero será sobre todo la excavación del poblado granadino de La Cuesta del Negro (Purullena), y la interpretación de su fase superior -donde predominan las cerámicas de tipología meseteña- como un auténtico enclave de Cogotas I en tierras andaluzas (Molina y Pareja, 1975), el acontecimiento que consolide definitivamente la teoría de la “expansión”. A partir de este momento este asunto estará siempre presente en cualquier estudio sobre el grupo y comenzarán a proliferar los mapas peninsulares que pretenden mostrar gráficamente el proceso (Figs. 1 y 2). El primero de ellos se incluye en el trabajo de diferenciación de las excisas peninsulares realizado por Molina y Arteaga (1976: fig. 1) y plasma la dispersión de las cerámicas decoradas con esta técnica diferenciando los distintos grupos. Las de Cogotas I se señalan ya, además de en la Meseta central, en algunos puntos de Alava, el Jalón, Teruel, el Sureste y el País Valenciano. Un año después Almagro-Gorbea confecciona un nuevo mapa de dispersión, pero esta vez referido a la cerámica de boquique en el que se destaca claramente

la mayor densidad ofrecida por la regiones centrales del Duero y del Alto Tajo, pero también la existencia de un buen número de puntos repartidos por el Alto Ebro, el Jalón, Castellón, Alicante, el Sureste y el Bajo Guadalquivir, que son explicados por el autor como penetraciones culturales y esporádicas en áreas periféricas (Almagro-Gorbea, 1977: 109-119 y fig. 52). Tras la asimilación de los trabajos sobre Cogotas I de los años 70 y principios de los 80, Fernández-Posse (1982, fig. 4) enriquece el mapa peninsular con algunas señalizaciones más en el Norte de Portugal, el Valle del Ebro y entre el Tajo y Sierra Morena, proponiendo más tarde una relación entre la consolidación del grupo como cultura y su avance territorial fuera de la Meseta (Fernández-Posse, 1986). Otros mapas de dispersión aparecidos en la década, acompañados de ciertos comentarios sobre este aspecto, son el que diseña Jimeno (1984a: fig. 37) con ocasión de la publicación del yacimiento de Los Tolmos de Caracena, el que presenta Coffyn (1985: carte 31) en su trabajo sobre el Bronce Final atlántico de la Península Ibérica, el de Fernández Manzano (1985: 68 y 70-71) -quien se hace eco de la «proyección hacia otros territorios de la Península»-, y una revisión por parte de Almagro-Gorbea (1986: 364) que completa su mapa con nuevos hallazgos que alcanzan incluso las tierras oscenses. Algunos mapas más han hecho acto de presencia en estas publicaciones, sin embargo, se limitan a incluir determinados puntos de la región que están estudiando dentro de las cartas más clásicas; muestra de ellos son los ofrecidos por Burillo (1979: fig. 11), Jorge (1980b: fig. 2) o Calo y Sierra (1983: fig. 4).

La “expansión” se muestra entonces como un fenómeno tan evidente que, de forma sistemática, será uno de los rasgos a tratar por todos aquellos investigadores que se acerquen a la definición de Cogotas I (Delibes, 1983; Fernández-Posse, 1986: 482-484; Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87: 17). Sin embargo, serán, a partir de ahora, los

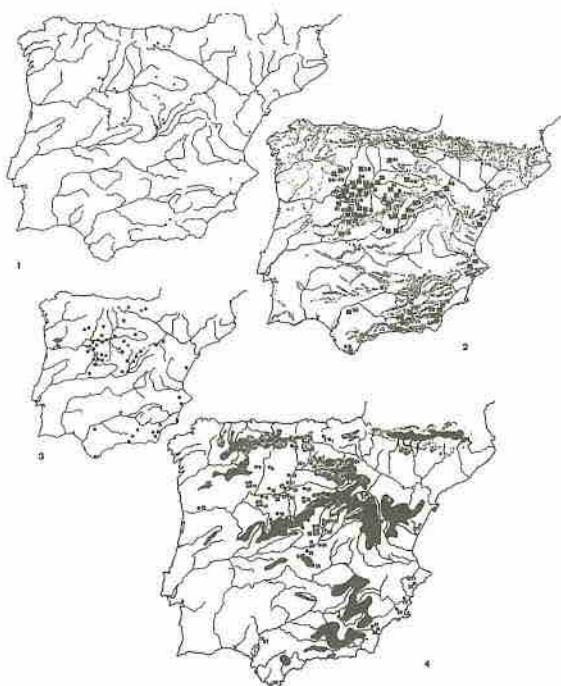


Figura 1. La “expansión” de Cogotas I a través de la investigación: 1. A partir de Molina y Arteaga, 1976; 2. Almagro-Gorbea, 1977; 3. Jorge, 1980b; 4. Fernández-Posse, 1982.

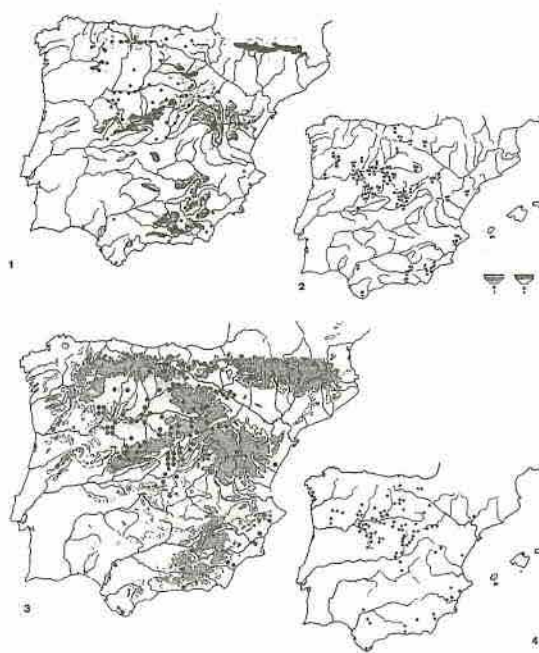


Figura 2. La “expansión” de Cogotas I a través de la investigación: 1. Jimeno, 1984a; 2. Coffyn, 1985; 3. Fernández Manzano, 1985; 4. Almagro-Gorbea, 1986.

trabajos parciales, aquellos que centran su estudio en yacimientos o regiones concretas, los que más van a aportar a la investigación del fenómeno. Entre los más destacados podemos citar la síntesis de Hernández Vera (1983) para el Valle del Ebro, la de Martín de la Cruz y Montes Zugadi (1986) para la cuenca del Guadalquivir, o el, ya clásico, esquema del Bronce Tardío y Final del Sureste de Molina (1978)<sup>2</sup>.

Ante el continuo incremento de las evidencias extramesetanas y su amplia distribución por la práctica totalidad de las regiones ibéricas, nada tiene de raro que se cayera en la tentación de otorgar a Cogotas I el calificativo de «civilización o cultura de

*rango peninsular*» (Delibes, 1983: 89; Fernández Manzano, 1985: 68). Sin embargo, en los últimos años la euforia suscitada por la “expansión” de Cogotas I se ve suavizada por interpretaciones menos arrogantes, que ven en este tipo de situaciones el resultado de contactos de no demasiada intensidad (Fernández-Posse y Martín, 1991: 82).

En esta misma línea, Delibes y Romero (1992: 240-242) piensan que se podría hablar de un “territorio nuclear”, que fundamentalmente coincidiría con la cuenca del Duero y el sector del Alto Tajo, y un “área de expansión”, fuera de los espacios mencionados, donde las cerámicas de Cogotas I no

2. En el estudio de cada región tendremos ocasión de ver cual ha sido la trayectoria particular de la investigación sobre el tema.



supondrían más que un añadido a la cultura material local. Hablan, por lo tanto, de «yacimientos con cerámicas Cogotas I», en contra de «yacimientos Cogotas I» para las regiones marginales de la Península, aunque reconocen la posibilidad de la existencia de algunas excepciones como el poblado de la Cuesta del Negro en Purullena (Granada).

Otros autores, como Castro, Micó y Sanahuja (1995), que se hacen eco del fenómeno dentro de un trabajo encaminado a encuadrar el grupo en los nuevos parámetros de cronología calibrada, plantean soluciones de movilidad social como causa última, una idea que, para este y para otros procesos de difusión, está teniendo un importante seguimiento en los últimos tiempos.

A modo de resumen podemos decir que la “expansión” de Cogotas I empezó por añadirse tímidamente en la andadura primigenia del grupo como un aspecto peculiar; pasó en la década de los 70 a convertirse en uno de los principales rasgos de la definición del mismo, llegando incluso a propiciar que se hablase de una “cultura de alcance peninsular”; mientras que en los últimos años se considera un fenómeno amplio pero sin excesiva incidencia en las poblaciones periféricas.

La visión grandilocuente de la “expansión” de Cogotas I tiene su origen en una perspectiva arqueológica errónea que identifica producción cerámica con grupo humano (González Marcén, Lull y Risch, 1992: 248). Siguiendo esta premisa, que ya afectó a la vajilla campaniforme, la dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I se consideró muestra inequívoca de la ampliación física del grupo al que caracterizaba, así como de sus modos de vida y su cultura material. La superación de aquella teoría, de cuyo peligro se viene advirtiendo desde los tiempos de V.G. Childe (Ruiz Zapatero, 1983), nos lleva hoy a valorar la posibilidad de que un determinado tipo cerámico se difunda con independencia de lo que haga el grupo humano en el que surgió y al que

caracteriza, y sin necesidad de traslado de población, al igual que lo hacen las invenciones o los adelantos técnicos. Por otra parte, en la especial atención prestada al fenómeno influye, sin duda, el pintoresquismo y vistosidad intrínseca de las cerámicas decoradas que lo protagonizan, así como una práctica total ausencia de especies de una categoría similar en los territorios de llegada, lo que hace destacar aún más las piezas meseteñas.

Un primer vistazo a nuestro inventario y al mapa de dispersión que aquí se presenta podría inducir nuevamente a error, puesto que el amplio número de estaciones señaladas fuera de la Meseta cabría interpretarse como la confirmación de las más atrevidas teorías sobre la “expansión” del grupo. Sin embargo, al analizar detenidamente los documentos arqueológicos de que disponemos, hemos podido comprobar que la inmensa mayoría se ha incluido dentro de este proceso tan sólo en función de un corto número de fragmentos o vasos decorados al estilo de Cogotas I -incluso a partir de un único ejemplar-, que en multitud de casos aquellos presentan las suficientes peculiaridades técnicas, decorativas y formales como para pensar en especies de imitación, y que, por último, suelen verse acompañados de un conjunto material mayoritariamente perteneciente al substrato de tradición local. Esta, al fin y al cabo, es la regla más habitual en el proceso de dispersión, a pesar de haberse detectado poblados que han de tener una consideración especial. En definitiva, podemos adelantar aquí que la realidad de Cogotas I en la mayor parte de las estaciones reflejadas no responde a una traslación literal de los rasgos arqueológicos observados en el grupo dentro de la Meseta, ni mucho menos a una suplantación poblacional o imposición política, sino a una aculturación de tipo material, que parece afectar únicamente a las decoraciones cerámicas de la vajilla fina.

Por estos motivos creemos que el término “expansión”, por el que generalmente se entiende la

ampliación de un territorio en el que se manifiestan una serie de características concretas, y que ha sido utilizado en multitud de ocasiones a lo largo de la historia de la investigación sobre Cogotas I, trasmite, a todos los efectos, una idea poco cercana a la realidad del fenómeno. No se trata del ensanchamiento del espacio físico de un grupo humano, sino del desbordamiento, por parte de su cerámica, de los límites en los que habitualmente se desenvuelve. Por lo tanto, al igual que no creemos que se pueda hablar de yacimientos de Cogotas I fuera de la Meseta, pero sí de yacimientos con cerámicas de Cogotas I (Delibes y Romero, 1992: 241), consideramos que no se puede hablar de “expansión de Cogotas I” pero sí de “expansión de cerámicas de tipo Cogotas I”, como la evidencia de una manifestación arqueológica objetiva. Sin embargo, a nuestro modo de ver, faltaríamos menos a la verdad si habláramos de “difusión”<sup>3</sup> o “divulgación” del tipo cerámico de Cogotas I, puesto que de esta manera nos sería más fácil incluir el fenómeno dentro de un proceso de “aculturación” parcial -frecuentemente de escasa trascendencia, y fundamentalmente de tipo material- en el que la mayoría de los ejemplares que lo protagonizan pueden considerarse especies de imitación.

Por lo tanto, no queremos partir en este estudio de una idea “engañosa” como se puede desprender del término “expansión” (=ampliación); por el contrario, hemos de plantear el problema desde una perspectiva realista y menos mitificada, y contextualizándolo dentro de un mundo arcaico y de un estadio medio de evolución dentro de las sociedades complejas de la Edad del Bronce, como es el de la Meseta central en este período.

Por esta misma razón hemos renunciado a incluir el término expansión en el enunciado de este trabajo, con la intención de no predisponer al lector a encontrarse con un proceso consistente en la

extensión global de una formación sociocultural. Con este artificio pretendemos dar una nueva imagen del fenómeno, que consistiría fundamentalmente en el *reflejo* de ciertos rasgos de Cogotas I en el seno de otras comunidades culturales.

En cualquier caso, en un primer acercamiento al tema, hemos podido comprobar como éste sólo ha sido tratado de una manera parcial, y preferentemente de soslayo. Los hallazgos únicamente eran recogidos de forma sistemática en algunas regiones concretas, mientras que las visiones generales se limitaban a escuetos comentarios globales o, como mucho, a someros repasos de la lista de yacimientos afectados. La mayoría de las veces las propuestas de interpretación se lanzaron de forma intuitiva y, a pesar del éxito obtenido -caso de la trashumancia-, nunca han sido suficientemente contrastadas, ni siquiera medianamente meditadas. La “expansión” de Cogotas I se usaba de forma recurrente para demostrar la vitalidad del grupo sin pararse a pensar que es lo que significaba aquella y que condiciones exigía para poderse llevar a cabo. Muchos investigadores reconocían el interés y la relevancia de una manifestación de este tipo ocurrida en el seno de un grupo aparentemente poco “aparatoso” en su organización social y política, y continuamente se lanzaban llamadas de atención sobre lo recomendable de profundizar en el tema, pero siempre se dejaba entrever la dificultad que amenazaba tal tarea.

Esta se complicaba mucho más aún cuando se trataba de acometer el problema desde lo que podemos denominar por el momento “zonas de llegada”. Allí, preferentemente en el Sureste y Sur del País Valenciano, y posteriormente por mimetismo en el resto de las regiones involucradas, se identificaba la presencia de especies de tipo Cogotas I con un momento cronocultural concreto que se usaba

---

3. Acudiendo a una de las definiciones que sobre el verbo da el diccionario, difundir es «propagar o divulgar conocimientos, noticias, actitudes, costumbres y modas», lo que se ajusta mucho más a la realidad que, poco a poco, hemos ido descubriendo sobre la expansión de Cogotas I.

como broche de unión entre las fases tradicionales del Bronce Pleno y del Bronce Final, el llamado Bronce Tardío. Aquellas cerámicas se convirtieron casi de inmediato en su fósil director, con lo que se encajonaba el estudio del grupo meseteño dentro de un modelo teórico previo que olvidaba con frecuencia los avances que sobre el mismo se hacían en su región de origen.

En otras ocasiones comprobamos cómo, también de forma irreflexiva, se adjudicaba el calificativo “Cogotas I” a determinadas especies cerámicas que, por el contrario, nada tenían que ver con los ejemplares meseteños, ni en los esquemas formales ni en los decorativos, y cómo esta adscripción se convertía en la solución a ciertos materiales “incómodos” que no encontraban precedentes claros en la tradición local.

Es cierto que en los últimos años las aportaciones al proceso de “difusión” han sido más generosas en argumentos, incluso de corte analítico (Delibes y Romero, 1992: 240-242; Delibes, 1995b: 119-118; Logemann *et alii*, 1995), sin embargo, el grueso de los problemas seguía sin resolver y la mayoría de las preguntas -¿Qué es lo que se difunde?, ¿Qué caminos sigue la difusión?, ¿Cuáles son sus motivos y qué factores afectan al proceso?, ¿Cómo se produce?, ¿Cuándo? y ¿Cuáles son los resultados?- permanecían sin obtener respuestas.

Ante este panorama y con estos antecedentes comenzamos nuestra investigación dispuestos a dar cumplida cuenta de todos los interrogantes planteados, y no sólo siguiendo los impulsos de la curiosidad que habita en el corazón de los historiadores, sino por considerar que el estudio de este particular involucra toda una serie de aspectos de interés general para la Edad del Bronce de la Península y que, por lo tanto, podría contribuir a la comprensión de fenómenos como la interacción interregional, puesto que exige la comparación de distintas zonas de la geografía ibérica y de sus características culturales.

Desde el primer momento nos planteamos un objetivo fundamental, desvelar la realidad de Cogotas I fuera de las tierras centrales de la Península Ibérica, y para ello habíamos de perfeccionar una *metodología* flexible, capaz de admitir en el transcurso de su uso la incorporación de nuevos datos -que sin duda llegarían- y basada fundamentalmente en la recopilación y tamizado de toda la información disponible.

La táctica de ataque pasaba por un conocimiento exhaustivo del comportamiento interno de Cogotas I y por la comparación de éste con las evidencias que definen la pretendida expansión. Para ello utilizamos una serie de recursos que podemos resumir de la siguiente manera:

#### 1. Recogida de información.

En primer lugar nuestros esfuerzos se han dirigido a recabar todos aquellos datos sobre los yacimientos que, de una u otra forma, ofrecían cerámicas de Cogotas I fuera de los dominios generalmente admitidos para el grupo.

#### 2. Delimitación territorial.

El segundo recurso metodológico tiene como fin la delimitación del área de estudio, para lo cual debíamos proceder a la segregación de las manifestaciones de Cogotas I en realidades geográficas diferentes: por un lado los territorios que pueden ser considerados el solar original del grupo, su “Área Nuclear”, y por otro aquellos que se ven discriminados espacialmente de ésta, de manera que forman conjuntos más o menos conectados, “Regiones de Expansión”, que se reparten por la geografía peninsular.

#### 3. Modelos de comparación regional.

Una vez delimitado físicamente el fenómeno hemos procedido al enriquecimiento del estudio mediante la aplicación de fórmulas comparativas intra e interregionales, aplicando un esquema de análisis que tendrá en cuenta aspectos como el medio geográfico, los precedentes culturales y el marco cultural.

#### 4. Criterios de catalogación.

Este último recurso metodológico pretende, a través del análisis de las evidencias y en función de su nivel de acercamiento a los modelos originales de Cogotas I, establecer diferentes grados de influencia, a cada uno de los cuales otorgamos unas características concretas.

Nuestro estudio, tras la presentación que ahora finaliza, se articula en tres capítulos y unas consideraciones finales.

El primero de los bloques se ocupa de ofrecer una visión globalizadora de lo que hoy entendemos por *Cultura de Cogotas I*; su definición, la historia de su construcción científica, sus características generales, su cronología y las cuestiones sobre su territorio. En este punto introduciremos la diferenciación entre “Área Nuclear” y “Territorios de Expansión”, para pasar a delimitar la primera, a presentar la documentación sobre la misma y a abordar su estudio regional. Por último se presentan los cuadros esquemáticos con los yacimientos atribuidos a este grupo en el sector del Duero y en el Alto Tajo. Con ello pretendemos tener claro el modelo de referencia con el que comparar las manifestaciones que nos encontremos en las regiones ajenas, así como las diferentes peculiaridades internas que pueden ayudarnos a descifrar el origen concreto de las influencias. La imagen que proyectamos aquí pudiera ser, en algunos aspectos más que en otros, más exhaustiva y profunda, sin embargo, consideramos que proporciona el conocimiento suficiente como para abordar el principal objetivo de esta investigación.

El segundo capítulo, *Las evidencias de tipo Cogotas I fuera del Área Nuclear*, presenta el mayor volumen de información y procesado de la misma. El primer apartado define los distintos “Territorios de Expansión”, introduciendo una diferenciación geográfica, que más tarde se convertirá en cultural, entre “Zona de Contacto” y “Regiones Exteriores”. En el segundo apartado se hace un somero repaso

del inventario de yacimientos afectados por la presencia de cerámicas de Cogotas I. En el tercero se analizan las evidencias de forma conjunta en cada una de las regiones, aplicando un modelo de estudio homogéneo para todas ellas. Por último se presentan los cuadros esquemáticos referidos a todos los yacimientos de “expansión”.

El tercer capítulo, *Estudio e Interpretación del Fenómeno*, pretende, mediante el planteamiento de varias preguntas, ofrecer una visión del fenómeno desde una perspectiva global. Se analizan aquí las cuestiones de interés del proceso de “expansión” de Cogotas I, su verdadera naturaleza, sus causas y los resultados que provoca.

Por último, y no sólo como una mera recapitulación del tema, exponemos varias *consideraciones finales*, introduciendo análisis multivariantes que terminarán demostrando la realidad plural del proceso de difusión.

El trabajo que ahora presentamos se deriva de la Tesis Doctoral del autor, dirigida por el Doctor Germán Delibes de Castro, catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid, y leída en este último centro el 5 de septiembre de 1997. El texto original -cuyo título rezaba: Área Nuclear y Territorios de Expansión. La Proyección de Cogotas I por las Regiones Periféricas de la Península Ibérica-, parcialmente aligerado y corregido, es la base de este libro, por lo que no se incluyen nuevos documentos cerámicos aparecidos o publicados con posterioridad a la fecha citada. Pese a ello creemos que los análisis regionales efectuados así como las explicaciones de carácter interpretativo se mantienen vigentes y cumplen, como era el objetivo del estudio, la misión de plasmar una realidad cultural de la Edad del Bronce vista desde una perspectiva meseteña.

Antes de finalizar esta introducción, y ahora en primera persona, quiero expresar aquí mi gratitud a todas aquellas personas que de una u

otra forma han contribuido en la elaboración de este trabajo.

En primer lugar tengo especial interés en dejar constancia de mi más sincero agradecimiento al Dr. Germán Delibes de Castro, amigo, maestro y director de la tesis que da pie a este libro, por despertar desde las aulas mi interés por la Prehistoria, por contagiarme su ilusión por el tema aquí desarrollado, por guiar mis pasos en la investigación, por avalar todas las ayudas solicitadas, por proporcionarme los contactos necesarios, pero sobre todo, por mostrar, desde el principio, su confianza en mi capacidad para sacar adelante este estudio. Particular es también mi gratitud hacia José Antonio Rodríguez Marcos, con el que aprendí a desenterrar y a desentrañar el pasado, a quien debo mi definitiva inclinación hacia Cogotas I y responsable también de que me embarcara en esta aventura.

Por otra parte he de expresar mi reconocimiento a la Junta de Castilla y León y a la Universidad de Valladolid, por concederme sendas becas que me permitieron una dedicación exclusiva a la confección de esta tesis doctoral, y al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la citada Universidad, en concreto al Área de Prehistoria y a todos sus miembros, por haberme acogido como a un compañero más. En especial deseo mencionar al Dr. Fernando Romero, quien siempre se preocupó por la marcha de este trabajo y puso en mis manos todos los medios a su alcance para hacer posible su culminación.

Con especial afecto revelo mi agradecimiento hacia mis colegas y compañeros, becarios y colaboradores del mencionado Departamento. Entre ellos he de reconocer la labor de María Luisa Ramírez, a quien tantas pequeñas y grandes cosas consulté, obteniendo siempre un preciso juicio y la indicación de un recto proceder, y cuyo incesante afán por las cosas bien hechas es sólo superado por su amplia calidad humana; pero también la de Olatz

Villanueva, por ir por delante marcando el camino y compartir conmigo tantos y tan fructíferos ratos, así como la de José Ignacio Herrán, Fernando Díez Martín, Antonio Bellido, Zoa Escudero y Soledad Estremera. Todos ellos siempre dispuestos a buscar soluciones a mis problemas y a ayudarme a franquear los inconvenientes que se presentaron.

Mi gratitud también a Ángel Rodríguez, quien con exquisita paciencia soportó mis indicaciones para reconvertir gran parte de la información gráfica que se presenta en este libro, a Dionisio Redondo, a Ana Fraile y Miguel Ángel Marcos, a Alicia Villar y José Luis Hoyas, a Sonsoles Montero, a Inés Centeno y al equipo de prospección del Inventario Arqueológico de Valladolid.

Por otra parte, este estudio no hubiera sido el mismo sin la colaboración altruista de un buen número de investigadores que, sin conocerme, me proporcionaron datos de inestimable valor. Por ello quiero mencionar aquí a Diego Ruiz Mata, Francisco Contreras, José Antonio Cámara, Manuel Pellicer, Laura Hernández, Javier Ibáñez, Teresa Andrés y Ana Bettencourt.

Gracias también a los miembros del tribunal que juzgó esta tesis doctoral, Fernando Romero, Julio Fernández Manzano, Ángel Esparza, Concepción Blasco y M<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse.

Debo mostrarme en deuda con el Servicio de Planificación y Estudios de la Junta de Castilla y León y con Jesús del Val, por hacer posible la publicación definitiva de este trabajo, así como con Aratikos Arqueólogos y con su dibujante Luis Pascual.

Por último, dar las gracias a todas aquellas personas que siempre han confiado en mí. A mis amigos, dentro y fuera de la arqueología, y a mi familia –mis padres, mis hermanos y en especial a Puri y a Juan Carlos-, por profesar una fe ciega en lo que hacía y por depositar sus ilusiones en mi trabajo.

A todos ellos mi más sincero agradecimiento, a Vidal mi más emocionado recuerdo.

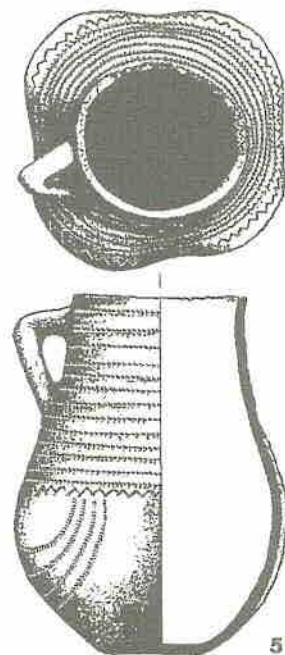




*Capítulo I*



Cogotas I:  
La manifestación cultural meseteña





## I.1\_Concepto de Cogotas I

Antes de entrar a describir las características que adornan al grupo meseteño hemos de dedicar algunas líneas a delimitar el marco teórico de lo que se entiende por Cogotas I. A lo largo de su historia varias han sido las categorías de definición con la que se ha utilizado este nombre. La primera de ellas se desprende de la excavación del castro epónimo en Cardeñosa (Ávila) (Cabré, 1930), donde *Cogotas I* no hace referencia sino a la primera de las fases detectadas en el yacimiento; no se refiere, por lo tanto, más que a un determinado momento de la vida de un poblado concreto. Tras la paulatina localización de un mayor número de hábitats caracterizados por tipos cerámicos similares a los del castro abulense en las regiones montañosas de la Meseta y en el sector oriental de la misma, Cogotas I pasó a entenderse como una *facies* regional, primero instalada en la Edad del Hierro y más tarde en la Edad del Bronce, con una personalidad que parecía diferenciarla claramente de las grandes manifestaciones arqueológicas del resto de la Península Ibérica.

También, dentro de una corriente extendida entre los investigadores de los años 70 y 80, se ha hablado en multitud de ocasiones del “Horizonte cultural de Cogotas I”, e incluso de otros horizontes como “Cogeces”, “Los Tolmos”, “Los Vascos” y “Pantoja”, que se refieren a su etapa de formación en distintas zonas. Por último, varios investigadores se

han referido a la “Cultura de Cogotas I”, tratando de definirla como tal y de darle el mismo contenido que otras “formaciones culturales” establecidas en distintos sectores del territorio hispano.

Según este esquema, podríamos sospechar que a medida que aumentaban las evidencias arqueológicas, y éstas se hacían extensivas a una región particular, se otorgaba una mayor consideración al término con el que se conocían. *Fase local*, *Facies regional*, *Horizonte Cultural* y *Cultura* podrían entenderse, a pesar de la indefinición y subjetividad de todas estas propuestas, como escalones sucesivamente más altos en la valoración del grupo Cogotas I<sup>4</sup>.

Estas apreciaciones han de ser matizadas para que las sucesivas alusiones a la cultura, al grupo cultural o al horizonte de Cogotas I no sean interpretadas de forma errónea. El término de “cultura” en la definición de las sociedades prehistóricas vino a completar la utilización de los “períodos”, que hasta el momento sólo servían para la ordenación cronológica de los hallazgos; con su utilización se sugiere una unidad que no es sólo formal (objetos) sino que abarca los contenidos (actitudes). Consiste, en realidad, en una construcción actual del pasado, y se basa en una unidad mental y en una ciencia social unitaria (González Marcén, Lull y Risch, 1992: 25). En este sentido, es posible que con los medios a nuestro alcance seamos incapaces de desvelar la existencia de aquella unidad, por lo que se ha propuesto un término menos rígido, el “*Grupo Arqueológico*”,

---

4. Sin duda, la cuestión que se aborda en este trabajo (la pretendida “expansión” por todos los territorios ibéricos) influye en la progresiva concesión de calificativos de mayor rango.

basado en la categoría de “*Cultura Arqueológica*”, que se ciñe exclusivamente a ordenar la manifestación arqueológica y permite una actitud abierta que contempla la multiplicidad de fenómenos (González Marcén, Lull y Risch, 1992: 22-30).

Cogotas I sería, por lo tanto, un ejemplo de grupo arqueológico, puesto que las manifestaciones que lo unifican -fundamentalmente la cerámica- son esencialmente materiales. Las expresiones sociales, rituales-espirituales, políticas y hasta económicas de las gentes que compartían un determinado tipo cerámico podían o no ser similares; y, aunque cabe la posibilidad de que estuvieran unidas por una trayectoria común, su interpretación podría hacerse de manera distinta entre las muchas comunidades más o menos independientes que acampaban en el amplio espacio abarcado por este grupo.

Por lo tanto, podremos encontrar en este texto alusiones a la “cultura de Cogotas I”, pero siempre teniendo en cuenta que tal consideración se utiliza en su vertiente arqueológica; mientras que, de forma predominante, utilizaremos el término grupo de Cogotas I o grupo meseteño. Por otra parte, también hemos de dejar claro desde el principio que con esta última denominación nos referimos a todo el desarrollo evolutivo del complejo, tanto a la fase Protocogotas como al horizonte clásico de Cogotas I. Ambos complejos tienen más puntos en común que diferencias, y su separación no es siempre nítida, por lo que nos parece lógico su tratamiento unitario. En nuestro caso, además, la documentación de intrusiones extrameseteñas desde los primeros momentos, y su mantenimiento en el tránsito a la fase de plenitud, obligan a ocuparnos de las dos manifestaciones con una concepción unitaria, aunque con posterioridad podamos realizar divisiones cronoculturales y éstas nos ayuden a un mayor y más profundo conocimiento del principal objetivo de este estudio.

## I.2\_Historia de las investigaciones

Cogotas I cuenta con una modesta pero dilatada trayectoria dentro de los estudios sobre Prehistoria hispana. Es cierto que no ha provocado la elaboración de monografías específicas, como puede ocurrir con el fenómeno campaniforme o la cultura de El Argar; sin embargo, los tratamientos parciales sobre su problemática y las cuestiones referidas a su génesis y desarrollo están presentes en multitud de trabajos de carácter general y en un considerable número de artículos de difusión científica. Fernández-Posse (1986) diferencia en la historia de la investigación de Cogotas I tres momentos fundamentales: su descubrimiento en los años 20 y 30 y su ubicación en la Edad del Hierro; la dualidad de tradiciones de Maluquer en la década de los 50; y, por último, el impulso que conoce a finales de los 70 y principios de los años 80 y que terminará con la recolocación del mismo en la Edad del Bronce. Tras esta síntesis se ha profundizado en el conocimiento del grupo que, como el resto de las manifestaciones arqueológicas, se ve hoy afectado en su cronología por la calibración de las fechas obtenidas a través del radiocarbono.

Por lo general, se considera que las primeras cerámicas de Cogotas I publicadas en los circuitos científicos de la Prehistoria de la Península Ibérica se deben al Padre Morán (1924), quién da a conocer un lote de estas especies procedentes de sus excavaciones en el Cerro del Berrueco (Tejado de Béjar, Salamanca). Sin embargo, no podemos olvidarnos de los magníficamente presentados materiales de El Oficio y Fuente Álamo (Almería), recuperados por los hermanos Siret (1890), entre los que podemos ver ya algunas de las piezas que más tarde servirán para argumentar la llegada de gentes meseteñas hasta el Sureste. En cualquier caso, hemos de reconocer que este último descubrimiento no tiene el valor de



ser el punto de partida de la definición de Cogotas I, como es posible que tampoco lo tengan los ejemplares del Berrueco, puesto que Morán otorgó a aquellos el calificativo de campaniformes. Este papel lo desempeña, sin lugar a dudas, la excavación del castro de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) -no en vano se trata del yacimiento epónimo del grupo-, donde Cabré (1929 y 1930) fue capaz de diferenciar dos momentos cronoculturales distintos: uno más moderno, caracterizado por las cerámicas decoradas a peine, al que pertenecían la necrópolis y las casas exhumadas y al que denominó Las Cogotas II; y otro anterior, definido por vasos con ricas decoraciones incisas, que pasó a llamarse Las Cogotas I u horizonte de Las Cogotas Antiguas. Pero la trascendencia de la intuición de Cabré no se restringe únicamente a valorar estas cerámicas como elementos independientes del campaniforme, adscripción que tras Morán habían aceptado Castillo (1928: 54) y Martínez Santa-Olalla (1930: 113 y 119), sino que alcanza a considerarlas pertenecientes a la segunda mitad de la Edad del Bronce (Cabré, 1930: 42-47), un momento que, aunque poco preciso, puede considerarse válido.

Sin embargo, estas apreciaciones sobre la cerámica de Cogotas I fueron pronto, casi inmediatamente, desplazadas por las teorías que hicieron descender a Cogotas I a la Edad del Hierro, donde permanecerá prácticamente hasta finales de los años 70. Esto ocurre en virtud de las investigaciones que en la década de los años treinta realiza Pérez de Barradas a partir de los materiales recuperados en varios areneros de los alrededores de Madrid (Pérez de Barradas, 1936). La presencia entre las decoraciones cerámicas de técnica excisa fue tomada entonces como prueba irrefutable de la llegada a la Meseta de las primeras oleadas de gentes centroeuropeas del Hierro Antiguo. Esta asociación,

cerámica excisa/primeras Edad del Hierro, con argumentos o no, tuvo un éxito absoluto entre los investigadores de la época, ávidos por demostrar la penetración real -auténticas invasiones- de pueblos indoeuropeos en la Península. Prueba de ello son los trabajos de Almagro Basch (1939) -quien establece una relación directa entre las excisas peninsulares y la "Kerbschnitt" de la Cultura de los Túmulos centro-europea y fecha su llegada en torno al 800 a.C.-, Bosch Gimpera (1939) y Martínez Santa-Olalla (1947); gracias a los cuales se consolida la nueva ubicación de Cogotas I en el I<sup>er</sup> Milenio y se consigue eclipsar la primitiva teoría de Cabré.

Un gran avance en la investigación sobre Cogotas I, con el que se abre la segunda gran fase dentro de la misma, la constituye la denominada "dualidad de tradiciones" planteada por Maluquer (1956), al que hemos de atribuir el mérito de realizar la primera síntesis seria sobre el grupo. En los últimos años se venía incrementando el número de hallazgos de cerámicas excisas en el valle del Ebro, a la vez que se empezaban a observar matices diferenciadores entre este espacio y la Meseta interior. Maluquer se detiene en el hecho de que en este último lugar<sup>5</sup>, junto a la técnica considerada de origen europeo, no son, ni mucho menos, infrecuentes otras decoraciones sobre las cuales es más difícil mantener una filiación transpirenaica, tales como la incisión, la impresión y, sobre todo, el boquique. Estas últimas parecían, por el contrario, claros elementos indígenas, algunos con evidente vinculación con el campaniforme, por lo que plantea que Cogotas I sería, en realidad, el resultado del mestizaje entre dos tradiciones distintas; por un lado los pueblos llegados de Centroeuropa, portadores de la excisión, y por otro las comunidades locales, que aportan el resto del repertorio decorativo. A pesar del innegable progreso, puesto que se

---

5. Maluquer se basa fundamentalmente en los materiales obtenidos en El Berrueco y Sanchorreja (Maluquer, 1958a y b), en el último de los cuales además es capaz de segregar los dos horizontes definidos por Cabré en Las Cogotas.

abre el cauce para estudiar a Cogotas I como un grupo indígena, las fechas se mantienen en torno a los siglos VII y VI a.C. y su elevación no se planteará hasta la década de los 70.

Es en la tercera fase de los estudios cuando más rápidamente se suceden los avances sobre Cogotas I. En primer lugar, la constatación de excisas en el Castro alavés de Henayo en fechas antiguas obligó a plantearse la posibilidad de ubicar su llegada, sin discutir su independencia de Europa, hacia el cambio de milenio (Palol, 1974). Pero los progresos no se detienen aquí, puesto que por estas fechas se inicia una serie de trabajos destinados al conocimiento de los abundantes hallazgos de cerámicas de Cogotas I en distintos lugares de la cuenca del Duero (Martín Valls y Delibes, 1972; 1973; 1975a y b; 1976a y b; 1977; 1978; 1979a y 1982) en los que, además de confirmarse la filiación campaniforme del grupo, se va planteando la posibilidad de dejar de considerar a este grupo como una fase de la Edad del Hierro para trasladarlo al Bronce Final (Martín Valls y Delibes, 1977: 319). Entre tanto, otros investigadores, esta vez desde la Universidad de Granada, muestran mucho mayor arrojo y afirman la independencia de las excisas de Cogotas I respecto de las del valle del Ebro y de las europeas (Arteaga y Molina, 1977; Molina y Arteaga, 1976; Molina, 1978). Contaban, además de con un análisis riguroso de los motivos decorativos, con un argumento al que, por entonces más que ahora, se profesaba una fe ciega, dos fechas de C-14 que situaban las excisas de tipo Cogotas I encontradas en el poblado granadino de La Cuesta del Negro (Purullena) a finales del siglo XIII a.C. No todo el mundo aceptó de inmediato la liberación absoluta de Cogotas I de su vínculo europeo, prueba de ello es la adaptación de la teoría que realiza Delibes (1978) en ocasión de la publicación de la tumba de San Román de Hornija (Valladolid), según la cual

se propone la llegada de la excisión a Cogotas I, una cultura indígena, como el «*eco de una moda*» que se extendía por otras regiones europeas desde el Bronce Medio. Por lo menos se había conseguido ubicar al grupo en la Edad del Bronce, las fechas mencionadas y las estratigrafías del Sureste en las que las cerámicas características del grupo hacían acto de presencia (Cuesta del Negro, Cerro de la Encina, Fuente Álamo) inmediatamente después de la desarticulación argárica, parecían no dejar dudas al respecto.

Nuevos pasos en la definitiva caracterización de Cogotas I se dan en esta época con la excavación de lugares como La Plaza de Cogeces del Monte en Valladolid (Delibes y Fernández Manzano, 1981), Los Tolmos de Caracena en Soria (Jimeno, 1978) y el Cerro de Ecce en Homo Alcalá de Henares (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano, 1980). Gracias a ellos y a la progresiva ampliación de las fechas de C-14 se fue consolidando la nueva cronología y, lo que es más importante, terminó por evidenciarse la posibilidad de una seriación interna. En este sentido cabe destacar la aportación hecha por el primero de los sitios mencionados, donde los profesores de la Universidad de Valladolid que realizaron las excavaciones encontraron los suficientes argumentos para diferenciar un nuevo horizonte, denominado “Cogeces” o “Protocogotas”, que marcaría el primer estadio en la evolución del grupo y en el que no se muestran las decoraciones de boquique y excisión, mientras que, por contra, proliferan los motivos incisos e impresos. De esta manera, los comienzos de todo el complejo se iban acercando más al final del Campaniforme, hasta el punto de llegar a plantearse su coexistencia a raíz de la estratigrafía detectada en la cueva segoviana de Arealillo de Cega (Fernández-Posse, 1981), y de fechar sus inicios, sin ambages, hacia el 1400 (Jimeno, 1984a).

A partir de aquí, en lo que podría ser la cuarta fase de la investigación, se renuevan los esfuerzos por caracterizar la cultura de Cogotas I. Delibes (1983) se ocupa, en *una visión crítica*, de componer la primera síntesis moderna sobre el grupo; más tarde, Almagro-Gorbea (1986: 363-380) se plantea su estudio desde un punto de vista integrador, dentro de la sistematización general de la Edad del Bronce de la Península. Particular interés ha suscitado su compartimentación cronocultural, derivada de su dilatado desarrollo. En este sentido, Fernández Manzano (1985) separa la Edad del Bronce de la Meseta en una Etapa Anterior (1700-1200 a.C.), ocupada, por lo menos en sus momentos medios y avanzados, por el “horizonte Cogeces”, y una Etapa de Apogeo (1200-700 a.C.) caracterizada fundamentalmente por las manifestaciones clásicas de Cogotas I. Fernández-Posse (1986), por su parte, divide el grupo en tres fases -inicial, plena y evolucionada- que todavía hoy se pueden defender con mayores o menores reticencias. Por estas mismas fechas, Delibes y Fernández-Miranda (1986-87) abordan la cuestión recogiendo todas las fechas de C-14 disponibles hasta el momento y terminan enmarcando el grupo entre los siglos XV y IX a.C.

Entre los trabajos de las dos últimas décadas no podemos olvidarnos de aquellos destinados al conocimiento de la producción cerámica (Fernández-Posse, 1982 y 1986-87; Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990), ni de las síntesis referidas a este y otros problemas de Cogotas I en el sector del Alto Tajo (Blasco, 1986, 1987a, 1992 y 1994), así como tampoco de la necesaria aportación de Esparza (1990) sobre las tradiciones funerarias.

La investigación sobre Cogotas I sigue avanzando con las dificultades que entraña el escaso registro arqueológico proporcionado por sus poblados. En este camino son fundamentales,

aunque ahora consideremos excesiva y tortuosa su enumeración, todos aquellos estudios particulares sobre estaciones concretas que, al calor de proyectos universitarios o a la intemperie de actuaciones de salvamento, van aportando datos sobre poblamiento, hábitat, economía, etc., de los grupos humanos de la Edad del Bronce que hollaron las tierras de la Meseta.

Un último escalón dentro de la trayectoria sobre estudios cogoteños, a parte de las recientes reflexiones de Delibes (Delibes, 1995a: 63-83; 1995b: 109-118; Delibes *et alii*, 1995b: 49-59) y alguna nueva síntesis como la de Blasco (1993: 129-132), lo supone el trabajo de Castro, Micó y Sanahuja (1995). El principal objetivo de estos investigadores es la adecuación del grupo a los nuevos modelos cronológicos basados en fechas radiocarbónicas calibradas. Para ello, se recrean primero en un repaso exhaustivo de todas las apreciaciones y teorías que ha suscitado el grupo, y recogen después todas las dataciones obtenidas en contextos cogoteños, ya sean de la Meseta o de las regiones de expansión. El resultado, como es lógico, es el envejecimiento de la cronología absoluta de Cogotas I, que los autores sitúan entre *c.* 1700 A.C. y *c.* 1000 A.C. Por otro lado, y basándose fundamentalmente en la concentración de fechas, fasifican el grupo en cuatro momentos (*c.* 1700-1550 A.C., *c.* 1550-1350 A.C., *c.* 1350-1000 A.C. y a partir de *c.* 1000 A.C.), el último de los cuales únicamente hace referencia a aquellas evidencias de perduraciones estilísticas de las decoraciones de tipo Cogotas I dentro de nuevos complejos culturales.

Como vemos, Cogotas I ha llenado muchas páginas y se ha beneficiado de los esfuerzos de muchos y muy autorizados investigadores; ha viajado a través de las cronologías prehistóricas y ha pasado de ser la huella inequívoca de las “primeras invasiones indoeuropeas” a convertirse en un grupo arraigado en las más puras tradiciones indígenas de la Península. Y a pesar

de tanta dedicación, como si de un hijo díscolo se tratara, sigue guardando celosamente muchos de sus rasgos particulares y negándose a desvelar aquellos datos que nos permitan acceder a un conocimiento más profundo de su naturaleza social, política, económica y humana. Pero poco a poco, utilizando los escasos restos que el tiempo ha conservado, vamos desvelando la realidad, que se nos va a mostrar diversa, del grupo de las cerámicas de incrustación, y podemos, dejando siempre abierta la puerta a nuevas aportaciones, esbozar una caracterización del mismo.

### I.3\_Caracterización

Son muchos los yacimientos de signo Protocogotas y Cogotas I detectados en la Submeseta Superior y el sector septentrional de la Inferior, y siguen aumentando a medida que avanzan las prospecciones sistemáticas y se completan las cartas arqueológicas provinciales. Sin embargo, el elevado número de hallazgos inventariados no se corresponde en una proporción digna con el número de excavaciones realizadas sobre los mismos, siendo muy escasos aquellos lugares en los que se han acometido amplias actuaciones arqueológicas y estudios profundos sobre los materiales recuperados. En realidad, una gran parte de las estaciones es conocida únicamente a través de las recogidas de materiales en superficie, muchas veces realizadas por aficionados. Otro gran número de poblados ha visto la luz a raíz de su destrucción parcial, y sólo contamos con algunas noticias, más o menos amplias, de las intervenciones de salvamento. Por último, otra cifra considerable de enclaves de este tipo se conoce gracias a noticias muy antiguas que no han sido, a veces por la desaparición del lugar en el que se realizaron los hallazgos, contrastadas por investigaciones más recientes.

A partir de las distintas evidencias detectadas en los diferentes yacimientos se ha ido hilvanando

una caracterización del grupo que, a la espera de lo que digan estudios más profundos, parece acercarse en gran medida a lo que debió ser la realidad del mismo. La excavación en extensión de algunos enclaves, la excepcionalidad de ciertos hallazgos y el análisis pormenorizado de los materiales exhumados han contribuido de manera eficaz a la definición de este complejo y, hasta cierto punto, enigmático mundo de Cogotas I.

#### Cultura Material

Un aspecto muy trabajado de Cogotas I, aunque no por ello resuelto definitivamente, es su cultura material. Dentro de este capítulo merece especial atención *la producción alfarera*, y no sólo porque resulta fundamental para nuestro estudio -puesto que a través de ella lograremos identificar la “presencia” del grupo fuera de su ámbito original-, sino porque en un número elevadísimo de ocasiones es precisamente la cerámica la única evidencia de manufacturas que los moradores del poblado dejaron de su paso por el lugar.

Cuando se habla de cerámica de Cogotas I a todo el mundo le vienen a la mente los suntuosos vasos, pletóricos de decoración y complementados con incrustaciones de pasta generalmente blanca para resaltar más los motivos sobre el fondo oscuro. Pero éstos no son los únicos objetos cerámicos que adjetivan al grupo meseteño, ni siquiera los más abundantes, aunque sí los más representativos. Dentro de la alfarería cogoteña podemos distinguir entre productos de acabado especial -la vajilla fina-, y las facturas toscas, generalmente identificadas con los vasos de almacenamiento y cocina. Al mismo tiempo, dentro de cada grupo podemos segregar ejemplares con y sin decoración.

Dado el amplio segmento cronológico abarcado por Cogotas I -como tendremos ocasión de comprobar-, se hace lógico pensar que la alcalde-

ría sufre una evolución que, por otra parte, es mucho más evidente en el primero de los grupos diferenciados. Los productos de mayor prestancia, y entre ellos especialmente los decorados, por ser los más llamativos son también los que más pronto “cansan” a sus productores y usuarios, razón por la que se entiende que sufran transformaciones de forma mucho más rápida que los “cacharros” que ocupan la alacena de la cocina.

Esta evolución formal y decorativa es la base de la división en tres fases que Fernández-Posse

(1986) realizó hace más de una década y que nosotros creemos se puede mantener con ciertas matizaciones.

La *Primera Fase* (Figs. 3 y 4), que identificamos con el “Horizonte Protocogotas” u “Horizonte Cogeces” (Delibes y Fernández Manzano, 1981) y que podríamos fechar entre finales del siglo XVI/principios del siglo XV y finales del siglo XIII a.C. aproximadamente, se caracteriza por la escasez o ausencia de motivos excisos y de boquique, y por el predominio de los incisos e impresos: las espigas,

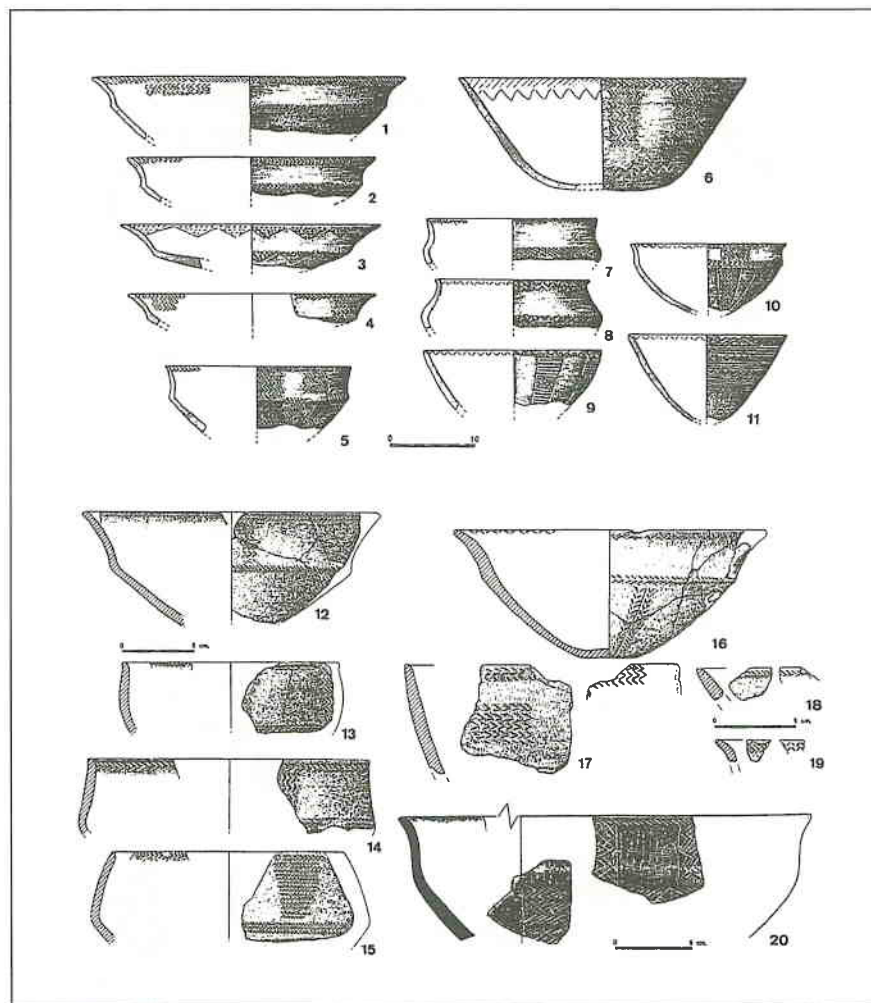


Figura 3. Cerámica decorada de la fase Protocogotas: 1. Las Cogotas (Ávila); 2 y 7. Arenero de Soto (Getafe, Madrid); 3. El Negralejo (Madrid); 4 y 10. Cogeces del Monte (Valladolid); 5. La Vaquera (Segovia); 6. Pozo Blanco (Zamora); 8 y 9. Arevalillo de Cega (Segovia); 11. Pinilla de Toro (Zamora) (Fernández-Posse, 1986-7); 12-15. Carrávilas (Barromán, Ávila) (Delibes, 1995a); 16-19. El Castillo (Rábano, Valladolid) (Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991); 20. Yecla (Silos, Burgos) (Delibes y Esparza, 1985).



reticulados, zig-zags, trazos oblicuos, zonas angulares rellenas de paralelas y algunas líneas incisas con pequeñas ondulaciones. Las composiciones más habituales se distinguen por su sencillez y por una sobriedad relativa; generalmente bandas simples bajo el borde o sobre la carena, abordando también la parte interior del labio. Aunque no faltan diseños metopados y hasta radiales, la tendencia general es a no rellenar toda la superficie del vaso. Las formas

vienen definidas por perfiles carenados con inflexión media-alta y cuerpo inferior cuenqui-forme; algunas son más profundas y con el borde casi vertical, mientras que otras presentan un diámetro más desarrollado y borde marcadamente exvasado (diferencia que puede haber entre tazas y fuentes). También son frecuentes los vasos de suave perfil en "S" y sobre todo los cuencos (Fernández-Posse, 1986: 480).

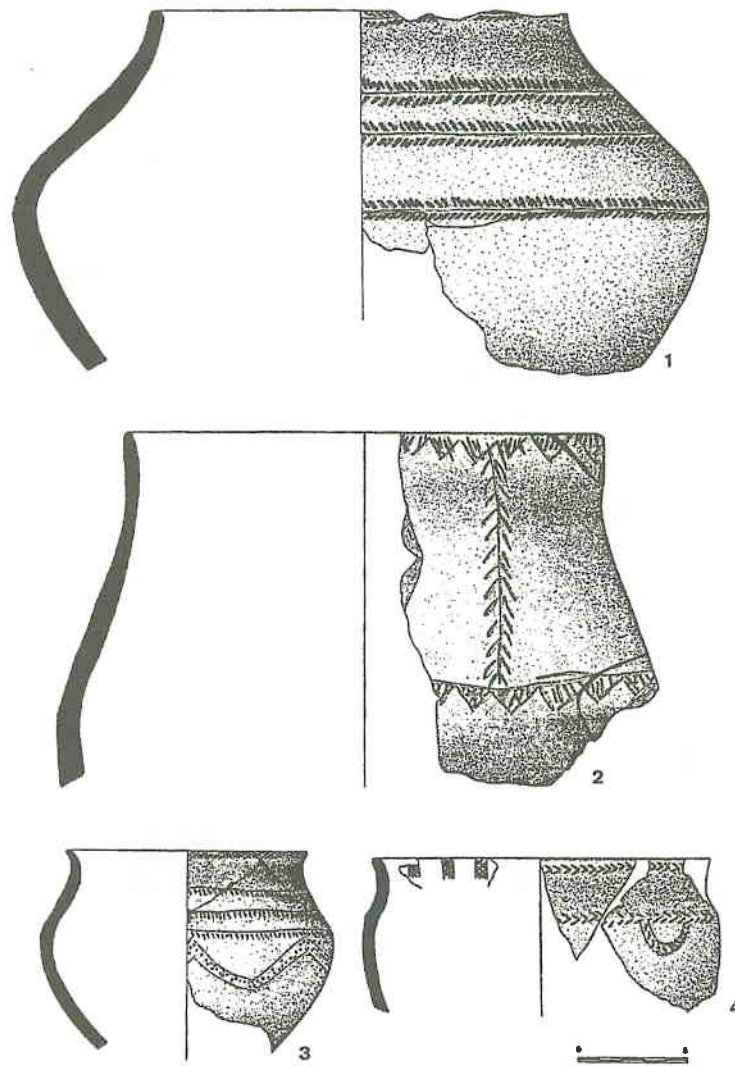


Figura 4. Cerámica de fase Protocogotas de Los Tolmos de Caracena (Soria) (Jimeno, 1984a).

La amplitud de la región estudiada nos obliga a plantearnos la posibilidad de que existan algunas diferencias estilísticas entre distintos espacios, sobre todo al tratarse de la fase formativa. Algunas de estas facies locales se pueden discernir en el SE de la Meseta, en los yacimientos de la zona de Béjar en Salamanca -El Tranco del Diablo y La Corvera- anclados en la tradición calcolítica anterior (facies La Teta-La Solana) y caracterizados por motivos muy cercanos a los campaniformes y por la frecuencia del puntillado (Fabián, 1993b). También en el Norte de la cuenca del Duero (Alto Pisuerga) y sus rebordes nororientales (Burgos y Soria) se detectan particularismos en las decoraciones incisas de Protocogotas, como la abundante presencia de zig-zags esgrafiados de trazos continuos o series enlazadas de forma irregular. En la provincia de Soria, geográficamente más apartada del centro de la Meseta y muy vinculada a las tradiciones del Valle del Ebro, se observa una facies Protocogotas en la que predominan las decoraciones de zig-zag, en contraposición a lo que ocurre por ejemplo en Valladolid, y donde se puede observar la presencia de ángulos incisos rellenos de paralelas, escasos en otras regiones. También se detecta una mayor tendencia a las decoraciones plásticas, sobre todo cordones aplicados que adoptan diferente disposición. Todas estas peculiaridades forman parte de una tradición común con los pueblos del occidente de la cuenca del Ebro, y perduran aquí en los primeros momentos del desarrollo del grupo de Cogotas.

También se ha observado cómo a lo largo de esta fase inicial se produce cierta evolución decorativa y formal, reconocida por lo menos en el centro de la cuenca del Duero. Aquí es posible diferenciar (Rodríguez y Abarquero, 1994: 51-54) un momento Protocogotas “clásico” o antiguo, sin boquique ni excisión, con un claro predominio de la espiga entre los motivos incisos, y otro momento posterior,

Protocogotas “evolucionado”, en el que aumentan proporcionalmente otros temas, como las retículas y los trazos incisos, en detrimento de las espigas, se constatan los primeros y tímidos ejemplos de boquique -aunque no de excisión- y los galbos empiezan a adoptar perfiles rectilíneos, anunciando las marcadas formas troncocónicas de la fase de plenitud de Cogotas I.

Esta misma diferenciación se postula para tierras de Ávila y Salamanca, donde se fecha el segundo momento entre 1300 y 1200 a.C. (González-Tablas, 1984-85: 275). En el oriente de la cuenca del Duero, en los Tolmos de Caracena de Soria (Jimeno, 1984a; Jimeno y Fernández Moreno, 1991), se habla de la coexistencia de boquique y excisión con cerámicas que caracterizan un claro horizonte Protocogotas, aunque la mayoría de las piezas que justifican esta teoría no fueron halladas en excavación.

Tras esta fase, en muchas ocasiones oiremos hablar del la *Plenitud de Cogotas I* (Delibes y Romero, 1992: 234-236) o de su *Horizonte Clásico*, como un período de desarrollo homogéneo en el que, con mayor o menor retraso, se van incorporando al repertorio decorativo las técnicas de boquique y excisión y los perfiles más desarrollados. Sin embargo, coincidimos con Fernández-Posse (1986), como ya hemos dicho, en diferenciar dos momentos (Pleno y Avanzado) dentro de este espectro cultural, a pesar de que la delimitación entre ellos es menos nítida que la que se puede hacer respecto al período anterior. *Cogotas I Pleno* (Figs. 5 y 6) se caracteriza por una cerámica decorada donde se produce el apogeo de los motivos de boquique -en guirnaldas, zig-zags, líneas paralelas, círculos concéntricos, etc- y de las zonas punteadas, apareciendo por primera vez la excisión, aunque todavía con un escaso porcentaje y con motivos sencillos. Por el contrario, disminuyen paulatinamente las decoraciones incisas e

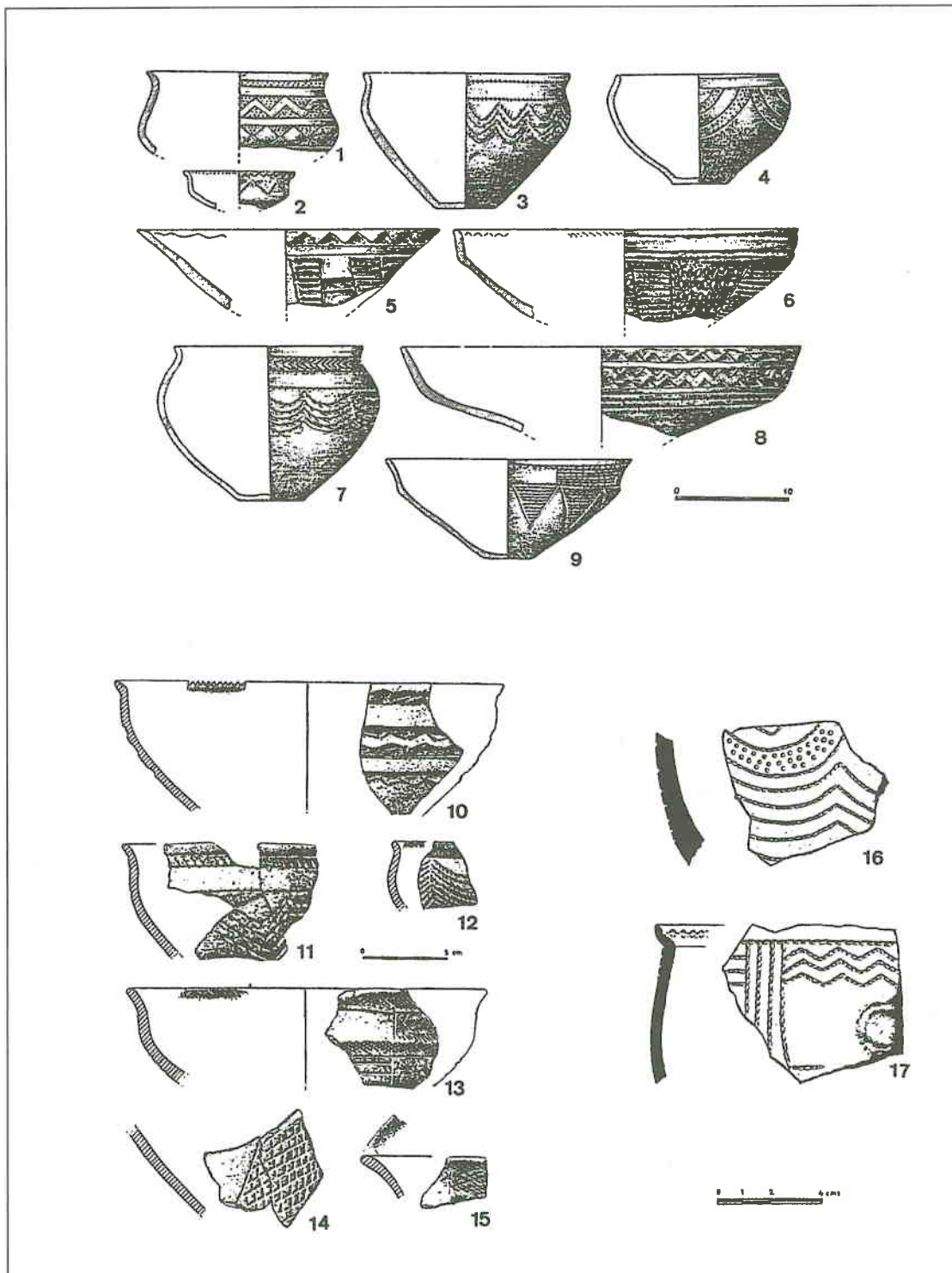


Figura 5. Cerámicas de la fase de Plenitud de Cogotas I: 1. Ecce Homo (Alcalá de Henares); 2. Los Mimbrerales (Gema, Zamora); 3 y 7. Areneros del Manzanares; 4. Sto Domingo de Silos (Burgos); 5 y 6. Carpio Bernardo (Salamanca); 8. La Teja (Álava); 9. El Berrueco (Salamanca) (Fernández-Posse, 1986-7); 10. Bravos (Ávila); 11 y 12. Las Cogotas (Ávila); 13-15. Cordovilla (Papatrigo, Ávila) (Delibes, 1995a); 16 y 17. Pico Castro (Dueñas, Palencia) (Calleja, 1975).

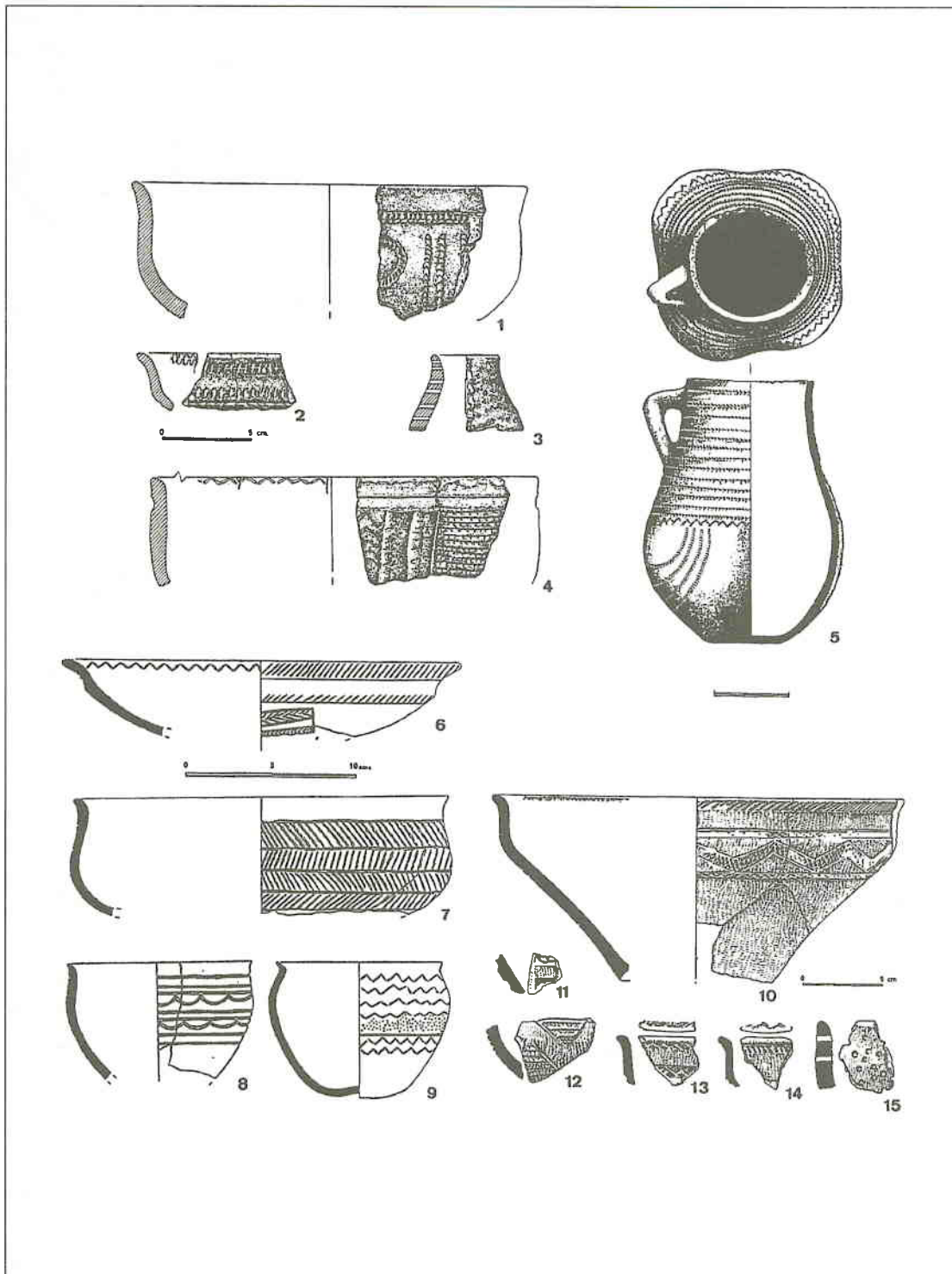


Figura 6. Cerámicas de la fase de Plenitud de Cogotas I: 1-4. San Pedro Regalado (Valladolid) (Balado y Escudero, 1991); 5. El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín y Jiménez, 1988-89); 6-9. Ecce Homo (Alcalá de Henares) (Almagro y Fdez, 1980); 10-15. El Tomillar (Fresno, Zamora) (Martín Valls y Delibes, 1981).



impresas<sup>6</sup>. Los esquemas decorativos se complican y empiezan a extenderse por toda la superficie del vaso, creando incluso espacios alternos decorados y lisos. En cuanto a las formas sobre las que se aplican estas técnicas y motivos encontramos una reducción de los cuencos y las cazuelas bajas, aparecen las formas bitroncocónicas que desarrollan el cuerpo superior, o las de perfil troncocónico de fondo reducido. Empiezan a documentarse los característicos soportes -carrete- sobre todo en los areneros madrileños-, los cuencos bajos y las formas globulares de gran tamaño (Fernández-Posse, 1986: 481-482).

En la *Fase Avanzada* (Fig. 7), la última de las etapas propuestas, se produce la ruptura de la unidad que caracterizaba a las producciones cerámicas de Cogotas I en su fase media. Lo más significativo es la importancia relativa que adquiere la excisión como técnica decorativa, a la vez que el boquique y la incisión pierden protagonismo, pasando a representar papeles auxiliares. Los diseños y los esquemas decorativos se complican, haciendo gala de un barroquismo sin precedentes en la ornamentación cerámica (*Ibidem*: 484). Las formas, que también se diversifican, van a seguir la tónica habitual del período anterior, aunque se acentúan aspectos como la proliferación de los vasos bitroncocónicos y de los soportes-carretes. También aparecen las escudillas de fondo plano y las típicas jarras con asa de cinta como la recuperada en San Román de Hornija (Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990: fig. 17.3), aunque esta forma ya está presente en yacimientos en los que no aparece la decoración excisa, como en el Teso del Cuerno de Forfoleda (Salamanca) (Martín Benito y Jiménez, 1988-89).

La representatividad, aunque no numérica, de las especies de mesa, ha desplazado a las producciones de cocina y almacenamiento (a las que a veces

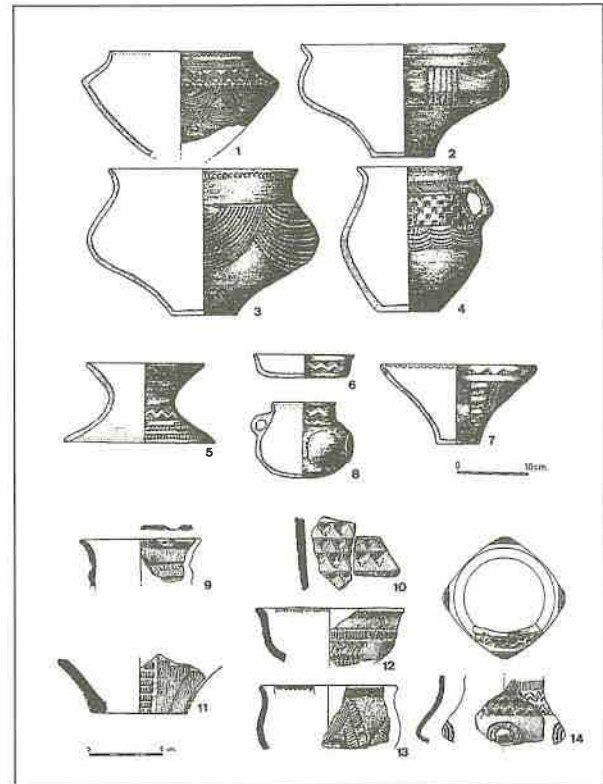


Figura 7. Cerámicas de la fase Evolucionada de Cogotas I: 1. Carpio Bernardo (Salamanca); 2. Sanchorreja (Ávila); 3, 4 y 8. Areneros del Manzanares; 5. Sto Domingo de Silos (Burgos); 6 y 7. El Berrueco (Salamanca) (Fernández-Posse, 1986-7); 9-14. San Román de Hornija (Valladolid) (Delibes, Fdez y Rodríguez, 1990).

se refiere con el nombre de “groseras”) hacia cierto olvido en la caracterización de Cogotas I. Sin embargo, es posible que tales tipos tengan un importante valor en la diferenciación regional que hemos esbozado a través de las decoraciones. Como ya hemos mencionado, estos vasos son más resistentes a los cambios y, por lo tanto, tienen más posibilidades de mantener las antiguas tradiciones locales. En líneas generales se trata de recipientes de medio y gran tamaño, con paredes gruesas y acabados toscos. Las formas más habituales son las ollas y las orzas (Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990: 80), que presentan perfiles globulares o insinúan un

6. A pesar de todo, éstas siguen siendo predominantes, aunque en la mayoría de los casos funcionan como técnicas auxiliares de la excisión y del boquique, con lo que parecen perder protagonismo.



pequeño cuello vuelto que les otorga perfil en “S”; también se constatan vasos de tendencia troncocónica o bitroncocónica y marcada tendencia vertical, mientras que los fondos suelen ser usualmente planos. No se acompañan de decoraciones desarrolladas, pero sí de apliques plásticos -cordones lisos o digitados, mamelones, orejetas, etc.-, que la mayoría de las veces deben tener una finalidad funcional y estar destinados a la prensión del vaso, así como de impresiones dactilares y ungulares. Entre este tipo de alacillería de cocina tienen especial relevancia en los poblados del grupo de Cogotas I los vasos troncocónicos o de tendencia cuenquiforme que frecuentemente carecen de fondo y muestran sus paredes perforadas por agujeros circulares; se trata de las llamadas “encellas”, “coladores” o “queseras”, por lo general interpretadas como elementos destinados a la elaboración de algún producto lácteo. Menos habituales, pero no por ello menos interesantes, son algunos “cazos” o cucharas de barro cocido, como las halladas en Quintanilla de Onésimo (Rodríguez y Abarquero, 1994: 46, fig. 15.7) y El Cogote (Caballero, Porres y Salazar, 1993: fig. 15), o algunos elementos relacionados con la actividad textil.

Es muy probable que la seriación cerámica del grupo de Cogotas I haya de ser construida paralelamente y por separado en las distintas regiones de la Meseta. Esto, sin embargo, no quiere decir que no haya posibilidad de analizar conjuntamente la evolución de su producción alfarera en toda la región, puesto que, en líneas generales, se puede admitir la propuesta por Fernández-Posse. Como ella, pensamos en un mundo indígena común, más diferenciado en los primeros compases y en los últimos momentos que en la etapa media, donde la unidad material podría verse acompañada de una mayor cohesión social, e incluso “política”. Esta última, sin embargo, sólo se vería reflejada en una mayor compaginación de las relaciones plurales entre

los distintos grupos tribales, ya que resulta impensable, a la luz de las evidencias arqueológicas, una organización administrativa a gran escala que coordine todo el “territorio nuclear” atribuido a Cogotas I. Las peculiaridades regionales que hemos definido en Protocogotas podrían coincidir con la identificación por parte de Fernández-Posse de una gestación de la cultura a partir de diferentes grupos meseteños con tradiciones calcolíticas, campaniformes y de cerámicas lisas (Fernández-Posse, 1986: 479); sin embargo, consideramos que hubo de existir un substrato bastante conectado en las diferentes áreas, puesto que desde las primeras etapas de la formación se observa una gran afinidad en todo el territorio. A este respecto, podemos apuntar las recientes investigaciones que van dando cuerpo a un nuevo horizonte meseteño del Bronce Antiguo, denominado *Parpantique*, que parece manifestarse también en toda la Submeseta Superior, desde las tierras orientales de Soria hasta el occidente de la Meseta (Zamora) (Jimeno, Fernández y Revilla, 1988; Delibes, 1993; Rodríguez y Palomino, 1997).

Otro aspecto material discutido ampliamente es el referido a la *metalurgia de Cogotas I* y a su coincidencia o no con los fabricados del Bronce Atlántico. En los últimos trabajos sobre el tema (Delibes y Fernández, 1991; y Delibes y Romero, 1992: 237-240) se apunta la diferencia existente entre la metalurgia que generalmente se encuentra en los poblados de Cogotas I (Fig. 8), de aspecto arcaico y compuesta por leznas de doble punta, puñales-alabardas, puñalitos de roblones y hachas planas, y la característica del primer Bronce Final Atlántico (Fig. 9), que cronológicamente corresponde a la etapa de plenitud del grupo y cuyos hallazgos dentro del territorio cogoteño se efectúan de forma aislada o en depósitos desconectados de cualquier yacimiento arqueológico. Esta segunda circunstancia se ha querido explicar, por los autores antes referidos, en virtud de una relación de

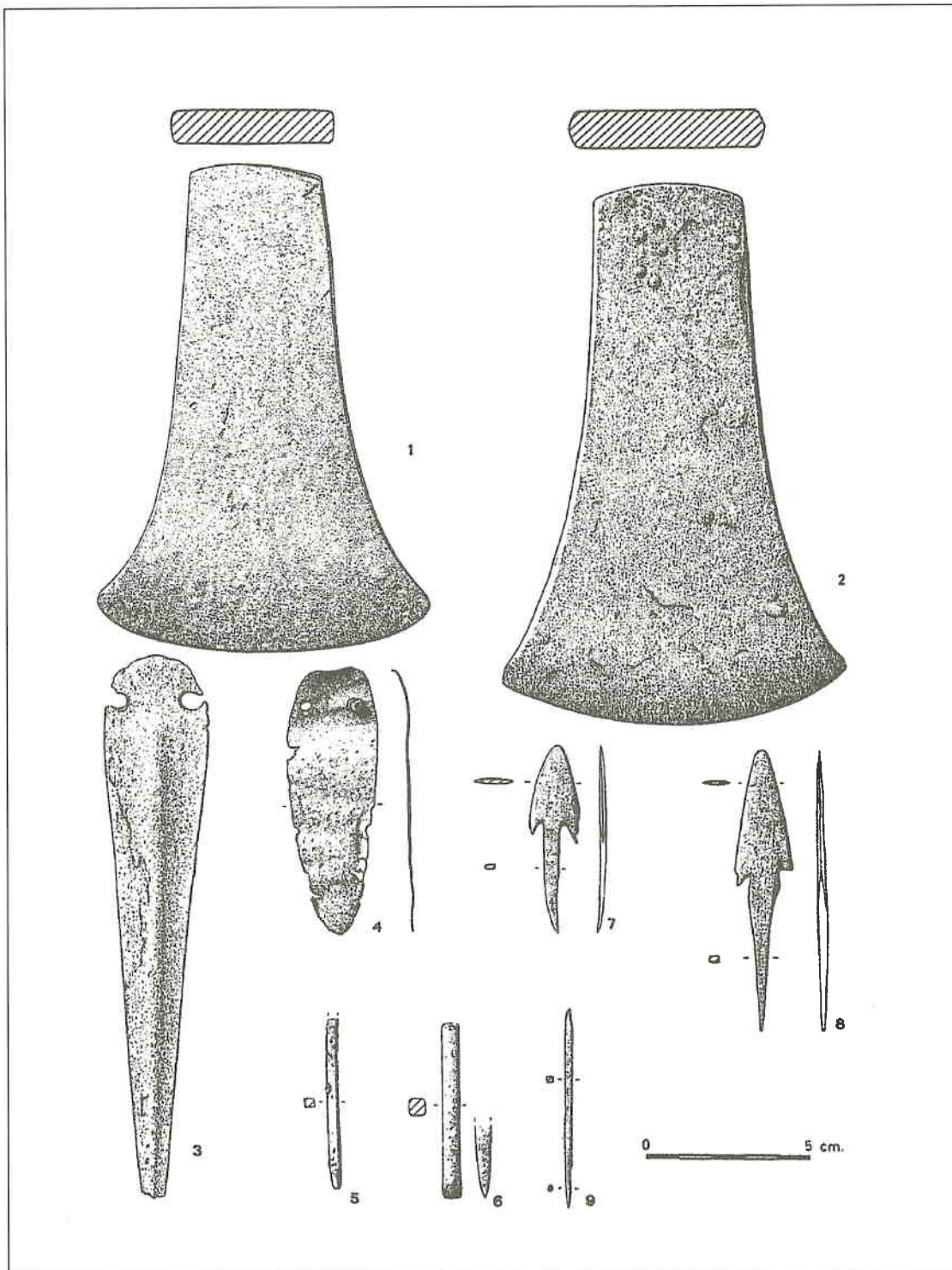


Figura 8. Metalurgia característica del grupo Cogotas I. 1. Carpio Bernardo (Salamanca); 2. Las Cogotas (Ávila); 3. El Mirón (Ávila); 4-6. Carricastro (Valladolid); 7-9. Los Tolmos de Caracena (Soria) (Delibes y Fernández, 1991)

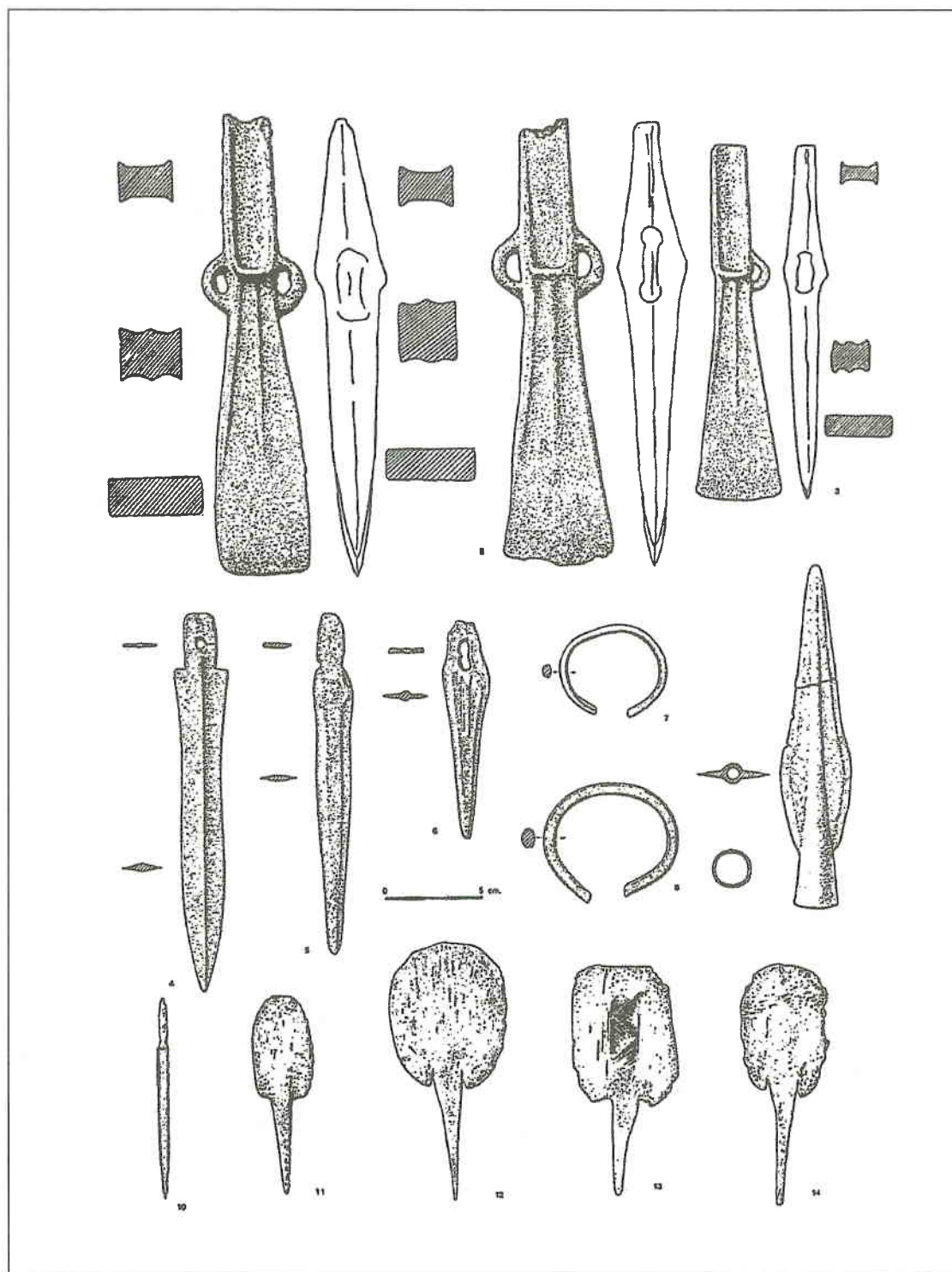


Figura 9. Metalurgia característica del Bronce Final Atlántico. Depósito de Huerta de Arriba (Fernández Manzano, 1986).

intercambio entre el mineral de cobre de las gentes de Cogotas I y los productos manufacturados de los metalurgos atlánticos. De esta manera se entendería porqué la mayoría de las piezas de aquella tipología se concentran en los más ricos terrenos cupríferos de la Meseta, aunque no resuelve el interrogante de porqué no existe una clara asociación a los poblados cogoteños.

En la actualidad, empero, tras la aceptación de la necesidad de calibrar las fechas de C-14, debemos replantear la coincidencia de Cogotas I y la metalurgia atlántica del Bronce Final. En el primero de los casos, los efectos de la adaptación cronológica son mucho más drásticos, retrasando su cronología final al año 1000/950 A.C. -lo que supone entre 100 y 130 años-; por el contrario, el segundo de los fenómenos aquí involucrado, al no tener su base cronológica, en principio al menos, en dataciones radiocarbónicas, sino en comparaciones tipológicas construidas sobre cronología de calendario, se mantiene en unos límites parecidos a los atribuidos durante décadas. De esta manera, el período de solapamiento, que antes se creía abarcaba hasta el Bronce Final III A, ahora sólo se puede defender que alcance hasta el Bronce Final II -que tradicionalmente se sitúa entre el 1100 y el 900 a. C.-, por lo que la plenitud de la metalurgia atlántica es claramente postcogoteña (Delibes *et alii*, 1995b: 59).

En este sentido, las fechas radiocarbónica de algunos depósitos de metales han servido para la reconstrucción de la cronología calibrada de este Bronce Final Atlántico, resultando de tal análisis unos intervalos muy similares a los que se venían contemplando. Por ejemplo, Ruiz-Gálvez (1995: 82, fig. 17) nos muestra un cuadro que, coincidiendo con otros propuestos para la Europa atlántica, compartimenta este fenómeno en: B.F. I (1250/1200-1100 A.C.), B.F. II (1100-940 A.C.) y B.F. III (940-750 A.C.). Una periodización que

confirma nuestras sospechas, dejando la totalidad del último período fuera del alcance de Cogotas I.

En un trabajo reciente, Blasco Bosqued considera que existe una clara diferenciación entre la metalurgia del primer horizonte (Protocogotas), y el de las fases plena y avanzada. En el primer caso la producción metálica se encuentra anclada en las tradiciones arcaicas y se caracteriza por tipos muy sencillos como los punzones biapuntados de sección cuadrada, las puntas de flecha de pedúnculo prolongado y los puñales de sección lenticular; una circunstancia similar a la de otros círculos del Bronce Pleno peninsular, tales como Las Motillas o El Argar. Sin embargo, contamos con algunos datos que otorgan cierta peculiaridad a la metalurgia de Protocogotas, como la temprana incorporación y generalización de los bronce binarios (cobre-estaño), hecho documentado en El Caserío de Perales del Río (Getafe, Madrid) (Blasco, 1994: 157; Blasco, Calle y Sánchez, 1995: 121). En los horizontes pleno y avanzado, a pesar de la perduración de tipos morfológicos simples (hachas planas y punzones biapuntados), se produce la plena incorporación del grupo de Cogotas I a los circuitos atlánticos, documentándose tipos característicos de las primeras fases del denominado Bronce Final de este círculo dentro del territorio ocupado por Cogotas I (Blasco, 1994: 157 y 159; Fernández Manzano, 1985). Otras novedades de estas últimas fases son la generalización de aleaciones ternarias -existen lingotes de plomo en algunos poblados-, la evidencia de la utilización de metal reciclado y la ampliación de las redes comerciales al área mediterránea (Blasco, 1994: 159-160). Este último rasgo tiene una especial manifestación en los hallazgos de fíbulas de codo, entre las que se cuentan algunas de tipo "ad occhio", de Perales del Río, San Román de Hornija, Soto de Tobilla, Silos, etc.

No podemos terminar el repaso de la cultura material del grupo Cogotas I sin hacernos eco, aunque sea escuetamente, de aquellos productos



*fabricados en piedra y hueso* que, a veces en reducida proporción, acompañan a la cerámica. Su escaso carácter normativo y su precario valor diagnóstico no nos impiden apreciar, sin embargo, que debieron constituir una parte importante en el utillaje cogoteño; e incluso podríamos sospechar que su incomparcencia en algunos contextos, o la presencia sólo de aquellos ejemplares muy deteriorados, sin posibilidad de restauración, se debe precisamente al valor que se les otorga como piezas de difícil sustitución. En el primer caso, la industria lítica tallada se realiza en sílex<sup>7</sup>, cuarcita y cuarzo. Los útiles mejor representados son las piezas o dientes de hoz, normalmente sobre lascas y con un filo conseguido a base de retoque denticulado de tendencia recta o curva; presentan variada tipología, pero normalmente se adaptan a las necesidades de engaste en un alma de madera. No son infrecuentes las lascas y las hojas, algunas de ellas utilizadas también en el proceso de recolección como se puede colegir de las huellas de “lustre de cereal” que muestra su superficie. De excepcionales, si cabe, se pueden tildar algunas puntas de flecha simples o de aletas y pedúnculo, como las de El Cogote (Ávila), El Carrizal (Valladolid), Barcial del Barco (Zamora), o la recientemente descubierta en un poblado inédito de fase Protocogotas de Cubillas de Cerrato (Palencia). En el capítulo de la producción de artefactos líticos tienen también cabida algunos productos pulimentados, como las amplias muestras de molinos barquiformes -generalmente de granito u otras piedras abrasivas- y manos de molino, algún ejemplar de hacha pulimentada y ciertas piezas interpretadas como afiladeras. Tampoco hay que despreciar las industrias de “cantos trabajados”, generalmente de cuarcita, con extracciones de factura muy tosca y expeditiva, que debieron ser fabricados para resolver situaciones de cierta inmediatez, ante la carencia de un material más digno.

Blasco (1994: 159) es capaz, por lo menos para la región del Alto Tajo, de reconocer cierta diferenciación entre las tallas de fase Protocogotas y las de la fase de plenitud del grupo, puesto que al llegar esta última, consecuencia del avance de la metalurgia, desaparece la industria laminar y se elaboran únicamente piezas de hoz sobre lascas.

Los fabricados óseos son también de escasa complicación tipológica, se construyen fundamentalmente sobre metápodos y costillas de ovicáprido, y consisten en punzones de diferente tamaño -entre los que destaca un ejemplar decorado con acanalados de El Cogote (Ávila) (Caballero, Porres y Salazar, 1993: fig. 14.d)-, espátulas, agujas de sección circular y algunas esquirlas con perforación destinadas a servir como colgantes.

## Poblamiento

En cuanto a la ocupación que los poblados del grupo de Cogotas hacen del espacio, se viene admitiendo una dualidad en el tipo de asentamiento que se repite a lo largo de toda la cuenca del Duero y en los valles del Henares-Jarama. Por un lado encontramos enclaves situados en lo alto de cerros, más o menos elevados y con buenas condiciones para la defensa y el control del territorio, y por otro asentamientos en el fondo de los valles, sobre terrenos llanos, suaves laderas o terrenos alomados, espacios abiertos que denotan una total despreocupación por los aspectos defensivos. Además de estos dos modelos no podemos olvidar la presencia de algunos enclaves cogoteños en cavidades rupestres -aunque a veces su carácter habitacional o funerario no queda muy bien definido- en aquellos lugares, los rebordes montañosos de la Meseta, donde son posibles estas formaciones.

7. El valor de este material allí donde es escaso queda patente en el exhaustivo aprovechamiento de los núcleos recuperados, agotados hasta sus últimas posibilidades (Rodríguez y Abarquero, 1994: 49).

Es cierto que no conocemos la posición concreta de un buen número de los yacimientos inventariados, sin embargo, utilizando sólo los datos disponibles<sup>8</sup>, observamos que en toda la región nuclear de Cogotas I los asentamientos sobre cerro destacado en el terreno -generalmente con ventajas defensivas- alcanzan sólo el 22,7%, mientras que aquellos cuyos rasgos geográficos no suponen un accidente de especial relevancia física -terraza fluvial, zonas de lomas o llanos de ribera-, suponen el 69,6%. Por su parte, los enclaves rupestres sólo contabilizan testimonialmente en un 7,6%. Según este primer análisis podemos decir que, de forma general, los poblados de carácter no defensivo son los numéricamente más abundantes. A partir de aquí habremos de dar explicación a este reparto desigual y discernir los diferentes modelos de ocupación utilizados por Cogotas I.

Salvando los hábitats en cueva, la dualidad de poblamiento en llano/en cerro se ha interpretado, en ocasiones, como un modelo jerárquico dirigido a una mejor explotación del medio y basado en la existencia de unos pocos enclaves situados en lugares destacados, más grandes y más estables, en torno a los cuales se dispondría un número mayor de pequeñas estaciones dispersas por las tierras llanas, con una mayor movilidad y sin estructuras constructivas sólidas (Rodríguez Marcos, 1993: 69). A favor de esta hipótesis apuntarían ciertas obras de fortificación -murallas- documentadas en alguno de estos castros ya desde los momentos formativos de Protocogotas, como ocurre en La Plaza de Cogeces del Monte (Valladolid) (Delibes y Fernández Manzano, 1981), en La Cuesta de la Horca de Cevico Navero (Palencia), en El Gurugú de Bocos de Duero y Pico Aguilera de Villán de Tordesillas (Valladolid) (Rodríguez Marcos, 1996), o en La Corvera de Béjar

(Salamanca) (Fabián, 1993b: 171). Estos recintos, que, por lo general no rodean el poblado, sino que se limitan a bloquear las zonas más accesibles del mismo, se construyen a través de un, hasta cierto punto, desordenado amontonamiento de piedras sin escuadrar y sin trabazón, que pudieron gozar del refuerzo de empalizadas de postes. En cualquier caso, su erección supondría una ardua y coordinada tarea, y una considerable inversión de tiempo y esfuerzo comunitario que no se entendería si no hubiera, al menos, cierta intención de permanencia o de uso continuado del lugar.

Tal circunstancia, en opinión de Rodríguez Marcos (1996), sería una solución específica de la facies Protocogotas, a la que pertenecen todos los yacimientos citados anteriormente. Sin embargo, aunque en menor medida, se conocen también algunos cerros con defensas artificiales pertenecientes a las fases plena o avanzada, como es el caso de Los Castillejos de Sanchorreja (González-Tablas, Arias y Benito, 1986: 120, 122-123) y Cancho Enamorado del Cerro del Berrueco (Maluquer, 1958a: 30), así como otros muchos grandes castros en los que, a pesar de estar ausentes las estructuras defensivas, existen suficientes evidencias como para sospechar una ocupación de carácter estable<sup>9</sup> y el mantenimiento de un régimen de poblamiento similar al protagonizado por los poblados amurallados del Bronce Medio. A este último modelo responde la ocupación de Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid) (Fig. 10.1), alrededor del cual se instalan distintos "sitios" de vida más efímera y destinados a la explotación directa de las tierras llanas de la ribera del río (Almagro-Gorbea, 1986: 366-367). En el yacimiento vallisoletano de Carricastro (Velilla-Tordesillas) las huellas de

8. Este dato está presente en 224 de los yacimientos inventariados en la Zona Nuclear (319), lo que supone una proporción de 70,2%. Los lugares reconocidos se distribuyen, además, de una forma más o menos equitativa por todas las provincias afectadas, por lo que se podría considerar la muestra como significativa.

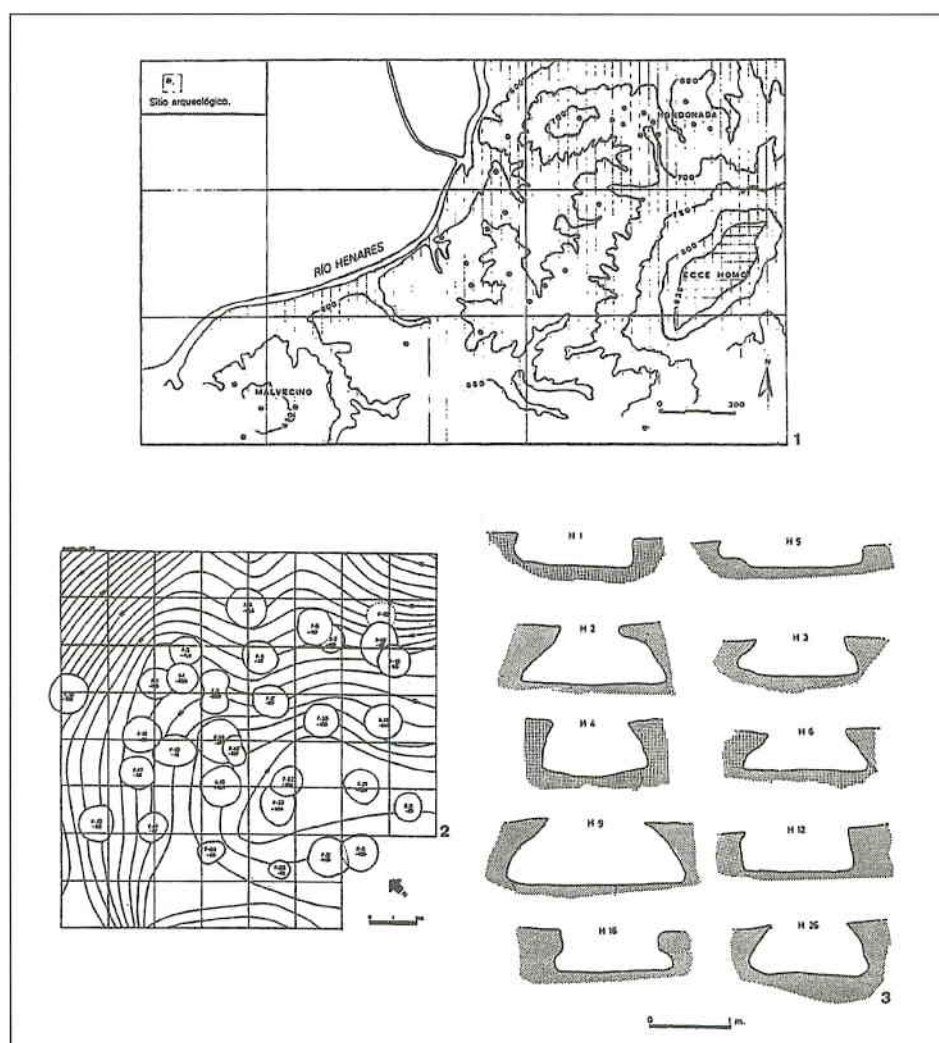
9. La ausencia de murallas podría estar relacionada con una situación de «relativa paz», o de relajación de las tensiones sociales como la observada por Díaz-Andreu (1994: 292) durante este período en la provincia de Cuenca.



actividades metalúrgicas, las evidencias de una importante actividad comercial, así como las grandes dimensiones de la plataforma ocupada y la potencialidad de su estrato arqueológico<sup>10</sup>, nos inclinan a pensar que se trata de un poblado de ocupación estable, y la documentación en sus alrededores de asentamientos en llano o en pequeños cerros (Juan Rojas, El Berral) de cronolo-

gía similar, parecen indicar que aquel funcionó como asentamiento principal de un sistema de poblamiento jerarquizado.

En todo el territorio de Cogotas I existen otros cerros con características similares al de Carricastro y Ecce Homo, por lo que no sería de extrañar que este sistema de supeditación poblacional fuera más habitual de lo que hasta el momento



**Figura 10.** Emplazamiento y Hábitat de Cogotas I: 1. Modelo de poblamiento jerárquico (Ecce Homo y sitios asociados) (Almagro 1986); 2. Campo de hoyos del Arenero de Soto (Madrid) (Martínez y Méndez, 1983); 3. Secciones de diversos hoyos característicos de Cogotas I (Las Empedradas, Fuentecén, Burgos) (Palomino y Rodríguez, 1994).

<sup>10</sup> Este último aspecto sólo se intuye gracias a algunas labores agrícolas, puesto que no se han realizado excavaciones en el yacimiento.

parece mostrarse. En todos estos casos el centro situado en lo alto, de mayores dimensiones, actuaría como “lugar central” donde se trasladaría la producción obtenida en las granjas dependientes para su redistribución y desde donde se establecerían los contactos necesarios para la adquisición de productos deficitarios. Jugarían, además, un importante papel político -podrían ser centros de decisión-, incluso podrían ser el lugar de refugio de la población del entorno en el hipotético caso de una amenaza exterior.

A pesar de todo, creemos que este modelo de poblamiento no es más que uno, y posiblemente no el más desarrollado ni frecuente, de los que las gentes de Cogotas I utilizan en el vasto territorio que ocupan. Otras muestras de ocupación del espacio apuntan claramente a un régimen más inestable, basado en pequeños poblados de una duración no muy prolongada, que se instalan en las zonas bajas, cercanas a los ríos, y en los interfluvios, sobre lomas, altozanos, o en terreno completamente llano y desprotegido, menospreciando muchas veces los altos cerros que se encuentran en las proximidades<sup>11</sup>. A estas características responden amplios conjuntos de poblados de las campiñas del Duero, de las tierras zamoranas del Vino y del Pan y de la antigua cuenca de la Nava (Palencia) (Rojo, 1987), así como la impresionante concentración de los alrededores de la capital madrileña. En este caso, los distintos grupos actuarían en igualdad de condiciones, sin que se dieran fenómenos de supeditación ni jerarquización, explotando pequeños territorios de forma intensiva hasta su agotamiento -ignicultura-, momento en el que se levantaría el campamento en busca de un nuevo lugar para asentarse<sup>12</sup>.

Por lo tanto, hemos de ver en la agrupación de tan alto número de poblados en un espacio reducido, no una alta densidad de poblamiento contemporáneo, sino la sucesiva ocupación de aquel por un número reducido de grupos que van trasladando su emplazamiento cada cierto tiempo.

Estos dos modelos, uno jerarquizado con enclave central estable y otro independiente e inestable -y frecuentemente recurrente-, son la base del poblamiento de Cogotas I, sin embargo, derivados de ellos podemos encontrar variantes y fenómenos de complementariedad regional o temporal en los que se alternen o combinen ambas soluciones. La existencia de potentes poblados en el llano -como podría ser el caso de Perales del Río en Madrid-, en los que además se constatan restos pertenecientes a diferentes fases, podría ser el resultado de una nueva modalidad en la que se diese una ocupación continuada en lugares sin ventajas estratégicas; sin embargo, el conocimiento de este enclave, y de otros de similares características -caso de La Huelga (Dueñas, Palencia)-, no es lo suficientemente profundo como para discernir si se trata de un asentamiento estable o no es más que el resultado, tan habitual en otros casos, de la reutilización intermitente de un mismo paisaje dentro del segundo de los modelos descritos.

## Hábitat

La característica principal del hábitat de Cogotas I es su precariedad. A pesar de no ser muy numerosas las estaciones de este signo excavadas en extensión, podemos decir que los poblados construi-

11. En otras ocasiones, algunos cerros aislados o lenguas de páramo de excelentes ventajas defensivas y para el control del territorio, aunque de no excesiva extensión, parecen formar parte también de este modelo de asentamiento inestable e independiente; por lo menos así parece desprenderse de algunas intervenciones realizadas en El Castillo (Rábano, Valladolid) (excavaciones de J.A. Rodríguez Marcos; Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991) y otros lugares, donde las evidencias son tan efímeras y poco significativas como las de los pequeños campamentos del llano.

12. Esta modalidad admite la posibilidad, que se constata de forma habitual, de que los mismos pobladores, o gentes afines, regresen al viejo asentamiento una vez haya transcurrido el tiempo necesario para la regeneración del suelo, algo que depende de las características edafológicas, del clima y del sistema de cultivo utilizado (Bello, Criado y Vázquez, 1982: 36). Por esta razón la fórmula se puede tildar, además de inestable e independiente, de recurrente.

dos por estas gentes no estaban destinados a durar demasiado tiempo<sup>13</sup>. La presencia de estructuras de habitación levantadas sobre el suelo ha sido tímidamente constatada en un corto número de yacimientos dentro del territorio nuclear (Fig. 11), entre los que podemos destacar Los Tolmos de Caracena (Soria) (Jimeno y Fernández Moreno, 1991), El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín Benito y Jiménez, 1988-89), El Castro (Ardón, León) (Celis, 1985: 237-240), El Balconcillo (Ucero, Soria) (Rosa, 1994: 32; Rosa, 1995), La Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez y Velasco, 1984; 1988: 187), El Castro de los Barahones (Valdegama, Palencia) (Barril, 1995), La Huelga (Dueñas, Palencia) (Pérez Rodríguez *et alii*, 1994: 12), La Corvera (Béjar, Salamanca) (Fabián, 1993b) y La Dehesa (Alcalá de Henares, Madrid) (Silva y Macarro, 1996); así como algunas evidencias de pavimentos y hogares en San Román de Hornija, El Teso de la Macañorra, Bolaños de Campos y El Gurugú, (Valladolid), Cueva de la Curva y Cueva de los Espinos (Palencia) y Las Empedradas y Quintanadueñas (Burgos). En todos los casos parece tratarse de endebles construcciones de madera a base de postes hincados en el suelo reforzados con guijarros y pellas de arcilla y recubiertos con un entramado de barro y ramas; e incluso se constatan, aunque no formando parte de ningún muro por el momento, bloques de barro compactos y con forma escuadrada -¿adobes?-, como los aparecidos en uno de los hoyos de El Cementerio-El Prado de Quintanilla de Onésimo (Valladolid). Las plantas, que en algunos casos como en Los Tolmos, y posiblemente también en Ucero, se excavan parcialmente en la roca, son de tendencia oval u oval-rectangular y de pequeñas dimensiones, y las techumbres, quizás a doble vertiente, podrían estar cubiertas con elementos vegetales. Los hogares, de barro endurecido, se

encuentran de forma aislada dentro de los poblados, pero en Béjar una de estas estructuras apareció formando parte de un posible suelo de habitación.

La piedra, por el contrario, está ausente en la confección de estas viviendas, sólo es posible que se utilizaran como refuerzo exterior entre el suelo y las paredes de mantado. A pesar de ello, no podemos dejar de hacer mención a los pisos o recintos delimitados por lechos de piedras revueltas de El Castillo de Cardeñosa (Naranjo, 1984), o a las llamadas “chozas” del Berrueco (Salamanca) (Maluquer, 1958a), definidas sobre todo por pavimentos de tierra apisonada o por enlosados, con excepcionales restos de muros que, a veces, aprovechan los grandes bloques graníticos que afloran en el cerro. Sin embargo, la relación de estas estructuras con la fase cogoteña de estos poblados, a nuestro entender y al de otros muchos investigadores, es al menos dudosa, por lo que hemos de mantener cierto recelo a la hora de aceptar estos rasgos para caracterizar el hábitat del grupo que ahora nos ocupa. Muretes de piedra son también mencionados en la primera fase del Castro de los Barahones (Valdegama, Palencia), por lo que, a pesar de no ser la regla habitual, parece que no se produjo un rechazo absoluto por este material.

Algunas muestras más de este tipo de arquitectura se pueden encontrar en yacimientos de Cogotas I que ya se encuentran en los márgenes de su territorio, en lo que llamaremos “Zona de Contacto”, como es el caso de Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1994). En este poblado vemos repetidos los rasgos descritos hasta ahora, aunque algunas construcciones utilizan zanjas para la instalación de los postes y grandes maderos de sustentación, unas técnicas que implican cierto grado de complicación y de evolución. En Moncín se pone en duda la relación entre este tipo de estructuras lignarias y la

13. Las características que ahora siguen se refieren tanto a los poblados asentados en cerros defensivos como a aquellos ubicados en el llano; sin embargo, son mucho más acusadas en estos últimos, donde a la ligereza de los materiales constructivos se une un reducido tamaño de la ocupación, lo que acrecienta su carácter inestable. Algunos cálculos realizados para ocupaciones similares en otras regiones de Europa han estimado que el número de habitantes estaría entre 30 y 50, y que en pocas ocasiones sería superior a 200 (Blasco, 1993: 147).

inestabilidad del hábitat, puesto que parece bastante evidente que aquí se mantiene la ocupación de forma ininterrumpida desde el Bronce Antiguo hasta la fase plena de Cogotas I, aunque también es cierto que las peculiaridades descritas redundan en una mayor solidez de las estructuras finales.

En cualquier caso, podemos decir que el aspecto general ofrecido por los restos de viviendas de Cogotas I es muy poco consistente. La constatación de hogares y fosas destinadas a diferentes actividades artesanales fuera de las casas parece indicar que la vida y trabajo de estas gentes se realizaba en el exterior de las mismas, y que éstas, frecuentemente sólo se utilizarían durante la noche y en los momentos en los que el clima fuera especialmente adverso.

En la gran mayoría de los poblados excavados de Cogotas I las únicas estructuras constructivas que comparecen son aquellas que fueron excavadas en el suelo de la ocupación; unas características fosas, muchas veces mal denominadas “fondos de cabaña”, que se agrupan en número elevado formando auténticos “campos de hoyos” (Fig. 10.2 y 3; Fig. 11.2). Esto no quiere decir que, en su día, no existiesen viviendas como las descritas, sólo que éstas, dado su carácter endeble, han desaparecido víctimas de procesos posdeposicionales como la erosión y el secular laboreo agrícola de los campos, que han ido borrando las huellas más superficiales y han respetado únicamente aquellas otras que profundizaban en los substratos naturales del terreno. Tanto el tamaño como la forma de estos hoyos muestran una gran diversidad. Las bocas son circulares o paracirculares, y las secciones pueden ser cilíndricas, en forma de campana o saco, troncocónicas, globulares, etc.

Sobre la razón de ser de estas cavidades se han realizado multitud de apreciaciones. Su última

función, la mayoría de las veces, fue la de servir como fosas detríticas en las que se acumulan distintos materiales de desecho, como fragmentos de vasijas cerámicas, restos de fauna, útiles de piedra y hueso desgastados o inservibles, residuos de materiales de construcción (pellas de barro con improntas vegetales, piedras y cantos), etc. Sin embargo, se hace difícil imaginar que las citadas fosas fueran concebidas desde el primer momento como verdaderos basureros, por lo que, a través de ciertas evidencias y de algunos hoyos que no llegaron a alojar desperdicios, se pueden llegar a desvelar algunas de las funciones originales para las que fueron ideadas. En casos excepcionales se han conservado en las paredes y fondos de estos hoyos restos de enfoscados o de auténticos revoques para su impermeabilización, grandes vasos de almacenamiento, e incluso distintas cantidades de grano carbonizado<sup>14</sup>, aspectos todos ellos que indican claramente un uso relacionado con el almacenaje de alimentos. Por estas y por otras razones, la mayoría de los investigadores que en los últimos años se han preocupado de este tema apuestan por considerar que la primera finalidad de estas cubetas fue la de servir como silos de almacenamiento, ya sea para grano o para cualquier otro tipo de producto destinado al consumo humano o animal, y que, una vez inutilizadas para esta primigenia función, serían amortizadas como colectores de los desperdicios producidos por los habitantes del yacimiento, provocando, seguramente, el sellado inmediato de la fosa (Rodríguez Marcos, 1993: 66; Arranz *et alii*, 1993; Rodríguez y Abarquero, 1994; Blasco, Calle y Sánchez, 1991: 117). Gracias al reciente estudio de Bellido (1996: 30), también podemos decir que el éxito de estos “graneros” estriba precisamente en su mantenimiento como estructuras

14. Hoyos revocados se reconocen en La Bajada de la Carrancho (Grijota, Palencia) (Bellido, 1996: 112), La Aceña (Huerta, Salamanca) (Sanz *et alii*, 1994), El Castillo (Rábano, Valladolid) (Excavaciones de J.A. Rodríguez Marcos), Los Cenizales (Barcial del Barco, Zamora) (Rodríguez y Val, 1990), Carralavesgas (Santillana de Campos, Palencia) (Martín Carbajo *et alii*, 1993) y La Huelga (Dueñas, Palencia) (Pérez Rodríguez *et alii*, 1994: 12 y 18); vasos de almacenamiento completos depositados en hoyos, aunque a veces se les ha otorgado una condición ritual, aparecen en la Muela de Alarilla (Guadalajara) (Méndez y Velasco, 1988) y también en el hoyo revocado de Rábano; por su parte, restos de gramíneas carbonizadas se recuperaron en los hoyos de Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1987: 26).

selladas, sin variaciones de humedad, por lo que no debieron funcionar como una despensa abierta de la que ir surtiéndose, sino como una reserva destinada a la futura siembra o a los momentos de carestía.

A pesar de existir esta opinión más o menos generalizada, no podemos olvidar otras interpretaciones avaladas por distintas evidencias arqueológicas. Una recopilación de las posibilidades de utilización de estas fosas la realizó Martínez Navarrete para su Tesis Doctoral. Esta autora (Martínez Navarrete, 1988: 883-909) enumera y explica una serie de usos: basurreos, depósitos de comestibles, almacenes diversos (alfarería, comestibles, cerámica, agua...) hogares, estructuras incorporadas a distintos procesos de fabricación (curtido, tinte, forraje), e incluso fondos de cabaña -aunque para servir como base a una estructura de habitación han de estar dotadas de ciertas características (tamaño amplio y escasa profundidad) que no se cumplen en la mayoría de las subestructuras de Protocogotas y Cogotas I-. Otras utilidades descubiertas por distintos excavadores son la de hoyos de inhumación, simple, doble e incluso triple (Delibes, 1978; Esparza, 1990), o la de horno para la cocción de cerámica (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993; Pérez Rodríguez *et alii*, 1994: 12)<sup>15</sup>. Por lo tanto, creemos conveniente no intentar relacionar la existencia de los hoyos con una única finalidad, puesto que pudo ser una fórmula primitiva para dar solución a diferentes problemas. A pesar de ello, compartimos la idea de que en su mayoría fueron destinados al almacenamiento de viandas, y de que posteriormente pudieron ser amortizados de distinta manera, según las necesidades más inmediatas del grupo.

Algunos de estos hoyos aparecen rodeados de huecos de poste (Silva y Macarro, 1996), su

tamaño es muy reducido para considerar que se trata de una estructura de habitación, por lo que se han interpretado como posibles silos comunitarios, que dispondrían de una cubierta apoyada en una estructura de madera.

Una característica recurrente en estos “campos de hoyos” es la existencia de subestructuras que se superponen y seccionan, demostrando así la utilización diacrónica de un mismo emplazamiento, dentro del modelo inestable y recurrente. De esta manera se da explicación también a la existencia de poblados con extensiones extraordinariamente amplias, que alcanzan varias hectáreas, o a la acumulación de sitios separados por pocos metros de distancia. Estas sucesivas reocupaciones se derivan del modelo de poblamiento inestable e independiente anteriormente descrito, que provoca en el registro arqueológico una acumulación de restos que no siempre se va a reflejar a la manera clásica, a través de la superposición de niveles fértiles y estériles, por dos razones fundamentales. En primer lugar por la precariedad, ya citada, de los hábitats en sí, que facilita el rápido deterioro de las huellas dejadas tras su abandono y antes de su fosilización en un estrato arqueológico; un panorama de destrucción a consecuencia del cual una nueva ocupación del mismo lugar años más tarde únicamente sería detectable a través de los cortes que los nuevos hoyos provocan en los antiguos. En segundo lugar es muy probable que, perdida la referencia exacta de la ubicación del antiguo poblado, el nuevo se ubique en una zona muy próxima o contigua<sup>16</sup>, provocando así una estratigrafía en horizontal que sólo podrá ser detectada a través de la evolución comparada de los restos cerámicos hallados en el interior de los

---

15. Una nueva revisión de los usos a los que pudieron estar sometidas estas estructuras se puede ver en la citada obra de Bellido (1996).

16. Este comportamiento puede ser incluso consciente, puesto que, habiendo espacio suficiente en los alrededores, no descartamos que se prefiera terreno “limpio”, en las márgenes de la ocupación anterior. Incluso se podría pensar que con esta práctica se pretende aprovechar la concentración de materia orgánica del viejo asentamiento para dedicarlo a la producción agrícola; lo que a su vez explicaría el total arrasamiento de algunos poblados de los que no quedan más que los hoyos subterráneos.

distintos hoyos. Así, grandes yacimientos que ocupan amplias superficies, como es el caso del palentino de La Huelga (Misiego, 1992; Sanz *et alii*, 1994) y el madrileño de El Caserío de Perales del Río (Blasco, Calle y Sánchez, 1991), o concentraciones tan espectaculares como las de los areneros madrileños o las tierras de los páramos vallisoletanos al Sur del Duero, no son más que el resultado de un retorno más o menos periódico de los mismos grupos poblacionales.

Este fenómeno, que funciona con facilidad en los poblados situados en el llano o las riberas de los ríos donde existen grandes superficies que presentan las mismas condiciones de habitabilidad, tiene una ligera variante en los poblados de altura. Aquellos asentamientos encaramados en las lenguas de pequeños páramos o en cerretes de reducidas dimensiones y que, sin embargo, participan del mismo modelo poblacional, presentan una referencia visual nítida y claramente delimitada en el espacio, por lo que de existir sucesivas ocupaciones, éstas tienen más posibilidades de superponerse en sentido estricto.

Este comportamiento será la causa también de la repetida y abundante documentación de estaciones con restos pertenecientes a diferentes momentos del desarrollo interno del grupo; una circunstancia que ocurre en lugares como Perales del Río (Getafe, Madrid), La Macañorra (Geria, Valladolid), El Balconcillo (Ucero, Segovia), El Castro de Yecla en Santo Domingo de Silos y La Cueva de Atapuerca en Burgos o Cueva Tino de Mave, La Huelga de Dueñas y El Castro de los Barahones de Valdegama en Palencia. Todos estos poblados, y otros muchos (Cuadros 2 y 3), fueron ocupados en un momento temprano del desarrollo de Cogotas I y también en un momento de plenitud y, sin embargo, no creemos que ello se deba a una continuidad del hábitat, puesto que tal hecho hubiera proporcionado un asentamiento más estable

y consistente; más bien consideramos que se trata de una utilización intermitente del mismo emplazamiento que abarcará, a la vuelta de varias ocupaciones, distintas fases evolutivas.

Hasta el momento no se han obtenido datos que apoyen la existencia de una organización interna de los poblados, y mucho menos de “calles” o lugares de uso público. No existe nada que, ni siquiera, anuncie una estructura urbana, en contra de lo que por estas fechas está ocurriendo en otras regiones de la Península. En algún momento, sin embargo, hemos creído ver cierta diferenciación espacial dentro de las ocupaciones de Cogotas I (Rodríguez y Abarquero, 1994: 40), basada en la discriminación entre área de viviendas por un lado y área de excavación de hoyos por otro. Esta situación parece constatarse claramente en lugares como El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín Benito y Jiménez, 1988-89) y Los Tolmos de Caracena (Soria) (Jimeno y Fernández, 1991), dos de los escasísimos lugares en los que hemos mencionado la presencia de cabañas; en ambos, éstas últimas se construyen en lugares separados y más o menos distanciados de la zona ocupada por los “hoyos” (Fig. 11.2), lo que nos hacía sospechar que existía una intención consciente en las gentes que allí habitaron y, por lo tanto, cierto grado de organización interna. Uno de nuestros argumentos para defender esta disociación entre lugar de habitación y campos de hoyos era la ausencia de una vinculación directa entre las viviendas y las estructuras subterráneas. Sin embargo, recientemente se han localizado en el poblado de La Dehesa (Alcalá de Henares, Madrid) varias chozas compuestas por suelos, huecos de poste y hoyos (silos/basureros) similares a los que habitualmente aparecen repartidos por la superficie de estos asentamientos (Silva y Macarro, 1996). Un panorama similar podría desprenderse también de una de las cabañas descritas en el poblado soriano



de El Balconcillo (Ucero), asociada a una fosa de estas características (Rosa, 1995). Por lo tanto, hemos de colegir que la diferenciación entre área de viviendas y zona de almacenamiento no es una práctica generalizada, y que sólo parece puesta en práctica en determinadas condiciones, quizás en establecimientos de reducidas dimensiones como son Los Tolmos o El Teso del Cuerno.

Sin embargo, y a pesar de la aparente anarquía que reina en estos poblados, existen indicios de una demarcación espacial del trabajo. En Perales del Río (Blasco, 1993: 150 y 157), por ejemplo, en un mismo sector se dan cita una gran proporción de molinos de granito, un importante número de pesas de telar y ciertos indicios de actividad metalúrgica, como si todas las actividades de transformación se concentraran en un solo lugar, no segregado del poblado, pero sí, tal vez, diferenciado e implícitamente delimitado.

## Economía

En lo que se refiere a la economía, contamos ya con varios estudios sobre fauna, aunque son menores los análisis palinológicos y carpológicos. Los datos proceden de yacimientos como Los Tolmos de Caracena (Soto Rodríguez, 1984: 325; y López García, 1984: 337-338; en Jimeno, 1984a), Cueva Rubia (Morales *et alii*, 1992), El Arenero de Soto (Martínez y Méndez, 1983: 232-233; López García, 1983: 268; Soto Rodríguez, 1983: 277-284), Arenero de Jesús Fernández (Gálmez y Salmador, 1980: 74-75), Perales del Río (Blasco *et alii*, 1984-85: 21-23), Ecce Homo (Almagro-Gorbea y Fernández Galiano, 1980: 116), La Muela de Alarilla (Méndez y Velasco, 1984: 14), Cerro del Bu (Alvaro y Pereira, 1990: 209) y Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1987: 96). A partir de todos ellos, y de algunas sistematizaciones de carácter más general y teórico podemos esbozar hoy

con más acierto los recursos económicos que aseguran el sustento de estos grupos.

En repetidas ocasiones se ventila la exclusiva dedicación pastoril de Cogotas I, especializada en la cría de ovicaprinos; sin embargo, muy pocos son los autores que intentan refrendar estas hipótesis mediante datos arqueológicos de peso científico. Los principales argumentos para sostener esta teoría se basan por un lado en el poblamiento y por otro en los análisis faunísticos. En el primer caso, la escasa entidad de los hábitats se considera el producto de prácticas seminómadas de pueblos pastores acostumbrados a ocupar un lugar durante poco tiempo y, por lo tanto, a no realizar construcciones de gran estabilidad. Con los mismos fines se ha utilizado el emplazamiento de algunos poblados, en lugares serranos donde hoy en día sólo parece viable una precaria explotación ganadera. En cuanto a los restos dejados por la actividad pecuaria tenemos que tener en cuenta que, dado su carácter, siempre serán más evidentes y perdurables que aquellos dejados por las actividades agrícolas.

Pero la verdad es que hoy por hoy no podemos decir que Cogotas I sea un pueblo específico de pastores, puesto que tanto las características de los emplazamientos elegidos, como los análisis que poco a poco van ampliando los niveles de información, hacen apostar a los expertos por una economía mixta y diversificada según sean las posibilidades del paisaje.

En opinión de Fernández Manzano (1985: 69), la dualidad en el tipo de asentamiento en cerro o en llano está en función de una perpetuación de la dualidad pastoreo/agricultura, sin que ello conlleve una dedicación exclusiva en cada caso.

Para Almagro-Gorbea (1986: 375-377) también existe un dualismo económico reflejado en el tipo de asentamiento. Como ejemplo de una economía básicamente ganadera y de emplazamiento serrano menciona los Tolmos de Caracena

(Soria)<sup>17</sup>, donde la ganadería sería de carácter mixto, con vacas pequeñas y ovicaprinos, predominando la oveja. El estudio provisional de los restos del yacimiento soriano permite suponer una ocupación temporal de primavera-verano, «de lo que se deducirá un carácter trashumante, lógico dada la situación en una zona elevada y fría de la Meseta a casi 1000 metros de altura». Por el contrario la agricultura parece ocupar un lugar secundario en el poblado, aunque existen dientes de hoz de sílex y los análisis polínicos confirman el cultivo de cereales.

El segundo tipo de economía, de clara orientación agrícola, estaría representado según este autor por los típicos poblados situados en las cuencas sedimentarias, cerca de las terrazas de los ríos y en buenos terrenos para el cultivo del cereal, y que se caracterizan por los típicos “fondos de cabaña” o “campos de hoyos”, cuyo régimen de aprovechamiento sería el de tala y roza.

Por nuestra parte, no queremos relacionar de forma determinante el emplazamiento con una exclusividad económica determinada. Prueba de lo ineficaz de esta ecuación es el hecho de que oigamos los mismos argumentos para apoyar teorías completamente diferentes. Por ejemplo, las regiones llanas o situadas en las terrazas fluviales han sido consideradas en ocasiones, como hemos visto más arriba, la prueba evidente de una explotación agrícola, dada la potencialidad de estos suelos para el desarrollo de cereales; mientras que, en otras, estos terrenos se han estimado propicios para el desarrollo de pastos que alimentarían a los rebaños de unos pueblos dedicados esencialmente a la ganadería.

A nuestro modo de ver, la preferente dedicación a uno u otro sector no estriba tanto en la posición singular del hábitat como en las características del entorno. Según esta premisa, es lógico pensar que en aquellas estaciones situadas en

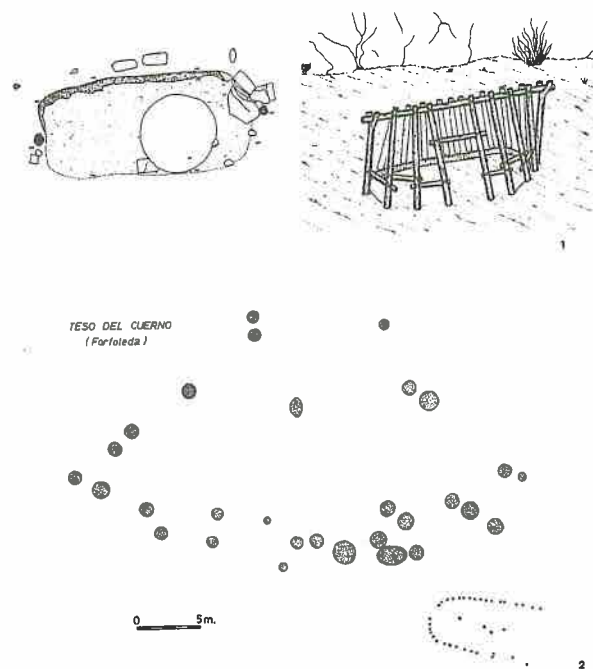


Figura 11. 1. Planta y reconstrucción de la cabaña de Los Tolmos de Caracena (Soria) (Jimeno y Fdez, 1991); 2. Campo de hoyos y cabaña de postes de El Teso del Cuerno (Forfoleda, Salamanca) (Martín y Jiménez, 1988-9).

ambientes ecológicos serranos, en los piedemontes de los sistemas montañosos que rodean la cuenca del Duero y en el Sistema Central, la principal fuente de recursos sea el pastoreo de ganados; mientras que en aquellas otras que plantan sus caseríos en el fondo de los valles o en las plataformas intermedias de los interfluvios, se establezcan o no en la cima de cerros testigos, resulta más razonable optar por la explotación de recursos agrícolas.

Somos conscientes, al igual que lo es Almagro-Gorbea (1986: 375-377) de que es imposible generalizar al hablar de una economía referida a una cultura de tan larga duración y que se extiende por áreas geográficas de medio ambiente muy diferente. Sin embargo, pensamos que se puede hablar de una complementariedad de los dos sectores primarios, que por otra parte no sería más que el resultado de un

17. Jimeno, 1984a; Jimeno y Fernández Moreno, 1991.

*modus vivendi* que se viene desarrollando en el interior de la Meseta desde los primeros asentamientos realmente neolíticos. A este respecto creemos interesante referir aquí la opinión de Harrison (1993: 297), quien afirma que «los estudios etnográficos apuntan hacia la idea de que el pastoralismo es un elemento integrado dentro de una economía agrícola».

Todo parece indicar, por lo tanto, que hemos de hablar de una relativa diversidad económica en la que se documenta una amplia gradación de complementariedad entre la agricultura y la ganadería. A pesar de ello, podemos observar en el sector pecuario un recurso vital que juega un destacado papel no sólo en los medios de subsistencia de Cogotas I, sino también en las relaciones sociopolíticas del grupo.

La existencia de la ganadería se ve avalada por la documentación de los restos óseos, a partir de los cuales podemos coleccionar un predominio de los rebaños de ovicaprinos. Este tipo de ganado, ovejas y cabras, es sin duda el más apropiado para la explotación de los ambientes naturales en el que se desenvuelve Cogotas I, puesto que aprovecha pastos de escasa calidad y desechados por otras especies ganaderas más exigentes, siendo muy escaso el coste de mantenimiento. Por otra parte, estos rebaños abastecen a sus dueños de carne, leche y lana, y suponen un seguro eficaz ante la posibilidad de un fracaso agrícola (Martínez Navarrete, 1988: 162-174). La importancia de este tipo de ganado es relacionada por algunos autores con una posible especialización, cuyo destino no sería únicamente el autoabastecimiento, sino también la acumulación de unos excedentes susceptibles de intercambio; un aspecto que se enmarca dentro de la “revolución de los productos secundarios” y que Harrison y Moreno (1985: 79-80) bautizan con el nombre de “policultivo ganadero”. Este modelo no consiste sino en la especialización y adaptación de una o dos especies en función del

aprovechamiento de los productos secundarios y de las redes de intercambio que provoca.

Se ha considerado que el régimen de explotación de estos rebaños tendría que ser extensivo, dado por un lado la mala calidad de los pastos y por otro la escasa rentabilidad obtenida del ganado, a lo que habría que añadir la necesidad de renovación de los espacios a causa de la agresión ecológica que supone el pastoreo para los suelos; por lo que el éxito de este modelo de explotación ganadera dependería en gran medida de la existencia de amplios terrenos incultos disponibles (Martínez Navarrete, 1988: 170). En nuestra opinión, este último no sería un escollo insalvable para las gentes de Cogotas I; creemos que la densidad de población no debió suponer un problema, a no ser en momentos concretos de crisis y en lugares específicos, y que existían aún muchas zonas incultas que podían ser aprovechadas por el ganado. Este, que como hemos dicho tiene una excelente capacidad de adaptación a medios como el que aquí encontramos, puede también aprovechar las rastrojeras en verano, a la vez que abona los campos, comportándose así como un elemento más dentro de una economía integrada. No parece lógico pensar en la existencia, ya en este momento, de movimientos trashumantes de largo recorrido a través de los cuales se trasladasen los rebaños durante el invierno a los pastaderos de la mitad meridional del país<sup>18</sup>; sin embargo, admitimos, y creemos razonable así hacerlo, que en aquellos ecotornos que se encuentran entre las sierras montañosas y las campiñas de los ríos, se produzca un fenómeno de trasterminancia, es decir, traslados estacionales de pequeño recorrido, que conducen a los animales hacia las cotas más altas durante los rigores estivales que provocan una disminución del pasto en las tierras bajas, y su regreso a éstas durante el invierno, cuando en las cimas el crecimiento vegetal queda

---

18. Más adelante, cuando entremos en las causas de la “expansión”, tendremos ocasión de rebatir con múltiples argumentos lo precario de esta posibilidad.

momentáneamente paralizado y los suelos se cubren de nieve durante largos períodos. Tal modalidad de explotación ganadera no implicaría, por otra parte, más que a un reducido número de personas, mientras que el resto de la comunidad permanece en el poblado habitual dedicado a las tareas agrícolas. Otros mecanismos, que tendremos ocasión de defender, apuestan por la posibilidad de mantener los rebaños en las tierras de la Meseta sin los riesgos que implica un traslado a larga distancia.

Pero no sólo son los ovicaprinos los ejemplares faunísticos reconocidos en los poblados de Cogotas I. No faltan los bóvidos, que pueden llegar a representar el mayor volumen si se toma como referencia el peso de la muestra. También están presentes el cerdo, en escasa proporción habitualmente, y el caballo, de especial representación en Cueva Rubia y Moncín. En cuanto a esta última especie, es muy probable que no en todos los casos formase parte de la dieta de los habitantes del poblado, puesto que se constata su ausencia de determinados hoyos amortizados como basureros y donde se reúnen los demás desperdicios derivados del consumo humano (Morales *et alii*, 1992). Esta circunstancia, añadida a la presencia de esqueletos prácticamente completos, nos inclina a pensar en un aprovechamiento distinto para estas bestias, ya fuera como animales de tiro, como medios eficaces de transporte para el comercio o, lo que es más importante, para posibilitar al hombre, subido a su grupa, una ampliación del territorio de actuación (Harrison, 1993: 296). La no constatación de elementos metálicos de arreo podría hacernos dudar de esta última finalidad, aunque éstos podrían realizarse en materias perecederas -cuero- y no estar dotados de ningún significado social como en tiempos venideros. La mayor proporción de esta especie en algunos yacimientos debe estar relacionada con el desarrollo de un tipo de actividad concreta o un significado diferencial, que no se vincule exclusivamente a la resolución de las necesidades alimenta-

rias de las gentes. En este sentido, podemos pensar que la existencia de una explotación equina especializada en la posterior cultura de El Soto -constatada a través de evidencias como una alta proporción de restos óseos de équidos, presencia de individuos seniles y castrados, o huellas de desgaste dentario provocadas por el uso de bocados-, que pudo estar destinada a la comercialización de excedentes (Delibes, 1995b: 128-129; Morales y Liesau, 1995: 478-479), cuenta con unos rudimentarios precedentes en algunos poblados de Cogotas I.

La progresiva relevancia del caballo en las sociedades de la Edad del Bronce es un hecho que se constata en otras comunidades ibéricas contemporáneas; sirva como ejemplo al menos la espectacular acumulación de restos de este animal, a la que probablemente haya que atribuir un significado ritual, reconocida en un recinto de lajas adosado al bastión argárico de El Cerro de la Encina tras su abandono, es decir, en la fase de transición hacia el Bronce Final (Driesch, 1974: 152).

De especial interés y curiosidad es la documentación de perros entre los restos de fauna de los yacimientos. Huesos de estos animales han sido encontrados en Cueva Rubia, Ecce Homo, Arenero de Soto y Cerro del Bu, lo que podría hacer pensar en una crianza específica de esta especie destinada al cuidado de los rebaños. La gran talla que presentan algunos ejemplares -como ocurre en Los Tolmos- hace más razonable la posibilidad de que así sucediera. Pero ninguno de los hallazgos citados es comparable al del Caserío de Perales del Río (Getafe) (Blasco, Calle y Sánchez, 1991: 59), donde un esqueleto completo de cánido yace a los pies de dos niños en el interior de una fosa utilizada como sepultura. Otras muestras de perros inhumados en el fondo de hoyos, esta vez sin que acompañen a humanos, las conocemos en La Dehesa (Silva y Macarro, 1996), donde el animal se sitúa por debajo de un nivel de hogar, y en La Huelga (Bellido, 1996:

111). Este tratamiento especial, además de trasladar a la prehistoria la atávica fidelidad que los cánidos demuestran a sus dueños, nos informa de la valoración de los mismos dentro del poblado, posiblemente por el papel que juegan en la actividad ganadera.

La importancia de la actividad pecuaria radica en la capacidad de que dota a los grupos de Cogotas I para mantener cierta independencia y evitar una excesiva concentración de poder en unas pocas manos. Según Harrison (1993: 298), el elemento pastoril «*produce excedentes para intercambiar; genera diversos productos de gran valor (animales de tiro, caballos domésticos); da movilidad; y proporciona almacenamiento de alimentos en forma de animales vivos. Estas tácticas permiten que las familias controlen la distancia social entre comunidades, el espacio y el tiempo. ...La riqueza ganadera es una opción institucional que frena el dominio de algunas familias sobre otras*». El valor del ganado estriba precisamente en su movilidad, lo que le diferencia de la tierra, que obliga a una fijación de las gentes al suelo y las hace más susceptibles a caer bajo la dominación social, y en su papel como “despensa móvil”, la cual se puede aumentar o reducir en función de las necesidades del grupo<sup>19</sup>.

La actividad agrícola parece documentarse a través de testimonios directos, como la conservación de semillas carbonizadas en el interior de algunos hoyos de Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1987: 26), o de evidencias indirectas. Entre éstas últimas son frecuentes dentro de los poblados de Cogotas I los útiles denticulados (dientes de hoz) en sílex y otras piedras duras como la cuarcita, que debidamente engastados en un soporte de madera debieron constituir las hoces destinadas a la recolección de cereal. Esta finalidad se desprende de la pátina o “lustre” que muestran muchas de estas piezas y que se adquiere por el continuo roce de las mismas con las plantas gramíneas. Del mismo modo encontramos fragmen-

tos y piezas enteras pertenecientes a molinos de mano, de tipo barquiforme y realizados en piedras abrasivas, con una superficie generalmente cóncava y pulida, muestra inequívoca de su utilización para la moltura de grano, otra empresa derivada de la producción cerealística en la que queremos ver una huella más de las prácticas agrícolas. También la aparición de varios hoyos revocados al interior (ver *supra*) parece corroborar la idea de que fueran utilizados como silos para almacenar productos derivados de las labores agrícolas, ya sea grano para consumo humano o forraje para alimento del ganado.

El papel de la agricultura no tendría porqué ser de menor importancia que el representado por la ganadería y dependería, como hemos anunciado, del medio ambiente en el que se instala el poblado. En líneas generales, el grupo de Cogotas debió practicar una agricultura basada en la explotación de los recursos de la tierra de forma continua hasta su agotamiento ecológico, sin incluir medidas de renovación, alternancia de cultivos o abono -más que el que ocasionalmente origina el aprovechamiento del rastrojo estival por el ganado-. De esta manera los campos se verían esquilados en un período de tiempo reducido, unos cuantos años -cuyo número exacto variaría en función de la riqueza del suelo y del tamaño del grupo-, al cabo de los cuales ya no fuera rentable su laboreo. En este momento, los componentes del grupo levantarían su campamento y se trasladarían la distancia necesaria, posiblemente no demasiada, hasta encontrar tierras incultas o renovadas de forma natural; las cuales serían acondicionadas -muy posiblemente a base de prender fuego a la vegetación- y explotadas durante otro período de tiempo variable. Mientras, el terreno abandonado comienza una recuperación ecológica natural gracias a la cual se produce el enriquecimiento de los campos de cultivo, que podrán, a la vuelta de algunos años, volver

19. Esta última propuesta se encuentra en la misma línea que la hipótesis lanzada por Halstead para el Egeco. Según este autor el ganado ovino tendría como fin habitual la obtención de productos secundarios, pero alguno de los ejemplares sería consumido en caso de emergencia (Champion *et alii*, 1988: 251).

a ser trabajados. Esta fórmula económica es mucho más creíble cuando al mismo tiempo da explicación al modelo de poblamiento inestable e independiente que, de forma preferente, hemos definido para estas comunidades, así como a la posibilidad de que en un mismo poblado se detecten distintas fases del desarrollo del grupo sin necesidad de que éste fuera un hábitat de carácter estable, puesto que tales evidencias serían el resultado de una ocupación intermitente del espacio en la que se suceden diferentes momentos de habitación separados por períodos de abandono<sup>20</sup>.

A pesar de optar por el predominio de un sistema agrícola de estas características, y ante la posibilidad admitida de que algunos poblados merezcan el calificativo de permanentes, creemos que en algunos lugares pudieron producirse los avances necesarios para que se diera una agricultura estable. Entre estas novedades, pudo tener un papel decisivo la introducción del policultivo mediterráneo, que llegaría a estas tierras con cierto retraso respecto a otros territorios peninsulares más meridionales (Díaz-Andreu, 1994).

También se constatan entre los restos faunísticos algunos animales salvajes que nos informan de la existencia de cierta actividad cinegética. Entre las especies abatidas destacan los ciervos y los conejos, pero las proporciones de estos ejemplares se mantienen de forma general muy por debajo de los domésticos; por esta razón hemos de pensar que la caza sólo jugó el papel de recurso complementario en la alimentación de estas gentes, que no sería nada desdeñable, sin embargo, en épocas de crisis.

El sector agrícola/ganadero fomenta, por otra parte, el surgimiento de actividades de transformación destinadas a la elaboración de productos exigidos por o derivados del mismo. En el primer caso no son infrecuentes los molinos de mano, preferentemente de granito, así como las piezas de hoz, elementos

muchas veces fabricados *in situ*, pero que en otras muchas ocasiones se pueden atribuir al comercio. Por lo que se refiere a los derivados de aquellas actividades destacar la posible elaboración de productos lácteos en función de la aparición de las características “encellas” o vasos agujereados que son frecuentes en los poblados de este grupo.

También la producción cerámica forma parte de una industria, sin embargo, en este caso parece que se trata siempre de producciones locales, y más concretamente domésticas, destinadas al autoabastecimiento del grupo familiar, mientras que los ejemplos anteriores es posible que fueran moneda de cambio en las relaciones comerciales con los vecinos.

La fabricación de metales se detecta sólo a través de la existencia de artefactos bronceos y algunos moldes de fundición asociados a cerámicas de Cogotas I -entre los que destacan los de hachas planas de Carricastro (Velilla-Tordesillas, Valladolid)- (Delibes y Romero, 1992, 237-240), pero en ningún caso se han podido encontrar hornos destinados a la fundición y colado de metales.

El comercio en Cogotas I es, sin duda, una actividad de cierta pujanza, y no sólo en lo que podría considerarse de cierta lógica, el intercambio de bienes de primera necesidad entre comunidades vecinas, puesto que la alta concentración de determinadas materias primas en lugares concretos -granito, cornamentas de ciervo- hacen sospechar la existencia de centros mercantiles que centralizan este tipo de actividad. A este respecto destacan yacimientos como Carricastro (Valladolid), donde se concentran grandes cantidades de granito alóctono destinado a la producción de molinos con fines indiscutiblemente comerciales (Delibes *et alii*, 1995b: 56); o Moncín, donde la gran cantidad de asta de ciervo parece tener el mismo destino (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 453-482).

20. Preferimos denominar a la economía y al hábitat del Grupo Cogotas intermitente, y no estacional, siguiendo la propuesta de Méndez Fernández (1994: 87, nota 15), puesto que no estaríamos ante una ocupación diferenciada en función de la época del año, sino que ésta se mantendría durante un período continuo, más o menos corto.



## Organización Sociopolítica

En este sentido, los datos ofrecidos por la arqueología para el caso de Cogotas I no se muestran demasiado elocuentes, y son, en las ocasiones en las que aparecen, susceptibles de diferentes interpretaciones. Sin embargo, no hay motivo para amedrentarnos al decir que no podemos hablar de “estado” para las sociedades de la Edad del Bronce de la Meseta, ni siquiera de un sistema político paralelo al vivido en otras tierras de la Península durante este período. Cogotas I no muestra las condiciones de evolución necesarias -vida pseudourbana, red de poblamiento estable, altos niveles de acumulación de poder- para considerar la posibilidad de distinguir en todo el territorio que se le atribuye una organización superior que fuera capaz de controlar la totalidad de las comunidades en función de unos objetivos comunes. Con más facilidad, Cogotas I estaría compuesto por un amplio y variado número de grupos independientes, unidos por lazos familiares, por tradiciones comunes y por mecanismos de respuesta económica y social parecidos, pero que actuarían en el territorio de forma independiente. Sus relaciones debieron ser de hermandad y, sólo en determinadas ocasiones, pudieron surgir tensiones o enfrentamientos localizados, derivados seguramente de la coincidencia entre los territorios de explotación.

De extrema dificultad resulta enfrentarse a la definición de la sociedad de Cogotas I, dado que son muy escasos los documentos que al respecto podemos manejar. El estudio de los poblados nos podría llevar, en un primer acercamiento, a percibir un comportamiento comunitario en el que no se desarrollasen grandes contrastes interfamiliares. El principal rasgo que unifica todas las estaciones de Cogotas I es, a parte de la cerámica, la existencia de un elevado número de “hoyos”, interpretados en su mayoría como silos de almacenamiento. Recientemente, se ha propuesto (Palomino y

Rodríguez, 1994: 70) que estas típicas estructuras pudieran estar relacionadas con un momento de intensificación de la producción basado en el “almacenamiento colectivo”, un rasgo que parece constituir uno de los pilares fundamentales de la dinámica económica y social. En este sentido, Chapman (1991: 294) considera que este procedimiento -la salvaguarda comunitaria de las reservas- podría significar la inexistencia de grandes diferencias entre las unidades habitacionales de un mismo poblado y, por lo tanto, entre sus moradores.

La condición comunal de estas fosas se desprende de su localización, por lo menos en su mayoría, fuera de las casas; y su valor como testimonio de sociedades no excesivamente segmentadas podría estar avalado por situaciones semejantes vividas en el Sureste peninsular durante el calcolítico (Chapman, 1991: 218).

En contra de lo hasta aquí expuesto hemos visto aparecer recientemente nuevos planteamientos que vislumbran en la sociedad de Cogotas I ciertos rasgos de complejidad. En este sentido se manifiesta Delibes (*Delibes et alii*, 1995b: 56-57), quien, siguiendo las teorías de Service, considera suficiente la evidencia de alguna centralización política para intuir una “sociedad de jefaturas”. Un ejemplo de esta acumulación la encuentra este investigador en el yacimiento vallisoletano de Carricastro (Valladolid), donde confluyen la mayor parte de las muestras de fundición de bronce del grupo y la concentración de grandes cantidades de granito -stock- en forma de molinos barquiformes; lo que parece otorgar al castro un papel neurálgico y centralizador en lo político.

Este modelo incluye, por lo tanto, la existencia de un número reducido de personas, “las élites”, que controlan el sistema y que se encumbran por encima del resto de la sociedad. Sin embargo, las evidencias directas de estos dirigentes no parece traslucirse con nitidez a través de los enterramientos, como ocurría

en el campaniforme, a no ser que aceptemos la idea, surgida ante la escasez de tumbas detectadas en este período, de que la inhumación tal y como ha sido documentada sea un tratamiento restringido a los estratos más elevados de la escala social (Delibes *et alii*, 1995b: 57). Más complicado aún resultaría abordar la identificación de estas “aristocracias” a través del estudio de las viviendas, puesto que en ellas, al contrario de lo que ocurre en otros territorios, no existen diferencias apreciables que hagan sospechar desiguales grados de riqueza o posición social de sus moradores. A pesar de tales dificultades, la percepción de estas jefaturas puede alcanzarse a través de testimonios indirectos (Delibes *et alii*, 1995b: 57-58), como algunos elementos metálicos de indudable valor llegados de fuera y de los que son muestra inequívoca ciertos ejemplares de fíbulas de codo o “ad occhio” (Delibes, 1978: 245; Blasco, 1987b), y algunas joyas de oro y plata -brazales y cuentas de collar- halladas en el seno del territorio de Cogotas I y hasta en el interior de sus poblados (Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991), así como aquellos depósitos de armas y herramientas de bronce que, de forma esporádica pero representativa, horadan el solar de la Meseta y que, en función de su cronología, hay que atribuir a la plenitud de Cogotas I, como ocurre con el leonés de Valdevimbre y el burgalés de Salas (Delibes y Fernández, 1991: 204; Delibes, 1997: 75). A través de todos estos restos se nos filtra una realidad en la que sin duda existían diferencias, puesto que algunos de los objetos significados son claramente de uso personal y, por lo tanto, seguramente reservados a miembros destacado del grupo.

Como podemos observar, ambas posiciones son incapaces de responder a todos los interrogantes que sobre la sociedad de Cogotas I quedan pendientes. Probablemente su organización en este sentido sea víctima, como otros muchos aspectos,

de cierta diversidad, tanto temporal como regional, inclinándose hacia una u otra teoría según la ubicación geográfica o el momento cronológico. Es posible que en aquellas ocasiones en las que se documenta un sistema de poblamiento de los que hemos denominado inestables e independientes, las distancias sociales sean mucho menos acusadas, mientras que aquellas otras en la que se atestiguaba un carácter jerarquizado del mismo sean terreno abonado para el desarrollo de las desigualdades. Esta situación, en la que parecen coexistir sistemas más y menos jerarquizados, cabe pensar no se mantuviera incólume durante mucho tiempo, puesto que la primera fórmula tendería, de manera inexorable, a extenderse por todo el territorio; pero en cualquier caso, el grado de distanciamiento social entre las gentes de Cogotas I no parece alcanzar las cotas a las que se ha llegado en otros lugares de la Península Ibérica, como el Sureste o el País Valenciano, a pesar de que el desmantelamiento de los grandes complejos del Bronce Pleno se vea seguido allí de una cierta y provisional relajación de los abismos sociales.

Podemos, en definitiva, apostar por una sociedad de jefaturas en Cogotas I, y por lo tanto por una discriminación humana en el acceso de los individuos a determinados objetos. Tal jerarquía pudo posibilitar también la existencia de mentes rectoras que dirigieran la construcción de aquellas murallas que cierran algunos de los poblados, pero resulta significativo que aquellos líderes sólo fueran capaces de canalizar sus prerrogativas en beneficio de la comunidad. Es posible que, pese a la existencia de tales diferencias en la consideración social, las élites no ejercieran un dominio opresivo sobre los situados más abajo en la escala social, al menos en aquellas comunidades reducidas y que parecen moverse libremente por el territorio, de manera que la coerción no alcanzase cotas excesivas.

## Espiritualidad y enterramientos

Aspecto poco documentado, aunque las evidencias no dejan de aparecer, es el de la espiritualidad del grupo de Cogotas I. Escasos son, por el momento, aquellos elementos de cultura material que no están destinados a la satisfacción de las necesidades primarias y que, por el contrario, pudiéramos otorgar un valor espiritual o mágico, relacionados con unas supuestas creencias que no les debieron faltar a las gentes de Cogotas I. Es probable que su religiosidad estuviera basada en las fuerzas de la naturaleza y reuniera unas características primitivas y anicónicas con escasas manifestaciones físicas; sin embargo, la existencia de algunos restos de difícil interpretación pueden arrojar algo de luz sobre el mundo espiritual de las gentes mesetefías. En este sentido se han podido comprobar conductas particulares a las que no encontramos una utilidad práctica evidente, como son algunas pinturas murales asociadas a cerámicas de Cogotas I encontradas en el abrigo de los Aljibes (Manzanares el Real, Madrid) (Priego, 1991), y otros paneles de grabados en rocas que se consideran pertenecientes al Bronce Final y que, sin duda, parecen canalizar no sólo las inquietudes artísticas de las gentes que las realizan, sino también sus anhelos religiosos. Sin embargo no son estas manifestaciones artísticas las que mejor nos ilustran sobre el mundo anímico de estos grupos, sino la aparición de ciertos hoyos que han sido interpretados como depósitos votivos dadas las características de los materiales allí rescatados. Uno de los casos más interesantes se documenta en el Caserío de Perales del Río (Madrid) y es considerado producto de un ritual de fundación<sup>21</sup>. Aquí se recuperaron dos fosas gemina-

das y comunicadas entre sí; una de ellas cobijaba los esqueletos parciales, pero en conexión anatómica, de dos bóvidos, mientras que la otra contenía varios vasos cerámicos enteros y colocados boca abajo (Blasco *et alii*, 1984-85), aspectos ambos que indican una clara intencionalidad. Fosas con restos de animales parciales o completos se encuentran también en la Submeseta Norte en dos yacimientos palentinos. En La Huelga (Dueñas), en uno de los hoyos apareció el cráneo y las cuatro extremidades de un bóvido, y en otro el esqueleto de un perro; en El Arenal (Villamartín de Campos) se recuperó el esqueleto completo de un équido depositado en el interior de una de estas estructuras (Bellido, 1996: 46-47). En recientes excavaciones realizadas en el primero de estos dos poblados se ha documentado un hoyo que albergaba el esqueleto de una cerda con toda una camada de suidos neonatos -aunque pudieran ser fetos-,<sup>22</sup> al que, como en los casos anteriores, podría otorgarse un significado propiciatorio.

Otras fosas han sido interpretadas también como depósitos rituales por sus investigadores en función de la aparición en los mismos de vasos completos, como ocurre en La Torrecilla (Cerdeño *et alii*, 1980: 241) y El Teso del Cuerno (Martín Benito y Jiménez, 1988-89); aunque similares evidencias en otros lugares se han explicado como lugares de almacenamiento de los recipientes.

Este tipo de depósitos, que parecen ser específicos de la primera fase, son herencia directa de manifestaciones similares propias del Bronce Medio -el llamado Bronce Clásico del Alto Tajo-, como pueden avalar los poblados de La Loma del Lomo, El Tejar del Sastre o el Sector III de Getafe (Blasco, 1994: 156), y encuentran referencias claras en costumbres similares, sobre todo en la deposición de

21. Es posible que, dado el carácter provisional de los asentamientos, estas ofrendas estuvieran en relación con la intención de regresar al lugar al cabo de algún tiempo. Este es el motivo de que Blasco (1994: 158), ante la ausencia de estas manifestaciones en la fase de plenitud del grupo, proponga para ese momento una mayor estabilidad del hábitat, o al menos una estancia más prolongada en el mismo, lo que haría más impensable el regreso a un mismo establecimiento por un mismo grupo.

22. Comunicación personal de J.A. del Río Arconada.

animales completos, en el mundo céltico europeo. Por otra parte la interpretación de mayor éxito para estos depósitos, según varios autores, es la de que responden a rituales propiciatorios en los que las ofrendas -entre las que algunos incluyen los propios detritos- a unas hipotéticas divinidades tectónicas se hicieran con la intención de asegurar la abundancia de las cosechas (ver Bellido, 1996: 47-48).

De especial interés consideramos la teoría vertida por Hill y Cumberpatch (1993: 133) para este tipo de hallazgos en la Edad del Hierro en Wessex, quienes piensan que la deposición de grandes porciones de matanzas se realizaba sólo en momentos concretos, probablemente con ocasión de festividades o celebraciones especiales. Esta interpretación, que podría aplicarse a Cogotas I, conecta además con una de las explicaciones que ofreceremos al fenómeno de la dispersión de su vajilla, que tiene también un carácter festivo y doméstico.

Por lo demás, el mundo espiritual de Cogotas I se manifiesta a través de su comportamiento funerario, en el que, a pesar de la precariedad y de la escasa parafernalia de que se acompaña, hemos de admitir un trasfondo ritual. A este respecto resulta de indudable valor la recopilación de todos los hallazgos de este tipo relacionados con el grupo realizada por Esparza (1990), en la que se incluyen algunos ejemplos situados en los territorios de expansión. Sin embargo, la fortuna ha querido que en los últimos años la recuperación de sepulturas en contextos de Cogotas I haya sido sustancialmente importante, añadiéndose a la lista sepulturas sueltas como la de Carrelasvegas de Santillana de Campos (Palencia) o Aranjuez (Madrid) (Martín Carbajo *et alii*, 1993; Ortiz y López, 1996), y otras formando conjuntos en el Caserío de Perales del Río (Getafe, Madrid) (Blasco, Calle y Sánchez, 1991) y La Dehesa (Alcalá de Henares, Madrid) (Macarro y Silva, 1996). A pesar de esta última

ampliación, y por encima de explicaciones peregrinas<sup>23</sup>, la caracterización de los enterramientos cogoteños realizada por Esparza se mantiene vigente. Todo parece apuntar hacia la constatación de un rito funerario generalizado de inhumación, dentro del cual habría que admitir una gran diversidad en cuanto al número de individuos depositados, el contenedor y los ajuares (Fig. 12).

En primer lugar podemos encontrarnos enterramientos individuales, dobles o triples, donde se ven representados tanto hombres como mujeres, adultos, jóvenes e infantes. La mayoría de los inhumados se depositan en posición fetal sobre uno de los costados, frecuentemente con una de las manos bajo la cabeza; pero también se documentan individuos en decúbito o, lo que empieza a no ser excepcional, en posición forzada, antinatural -como si hubieran sido sujetos con cuerdas-, con las extremidades desarticuladas, e incluso completamente descoyuntados. No faltan tampoco restos humanos aislados de difícil interpretación -como la mano en conexión anatómica hallada en uno de los hoyos de El Arenero de Soto (Getafe, Madrid) (Martínez Navarrete y Méndez, 1983)-, o llamativas evidencias como las del enterramiento de dos cráneos lapidados bajo una cabaña en La Dehesa.

Variado es también el lugar de enterramiento del cadáver. Abundan las deposiciones en el interior de hoyos de similares características que los que acaban convertidos en basureros. En éstos, sin embargo, se observa cierto acondicionamiento que parece estar en función de su utilización como tumba. Muchas veces el individuo ocupa una especie de covacha excavada en lo más profundo de la pared, entre esta y el fondo, y no es infrecuente que el enterramiento se encuentre sellado por lajas, piedras o un nivel de adobes. Otros destinos para estos enterramientos, aunque sólo en la zona

---

23. No creemos que se pueda plantear, como se ha hecho (González-Tablas y Fano, 1994), que los campos de hoyos de Cogotas I sean un espacio ritual relacionado con el mundo de la muerte, y que las fosas se vinculen a un rito sin presencia de cadáveres.

perimetral del grupo de Cogotas I y para algunos lugares de la “zona de contacto”, son las cavidades rupestres (Cueva de los Lagos, Cueva del Asno, Kaite, Maltravieso) y los túmulos dolménicos, reutilizados en bastantes ocasiones en el sector occidental de la Meseta.

En lo que concierne a los ajuares la variedad es aún más desconcertante. Mientras algunos sepelios fueron realizados sin ningún tipo de ofrenda, otros acompañan al cadáver de objetos más o menos valiosos, entre los que se encuentran pequeños adornos o armas de bronce (Vaciamadrid), materiales exóticos como el granito o el cuarzo, alimentos, animales de compañía (un perro en el enterramiento de dos niños en Perales del Río), o el excepcional hallazgo de una fíbula de codo en la fosa de San Román de Hornija (Valladolid) (Delibes, 1978) (Fig. 12.1).

Ante esta pluralidad de fórmulas funerarias, se puede colegir que, bajo una concepción sobrenatural común, heredada de las antiguas culturas de comienzos de la Edad del Bronce, se superponen distintas soluciones fruto, tal vez, de la propia diversidad interna del grupo y del carácter móvil y poco estable del mismo, aspecto este último que impediría destinar un terreno aledaño al poblado como necrópolis.

No han faltado tímidas proposiciones para relacionar la escasez de las tumbas documentadas con la posibilidad de que el derecho a acceder a las mismas estuviera reservado únicamente a un sector privilegiado de la sociedad (Delibes *et alii*, 1995b: 57). En otras ocasiones, por el contrario, la presencia de individuos en posición forzada o descoyuntados podría hacer pensar que sólo se entierra a los miembros despreciados (“condenados” o “malditos”). Sin embargo, creemos que la variedad en los ajuares y en el tratamiento de los difuntos es argumento suficiente como para pensar que los distintos individuos inhumados pueden pertenecer a diversas

consideraciones sociales, o al menos desempeñar papeles diferenciados dentro de la comunidad.

En una de las fosas de La Dehesa (Macarro y Silva, 1996) se localiza un enterramiento que resulta peculiar porque introduce novedades de bulto en la interpretación de las costumbres funerarias del grupo de Cogotas I (Fig. 12.2). En primer lugar aparece por debajo de una estructura de habitación con la que se relaciona, produciéndose una sugerente coincidencia con las prácticas argáricas. En segundo lugar se constata un ritual específico basado en la deposición de dos cráneos incompletos, sobre los que se ha consumado un ritual de lapidamiento, evidente a través de la existencia de grandes piedras impactadas sobre los restos óseos. Estos rasgos, inéditos hasta el momento, no hacen sino dilatar el carácter plural del tratamiento *post mortem* en Cogotas, y nos ponen sobre la pista de sustanciosas interpretaciones sociales que habrán de ser contrastadas en el futuro.

A la multiplicidad documentada, incluso en el interior de un mismo yacimiento, hay que añadir la que indudablemente debió obedecer a condicionamientos geográficos. En este sentido Fabián ha defendido recientemente que el uso de los monumentos megalíticos por parte de Cogotas I no responde a intrusiones ocasionales, sino a la perpetuación de una costumbre iniciada en el Calcolítico por la cual se mantendrían diferentes fórmulas funerarias, alternando los enterramientos colectivos con los individuales, en virtud de una diferenciación social. Según esta última, sólo determinadas familias tendrían derecho a acceder a los panteones ancestrales (Fabián, 1992: 118-121)<sup>24</sup>. Admitiendo esta posibilidad, creemos que sólo adquiere visos de verosimilitud en las regiones más occidentales de la Meseta, lugar en el que se encuentran estas evidencias, mientras que en el centro de la

24. El aval a esta hipótesis lo encuentra este investigador en los conocidos dólmenes con cerámicas de Cogotas I en las provincias de Salamanca y Zamora (ver Esparza, 1990).

cuenca del Duero y en el Alto Tajo la sociedad había abandonado las costumbres megalíticas ya durante la fase campaniforme (Delibes *et alii*, 1995a).

En cualquier caso, parece lógico ser prudentes a la hora de dar explicaciones generales, sobre todo si estas se basan en las diferencias sociales, puesto que coincidimos con Esparza (1990: 134) cuando dice que «*la heterogeneidad en las fórmulas funerarias no respondería a la diferenciación social, sino que la sociedad, jerarquizada sin duda, habría respetado una variada tipología tumbal profundamente arraigada*». Una cosa distinta, sin embargo, será lo que en un

futuro las diferencias en el rito nos puedan transmitir sobre las inquietudes de la comunidad.

Al final de este apartado, una vez vistos los principales rasgos que definen a Cogotas I, no nos queda más remedio que admitir el carácter plural de este grupo de la Edad del Bronce del interior peninsular. Bajo un concepto material muy similar, representado fundamentalmente por la producción cerámica, encontramos respuestas sociales y económicas variadas que, a pesar de todo, hallan suficientes puntos de unión como para permitirnos seguir hablando de un grupo arqueológico diferenciado.

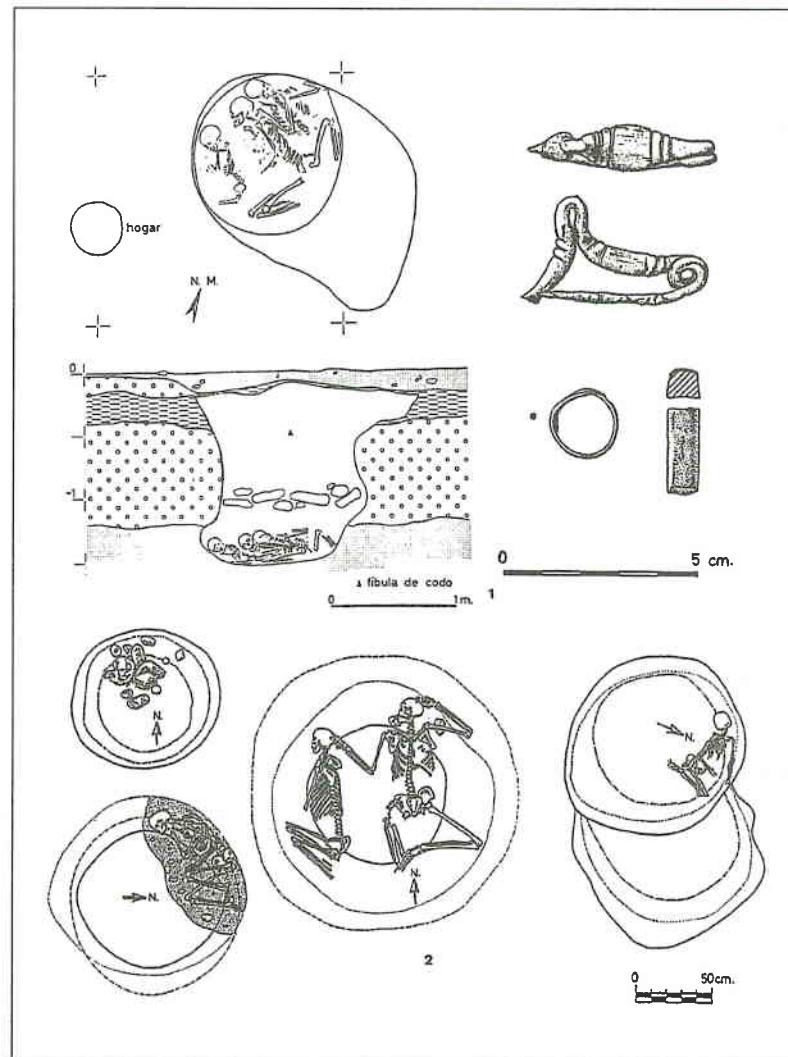


Figura 12. 1. Enterramiento de La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid): planta, sección y ajuar (Delibes, 1978); 2. Enterramientos de fase Protocogotas de La Dehesa (Alcalá de Henares, Madrid) (Macarro y Silva, 1996).



## I.4\_Cronología

Ya hemos tenido ocasión de observar en la historia de las investigaciones cómo el grupo de Cogotas I ha visto variar su posición cronológica en función de las teorías apuntadas sobre su origen. Bien es cierto que los primeros materiales cerámicos publicados (años 20 y 30) fueron identificados por Morán y Cabré como campaniformes y de la 2ª Edad del Bronce respectivamente; pero enseguida, gracias a las teorías de Pérez de Barradas y arrastrado por la identificación de la decoración excisa y las invasiones indoeuropeas, todo el complejo se asentó en la primera Edad del Hierro, donde permaneció incluso tras la revisión de Maluquer y la admisión de un componente indígena en sus filas.

No será hasta avanzada la década de los 70 cuando los cimientos cronológicos de la cultura meseteña se vean alterados. Tres factores influyen en este proceso: la revolución del C-14, las primeras estratigrafías del Sureste que incluyen materiales de Cogotas I, y la diferenciación de las cerámicas excisas de la Península Ibérica. Las primeras fechas -Atapuerca, Arevalillo, La Vaquera, Cueva del Asno- proceden de cavidades rupestres con ocupaciones prolongadas y datan niveles un tanto conflictivos, por lo que a veces no es del todo fiable su asociación directa al grupo de excisión y boquique. Sin embargo, esta vez del Sureste, llegan las fechas de La Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Arribas, 1976: nota 36), que llevan un nivel claramente vinculado a Cogotas I, que además se presenta aquí ya plenamente formado, a finales del siglo XIII a.C. (1230 ±50 y 1210 ±35), lo que obligaba a trasladar la plenitud del grupo a los inicios del Bronce Final convencional. En la década de los 80, otras fechas vinieron a confirmar las altas cronologías, tanto de los complejos más sencillos y que siempre se habían considerado antiguos -Protocogotas- (Los Tolmos de Caracena y La Plaza de Cogeces del Monte), como

de Cogotas I Clásico (Ecce Homo y La Requejada) (ver Cuadro 1), trasladando el inicio del complejo al Bronce Pleno.

La misma estratigrafía de La Cuesta del Negro (Molina y Pareja, 1975) apoya la antigüedad de Cogotas I. En el poblado granadino, las cerámicas de este grupo constituyen la base material de la Fase II, asentada inmediatamente por encima de los estratos del Argar B; lo que a los ojos de los investigadores suponía una relación de continuidad y, por lo tanto, que el grupo meseteño había llegado a tierras andaluzas tras el declive del mundo argárico, nada más finalizar el Bronce Pleno. Mientras en la Meseta siguen negándose este tipo de evidencias, en el Sur otras seriaciones estratigráficas corroboran la posición postargárica de Cogotas I, e incluso coincidente con los últimos compases de este gran complejo cultural (Fuete Álamo y Cerro de la Encina).

Al mismo tiempo, desde la Universidad de Granada (Molina y Arteaga, 1976) se lanza la teoría de desvincular las excisas de Cogotas I de las tradiciones europeas y, por lo tanto, de las hipotéticas invasiones de la Edad del Hierro. Hasta hoy se mantiene la polémica sobre la génesis de este particular tipo de decoración, sin embargo, desde entonces queda comprobada su presencia en la Península en una época antigua, razón por la que los autores citados consideran que tiene un origen autóctono.

Ante la conjunción de todas estas revelaciones de la arqueología, se llega a comienzos de los 80 con el grupo de Cogotas I ubicado definitivamente en la Edad del Bronce, y con un claro apogeo del mismo en torno a los inicios del Bronce Final convencional; sin embargo, sus límites, tanto el superior como el inferior, permanecían un tanto difusos, confundidos por un lado con las últimas manifestaciones campaniformes y por otro con un “vacío” cultural cubierto en ocasiones por hipotéticas confluencias con Campos de Urnas en la Submeseta Sur y territorios aledaños. Delibes y Fernández Miranda (1986-87)

dedican sus esfuerzos a resolver estos dos enigmas. Para ello revisan las referencias estratigráficas, las asociaciones significativas de materiales y las dataciones absolutas obtenidas hasta el momento, tanto en la Meseta como en los contextos cogoteños de otras regiones de la península Ibérica, desestimando algunas de las dataciones por alejarse excesivamente del resto o por los problemas de interpretación que conllevan. Sus pesquisas les llevan a definir unos momentos transicionales entre Ciempozuelos y el grupo de Cogotas I hacia los siglos XVII y XVI a.C., pero sobre todo un inicio antiguo de las manifestaciones de este último en su fase antigua que alcanzarían el siglo XV a.C., e incluso un momento previo. En el otro extremo consideran que el grupo meseteño queda extinguido hacia el siglo IX a.C., lo que no impide la perduración aislada de sus elementos más característicos en algunos sectores de la región durante el siglo VIII a.C.

Por su parte, en la división tripartita de Fernández-Posse (1986), basada en las características estilísticas y formales de la cerámica, la cronología se repartía de la siguiente manera: fase inicial entre los siglos XV y XIV a.C., fase de plenitud hasta el cambio de milenio, y fase final hasta el 800 a.C.

En cualquier caso siguen siendo motivo de polémica tanto el contacto entre Ciempozuelos y Protocogotas, como el mantenimiento del grupo más allá del siglo IX a.C. A pesar de ello, la fasificación de Fernández-Posse ha cuajado entre los investigadores y, aunque las verdaderas diferencias se establecen fundamentalmente entre Protocogotas y Cogotas I, se admite la división cronológica del grupo en tres momentos diferentes que podemos acotar de la siguiente manera:

Protocogotas: 1500-1250 a.C.

Cogotas I Pleno: 1250-1000 a.C.

Cogotas I Evolucionado: 1000-850 a.C.

Con posterioridad a la última fecha no faltan asociaciones entre cerámicas de Cogotas I y contextos de Campos de Urnas (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988), o entre aquellas y las pintadas bícromas de la primera Edad del Hierro (Martínez Navarrete y Méndez, 1983), manifestaciones que, sin embargo, han de considerarse como perduraciones regionales o locales, con más aceptación en la Submeseta Sur que en la Norte, y que a veces sólo son el reflejo del mantenimiento de unas técnicas decorativas dentro de marcos cronoculturales completamente ajenos.

Nuevas fechas de C-14 obtenidas en La Corvera (Fabián, 1993b: 165), El Cogote (Caballero, Porres y Salazar, 1993: 106), La Venta (Pérez Rodríguez y Fernández, 1993: 41), La Huelga (Pérez Rodríguez *et alii*, 1994: 26), El Castro de Los Barahones (Barril, 1995: 401) (ver Cuadro 1), al igual que otras aún sin publicar, se pueden añadir a las utilizadas por los trabajos antes citados, y se incluyen con cierta holganza dentro de los márgenes cronológicos propuestos. Ciertamente es que hemos de descartar algunas cronologías muy elevadas o demasiado modernas como las de Los Castillejos de Sanchorreja (González Gómez, Sánchez y Villafranca, 1987: 385) -de éstas además desconocemos si se encuentran asociadas a las cerámicas de Cogotas I-, o algunas de El Castillo de Burgos (González Gómez, 1992: 134) y de La Fábrica de Ladrillos de Getafe (Priego y Quero, 1983: 302), sin que tales excepciones impliquen un replanteamiento de los parámetros temporales de Cogotas I.

En los últimos años, a la ampliación numérica de las fechas se añade la reinterpretación de toda la cronología radiométrica derivada de la necesidad de “calibrar” los resultados obtenidos hasta el momento en función de una curva de corrección creada a través de la dendrocronología. En este sentido se orientan algunos trabajos recientes, de carácter general (González Marcén, Lull y

Risch, 1992: 62 y ss, Tabla C; Castro *et alii*, 1996) o sobre Cogotas I en particular (Castro, Micó y Sanahuja, 1995). En este último se utilizan de forma sistemática todas las fechas obtenidas en contextos con cerámicas de tipo Cogotas I, ya se encuentren dentro de la región central o se dispersen por la periferia peninsular; de esta manera consiguen una muestra significativa con la que poder trabajar. Tras rechazar, también, algunas fechas por problemas de la muestra o del contexto, así como tras el abandono de otras por quedar fuera de las agrupaciones más habituales del resto, se llega a la conclusión de que el segmento temporal abarcado por Cogotas I se mueve entre *c.* 1700 A.C. y *c.* 1000 A.C.<sup>25</sup> En el mismo estudio (*Ibidem*: 101-102) se procede a una nueva compartimentación cronocultural del grupo. La primera fase transcurre entre *c.* 1700 y *c.* 1550 A.C.; la segunda se corresponde con el intervalo *c.* 1550-1350 A.C., y la tercera se situaría entre *c.* 1350-1000 A.C. A partir de *c.* 1000 A.C. las manifestaciones de Cogotas I sólo responden a la aparición de cerámicas que reproducen ciertos aspectos de la tradición meseteña en ambientes artefactuales diferenciados, como Baiões-Santa Luzia en el Norte de Portugal.

En líneas generales se sigue un esquema tripartito muy próximo al establecido por Fernández-Posse, al que se añade -otorgándole cierta entidad- un momento de disgregación y disolución que hasta ahora no había sido considerado de forma independiente. Sin embargo, creemos que no es conveniente compartimentar el desarrollo de Cogotas I por la asociación de grupos de fechas como se hace en este caso (*Ibidem*: 88-89). En nuestra opinión, no hay porqué tomar las inflexiones de la distribución de frecuencias de la

serie radiométrica como momentos de transformación. Tales cambios han de estar argumentados con datos arqueológicos, puesto que nada nos impide aceptar que la proporción de fechas obtenidas se incline arbitrariamente hacia cualquiera de las fases del grupo, e incluso hacia un momento concreto del mismo. No creemos que tenga que existir necesariamente una relación entre el descenso del número de muestras en un determinado momento y la existencia de transformaciones en la dinámica del grupo. Es decir, el hecho de que cierto lapso temporal no se encuentre representado por un número de fechas radiocarbónicas similar a otro no implica que durante el primero se produzca un proceso de crisis<sup>26</sup>. Ciertamente que las comprobaciones hechas *a posteriori* sobre la correspondencia del primer grupo de fechas y los contextos a los que estas pertenecen ofrecen resultados satisfactorios, pudiendo incluir aquellos en la consideración de Protocogotas, pero los límites entre las distintas fases habrán de buscarse a partir de la datación de contextos tipológicos homogéneos, y no haciendo cálculos sobre una tabla cronológica.

Por otra parte, la calibración realizada por los autores catalanes (*Ibidem*: nota 49) sigue los parámetros marcados por la curva de precisión que Pearson y Stuiver elaboraron en 1986 y aplican únicamente el intervalo de probabilidad correspondiente a 1 sigma. Esta curva ha sido recientemente reajustada por los mismos autores, y ofrece en la actualidad mayores garantías (Pearson y Stuiver, 1993). Por este motivo hemos decidido la recalibración de las fechas que atañen a los contextos Cogotas I, restringiéndonos en este momento a aquellas que proceden de la región nuclear, puesto que, más adelante, tendremos ocasión

25. Hemos decidido, en virtud de una mayor claridad en la lectura, emplear únicamente dos fórmulas para aludir a la cronología: a.C. se referirá siempre a fechas radiocarbónicas sin calibrar o a fechas convencionales, mientras que A.C. hace alusión a fechas calibradas dendrocronológicamente. Entendemos la diferenciación en cuatro tipos realizada por Castro, Micó y Sanahuja (1995), sin embargo la consideramos un tanto farragosa. Por nuestra parte, en aquellos casos en los que creamos que la cronología convencional se acerca más a la calibrada que a la no calibrada se especificará detenidamente.

26. La proporcionalidad entre fases y fechas sólo se podría conseguir a través de un esfuerzo colectivo, casi faraónico, que implique el análisis de muestras tomadas específicamente con ese fin.

CUADRO 1. CRONOLOGÍA RADIOCARBÓNICA DE COGOTAS I EN EL ÁREA NUCLEAR

YACIMIENTO	LABORAT	B.P	a.C	A.C. 2σ	A.C. DIR	BIBLIOGRAFÍA
El Cogote	GrN-18874	3415 ±50	1465	1875-1530	1732, 1724, 1688	Caballero, Porres y Salazar, 1993: 106
	GrN-18873	3330 ±35	1380	1648-1517	1613	<i>Ibidem</i>
Atapuerca (Nivel III)	Exc I.9880	3470 ±190	1520	2289-1324	1748	Apellániz y Uribarri, 1976:195
	Exc I.9881	3340 ±160	1390	2026-1262	1619	<i>Ibidem</i>
	I.9879	3170 ±130	1220	1737-1062	1424	<i>Ibidem</i>
	CSIC-531	2850 ±50	900	1154-861	999	Apellániz y Domingo, 1987: 263
El Castillo	Exc UGRA-226	2900 ±100	950	1392-826	1045	González, Sánchez y Villafraña, 1991: 369
	Exc UGRA-339	3230 ±70	1280	1675-1324	1511	González, 1992: 134
Los Cascajos	GrN-14105	3270 ±110	1320	1860-1270	1520	Martínez Puente, 1989: 133 -inéd-
La Venta		3300 ±35	1350	1675-1470	1527	Pérez Rguez. y Fernández Giménez, 1993:41 / <i>Ibidem</i>
		3100 ±50	1150	1444-1218	1392, 1332, 1329	
Carrelasvegas	BETA-51508	3230 ±80	1280	1681-1315	1511	Martín Carbajo <i>et alii</i> , 1993: 81
La Huelga	BETA-71374	3160 ±60	1210	1523-1267	1419	Pérez Rodríguez <i>et alii</i> , 1994: 26
	BETA-71373	3080 ±60	1130	1444-1133	1381, 1342, 1321	<i>Ibidem</i>
Los Barahones	GrN	3220 ±50	1270	1607-1399	1504, 1477, 1462	Barril, 1995: 401
	GrN	3190 ±30	1240	1517-1403	1436	<i>Ibidem</i>
C. de los Espinos	I.11117	3120 ±95	1170	1598-1119	1401	Santonja, Santonja y Alcalde 1982: 381, y Delibes y Fdez Miranda, 1986-87:23
	I.11116	2830 ±95	880	1262-805	987, 956, 944	
Cueva Rubia (N.III)	GrN-14790	3310 ±30	1360	1676-1514	1597, 1568, 1529	Pérez Rguez, 1989: Apéndice 1 -inéd-
La Corvera	GrN-17349	3355 ±25	1405	1731-1527	1629	Fabián, 1993 b: 165
	GrN-17348	3315 ±25	1365	1675-1517	1601, 1562, 1533	<i>Ibidem</i>

YACIMIENTO	LABORAT	B.P	a.C	A.C. 2σ	A.C. DIR	BIBLIOGRAFÍA	
La Vaquera	Exc	CSIC-149	3060 ±70	1110	1444-1115	1312	Zamora, 1976: 63.
	Exc	CSIC-208	3280 ±70	1330	1734-1409	1522	<i>Ibidem</i>
Arevalillo (N. IIa)	Exc	UGRA-99	3510 ±130	1560	2190-1515	1872,1840,1811,1808,1781	Delibes y Fdez Miranda, 1986-87: 23
	Exc	CSIC-422	3400 ±50	1450	1870-1526	1683	Fernández-Posse, 1981: 51
	Exc	CSIC-423	3400 ±50	1450	1870-1526	1683	<i>Ibidem</i>
	Exc	CSIC-400	3290 ±50	1340	1681-1434	1525	<i>Ibidem</i>
Los Tolmos		CSIC-480	3380 ±50	1430	1852-1522	1677	Jimeno, 1984a: 199-200
		CSIC-442	3380 ±50	1430	1852-1522	1677	<i>Ibidem</i>
		CSIC-408	3370 ±50	1420	1749-1519	1674	<i>Ibidem</i>
		CSIC-409	3360 ±50	1410	1746-1517	1671, 1664, 1636	<i>Ibidem</i>
		CSIC-443	3360 ±50	1410	1746-1517	1671, 1664, 1636	<i>Ibidem</i>
		CSIC-479	3180 ±50	1230	1523-1319	1429	<i>Ibidem</i>
		CSIC-407	3010 ±50	1060	1398-1058	1259, 1232, 1227	<i>Ibidem</i>
Cueva del Asno (Frente A Sector B)		CSIC-340	3380 ±50	1430	1852-1522	1677	Eiroa, 1979: 69
El Balconcillo		GrN-19601	3430 ±60	1480	1885-1529	1737, 1714, 1701	De la Rosa, 1995: 196.
La Plaza		GrN-10167	3275 ±30	1325	1619-1453	1521	Delibes y Fdez Miranda, 1986-87: 23
		GrN-14560	3275 ±30	1325	1619-1453	1521	<i>Ibidem</i>
Fuente de Boecillo		CSIC-557	3170 ±60	1220	1525-1269	1424	Delibes y Fdez Miranda, 1986-87: 23
La Requejada		I.9604	2960 ±95	1010	1415-905	1158, 1145, 1134	Delibes, 1978: 237
		I.9603	2820 ±150	870	1401-765	976, 965, 935	<i>Ibidem</i>
Ecce Homo		CSIC-163	3100 ±70	1150	1514-1133	1392, 1332, 1329	Almagro-Gorbea y Fdez Galiano, 1980: 125
	Exc	CSIC-167	2990 ±70	1040	1406-998	1254, 1243, 1213	<i>Ibidem</i>
	Exc	CSIC-164	3020 ±70	1070	1420-1020	1262	<i>Ibidem</i>
		CSIC-165	3020 ±70	1070	1420-1020	1262	<i>Ibidem</i>

YACIMIENTO	LABORAT	B.P	a.C	A.C. 2σ	A.C. DIR	BIBLIOGRAFÍA
Terrazas	CSIC-176	3050 ±100	1100	1516-998	1306	Almagro-Gorbea, 1975: 169
Manzanares	CSIC-182	3050 ±100	1100	1516-998	1306	<i>Ibidem</i>
Fábrica de Ladrillos						
Exc				TL	1198 ±249	Calderón <i>et alii</i> , 1988: 392
Exc				TL	1078 ±257	<i>Ibidem</i>
Exc				TL	894 ±213	<i>Ibidem</i>
		2840 ±90	890	1262-809	994	<i>Ibidem</i> : 394
Exc	I.12863	2490 ±95	540	919-384	758, 679, 650	Priego y Quero, 1983: 303

de ocuparnos de las que se obtuvieron en los poblados de “expansión”.

En la lista que sigue se añaden algunas fechas obtenidas en los últimos años, y se evitan otras cuyos contextos desconocemos por completo y cuyos resultados podrían entorpecer gravemente la interpretación<sup>27</sup>.

Pasemos ahora al análisis de las fechas de forma particular, centrándonos en aquellas que ofrecen mayores problemas de interpretación. Hemos recopilado un total de 49 dataciones de radiocarbono y tres de TL, pertenecientes a 22 yacimientos. Algunas de ellas han sido descartadas por problemas en la recogida de la muestra o por los encontrados en el contexto arqueológico del que proceden (todas las de La Vaquera y Arevalillo y dos de Ecce Homo), así como aquellas que mostraban dudas de asociación o una excesiva desviación tipo (El Castillo de Burgos, dos de

Atapuerca y las tres muestras de TL de La Fábrica de Ladrillos). Restan, por lo tanto, 37 muestras de 19 estaciones arqueológicas.

La visión gráfica (Fig. 13) de los resultados refleja, a primera vista, una tendencia a la concentración de intervalos cronológicos situados de forma general entre *c.* 1750 y *c.* 950 A.C. Únicamente una muestra, procedente de La Fábrica de Ladrillos (I.12863), se coloca enteramente fuera de este rango, quedando su límite superior casi doscientos años por debajo de la fecha más baja del intervalo general. Tal circunstancia hace recomendable su exclusión del análisis al no verse corroborada por ninguna otra fecha que apunte en la misma dirección.

Algunos intervalos rebasan en sus límites inferiores la línea del año 950 A.C.; caso de una de las fechas de Atapuerca (CSIC-531), una de La Cueva de los Espinos (I.11116), las dos de San

27. En el cuadro se presentan las siguientes informaciones: el nombre del yacimiento, siguiendo un orden correlativo al que ocupan en el inventario de la zona nuclear (en algunos casos se acompaña del contexto estratigráfico de la muestra, fundamentalmente en aquellos lugares en los que existe más de una ocupación); el laboratorio; la fecha B.P. con el intervalo de probabilidad; la fecha a.C. (sin calibrar); el intervalo ?rango máximo y mínimo? de fechas A.C. (calibradas a dos sigmas); la calibración directa; y la bibliografía. Las fechas que se acompañan de la abreviatura Exc, se excluyen de los análisis conjuntos por problemas detectados en la recogida de la muestra, en el contexto estratigráfico, o por ofrecer resultados con un elevadísimo intervalo de probabilidad.

En el yacimiento de La Fábrica de Ladrillos se han incluido también tres fechas de Termoluminiscencia (TL), que ocupan el lugar de las fechas calibradas.



Román de Hornija y la fecha radiocarbónica de La Fábrica de Ladrillos que hemos mantenido. Otras, por el contrario, se inician antes de 1750 A.C.: una de El Cogote (GrN-18874), la de Los Cascajos, la de El Balconcillo, dos de Los Tolmos (CSIC-480 y CSIC-442) y la de La Cueva del Asno. Sin embargo, las fechas promediadas ofrecidas por todas estas muestras se instalan con comodidad dentro del intervalo propuesto (1750-950 A.C.).

Utilizando la calibración directa<sup>28</sup> podemos ver como la mayoría de las fechas obtenidas se concentran en los siglos XVII a XIV A.C., lo que, sin embargo, sólo ha de ser interpretado como producto del azar. Fuera de esta anécdota en la acumulación de fechas, hemos de pararnos a meditar sobre la primera consecuencia de la aplicación de la cronología calibrada a Cogotas I. Si con los métodos tradicionales, poco a poco se fue comprobando que este grupo era protagonista de una dilatada existencia -algo más de siete siglos-, el intervalo ahora propuesto amplía aun más el desarrollo cronológico del mismo, que ahora alcanzaría prácticamente ocho centurias.

La fasificación de tan prolongado espacio de tiempo, como ya se hizo en las cronologías sin calibrar, ha de ser necesariamente una solución de compromiso, puesto que estamos convencidos de que las diferencias intrarregionales no permiten un arreglo satisfactorio para toda la zona nuclear en conjunto, aunque ello no ha de ser excusa para despreciar la información ofrecida por el radiocarbono. En este sentido, sirviéndonos de la identificación tipológica de las fases, podemos establecer ciertas correspondencias. En primer lugar, es curioso, probablemente otra casualidad, que exista un mayor volumen de fechas de Protocogotas que de las fases de Cogotas I Clásico (pleno y evolucionado). Aquellas, las referidas al primer momento, pertenecen a los siglos XVIII (2ª mitad) a XIV A.C.

Las de Cogotas I pleno se reparten entre los siglos XVI a XII A.C., y las pertenecientes a Cogotas I evolucionado se agrupan en el siglo X A.C. Como vemos, existe una coincidencia temporal entre adscripciones a Protocogotas y a la fase plena que abarca hasta tres siglos (XVI-XIV), por lo que hemos de admitir cierto grado de error tanto en la identificación tipológica como en la aplicación de la cronología absoluta, y la posibilidad, ya mencionada, de diferencias regionales. En definitiva, es posible que un mayor volumen de fechas y una detallada publicación de las características de las muestras, vital para su correcta interpretación, permita en breve una delimitación mas precisa de los distintos estadios evolutivos de Cogotas I, pero por el momento, hemos de declarar que la frontera entre Protocogotas y la fase plena permanece difusa, y que nuestra propuesta es simplemente didáctica, destinada a un mejor estudio del grupo y una mejor interpretación.

Superando todos los matices creemos que se puede compartimentar el grupo, de forma general, de la siguiente manera:

Fase Protocogotas: *c.* 1750 - *c.* 1500/1450 A.C.

Fase Cogotas I Pleno: *c.* 1500/1450 - *c.* 1150/1100 A.C.

Fase Cogotas I Evolucionado: *c.* 1150/1100- *c.* 950 A.C.

Para corroborar este conjunto de intervalos hemos acudido a las fechas disponibles para los complejos previo y posterior a Cogotas I. El límite superior del grupo está marcado por las últimas manifestaciones del campaniforme y los horizontes del Bronce Antiguo-Pleno que se van definiendo tanto en la Submeseta Norte como en la Sur. Sus momentos finales se verán marcados por la aparición del grupo Soto en la cuenca del Duero y de formaciones paralelas en Guadalajara y Madrid.

En ninguno de los dos extremos los documentos arqueológicos son excesivamente locuaces a la

28. Cuando hay más de una fecha a causa de la coincidencia de la curva de calibración en más de un punto utilizaremos por lo general la datación menos extrema.

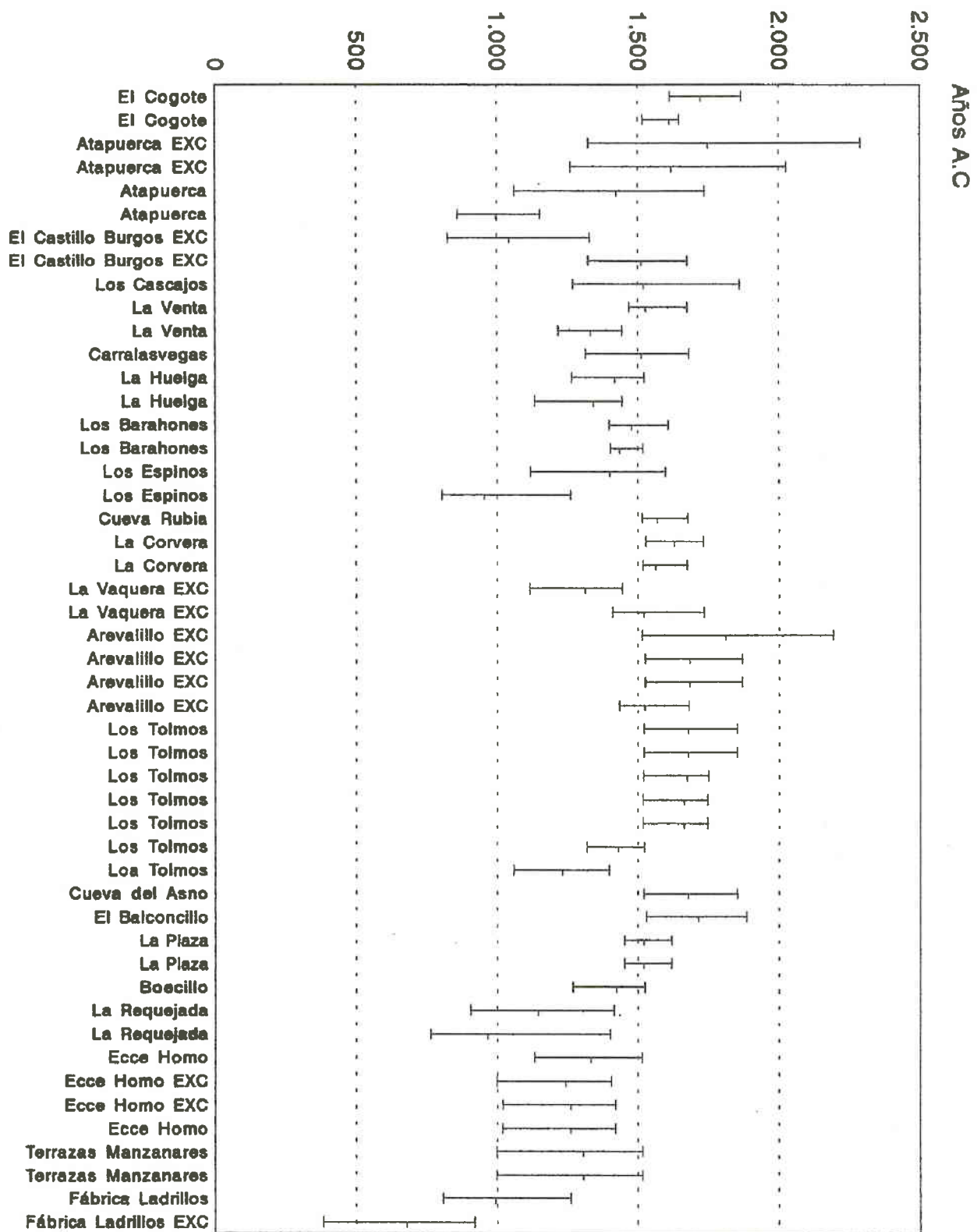


Figura 13. Intervalos de calibración a 2 sigmas de las fechas radiocarbónicas del grupo de Cogotas I en la región nuclear.

hora de hablarnos de la conexión o no con los horizontes descritos, las estratigrafías son bastante complicadas y las fechas radiocarbónicas escasas y, a veces, poco fiables. El final del campaniforme Ciempozuelos en la Meseta se ubica en fechas convencionales en torno al 1700/1650 a.C. (Fernández Manzano, 1985: 57; Martín Valls y Delibes, 1989: 84), aunque a veces se ha pretendido su perduración hasta momentos posteriores -en función sobre todo del controvertido Nivel IIa de Arevalillo de Cega y de sus fechas de los siglos XV y XIV a.C. (Fernández-Posse, 1981)-. En realidad, las dataciones para este complejo son escasas y parecen responder a momentos plenos de su desarrollo; sólo la obtenida en Peña Guerra (1460 ±50 a.C.) se sitúa en fechas posteriores al siglo XVII a.C., y conecta con las primeras manifestaciones del grupo de Cogotas I.

En líneas generales, sin embargo, hay que pensar que los estilos campaniformes periclitán antes del surgimiento de este último horizonte, en torno a la mitad del siglo XVII a.C. (lo que en fechas calibradas nos situaría *c.* 2000/1900 A.C.). La conexión con Protocogotas sería, en el caso de darse, anecdótica y producto de la perduración de la tradición en determinados lugares.

Al mismo tiempo que los últimos momentos de Ciempozuelos se desarrolla en la Submeseta Norte el denominado horizonte Parpantique, caracterizado fundamentalmente por cerámicas lisas, cuyas fechas más bajas tampoco descienden del siglo XVII a.C.<sup>29</sup>. Por lo tanto, seguimos detectando cierto hueco entre estas manifestaciones y los primeros contextos Protocogotas, que se podría saldar a favor de ambos, puesto que los intervalos calibrados de las series más bajas de unos y las más altas de otros se encuentran solapados.

En la Submeseta Sur, sin embargo, sí encontramos contextos fechados de Bronce Pleno o Clásico que se acercan, e incluso, coinciden con la cronología de Protocogotas. Esto ocurre en al menos tres fechas de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara) (Valiente, 1992b: 190) que se sitúan entre 1500 y 1390 a.C. (*c.* 1750-1600 A.C.).

Los límites inferiores de Cogotas I se muestran hoy mejor enlazados con los grupos que le siguen, aunque algunas fechas elevadas de éstos últimos introducen elementos de discusión. Las dataciones más antiguas del poblado de El Soto de Medinilla (Valladolid) son las de 845 ±50 a.C. (*c.* 919 A.C.) y 835 ±35 A.C. (*c.* 904 A.C.) (Delibes *et alii*, 1995c: 154), y la más vieja para una ocupación de este signo en Los Barahones (Valdegama, Palencia) (Barril, 1995: 404) de 820 ±240 a.C. (*c.* 906 A.C.); por lo que podríamos hablar de un progresivo apagamiento de Cogotas I hacia mediados del siglo IX a.C. (finales del X a.C.), cuyos rasgos arqueológicos serían paulatinamente sustituidos por los del grupo Soto. Mas complicada de interpretar resulta la fecha de El Cerro de San Pelayo (Martinamor, Salamanca), que eleva hasta el 960 ±140 a.C. (*c.* 1101 A.C.) un contexto de esta última adscripción, aunque su considerable desviación estadística, que por otra parte provoca un intervalo calibrado a dos sigmas de 1436-803 A.C., recomienda su exclusión del análisis.

Problemas parecidos aquejan a los contextos postcogoteños del Alto Tajo. Aquí, sólo contamos con dos muestras procedentes de Pico Buitre -1040 ±90 (*c.* 1243 A.C.) y 950 ±90 (*c.* 1045 A.C.) (Crespo y Cuadrado, 1990: 77)-, repetidamente utilizadas para elevar la fase que lleva su nombre a un momento paralelo al final de Cogotas I. Estos resultados, sin embargo, se ven frecuentemente

29. Algunas de las menos elevadas son la de Los Torojones de Morcuera (Soria), 1670 ±50 a.C. (*c.* 1957 A.C.) (Jimeno y Fernández, 1992a: 89), y la de Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos), 1680 ±80 a.C. (*c.* 1973 A.C.) (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997).

sometidos a severas crítica en virtud de las asociaciones materiales que se observan en el yacimiento y que apuestan por un momento más avanzado.

En definitiva, el grupo de Cogotas I se encuentra delimitado por tradiciones campaniformes y horizontes lisos del Bronce Antiguo en el extremo superior, y por las manifestaciones culturales que darán paso a la Edad del Hierro en el inferior. Su cronología, amplia y muchas veces conflictiva, tendrá una especial importancia en la definición de muchas de las intrusiones fuera de su territorio nuclear, puesto que, en virtud de las asociaciones que muestran sus cerámicas, contribuye a la ubicación temporal de horizontes completamente ajenos.

## I.5\_ El área nuclear de Cogotas I

Hemos dejado para el final de la caracterización de Cogotas I su delimitación espacial con el fin de que ésta nos sirva como argumento para poder estudiar por separado las manifestaciones propias del grupo que se resguardan dentro de la misma y aquellas otras que, con mayor o menor claridad, se alejan de unos, bien es cierto que imprecisos, límites nucleares.

### *a) Límites nucleares de Cogotas I*

Ya hemos recurrido en la introducción de este trabajo, cuando expusimos los razonamientos que llevaron al despegue de nuestra investigación, de una forma intuitiva pero en modo alguno precipitada, a decir que el complejo Cogotas I se vincula preferentemente a los territorios de la Meseta Interior, mientras que, por el contrario, en otras regiones peninsulares su reconocimiento, aunque evidente, es mucho más precario.

La mayoría de los investigadores coinciden, por lo tanto, en dotar a Cogotas I de un “Área Nuclear” que se encuentra en la Submeseta Norte -más concretamente en la cuenca del Duero- y en el Alto Tajo (Delibes y Fernández Manzano, 1991: 204; Fernández-Posse, 1986: 479); una demarcación geográfica que, a grandes rasgos, consideramos válida.

Pero, ¿qué hemos de entender por Área o Zona Nuclear?. A nuestro modo de ver, tal término ha de hacer alusión a un espacio geográfico (físico), donde las manifestaciones de Cogotas I, dentro de su heterogeneidad regional, se muestren en estado puro. Queremos decir con ello que los yacimientos han de revelar aquellas características más habituales que se definen para el grupo (cerámica, poblamiento, hábitat, etc). Este espacio se distingue fundamentalmente por la concentración de hallazgos y por abarcar éstos, en proporciones coherentes, todos los momentos del desarrollo interno que se reconocen.

Es cierto que resulta complicado dibujar un área nuclear a partir de muestras tan diversas y tan similares a la vez como las de Cogotas I, y no es nuestra intención poner alambradas a ningún terreno de uso particular; nuestro empeño se deriva de la necesidad de abordar de forma independiente evidencias radicalmente distintas, entre las que, sin embargo, tanto geográfica como culturalmente, se pueden tender anchos y cómodos puentes.

Reconocíamos, por lo tanto, que el área nuclear de Cogotas I se ubica en la cuenca del Duero y en el sector septentrional de la Submeseta Sur (Fig. 14). Sin duda son éstas las regiones donde se aprecian las mayores concentraciones de poblados de tipo Cogotas en todas las fases de su desarrollo. Por nuestra parte, hemos contabilizado un total de 319 estaciones vinculadas al complejo cerámico cogoteño (273 en la cuenca del Duero y 46 en el sector septentrional de la Submeseta Sur

-Madrid y Guadalajara-)<sup>30</sup>. En el primer ámbito geográfico, la gran mayoría de los ejemplos se reúnen en grupos que tienden a acercarse a la zona centro del valle, de manera que si trazamos una hipotética circunferencia de 75 km. de radio a partir de la confluencia del Pisuerga y el Duero, abarcamos 182 de los 273 yacimientos inventariados (el 66,6%), y si ampliamos el radio hasta los 100 km., se incluyen hasta 231 de los mismos (el 84,6%). Con el fin de poder cuantificar estas elocuentes aglomeraciones hemos creído conveniente la aplicación de índices de densidad en los que se valore el número de yacimientos/km<sup>2</sup>. Reconocemos que este valor resulta engañoso, puesto que no vamos a incluir correcciones derivadas del nivel de habitabilidad de los espacios, y somos conscientes de que no todos los yacimientos funcionaron al mismo tiempo<sup>31</sup>; sin embargo, creemos que será ilustrativo a la hora de comparar la proliferación de hallazgos en distintos lugares de la zona nuclear y, lo que es más importante, en el momento de establecer diferencias con las regiones de expansión. Hecha esta aclaración, y sin sobrestimar jamás los resultados, podemos decir que las mayores densidades se conocen en las tierras sedimentarias de la cuenca del Duero y en los sectores de páramo aledañas. Así, en torno a la misma confluencia Duero-Pisuerga encontramos un índice que alcanza los 0,021 yac/km<sup>2</sup>; algo menor, de 0,014, llega a ser entre el Valderaduey y el Pisuerga; de 0,011 en el sector centro oriental de Zamora; y de 0,009 en el Alto Arlanzón.

Ante la evidencia de tales datos hemos de colegir que es el centro de la cuenca del Duero el

territorio natural de Cogotas I, y que sus manifestaciones son tanto más abundantes cuanto más nos acercamos al tramo medio del río.

Sin embargo contamos con otro sector, ligeramente alejado del aquí descrito, donde las concentraciones y los índices de densidad son similares. Se trata, como anunciábamos, de la parte septentrional de la Submeseta Sur, concretamente el espacio geográfico abarcado por las cuencas del Manzanares, Jarama, Henares y Bajo Tajuña; lugares en los que se asientan múltiples vestigios de la ocupación de estas gentes. Las mayores concentraciones se producen aquí en el tramo bajo del Manzanares, igualando en densidad al primero de los espacios descritos en la cuenca del Duero (0,021 yac/km<sup>2</sup>), lo que, junto a otras características, le otorga una categoría similar y nos induce a pensar que nos encontramos ante un subsector de la zona nuclear.

En ambos casos, cuenca del Duero y sector septentrional de la Submeseta Inferior, la evolución del grupo de Cogotas parece paralela. La proporción de manifestaciones de tipo Protocogotas es bastante similar en ambas regiones -el 46,5% en la primera y el 36,9% en la segunda-, por lo que hemos de suponer un despegue más o menos paralelo del grupo a uno y otro lado del Sistema Central. También se puede observar cómo los dos territorios soportan una similar transformación de las características decorativas, complicándose los diseños y las composiciones a la vez que aparecen los nuevos tipos vasculares. Por último, alcanzan conjuntamente la fase avanzada, caracterizada por abigarradas composiciones y por la combinación de todas las

---

30 Tal elevado número no incluye, sin embargo, los últimos descubrimientos ocasionados con el avance de las cartas arqueológicas provinciales de la Comunidad de Castilla y León. En este sentido, sólo se han añadido algunos ejemplos de la provincia de Valladolid gracias a la colaboración prestada por los miembros del equipo de profesionales que, a las órdenes de Jorge Santiago, tienen a su cargo la elaboración del Inventario Arqueológico Provincial.

31 Por otra parte no siempre se tomará como base de la medición un espacio similar, sino que éste se amoldará a la existencia de las agrupaciones que, como hemos mencionado, son habituales en Cogotas I.

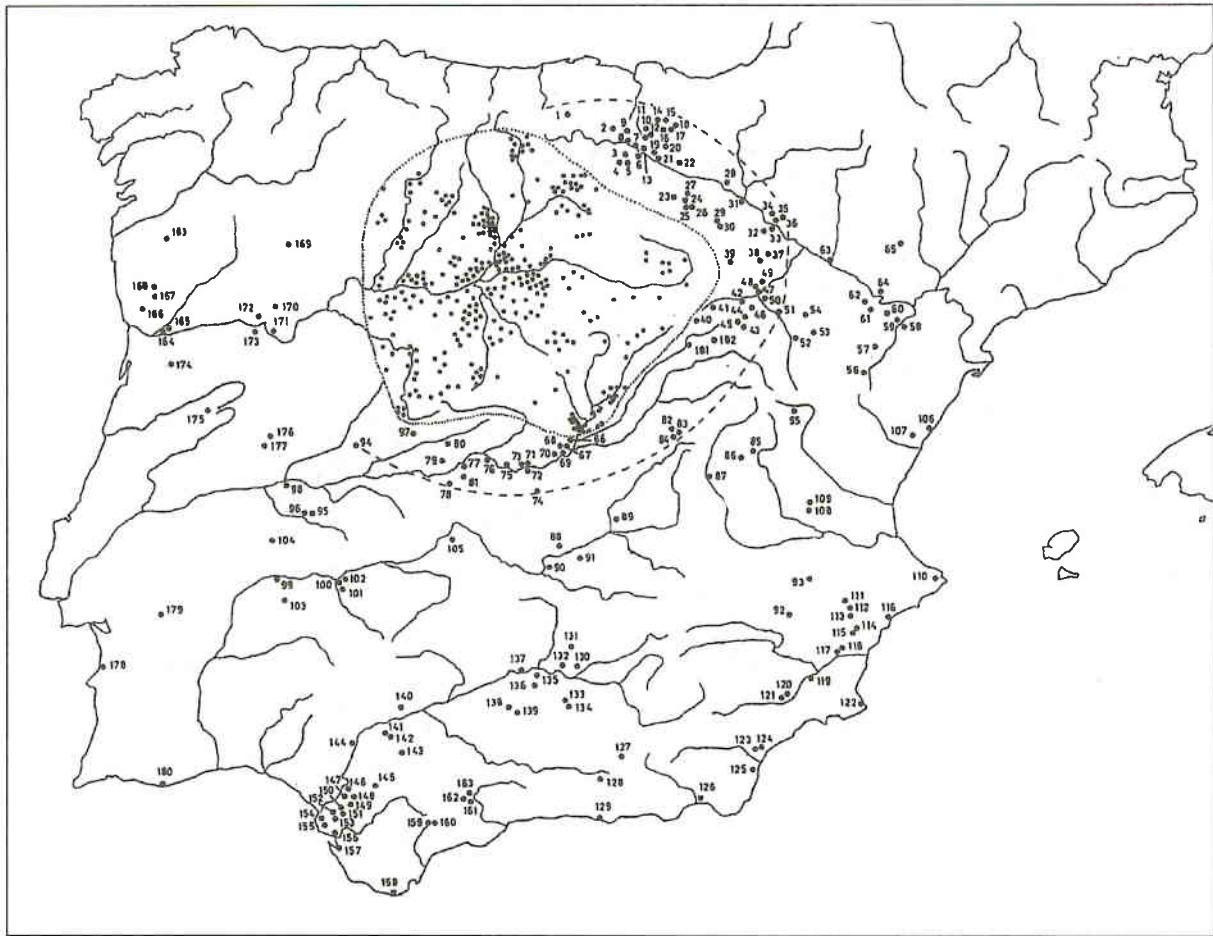


Figura 14. La ubicación de la Zona Nuclear de Cogotas I.

técnicas decorativas conocidas sobre formas evolucionadas y cada vez más diferenciadas, aunque es cierto que el impulso del proceso de regionalización que caracteriza este momento puede verse acentuado en el caso de la región madrileña. Por lo tanto, y a pesar de que en el futuro pueda detectarse una zona más restringida para la cuna de Cogotas I, hemos de decir que, nada más ver la luz, se produce una fuerte implantación de los nuevos rasgos cerámicos tanto en la mayor parte de la cuenca del Duero como en los afluentes de la margen derecha del curso alto del Tajo.

La coordinación “cultural” entre las comunidades de uno y otro lado de la vieja cordillera que divide la Meseta no es un fenómeno nuevo ni que haya de sorprendernos. En este sentido, hemos de

recordar la existencia de ancestrales contactos étnicos y culturales, enraizados, como el mismo complejo de Cogotas I, en el campaniforme de tipo Ciempozuelos, un horizonte cultural que gozaba de la misma aceptación en uno y otro territorio. Tal circunstancia se deriva, sin duda, del conocimiento y control que estos pueblos tenían sobre los pasos naturales de la Sierra de Guadarrama (Somosierra y Navacerrada), así como de las distintas vías que desde el Sur de Soria conectan con los distintos afluentes del Henares en la zona septentrional de Guadalajara, gracias a los cuales se verían facilitadas las comunicaciones y los traslados entre ambos espacios.

Queda claro, pues, que localizamos la región nuclear de Cogotas I en tierras del Duero y del Alto



Tajo. Sin embargo, creemos que, con el fin de delimitar el campo de actuación de nuestra investigación, resulta necesario, al menos muy operativo, el establecimiento de unos límites físicos más precisos para este solar original. No es recomendable para el caso que nos ocupa hablar de “fronteras”, puesto que resulta un término anacrónico para sociedades como la del grupo Cogotas. El establecimiento de unas fronteras implica la existencia de una organización superior capaz de defenderlas o controlarlas militarmente, es decir, de un estado político (Castro Martínez y González, 1989: 9); sin embargo, no creemos que la cultura meseteña por nosotros estudiada alcanzara en ningún momento tal categoría, y mucho menos que tuviera la capacidad de organización necesaria para la defensa coordinada de un territorio tan amplio. Según los autores citados, en los casos en los que no hay estado «...no se hace necesaria la adscripción territorial y las fronteras políticas no existen...», y por lo tanto sólo se puede hablar de delimitación del territorio (Ibidem: 15)<sup>32</sup>.

Para este fin, el de trazar las líneas hipotéticas que demarcan el espacio afectado por el grupo de Cogotas, hemos compaginado tres criterios bastante simples, la concentración de yacimientos, la constatación de conjuntos culturales homogéneos y las barreras geográficas; cuya importancia varía en función de la dirección en la que nos movamos. El primero de los factores, del que ya hemos tenido ocasión de hablar previamente, nos obligaba a reconocer abultados conjuntos en las tierras centrales de la cuenca del Duero -provincias de Valladolid y Zamora, Sur de Palencia, Arlanzón, etc- y en los alrededores de Madrid, conectados por algunos yacimientos intermedios más. Por este mismo método podemos observar cómo existen vacíos que, a pesar de que pudieran ser debidos a la falta de investigaciones y a una elaboración parcial de las

cartas arqueológicas provinciales, también nos ayudan en la tarea que ahora planteamos.

El segundo de los criterios apuesta por un estudio minucioso de los yacimientos, en la mayoría de los casos muy difícil, a través del cual seamos capaces de distinguir si las cerámicas de tipo Cogotas I allí encontradas son la base de la ocupación o únicamente representan una adición dentro de un contexto cultural diferente. Al mismo tiempo se analizarán otros aspectos relacionados con el resto de la cultura material, como las características sociales, religiosas, económicas, así como los modelos poblacionales y las estructuras de habitación, con el fin de descifrar si la estación estudiada pertenece o no a la más pura tradición de Cogotas I.

Por último, y sin hacer de éste un factor imprescindible, consideramos importante el criterio geográfico, ante la posibilidad de que ciertos accidentes en la orografía de la región provocasen la detención del avance del complejo o, al menos, añadieran una dificultad más a los fenómenos de contacto cultural entre las distintas comunidades.

Los tres criterios han de combinarse, de manera que, por ejemplo, un poblado con auténticas características propias de Cogotas I no podrá ser incluido en la zona nuclear si no está geográficamente conectado a través de una cierta concentración de hallazgos. Del mismo modo, destacadas concentraciones, como la sufrida en el Bajo Guadalquivir, correrán la misma suerte, puesto que las tradiciones meseteñas no son las dominantes en los poblados que las protagonizan. De esta manera, y aunando los distintos factores, hemos dibujado esos “límites nucleares” confiando en la validez de algunas pautas de comportamiento de las evidencias. En primer lugar, hemos podido observar cómo, dentro de la misma Submeseta Norte, existen vacíos significativos situados en algunas

---

32 También M. Díaz-Andreu (1989: 19-21) habla de límites en vez de fronteras para las sociedades tribales.

regiones periféricas de difícil orografía, como toda la montaña leonesa, donde no parece documentarse la presencia de Cogotas I. Por este motivo, nos atreveríamos a colocar los límites noroccidentales hacia el río Tuerto, en La Maragatería, y por debajo del paralelo de la ciudad de León. Hacia las tierras portuguesas, según se puede colegir a través de la dispersión de hallazgos, la línea se podría trazar entre la Sierra de la Culebra y las Tierras del Sayago en Zamora y en el valle del Tormes en Salamanca. Hacia el Norte, los hallazgos de Cogotas I alcanzan las estribaciones de la montaña palentina en torno al curso alto del Pisuerga, mientras que por tierras burgalesas asistimos a una transgresión paulatina de la cuenca del Duero en dirección al valle alto del Ebro, aunque las concentraciones más significativas en esta provincia se producen en el Arlanzón<sup>33</sup>. Hacia el Este, la zona nuclear podría encontrar unos precarios confines en el Sistema Ibérico -en la divisoria de aguas de la vertiente atlántica y mediterránea-, desde la Sierra de la Demanda hasta el Moncayo, y desde aquí hasta las tierras de Medinaceli. La erosión de estas estribaciones y la escasez de grandes barreras montañosas, provocan en este espacio la existencia de una gran puerta natural hacia el Valle del Ebro, que, siguiendo caminos transitados desde tiempos ancestrales, va a permitir la “expansión” de elementos de cultura material cogoteños hacia La Rioja y Aragón.

Hacia el Sureste, el avance parece detenerse en el curso alto y medio del Henares, marcando una diagonal que conecta con la peculiar concentración de las tierras del Sur madrileño. En este punto, los límites no pueden ser definidos con grandes posibilidades de éxito, puesto que parece darse una progresiva dispersión de los hallazgos a

medida que nos alejamos de la capital y nos situamos cerca del Tajo Medio. En este último lugar el número de poblados aumenta constantemente, aunque en la mayoría de las ocasiones la información ofrecida es muy escasa por falta de excavaciones sistemáticas, y resulta difícil su inclusión o no dentro del área nuclear. A pesar de todo, aún admitiendo la posibilidad de que las cerámicas de Cogotas I de estos enclaves presenten una homogeneidad digna de ser considerada propia del grupo original, el hecho de que se aprecie un mayor distanciamiento geográfico y de que no formen agrupaciones de cierta intensidad, así como la circunstancia de que no se detecten, por lo general, cerámicas que delaten la presencia del momento de formación de Cogotas I, nos inclinan a pensar en la posibilidad de que se trate de una región explorada tardíamente por los elementos que caracterizan el grupo meseteño y, por lo tanto, una zona de “expansión”, aunque con unas características muy distintas a otras regiones con esa misma consideración.

En el interior de los márgenes establecidos es donde Cogotas I se nos muestra como complejo susceptible de análisis cronocultural conjunto, y a partir de los ejemplos localizados dentro de los mismos se han definido los rasgos que lo caracterizan. Fuera de ellos nos encontramos con huellas, más o menos profundas, de aquel grupo que, sin embargo, merecen un estudio particular y detallado. A estas otras regiones con muestras parciales de las manifestaciones cogoteñas, nos referiremos a partir de ahora como “Territorios de Expansión” (o Regiones de Expansión), en los que se incluye una “Zona de Contacto”, aledaña a la nuclear, donde las muestras de Cogotas I se van rarificando paulatinamente.

---

33 Los territorios pertenecientes a la cuenca hidrográfica del Ebro de esta provincia son considerados en este trabajo como un espacio de transición, y los enclaves de signo cogoteño allí ubicados como yacimientos pertenecientes al “Territorio de Contacto”.

### *b) Inventario de Yacimientos del Área Nuclear*

En los últimos años, el número de yacimientos añadidos a la lista de Cogotas I no deja de crecer como consecuencia de la intensificación de los trabajos de prospección llevados a cabo en las distintas provincias afectadas, así como, en mucha menor medida, por la realización de excavaciones que son, por lo general, producto de una intervención de salvamento ante la inminente desaparición del enclave. Por este motivo será muy difícil ofrecer en este momento un inventario íntegro de las manifestaciones cogoteñas, contando con que muchas de estas recientes actuaciones permanecen inéditas y sólo se puede acceder a las mismas a través de los testimonios directos de los técnicos que las realizaron o por medio de los informes remitidos a los organismos competentes. Como quiera que nuestro objetivo principal en este trabajo no es el escrutinio exhaustivo de las

manifestaciones de Cogotas I halladas dentro de los territorios centrales, sino la delimitación de la influencia de este grupo en las regiones exteriores; pero creyendo necesario reflejar de alguna manera la documentación manejada para la caracterización del mismo<sup>34</sup>, ofrecemos ahora un inventario de yacimientos que, pese a no contemplar, seguramente, la totalidad de los ejemplos hoy conocidos, puede considerarse representativo y, en cualquier caso, operativo para nuestros fines<sup>35</sup>.

Los números de identificación se corresponden con los puntos reflejados en los mapas de dispersión (Figs. 15 y 16). El inventario se presenta mediante dos cuadros esquemáticos (Cuadros 2 y 3). En el primero de ellos se contemplan los enclaves de la cuenca del Duero y en el segundo los de las provincias de Madrid y Guadalajara. En ambos se refleja la fase a la que se adscriben, el tipo de emplazamiento, algunos rasgos específicos, y su bibliografía.

---

<sup>34</sup> Trabajo que nos será de vital importancia también a la hora de establecer las diferencias encontradas entre la zona nuclear y las regiones de expansión.

<sup>35</sup> El inventario se ha realizado con informaciones publicadas en trabajos específicos sobre yacimientos concretos y en síntesis regionales o provinciales sobre la Edad del Bronce. En el caso de la Comunidad Autónoma de Castilla y León se incluyen también algunas noticias aisladas proporcionadas por los distintos arqueólogos territoriales y por investigadores particulares.

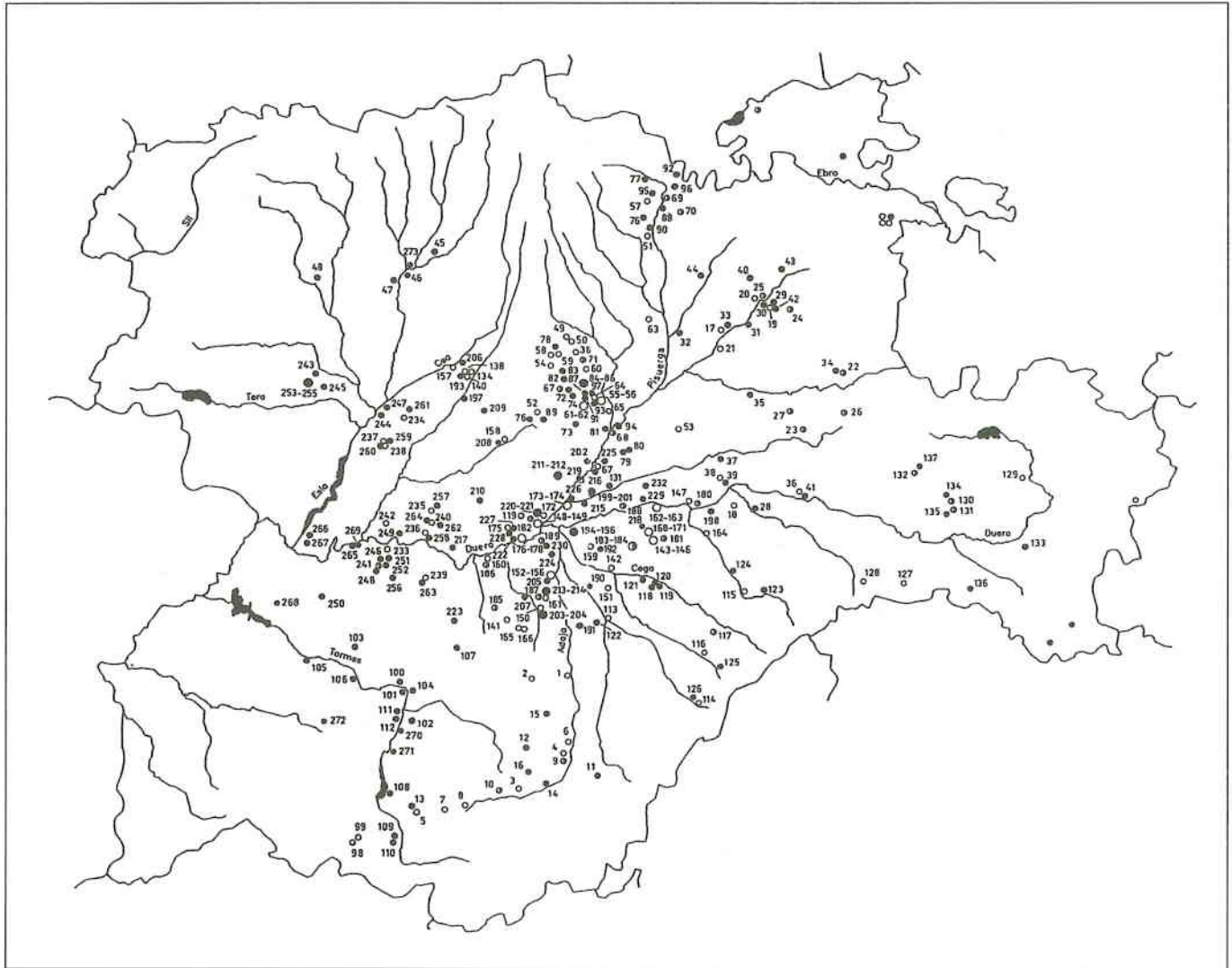


Figura 15. Yacimientos del grupo Cogotas I en la Zona Nuclear: Sector de la Cuenca del Duero:  
 ○ Protocogotas; ● Protocogotas/Cogotas I Clásico; ● Cogotas I Clásico.

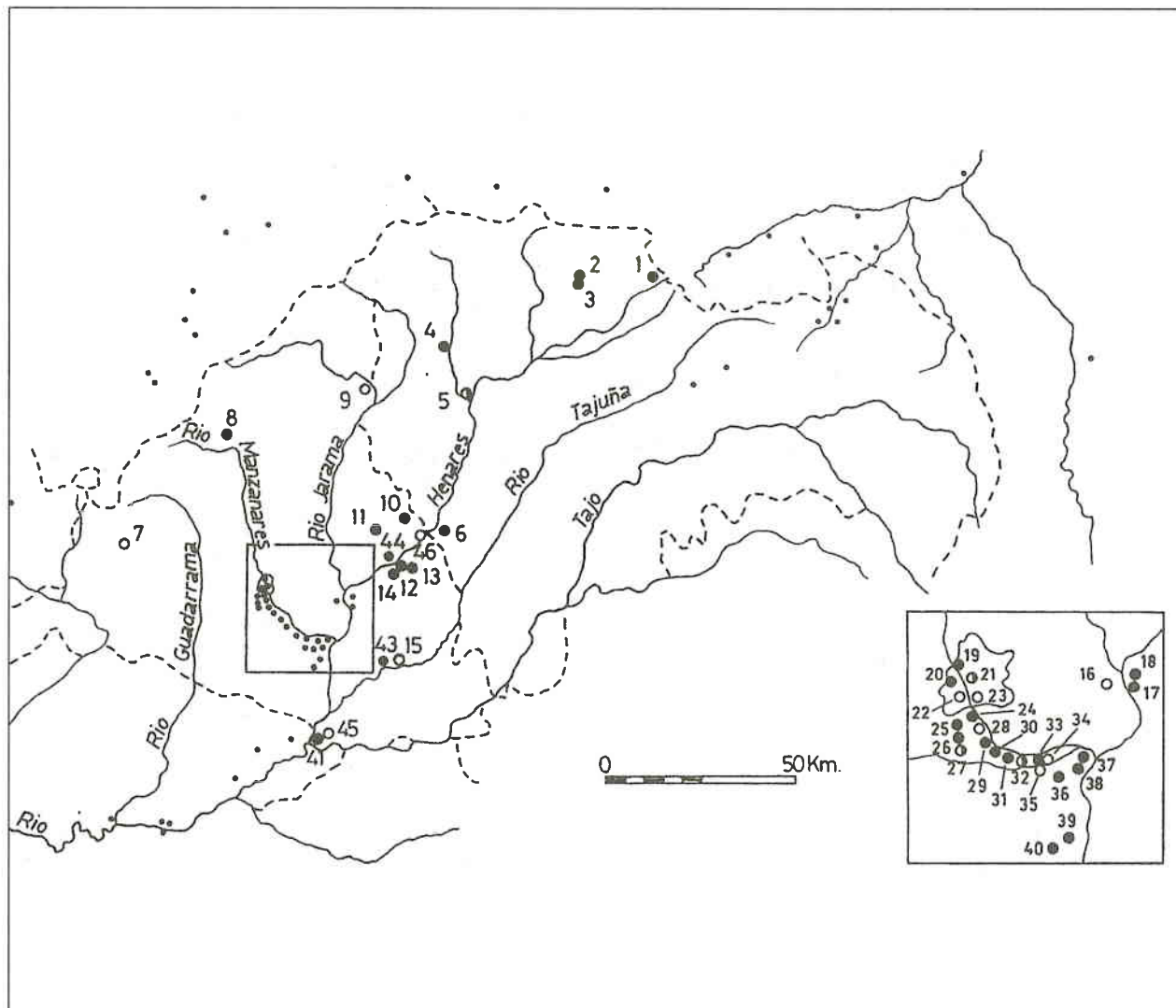


Figura 16. Yacimientos del grupo Cogotas I en la Zona Nuclear: Sector del Alto Tajo:  
 ○ Protocogotas; ◐ Protocogotas/Cogotas I Clásico; ● Cogotas I Clásico.

**CUADRO 2. YACIMIENTOS DEL GRUPO DE COGOTAS I EN LA CUENCA DEL DUERO**

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
PROVINCIA DE ÁVILA							
1. La Serna o Cantazorras (Arévalo-Donhierro)	*						Delibes, 1995a: 69, fig. 26.
2. Carrávilas (Barromán)	*				*		Delibes, 1995a: 69, fig.24; Fabián, 1993b: 171
3. (Bonilla de la Sierra)	*						Delibes, 1995a: 69
4. El Castillo (Cardeñosa)	*			*			Cabañas con piedra?/ Delibes, 1995a: 68; Naranjo, 1984
5. (Malpartida de Corneja)	*						Delibes, 1995a: 69
6. Gravera de Puente Viejo (Mingorría)	*				*		Campo de Hoyos/ González-Tablas, 1984-85
7. EL Cogote (La Torre)	*				*		Campo de Hoyos/ Caballero, Porres y Salazar, 1993
8. (Villatoro)	*						Delibes, 1995a: 69
9. Castro de las Cogotas (Cardeñosa)	*	*		*			Cabré, 1930; Delibes, 1995a: 69-70
10. Las Zorreras (Muñana)	*	*					Campo de Hoyos/ Fabián, 1993a: 288
11. Dolmen de las Cruces (Bernuy Salinero)		*			*		Intrusión en dolmen/ Fabián, 1988: 31; 1990
12. Horcajuelos (Brabos)		*					Delibes, 1995a: fig.28.1; Molinero, 1971: 516, lám.CXLIII, f.1
13. El Castillo (El Mirón)		*		?			Martín Valls y Delibes, 1979b
14. El Paredón de los Moros (Niharra)		*					Delibes, 1995a: 73
15. Cordovilla (Papatrigo)		*					Delibes, 1995a: 66, fig.28.4-6
16. El Castro de los Castillejos (Sanchorreja)			*	*			Choza y sector de muralla del B.F./ González-Tablas, 1983; Glez-Tablas, Arias y Benito, 1986:120-3, fig.2, l.1-2; Maluquer, 1958a
PROVINCIA DE BURGOS							
17. Autovía (Estepar)	*				*		Campo de Hoyos/ Rodríguez Marcos y Arnáiz, 1993: 85
18. Las Empedradas (Fuentecén)	*				*		Campo de Hoyos y hogar/ Palomino y Rodríguez, 1994
19. Las Veguillas (Burgos)	*						Rodríguez Marcos y Arnáiz, 1993: mapa p.84
20. Ferrocarril (Quintanadueñas)	*				*		Rodríguez Marcos y Arnáiz, 1993: mapa p.84
21. (Torrepadierne)	*						Rodríguez Marcos y Arnáiz, 1993: mapa p.84
22. Cueva de la Aceña (La Aceña, Lara)	*	*				*	Delibes,1988; Esparza,1978; Rguez Marcos y Arnáiz, 1993: 86
23. Cueva de S. García (Ciruelos de Cervera)	*	*				*	Esparza, 1978: 72; Moure y Ga-Soto, 1986: fig.7
24. Cueva Mayor-Atapuerca (Ibeas de Juarros)	*	*				*	Apellániz y Urizarri,1976; Esparza, 1978; Rguez y Arnáiz, 1993:84
25. Los Cascajos/El Blanquillo (Quintanadueñas)	*	*			*		Hoyos y placas endurecidas/Delibes y Esparza, 1985: 151, 160-161; Martínez Puente, 1985
26. El Castro de Yecla (Sto Domingo de Silos)	*	*		*			Delibes, 1988; Delibes y Esparza, 1985:50; Rguez y Arnáiz, 1993:86
27. Valdosa (Tejada)	*	*		*			Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84; V.V.A.A., 1992: 20-22
28. (Adrada de Haza)		*		*			Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85
29. El Castillo (Burgos)		*		*			Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85; Urizarri <i>et alii</i> , 1987
30. Burgos Capital		*			*		Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85

PC: Protocogotas  
 CP: Cogotas I Pleno.  
 CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
 ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
 C: En cueva o abrigo.



Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
31. (Cabia)		*			*		Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85
32. El Castillo (Castrojeriz)		*		*			Delibes y Esparza, 1985:159; Esparza, 1978:74
33. EL Vivero (Estepar)		*			*		Esparza, 1978:72
34. (Lara de los Infantes)		*		*			Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85
35. (Lerma)		*			*		Campo de Hoyos/ Bellido, 1996: 138; Sacristán, 1993: 297
36. Valladar (Vadocindes)	*				*		Campo de Hoyos/ Palomino, 1996: 270
37. (Olmedillo de Roa)		*					Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84
38. Carrasalinera (Roa de Duero)	*				*		Palomino, 1996: 270
39. Carretera de la Horra (Roa)		*					Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84
40. (San Martín de Ubierna)		*			*		Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85
41. Carralavid (Vadocondes)		*					Palomino, 1996: 271; Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84
42. Sacatierras (Villafría)		*			*		Rodríguez Marcos, 1985: 198; Rguez. y Arnáiz, 1993: 84-85
43. (Villaverde-Peñahorada)		*			*		Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85
44. (Villegas)		*			*		Rodríguez y Arnáiz, 1993: 84-85; Sacristán, 1993: 299
PROVINCIA DE LEÓN							
45. Castro de la Senada (Valle de Mansillas)	*	*		*			Un hoyo/ Celis, 1985: 148-165, figs. 22-23
46. Los Castejones (Ardón)		*		*			Celis, 1985: 221-230, fig. 44.7
47. El Castro (Ardón)		*	*	*			Nivel de habitación; Delibes y Fdez, 1983: 38-39; Celis, 1985: 233-261, figs.46-52
48. EL Morión (Posadilla de la Vega)		*		*			Mañanes, 1977: 327-330, figs. 1.6-11
PROVINCIA DE PALENCIA							
49. La Cachapera (Abastas-Abastillas)	*				*		Rojo, 1985: 27-31, fig.6
50. Cascajar (Abastas-Abastillas)	*?				*		Campo de Hoyos?/ Rojo, 1985: 31, fig.20
51. La Venta (Alar del Rey)	*				*		Campo de Hoyos y 1 horno/ Pérez Rguez y Fdez Gnez, 1993
52. Cota 752 (Castil de Vega)	*				*		Rojo, 1985: 73-76 y 78, fig. 30
53. Cuesta de la Horca (Cevico Navero)	*			*			Muralla de cierre/ Rodríguez Marcos, 1996
54. Carresantiago (Frechilla)	*						inédito
55. La Bajada de la Carrancha (Grijota)	*						Hoyo revocado/ Bellido, 1996: 112
56. Fuente/Hospital (Grijota)	*				*		Campo de Hoyos/ Rojo, 1985: 113-116, figs. 51-52
57. Pierdesimiente (Lomilla de Aguilar)	*				*		Bellido, 1996: 138; Lión, 1993: 328; Pérez Rguez y Fdez G.,1993:42
58. Alto de S. Pedro (Mazuecos de V.)	*						inédito
59. Valdecer (Mazuecos de Valdeginete)	*				*		Rojo, 1985: 128, fig. 59
60. San Martín (Paredes de Nava)	*				*		Rojo, 1985: 136, fig. 63
61. El Castillo (Revilla de Campos)	*				*		Rojo, 1985: 149-152, figs. 70 y 71
62. La Frontera (Revilla de Campos)	*				*		Rojo, 1985: 152-154, fig. 72
63. Carrelasvegas (Santillana de Campos)	*				*		Campo de Hoyos; Inhumación/ Martín Carbajo <i>et alii</i> , 1993
64. Piélagos (Villamartín de Campos)	*				*		Campo de hoyos?/ Rojo, 1985: 185, 188-189, figs. 92 y 93
65. La Cruz del Bastardo (Villamuriel)	*						Campo de hoyos/ Lión, 1994: 284

PC: Protocogotas  
CP: Cogotas I Pleno.  
CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
C: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
66. Palomineras (Villatoquite)	*				*		Rojo, 1985: 189-192, fig. 94
67. (Abarca de Campos)	*	*			*		2 hoyos y manchas/ Lión y Lión, 1990
68. La Huelga (Dueñas)	*	*			*		Hoyos; postes; horno; depósitos/ Perez Rodríguez <i>et alii</i> , 1994
69. Cueva Tino (Mave)	*	*				*	Necrópolis/ Alcalde y Rincón, 1979
70. Los Barahones (Valdegama)	*	*		*			Hoyos; muretes de piedra, hogares, cabaña postes/ Barril, 1995
71. El Teso de la Cruz (Villalumbroso)	*	*			*		Rojo, 1985: 175, 177 y 180, fig. 88.905 y 906
72. El Cementerio (Abarca)		*			*		Rojo, 1985: 25-27, fig. 5
73. Las Arcas (Ampudia)			*		*		Campo de Hoyos/ Martín Valls, 1984:27-28, fig.7.2-4; Rojo, 1985:35
74. El Cementerio (Autilla)		*		*			Rojo, 1985: 48-52, fig. 19
75. (Becerril del Carpio)		*					Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993: 42
76. Barrios (Belmonte de Campos)		*			*		Estructuras arcilla?/ Rojo, 1985: 55-58, fig. 21.136-151
77. Cueva de la Curva (Cervera de Pisuerga)		*				*	Hoyos y hogares/ Alcalde, 1981: 264
78. Los Frailes/El Losal (Cisneros)		*			*		Delibes, 1983: nota 58; Rojo, 1985: 88-89, fig. 36.295-297
79. San Miguel (Cubillas de Cerrato)		*			*		Recinto circular, campo de hoyos/ inédito
80. Cañada de la Muela (Cubillas de C.)		*			*		inédito
81. Pico del Castro (Dueñas)		*		*			Calleja, 1975
82. Las Frailas (Frechilla)		*			*		Rojo, 1985: 89-94, fig. 39
83. Las Pedreras (Frechilla)		*			*		Rojo, 1985: 94-98, fig. 41
84. Alto de la Misa (Fuentes de Nava)		*			*		Rojo, 1985: 100-103, fig. 44
85. Quintanas/Pozalejo (Fuentes de Nava)		*			*		Rojo, 1985: 103-108, fig. 46
86. El Polo (Fuentes de Nava)		*			*		Cenizales/ Rojo, 1985: 109-111, fig. 49.425
87. Cuesta Padilla (Mazariegos)		*			*		Rojo, 1985: 123 y 127, figs. 56-58
88. Cueva de los Espinos (Mave)		*				*	Hoyos y hogares/ Santonja, Santonja y Alcalde, 1982: 359-387
89. Quintanas (Meneses de Campos)		*			*		Rojo, 1985: 130-133, fig. 60
90. (Nogales de Pisuerga)		*					Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993: 42
91. Santaavenia (Revilla de Campos)		*	*		*		Rojo, 1985: 157-162, figs. 75 y 76
92. Cueva Toro (Revilla de Pomar)		*				*	inédito
93. Palomares (Villamartín de Campos)		*		*			Manchones cenicientos/ Martín Valls, 1984:27,fig.7.1; Rojo,1985:182
94. (Tariago de Cerrato)		*					inédito
95. Cañón de la Horadada (Valoria de Aguil)		*					inédito
96. Cueva Rubia (Villaescusa de las Torres)		*				*	Hoyos/ Morales <i>et alii</i> , 1992; Pérez Rodríguez, 1989
97. El Arenal (Villamartín de Campos)		*			*		Campo de Hoyos/ Bellido, 1996: 114
PROVINCIA DE SALAMANCA							
98. Castillo de la Corvera (Navalmoral de Béjar)	*			*			Muralla; cabaña oval; hogar/ Fabián, 1993b: 165 y 170-172
99. El Tranco del Diablo (Béjar)	*						Fabián, 1993b: 170
100. Casco Urbano (Aldealengua)		*			*		inédito
101. Castañeda (Matacán)		*			*		inédito
102. Las Ollas (Garcihernández)		*					inédito

PC: Protocogotas  
CP: Cogotas I Pleno.  
CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
C: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
103. El Teso del Cuerno (Forfoleda)		*			*		Campo de Hoyos y cabaña postes/ Martín y Jnez, 1988-89;1989
104. La Aceña (Huerta)		*			*		Campo de Hoyos, algunos revocados/ Sanz <i>et alii</i> , 1994
105. Plaza de San Martín (Ledesma)		*		*			Benet, 1993: 339-340; Benet, Jiménez y Rodríguez, 1991: 119
106. El Regado (El Pino de Tormes)		*			*		Martín Valls y Delibes, 1973: 396-397, fig.1
107. Las Barceras (Poveda de las Cintas)		*					inédito
108. Coto Alto (La Tala)		*		*			Intrusión en dolmen/Delibes y Santonja, 1986: 112; López, 1984
109. Cancho Enamorado C.B. (El Tejado)			*	*			Muralla y cabañas?/ Maluquer 1958a
110. La Dehesa (El Tejado)		*			*		Maluquer, 1958a: fig. 1
111. La Mesa del Carpio (Carpio Bernardo, Villagonzalo de Tormes)		*		*			Martín Valls y Delibes, 1972: 7, figs. 6 y 7
112. Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes)		*		*			Martín Valls y Delibes, 1972: 5-54, figs. 4 y 5; 1973: 397, fig. 4.6
PROVINCIA DE SEGOVIA							
113. Los Azafranales (Coca)	*			*			Romero, Romero y Marcos, 1993: 232
114. Cueva de la Tarascona (Segovia)	*					*	
115. San Frutos de Duratón	*						inédito
116. Cueva de la Vaquera (Torreiglesias)	*	*				*	Zamora, 1975; 1976
117. Cueva de Arevalillo (Arevalillo de Cega)	*	*				*	Hogares, cubetas, lajeado de piedras/ Fernández-Posse, 1977
118. Carratejera (Aguilafuente)		*			*		García-Gelabert y Morere, 1984: 156
119. La Guarneida (Aguilafuente)		*			*		García-Gelabert y Morere, 1984: 156
120. La Pencona (Aguilafuente)			*		*		García-Gelabert y Morere, 1984: 155, figs. 2-8
121. El Arenero (Fuentepelayo)		*			*		Nivel de cenizas/ García-Gelabert y Morere, 1984: 156-7.
122. Los Casares (Fuente de Santa Cruz)		*					Martín Valls y Delibes, 1989: 67
123. (Castrillo de Sepúlveda)			*				Moliner, 1971: láms. CXXXVII y CXXVIII.
124. (Carrascal del Río)		*					Moliner, 1971: lám. CXXVII, 76.1-3
125. (Losana de Pirón)		*					Moliner, 1971: lám. CLVIII, 905.7-11
126. Anaya (Segovia)		*					Zamora, 1987: 36
PROVINCIA DE SORIA							
127. Los Tolmos (Caracena)	*				*		Hoyos; cabañas; inhumaciones en fosa/ Jimeno, 1984a; Jimeno y Fernández, 1991; 1992a: 94
128. La Vega (Cuevas de Ayllón)	*				*		Fondos de cabaña?/ Jimeno, 1984a: 54; Ortego, 1960:129;1961:160
129. Cueva del Asno (Los Rábanos)	*					*	Bolsadas cenicientas; carácter sepulcral/ Eiroa, 1979; Jimeno, 1984b: 40; Ortego, 1961: 40
130. Castro de la Barbolla	*	*		*			Jimeno y Fernández Moreno, 1983
131. Los Arenales (Rioseco)	*	*			*		Manchas cenicientas/ Fernández Moreno y Jimeno, 1992
132. El Balconcillo (Ucero)	*	*		*			Cabañas oval de postes/ Rosa, 1991;1994;1995; Rosa y Chausa, 1990.

PC: Protocogotas  
 CP: Cogotas I Pleno.  
 CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
 ND: Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
 C: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
133. El Parpantique (Balluncar)		*		*			Fernández Moreno y Jimeno, 1992: 224, fig. 7
134. Los Castejones (Calatañazor)		*				*	Jimeno, 1981; Romero y Delibes, 1978: 306-309
135. (Fuentelárbol)		*					Jimeno, 1984a: 55, fig. 155; Jimeno, 1984b
136. Santa María (La Riba de Escalote)		*					Jimeno, 1981: 29-32; 1984a: 59, fig. 155; Taracena, 1941:144
137. Cueva del Polvorista (Ucero)		*				*	Fernández Moreno y Jimeno, 1992: 224, fig. 7
PROVINCIA DE VALLADOLID							
138. Pedregales (Becilla de Valderaduey)	*						inédito
139. Valdioro I (Becilla de Valderaduey)	*						inédito
140. Valdioro II (Becilla de Valderaduey)	*						inédito
141. El Torrejón (El Campillo)	*			*			Mañanes, 1979: 70, fig. 18.18
142. El Castaño (Cogeces de Iscar)	*						inédito
143. La Plaza (Cogeces del Monte)	*			*			Muralla de cierre/ Delibes y Fernández Manzano, 1981
144. El Carrizal (Cogeces del Monte)	*				*		Campo de hoyos; poste/ Rodríguez Marcos, 1993
145. Los Poyatos/El Quiñón (Cogeces del M.)	*				*		Rodríguez Marcos, 1993: fig. 9
146. Valdelaperra (Cogeces del Monte)	*					*	Rodríguez Marcos, 1993: fig. 9; 1996: fig. 2
147. Las Pinzas (Curiel)	*			*			Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
148. El Prado (Geria)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83, fig. 6; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
149. Las Casquetas (Geria)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83, fig. 6; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
150. Los Pinos (Gomeznarro)	*				*		Un hoyo; Rojo y Val, 1990: 322
151. Las Cotarrillas (Iscar)	*	*			*		Campo de hoyos/ I.A.V. (Inventario Arqueológico Valladolid)
152. Camino del Río (Matapozuelos)	*						inédito
153. Concejo I (Matapozuelos)	*						inédito
154. Fuente del Mudo (Matapozuelos)	*						inédito
155. Los Cotos (Matapozuelos)	*						inédito
156. Martacha (Matapozuelos)	*						inédito
157. Vaciasitios (Mayorga de Campos)	*						inédito
158. Las Mansillas (Medina de Rioseco)	*						inédito
159. La Cotarra de Santiago o Miralalba (La Pedraja de Portillo)	*	*			*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2. I.A.V.
160. El Palomar (Pollos)	*						Mañanes, 1979: 83, fig. 22.15
161. El Salgueral (Pozal de Gallinas)	*						inédito
162. El Prado (Quintanilla de Onésimo)	*				*		Campo de Hoyos y 1 poste/ Rodríguez y Abarquero, 1994
163. Matabueyes (Quintanilla de Onésimo)	*				*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
164. El Castillo (Rábano)	*			*			Hoyos; Silo revocado/ Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991: 207, fig. 2; Rodríguez y Abarquero, 1994: nota 13
165. Arahuetes I (Rubí de Bracamonte)	*						inédito
166. Arahuetes II (Rubí de Bracamonte)	*						inédito
167. Fuente del Olmo (San Martín de Valv.)	*				*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
168. Cojoncillo I (Santibáñez de Valcorba)	*				*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
169. Cojoncillo II (Santibáñez de Valcorba)	*				*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2

PC: Protocogotas  
CP: Cogotas I Pleno.  
CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
ND: Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
C: En cueva o abrigo.



Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
170. El Roble (Santibáñez de Valcorba)	*				*		Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
171. Valdecelada I (Santibáñez de Valcorba)	*				*		Rodríguez Marcos, 1993: fig. 9; 1996: fig. 2
172. El Mosquero (Simancas)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83 y fig. 6
173. I.N.B. José Zorrilla (Valladolid)	*				*?		Palos, 1965: 119, figs 11 y 12
174. Calle Arribas (Valladolid)	*				*		Balado y Escudero, 1991: 20-21
175. Las Cadenas (Velilla)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83 y fig. 6; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
176. Manzano I (Villamarciel)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83 y fig. 6
177. Manzano II (Villamarciel)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83 y fig. 6
178. Manzano/Penuelas (Villamarciel)	*				*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83 y fig. 6; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
179. Pico Aguilera (Villán de Tordesillas)	*			*			Muralla de cierre/ Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83, fig. 6; Rguez Marcos, 1996
180. El Gurugú (Bocos de Duero)	*	*		*			Muralla; hoyos; hogar; suelo/ Rojo y Val, 1990: 320; Rguez Marcos, 1996
181. Valimón/Valdecas (Cogeces del Monte)	*	*			*		Rodríguez Marcos, 1985: 222; 1996: fig. 2
182. Teso de la Macañorra (Geria)	*	*			*		Campo de Hoyos y hogares/ Arranz <i>et alii</i> , 1993
183. El Pino de la Horca (Montemayor de P)	*	*					I.A.V.; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
184. Los Pinos del Cubo (Montemayor de P)	*	*					I.A.V.; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
185. La Soncierna II (Nueva Villa delas To)	*	*					I.A.V.
186. Los Calvillos II-El Barrero (Pollos)	*	*			*		Manchas cenicientas/ Rguez Marcos, 1985: 220; 1996: fig. 2
187. San Antón II (Poza de Gallinas)	*	*					I.A.V.
188. El Soto de Tobilla I/II (Tudela de D)	*	*			*		Fíbula <i>ad occbio</i> / Bellido, 1996; Rguez Marcos, 1996: fig. 2
189. El Espino (Villanueva de Duero)	*				*		I.A.V.; Rodríguez Marcos, 1996: fig. 2
190. Cotarra Brazuelas II (Alcazarén)		*			*		I.A.V.
191. La Calzadilla (Almenara de Adaja)		*					Balado, 1989; Delibes y Moure, 1973
192. Cotarra de S. Renedo (Aldea de S. Miguel)		*					I.A.V.
193. Tejadillos I (Becilla de Valderaduey)		*			*		En suave loma/ I.A.V.
194. Cotarra del Tío Ceferino (Boecillo)	*						I.A.V.
195. Fuente de Boecillo-El Rey (Boecillo)		*			*		Campo de Hoyos/ Rojo y Val, 1990: 320
196. Vereda de las Culebras (Boecillo)		*					I.A.V.
197. Porragos (Bolaños de Campos)			*		*		Plaqueta de hogar/ Fernández Manzano y Palomino, 1991
198. Uncabo (Castrillo de Duero)		*					I.A.V.
199. Casajera (Castronuevo de Esgueva)		*					I.A.V.
200. San Martín (Castronuevo de Esgueva)		*					I.A.V.
201. Poyato de la Armedilla (Castronuevo E.)		*					I.A.V.
202. (Cubillas de Santa Marta)		*					inédito
203. Hoyo de la Mota (Gomeznarro)		*					Mañanes, 1979: 76, fig. 20.1
204. Las Quintanas III (Gomeznarro)		*					I.A.V.
205. La Cueva I (Matapozuelos)		*					I.A.V.
206. Los Morales (Mayorga de Campos)		*					Manchas cenicientas/ Palol, 1965: 115-119, figs. 7 y 8
207. Valdechiva (Medina del Campo)		*			*		I.A.V.
208. Cerro de San Andrés (Medina de Riose)		*		*			I.A.V.

PC: Protocogotas  
 CP: Cogotas I Pleno.  
 CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
 ND: Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
 C: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
209. El Tesoro (Moral de la Reina)	*				*		Mañanes, 1979: 22, fig. 6.20
210. Los Barriales (Mota del Marqués)		*					I.A.V.
211. El Palomar (Mucientes)		*					I.A.V.
212. El Tejar (Mucientes)		*					Rodríguez Marcos, 1985: 219
213. Valdelacasa II (Poza de Gallinas)		*					I.A.V.
214. Valdelacasa III (Poza de Gallinas)		*					I.A.V.
215. El Soto (Renedo de Esgueva)		*			*		Inhumación en cista/ Palol y Wattenberg,1974; Wattenberg,1957:189
216. Las Peñas del Gozón (S Martín de Valvení)		*					I.A.V.
217. La Requejada (San Román de Hornija)			*		*		Hoyos; hogar; inhumación triple/ Delibes, 1978; Delibes, Fdez, y Rguez, 1990
218. Valdecelada III (Santibáñez de Valcorba)		*					I.A.V.
219. El Nogalillo (Santovenia de Pisuerga)		*					I.A.V.
220. El Batán (Simancas)		*			*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: fig. 6
221. Los Pinales (Simancas)		*		*			Arranz <i>et alii</i> , 1993: fig. 6; Rodríguez Marcos, 1985: 222-3
222. Juan Rojas (Tordesillas)		*			*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: fig. 6; Bellido, 1996: 140
223. Canteras (Torrecilla de la Orden)		*					I.A.V.
224. El Lomo (Valdestillas)		*					Mañanes, 1979: 93, fig. 24.1
225. Las Quintanas II (Valoria de Duero)		*			*		inédito
226. San Pedro Regalado (Valladolid)		*	*		*		Campo de Hoyos/ Balado y Escudero, 1991: 23, fig. 4; Palol, 1963; 1967
227. El Berral (Velilla)		*			*		inédito
228. Carricastro (Velilla-Tordesillas)		*	*	*			Molinos granito; moldes/ Delibes y Fdez, 1991:208; Martín Valls y Delibes, 1976a: 9, fig. 4
229. Viñas de Abajo (Villabáñez)	*						I.A.V.
230. Teso de la Horca (Villanueva de Duero)		*			*		Arranz <i>et alii</i> , 1993: 83, fig. 6
231. El Palacio (Villarmentero de Esgueva)		*					I.A.V.
232. El Castro (Villavaquerín)		*					inédito
PROVINCIA DE ZAMORA							
233. Los Verdiales (Bamba, Madridejos)	*			*			Martín Valls y Delibes, 1982: 45-48, fig.1
234. La Boyana (Ceniceros de Campos)	*						Delibes y Val, 1990: 86
235. El Puentón (Pinilla de Toro)	*						Delibes y Val, 1990: 86
236. El Poleo (Tagarabuena)	*				*		Manchones cenicientos/ Martín Valls y Delibes, 1979: 138-9.
237. La Cantera (Villafáfila)	*				*		Rodríguez, Larrén y García, 1990: 41-42, lám. I.2
238. El Teso del Marqués II (Villafáfila)	*				*		Rodríguez, Larrén y García, 1990: 60, lám. II.6
239. (Villabuena del Puente)	*						Delibes y Val, 1990: 86
240. La Fontana (Villardondiego)	*						I.A.P. (Inventario Arqueológico Provincial)
241. Pozoblanco (Cazurra)	*	*			*		Campo de Hoyos/ Martín Valls y Delibes, 1975: 453-454, fig.6
242. Las Reguerinas (Algodre)		*					I.A.P.
243. Las Labradas (Arrabalde)		*		*			Esparza, 1986: 37 y 352-353

PC: Protocogotas  
CP: Cogotas I Pleno.  
CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
C: En cueva o abrigo.



Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
244. Los Cenizales (Barcial del Barco)			*		*		Silo con revoque/ Rodríguez Marcos y Val, 1990
245. La Piedra Hincada (Brime de Urz)		*			*		Intrusión en dolmen/ Morán, 1935: 26-27, lám. VI A
246. Las Carretas (Casaseca de las Chanas)		*			*		Martín Valls y Delibes, 1978: 326-328, fig. 3
247. (Castropepe)		*					I.A.P.
248. El Rabiao (Cazurra)		*			*		Martín Valls y Delibes, 1972: 11, fig. 17
249. El Tomillar (Fresno de la Ribera)		*			*		Campo de Hoyos/ Martín Valls y Delibes, 1981: 159-162, fig.3
250. La Modorra (Fresno del Sayago)		*					I.A.P.
251. La Perrona (Gema)		*			*		Martín Valls y Delibes, 1976b: 421-422, fig. 5
252. Los Mimbresales (Gema)			*		*		Martín Valls y Delibes, 1979a: 126-128, fig. 1
253. Dolmen de San Adrián (Granucillo de Vidriales)		*			*		Intrusión en dolmen/ Delibes, 1978: fig. 9.1-2; Morán, 1935: 29, lám. VII A
254. Dolmen de la Vega (Granucillo de V)		*			*		Intrusión en dolmen/Delibes,1978:fig.9.3-6; Morán, 1935:31, lám.VII B
255. Dolmen de las Peñezuelas (Granucillo de Vidriales)		*			*		Intrusión en dolmen/ Delibes, 1978: fig. 9. 7-9; Morán, 1935:32, lám. VII C
256. Las Marquesas (Peleas de Abajo)		*			*		Rodríguez Marcos, 1985: 231; Sevillano, 1978: 221, fts. 76-77
257. Los Villares (Pinilla de Toro)			*		*		Martín Valls y Delibes, 1975a: 458-460, fig. 9
258. El Palomar (Tagarabuena)		*			*		Campo de Hoyos/ Martín Valls y Delibes, 1979a: 138, fig. 4
259. El Teso de Santa Catalina (Villafáfila)		*		*			Rodríguez, Larrén y García, 1990: 61 y 63
260. Valdioro (Villafáfila)		*			*		Rodríguez, Larrén y García, 1990: 65-67
261. Los Moralinós (Villalobos)		*					I.A.P.
262. Los Cenizales (Villavendimio)							I.A.P.
263. El Convento (Villabuena del Puente)		*					I.A.P.
264. Los Palomares (Villardondiego)		*					Delibes y Val, 1990: 86
265. El Teso del Castro (Zamora)		*		*			Manchones cenicientos/ Martín Valls y Delibes, 1977: 314-319.
266. Pozocincho (Muelas del Pan)		*					Delibes y Val, 1990: 86
267. Castil la Cabra (Muelas del Pan)		*					Delibes y Val, 1990: 86
268. Casal del Gato (Almeida de Sayago)		*					Intrusión dolmen/ Delibes, 1978: 238; Esparza, 1990: 114; Morán, 1935: 24
269. Casco Urbano (Zamora Capital)		*		*			Hoyos; cabaña circular de postes y adobes; hogar/ Larrén, 1996: 395-397; Sánchez-Monge y Viñé, 1993: 267-268, fig.3

#### ANEXO DE YACIMIENTOS

270. El Turrión o La Veguilla I (Alba de Tormes, Salamanca)		*			*		Intrusión en dolmen/ Delibes y Santonja, 1986: 21-24; Esparza; 1990: 115
271. La Ermita (Galisancho, Salamanca)	*						Intrusión en dolmen/ Delibes y Santonja, 1986: 70-75; Santonja, 1987:208, fig. 2.6
272. Santa Teresa I (Robliza de Cojos, Salamanca)		*					Intrusión en dolmen/ Delibes y Santonja, 1986: 98; Morán, 1935: 10,I.IB.2
273. El Molino/Camino de Naves (Roderos, Villaturiel, León)		*			*		inédito

PC: Protocogotas  
 CP: Cogotas I Pleno.  
 CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
 ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
 C: En cueva o abrigo.

**CUADRO 3. YACIMIENTOS DEL GRUPO DE COGOTAS I EN EL ALTO TAJO**  
**Provincias de Madrid y Guadalajara**

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplazam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
<b>GUADALAJARA</b>							
1. El Molar (Mojares)			*	*			García-Gelabert y Morere, 1983; Morere, 1983: 25
2. El Atance (Santamera)		*	*		*		Fdez-Galiano, 1979:29,35, lám.XV.1; Valiente, 1984b: 273
3. Cerro Padrastro (Santamera)		*	*	*			Valiente Malla, 1992a
4. Peñacabra (Muriel)		*			*		Manchas cenicientas y cista/ Sánchez Meseguer, 1988
5. La Muela (Alarilla)	*	*	*	*			Cabaña semicircular y hoyos/ Méndez Madariaga, 1982:160; Méndez y Velasco, 1984; 1988
6. El Castillo (Chiloeches)		*		*			Crespo, 1992: 61; Valiente Malla, 1992a: 40; Valiente, Crespo y Espinosa, 1986:67
<b>MADRID</b>							
7. Canteras de Zorzalejo (Zorzalejo)	*				*		Sin Hoyos/ Fernández Vega, 1980
8. Abrigo de los Aljibes (La Pedriza del M.)		*				*	Santuario y pinturas/ Priego, 1991
9. Cueva del Aire (Patones)	*					*	Sepulcral?;Hábitat?/ Fdez-Posse, 1980; Martínez Navarrete, 1988: 917
10. (Meco)					*		Blasco,Calle,Sánchez, 1991: fig. 47; Fdez Galiano, 1976:30
11. Carretera (Daganzo de Arriba)	*?				*		Blasco,Calle,Sánchez, 1991: fig. 47; Fdez Galiano, 1976:31
12. Cerro de Ecce Homo (Alcalá de Henares)		*		*			Hoyos/ Almagro-Gorbea, 1986: 367; Almagro-G, Benito y Dávila, 1994; Almagro-G. y Fdez Galiano, 1980
13. Malvecino (Alaclá de Henares)				*			Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
14. Cerro del Viso (Villalbilla)		*		*			Fdez Galiano, 1976:38-40; 1984: figs.6-9; Martínez Navarrete, 1988:1309
15. (Tielmes)	*						Blasco, 1982a; Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
16. Terrazas del Manzanares (Vaciamadrid)	*				*		Campo hoyos e inhumación/ Almagro-G., 1975:169; Esparza, 1990:110-1; Gaibar, 1974: 237,249, figs.10-11; Martínez Navarrete, 1988:1302
17. El Negralejo (Rivas-Vaciamadrid)		*			*		Campo de hoyos/ Blasco, 1982b; 1983; Molina y Arteaga, 1976: 184-6
18. Cerro Cervera (Mejorada del Campo)		*		*			Blasco, 1982a, fig. 1
19. Arenero Martínez (Madrid)		*			*		Campo de hoyos/ Almagro, 1939:152,lám.VII.1-2; 1958: 18-19; Mnez Navarrete, 1988: 1050-7; Pérez de Barradas, 1936: lám. VIII
20. Arenero Salvador Praena (Madrid)			*		*		Campo de hoyos/ Martínez Navarrete, 1988: 1062-1066
21. Arenero de Valdivia (Madrid)			*		*		Campo de hoyos
Centro			*		*		Almagro, 1939: 151.láms. VII-VIII; Mnez Navarrete, 1988: 1070-1078; Pérez de Barradas, 1936: 39, 42, 46, 48, 52-4, 75-7
Este	*				*		
22. Arenero de los Vascos (Madrid)	*				*		Campo de hoyos/ Castillo, 1943:397,f.6; Fdez Ochoa y Rubio,1980:75,f.1-3
23. Arenero de Portazgo (Madrid)	*				*		Campo de hoyos/ Martínez Navarrete, 1988: 983-985

PC: Protocogotas

CP: Cogotas I Pleno.

CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.

ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.

C: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Adscripción Cultural			Tipo Emplanzam			Características/Bibliografía
	PG	CP	CE	D	ND	C	
24. El Almendro (Madrid)		*			*		Martínez Navarrete, 1988:1037-40; Méndez Mad, 1982: 29
25. A. Colonia San Fermín (Madrid)					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
26. El Oxígeno (Madrid)					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
27. A. Km.7 carrt. Andalucía (Madrid)	*	*			*		Campo hoyos/ Mnez Navarrete, 1988:977; Sánchez Meseguer <i>et alii</i> , 1983:f.14
28. El Quemadero (Madrid)	*				*		Campo de hoyos/ Gálmez y Salmador, 1980: 74,f.1; Mnez Navarrete, 1988
29. Jesús Fernández (Madrid)		*	*		*		Campo de hoyos/ Blasco, 1987a, fig.4a; Coffyn, 1985 pche XX; Gálmez y Salmador, 1980: 74-75,f.1
30. A. Marqués de Perales					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
31. Arenero de Soto (Getafe)		*			*		Campo de hoyos, cabañas/ Esparza, 1990:119; Mnez Navarrete y Méndez Madariaga, 1983; Méndez Madariaga, 1994: 122
32. Caserío de Perales del Río (Getafe)	*	*	*		*		Inhumaciones, hoyos y depósito votivo/ Blasco, 1987a;b; Blasco <i>et alii</i> , 1984-85; Blasco, Calle y Sánchez, 1991; Blasco <i>et alii</i> , 1991
33. La Torrecilla I (Getafe)		*			*		Campo de hoyos/ Mnez Navarrete,1988:1470; Priego y Quero, 1978
34. La Torrecilla II (Getafe)	*				*		Campo de hoyos/ Cerdeño <i>et alii</i> , 1980:217; Mnez Navarrete, 1988:1475
35. La Aldehuela (Getafe)	*				*		Campo de hoyos/ Blasco, 1992b:126; Fdez Ochoa y Rubio, 1980: 49-88
36. La Fábrica de Ladrillos de Preresca (Getafe)		*	*		*		Hoyos ;inhumación; incineración./ Arribas, Calderón y Blasco, 1989: 241; Calderón <i>et alii</i> , 1988:392-394; Priego y Quero, 1983: 301-303
37. Arenero Alcazar					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
38. A. Frente a casa de los Frailes					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
39. (San Martín de la Vega) I					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
40. (San Martín de la Vega) II					*		Blasco, Calle, Sánchez, 1991: fig. 47
41. Puente Largo del Jarama (Aranjuez)		*			*		Mnez Navarrete, 1988: 1730-4; Pérez Barradas, 1936: fig.1
42. Arenero de Nicasio Poyato (Madrid)					*		Blasco, 1982a: fig.1; 1983: fig.1; Cerdeño <i>et alii</i> , 1980: 239
43. 110/17 (Perales de Tajuña)	*	*			*		Almagro-Gorbea y Benito-López, 1994: 107, figs. 10 y 14
44. La Dehesa (Alcalá de Henares)		*			*		Restos de cabañas, postes, suelos, hoyos y 5 enterramientos Macarro y Silva, 1996; Silva y Macarro, 1996
45. Príncipe 11 (Aranjuez)	*				*		1 enterramiento infantil/ Ortiz y López, 1996
46. Km. 37 N-II (Porv. Madrid)	*						Méndez Madariaga, 1994: fig. 6

PC: Protocogotas  
 CP: Cogotas I Pleno.  
 CE: Cogotas I Evolucionado.

D: Emplazamiento Defensivo.  
 ND:Emplazamiento no defensivo: pequeños cerros, lomas o llano.  
 C: En cueva o abrigo.

### c) Análisis de conjunto de las evidencias en el Área Nuclear

A partir de los datos proporcionados por todos los yacimientos aquí inventariados se ha ido construyendo la definición del grupo de Cogotas I; sin embargo, somos conscientes de que se trata de una manifestación arqueológica variable y múltiple, por lo que vamos a tratar ahora de analizar los distintos sectores geográficos que hemos incluido dentro de la zona nuclear. Antes de ello, podemos realizar un balance general sobre la evolución cronocultural del grupo, basado en las escasas fechas de radiocarbono y en el reconocimiento tipológico de las cerámicas decoradas. En este sentido observamos una gran proporción de estaciones en la primera fase, un ligero aumento en los momentos de plenitud y un brusco descenso en la fase evolucionada (Fig. 17.1). Esta tendencia, que veremos repetida o matizada en los distintos sectores, podría tener diferentes lecturas. Por un lado no sería descabellado interpretarla como la curva habitual de un grupo que alcanza el mayor volumen de poblados en los momentos álgidos de su desarrollo. Pero también sería posible explicarla a partir de un proceso de concentración de la población en los momentos más avanzados. En cualquier caso, los

datos actuales no permiten lanzar una propuesta consistente, y menos que ésta sea válida para la totalidad del territorio, puesto que desconocemos la duración real de los hábitats y, en múltiples ocasiones, el tamaño de los mismos. Por este motivo preferimos abordar la problemática desde puntos de vista más parciales, desde los cuales se reduzcan los riesgos que implican las explicaciones globales.

#### c.1. El Sector de la cuenca del Duero

Es éste, sin duda, el espacio geográfico por excelencia de Cogotas I, donde el grupo nos muestra de la misma manera su faceta más austera, ejemplificada en los reducidos campos de hoyos que salpican las llanuras sedimentarias y los páramos, y su cara más arrogante, como muestran varios castros escarpados con impresionante potencial centralizador. Aquí contemplamos como evoluciona la alfarería desde los vasos tímidamente decorados, hasta las desbordadas ornamentaciones de los recipientes de la fase final. En este sentido, tomando como base los 273 yacimientos inventariados, hemos observado que la fase Protocogotas está representada en un 46,1% de los mismos (126 estaciones), una proporción elevada que se incrementa en las zonas centrales. Las ocupaciones Cogotas I Pleno y

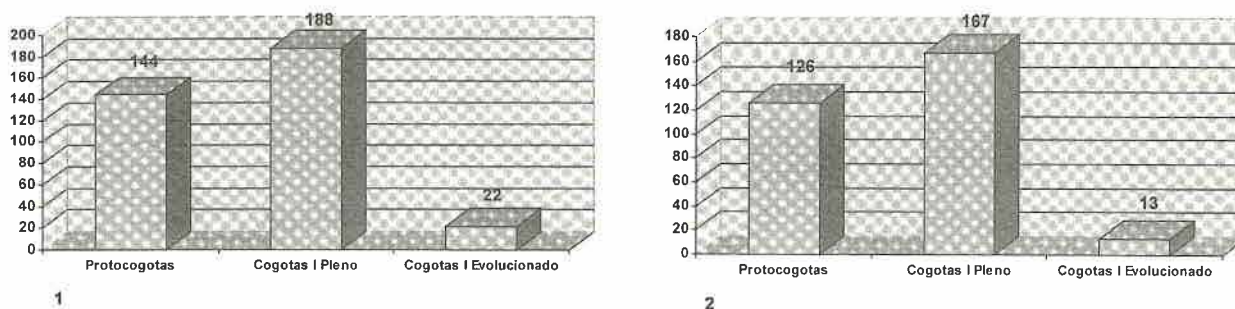


Figura 17. 1. Diferencias en la identificación de las distintas fases de desarrollo del grupo en la Zona Nuclear; 2. Diferencias en la identificación de las distintas fases de desarrollo del grupo en la Cuenca del Duero.

Evolucionado (167 y 13 respectivamente), que en muchos casos son difíciles de diferenciar, alcanzan el 65,9% (Fig. 17.2).

La alta densidad de estaciones de la primera fase se puede explicar desde dos posiciones. En primer lugar, según la cronología convencional Protocogotas (1500-1200 a.C.) ocuparía un mayor intervalo de tiempo que cada una de las otras dos fases (1200-1000 y 1000-850 a.C.), lo que unido al carácter móvil de gran parte de los poblados haría lógico pensar en una mayor proporción de los mismos; sin embargo, al trasladar las fechas a cronología calibrada, estos períodos se equilibran, por lo que la ecuación mayor duración/mayor número de poblados no parece resolver el problema.

En segundo lugar, una propuesta que podría servir para explicar este fenómeno, es la posibilidad de que el asentamiento durante los primeros momentos, salvo en circunstancias especiales, tuviera una naturaleza menos estable que el alcanzado en fases posteriores. De esta manera, un mismo grupo, a lo largo de un determinado período de tiempo, abandonaría un número mayor de poblados que los que más tarde dejarán atrás durante las fases plena y avanzada. Al carácter más "estable" de estas últimas se podría añadir también la posibilidad de una concentración poblacional, es decir, una ampliación de los grupos humanos que viven en comunidad. Sin embargo, son muy escasos los datos que podemos manejar en este sentido, puesto que, además de no discernir nítidamente un aumento de los asentamientos de grandes dimensiones, tampoco podemos asegurar que los documentados pertenezcan a una sola ocupación y no sean el resultado de la yuxtaposición de varios asentamientos temporalmente desconectados.

Pero la importancia numérica de los poblados de fase Protocogotas no es una característica que se pueda extrapolar de forma generalizada a toda la región. Sin duda es sobresaliente en las comarcas

centrales, por ejemplo en la provincia de Valladolid alcanza al 57,9% de los yacimientos, en la de Palencia al 49%, en la de Ávila al 62,5%, y en la de Soria al 54,5%; mientras que los porcentajes son mucho más reducidos en otras provincias periféricas: 16'6% en Salamanca, 20% en León, lo que puede indicar un ligero retraso en la asimilación cultural de estas tierras a las nuevas modas (Fig. 18.1).

Del mismo modo una simple ojeada al mapa de dispersión nos convence de la existencia de un reparto desigual de las manifestaciones de Cogotas I en las distintas provincias de la región. Aquellas son especialmente abundantes en el centro de la cuenca del Duero, y afectan particularmente a la provincia de Valladolid, al Sur de la de Palencia y al sector centro oriental de la de Zamora, mientras que en el resto el número de ejemplos es bastante más corto. Esto se debe a uno de los principales rasgos del poblamiento cogoteño en la Submeseta Superior, que es su concentración en torno a las márgenes de los grandes cursos de agua. El río Duero, eje transversal de la región de Castilla y León, lo es también del grupo de Cogotas I; reuniéndose en sus riberas y en los páramos que se asoman a su cauce un copioso número de enclaves de este signo (provincias de Valladolid y Zamora). El mismo fenómeno de agrupación se observa en los valles del Pisuerga, Valderaduey y Esla, en la vertiente derecha de la cuenca, y en los del Duratón, Eresma y Tormes en la izquierda.

La ocupación por parte de los poblados de Cogotas I de las tierras más alejadas de los grandes cursos de agua se hace a través de las tierras llanas o alomadas de los interfluvios, las cuales presentan escasos accidentes geográficos. Así observamos grandes concentraciones en la Tierra de Campos de Palencia, en los páramos situados al Sur del Duero y la comarca de Torozos de Valladolid y en las Tierras del Vino y del Pan de Zamora. Por su parte, en aquellas zonas periféricas de la Meseta la mayoría de



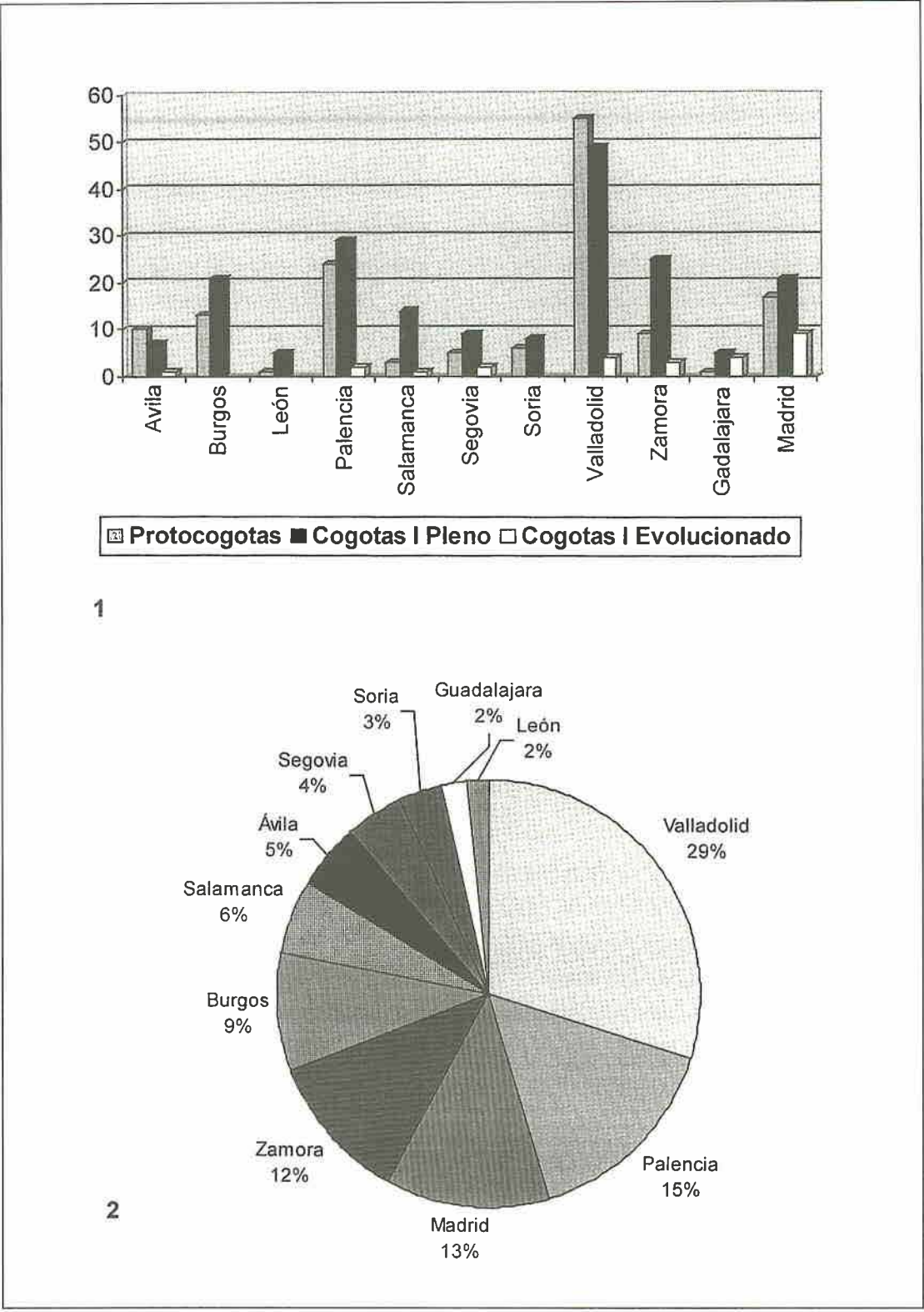


Figura 18. 1. Diferencias en la identificación de las distintas fases de desarrollo del grupo por provincias; 2. Representación numérica de yacimientos del grupo Cogotas I por provincias.



los poblados se asientan en las márgenes de los grandes afluentes que conectan con el Duero, dando la impresión de que siempre se mantienen los cursos fluviales como referencia geográfica de unión cultural con el centro de la cuenca. Ejemplos de este último caso son los cursos altos de ríos como el Pisuerga en Palencia, Arlanza y Arlanzón en Burgos, Adaja, Eresma y Duratón en Segovia, y el Tormes en Salamanca.

Sólo en Soria parecen alejarse los yacimientos de esta época de las cercanías del Duero, aunque siempre se localizan en las proximidades de alguno de sus afluentes.

Por lo tanto, existen suficientes datos como para pensar en una relación directa entre los ríos y la proliferación de las manifestaciones del grupo Cogotas I, así como en una fundamental y atávica importancia del padre Duero como columna vertebral del grupo.

Como hemos anunciado, las manifestaciones de Cogotas I no pueden verse como imágenes repetidas de un mismo conjunto de características. La amplitud del espacio afectado y los contrastes geográficos existentes son razones suficientes para pensar que no en todos los rincones de la región este grupo muestra un comportamiento parejo. Por este motivo aportamos aquí una somera visión diferenciada por provincias, a pesar de ser conscientes de que no es esta división administrativa la más adecuada para la compartimentación del grupo.

#### Ávila.

Los yacimientos de signo Cogotas de esta provincia sólo suponen el 5,8% de los inventariados en la cuenca del Duero (el 5% de la zona nuclear) (Fig. 18.2); una proporción muy pequeña para definir unas características peculiares. Los poblados, que se vinculan fundamentalmente al valle del Adaja, siguen, en líneas generales, los rasgos establecidos para toda la región nuclear. Destacan aquí los

impresionantes centros de Las Cogotas, Los Castillejos de Sanchorreja y El Castillo de Cardeñosa, cuyas características nos inclinan a pensar en la existencia de un poblamiento establecido y de cierta permanencia.

Es en la cultura material -concretamente en la producción cerámica- y en su evolución tipológica donde quizás sea posible encontrar aspectos peculiares que puedan caracterizar estas tierras y, sólo hasta cierto punto, diferenciarlas del resto.

La fase Protocogotas está proporcionalmente muy bien representada en Ávila por yacimientos como Puente Viejo, El Cogote, Carrávilas, Cantazorras, o el mismo castro de las Cogotas. Se caracteriza, en líneas generales, por los mismos rasgos definidos para este horizonte en la cuenca del Duero, es decir, por decoraciones incisas, sobre todo de espiga y zig-zag, sobre fuentes de carena alta y cuencos más o menos profundo. Fabián (1993b: 171-172) menciona la existencia de un variado abanico de formas, como los pequeños vasos cónicos y de fondo curvo y la ausencia significativa de decoraciones excisas y de boquique.

Por nuestra parte consideramos que se pueden encontrar algunas peculiaridades en los vasos decorados del Protocogotas abulense. Los materiales de Carrávilas y Cantazorras presentan una gran similitud en los modelos decorativos -bandas de espigas o zig-zag de trazo fino dispuestas bajo el borde o en la carena- y en los perfiles -fuentes carenadas, ollas e, incluso, algún vaso de tendencia bitroncocónica-. Su proximidad a los esquemas más típicos de el horizonte de Protocogotas puede estar en relación directa con su cercanía geográfica respecto al centro de la cuenca del Duero, puesto que las dos estaciones mencionadas se sitúan en el extremo Norte de la provincia. En poblados más alejados, como es el caso de El Cogote y Puente Viejo (en el centro de la provincia), las decoraciones se simplifican más y presentan una menor calidad técnica -trazos incisos

irregulares- y son habituales las fuentes troncocónicas muy abiertas y los perfiles aquillados con el cuerpo superior muy desarrollado. Otra particularidad que podemos destacar en estos últimos casos es la utilización de fino trazo corrido para la confección de amplias líneas quebradas, aspecto poco común en el centro de la cuenca del Duero.

El caso de Las Cogotas puede considerarse particular, puesto que parece vivir una ocupación continuada desde un momento Protocogotas hasta los inicios de la plenitud del grupo, sin que por el momento podamos diferenciar ocupaciones distintas o seriación estratigráfica clara. Los esquemas decorativos, compuestos en su mayoría por espigas incisas, son víctima de una mayor complicación, apareciendo los frisos metopados con espacios alternos decorados y lisos, o las bandas dobles y triples. Sin embargo, sus características técnicas están más cerca del grupo central que de los poblados más alejados cerca de los cuales se asienta geográficamente.

Esta diferenciación estilística y técnica entre unas y otras estaciones a nuestro modo de ver no responde tanto a un componente cronológico, mayor o menor antigüedad de unos respecto de los otros, como a un fenómeno de regionalización de los estilos, más acusado en estos primeros momentos.

Con la llegada de la plenitud de Cogotas I las características del grupo se hacen más homogéneas y las diferencias estilísticas con el resto de la región menos marcadas. Es posible que dentro de esta fase podamos diferenciar en Ávila, aunque también en otros lugares, un momento más antiguo, presente en El Mirón, Cordovilla y en la fase final de Las Cogotas y donde aún perduran muchas decoraciones incisas de tipo Protocogotas, de otro más avanzado donde se incrementan las decoraciones excisas y se complican los esquemas ornamentales (Brabos).

Por último, la fase avanzada se constata en Sanchorreja, lugar en el que es posible sospechar un tránsito paulatino y no traumático hacia la Edad del Hierro y que posibilita una mayor perduración de los elementos de Cogotas I en este sector de la cuenca del Duero.

### **Burgos.**

El aspecto peculiar que ofrece la provincia de Burgos es su posición geográfica “a caballo” entre la Meseta Central y el Valle del Ebro, puesto que todo el sector Norte de la misma se incluye en el tramo alto de esta última unidad geográfica<sup>36</sup>. En este último territorio, la presencia de Cogotas I parece responder, como veremos en su momento, a una doble circunstancia geográfica; por un lado la posición estratégica de los poblados establecidos en función del control del paso de Pancorbo -en relación con la presencia de este grupo en tierras alavesas-, y por otro la posición extrema de aquellas cuevas de las estribaciones montañosas que podrían representar ejemplos de “expansión interior límite” de la cultura hacia el Norte.

En las tierras del centro y Sur de la provincia la situación de Cogotas I es más semejante a lo que ocurre en el resto de la cuenca del Duero, y se repiten, de forma general, los rasgos más habituales del grupo.

Los yacimientos aquí inventariados suponen el 10,2% del total de la cuenca del Duero (el 8,8% de la zona nuclear) (Fig. 18.2), sin embargo, la mayoría de ellos no ha sido objeto de un estudio profundo, por lo que es muy difícil encontrar elementos que definan su peculiaridad respecto a otros sectores de la región. A pesar de ello, en la fase Protocogotas hemos reconocido ciertas decoraciones incisas, incluso esgrafiadas, de zig-zags realizados a base de varias trazadas irregulares y unidas a través de intersección, como ocurre en

---

36 Por esta razón hemos incluido los yacimientos de Cogotas I de la parte septentrional de la provincia dentro de una de las zonas de expansión, a pesar de que sus características culturales puedan ser idénticas a las del resto.

Yecla y Los Cascajos (Delibes y Esparza, 1985: 150, medio, y 161, arriba y medio), muy habituales en todo el reborde oriental de la Meseta y que pasarán a las zonas de “expansión” del Alto y Medio Ebro. Los motivos de Los Cascajos, además, son muy similares a los alaveses que también visten cazuelas muy abiertas y bajas o que presentan una carena muy pronunciada y un excesivo desarrollo del cuerpo superior.

Las fases plena y avanzada de Cogotas I en Burgos no gozan de atractivos particulares que por el momento seamos capaces de distinguir. Ni siquiera existe una clara diferenciación entre ambos períodos, a pesar de que algunos “soportes de carrete” del Castro de Yecla nos indiquen la perduración del grupo hasta los momentos más evolucionados.

#### **León.**

La representación del grupo de Cogotas I en León es especialmente exigua (1,83% de los yacimientos inventariados en la cuenca del Duero; 1,6% de la zona nuclear) (Fig. 18.2) y poco estudiada, en comparación con el fenómeno del Bronce Final de la metalurgia atlántica, aspecto en el que la provincia se muestra mucho más generosa (Delibes y Fernández Manzano, 1983: mapa p. 81).

Ante la precariedad de los datos y la circunstancia de que en la zona no se documenta el campaniforme de tipo Ciempozuelos -considerado como el horizonte a partir del cual se configura el grupo-, Delibes, Avelló y Rojo (1982: 163) piensan que Cogotas I no pudo haberse gestado en estas tierras y que, por lo tanto, era el resultado de la expansión de este grupo hacia el Noroeste. En cierto modo, esta propuesta sigue teniendo validez, y a corroborarla invitan hechos como que de los cinco enclaves sólo en uno se sospeche la ocupación en fase Protocogotas (Castro de la Senada), o que sólo

uno de los emplazamientos se encuentre en el llano -en contraposición con las características generales del grupo- (Fig. 19.1), así como cierto distanciamiento de las agrupaciones sufridas en las provincias vecinas. Sin embargo, otras circunstancias nos obligan a matizar este aspecto diferenciador de Cogotas I en León. En primer lugar, los lugares afectados no dejan de vincularse estrechamente a los afluentes del Duero (Esla), a través de los cuales gozan de una comunicación más o menos directa con los centros regionales más activos del grupo; y en segundo, las cerámicas de tipo Cogotas I de estos enclaves no parecen elementos intrusivos. También hemos de tener en cuenta que, al contrario que en otros lugares, estos hallazgos podrían suponer el límite de dispersión en la dirección Noroeste, puesto que nada nos conduce a pensar que sean puntos intermedios entre el grupo central y otras regiones.

Por estos motivos creemos que sí hay que hablar de expansión de Cogotas I hacia León, puesto que parece evidente que estas manifestaciones son posteriores al surgimiento del grupo y que no se gestan en la región, pero esta puede considerarse de tipo interno, similar a la que se produce en el Norte de Palencia o en el occidente de Zamora y Salamanca. Es cierto que los hallazgos leoneses muestran una actitud algo retardada y, hasta cierto punto, poco interesada, en la adopción de los nuevos modelos generalizados en Cogotas I, pero no constituyen una región diferenciada.

#### **Palencia.**

Palencia es, pese a su reducido tamaño, la segunda provincia en número de yacimientos inventariados en la cuenca del Duero (el 17,9%). Su distribución es, sin embargo, muy heterogénea, aunque en este aspecto tiene mucho peso la diferente intensidad en la investigación<sup>37</sup>.

37 A este respecto hemos de recordar que las dos concentraciones más importantes, la antigua cuenca de la Nava y el Alto Pisuegra, se vinculan directamente a dos trabajos de investigación (Rojo, 1985 y Pérez Rodríguez, 1989), sendas Memorias de Licenciatura presentadas en la Universidad de Valladolid.

El horizonte Protocogotas está presente en todas las comarcas referidas, desde el Sur hasta la zona montañosa del Norte, y alcanza una proporción cercana al 50%. Esta fase, caracterizada por las decoraciones incisas, parece ser muy típica en las regiones meridionales y centrales -Tierra de Campos y El Cerrato-, con rasgos similares a los que definieron este mundo en el centro de la cuenca del Duero, destacando los motivos de espiga sobre el zig-zag, y la utilización de trazo desconectado para su confección. Mientras, en el Norte, estos mismos motivos presentan trazos más anchos -hasta el punto que algunos investigadores los consideran impresos-, y aparecen nuevos temas como las líneas verticales y horizontales con pequeñas ondulaciones (La Venta).

Los momentos de plenitud del mundo de Cogotas I se ven ampliamente representados en todas las comarcas afectadas. También podemos apreciar en este caso la existencia de cierta diferenciación que se manifiesta por un mayor acercamiento a los rasgos típicos en el Sur de la provincia y por una acentuación de las peculiaridades a medida que nos alejamos en dirección Norte. Así en yacimientos como El Pico del Castro (Dueñas) y algunos de la antigua cuenca de la Nava, las decoraciones de boquique muestran los habituales temas de guirnalda y las composiciones combinan las líneas de zig-zag con las verticales y horizontales y las bandas rellenas de puntos. En el otro extremo -Alto Pisuegra- se observan algunos particularismos técnicos y decorativos que afectan en mayor medida a la incisión, que ahora se hace más ancha y menos profunda, tratándose en muchos casos de simples esgrafiados. Proliferan los zig-zag de trazo continuo recto o curvado, o de trazo irregular, los triángulos rayados y las espigas verticales enmarcadas o partidas por una línea central. También encontramos los típicos motivos de guirnalda paralela confeccionados con incisión y no con boquique. Un rasgo característico de toda la provincia es la

escasez de manifestación que alcanza la técnica excisa; en realidad sólo una mínima parte de los yacimientos inventariados cuenta con la presencia de esta manifestación decorativa (Abarca de Campos, Las Arcas de Ampudia, El Alto de la Misa de Fuentes de Nava, Pico del Castro de Dueñas y la cueva de los Espinos en Mave), y la mayoría de las veces se trata de temas muy sencillos -triángulos excisos y ajedrezado-. Estas circunstancias, la escasez de excisión y su escasa complicación, se interpretan generalmente como un rasgo de cierta antigüedad dentro de la plenitud del grupo, aspecto contrastado en Palencia por varias fechas de C-14. Sin embargo, en el caso palentino es posible que los rasgos apuntados tengan que verse como una tendencia particular de estas tierras, en las que la excisión no parece ser aceptada con la misma intensidad que lo es en otras comarcas.

#### **Salamanca.**

Los hallazgos salmantinos no suponen una elevada proporción en la cuenca del Duero (sólo el 6,6%), aunque algunos estudios más o menos profundos pueden ilustrarnos sobre las peculiaridades del territorio.

La fase Protocogotas únicamente está representada por tres poblados, dos de los cuales se encuentran cerca de Béjar, curiosamente en una comarca marginal, en plena Sierra de Gredos y en relación con el puerto natural que comunica la región con la Alta Extremadura. Estos dos enclaves -El Castillo de la Corvera en Navalmoral de Béjar y El Tranco del Diablo en Béjar- representan según Fabián una de las facies del Bronce Medio del Sur de la Submeseta Superior, afincada en el SE. de la provincia de Salamanca y anclada en la tradición anterior -tanto en los aspectos metalúrgicos como en los cerámicos-; continuadora de la facies calcolítica de La Teta-La Solana y caracterizada por la escasez de yacimientos y cierta originalidad respecto al

horizonte Protocogotas. Esta última se manifiesta en la producción cerámica en un mayor acercamiento a los motivos campaniformes, usando el puntillado con cierta frecuencia, aunque no faltan tampoco los motivos típicos del valle del Duero. La diferenciación de esta facies surge de la comparación de los yacimientos salmantinos de El Tranco del Diablo y la Corvera, con otros cercanos abulenses, como El Cogote o Las Carrávilas, de una clara filiación Protocogotas y que representarían la continuación de la facies calcolítica del Aguila-Aldeagordillo (Fabián, 1993b: 170-171). A pesar de ello, la existencia de un mismo espíritu decorativo y la documentación de fechas de C-14 similares -de mediados del siglo XV a.C. a mediados del siglo XIV a.C.-, nos obligan a incluir en el mismo “grupo arqueológico” ambas manifestaciones.

Esta hipotética división, que separaría el Sur de Salamanca del grupo Cogotas I durante el Bronce Medio, desaparece en el Bronce Final, puesto que la tradición decorativa de la facies de la zona de Béjar termina confluyendo, a la vez que la facies Protocogotas, en la plenitud de Cogotas I, que homogeneizaría, casi por completo, las tradiciones de toda la Submeseta Superior (*Ibidem*).

La plenitud de Cogotas I se ve representada por un número mayor de estaciones (14). A un primer momento podrían pertenecer las cerámicas localizadas en “Coto Alto” (La Tala) y algunas de las recuperadas en los hoyos de Forfoleda, donde la incisión sigue suponiendo la base de la decoración -zig-zag, espiga, trazos y retícula-, mientras que se incluyen los primeros temas de boquique -zig-zag, triángulos rellenos de paralelas y guirnalda-. Más avanzadas podrían ser algunas cerámicas encontradas en Pino de Tormes, Carpio Bernardo y Mesa del Carpio, donde se produce el máximo apogeo de la decoración de boquique y de las áreas puntilladas, donde los diferentes motivos comienzan a convivir dentro de los mismos soportes de forma que surgen

esquemas más complicados, y donde la excisión hace acto de presencia, aunque todavía de forma reducida. Predominan las formas troncocónicas, las cazuelas carenadas de perfiles más rectos y las pequeñas ollas.

Por último, la fase de Cogotas I evolucionado se ve representada en El Cerro del Berrueco, donde encontramos vasos troncocónicos muy desarrollados y avance de las decoraciones excisas, y en algunos vasos del Castillo de Carpio Bernardo (Martín Valls y Delibes, 1973: fig. 4.6; Maluquer, 1958a: fig. 18), donde aparecen abigarrados motivos decorativos, excisión utilizada de forma exclusiva y delimitada por boquique, y las formas de perfil bitroncocónico.

La continuidad observada en algunos poblados encastillados podría desvelar una fijación al territorio que puede que se hiciera más intensa en los momentos finales.

Por otra parte, la alta proporción de los asentamientos defensivos de esta provincia, al igual que ocurría en León -aunque de una forma menos acentuada-, podría indicar cierto carácter marginal dentro de la zona nuclear, algo a lo que también apunta la escasa proporción de asentamientos de fase Protocogotas y sus características especiales.

#### Segovia.

Los yacimientos de Cogotas I en esta provincia sólo alcanzan el 5,1% del total de los recopilados en la cuenca del Duero.

En la fase Protocogotas, documentada en Arevalillo de Cega y La Vaquera entre otros lugares, las decoraciones son las habituales en otros territorios, sin que hayamos sido capaces de discernir peculiaridades significativas.

Los inicios de la plenitud del grupo se manifiestan en la misma cueva de Arevalillo, donde se encuentran decoraciones muy típicas de guirnalda curvas o angulares de boquique sobre formas globulares o de tendencia bitroncocónica y áreas rellenas de puntillado, pero donde aún no se

manifiesta la excisión. En otros yacimientos (poblados de Aguilafuente, Fuentepelayo, Castrillo de Sepúlveda, Losana de Pirón y Carrascal del Río) los temas antes mencionados se conjugan con tímidas excisiones de triángulos contrapuestos y ajedrezados, así como con cosidos y bandas de “crecientes” impresos iguales a aquellos que proliferarán en las tierras madrileñas.

La fase avanzada del desarrollo de Cogotas I, aquella que se caracteriza por la complicación y conjunción de los motivos decorativos así como por la diversificación de las formas, no encuentra buenos ejemplos en el material conocido de esta provincia, aunque podría estar representado por alguna de las cerámicas de La Pencona (García-Gelabert y Morere, 1984: fig. 4. 3) que combinan las técnicas impresas (crecientes), excisas (triángulos) y de boquique, este último sirviendo para delimitar la zona de pasta a extraer.

Por lo tanto, lo único que somos capaces de observar en Segovia es, tal vez, cierto acercamiento a los esquemas madrileños; algo natural, puesto que es a través de esta provincia por donde “circulan” las tradiciones cerámicas de Cogotas I entre la cuenca del Duero y el subsector del Alto Tajo.

#### **Soria.**

Tampoco Soria cuenta con una nutrida representación de poblados del grupo Cogotas (4%, sin contar aquellos que se vinculan a la vertiente mediterránea), y también aquí se observa una elevación de los emplazamientos en altura, como ocurre en los sectores marginales de la cuenca del Duero.

Uno de los yacimientos señeros en la definición de Cogotas I en la provincia de Soria es sin duda la Cueva del Asno. En esta gruta, donde conviven decoraciones incisas de distintos tipos, es indudable la presencia de especies adscribibles a la fase Protocogotas. Los motivos propios de este

momento -espigas, zig-zag, ángulos rellenos- conviven aquí con otras decoraciones incisas totalmente ajenas al mundo de Cogotas I, como son las amplias zonas de triángulos contrapuestos rellenos de paralelas; aspecto que, a nuestro modo de ver, desvela la presencia de varios mundos cronológica y culturalmente diferenciados en el yacimiento. En esta misma dirección apunta la famosa cerámica excisa procedente de esta cueva, que definitivamente ha de ser desvinculada de las tradiciones cogoteñas.

Algunas peculiaridades de esta primera fase las podemos intuir en los motivos decorativos de El Balconcillo de Uceró y Los Tolmos de Caracena, donde predominan los zig-zags frente a las espigas -que están ausentes en el primero-, son muy comunes los ángulos rellenos de paralelas, y presentan especial relevancia las decoraciones plásticas, sobre todo cordones aplicados de distinta disposición, que a veces afectan a toda la superficie del vaso. Estos rasgos son para nosotros de considerable importancia, puesto que serán los que definan la primera “expansión” en dirección al valle del Ebro.

En cuanto a las fases plena y avanzada de Cogotas I, en Soria se encuentran no demasiados testimonios, lo que ha hecho pensar a algunos investigadores en una cierta despoblación de la provincia (Taracena, 1941: 11; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a: 96; 1992b: 244). Quizás por este motivo resulta difícil defender aspectos diferenciales en lo referente a la producción cerámica, aunque se contempla cierto mantenimiento de rasgos de la fase previa, como el gusto por los ángulos rellenos que observamos en El Balconcillo. De la misma manera se mantienen los enigmas sobre la desarticulación del horizonte en este sector, donde se conocen tempranas penetraciones de los Campos de Urnas que inaugurarían la Edad del Hierro. A este respecto, en varias ocasiones se ha propuesto un contacto entre estos últimos y grupos evolucionados de Cogotas I (Ruiz Zapatero, 1984), incluso a



través de conjuntos cerámicos que muestran paralelos en unos y otros, como el de Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Jimeno y Fernández Moreno, 1985), aunque lo único que las evidencias muestran hasta el momento es una paulatina desintegración del grupo meseteño hasta su sustitución por las nuevas corrientes llegadas desde el valle del Ebro.

La relativa escasez de hallazgos y la posición geográfica de Soria -destacada en altura sobre las provincias limítrofes y configurada como una cuña que sobresale del oriente de la Meseta-, llevaron a pensar que este grupo tenía aquí un carácter intrusivo, y que sus manifestaciones sólo eran el resultado de las penetraciones sufridas en una zona de paso obligado de camino al valle del Jalón y la ribera navarro-riojana (Ruiz Zapatero, 1984: 175). Sin duda, el territorio soriano, confluencia de cordilleras y de redes hidrográficas, desempeña un papel fundamental como "plataforma" de lanzamiento de los rasgos cogoteños hacia el valle del Ebro, y así lo demuestra por ejemplo en importante poblado de Moncín, al otro lado del Moncayo, donde se reproducen fielmente las características de Cogotas I; sin embargo, es posible que las manifestaciones de este grupo no tengan que contemplarse como meras penetraciones culturales. Las últimas investigaciones, como las realizadas en El Balconcillo de Uceró, nos muestran asentamientos de tipo Cogotas I materialmente muy bien caracterizados, y no parece que las cerámicas decoradas con motivos incrustados sean elementos añadidos ni en este enclave ni en otros como Los Tolmos o el Castro de la Barbolla.

#### **Valladolid.**

Es en esta provincia donde los yacimientos de signo Protocogotas y Cogotas I alcanzan el más alto porcentaje de la cuenca del Duero (34,8%). En principio podría pensarse que tal circunstancia se

debe a una mayor intensidad en la prospección arqueológica y a una mayor facilidad en la detección de evidencias en función de las características del relieve; sin embargo, a pesar de no desestimar todos estos condicionantes, hemos de considerar la mayor presencia de Cogotas en Valladolid como una realidad objetiva que podría indicar que es aquí, precisamente en el centro del eje del Duero, donde con más éxito se desarrollan las comunidades que configuran el grupo.

El horizonte Protocogotas fue precisamente definido en las tierras vallisoletanas con motivo de la excavación del castro amurallado de La Plaza de Cogeces del Monte (Delibes y Fernández Manzano, 1981). Por este motivo los rasgos que aquí lo definen son los más típicos y característicos, siendo las posibles diferencias un indicador más cronológico que regional. A parte de este pionero enclave se conoce un importantísimo número de estaciones de esta fase, puesto que 55 de las ocupaciones presentan cerámicas de esta cronología -un balance que se equipara, en términos generales, con el de Cogotas I clásico-. Las formas más características de este momento en Valladolid son las cazuelas de carena alta con perfil inferior cuenquiforme, las ollas y los cuencos con decoraciones únicamente incisas: espiguillas y zig-zag, retícula oblicua y triángulos rayados; todos realizados con trazo fino, corto y desconectado en la mayoría de los casos. Gracias a algunos recientes trabajos (Rodríguez Marcos, 1993; Rodríguez y Abarquero, 1994) hemos sido capaces de establecer una evolución formal y decorativa dentro de la alcallería de este período, válida al menos para la zona de la ribera y de los páramos del Este de la provincia. En los primeros momentos, vividos por ejemplo en La Plaza de Cogeces del Monte o el Castillo de Rábano, son habituales los perfiles de tendencia hemisférica -tanto las cazuelas como los cuencos-, con decoraciones exclusivamente incisas -acompañadas por ciertos motivos impresos-

y con un claro predominio de las espigas desarrolladas en composiciones sencillas. Posteriormente las formas van ampliando su repertorio de variantes y empiezan una tendencia hacia los perfiles rectos, troncocónicos y profundos, a la vez que otros motivos decorativos como los zig-zags, los trazos y las bandas reticuladas, van desplazando en importancia a las espigas. En estos momentos avanzados es cuando se da cabida también a los primeros temas dibujados con boquique, que de forma tímida comienza ahora su andadura a través de líneas horizontales y guirnaldas. Este Protocogotas evolucionado, representado en yacimientos como El Cementerio de Quintanilla de Onésimo, en ningún caso ofrece muestras de cerámica excisa, que en toda la provincia, y como ocurre en casi toda la región meseteña, no parece incorporarse al repertorio decorativo hasta entrada la fase plena.

En cuanto al horizonte de plenitud se observa, de forma general, la misma evolución que en el resto de las provincias. Un primer momento -vivido por ejemplo en Fuente de Boecillo, Los Parrales de Simancas y La Macañorra- se caracteriza por la presencia mínima de decoración excisa, abundante muestra de motivos incisos herederos directos de Protocogotas, y aumento paulatino del boquique, acompañado de los cosidos y áreas puntilladas. Un panorama más desarrollado -San Pedro Regalado y Carricastro-, se define por el predominio visual de los temas de boquique y la complicación progresiva de las composiciones decorativas, que avanzan por la superficie del vaso combinando varias técnicas. La excisión comienza a ser frecuente, aunque nunca en proporciones elevadas, y las formas empiezan a variar apareciendo los primeros perfiles bitroncocónicos.

Cogotas I evolucionado, como en el resto de las provincias, se resiste a dejarse identificar con facilidad; sin embargo, en esta ocasión contamos

con ejemplos como Pórragos en Bolaños de Campos, La Requejada de San Román de Hornija y algunas cerámicas de San Pedro Regalado y Carricastro, a través de los cuales se observa como se diversifican las formas -aparecen los soportes de carrete, las jarras y las escudillas, mientras que las típicas cazuelas carenadas reducen su proporción- y las decoraciones alcanzan su grado máximo de barroquismo y abarcan la práctica totalidad del vaso, combinando diferentes técnicas y motivos. Se produce el máximo apogeo de los temas excisos y se observa la utilización del boquique como técnica auxiliar para delimitar áreas excisas y puntilladas.

#### **Zamora.**

Es la tercera provincia en número de yacimientos de signo Protocogotas y Cogotas I de la Submeseta Superior (proporcionalmente supone el 13,5%). Muchos de los poblados asentados en este territorio continúan la línea del Duero prácticamente sin solución de continuidad respecto a los vallisoletanos. En cuanto a su distribución geográfica destaca su concentración en el centro y Este del territorio, dejando el sector occidental prácticamente en blanco.

El horizonte Protocogotas sufre un considerable descenso en relación al centro de la cuenca del Duero, quizás porque la investigación no ha profundizado en la diferenciación de los dos horizontes, o tal vez porque su alejamiento geográfico supone un retraso en la aceptación de la cerámica decorada que se impone en el Bronce Medio. De este primer horizonte conocemos algunas cerámicas decoradas con típicas incisiones de bandas de espigas que suelen alternar con espacios lisos, retícula oblicua, trazos y zig-zag. Puede ser indicativa, sobre todo en el caso de Los Verdiales, la importancia de los temas impresos -bandas horizontales y de zig-zag rellenas de puntillado ancho y espaciado y circulitos estampados ocupando toda la superficie

externa-, como también resulta original la presencia de formas profundas de tendencia globular. Sin embargo, salvo estas posibles peculiaridades, no encontramos otros rasgos que individualicen este horizonte en territorio zamorano.

La fase de plenitud de Cogotas I se ve mejor representada en el territorio zamorano. Sus momentos iniciales, con escasa o nula presencia de excisión, pueden estar representados por El Teso del Castro y, sin duda, por algunas cerámicas de Las Carretas, que recuerdan vivamente a las de Protocogotas. Decoraciones más clásicas son las mostradas por los dólmenes de Brime y de Granucillo, La Perrona y El Rabiao.

Como en el resto de las provincias, los poblados de fase avanzada son difíciles de diferenciar; aún así creemos que es posible destacar una mayor complicación estilística en las cerámicas de Los Cenizales (Barcial del Barco), Los Mimbres (Gema) y Los Villares (Pinilla de Toro).

En líneas generales, las mayores diferencias dentro de la cuenca del Duero se encuentran en la fase Protocogotas, cuando los elementos definidores del grupo se están configurando. Más tarde, en la etapa de plenitud, las distintas modalidades van convergiendo en una sola tradición decorativa y formal que da un carácter de homogeneidad a todo el grupo. También de forma general, hemos de reconocer la dificultad para segregar un representativo conjunto de manifestaciones que individualicen la fase evolucionada de Cogotas I, a pesar de reconocer claramente la existencia de la misma a través de producciones concretas muy desarrolladas. El papel jugado por todas estas peculiaridades resulta de vital importancia al iniciar el estudio de las manifestaciones del grupo fuera del área nuclear, sobre todo en

aquellos lugares “fronterizos” a partir de los cuales se transmiten los rasgos cerámicos del grupo hacia los territorios vecinos.

### *c.2. El Sector del Alto Tajo*

Ocupémonos ahora de forma conjunta de los territorios comprendidos en la provincia de Madrid y en la parte occidental de la de Guadalajara. En el total de los 46 yacimientos inventariados se ven representadas, aunque de forma un tanto desigual, las tres etapas del desarrollo de Cogotas I. La fase Protocogotas está presente en el 39,1% de los yacimientos, la fase de plenitud alcanza al 45,6%, y la fase evolucionada al 19,5%<sup>38</sup>. De este reparto cronocultural se desprende cierta diferenciación con las tierras de la cuenca del Duero (Fig. 19.2). Es cierto que, en líneas generales, se observa una aceptable coincidencia; sin embargo, no podemos obviar la reducción sufrida en la primera etapa, así como la mejor identificación de la tercera. En el primer caso, tal vez estas evidencias no reflejen más que el resultado caprichoso de una investigación basada fundamentalmente en documentos parciales; pero también podría revelar cierto retraso en la incorporación de la región a las nuevas costumbres alfareras<sup>39</sup>. En cuanto a la mayor documentación de la fase evolucionada de Cogotas I creemos que es debida sobre todo a una acentuación de las características que la definen en estas tierras; la complicación formal y estilística parece que encuentra un buen caldo de cultivo en las terrazas del Manzanares y en algunos poblados de altura de Guadalajara, mientras que en el Duero se mantiene un estilo más conservador. Esta mayor autonomía de los centros sureños dentro de la zona nuclear podría ser interpretada también como una muestra del carácter

38 Todavía queda un 21,7% de yacimientos en los que desconocemos la fase cultural concreta a la que se adscriben.

39 Un retraso que sólo sería aceptable en comparación con el centro de la cuenca del Duero, puesto que existen lugares en los rebordes de esta última con una representación mucho menos abultada de ejemplos de la primera fase que los ofrecidos en el Alto Tajo.

de subsector del Alto Tajo, plenamente incorporado a Cogotas I pero con un considerable, y progresivamente mayor, grado de independencia que le lleva a desembocar en estilos particulares como los de Pico Buitre en la Alcarria y San Antonio en Madrid, ya en los albores de la Edad del Hierro.

Pero, curiosamente, los distintos yacimientos del grupo Cogotas I de este subsector, no se distribuyen de forma homogénea por las dos provincias afectadas<sup>40</sup>. En líneas generales podemos ver una

distribución similar a la soportada por la cuenca del Duero, es decir, estrechamente vinculada a la red hidrográfica. En este caso, son los cursos del Henares, Jarama y Manzanares, antes de converger con el Tajuña para ir a morir al Tajo, los que actúan de eje del poblamiento cogoteño. Aquí podemos encontrar, por un lado, una decisiva concentración de estaciones en las terrazas de los cursos bajos de los tres afluentes, y por otro cierta dispersión de poblados, generalmente en zonas destacadas, en la

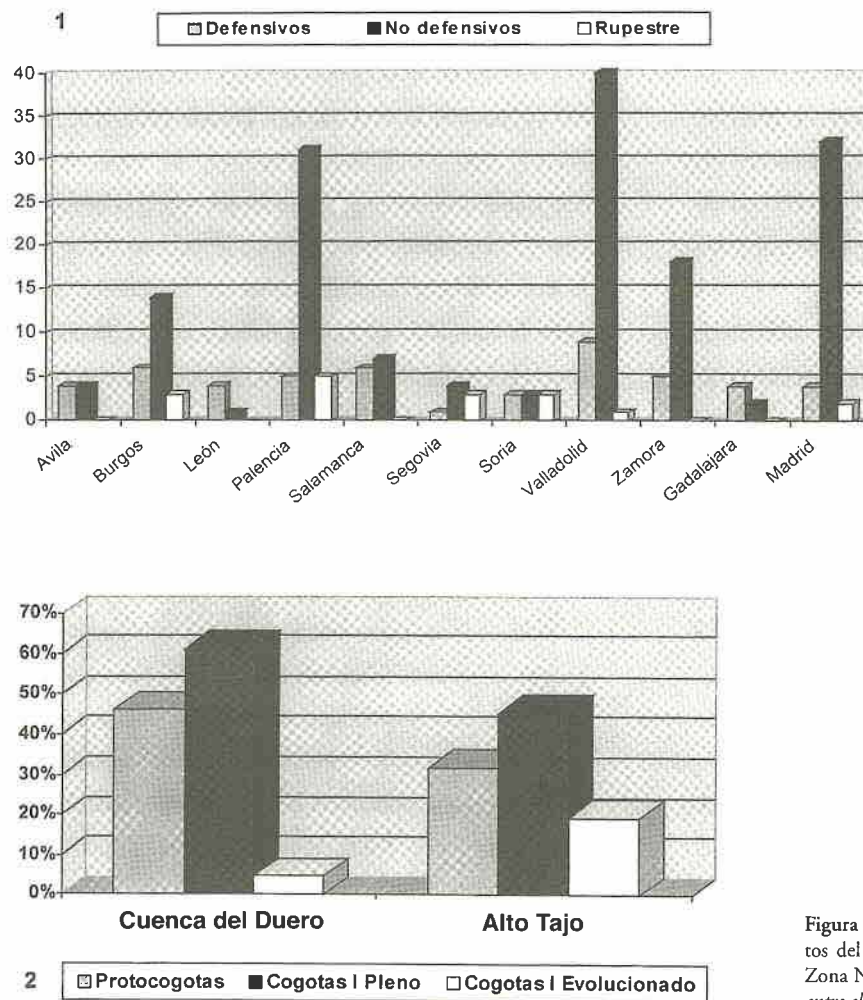


Figura 19. 1. El tipo de emplazamiento de los yacimientos del grupo Cogotas I en las distintas provincias de la Zona Nuclear; 2. Comparación proporcional de cada fase entre el sector del Duero y el sector del Alto Tajo.

<sup>40</sup> Recordemos que en el caso de Guadalajara sólo se incluyen los poblados situados hasta la línea del Henares, río que Almagro-Gorbea, Benito y Dávila (1994: 28) consideran el límite meridional de la zona nuclear de Cogotas I.

zona de la Sierra madrileña y en el sector Noroeste de Guadalajara. En el primer caso, la espectacular proliferación de ocupaciones, sobre todo en los alrededores de la capital madrileña, está relacionada con tres aspectos particulares: el rico potencial agropastoril del paisaje, que hace de la zona un lugar propicio para el asentamientos humano; el carácter estratégico de la misma, donde confluyen las rutas naturales que proceden del Sistema Central e Ibérico -sobre todo el camino del Henares- y se dirigen hacia el Sur tras atravesar el Tajo (Fdez Galiano y Garcés, 1978); y una mayor remoción del terreno consecuencia de la continua necesidad de materiales constructivos -graveras- y de terreno edificable en los márgenes de la capital madrileña, lo que coadyuva en el reconocimiento de las estaciones prehistóricas. Esta última circunstancia, que no es intrínseca al espacio natural, provoca sin embargo que muchas de las evidencias, que de otra manera permanecerían completamente ocultas, salgan a la luz. Se trata, en definitiva, de una zona “ideal” para subsanar las necesidades primarias de cualquier grupo humano<sup>41</sup>; goza de terrenos bien irrigados, con suelos fértiles y bosques cercanos para la obtención de caza, unas condiciones que se persiguen, por lo que hemos observado en otras comarcas de las tierras del Duero, por una buena parte de las comunidades que comparten las cerámicas de incrustación que definen a Cogotas I.

El resto de lo poblados, aquellos que prefieren las tierras altas de las sierras o los asentamientos destacados de los afluentes del Henares, aparecen más distanciados unos de otros, pero sirven de vínculo indudable con las poblaciones de este signo de la Submeseta Superior.

En líneas generales podemos admitir que este subsector forma parte de lo que hemos

denominado zona nuclear. Las evidencias aquí documentadas responden, en igualdad de condiciones que las del sector del Duero, a los rasgos sobre cerámica, poblamiento, economía, sociedad, religión, etc., que hemos descrito para el grupo de Cogotas I. A pesar de ello, no podemos negar que este grupo sea protagonista de una dinámica propia en la región, derivada de una contextualización diferente y de unas peculiaridades formales y decorativas que lo caracterizan.

En primer lugar hemos de traer aquí de nuevo la idea lanzada más arriba sobre la posibilidad de una ligera posterioridad de la adopción de las cerámicas de incrustación respecto a la cuenca del Duero. A este respecto no podemos olvidar que en Madrid y en Guadalajara, al igual que en aquella zona, no es infrecuente la documentación de campaniforme de tipo Ciempozuelos, horizonte en el cual se está de acuerdo en ubicar el antepasado común de Cogotas I; sin embargo, durante el Bronce Pleno, en los momentos inmediatamente anteriores a Protocogotas e, incluso, conviviendo en parte con esta fase, se detecta en estas dos provincias un “Bronce Clásico” caracterizado por la presencia de perfiles carenados con inflexión media o baja que recuerdan a los ejemplares típicos de las grandes formaciones culturales de esta época en tierras más meridionales (Las Motillas y El Argar), así como algunos enterramientos en jarra que evocan el mismo origen (Blasco Bosqued, 1987a; Valiente Malla, 1992b). Este fenómeno cultural, que no se observa en las tierras del Duero y que frisa con las manifestaciones de tipo Protocogotas, nos obliga a pensar que en este subsector se mantuvo, durante un corto período de tiempo, una pugna cultural entre las influencias del Sur, que cada vez serían necesariamente más pobres puesto que allí se asistía a la desintegración

---

<sup>41</sup> Prueba de ello puede ser que no es sólo durante la Edad del Bronce cuando esta comarca se ve profusamente poblada, sino que similares densidades se constatan para otros períodos de la prehistoria peninsular.

de los centros emisores, y las del Norte, que ganan en fortaleza a la vez que se desarrolla y consolida el grupo cogoteño. Serán, al final, éstas últimas las que terminen por imponerse, ya que encuentran aquí unas condiciones de vida similares a las desarrolladas en las tierras centrales de la Submeseta Superior.

También en los momentos finales de Cogotas I se ha pretendido, por lo menos en la región alcarreña, una convivencia entre las manifestaciones más tardías de este grupo y una nueva fase denominada *Pico Buitre* o *de los Poblados de Ribera* (Valiente Malla, 1984a; Valiente, Crespo y Espinosa, 1986; Crespo, 1992), basada sobre todo en las elevadas fechas obtenidas en el yacimiento epónimo (1040 ±90 y 950 ±90 a.C.). Sin embargo, los materiales recuperados en este lugar y en otros de similares características situados en el llano -perfiles de tipo urna, decoraciones pintadas, reticulados bruñidos, cepillados, acanalados, grafito e incisiones de marcado carácter geométrico-, se relacionan directamente con una serie de horizontes locales influenciados por las tradiciones de los Campos de Urnas que se sitúan en los últimos siglos de la Edad del Bronce y los inicios de la Edad del Hierro (Soto de Medinilla en la cuenca del Duero, Cerro de San Antonio en Madrid, las cerámicas excisas del valle del Ebro, Peña Negra en Alicante...), en momentos en los que Cogotas I ha desaparecido como grupo homogéneo.

La documentación en el mismo Pico Buitre de especies cerámicas decoradas con líneas cosidas y ciertos motivos excisos e incisos ha sido vista por Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado (1988) como la prueba de la coexistencia entre los nuevos productos y los elementos de Cogotas I. Sin embargo, un análisis pormenorizado de las decoraciones aludidas

nos lleva a considerar que sólo se puede hablar de ellas como dignas herederas de las tradiciones de Cogotas I, pero no como auténticos elementos delatores de este grupo.

Es cierto que, como en el caso citado, muchos de los motivos decorativos que ahora se generalizan encuentran claros precedentes en los repertorios cogoteños, pero creemos que tal relación ha de verse, hasta cierto punto, con la misma perspectiva que se contemplaban las decoraciones de Ciempozuelos para Cogotas I, es decir, como punto de partida o antepasado directo a partir del cual se desarrollan nuevos modelos. En este caso, además, se introducen elementos de marcado carácter alóctono, puesto que llegan los primeros influjos de Campos de Urnas del Noroeste. Se produce, por lo tanto, una sucesión de contextos, primero Cogotas I y luego Pico Buitre, sin desestimar la posibilidad de perduraciones del primero de los grupos, pero nunca lo suficientemente importantes como para plantear, como se ha hecho en varias ocasiones, una convivencia de ambos basada en el desarrollo de dos formas de vida diferentes -la agrícola de las riberas del Henares y afluentes menores para Pico Buitre y la pastoril de los castros para Cogotas I- dentro de un mismo territorio<sup>42</sup>.

A parte de los problemas de contextualización y encuadre de las manifestaciones de Cogotas I en este subsector, somos capaces de observar en él ciertas peculiaridades que, como ocurría con las distintas zonas de la Submeseta Superior, le otorgan cierto carácter individualizado, producto de la regionalización a la que se ve sometido un horizonte de estas características.

En primer lugar, creemos ver en el Cogotas I del Alto Tajo una mayor y mejor constatación de evidencias que no se detienen únicamente en los aspectos

42 El relevo, y no la coetaneidad, entre Cogotas I y Pico Buitre ha sido planteado también por Barroso (1993: 36), quién fecha el horizonte más moderno en torno al 800 a.C., contemporáneo a los yacimientos de tipo Riosalido.



subsistenciales de los grupos humanos, es decir, de aquellos restos que tienen que ver con el mundo interior del grupo y con su espiritualidad. Prueba de ello es el importante volumen de restos funerarios (Perales del Río, Príncipe 11, La Dehesa, Terrazas del Manzanares) y de hallazgos interpretados como ofrendas o depósitos rituales (La Muela de Alarilla, Perales del Río, La Torrecilla?) que, proporcionalmente, teniendo en cuenta la menor extensión del subsector, son más abundantes que en el valle del Duero. Esta particular preocupación por la vida de ultratumba, que en el fondo ¿rito y modalidades de enterramiento? es similar en todo el grupo, y por los comportamientos mágico-rituales, puede ser imputada a la relación más intensa que esta región mantuvo durante el Bronce Pleno con las tierras meridionales, fundamentalmente con la cultura de las Motillas y, a través de ésta, con la de El Argar, donde este tipo de manifestaciones constituían parte fundamental de su cultura. En favor de estos lazos hablan los múltiples enterramientos que durante aquella fase se constatan en La Loma del Lomo de Cogolludo (Guadalajara), un poblado que, al menos cronológicamente, y puede que también materialmente a juzgar por algunas producciones carenadas, alcanza los inicios de la fase Protocogotas (Valiente, 1992b).

En la producción cerámica también somos capaces de encontrar algunos rasgos particulares en la tendencia de los perfiles, la preferencia por determinados motivos decorativos, y la proliferación de ciertas técnicas. En este caso, además, consideramos de vital importancia tales apreciaciones, puesto que es lógico pensar que es esta región uno de los principales “focos emisores” de las influencias del grupo hacia la mitad meridional de la Península y, por lo tanto, a regiones tan decisivas en nuestro trabajo como son el Sureste y el Bajo Guadalquivir.

Entre las particularidades morfológicas podemos apuntar la relativa presencia de cuerpos superiores abiertos que se desarrollan de forma

extraordinaria, frente a lo que suele ser habitual en la zona Norte, y que pueden ser la herencia de los vasos carenados del llamado Bronce Clásico. También se produce una mayor presencia de jarras de asa vertical que, a pesar de no faltar en lugares de la cuenca del Duero como La Requejada o Teso del Cuerno, aquí, sobre todo en los areneros madrileños, se hacen especialmente frecuentes. Del mismo modo, y como rasgo de decisiva trascendencia, destaca el registro de “soportes de carrete”, generalmente muy decorados, que hacen acto de presencia dentro de los poblados madrileños y alcarreños; su documentación, bastante más abultada que en la Submeseta Norte, pone en relación directa estas comarcas con las tierras meridionales de la Península, puesto que no podemos olvidar que este tipo morfológico tienen su origen en esta zona, ya sean sus orígenes indígenas o de procedencia oriental. Sin duda, la incorporación de este elemento a las tradiciones cogoteñas es el resultado o la contrapartida de la proyección de su característica decoración hacia aquellas regiones.

Por lo que se refiere a las ricas ornamentaciones ofrecidas por la alfarería cogoteña en estas tierras, destacar que creemos posible ver en la primera fase una mayor inclinación por los motivos de zig-zag frente a la preferencia por los temas espigados del centro de la cuenca del Duero. Pero, sin duda, un rasgo que caracteriza de forma particular los poblados del Alto Tajo es el gusto por las decoraciones impresas, y particularmente por los llamados “crecientes” o “medias lunas”, probablemente conseguidas gracias a la aplicación de extremos de cañas vegetales seccionadas a bisel -que se disponen en bandas simples o paralelas bajo el borde, al interior del mismo, o sobre la carena-, desde el mismo despegue del grupo hasta, por lo menos, la fase plena. Este motivo, constatado tanto en Guadalajara como en Madrid, resulta de marcado

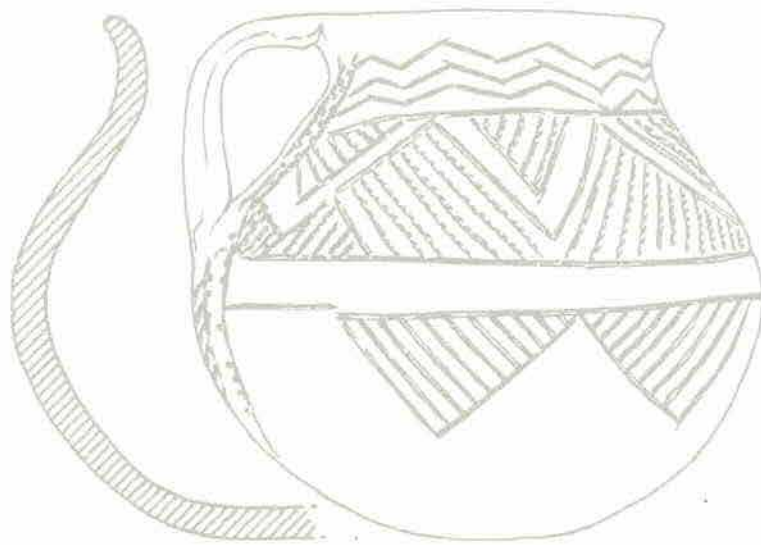
carácter diagnóstico al ser uno de los que con bastante éxito se va a trasladar a las regiones periféricas de la Península.

En definitiva, comprobamos que la zona nuclear se comporta, sólo de forma relativa, como un conjunto homogéneo. En ella, sin embargo, se aprecian suficientes rasgos de regionalización como para afirmar que se trata más de un conjunto de grupos humanos de trayectoria cultural conectada que de una amplia cultura entendida en sentido tradicional. Las manifestaciones de Cogotas I, por

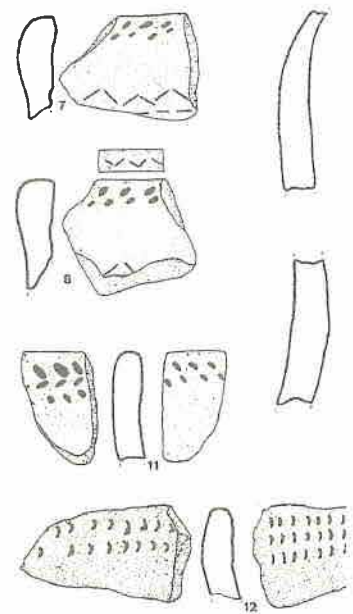
lo tanto, son tan particulares como amplias, aunque no tan diferentes como para renunciar a su hermanamiento.

La pérdida de unidad arqueológica y el paulatino espaciamiento de sus evidencias en determinados ámbitos geográficos, así como su presencia completamente intrusiva en lugares alejados de las zonas aquí descritas nos abren la puerta que conduce al análisis de lo que, con bastante ligereza en la mayoría de los casos, se viene denominando “expansión de Cogotas I”.

Capítulo II



Las evidencias del tipo Cogotas I  
fuera del área nuclear





## II.1.\_ Territorios de expansión. La zona de contacto y las regiones exteriores

La definición de un “Área o Territorio de Expansión” se deriva de la propuesta realizada por Delibes y Romero (1992: 240) para diferenciar las tierras típicamente cogoteñas de aquellas otras en las que la presencia de Cogotas I es sólo producto de penetraciones culturales. En realidad, surge como respuesta a la definición del Área Nuclear, y por exclusión se refiere a aquellas regiones que se encuentran fuera de ella.

Sin embargo la validez de este término queda en entredicho cuando se analizan las evidencias. En primer lugar es preferible, para evitar concepciones apriorísticas, hablar de “influencia” y no de “expansión”, puesto que en el primer caso no se da por supuesta la ampliación física del grupo. Seguidamente hay que tener en cuenta que bajo esta denominación se esconden realidades muy distintas, grados de afinidad claramente diferenciados, y espacios geográficos sometidos a condicionamientos variados. Del mismo modo son múltiples, y frecuentemente desconectadas, las direcciones a las que apuntan las influencias. Por estos motivos haríamos bien en dar un tratamiento plural a esta realidad y en referirnos a ella como “*regiones de expansión*”, procurándonos así la posibilidad de una compartimentación geográfica que haga más fácil el análisis independiente en los distintos conjuntos espaciales, estableciendo, eso sí, las conexiones físicas que se evidencien entre ellos.

Pero antes de iniciar esta tarea, hemos creído conveniente diferenciar una primera zona de “expansión” que podríamos denominar “*Territorio de Contacto*” o “*Zona de Contacto*”. Esta nueva delimitación no tiene nada que ver con la compartimentación en áreas geográficas que realizaremos enseguida, puesto que afectaría a varias de ellas, ni tampoco hemos de considerarla cronológicamente anterior a otras manifestaciones más lejanas; únicamente se destaca por su cercanía respecto del solar original -a veces se pasa de unos yacimientos a otros sin una clara solución geográfica de continuidad-, y por una mayor concentración de los hallazgos. La mayor peculiaridad de este espacio es que sólo parece detectarse en las regiones situadas al NO, Este y Sur del área nuclear, describiendo un amplio arco que parte del alto Ebro, pasa por el Norte de Burgos, incluye la provincia alavesa, las riberas riojana y navarra del Ebro, la región de Borja y el valle del Jalón, continúa por la comarca de la Alcarria y el Norte de Cuenca, abarca el valle medio del Tajo (provincia de Toledo), para ir a morir en la Alta Extremadura (Fig. 20). Muchos de los poblados con evidencias de tipo Cogotas de esta región merecen el calificativo de auténticos asentamientos de Cogotas I, probablemente la gran mayoría, como tendremos ocasión de comprobar, sin embargo motivos como la mayor dispersión de los hallazgos, su cronología tardía o la evidencia de un poso cultural de tradición local ajena a Cogotas I, son los argumentos que, según las regiones, esgrimiremos para considerar estas tierras fuera del solar originario de Cogotas I.

En definitiva, estaríamos en una zona de contacto o de “*frontera*”, entendiendo ahora este término como un espacio físico, sin connotaciones políticas, en el que se produce un intercambio entre dos ambientes culturales y una transformación progresiva de los elementos definidores de cada grupo.

Desde otro punto de vista, y observando el mapa de dispersión de los hallazgos, podríamos decir que la “*influencia*” de Cogotas I, o de sus elementos materiales, se detecta en la mayoría de las regiones de la Península Ibérica. De esta generalidad sólo habría que excluir algunos espacios muy significativos en el Noreste y la región pirenaica, toda la cornisa cantábrica y la mayor parte de Galicia, y, aunque aquí conocemos algunas noticias aisladas, la mitad sur de Portugal.

En el resto del territorio ibérico podemos encontrar, eso sí, en muy distintas proporciones, muestras de la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I. Ante esta difusión generalizada hemos procedido a la división de nuestro estudio en distintas regiones geográficas<sup>43</sup>, en cuya demarcación se tienen en cuenta varios aspectos: la existencia de una agrupación más o menos evidente de manifestaciones, es decir, la constatación de un número relevante de poblados con muestras de la influencia meseteña que se encuentren más o menos cercanos entre sí, formando un conjunto; la delimitación de un espacio natural concreto y definido físicamente, puesto que siempre intentamos hacer coincidir las regiones propuestas con ámbitos geográficos más o menos diferenciados;<sup>44</sup> la documentación de unidades culturales previas homogéneas en la zona; y la existencia de caminos naturales concretos que

establezcan un nexo de unión con el “*área nuclear*”, ante la posibilidad de colegir un punto de origen común para todas las muestras agrupadas.

El primero de los grandes espacios investigados es el Valle del Ebro, que abarca desde el Norte de Burgos hasta las tierras del Bajo Aragón. El tamaño de esta unidad natural y su disposición respecto a la Meseta, con unas zonas muy cercanas y otras muy alejadas, hacía recomendable su división en sectores más fácilmente abordables. Estos últimos han sido delimitados en función de los criterios antes descritos, aunque por razones de operatividad a veces utilizamos demarcaciones administrativas actuales. Los distintos conjuntos son los siguientes:

-*Alto Ebro*. En este espacio hemos incluido, por una parte aquellas noticias de hallazgos de tipo Cogotas localizadas en el norte de la provincia de Burgos, y por otra las copiosas muestras de la provincia de Álava y Treviño. En el primer caso se incluyen los poblados que se vinculan al valle del Ebro y que presentan un carácter “*fronterizo*” entre el *área nuclear* y el territorio de contacto; en el segundo se recogen las manifestaciones vinculadas a los afluentes del Ebro que muestran, en mayor o menor medida, rasgos materiales de tipo meseteño.

-*Valle Medio-Alto del Ebro*. Aquí se reúnen las evidencias de la región riojana, la ribera navarra del Ebro y las estribaciones del Moncayo en Zaragoza (región de Borja), zonas todas ellas vinculadas a una serie de afluentes que tienen su nacimiento en las sierras del este de la provincia de Burgos y norte de la de Soria. Se trata, por lo tanto, de establecimientos muy próximos a la Meseta pero pertenecientes a un ámbito geográfico diferente.

---

43 Esta división incluye los territorios de contacto definidos con anterioridad, incorporándolos a su *región natural*, con el fin de poder definir la existencia o no de una relación lineal entre los poblados más cercanos y los más alejados de centro emisor.

44 Esta preocupación se deriva del convencimiento de que las condiciones geográficas, aunque no llegaran a determinar a los grupos prehistóricos, siempre mediatizaron su desarrollo. Por este motivo es razonable pensar que los poblados agrupados en espacios naturales concretos están más relacionados entre sí.



-*Cuenca del Jalón y Alto Huerva*. Este sector acoge una nueva concentración de evidencias que parecen estar vinculadas directamente con el paso natural que el primero de los ríos supone entre la Meseta y el Valle del Ebro y que pone en contacto las tierras de Soria y Guadalajara con el interior de Aragón.

-*Interior de Aragón*. Por último, bajo esta demarcación recogemos las manifestaciones más alejadas de la Meseta, desde el Alto Turia hasta el tramo maño del Bajo Ebro, a las que se añaden algunas muestras que parecen sufrir cierto aislamiento.

-Otro de los espacios diferenciados, ya fuera de la región del Ebro, ocuparía la parte de la *Submeseta Inferior* que dejamos fuera del territorio nuclear. Aquí vamos a encontrar, sin embargo, diferencias geográficas dignas de ser tenidas en cuenta desde este momento. Por un lado se observa una importante proliferación de hallazgos en Toledo y, en menor medida, en Cuenca, que además se incluyen casi por completo en la descrita zona de contacto, mientras que por otro nos enfrentamos a aislados y, en ocasiones, alejados ejemplos en Ciudad Real, que sin embargo hacen más comprensible el traslado de las influencias hasta Andalucía, y Albacete, éstas últimas geográficamente más vinculadas a los ejemplos del País Valenciano y del Sureste.

-*Extremadura* se configura como una nueva región de expansión con una disposición de Norte a Sur, a pesar de que se podría establecer una diferencia entre las dos provincias que la componen, o mejor dicho, entre la cuenca del Tajo y la del Guadiana. En principio, hemos segregado este espacio del anterior en virtud de la distancia horizontal abierta entre los hallazgos documentados en ambas.

-*El País Valenciano* se aborda también en conjunto a pesar de que los distintos hallazgos

pueden estar relacionados con influencias procedentes de ámbitos diferentes, puesto que es posible detectar un vacío entre los documentos de la zona septentrional y los del centro y Sur de la región. En la zona meridional, además, se encuentran directamente relacionados con los ejemplos del área del Sureste.

-Un nuevo territorio individualizado es *el Sureste*, que coincide, en lo esencial, con el antiguo solar de la cultura de El Argar -provincias de Murcia, Almería y Granada-, en el que la presencia de Cogotas, a pesar de la lejanía, se puede considerar muy importante al haber contribuido a la definición de un Bronce Tardío que enlazaría los períodos tradicionales del Bronce Medio y del Bronce Final.

-Otra agrupación se puede localizar en el *Alto y Medio Valle del Guadalquivir* -Jaén y Córdoba-, vinculada a los pasos de Sierra Morena, al propio curso del Guadalquivir y a las feraces tierras bañadas por este río.

-Dentro de la región bética todavía hemos acotado una nueva concentración de evidencias en *Andalucía Occidental*, donde se incluye las provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga, pero que se nutre principalmente de la elevada muestra de hallazgos de tipología meseteña acumulada en los últimos años en el Bajo Guadalquivir.

-Por último, trataremos los *hallazgos portugueses*, de forma conjunta en principio, pero desarrollando como región individualizada el sector septentrional cuyo eje lo marca el curso bajo del Duero.

Como hemos visto, los criterios planteados al principio se ven frecuentemente traicionados por razonamientos operativos, algo que no ha de preocuparnos en exceso si nos mantenemos siempre alerta ante la posibilidad de interrelacionar las distintas áreas propuestas.

### Lista de Yacimientos. (ver Fig. 20).

#### **Alto Ebro.**

1. Ojo Guareña (Merindad de Sotoscueva, Burgos).
2. Abrigo de Río Losa (San Pantaleón de Río Losa, Burgos).
3. San Miguel (Pancorbo, Burgos).
4. Las Campas (Pancorbo, Burgos).
5. Santa Engracia (Pancorbo, Burgos).
6. Cueva Vallejera (Ameyugo, Burgos).
7. Pieza de la Choza (Bergüenda, Álava).
8. Castro de Berbeia (Barrio, Álava).
9. Castros de Lastra (Caranca, Álava).
10. Solacueva de Lacoymonte (Jocano, Álava).
11. La Paul (Arbigano, Álava).
12. Kobairada (Subijana, Álava).
13. Chirivias (Caicedo de Yuso, Álava).
14. Cueva de los Goros (Hueto Arriba, Álava).
15. Santa María de Estarrona (Álava).
16. La Teja (Villodas, Álava).
17. El Batán (Vitoria, Álava).
18. Mendizorroza (Vitoria, Álava).
19. Castillo de Portilla (Zambrana, Álava).
20. Crócega (Villanueva de Tovera, Condado de Treviño, Burgos).
21. Conchas de Haro (Labastida, Álava).
22. Cueva de los Husos (Elvillar, Álava).

#### **Valle Medio-Alto del Ebro.**

23. Majada Londeras (Tobía, La Rioja).
24. Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja).
25. Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja).
26. El Tragaluz (Pinillos, La Rioja).
27. Cueva de San Bartolomé (Nestares, La Rioja).
28. La Almuza (Sesma, Navarra).

29. Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama, La Rioja).
30. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja).
31. Eras de San Martín (Alfaro, Rioja).
32. La Mesa (Ablitas, Navarra).
33. El Bocal (Fontellas, Navarra).
34. Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra).
35. Llano de la Modorra (Bardenas Reales, Navarra).
36. Cuesta de la Iglesia (Bardenas Reales, Navarra).
37. Moncín (Borja, Zaragoza).
38. Cabezo de la Guarda. (Alcalá de Moncayo, Zaragoza).

#### **Cuenca del Jalón-Alto Huerva.**

39. Covarrubias (Ciria, Soria).
40. Castilviejo (Yuba, Soria).
41. Cerro Uciel (Arcos del Jalón, Soria).
42. Alhama de Aragón (Zaragoza).
43. Cabeza del Molino (Mochales, Guadalajara).
44. Piedra Cuatro Onzas (río Mesa, Guadalajara).
45. La Taína (río Mesa, Guadalajara).
46. Ibdes (Zaragoza).
47. Castillo de los Almantes (Calatayud, Zaragoza).
48. Virgen de Cigüela (Torralba de Ribota, Zaragoza).
49. El Cementerio de los Moros (Cervera de la Calaña, Zaragoza).
50. Los Santos (Maluenda, Zaragoza).
51. Piedra de Lanza (Daroca, Zaragoza).
52. El Castillejo (Lechago, Teruel).
53. El Castillo (Piedrahita, Teruel).
54. San Bartolomé (Villadoz, Zaragoza).

### **Interior de Aragón.**

55. Tajada Bajera (Bezas, Teruel).
56. La Muela (Galve, Teruel).
57. Mas del Hambre (Los Olmos, Teruel).
58. Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel).
59. Siriguarach (Alcañiz, Teruel).
60. Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel).
61. Las Talayas (Samper de Calanda, Teruel).
62. Cabezo Redondo (Puebla de Hajar, Teruel).
63. Mina Real (Zaragoza capital).
64. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza).
65. Torrollón II (Usón, Huesca).

### **Submeseta Sur.**

66. Cerro de la Horca (Pantoja, Toledo).
67. Fuente Amarga (Pantoja, Toledo).
68. El Testero (Numancia de la Sagra, Toledo).
69. La Bóveda (Villaseca de la Sagra, Toledo).
70. Higares (Mocejón, Toledo).
71. Casco Antiguo (Toledo Capital).
72. Cerro del Bu (Toledo TM).
73. Consejería de la Presidencia (Toledo Capital).
74. Cerro del Castillo (Mora, Toledo).
75. Calaña (Albarreal de Tajo, Toledo).
76. Olivares de la Fuente (Malpica, Toledo).
77. Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo).
78. Carpio (Belvís de la Jara, Toledo).
79. El Golín (Oropesa, Toledo).
80. (Navalcán, Toledo).
81. (Alcaudete de la Jara, Toledo).
82. El Castillo (Huete, Cuenca).
83. El Otero (Caracena, Cuenca).
84. El Corral de Rachuelo (Campos del Paraíso, Cuenca).

85. Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca).
86. El Castillo (Reillo, Cuenca).
87. Pico de la Muela (Valera de Abajo, Cuenca).
88. Plaza de los Moros (Malagón, Ciudad Real).
89. (Alcazar de San Juan, Ciudad Real).
90. Cerro Alarcos (Poblete, Ciudad Real).
91. Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real).
92. El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete).
93. El Amarejo (Bonete, Albacete).

### **Extremadura.**

94. Cueva del Boquique/Valcorchero (Plasencia, Cáceres).
95. Cueva de Maltravieso (Cáceres Ctal).
96. Cueva del Conejar (Cáceres Ctal).
97. (Villanueva de la Vera).
98. La Muralla (Alcántara).
99. La Alcazaba (Badajoz).
100. El Castillo (Alange, Badajoz).
101. Atalaya de la Zarza (Palomas, Badajoz).
102. Los Corvos (Villagonzalo, Badajoz).
103. (Nogales, Badajoz).
104. Azagala (Alburquerque, Badajoz).
105. Cerro de la Barca (Herrera del Duque, Badajoz).

### **País Valenciano.**

106. Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón).
107. Tossal del Castellet (Castellón de La Plana, TM).
108. La Peladilla (Requena, Valencia).
109. Cerro de la Cruz (Requena, Valencia).
110. Cap Prim (Jávea, Alicante).
111. Cabezo Redondo (Villena, Alicante).
112. El Castillo (Sax, Alicante).

- 113. Monastil (Elda, Alicante).
- 114. La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid, Alicante).
- 115. El Tabayà (Aspe, Alicante).
- 116. Illeta dels Banyets (Campello, Alicante).
- 117. San Antón (Orihuela, Alicante).
- 118. Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante).

**El Sureste.**

- 119. Sta Catalina del Monte (Verdolay, Murcia).
- 120. La Bastida (Totana, Murcia).
- 121. Las Anchuras (Totana, Murcia).
- 122. Cala del Pino (Cabo de Palos, Mar Menor, Murcia).
- 123. Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería).
- 124. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería).
- 125. Gatas (Turre, Almería).
- 126. Cerro del Rayo (Pechina, Almería).
- 127. Cuesta del Negro (Purullena, Granada).
- 128. Cerro de la Encina (Monachil, Granada).
- 129. (Salobreña, Granada).

**Valle Medio-Alto del Guadalquivir.**

- 130. Cástulo (Linares, Jaén).
- 131. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).
- 132. La Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén).
- 133. El Canjorro (Jaén, TM).
- 134. Castillo de Santa Catalina (Jaén, TM).
- 135. Cerro Venate (Arjonilla, Jaén).
- 136. Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén).
- 137. Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba).
- 138. Ategua (Castro del Río, Córdoba).
- 139. Cortijo del Valle (Baena, Córdoba).

**Andalucía Occidental.**

- 140. La Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla).
- 141. Carmona (Carmona, Sevilla).
- 142. La Batida (Carmona, Sevilla).
- 143. Montemolín (Marchena, Sevilla).
- 144. El Carambolo (Sevilla).
- 145. El Tesorillo (El Coronil, Sevilla).
- 146. Calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla).
- 147. Quincena (Lebrija, Sevilla).
- 148. La Ventosilla (El Cuervo, Sevilla).
- 149. (Trebujena, Cádiz).
- 150. Cortijo del Cuervo (Jerez de la Frontera, Cádiz).
- 151. Haza de la Torre (Jerez de la Frontera, Cádiz).
- 152. Bujón VE (Jerez de la Frontera, Cádiz).
- 153. La Compañía (Jerez de la Frontera, Cádiz).
- 154. Campín Bajo (Puerto de Sta María, Cádiz).
- 155. Venta Alta (Puerto de Sta María, Cádiz).
- 156. Castillo Dña Blanca (Puerto de Sta María, Cádiz).
- 157. La Marquina B (San Fernando, Cádiz).
- 158. Los Algarbes (Tarifa, Cádiz).
- 159. Acinipo (Ronda, Málaga).
- 160. Plaza de Mondragón (Ronda, Málaga).
- 161. La Peña (Ardales, Málaga).
- 162. Raja del Boquerón (Ardales, Málaga).
- 163. Playas Guadalteba (Ardales, Málaga).

**Portugal.**

- 164. Bouça do Frade (Baião, Porto).
- 165. Tapado de Caldeira (Baião, Porto).
- 166. Monte do Padrão (Sto Tirso, Porto).
- 167. Monte Ìnsua (Guimarães, Minho).
- 168. Povoado da Sola (Braga, Baixo Minho).
- 169. Lorga Dine (Braganza, Tras-os-Montes).

- |   |   |
|---|---|
| 170. Castelo de Adeganha (Tras-os-Montes).                | 178. Cerradinha (Santiago do Cacem, Litoral Alemtejano).  |
| 171. Castelo de Urros (Tras-os-Montes).                   | 179. Pontes de Marchil (Faro, Algarbe).                   |
| 172. Castelo de Anciães (Lavandeira, Tras-os-Montes).     | 180. Escoural (Montemor-o-Novo, Alto Alemtejo).           |
| 173. Castelo Velho (Freixo de Numão, Alto Douro).         | <b>Otros.</b>   |
| 174. Na Sª da Guía (Baiões, Beira Alta).                  | 181. Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara).             |
| 175. Castro de São Romão (Seia, Beira Alta).              | 182. Cueva de Casares (La Riba de Saelices, Guadalajara). |
| 176. Monte do Frade (Castelo Branco, Beira Baixa).        | 183. Illa de Barxés (Bande, Orense).                      |
| 177. Povoado da Moreidinha (Castelo Branco, Beira Baixa). |   |

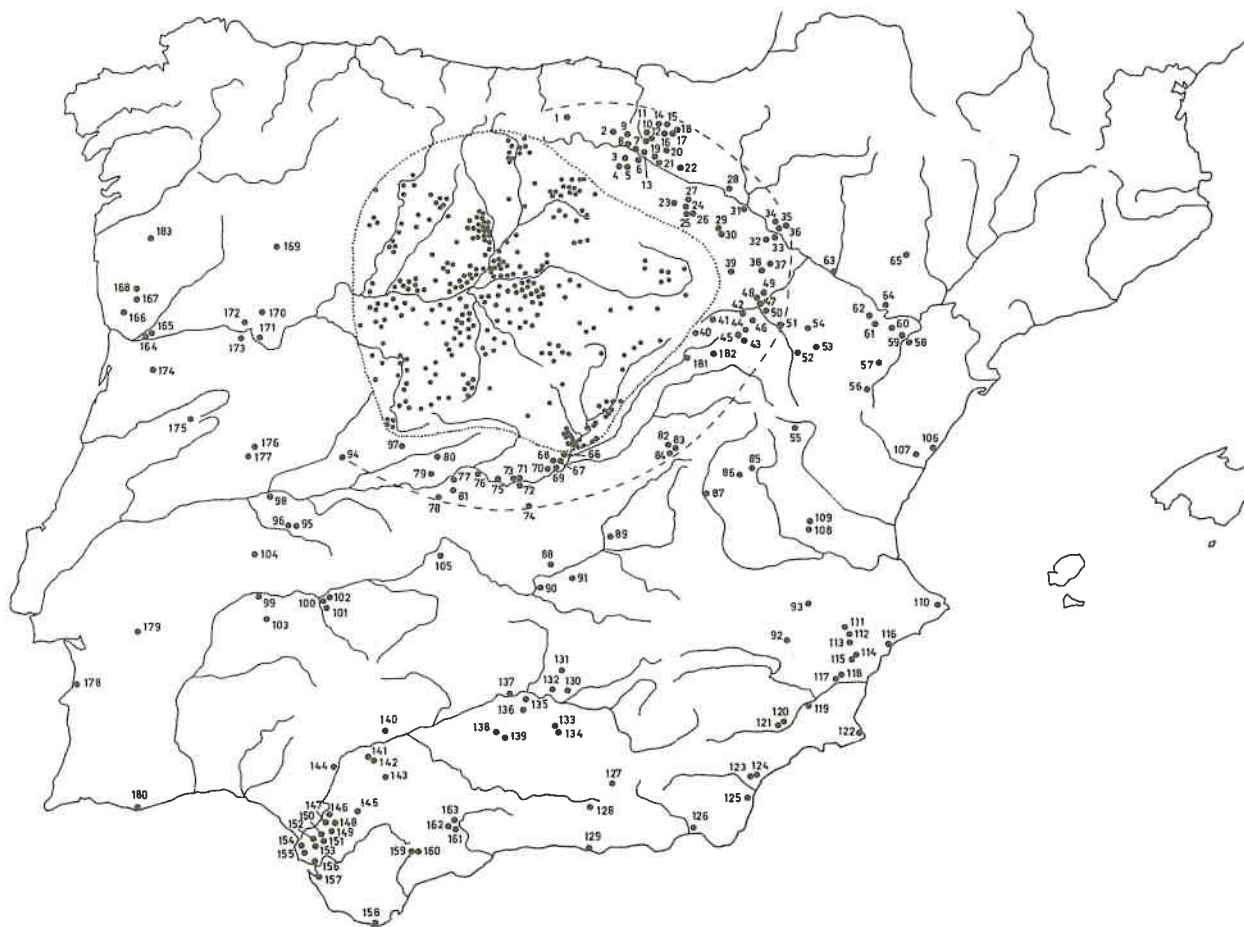


Figura 20. La dispersión de los hallazgos cerámicos relacionados con Cogotas I por la Península Ibérica:  
 ..... Zona Nuclear; - - - - - Zona de Contacto.

## II.2\_Inventario de yacimientos

Procedamos ahora al repaso de todas las evidencias de tipo Cogotas I recuperadas en las *áreas de expansión*, siguiendo las distintas regiones diferenciadas y los modelos de ficha establecidos. La numeración de los yacimientos será la que a partir de este momento los identifique en los mapas de dispersión que acompañan el estudio así como en los cuadros esquemáticos.

### ■ ALTO EBRO (Figs. 21 y 22)

#### 1. Cueva de Ojo Guareña-Kaite I (Merindad de Sotoscueva, Burgos)

##### *El yacimiento:*

La cueva se localiza en la vertiente NE del circo de San Bernabé, en la cuenca del río Nela, afluente del Ebro por su izquierda y desde su boca se goza de una amplia panorámica del valle de Sotoscueva. Cuenta con dos ambientes diferenciados: Kaite I o zona de hábitat, y Kaite II, la zona más

profunda de la cavidad o santuario, donde se encuentran las pinturas y gravados rupestres, así como los restos humanos pertenecientes a las inhumaciones.

##### *Los materiales arqueológicos:*

Procedentes de esta cueva contamos con unos pocos ejemplares cerámicos de tipología cogoteña (Fig. 23.17 y 18) publicados por Palol y por Osaba procedentes de distintas recogidas en la superficie de la cavidad dentro de un contexto claramente alterado.

##### *Cronología y marco cultural:*

A través de las características decorativas de sus cerámicas, la presencia de Cogotas I puede ser llevada tanto a Protocogotas como a Cogotas I pleno (Rodríguez y Arnáiz, 1993: 85 y mapa de la p. 84), sin que ello tenga porqué implicar continuidad del hábitat.

##### *Bibliografía:*

Esparza, 1978: 74; Ortega y Martín, 1986: 344-345; Osaba y Ruiz Erenchun, 1964: 113-134, fig. 69,4 y 8; Palol, 1967: 230-231 y fig. 5.B; Rodríguez y Arnáiz, 1993: 85; Uribarri y Liz, 1973.

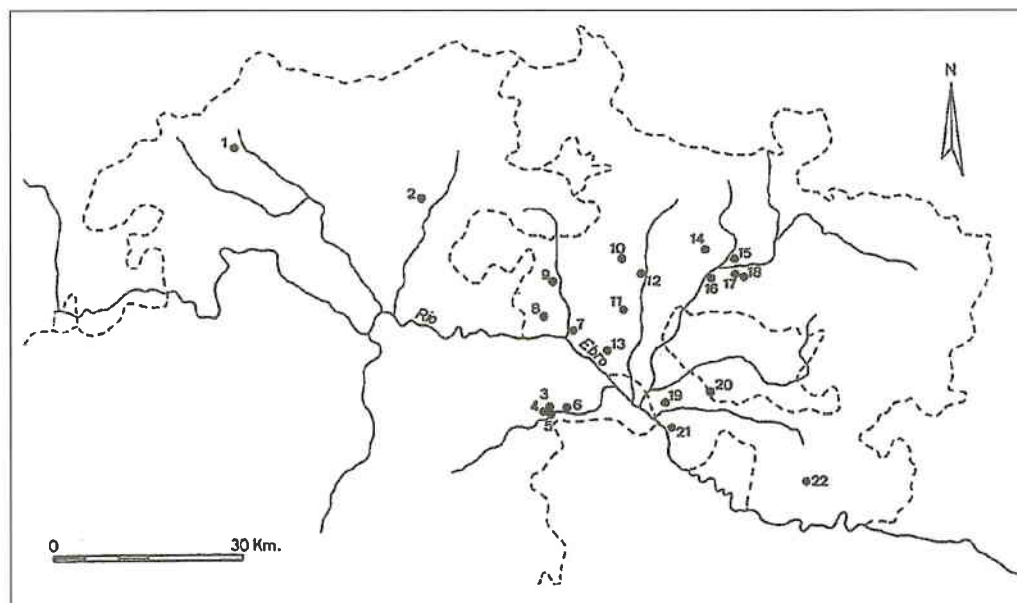


Figura 21. La dispersión de las cerámicas de tipo Cogotas I en el Alto Ebro.



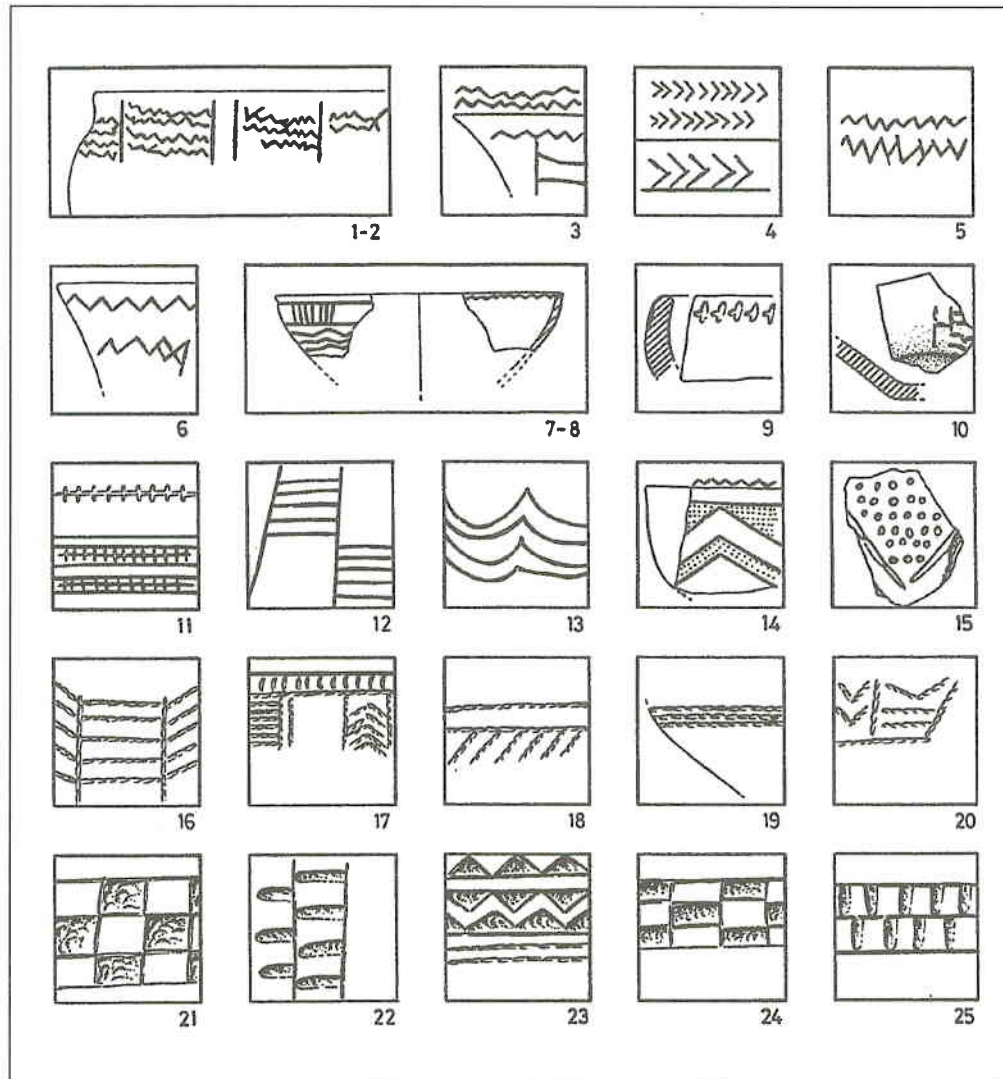


Figura 22. Motivos decorativos de tipo Cogotas I en el Alto Ebro: 1, 2 y 19. Solacueva de Lacoizmonte; 3-6. Berbeia; 7, 8, 12-14, 16, 17, 20-24. La Teja; 9. Los Husos; 10, 11, 18 y 25. Conchas de Haro; 15. Kobairada.

## 2. Abrigo de Río Losa A, (San Pantaleón de Losa- Junta de Río Losa, Burgos)

### *El yacimiento:*

Abrigo rocoso situado en el valle del río Losa, afluente del Ebro por la izquierda.

### *Los materiales arqueológicos:*

Sólo se conoce un corto número de fragmentos con decoración de tipo Cogotas, procedentes de hallazgos descontextualizados (Fig. 23.15 y 16).

### *Cronología y marco cultural:*

Las decoraciones y los perfiles de los vasos no son suficientes para definir un momento concreto del desarrollo de Cogotas I. Tampoco podemos pronunciarnos por el significado de los hallazgos, pero, como ocurría en el caso anterior, son ejemplo de la máxima expansión de Cogotas I hacia el Norte.

*Bibliografía:* Esparza, 1978: 73; Nolte, 1971: 361, y fig. de la p. 362.

### 3. San Miguel (Pancorbo, Burgos)

#### *El yacimiento:*

Se localiza sobre una zona llana en la margen izquierda del Oroncillo dentro de la ruta natural del desfiladero de Pancorbo. Se trata de un pequeño poblado al aire libre con manchas cenicientas que podrían ser las huellas de estructuras de habitación.

#### *Los materiales arqueológicos:*

Procedente de prospección se reconoce un importante número de ejemplares cerámicos que reproducen las decoraciones más típicas de Cogotas I (Fig. 23.1-9), dentro de un contexto material que, por otra parte, no desentona del que es habitual en los yacimientos meseteños de esta cultura.

#### *Cronología y marco cultural:*

La tipología de las decoraciones y formas cerámicas deja escaso margen para la duda, puesto que su tipismo nos incita, de manera vehemente, a adscribir la ocupación de San Miguel a la fase Protocogotas (S. XV-XIII a.C). Hemos de considerar este emplazamiento como un enclave característico del grupo de Cogotas en el que no sólo se reproducen la cultura material, sino también modelos de poblamiento y hábitat similares a los de la zona nuclear.

#### *Bibliografía:*

Abásolo y Ruiz Vélez, 1980: 509-511, fig. 4 y lám. IV.5-12.

### 4. Las Campas (Pancorbo, Burgos)

#### *El yacimiento:*

El poblado se sitúa en lo alto de un pequeño cotarro con ciertas ventajas defensivas, en la orilla izquierda del Oroncillo, a tan solo 250 m del yacimiento de San Miguel.

#### *Los materiales arqueológicos:*

Sólo se han dado a conocer unos pocos ejemplares de alfarería de tipo Cogotas I proceden-

tes de prospección (Fig. 23.11, 12 y 14), dentro de un contexto con especies lisas de cerámica común propias de la Edad del Bronce.

#### *Cronología y marco cultural:*

Las cerámicas denuncian, también en este caso, un momento de gestación de Cogotas I que, a juzgar por alguno de sus ejemplares, podría estar frisando los inicios de la fase plena.

#### *Bibliografía:*

Abásolo, 1974: fig. 15; Abásolo y Ruiz Vélez, 1980: 505, fig. 3. 5-9.

### 5. Alto de la Fortaleza, Santa Engracia o Castillete (Pancorbo, Burgos)

#### *El yacimiento:*

Se localiza sobre un elevadísimo promontorio a la izquierda del desfiladero de Pancorbo y goza de unas impresionantes ventajas defensivas. El yacimiento se encuentra muy alterado por una fortaleza realizada en tiempos napoleónicos.

#### *Los materiales arqueológicos:*

Sólo uno de los escasos fragmentos publicados puede considerarse de tipo meseteño por presentar decoración de retícula incisa al interior y de trazos oblicuos al exterior (Fig. 23.10). Sin embargo, también las especies lisas o con digitaciones y unguilaciones, pueden adscribirse, según Esparza, al horizonte de Cogotas I.

#### *Cronología y marco cultural:*

La cerámica decorada descrita denuncia, al parecer, un momento Protocogotas, por lo que es posible relacionar este yacimiento con los otros dos situados en el mismo desfiladero. El resto de la alfarería responde a distintas ocupaciones durante la Prehistoria.

#### *Bibliografía:*

Abásolo, 1974: fig. 14; Abásolo y Ruiz Vélez, 1980: 504-505, fig. 3. 1-4; Esparza, 1978: 74-75.

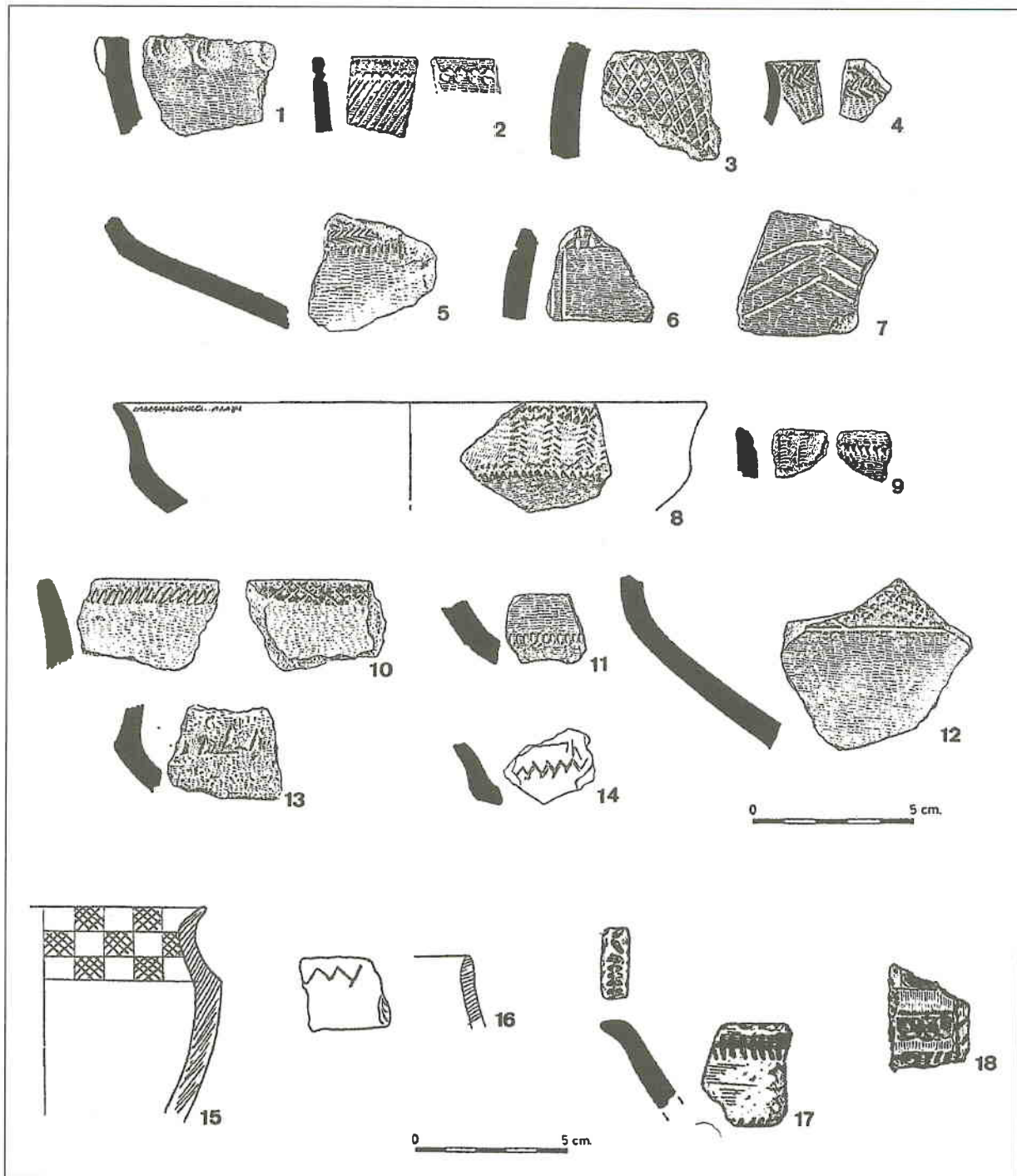


Figura. 23. Norte de Burgos: 1-9. San Miguel (Pancorbo) (Abásolo y Ruiz, 1980); 10 y 13. Sta Engracia (Pancorbo); 11, 12 y 14. Las Campas (Pancorbo) (Abásolo y Ruiz, 1980; Abásolo, 1974); 15 y 16. Abrigo de Río Losa (Nolte, 1971); 17 y 18. Ojo Guareña (Palol, 1965).

## 6. Cueva Vallejera o Vallojera (Ameyugo, Burgos)<sup>45</sup>

### *El yacimiento:*

La cueva se encuentra junto al pueblo de Ameyugo, a la izquierda del Oroncillo y en la salida del desfiladero de Pancorbo.

### *Los materiales arqueológicos:*

La cueva fue prospectada en agosto de 1910 por el Padre Saturio González. Los materiales recogidos no se conservan, ni tampoco algunas fotografías de los mismos. Sin embargo, todos los indicios parecen apuntar la presencia de un buen número de ejemplares cerámicos de tipo meseteño acompañadas de otras especies con decoración en relieve.

### *Cronología y Marco Cultural:*

La ocupación de la cueva parece fecharse, según las descripciones tipológicas, en la fase de plenitud de Cogotas I, y dentro de un contexto claramente vinculado a las tradiciones de la Meseta durante la Edad del Bronce.

### *Bibliografía:*

Abásolo, 1974: 37; Delibes, 1988: 72-73.

## 7. Pieza de la Choza (Bergüenda, Álava)

### *Yacimiento:*

Ubicado en una zona baja sin preocupación defensiva, en las cercanías del curso bajo del Omecillo y próximo a la desembocadura de este río en el Ebro.

### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En este enclave han aparecido cerámicas pertenecientes a la plenitud de Cogotas I, es decir, piezas decoradas con boquique y excisión.

### *Bibliografía:*

Llanos, 1990: 169; 1992: 435.

## 8. Castro de Berbeia (Barrio, Álava)

### *El yacimiento:*

El yacimiento se ubica en lo alto de un cerro de marcadas características defensivas y estratégicas y con unas inmejorables condiciones para el control del territorio. Se trata de un lugar de habitación con huellas de aterrazamientos construidos con muros de piedra unida en seco, que en unos casos cumplen funciones defensivas y en otros son la base del asentamiento.

### *Los materiales arqueológicos:*

Las cerámicas incisas<sup>46</sup> en las que se puede rastrear la influencia del grupo meseteño, que proceden de una pequeña excavación, son numéricamente importantes y aparecen en todos los niveles. En general la decoración se restringe a temas incisos de zig-zag y espiga, además de algunos círculos impresos, que se diseñan sobre bordes exvasados abiertos, fuentes carenadas troncocónicas y perfiles en "S" (Fig. 24).

Si por un lado queda claro que la práctica totalidad de las especies decoradas pueden incluirse dentro de los repertorios ornamentales de Cogotas I<sup>47</sup>, por otro hemos de admitir que la producción lisa de Berbeia encuentra bastantes paralelos en el conjunto de especies no decoradas del grupo meseteño.

### *Cronología y marco cultural:*

La similitud formal y decorativa del conjunto alfarero de Berbeia con el ofrecido por los poblados más antiguos del grupo de Cogotas inclinan ya a Fernando Romero (1980: 141-142) a pensar que el castro alavés debía ser incluido dentro de la primera fase de este horizonte; una idea que se ve inmediatamente aceptada por otros investigadores (Delibes y

45 En ocasiones, los motivos se realizan con esgrafiado, «*incisiones finamente grabadas en una pasta en estado de cuero*» (Agorreta *et alii*, 1975: 262).

46 Las decoraciones, a pesar de no estar en la línea más típica de la estilística cogoteña, se encuentran dentro del repertorio habitualmente utilizado en la vertiente oriental de la Meseta en la época de formación del grupo de Cogotas I.

Fernández Manzano, 1981: 65; González-Tablas, 1984-85: 275) y recientemente corroborada por Esparza (1990: 119-120), sin que en ningún caso se niegue la posibilidad de documentar ciertas peculiaridades que afecten tanto a este poblado como a otros cercanos y con cerámicas similares.

*Bibliografía:*

Agorreta *et alii*, 1975.

**9. Castros de Lastra (Caranca, Álava)**

*El yacimiento:*

El castro se encuentra en un cerro, con un fuerte escarpe rocoso, que ofrece importantes

ventajas defensivas. El poblado tiene una extensión de 15 ha., se sitúa en la parte media de la colina y aparece rodeado por una muralla de 4 m. de anchura y 5 de altura.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En la campaña de excavación de 1988 se recuperaron «*algunos fragmentos decorados con incisiones y puntillados, formando motivos en espiga, que recuerdan ejemplares similares del Horizonte cultural denominado como Cogotas I*» (Sáez de Urturi, 1988: 25), lo que nos situaría en una intrusión perteneciente a la primera fase del desarrollo del grupo.

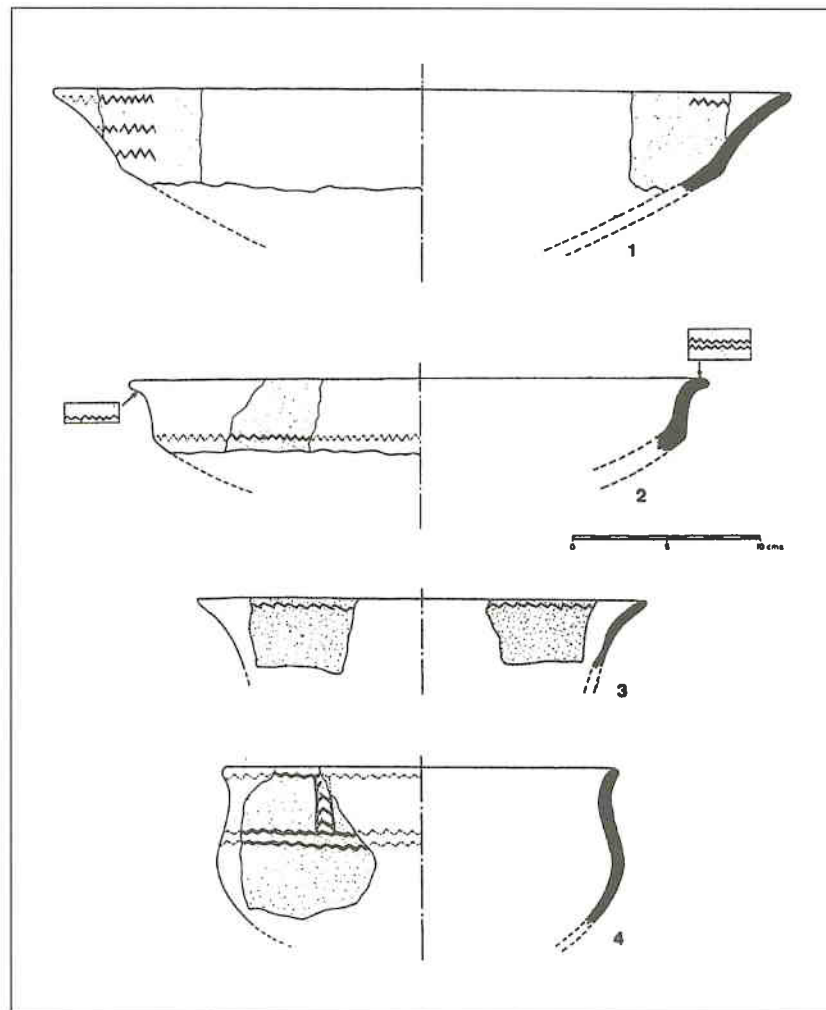


Figura 24. Cerámicas con decoración incisa de tipo Protocogotas de Berbeia (Barrio, Álava) (Agorreta *et alii*, 1975).

### *Bibliografía:*

Sáez de Urturi, 1984; 1985; 1988; 1994.

## 10. Solacueva de Lacoymonte (Jocano, Álava)

### *El yacimiento:*

La cueva se encuentra situada en la sierra de Arkamo, en el borde sur del valle de Kuartango, dentro de un paraje con evidentes ventajas para el control del territorio. La cavidad sirvió como lugar de habitación y como santuario, a juzgar por algunos depósitos excepcionales y por las pinturas rupestres.

### *Los materiales arqueológicos:*

Los fragmentos y vasos pertenecientes al horizonte de Cogotas I son relativamente abundantes y han aparecido en todas las intervenciones realizadas en la cavidad, estando presentes, además, en varios niveles. El tipo de decoración identificado puede relacionarse tanto con el momento gestor del grupo meseteño como con su horizonte de plenitud (Fig. 25.1-12). De las primeras intervenciones destaca una cazuela troncocónica con carena alta que se decora con una banda de triángulos excisos y que se enmarca con líneas de boquique (Llanos, 1972: fig. 4) (Fig. 25.12). Este vaso apareció en el nivel VII de la excavación, el mismo en el que se recuperó una empuñadura de bronce de tipo de lengüeta con empalme en U y alma calada (*Ibidem*: fig. 4a) que parece pertenecer a una espada pistiliforme (Bronce Final II Atlántico, 1100-900 a.C.).

Los ejemplares ornados al estilo de Cogotas I aparecen siempre relacionados con otros que presentan motivos decorativos plásticos y, en alguna ocasión, con vasos globulares y ovoides con incisiones a peine (Llanos, 1991b: 128-131) ajenos a las tradiciones de la Meseta. Sin embargo, existe entre la producción lisa una buena proporción de vasos de

tamaño pequeño y medio con perfiles cuenquiformes, troncocónicos y carenados que no desentonarían en absoluto dentro de los contextos meseteños.

### *Cronología y Marco cultural:*

Los primeros hallazgos de la cueva, entre los que destaca la empuñadura de espada, llevaron a fechar la presencia de cerámicas meseteñas en el Bronce Final. Las últimas intervenciones han proporcionado, sin embargo, ejemplares que, sin duda, remontan los inicios de los contactos a la fase formativa de esta cultura, así como una fecha de C-14 de 1760 ±100 a.C. (Llanos, 1991b: 126), asociada a aquellos<sup>48</sup>.

La abundante presencia de cerámicas de tipología meseteña en Solacueva y la continuidad temporal de los contactos, podrían otorgar al yacimiento, en una parte de su historia, la categoría de auténtico enclave de Cogotas I, a la vez que la condición de centro principal en la recepción de influjos meseteños dentro de la región. Esta circunstancia podría deberse bien a que el lugar fuera un importante lugar de habitación a través del cual se redifundieran por la región las nuevas modas cerámicas, bien a que su carácter cultural atrajera con mayor intensidad las cerámicas de tipo Cogotas que empezaban a propagarse por los poblados de los territorios vecinos.

### *Bibliografía:*

Apellániz, 1973: fig. 75.5 y 7; Barandiarán, 1964 y 1968; Llanos, 1972; 1983; 1991b.

## 11. La Paul (Arbigano, Álava)

### *El yacimiento:*

La Paul se encuentra en un espacio abierto sin preocupaciones defensivas en la terraza del río Añana. En este lugar se excavó un hoyo que presen-

<sup>48</sup> No se conoce ningún caso en la zona nuclear en el que estos conjuntos se lleven a una cronología tan antigua, por lo que, teniendo en cuenta también la elevada desviación estadística contemplada en la muestra, podemos plantearnos la conveniencia de no utilizar este dato, por lo menos en la datación de las cerámicas de este nivel.



taba un perfil ensanchado en su parte inferior y que probablemente formaba parte de un “campo de hoyos” similar a los localizados en otros yacimientos de Álava y de la Meseta.

*Los materiales arqueológicos:*

Siete de los vasos encontrados en el hoyo

presentan decoraciones de tipo meseteño, lo que supone una alta proporción en el conjunto de las cerámicas recuperadas en el depósito. Las técnicas utilizadas en la ornamentación son incisión, boquique y excisión, así como escasas impresiones digitales y ungulares (Fig. 25.13-18).

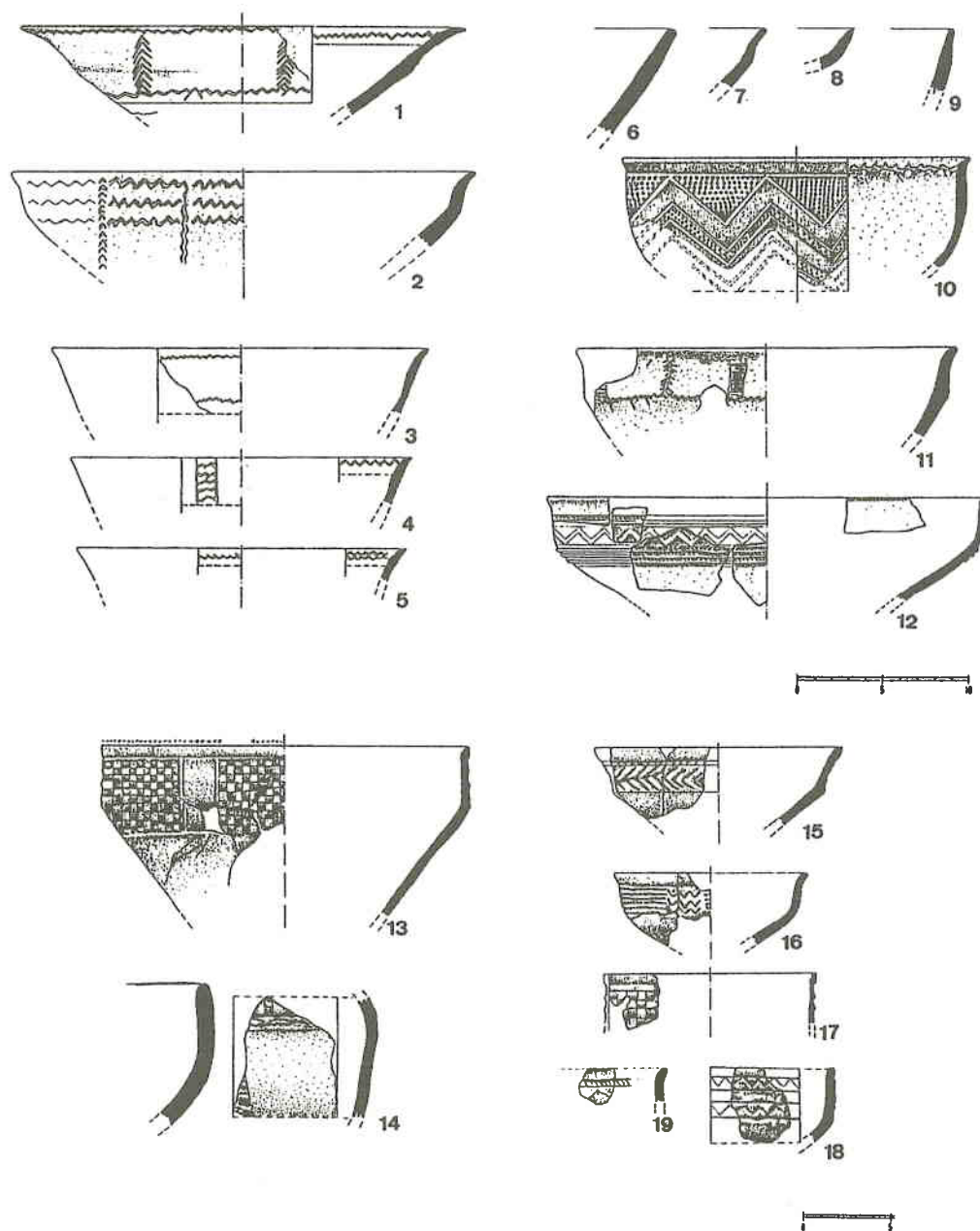


Figura 25. 1-12. Solacueva de Lacozmonte (Jocano, Álava) [2-10. Nivel Vib (Llanos, 1991b); 12. Nivel VII (Llanos, 1972); 11. Nivel VII (Apellániz, 1973)]; 13-18. Depósito de La Paul (Arbigano, Álava) (Llanos, 1991a).

*Cronología y marco cultural:*

Una muestra de C-14 extraída de algunos restos de fauna del hoyo proporcionó una fecha de 950 ±85 a.C. (Llanos, 1991a: 226); un siglo X a.C. bastante acorde con los tipos cerámicos detectados. Culturalmente volvemos a asistir, como en el caso anterior, a un mundo influido en gran medida por la Submeseta Superior, hasta el punto de que podemos considerar el depósito como una auténtica manifestación de Cogotas I, pese a reconocer que existen ciertos rasgos peculiares y algunas cerámicas no decoradas que nos ilustran sobre la existencia de un poso indígena, altamente diluido, sobre el que actúan los influjos meseteños.

*Bibliografía:*

Llanos, 1991a: 219-238.

**12. Cueva de Cobairada (Subijana-Morillas, Álava)**

*El yacimiento:*

La cueva se halla sobre el río Bayas, en el escarpe superior de la ladera oeste de la Sierra de Arcamo, muy próxima a Solacueva. Está conformada por una enorme sala cerrada por unos grandes bloques desprendidos. Las excavaciones efectuadas en su interior han proporcionado restos de ocupaciones que van desde el Bronce Medio y Final hasta la época romana.

*Los materiales arqueológicos:*

Únicamente contamos con un fragmento de galbo con decoración de boquique (Fig. 28.5) y otros fragmentos incisos y con decoración plástica.

*Cronología y marco cultural:*

Pastor fecha la primera ocupación de la cueva entre el Bronce Medio y el Bronce Final, una cronología que se puede inferir a partir de la tipología de los ejemplares cerámicos descritos.

*Bibliografía:*

Apellániz, 1973: 89-97; Pastor Vélez, 1994: 197-199, fig. 3.

**13. Chirivias (Caicedo de Yuso, Álava)**

*El yacimiento:*

Poblado en zona baja sin ninguna defensa natural, que se sitúa dentro de la cuenca del Omecillo.

*Materiales y Adscripción cultural y cronológica:*

Según Llanos, en este lugar se localizan cerámicas de tipo Cogotas I de fase plena.

*Bibliografía:*

Llanos, 1990: 169; 1992: 435.

**14. Cueva de los Goros o de Goro (Hueto Arriba, Álava)**

*El yacimiento:*

Cueva situada en un escarpe rocoso dentro de la cuenca del río Zadorra que sólo se ha explorado superficialmente. La cavidad tuvo un uso funerario en época visigoda y ofrece materiales cerámicos de la Edad del Bronce.

*Los materiales arqueológicos:*

Sólo contamos con un vaso decorado con boquique (Fig. 28.3) en el que se intuye una lejana inspiración en los modelos ornamentales de Cogotas I, que se incluye dentro de un contexto cerámico que se aleja de las tradiciones de la Meseta.

*Cronología y marco cultural:*

El recipiente mencionado puede tratarse de una imitación local, un tanto *sui generis*, de las técnicas de decoración utilizadas en la Meseta en un momento en el que estas empiezan a rarefarse en la región, es decir, en la fase avanzada de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990: 87; Gil y Filloy, 1988: 456 y 508; Llanos, 1991a: 233-235, fig. 8.1.

**15. Santa María (Estarrona, Álava)**

*El yacimiento:*

Se trata de un típico “campo de hoyos”, asentado en el llano, sin ninguna preocupación

defensiva, donde se excavó un silo/basurero de forma ovoide y 195 cm. de altura.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Desconocemos el número de ejemplares que muestran decoración de tipo meseteño, únicamente se ha publicado una noticia que habla de la presencia de cerámicas de «Protoboquique» (Llanos, 1992: 435), por lo que creemos que se trata de especies decoradas con incisión de tipo Protocogotas.

De este yacimiento se ha publicado una fecha de C-14, en teoría asociada a las cerámicas de tipo Protocogotas, que ofrece un resultado de 1830 ±100 a.C. (Llanos, 1990: 170; y 1992: 435), una fecha demasiado elevada para la fase formativa de la cultura.

*Bibliografía:*

Baldeón, 1984; Llanos, 1990: 170; 1991a: 228; 1992: 435.

**16. La Teja (Villodas, Álava)**

*El yacimiento:*

El poblado se asienta en una zona completamente llana, sin ninguna preocupación defensiva, sobre la primera terraza del río Zadorra. Se trata de un “campo de hoyos” de similares características que los de la Meseta.

*Los materiales arqueológicos:*

Contamos en este lugar con un amplio y variado repertorio de vasos decorados claramente relacionados, tanto por la forma como por la decoración, con el mundo meseteño de Cogotas I (Figs. 26 y 27), dentro de un contexto cerámico general de especies lisas y con decoraciones plásticas que, por otra parte, no se aleja mucho de los repertorios cogoteños, pese a observar algunos ejemplares que hablan de un substrato local muy poco definido tipológicamente que mantiene sus raíces arcaicas a pesar de aceptar las nuevas modas impuestas desde los circuitos culturales procedentes del otro lado del Ebro.

*Cronología y marco cultural:*

Culturalmente, a través del análisis tipológico de las cerámicas decoradas, podemos llevar la presencia de Cogotas en la Teja a un momento pleno, no muy avanzado, del desarrollo del grupo, ya dentro del Bronce Final, en torno a los siglos XII y XI a.C.

Sin duda, hay que considerar que el papel de Cogotas I en La Teja es fundamental. Los paralelos meseteños de las piezas cerámicas allí recuperadas y el modelo de yacimiento -un auténtico “campo de hoyos”- nos conducen a colegir un fuerte componente de las tradiciones de este grupo, pese a intuir la presencia de un diluido substrato indígena.

*Bibliografía:*

Llanos, 1972; 1978; Llanos y Agorreta, 1972; Llanos y Fernández Medrano, 1968; Palol, 1974.

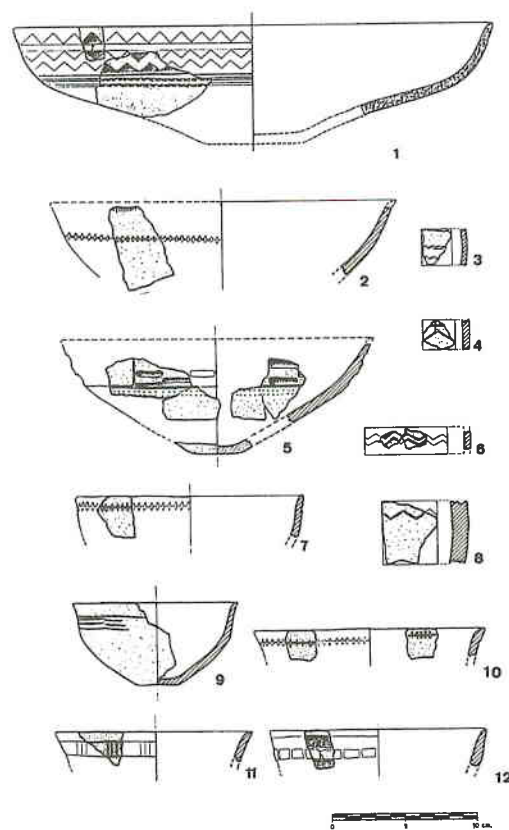


Figura 26. La Teja (Villodas, Álava): Fosa 5 (Llanos, 1972; Llanos y Agorreta, 1972).

### 17. El Batán (Vitoria-Gasteiz, Álava)

#### *El yacimiento:*

Asentamiento en llano, al sur del casco urbano de la capital alavesa. Está configurado por una serie de hoyos similares a los silos/basureros de la Meseta que fueron excavados en los años 30.

#### *Materiales y adscripción cronológica y cultural:*

La cerámica recuperada es muy escasa, y entre ella destaca un cuenco decorado con dos líneas paralelas de zig-zag (Fig. 28.2), dentro de un contexto de cuencos hemisféricos y ollas de perfil en "S", que se ven ornamentados, en ocasiones, con impresiones digitales en el labio y pezones cónicos o cilíndricos.

Cronológicamente, aunque con cierta precaución, habría que situarlo entre los siglos XV y XIII a.C., en un momento paralelo a la fase Protocogotas.

#### *Bibliografía:*

Gil y Filloy, 1988: 452; Llanos y Fernández Medrano, 1968: 52, fig. 3.

### 18. Mendizorroza (Vitoria-Gasteiz, Álava)

#### *El yacimiento:*

Se trata de un nuevo "campo de hoyos" muy cercano al anterior y sin ninguna preocupación defensiva.

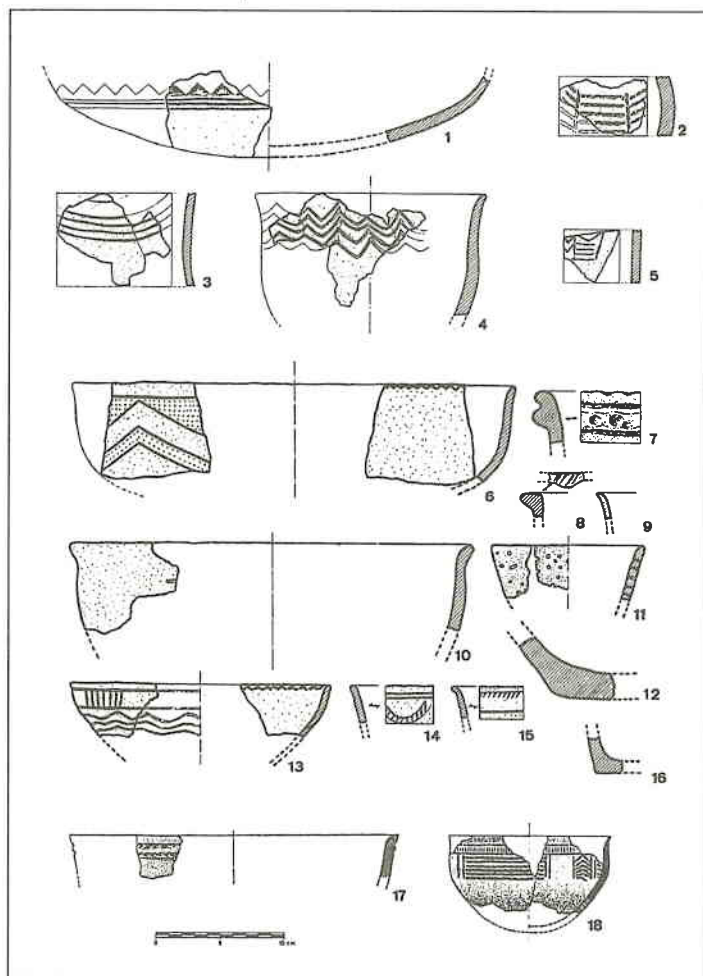


Figura 27. La Teja (Villodas, Álava): 1-5. Fosa 5; 6-16. Fosa 6 (Llanos y Agorreta, 1972); 17-18. Fosa 1 (Llanos y Fdez, 1968).

*Materiales y adscripción cronológica y cultural:*

De este enclave proceden dos fuentes carenadas con decoración de zig-zag inciso (Fig. 28.1 y 4), relacionados con una manifestación concreta y particular de la fase Protocogotas, lo que nos lleva a un momento anterior al siglo XII a.C. El resto de la producción cerámica nos habla de un substrato en el que podrían pervivir elementos indígenas.

*Bibliografía:*

Gil y Filloy, 1988: 452; Llanos y Fernández Medrano, 1968: 54, fig.4.1 y 2.

**19. El Castillo de Portilla (Zambrana, Álava)**

*El yacimiento:*

Se encuentra asentado en una excelente posición estratégica en las estribaciones del monte Txulato, dentro de la Sierra de Portilla. El yacimiento prehistórico parece restringirse a la zona más protegida dentro del recinto actual, que data de época medieval.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En los informes disponibles no se describen los materiales prehistóricos, pero Llanos (1992) menciona la presencia aquí de cerámicas con ornamentos clásicos del mundo de Cogotas I, aunque sin boquique ni excisión, es decir, a base de incisiones corridas como las aparecidas en Berbeia, lo que nos lleva a relacionarlas con el mundo de Protocogotas.

*Bibliografía:*

Fernández Bordegarai, 1991 y 1992; Llanos, 1992: 435.

**20. Crócega (Villanueva de Tobera, Condado de Treviño).**

*El yacimiento:*

Los materiales se recuperaron sobre una serie de manchas de tierra oscura, algunas de ellas similares a las que delatan la existencia de típicos “campos de hoyos”.

*Materiales y Adscripción cultural y cronológica:*

Entre las cerámicas se recogió una pieza con decoración excisa y otros fragmentos ornados con técnica de boquique (Ortiz Tudanca, 1987: 38 y 59-60). La información es muy escasa y los materiales permanecen inéditos, aunque la mención de cerámica excisa y de boquique nos inclina a considerar este yacimiento como perteneciente a la plenitud de Cogotas.

*Bibliografía:*

Ortiz Tudanca, 1987: 38 y 59-60.

**21. Los Castillos de Conchas de Haro (Salinillas del Buradón-Labastida, Álava)**

*El Yacimiento:*

El poblado se encuentra en el desfiladero de Conchas de Haro, a los pies del Castro de Buradón. No es un emplazamiento defensivo, pero se sitúa dentro de un paso natural abierto por el Ebro en la Sierra de Cantabria. La ocupación protohistórica se ve muy enmascarada por ocupaciones posteriores, aunque se han identificado parte de los suelos de tierra de dos fondos de cabaña.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Los materiales pertenecientes al período protohistórico son mayoritariamente cerámicas fabricadas a mano y con pastas que contienen gruesos desgrasantes. Entre los motivos decorativos (Fig. 28.6-11) se reconocen digitaciones y ungulaciones, impresiones de puntos, aplicaciones plásticas y temas incisos y de boquique, alguno de los cuales recuerda a los ejemplares meseteños del grupo de Cogotas I (Fig. 28.7 a 11).

Todos estos motivos, así como el perfil troncocónico y fondo plano de uno de los vasos, desvelan una influencia de la tradición meseteña de Cogotas I que podría situarse en su fase de plenitud.

*Bibliografía:*

Unzueta y Martínez, 1989-93: fig. p. 60.

## 22. Cueva de Los Husos (Laguardia, Álava)

### *El yacimiento:*

Se trata de un yacimiento de habitación rupestre enclavado en un conjunto de picachos en forma apuntada, en la zona oriental de la Sierra de Cantabria, en el borde septentrional de la depresión del Ebro. La estratigrafía ofreció tres paquetes de estratos con varios niveles cada uno de ellos.

### *Materiales arqueológicos:*

Entre las cerámicas del Estrato C del Paquete I encontramos algunas decoradas que recuerdan a los motivos típicos de Cogotas I (Apellániz, 1974b: fig. 16, n.ºs 10, 15, 16 y 17). Se trata de bordes decorados con motivos incisos, esgrafiados y excisos (Fig. 28.12-18). Junto estas especies encontramos otros elementos pertenecientes a la tradición

heredada del período anterior y novedades decorativas ajenas a Cogotas I, como la cabeza de clavo aplicado y las acanaladuras.

### *Adscripción cultural y cronológica:*

Es difícil afinar en la cronología de los estratos en los que se detecta este tipo de cerámica en Los Husos. La tipología de las decoraciones, por ser la cerámica escasa y fragmentaria, no nos parece del todo fiable, aunque tendríamos que admitir la posibilidad de que la aparición de un motivo exciso nos sitúe en un momento más o menos avanzado del desarrollo de Cogotas I, a pesar de que aquel se asemeja más a los ejemplares de tipo Henayo que a los cogoteños.

### *Bibliografía:*

Apellániz, 1974b.

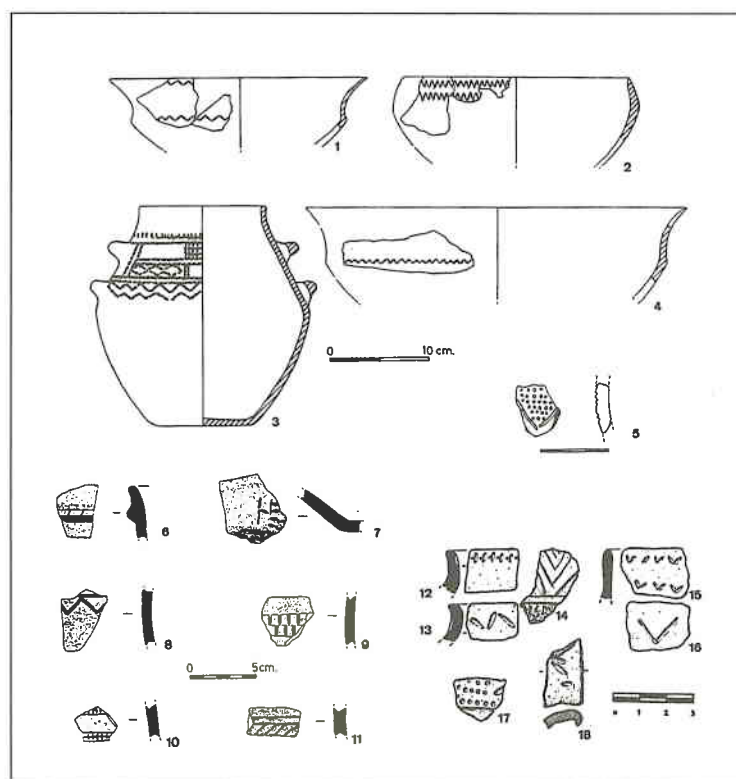


Figura 28. Cerámicas de tipo Cogotas I en la provincia de Álava: 1 y 4. Medizorroza (Vitoria); 2. El Batán (Vitoria) (Llanos y Fdez, 1968); 3. Los Goros (Huetto Arriba) (Llanos, 1991a); 5. Cobairada (Subijana) (Pastor, 1994); 6-11. Conchas de Haro (Labastida) (Unzueta y Martínez, 1989-93); 12-18. Cueva de Los Husos (Laguardia) (Apellániz, 1974b).



## ■ EL VALLE MEDIO-ALTO DEL EBRO (Fig. 29)

### 23. Majada Londeras (Tobía, La Rioja)

#### *El yacimiento:*

Establecimiento en ladera, sin preocupación defensiva, dentro de la cuenca del río Najerilla.

#### *Los materiales arqueológicos:*

Procedentes de prospección se conocen tres fragmentos decorados con incisión, excisión y boquique (Fig. 30.1 y 2, y 33.6), que recuerdan a las realizaciones clásicas de Protocogotas y Cogotas I pleno.

#### *Cronología y marco cultural:*

Pérez Arrondo (1986: 273) considera los hallazgos de Majada Londeras de un momento del Bronce Pleno-Final, aunque uno de los fragmentos apunta a que los contactos se producen también en el Bronce Medio de Protocogotas. La presencia de cerámicas de filiación meseteña en Majada Londeras responde a un fenómeno de intrusión del horizonte Cogotas en la región riojana, sin que por ello se llegue a producir una profunda alteración del substrato indígena.

#### *Bibliografía:*

Maya, 1992: mapa de la fig. 4; Pérez Arrondo, 1986: 272-273, figs. 7 y 8; Pérez Arrondo, Ceniceros y Duarte, 1987: 108-111, lám. XXVII.

### 24. Cueva Lóbraga -Sala II- (Torrecilla de Cameros, La Rioja)

#### *El yacimiento:*

La boca principal se abre en un cortado calizo de la margen izquierda del río Iregua, afluente del Ebro. El complejo cavernícola consta de dos cavidades, en la primera de las cuales (Antecueva) se han centrado las actuaciones arqueológicas. En ella se reconocen otras dos salas, apareciendo las cerámicas protagonistas de nuestro trabajo sólo en la Sala II. Por otra parte Lartet, en sus excavaciones de 1865, recuperó los restos de uno o varios enterramientos

que según Esparza (1990: 116-117) podrían pertenecer a las gentes de Cogotas I.

El yacimiento ha sido repetidamente excavado primero por S. Corchón y luego por Barrios y Ceniceros, apareciendo las cerámicas de tipo Cogotas en los estratos pertenecientes al Bronce Medio.

#### *Los materiales arqueológicos:*

Contamos con un cierto número de cerámicas de inspiración meseteña que sólo resulta importante en relación con otros enclaves. Entre las piezas publicadas por Corchón identificamos hasta ocho ejemplares claros y otros con ciertos rasgos peculiares, así como alguno más detectado en las nuevas excavaciones. Los fragmentos a los que nos referimos sólo presentan decoración incisa con motivos de zig-zag (Fig. 30.4 y 5; Fig. 31.1-6).

#### *Cronología y marco cultural:*

Los influjos de la Meseta se dejan sentir en los momentos finales de la vida de la cueva, en el Bronce Medio, datados a través del radiocarbono hacia el 1240 a.C. (Barrios y Ceniceros, 1992: 21). Esta fecha nos lleva a los últimos compases de Protocogotas en la Meseta, facies en la que encaja la tipología de las cerámicas decoradas encontradas en la cueva.

No podemos asegurar a ciencia cierta cual fue el papel de Cogotas I en este lugar, sin embargo, parece que podría tratarse de una presencia sin demasiado impacto.

#### *Bibliografía:*

Barrios y Ceniceros, 1989, 1991 y 1992; Ceniceros y Barrios, 1988; Corchón, 1972; Pérez Arrondo, 1984 y 1985; Pérez Arrondo, Ceniceros y Duarte, 1987: 103, 106 y 108; Rodanés, 1989: foto 5.

### 25. Cueva de Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja)

#### *El yacimiento:*

Se trata de un yacimiento de habitación en cueva, situado a la izquierda del río Iregua, que ha sido objeto de dos campañas de excavación.

*Los materiales arqueológicos:*

Tan sólo contamos con cinco ejemplares de cerámica de tipología meseteña, decorados todos ellos con motivos incisos de zig-zag (Fig. 31.7-9; Fig. 30.3).

*Cronología y marco cultural:*

Cronológicamente el yacimiento es situado por Pérez Arrondo (1986: 272) en torno al Bronce Antiguo y Medio y en unas fechas de 1500-1200 a.C.

El primero de los momentos estaría representado por cerámicas con decoración campaniforme, y el segundo, por las decoraciones incisas de tipo Protocogotas.

*Bibliografía:*

Pérez Arrondo, 1986: 272, fig. 6.; Pérez Arrondo, Ceniceros y Duarte, 1987: 125, 132 y 136, lám. XLVI.

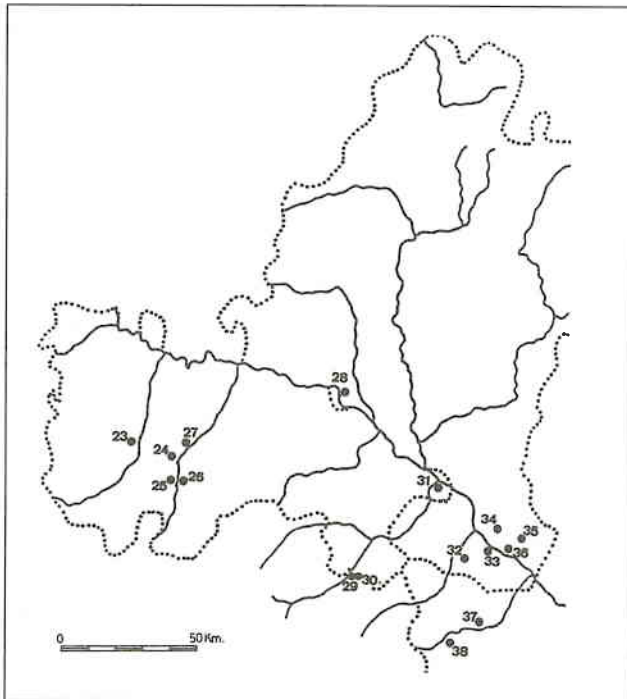
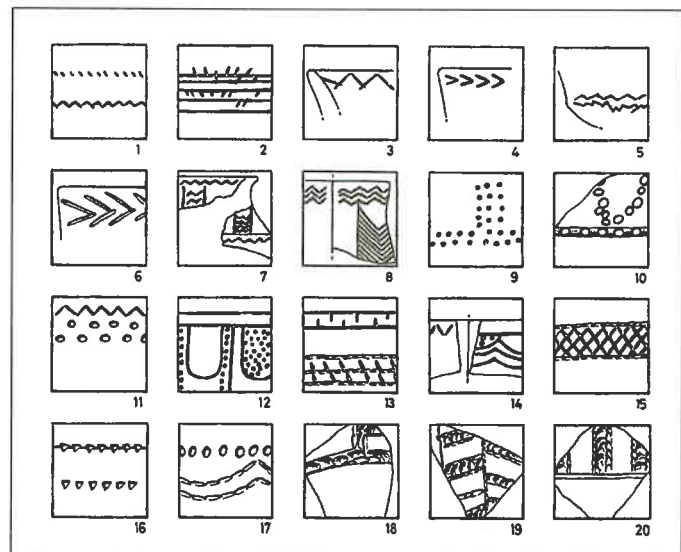


Figura 29. La dispersión de las cerámicas de tipo Cogotas I por el Valle Medio-Alto del Ebro (La Rioja, Sur de Navarra y zona de Borja).

Fig. 30. Motivos decorativos de tipo Cogotas I en el Valle Medio-Alto del Ebro: 1 y 2. Majada Londeras; 3. Peña Miel Superior; 4 y 5. Cueva Lóbreaga; 6, 9 y 10. La Almuza; 7 y 8. Cuesta de la Iglesia; 11-15, 18-20. Cueva de los Lagos; 16 y 17. Peña del Recuenco.



## 26. El Tragaluz/Cueva Sepulcral I-6 (Pinillos, La Rioja)

### *El yacimiento:*

La cueva se encuentra situada a la derecha del río Iregua, frente a la de Peña Miel. Presenta un pasillo de acceso y una sala principal y tiene un carácter sepulcral (enterramientos de inhumación).

### *Los materiales arqueológicos:*

Entre toda la cerámica recogida en la cavidad destaca un cuenco muy fragmentado y con decoración incisa de zig-zag y triángulos rellenos de paralelas, motivos típicos del estilo meseteño<sup>49</sup>, aunque con un marcado carácter peculiar (Fig. 33.7).

### *Cronología y marco cultural:*

El C-14 ofrece una fecha de 1315 ±35 a.C. para los restos humanos recuperados en la cueva, una fecha que se ajusta perfectamente a la cronología admitida para el horizonte de gestación de Cogotas I, paralelo a Cueva Lóbrega, Peña Miel y San Bartolomé, precisamente tres cuevas cercanas en las que se detectan tios decorados con incisión de tipo Protocogotas.

El contexto material en el que se envuelve el vaso inciso acoge producciones lisas que no son ajenas a las tradiciones meseteñas, aunque incluya también ejemplares extraños a este ambiente y que pueden representar el substrato local.

### *Bibliografía:*

Barrios y Ceniceros, 1992: 21; Rodanés, 1989 y 1993; Saiz Quevedo y Fernández Sandino, 1990.

## 27. Cueva de San Bartolomé (Nestares, La Rioja)

### *El yacimiento:*

En una cueva situada a la izquierda del río Iregua, aguas abajo de Cueva Lóbrega. Cuenta con una cámara interior utilizada como lugar colectivo

de inhumación -donde se recuperaron los restos de al menos 12 individuos-, y una zona de hábitat en la entrada.

### *Materiales arqueológicos:*

Los materiales decorados según los estilos cogoteños no parecen muy abundantes, pero si pueden ser significativos. Permanecen inéditos, pero se describen decoraciones incisas, estampilladas y excisas.

### *Cronología y marco cultural:*

Contamos con varias fechas de C-14 para dibujar el encuadre cronológico de la Cueva de San Bartolomé: 1020 ±50 a.C., 1525 ±35 a.C., para el nivel Ia, y 1020 ±25 a.C. y 1000 ±40 a.C. para el nivel I, aquel que se ve afectado por la presencia de especies decoradas con los estilos meseteños.

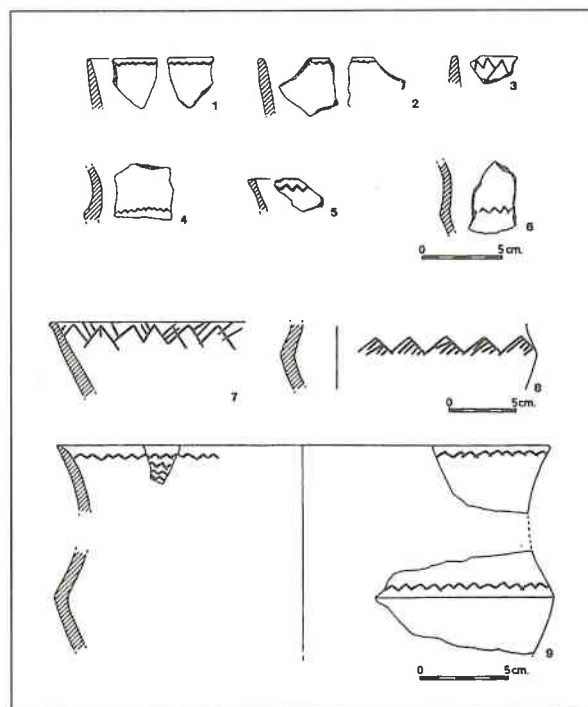


Figura 31. Cerámica de tipo Cogotas I en La Rioja: 1-6. Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros) (Corchón, 1972); 7-9. Peña Miel Superior (Pradillo) (Pérez, Ceniceros y Duarte, 1987).

<sup>49</sup> En un principio, la dispersión de los fragmentos que lo conformaban y una cierta irregularidad de los mismos, llevó a pensar en la presencia de varios vasos con decoraciones similares (Saiz y Fernández Sandino, 1990); sin embargo, con posterioridad se ha podido comprobar como todos los fragmentos, o al menos una gran mayoría, pertenecen a la misma pieza (Rodanés Vicente, 1993: 8).

*Bibliografía:*

Rodanés *et alii*, 1994.

28. La Almuza (Sesma, Navarra)

*El yacimiento:*

El poblado se encuentra en la margen izquierda del Ebro, sobre un pequeño cerro con pendientes pronunciadas.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

De la cima del poblado procede un lote cerámico de cierta amplitud cronológica. Entre las producciones adscritas a la Edad del Bronce destacan cinco ejemplares decorados con técnicas incisas e impresas que podrían estar emparentadas con los estilos ornamentales de Cogotas I (Fig. 30.6, 9 y 10).

*Bibliografía:*

Castiella, 1986: 162-165, fig. 15.6 y 8, y lám. V.1.

29. Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)

*El yacimiento:*

Se encuentra emplazado en la cima de una peña cortada a pico sobre la margen izquierda de un meandro del río Alhama, lo que le imprime un marcado carácter defensivo. El yacimiento es un poblado de reducidas dimensiones asentado sobre una roca y seriamente afectado por la erosión. En la superficie se observan pequeñas oquedades abiertas en la peña, posiblemente destinadas a sentar estructuras de madera.

*Los materiales arqueológicos:*

Procedentes de recogidas superficiales contamos con al menos tres piezas muy claras decoradas con técnicas meseteñas (zig-zag inciso, huellas impresas y guirnaldas de boquique) (Fig. 32.1 y 2; Fig. 30.16 y 17).

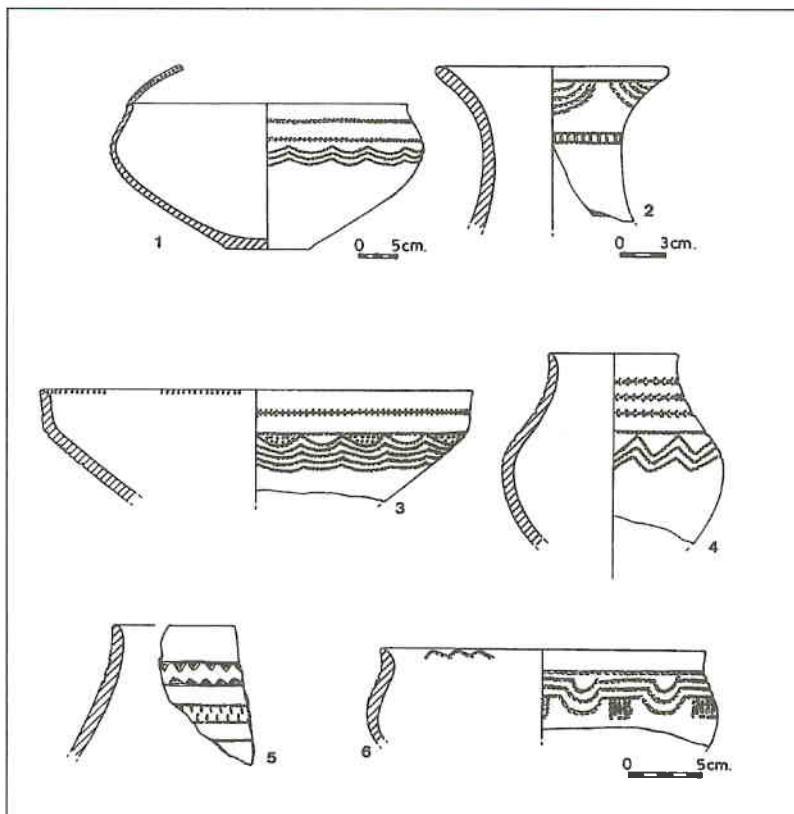


Figura 32. Cerámica de tipo Cogotas I en La Rioja: 1 y 2. Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama) (Hernández Vera, 1983); 3-6. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama) (Hernández Vera, 1982).

*Cronología y Marco cultural:*

Parece que nos encontramos en un momento del Bronce Final local influido por tradiciones de la Meseta, pero también del Bronce Valenciano. La tipología de los hallazgos meseteños, a pesar de que éstos no son muy abundantes, en los que está ausente la decoración excisa, podría apuntar hacia los inicios de la plenitud del grupo Cogotas, en torno al siglo XII a.C.

*Bibliografía:*

Hernández Vera, 1975 y 1983: 69-70; Hernández y Casado, 1976: 26-27.

**30. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)**

*El yacimiento:*

La cavidad se encuentra situada en un escarpe rocoso sobre la margen derecha del río Alhama y en la parte occidental del conjunto arqueológico de Inestrillas, frente al poblado de La Peña del Recuenco. Se trata de una cueva funeraria, siendo las cerámicas allí recuperadas el ajuar depositado para acompañar a los muertos<sup>50</sup>. La entrada pudo estar al nivel del río y quedaría clausurada en época celtibérica, cuando se abre otra desde la ciudad de *Contrebia Leukade*, emplazada en la parte superior del acantilado.

*Los materiales arqueológicos:*

La mayoría de los vasos decorados recuperados en la cueva pertenecen a Cogotas I. Estas cerámicas (Fig. 32.3-6; Fig. 30.11-15, 18 y 19) se decoran con las técnicas y motivos habituales en el grupo meseteño: guirnaldas de boquique, a veces rellenas de puntos impresos, reticulados, líneas cosidas, triángulos rellenos, zig-zags y zonas excisas; y tienen además tipos morfológicos similares a los de aquel: vasos troncocónicos, vasos de cuello cóncavo divergente y perfiles en “S”.

*Cronología y marco cultural:*

Las características ornamentísticas de los vasos encontrados en la cavidad nos hacen pensar en un momento pleno y avanzado de Cogotas I que podría situarse entre el siglo XI y IX a.C. Hemos de entender la Cueva de los Lagos como un espacio funerario vinculado al poblado de la Peña del Recuenco en la Edad del Bronce.

El marco cultural del yacimiento se encuentra altamente influenciado por las tradiciones de Cogotas I, sin embargo, tampoco se puede negar la presencia de otros influjos, como los del Bronce Valenciano, ni la presencia de peculiaridades que podrían ser la plasmación de unas tradiciones locales muy difuminadas.

*Bibliografía:*

Casado y Hernández Vera, 1979; Hernández Vera, 1982: 33-52; 1983: 70.

**31. Eras de San Martín (Alfaro, La Rioja)**

*El yacimiento:*

El yacimiento se encuentra a orillas del Alhama, muy cerca de su desembocadura, al norte del casco urbano de Alfaro y sobre una ligera elevación que domina la ciudad. El poblado está muy afectado por la erosión y la remoción de tierras, que en buena medida han destruido importantes restos arqueológicos pertenecientes, al parecer, a la ciudad romana de *Gracurris* y a un poblado previo de la Edad del Hierro.

*Los materiales arqueológicos:*

Las cerámicas de tradición meseteña han sido encontradas primero en superficie y más tarde en la excavación del yacimiento, aunque su número no parece muy elevado. Sólo se ha publicado un fragmento recogido en prospección, se trata de la parte inferior de una escudilla muy abierta con decoración radial de boquique al interior (Fig.

50 El material antropológico, en su mayor parte recuperado de una colección particular, denuncia la presencia de al menos dos individuos.

33.5). Una forma totalmente ajena a Cogotas I que se incluye dentro de un repertorio claramente vinculado a la Edad del Hierro a Edad del Hierro.

*Cronología y marco cultural:*

Álvarez y Pérez (1987: 80) piensan que se puede tratar de un momento de transición entre Cogotas I y el período representado en El Redal III, lo que podría suponer una fecha próxima al siglo IX a.C. Por nuestra parte somos partidarios de pensar que nos encontramos ante un fenómeno de clara perduración de una técnica de Cogotas I en el valle del Ebro en un momento en el que han empezado a llegar los elementos de Campos de Urnas.

*Bibliografía:*

Álvarez Clavijo y Pérez Arrondo, 1987: 80; Hernández Vera y Casado, 1976: 26-27; Hernández Vera, 1982: 47 y 51; 1983: 70-71, fig. IV.1.

### 32. La Mesa (Ablitas, Navarra)

*El yacimiento:*

Se encuentra en un cerro próximo a la desembocadura del río Queiles en el Ebro

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Sólo existe un fragmento, decorado con boquique y puntos (Fig. 33.4), relacionado con la tradición meseteña. El resto del material son cerámicas lisas y un fragmento decorado con series de incisiones paralelas profundas.

La escasez de información nos impide decantarnos por la adscripción del yacimiento a un período concreto dentro del Bronce Final, aunque la decoración de boquique apunta a la fase de plenitud.

*Bibliografía:*

Hernández Vera, 1983: 71, fig. IV.2.

### 33. El Bocal (Fontellas, Navarra)

*El yacimiento:*

Se trata de un cerro de pequeña altura situado en la margen derecha del río Ebro. En superficie se pueden observar varios “fondos de cabaña”, a pesar

de que el yacimiento se encuentra muy afectado por labores de desmonte.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se reconocen dos fragmentos con decoración de boquique y puntos gruesos y profundos (Fig. 33.1). En este caso la forma y el motivo decorativo pueden estar muy cerca de las realizaciones características de la fase plena de Cogotas I en la Meseta.

*Bibliografía:*

Hernández Vera, 1983: 71, fig. IV.3.

### 34. Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra)

*El yacimiento:*

El poblado se instala sobre una gran atalaya natural en la margen izquierda del Ebro. La cima presenta una forma alargada con el máximo ensanchamiento en el centro. Muestra una ocupación prehistórica que va desde el Bronce Antiguo hasta el Bronce Tardío, además de una fortaleza de época medieval que enmascara las ocupaciones prehistóricas.

*Materiales arqueológicos:*

Los fragmentos decorados con zig-zag y espigas incisivas, boquique y excisión superan la docena y proceden tanto de superficie como de excavación (Fig. 33.3), y se acompañan de producciones lisas o con decoraciones plásticas.

*Cronología y marco cultural:*

Estas piezas, tanto por las decoraciones como por las formas a las que visten, se pueden relacionar con las fases Protocogotas y Cogotas I de la Meseta. El nivel II de Monte Aguilar, aquel donde aparecen las cerámicas decoradas, proporciona dos fechas de C-14: 1365 ±25 a.C. y 1380 ±20 a.C., resultados que encajan con la cronología admitida para la primera fase del desarrollo de Cogotas I en la Meseta, es decir, con Protocogotas.

El contexto cerámico que acompaña a las cerámicas meseteñas en la excavación parece corresponder a un horizonte local propio del Bronce Medio,



con fuertes perduraciones de lo dolménico, que se mantiene hasta el inicio de la penetración de los Campos de Urnas en la región, hacia el siglo IX a.C.

*Bibliografía:*

Beguiristain, 1982, lám. VII, abajo-izq.; Hernández Vera, 1983: 71-72; Sesma, 1991, 1994 y 1995; Sesma y García, 1994b.

**35. Llano de la Modorra/Cabezo de la Mesa (Bardenas Reales, Navarra)**

*El yacimiento:*

Se asienta sobre una elevación de pequeña altura y extensión en la margen izquierda del Ebro.

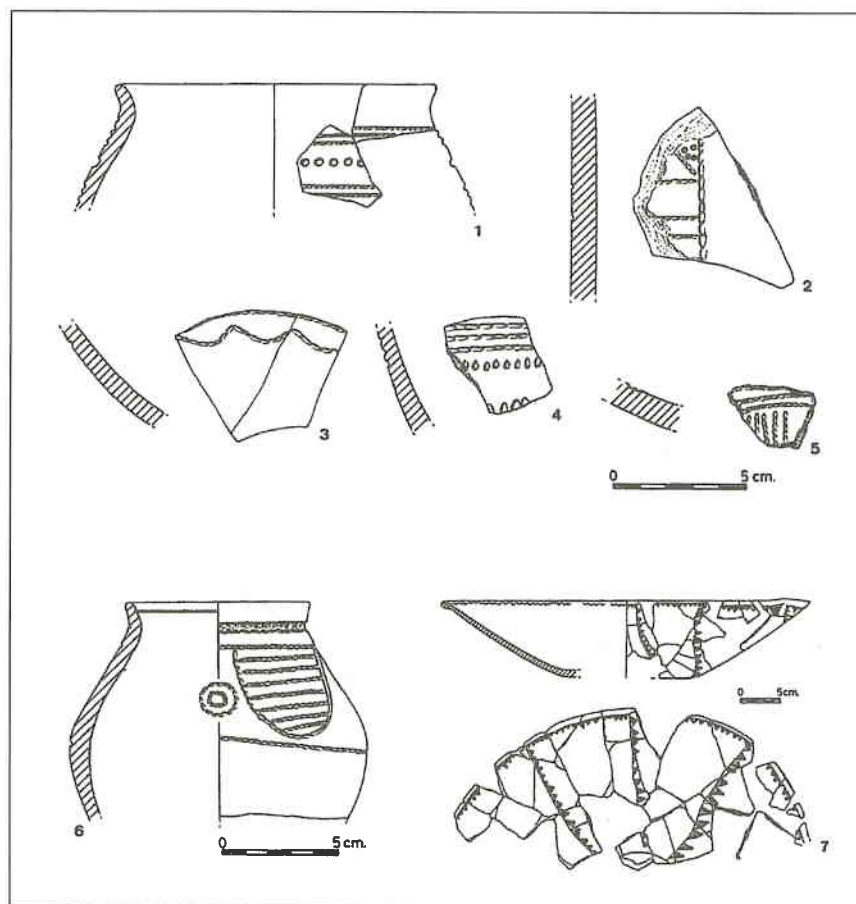
El cerro está muy afectado por la erosión, pero se aprecian alineaciones de piedras y grandes acumulaciones de adobe.

*Materiales arqueológicos:*

Conocemos tres fragmentos procedentes de prospección en los que se observa decoración de boquique y puntos impresos (Fig. 33.2).

*Cronología y marco cultural:*

J. Sesma (1994: 616-617) establece dos fases diferenciadas para este poblado. La primera, representada únicamente por los fragmentos con decoración meseteña, se inscribe en el denominado Bronce Medio-Evolucionado; mientras que el resto



**Figura 33.** 1. El Bocal (Fontellas, Navarra); 2. El Llano de la Modorra (Bardenas Reales, Navarra); 3. Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra); 4. La Mesa (Ablitas, Navarra); 5. Eras de San Martín (Alfaro, La Rioja) (Hernández Vera, 1983); 6. Majada Londeras (Tobía, La Rioja) (Pérez Arrondo, 1986); 7. El Tragaluz (Pinillos, La Rioja) (Rodanés, 1993).

del material, en el cual se incluyen cerámicas a torno celtibéricas, pertenece a un momento de la segunda Edad del Hierro.

*Bibliografía:*

Hernández Vera, 1983: 72, fig. IV.5; Sesma, 1994: 613 y ss.

### 36. Cuesta de la Iglesia A (Bardenas Reales, Navarra)

*El yacimiento:*

El poblado se sitúa sobre la cima y la ladera de un altozano con ventajas defensivas en las proximidades del lecho aluvial del Ebro, en su margen izquierda. Se trata muy erosionado y también afectado por la acción de los furtivos. En la punta noroeste aflora una estructura constructiva, en la ladera se detectan oquedades y hay noticias de la aparición de restos humanos en el interior de grandes vasijas y asociados a manchas cenicientas. En la campaña de excavación de 1992 se excavaron dos fosas, en una de las cuales aparecieron las cerámicas de tipo Cogotas I.

*Materiales arqueológicos:*

Contamos con cuatro fragmentos, lo que supone una presencia testimonial e intrusiva (Sesma, 1994: 592, fig. 194.4, 11, 13 y 14).<sup>51</sup> Se trata de piezas decoradas con incisiones de zig-zag, espigas y trazos cosidos (Fig. 30.7 y 8).

*Cronología y marco cultural:*

Disponemos de una fecha de C-14 obtenida en la Fosa II a partir de restos de hueso que ofrece un resultado de 1275 ±30 a.C. (Sesma, 1994: 590; y 1995: 150), lo que nos sitúa en los últimos momentos del horizonte Protocogotas.

Sesma considera este conjunto como Bronce Medio-Evolucionado, o Bronce Tardío, anterior a los Campos de Urnas en las Bardenas, puesto que

aparecen los ejemplares de tradición meseteña. Sin embargo otorga a estas especies, un carácter meramente intrusivo dentro de un contexto material y cultural de tradición local.

*Bibliografía:*

Sesma, 1994: 588-601; y 1995: 151-152.

### 37. Moncín (Borja, Zaragoza)

*El yacimiento:*

Moncín se encuentra en la cara Noreste de la Muela de Borja, en un lugar sin ventajas defensivas. Durante las fases en las que el yacimiento se encuentra en la órbita de Cogotas I se detectan varias estructuras de piedra, madera y tapial, así como un gran número de silos y hoyos basureros.

Su estratigrafía<sup>52</sup> se resume en cinco fases que van desde el Calcolítico tardío con campaniformes de tipo Ciempozuelos, hasta el Bronce Tardío y Final de Cogotas I, mostrando también una ocupación romana y tardorromana, así como la presencia de testimonios modernos. A pesar de todo, el yacimiento es víctima de una importante alteración estratigráfica causada por la continua excavación de hoyos y fosas.

De toda la secuencia estratigráfica nos interesan sobre todo las fases IIC, IIB y IIA. En estos momentos Moncín está bajo la influencia de la órbita de Cogotas I, y el componente material es muy similar al de la Meseta. En estas fases se observa la presencia de cabañas de tendencia rectangular, de suelos enlucidos de arcilla y arena compactadas, con huellas de postes, a veces en el interior de trincheras, zócalos bajos, terrazas de piedra, muros de tapial, y hogares. También aparecen los silos de almacenamiento, que en este caso, al contrario de lo que es habitual en la cuenca del Duero, no aparecen amortizados como basureros.

51 Los vasos 11 y 13 se reproducen también en Sesma y García (1994a: fig. 6. abajo, izquierda).

52 Sobre el yacimiento de Moncín se vienen realizando sucesivas campañas de excavación desde 1979 a cargo de R. Harrison y G. Moreno, de la Universidad de Bristol (Inglaterra).

### *Materiales arqueológicos:*

Los materiales cerámicos de tipo Cogotas I en las Fases IIC, IIB y IIA de Moncín son muy abundantes. Según el informe final (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 244-245) ascienden a 401 los fragmentos decorados con técnicas y motivos meseteños; un volumen que se repartiría de la siguiente forma: 361 ejemplos de motivos incisos, 31 de boquique y 9 de excisión.<sup>53</sup> Esta amplia representación de especies decoradas supone además una buena proporción dentro del total de piezas. Una muestra de los esquemas formales y decorativos se presenta en la Figura 34 de este trabajo. La vinculación entre motivos y técnicas ornamentales se muestra en la Figura 35.

La decoración incisa (Fig. 35.1-7) está presente en temas de guirnaldas, zig-zag, espiga o espina de pez, reticulados, triángulos y trazos cortos, rectos u oblicuos. Los motivos impresos (Fig. 35.8-11) se reducen a los puntillados, que rellenan bandas o áreas delimitadas por incisión. El boquique aparece bien representado en Moncín por guirnaldas y líneas rectas o quebradas en zig-zag (Fig. 35.13-16). Por último existen 9 fragmentos decorados con excisión con motivos de ajedrezado, áreas rectangulares y triángulos (Fig. 34.8; Fig. 35.17-20). Entre las formas destacan los perfiles de fuentes carenadas, los cuencos de amplia boca, las pequeñas escudillas de suave perfil en "S", los vasos globulares con cuello y boca abierta, así como un par de vasos bitroncocónicos.

Los análisis de pastas de la cerámica de tipo Cogotas de Moncín apuntan a una fabricación local de las mismas.

### *Cronología y marco cultural:*

Contamos con un buen número de fechas de C-14 para datar la ocupación de Cogotas I en

Moncín, lo que nos permite establecer, en fechas no calibradas, un segmento temporal que podríamos delimitar entre *c.* 1350 a.C. y *c.* 1100 a.C. A este mismo paréntesis cultural parecen responder las cerámicas decoradas descritas, en las que observamos en primer lugar la presencia de un momento Protocogotas, caracterizado por las decoraciones únicamente incisas e impresas (Fig. 34.1-3 y 10-13), y en segundo lugar una ocupación posterior, propia de la plenitud de Cogotas I, con boquique, zonas punteadas y excisión (Fig. 34.6-9). También parecen coincidir los datos radiocarbónicos con la idea de un abandono del poblado antes de que el grupo alcance su fase avanzada, dada la presencia meramente testimonial de la cerámica excisa y la no excesiva complicación de los temas de boquique.

La presencia de hoyos, la alta proliferación de especies decoradas con los estilos propios de Cogotas I, así como la semejanza de las producciones lisas, nos inclinan a pensar que los pobladores de Moncín durante sus Fases IIA, IIB y IIC estaban culturalmente vinculados a los grupos que ocupaban en aquellos momentos la Submeseta Superior. A este respecto es interesante ver como algunas de las escasas piezas metálicas del enclave, como es el caso de las puntas de flecha de aletas y pedúnculo, son del mismo tipo que las identificadas en las estaciones de Cogotas I. Sin embargo, tampoco está exento el poblado de la Muela de ciertas peculiaridades que pueden estar indicando la pervivencia de un substrato indígena o de cierta independencia en la evolución de los temas decorativos.

### *Bibliografía:*

Moreno López, 1984a y 1984b; Moreno y Andrés, 1985; Harrison, 1988; Harrison y Moreno, 1990; Harrison y Moreno y Legge, 1987 y 1994.

53 (Harrison, Moreno y Legge, 1994: figs. 14.13, 14.14, 14.16 y 14.17; fig. 18./Inventario n.os 24, 40, 41, 42, 63-65, 86, 87, 91, 125, 129-147, 149-151?, 155-159, 161-162?, 165, 166, 197?, 199?, 200-214, 218, 249-251, 254, 255, 258, 285, 289, 298-300, 310, 315, 316, 320, 321, 323?, 328, 344?, 350, 353, 357, 383, 386, 408, 409, 412, 414, 415, 479, 500?, 502-503?, 524, 531, 532, 535?, 540, 566-568, 581, 590, 593, 594, 603, 983-998, 1005, 1052, 1054, 1056, 1067, 1083, 1084, 1117-1122, 1144, 1186, 1187, 1189, 1351, 1353, 1364, 1365, 1430-1448, 1490, 1493, 1494, 1655, 1657-1664, 1683, 1684, 1699, 1703, 1745, 1795-1997, 1810, 1811, 1999, 2002, 2047, 2055-2058 y 2064).

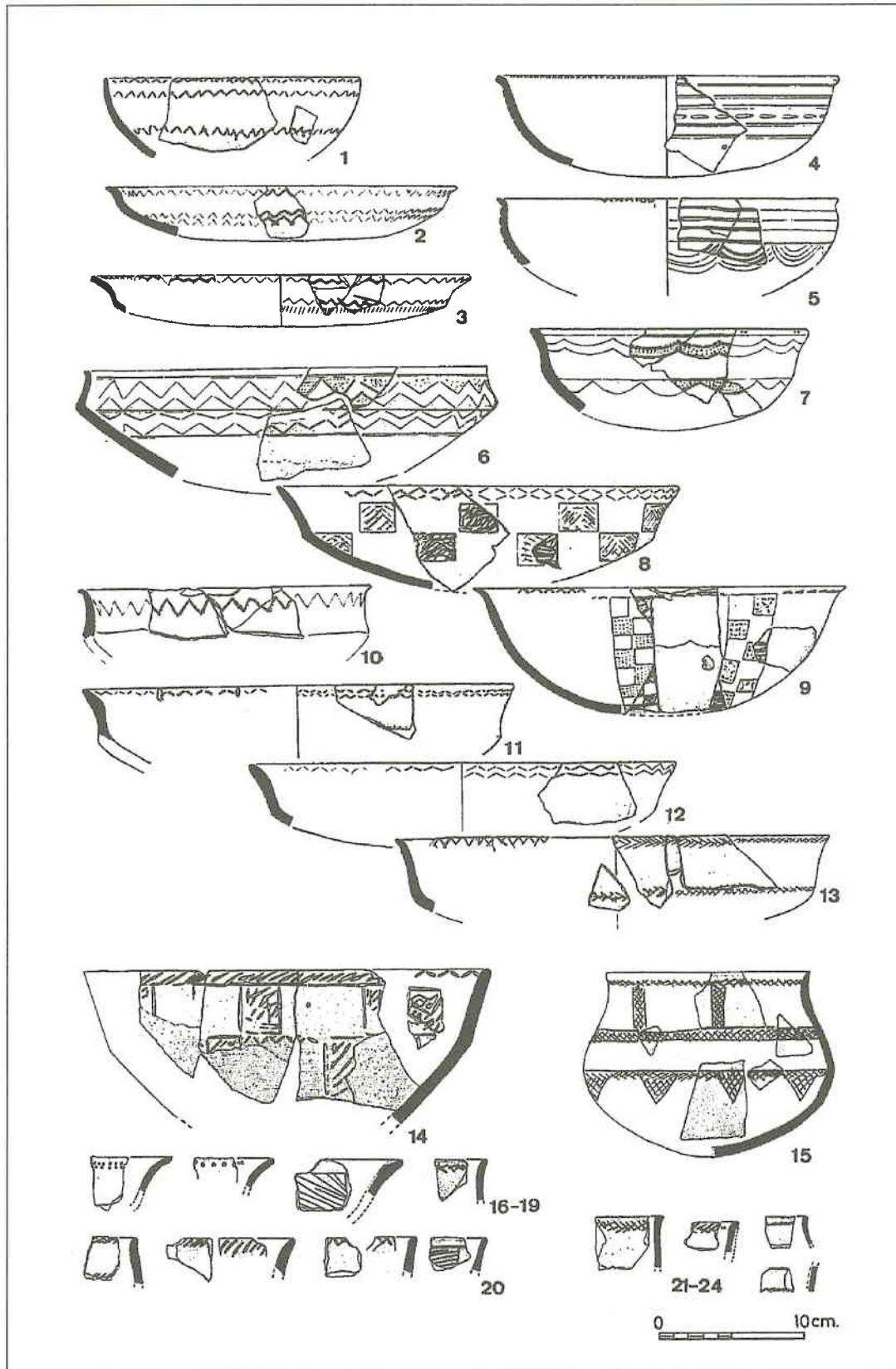


Figura 34. Cerámicas de fase Protocogotas y Cogotas I pleno de Moncín (Borja, Zaragoza) (Harrison, Moreno y Legge, 1994).

### 38. Cabezo de la Guarda (Alcalá de Moncayo, Zaragoza)

La única noticia sobre la presencia de elementos de Cogotas I en este yacimiento procede de un trabajo de Aguilera (1995: 215) en el que al analizar

el poblamiento celtibérico de la zona hace una introducción sobre los períodos precedentes.

*Bibliografía:*

Aguilera, 1995: 215.

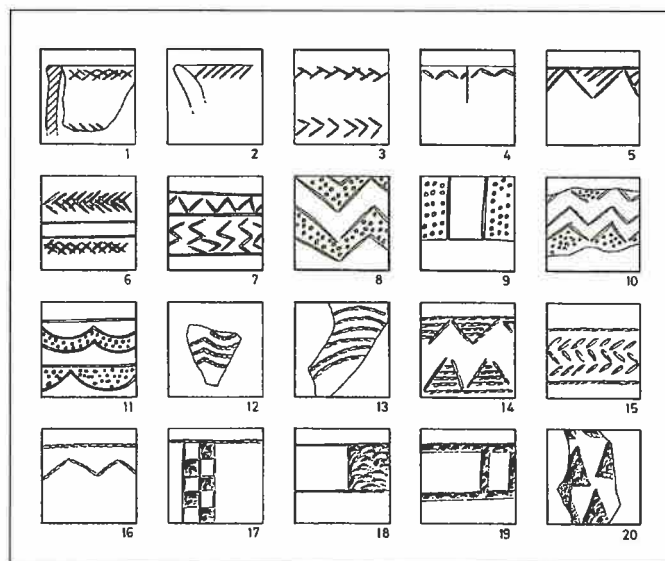


Figura 35. Motivos decorativos de tipo Cogotas I de Moncín (Borja, Zaragoza): 1-7. incisos; 8-11. inciso-impresos; 13-16. de boquique; 17-20. excisos.

### VALLE DEL JALÓN-ALTO HUERVA (Fig. 36)

#### 39. Covarrubias (Ciria, Soria)

*El yacimiento:*

Cueva localizada a orillas del río Manubles. En uno de los sectores excavados se pudo constatar un nivel romano, mientras que en el otro la estratigrafía se muestra alterada por procesos posdeposicionales.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

El peso de las especies decoradas de tipo meseteño es el principal de la ocupación prehistórica. Sólo se constata la presencia de decoración incisa (zig-zag, trazos oblicuos y triángulos rellenos de otros triángulos decrecientes). También aparecen grandes vasijas con decoración plástica e impresiones digitales.

Sin duda nos encontramos ante un momento de la fase Protocogotas, dentro de un yacimiento plenamente integrado en el grupo Cogotas I, a pesar de que puedan establecerse algunas peculiaridades derivadas de su posición en los márgenes de lo que se considera grupo original.

*Bibliografía:*

Jimeno, 1984a: 53-54; Ortego, 1969.

#### 40. Castilviejo (Yuba-Medinaceli, Soria)

*El yacimiento:*

Se localiza en un espolón cortado verticalmente sobre el suelo, en la vega del río Valladares, pequeño afluente del Jalón. Se conservan en el reborde norte de la plataforma los vestigios de una muralla que defendía el único punto accesible del

poblado, aunque no es probable que su erección date del Bronce Final.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Las especies de Cogotas I constituyen un conjunto bastante importante (Fig. 37). La decoración está realizada con técnicas de incisión, excisión y boquique. Las formas sobre las que se realizan estas decoraciones son generalmente troncocónicas y carenadas.

Tanto las decoraciones como las formas llevan a fechar este asentamiento de Cogotas en su fase plena y avanzada. Sin embargo, se documentan algunas piezas con acanalados y un vaso exciso (Ortego, 1961, fig. 4), que pertenecen a una ocupación de la primera Edad del Hierro.

*Bibliografía:*

Jimeno, 1984a: 61-62 y fig. 156; Ortego, 1961: 164-166, figs. 11, 12 y 13; Ortego, 1964.

**41. Cerro Uciel (Arcos del Jalón, Soria)**

*El yacimiento:*

Se trata de una cueva situada al pie del cerro, a orillas del río Jalón.

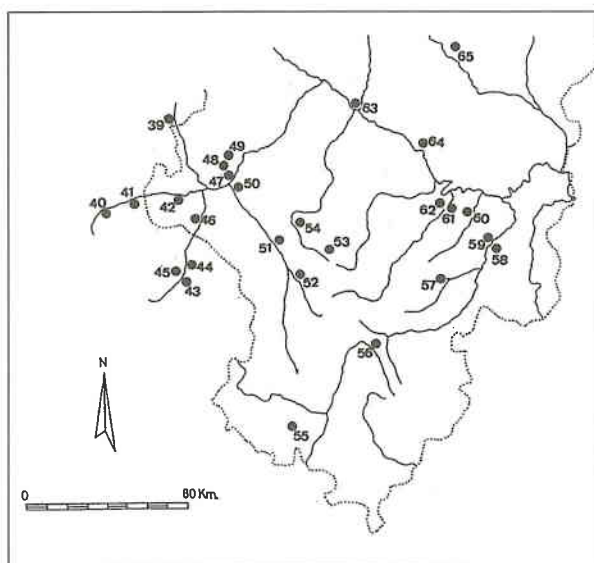


Figura 36. Dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I por el Valle del Jalón y el Interior de Aragón.

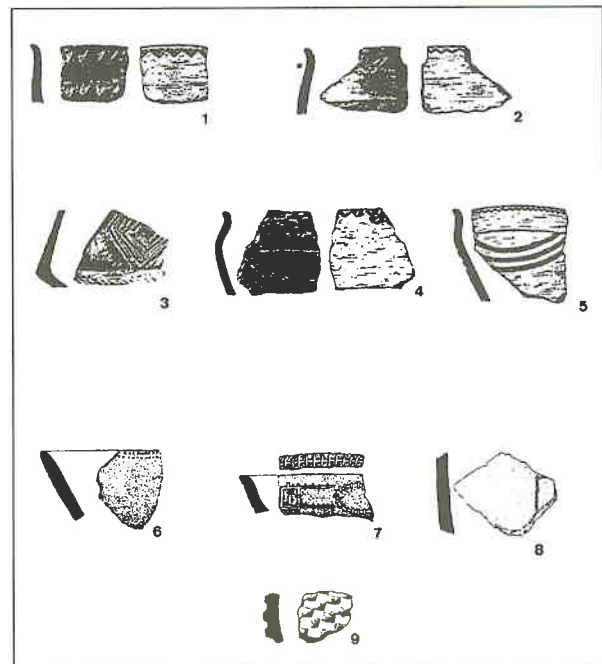


Figura 37. Castilviejo de Yuba (Soria) (Ortego, 1964; Jimeno, 1984a).

*Materiales y Adscripción cultural y cronológica:*

Se menciona la presencia de «fragmentos cerámicos del tipo llamado “del Boquique”, decorados con incisiones hechas con palito» (boquique) junto a tres utensilios de pedernal, por lo que podríamos llevar la ocupación del yacimiento al Bronce Final.

*Bibliografía:*

Taracena, 1941: 39.

**42. (Alhama de Aragón, Zaragoza)**

*El yacimiento:*

Se desconoce el lugar exacto de procedencia de los materiales

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se conocen dos fragmentos de forma troncocónica y decoración incisa y de guirnalda de boquique (Fig. 38.1 y 2). Ambos ejemplares pueden incluirse en la tradición decorativa más pura de la fase de plenitud de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Esteve Gálvez, 1944: lám. IV; figs. 3 y 4.



#### 43. Cabeza del Molino (Mochales, Guadalajara)

##### *El yacimiento:*

Poblado situado en un lugar destacado, sobre la margen izquierda del río Mesa, en el que se ha localizado una cabaña de planta rectangular con paredes de ramaje y barro.

##### *Materiales arqueológicos:*

Al parecer las cerámicas de Cogotas I, con las formas y decoraciones típicas de esta cultura, son la base material del poblamiento en el enclave (Fig. 38. 3-8).

##### *Cronología y marco cultural:*

A juzgar por las descripciones de las decoraciones y por los perfiles de los vasos -bitroncocónicos, escudillas de fondo umbilicado, fuentes troncocónicas, recipientes en forma de botella- parece que nos encontramos en un momento avanzado de Cogotas I, en torno al siglo IX a.C.

En este caso, parece que nos encontramos ante un auténtico enclave del grupo cogoteño dentro de tierras del valle del Ebro, en una zona de contacto con la Submeseta Sur, a pesar de que

puedan localizarse aspectos materiales ajenos, propios de un substrato indígena que parece quedar muy apagado con la llegada de los influjos mesetefios.

##### *Bibliografía:*

Cebolla Berlanga, 1992-93.

#### 44. Piedra Cuatro Onzas (Provincia de Guadalajara)

##### *El yacimiento:*

En la margen derecha del río Mesa, cerca del anterior.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La cerámica de tipo Cogotas I de este yacimiento es importante numéricamente. Las decoraciones son impresas, incisas, de boquique y de excisión que apuntan, junto con otros elementos materiales asociados, a un momento avanzado del desarrollo de Cogotas I, quizás en convivencia con los influjos de Campos de Urnas.

##### *Bibliografía:*

Cebolla Berlanga, 1992-93.

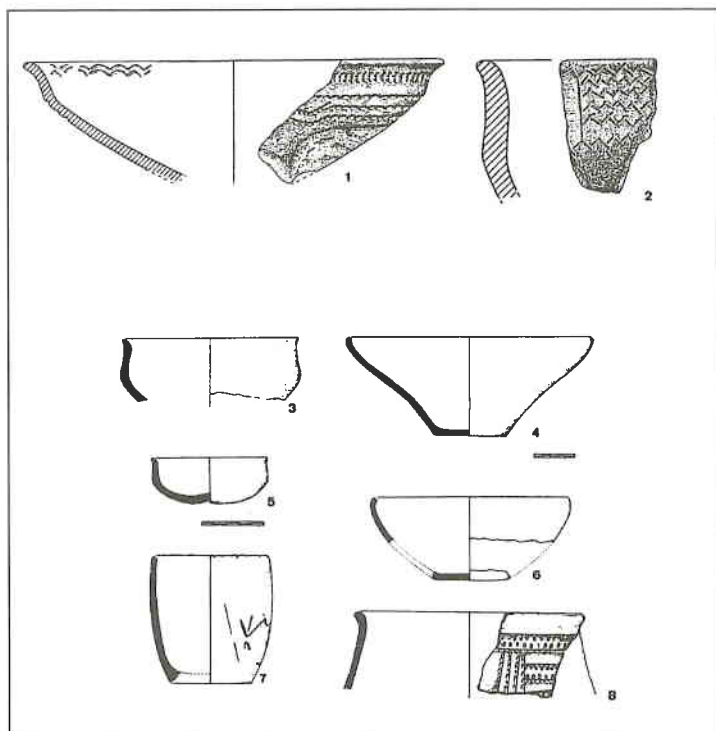


Figura 38. 1 y 2. Alhama de Aragón (Zaragoza); 3-8. Cabeza del Molino (Mochales, Guadalajara) (Cebolla, 1992-3).

#### 45. La Taína (Provincia de Guadalajara)

##### *El yacimiento:*

Se localiza en una terraza fluvial, a la izquierda del río Mesa, y sin preocupaciones defensivas.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Únicamente se describe un fragmento decorado con retícula incisa, dentro de un contexto de cerámicas groseras lisas y decoradas con cordones digitados que pudiera interpretarse como una influencia puntual de Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Cebolla Berlanga, 1992-3; 177.

#### 46. (Ibdes, Zaragoza)

##### *El yacimiento:*

Desconocido, sólo se menciona la existencia de un lugar entre Ibdes y Jaraba, a orillas del río Mesa.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Presencia de cerámicas de tipo Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Eiroa, 1982: 150 y mapa n.º 2; Pellicer, 1984: 418.

#### 47. Castillos de los Almantes (Calatayud, Zaragoza)

##### *El yacimiento:*

No podemos asegurar que todos los materiales procedan del mismo enclave, sin embargo, todas las indicaciones nos llevan a localizar un espacio dentro de la Sierra de los Almantes<sup>54</sup>.

##### *Materiales arqueológicos:*

Contamos con un considerable conjunto de piezas cerámicas decoradas al estilo de Cogotas I. Están presentes vasos con formas y decoraciones características de este grupo, tales como son las

fuentes carenadas y los motivos ornamentales incisos, impresos, excisos y de boquique (Fig. 39.1-11).

##### *Cronología y marco cultural:*

Los distintos motivos decorativos descritos en las cerámicas de Calatayud parecen abarcar todo el desarrollo temporal de Cogotas I. Desde los diseños realizados únicamente mediante incisión propios de Protocogotas, hasta los temas de boquique y excisos que visten perfiles más evolucionados y que podrían pertenecer a un momento más avanzado, coincidente con la plenitud del grupo, e incluso llegar a rebasarlo. Por lo tanto, parece que los influjos de Cogotas I se dejan sentir en los Almantes ya en el Bronce Medio (siglo XIII? a.C.) y continúan de forma más o menos intensa durante todo el Bronce Final (siglos XII a IX a.C.).

##### *Bibliografía:*

Almagro, 1939: 153-4, fig. 4; 1952, vol. 2: 209-210; Barandiarán y Martín Bueno, 1971-72: 67-69, figs. 9 y 10; Hernández Vera, 1983: 73; Martín Bueno, 1980.

#### 48. Virgen de Cigüela (Torralba de Ribota, Zaragoza)

##### *El yacimiento:*

Se localiza en un cortado, en la margen derecha de la desembocadura del barranco de la Virgen en el río Ribota, cercano a Calatayud y al Cementerio de los Moros.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Destacan varios fragmentos decorados con incisión y técnica de boquique que pueden relacionarse con la fase plena de Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Hernández Vera, Millán y Núñez, 1990: 58.

<sup>54</sup> Es posible, y por ello hemos de tenerlo en cuenta, que alguno o todos los materiales de tipo Cogotas I reunidos en "Calatayud" pertenezcan a los yacimientos de El Cementerio de los Moros o La Virgen de Cigüela que estudiaremos a continuación, puesto que éstos se encuentran dentro de la Sierra de los Almantes y muy próximos a la ciudad bilbilitana.

49. Cementerio de los Moros (Cervera de la Cañada, Zaragoza)

*El yacimiento:*

Se localiza en lugar destacado, en la ladera NE de los Castillos Pequeños de la Sierra de los Almantes y se conoce por prospección.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En este lugar se recogieron fragmentos de cerámica decorados con incisión, impresión y técnica de boquique, que a veces enmarca áreas excisas, por lo que podemos encontrarnos en un momento de la fase plena de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Hernández Vera, Millán y Núñez, 1990: 57;  
Millán y Hernández Vera, 1991: 433.

50. Los Santos (Maluenda, Zaragoza)

*El yacimiento:*

Se sitúa en un pequeño cerro elevado y aislado. Se trata de un yacimiento inédito reconocido sólo en superficie.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Entre la cerámica se reconocen algunos fragmentos, muy escasos, con incisión de zig-zag y

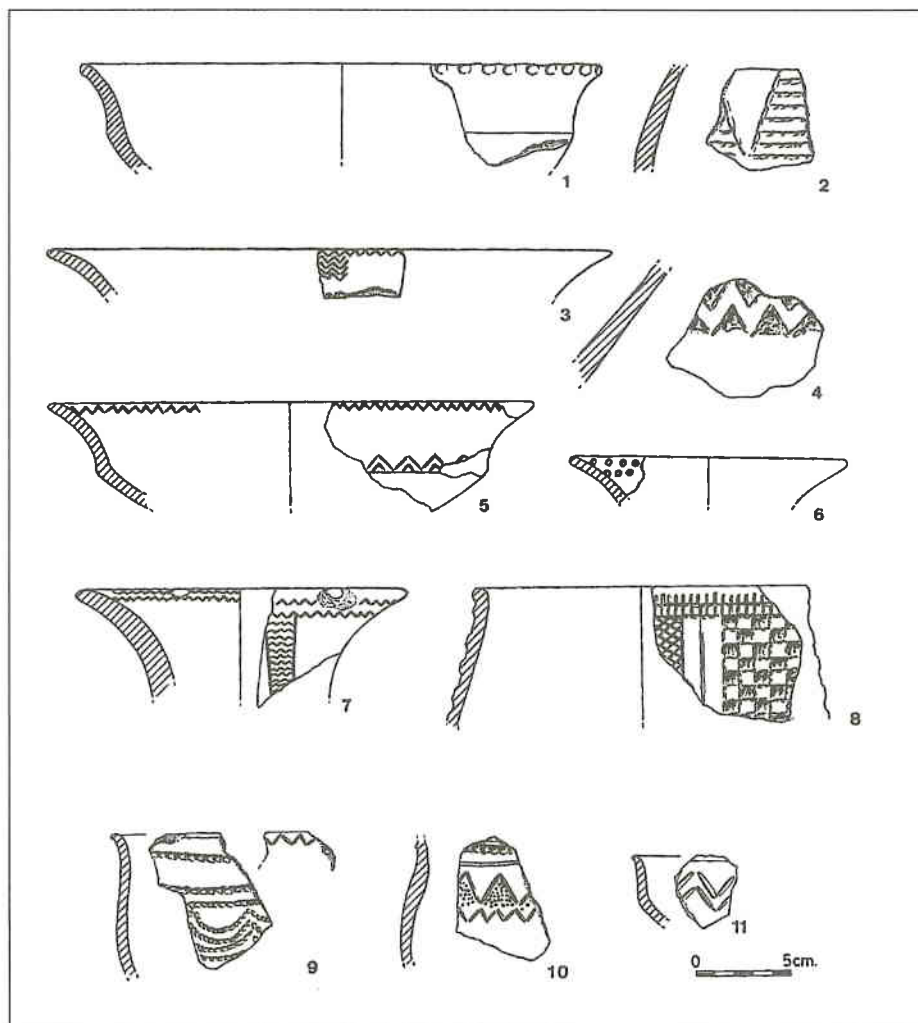


Figura 39. Los Castillos de los Almantes (Calatayud, Zaragoza) (Barandiarán y Martín Bueno, 1971-2; Martín Bueno, 1980).

trazos verticales, e incluso un ejemplar con decoración de grandes triángulos excisos, sobre vasos carenados.

*Bibliografía:*

Martín Bueno, 1975: 284; Gimeno y Galindo, 1987: 485-486.

### 51. Piedra la Lanza (Daroca, Zaragoza)

*El yacimiento:*

El poblado ocupa un espolón rocoso tallado por fuertes desniveles salvo en el extremo NE. La parte alta se encuentra totalmente erosionada y se alcanza por un paso estrecho. En la parte más accesible del poblado, al NE, se construyó un foso de 30 m. de ancho.

*Los materiales arqueológicos:*

Procedentes de prospección contamos con al menos tres fragmentos decorados con técnicas y motivos de la órbita de Cogotas I, sobre formas carenadas nada ajenas al mismo (Fig. 40.1, 2 y 3).

*Cronología y marco cultural:*

Parece que nos encontramos con un horizonte local de la Edad del Bronce que estaría muy influenciado por el Bronce Valenciano, sobre el que incidirían los elementos de Cogotas I, posiblemente iniciado ya el Bronce Final.

*Bibliografía:*

Aranda Marco, 1986: fig. 76.50; fig. 66.18; Aranda Marco, 1987; Burillo, 1993 (dir): 173-174; Picazo, 1990: 135-136.

### 52. El Castillejo (Lechago, Teruel)

*El yacimiento:*

Se trata de un imponente cerro aislado, una verdadera fortaleza natural con acusados escarpes y un desnivel de 40 m. En toda la plataforma se conservan restos constructivos de época medieval que enmascaran las ocupaciones previas.

*Materiales arqueológicos:*

Procedentes de prospección se cuentan dos fragmentos, uno de ellos dudoso, con decoración de boquique (Fig. 40.4 y 5).

*Cronología y marco cultural:*

Se puede detectar una ocupación propia de la Edad del Bronce de características locales donde inciden los elementos de Cogotas I, aunque parece ser que de una forma muy desdibujada, ya en su fase plena.

*Bibliografía:*

Burillo, 1979 y 1980; Hernández Vera, 1983: 73.

### 53. El Castillo (Piedrahita, Teruel)

*El yacimiento:*

Un gran cerro defensivo en el que aparecen restos de muros y que sólo se reconoce por prospecciones superficiales.

*Adscripción cultural y cronológica:*

Entre los restos cerámicos se recogen algunos con decoraciones incisas, impresas, excisas y de boquique, de tipo meseteño (Fig. 40.8-14), muy posiblemente relacionadas con la influencia de este grupo en un momento pleno, o más bien, avanzado de su desarrollo.

*Bibliografía:*

Simón, Loscos y Martínez, 1991: 355-356, n.ºs 7, 8, 9, 10 y 11.

### 54. San Bartolomé (Villadoz, Zaragoza)

*El yacimiento:*

Se encuentra ubicado en un cerro de laderas con fuertes pendientes y una cima ligeramente amesetada. Sobre el mismo se intuyen dos posibles recintos defensivos y las ruinas de una ermita.

*Adscripción cultural y cronológica:*

Los materiales cerámicos aparecen tanto en la cima como en las laderas. De entre ellos cabe destacar la presencia de fragmentos decorados con líneas onduladas paralelas de boquique (Fig. 40.6 y 7), que indican la llegada de los influjos de tipo Cogotas I en la fase de plenitud.

*Bibliografía:*

Delgado, 1993: 289-290

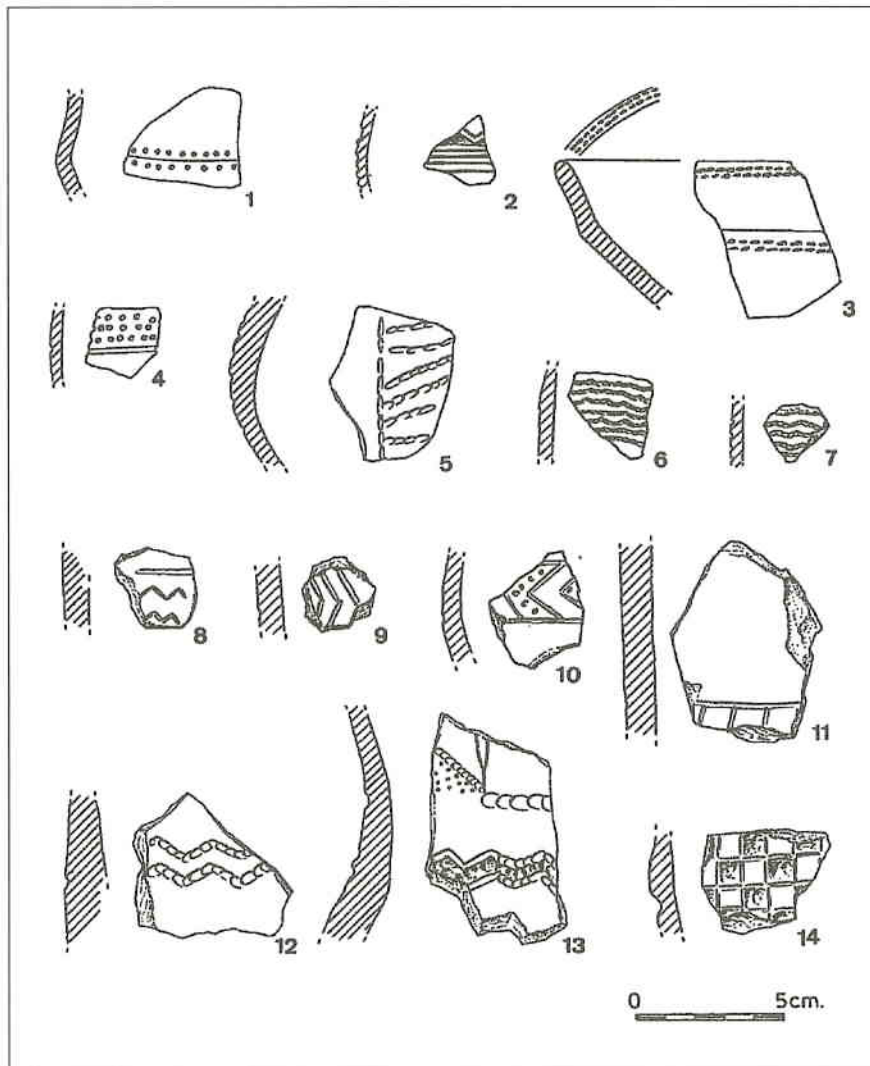


Figura 40. 1-3. Piedra la Lanza (Daroca, Zaragoza) (Aranda, 1986); 4 y 5. El Castillejo (Lechago, Teruel) (Burillo, 1979); 6 y 7. San Bartolomé (Villadoz, Zaragoza); 8-14. El Castillo (Piedrahita, Teruel) (Delgado, 1993).

## ■ INTERIOR DE ARAGÓN (Fig. 36)

### 55. Tajada Bajera (Bezas, Teruel)

#### *El Yacimiento:*

Se encuentra ubicado sobre un gran peñasco de cumbre amesetada, en la margen del arroyo Regachuelo, dentro de la cuenca alta del Guadalaviar. En la superficie se observan huellas del asiento de cabañas primitivas, hoyos semicirculares y algún canalillo de desviación de aguas. En el extremo Sur del yacimiento se encuentra una grieta natural cubierta por una gran piedra, en cuyo interior se recuperaron algunos restos humanos.

#### *Materiales arqueológicos:*

Además de un gran vaso de perfil en S ricamente decorado con cenefas y bandas de boquique y excisión rellenas de pasta blanca (Fig. 41.1), existen otras piezas ornadas con motivos incisos de espigas y zig-zags (Fig. 41.1) de clara vinculación al horizonte Cogotas I, sin que conozcamos el número exacto.

#### *Cronología y marco cultural:*

Siguiendo las pautas definidas por la tipología, contamos el primer lugar con cerámicas incisas y de boquique que puede caracterizar un momento inicial de la plenitud del grupo (Fig. 41.1), algunas

de las cuales, las que únicamente presentan zig-zag inciso al interior y al exterior del borde, podrían encuadrarse en el momento de formación o Protocogotas. En segundo lugar tenemos el gran vaso exciso y de boquique, donde la complicación de los temas decorativos, la presencia de excisión, y su perfil morfológico, apuntan a un momento avanzado-final de Cogotas I.

Tajada de Bezas parece ser un yacimiento de la Edad del Bronce local, con una clara influencia de las tradiciones del Bronce Valenciano, donde inciden con fuerza las tradiciones cerámicas de Cogotas I. En este sentido, el yacimiento pudo actuar como una especie de punto de referencia para la redistribución de las influencias meseteñas, un lugar a partir del cual se alcanzaran las rutas por las que se accederá al interior

de Aragón y al norte del País Valenciano.

*Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 117-118; Esparza, 1990: 117-118; Hernández Vera, 1983: 73; Ortego, 1951: fig. 22.1, 2, 3, 4, 6 y 8; 1953: 15-17; Ruiz Zapatero, 1985: 461.

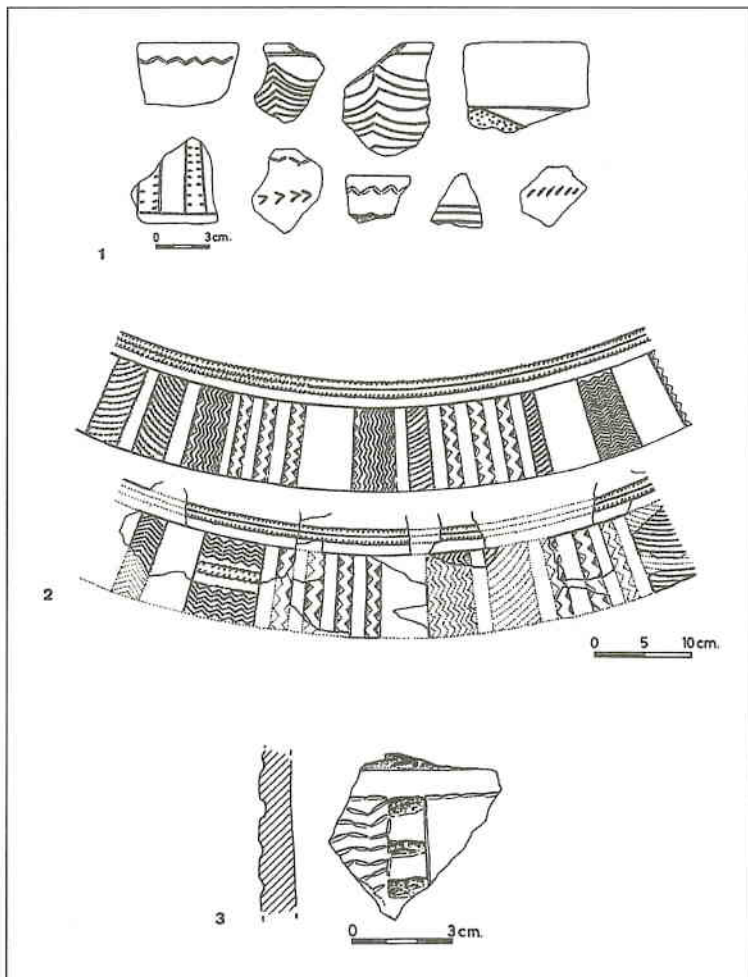
**56. La Muela (Galve, Teruel)**

*El yacimiento:*

Se trata de un emplazamiento auténticamente defensivo, ubicado sobre un cortado de caliza en la margen izquierda del río Alfambra.

*Materiales arqueológicos:*

Sólo contamos con un fragmento de filiación meseteña recogido en superficie y que se decora con una boquique y excisión (Fig. 41.1).



**Figura 41.** 1. Cerámicas decoradas incisas e impresas recogidas en superficie en Tajada Bajera (Bezas, Teruel) (Ortego, 1951); 2. Desarrollo de la decoración de vaso exciso de Tajada Bajera (Ortego, 1951); 3. La Muela de Galve (Teruel) (Ruiz Zapatero, 1982a).



#### *Cronología y Marco Cultural:*

El fragmento decorado con motivos meseteños no parece concordar con la cronología que se asigna al resto del material recuperado en el yacimiento. El primero nos llevaría a unas fechas entre los siglos XII y IX a.C., mientras que el contexto cerámico es bastante homogéneo y definible dentro de los Campos de Urnas de la primera Edad del Hierro. Por lo tanto podría tratarse bien de un contacto entre las dos corrientes a finales del siglo IX a.C., bien de una perduración de elementos arcaicos en momentos avanzados, bien de la muestra de una ocupación previa.

#### *Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 160; Burillo, 1979: fig. 8.10; Ortego, 1945: 161-163; Ruiz Zapatero, 1982a: 80, fig. 1.

#### **57. Mas del Hambre (Los Olmos, Teruel)**

##### *El yacimiento:*

Se encuentra sobre un cabezo de difícil acceso y que domina el río Alchoza. La cima del monte forma una meseta en la que se observa toda una serie de casas pertenecientes a la primera Edad del Hierro.

##### *Materiales arqueológicos:*

Hay noticias de la aparición en superficie de un fragmento decorado con boquique que permanece.

##### *Cronología y Marco Cultural:*

Se trata de una cerámica con decoración de tipo Cogotas dentro de un yacimiento claramente adscrito a la primera Edad del Hierro, no anterior al siglo VI a.C. Por lo que hay que optar por un fenómeno de perduración tipológica o por la presencia, en alguna parte del yacimiento, de una ocupación del Bronce Final.

##### *Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 198; Escudero y Álvarez, 1979; Hernández Vera, 1983: 74.

#### **58. Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel)**

##### *El yacimiento:*

Se sitúa en un cerro de fuerte pendiente, al sureste de Alcañiz, en la margen derecha del Guadalope. La excavación arqueológica descubrió algunos muros correspondientes a varias viviendas, siendo las más antiguas de planta rectangular y con muros de piedra, y en las fases posteriores de tipo circular con muros de entramado de arcilla, barro y troncos.

##### *Materiales arqueológicos:*

Procedentes de prospección se cuenta en este yacimiento con una cazuela carenada con decoración de zig-zag en el labio, y triángulos excisos y dos bandas quebradas de zig-zag delimitadas por boquique y rellenas de puntos al exterior (Fig. 42.3). A esta pieza se pueden añadir otros ejemplares carenados lisos que recuerdan a las típicas cazuelas presentes en los poblados de Cogotas I de la Meseta (Fig. 42.4-6).

##### *Cronología y marco cultural:*

Tras las últimas intervenciones se puede hablar de una ocupación relativamente larga del cabezo, que se pudo iniciar en el Bronce Medio, a juzgar por las fechas radiocarbónicas más elevadas, y finalizar en la primera Edad del Hierro, si valoramos las cerámicas acanaladas. A pesar de ello, podemos mantener que los influjos meseteños llegan a este poblado en un momento pleno del desarrollo de la cultura de Cogotas I<sup>55</sup>.

##### *Bibliografía:*

Aguilera, 1984: 305; Atrián *et alii*, 1980: 83; Benavente, 1985: fig. de la p. 242, 1987: 32-35; 1992-93: 109; fig. 2.1, 2, 3 y 7); Sanmartí-Gregori, 1980: fig. 2.1 y 4, fig. 3.3 y 4; Rodanés, 1990: 310; Vicente, 1982.

55 Conocemos una serie de fechas radiocarbónicas que proporcionan un intervalo cronológico (en fechas sin calibrar) entre 1500 y 1270 a.C. (González, Sánchez y Villafranca, 1991: 368-369; Castro, Micó y Sanahuja, 1995: nota 39). Las fechas son: 1500 ±90, 1470 ±90, 1460 ±90, 1390 ±130, 1390 ±90, 1370 ±90, 1280 ±80 y 1270 ±90; sin embargo, no parece que ninguna se asocie directamente a las cerámicas de Cogotas I.

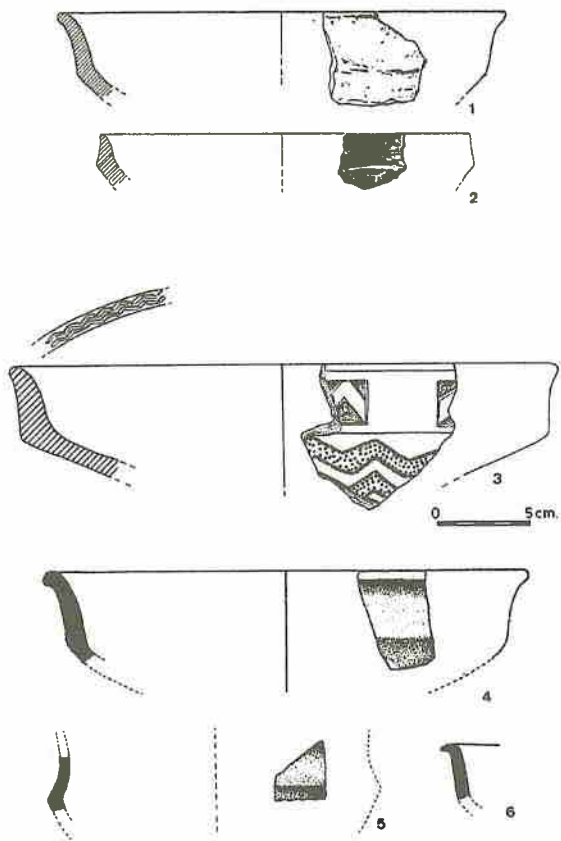


Figura 42. 1 y 2. Fuetes carenadas de Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel) (Benavente, 1985-6); 3-6. Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel) (Benavente, 1985; Sanmartí-Gregó, 1980).

### 59. Siriguarach (Alcañiz, Teruel)

#### *El yacimiento:*

El poblado se encuentra en la margen izquierda de la Val del Hueso y se sitúa sobre un cerro alargado con un gran espolón de arenisca que divide el yacimiento en dos áreas claramente diferenciadas. Las viviendas, construidas sobre las laderas, adquieren forma rectangular y utilizan muros de piedra en la base y adobes en la parte superior.

#### *Los materiales arqueológicos:*

La relación con la Meseta se establece a partir de una serie de cerámicas lisas que presentan formas carenadas y troncocónicas paralelizables con las de Cogotas I (Fig. 43.7 y 8), aunque más tarde Maya (1986: 113) nos informa de una conferencia pronunciada por A. Álvarez García donde se habló

de la presencia de boquiques en el Cabezo del Cuervo y en Siriguarach.

Ruiz Zapatero (1982b: 45-49) distingue, además de un grupo de materiales de Campos de Urnas -en el que se incluiría el vaso con triángulos contrapuestos excisos, cuyo perfil es ajeno a Cogotas I y que se vincula al grupo del Alto Ebro (Fig. 43.9)-, un conjunto de piezas pertenecientes al substrato indígena del Bronce Final/primera Edad del Hierro, en el que incluye la fuente troncocónica relacionada con Cogotas.

#### *Cronología y marco cultural:*

La mayoría de los materiales del contexto apuntan hacia un momento de la primera Edad del Hierro, entre los siglos VIII y VII a.C., por lo tanto, si las cerámicas carenadas se inscribieran en el mismo conjunto habría que considerarlas como una pervivencia del substrato indígena. La presencia de testimonios de Cogotas I en El Siriguarach puede vincularse a la existencia de los mismos en el vecino Cabezo del Cuervo, donde la cerámica de tipo meseteño es más evidente y se inscribe en un contexto del Bronce Final.

#### *Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 84; Ruiz Zapatero, 1982b: fig. 6.3 y 5.

### 60. Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)

#### *El yacimiento:*

Se sitúa sobre un cerro, en la margen izquierda del Regallo, aislado y de difícil acceso por todas sus vertientes. Se conservan restos de habitaciones con muros de piedra y planta cuadrangular, y tres niveles arqueológicos. En la zona más elevada existen unas balsas para la recogida de agua de lluvia.

#### *Materiales arqueológicos:*

La relación con Cogotas I se establece, en principio, a partir de fuentes carenadas lisas (Fig. 42.1 y 2) y de un fragmento decorado con boquique. Más tarde, durante las excavaciones de 1986 su nivel superficial proporcionó diversos fragmentos de

cerámicas decoradas con boquique, campos puntillados y excisiones pertenecientes al estilo de Cogotas I.

En este caso los estudios mineralógicos realizados por la Dra. M. D. Gallart indican «...una clara dicotomía entre el conjunto mayoritario, de fabricación local, y las decoradas con técnica de boquique, de composición radicalmente distinta y ajena a los materiales del entorno» (Andrés, 1990: 92).

*Cronología y marco cultural:*

El Cabezo Sellado, presenta una ocupación desde el Bronce Antiguo hasta los inicios de los Campos de Urnas, con elementos del Bronce Medio/Final acompañados de influencias ajenas al contexto regional como son las cerámicas de Cogotas I, las cuales se pueden fechar en un momento en torno al cambio de milenio.

*Bibliografía:*

Andrés, 1990, 92; Andrés y Benavente, 1991a; 1991b; 1992; Atrián *et alii*, 1980: 83; Benavente, 1985-86; 1992-3.

### 61. Las Talayas (Samper de Calanda, Teruel)

*El yacimiento:*

Se sitúa en lo alto de un cerro, a la derecha del río Martín y cerca de su desembocadura en el Ebro.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se menciona la existencia de un único fragmento decorado con boquique recogido entre un conjunto de materiales de diferentes épocas, sobre todo de la Edad del Bronce.

*Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 211; Eiroa, 1982: 150 y mapa n.º 2; Hernández Vera, 1983: 74 (a través de A. Álvarez); Maya, 1992: fig. 4.

### 62. Cabezo Redondo (La Puebla de Híjar, Teruel)

*El yacimiento:*

Se instala en un lugar elevado sobre el terreno circundante, a la izquierda del río Martín y muy próximo al anterior.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se ha localizado un único fragmento decorado con boquique dentro de un contexto general de cerámicas pertenecientes al Eneolítico y al Bronce Antiguo y Medio.

*Bibliografía:*

Atrián *et alii*, 1980: 204; Eiroa, 1982: 150 y mapa n.º 2; Hernández Vera, 1983: 74 (a través de A. Álvarez); Maya, 1992: fig. 4.

### 63. Mina Real (Zaragoza Capital)

*El yacimiento:*

Poblado situado en altura sobre la orilla izquierda del Ebro y frente al Castillo de Miranda. En superficie se adivinan ciertas estructuras y cabañas con hogares.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Maya menciona cerámicas con decoración excisa y de boquique y, tras la excavación del poblado, Álvarez lo considera un auténtico yacimiento de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Álvarez García, 1992-93: 53; Maya, 1992: 516-520, y mapa de la fig. 4.

### 64. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza)

*El yacimiento:*

Se encuentra a los pies de un montículo destacado dentro de la comarca de los Monegros, a la izquierda del Ebro.

*Materiales arqueológicos:*

Se habla de varios ejemplares decorados con excisión y boquique (Fig. 43.4-6), lo que parece apuntar hacia una presencia testimonial de la tradición cerámica de la Meseta. Destaca una urnita con una profusa decoración a base de líneas incisas, trazos espigados, triángulos excisos y rombos de boquique.

*Cronología y marco cultural:*

Las cerámicas de este poblado hacen pensar que nos encontramos en un momento antiguo de los

Campos de Urnas de la comarca. Los vasos decorados con boquique muestran grandes paralelos formales y decorativos con otros ejemplares de este mismo complejo, como Roquizal de Rullo y Numancia, por lo que hay que pensar en este caso en una clara perduración de la técnica decorativa de Cogotas.

*Bibliografía:*

Maya, 1986: 105-112, lám. III.1, 2 y 3.

**65. Torrollón (Usón, Huesca)**

*El yacimiento:*

Se localiza en ladera, a una elevada altitud. En superficie se observan restos constructivos abundantes.

*Materiales arqueológicos:*

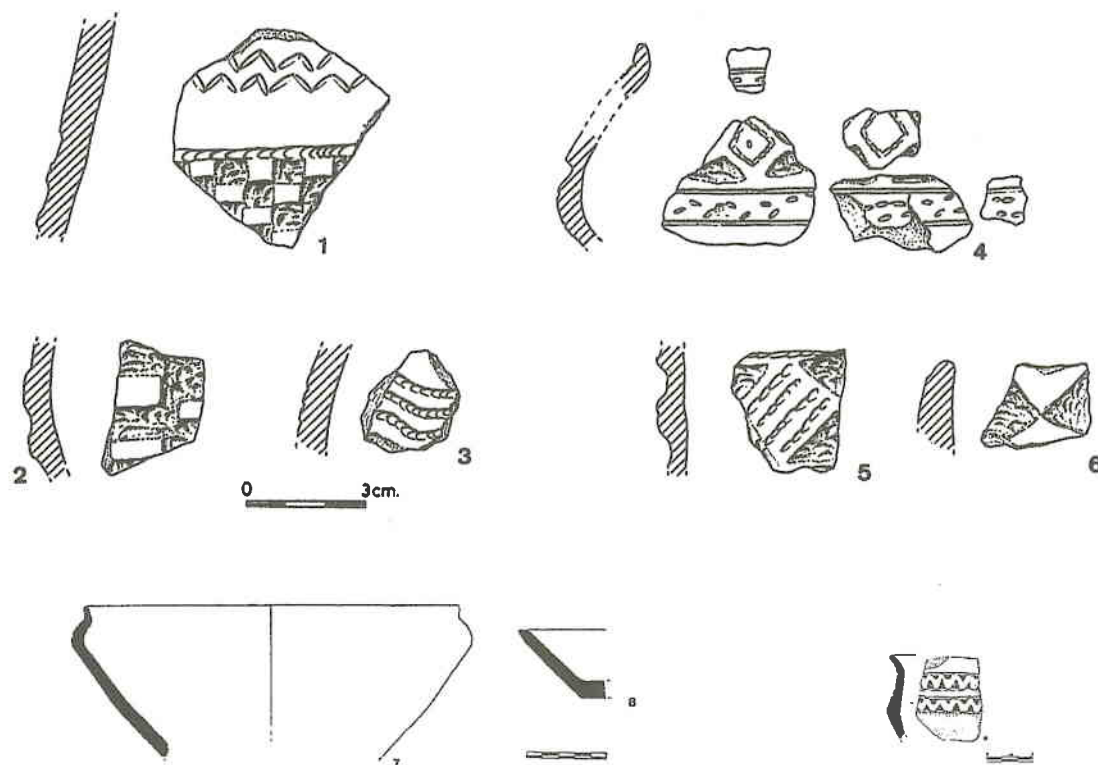
Se conocen tres fragmentos con decoración incisa, excisa y de boquique (Fig. 43.1-3)<sup>56</sup>.

*Cronología y marco cultural:*

Rey afirma que en este yacimiento se produce una larga ocupación desde el Bronce Antiguo hasta los inicios del Bronce Final, momento al que pertenecerían los citados y dudosos fragmentos decorados de tipo Cogotas I. En cualquier caso, nos enfrentamos ante una presencia testimonial y derivada, de la tradición meseteña, que no dejaría de ser intrusiva.

*Bibliografía:*

Rey Lanaspá, 1987: 71-79, láms. 7-9 y 11-15.



**Figura 43.** 1-3. Torrollón II (Usón, Huesca) (Rey, 1987); 4-6. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza) (Maya, 1986 -sin escala-); 7-9. Siriguarach (Alcañiz, Teruel) (Ruiz Zapatero, 1982b).

<sup>56</sup> Estas piezas presentan una gran indefinición, puesto que los motivos excisos son muy simples, y de la misma manera pueden caracterizar las cerámicas de Cogotas I que las de la primera Edad del Hierro. La única prueba que mantiene la duda sobre la adscripción a Cogotas I de estos fragmentos es la convivencia de las técnicas de incisión, excisión y boquique en una misma pieza.

## LA SUBMESETA SUR (Fig. 44)

### 66. El Cerro de la Horca (Pantoja, Toledo)

#### *El yacimiento:*

Se instala sobre un cerro situado en la confluencia de los ríos Gansarinos y Guatén. Se trata de un campo de hoyos afectado por la extracción de arcilla.

#### *Materiales arqueológicos:*

Las cerámicas procedentes de esta intervención no se han publicado, aunque se menciona el predominio de las producciones de cocina y la presencia de excisión.

#### *Cronología y adscripción cultural:*

Sus excavadores adscriben los hoyos detectados en el Cerro de la Horca a Cogotas I y, a partir de los materiales llevan la ocupación al cambio de milenio, por lo que tendríamos que pensar en un momento de la fase de plenitud del grupo.

#### *Bibliografía:*

Rincón y Rayón, 1990.

### 67. Fuente Amarga (Pantoja, Toledo)

#### *El yacimiento:*

Asentamiento en llano afectado por la extracción de áridos, en el que se ha detectado una fosa cuya base, sellada por piedras, albergaba los restos de una inhumación.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Sólo se menciona la presencia de decoración de boquique y de cerámica con ungulaciones en el enterramiento.

#### *Bibliografía:*

Carrobes, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186-187.

### 68. Testero (Numancia de la Sagra, Toledo)

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se trata de un poblado donde en superficie conviven hallazgos cerámicos de Cogotas I y elementos de tradición de Campos de Urnas. Los

primeros se reducen a fuentes carenadas lisas, algunos boquiques atípicos y, probablemente, ciertas decoraciones incisas muy finas (Fig. 46.3-5). Esta vinculación se interpreta como una prueba de un contacto entre los últimos grupos de Cogotas I, o por lo menos de un substrato cultural indígena directamente descendiente de Cogotas I (Epi-Cogotas), y los primeros elementos de tradición de los Campos de Urnas.

#### *Bibliografía:*

Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1988: 259 y fig. 1. También figura señalado en un mapa de dispersión de los elementos de Cogotas I por la Submeseta Sur publicado por Blasco (1992: 283, fig. 1-A).

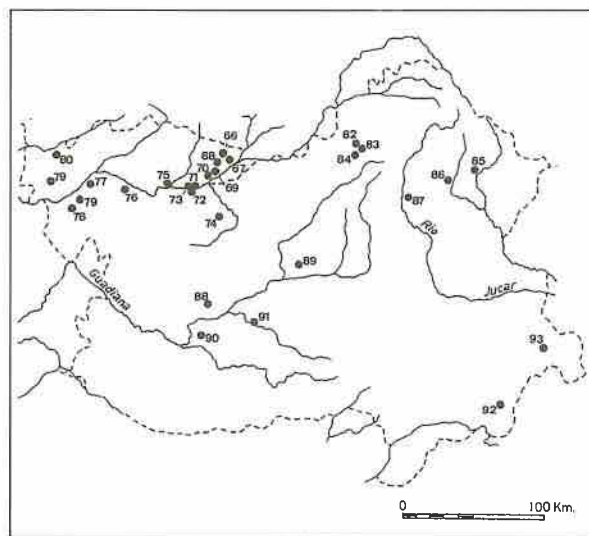


Figura 44. Dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I por la Submeseta Sur (Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete).

### 69. La Bóveda (Villaseca de la Sagra, Toledo)

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Las cerámicas de este yacimiento se decoran con boquique, excisión e incisión (espigas y cremalleras).

#### *Bibliografía:*

Carrobes, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186-188.

## 70. Higares (Mocejón, Toledo)

### *El yacimiento:*

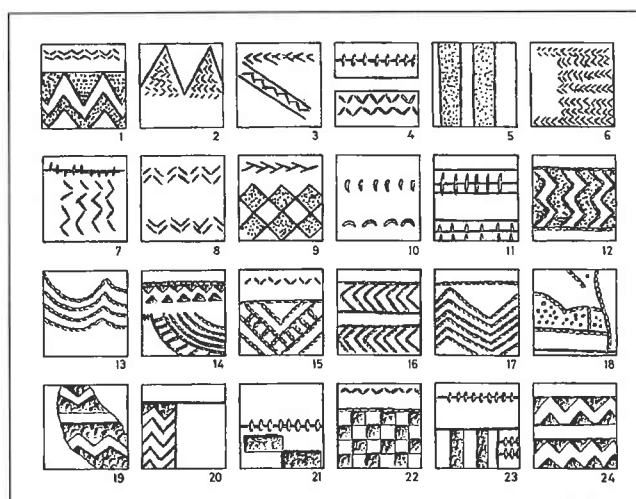
Se asienta sobre una superficie de suaves lomas.

### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Cerámicas de boquique pertenecientes a la fase Cogotas I pleno.

### *Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 188; Fernández Miranda *et alii*, 1990: 28 y 29; Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1988: 257.



## 71. Casco Antiguo (Toledo Capital)

### *El yacimiento:*

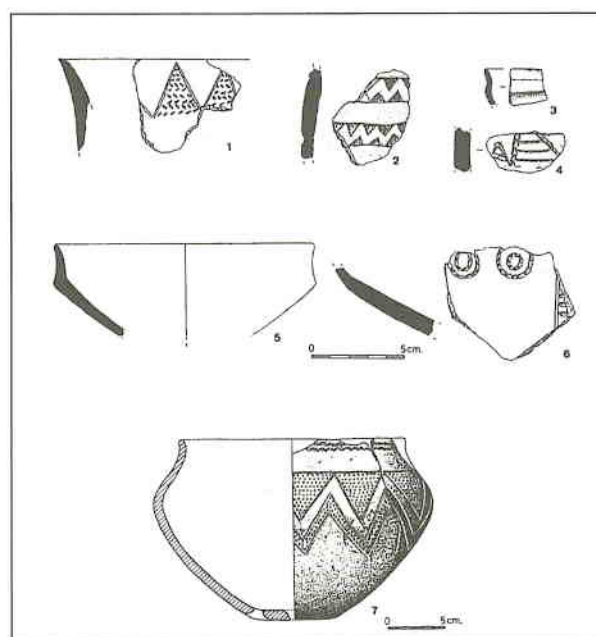
La capital toledana se asienta sobre un peñón destacado en la margen derecha del Tajo y rodeado por este río. El poblado prehistórico queda completamente enmascarado por las ocupaciones posteriores.

### *Materiales arqueológicos:*

Los fragmentos de tipo Cogotas I proceden de dos excavaciones de urgencia realizadas en el casco histórico de la ciudad de Toledo: *La Plaza de*

Figura 45. Motivos decorativos de tipo Cogotas I en la Submeseta Sur: 1. Malpica (Toledo); 2 y 24. Mora (Toledo); 3, 4, 7, 10, 11, 13 y 19. El Castillo (Huete, Cuenca); 5, 14 y 15. El Otero (Caracenilla, Cuenca); 18. El Amarejo (Albacete); 21. Pico de la Muela (Cuenca); 6, 8, 9, 12, 16, 17, 20, 22 y 23. Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca).

Figura 46. Cerámicas tipo Cogotas I de Toledo: 1 y 2. Cerro del Castillo (Mora de Toledo) (Carrobles, Muñoz y Rguez, 1994); 3-5. Testero (Numancia de la Sagra) (Ruiz y Lorrio, 1988); 6. Plaza de los Postes (Toledo) (Carrobles, 1990); 7. Olivares de la Fuente (Malpica) (Carrobles, Muñoz y Rguez, 1994).





*los Postes*, n.º 4 (Carrobles, 1990) y *La Iglesia de Santa María la Blanca* (Alvaro y Pereira, 1990: 207; Prieto, 1990: 471).

De La Plaza de los Postes procede un fragmento decorado con incisión y círculos concéntricos de boquique (Fig. 46.6). En Santa María la Blanca sólo se han encontrado «...*algunos fragmentos de boquique, desgraciadamente sin contexto.*» (Alvaro y Pereira, 1990: 207).

*Cronología y marco cultural:*

Es posible que nos encontremos en un momento de la fase plena de Cogotas UI y ante un verdadero enclave de tipo Cogotas.

*Bibliografía:*

Alvaro y Pereira, 1990: 207; Carrobles, 1990; Prieto Vázquez, 1990: 471.

#### 72. Cerro del Bu (Toledo TM)

*El yacimiento:*

El Cerro del Bu forma parte de llamado “torno” de Toledo; se encuentra situado en la orilla izquierda del Tajo y en su confluencia con el arroyo de la Degollada, en una posición claramente estratégica. En las excavaciones efectuadas en el poblado, dentro de la fase de la Edad del Bronce se documentan un bancal/muralla y una estructura de habitación con postes de madera, un hogar y un molino *in situ*<sup>57</sup>.

*Materiales arqueológicos:*

Las cerámicas de Cogotas I, inéditas, se asocian al Corte 5, excavado en los años 1983 y 1984, donde sólo parece documentarse la fase final del asentamiento de la Edad del Bronce.

*Cronología y marco cultural:*

Los autores del estudio piensan que la aparición de cerámicas de Cogotas I en esta región no significa la interrupción ni modificación del hábitat, por lo que se podría tratar únicamente de

un caso de difusión de la producción cerámica sin transformación del substrato local preexistente.

*Bibliografía:*

Alvaro y Pereira, 1990.

#### 73. Consejería de la Presidencia (Toledo Capital)

*El yacimiento:*

Asentamiento en llano a los pies del peñón toledano con cerámicas de tipo Cogotas I.

*Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 187.

#### 74. Cerro del Castillo (Mora, Toledo)

*El yacimiento:*

Sobre un cerro destacado

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se han dado a conocer dos fragmentos decorados de estilo Cogotas I. El primero decorado con triángulos y espigas, y el segundo con dos series de triángulos excisos (Fig. 46.1 y 2). La presencia de este último motivo podría ser un indicativo de cronología plena o avanzada. Por el momento sólo podemos sospechar la presencia de un horizonte del Bronce Final, posterior a la ocupación del Bronce Pleno detectada en el yacimiento, sin que podamos asegurar si se puede adscribir enteramente a Cogotas I o sólo se ve influido por sus cerámicas.

*Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: fig. 7.2 y 3; Ruiz Zapatero y Lorrio Alvarado, 1988: 257.

#### 75. Calaña (Albarreal de Tajo, Toledo)

*El yacimiento:*

Asentamiento en llano.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se menciona la presencia de cerámicas decoradas con boquique y espiga incisa de fase Cogotas I.

57 Entre las cerámicas recuperadas sobre este suelo destacan algunos fragmentos correspondientes al complejo Cogotas I, por lo que podemos decir que este tipo de alfarería forma parte del ajuar doméstico del poblado.

*Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186.

**76. Olivares de la Fuente (Malpica, Toledo)**

*El yacimiento:*

Asentamiento en llano.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Sólo se publica un vaso de estilo Cogotas I decorado con dos líneas incisas de zig-zag, grandes triángulos rellenos de puntos, y una banda de zig-zag (Fig. 46.7; Fig. 45.1).

*Bibliografía:*

Blasco, 1992: 287; Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186 y fig. 7.1.

**77. Pico de la Muela-Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)**

*El yacimiento:*

El conjunto de Arroyo Manzanas lo conforman tres cerros de diferente forma y extensión pero

de aproximada altura, dos de los cuales se vuelcan hacia la vega (La Muela y La Fragua) mientras que el tercero se localiza detrás de éstos y es el de mayores dimensiones y menor pendiente.

*Materiales arqueológicos:*

Entre la cerámica del yacimiento se pueden distinguir algunos fragmentos decorados con excisión, boquique e incisiones propias de Cogotas I (Fig. 47.1-5).

*Cronología y marco cultural:*

Según el autor del estudio parece muy verosímil que el cerro de La Muela contenga el núcleo principal de Cogotas I y algunos niveles de culturas anteriores, mientras que en los otros dos cerros se concentrarían las etapas posteriores. Los fragmentos que aquí nos ocupan parecen apuntar hacia un horizonte de plenitud de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Moreno Arrastio, 1990.

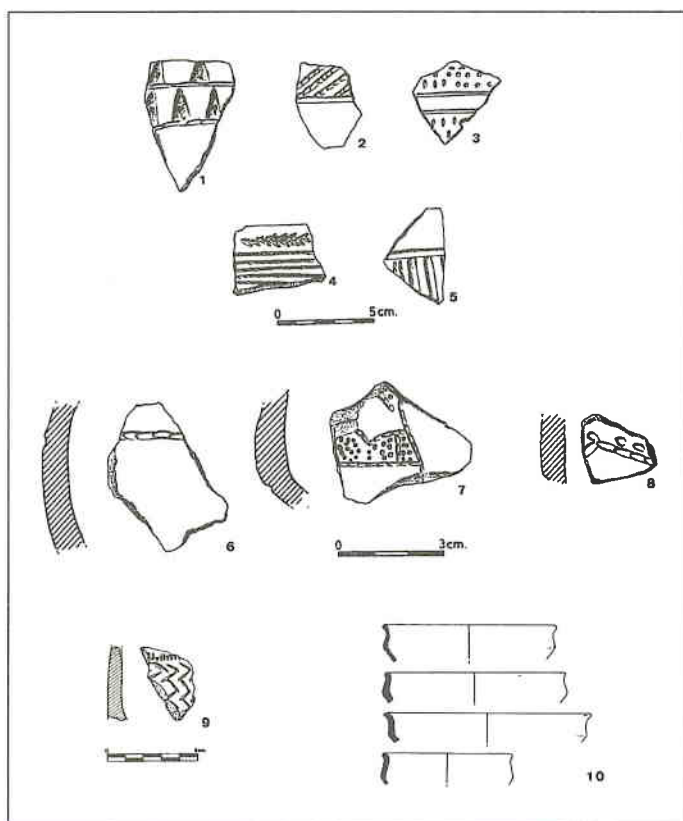


Figura 47. 1-5. Pico de la Muela-Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo) (Moreno, 1990); 6-9. El Amarejo (Bonete, Albacete) (Sánchez G<sup>a</sup>-Arista, 1985 y 1989); 10. El Castellón (Hellín, Albacete) (López Precioso, 1993 -sin escala-).

**78. Carpio I (Belvís de la Jara, Toledo)**

Yacimiento asentado en llano. Inédito.

*Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186.

**79. El Golín (Oropesa, Toledo)**

Yacimiento asentado en llano Inédito.

*Bibliografía:*

Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 186.

**80. (Navalcán, Toledo)**

Indicios del momento de disgregación de Cogotas I a partir de prospecciones superficiales en este término municipal.

*Bibliografía:*

Pereira Sieso, 1994: 47-48.

**81. (Alcaudete de la Jara, Toledo)**

Indicios del momento de disgregación de Cogotas I a partir de prospecciones superficiales en este término municipal.

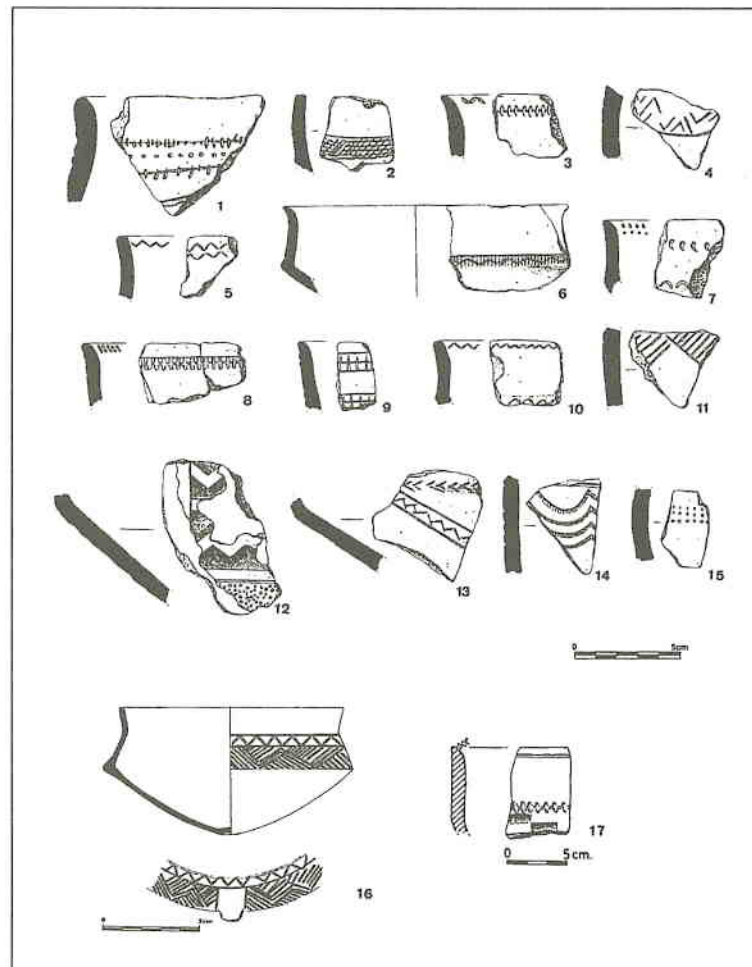
*Bibliografía:*

Pereira Sieso, 1994: 47-48.

**82. Castillo de Huete (Huete, Cuenca)**

*El yacimiento:*

Se localiza en lo alto de un cerro sobre el que se ha detectado la presencia de fondos de cabaña que podrían pertenecer a la ocupación prehistórica.



**Figura 48.** Ejemplares de tipo Cogotas I en Cuenca: 1-15. El Castillo (Huete) (Martínez y Martínez, 1988); 16. El Castillo (Reillo) (Maderuelo y Pastor, 1981); 17. Pico de la Muela (Valera de Abajo) (Valiente, 1981).

#### *Materiales arqueológicos:*

Las cerámicas de tipo Cogotas I de este yacimiento proceden de la prospección superficial y de contextos alterados dentro de la excavación de la Alcazaba medieval. El número de ejemplares es muy elevado, similar al de cualquier ocupación de este tipo en la zona nuclear. Las formas también son las habituales en los yacimientos cogoteños, al igual que las decoraciones, donde contemplamos temas incisos, impresos, excisos y de boquique (Fig. 48.1-15; Fig. 45.3, 4, 7, 10, 11, 13 y 19).

#### *Cronología y marco cultural:*

Se han detectado tres momentos culturales, primero el Campaniforme Dornajos, segundo y mejor representado, Cogotas I, y, por último, la Edad del Hierro. A juzgar por las características cerámicas, en la segunda fase cabe considerar el yacimiento como un auténtico poblado de Cogotas I, el cual podría abarcar tanto la fase inicial (Protocogotas), como la fase de plenitud de la cultura.

#### *Bibliografía:*

Díaz-Andreu, 1991: 521; Martínez González y Martínez Navarrete, 1988.

### **83. El Otero (Caracenilla, Cuenca)**

#### *El Yacimiento:*

Se trata de un cerro-muela destacado que se sitúa a orillas del río Mayor, cerca del Castillo de Huete.

#### *Materiales y Adscripción cultural y cronológica:*

Los materiales, entre los que se encuentran formas lisas de perfil en “S” y otras carenadas o bitroncocónicas con decoraciones incisas, excisas y de boquique (Fig. 49.1-4). En líneas generales, la tipología de los motivos decorativos y de los perfiles formales apunta hacia la fase plena de Cogotas I.

#### *Bibliografía:*

Díaz-Andreu, 1994: 36, figs. 9-11; Martínez González, 1988.

### **84. El Corral de Rachuelo (Campos del Paraíso, Cuenca)**

#### *El yacimiento:*

Se trata de un emplazamiento no defensivo, situado en una ligera pendiente dentro de una zona de lomas, donde unas obras seccionaron al menos dos “hoyos” o silos-basureros.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Destacan un borde decorado zig-zag inciso (Fig. 49.5) y otro borde con huellas digitales en el labio. En función de la decoración únicamente incisa y de la presencia de cuencos podríamos fechar la ocupación en la fase Protocogotas.

#### *Bibliografía:*

Díaz-Andreu, 1991: 525 y fig. 224; 1994: 192 y fig. 146.

### **85. Las Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca)**

#### *El yacimiento:*

El poblado se asienta en un peñón rocoso, sobre una meseta encajonada en un rodano del río Cabriel, en su margen derecha. Sobre uno de los peñascos de la meseta se dispuso una fortificación islámica. En el Sector A se han detectado algunos restos de muros y alineaciones de piedra, alguno de ellos en un contexto del Bronce Tardío. En el Sector B se localiza el poblado de la Edad del Hierro.

La ocupación se inicia en el Bronce Antiguo de tipo Dornajos. La cerámica del grupo de Cogotas I está presente desde el Estrato 6 al 9. Por encima se suceden varios estratos de ocupación de la primera Edad del Hierro e ibéricos (Estratos 10 a 14), para acabar con una ocupación medieval (Estrato 15).

#### *Materiales arqueológicos:*

Este yacimiento proporciona una buena representación de ejemplares cerámicos con formas y decoraciones características de Cogotas I (Fig. 50.1-18). Entre ellas distinguimos fuentes carenadas, piezas troncocónicas y ollas globulares, decora-

das con motivos elaborados mediante incisión, impresión, boquique y excisión.

*Cronología y marco cultural:*

Podemos hablar de una fase del poblado que se identifica enteramente con Cogotas I y en la que las cerámicas responden a las características del grupo. En este caso parece documentarse una evolución formal y decorativa de las cerámicas que, sin grandes desajustes, se corresponde con la sufrida en los poblados de Cogotas I de la zona nuclear. El primer momento vinculado a la cultura meseteña (Estrato 6) se corresponde con horizonte Protocogotas, consideración avalada por las muestras de C-14 (1300 ±70 a.C. y 1250 ±70 a.C.)

Los niveles posteriores, el 7 y el 8, se inscriben ya dentro de la plenitud del grupo. Por último el nivel 9 se puede situar ya en un momento pleno o avanzado del desarrollo cogoteño, como también indica el C-14 (1100 ±50).

El grado de aculturación alcanzado en el poblado, a pesar de encontrarse a cierta distancia de las agrupaciones de la zona nuclear, es muy elevado, al menos en el aspecto cerámico, por lo que habríamos de considerar que el componente meseteño en el ambiente cultural del yacimiento en estos momentos es predominantemente cogoteño.

*Bibliografía:*

Ulreich, Negrete y Puch, 1993; 1994.

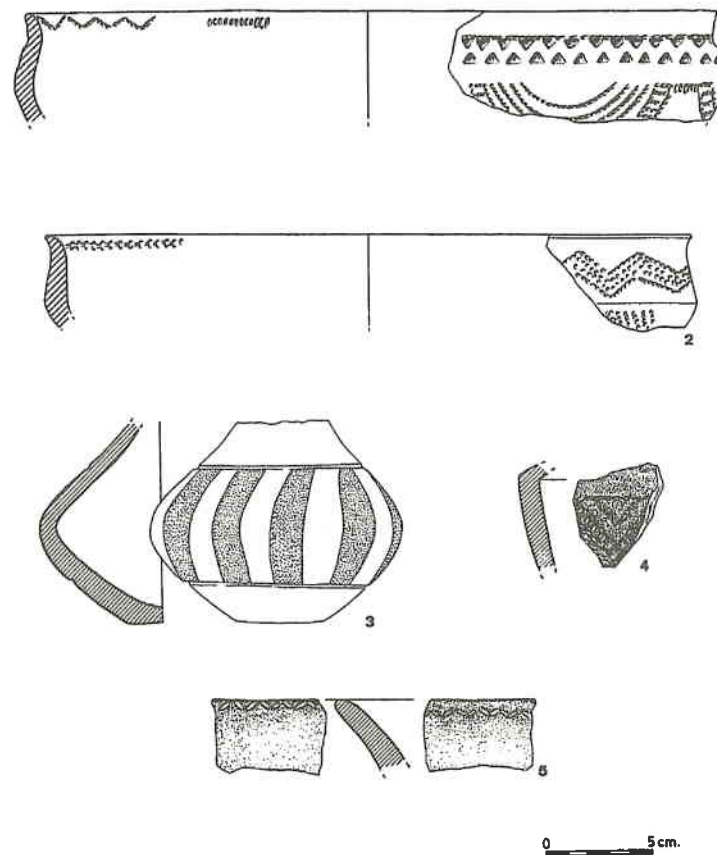


Figura 49. Ejemplares de tipo Cogotas I en Cuenca: 1-4. El Otero (Caraceniña); 5. El Corral de Rachuelo (Campos del Paraíso) (Díaz-Andreu, 1994).



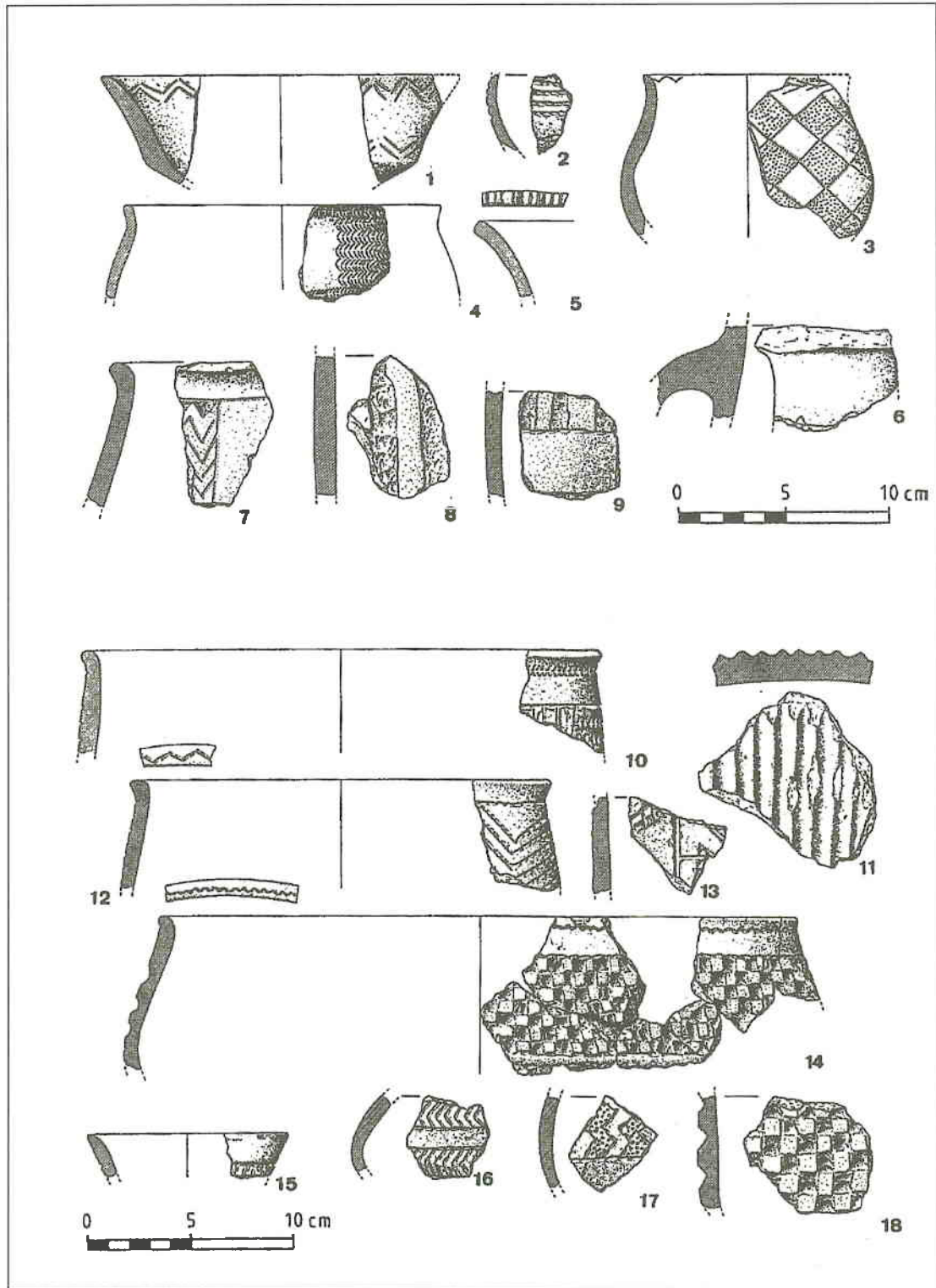


Figura 50. Las Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca) (Ulreich, Negrete y Puch, 1994).



## 86. El Castillo (Reillo I, Cuenca)

### *El yacimiento:*

Se localiza sobre un prominente cerro desde el que se domina perfectamente el valle que se extiende a sus pies. Dentro del yacimiento se excavó lo que en un principio se interpretó como una tumba de incineración de la primera Edad del Hierro que contenía un vaso decorado con boquique<sup>58</sup>.

### *Materiales arqueológicos:*

Sólo contamos con una urna bitroncocónica con cuello, forma típica de las necrópolis de incineración de la primera Edad del Hierro, decorada con una banda de zig-zag y grandes zonas angulares rellenas de paralelas de boquique (Fig. 48.16).

### *Cronología y marco cultural:*

Ni la forma ni el motivo pertenecen a la tradición meseteña. Sin duda se trata de uno de los fenómenos más claros de perduración de la técnica de boquique en un momento en el que los grupos de Cogotas I han desaparecido por completo.

### *Bibliografía:*

Maderuelo y Pastor, 1981.

## 87. El Pico de la Muela (Valera de Abajo, Cuenca)

### *El yacimiento:*

Está situado en un elevado espolón sobre el río Gritos, un pequeño afluente del Júcar. Se han realizado excavaciones, pero la mayor parte del conjunto cerámico procede de estratos alterados.

### *Materiales arqueológicos:*

Sólo se conoce un fragmento de cazuela carenada decorado con incisión y ajedrezado exciso (Fig. 48.17), así como varios ejemplares lisos con formas carenadas o troncocónicas similares a este grupo.

### *Cronología y marco cultural:*

Durante el Bronce Final nos encontramos con un asentamiento de tradición local influenciado

por Cogotas I en un momento pleno o avanzado de su evolución.

### *Bibliografía:*

Díaz-Andreu, 1991: 540; 1994: 147; Valiente Cánovas, 1981; Rubio y Valiente, 1985: 119-123.

## 88. Plaza de los Moros (El Malagón, Ciudad Real)

### *El yacimiento:*

Se trata de una elevación con meseta superior, ubicada en relación a zonas de pastos y no excesivamente lejos de áreas de cultivos.

### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Son Nájera y Molina quienes nos informan de la presencia en el Malagón de «...fragmentos de cerámica que por su típica forma y decoración pertenecen sin duda al Horizonte Cogotas I»; ante lo cual se plantean el final de la cultura de Las Motillas antes de la expansión de aquel grupo (Nájera y Molina, 1977: 279).

### *Bibliografía:*

López Fernández, 1988: 283-290; Nájera y Molina, 1977: 279.

## 89. (Alcázar de San Juan, Ciudad Real)

### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La información procede de una cita que sobre la cuestión hace Blasco, pero desconocemos el tipo de materiales y otras características sobre el poblado.

### *Bibliografía:*

Blasco, 1986: 360.

## 90. Cerro de Alarcos (Poblete, Ciudad Real)

### *El yacimiento:*

Se encuentra emplazado en un impresionante cerro sobre el valle del Guadiana. El cerro presenta una dilatada ocupación desde la Edad del Bronce a los momentos actuales, por lo que el aspecto del

58 En realidad, la excavación no confirma que se trate de una deposición de tipo funerario (Ruiz y Lorrio, 1988: 259).

asentamiento primitivo está en gran medida camuflado y alterado por los restos arquitectónicos de épocas más recientes.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Las cerámicas de tipo Cogotas I de Alarcos proceden de contextos alterados y presentan decoración de boquique y motivos punteados.

*Bibliografía:*

Blasco, 1992: 286 y fig. 1-A; Fernández Rodríguez y Caballero, 1995: 27-32; Pereira, 1994: 44.

### 91. Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real)

*El yacimiento:*

Se trata de una elevación artificial de forma cónica que alcanza unos 6 m. de altura sobre la vega del río Azuer. Se trata de un impresionante poblado fortificado y con estructuras habitacionales de piedra en torno a una torre central perteneciente al Bronce Antiguo y Medio.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Existe una mención sobre la documentación de cerámicas de Cogotas I en los niveles más superficiales de este yacimiento (Martín Morales *et alii*, 1993: 41). Podemos sospechar que la intrusión de Cogotas I se produce en la fase V de El Azuer, el período más reciente de la fortificación. Este momento está datado por el radiocarbono en  $1310 \pm 140$  a.C., una fecha conflictiva por su alta desviación estadística, pero que coincidiría con la primera fase del desarrollo de Cogotas I en la Meseta.

*Bibliografía:*

Castro, Micó y Sanahuja, 1995: nota 10; Martín Morales *et alii*, 1993: 41; Molina, Nájera y Aguayo, 1979: 275; Nájera y Molina, 1977; Nájera *et alii*, 1981.

### 92. El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete)

*El yacimiento:*

El poblado se ubica en lo alto de un cerro de características defensivas. A lo largo de la estratigra-

fía se han detectado distintas estructuras habitacionales pertenecientes al Bronce Pleno y un conjunto de estratos de arrastre más superficiales con materiales del Bronce Final.

*Materiales arqueológicos:*

Las escasas piezas decoradas de posible vinculación con Cogotas I proceden de prospección superficial o de estratos alterados. Se menciona la presencia de fuentes troncocónicas y de fragmentos decorados con impresiones, triángulos rellenos, zigzags con restos de pasta blanca y boquique. Sólo se han publicado, sin embargo, algunos repertorios formales en los que se observan las citadas fuentes carenadas de sabor cogoteño (Fig. 47.10) en las distintas fases del Bronce Final del yacimiento.

*Cronología y marco cultural:*

El yacimiento se inscribe en el Bronce Final, abarcando una cronología que iría desde el 1100 o 1050 a.C. hasta el final del siglo IX a.C. (López Precioso, 1994: 297). López Precioso piensa que, tras un contacto inicial con Cogotas I, las cerámicas de este tipo incorporadas al conjunto alfarero del yacimiento inician una evolución independiente y conviven con las del contexto local.

*Bibliografía:*

López Precioso, 1993 y 1994.

### 93. El Amarejo (Bonete, Albacete)

*El yacimiento:*

El poblado se instala en la cima y laderas de un cerro testigo amesetado de marcado carácter defensivo. Las excavaciones realizadas en este lugar tienen como fin la exhumación de los restos ibéricos.

*Materiales arqueológicos:*

Se pueden vincular al estilo meseteño nueve piezas aparecidas en los departamentos y depósitos ibéricos, claramente descontextualizadas. Las cerámicas están decoradas con incisiones rellenas de pasta blanca y con líneas de boquique (Fig. 47.6-9).

*Cronología y Marco Cultural:*

La ocupación de la Edad del Bronce se puede fechar en los inicios del Bronce Final, en un momento paralelo también al Bronce Tardío del Sureste. En cuanto a las decoraciones de tipo Cogotas I podemos decir que sus características técnicas y decorativas las vinculan a un momento de plenitud del grupo. Los hallazgos de estilo meseteño han de interpretarse como resultado de un proceso de contaminación material de las mismas características que en El Castellón, sin una gran trascendencia en otros ámbitos de la cultura local.

*Bibliografía:*

López Precioso, 1993: 70; Sánchez García-Arista, 1985; 1989.

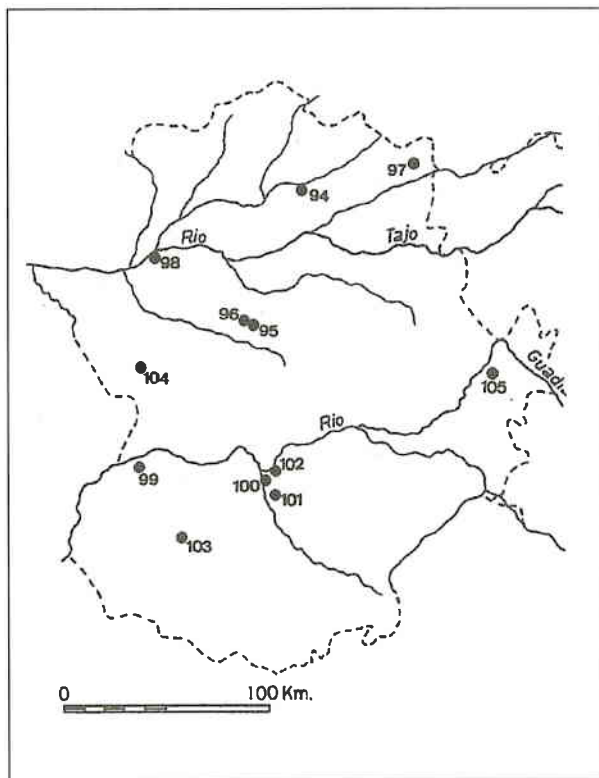


Figura 51. Yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I en Extremadura.

■ **EXTREMADURA** (Fig. 51)

**94. La Dehesa de Valcorchero-Cueva del Boquique (Plasencia, Cáceres)**

*El yacimiento:*

Se encuentra en las faldas de las sierras del Gordo y de la Oliva, y goza de una destacada posición estratégica que domina todo el valle del Jerte y su paso al Alagón. El poblado está formado por una serie de abrigos reforzados por muros de piedra entre los que destaca, por su tamaño, la Cueva del Boquique.

*Materiales arqueológicos:*

No se ha recuperado ningún material en posición primaria, por lo que existe controversia sobre la adscripción de las cerámicas decoradas con boquique al Neolítico o a Cogotas I (Almagro-Gorbea, 1977: figs. 24, 31, 38 y 40).

Por nuestra parte creemos que la identificación de técnica de boquique de tipo Cogotas I en la cueva epónima es bastante dudosa, sin embargo, encontramos una producción de cerámicas con espigas y zig-zags incisos (Fig. 53.13 y 14) paralelizable con los modelos meseteños en su momento de formación.

*Cronología y marco cultural:*

En la Cueva del Boquique se producen ocupaciones diversas que pueden abarcar desde el Neolítico (cerámicas de punto en raya) hasta el Bronce Final (cerámicas de influencia tartésica y retícula bruñida tipo "Lapa do Fumo"). A nuestro entender, la relación con la Submeseta Norte y con la cultura de Cogotas I sólo se puede establecer, y con algunas dudas, durante el Bronce Medio.

*Bibliografía:*

Almagro-Gorbea, 1973: 489; 1977; Fernández-Posse, 1982: 137, 139-140; Rivero de la Higuera, 1972-73.

#### 95. Cueva de Maltravieso (Cáceres TM)

##### *El yacimiento:*

La cueva se ubica en el llamado “Calerizo” de Cáceres, en las inmediaciones de la capital. El carácter de la ocupación parece ser funerario a juzgar por la cantidad de restos humanos allí recuperados.

##### *Materiales arqueológicos:*

A parte de los restos humanos y líticos (un brazal de arquero, una punta de flecha y varias hachitas) se recuperó también una serie de fragmentos cerámicos *decorados con frisos de espigas, zigzags y circulitos impresos.*

##### *Cronología y marco cultural:*

La ausencia de decoraciones excisas y de boquique y los motivos incisos e impresos con los que se visten las cerámicas que centran nuestro análisis, nos hacen pensar en un momento antiguo -Protocogotas- para las mismas. Por otra parte, cabe la posibilidad de que los vasos descritos se vinculen a los enterramientos aparecidos en la cueva y, por lo tanto, haya que pensar en una injerencia profunda de las tradiciones de Cogotas I en las gentes que depositaron allí a sus difuntos.

##### *Bibliografía:*

Álvarez Rojas, 1984; Callejo, 1957; 1958: 281-285; Esparza, 1990: 113-114.

#### 96. Cueva del Conejar (Cáceres TM)

##### *El yacimiento:*

Cueva situada dentro del término municipal de Cáceres que ha sido utilizada como vertedero de escombros y de animales muertos.

##### *Materiales arqueológicos:*

Los materiales de la cueva están todos fuera de contexto. En la primera campaña se contabilizan ocho fragmentos con decoración incisa simple a punzón y seis con decoración de boquique. En la segunda la mayor parte de la producción alfarera responde al tipo boquique. Los motivos consisten en zonas triangulares incisas

rellenas de punteado impreso, líneas incisas onduladas y líneas de boquique rectas o formando guirnalda.

##### *Cronología y marco cultural:*

Pese a que algunos de los boquiques pudieran encajar mejor en los repertorios neolíticos, podemos considerar la mayoría de las especies decoradas propias del Bronce Final y producto de una fuerte relación con la Submeseta Norte en la fase de plenitud de Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Cerrillo Martín de Cáceres, 1983 y 1984; Enríquez, 1990a: 68.

#### 97. (Villanueva de la Vera, Cáceres)

Poblado con cerámicas de tipo Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Pavón, 1995a: nota 4.

#### 98. La Muralla (Alcántara, Cáceres)

Poblado con cerámicas de tipo Cogotas I.

##### *Bibliografía:*

Pavón, 1995a: nota 4.

#### 99. La Alcazaba (Badajoz, Badajoz)

##### *El yacimiento:*

Se encuentra sobre un estratégico cerro situado en la margen izquierda del Guadiana y dentro del recinto amurallado medieval de la ciudad. Los poblados prehistóricos se encuentran enmascarados por las ocupaciones posteriores, pero se distinguen tres fases: la primera se remonta al tránsito entre el Calcolítico y la Edad del Bronce; la segunda pertenece al Bronce Final/Período Orientalizante; y la tercera está representada por la época prerromana.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Únicamente se ha recuperado en prospección un fragmento decorado con un motivo muy típico de boquique que permanece inédito.

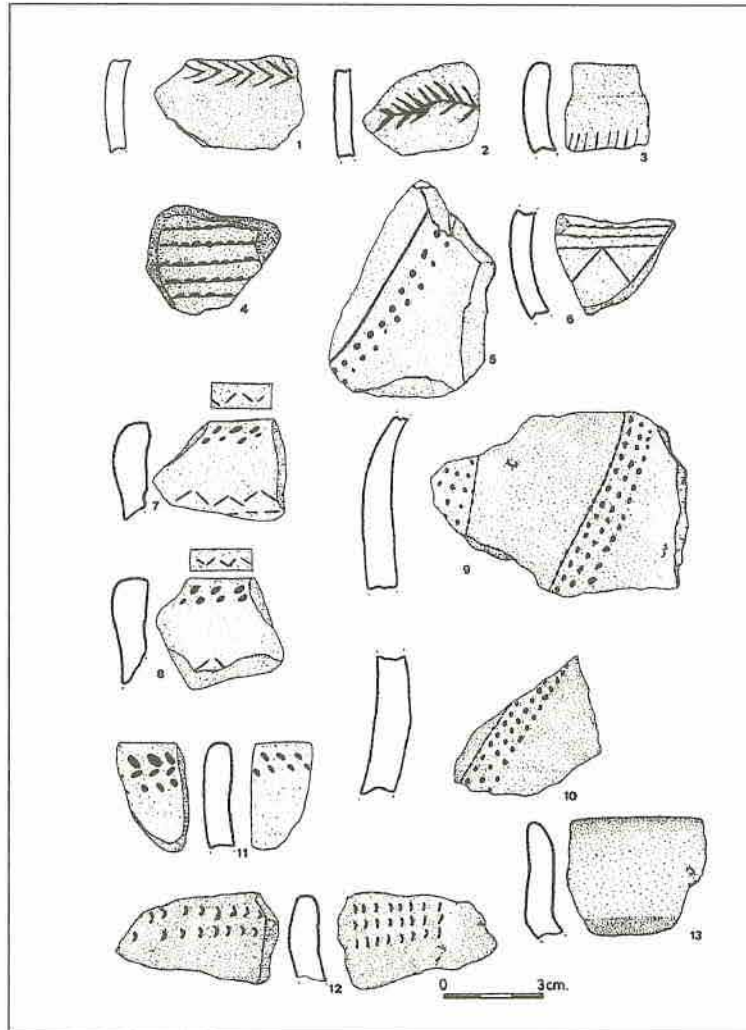


Figura 52. Cerámicas decoradas recogidas en prospección en El Castillo de Alange (Badajoz) (Enríquez, 1988).

*Bibliografía:*

Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: 312, mapa de la fig. 1; Enríquez, 1988: 111; Enríquez y Domínguez, 1984: 567; Rodríguez Díaz, 1995: 160; Valdés, 1985.

**100. El Castillo (Alange, Badajoz)**

*El yacimiento:*

El yacimiento se encuentra en lo alto de un cerro testigo situado en una inflexión que hace el Guadiana en su confluencia con el Matachel.

En el Sector Solana, las cerámicas de Cogotas I aparecen en la fase III (estratos I-III), la más superficial, en niveles alterados del Bronce Final. La fase Solana II (estratos IV-VII), se adscribe al Bronce Pleno del Sudoeste. Solana I (estratos VIII-X), ya en la base del yacimiento, pertenece al denominado Epicalcolítico. En el Corte Umbría se reconocen dos fases: Umbría I (niveles VI a IV), perteneciente al Bronce Pleno (Bronce del Sudoeste), y Umbría II (niveles III a I) vinculada a la expansión de Cogotas I. En los

niveles II y III se observan restos de combustión y abundante madera quemada.

*Materiales arqueológicos:*

Existe un primer lote cerámico sin contexto estratigráfico publicado por Enríquez en el que se incluyen fragmentos decorados con motivos incisos, impresos y de boquique, alguno de ellos relleno con pasta blanca. Entre los vasos lisos se observan, además, fuentes y cuencos troncocónicos de carena media-alta (Fig. 52).

En la excavación efectuada por Pavón se recuperan algunas cerámicas con perfiles carenados y un vaso con guirnaldas de boquique en la fase Solana III (Fig. 53.1-4).

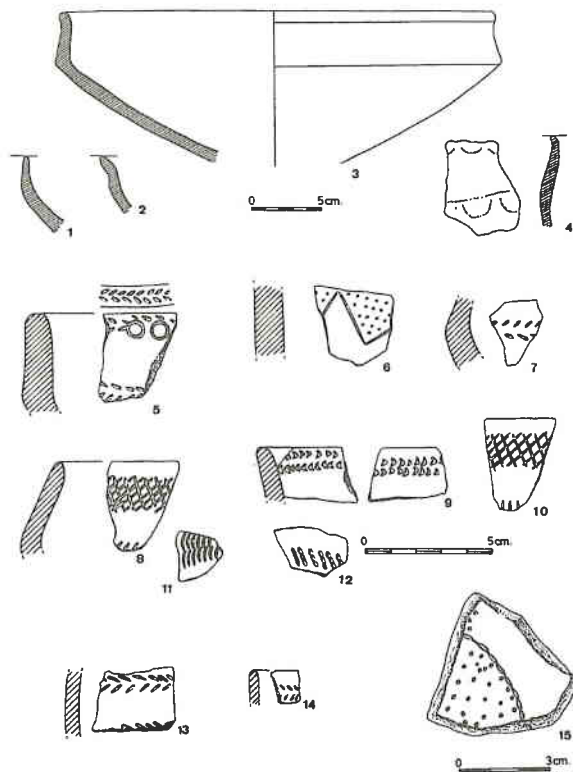


Figura 53. 1-4. Castillo de Alange (Badajoz), Sector Solana, fase III (Pavón, 1993); 5-12. Castillo de Alange (Badajoz), Sector Umbría, fase II (Pavón, 1995a y b); 13 y 14. Cueva del Boquique (Plasencia, Cáceres) (Almagro, 1977); 15. Los Corvos (Villagonzalo, Badajoz) (Enríquez, 1990b).

Por otra parte del Sector Umbría (niveles I, II y III) proceden cerámicas troncocónicas de gran tamaño y de carena alta, algunas decoradas con espigas y otros motivos incisos o impresos (Fig. 53.5-12).

Reconocemos, sin embargo, en estas cerámicas, ciertas peculiaridades, producto probablemente de una reinterpretación local de la nueva moda cerámica.

*Cronología y marco cultural:*

El Nivel II del Sector de La Umbría, con cerámicas de tipo Cogotas I, proporciona una fecha de radiocarbono de 1130 ±90 a.C., lo que situaría la intrusión dentro de la fase de plenitud del grupo. También los rasgos tipológicos de la cerámica -perfiles poco evolucionados, decoraciones incisas, puntilladas y de boquique con ausencia de excisión- coinciden con esta adscripción cronológica.

Las cerámicas de tipo Cogotas I, más que designar la incorporación del yacimiento al grupo meseteño, son el exponente de una “intrusión” que afecta fundamentalmente a la cultura material.

*Bibliografía:*

Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: 312; Enríquez Navascués, 1988; Pavón Soldevilla, 1993; 1995a: 47 y lám. IB; 1995b.

**101. Atalaya de la Zarza (Palomas, Badajoz)**

*El yacimiento:*

Enclave situado al sur de Alange, en una zona llana de carácter abierto, junto al río Palomillas. En superficie se aprecian dos claras concentraciones de materiales cerámicos y pellas de barro (posiblemente restos constructivos), que pudieran corresponder a dos suelos de habitación.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Aparece señalado por Celestino, Enríquez y Rodríguez en un mapa con cerámicas de boquique y proporciona fuentes carenadas simples de posible influencia Cogotas I.



*Bibliografía:*

Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: fig. 1; Enríquez, 1989-90.

**102. Los Corvos (Villagonzalo, Badajoz)**

*El yacimiento:*

Se ubica en un lugar abierto y llano, muy afectado por las labores agrícolas. En superficie se recoge gran cantidad de pellas de barro con improntas de ramaje, probablemente pertenecientes a los alzados de cabañas.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La inclusión de este yacimiento dentro del proceso de dispersión de Cogotas I se debe a la aparición en el mismo de un fragmento decorado con una técnica de boquique de similares características a las detectadas en Alange. Se trata de un galbo que muestra un segmento de círculo relleno y sobrepasado por impresiones de punzón (Fig. 53.15).

*Bibliografía:*

Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: fig. 1; Enríquez, 1989-90, y 1990b: 153: fig. 46.

**103. (Nogales, Badajoz)**

*El yacimiento:*

Poblado situado en cerro de carácter defensivo.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La presencia de decoración de boquique en este yacimiento se intuye a partir de su inclusión en el mapa de dispersión de este tipo de decoración presentado por Celestino, Enríquez y Rodríguez, (1992: fig. 1).

*Bibliografía:*

Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: fig. 1; Enríquez, 1989-90.

**104. Azagala (Alburquerque, Badajoz)**

Poblado con cerámicas de tipo Cogotas I.

*Bibliografía:*

Pavón, 1995a: nota 4.

**105. Cerro de la Barca (Herrera del Duque, Badajoz)**

Poblado con cerámicas de tipo Cogotas I.

*Bibliografía:*

Pavón, 1995a: nota 4.

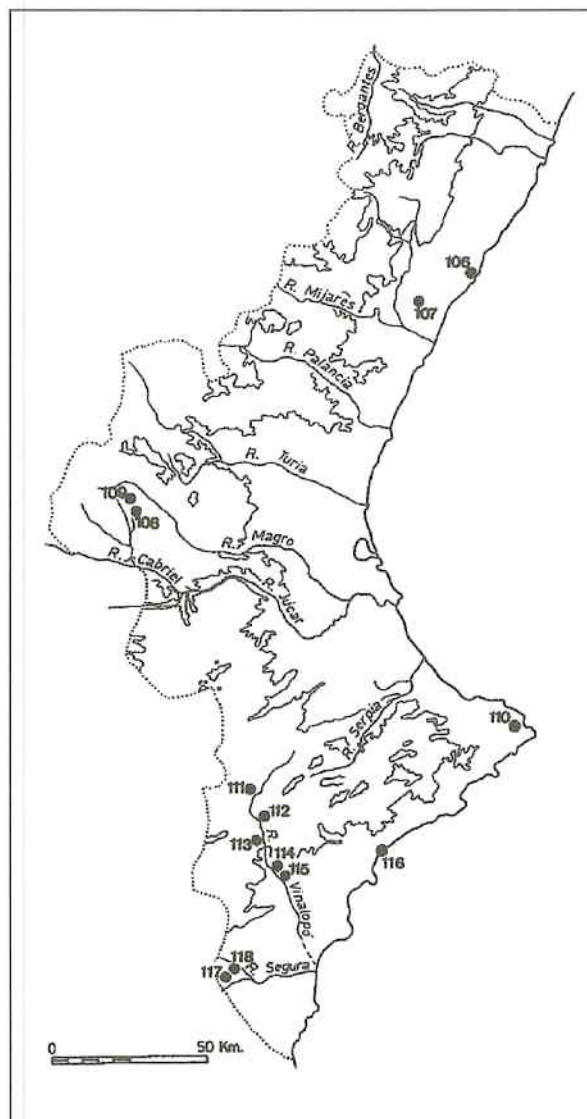


Figura 54. Yacimientos con presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en el País Valenciano.

■ PAÍS VALENCIANO (Fig. 54)

**106. Oropesa la Vella o Punta de la Cueva  
(Oropesa del Mar, Castellón)**

*El yacimiento:*

Se ubica en un pequeño promontorio que se eleva unos 15 m. por encima del mar. A pesar de la alteración sufrida por el yacimiento a lo largo de la historia se han podido detectar restos de cabañas de piedra y una construcción defensiva que pertenecen al poblado prehistórico. En la excavación se han diferenciado dos momentos: uno más antiguo (Fase B), fechado entre *c.* 1500 y 1200 a.C. por el radiocarbono, y otro más moderno (Fase A), que corresponde a un período entre 1200 y 900 a.C.

*Materiales arqueológicos:*

Sólo contamos con dos fragmentos decorados con motivos incisos y de boquique (Fig. 57.8 y 9) y aparecidos en el estrato más superficial de la Fase A.

*Cronología y marco cultural:*

Según las fechas de C-14 y la tipología de las cerámicas, la vida del poblado se extendería desde un momento inicial del Bronce Medio hasta una fase avanzada del Bronce Final. Las especies que suscitan la inclusión de Oropesa en nuestro trabajo se localizan en el último de los estratos, es decir, corresponden a la fase final del yacimiento y se benefician de la fecha *post quem* de 1260 a.C., por lo que creemos que deben situarse dentro del Bronce Final.

*Bibliografía:*

Gusi y Olària, 1977; Olària, 1987; Olària y Gusi, 1977.

**107. Tossal del Castellet (Castellón de la Plana)<sup>59</sup>**

*El yacimiento:*

Se emplaza en un enorme roquízal que constituye una verdadera fortaleza natural. Los

restos se reparten por las vertientes sureste, sur y suroeste, pero el estado de conservación del conjunto es muy precario. En superficie se observan los restos de una pared de piedra, revoques, embarrados y enlucidos de arcilla, a veces quemados, aunque no podemos saber con seguridad a que momento de la vida del poblado pertenecen.

*Materiales arqueológicos:*

Se han publicado seis fragmentos con decoración excisa (bandas de triángulos contrapuestos y de zig-zag), otros tres con motivos incisos de líneas cosidas y ángulos, y uno más con espigas de boquique (Fig. 56; Fig. 55.13-20).

*Cronología y marco cultural:*

En este enclave, que sufre una ocupación desde el Eneolítico hasta la Edad del Hierro, las cerámicas vinculadas a Cogotas I han de considerarse intrusivas y podrían asociarse tipológicamente a la fase de plenitud del grupo, lo que coincidiría en la región con un poco definido Bronce Tardío, entre 1300 y 1000 a.C.

*Bibliografía:*

Esteve Gálvez, 1944; Gil-Mascarell, 1981: 13-14.

**108. La Peladilla del Derramador (Requena, Valencia)**

*El yacimiento:*

Se trata de una pequeña elevación troncocónica de altura relativa dentro de la zona circundante, meseta superior y laderas de suave pendiente. Se encuentra muy afectado por la excavación clandestina de varios hoyos. En la parte superior del cerro se pueden observar derrumbes que deben pertenecer a la ruina de los muros del poblados.

*Materiales arqueológicos:*

Contamos únicamente con dos vasos decora-

59 E. Gusi Gener (1981: 197) dice que este yacimiento no se encuentra en el término municipal de Borriol, donde generalmente se le ubica, sino en el de la propia capital castellanense.

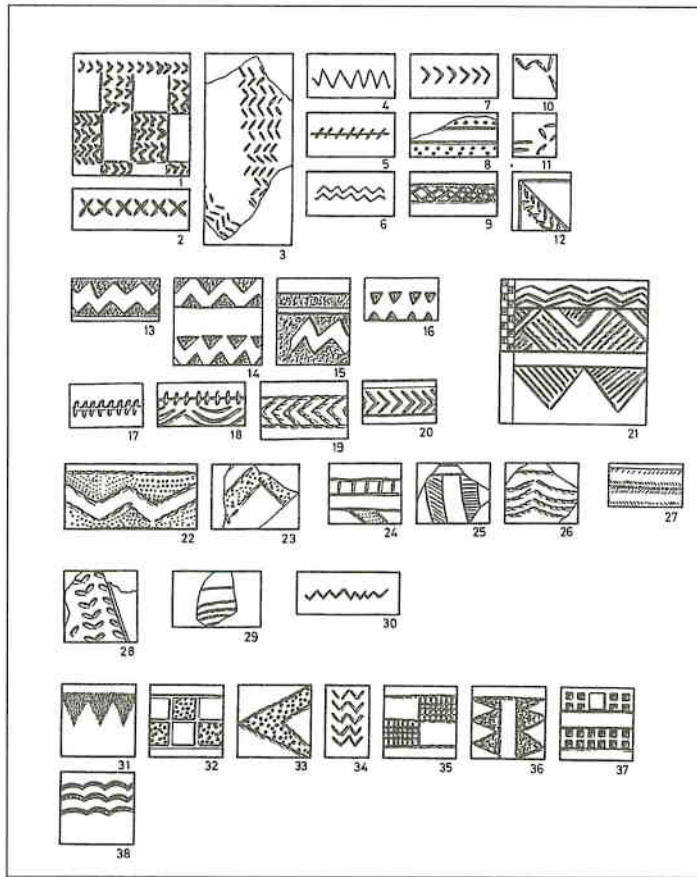


Figura 55. Motivos decorativos relacionados con el estilo de Cogotas I en el País Valenciano: 1-12. Cabezo Redondo; 13-20. El Castellet; 21. El Tabayá; 22 y 23. La Peladilla; 24-26. El Monastil; 27. Cap Prim; 28. Portixol; 29. San Antón; 30. Callosa de Segura; 31-37. Isla del Campello.

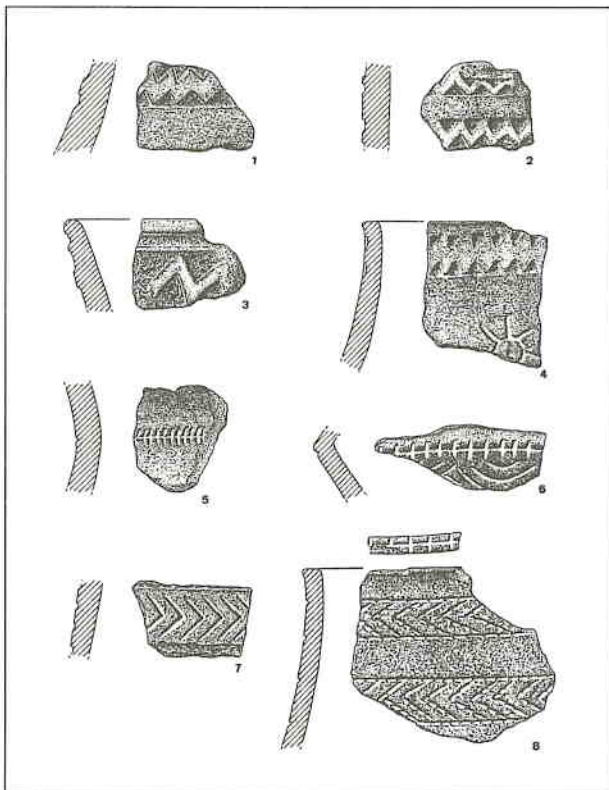


Figura 56. Cerámicas decoradas al estilo Cogotas I de El Tossal del Castellet (Castellón) (a partir de Esteve, 1944 -sin escala-).

dos al estilo de Cogotas I. El primero es una cazuela decorada mediante dos bandas de triángulos de boquique, contrapuestos y rellenos de puntos, que dejan entre sí otra banda de zig-zag lisa (Fig. 57.1). El segundo es un galbo con una banda de zig-zag delimitada por líneas de boquique y rellena de puntos (Fig. 57.2).

*Cronología y marco cultural:*

Barrachina incluye las formas cerámicas de la Peladilla (vasos abiertos, contenedores y vasos carenados) dentro de las conocidas en el Bronce Medio y Clásico de la Región, lo que se conoce como Bronce Valenciano, puesto que en líneas generales coinciden con las tipologías establecidas por E. Llobregat (1976) y por R. Enguix (1981) para este horizonte.

Por otra parte tenemos los fragmentos decorados con boquique y puntillado que se relacionan con el complejo cultural de Cogotas I. La autora cita (Barrachina, 1992: 78) una serie de paralelos decorativos, tanto de la Meseta como otras regiones de expansión, de los que podemos destacar el que representa un vaso de Los Aljibes en la Pedriza del Manzanares (Madrid) (Priego, 1991: fig. 6.7). Por nuestra parte, consideramos interesante la similitud que muestra el ejemplar valenciano con otro procedente de El Negralejo (Blasco, 1983: fig 29.31-1), con un motivo muy similar, aunque en esta ocasión los triángulos rellenos de puntos no se confeccionan mediante boquique. Siguiendo la sistematización de Fernández-Posse, Barrachina considera que las técnicas del puntillado y del boquique tienen su apogeo en la segunda fase del desarrollo interno de Cogotas I, por lo que los fragmentos de La Peladilla podrían incluirse en este momento, una idea que consideramos acertada.

La realidad de la presencia de Cogotas I en la Peladilla no parece que sea muy importante, puesto que el material recuperado es muy abundante y sólo

conocemos dos piezas que se puedan vincular a aquel horizonte.

Las piezas descritas, de indudable filiación cogoteña pero con ciertas peculiaridades técnicas, han de considerarse producto de una intrusión dentro de un poblado claramente vinculado al Bronce Valenciano, posiblemente en los últimos momentos de éste, entre el Bronce Medio y el Bronce Final.

*Bibliografía:*

Barrachina, 1992.

**109. El Cerro de la Cruz (Requena, Valencia)**

*El yacimiento:*

Asentamiento en llano en el que no se aprecia ningún tipo de estructura.

*Materiales arqueológicos:*

Se han dado a conocer tres piezas: una cazuela troncocónica sin decorar, un galbo con guirnalda de boquique (Fig. 57.4), y un borde decorado en el labio con un ancho zig-zag inciso y bajo el borde con una característica "línea cosida" (Fig. 57.5).

*Cronología y marco cultural:*

Los ejemplares descritos han de verse, al igual que en los casos anteriores, como meras intrusiones dentro de un contexto de Bronce Reciente local, una fase que ocuparía la misma franja temporal que el Bronce Tardío en otras latitudes (1300/1200-1100/1000 a.C.), y que la fase de plenitud de Cogotas I en la Meseta.

*Bibliografía:*

Mata, Martí e Iborra, 1994-96.

**110. Cap Prim (Jávea, Alicante)**

*El yacimiento:*

Asentado sobre una plataforma rodeada de escarpes verticales por todas partes excepto por el sur, lo que le confiere un marcado carácter defensivo. No conserva restos de construcciones y actualmente está sometido a un intenso proceso de erosión.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En este lugar se encontraron varias cerámicas que se interpretan como pertenecientes al Bronce Tardío. De los tres ejemplares que aparecen decorados, sin embargo, sólo podemos admitir la influen-

cia meseteña en uno, decorado con espiga y trazos incisos similares a los de Protocogotas (Fig. 57.10).<sup>60</sup>

*Bibliografía:*

Simón, 1989: 8-13 y fig. 2.

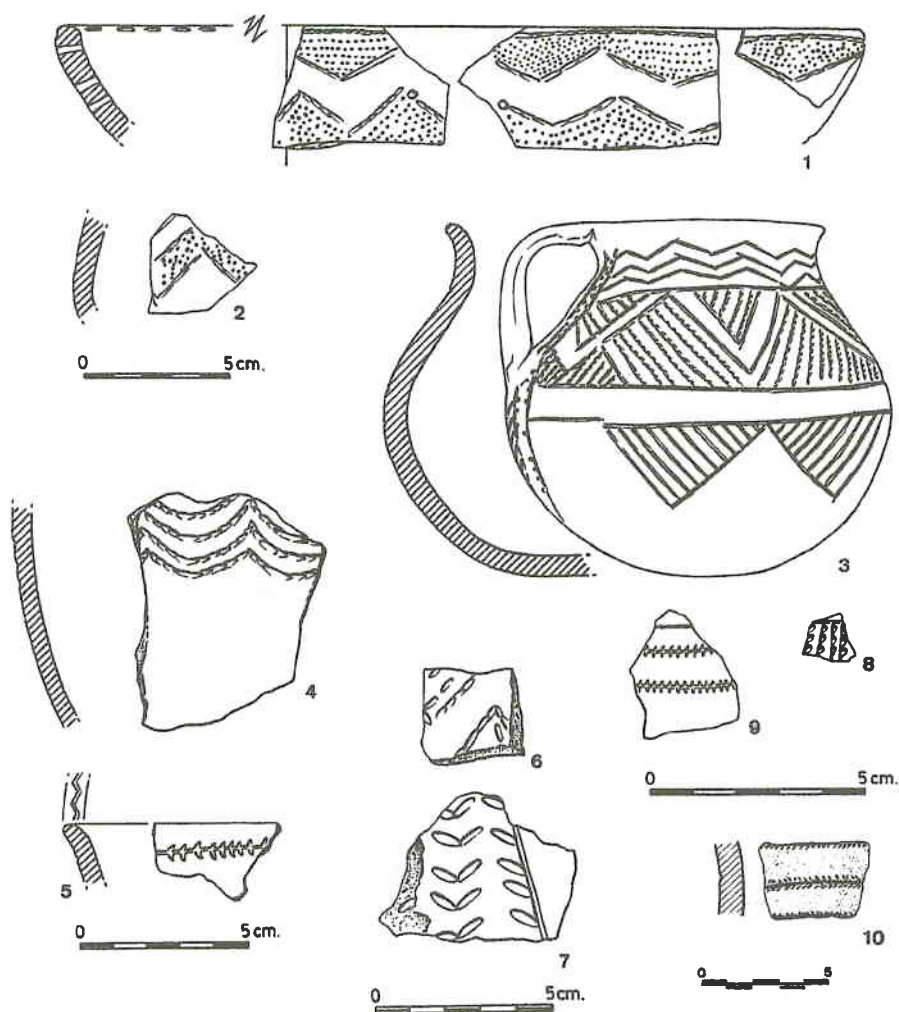


Figura 57. Cerámicas de tipo Cogotas I en el País Valenciano: 1 y 2. La Peladilla (Requena, Valencia) (Barrachina, 1992); 3. El Tabayá (Aspe, Alicante) (Navarro, 1982); 4 y 5. Cerro de la Cruz (Requena, Valencia) (Mata, Martí e Iborra, 1995); 6 y 7. La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid, Alicante) (Jover y Segura, 1992-3); 8 y 9. Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón) (Gusi y Olària, 1977); 10. Cap Prim (Jávea, Alicante) (Simón, 1989).

<sup>60</sup> El motivo, excesivamente reducido, tampoco es muy habitual en la zona nuclear, pero conocemos un paralelo muy significativo en una pieza de Los Mimbresales (Gema, Zamora) (Martín Valls y Delibes, 1979a: fig. 1.7).

### 111. Cabezo Redondo (Villena, Alicante)

#### *El yacimiento:*

El Cabezo Redondo es una de las mayores elevaciones de la Sierra de "Los Cabezucos". Presenta una superficie elíptica, con una cima elevada unos 40 m. sobre el suelo, sin demasiadas preocupaciones defensivas pero con evidentes ventajas estratégicas para el control del territorio (Fig. 58.2).

El poblado, construido en la ladera del cerro, está compuesto por habitaciones que aquí reciben el nombre de departamentos (Fig. 58.1). Éstos suelen ser rectangulares, aunque con frecuencia redondean sus ángulos. Algunos de ellos se enlazan mediante escalones de piedra y otros se comunican mediante vanos. Los muros se construyen con hiladas superpuestas de piedra de distinto tamaño, que en muchas ocasiones se enlucen con una capa alisada. Los techos serían de troncos, cañas y barro, y estarían sostenidos por postes de madera. En el interior de las habitaciones siempre se encuentran uno o dos hogares. Los enterramientos se realizan bajo las casas, dentro del poblado, según la tradición de la cultura del Argar.

En los años 50 se destruyó un enterramiento en la cantera Oeste al cual se asociaban uno de los vasos incisos de estilo Protocogotas y otro con decoración excisa.

La vida del poblado es larga, y parece abarcar unos 250 años a juzgar por las fechas del radiocarbono; la ocupación pudo iniciarse cerca de la cima (Departamentos XII, X, IX y VIII), para ir extendiéndose por la ladera hasta los departamentos VI, XV y XVIII, abandonados tras un gran incendio (Soler García, 1987).

#### *Materiales arqueológicos:*

El porcentaje de cerámicas de tipo meseteño sobre el resto de las encontradas en el poblado no es elevado -por debajo del 1%-, pero puede ser significativo, sobre todo en relación con el total del

material decorado, y en comparación con otros lugares. La mayoría procede de hallazgo superficiales, pese a que algunos fragmentos se han recuperado en los Departamentos VIII, IX, XII, XIII, XVII y XVIII.

La relación con la cultura meseteña de la Edad del Bronce se establece a través de ciertas decoraciones incisas que pueden paralelizarse con motivos pertenecientes al momento Protocogotas (Soler García, 1987: figs. 80.6; 103.9; 104.1 y 3; 108.1; 115.1, 4 y 7; 116.6 y 12; 119.1; 120.9) (Figs. 59 y 60). Se trata de motivos espigados (Fig. 59.2, 11 y 14; Fig. 60.3), trazos de zig-zag en el borde o en el cuerpo (Fig. 59.1; Fig. 60.1), línea incisa corrida de zig-zag (Fig. 59.6 y 7; Fig. 60.1), trazos oblicuos y líneas cosidas (Fig. 59.9), ángulos incisos rellenos de puntos impresos (Fig. 59.10) o de nuevo ángulos (Fig. 60.4), bandas incisas rellenas de líneas de puntos (Fig. 59.5; Fig. 60.5), y reticulado oblicuo (Fig. 59.4).

La peculiaridad de este caso se puede encontrar, sin embargo, en los perfiles de algunas piezas decoradas, que, curiosamente, se alejan de las habituales en la Meseta (Fig. 60.2).

Nos encontramos, por lo tanto, ante una producción decorada que, aunque formalmente se aleja de las producciones de la Meseta, encuentra grandes concomitancias con aquella en los motivos ornamentales utilizados, reproduciendo, por otra parte, perfiles lisos muy similares a los que allí son frecuentes.

#### *Cronología y marco cultural:*

Villena presenta una posición geográfica privilegiada que la permite participar de tres ámbitos culturales distintos, el Bronce Valenciano, la cultura de El Argar y la Meseta, razón por la que en el Cabezo Redondo se encuentran influencias de los tres espacios. El poblamiento debió comenzar en el Eneolítico, aunque la principal ocupación data del Bronce Pleno y se corresponde



con El Bronce Valenciano (IIº milenio a.C.), hasta que empiezan a sentirse grandes influencias procedentes del Argar B, que terminan por incluir el enclave en la órbita de la gran cultura del Sureste.

Las influencias meseteñas se produce en los últimos momentos del poblado, representados en la parte más baja del mismo (Departamento XV) fechados por el C-14 en  $1370 \pm 55$  a.C., una cronología, esta última, a la que también apunta la tipología de las decoraciones (únicamente incisas e

impresas) y de algunas de las formas lisas (cazuelas con carena alta) descritas<sup>61</sup>.

Por otra parte, la peculiaridad de la disposición de algunos diseños decorativos y la utilización de formas vasculares no pertenecientes a Cogotas I, nos hacen sospechar que estas producciones alfareras pudieran ser el resultado de un proceso de imitación a mano de los artesanos locales.

*Bibliografía:*

González Prats, 1988; Soler García, 1953, 1965, 1986 y 1987.

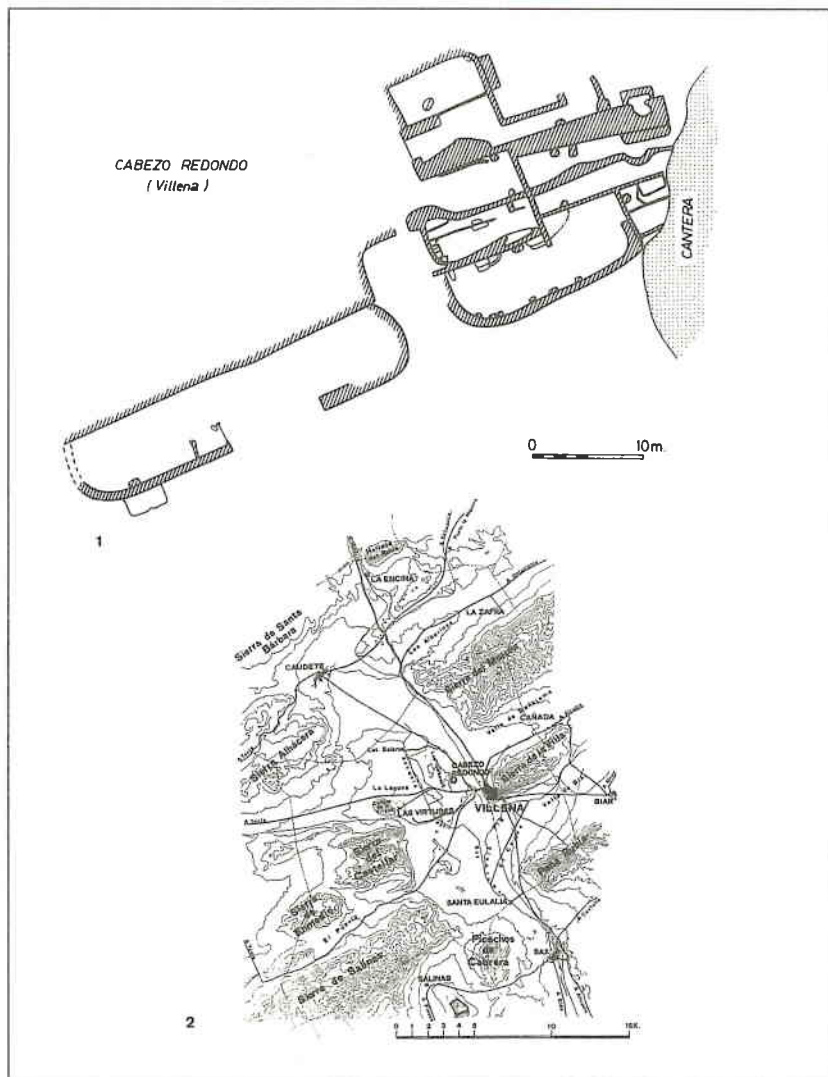


Figura 58. El Cabezo Redondo (Villena, Alicante): 1. Estructuras de habitación (departamentos); 2. Ubicación estratégica del poblado dentro del camino natural del Vinalopó (Soler García, 1987).

61 En cuanto a las excisas de Cabezo Redondo, queremos reiterar aquí su carácter ajeno a Cogotas I, reconocido ya por Soler García (1987: 149). La forma de los vasos, el aspecto estándar de los motivos y su asociación a cerámicas de tipo Protocogotas aconsejan buscar el origen de las mismas en tradiciones locales.

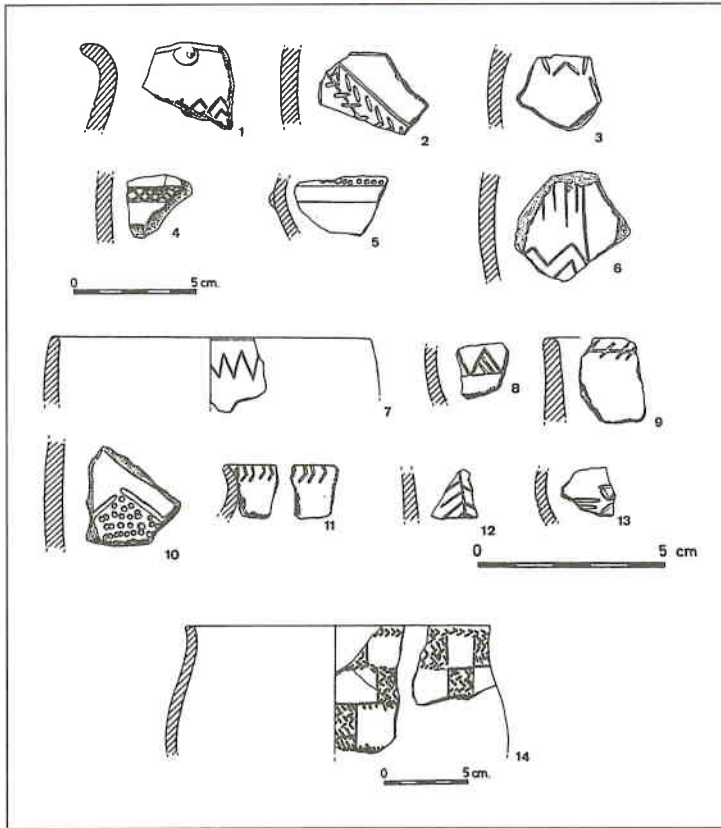


Figura 59. Cerámicas decoradas de El Cabezillo Redondo (Villena): 1-6. Prospección de la Ladera Oriental; 7. Departamento VIII; 8. Departamento IX; 9, 10 y 13. Departamento XVIII; 11. Departamento XVII; 12. Departamento XIII; 14. Cantera Oeste (Soler G<sup>a</sup>, 1987).

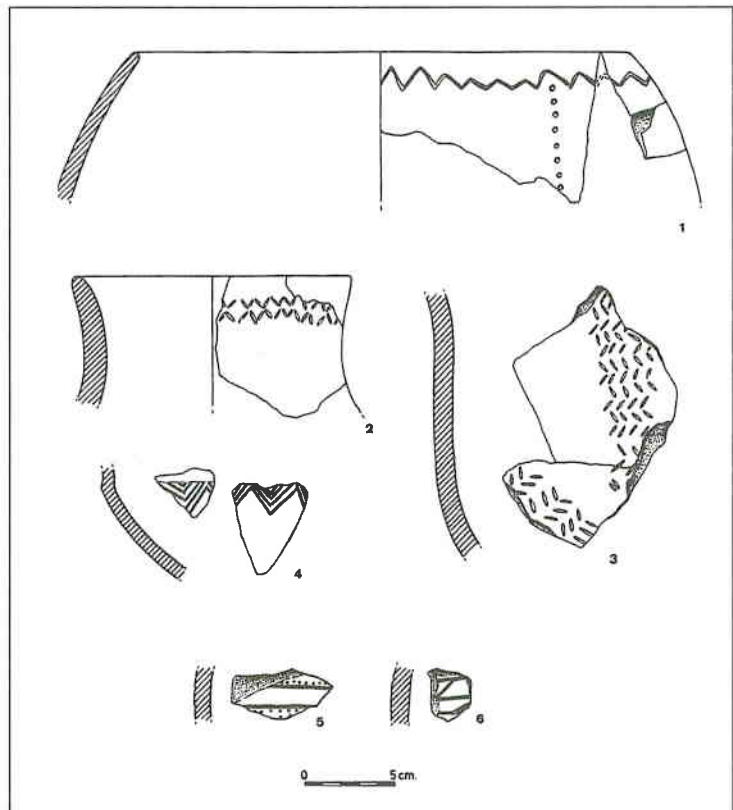


Figura 60. Cerámicas decoradas de El Cabezillo Redondo (Villena): Recogidas superficiales en la Ladera Occidental (Soler G<sup>a</sup>, 1987).

### 112. Laderas del Castillo (Sax, Alicante)

#### *El yacimiento:*

El poblado se encuentra en la ladera norte de la peña sobre la que se asienta el castillo medieval, al norte de Sax y en la margen izquierda del Vinalopó. Las viviendas se encuentran bastante arrasadas y sólo se conserva parte de algunos muros de piedra de tendencia recta y un horno de fundición.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Las cerámicas, asociadas al mencionado horno, son en su mayoría lisas y de mediano tamaño, y suelen presentar carena alta y fondo plano. Los escasos fragmentos decorados lo están a base de incisión, boquique y excisión -dos ajedrezados excisos, un friso de triángulos contrapuestos y rellenos de paralelas de boquique, paralelas de zig-zag y una línea horizontal jalonada por trazos espigados-.

La tipología de los fragmentos dados a conocer nos invita a llevar la intrusión meseteña de este poblado alicantino a un momento pleno o avanzado de Cogotas I, es decir, en un momento coincidente con el Bronce Tardío de la región.

#### *Bibliografía:*

Hernández Pérez, 1991, 1997. Soler Díaz, 1993: 70.

### 113. El Monastil (Elda, Alicante)

#### *El yacimiento:*

Se trata de un importante poblado ibérico, situado en un espolón de la Sierra de la Torreta, en el que se sospecha la presencia de una ocupación previa perteneciente a la Edad del Bronce. Los restos constructivos descubiertos pertenecen al poblado superior.

#### *Materiales arqueológicos:*

De este poblado proceden un número incierto de ejemplares cerámicos decorados con motivos incisos, impresos, excisos y de boquique (Fig. 55.24-26).

#### *Cronología y marco cultural:*

Poveda considera que el yacimiento se incluye en el grupo de poblados de la región que no pueden ser adscritos con certeza al Bronce Valenciano o a la cultura de "El Argar", y que constituyen un Bronce local. En cuanto a las cerámicas descritas piensa que definen una fase del Bronce Tardío con esporádicos contactos con la Meseta entre el 1300 y el 1000 a.C.

#### *Bibliografía:*

Gil-Mascarell, 1985: 146; Poveda Navarro; 1988: 33-40.

### 114. La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid, Alicante)

#### *El yacimiento:*

Se localiza en un cerro aislado y adelantado de la Sierra de la Pedrera o El Portixol. Sus dimensiones son considerables y en superficie se aprecian muros de piedra adaptados a las irregularidades del terreno, algunos de los cuales podrían identificarse con restos de muralla, así como un importante relleno arqueológico.

#### *Materiales arqueológicos:*

Sólo se conocen dos fragmentos recogidos en superficie. Uno de ellos decorado con un motivo inciso espigado (Fig. 57.7), y el otro con triángulos de boquique enfrentados y rellenos de trazos impresos (Fig. 57.6).

#### *Cronología y marco cultural:*

Las dos piezas decoradas implican, de alguna forma, una relación con la Meseta y con la cultura meseteña en un momento, paralelo a la fase final de Protocogotas o a los inicios de la fase plena, que en esta región estaría ocupado por los últimos compases del Bronce Valenciano y por el llamado Bronce Tardío. Sin embargo, no existen otros elementos que hagan más consistente esta vinculación cultural, por lo que consideramos razonable aceptar que la llegada de influencias del citado horizonte meseteño no fue muy intensa y que, probablemente, aquellas sólo

sean producto de la imitación de una forma de ornamentar la vajilla que los pobladores del yacimiento de Monforte del Cid conocieron gracias a la proximidad de otros enclaves afectados más profundamente por el mismo fenómeno.

*Bibliografía:*

Jover y Segura, 1992-93; Navarro Mederos, 1982: 37-40.

**115. El Tabayá (Aspe, Alicante)**

*El yacimiento:*

Se encuentra en un monte compuesto por tres crestas situado en la margen izquierda del Vinalopó desde donde se controla el valle medio del río y la comarca de Elche. Las últimas excavaciones acreditan la continuidad del poblamiento desde momentos campaniformes hasta el Bronce Final, momento al que pertenecen dos construcciones tumulares.

*Los materiales arqueológicos:*

La vinculación a Cogotas I de El Tabayá se hace gracias a una jarra de cuerpo globular, cuello estrecho y asa vertical decorada en el cuello con tres líneas de zig-zag, en la parte superior por triángulos de boquique contrapuestos y rellenos de diagonales, en la parte inferior por un friso de triángulos rellenos de diagonales incisas, y por un motivo exciso o pseudoexciso de ajedrezado vertical bajo el asa. Toda la decoración presenta incrustación de pasta blanca (Fig. 57.3; Fig. 55.21).

*Cronología y marco cultural:*

En este caso nos encontramos con unas técnicas decorativas y un perfil formal afines al mundo de Cogotas I, pero con unos motivos y una composición totalmente ajenos. Este particular, así como la asociación a piezas incisas características del horizonte local del Bronce Final, nos hacen sospechar que los rasgos meseteños mostrados en la jarra son producto de una perduración en el substrato de la técnica del boquique, y que la pieza

es resultado de una nueva tendencia decorativa, ya ajena a los contactos con Cogotas I. Por este motivo consideramos que la fecha que se puede otorgar tanto a la pieza como al conjunto ha de situarse por debajo del cambio de milenio, entre los siglos X y IX a.C.

*Bibliografía*

Hernández Pérez y López Mira, 1992: 2; Navarro Mederos, 1982: 57-70.

**116. Illeta dels Banyets/Playas del Campello (Campello, Alicante)**

*El yacimiento:*

Se halla sobre una pequeña isla frente a las costas del Campello, que durante la Edad del Bronce constituía un cabo estrecho y saliente y que presenta una meseta elevada 8 o 9 m. sobre el mar. Su superficie se encuentra surcada por multitud de restos de construcciones que pertenecen al período ibérico, romano o posterior. Al nivel del Bronce Tardío se asocian ruinas de muros largos y rectos, así como dos grandes balsas o aljibes de forma oval y sección troncocónica excavadas en la roca y revestidas con piedras trabadas con limo. En la excavación de la meseta del yacimiento se menciona la existencia de una capa «*cenicienta primitiva*» que parece encontrarse bajo el poblado Ibérico. Pero a pesar de todo, los restos de diferentes épocas aparecen mezclados y en orden invertido (*Ibidem*) con lo que se podría suponer que la estratigrafía estaba alterada. La primera ocupación data del Bronce Antiguo, cuyos materiales se debaten entre la influencia argárica y la del Bronce Valenciano. Posteriormente, durante el Bronce Medio, el poblado queda abandonado, o al menos tiene una vida muy efímera. Por encima se localiza el nivel del Bronce Tardío con abundantes restos materiales. A este estrato se superpone, en algunos sectores separada por un nuevo nivel estéril, la fase ibérica.

### *Materiales arqueológicos:*

Se cuentan un total de dos vasos y 19 fragmentos de cerámicas con decoración de tipo Cogotas, algunos procedentes del estrato del Bronce Tardío y la mayoría de recogidas descontextualizadas. Las primeras piezas conocidas son un fragmento con ajedrezado exciso publicado por Molina y Arteaga (1976: fig. 3.2) y un número no concreto de cazuelas carenadas lisas (Fig. 61.4, 5, 7 y 8). Posteriormente Ros Sala (1986a: 46) nos informa sobre la existencia de un cuenco con triángulos rellenos de puntillado<sup>62</sup>. En la recopilación de las cerámicas de Campello pertenecientes al Bronce Tardío y Final realizada por Simón (1988: 119-120 y figs. 6, 7, 8 y 12) también identificamos algunas producciones en la que se puede rastrear la influencia de tipo Cogotas I: cazuelas carenadas lisas (Fig. 61.2 y 3) y ejemplares decorados entre los que distinguimos dos tendencias. Por un lado motivos de zig-zag, guirnalda de boquique, ajedrezado inciso, puntos impresos y triángulos excisos, en los que se aprecia una mayor semejanza con los de Cogotas I (Fig. 61.1 y 6; Fig. 55.33-36); y por otro, motivos que sólo recuerdan, muy lejanamente, temas y técnicas utilizadas por las gentes de Cogotas I (Fig. 55.31-32, 37 y 38).

### *Cronología y marco cultural:*

Las últimas publicaciones coinciden en afirmar la existencia de un Bronce Tardío en Campello detectado a través de cerámicas del tipo meseteño de Cogotas I y que se fecharía entre 1200 y 1000 a.C.

Sin embargo, las peculiaridades de la cerámica de tipo meseteño en Campello nos inclinan a pensar que se trata de un yacimiento en el que, tras la llegada de la nueva moda decorativa desde la Meseta de una forma más o menos derivada, se produce una evolución independiente o

una reinterpretación total de los esquemas ornamentísticos originales.

### *Bibliografía:*

Figueras Pacheco, 1950; Gil-Mascarell, 1981: 14-15; y 1985: 146-147; Llobregat, 1986: 63; Molina y Arteaga, 1976: 190 y fig. 3.1; Ros Sala, 1986a: 46; Simón, 1988.

## 117. Laderas de San Antón (Orihuela, Alicante)

### *El yacimiento:*

El cerro de San Antón se encuentra dentro de la Sierra de la Mola, a espaldas de Orihuela y a la izquierda del río Segura. Se trata de un poblado de altura pero que no busca la defensa natural de la plataforma superior, puesto que se asienta en la ladera, aunque sí goza de un importante dominio de la vega del río.

### *Materiales arqueológicos:*

Los escasos materiales de tipología meseteña localizados en San Antón proceden de hallazgos aislados y se conocen a través de menciones puntuales. La primera noticia es de Molina y Arteaga (1976: 205, fig. 4) y se refiere a un fragmento con triángulos excisos. Más tarde, Arteaga y Serna (1979-80: 116, notas 83 y 84) mencionan la existencia de fragmentos cerámicos decorados con excisión, y Soriano (1984: 123-124, fig. 11.11) nos habla de un fragmento decorado con boquique (Fig. 61.9), otro con circulitos impresos, así como de cazuelas carenadas lisas (Fig. 61.19). Por último, Gil-Mascarell (1985: 146) da a conocer la reciente constatación de un fragmento cerámico decorado con boquique y de otro con decoración excisa tipo Cogotas I.

### *Cronología y Marco cultural:*

Todos los autores que se han preocupado del tema consideran estas manifestaciones propias del Bronce Tardío postargárico, entre 1200 y 1000 a.C.

62 Según la descripción este fragmento podría corresponder a uno de los vasos publicados por Simón (1988: fig. 7.3 o 4).

aproximadamente. Sin embargo no tenemos porqué suponer a todos los ejemplares de tipología meseteña un mismo horizonte, porque también podría darse la circunstancia de que hubieran llegado en distintos momentos, incluso antes de la desaparición del Bronce Pleno.

Con los datos disponibles podemos interpretar que la presencia meseteña de tipo Cogotas en San Antón responde únicamente a un fenómeno intrusivo sin alteración del substrato preexistente, de clara vinculación argárica.

*Bibliografía:*

Arteaga y Serna, 1979-80: 116; Molina y Arteaga, 1976: 205, fig. 4, tabla 2, motivo 4; Soriano Sánchez, 1984.

**118. Las Laderas del Castillo o Palmeral (Callosa del Segura, Alicante)**

*El yacimiento:*

El poblado se encuentra situado en la ladera de la Sierra de Callosa, en la vertiente que mira al mar. No se trata de un yacimiento defensivo, pero si

se podría ejercer desde él un cierto control de la vega del río Segura.

*Materiales arqueológicos:*

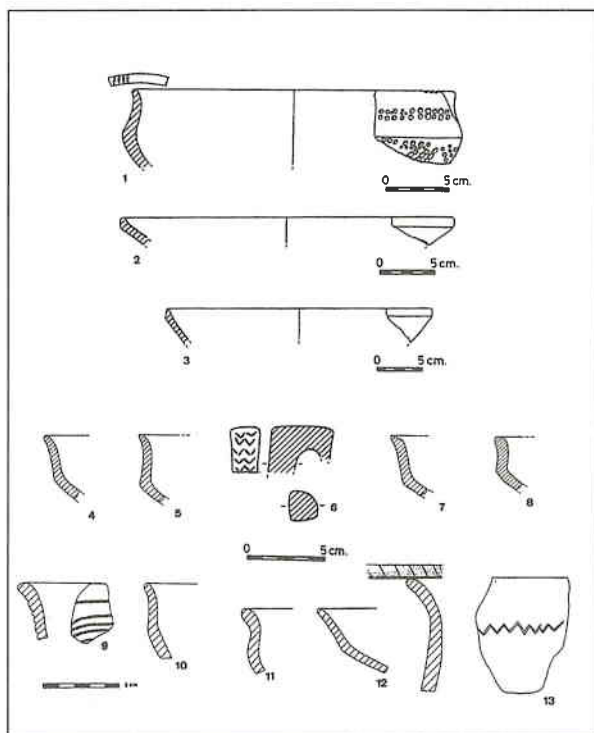
Existen varias piezas lisas pertenecientes a fuentes carenadas (Fig. 61.11 y 12) muy características del Bronce Tardío del Sureste y de los poblados con intrusión de tipo Cogotas I, pero sólo contamos con un fragmento decorado mediante una línea de zig-zag inciso (Fig. 61.13), que recuerda a las creaciones de la fase Protocogotas.

*Cronología y marco cultural:*

En Callosa de Segura nos encontramos, como en el caso anterior, con un poblado de época argárica que presenta algunas cerámicas lisas y decoradas con paralelos en Cogotas I y en otros poblados del Sureste en virtud de las cuales se propone su perduración hasta el Bronce Tardío. No tenemos mucha información, pero podríamos estar ante una influencia temprana de los elementos de tipo Cogotas I (fase Protocogotas, entre los siglos XV a XIII a.C.).

*Bibliografía:*

Soriano Sánchez, 1984.



**Figura 61.** Cerámicas de tipo Cogotas I en el País Valenciano: 1-8. Isla del Campello (Alicante) (Gil-Mascarell, 1981; Simón, 1988); 9 y 10. San Antón de Orihuela (Alicante); 11-13. Laderas del Castillo de Callosa de Segura (Alicante) (Soriano, 1984).



### 119. Cerro de Santa Catalina-Sierra de la Fuensanta (Verdolay, Murcia)

#### *El yacimiento:*

El poblado se encuentra dentro del importante complejo arqueológico de Verdolay (La Alberca, Murcia) y se localiza en lo alto de un cerro de excepcionales características defensivas. Se encuentra muy deteriorado y afectado por una urbanización que se extiende por la cima.

#### *Materiales arqueológicos:*

Se contabilizan tres fragmentos de influencia meseteña procedentes de recogidas superficiales y decorados con motivos incisos y de boquique, así como alguna cazuela carenada lisa (Fig. 63.1)

#### *Cronología y Marco cultural:*

Parece reconocerse una ocupación continua desde un momento indeterminado de la cultura argárica hasta época medieval y para el que se ha pretendido, basándose en la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I, una fase de Bronce Tardío.

A pesar de los escasos datos consideramos que la intrusión de elementos de Cogotas I en Santa Catalina pertenece a un momento pleno del horizonte de la Meseta, y que este fenómeno de injerencia cultural sólo se manifiesta en la imitación de las producciones cerámicas.

#### *Bibliografía:*

Fernández de Avilés, 1935; Martínez Santa-Olalla, 1947: 153-154; Ros Sala, 1986b: 325-326; 1986-87; Ros Sala y García López, 1987.

### 120. La Bastida (Totana, Murcia)

#### *El yacimiento:*

Se asienta sobre un cabezo en forma de cono en la margen izquierda del Guadalentín. Se encuentra muy afectado por la erosión, las excavaciones clandestinas y las tareas forestales, pero conserva

multitud de muros de piedra que probablemente pertenezcan a la fase argárica.

#### *Materiales arqueológicos:*

Sólo podemos hablar de un fragmento decorado con boquique (Fig. 63.3) y varias piezas lisas (Fig. 63.2 y 4) que proceden de las excavaciones de Martínez Santa-Olalla en los años 40 localizadas en la ladera sureste del cabezo.

#### *Cronología y marco cultural:*

Las cerámicas estudiadas en este trabajo han sido consideradas por G<sup>a</sup> López como pertenecientes al Bronce Tardío, es decir, posteriores a la fase argárica y con una cronología entre 1300 y 1000 a.C. Sin embargo, consideramos que la presencia de elementos meseteños en este enclave respondería, como en otros casos, a un fenómeno intrusivo de carácter material y de escasa incidencia en el resto de los aspectos culturales.

#### *Bibliografía:*

García López, 1992; Ros Sala, 1986b: 323 y 326; Lull, 1983: 314-315; Ros Sala y García López, 1986.

### 121. Las Anchuras (Totana, Murcia)

#### *El yacimiento:*

El poblado prehistórico se asienta sobre una colina, elevada unos 100 m. sobre el Lorca y rodeada de escarpes por tres de sus flancos. Se encuentra afectado por las excavaciones clandestinas y la superficie aparece cubierta de muros que, probablemente, pertenezcan a época argárica.

#### *Materiales arqueológicos:*

Entre los dibujos de los hermanos Siret localizamos dos fragmentos decorados uno con triángulos incisos colgados y otro con guirnaldas y líneas onduladas incisas (Fig. 63.6 y 7).

#### *Cronología y marco cultural:*

Los motivos decorativos de Las Anchuras se pueden relacionar con ambientes de Cogotas o Protocogotas de la Submeseta Superior y podrían

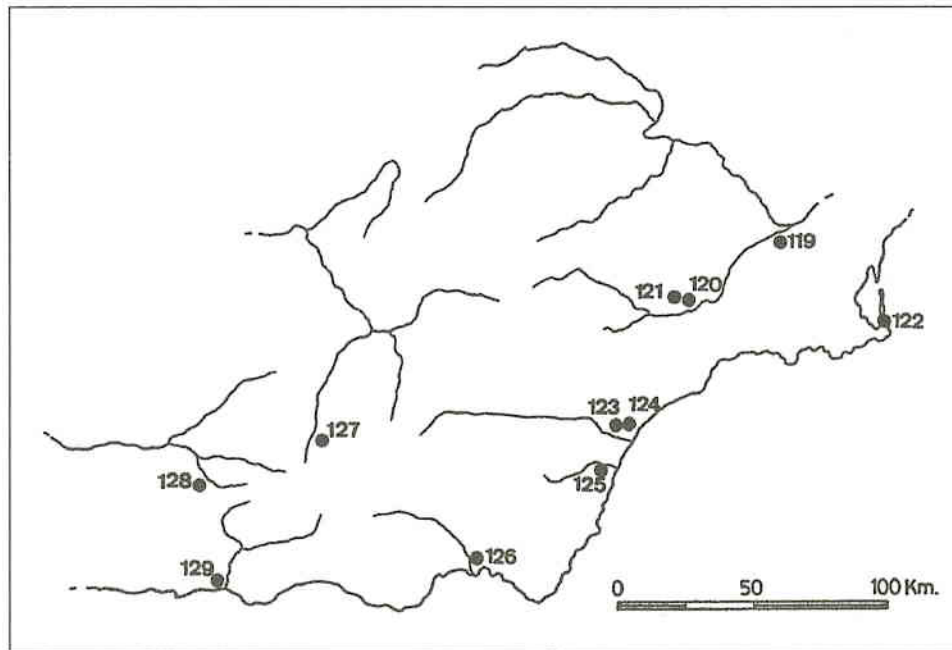


Figura 62. La presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en el Sureste de la Península Ibérica (Murcia, Almería y Granada).

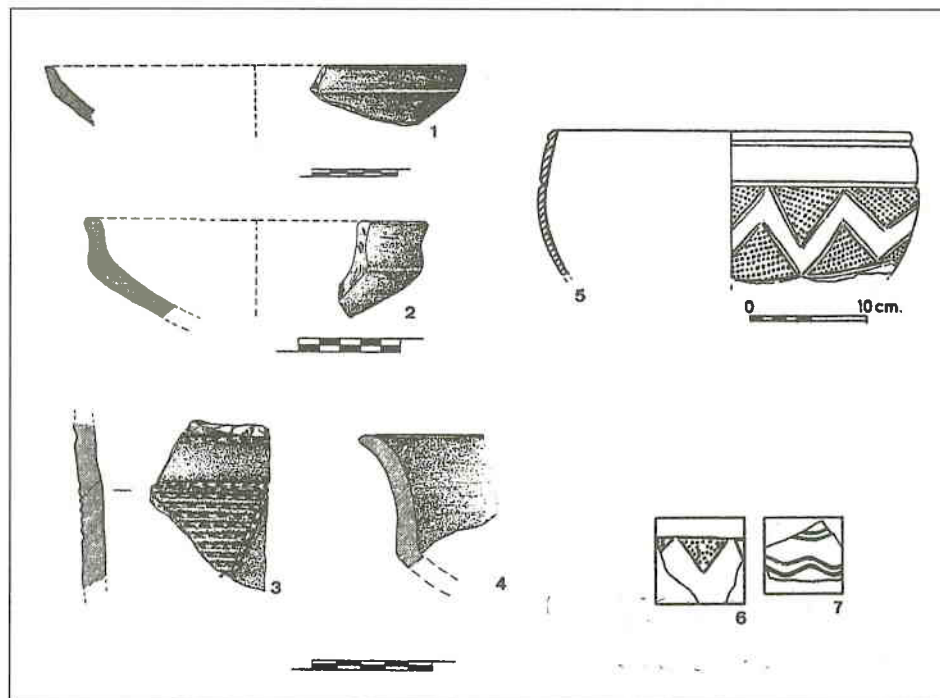


Figura 63. Cerámicas y motivos decorativos de tipo Cogotas I en Murcia: 1. Cerro de Santa Catalina (Verdolay); 2-4. La Bastida (Totana); 5. La Cala del Pino (Ros, 1986b); 6 y 7. Las Anchuras (Totana) (Siret, 1890).

ser la huella de la llegada de influencias de aquel grupo hasta el valle del Guadalentín. Más difícil es apuntar a que momento concreto pertenecen estos fragmentos y cual es su significado dentro del poblado.

*Bibliografía:*

Ros Sala, 1986a: 46; Siret, L y E. 1890: 123-125, lám. XIII, 15 y 16.

**122. Cala del Pino (Cabo de Palos, Manga del Mar Menor, Cartagena, Murcia)**

*El yacimiento:*

El enclave se encuentra situado en un cerro que cierra al sur la cala y la playa a la que debe su nombre. Cuenta con un pequeño tramo de posible muralla con una estructura cuadrangular adosada.

*Materiales arqueológicos:*

Procedentes de recogidas superficiales se conoce la existencia de una cazuela carenada con decoración incisa y de líneas puntilladas y de un cuenco decorado con un friso de triángulos contrapuestos rellenos de puntos impresos.

*Cronología y marco cultural:*

Los escasos materiales decorados de tipo Cogotas I, que han de ser considerados como elementos intrusivos, sirven para llevar la ocupación del yacimiento al Bronce Tardío, entre el siglo XII y el X a.C.

*Bibliografía:*

Mas García, 1986: 83-84; Ros Sala, 1986b: 326-327 y 351.

**123. Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería)**

*El yacimiento:*

Se encuentra en la cima de un cerro, a 50 m. sobre el terreno circundante, oculto por el entorno geográfico. Se trata de uno de los más importantes poblados argáricos del Sureste, cuenta con unas magníficas fortificaciones y una necrópolis. La

infraestructura arquitectónica pertenece en su mayoría a la fase argárica, pero es de suponer que fuera aprovechada también durante el Bronce Tardío, cuando el centro de gravedad de la ocupación parece desplazarse desde la cima a la zona inferior de la pendiente.

Basándose en las distintas estratigrafías, Schubart y Arteaga (1983b) hacen una división cronocultural del poblado estableciendo cinco grandes horizontes de habitación: Período I (Argar A-1), Período II (Argar A-2), Período III (Argar B-1), Período IV (Argar B-2, fechado en 1550 ±60 a.C. y 1520 ±60 a.C. por el C-14), y Período V (Bronce Tardío). Este último horizonte se compone de dos grandes fases (16 y 17) y durante su desarrollo es cuando se documentan las cerámicas de tipo Cogotas I.

*Materiales arqueológicos:*

Hemos recopilado hasta 12 ejemplares con decoración de tipo meseteño, lo que supone un número importante en comparación con otras estaciones cercanas. Un lote de estas piezas procede de las excavaciones de los hermanos Siret a finales del siglo XIX (Fig. 64.1-5). Algunas muestran típicos perfiles carenados, y se decoran con círculos impresos; líneas de zig-zag en el interior del borde y guirnalda incisas, a veces rellenas de puntillado al exterior; dobles bandas de impresiones de caña; zig-zag y triángulos incisivos jalonados por puntos impresos.

En posteriores actuaciones se han recuperado nuevas ejemplares decorados. Las técnicas utilizadas son la incisión-impresión y el boquique, no apareciendo hasta el momento la excisión (Figs. 64.6-8; y 65.1-3).

Entre los materiales cerámicos que acompañan a las piezas decoradas al estilo de Cogotas I destacan las cazuelas de carena alta, con borde recto vertical y labio reforzado al exterior, que suelen ser fuentes de cuerpo troncocónico y fondo plano (Fig. 65.4-10). También se asignan al mismo período una

serie de platos carenados de cuerpo inferior cuenqui-forme, así como las fuentes de labio engrosado por el interior, las grandes urnas que recuerdan a los *Pitthoi* argáricos como ejemplo de perduración de cultura material local, las ollas de paredes verticales y fondo plano y las ollitas de hombro elevado.

*Cronología y marco cultural:*

Las cerámicas decoradas al estilo de Cogotas I de Fuente Álamo se incluyen dentro del denominado Bronce Tardío, que se inicia una vez finalizada la cultura argárica. Cronológicamente este período se sitúa entre finales del siglo XIV y finales del XIII a.C.<sup>63</sup>. La tipología de los materiales de estilo meseteño también parecen indicarnos unas fechas similares, por recordarnos un mundo temprano de la plenitud de Cogotas, puesto que no comparecen

decoraciones excisas y el boquique no es especialmente abundante, e incluso a la fase Protocogotas.

Las especies con decoración meseteña, aunque no predominantes, fueron habituales dentro del poblado, ya que están presentes en la mayoría de los contextos estratigráficos. Aún así resulta muy difícil dilucidar si la influencia de aquel grupo se establece a través de una relación directa o si es el resultado de una aculturación secundaria, como parecen indicar ciertas peculiaridades técnicas y decorativas.

*Bibliografía:*

Arteaga y Molina, 1981; Arteaga y Schubart, 1980; Molina, 1978: 195-196; Schubart y Arteaga, 1978, 1983, a, b y c, y 1986; Schubart, Arteaga y Pingel, 1985 a y b. Schubart y Ulreich, 1991; Siret, L. y E., 1890: 253-266, láms. 64-68.

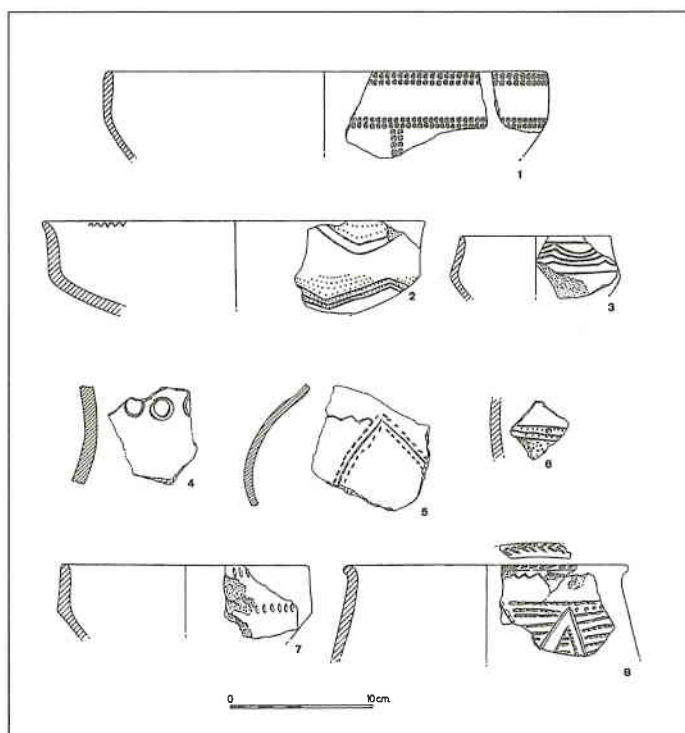


Figura 64. Cerámicas de tipo Cogotas I de Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería) (Arteaga y Schubart, 1980; Schubart y Ulreich, 1991).

63 Se conocen cuatro fechas del Período V del yacimiento: 1450 ±50 a.C., 1330 ±70 a.C., 1300 ±70 a.C. y 1210 ±90 a.C. (Schubart y Arteaga, 1986: 292)

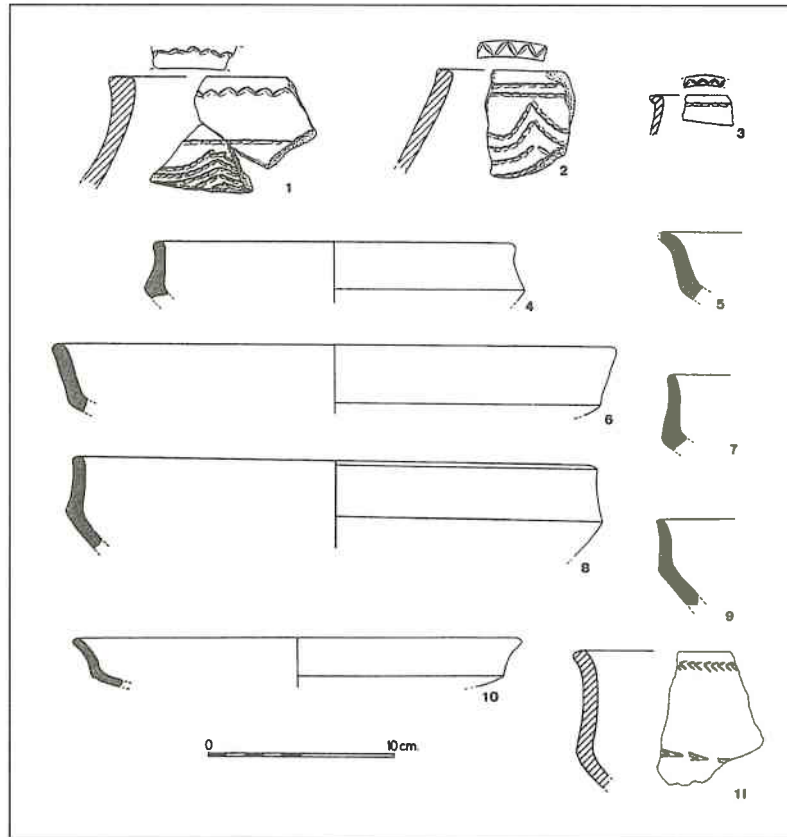


Figura 65. 1-3. Fuente Álamo, excavación de la cisterna (Schubart, Arteaga y Pingel, 1985a); 4-10. Fuente Álamo, excavación de 1977 (Arteaga y Schubart, 1980); 11. Cerro del Rayo (Pechina) (Schubart, 1980).

#### 124. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería)

##### *El Yacimiento:*

Se halla enclavado en lo alto de un cerro estratégicamente situado en el extremo más meridional de la Sierra de los Pinos. Tiene forma cónica y remata en una meseta plana y ligeramente inclinada, sus vertientes están cortadas vertientes salvo en su zona nordeste, donde existe una garganta que le une con la sierra y donde hay evidentes restos de una fortificación. El poblado argárico se protege por una doble línea de murallas y conserva viviendas de planta rectangular o cuadrangular con esquinas redondeadas.

##### *Materiales arqueológicos:*

Se contabilizan un total de siete fragmentos decorados al estilo de Cogotas I y que proceden de

las excavaciones de los hermanos Siret (Fig. 66). Se trata de recipientes entre los que reconocemos una forma bitroncocónica, un cuello cóncavo, una olla globular y una suave carena, así como composiciones decorativas de cierta complejidad en la que, pese a no incluirse la excisión, se desarrollan esquemas que utilizan el boquique para enmarcar bandas de zig-zag rellenas de puntillado impreso, líneas incisas jalonadas por puntos, guirnaldas simples de boquique, y barrocos temas con escaleriformes o con frisos de semicírculos rellenos de impresiones que dejan áreas vacías en forma de doble hacha.

##### *Cronología y marco cultural:*

La presencia de cerámicas decoradas al estilo meseteño inclina a algunos investigadores a pensar en una perduración del poblado hasta el Bronce

Tardío (siglos XIII-XII a.C.) y en contactos con los grupos del interior de la Península, aunque sólo de una forma intrusiva. Sin embargo, las fechas propuestas podrían verse rebajadas en función de la tipología de las cerámicas descritas, a partir de las cuales podemos aventurar la hipótesis de estar en un momento pleno de la cultura de Cogotas I (siglos XII-XI, e incluso al X a.C.)

*Bibliografía:*

Leira, 1987; Molina, 1978: 194-195; Siret, L. y E, 1890: 228, 235 y 243, lám. 62; Schubart y Ulreich, 1991: taf. 109.

**125. Gatas (Turre, Almería)**

*El yacimiento:*

Se sitúa sobre la cima amesetada de un pequeño cabezo, rodeado por torrentes y barrancos, a 2,5 km. al sur del río Aguas. Es importante poblado argárico amurallado que se mantiene

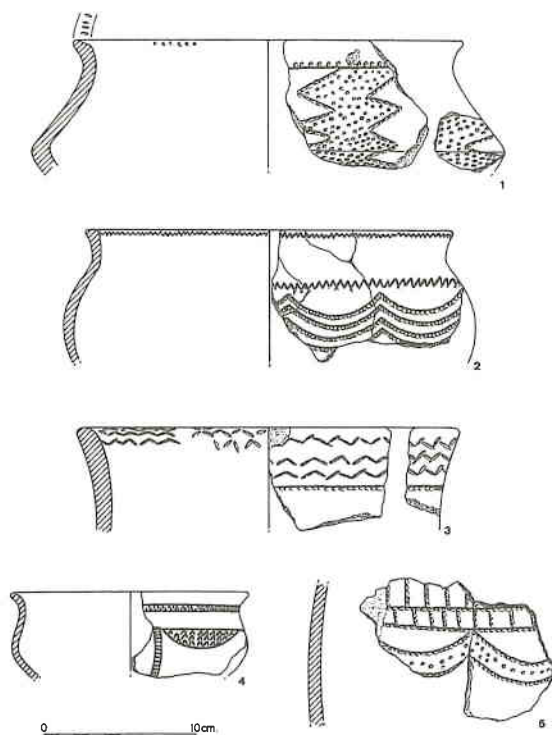


Figura 66. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería) (Schubart y Ulreich, 1991; Siret, 1890).

ocupado hasta Bronce Tardío. En este momento las cerámicas de tipo Cogotas I aparecen por debajo de niveles vinculados a Campos de Urnas y por encima de los estratos argáricos (Zona C y se asocian a un muro y a construcciones de tapial y postes. En el sector oriental se conserva parte de un suelo y cuatro estructuras de postes, piedras y pequeñas lajas hincadas. En el sector occidental se recuperaron otros dos pisos y una estructura de combustión.

*Materiales arqueológicos:*

Las muestras de cerámicas de tipo meseteño no parecen ser abundantes, pero tampoco insignificantes. Únicamente presentan decoraciones incisas e impresas, a veces asociadas (círculos, áreas puntilladas, zig-zags, líneas onduladas y triángulos), y sus formas son ollitas, cuencos y una cazuelita carenada (Fig. 67), que comparecen junto a especies lisas del Bronce Tardío.

*Cronología y marco cultural:*

La presencia de cerámicas de tipo meseteño en Gatas se asocia a 4 fechas C-14 que la sitúan entre 1300 y 1280 a.C. y hacia finales del siglo XII a.C. El primer intervalo coincide con los últimos compases de Protocogotas, al igual que lo hacen las características tipológicas de la mayoría de las piezas recuperadas. La última fecha podría asociarse a algunos ejemplares que muestran decoraciones más elaboradas, propias ya de la fase de Plenitud.

La intrusión meseteña se instala en los ambientes domésticos, aunque por la escasez y las peculiaridades de los barroes que la protagonizan creemos que se debe a influjos indirectos, derivados de la implantación del estilo en la comarca del Sureste.

*Bibliografía:*

Castro *et alii*, 1987; Castro *et alii*, 1989; Castro *et alii*, 1991; Castro *et alii*, 1994; Castro, Micó y Sanahuja, 1995; Chapman *et alii*, 1985; Chapman *et alii*, 1987 (Eds); Lull, 1983: 271.



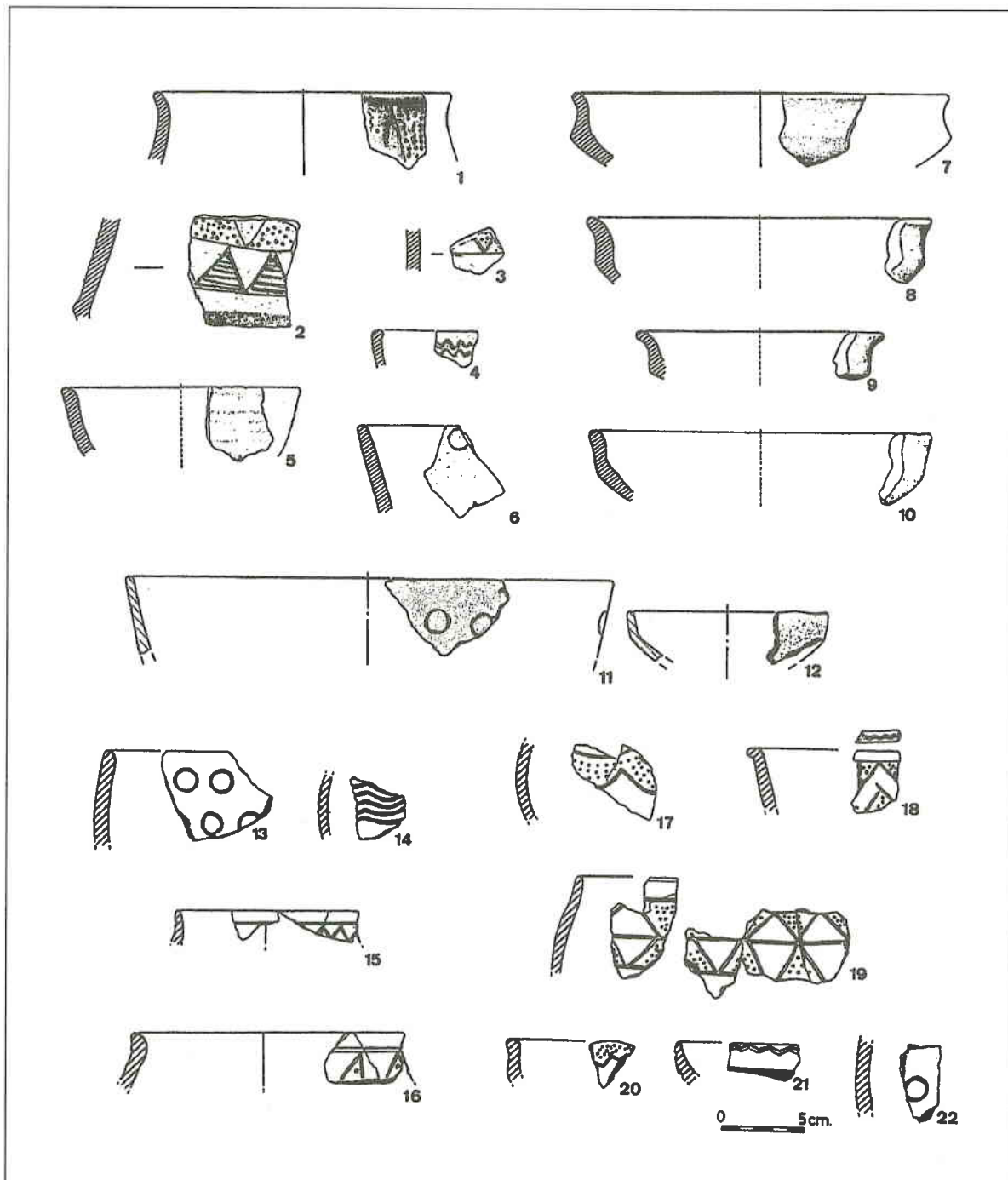


Figura 67. Gatas (Turre, Almería): 1-10. Prospección; 11-22. Excavación (Castro *et alii*, 1987; Castro *et alii*, 1991; Castro *et alii*, 1994; Chapman *et alii*, 1985 y 1987).

## 126. Cerro del Rayo (Pechina, Almería)

### *El yacimiento:*

Se trata de un accidentado cerro de difícil acceso y evidentes ventajas defensivas desde donde se controla un amplio territorio. Sobre su superficie se detectan un área de necrópolis de cistas, y otra de poblado donde se adivina la presencia de una muralla.

### *Materiales arqueológicos:*

Procedentes de superficie contamos con varios fragmentos de tipo meseteño de los que sólo se ha publicado una fuente carenada decorada con alineaciones de ángulos o espigas (Fig. 65.11)<sup>64</sup>.

### *Cronología y marco cultural:*

Tenemos muy pocos datos para analizar este yacimiento. Probablemente se trate de una intrusión puntual de elementos de cultura material en un poblado de cronología postargárica.

### *Bibliografía:*

Molina González, 1978: 189-190; Molina *et alii*, 1980: 165; Schubart, 1980: 185-186;

## 127. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada)

### *El yacimiento:*

El poblado se extiende sobre una serie de pequeñas colinas y laderas cortadas por torrenteras desde las que se domina la depresión de Guadix. El yacimiento tiene dos conjuntos: el "Área Superior", compuesta por dos elevaciones amesetadas de carácter defensivo; el "Área de viviendas", situada en las laderas y pequeñas colinas y menos afectada por los procesos erosivos. La zona excavada (zona A) se encuentra en la segunda de las áreas descritas y constituye el sector más bajo del yacimiento.

En la excavación se han podido distinguir dos fases: la argárica (estratos I y II), con viviendas construidas con materiales blandos y enterramientos en fosa dentro de ellas, así como una potente muralla; y el poblado superior (Estratos III y IV),

entre 100 y 200 m de extensión, donde no se documentan restos funerarios y en el que comparecen las cerámicas de Cogotas I. En este último se conocen cuatro superposiciones de casas con forma rectangular, zócalos de piedra, algunos postes y unas dimensiones medias de 7 por 4 o 5 m. En una de las casas se ha encontrado un recinto semicircular utilizado como despensa.

### *Materiales arqueológicos:*

La mayoría de los materiales cerámicos publicados (un total de 305 fragmentos) pueden ser adscritos a Cogotas I. Las decoraciones son ricas y abundantes, y visten ollas globulares, perfiles cuenquiformes y algún vaso carenados. Entre las especies lisas destacan, en todos los estratos, las cazuelas con carena y borde exvasado, un tipo muy característico de la cultura meseteña, pero también encontramos cuencos de casquete esférico, cubiletes troncocónicos, ollas de perfil globular y en "S", escudillas, y vasos en los que se aprecia cierta tendencia bitroncocónica.

En el Estrato III/Norte se encuentran fragmentos decorados con motivos incisos (zig-zag, espiga, triángulos rellenos de paralelas), impresos (líneas de puntos y bandas rellenas de punteado) y de boquique (guirnaldas o enmarcando zonas punteadas) (Fig. 68). En el Estrato IV/Norte, se repiten los mismos motivos a la vez que se incorporan otros nuevos (líneas cosidas, triángulos rellenos de puntillado y ángulos de boquique) y aparece la decoración excisa (triángulos y bandas paralelas) (Fig. 69). El Estrato III/Sur sólo ofrece dos fragmentos decorados, uno con espigas verticales y otro con bandas paralelas de zig-zag (Fig. 70.1-7). Del Estrato IV/Sur proceden otros cuatro fragmentos decorados, tres de ellos con incisión simple (zig-zag y ondas) y el restante con zonas triangulares excisas (Fig. 70.9-14). En el Estrato V/Sur

64 A parte de este vaso se mencionan «fragmentos con decoración de Boquique».

predomina la incisión (triángulos colgando rellenos de puntos o paralelas, zig-zags y líneas onduladas), mientras que el boquique (líneas onduladas) sólo adorna un fragmento (Fig. 71). Por último, en el Estrato VI/Sur se documentan todas las técnicas decorativas de Cogotas I en su fase de plenitud, es decir, incisión, impresión, boquique y excisión (Fig. 72). Los motivos presentan mayor variedad y complicación: la incisión aparece en zig-zags, líneas rectas, cosidas u onduladas, etc; el puntillado rellena bandas onduladas o zonas triangulares; el boquique dibuja líneas rectas, onduladas y grandes paralelas de zig-zag; y la excisión, presente en un sólo caso, se plasma en una dos bandas de dientes de lobo contrapuestos. En este nivel se han

documentado, además, vasos groseros que se decoran mediante la digitación de toda la superficie exterior (Fig.73.1 y 3), una técnica también documentada en Cogotas I.

Fuera de esta producción quedan, sin embargo, algunas especies de clara ascendencia argárica, cazuelas que recuerdan a las del Bronce Final Andaluz, varios ejemplares que muestran influjos de otras regiones, y ciertas vasijas fabricadas a torno que pudieran ser importaciones (Fig. 69.19; Fig. 70.4, 11 y 12; Fig. 71.12 y 14; Fig. 72.19, 20 y 24; 73.4-7).

Uno de los fragmentos decorados fue sometido a un *análisis de láminas delgadas* gracias al cual se comprobó el origen local de sus pastas.

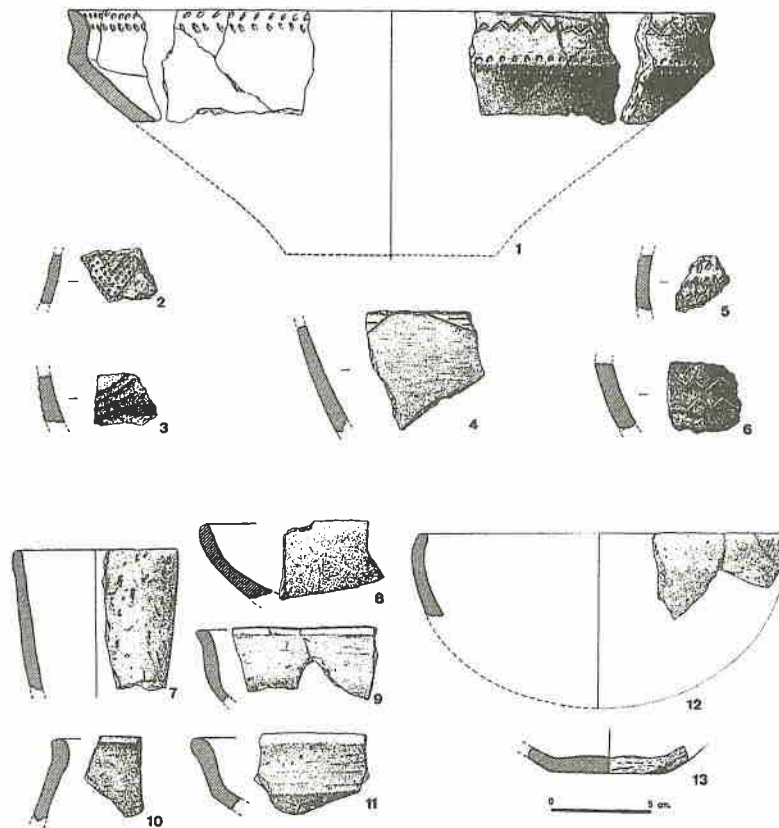


Figura 68. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Estrato III/Norte (Molina y Pareja, 1975).

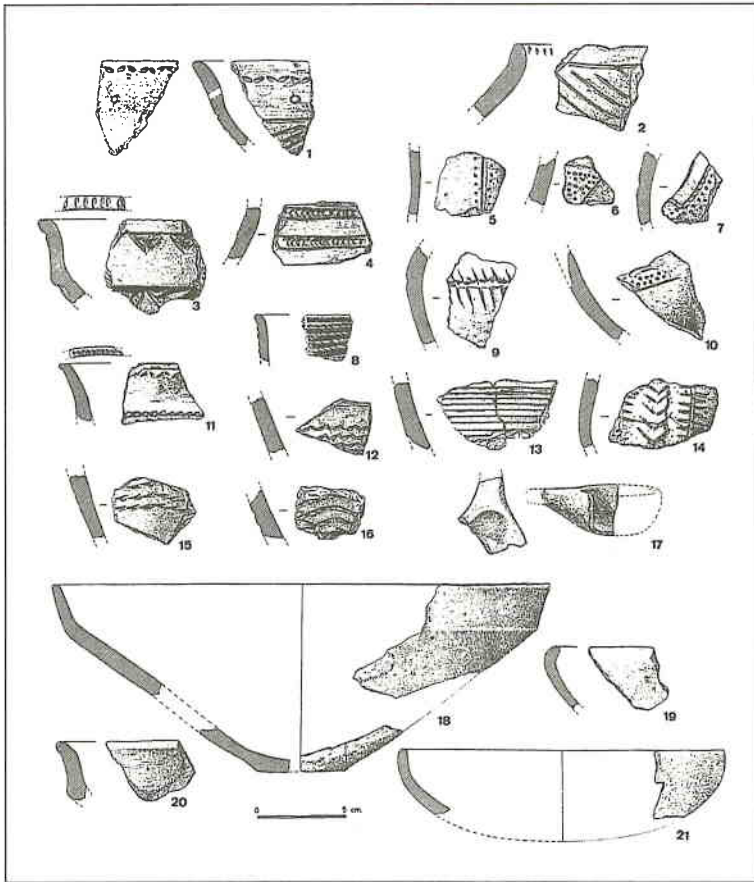


Figura 69. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Estrato IV/Norte (Molina y Pareja, 1975).

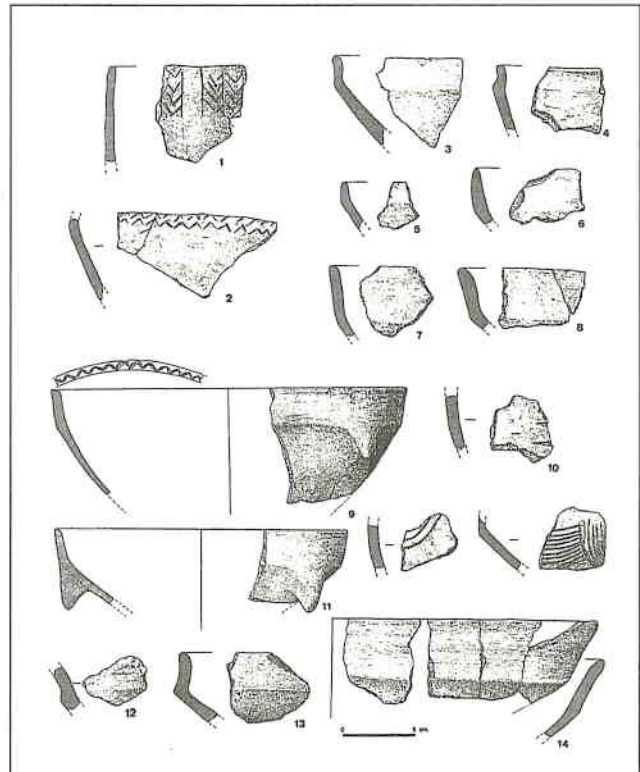


Figura 70. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada): 1-7. Estrato III/Sur; 8-15. Estrato IV/Sur (Molina y Pareja, 1975).

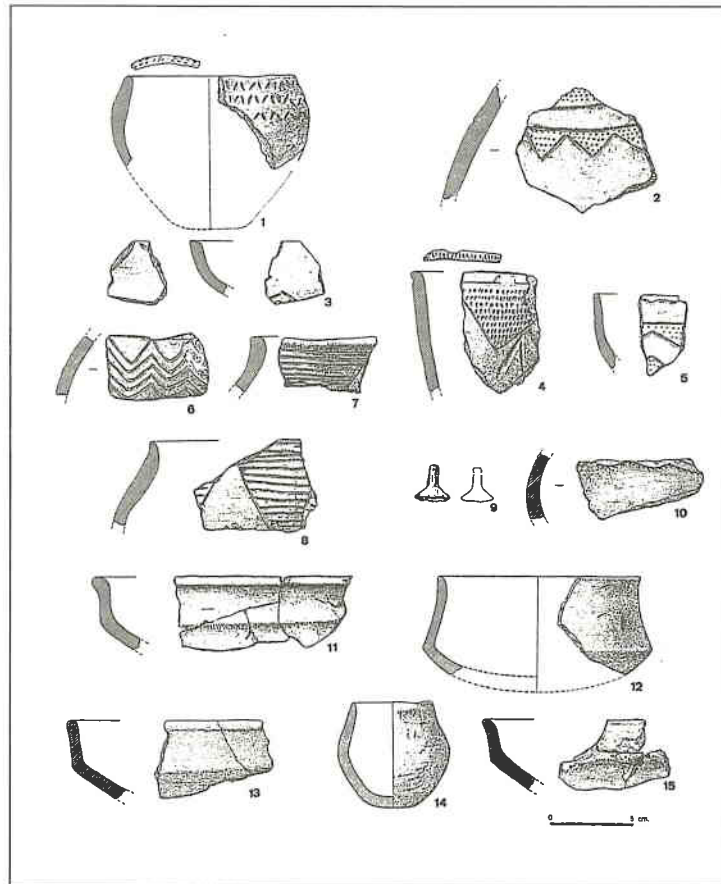


Figura 71. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Estrato V/Sur (Molina y Pareja, 1975).

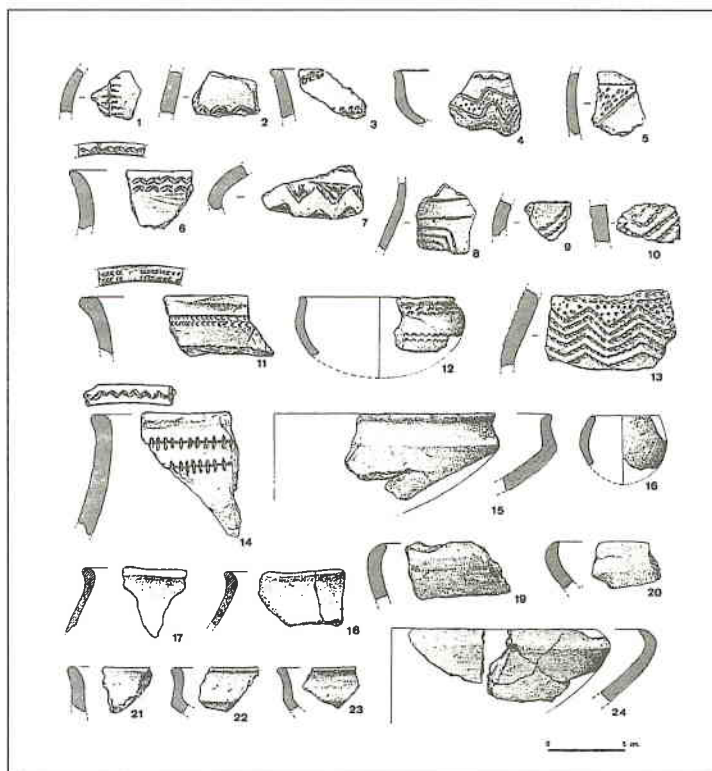


Figura 72. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Estrato VI/Sur (Molina y Pareja, 1975).

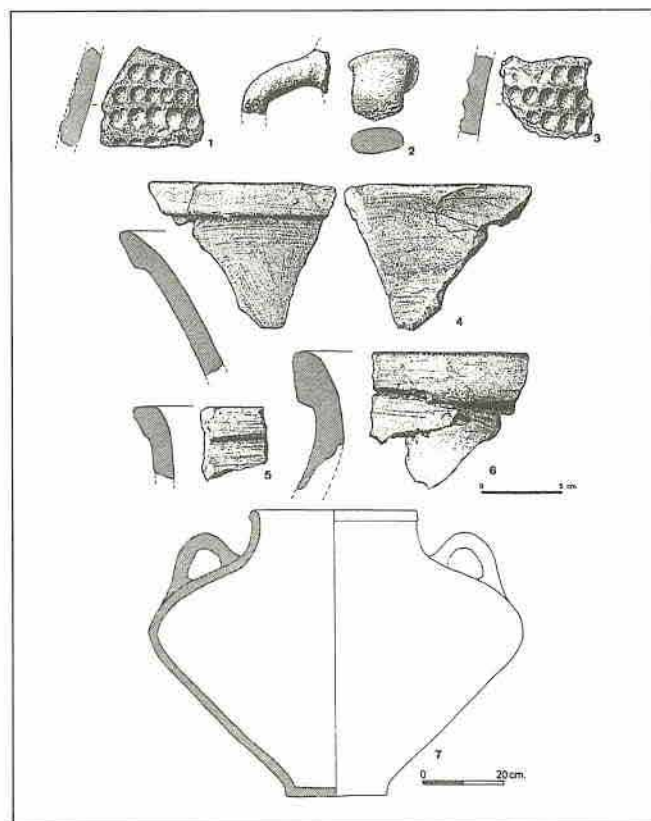


Figura 73. La Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Estrato VI/Sur: 1-3. Cerámica grosera; 4-8. cerámica a torno (Molina y Pareja, 1975).

*Cronología y marco cultural:*

El poblado superior de Cuesta del Negro se beneficia de tres fechas de C-14 del Estrato VI/Sur (1210 ±35, 1145 ±35 a.C. y 1230 ±50 a.C.) que la sitúan a finales del siglo XIII y en el siglo XII a.C., cuando Cogotas I pasa de su fase inicial (Protocogotas) a la de plenitud.

A este mismo lapso temporal nos remite el análisis de las cerámicas, aunque también nos ha permitido observar una clara evolución tipológica en los estratos (aumento del boquique, aparición de excisas, complicación de los motivos, etc) paralela a la de la Meseta.

Por último, y pese a que la influencia meseteña en Purullena es muy destacada, no podemos olvidar la comparecencia de especies cerámicas ajenas a este mundo. Estaríamos,

entonces, ante un poblado ecléctico en el que los elementos de Cogotas I jugarían el papel más importante, pero donde no estarían ausentes las aportaciones de los grupos indígenas de la región.

*Bibliografía:*

Ambers, Matthews y Browman, 1991: 65; Arribas Palau, 1976; Capel y Delgado, 1978; Martín de la Cruz y Perlina, 1993; Molina González, 1978; Molina González y Pareja López, 1975; Sáez Pérez, Fernández-Posse y Martínez Padilla, 1973-75.

**128. Cerro de la Encina (Monachil, Granada)**

*El yacimiento:*

El poblado se sitúa sobre un cerro amesetado junto a la margen izquierda del río Monachil. Los excavadores distinguen varias fases que van desde un



momento del Argar B hasta el Bronce Final: las Fases I y II son argáricas y su final está marcado por un incendio. La Fase IIb (Estratos V y IV del cuadro 3), es el primer momento postargárico, empieza con la reconstrucción de parte del poblado y termina con su abandono. En la Fase III (Estratos III, II y I del corte 3) se reanuda la vida en el cerro y se transforman los sistemas constructivos, apareciendo las paredes con zócalos de piedra y alzados de barro y ramaje y los pisos de tierra apisonada.

*Materiales arqueológicos:*

La intrusión de materiales de Cogotas I se detecta en las Fases IIb y III (Estratos IV, IIIb y IIIa), aunque el número de ejemplares que la protagonizan no parece ser elevado. Entre ellos se reconocen varios galbos, un vaso de perfil sinuoso, dos cazuelas carenadas y dos de perfil bitroncocónico. Las decoraciones son incisas (líneas de zig-zag), impresas

(bandas rellenas de puntillado), de boquique (líneas horizontales, diagonales y de zig-zags, triángulos contrapuestos y guirnaldas) y excisas (triángulos y rombos) (Fig. 74.1-6).

Uno de estos fragmentos fue sometido a análisis mineralógicos y petrológicos que confirmaron la procedencia local de los barro con la que estaba confeccionado.

*Cronología y marco cultural:*

Basándonos en la fecha de radiocarbono de los estratos argáricos, en los materiales del contexto y en la tipología de los hallazgos meseteños, podemos decir que la intrusión de Cogotas I en El Cerro de la Encina se produce con posterioridad al siglo XIV a.C. -seguramente una vez configurada la fase plena de Cogotas, hacia el siglo XII a.C.-, y que se mantiene hasta un momento más o menos avanzado que puede alcanzar el siglo X a.C.

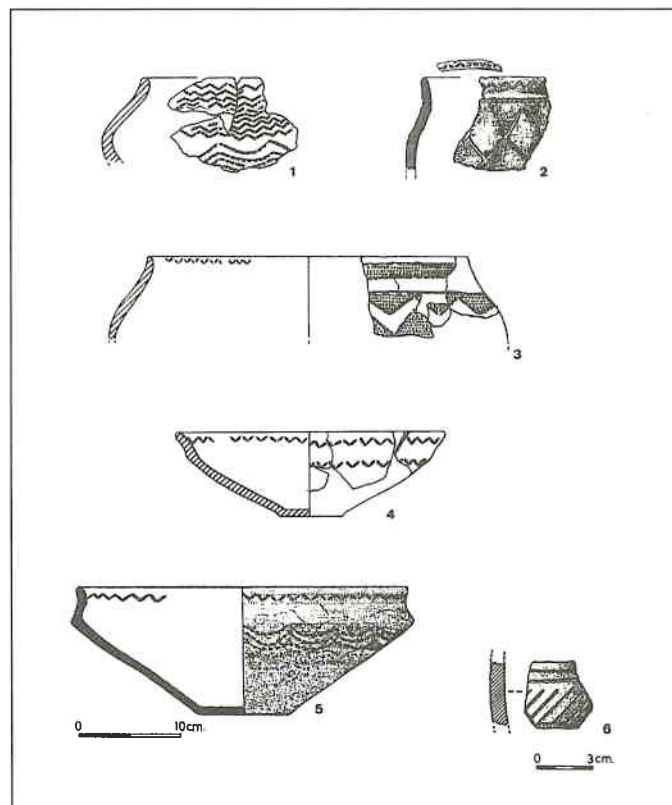


Figura 74. El Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Arribas *et alii*, 1974; Molina 1978; Molina y Arteaga, 1976).

A pesar de todo, parece que estamos ante un fenómeno intrusivo que nada tiene que ver con lo que ocurre en la Cuesta del Negro. En Monachil, los elementos cerámicos de tipo meseteño son meramente testimoniales, por lo que su presencia puede estar relacionada con la influencia ejercida por el establecimiento de Purullena.

*Bibliografía:*

Arribas Palau *et alii*, 1974; Capel y Delgado, 1978; Lull, 1983: 377; Molina González, 1978: 164-166; Molina y Arteaga, 1976.

129. (Salobreña, Granada)

Procedentes de esta localidad se mencionan dos fragmentos de cerámica que están descontextualizados: una fuente carenada decorada con guirnaldas de boquique y un galbo con rombos excisos que podríamos llevar a la fase de plenitud de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Martínez Santa-Olalla, 1947; Molina González, 1978: 178.

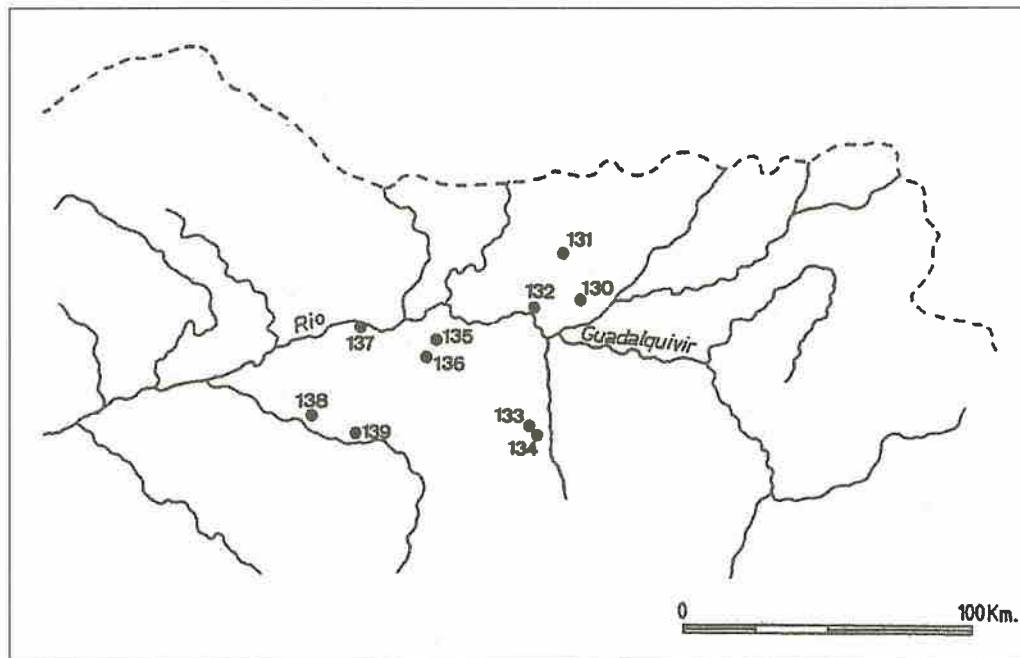


Figura 75. Dispersión de las cerámicas de tipo Cogotas I por el Alto y Medio Guadalquivir (Jaén y Córdoba).

■ **ALTO Y MEDIO VALLE DEL  
GUADALQUIVIR** (Fig. 75)

130. Barranco de San Ambrosio/Cástulo (Linares, Jaén)

*El yacimiento:*

Los asentamientos prehistóricos de Cástulo (Sitios II y III) se encuentran al oeste y al sur del

Cerro de la Muela, una penillanura en la margen derecha del río Guadalquivir que sirve de asiento a la ciudad ibero-romana. En ambos casos se trata de lugares altos, dotados de condiciones defensivas y con cierto interés estratégico, y en los dos "sitios" la erosión ha puesto al descubierto estructuras de piedra asociadas a cerámica prehistórica.

#### *Materiales arqueológicos:*

Sólo aparece un fragmento decorado con triángulos excisos y una línea de boquique (Fig. 76.6) en el Sitio II, y varias fuentes carenadas y vasos troncocónicos lisos en el Sitio III, todos ellos recogidos en prospección.

#### *Cronología y marco cultural:*

La comparecencia de boquique y excisión dentro del mismo fragmento pudiera apuntar hacia un momento pleno del desarrollo del grupo de Cogotas I. Su presencia en Cástulo parece responder a una intrusión dentro de contextos de raíz local.

#### *Bibliografía:*

Blázquez y García-Gelabert, 1992; Blázquez, García-Gelabert y Arenas, 1987.

### **131. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)**

#### *El yacimiento:*

El poblado se ubica en la margen derecha del río Rumblar y sobre un espolón de pronunciadas pendientes. Conserva parte de una compleja fortificación y los restos de viviendas de piedra, calles y recintos de actividades específicas asentados en plataformas aterrazadas (Fig. 77.4), estructuras en su mayoría que pertenecen al Bronce Pleno (horizonte argárico del Alto Guadalquivir).

En la ladera norte se han podido definir dos fases prehistóricas. En la primera (Peñalosa IIIB) el poblado llega hasta la terraza media. En la segunda (Fase IIIA) se extiende hacia el río, y se cierra con un gran muro reforzado con bastiones. A esta última pertenece la mayoría de las piezas cerámicas de tipo Cogotas I, algunas de ellas asociadas a contextos domésticos (F. Contreras y J. A. Cámara: comunicación personal).

#### *Materiales arqueológicos:*

Sabemos de la existencia de 59 fragmentos de tipo meseteño, una cifra considerable<sup>65</sup>, aunque sólo

se han publicado tres: un cuenco con tres bandas horizontales incisas paralelas y una serie de puntos impresos en su interior, un galbo con un zig-zag doble y una carena con pequeñas incisiones oblicuas (Fig. 77.1-3). Las piezas inéditas son más significativas y diagnósticas que las publicadas. Se trata de cuencos, cazuelas carenadas, ollitas y una botella, decorados con técnicas incisas e impresas (zig-zags, espigas, bandas, impresiones amigdaloides, cosidos, líneas jalonadas, grandes círculos estampillados y líneas de puntos impresos).

#### *Cronología y marco cultural:*

La segunda fase prehistórica de Peñalosa se fecha por el radiocarbono en un intervalo que va desde finales del siglo XVIII a.C. hasta mediados del siglo XV a.C. Sin duda, las cerámicas de tipología meseteña deben aparecer en el mismo en los últimos momentos de este lapso temporal, hacia el s.XV, coincidiendo con la el momento de formación de la cultura de Cogotas I en la zona nuclear (Protocogotas).

La abultada presencia de ejemplares, en comparación con otras estaciones, y el alto grado de acercamiento de los mismos a las producciones originales nos obligan a ver el yacimiento de Peñalosa como uno de los puntos de importancia vital en el proceso difusor de las especies de Cogotas I, consideración a la que contribuyen la estratégica posición del enclave en las rutas de comunicación directa entre Andalucía y la Meseta, la temprana cronología de los contactos, y la posible asociación de las especies decoradas a los contextos domésticos más suntuosos.

#### *Bibliografía:*

Contreras, Nocete y Sánchez, 1985 y 1987; Contreras *et alii*, 1989; Contreras *et alii*, 1995; F. Contreras y J. A. Cámara: comunicación personal.

<sup>65</sup> La memoria de las excavaciones se encuentra en estos momentos en preparación, pero gracias a la amabilidad de F. Contreras hemos tenido acceso a los dibujos de estos ejemplares, razón por la cual queremos reiterar aquí nuestro agradecimiento a este investigador, a J.A. Cámara y a la Universidad de Granada por su atención para con nosotros.

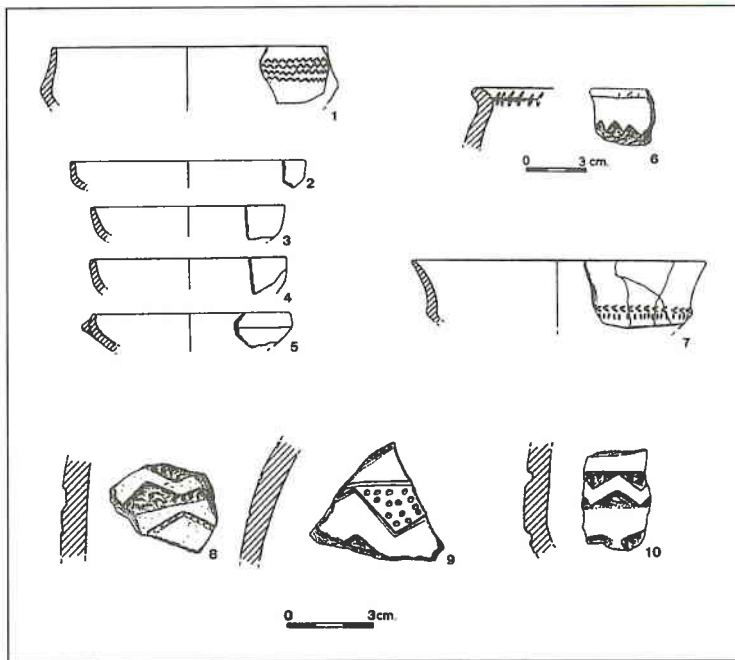


Figura 76. Cerámicas de tipo Cogotas I en Jaén: 1-5. El Canjorro (T.M. Jaén) (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986); 6. Cástulo (Linares) (Blázquez y G<sup>a</sup> Gelabert, 1992); 7. Sevilleja (Espeluy) (Pellicer, 1992-3); 8 y 9. Sta Catalina (T.M. Jaén); 10. Cerro Venate (Arjonilla) (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986).

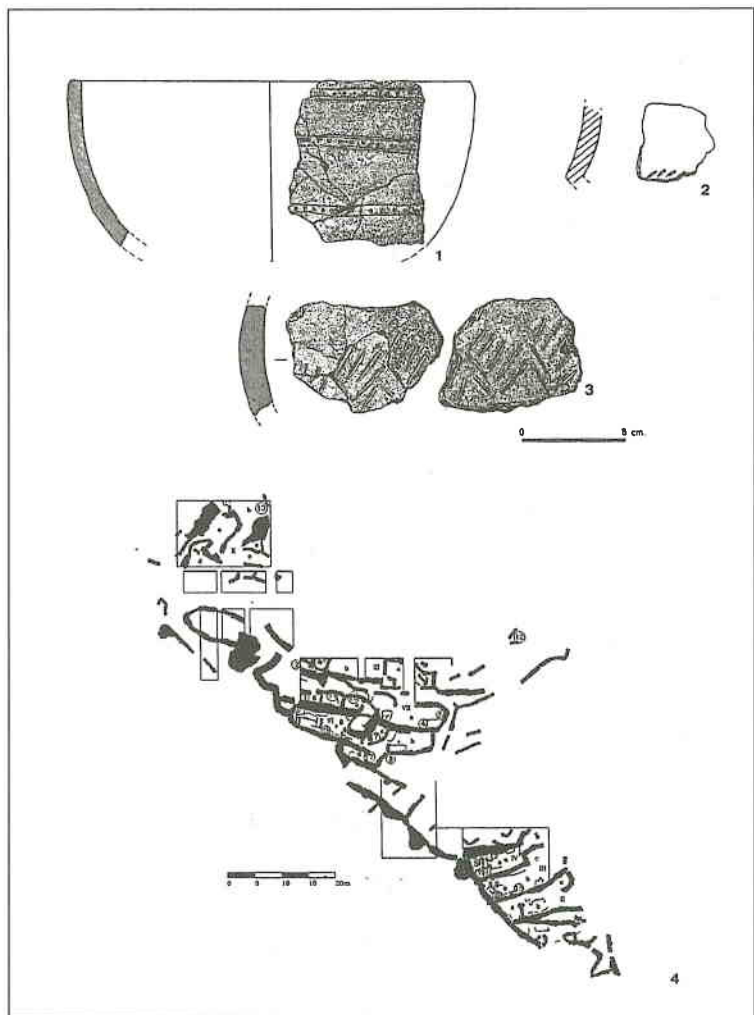


Figura 77. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén): 1-3. cerámicas decoradas al estilo meseteño (Contreras *et alii*, 1977); 4. Planta del poblado (Contreras *et alii*, 1995).

### 132. Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén)

#### *El yacimiento:*

Se sitúa en un espolón amesetado en la margen derecha del Río Guadalquivir, en plena Campiña. A este momento pertenecen varias terrazas de piedra,

Los restos más antiguos pertenecen al Neolítico. En el Bronce Pleno se instala en el cerro y en las laderas aterrazadas un poblado de influencia argárica al que pertenecen algún pavimento de barro endurecido o guijarros, lajas hincadas y varias tumbas en covacha o en cista. Tras un fuerte hiatus se documenta una ocupación iberorromana y, más tarde, medieval (Contreras, Nocete y Sánchez, 1985).

#### *Materiales arqueológicos:*

Sólo se conoce la parte superior de una fuente troncocónica decorada con un motivo de espiga y trazos verticales (Fig. 76.7).

#### *Cronología y Marco cultural:*

La ocupación principal parece responder a un Bronce Pleno muy argarizado, y la intrusión de la cerámica de tipo Cogotas I podría pertenecer a los últimos momentos de la vida del poblado y a una fecha paralela a Protocogotas, en torno al siglo XIII a.C.

#### *Bibliografía:*

Contreras, Nocete y Sánchez, 1985; Nocete, 1994: 43 y 48; Pellicer, 1992-3: 347, fig. 9.2.

### 133. El Canjorro “Cueva 3” (Jaén T.M.).

Se trata de una cueva situada en un cortado sobre la margen izquierda del río Frío. Presenta la entrada orientada al Sur, un largo pasillo y una cámara con pequeños habitáculos. En su estratigrafía se distinguen cuatro fases culturales diferentes. Las más antiguas, IV y III, pertenecen al final del Neolítico de las Cuevas y a la Edad del Cobre. En la Fase II (Estratos 3 y 4) se produce el proceso de argarización del poblado, que ocurre a partir de mediados del II milenio. La Fase I, que es

la más reciente en la ocupación de la cueva, se identifica con el Bronce Tardío y es donde se recuperan las cerámicas incisas que parecen relacionarse con los complejos culturales de Cogotas I en la Meseta.

#### *Materiales arqueológicos:*

Se reconocen piezas decoradas con zig-zag inciso y grandes vasijas incisas y digitadas, así como de fuentes carenadas lisas (Fig. 76.1-5).

#### *Cronología y marco cultural:*

Canjorro I se adscribe al Bronce Tardío postargárico con presencia de Cogotas I entre los siglos XV y XIII a.C., paralelo al horizonte Protocogotas de la Meseta, momento con el que se pueden relacionar las decoraciones incisas e impresas y los perfiles carenados descritos. Por lo demás la importancia del grupo meseteño en este enclave jienense parece ostentar un carácter meramente testimonial.

#### *Bibliografía:*

Carrasco Rus y Medina Casado, 1983; Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 371-373, fig. 3.

### 134. Castillo de Santa Catalina (Jaén T.M.).

#### *El yacimiento:*

Se encuentra en un cerro de características defensivas situado al oeste de la ciudad de Jaén.

#### *Materiales arqueológicos:*

Algunas menciones hablan de cerámicas que se pueden relacionar con el horizonte Cogotas I y con el Bronce Tardío, pero sólo conocemos dos fragmentos decorados, uno con triángulos excisos y una línea quebrada de boquique, y el otro con triángulos incisos rellenos de puntos impresos (Fig. 76.8 y 9).

#### *Cronología y marco cultural:*

Estas piezas se utilizan para incluir el yacimiento en el Bronce Tardío. Por nuestra parte, la presencia de boquique y de excisión nos inclinan a fechar la intrusión en la fase plena de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Carrasco *et alii*, 1980: 232-233; Carrasco, Pastor y Pachón, 1981: 324; Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 372 y fig.4.1 y 2.

**135. Cerro Venate (Arjonilla, Jaén)**

*El yacimiento:*

Se ubica en lo alto de un cerro, en las proximidades del Guadalquivir.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La escasa información al respecto habla de decoraciones propias de Cogotas I y de la inclusión del yacimiento dentro del Bronce Tardío, aunque sólo se publica un fragmento, posiblemente un vaso carenado, con motivos excisos (Fig. 76.10).

*Bibliografía:*

Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 373.

**136. Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén)**

El poblado, en los alrededores de la ciudad ibero-romana de Obulco, se asienta sobre un cerro alargado de escarpadas pendientes emplazado a la orilla derecha del río Salado. La excavación ofrece una secuencia estratigráfica muy completa, cuyas primeras fases se corresponde con la Edad del Cobre y el Bronce Antiguo y Pleno. La fase IV, con las cerámicas de tipo Cogotas, se identifica con el Bronce Tardío y el Bronce Final Antiguo. Con posterioridad el asentamiento se verá ocupado durante el Bronce Final Reciente, la Edad del Hierro y hasta época romana.

*Materiales arqueológicos:*

Arteaga habla de «importantes cerámicas decoradas al estilo de la llamada Cultura de las Cogotas Antiguas». También se menciona un cambio en la cerámica local en la Fase VI, que queda evidenciado en la aparición de vasijas de carena alta, de tamaños variados y con marcado predominio de los tipos pequeños, con tratamiento bruñido

*Cronología y marco cultural:*

Arteaga sitúa estos hallazgos en un hipotético Bronce Tardío previo a la aparición del Bronce Final, paralelizando la situación del Cerro de los Alcores con la de yacimientos del Sureste peninsular. Se trataría, en cualquier caso, de una presencia más o menos intrusiva que podría estar relacionada con los contactos establecidos entre este yacimiento y el Llanete de los Moros en Montoro, ya en la vecina provincia de Córdoba.

*Bibliografía:*

Arteaga, 1985; González, Navarrete y Arteaga, 1980; Nocete, 1994.

**137. Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)**

*El yacimiento:*

Se emplaza sobre un espolón sobre un meandro y un vado del Guadalquivir. El poblado prehistórico, que se inicia en el Calcolítico, se encuentra camuflado por construcciones modernas, puesto que se encuentra dentro del núcleo urbano de Montoro, y sólo se conoce por varios cortes estratigráficos. En los estratos pertenecientes al Bronce Tardío y Final de alguno de estos sondeos han aparecido cerámicas de tipo Cogotas I asociadas a hoyos, muros, derrumbes y construcciones de piedra y tapial.

*Materiales arqueológicos:*

Las cerámicas de Cogotas I alcanzan aquí un porcentaje bastante representativo, compareciendo en los Cortes A-1.2., R-1 (Estratos I A, III A y B y VI A y B), R-2 (Estratos V a VIII), R-3 (Estratos III y IV), y B-1.2. En todos ellos se han recuperado cazuelas carenadas, cuencos y ollitas decoradas con incisión e impresión (zig-zags, espigas, trazos oblicuos, líneas cosidas, zonas punteadas y líneas curvas), de boquique (líneas rectas paralelas, zig-zags, guirnaldas, o delimitando zonas) y excisas (dientes de lobo, zig-zag) (Fig. 78, 79 y 80).

Dos de estas piezas cerámicas fueron sometidas a análisis mineralógicos. Una de ellas ofreció una



composición muy distinta a la del resto, por lo que se podría interpretar como una especie alóctona; mientras que la otra resultó haber sido fabricada con arcillas similares a las de las otras cerámicas analizadas, por lo que ha de ser considerada de origen local. Junto a la cerámica descrita, sin embargo, aparecen ejemplos claros de un Bronce Final local, así como importaciones mediterráneas entre las que destacan dos fragmentos de cerámica micénica del estrato III del Corte R-3.

#### *Cronología y marco cultural:*

Disponemos, para este yacimiento, de un buen número de fechas de C-14 procedentes de estratos en los que aparecen cerámicas de tipo Cogotas I que, en líneas generales, oscilan entre los siglos XII y X a.C.<sup>66</sup>. En líneas generales, salvando algunas cronologías invertidas estratigráficamente y algunas fechas excesivamente bajas, este intervalo se adapta bastante bien al propuesto para las fases de plenitud y avanzada de Cogotas I en la Meseta, y lo que es más interesante, a la tipología de las piezas recuperadas. Por su parte, contamos con las fechas proporcionadas por la cerámica micénica, que se encuadra el Micénico III A2 o III B. Esto nos situaría en una cronología *post-quem* entre finales del siglo XIV a.C. y mediados del XIII a.C. en fechas de calendario, lo que equivale a la cronología convencional (sin calibrar) del yacimiento<sup>67</sup>.

El peso de Cogotas I en El Llanete de los Moros está marcado por la elevada proporción de especies cerámicas de tipo Cogotas I, por su alto grado de acercamiento formal y decorativo, por la presencia de especies alóctonas y por su aparición en contextos similares a los de la zona nuclear, como es el caso de algunos hoyos basureros. Estas circunstancias hacen de Montoro un punto crucial en la

dispersión de las especies cogoteñas por Andalucía, con un papel similar al desempeñado por Purullena en el Sureste.

#### *Bibliografía:*

Baquedano Beltrán, 1987; Chasco Villa, 1980-1; Martín de la Cruz, 1984-5; 1987a; 1987b, 1987c; 1988; 1989; Martín de la Cruz y Baquedano Beltrán, 1987; Martín de la Cruz y Consuegra, 1990; 1991; Martín de la Cruz y Montes Zugadi, 1986; Martín de la Cruz y Perlina, 1993.

### **138. Castillejo de Teba/Ategua (Castro del Río, Córdoba)**

#### *El yacimiento:*

Se eleva sobre una loma de flancos muy abruptos en la orilla derecha del río Guadajoz. Su estratigrafía proporciona niveles Calcolíticos, del final de la Edad del Bronce e ibéricos.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Sólo contamos con un fragmento decorado con boquique inédito y encontrado en superficie que aparece junto a materiales del Bronce Pleno, cerámicas pintadas de tipo Guadalquivir I, incrustación de botones metálicos y decoración bruñida.

#### *Bibliografía:*

Blanco Freijeiro, 1983; Martín Bueno, 1983; Murillo, 1994: 195-200.

### **139. Cortijo del Valle (Baena, Córdoba)**

#### *El yacimiento:*

Se sitúa sobre una pequeña loma adosada a un cerro de mayor envergadura.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En superficie se han recuperado cerámicas de distintas épocas, sobre todo del final de la Edad del

<sup>66</sup> Las fechas son: 1030±130, 980±110, 950±50, 960±120, 760±250, 1130±90, 1050±100, 1110±60, 1070±60.

<sup>67</sup> En este sentido, la calibración de las fechas asociadas a Cogotas I en el yacimiento proporcionan un intervalo similar al propuesto para las cerámicas micénicas.

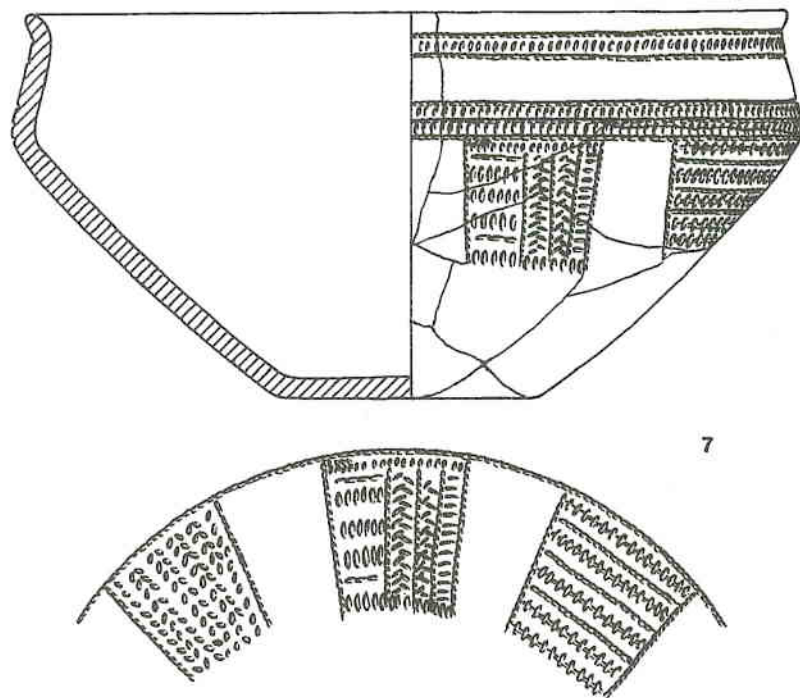
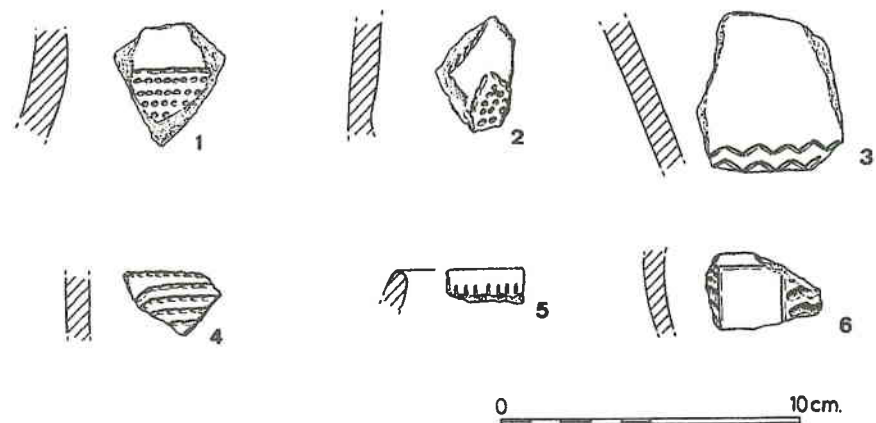


Figura 78. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba): 1-3. Corte R-1, Estrato IIIA; 4-6. Corte R-1, Estrato IIIB; 7. Corte B-1.2, Estrato I (Martín de la Cruz y Montes, 1986).

Bronce, entre las que hay algunas decoradas con incisiones, pequeños mamelones o impresión, y otras lisas con altas carenas. También se menciona la aparición de un fragmento con boquique.

*Bibliografía:*

Murillo, 1994: 311-313; fig. 2.55; Ruiz Lara, 1988: 32.

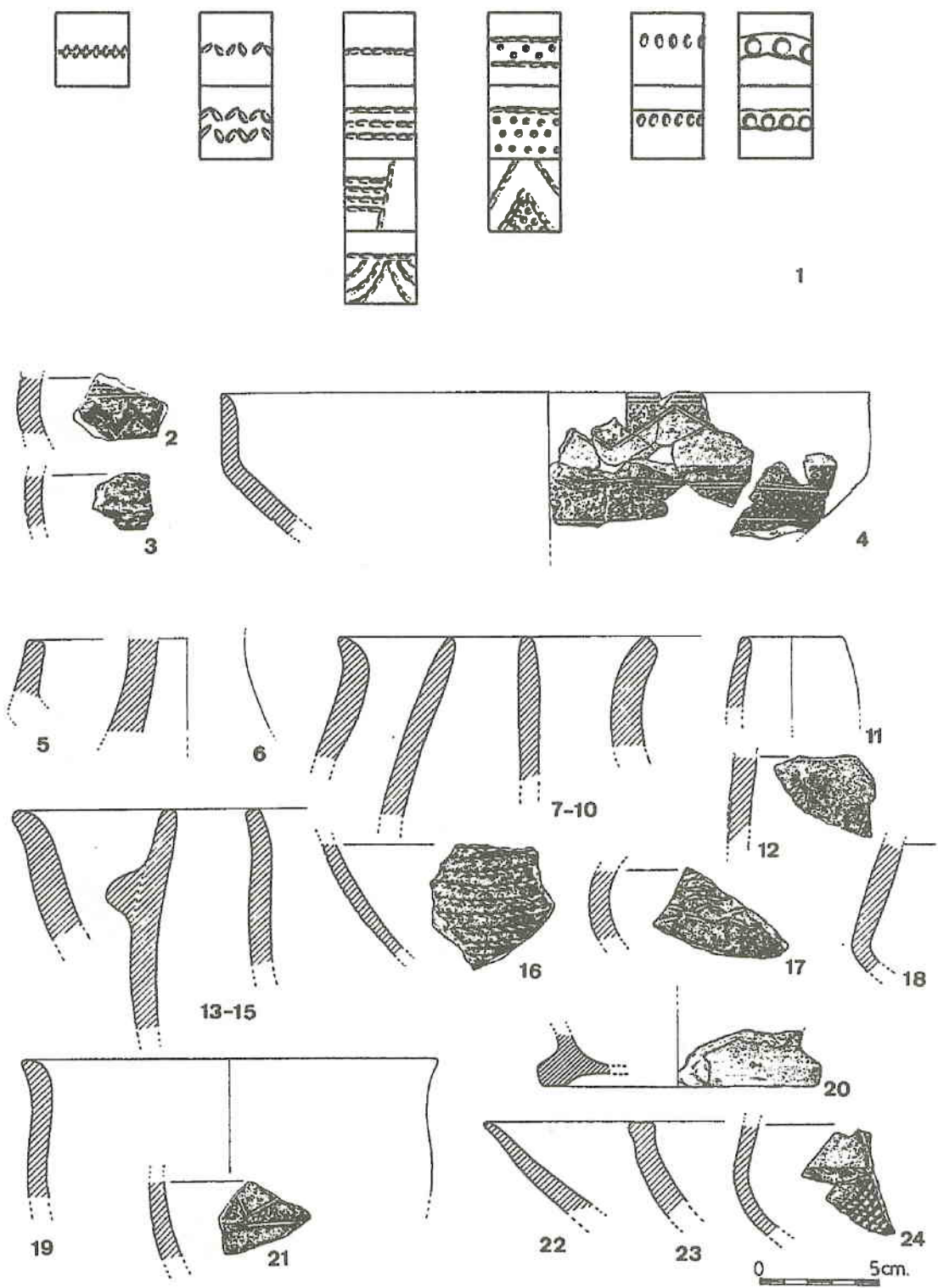


Figura 79. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba): 1. Motivos decorativos de tipo Cogotas del yacimiento; 2-24. cerámica del Corte R-3, Estrato III (n.º 20. cerámica micénica) (Martín de la Cruz, 1984-5).

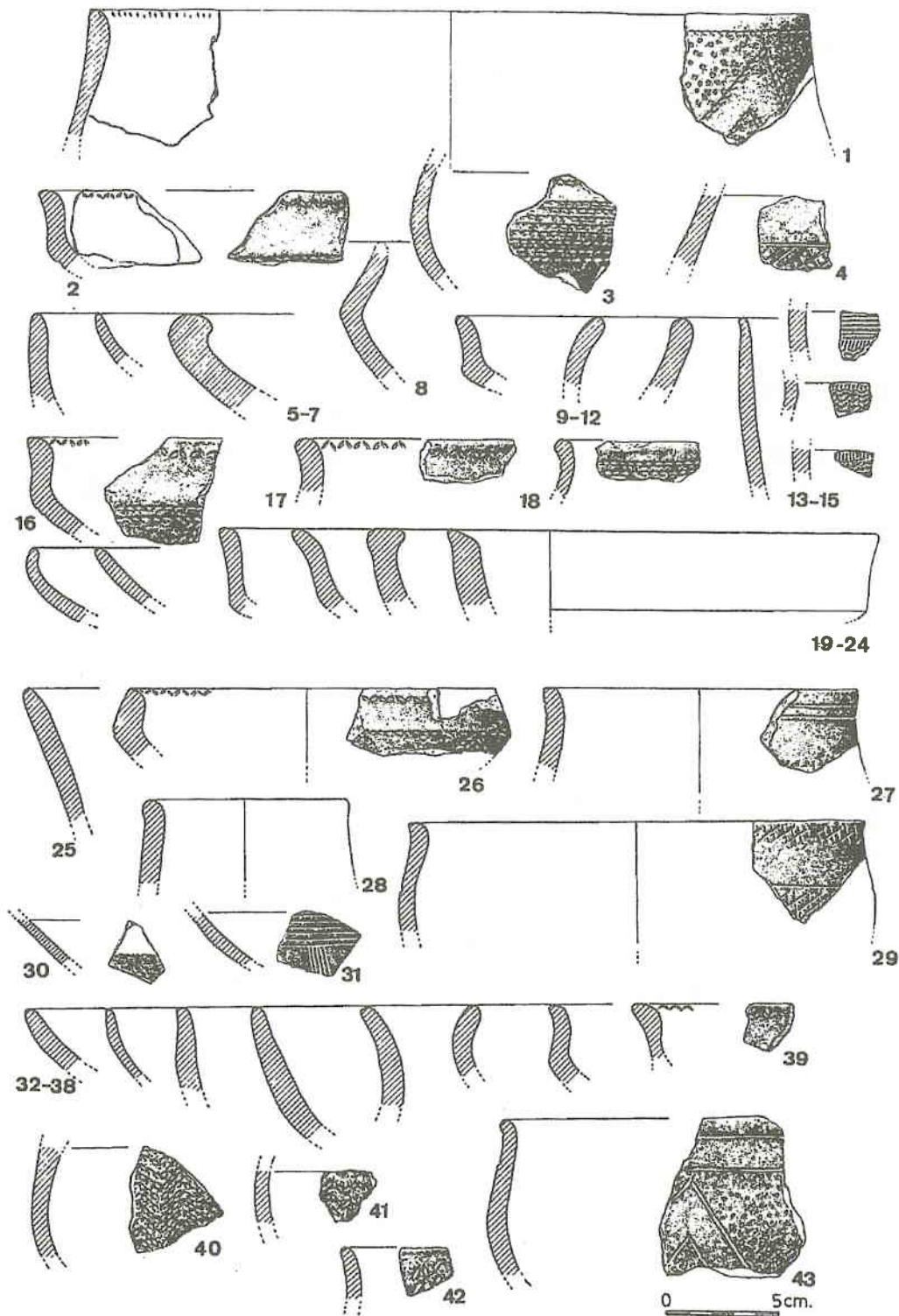


Figura 80. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba): 1-42. Corte R-3, Estrato III (n.º 30, cerámica micéfica); 42 y 43. Corte R-3, Estrato IV (Martín de la Cruz, 1984-5).



## ANDALUCÍA OCCIDENTAL (Fig. 81)

### 140. La Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)

#### *El yacimiento:*

Se asienta sobre un enorme cerro escarpado en la vertiente derecha del Guadalquivir (más de 200 m.). Su estratigrafía (Corte 3) proporciona niveles desde el Bronce Pleno hasta los tiempos modernos. En las dos primeras fases (Estratos XV-XII), que pertenecen al Bronce Pleno y al Bronce Final Reciente, aparecen cerámicas de tipo Cogotas I asociadas a derrumbes, muros de piedra y adobe y pavimentos de arcilla.

#### *Materiales arqueológicos:*

De los materiales cerámicos publicados sólo parecen mostrar una influencia de tipo meseteña 12 fragmentos. Son ejemplares de cuencos o vasos carenados con el cuerpo inferior cuenquiforme, algunos lisos y otros decorados con motivos incisos o impresos muy sencillos, como zig-zags en el labio o en la parte superior de la pared, triángulos rellenos de puntos (Fig. 83.1-2, 8-12), y que parecen estar confeccionados con una arcilla muy basta, diferente a la del resto de la producción. En esta última predominan los tipos locales, en los que se puede observar cierta evolución (Fig. 83.3-6, 13, 18-20).

#### *Cronología y marco cultural:*

La Fase I (Estratos XV y XIV y los niveles de base del XIII) se lleva a mediados del IIº milenio a.C. en función de una fecha de C-14 de  $1570 \pm 95$  a.C., obtenida en el estrato más reciente, y de algunos tipos cerámicos locales que caracterizan el Bronce Pleno. La Fase II se divide en dos momentos: el Estrato XIII representa un estadio de transición al Bronce Final, y el XII un momento reciente del último período.

Las últimas interpretaciones aconsejan rebajar la fecha de la fase más antigua hasta un Bronce Medio avanzado o Bronce Tardío, en torno al siglo XIV a.C., momento a partir del cual se produce una

ocupación más o menos continua hasta un avanzado Bronce Final. La influencia de la Meseta llegaría posiblemente sólo en la fase Protocogotas, mientras que los fragmentos encontrados en la Fase II podrían encontrarse en una posición secundaria, producto de una alteración estratigráfica. En cualquier caso, la escasez de los ejemplares meseteños y su inclusión dentro de ambientes culturales locales nos obligan a pensar que la injerencia de Cogotas I en Setefilla fue mínima y, probablemente, reservada a los aspectos cerámicos.

#### *Bibliografía:*

Amores y Rodríguez, 1984-5; Aubet, 1989; Aubet *et alii*, 1983; Belén y Escacena, 1992: 67-68; Escacena y Frutos, 1985; Martín de la Cruz, 1987c: 203-205.

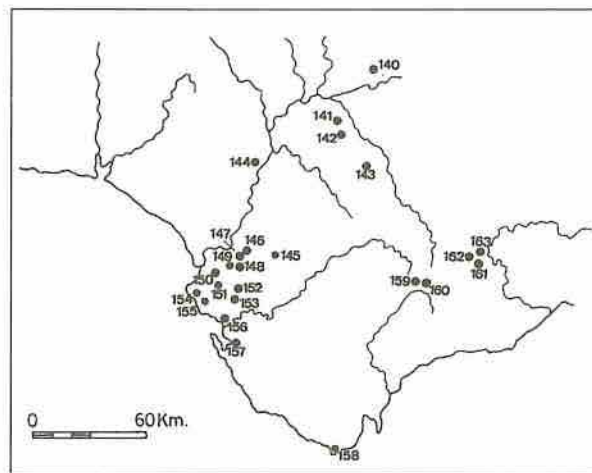


Figura 81. Yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I en Andalucía Occidental (Sevilla, Cádiz y Málaga).

### 141. Carmona (Carmona, Sevilla)

#### *El yacimiento:*

Se asienta sobre una meseta aislada o alcor ocupada en la actualidad por la ciudad de Carmona. Conoce una dilatada ocupación que se inicia en el Calcolítico y llega hasta los tiempos actuales, aunque el poblado prehistórico parece que sólo ocupa la periferia del alcor.

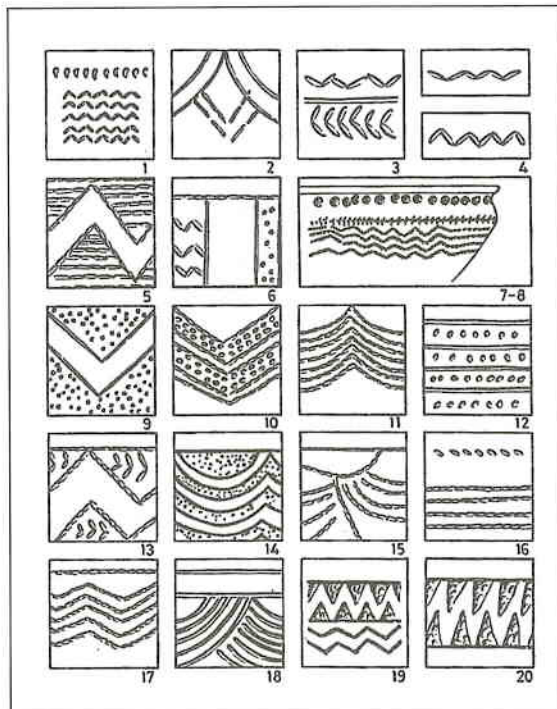


Figura 82. Motivos de tipo Cogotas I de Andalucía Occidental: 1, 11, 12, 13-15 y 17-20. Carmona; 4. Setefilla; 5, 6 y 11. Lebrija; 7-8. Montemolín; 9 y 10. Quincena (Lebrija); 2. Peña de Ardales; 3. Raja del Boquerón (Málaga); 16. Campín (Cádiz); 11. Tarifa (Cádiz).

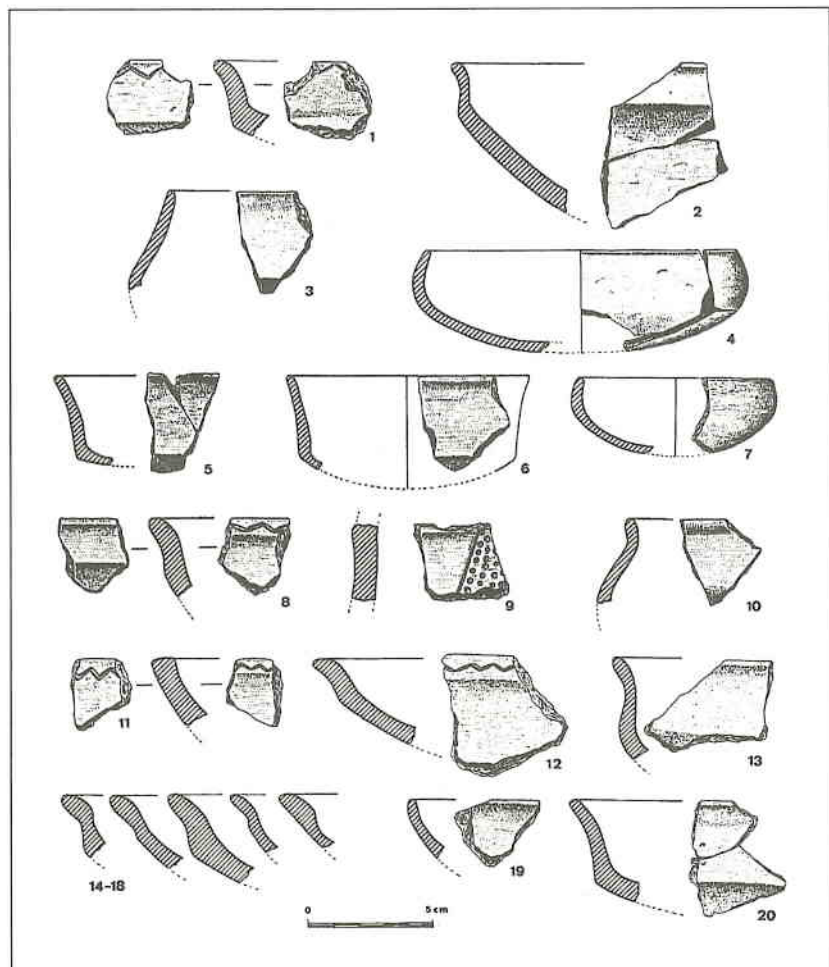


Figura 83. Setefilla (Lora del Río, Sevilla): 1-4. Fase I, Estrato XV; 5-10. Fase I, Estrato XIV; 11. Fase IIa, Estrato XIII; 12-20. Fase IIb, Estrato XIIIb (Aubert *et alii*, 1983).



### *Materiales arqueológicos:*

Las cerámicas de tipo Cogotas I, que son muy abundantes, aparecen en superficie o en los niveles más bajos de la estratigrafía, siempre en contextos propios del Bronce Final no clásico, sin cerámica con decoración pintada o retícula bruñida. La muestra meseteña se reparte por los siguientes lugares: El Raso de Santa Ana o Barrio de San Blas, El Barranquillo, La necrópolis orientalizante, El Picacho, La Puerta de Sevilla, la C/ General Freire, C/ Costanilla Torre del Oro y La Plaza de Santiago.

Entre la cerámica lisa también destacan algunas formas de vasos carenados y troncocónicos similares a las producciones meseteñas. Entre los ejemplares decorados descubrimos estos mismos tipos, así como cazuelas de perfil en "S", cuerpos globulares y, sobre todo, bordes exvasados. Las técnicas más representadas son la incisión, la impresión y el boquique, y en menor medida la excisión. Los motivos confeccionados en los dos primeros casos son el zig-zag, especialmente sobre el labio, triángulos o bandas rellenas de punto o de líneas paralelas, las espigas y las series de medias lunas. Con boquique se realizan fundamentalmente guirnaldas, curvas u onduladas, y líneas rectas, mientras que la excisión se usa en los típicos dientes de lobo. Las composiciones no son excesivamente

complejas, sin embargo, se aprecia la convivencia de varias técnicas y la ejecución de ciertos motivos más elaborados (Figs. 84 y 85).

### *Cronología y marco cultural:*

Las cerámicas de tipo Cogotas I en Carmona parecen incluirse dentro de un ambiente arcaizante en el que los elementos del Bronce Pleno se están transformando para dar paso a un consolidado Bronce Final con cerámicas pintadas y decoración bruñida. Las fechas de esta presencia serían siempre anteriores a la aparición de las producciones citadas en último lugar, y a juzgar por la tipología de los ejemplares que la protagonizan, habría que situarlas entre los siglos XI y XII a.C.

La abundante presencia de especies cogoteñas y su inclusión en contextos habitacionales semejantes a los de la zona nuclear hacen sospechar la existencia de contactos directos con aquella, a la vez que permiten asignar a Carmona un papel similar al de Purullena en el proceso de difusión del tipo meseteño.

### *Bibliografía:*

Amores, 1982; Amores y Rodríguez Hidalgo, 1984-5; Amores y Tremiño, 1984; Belén *et alii*, 1987; Belén, Lineros y Puya, 1985; Cañal, 1894; Cardenete *et alii*, 1988, 1989 y 1990; Carriazo y Raddatz, 1960 y 1961; Pellicer, 1976-78; Pellicer y Amores, 1985.

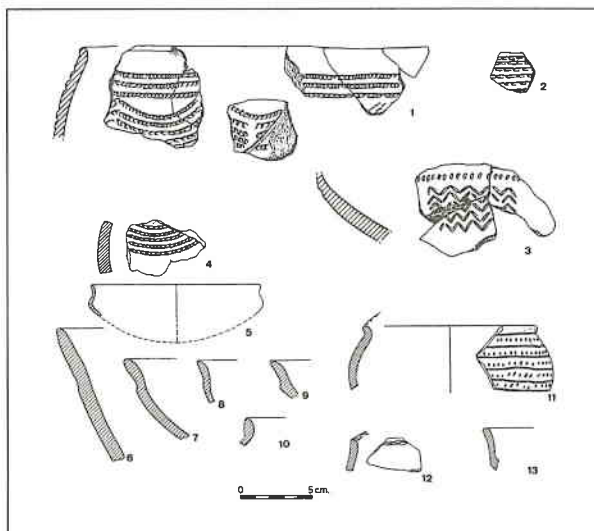


Figura 84. Carmona (Sevilla): 1-3. Estrato V del Corte de 1959 en el Raso de Santa Ana (Carriazo y Raddatz, 1960); 4-13. Recogidas superficiales en El Picacho (Amores, 1982).

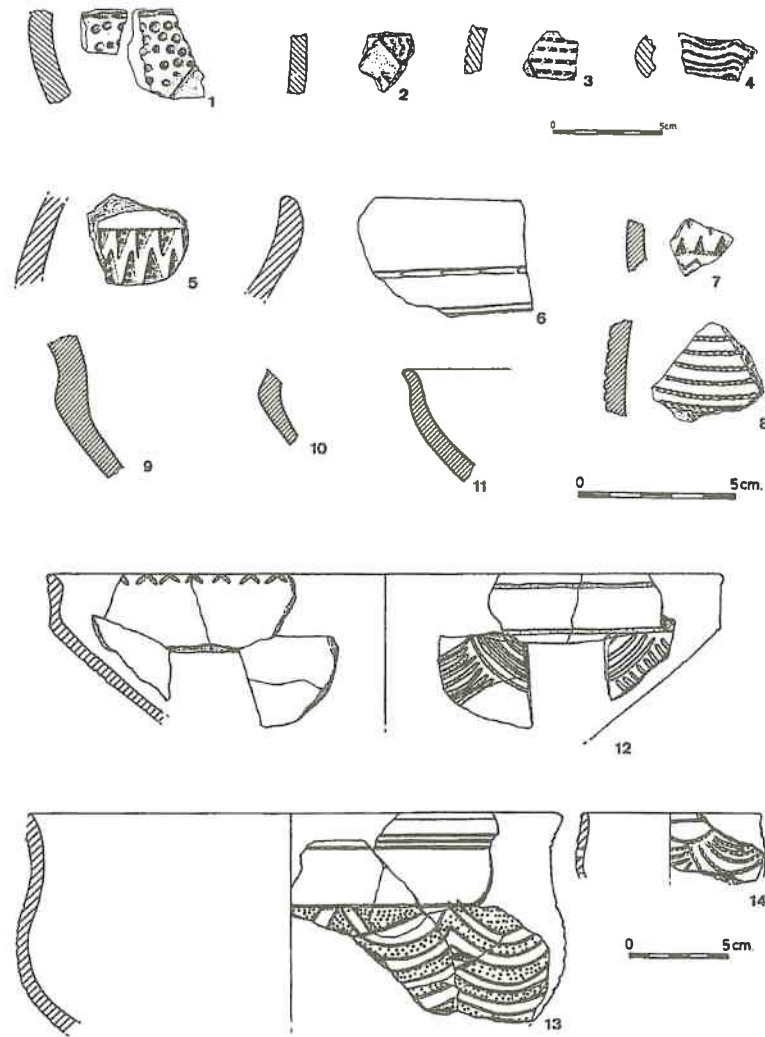


Figura 85. Carmona (Sevilla): 1 y 2. CA-80/B; 3 y 4. CA-80/A (Pellicer y Amores, 1985); 5 y 6. El Barranquillo; 7-11. Puerta de Sevilla (Amores y Rodríguez, 1984-5); 12-14. Calle Costanilla Torre del Oro (Cardenete *et alii*, 1989).

#### 142. Las Canteras de La Batida (Carmona, Sevilla)

##### *El Yacimiento:*

Se asienta sobre una elevación cercana a Carmona.

##### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Junto a un conjunto cerámico campaniforme se halló un fragmento que recuerda ligeramente a los meseteños de Cogotas I por cuanto presenta cortas incisiones de zig-zag bajo el borde que se enmarcan con dos líneas incisas.

##### *Bibliografía:*

Amores, 1982: 80, fig. 10.9; Amores Carredano y Rodríguez Hidalgo, 1984-85: 81, fig. 6.3.

#### 143. Montemolín (Marchena, Sevilla)

##### *El yacimiento:*

Se trata de un conjunto de tres cerros enlazados y contorneados por el río Corbones y su fértil vega. Se han diferenciado cinco estratos que van del

Bronce Reciente Inicial o de Transición (s. IX a.C), hasta el mundo Ibérico.

*Materiales arqueológicos:*

Contamos con un sólo vaso recuperado en un echadizo o aterrazamiento de los inicios de la Edad del Hierro (Estrato IIb). Se trata de un cuenco carenado decorado en el labio con zig-zag de boquique, bajo el borde con impresiones circulares pseudoexcisas, y en la carena con una línea y guirnalda de boquique (Fig. 87.1).

*Cronología y marco cultural:*

El vaso procede de un estrato formado por tierras aportadas para aterrazar el terreno, por lo que no sabemos su origen concreto. Por su tipología encajaría en un momento pleno o avanzado de la evolución de Cogotas I, entre los siglos XII y IX a.C., y por lo tanto en la primera de las fases detectada en el yacimiento (Bronce Reciente).

*Bibliografía:*

Chaves Tristán y Bandera Romero, 1981 y 1985.

**144. El Carambolo (Sevilla)**

Presencia de cerámica de tipo Cogotas I mencionada por Pellicer (1989: 176).

**145. El Tesorillo I (El Coronil, Sevilla)**

*El yacimiento:*

Se sitúa en la parte superior y por los alrededores de una elevación del terreno que se destaca sobre la llanura circundante.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se conocen escasos y mezclados materiales cerámicos pertenecientes al Bronce Final, entre los que destaca un fragmento de cuenco con decoración de impresiones de puntos y líneas incisas formando ángulos que responde a la tradición meseteña.

*Bibliografía:*

Baquedano, 1987: fig. 6; Pellicer, 1989: 176; Ruiz Delgado, 1985: 92.

**146. Calle Alcazaba o El Cabezo (Lebrija, Sevilla)**

*El yacimiento:*

Se encuentra en la ladera SE del Cerro del Castillo, una auténtica fortaleza natural, alta y bien defendida que controla una amplia campiña. Se han distinguido 12 estratos distintos que abarcan desde el Neolítico hasta la actualidad. La cerámicas de tipo Cogotas I aparecen en el Estrato III, interpretado como un Bronce Medio.

*Materiales arqueológicos:*

Sólo conocemos cuatro fragmentos, tres en la calle Alcazaba y uno en Huerto Pimentel, todos decorados con boquique (retícula, guirnalda y triángulos), incisión o impresión, y en algún caso sobre formas carenadas (Fig. 86.1-3).

*Cronología y marco cultural:*

La cerámica de tradición meseteña de Lebrija puede adscribirse a la plenitud de Cogotas I en su zona nuclear, es decir, a una fecha a partir del s. XII a.C., lo que equivale a pensar que nos encontramos ya en un Bronce Final Reciente, previo, como en otros casos de la región, a la implantación de la cerámica con decoración bruñida y pintadas.

La realidad de la presencia de Cogotas I en Lebrija parece vincularse, como en tantas otras ocasiones, más a un fenómeno de “aculturación material” que a un asentamiento de gentes venidas desde la Meseta.

*Bibliografía:*

Amores y Rodríguez, 1984-85: 81; Caro, 1989; 1991: 144-151; Caro, Acosta y Escacena, 1986; Tejera Gaspar, 1978; 1979; 1985.

**147. Quincena (Lebrija, Sevilla)**

*El yacimiento:*

Se emplaza en lo alto de un cerros.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Pellicer menciona Quincena como uno de los yacimientos en los que los temas y técnicas decorativas son “especialmente” análogos a los del grupo

meseteño, y habla de «*gran cantidad y variedad de boquique y otros tipos de Cogotas I*». Sin embargo, la muestra disponible es escasa, tan sólo cuatro o cinco ejemplares con decoración incisa, impresa y de boquique (Fig. 86.4-7).

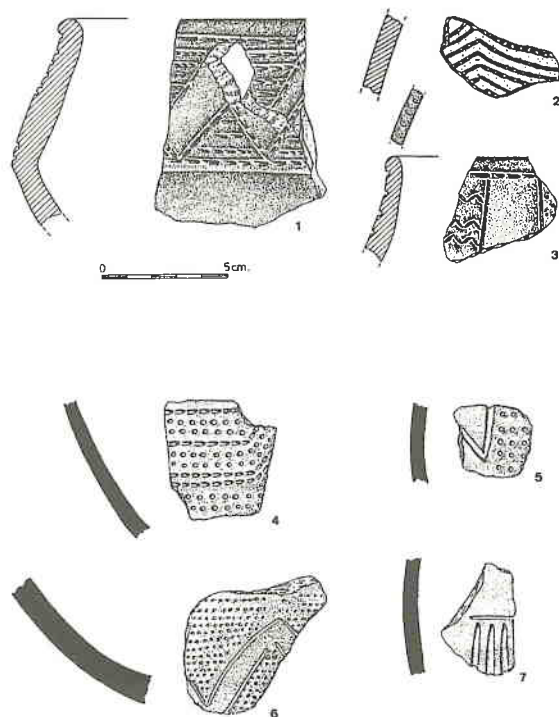
El momento en el que se produce la intrusión puede ser establecido a partir de finales del siglo XIII a.C, aunque no podemos pronunciarnos sobre la importancia de la presencia de Cogotas I en el yacimiento.

*Bibliografía:*

Amores y Rodríguez, 1984-85: 81 y fig. 6.17; Caro, 1991: fig. 50; Pellicer, 1989: 176; 1992-3: nota 39.

**148. La Ventosilla (El Cuervo, Sevilla)**

De este yacimiento sólo conocemos la mención que hace Pellicer sobre la presencia en el



**Figura 86.** Cerámicas de tipo Cogotas I de yacimientos de Lebrija (Sevilla): 1-3. Calle Alcazaba (Caro, 1991, Caro *et alii*, 1986); 4-7. Quincena (Caro, 1991).

mismo de cerámica de boquique relacionada con Cogotas I.

*Bibliografía:*

Pellicer, 1989: 176.

**149. (Trebujena, Cádiz)**

Gracias a algunas noticias bibliográficas escuetas sabemos de la presencia de cerámicas con boquique de tipo Cogotas I en este municipio y en los alrededores de la margen izquierda de la desembocadura del Guadalquivir.

*Bibliografía:*

Caro, 1991; Lavado, 1987: 131; Pellicer, 1989: 176.

**150. Cortijos del Cuervo Grande y del Cuervo Chico (Jerez de la Frontera, Cádiz)**

Poblados de cierto interés estratégico en los que se localizan manifestaciones relacionables con Cogotas y una continuidad del hábitat al menos desde el Cobre evolucionado hasta la fase más antigua del B.F. con cerámicas de tipo Guadalquivir.

*Bibliografía:*

Ramos y González, 1990: 71; Gutiérrez, Ruiz y López, 1993a: 31-32.

**151. Haza de la Torre (Jerez de la Frontera, Cádiz)**

Poblado asentado en un cerro donde también aparecen cerámicas relacionables con Cogotas I y se constata ocupación desde el Cobre avanzado.

*Bibliografía:*

Ramos y González, 1990: 71; Gutiérrez, Ruiz y López, 1993a: 31; 1993b: lám. I.

**152 y 153. Bujón VE y La Compañía II (Jerez de la Frontera, Cádiz)**

*El yacimiento:*

Se encuentran en la margen izquierda de la Marisma de “El Bujón”, sobre un relieve ondulado.

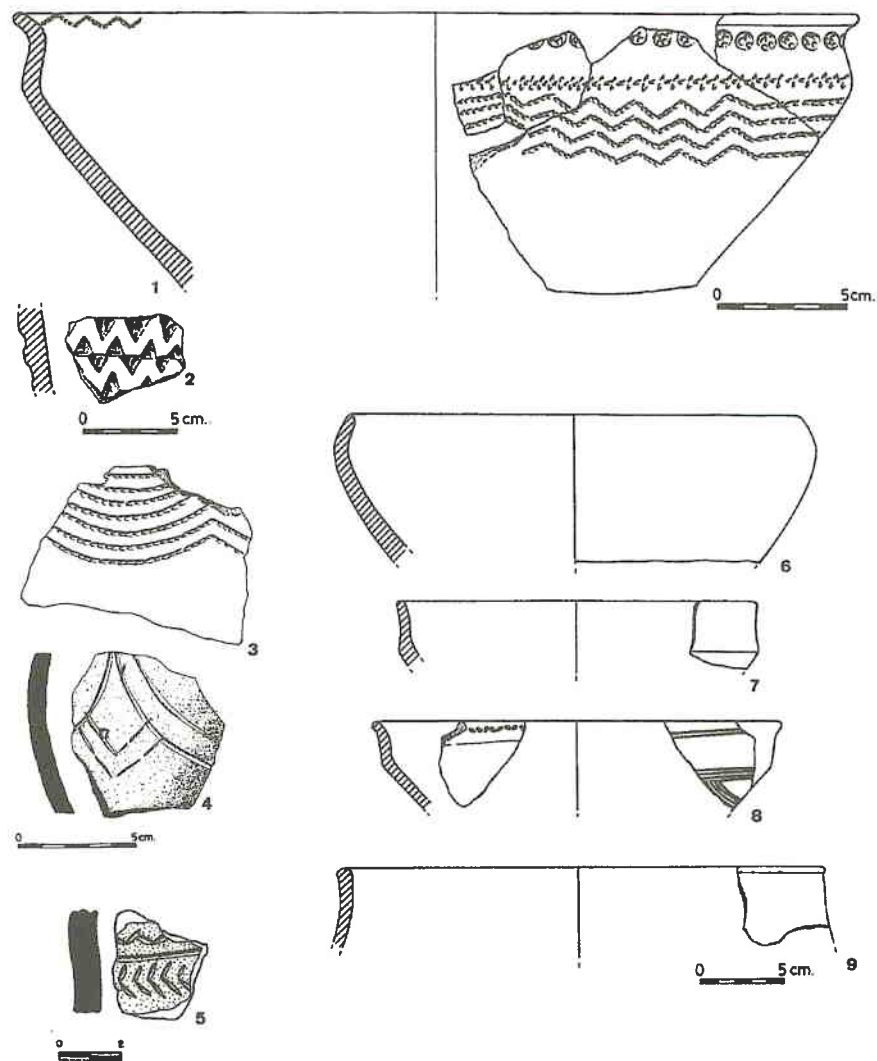


Figura 87. Distintos ejemplos de cerámica de tipo Cogotas I en Andalucía Occidental: 1. Montemolín (Marchena, Sevilla) (Chaves y Bandera, 1981); 2. Castillo de Dña Blanca (Pto de Sta María, Cádiz) (Ruiz Mata y Pérez, 1995); 3. Necrópolis de los Algarbes (Tarifa, Cádiz) (Mata, 1991); 4. Peña de Ardales (Málaga); 5. Raja del Boquerón (Ardales, Málaga) (Martín Córdoba *et alii*, 1991-2); 6-9. La Marquina (San Fernando, Cádiz) (Ramos *et alii*, 1994).

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Sólo contamos con la mención de elementos relacionados con el horizonte Cogotas I que consisten en cuencos de carena alta con borde vertical y motivos decorativos a base de impresiones en espiga.

#### *Bibliografía:*

González Rodríguez, Ruiz y Aguilar, 1991: 87.

#### 154. Campín Bajo (El Puerto de Santa María, Cádiz)

##### *El yacimiento:*

Se extiende por la ladera sur de una loma, lo que le proporciona un dominio de la campiña y del litoral (Gutiérrez, Ruiz y López, 1993a: 23). A través de la fotografía aérea se puede observar la

presencia de un recinto circular que se ha interpretado como una estructura de fortificación con una apertura en el flanco sureste. No se han realizado excavaciones, pero las prospecciones han permitido la recuperación de materiales que sugieren una secuencia desde el III<sup>er</sup> milenio hasta época turdetana.

*Materiales arqueológicos:*

De este yacimiento procede una muestra muy representativa de cerámicas de tipología

cogoteña. Las formas identificables son los vasos de suave perfil en "S" y la cazuela carenada<sup>68</sup>. Las decoraciones se realizan con las técnicas y los motivos típicos del área nuclear: temas incisos (trazos horizontales o verticales, zig-zags, cosidos, series de ángulos y espigas y líneas horizontales paralelas), impresos (triángulo relleno de puntos), de boquique (líneas y guirnaldas) y excisos (grandes puntos de figura irregular y ajedrezado cuadrangular) (Fig. 88).

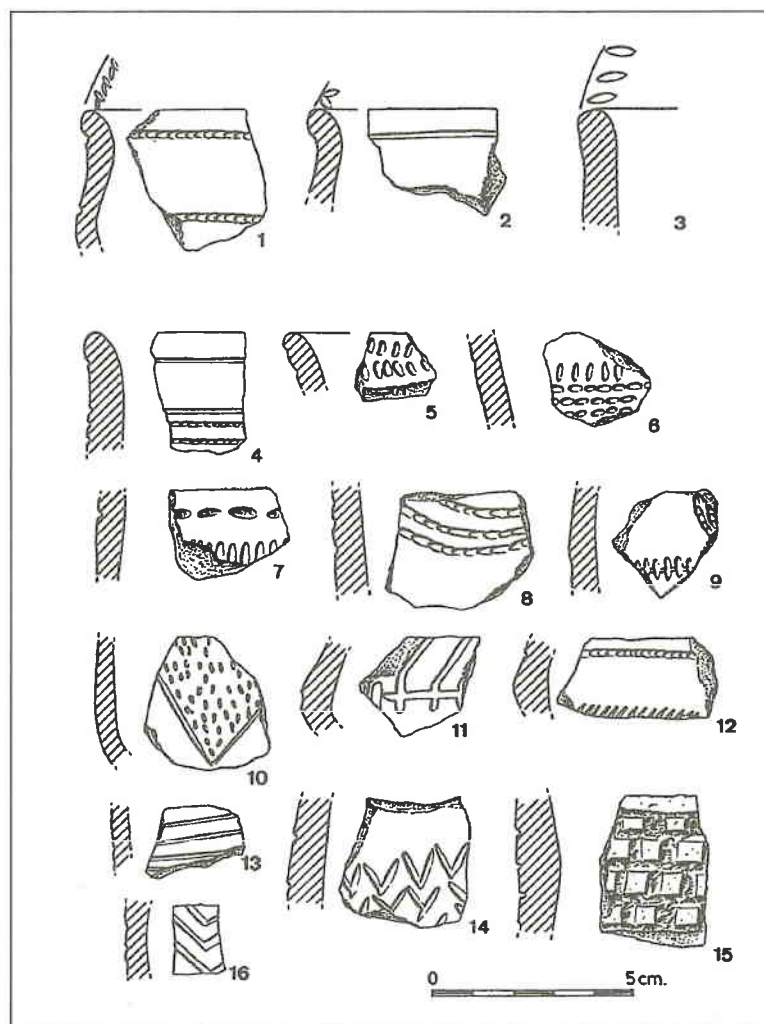


Figura 88. Campín Bajo (Pto de Sta María, Cádiz) (Gutiérrez, Ruiz y López, 1993).

68 De este mismo tipo también aparecen en el yacimiento ejemplares lisos.



*Cronología y marco cultural:*

La cronología propuesta para este conjunto cerámico se sitúa entre el siglo XIII y el X a.C., un marco cultural dentro del Bajo Guadalquivir en el que el peso de Cogotas I es elevado. Sin embargo, ciertas peculiaridades técnicas y decorativas nos hacen pensar en la llegada indirecta de los influjos un tanto desvirtuada

*Bibliografía:*

Gutiérrez, Ruiz y López, 1993a; 1993b; Ruiz Mata, 1994b: 291-292, fig. 12.

**155. Venta Alta-Arroyo del Chaparral (El Puerto de Santa María, Cádiz)** Constatación de cerámicas relacionables con Cogotas I.

*Bibliografía:*

Gutiérrez, Ruiz y López, 1993a: 34; 1993b: lám. I.

**156. Castillo de Doña Blanca/Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)**

*El yacimiento:*

Se localiza en la cima y la ladera superior de la Sierra de San Cristóbal y a orillas del antiguo estuario del Guadalete. En Las Cumbres nos encontramos ante un pequeño poblado del Bronce Final con “fondos de cabaña” parcialmente excavados en el suelo.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Nos encontramos ante un poblado turdetano de los siglos IV/III a.C. que previamente había soportado una ocupación del siglo IX a.C. A este momento han de pertenecer dos fragmentos de vasos de tipo Cogotas I que se decoran con impresiones ovaladas o circulares y con bandas excisas quebradas (Fig. 87.2). El resto del material cerámico es típico del Bronce Final de la región, incluyéndose la decoración bruñida.

Estas asociaciones implican que la intrusión de Cogotas I en el entorno arqueológico de El

Castillo de Doña Blanca acontece en los momentos postreros del fenómeno y tiene un carácter esporádico y puntual.

*Bibliografía:*

Barrionuevo, Pérez y Huertas, 1991: 75-79; Ruiz Mata, 1987: 300-301; 1994b: 291-292; Ruiz Mata y Pérez, 1995: 52, fig. 15.

**157. La Marquina B (San Fernando, Cádiz)**

*El yacimiento:*

El asentamiento se emplaza sobre suelos de llanura, ocupa reducidas dimensiones y no presenta estructuras defensivas. En su superficie se localizó una cabaña cuadrangular de 2 por 2 m.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

La cabaña proporcionó un conjunto cerámico que los autores del estudio consideran característico del estilo Cogotas I y adscriben al Bronce Medio Avanzado. Destaca una cazuela de carena alta decorada con líneas de zig-zag en el labio, y líneas y guirnaldas incisas o de boquique al exterior (Fig. 87.8). El resto de las piezas son cuencos carenados, vasos de paredes verticales o ligeramente entrantes y pequeñas ollitas (Fig. 87.6, 7 y 9).

*Bibliografía:*

Ramos *et alii*, 1993; Ramos *et alii*, 1994.

**158. Necrópolis de los Algarbes (Tarifa, Cádiz)**

*El yacimiento:*

En las laderas surorientales de la Colina de Paloma Alta se instala una necrópolis prehistórica con presencia de elementos de tipología calcolítica, campaniformes y de la Edad del Bronce. También hay interesantes conjuntos púnicos, romanos y medievales.

*Material y adscripción cultural y cronológica:*

Las viejas noticias sobre la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en esta necrópolis (Maluquer, 1970: nota 8) se ven confirmadas por las

últimas intervenciones, en el transcurso de las cuales se ha recogido en superficie un fragmento decorado con guirnaldas de boquique (Fig. 87.3).

*Bibliografía:*

Maluquer, 1970; Martín de la Cruz y Montes, 1986; Mata Almonte, 1991; Posac, 1975.

### 159. Acinipo (Ronda, Málaga)

*El yacimiento:*

La antigua ciudad de Acinipo se encuentra situada en una gran “mesa” destacada del terreno que se conoce con el nombre de “Ronda la Vieja”. El asentamiento prehistórico se identifica en el extremo oriental de la plataforma y abarca desde la Edad del Cobre (Fase I), al período orientalizante (Fase V), pasando por el Bronce Pleno (Fase II), el Bronce Final (Fase III) y una fase Preorientalizante (Fase IV). En este último momento se detectan dos series de cabañas, unas de planta circular u oval, y otras rectangulares, ambas con zócalos de piedra.

*Materiales arqueológicos:*

Las escasas cerámicas con decoración de tipo Cogotas aparecen en las fases III y IV y en prospección. Se menciona la presencia fuentes troncocónicas o vasos cerrados con perfil en S y decoración de boquique o incisa, en un caso combinada con excisión. Al mismo tiempo se apuntan las diferencias de estos productos con el resto de las cerámicas del yacimiento y se insinúa la posibilidad de que se trate de importaciones.

*Cronología y marco cultural:*

La presencia de Cogotas I en la Fase III se puede fechar, por las cerámicas del contexto, en el siglo IX u VIII, un momento tardío del desarrollo de Cogotas I, pero no imposible. Sin embargo, su comparecencia en el contexto orientalizante de la Fase IV, fechado en el siglo VIII a.C., sólo se puede explicar como producto de intrusión estratigráfica o perduración del estilo, puesto que en estos

momentos el grupo original se encuentra agotado. Por otra parte, sabemos de la constatación en 1988 de cerámicas de tipo Cogotas I dentro de contextos alfareros del IIº milenio en la ladera NE de la mesa de Acinipo.

La lejanía de Acinipo aconseja considerar la intrusión meseteña como un fenómeno derivado, encadenado y relacionado con la presencia más o menos generalizada de estas especies en el Bajo Guadalquivir.

*Bibliografía:*

Aguayo, 1986; Aguayo *et alii*, 1985; Aguayo *et alii*, 1989.

### 160. Plaza de Mondragón (Ronda, Málaga)

*El yacimiento:*

En el casco urbano de Ronda, ciudad situada en un cerro defensivo. La estratigrafía de la Plaza de Mondragón proporcionó niveles que abarcan desde época neolítica hasta el Bronce Antiguo y, tras un hiatus, una nueva fase perteneciente al Bronce Final.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En la última de las fases citadas se mencionan «*algunos fragmentos decorados con técnica de boquique (punto en raya)*» que aparecen acompañados de algunas cerámicas de tradición indígena.

Los autores de su estudio sitúan este momento en época tartésica, ya en el siglo VII a.C., una fecha muy avanzada para Cogotas I, lo que, junto a otros argumentos tipológicos del material del contexto, podría servir para envejecer su cronología en al menos un siglo.

*Bibliografía:*

Aguayo, Lobato y Carrilero, 1985.

### 161. Peña de Ardales (Ardales, Málaga)

*El yacimiento:*

Se enclava en una peña, dentro del mismo casco urbano de la población, con características naturales para la defensa.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Entre la cerámica a mano destacan una fuente carenada lisa y un galbo decorado con guirnaldas incisas de boquique (Fig. 87.4). Este yacimiento se fecha entre el siglo VIII y VI a.C. La influencia de Cogotas I está claramente desdibujada, tanto por la peculiaridad del fragmento que la protagoniza como por el carácter totalmente ajeno del contexto material.

*Bibliografía:*

Martín Córdoba *et alii*, 1991-92.

**162. Raja del Boquerón (Ardales, Málaga)**

*El yacimiento:*

Se localiza en una suave y amplia terraza de la margen izquierda del río Turón. En superficie se registraron dos cabañas de tendencia oval y una casa de planta rectangular.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En las cabañas predominan las cerámicas a mano (cuencos y ollas) con decoraciones incisas y excisas, aunque también hay retícula bruñida. Destaca una pieza que se decora con zig-zag y espiga (Fig. 87.5).

Las primeras cabañas se fechan a finales del siglo VIII a.C., mientras que la casa rectangular sería posterior. Sin embargo, la presencia de especies cerámicas meseteñas en el primero de los casos plantea la posibilidad de retrasar la cronología.

*Bibliografía:*

Martín Córdoba *et alii*, 1991-92; Espejo *et alii*, 1989: 35.

**163. Playas del Guadalteba y Guadalhorce (Ardales, Málaga)**

*El yacimiento:*

Situado en la ladera de dos cerros contiguos en la confluencia del Guadalteba y del Guadalhorce.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se menciona un fragmento de cerámica con un motivo de espigas de tipo Cogotas dentro de un

contexto de perfiles semiesféricos y parabólicos, cuencos carenados y ollas cerradas que fechan el yacimiento entre el Bronce Antiguo y Bronce Final.

*Bibliografía:*

Martín Córdoba *et alii*, 1991-92.

■ **PORTUGAL** (Fig. 89)

**164. Bouça do Frade (Baião, Porto, Douro Litoral)**

*El yacimiento:*

Se asienta sobre la cima y la ladera de un morro en la margen derecha del río Ovil. Se trata de un “campo de hoyos” que presenta además agujeros de poste, un suelo de lajas, una estructura adosada a un roquedo y un muro arruinado en el Sector IIA, y cuatro hogares en el centro del Sector IIB.

*Materiales arqueológicos:*

Sólo reconocemos influencia meseteña en seis fragmentos del yacimiento, de los que destacan dos bordes decorados con zig-zag, una taza carenada con bandas y dientes de lobo excisos, líneas de boquique y cosidos, y un recipiente hemisférico con guirnaldas de boquique (Fig. 90).

*Cronología y marco cultural:*

El Sector IIA de este yacimiento ha proporcionado una serie de fechas del siglo VIII a.C., pero aquí no comparecen cerámicas de tipo Cogotas I. Los argumentos tipológicos situarían, por su parte, el Sector I, en un momento paralelo a la fase de plenitud de Cogotas I, en torno al siglo XI a.C.

Aceptando la llegada de las influencias meseteñas a Bouça de Frade, así como la presencia de otros elementos de tradición alóctona, como las cerámicas de “tipo Baiões”, se puede hablar de una realidad social heterogénea en el poblado, producto de la convivencia de distintas tradiciones locales y ajenas. Por su parte, la injerencia de Cogotas I se hace extensiva a la aparición de los hoyos-silos excavados en el subsuelo natural del yacimiento.

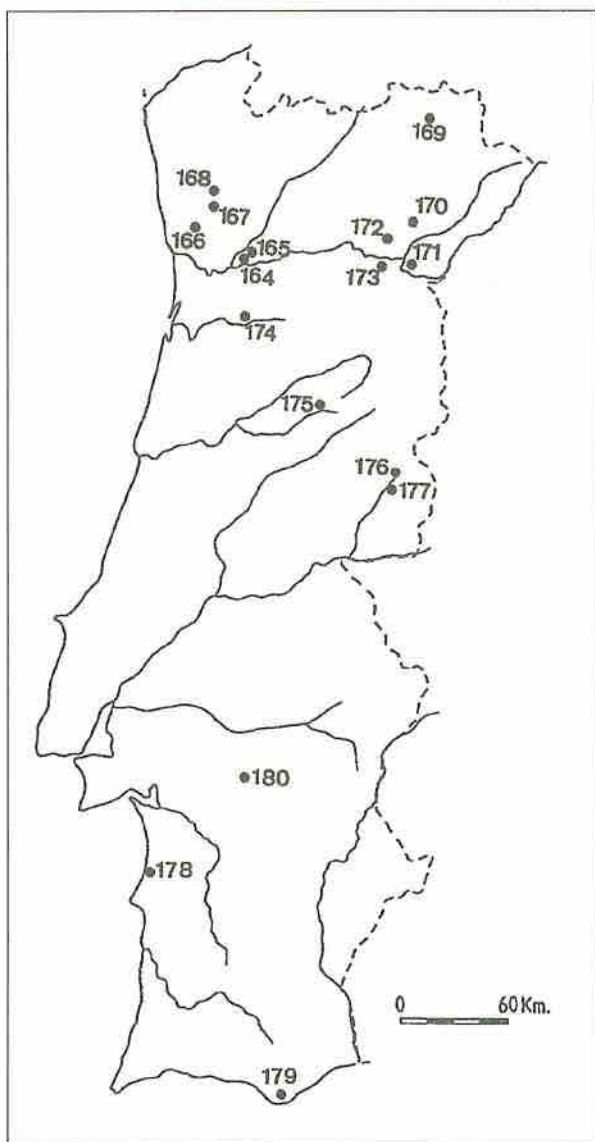


Figura 89. Yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I en Portugal.

*Bibliografía:*

Jorge, 1988a.

**165. Tapado da Caldeira (Baião, Porto, Douro Litoral)**

Se ubica en un altiplano dentro de una zona relativamente abierta y su excavación ha proporcionado hasta cinco fosas excavadas en el suelo (que fueron interpretadas como tumbas de incineración por presentar en algún caso un vaso completo), un hogar y los restos de un suelo de habitación.

*Materiales arqueológicos:*

Sólo contamos con un vaso aparecido en la fosa III. Se trata de un ejemplar carenado y decorado con un motivo estrellado y radial en el que se combinan las técnicas de excisión, incisión y boquique.

*Cronología y marco cultural:*

Una fecha obtenida en el nivel que cubría las fosas (1040 a.C.) puede servirnos como termino *ante quem* para el citado ejemplar, cuya tipología aconseja situar en la plenitud de Cogotas I (s. XII y IX a.C.).

El yacimiento recibe influencias del Noroeste de la Península, de la zona meridional y de la Meseta central. Se trata por lo tanto de un poblado muy receptivo, enmarcado en un área caracterizada por la mezcla de influjos culturales de las regiones periféricas.

*Bibliografía:*

Jorge, 1980a; 1980b; 1983; 1985.

**166. Monte do Padrão (Santo Tirso, Porto, Douro Litoral)**

*El yacimiento:*

Se sitúa sobre un castro en la margen izquierda del río Ave ocupado durante la primera Edad del Hierro y en época romana, y en el que se ha detectado un momento de la Edad del Bronce.

*Materiales arqueológicos:*

Se han recuperado cinco fragmentos decorados al estilo meseteño, cuatro en la camada 2 y uno en la 4, decorados con motivos incisos o de boquique (Fig. 90.7-11).

*Cronología y marco cultural:*

En la camada 2 (Edad del Bronce) las cerámicas del contexto recuerdan a otras estaciones del Norte de Portugal fechadas entre los siglos X/IX y VII a.C., mientras que los materiales protagonistas de la intrusión se podrían asignar a la fase plena de Cogotas I (siglos XII y XI a.C.), por lo que podríamos situar la llegada de los influjos en torno al siglo X a.C., dentro de un ambiente cultural en el que se mezclan elementos de distinto origen.

*Bibliografía:*

Martins, 1985.

**167. Monte Ìnsua (San João da Ponte, Guimarães, Minho)**

Sobre este poblado sólo conocemos la mención de un fragmento cerámico decorado con excisión y con incrustación de pasta blanca, perteneciente a Cogotas I.

*Bibliografía:*

Jorge, 1988a: 71 y 95.

**168. Povoado da Sola (Pitancinhos, Braga, Minho)**

*El yacimiento:*

En un relieve residual de baja altitud en la margen izquierda del valle del río Cávado. Se trata de un poblado ocupado en época calcolítica (Sola I) y, tras un *hiatus*, durante la Edad del Bronce. En la primera fase se levantan potentes estructuras de piedra, en ambas existen fosas excavadas en el suelo, y en la más reciente se constata una posible cabaña realizada con piedras.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En el nivel 2 del Corte 4 se encontró un fragmento inciso de tipo de Cogotas I junto con *potes* (ollas) de diferente tamaño, decoraciones plásticas y un vaso de largo borde horizontal; todo ello dentro de un ambiente característico de finales del final de la Edad del Bronce.

*Bibliografía:*

Bettencourt, 1991-92.

**169. Lorga Dine (Vinhais, Braganza, Tras-os-Montes)**

Se trata de una cavidad rupestre que pudo haber sido ocupada desde la segunda mitad del III<sup>er</sup> milenio hasta la segunda mitad del II<sup>o</sup>. En ella se conoce también la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I, cerámicas pintadas y vasos troncocónicos.

*Bibliografía:*

Bettencourt, 1995: 111.

**170. S<sup>a</sup> do Castelo de Adeganha (Tras-os-Montes)**

Poblado situado en altura donde también se constata la influencia de tipo Cogotas I durante la Edad del Bronce.

*Bibliografía:*

Bettencourt, 1995: 111.

**171. Castelo de Urros (Tras-os-Montes)**

Poblado con influencias meseteñas de las mismas características que el anterior.

*Bibliografía:*

Bettencourt, 1995: 111.

**172. Castelo de Anciães (Lavandeira, Carradeza de Anciães, Tras-os-Montes)**

Se trata de un poblado de altura que presenta ocupaciones del Calcolítico, Bronce, Hierro y época romana, pero sobre todo de la Edad Media. Bettencourt lo incluye dentro de aquellos que sufren la influencia de la Meseta durante la Edad del Bronce y menciona la aparición de cerámicas con decoración de espiga, puntillada y excisa pertenecientes al horizonte Cogeces-Cogotas I.

*Bibliografía:*

Bettencourt, 1995: 111 y nota 40; Sande Lemos, 1988; Sanches, 1996: 88.

**173. Castelo Velho (Vila Nova de Foz Côa, Alto Douro)**

*El yacimiento:*

Se sitúa en lo alto de un cerro y presenta una ocupación desde el calcolítico, cuando se dota de un importante sistema defensivo hasta la Edad del Bronce.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

En la tercera fase, perteneciente a la Edad del Bronce, aparecen entre la cerámica fina algunas tazas

decoradas con incisiones y puntillado según el estilo Protocogotas, aunque la fecha proporcionada por el nivel en el que aparece (1620 ±100 a.C.) resulta algo elevada.

*Bibliografía:*

Jorge, 1993; 1995.

**174. Cabeço do Castro de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> da Guía (Baiões, San Pedro do Sul, Beira Alta)**

Jorge recoge el dato del hallazgo de un pequeño fragmento decorado con técnica de boquique.<sup>69</sup> Por otra parte, se conocen aquí algunos ejemplares que presentan decoraciones incisas con motivos de zig-zags y triángulos simples o rellenos de pequeños trazos paralelos que recuerdan a algunas de las producciones más tempranas del grupo de Cogotas I.

*Bibliografía:*

Jorge, 1988a: nota 38; Kalb, 1978; Senna-Martinez, 1995b: 118.

**175. Cabeço do Castro de S. Romão (Seia, Guarda, Beira Alta)**

*El yacimiento:*

Se emplaza sobre un lugar elevado, en la confluencia del río Alva con la ribera da Caniça. El poblado se protege con un sencillo sistema defensivo y muestra distintos espacios habitacionales y áreas de actividad económica (talla, metalurgia, almacenaje).

*Materiales arqueológicos:*

Dentro de la cerámica fina de S. Romão aparecen algunos ejemplos decorados con boquique y excisión rellenos de pasta blanca, junto a piezas decoradas al estilo Baiões/Santa Luzia, cerca de una de las estructuras de habitación y asociadas a elementos metálicos (hacha de talón monofacial y molde de fundición para puntas de lanza).

*Cronología y marco cultural:*

A parte de una ocupación romana, la adscripción cronocultural del poblado se corresponde con el Bronce Final regional del Grupo Baiões/Sta Luzia. Dos de las fechas obtenidas en el poblado (1020 ±35 a.C., 960 ±35 a.C.) encajan con un momento pleno y avanzado del desarrollo de la cultura en la zona nuclear.

En la vertiente sur del yacimiento, en un conjunto de cavidades rupestres conocidas como Buraco da Moura de São Romão, se ha localizado un vaso globular con decoración incisa post-cocción similar a los del horizonte Protocogotas.

*Bibliografía:*

Senna-Martinez, 1993: 116-117; 1995a; 1995b; Senna-Martínez *et alii*, 1993: 130.

**176. Povoado de Monte do Frade (Penamacor, Castelo Branco, Beira Baixa)**

*El yacimiento:*

Se instala en una elevación privilegiada y su excavación ha proporcionado varias estructuras de carácter habitacional (hogares, agujeros de poste y empedrados).

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Se menciona la existencia de un borde decorado con espigas al interior y al exterior de influencia meseteña. El resto de la producción cerámica lleva la ocupación al Bronce Final regional en el que se articulan armónicamente elementos locales y suprarregionales, de los círculos atlántico y mediterráneo, sobre una base indígena.

De este poblado proceden varias fechas de C-14 que podrían hacer pensar que la intrusión meseteña tiene lugar en los últimos momentos del desarrollo del grupo:

*Bibliografía:*

Vilaça, 1995b: 55.

69 En este punto podemos también introducir la noticia de la aparición de fragmentos cerámicos del "mundo Cogotas I" en Baiões (Senna-Martinez, 1995b: 121; a partir de la información personal de A. Coelho Ferreira da Silva).



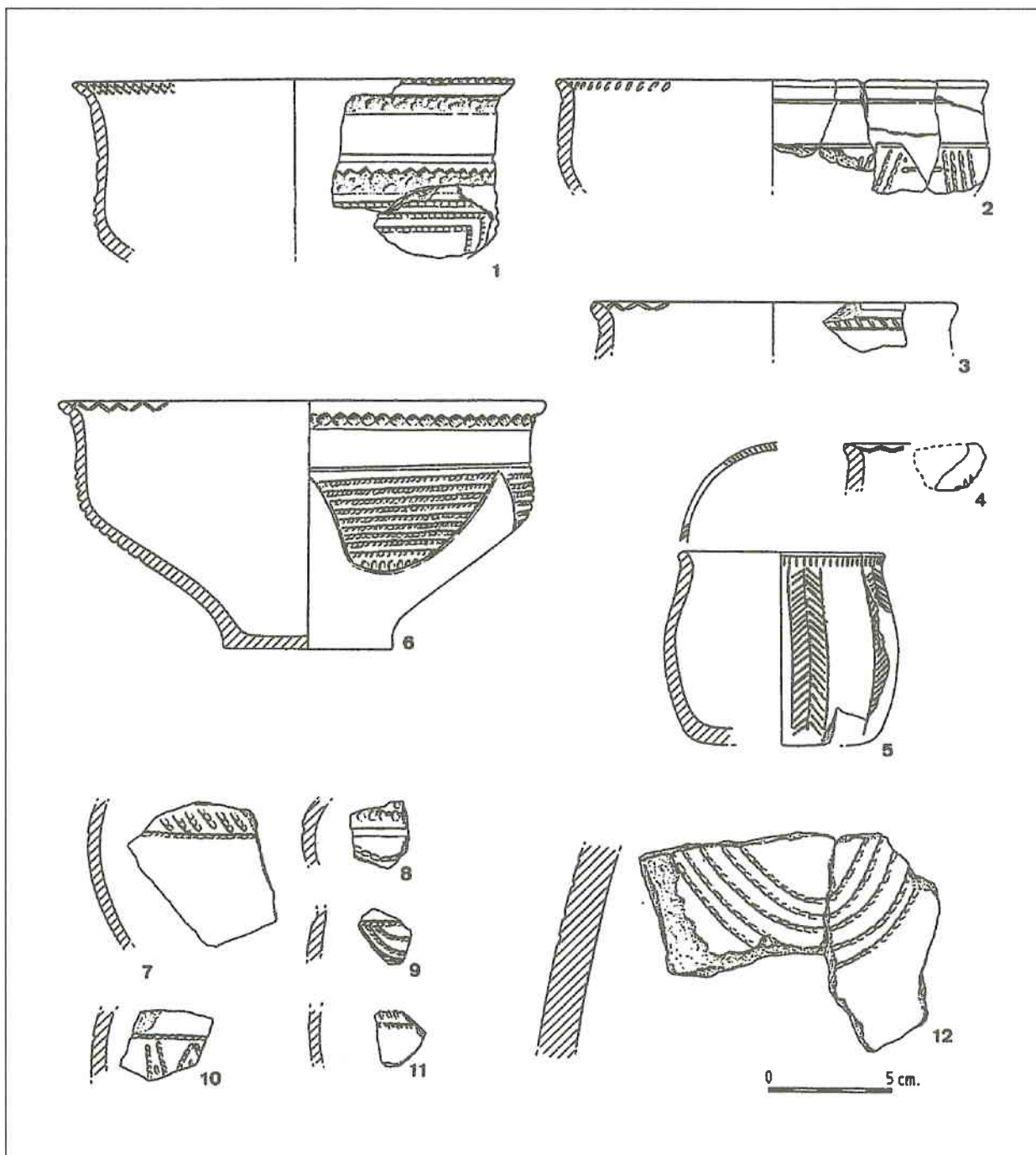


Figura 90. Cerámicas de tipo Cogotas I en el Norte de Portugal y Galicia: 1-5. Bouça do Frade (Jorge, 1988a); 6. Tapado da Caldeira (Jorge, 1980a); 7-11. Monte do Padrão (Martins, 1985); 12. Illa de Barxès (Bande, Orense) (Calo y Sierra, 1983).

**177. Povoado da Moreidinha (Idanha-a-Nova, Castelo Branco, Beira Baixa)**

*El yacimiento:*

Se encuentra en lugar elevado y constituyendo una fortaleza natural. En este poblado, que presenta una plataforma superior más elevada, se construyó una estructura de piedras de más de 8 m en cuyo interior se localizan varios suelos y hogares.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Entre las decoraciones destaca el elevado grupo con decoración bruñida y un corto número de piezas con espigas en ambas superficies de tipo meseteño, y de pintadas en rojo de tipo Carambolo, producto de la influencia del Bajo Guadalquivir.

El marco cultural se inscribe en un horizonte indígena de la Beira Interior en la transición entre el Bronce Final y el Hierro Inicial. Como en el caso anterior el radiocarbono nos remite a los siglos X y IX a.C., lo que podría implicar un contacto tardío con las poblaciones de la Meseta central.

*Bibliografía:*

Vilaça, 1995a: 46.

**178. Cerradinha (Santiago do Cacem, Lagoa de Santo André, Litoral Alemtejano)**

*El yacimiento:*

Se trata de un poblado abierto con estructuras realizadas en materiales perecederos (barro y ramajes).

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Entre las formas cerámicas destacan las tazas de carena media y las decoraciones de tipo boquique y bruñidas dentro de un contexto de la primera fase del Bronce Final de clara tradición del Bronce Medio que se fecha en los siglos XII-XI a.C.

*Bibliografía:*

Coffyn, 1985: carte 31; Jorge, 1980b: nota 53; Soares y Tavares da Silva, 1995: 138.

**179. Pontes de Marchil (Faro, Algarve)**

*El yacimiento:*

El poblado, que se encuentra en la ría de Formosa, se vincula al aprovechamiento de los recursos marinos y agrarios de la zona. Se han localizado estructuras de combustión, así como basureros constituidos por amontonamientos o grandes fosas.

*Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Entre la cerámica de este yacimiento destacan las tazas carenadas y subhemisféricas, los vasos globulares o en saco y las decoraciones bruñidas; junto a ellas se documentan también decoraciones excisas (Gomes, 1995: 142). Estas últimas producciones pueden ser las que lleven a da Silva y Gomes a mencionar este emplazamiento como uno de los pocos ejemplos del Sur de Portugal afectados por la influencia de Cogotas I.

De Pontes de Marchil procede una fecha de C-14 de 1020 ±50 a.C, cronología que encaja en los momentos de plenitud del grupo meseteño.

*Bibliografía:*

Silva y Gomes, 1993: 123; Soares y Silva, 1995: 139; Gomes, 1995: 142.

**180. Escoural (Montemor-o-Novo, Alto Alemtejo)**

El yacimiento se menciona junto a otros enclaves como raros ejemplos de la aparición de cerámicas con decoración incisa, excisa y de boquique en la primera fase del Bronce Final (siglos XII a X a.C.) en el Sur de Portugal, dentro de un contexto regional general de influencias continentales y atlánticas.

*Bibliografía:*

Silva y Gomes, 1993: 123.

## OTROS

### 181. Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara)

#### *El yacimiento:*

Claro emplazamiento defensivo en la cuenca del río Tajuña. Se encuentra muy erosionado y, en su parte baja, se reconocen indicios de fortificaciones.

#### *Materiales y adscripción cultural y cronológica:*

Del amplio conjunto cerámico recuperado destacan ocho fragmentos vinculados a Cogotas I, de los cuales sólo uno está decorado con cuatro líneas paralelas de boquique.

El conjunto cerámico general de Cerro Almudejo es considerado se incluye en la facies "Riosalido", un período antiguo de la celtización en la región que se fecha en torno al siglo IX a.C. La presencia del conjunto de tipo Cogotas I puede deberse a una ocupación previa o a la pervivencia de elementos arcaicos en el nuevo horizonte.

#### *Bibliografía:*

Valiente y Velasco, 1986.

### 182. Cueva de Los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara)

La única noticia sobre la documentación de materiales de tipo Cogotas I en esta cavidad procede de Cabré (1934: 236), quien menciona un fragmento de cerámica «con decoración incisa, profunda, geométrica, de factura llamada de boquique», junto a otros de diferentes épocas.

### 183. Illa de Barxès Val do Limia (Bande, Orense)

Calo y Sierra publican un fragmento de cerámica, procedente de prospección, decorado con una guirnalda de cinco líneas de "punto en raya" (Fig. 90.12). Esta pieza está acompañada de otro fragmento de borde en el que se dibuja una amplia banda de espiga incisa, motivo muy utilizado en el mundo de Cogotas I. Sin embargo, la presencia en el yacimiento de materiales de tipo «Penha» (reticu-

lados, espiga y otras decoraciones incisas), así como la tradición neolítica y calcolítica de la decoración de boquique en toda Galicia, nos hacen dudar de la relación del último fragmento con el grupo meseteño del Bronce Final.

#### *Bibliografía:*

Calo y Sierra, 1983: 57, fig. 8.1.

## APÉNDICE DEL INVENTARIO GENERAL

Para terminar nuestro recorrido a través de los documentos arqueológicos disponibles sobre la llamada expansión de Cogotas I, creemos necesario reservar un hueco a dos aspectos que vendrían a completar y clarificar el grueso inventario aquí presentado. Por un lado aquellos yacimientos que en algún momento se han vinculado al fenómeno de difusión de Cogotas I y que hemos considerado razonable eliminar de la lista, ya sea por la existencia de dudas sobre su vínculo o por la constatación de comparaciones equívocas. Por otro, y en un plano diametralmente opuesto, determinados espacios geográficos (regiones o comarcas) en los que, a partir de algunas referencias recientes, parece posible intuir una mayor presencia de las influencias meseteñas, a pesar de que los datos se hayan vertido de forma general y poco concreta.

Entre los primeros se encuentran ejemplos como los de la Cueva de Arenaza (Galdames, Vizcaya) (Llanos, 1992: 435; Apellániz y Altuna, 1975; Apellániz, 1981-2, 1984, 1986, 1987, 1988 y 1989; Fernández Lombera, 1992), Chabola de la Hechicera (Elvillar, Álava) (1995: 76; Apellániz y Fernández Medrano, 1978: 210, fig. 18.2), Urrea de Jalón (Zaragoza) (Pérez Casas, 1986: 163-64, fig. 2.1), La Almunia (Zaragoza) (Pérez Casas, 1986: figs. 3.3 y 4; Álvarez García, 1992-3; 52), Calatorao (Zaragoza) (Pérez Casas, 1986: 159 y fig. 2.2), Cabezo la Vieja y Tozal de Regallos

(Candasnos, Huesca) (Maya, 1992: 516-520, fig. 4), San Pedro el Viejo de Cajal y El Carnelario (Villanueva de Sigena, Huesca) (Hernández Vera, 1983: 75; Maya, 1986: fig. 1), La Fonollera (Torroella de Montgrí, Gerona) (Fig. 95.14) (Colomer y Pons, 1986; Maya, 1992: 420), Sierra de Lapa (provincia de Badajoz) (Fig. 95.1) (Pérez Macías, 1983: 231; Baquedano, 1987: nota 25), Mas del Corral, (Alcoy, Alicante) (Barrachina, 1992: 79; Trelis, 1983, 1988: primera página, y 1992; Rubio, 1987), La Sima del Pinaret del Mas Nou, (Alcoy, Alicante) (Mata, Martí e Iborra, 1997: fig. 3.4; Rubio Comins, 1987: 246; Trelis, 1983; 1984: 214), Campos (Cuevas de Almanzora, Almería) (Martín Socas y Camalich, 1986; Martín Socas *et alii*, 1985; Molina González, 1978; Pellicer, 1986; Siret, L y E., 1890), Lugarico Viejo (Antas, Almería) (Baquedano, 1987: fig. 6; Lull, 1983: 248-249; Siret, L. y E., 1890: lám. 16. o, p y x; Schubart, 1975: 90; Schubart y Ulrich, 1991, raf. 124, abajo, n.<sup>os</sup> 1 y 2), Torres Alhonor (Sevilla) (López Palomo, 1981: 124), El Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz) (Fig. 95.5) (Escacena y de Frutos,

1985), Cavidad AL-24-GEOS, (Alájar, Huelva) (Borja y Gómez, 1988; Gutiérrez, Ruiz y López, 1993b: mapa lám.1), Cueva de El Linar (La Busta, Cantabria) (Blas y Fernández Manzano, 1992: 410; González Sainz y González Morales, 1986: 342, fig. 4), así como algunos enclaves del Norte de Portugal y Galicia (Calo y Sierra, 1983; Rodríguez Colmenero y Delibes, 1973).

En todos estos lugares se constatan cerámica con motivos decorativos incisos, impresos, excisos o de boquique que, desde nuestro punto de vista, han de vincularse a otras tradiciones culturales y no a la de Cogotas I.

Por el contrario existen, como decíamos, algunas regiones o comarcas en las que, según algunas noticias, podemos asegurar una mayor presencia de las especies decoradas de tipo Cogotas I. Esto ocurre con toda seguridad en Aragón, a juzgar por los datos ofrecidos por la Carta Arqueológica de 1991 (Burillo -Dir-, 1992); en la **Campaña cordobesa**, si seguimos los datos ofrecidos por Murillo (1994: 311-313); así como en la provincia de **Sevilla** (Fernández Caro, 1985: 110).

## II.3\_Estudio regional. Las diferencias interregionales

Una vez realizado el recorrido a través de todos los yacimientos en los que se constata la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I, y utilizando de manera ordenada los datos por ellos proporcionados, abordamos el estudio del fenómeno desde el punto de vista regional. Con esta tarea pretendemos dar validez a la división en espacios físicos que hicimos al comienzo de este capítulo y analizar las distintas manifestaciones agrupadas en conjuntos geográficos concretos. Para ello utilizaremos el modelo de ficha expuesto en la presentación de este trabajo como tercer recurso metodológico, con el fin de realizar un exhaustivo repaso de las condiciones en las que se produce la intrusión y de la incidencia de ésta en el substrato.

Como paso previo, presentamos el estado en el que se encuentra la investigación sobre el particular en la región, la tradición de los estudios y el volumen de información disponible, con el fin de valorar cuáles son las posibilidades de afrontar el problema y hasta qué punto puede ser resuelto.

Una vez planteados los datos procedemos a describir someramente el medio geográfico de la región estudiada, por lo menos aquellos aspectos que nos puedan resultar interesantes en relación con nuestro fin principal, como pueden ser las facilidades que ofrece el terreno para la comunicación y la relación física con la Meseta.

Seguidamente hemos creído conveniente dedicar un pequeño esfuerzo a pergeñar las tradiciones culturales existentes en la región en los momentos previos a la documentación de los influjos meseteños, con el fin de comprobar si la llegada de éstos altera o no la evolución local de los contextos.

Tras ello, abordamos el análisis de la “intrusión” de Cogotas I en el sector investigado,

atendiendo tanto a los elementos de cultura material como a las características de los poblados en los que aparecen. Para ello seguimos una serie de pasos:

- Implantación geográfica. Este apartado contempla fundamentalmente tres aspectos: la distancia de la región analizada respecto de la zona nuclear, la densidad espacial de yacimientos afectados, y la proporción de los mismos sobre los contemporáneos no involucrados en este proceso.
- Caracterización del poblamiento en los lugares afectados: tipo de ocupación (funeraria, hábitat, depósito...), tipo de emplazamiento predominante, estrategia de ocupación del espacio y las características internas de los poblados (estructuras y organización).
- Características de la intrusión material. Aquí pretendemos encontrar rasgos formales y estilísticos dentro de la cerámica protagonista de la intrusión con los que caracterizar y diferenciar la región, además de comprobar la proporción general de la misma dentro de los yacimientos y si se trata de producciones autóctonas o no. En primer lugar hemos de crearnos una imagen cuantitativa del fenómeno, es decir, comprobar hasta qué punto la aparición de este tipo de cerámicas es un fenómeno importante en los distintos yacimientos. No en todos ellos conocemos la cantidad de piezas que comparecen, y en los casos en los que se menciona tal circunstancia observamos una gran diferenciación.

Tras este primer acercamiento, nos encontramos ante la obligación de describir las características de las cerámicas que protagonizan la intrusión; y ello a pesar de la dificultad que entraña hacer tipología con un número reducido de piezas, circunstancia que se presenta frecuentemente y que se ve agravada en ocasiones por una excesiva fragmentación. No siempre la separación de los ejemplares de tipo Cogotas I de los pertenecientes al contexto local resulta tarea rodada. En ocasiones encontramos

complicados temas decorativos, sobre todo incisos, que por su sencillez y su aislamiento no podemos asegurar pertenezcan a la estética cogoteña, a pesar de que nos recuerden a ella.

– Cronología de la intrusión. Para esta empresa utilizaremos de forma conjunta diferentes criterios: la estratigrafía, la cronología absoluta, la tipología y la cronología marcada por el contexto. Con todo ello trataremos de encontrar un marco temporal para la llegada de las influencias meseteñas. No podemos ocultar, sin embargo, las complicaciones que este afán conlleva, sobre todo en aquellas ocasiones en las que sólo podemos acudir a la tipología y los únicos elementos susceptibles de análisis son unos escasos y poco diagnósticos fragmentos de cerámica, incluso un único ejemplar.

– Marco cultural. Con este estudio pretendemos comprobar si nos encontramos ante un encuadre similar al de la Meseta o si, por el contrario, aquel muestra rasgos propios y ajenos al mundo cogoteño.

Por último, una vez valorada la presencia de Cogotas I con todos sus condicionantes, estaremos en disposición de aportar una serie de conclusiones de carácter general sobre la realidad del grupo meseteño en la región y sobre el grado de acercamiento que aquella alcanza.

## **ALTO EBRO**

Ya hemos explicado en otro lugar los criterios seguidos para la delimitación de los distintos territorios de “expansión” y también las razones argumentadas para tratar de forma conjunta las tierras del Norte de Burgos y las de la provincia de Álava. Baste recordar, por lo tanto, que el rasgo homogeneizador de estos yacimientos es su relación a corta o media distancia con el paso natural de Pancorbo.

### **1. Estado de la Investigación.**

Las investigaciones en el Alto Ebro fueron de las primeras en observar una vinculación de ciertas cerámicas allí recuperadas con el horizonte Cogotas I de la Meseta. Tal relación ya fue establecida en los años 60, cuando Barandiarán inicia las excavaciones en Solacueva de Lacoymonte, y será corroborada años más tarde por Fernández Medrano en sus trabajos sobre los depósitos de La Teja, El Batán y Mendizorroza.

En los primeros momentos, siguiendo la moda impuesta por algunos investigadores, la aparición de cerámicas excisas se asimilaba a la penetración de los primeros grupos indoeuropeos que arrastraban tradiciones del centro del continente y que llegaban a la Península anunciando el primer Hierro y la cultura de los Campos de Urnas. La relación con las excisas de la Meseta se establecería, por lo tanto, otorgando a ésta un papel subsidiario, considerándola como lugar hasta donde llegarían los influjos transpirenaicos después de atravesar Álava (Llanos, 1972; Palol, 1974). Esta visión se mantendrá hasta la revolución del radiocarbono a finales de la década de los años 70, cuando se demuestra la mayor antigüedad del grupo de Cogotas y su pertenencia a la Edad del Bronce. A partir de aquí se empieza a plantear la conveniencia de invertir los términos y hacer a la región del Alto Ebro deudora de las innovaciones culturales acontecidas en la Meseta.

En los últimos años se mantiene una visión integradora de Cogotas I en estas tierras, considerando sus cerámicas como un elemento más dentro del mosaico cultural que caracteriza a la Edad del Bronce de la región y propias de una fase concreta de la misma; reconociendo, sin embargo, la filiación de aquellas con la Meseta castellana. Al mismo tiempo, empero, y en función de la obtención de un par de fechas de C-14, se viene proponiendo insistentemente que este complejo se iniciaría en la zona hacia



el siglo XVIII a.C. (Llanos, 1990; 1991a; 1991b; 1992: 433-435), sin tener en cuenta la documentación que sobre este particular ofrece la zona nuclear.

La información disponible sobre los yacimientos inventariados no es muy completa y, aunque predominan los hallazgos que tienen su origen en excavación, no siempre están debidamente contextualizados. Contamos, por lo tanto, con una cierta cantidad de datos, sin embargo no siempre están cotejados debidamente, en ocasiones proceden de actuaciones antiguas o de estratigrafías poco claras, y nunca han sido tratados de forma unitaria. Por ello el conocimiento del fenómeno de Cogotas I en el Alto Ebro, antes de empezar su análisis, sólo tiene la ventaja de mostrarse abultado y concentrado en comparación con otros ámbitos geográficos.

## 2. El Medio Geográfico.

Estas tierras se encuentran en los márgenes de la Submeseta Norte, al NE. de la misma y dentro ya de la cuenca del Ebro. Las tierras burgalesas situadas al otro lado de los Montes de Oca -comarcas de La Lora, La Bureba, La Losa y el Valle de Sotoscueva-, son zonas de elevada altitud, surcadas por subsistemas montañosos que conectan el Sistema Ibérico y la Cordillera Cantábrica (Páramos de Villaescusa, Sierra de Tesla, Sierra de Oña) entre los cuales discurre encajonado el río Ebro y sus primeros afluentes. Se localizan aquí algunas ocupaciones en cueva, en dos de las cuales se detecta la presencia de especies cogoteñas: Ojo Guareña y Abrigo de Río Losa. Estos dos enclaves constituyen los hallazgos más septentrionales de este tipo y pueden ser considerados como excepcionales, dado su aislamiento respecto tanto de la zona nuclear como del resto de hallazgos del sector que ahora estudiamos.

Los Montes Obarenes, situados en el extremo nororiental de La Bureba, suponen una nueva barrera geográfica para las comunicaciones con las

zonas bajas de la ribera alavesa del Ebro. Sin embargo, este obstáculo puede ser fácilmente salvado a través del paso natural de Pancorbo, un auténtico tajo en el relieve tallado por el cauce del río Oroncillo. Prueba del conocimiento por parte de las gentes de Cogotas I de este camino natural son las estaciones de su mismo signo que encontramos a ambos márgenes del desfiladero -San Miguel, Las Campas y Santa Engracia-, o a poca distancia -Cueva Vallojera-; enclaves que llevan aparejado un componente estratégico de categoría superior y que marcan un punto de vital importancia para entender el traslado de las influencias meseteñas de la Meseta a la región alavesa. Su ubicación, en relación directa con este último espacio, hace recomendable su estudio dentro del mismo grupo.

Las tierras alavesas en las que se evidencia la cultura material de Cogotas I se caracterizan por presentar una estructura de grandes pasillos de disposición este/oeste, delimitados por largas alineaciones de sierras amesetadas y corredores intermedios que facilitan las comunicaciones. Las sierras, como Arcamo, Arraya, de Portilla, o de Cantabria, delimitan zonas más bajas en las que se abren feraces valles con mejores condiciones para el poblamiento.

Hidrologicamente ambos espacios se incluyen dentro del curso alto del río Ebro, dándose la circunstancia de que en Álava los yacimientos afectados por la presencia de Cogotas I se restringen a la vertiente mediterránea de la provincia, sin que en ningún caso, por el momento, se detecten elementos del grupo meseteño en la vertiente cantábrica. En aquellos poblados destaca sobre manera su vinculación a la red fluvial que, en forma de abanico, forman los afluentes que desembocan en torno a Miranda de Ebro: Oroncillo, Omecillo, Bayas, Zadorra, Ayuda e Inglares. La práctica totalidad de los yacimientos por nosotros inventariados se encuentran en los valles medios y bajos de estos ríos, lo que acentúa aún más el papel del paso de

Pancorbo y del cauce del Oroncillo como vía de transmisión y contacto entre la región nuclear y este espacio (Fig. 21). Este particular, sin embargo, no parece patrimonio exclusivo del fenómeno aquí analizado, sino que se trata de una constante en el poblamiento prehistórico de la región (Ortiz Tudanca, 1987: 33).

### 3. Precedentes Culturales.

Para este capítulo habremos de centrarnos sobre todo en los estudios de la provincia de Álava; sin embargo, también disponemos de algunas referencias a los primeros momentos de la Edad del Bronce en el Norte de Burgos, como podrían ser las cerámicas de tipología campaniforme, posiblemente puntillado, de Ojo Guareña (Osaba, 1963: fig. 69.4 y 8).

En la provincia vasca, los momentos previos a la aparición de las cerámicas de Cogotas I se caracterizan, en primer lugar, por una notoria escasez de estudios, que puede estar propiciada por cierta indefinición tipológica de los grupos culturales de la región. Contamos con algunos trabajos de carácter general que abarcan un amplio período o espacio geográfico (Ortiz Tudanca, 1987; Beguiristain, 1982) y en los que se abordan los temas desde una perspectiva global, sin detenerse en aspectos particulares destinados a la diferenciación de grupos locales.

En cualquier caso, para la delimitación de las fases previas a la llegada de Cogotas I en Álava, podemos partir de la identificación del horizonte Campaniforme de tipo Ciempozuelos, documentado a través de sus cerámicas en poblados al aire libre -La Renke Norte, Los Campos, La Hoya y La Llosa- y en estaciones rupestres -Los Husos y Peña Larga- (Ortiz, 1987; 1990). Estos hallazgos, cuya cronología se remonta al Calcolítico, tienen la importancia de evidenciar, ya por entonces, una fuerte relación entre estas tierras y la Meseta castellana, donde este estilo campaniforme conoce su apogeo. Por este motivo, no hemos de sorpren-

deros cuando en plena Edad del Bronce se produzca una especial penetración de los elementos cogoteños desde esta última región, propiciada por una vetusta tradición secular de los contactos culturales.

A este mismo momento pertenecen algunos materiales metálicos, como los puñales de lengüeta y puntas de pedúnculo y aletas de la cueva sepulcral alavesa de Gobaederra, fechada en  $1710 \pm 100$  a.C. (Ortiz, 1990: 137-138).

Por último, fuera de la tradición campaniforme conocemos algunos indicios de la Edad del Bronce en cuevas como Amalda I, Lumentza, Garrandijo y Padre Areso, en las que se observan perduraciones en la utilización de algunos útiles, especialmente de sílex.

A pesar de todo, a partir de aproximadamente 1700 a.C., se nos presenta un panorama caracterizado por la gran escasez de datos y la presencia de hallazgos sueltos que desdibujan los momentos previos a la irrupción de las cerámicas de estilo Cogotas I en esta zona. La causa principal de tal situación parece ser la falta de investigaciones que se hayan centrado exclusivamente en esta etapa; sin embargo, no debe destacarse tampoco que exista un cierto estancamiento en la evolución de la cultura material y una perduración de tipos tradicionales (Ortiz, 1990: 139).

En este período (Ortiz, 1987) se constata la presencia de hábitats tanto en cueva como al aire libre, este último mucho más frecuente. Los lugares de habitación rupestres eligen para su emplazamiento zonas estratégicas y bien relacionadas con lugares de paso, desde donde se obtiene con facilidad un amplio control sobre el territorio. Entre las estructuras detectadas en el interior de las cuevas destacan algunos hogares de forma circular, excavados en el suelo y con pequeñas piedras colocadas en su base (Fuente Hoz, Los Husos, Portillo de Techa V, etc.) (*Ibidem*).

Dentro de los hábitats al aire libre predominan los asentados en zonas llanas sobre los que se sitúan en “altozanos dominantes”, claramente concentrados en torno a las cuencas fluviales. Las estructuras de estos poblados son muy poco conocidas; generalmente proporcionan manchas de tierra más oscura que a veces se corresponden con cabañas, como han demostrado las excavaciones de La Renke Norte, Pariguri (Mijancas) y Santa María (Tobera), y otras veces pudieran responder a simples hoyos/silos/basureros, como la bolsa cenicienta de Uralde. Las mejores estructuras constructivas de este período se encuentran en La Renke, donde existen

pisos empedrados o enlosados, muros de piedra en ángulo recto, plantas de cabañas circulares y piedras dispuestas en cuña que sujetarían las bases de unos postes de madera. El material utilizado es habitualmente el entramado de barro y cañizo (*Ibidem*).

#### 4. La “intrusión” meseteña de Cogotas I.

##### a. *Implantación geográfica.*

Los yacimientos afectados por Cogotas I en este espacio son 22, un número que supone el 12% de los inventariados fuera del área nuclear (Fig. 91) y que, pese a su pequeño tamaño, alcanza el tercer puesto entre los 11 espacios distinguidos.

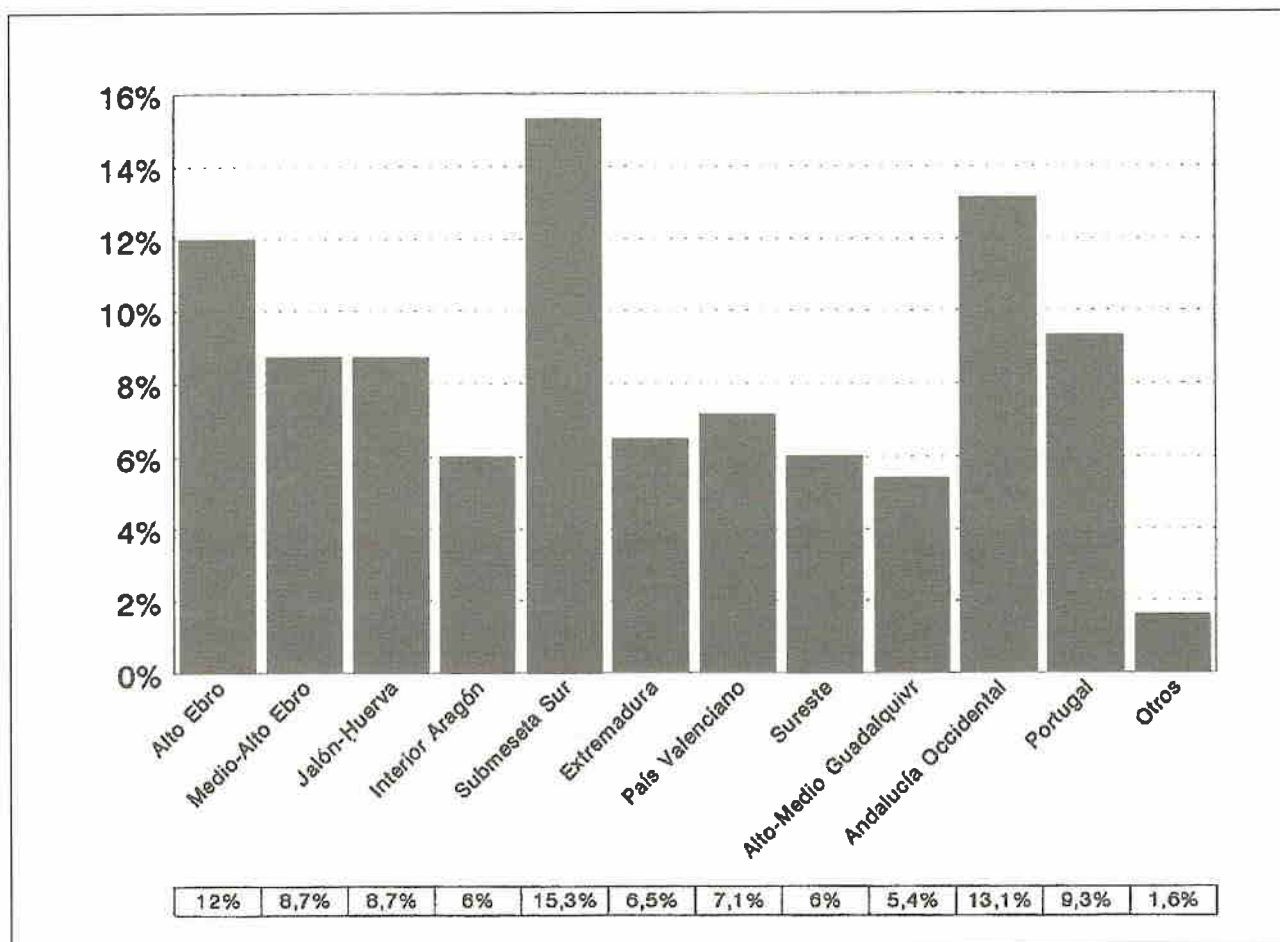


Figura 91. Reparto proporcional de los yacimientos de “expansión” por las distintas regiones.

La distancia aproximada entre el centro del foco alavés y el centro de la concentración sufrida en el alto Arlanzón es de 70 km. en línea recta. Sin embargo, esta separación podría no tener un significado muy especial, más cuando la distancia real entre los yacimientos más septentrionales del afluente del Duero y los situados en Pancorbo apenas llega a los 30 km.

Por lo que se refiere a la densidad espacial, hemos calculado que en las tierras alavesas se alcanzan los 0,009 yacimientos/km<sup>2</sup>. Un índice considerable si tenemos en cuenta que dentro de la zona nuclear existen concentraciones que ofrecen valores similares (Alto Arlanzón), e incluso menores; pero que se coloca por debajo de espacios tan característicos como el centro de la cuenca del Duero y el interfluvio Valderaduey-Pisuerga.

En tercer lugar hemos de plantear la relación porcentual entre los poblados involucrados en el proceso de difusión de Cogotas I y aquellos otros contemporáneos ajenos al mismo. Sin embargo, para la región que nos ocupa no disponemos de estudios particulares que diferencien el poblamiento de la Edad del Bronce,<sup>70</sup> por lo que hemos creído conveniente reducir este análisis a los alrededores de la capital alavesa, lugar para el que sí contamos con un análisis más pormenorizado (Gil y Filloy, 1988). Aquí, de los 10 asentamientos catalogados dentro de la Edad del Bronce encontramos cerámicas de tipología meseteña en 7 (70%), una abultada proporción que viene a corroborar la amplia y generalizada aceptación de la tradición de Cogotas I en la región. En realidad, salvo los poblados considerados como pertenecientes a los nuevos grupos de carácter continental (La Hoya, Castro del Henayo, Peñas de Oro, ...), a los cuales se les considera cronológicamente situados en el último tercio del

IIº milenio a.C. -y por lo tanto en un momento paralelo a la presencia de Cogotas I-, no tenemos apenas noticias sobre la existencia de asentamientos de esta época en los que no se muestre, en mayor o menor medida, influencia procedente de la Meseta. A pesar de todo, algunas manifestaciones típicamente locales podrían ser las localizadas en El Fuerte (Nanclares) (Llanos y Fernández Medrano, 1968), donde se exhumó un “hoyo” con cerámicas predominantemente bastas y sin decoración, Lazalday (Zárate), o la Cueva de la Iglesia (Llanos, 1992: fig. 2.10 y 9), que ofrece cerámicas de tendencia globular igualmente desprovistas de decoración.

Por lo tanto, teniendo en cuenta los tres criterios analizados, distancia al foco original, densidad espacial e importancia respecto al poblamiento de tradición local, creemos que Cogotas I en el Alto Ebro, y concretamente en Álava, goza de una presencia geográfica destacada, que resaltará también en comparación con otras regiones y que tendrá confirmación, como veremos, en la intimidad de la filiación de las producciones alfareras.

No podemos finalizar esta visión geográfica sin apuntar aquí que el territorio ahora estudiado se encuentra, en su totalidad, dentro de lo que hemos denominado “zona de contacto”; en el extremo septentrional del arco que ésta describe en torno a la zona nuclear; y que como integrante de la misma ha de ser considerado como un espacio de transición o “frontera”, de mestizaje y convivencia de tradiciones materiales.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

La mayoría de las veces son muy escasos los documentos con los que contamos para definir el

70 Sólo se han confeccionado mapas que incluyen puntos pertenecientes al Neolítico y Bronce (Ortiz Tudanca, 1987: fig. 7), o que engloban todos los yacimientos del periodo prerromano (Llanos, 1992: fig. 1).

verdadero carácter de la estación. Los yacimientos localizados en el Norte de Burgos parecen responder a lugares de hábitat. Únicamente en el caso de Ojo Guareña, donde existen muestras de arte rupestre y algunos restos humanos dispersos, se puede sospechar una utilización con fines rituales o funerarios. Más difícil nos resulta discernir la continuidad o estacionalidad de los mismos. Sería muy sencillo, sobre todo en el caso de las cuevas más septentrionales, abogar por una ocupación de carácter estacional, basándonos en la topografía agreste del terreno e imaginando la existencia de una población ganadera que lleva sus rebaños a pastar a las tierras altas durante el verano, sin embargo no existe ningún dato a través del cual podamos confirmar esta hipótesis. La existencia, por otra parte, de poblados en llano y en altos destacados en el desfiladero de Pancorbo, y el carácter estratégico de este paso, podrían avalar un poblamiento más o menos estable.

En Álava, donde contamos con algo más de información, creemos que la mayoría de los hallazgos de cerámicas de tipo Cogotas I se encuentran en lugares de habitación; por lo menos los restos allí localizados -ruinas de cabañas, hoyos, cerámica de uso doméstico, piezas de hoz, molinos, etc- así parecen indicarlo. A pesar de ello, y por debajo de esta condición, existen algunas evidencias que sugieren fines distintos. En la Cueva de los Goros, por ejemplo, se apunta la posibilidad de que también durante la Edad del Bronce, como ocurre más tarde en época visigoda, se utilizara como cavidad funeraria; y para el hoyo de La Paul se insiste en un carácter votivo -el cual no descartamos como solución particular en este caso-. Una significación especial se ha otorgado a Solacueva de Lacoymonte, cavidad que pudo haber funcionado como algo parecido a un santuario según las últimas interpretaciones, dentro del cual las cerámicas de tipo Cogotas I fueran un elemento de ofrenda en

virtud de su destacada vistosidad. A pesar de ello, no se puede negar que en determinados momentos la cueva fuera utilizada como lugar de habitación, puesto que existen restos indicativos de actividades puramente domésticas.

De la misma manera es fácil proponer para estos poblados alaveses ocupaciones de escaso lapso temporal, sin que ello conlleve tildarlos de estacionales. Más bien, como en la Meseta, permanecerían en uso unos cuantos años, aquellos que tardase en agotarse biológicamente el entorno explotado, para trasladarse entonces a otro lugar. Sin embargo, se describe también otro tipo de establecimientos en cerros que pudieron soportar un poblamiento de mayor estabilidad.

En el Norte de Burgos el tipo de emplazamiento se divide a partes iguales, tres a tres, entre cuevas/abrigos y enclaves al aire libre. El hábitat rupestre es el único utilizado por las gentes de Cogotas I en las tierras más septentrionales de la provincia, posiblemente por ser ésta una región geológicamente propicia para la formación de grutas naturales potencialmente disponibles como lugar de habitación. En Pancorbo se agrupan los tres enclaves de esta región asentados a cielo abierto, bien es cierto que de distinta naturaleza en los tres casos. Por un lado encontramos una gran fortaleza natural en Santa Engracia, de la cual desconocemos la potencia de la ocupación prehistórica, mientras que Las Campas se sitúa en un pequeño cotarro, no muy elevado, a los pies del Alto de la Fortaleza (Santa Engracia), y San Miguel en terreno llano, muy cercano al anterior y al cauce del río Oroncillo. La característica más destacada de los tres enclaves de Pancorbo es su disposición en relación al desfiladero y a la importancia estratégica que para las comunicaciones entre la Meseta y Álava tradicionalmente ha tenido este paso. Un establecimiento más o menos temporal o continuo en este pasillo mantendría el control sobre el tráfico de mercancías y personas de

una región a otra, sin embargo, la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en este punto quizás responda, como tantas otras veces, a su condición de lugar de referencia a través del cual se canaliza la “influencia” desde las tierras de la Meseta hacia el Alto Ebro.

En el caso de Álava y Treviño, y dentro de los enclaves afectados por Cogotas I, predominan los que se instalan a cielo abierto sobre los que utilizan refugios rupestres. Contabilizamos cuatro cuevas que se ubican en aquellas zonas orográficamente propicias sin agruparse en ningún espacio concreto. Estratégicamente pueden presentar algunas ventajas particulares, como en el caso de Solacueva que se encuentra bien situada respecto a los caminos naturales que recorren el territorio.

El resto de los yacimientos se instalan al aire libre, de ellos sólo tres destacan en el terreno por encaramarse en lo alto de cerros con ventajas naturales para la defensa: los castros de Berbeia y Lastra y el Castillo de Portilla, dándose la circunstancia de que los tres presentan cerámicas de tipología temprana en el desarrollo de Cogotas I. Predominan, por contra, los poblados situados en el llano, tanto en los primeros momentos como en los de plenitud y avanzados; se instalan en las terrazas de los ríos y dispuestos a lo largo de los cauces, posiblemente en función del aprovechamiento de las mejores tierras para la explotación agrícola y ganadera.

Esta distribución del tipo de hábitat es prácticamente similar a la que sufre la Meseta, salvo una mayor proporción de cuevas seguramente causada por el peso de la tradición anterior y por las características geográficas del terreno.

La ubicación de los yacimientos en medios diversos, como los castros de las sierras y los campos

de hoyos en el fondo de los valles, puede responder, como en la Meseta, a una economía diversificada, aunque no dual, y posiblemente mixta, en la que se alternan la ganadería y la agricultura -como demuestran los restos faunísticos y la presencia de dientes de hoz y molinos-; sin descartar una mayor inclinación de ciertos lugares a una u otra actividad.

Como ya hemos mencionado, la principal característica del poblamiento de la Edad del Bronce afectado por la presencia de cerámicas Cogotas I en esta zona es su vinculación a los ríos. Todos los yacimientos aparecen ligados a las cuencas de los afluentes del Ebro, que configuran una red fluvial en forma de abanico cuyo centro se encuentra en la zona de Miranda. Los poblados del Oroncillo (poblados vinculados al paso de Pancorvo) funcionarían como “encauzadores” de las influencias procedentes de la Meseta; una vez que éstas alcanzan el Ebro, se reparten en distintas direcciones siguiendo los cauces del Omecillo, Bayas, Zadorra, Ayuda e Inglares, afectando a todo el centro y sur de la provincia alavesa.<sup>71</sup>

En estos poblados no parece, por otra parte, que existan verdaderas relaciones de dependencia entre unos y otros. Sólo en Pancorbo, teniendo en cuenta que los tres yacimientos se pueden fechar en un momento temprano y que pudieron convivir en el tiempo, se podría pensar en una coordinación del poblamiento, no necesariamente jerárquica, basada en el diferente papel jugado por cada uno de los enclaves. Así, desde el alto de Santa Engracia se podría controlar todo el tráfico que el desfiladero soportaba, sirviendo de lugar de refugio en situaciones extremas; mientras, el cotarro de Las Campas, más cercano a los campos de cultivo y a la fuente de agua, acogería las viviendas de los habitantes de Pancorbo. Por su parte, San Miguel, funcionaría

---

71 Ajenos a este modelo quedan únicamente los dos enclaves rupestres de las estribaciones montañosas de Burgos: Ojo Guareña y Río Losa.



como una granja situada en el llano, con un carácter más o menos temporal, destinada a la explotación directa del terrazgo. En la provincia de Álava no somos capaces de discernir situaciones de supeditación similares; precisamente dos de los enclaves en castro se encuentran relativamente cercanos, Berbeia y Lastra, mientras que aquellos de su misma cronología asentados en el llano aparecen muy alejados. Esta situación, probablemente, esté relacionada con el hecho de que no se trata de un fenómeno premeditado, ni tampoco discriminado, y con la circunstancia de que la cerámica de tipo Cogotas I se reparte de forma arbitraria sobre un esquema de poblamiento previo.

Sólo contamos con noticias aisladas sobre los rasgos internos de estos poblados, puesto que las excavaciones son muy escasas y en ocasiones restringidas a pequeñas superficies. En algunos hábitats rupestres conocemos la existencia de muros (Ojo Guareña) y huellas de poste (Kobairada) que formarían estructuras de compartimentación de la cavidad destinadas a la diferenciación de ambientes, aunque no siempre podemos asegurar la correspondencia de las mismas a la fase en la que están presentes las cerámicas de tipología meseteña. En el caso de los castros, como podemos ver en Lastra y Berbeia, el hábitat parece más consistente. En el primero de ellos se detecta una gran muralla de 4 metros de anchura y 5 de altura que rodea el recinto, el derrumbe de una terraza destinada al acondicionamiento del terreno y varios muros sobre la misma, así como un hogar circular y un suelo de barro apisonado. También en Berbeia se observa, en el nivel con cerámicas incisas de tipo meseteño, un muro de contención que continúa la tradición arquitectónica en piedra del nivel inferior. Sin embargo, la manifestación más importante es la de los poblados asentados en el llano y constituidos por “hoyos” excavados en el suelo. Cinco yacimientos (La Teja, El Batán, Mendizorroza, La Paul y Santa María de Estarrona) ofrecen este tipo

de estructuras, alguno más (San Miguel y Crócega), aún sin excavar, proporciona la mayor parte del material arqueológico concentrado sobre manchas oscuras delimitadas en superficie y que podrían corresponderse con las mencionadas fosas. Se trata de pozos de diferente forma (saco, cilíndrico, acampados...), tamaño y profundidad, que aparecen habitualmente estratificados. El material arqueológico más frecuente en su interior es la cerámica, mezclada con otros restos óseos y líticos más escasos. En la región alavesa estos hoyos han sido objeto de diferentes interpretaciones. En primer lugar fueron considerados fosas de incineración (Llanos y Fernández Medrano, 1968; Llanos y Agorreta, 1972) pertenecientes a grupos indoeuropeos introductores de la cultura de los Campos de Urnas en la Península a través de los pasos occidentales de los Pirineos. El motivo de esta primitiva adscripción fue precisamente la documentación de cerámicas excisas en su interior, un elemento que entonces se consideraba originario de Centroeuropa y fósil guía de las llamadas *primeras invasiones indoeuropeas*. Sin embargo, no aparece en las supuestas tumbas ningún resto de cremación, ni tampoco una organización coherente de los materiales que indique su carácter de ajuar. Por este motivo ya Palol (1974) consideraba en los años 70 que este tipo de manifestaciones se relacionaban más con los “hoyos” que por entonces empezaban a descubrirse en la Meseta y que este investigador interpretaba como antiguos silos. Posteriormente, tras la proliferación de estas estructuras, sobre todo pertenecientes a Cogotas I, y tras la comprobación de la cronología antigua de las excisas, Llanos (1978) abandona la idea de las fosas de incineración, aunque se resiste a considerar los hoyos como meros basureros -interpretación que se empieza a imponer para los descubiertos en cuenca del Duero y alrededores de Madrid-, y persiste en otorgales un carácter de depósitos intencionales, de tipo ritual, aunque de significado incierto. Sin duda,

los paralelos son tantos y tan bien documentados que no podemos dejar de interpretar las subestructuras alavesas de la misma manera que las de la Meseta. Al igual que en esta región, es posible que su excavación obedezca a distintos fines: hornos, hogares, incluso auténticos depósitos votivos; sin embargo, en su mayoría responden a antiguos silos amortizados tras su deterioro como colectores de los desperdicios que se acumulan en el suelo de los poblados; la fragmentación de los materiales allí recuperados y la inexistencia de recipientes completos colocados intencionalmente o de objetos sin usar nos obligan a pensar así. Ciertamente se menciona entre los hoyos alaveses la existencia de estratigrafías claras que no se detectan casi nunca en la cuenca del Duero, sin embargo, esta circunstancia puede deberse a una menor intensidad de los procesos naturales de mineralización de las tierras. Por otra parte, la presencia de lechos de piedra como los de La Teja en el interior de los hoyos no es un motivo suficiente para hablar de “ritual”; situaciones parecidas se observan en la Meseta y se han interpretado como intencionados vertidos sobre la fosa con el fin de colmatarla y evitar así peligros innecesarios. En definitiva, creemos que la presencia en Álava de “campos de hoyos” similares a los característicos de los poblados de Cogotas I que, además, ofrecen las cerámicas decoradas con las técnicas y motivos de este grupo, significa que éste incide de forma especial sobre el substrato indígena, transformando de forma visible no sólo su producción alfarera, sino también sus modos de vida o por lo menos sus manifestaciones en el terreno. La documentación de hoyos en esta región en fechas previas a este momento está muy mal documentada, y parece ser un fenómeno claramente vinculado a la tradición meseteña, que se perpetuará tras la desaparición de la misma.

La parquedad de los datos arqueológicos recuperados impiden hacer una más pormenorizada caracterización del hábitat de los yacimientos afecta-

dos por Cogotas I; curiosamente esta misma circunstancia se produce en los poblados del área nuclear, donde las evidencias arquitectónicas son tan limitadas como en Álava y sólo se reconocen unos pocos ejemplos de cabañas de postes. La presencia en Kobairada de restos de este tipo, de manteados de barro en Berbeia y de suelos de tierra en Conchas de Haro, nos inclinan a pensar en la utilización de estructuras fundamentalmente construidas con materiales endebles -como la madera y entramados de ramas y barro- que, una vez abandonadas, se deterioran a gran velocidad. Sin embargo, hemos mencionado en Álava la existencia de dos importantes castros con estructuras de piedra y, en un caso, muralla del mismo material; un aspecto que tampoco es desconocido en la Meseta, como demuestran los poblados encaramados en lo alto de lenguas de páramo con muralla de cierre de La Cuesta de la Horca en Cevico Navero (Palencia) y La Plaza en Cogeces del Monte (Valladolid).

### *c. Características de la “intrusión” material: la cerámica.*

Siguiendo la propuesta realizada en la introducción de este estudio regional, hemos de detenernos primero en una visión cuantitativa de la cerámica de tipo Cogotas I en la región. Entre los yacimientos mejor documentados destacan en este sentido lugares como Cueva Vallejera en Burgos y Berbeia, Solacueva, La Paul y La Teja en Álava, donde los ejemplares asimilados alcanzan un número importante y suponen una proporción considerable dentro de la cerámica recuperada en las distintas intervenciones. Otros establecimientos ofrecen también un número de especies de tipo cogoteño que podemos considerar representativo (5 o más ejemplares), caso de San Miguel de Pancorbo, Conchas de Haro y la Cueva de los Husos. Más modesta es la muestra de las mismas en Ojo Guareña, Las Campas, Kobairada o Mendizorrosa

(entre 2 y 4), mientras que es meramente testimonial (un sólo ejemplar) en sitios como Río Losa, Sta. Engracia, Los Goros, El Batán o Crócega.

Estos resultados, así planteados, podrían no parecer destacables, sin embargo, cuando se comparen con el resto de las regiones de expansión podremos comprobar como ésta que ahora estudiamos es una de las más importantes en cuanto al número de ejemplares encontrados por enclave, teniendo en cuenta el tamaño del mismo y lo reducido de algunas intervenciones en las que se han detectado (El Batán, Mendizorroza, La Paul, etc).

Para la reconstrucción morfológica de las piezas protagonistas de la intrusión nos hemos basado en ejemplares significativos de yacimientos como los de Pancorbo, Solacueva, La Teja, El Batán, Mendizorroza, Los Goros, Berbeia y La Paul. La forma más habitual es, sin duda, la cazuela carenada, con varios ejemplares en distintos yacimientos (Las Campas, San Miguel, Berbeia, Solacueva, Mendizorroza, El Batán, La Teja y La Paul). Este tipo, al igual que en la Meseta, presenta diferentes variantes; la mejor representada es aquella con carena alta, borde abierto, exvasado o recto, y cuerpo troncocónico. Menos frecuentes resultan las que llevan la carena alta o media y el cuerpo de tendencia cuenquiforme (El Batán y Mendizorroza). Otra diferenciación interna de las cazuelas responde al diámetro de su boca, distinguiéndose entre las abiertas y las cerradas, pero también entre las que presentan el fondo más o menos profundo.

Otras formas con decoración de tipo Cogotas I son cazuelas sin carena y de perfil cuenquiforme (Solacueva), vasos de tendencia cilíndrica o globular, perfiles en "S" y algunos cuencos. Entre los fondos destacan los de tendencia plana.

Si comparamos estos tipos con aquellos característicos de la Meseta y del grupo de Cogotas I podemos observar como se produce una gran coincidencia en la tendencia general, marcada por

las cazuelas carenadas, los fondos planos y los recipientes abiertos.

Sin embargo, son las decoraciones de estos vasos las que de verdad han hecho reflexionar a los arqueólogos sobre la inclusión de este territorio en la órbita de Cogotas I. La utilización de unas técnicas decorativas muy concretas, a través de las cuales se realizan unos motivos característicos, en lugares determinados del vaso y creando composiciones específicas, supone un argumento incontestable a favor de la existencia de contactos culturales entre las tierras del Alto Ebro y las de la Submeseta Superior.

En líneas generales, la técnica decorativa mejor representada es la incisión, seguida de la impresión y el boquique, siendo la excisión la menos habitual de todas ellas. Junto a la primera habría que situar algunos ejemplos de "esgrafiado", que consiste en la incisión una vez cocida la pasta o cuando ésta ya ha secado (*estado de cuero* o *cerámica verde*), y que, aunque su representación no es muy abundante, conocemos en Solacueva, Los Husos y Berbeia.

En definitiva, se observa una tendencia similar a la marcada por Cogotas I en la zona nuclear, donde también la incisión es la técnica predominante, a pesar de que con el paso del tiempo vaya perdiendo protagonismo, y donde, igualmente, se observa una somera proporción de esgrafiados.

Pero serán sobre todo los motivos decorativos los que marquen el acercamiento de la cerámica del Alto Ebro a la de la Meseta (Fig. 22). Entre ellos, hay que destacar los incisos, puesto que su presencia en la práctica totalidad de los yacimientos y su amplia representación permiten, por un lado la comparación entre los distintos conjuntos y, por otro la definición de peculiaridades propias de la región.

El motivo decorativo más habitual entre estos es el zig-zag, que puede presentar dos modalidades: a base de trazadas continuas o conectadas -regulares o irregulares- (Fig. 22.1-2, 3, 5 y 6), y de forma

desconectada separando cada uno de los trazos (Fig. 28.13). Especialmente representativos son los primeros, y dentro de ellos los irregulares donde cada ángulo de los formados por la línea de zig-zag es diferente y en los que suele ocurrir que de vez en cuando las trazadas se interseccionan rompiendo el seguimiento de la línea y provocando la duplicidad de tramos.<sup>72</sup> Este tipo, presente en Solacueva, Pancorbo, Berbeia y Mendizorroza, parece característico de los primeros momentos de la aparición de los influjos meseteños en la región, coincidiendo con el horizonte Protocogotas de la Meseta en el que el zig-zag inciso es uno de los motivos decorativos más comunes. Por lo general, en la cuenca del Duero, este diseño se realiza a base de trazos rectos, regulares y desconectados; sin embargo, no faltan zig-zags similares a los que hemos descrito anteriormente en Quintanilla de Onésimo, Valladolid (Rodríguez y Abarquero, 1994: fig. 13.1), en los yacimientos burgaleses de Quintanadueñas y el Castro de Yecla (Delibes y Esparza, 1985: 150 y 161) y otros lugares del reborde oriental de la Meseta. El zig-zag de trazo continuo y regular también está presente en la Meseta en El Teso del Cuerno de Forfoleda, Salamanca (Martín Benito y Jiménez, 1988-89: fig. 6, abajo).

Otros motivos incisos de tipología cogoteña, menos habituales, son las espigas, de diferente orientación y tipología. Destacan algunas de disposición vertical, que enlazan motivos horizontales y delimitan espacios reservados, a la vez que parecen esbozar la técnica excisa (San Miguel y Solacueva) (Fig. 23.8; Fig. 25.11). Otras espigas presentan un carácter más tradicional y cercano a la Meseta, como las de Berbeia (Fig. 22.4) y sobre todo las de San Miguel de Pancorbo (Fig. 23.4 y 5), aunque éstas son siempre minoría. La escasez de este

“emblemático” motivo de Cogotas I podría interpretarse como un alejamiento de la tradición más pura de la zona nuclear; sin embargo, si revisamos las características de este período en las tierras más orientales, en concreto en la provincia de Burgos, recordaremos que ya se observaba aquí una menor proporción de las espigas en favor de los temas de zig-zag.

El resto de los motivos incisos, menos frecuentes pero igualmente característicos del horizonte meseteño, son las denominadas “líneas cosidas” presentes en Solacueva, La Teja, Conchas de Haro y Los Husos (Fig. 22.9 y 11; Fig. 26.2, 7 y 10), la retícula oblicua, en San Miguel y Santa Engracia de Pancorbo (Fig. 23.3 y 10), los escaleriformes (La Teja), los trazos paralelos y líneas horizontales, verticales y onduladas (Fig. 22.12-13).

De los motivos impresos, sin descartar que alguno de los anteriormente descritos fuera en realidad confeccionado mediante la presión de un instrumento en vez de a través del arrastre del mismo, haremos hincapié en aquellos que definen un avance en la decoración de Cogotas I. Concretamente nos referimos a las zonas punteadas (Fig. 22.14 y 15), que rellenan espacios triangulares o bandas quebradas delimitadas por líneas incisas o, con menos frecuencia, de boquique. Este motivo se encuentra en Solacueva, La Teja, Kobairada y Los Husos (Figs. 25.10; 27.6; y 28.5 y 17), y como en muchos casos de la Meseta, acompaña a cazuelas de tendencia cuenquiforme y parece pertenecer a una fase plena del desarrollo del grupo. El puntillado, en forma de líneas paralelas y sin delimitar, aparece también en La Teja junto a un motivo exciso (Fig. 26.5).

El boquique, técnica decorativa por excelencia del grupo Cogotas I, a parte de líneas horizonta-

72 La especial proliferación de estos temas puede considerarse como una peculiaridad de la región, que compartirá, en cierta medida, con el valle medio-alto del Ebro.

les simples o paralelas presenta en el Alto Ebro otros motivos típicos de la Meseta, como son las guirnal-das y el zig-zags (La Teja); pero también se muestra de forma peculiar en ajedrezados y amplios zig-zags enmarcados por rectángulos (Los Goros). Frecuente es, por otra parte, su aparición como técnica complementaria, delimitando o enmarcando áreas excisas, incisas o impresas (La Teja, Solacueva, La Paul, Kobairada).

Mediante excisión se realizan ajedrezados, rectangulares o cuadrangulares, y triángulos contrapuestos que dejan una banda de zig-zag en resalte (dientes de lobo) (Fig. 22.21-25). Estos temas, sin lugar a dudas, se inscriben claramente en la órbita de Cogotas I, máxime cuando en la mayoría de los casos se encuentran asociados a las técnicas y motivos descritos con anterioridad.

Existen, por supuesto, otros medios y formas de decoración entre los ejemplares de los yacimientos afectados, sobre todo destacan las aplicaciones plásticas y las impresiones digitales; sin embargo, su relación con los esquemas de Cogotas I son más difícilmente demostrables, y también podrían pertenecer al substrato indígena previo a la aceptación de la estética meseteña.

La composición y la ubicación dentro del vaso son también características adquiridas a través de Cogotas I. En este caso encontramos una doble realidad: por un lado aquellos esquemas sencillos, que generalmente se corresponden con los motivos incisos, de tendencia lineal, colocados bajo el borde, en el interior del mismo, o sobre la carena; en ocasiones conectados por motivos verticales, que no rellenan por completo la superficie y que no alcanzan casi nunca la parte inferior del vaso (Fig. 24). Entre ellos destacan los que interrumpen la tendencia horizontal gracias a la introducción de escuetos aunque rítmicos motivos verticales, provocando así efectos metopados (Fig. 25.1). Por otro lado, nos encontramos con esquemas de mayor

complicación, en donde entran en juego más de una técnica y se combinan incisión, boquique, impresión y excisión, relleno, casi en su totalidad, la parte superior del vaso y alcanzando la zona inferior, aunque sin afectar al fondo de la pieza. Suelen aparecer diseños metopados, animadas fajas o grandes triángulos alternos, que juegan con los espacios lisos y proporcionan un aspecto más cargado (Fig. 25.10, 12 y 13; Fig. 27.18). En medio de ambas tendencias se encuentran realizaciones como la del vaso de Los Goros, donde, a pesar de utilizar sólo una técnica decorativa, se desarrolla un complicado esquema derivado de la variedad de los motivos y la delimitación de áreas lisas de distinta configuración (Fig. 28.3).

La diferenciación entre unas y otras composiciones tiene, a nuestro modo de ver, una motivación de tipo cronológico, puesto que las descritas en primer lugar se pueden asociar a los primeros momentos de desarrollo del grupo de Cogotas I (Protocogotas), mientras que las más complicadas responden a las fases más avanzadas (plena y final) del mismo.

En último lugar, por lo que se refiere a la cerámica, escasas y poco fundadas son las indicaciones que podemos hacer sobre su tecnología y tratamiento. Por el momento no se han publicado estudios profundos sobre su caracterización, por lo que carecemos de razones científicas para diferenciar el tipo de producción meseteña dentro del contexto local. Tan sólo algunas descripciones nos ayudan a realizar algunas apreciaciones. En Berbeia, la composición de las arcillas es generalmente muy uniforme; sin embargo, se observa que las más finas corresponden a vasijas de menor espesor y las que aparecen con acabado bruñido apenas tienen desgrasantes y se relacionan con las temáticas ornamentales de zig-zag (Agorreta *et alii*, 1975: 270). En Lastra los ejemplares decorados están generalmente bruñidos y en La Paul todos los vasos decorados

pertenecen a vasos finos. Esta coincidencia de los ejemplares mejor tratados con aquellos decorados como en Cogotas I no debe, sin embargo, llevarnos a sospechar una procedencia distinta para aquellos; puesto que probablemente se trate de una diferenciación interna de la producción, que reserva una tecnología más especializada y unas pastas más depuradas y finas para la confección de la vajilla de mesa, en oposición a la de cocina o almacenaje. Por lo demás, y a pesar de carecer de los análisis químicos necesarios, creemos que las producciones de tipo Cogotas I del Alto Ebro no son producto de importaciones directas desde la zona nuclear, sino más bien de imitaciones locales.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

Para intentar enmarcar temporalmente la intrusión meseteña en el Alto Ebro utilizaremos los criterios propuestos: Estratigrafías, C-14, tipología y asociaciones significativas.

Al ser escasas las excavaciones sobre los poblados afectados lo son también las estratigrafías recuperadas para la investigación, y más cuando varias de las intervenciones realizadas sólo proporcionaron "hoyos" excavados en el suelo sin ninguna relación estratigráfica respecto a otras ocupaciones. Únicamente en los casos de las cavidades de Los Husos, Solacueva y Kobairada, en Conchas de Haro y en los castros de Berbeia y Lastra se ha obtenido información de este tipo. En Kobairada y Lastra, se puede decir que los niveles en los que aparecen las cerámicas de tipo Cogotas preceden a sendas ocupaciones de la Edad del Hierro, mientras que las estratigrafías de Berbeia, Los Husos y Conchas de Haro aportan muy pocas soluciones cronológicas. Por su parte, en Solacueva, Cogotas I se rastrea desde los inicios del poblamiento de la cavidad y se mantiene hasta el final de la Edad del Bronce.

El valor de estas estratigrafía, como vemos, no deja de ser bastante precario, puesto que no

encontramos de forma clara una demarcación física, a través de los niveles, de los momentos anteriores y posteriores a la intrusión. A ello hay que añadir una secular indefinición de los contextos en la región, que por lo general se han valido de su relación respecto a la cerámica de Cogotas I para beneficiarse de una cronología concreta.

La Cronología absoluta aporta, de la misma manera, pocas soluciones en esta región. Contamos con cuatro fechas de laboratorio. Dos de ellas, las obtenidas en el nivel VI de Solacueva ( $1760 \pm 100$  a.C.) y en Sta. María de Estarrona ( $1830 \pm 100$  a.C.), creemos deben ser utilizadas con cautela en función de los problemas de interpretación que generan y de los desajustes estadísticos que provocan. La alta desviación tipo y la ausencia de fechas similares para contextos de la fase inicial de Cogotas I en la Meseta nos alertan de su posible invalidez. Sobre la fecha de Ojo Guareña ( $1480 \pm 100$ ) no podemos asegurar que se encuentre asociada a los hallazgos de tipo Cogotas I de la cueva, lo que unido a su elevada desviación estadística nos conduce también a un uso prudencial de la misma; y ello a pesar de que el resultado cae dentro de los márgenes aceptados para la primera fase del grupo, en coherencia con algunas de las cerámicas allí recuperadas. Mas razonable resulta, en último lugar, la fecha proporcionada por el depósito de La Paul,  $950 \pm 85$  a.C., que nos lleva a los últimos momentos de Cogotas I, como también se evidencia a través de los materiales.

Escaso valor cronológico muestran también los elementos asociados a las especies meseteñas. En este sentido, la única pieza que puede ayudar a ubicar temporalmente los contextos de Cogotas I en el Alto Ebro es la empuñadura de alma calada y empalme en "U" de Solacueva, que pertenece al tipo pistiliforme del Bronce Final II Atlántico (habitualmente fechado entre 1100 y 900 a.C.), lo que nos llevaría, en fechas de calendario, a los últimos momentos de Cogotas I. Esta pieza metálica fue localizada en el nivel VII de las



primeras intervenciones en la cavidad, presuntamente asociada a cerámicas de tipo meseteño con perfiles carenados y decoradas con motivos incisos, de boquique y excisos, que encajan bien con la cronología ofrecida por la espada. En el nivel VI de la última excavación (Llanos, 1991b), junto a producciones alfareras características del grupo meseteño, aparecieron dos pequeñas puntas de flecha lamiformes, posiblemente en bronce -una con pedúnculo y aletas y la otra conservando la parte central longitudinal-, así como tres pulseras de metales nobles, dos en plata y una en oro, que podemos también fechar en el Bronce Final.

El criterio más utilizado para la delimitación temporal de la intrusión será, sin embargo, el tipológico, puesto que es el que mejor se puede aplicar a la mayoría de los ejemplos. La evolución de las cerámicas de Cogotas I ha sido referida ya con anterioridad y, a pesar de los problemas mencionados al principio de este apartado, creemos que podemos arriesgarnos a ubicar los distintos conjuntos cerámicos en cada una de las tres fases del desarrollo del grupo de la Meseta (ver Cuadro 5). En el Norte de Burgos, la Cueva de Ojo Guareña proporciona cerámicas que podrían pertenecer a las fases inicial y plena. Los tres yacimientos del desfiladero de Pancorbo se adscriben, bajo esta perspectiva, sin lugar a dudas a Protocogotas, mientras Río Losa y Ameyugo ofrecen más dudas en este sentido, aunque pueden considerarse dentro de la fase de plenitud en virtud de la aparición de especies de boquique y excisión. En Álava destaca la presencia de especies características de los tres momentos en Solacueva, donde la estratigrafía confirma una evolución paralela a la que se produce en la Meseta. A la fase Protocogotas pertenecen Sta María de Estarrona, El Batán, Mendizorroza y los poblados elevados de Berbeia, Lastra y Castillo de Portilla; y a la fase de plenitud Kobairada y los poblados de La Teja, Crócega, Pieza de la Choza, Chirivias, Conchas de Haro y, posible-

mente, el covacho de Los Husos. A la fase avanzada sólo parecen corresponder el covacho de Los Goros y el depósito de La Paul -además de algunas piezas de Solacueva-, aunque el escaso conocimiento de alguno de los enclaves anteriormente citados y la difícil diferenciación de las dos últimas fases pueden encubrir alguna otra ocupación perteneciente a este momento.

En definitiva constatamos una prolongada aceptación de las cerámicas de Cogotas I en estas tierras. Centrándonos en la provincia de Álava, los datos apuntan a una temprana y amplia implantación de la moda decorativa meseteña, tanto en las zonas más cercanas como en otras más interiores, que se mantiene en las fases más avanzadas afectando también a todo el territorio. Por este motivo no podemos decir que se trate de un fenómeno progresivo, más intenso -en número- y más extendido -alcanzando regiones más lejanas- cuanto más tardío. Por el contrario, parece implantarse desde los primeros momentos con bastante fuerza y, a lo sumo, denota cierta decadencia en los últimos compases del desarrollo del grupo.

#### *e. El Marco Cultural.*

Como hemos visto, las cerámicas de tradición Cogotas I son relativamente abundantes en el Alto Ebro. A pesar de ello, no se puede negar la existencia de un substrato local poco claro y caracterizado por la indefinición tipológica, heredero de tradiciones ancestrales.

En líneas generales, y aunque no todos los yacimientos pertenezcan a un mismo momento, se observa en los materiales del contexto una tendencia al arcaísmo, más o menos alterada por la influencia de la Meseta. Encontramos vasos globulares, de perfil en "S" o de paredes rectas; algunos cuencos y fondos planos. Las decoraciones habituales son las de tipo plástico, cordones, mamelones y digito-ungulaciones. La mayor o menor proporción de

piezas carenadas y de bordes exvasados puede ser interpretada como la mayor o menor incidencia de los elementos meseteños; así, la proliferación de estas piezas en La Teja y Solacueva puede informar sobre una mayor presencia de Cogotas I en los mismos, donde por otra parte las cerámicas decoradas con motivos del citado grupo cultural son más abundantes y ofrecen una mayor fidelidad respecto de las del núcleo original.

Llanos (1990: 169-170; 1992: 433) considera que aquí se vieron representados varios grupos herederos de la tradición del mundo megalítico o *de las Cuevas* en sus fases residuales, a los que se sumarían grupos ligados al mundo campaniforme y otros nuevos de carácter peninsular, como Cogotas I, o continental. Las cerámicas que caracterizarían estos grupos, entre las que el autor incluye las de Cogotas I, se describen como formas bajas y abiertas, con perfiles cóncavo-convexos, y convexos con tendencia a cerrarse.

Entre las decoraciones ajenas a Cogotas I se encuentran las superficies texturadas, los revestimientos de barro, las impresiones digitadas o unguiadas sobre la pared o sobre cordones, y también cordones lisos formando espiga o perpendiculares al borde. Los elementos suspensorios suelen consistir en pezones alargados situados en el tercio superior del recipiente e incluso en muchos casos como prolongación del propio labio. Las bases son planas, en ocasiones con impresiones de cestería (*Ibidem*; Beguiristain, 1982).

Dos ideas parecen derivarse del análisis de este contexto material. En primer lugar que en el mismo, a juzgar por el aspecto de las cerámicas y del resto de la cultura material -como las tradiciones líticas y óseas (Beguiristain, 1982: 138-139)-, parece darse una escasa evolución desde los tiempos neolíti-

cos, o al menos, que esta no afectó a la producción alfarera, que sigue modelos arcaicos, propios de la misma región en momentos anteriores. La perduración de tipos cerámicos locales puede verse corroborada en la estratigrafía de Solacueva de Lacoymonte, en cuyos primeros estratos (Llanos, 1991b) la evolución cultural únicamente es detectable a partir de los vasos de Cogotas I, mientras que en la cerámica del contexto se mantienen tipos muy parecidos desde los primeros momentos de la secuencia hasta la desaparición de las técnicas decorativas meseteñas.

En segundo lugar, creemos posible que la indefinición del conjunto cerámico<sup>73</sup> pueda estar relacionada, de alguna manera, con una posible endeblez cultural (aunque en esta afirmación influya el hecho de que por regla general identifiquemos a los grupos a través de su producción alfarera). La falta de productos estandarizados podría traducirse en la ausencia de una personalidad común y arraigada en las comunidades de la región y en una menor cohesión intercultural entre las ellas. Gracias a este panorama, creemos que la penetración de los estilos de Cogotas I fue más intensa, puesto que no topó con una competencia sólida y unificada en el plano de la cultura material.

A nuestro modo de ver nos encontramos ante un elenco cerámico marcado en su mayor parte por el pragmatismo y el criterio funcional; por ello las escasas veces que se observan elementos superfluos suelen no conllevar un alto grado de complicación, no se pone un especial cuidado en su realización ni parecen existir rígidos cánones a seguir.

En definitiva, el panorama arqueológico del Alto Ebro en la Edad del Bronce, antes de y durante la intrusión de Cogotas I, refleja escasa evolución y anquilosamiento en los tipos artefactuales y en los

---

73 Las decoraciones plásticas y los vasos globulares o en "S" son precisamente los tipos cerámicos menos definidores, puesto que dada su proliferación en distintos momentos y distintas áreas geográficas dejan de constituir un valioso elemento para la identificación de grupos concretos.

sistemas de poblamiento. En realidad, los grupos locales no parecen variar en gran medida hasta la llegada de la primera Edad del Hierro, momento en el que verdaderamente ocurren transformaciones socioculturales graves en la región que alteran substancialmente el substrato. Hasta entonces, serán los grupos locales, de tradiciones culturales ancestrales y arcaicas, los que dominen el poblamiento de la región, y será sobre ellos donde se dejarán sentir los elementos de tradición de Cogotas I llegados desde la Meseta castellana.

### 5. Conclusiones.

Una vez descritos tanto los rasgos físicos de la intrusión como del ambiente cultural que la rodea cabe preguntarnos hasta qué punto incide la tradición de Cogotas I en las tierras del alto Ebro.

En la alfarería hemos visto la importancia numérica y el alto grado de acercamiento físico de los vasos a los de la zona nuclear, pero también contemplábamos como existía un conjunto cerámico perteneciente a la tradición local y heredado de las comunidades indígenas, así como ciertas peculiaridades entre los motivos decorativos y también entre las formas que los soportan; aspectos que nos ilustran sobre un carácter ligeramente derivado de estas producciones y que nos alejan, en cierta medida, de las más puras tradiciones de la Meseta. En virtud de estas características, y dado que no existen pruebas de que las arcillas con las que se realizan las cerámicas sean autóctonas, creemos que no se trata de especies importadas -salvo la posible documentación de algún caso aislado que pudiera servir de modelo-, sino de producciones autóctonas que adoptan una moda decorativa en función de mecanismos de contagio cultural.

En común tienen también la Meseta y Alto Ebro el sistema de poblamiento y las manifestaciones del hábitat, sin embargo, no somos capaces de discernir, al menos de forma definitiva, si tal circunstancia

viene determinada por la influencia ejercida desde las tierras del primero de los ámbitos o si es una simple coincidencia al darse una similar orientación de los poblados. El tipo de ubicación, en el que se alternan emplazamientos destacados, en llano y cueva, coincide en líneas generales con el de Cogotas I, pero también con el que se producía en estas tierras con anterioridad a la llegada de los influjos de este grupo; por lo que este argumento serviría de la misma manera para defender la relación con la Meseta como el mantenimiento de las tradiciones locales. Por su parte, el modelo de poblamiento y la estructuración interna de algunos hábitats demuestran, a nuestro entender, más la continuidad cultural que la ruptura. Sin embargo existe un aspecto en el que parecen triunfar los esquemas procedentes de la cuenca del Duero, nos referimos a los “hoyos” excavados en el suelo de los yacimientos, ya sean interpretados como silos, basureiros o depósitos, que, a pesar de no constituir una novedad total en el substrato indígena, alcanzan en estos momentos, al igual que en la Meseta, su máximo apogeo. Estas subestructuras, que pueden responder a la introducción de nuevas pautas en el aprovechamiento agrícola y ganadero, parecen ser un elemento que prolifera a la vez que lo hacen las cerámicas de tipo Cogotas I y en los mismos enclaves, por lo que pudieran responder, también, a la extensión de modos de vida propios del grupo meseteño.

Por lo tanto, creemos ver en el Alto Ebro una importante zona de “expansión” del Cogotas I, es decir, de sus evidencias arqueológicas, como demuestran el número de yacimientos afectados -en relación al espacio- y el número de piezas decoradas por yacimiento. Tanto es así, que podríamos decir que el poblamiento afectado por Cogotas I es el predominante en la región, quizás porque aquí, y sin que sirva de precedente, Cogotas I influye -tal vez sólo coincide- además de en la producción cerámica, en la organización del poblamiento y en los modos de explotación del territorio.

Sin embargo, no podemos decir que los influjos meseteños se impongan con la misma fuerza en todos los yacimientos afectados. Existen, por el contrario, diferentes actitudes en cuanto a la aceptación de las nuevas modas; mientras en algunos poblados el número de ejemplares cerámicos de tipo Cogotas I es numéricamente importante, y las características morfológicas y decorativas de los mismos se acercan bastante a las de la Meseta, en otros, estas últimas se ven más desdibujadas y sólo se reflejan en una escasa proporción de vasos, a veces sólo en un fragmento. En este sentido, las influencias se exhiben con mayor claridad en Solacueva de Lacoymonte, Berbeia, La Teja y el depósito de La Paul. En ellos las piezas decoradas y lisas semejantes a las de Cogotas I son numéricamente muy importantes y presentan un alto grado de fidelidad; en los dos primeros se mantienen, además, a lo largo de la estratigrafía perteneciente a la Edad del Bronce y en los dos últimos se manifiestan dentro de subestructuras de tipo hoyo similares a las características de la Meseta en este momento. Caso especial podría ser el enclave de San Miguel de Pancorbo, que parece responder a un auténtico poblado de Cogotas I. En el extremo opuesto podría situarse el recipiente de Los Goros, donde además mostrarse aislado concurre la circunstancia de que el diseño decorativo se aleja de los que son habituales en la cuenca del Duero. En una situación intermedia se encuentran Conchas de Haro, Los Husos y, posiblemente, los Castros de Lastra.

Podemos hablar, por lo tanto, de una amplia, importante e intensa aceptación de las manifestaciones culturales de Cogotas I en las tierras del Alto Ebro; es más, podríamos tildar el fenómeno de cuantioso, por el abultado número de yacimientos implicados, generalizado, por abarcar de forma homogénea un espacio delimitado, y prolongado, por presentar indicios de su mantenimiento desde los primeros momentos del desarrollo del grupo hasta su fase más avanzada.

## ■ EL VALLE MEDIO-ALTO DEL EBRO

Si recordamos, se incluyen en este espacio las tierras de La Rioja, el sur de Navarra y la comarca de Borja en Zaragoza. Existen ciertas diferencias en la intrusión de Cogotas I de unos sectores a otros, pero la cercanía de todos ellos y, posiblemente, un origen común para las influencias, nos obligan a estudiarlos en conjunto.

### 1. Estado de la Investigación.

Esta región no entra a ser considerada dentro de los estudios de Cogotas I tan temprano como lo hizo el Alto Ebro. Aquí, los primeros hallazgos de cerámicas meseteñas se realizan a principios de los 70 en Cueva Lóbrega, aunque no será hasta finales de esta década y principios de los 80, con las investigaciones de Hernández Vera en lugares como Cueva de los Lagos y Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama, La Rioja), cuando se empieza a hablar de la relación de estos lugares con Cogotas I. En este sentido, el mismo autor marca un hito en la investigación con su trabajo sobre *la difusión de elementos de la cultura de Cogotas hacia el valle del Ebro*, en 1983, donde recoge todas las evidencias detectadas hasta el momento y amplía el mapa de Almagro-Gorbea que no contemplaba ninguna estación en este sector. A partir de aquí, resultarán de vital importancia los trabajos llevados a cabo en Bardenas Reales de Navarra por Sesma, así como otros estudios en cuevas riojanas; pero sobre todo, las sistemáticas campañas de excavación en el yacimiento borjano de Moncín a cargo del equipo dirigido por R. Harrison.

En este territorio contabilizamos 16 estaciones en las que se recogen testimonios cerámicos relacionados con Cogotas I. No de todos ellos contamos con el mismo grado de información. No faltan los hallazgos aparecidos en excavación -la mitad de los señalados-, ni tampoco una amplia representación de piezas publicadas junto a acepta-

bles estudios sobre los yacimientos; aunque hemos de reconocer que las estratigrafías de los lugares intervenidos no siempre se encuentran intactas, sobre todo en las cuevas. La información queda también mermada por culpa de la excesiva fragmentación de las piezas afectadas y por el raquítico número de las mismas en muchos de los lugares. A pesar de todo, los estudios de este fenómeno se han visto siempre limitados por una visión empobrecida del papel de estas cerámicas en la región que, salvo en Moncín, no parecen mostrarse con especial importancia. Las reflexiones que ahora exponemos parten de la adición de datos muy parciales, algunos incluso pendientes de confirmación; suficientes sin embargo, a nuestro entender, para individualizar una región geográfica, muy relacionada tanto con la del Alto Ebro como con la del Jiloca, en la que las manifestaciones materiales de Cogotas I tienen una dinámica propia y específica, aunque, no nos llevemos a engaño, no excesivamente homogénea para todas las estaciones que se ven implicadas.

## 2. El Medio Geográfico.

La región definida aquí como Valle Medio-Alto del Ebro se localiza al oriente de la Submeseta Norte, y limita fundamentalmente con la provincia de Soria, es decir, con el sector alto del Duero. Se corresponde con una zona de contrastes orográficos, puesto que abarca desde las estribaciones del Sistema Ibérico hasta la misma vega del río Ebro, alcanzando incluso su margen izquierda. La zona montañosa está compuesta por una serie de sierras (La Demanda, Urbión, Cebollera, La Bellanera y Moncayo), que marcan la divisoria de aguas entre la cuenca del Duero y la del Ebro, y por la denominada Tierra de Cameros, en el interior de La Rioja, zona surcada de pequeñas sierras y valles que discurren en sentido transversal y en dirección al río.

La unidad geográfica más homogénea en esta región la forman el sureste de Navarra y las zonas

limítrofes de Aragón que se encuentra articulada por el Ebro y una serie de afluentes (Arba-Riguel, Aragón, Huecha y Queiles). Se pueden distinguir dos zonas, las llanuras aluviales de los ríos y las tierras de interior o interfluvio (Bardenas y Muela de Borja); ambas se caracterizan por suelos de escaso desarrollo, con potentes niveles de arcillas entre afloramientos de rocas más duras. Por su constitución geomorfológica o litológica han sufrido un fuerte impacto de los agentes erosivos, a los que hay que añadir las importantes modificaciones de origen antrópico (Sesma, 1995: 160-161).

La red hidrográfica resulta, aquí también, fundamental para explicar el fenómeno de dispersión de las cerámicas de Cogotas I. Los yacimientos afectados por la intrusión se ven ligados íntimamente a los valles fluviales cuando no a los mismos cauces del Ebro, Neila, Najerilla, Iregua, Alhama o al interfluvio Queiles-Huecha (Fig. 29).

## 3. Precedentes Culturales.

Para el análisis de la Edad del Bronce en las tierras del Ebro Medio contamos con información desigual, dispersa y carente de un enfoque unitario. El punto de partida para el estudio de los precedentes culturales de la intrusión ha de situarse en el campaniforme de tipo Ciempozuelos, dada la vinculación decorativa y geográfica de este complejo con Cogotas I y con la Meseta. Cerámicas pertenecientes a este horizonte no son infrecuentes en La Rioja, donde además pueden encontrarse dentro de yacimientos en los que posteriormente se dejará sentir la influencia cogoteña, como Majada Londeras, Cueva Lóbrega y Peña Miel Superior (Pérez Arrondo, Ceniceros y Duarte, 1987; Rodanés, 1991: 7). También están presentes en Navarra (Sesma, 1993; Sesma y García, 1994a), en lugares como La Almuza y Monte Aguilar -repetiéndose la misma situación anterior-, y en la zona de Borja, concretamente en el yacimiento de Moncín -

Fase IV- (Harrison y Moreno, 1990: 15).<sup>74</sup> En líneas generales, el grupo de Ciempozuelos aparece en toda la región como un conjunto bastante homogéneo, lo que parece establecer un precedente en la relación de estilos cerámicos entre la cuenca del Duero y la región del medio Ebro.

Las culturas locales pertenecientes al Bronce Antiguo y Pleno se han visto muy descuidadas en los estudios de esta región, por lo menos hasta la publicación de los trabajos de Sesma y salvando la secuencia de Moncín. En la mayoría de los intentos de acercamiento a este período se hablaba de arcaísmos culturales e inexistencia de etapas diferenciadas; sin embargo, estas teorías sólo parecen encubrir los escasos conocimientos que se poseen y una secular falta de estudios sobre la región (Pérez Arrondo, 1985: 15). Este particular se ve corroborado sólo en parte tras la revisión de estratigrafías antiguas como la de Cueva Lóbraga, o por trabajos intensivos y modernos como los llevados a cabo en Bardenas Reales. A pesar de ello, hemos de reconocer que faltan en estas “culturas locales” elementos arqueológicos significativos que unifiquen los distintos grupos, así como la existencia de tipos que se mantienen o evolucionan muy lentamente.

En La Rioja el campaniforme parece ocupar el Bronce Antiguo, mientras que se reconoce, al menos en algunas zonas, la escasez de datos para definir un Bronce Medio y Final fuera de los aspectos materiales de raigambre cogoteña (Rodanés, 1991: 7). Burillo (1992: 206) considera que desde el campaniforme local se produce en el noroeste del Sistema Ibérico una evolución similar a la de la Meseta central, lo cual llevaría a la incorporación de estas tierras al ámbito de Cogotas I. Sin embargo, en algunas cuevas se han encontrado materiales postcampaniformes y que preceden a los niveles con decoración de tipo Protocogotas. Esto es

lo que ocurre, por ejemplo, en la cueva de San Bartolomé (Rodanés *et alii*, 1994), concretamente en el nivel Ia, fechado en 1525 ±35 a.C., que ofrece recipientes de grandes dimensiones, perfiles ovales y globulares, paredes gruesas y fondos planos, decorados con rugosidades, aplicaciones plásticas - cordones, mamelones, pezones-, así como digitaciones y unguilaciones. También aparecen en este lugar escudillas y vasos de marcado perfil carenado. Son estas producciones, por lo demás, las que más tarde acompañarán a las cerámicas de tipo Cogotas I, por lo que se puede sospechar que constituyen el componente material de los grupos locales del Bronce Pleno sobre el que, en cierto momento, incide aquel grupo. Similares complejos alfareros presentan otras cavidades en las que luego también aparecerán las cerámicas mesetefías, aunque algunas estratigrafías, como la última obtenida en Cueva Lóbraga (Barrios y Ceniceros, 1989 y 1992), muestran una continuidad directa entre los restos campaniformes y las cerámicas de tipo Protocogotas.

En el caso de las Bardenas Reales y la Muela de Borja la sistematización del Bronce Antiguo y Pleno empieza a ser una realidad tras la publicación de los últimos trabajos. En este territorio, durante el Calcolítico-Bronce Antiguo el fenómeno campaniforme incide sobre un substrato que se conoce con el nombre de *conjuntos líticos de superficie*, que consiste en asentamientos temporales relacionados con el aprovechamiento ganadero de la región, y que provoca una serie de transformaciones, como la aparición de la metalurgia, la intensificación de la producción agrícola, el desarrollo de las actividades de transformación, y el cambio en los patrones de asentamiento.

La cultura material de estos grupos incorpora la cerámica decorada, cuencos y cazuelas, con incisión e impresión (frisos de líneas horizontales

---

74 En este yacimiento se documenta además campaniforme Marítimo en la Fase V.



incisas, triángulos rellenos de líneas oblicuas, entramados oblicuos, en aspa...), relacionada con el grupo de los «campaniformes rayados», entre los que destacan los de tipo Arbolí. Otro motivo habitual es la pseudoexcisión en zig-zag, emparentada con el área meseteña de Ciempozuelos, especialmente con su sector oriental. Entre la cerámica no decorada destacan los cuencos, las escudillas, los vasos carenados y las botellas-jarras (Sesma, 1993).

El Bronce Medio (Sesma y García, 1994a: 213-216; Sesma, 1995) se encuentra muy bien representado y definido en la zona, apareciendo auténticos poblados estables (Monte Aguilar I y II, Valdenovillas I y Cuatro Cabañas I), así como pequeñas localizaciones (Valdenovillas II, Modorra V, Farrique I) que pudieron pertenecer a grupos de apoyo para la explotación del territorio o a campamentos temporales, aspecto que informa sobre una posible jerarquización. La tipología de los asentamientos se diversifica, aunque se prefieren las zonas cerca de los ríos y los emplazamientos destacados y de difícil acceso (Monte Aguilar, El Fraile, Cabezo de la Modorra...). Se consolida el hábitat permanente, como demuestran las huellas de actividad metalúrgica de Monte Aguilar y Valdenovillas II. Las construcciones son de tapial y barro en los asentamientos temporales, e incorporan las calizas en los hábitats estables, como Cuesta de la Iglesia y Monte Aguilar. En este último poblado se constata la presencia de estructuras de planta rectangular de piedra y recercados de tapial, así como un vasar adosado en su Fase VB. Sin embargo, existen otros poblados, como Moncín, en los que las construcciones siguen respondiendo al modelo de cabaña parcialmente rehundida en la tierra con alzado en materiales perecederos (tapial y entramado de madera y barro).

La cerámica (Sesma y García, 1994a: fig. 6 y 7) es muy simple. Desde el punto de vista formal el rasgo más llamativo es la homogeneidad y reiteración en el

repertorio. Entre los pequeños recipientes podemos destacar cuencos semiesféricos o ligeramente abiertos, grandes escudillas de fondo plano convexo, cubiletes recubiertos con barro plástico y en ocasiones con pezones dobles enfrentados, pequeñas vasijas con carena media, vasos bitroncocónicos con asas en la carena y coladores. Entre los grandes vasos encontramos perfiles cilíndricos con bordes ligeramente vuelto (Cuesta de la Iglesia A), representativos de las últimas fases del Bronce Medio, así como las grandes piezas de cuerpo globular y borde vuelto. En cuanto a las técnicas decorativas se produce la casi total desaparición de la incisión. Únicamente subsisten escasos y toscos rayados verticales, así como algunas unguilaciones sobre cordón o panza; sin embargo, la técnica más representativa es la decoración en relieve, a través de la cual se realizan cordones aplicados, asociadas a pezones o pastillas, que pueden formar motivos de guirnalda, arboriformes, o simplemente alineaciones paralelas.

Este Bronce Medio, (Sesma, 1993; Sesma y García 1994a) se situaría inmediatamente por debajo del momento en el que en Bardenas Reales y La Muela de Borja irrumpen los influjos de tipo Cogotas I.

#### 4. La “intrusión” de Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

El número de yacimientos inventariados en esta región es de 16, lo que supone un 8,7% del total. La proporción no es muy elevada, pero se mantiene en la parte alta de la escala (Fig. 91), lo que, teniendo en cuenta el reducido tamaño de la zona -en comparación con las que veremos más adelante-, le otorga un papel numérico importante. Estas muestras se distribuyen de la siguiente manera (Fig. 29): cinco en la zona occidental de La Rioja, tres en su parte oriental, cinco en el sureste de Navarra, uno en la parte central de la ribera navarra del Ebro y dos en la zona de Borja.

Los criterios para determinar la implantación geográfica son, como en la región anterior, la distancia respecto al grupo central, la densidad de yacimientos afectados en relación al espacio y la proporción de los mismos respecto a los no implicados en el proceso.

En el primer caso, la separación de la zona nuclear es distinta en función de los puntos que se tomen como referencia. Por ejemplo, calculamos unos 80 km. -en línea recta- desde un punto medio tomado en el centro de Soria hasta la ribera navarra del Ebro; aunque sería menor hasta los enclaves de La Rioja -en torno a los 55 km.-. En cualquier caso, el recorrido de tales distancias se ve dificultado por la necesidad de atravesar una importante zona montañosa, cuya elevada altitud hace de la región un espacio poco transitado salvo en los corredores fluviales.

La densidad de establecimientos en los que se aprecia la presencia de Cogotas I no se puede establecer en conjunto sin que la realidad quede desdibujada. Por eso creemos conveniente tomar como ejemplo la zona más afectada, el sureste de Navarra y el interfluvio Huecha-Queiles, donde se produce una densidad de 0,005 yac/km<sup>2</sup>,<sup>75</sup> cifra que se sitúa por debajo de la que observábamos en el Alto Ebro y, por supuesto, de la establecida para la cuenca del Duero.

Este dato, a partir del cual se deduciría una pobre incidencia de Cogotas I en la región, ha de ser complementado con la comparación entre la proporción de poblados afectados por este fenómeno y aquellos contemporáneos libres de tales influjos. Esta tarea se muestra especialmente ardua en determinados sectores de la región estudiada, como en La Rioja, donde el poblamiento de la Edad del Bronce es escasamente conocido. En este sentido, es significativo que en el *Congreso de*

*Paleoetnología de la Península Ibérica* celebrado en 1989, Burillo (1992: fig. 3) sólo señale dos yacimientos riojanos en el mapa del Bronce Medio-Tardío del Valle del Ebro: Cueva Lóbrega y Peña Guerra, así como que sólo en uno de ellos, en el segundo, no aparezcan las cerámicas de Cogotas I. Estudios posteriores acreditan la ocupación de algunas cavidades rupestres y asentamientos al aire libre en la fase que correspondería a la irradiación de elementos culturales desde la Meseta, como el caso de la cueva de El Tragaluz y la de Peña Miel Superior. En líneas generales, parece que las ocupaciones que en La Rioja se pueden adscribir a los últimos momentos del Bronce Medio y los inicios del Bronce Final (que incluye el llamado Bronce Tardío) en su mayoría se relacionan con la influencia ejercida desde la cuenca del Duero por los grupos Protocogotas y Cogotas I; por lo que, a pesar de que los hallazgos no son muy numerosos, se puede decir que la injerencia de estos últimos es realmente importante.

En Bardenas Reales, donde contamos con un mayor volumen de información, se detecta un importante número de poblados adscritos a un Bronce Medio Evolucionado, fase en la que los autores colocan las intrusiones de tipo Cogotas I. De un total de 26 yacimientos pertenecientes a este período, únicamente en tres se descubre la existencia de especies decoradas al estilo de la Meseta (Sesma y García, 1994b) -11,5 % de los mismos-. El porcentaje es, por lo tanto, muy escaso, y nos revela una menor importancia del fenómeno aquí que en La Rioja.

Por último, hemos de recordar que los territorios ahora estudiados se inscriben también en ese arco que rodea a la zona nuclear de Cogotas I de Norte a Sur por la zona oriental y que denominábamos “zona de contacto”, en la cual las características

---

75 La base espacial tomada como referencia es un cuadrado de 40 km. de lado.

típicas de Cogotas I se van desdibujando y dejan paso a meras manifestaciones de carácter material. También, hemos de matizar que las relaciones geográficas de la región del Medio-Alto Ebro no sólo se pueden establecer a través de los afluentes de aquel río con la Meseta, sino que, de la misma forma, gozan de excelentes posibilidades de comunicación con el valle alto (Álava) siguiendo el cauce principal, y con las tierras del valle del Jalón atravesando los Llanos de Plasencia o rodeando la Sierra del Moncayo, regiones con las que se pudieron tender vínculos culturales y en las que también se documenta la presencia de especies de tipo Cogotas.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Trataremos ahora los rasgos definidores del poblamiento a los que se ven sometidos los yacimientos Cogotas I o con cerámicas vinculadas a este grupo. En primer lugar, destaca en este espacio la existencia de cuevas con una clara finalidad sepulcral, en las cuales parece haber bastantes pruebas de la vinculación de las cerámicas de tipo Cogotas y las inhumaciones. Este carácter lo presentan con seguridad Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama), El Tragaluz (Pinillos) y San Bartolomé (Nestares), las tres en La Rioja. En el primer caso se recuperaron restos de al menos dos individuos asociados a cerámicas claramente vinculadas a la fase plena o avanzada de Cogotas I y que posiblemente haya que relacionar con el poblado cercano, situado en frente, de La Peña del Recuenco. En la cueva de Pinillos los restos de inhumaciones se asocian a un cuenco con decoración incisa de influencia Protocogotas (Rodanés, 1993). En la de Nestares, sin embargo, no podemos asegurar que los inhumados en la cámara interior sean los mismos que utilizaron las cerámicas de tipo Cogotas I encontradas en la entrada, aunque el radiocarbono apueste por unas fechas muy cercanas para ambos. Por otra

parte, el descubrimiento de restos humanos en las excavaciones realizadas por Lartet en 1865 en la Sala II de Cueva Lóbrega hace pensar a Esparza (1990: 116-117) que también aquí existiera un enterramiento relacionado con las cerámicas de tipo Cogotas I que se recuperaron en este sector durante la intervención de Soledad Corchón. Difícil nos resultaría, sin embargo, otorgar esta misma finalidad a las fosas excavadas por Sesma en Cuesta de la Iglesia (Bardenas Reales), aún cuando en el interior de una de ellas se encontrara un fragmento de cráneo.

El resto de los yacimientos parecen ser hábitats, que en Bardenas Reales pueden considerarse estables (Monte Aguilar, Cuesta de la Iglesia A), a juzgar por las estratigrafías continuadas y la solidez de las estructuras de habitación. Una situación similar podría vivirse en Moncín (Borja, Zaragoza), donde se ha constatado la sucesión ininterrumpida de estratos y fases, y la superposición de cabañas y hoyos. En otros poblados, conocidos sólo por prospecciones superficiales o aún inéditos, es más difícil descifrar si presentan una vida continuada o son pequeñas estaciones temporales.

El tipo de emplazamiento donde hace acto de presencia la cerámica de estilo meseteño es variable. Destaca la alta proporción de localizaciones en cueva, que en esta región llegan a 5 (un 31,25% de los yacimientos), un número sólo superado por la región del Alto Ebro. Posiblemente, dado el carácter funerario de al menos tres de ellas, debemos relacionar este rasgo con tradiciones rituales-sepulcrales de raigambre local. Por encima de este particular, el tipo de emplazamiento más común, estableciendo una tendencia que va a ser característica del resto de las regiones, es el que se sitúa en lo alto de cerros destacados, generalmente en una zona escarpada, y con evidentes ventajas naturales para la defensa y el control del territorio. Un total de 9 establecimientos comparten esta condición (un 56,25%), entre los

que también se observa cierta variedad: grandes atalayas de elevada altitud y escarpadas paredes (Monte Aguilar), cerros elevados que presentan en uno de sus flancos un acceso (Peña del Recuenco y Cuesta de la Iglesia), y pequeños cotarros de altitud media con pendientes más o menos escarpadas. El caso de Eras de San Martín presenta características específicas, puesto que las ventajas del enclave se derivan de la labor realizada por el río, que ha labrado un escarpe desde el que es posible mantener cierto control sobre los terrenos de alrededor. También Moncín ofrece rasgos particulares, dado que su posición destacada se desprende de su ubicación en el borde de la amplia plataforma de la Muela de Borja. Por último, sólo Majada Londeras se sitúa en una zona baja de ladera, recordando al tipo de hábitat más habitual de la Meseta.

Los medios de subsistencia no son conocidos en todos los poblados que aquí contemplamos, sin embargo contamos con datos muy interesantes para Monte Aguilar y Moncín. A partir de ellos se puede colegir que no se produce una dedicación exclusiva a la agricultura o la ganadería en función del asentamiento o de la zona en la que se ubiquen, aunque sí puede darse una mayor inclinación en uno u otro sentido. Existen algunos rasgos significativos, y que pueden estar relacionados con la llegada de las modas cerámicas de la Meseta, en los dos poblados anteriormente mencionados. En ambos parece que en las fases influenciadas por Cogotas I se produce un aumento de la agricultura cerealista -causa a la que puede responder la proliferación de hoyos-silos excavados-, así como una clara especialización en la producción ganadera, donde destacan los caballos, que ha de incluirse dentro de la expansión del llamado régimen de policultivo ganadero y de la revolución de los productos secundarios.

La estrategia de ocupación del espacio de los poblados afectados por Cogotas I no ofrece las mismas características en todo el territorio

estudiado. Por un lado observamos que el grupo de la Mesta incide de forma intensa en los hábitats y cuevas sepulcrales del oeste de La Rioja, y por otro cómo algunos de sus rasgos culturales se insertan en varios enclaves de una comarca -Bardenas Reales y Muela de Borja- que goza en estos momentos de un poblamiento fuerte y desarrollado. En ambos casos, a pesar de la parcialidad de los datos, sí es posible detectar fenómenos de vinculación de unos asentamientos a otros. En La Rioja, la proximidad de las cuatro cavidades rupestres situadas en la zona oriental nos inclina a pensar en que todas ellas pudieran estar relacionadas, máxime cuando, al menos en tres, las cerámicas protagonistas de la intrusión pertenecen a la primera fase del desarrollo de Cogotas I. Tal circunstancia podría explicarse si consideramos una de las cuevas como centro habitacional -presumiblemente Peña Miel-, mientras que las otras tendrían una finalidad fundamentalmente funeraria; una relación que podría ser más evidente en el caso de Peña Miel y El Tragaluz, separadas únicamente por el cauce del río Iregua. Un maridaje similar se puede establecer entre Peña del Recuenco -poblado- y la Cueva de los Lagos -necrópolis-, que, al igual que en el caso anterior, sólo se ven separados por el cauce del río, en este caso el Alhama.

En el sureste de Navarra y la Muela de Borja la vinculación entre yacimientos adquiere rango de "jerarquización del poblamiento", un fenómeno que, por otra parte, está presente en la región durante toda la Edad del Bronce (Sesma, 1993). En el caso de los poblados con cerámicas mesetefías de Bardenas Reales podemos imaginar un papel destacado para Monte Aguilar; en primer lugar porque sus dimensiones, emplazamiento y estructuras habitacionales nos hablan de un núcleo estable y fuerte que permanece a la cabeza de un sistema jerárquico durante casi todo el período, y en segundo lugar porque el número de ejemplares de aquel tipo aquí recuperado, si bien no excesivo, es el

más elevado de la comarca Navarra. Ciertamente que esta última circunstancia puede ser debida a que es este enclave uno de los mejor conocidos y donde más intervenciones arqueológicas se han realizado; sin embargo, creemos que su papel predominante dentro del poblamiento general de la región se manifiesta también en el proceso de intromisión de cerámicas mesetefías. Por este motivo, podríamos intuir que algunas de las muestras de Cogotas I en los yacimientos cercanos se deben a la relación de dependencia que éstos últimos mantienen con Monte Aguilar.

En este mismo sentido, no hay ninguna razón para pensar que los poblados afectados por las intrusiones mesetefías presenten un modelo de poblamiento diferente al de la región en que se localizan. En Bardenas Reales, por ejemplo, aquellos han de ser estudiados dentro del mismo modelo espacial definido para el Bronce Medio Evolucionado (Sesma, 1995), cuando parece producirse una desarticulación del poblamiento en la zona que se manifiesta en la fragmentación del territorio y segregación en grupos, en la predilección por los lugares elevados y en un traslado de las zonas preferentes hacia territorios más cercanos al cauce del Ebro.

En cuanto a las características internas de los poblados que ahora nos interesan las noticias son muy escasas en La Rioja, donde sólo sabemos de la existencia de pequeñas oquedades en la roca supuestamente destinadas a la sustentación de estructuras de madera. En el sureste de Navarra se conocen, sin embargo, restos constructivos de mayor enjundia, como son algunas alineaciones de piedra y acumulaciones de adobe en el Llano de la Modorra o posibles fondos de cabaña en El Bocal de Fontellas; aunque en estos casos, la ausencia de excavaciones impide relacionar directamente tales huellas con el momento de la intrusión. Donde sí se asocian las

cerámicas de tipo Cogotas I a estructuras de hábitat es en Monte Aguilar (Fase II) y Cuesta de la Iglesia. En ambos lugares se han documentado las ruinas de construcciones de tapial, adobe y manteado de barro, que en el primero forman incluso el fondo de una cabaña de planta rectangular con esquinas redondeadas, un reborde a modo de vasar y un hoyo asociado. Interesante resulta también que, junto a estas “habitaciones”, se detecte la presencia de fosas-hoyos excavados en el suelo -hasta 15 en el caso de Monte Aguilar<sup>76</sup> y dos en el de Cuesta de la Iglesia-, cuya funcionalidad debió ser distinta según el caso, aunque todos terminarían convertidos en colectores de basura. Este aspecto, tan característico de las poblaciones de Cogotas I, podría implicar que la influencia ejercida desde la Meseta alcanza, además de a la producción alfarera, a otros ámbitos de la vida cotidiana, como puede ser la economía y las costumbres domésticas.

En Moncín, a pesar de los problemas planteados por la escasez de contextos estratigráficos primarios, son muchos los restos constructivos documentados. En las fases adscritas a Protocogotas y Cogotas I aparecen suelos enlucidos de arcilla y arena compactadas, huellas de poste -aisladas o en zanjadas-, muros de tapial con improntas de postes y vigas y algunos hogares sin preparación. Destacan, sobre todo, dos cabañas de troncos de tendencia rectangular y construidas con entramado de barro y cañizo y que se adosan a los canchales de la roca, y un importante volumen de hoyos-silos que siempre se encuentran fuera de las estructuras de habitación. Estos últimos se diferencian de otro tipo de fosas excavadas en el suelo destinadas a la recogida de basuras.

En definitiva, podemos decir que se produce cierta coincidencia entre las características internas de los hábitats de Bardenas Reales-Muela de Borja y

---

<sup>76</sup> En este enclave presentan, además, el fondo acondicionado con una capa de tierra apisonada.

aquellos típicos de Cogotas I; un aspecto que puede no ser tan ilustrativo si recordamos que tales evidencias tampoco son muy distintas a las que definían los poblados del Bronce Pleno en la zona.

*c. Características de la “intrusión” material: la cerámica.*

La importancia cuantitativa de los vasos decorados al estilo meseteño es variable según el yacimiento. Existen cinco enclaves en los que la frecuencia de las cerámicas de tipo Cogotas I es alta (más de 4 fragmentos). Entre ellos destacan Cueva de los Lagos, con una proporción muy elevada, y, sobre todo, Moncín, donde se puede decir que los elementos típicos de Cogotas I son predominantes. Los tres restantes son Cueva Lóbreaga, Peña Miel y Monte Aguilar. En otros casos la presencia de estas especies sólo se puede considerar media (de 2 a 4 ejemplares), casos de Majada Londeras, El Tragaluz, Peña del Recuenco, Llano de La Modorra o Cuesta de la Iglesia; mientras que al menos en El Bocal de Fontellas y en La Mesa de Ablitas parece reducirse a un sólo fragmento. Por lo tanto, nos hallamos ante una región destacada en este aspecto, con parámetros que se acercan al Alto Ebro, pero con grandes diferencias internas entre los distintos yacimientos.

Para el análisis de las especies que protagonizan el fenómeno de influencia se abordarán, nuevamente, los aspectos morfológicos, decorativos y tecnológicos de las mismas, enfrentándonos otra vez a los inconvenientes de diferenciar la producción lisa perteneciente a la tradición meseteña, a la dificultad de separar algunas decoraciones incisas ajenas a ésta, y a la escasez de estudios disponibles para la interpretación del origen y fabricación de las piezas.

En la parte oriental de La Rioja (cuencas del Najerilla y del Iregua) la morfología de algunas especies cerámicas decoradas, y también de ciertos ejemplares lisos, se asemeja bastante a la que caracteriza a Cogotas I en la zona nuclear. Aquí se

documentan la típica cazuela carenada -Cueva Lóbreaga- (Fig. 30.5) y los cuencos de tendencia troncocónica y fondo plano -El Tragaluz- (Fig. 33.7). Pero no faltan tampoco tipos que marcan la diferencia y que, posiblemente, responden a tradiciones locales, como ocurre con varios recipientes carenados ajenos al mundo de Cogotas y más cercanos a los vasos campaniformes hallados en Peña Miel (Fig. 31.9) y Cueva Lóbreaga, o con el vaso globular con el borde ligeramente exvasado de Majada Londeras (Fig. 33.6). El resto de los perfiles, incompletos, son bordes de tendencia cuenquiforme, rectos, abiertos o ligeramente exvasados.

En la parte occidental de la provincia también se reconocen modelos formales típicamente meseteños: cazuelas carenadas de perfil troncocónico y borde recto, abierto o entrante; perfiles redondeados con el cuello ligeramente destacado; bordes rectos y entrantes que pueden pertenecer a los vasos bitroncocónicos característicos de la fase más avanzada del grupo de Cogotas I, etc. Sin embargo, tampoco aquí faltan ejemplares con escasos paralelos en la Meseta, como el cuello desarrollado de Peña del Recuenco y el tipo globular de boca estrecha de Cueva de los Lagos (Fig. 32.2 y 4).

En Bardenas Reales son muy pocos los vasos completos o los fragmentos en los que se aprecia el perfil, a pesar de lo cual se encuentran morfologías parejas: típicas cazuelas carenadas de perfil troncocónico, tanto lisas como decoradas -Monte Aguilar (Sesma y García, 1994b: fig. 11.3, 12, 14 y 15) y Cuesta de la Iglesia (Sesma, 1994: fig. 194.4; Sesma y García, 1994a: fig. 6)-; cuencos y ollas de borde destacado y, también, recipientes de carena media y tendencia bitroncocónica, con borde ligeramente destacado que se asemejan a los perfiles más evolucionados de Cogotas I -El Bocal (Fig. 33.1) y Cuesta de la Iglesia (Fig. 30.7)-.

Por último, en el caso de Moncín, la práctica totalidad de las cerámicas presentan formas



claramente vinculadas a Cogotas I: cuencos abiertos, cuencos carenados más o menos profundos, cazuelas o fuentes carenadas con diversos bordes, escudillas, ollas de borde ligeramente exvasado, etc (Fig. 34).

En definitiva, parece existir una coincidencia entre los vasos decorados al estilo de Cogotas I y las perfiles típicos del mismo mundo, lo que implicaría que el grado de acercamiento material es muy alto; sin olvidar, por otra parte, algunas variantes formales que parecen indicar una cierta impronta local, susceptible de interpretar como la adopción de las técnicas decorativas por una producción alfarera autóctona.

Las técnicas, los motivos y las composiciones decorativas de tipo Cogotas I vuelven a ser el aspecto más interesante para intentar discernir el grado de influencia o ingerencia de los grupos de la Meseta sobre este sector del valle del Ebro. Las técnicas a través de las cuales más fácil se persigue este objetivo son la incisión, impresión, el boquique y la excisión. Su reparto es claramente desigual. La más habitual es la incisión, presente en la práctica totalidad de los yacimientos (12), seguida del boquique (9) y la impresión (8), mientras que la excisión sólo hace acto de presencia en 5. La impresión no suele aparecer de forma aislada, y acompaña por lo general al boquique y/o a la incisión. Sorprende la importancia relativa de los yacimientos con boquique y su presencia en todos los sectores diferenciados, así como la escasez de enclaves con técnica excisa; pero sobre todo el hecho de que haya varios yacimientos en los que se dan cita todas las técnicas -Majada Londeras, Cueva de los Lagos y Moncín-, o la menos tres de ellas -Peña del Recuenco y Monte Aguilar-.

Los motivos decorativos muestran, como ocurría con las técnicas, cierta variedad que se explica en función no sólo de la fase a la que pertenecen los hallazgos, sino también del sector geográfico que se analice. Los motivos incisos, entre los que incluimos

los esgrafiados, son los más abundantes, puesto que aparecen en la práctica totalidad de los yacimientos, y los más significativos, dado que a través de sus peculiaridades podemos establecer paralelos concretos con áreas del interior de la Meseta y de otras zonas de expansión; pero también, frecuentemente, los más confusos, ya que la extrema sencillez de algunos de ellos nos impedirá adscribirlos decididamente a la tradición de Cogotas I. El zig-zag sigue siendo en esta región el motivo inciso más importante, tanto por su abultado número como por sus características concretas. Se muestra preferentemente en la variante que caracterizaba el núcleo del Alto Ebro, es decir, con trazos irregulares, formando ángulos desiguales y, en ocasiones, rompiendo la continuidad de la línea (Fig. 30.5; Fig. 31.1, 3 y 4). Menos generalizado se encuentra el zig-zag a base de trazos sueltos y regulares (Fig. 30.1, 3 y 11), a pesar de lo cual comparece en Cueva Lóbrega, Peña del Recuenco, Cueva de los Lagos y, sobre todo, en Moncín (Fig. 35.4). La presencia en esta zona del zig-zag irregular, que a veces se acompaña de otros zig-zags más regulares pero de trazo continuo, nos ilustra sobre la vinculación de estas tierras tanto a la región del Alto Ebro, donde estas características eran predominantes, como a la zona oriental de la Meseta, lugar en el que, como vimos, se podían apreciar estos mismos tipos decorativos.

El resto de los motivos son menos generalizados. La espiga (Fig. 30.4 y 6; Fig. 35.3, 6 y 15), que en contadas ocasiones se dispone verticalmente aparece en Cueva Lóbrega, Monte Aguilar, Cuesta de la Iglesia y, de forma más importante, en Moncín. También hacen acto de presencia las líneas cosidas (Fig. 30.2), la retícula oblicua (Fig. 30.15), los trazos asimismo oblicuos, enmarcados entre paralelas o libres (Fig. 30.1), las aspás (Fig. 35.1 y 6), y las líneas simples, que en Moncín conforman guirnaldas semicirculares como las que luego se realizarán con boquique (Fig. 34).

Un motivo inciso muy significativo de esta región son los triángulos o grandes ángulos, con el vértice hacia arriba o hacia abajo, rellenos de paralelas o de trazos cruzados (Fig. 31.7 y 8; Fig. 33.7) encontrados en La Rioja (Cueva Lóbraga, Peña Miel, San Bartolomé y El Tragaluz) y Moncín (Fig. 35.5). Este diseño, pese a no encontrar una gran difusión dentro de la Meseta, resulta relativamente frecuente en algunos asentamientos del oriente de la cuenca del Duero, como Los Tolmos de Caracena (Jimeno, 1984a: figs 21 y 22), lo que hace sospechar una relación estilística entre ambos territorios.

Entre los temas impresos, además de algunos trazos y marcas en labios y paredes que pueden acompañar a otros motivos, hemos de destacar las zonas rellenas de puntillado por su clara vinculación con Cogotas I. Se trata de bandas de amplios triángulos o zig-zag, espacios rectangulares -en disposición vertical o en bandas- y semicirculares, delimitados mediante incisión o boquique y que se rellenan con impresiones realizadas con la punta de un punzón. Ejemplares de este tipo podemos encontrarlos en Moncín (Fig. 34.6 y 7), aquí en un número importante de piezas, y en la Cueva de los Lagos (Fig. 30.12 y 14; Fig. 32.3).

Los motivos de boquique, junto a las composiciones en las que entra en juego esta técnica, son los que mejor delatan la influencia ejercida desde la Meseta por parte de los grupos de Cogotas I (Fig. 30.13, 15, 17; Fig. 32.1-4 y 6; Fig. 33.1-5). Destaca la presencia de típicas guirnaldas paralelas o simples, sobre todo semicirculares, pero también quebradas en zig-zag que, como en la Meseta, adoptan distintas disposiciones: concéntricas, colgadas de líneas rectas, en alternancia con horizontales, etc. Otros motivos de boquique menos habituales son el zig-zag dispuesto en el interior del labio, las bandas de triángulos contrapuestos que se rellenan de paralelas, las líneas horizontales, paralelas o simples, verticales que delimitan o comple-

mentan otras composiciones y los grandes ángulos paralelos en disposición horizontal, como ocurre en Llano de la Modorra. Motivos peculiares confeccionados con esta técnica son los de Majada Londeras -una guirnalda de tendencia vertical- (Fig. 33.6) y Cueva de los Lagos -pequeños cuadrados rellenos de trazos verticales y horizontales- (Fig. 32.6).

La excisión, que como vimos únicamente está presente en cinco yacimientos, sólo es relativamente abundante en Cueva de los Lagos. Los motivos son muy sencillos (Fig. 30.18-20; Fig. 32.5): bandas rectangulares, verticales o en diagonal, pequeños triángulos, ajedrezado cuadrangular y series de triángulos contrapuestos que dejan una banda de zig-zag en medio.

La disposición, combinación y ubicación dentro del vaso de los diferentes motivos crea diseños que, en líneas generales, son similares a los de Cogotas I en la Meseta. Entre las composiciones realizadas exclusivamente con incisión destacan aquellas que adornan con zig-zag la parte inmediatamente por debajo del borde, así como su interior, acompañado o no de otra línea similar sobre la carena (Fig. 34.10-13); pero sobre todo las que delimitan bandas metopadas donde alternan las áreas rellenas de zig-zags paralelos y los espacios vacíos, como ocurre en Cuesta de la Iglesia (Fig. 30.7 y 8), que son los mismos que podíamos ver en varios yacimientos del Alto Ebro y en la zona oriental de la cuenca del Duero. El resto de los motivos incisos presenta, por lo general ubicaciones similares, sin que la decoración afecte a una gran parte de la superficie del vaso. En el caso del cuenco de El Tragaluz se observa una disposición radial (Fig. 33.7), donde el mismo motivo que rodea el borde del cuenco -triángulos rellenos de paralelas colgando de una línea incisa-, se repite en líneas verticales que se desarrollan desde la boca hasta el fondo. Algunas realizaciones incisas, pese a respirar un aire indudablemente meseteño, presentan rasgos particulares

que pueden deberse a las reinterpretaciones que los artesanos locales hacen de los modelos típicos de la zona nuclear. En este sentido destaca el poblado de Moncín, donde el tamaño de alguno de los vasos recuperados nos permite ver esquemas metopados en los que las áreas se rellenan de trazos incisos desordenados y entrecruzados (Fig. 34.8 y 14).

Los esquemas ornamentales en los que interviene el boquique son más complicados; la decoración ocupa mayor espacio, afectando con más intensidad al cuerpo inferior, y aparecen varios motivos y distintas técnicas complementarias dentro de la misma pieza. Así se puede observar una relativa frecuencia de combinación entre orlas de boquique y zonas punteadas, líneas cosidas, alineaciones de puntos y goterones impresos. Algunas de las composiciones realizadas con boquique presentan cierta especificidad, como ocurre con las guirnaldas de tendencia vertical, rellenas de paralelas y acompañadas de dos pequeños círculos concéntricos (Fig. 33.6).

Otra composición bastante original se encuentra también en Cueva de los Lagos, donde alternan guirnaldas alargadas incisas rellenas de puntos impresos con estrechas bandas verticales, unas rellenas de puntos y otras reservadas de decoración (Fig. 30.12). En Moncín destacan algunas creaciones cuyo motivo principal son las zonas punteadas, que alternan espacios triangulares o en bandas de zig-zag con zonas reservadas de decoración (Fig. 35.8-11).

Las composiciones en las que entra en juego la excisión tienden a afectar a gran parte del vaso. Se adivina la disposición de los motivos excisos en bandas verticales o en metopas, alternando con zonas lisas, o en ajedrezado cuadrangular. Curiosos son algunos ejemplares de Moncín, donde la excisión afecta incluso a las líneas de demarcación de las áreas reservadas (Fig. 35.19).

En líneas generales, los motivos y esquemas decorativos descritos son característicos de los

complejos de Cogotas I. Encontramos productos físicamente muy similares a los de la zona nuclear, tanto en forma como en decoración, y dentro de esta tanto en los motivos como en la composición y la ubicación dentro del vaso, por lo que hemos de pensar que la vinculación material es muy intensa, sin olvidarnos, empero, de algunas licencias que parecen hablar en favor de un cierto tamizado en la aceptación de las nuevas modas.

Por lo que se refiere a la tecnología y tratamiento de las especies protagonistas de la intrusión, son muy escasos los datos disponibles, puesto que sólo en Moncín se han realizado estudios analíticos de algunas piezas cerámicas. Aquellos fragmentos de tipo Cogotas I que pasaron por el laboratorio mostraron siempre arcillas locales o recuperadas a corta distancia del yacimiento (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 254-264), razón por la que hemos de descartar la idea de una posible llegada masiva de ejemplares desde la cuenca del Duero. Por lo demás, en este poblado y en el resto de yacimientos analizados, la única diferenciación de la que tenemos constancia es un mejor tratamiento en las superficies y en el acabado de las piezas decoradas con estas técnicas, que responde al carácter de las mismas como vajilla “de mesa”.

#### *d. Cronología de la “intrusión”.*

De todos los criterios utilizables para el establecimientos de la cronología de la influencia de Cogotas I en el Valle Medio del Ebro será nuevamente el tipológico el que cargue con el mayor peso. Sin embargo, contamos también con algunas estratigrafías más o menos interesantes y con cinco yacimientos fechados por el radiocarbono.

Los lugares en los que las cerámicas aquí estudiadas fueron recuperadas en contextos estratigráficos son Cueva de San Bartolomé, Cueva Lóbreaga, Eras de San Martín, Monte Aguilar, Cuesta de la Iglesia y Moncín. En la primera cavidad las

especies de estilo meseteño aparecen en el nivel I, considerado por los autores (Rodanés *et alii*, 1994) como del Bronce Final y que viene precedido por otro nivel adscrito al Bronce Medio. En Cueva Lóbrega aquellas se recuperan en los niveles 1a y 1b (Corchón, 1972), los cuales, según la reinterpretación de la cueva, pertenecen al Bronce Medio (Barrios y Ceniceros, 1989), por encima de un momento del Bronce Antiguo y Eneolítico (nivel 2) y otros del Neolítico Antiguo (3 y 4). La estratigrafía de Eras de San Martín no se ha publicado por el momento, pero las noticias que conocemos anuncian que las cerámicas de boquique aparecen en el primer nivel protohistórico junto a excisas de tipo Redal, por debajo de otro nivel en el que sólo comparecen estas últimas; por esta razón se ha supuesto para la ocupación más antigua un momento de transición entre Cogotas I y los poblados tipo Redal, hacia el siglo IX a.C. (Álvarez y Pérez, 1987: 80). En Cuesta de la Iglesia las cerámicas se incluyen en una fosa u hoyo excavado en el suelo, sin conexión con los niveles excavados en el yacimiento. En Monte Aguilar, la intrusión tiene lugar en el nivel II (Fase II), considerado Bronce Medio Evolucionado, que se sitúa por encima de un nivel del Bronce Medio fechado en 1430 a.C. (Sesma, 1991: 307-320; 1994: 465; 1995: 153). Por último, en la estratigrafía de Moncín, jalonada además de fechas de C-14, las cerámicas de Cogotas I se disponen en varios niveles (IIC, IIB y IIA) que van desde el Bronce Medio al Bronce Final y que se superponen a una ocupación del Bronce Antiguo donde están presentes las decoraciones de tipo Arbolí (Harrison, Moreno y Legge, 1987 y 1995).

Algunas fechas obtenidas en el laboratorio vienen a reforzar los datos estratigráficos, muchas veces confusos. En Cueva Lóbrega se conoce una datación radiocarbónica del nivel superficial de la

excavación de 1988, en el que existen cerámicas decoradas con zig-zag, que ofrece un resultado de 1240 a.C. (Barrios y Ceniceros, 1992: 21), lo que nos llevaría, en cronología convencional, a los últimos momentos de la fase Protocogotas/inicios de la plenitud. De los restos humanos hallados en la cueva sepulcral de El Tragaluz procede otra fecha de 1315 a.C. (*Ibidem*<sup>77</sup>), que nos sitúa en la misma fase Protocogotas, aunque en un momento ligeramente más antiguo. En Cuesta de la Iglesia, la datación de una muestra procedente de la misma fosa en la que aparecen los fragmentos decorados con incisión de tipo Cogotas I proporciona una fecha de 1275 ±30 a.C. (Sesma, 1995: 150), una datación intermedia entre las dos anteriores. Por su parte, el nivel II de Monte Aguilar se fecha en 1365 ±25 y 1380 ±20 a.C. (Sesma y García, 1994a: 216), ubicando temporalmente la intrusión también en la primera fase del desarrollo de Cogotas I. Sin duda, la cohesión de estas cuatro fechas, que oscilan entre 1380 y 1240 a.C., ha de ser considerada significativa y reflejo de una clara llegada de influencias de tipo meseteño en la fase inicial del grupo meseteño (1500-1250/1200 a.C.).

Coherentes son también las dos fechas obtenidas en el nivel I de la Cueva de San Bartolomé, 1020 ±25 y 1000 ±50 a.C., pero en este caso nos trasladan a un momento más tardío, dentro de la fase plena y en los albores de la fase final del desarrollo de Cogotas I.

Por su parte, Moncín proporciona una amplia serie de fechas radiocarbónicas que han sido interpretadas y corregidas en varias ocasiones. Según exponemos en el inventario, tras la recopilación de todas las muestras y la exclusión de alguna por los problemas que plantea, se puede decir que la presencia de Cogotas I en el yacimiento oscila entre 1350 y 1100 a.C. aproximadamente, un intervalo que

---

77 Ni en este caso ni en el anterior se menciona la desviación tipo ni el laboratorio que las analizó.

convencionalmente nos lleva desde el horizonte Protocogotas hasta la fase plena del grupo.

Como hemos visto, no todos los yacimientos gozan de estratigrafía o de fechas de C-14, por lo que hemos de intentar un acercamiento temporal a través de la tipología de la cerámica que protagoniza la intrusión; siguiendo, para ello, las indicaciones cronotipológicas establecidas al principio del trabajo (ver Cuadro 5).

Pero no es esta, en modo alguno, una tarea fácil, puesto que son muchos los enclaves de los cuales no conocemos más que un corto número de piezas poco elocuentes: Majada Londeras, Peña Miel, El Recuenco, Eras de San Martín, La Mesa, El Bocal o Llano de la Modorra.<sup>78</sup> Sin embargo, con los datos disponibles creemos se puede realizar un acercamiento cronotipológico, siempre modificable en función de nuevos hallazgos.

A Protocogotas (convencionalmente entre 1500-1200 a.C.) podemos adscribir, sin ningún tipo de dudas, la intrusión meseteña en Cueva Lóbrega, El Tragaluz y Cuesta de la Iglesia, gracias a que entre sus decoraciones sólo aparecen motivos incisos simples. Estas mismas características ofrecen la mayoría de los elementos cerámicos de tipo meseteño de Monte Aguilar y Moncín, por lo que, en parte, han de ser considerados como pertenecientes a esta fase. Otros yacimientos también presentan decoraciones de este tipo -zig-zag o espiga incisa-, aunque los escasos restos nos obligan a ser cautos a la hora de afirmar su pertenencia o no a la fase, caso de La Almuza, Peña Miel y, sólo en parte, Majada Londeras. En la fase de plenitud (1200-1000 a.C.) hay que insertar, en primer lugar, parte del repertorio de Moncín y Monte Aguilar, en el que los motivos decorativos empiezan a complicarse y aparecen las técnicas de boquique y excisión.

A este mismo momento cabría adscribir las cerámicas de El Recuenco y Cueva de los Lagos, en las que la presencia de todas las técnicas implicadas en el repertorio decorativo de Cogotas I nos inclina a pensar en un momento de madurez del grupo. De igual modo, y a pesar de que contamos con muy pocas piezas para el análisis, creemos que pertenecen a la misma fase las intrusiones de La Mesa de Ablitas, El Bocal de Fontellas, El Llano de la Modorra y la cueva de San Bartolomé. La fase avanzada (1000-850/800 a.C.), cuya producción resulta difícil de separar de la anterior cuando no se tiene una amplia muestra para el estudio, se caracteriza, sobre todo, por el incremento de la técnica excisa, y la barroquización de la sintaxis compositiva. Estos rasgos parece que sólo se detectan de forma tímida en algunas piezas de Cueva de los Lagos, por lo que esta cavidad podría estar en uso hasta estos momentos.

Por último hemos de hacernos eco de las indicaciones cronológicas ofrecidas por los materiales de los contextos arqueológicos y las asociaciones significativas; sin embargo, en esta región ambos argumentos permanecen prácticamente mudos. Únicamente en Eras de San Martín, donde los ejemplares de boquique se asocian a cerámicas excisas de tipo Redal, podemos realizar algunas apreciaciones. Esta última modalidad se data hacia el 680 a.C. en su momento álgido -nivel III de Partelapeña- (Álvarez y Pérez, 1987: 68), por lo que es posible que se inicie con anterioridad, en torno al siglo VIII, e incluso IX a.C.; lo que nos llevaría a fechar los boquiques de esta estación en los últimos momentos de desarrollo de Cogotas I (siglos X y IX a.C) o, con más probabilidad, a considerarlos como el resultado de una perduración que sobrevive en el substrato indígena hacia el siglo VIII a.C.

---

78 A este panorama hay que añadir el desconocimiento de las cerámicas aparecidas en Cabezo de la Guarda y el acceso únicamente a través de su descripción en lo que se refiere a las de la cueva de San Bartolomé.

En conclusión, observamos que la influencia o, en su caso, presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en el Ebro Medio queda situada estratigráficamente por encima del Bronce Antiguo (Cueva Lóbreaga y Moncín) o Bronce Medio (Monte Aguilar), que las fechas radiocarbónicas la colocan entre 1400 y 1000 a.C., y la tipología de las cerámicas preferentemente en las dos primeras fases de desarrollo del grupo (1500-1000 a.C.), mientras que la asociación a otros elementos arqueológicos aboga, aunque sólo en un caso que consideramos muy específico, por un momento muy avanzado del mismo (Eras de San Martín). Encontramos, en los casos más afortunados, una alentadora coherencia entre las fechas de C-14, la tipología de las especies cerámicas a las que se asocian, y los niveles estratigráficos que datan.

Por lo tanto, podríamos pensar que el grueso de los influjos de procedencia meseteña en estas tierras se produce en la primera fase de Cogotas I (Protocogotas), que la vinculación cultural se mantiene con fuerza durante la fase de plenitud - gracias también a una perduración de los contactos en lugares concretos como Monte Aguilar y Moncín-, alcanza, ya de forma comedida, la fase final del grupo, y que perdura, de forma completamente aislada, en momentos en los que aquel se está desarticulando en la zona nuclear, si no ha desaparecido por completo.

También cabe apuntar que no se aprecia ninguna relación entre la cronología y la distribución geográfica de los hallazgos; es decir, no se produce un avance paulatino de la "expansión" en la región, puesto que algunos de los documentos cronológicamente más antiguos se encuentran en las zonas más alejadas de la Meseta (Cuesta de la Iglesia).

#### *e. El Marco Cultural.*

Los vasos que acompañan a las especies decoradas de tipo Cogotas suelen presentar perfiles

funcionales: formas en "S", tipos globulares y grandes ollas. Se trata, por lo tanto, de una producción con características poco definitorias, es decir, de un repertorio carente de tipos formales o decorativos "típicos" o "identificativos", que homogeneicen un espacio determinado. Parece que nos encontramos ante una serie de grupos culturales que viven en un territorio común sin presentar rasgos materiales que sirvan para unificarlos, a no ser la propia indefinición del contexto, que llevaría a estas comunidades a un estadio cultural "anclado" en tradiciones arcaicas y sin capacidad propia para evolucionar.

A pesar de todo, existen algunos rasgos cerámicos que, con escaso carácter normativo, podrían responder a inquietudes estéticas comunes en este territorio. Uno de estos elementos de cierta implantación en los contextos arqueológicos de la intrusión meseteña son las decoraciones plásticas (cordones, mamelones, digitaciones y unguilaciones). Los cordones pueden aparecer digitados o no y en ocasiones forman conjuntos con distintas direcciones, consiguiendo un aspecto arboriforme; un esquema decorativo que conocemos en Los Tolmos de Caracena (Soria), por lo que es posible que el substrato del Bronce local al oriente de la cuenca del Duero fuera parecido al que se constata en las regiones medias del valle del Ebro. También en otros yacimientos se distingue una producción fina compuesta por cuencos y vasos troncocónicos - ajenos a Cogotas- decorados con motivos decorativos peinados (Cueva de Los Lagos), o cuencos, escudillas y perfiles carenados (Llano de la Modorra), así como por cuencos y platos lisos con carena media-alta (Monte Aguilar). Son especies con tratamiento más cuidado de la superficie, espatulado o bruñido, que implican un determinado grado de elaboración. Este aspecto, sin embargo, no parece muy acentuado ni generalizado en la mayoría de los yacimientos, ni tiene un carácter muy homogéneo, y puede ser sólo el resultado de



los nuevos contactos culturales surgidos no sólo con la Meseta Superior, sino también con ambientes mediterráneos del Bronce Valenciano, como piensa F. Burillo (1992: 206).

En cualquier caso, el marco cultural en el que se inserta la intrusión meseteña encuentra diferencias en función de la zona geográfica estudiada, la importancia del substrato y la cronología de los hallazgos.

En primer lugar hemos de aceptar la idea de que algunos de los enclaves aquí estudiados merecen el calificativo de auténticas estaciones de Cogotas I, como ocurre en Moncín y Cueva de los Lagos. En ambos, se observa en la cultura material que acompaña a las cerámicas decoradas una práctica total coincidencia con los contextos meseteños, salvo ciertas peculiaridades que no entorpecen nuestra consideración. Una situación ligeramente diferente parece afectar al resto de La Rioja, donde siguen vigentes las apreciaciones hechas para los precedentes culturales. Se mantiene un mundo en cierto modo anquilosado, con evolución material muy lenta, y sin producciones concretas fuera de las descritas. Nos encontramos, como en el caso de Álava, con un substrato local que se mantiene prácticamente inalterado desde el Bronce Pleno hasta la primera Edad del Hierro, sobre el que incidirán los elementos de cultura material propios de la Meseta.

En Bardenas Reales, sin embargo, se ha definido una evolución propia de la Edad del Bronce en la que la intrusión de cerámicas de tipo Cogotas I se incluye en el denominado Bronce Medio Evolucionado, fase situada entre el Bronce Medio y el Bronce Final que tendría el mismo significado que el Bronce Tardío de otras regiones. La cultura material de este período no puede ser

separada de la que define el Bronce Medio, aunque se han identificado algunas novedades en los perfiles de las cerámicas, sobre todo las cazuelas de carena alta, que también podrían tener su inspiración en la Meseta. El grueso de los materiales presentan similitudes tan considerables que hoy por hoy no estamos en condiciones de marcar una línea divisoria entre ambas etapas. Se trata de una producción de carácter bastante tosco, aunque con diferencias entre recipientes más y menos cuidados. Entre los primeros se encuentran diferentes cuencos, vasijas de cuerpo cilíndrico, fuentes hondas de paredes rectas y fondo plano, tapaderas de perfil troncocónico o de disco, escudillas, pequeños recipientes convexos, grandes vasos globulares, recipientes carenados de tamaño mediano y perfil bitroncocónico, pequeñas y grandes cazuelas carenadas, en algunos casos geminadas, y jarras con cuello desarrollado, boca estrecha y asa de puente (Sesma y García, 1994a y b<sup>79</sup>). Los recipientes menos cuidados, en ocasiones tratados con barro plástico, son cuencos de tipo semiesférico, escudillas de perfil troncocónico invertido, vasos perforados, grandes tinajas, cucharas y algunos pequeños recipientes. Los sistemas de prensión son muy variados, y predominan los fondos planos (*Ibidem*: fig. 12).

Se trata de una producción eminentemente lisa; fuera de las decoraciones de tipo meseteño la ornamentación de la cerámica de Bardenas Reales es muy sencilla y se reduce a incisiones toscas en forma de descuidados trazos verticales u oblicuos, distribuidos irregularmente. Sólo son especialmente frecuentes las decoraciones en relieve: pastillas, mamelones múltiples recubriendo la superficie, cordones simples, paralelos, en guirnaldas, circulares, etc, que en ocasiones se combinan entre sí dando lugar a recargadas composiciones. También

79 En este último trabajo (fig. 11) Sesma y García presentan las cazuelas carenadas con inflexión media-alta que en ocasiones se decoran mediante sencillas temáticas incisas (zigzag) o impresas (líneas de puntos) como elementos más novedoso del llamado Bronce Medio Evolucionado. Se trata precisamente de los vasos de influencia cogoteña.

aparecen algunos fragmentos con decoración pintada (especialmente frecuentes en la Fase II de Monte Aguilar).

Más importantes parecen los cambios en el hábitat, puesto que en Monte Aguilar se pasa en este momento de las construcciones en piedra de muros rectilíneos a los fondos de cabaña de tendencia ovalada, y a la excavación de hoyos con diferentes fines (Sesma y García, 1994a); unas características muy indicativas por coincidir con aquellas que muestran los poblados de Cogotas I en la zona nuclear.

En cuanto a la organización territorial, en el caso de Bardenas Reales, nos encontramos con una manifiesta continuidad respecto del Bronce Medio (Sesma y García, 1994b: 149-150), aunque se detecta una disminución en el número de localizaciones y un descenso de la ocupación de determinadas áreas. Parece que se asiste a una intensificación de la producción agrícola que lleva a la ocupación de las fértiles llanuras del Ebro, según se desprende en Monte Aguilar a través del desarrollo de los dientes de hoz, la proliferación de hoyos-silos y la aparición de un poblado en el llano.

En función de la continuidad en la cultura material y en el poblamiento, y teniendo en cuenta que las únicas novedades parecen ser algunas cerámicas de tipo Cogotas I y hábitats similares a los de este grupo, parece que este Bronce Medio Evolucionado no sea más que una fase tardía del Bronce Medio en alguno de cuyos poblados se dejan sentir de forma más o menos intensa, las tradiciones de la Meseta.

## 5. Conclusiones.

En general, podemos hablar de cierta variación del fenómeno de difusión de Cogotas I en relación a la situación vivida en el Alto Ebro, donde el acercamiento a Cogotas I era evidente en la cerámica, en el tipo de hábitat, en el modelo de poblamiento y, probablemente también, en las

pautas económicas. En la región del valle medio-alto del Ebro, sin embargo, se producen algunas transformaciones. En cuanto a la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I podemos observar una mayor diferenciación entre poblados, dándose situaciones muy distantes tanto en la importancia cuantitativa de la misma, como en el grado de acercamiento. En este sentido contamos por un lado con poblados en los que estas producciones son predominantes y se instalan sobre contextos materiales muy vinculados a la zona nuclear, y por otro con auténticas intrusiones de carácter exótico sobre complejos totalmente ajenos. En otro sentido, la tipología decorativa de las piezas cogoteñas muestra ciertos elementos significativos, algunas peculiaridades y suficientes características propias, como para pensar que se trata de una producción eminentemente local, salida de los mismos alfares que el resto de la producción y que, por lo tanto, no responde más que a la adopción de unas pautas cerámicas que puede estar provocada por mecanismos socioeconómicos de diversa índole, o simplemente por procesos de aculturación.

Al igual que en el Alto Ebro y que en la cuenca del Duero, las cerámicas que protagonizan el fenómeno de difusión o intrusión de Cogotas I se asocian, en ocasiones, a poblados en cuyo suelo se excavan los típicos hoyos (basureros, silos o fuegos); lo que podría estar indicando la adopción de modelos económicos similares a los de aquel grupo, o por lo menos modos de vida con ciertos paralelos, como podría ser la adopción de un nuevo sistema de almacenamiento colectivo.

El cambio más importante dentro del proceso de injerencia de las cerámicas de tipo Cogotas I respecto al Alto Ebro se produce en torno al tipo de enclaves y de poblamiento afectados; mientras en Álava y Pancorbo el fenómeno afectaba prácticamente por igual a los asentamientos en llano y a los ubicados en lo alto de cerros, en el territorio ahora analizado se observa un abrumador

predominio del último tipo. Un aspecto que contrasta vivamente con la tónica general que caracteriza a la Meseta y que inicia una tendencia que, por lo general, no sólo se va a mantener, sino que se incrementará, en el resto de las denominadas regiones de expansión.

En este mismo sentido, parece que las influencias se ven atraídas precisamente por los centros regionales más destacados y hacia regiones que, como Bardenas Reales, disfrutaban ahora de un momento de dinamismo y apogeo.

Por lo tanto, el proceso de injerencia de Cogotas I en el Medio Ebro, se nos presenta como un fenómeno de bastante intensidad, que numéricamente alcanza a un número considerable de enclaves y que parece no restringirse únicamente a la adopción de una modalidad decorativa en las cerámicas, sino que, en determinados lugares, afecta a los sistemas de organización de la vida interna del poblado. Sin embargo, se observan ya grandes diferencias en los resultados, conviviendo yacimientos que se pueden considerar perfectamente integrados en el grupo de la Meseta con simples intrusiones “puntuales” protagonizadas por un pequeño fragmento de cerámica aislado dentro de un conjunto material indígena.

En esta diferenciación, como decimos, hemos de destacar la existencia de auténticos enclaves de Cogotas I, o por lo menos en los que el principal aporte cultural procede de este grupo. Tal condición la venimos otorgando al menos a Moncín y Cueva de los Lagos, un poblado y una cueva sepulcral en los que, en cierto momento, las tradiciones meseteñas son las predominantes, pudiéndose comparar en cantidad de restos cerámicos y, en el caso de Moncín, en la configuración interna de la ocupación, a cualquier yacimiento de la cuenca del

Duero, salvando, eso sí, determinadas peculiaridades provocadas por su alejamiento del centro de la zona nuclear y por cierto peso de la tradición local.<sup>80</sup> En un segundo grado de acercamiento a Cogotas I se encontrarían otros yacimientos en los que no existe predominio de las tradiciones cogoteñas, y donde las cerámicas características de este grupo sólo aparecen en una escasa proporción. Dentro de este conjunto existe toda una gradación y diferenciación interna entre aquellos poblados en los que las cerámicas meseteñas son relativamente abundantes y además se constata la existencia de “hoyos” similares a los de Cogotas I (Monte Aguilar y Cuesta de la Iglesia A); aquellos otros en los que aparecen sólo algunos ejemplares y no están presentes estructuras excavadas como las descritas (Cueva Lóbrega, Peña Miel, El Tragaluz y San Bartolomé); y aquellos lugares en los que únicamente se conoce la presencia aislada de un fragmento cerámico de estilo meseteño dentro de un contexto completamente ajeno a este grupo arqueológico (El Bocal de Fontellas y La Mesa de Ablitas).

Por último hemos de destacar la presencia de cerámicas de tipología decorativa perteneciente a Cogotas I en el seno de contextos materiales y culturales pertenecientes a la Edad del Hierro, caso de Eras de San Martín, donde la decoración de boquique se instala sobre una pieza ajena no sólo a la tradición de Cogotas I sino también a la del Valle del Ebro, puesto que es considerada por Hernández Vera como importada. Nos encontraríamos, por lo tanto, ante un caso desconectado del proceso de difusión de Cogotas I que sólo se puede explicar si entendemos que la decoración de boquique queda impregnada en el substrato indígena que luego se verá afectado por las nuevas modas que introduce la Edad del Hierro.

---

80 Caso de ciertos tratamientos rugosos constatados en ambos lugares.

## ■ EL VALLE DEL JALÓN Y EL INTERIOR DE ARAGÓN

Si recordamos, en la división regional que hacíamos al inicio de este trabajo separábamos los dos espacios que forman el enunciado de este apartado; sin embargo, ante las escasas noticias procedentes de muchos de los yacimientos que aquí se incluyen y con la intención de evitar repeticiones en los argumentos utilizados para la interpretación, hemos preferido estudiar ambos conjuntamente, y establecer las diferencias espaciales de una forma gradual desde la zona más próxima a la Meseta hasta la región interior, y no como situaciones radicalmente contrapuestas.

### 1. Estado de la Investigación.

Los documentos sobre Cogotas I en el Valle del Jalón gozan de una tradición de considerable antigüedad. A parte de una escueta nota sobre cerámica de “boquique” en Arcos del Jalón (Taracena, 1941: 39), la noticia más antigua procede de la publicación de Esteve (1944: 152, lám. 4.3 y 4) referida al poblado de El Castellet de Castellón, donde se menciona la existencia de cerámicas decoradas con boquique en Alhama de Aragón como punto intermedio entre la Meseta y la costa levantina. Después habrá que esperar a los trabajos de Ortego (1961, 1964 y 1969) en la parte oriental de Soria (Covarrubias y Yuba) para obtener nuevos datos sobre el particular; pero no será hasta la publicación de los hallazgos de Calatayud (Barandiarán y Martín, 1971-72; Martín Bueno, 1980) cuando se empiece a tomar en serio la llegada de influjos meseteños del horizonte de Cogotas I hasta las tierras aragonesas; un aspecto que poco después sistematiza Hernández Vera (1983). La evolución de los trabajos sobre Cogotas I en el valle del Jalón no ha sido, a partir de este momento, muy intensa, aunque siempre se ha tomado como referencia a la hora de hablar de “expansión” hacia el

valle del Ebro, al considerar aquel espacio como la principal vía de comunicación entre la Meseta y el Ebro. En los últimos tiempos destacan, por un lado trabajos de inventario arqueológico, tanto en Aragón, como en la cuenca del río Mesa -afluente del Jalón que nace en tierras de la provincia de Guadalajara-, y por otro estudios de carácter general sobre la región aragonesa en los que el tema de Cogotas I se trata en función de su relación con los Campos de Urnas o de su papel en el origen de las excisas de la Edad del Hierro (Eiroa, 1982; Pellicer, 1984).

En el interior de Aragón las únicas noticias de que se disponía hasta los años 80 eran las referidas al yacimiento de Tajada de Bezas, excavado por Ortego a mediados del siglo XX. Por lo demás, a pesar de que es posible encontrar algún fragmento de tipo meseteño en las antiguas excavaciones de París y Bardaviu en Cabezo del Cuervo, habrá que esperar a la publicación de la Carta Arqueológica de Teruel (Atrián *et alii*, 1980) y a los trabajos sobre los yacimientos de Alcañiz y de la Muela de Galve, para encontrar menciones expresas a la influencia de Cogotas I. Es por estas fechas (1983) cuando Hernández Vera realiza la primera, y hasta ahora única, síntesis sobre este problema en el Valle del Ebro. En los últimos años se han localizado algunos nuevos enclaves y, sobre todo, se ha ampliado el conocimiento de lugares como Cabezo del Cuervo y Cabezo Sellado, obteniendo incluso series de fechas radiocarbónicas que colaboran en la ubicación cronológica de la intrusión.

Producto de todas estas investigaciones es la confección de algunos mapas de dispersión de cerámicas de tipo Cogotas I por el Valle del Ebro en los que, poco a poco, se ha ido aumentando el número de estaciones afectadas (Burillo, 1979: fig. 11; Ruiz Zapatero, 1982a: fig. 2; Hernández Vera, 1983: fig. II; Maya, 1986: fig. 1; Maya, 1992: fig. 4).

Sin embargo, la información disponible no es siempre la misma, dependiendo fundamentalmente

de las actuaciones llevadas a cabo sobre cada yacimiento. En líneas generales podemos decir que la mayoría de la información procede de hallazgos superficiales (el 81,5%), que muy pocas veces se han recuperado a través de prospecciones sistemáticas. Incluso existen ejemplos en los que ni siquiera se conoce la procedencia concreta de la muestra. Estas características se cumplen más en el sector occidental de este territorio; es decir, en el valle del Jalón y las estribaciones ibéricas del sur de Zaragoza y Teruel, donde, sin embargo, en los últimos años se lleva a cabo una minuciosa labor de prospección sistemática que está proporcionando un importante corpus de datos y afianzando las teorías sobre el poblamiento antiguo de la región (Burillo, 1991 y 1993). Las únicas intervenciones realizadas en este espacio se reducen a los viejos sondeos de Ortego en Castilviejo de Yuba y Covarrubias de Ciria y una cata más reciente, abierta por Aranda (1987) en Piedra la Lanza, a pesar de que en este último caso los resultados ofrecieron una estratigrafía alterada.

En el sector oriental gozamos de una información relativamente mayor. A las noticias antiguas se unen las prospecciones sistemáticas y la realización de excavaciones en Siriguarach, Cabezo del Cuervo y Cabezo Sellado, por lo que contamos con algunas estratigrafías que, sin embargo, no resultan del todo clarificadoras para nuestro problema, al no comparecer en las mismas la cerámica de tipo meseteño.

Esta circunstancia nos obligará a ser muy cautos a la hora de analizar el proceso de penetración de Cogotas I, y a tener en cuenta que una mayor profundidad de los estudios, la realización de prospecciones sistemáticas y el inicio de nuevas excavaciones pueden hacer variar nuestras conclusiones.

## 2. El Medio Geográfico.

Geográficamente nos encontramos ahora ante un espacio muy amplio, mucho más grande que los analizados hasta ahora, en el cual los hallaz-

gos de tipo Cogotas I se van sucediendo, de forma espaciada pero regular, desde el Alto Jalón, en íntimo contacto con la Meseta, hasta el valle del Guadalope (Fig. 36). Esta dispersión se produce siguiendo los valles que circulan entre las sierras turolenses y dejando sólo algunos vacíos en el río Martín y en el curso medio-bajo del Jalón y del Huerva. A pesar de un distanciamiento generalizado entre los hallazgos, se pueden distinguir algunas agrupaciones geográficas, en unos lugares con más claridad que en otros, que pueden alcanzar un mayor significado si se analizan por separado. En primer lugar se observa una clara concentración de poblados en torno a la cuenca del Jalón, un sector que abarca el curso de éste río hasta Calatayud y el de sus afluentes Manubles y Mesa. Se trata de una región estrechamente vinculada a la red hidrográfica cuya principal característica consiste en el papel que desempeña como verdadero espacio de tránsito geográfico entre la Meseta central y la depresión del Ebro, convirtiéndose así en el principal camino natural entre estos dos territorios y en una de las más importantes vías de transmisión cultural que los comunica. El mismo río Jalón, cuyo nacimiento en el interior de Soria está próximo al del Henares en Guadalajara, constituye, junto con este último, una inevitable referencia viaria que hunde sus raíces en la prehistoria y se perpetua a través de los siglos pasando por las calzadas romanas y los caminos medievales hasta llegar la actual Nacional III que une Madrid y Zaragoza. Sin embargo, el carácter de transición de esta región no se detiene aquí, puesto que, a través del curso del Jiloca, cuyo nacimiento en Albarracín conecta con el curso alto del Turia, se define un camino natural de comunicación con la región levantina; vía esta última utilizada en sentido inverso durante el Bronce Pleno según se desprende de los influjos de Bronce Valenciano que se dejan sentir en la zona.

Otra concentración se hace evidente en la región de Alcañiz-Calanda, vinculada en este caso a los cursos bajos de Guadalope, Regallo y Martín.

En líneas generales se trata de una región prácticamente ocupada por la parte suroriental del Sistema Ibérico, que en este lugar se caracteriza por un gran desarrollo en amplitud y por la aparición de fosas internas de origen terciario. Las distintas sierras adoptan diferentes disposiciones, destacando la división de dos ramales a uno y otro lado de la depresión del Jiloca -la rama castellana o interna y la rama aragonesa o externa del sistema Ibérico-. Entre las formaciones montañosas (Albarracín, Camarena, Gudar, etc...), con altitudes que superan los 2000 m., se encuentran las fosas tectónicas -Jalón, Jiloca, Calamocha-Montalbán y Alfambra-Teruel-Mira- que se rellenan con materiales terciarios y que son recorridas por la red fluvial actual.

En el espacio ahora estudiado tiene también cabida un sector de la misma depresión terciaria del Ebro, por donde discurre el río en su curso medio-bajo, rellena de materiales sedimentarios y donde predominan las tierras bajas (Atrián *et alii*, 1980: 25-29).

El aprovechamiento económico tradicional ha sido, en el caso de las tierras altas, la ganadería, quedando relegada la agricultura a las fosas marcadas por los valles fluviales no demasiado encajados, como el Jiloca, y a las proximidades del Ebro.

### 3. Precedentes Culturales.

Nos enfrentamos, llegados a este punto, con un importante inconveniente derivado de una doble circunstancia; por un lado la amplitud geográfica del territorio a controlar y por otro las diferencias en cuanto al conocimiento y en lo relacionado con los resultados obtenidos según el sector que se analice. A pesar de todo no faltan trabajos que han intentado sistematizar, desde distinta perspectiva, la Edad del Bronce en este territorio (Beltrán, 1978: 46-70;

Atrián *et alii*, 1980; Eiroa, 1982; Gimeno y Galindo, 1987; Rodanés, 1990 y 1991; Picazo, 1990, 1991, 1993a y 1993b; Andrés, 1990; Álvarez García, 1990 y 1992-3; Burillo, 1992; Burillo y Picazo, 1991-92).

En primer lugar cabe recordar (Aranda, 1986: 267-268) cómo en las primeras síntesis se coincidía en afirmar el escaso conocimiento de la Edad del Bronce en el Bajo Aragón, a la vez que existía la tendencia a admitir un ambiente arcaizante y conservador, con perduraciones eneolíticas que contrastaría con la vida semiurbana de sociedades como en el Bronce Valenciano o El Argar; unas ideas que se han venido repitiendo hasta los trabajos arqueológicos de los últimos años, impulsados sobre todo desde instituciones como el Colegio Universitario de Teruel.

En el estudio de las fases que preceden a la intrusión meseteña haremos primero algunas apreciaciones particulares sobre la zona del Jalón, para después iniciar el análisis de las tierras más interiores de la región.

En el primero de los sectores, Gimeno y Galindo pudieron comprobar un desarrollo cultural paralelo y vinculado al del oriente de la Meseta. En ambos lugares se distingue un horizonte cultural ubicado entre el Eneolítico y el Bronce Medio que se va transformando progresivamente por la propia evolución interna y por la incidencia de otros elementos exteriores. En los primeros momentos, hasta el Bronce Medio, se diferencian dos facies, una campaniforme y otra no campaniforme. En esta última predominan los vasos globulares, de gran tamaño y con bordes cada vez más desarrollados y vueltos al exterior; y los carenados, entre los que destacan los que presentan inflexión media-baja y recuerdan a la primera fase de El Argar. Las decoraciones más habituales son los cordones plásticos, las digitaciones, y las unguilaciones, que afectan también a la parte superior de los bordes. Sobre este panorama



cerámico incide el fenómeno campaniforme, que muestra su relación con la Meseta a través del estilo Ciempozuelos. Esta modalidad, instalada en todo el reborde oriental y zonas aledañas, presenta, sin embargo, algunos rasgos peculiares, tales como cierto aire descuidado y grosero, y la repetición de temas reticulados y pseudoexcisos.

Ambas tradiciones, a juzgar por lo que piensan los autores antes mencionados, aportarán la base del Bronce Medio de tipo Los Tolmos<sup>81</sup> y de la fase Cogotas I (Gimeno y Galindo, 1987: 481-483).

Más al interior, en el curso medio del río Jalón, Ruiz Zapatero (1995: 25-40) distingue, a pesar de la escasez de datos y de la falta de estilos decorativos exclusivos y peculiares, un substrato del Bronce Pleno cuya cerámica característica son cuencos de diversos tipos, cazuelas y fuentes con carenas marcadas, grandes recipientes troncocónicos, ovoides o en "S" con cordones digitados y queseras (*Ibidem*: fig. 3E), que, sobre todo por las decoraciones, se encuentran en una línea similar al horizonte descrito anteriormente. Se trataría, según el autor citado, de un poblamiento disperso, en función de la distribución del agua, en el que los lugares de hábitat se desplazarían definitivamente hacia las márgenes de los ríos.<sup>82</sup> Del mismo modo imagina pequeñas sociedades igualitarias y autosuficientes, con casas rectangulares de paredes de arcilla sobre zócalos de piedra, o estructuras más endebles de estacas o barro, como las de Moncín, y una economía basada en la agricultura cerealista y en la ganadería de vacuno y ovicaprinos, con pocos cerdos, complementadas con caza de ciervo (*Ibidem*).

Por lo tanto, creemos que el sector más occidental de esta región se encuentra culturalmente emparentado con los márgenes orientales de la

Meseta, formando ambos territorios una unidad de la que se seguirá hablando durante el Bronce Final y, posteriormente, durante la segunda Edad del Hierro. Sin embargo, y a pesar de aceptar un inconfundible paralelismo entre ambas regiones, es posible intuir una paulatina desvinculación que se acrecienta a medida que avanzamos hacia el interior de las tierras aragonesas y éstas entran en contacto con otras regiones, de las que también recibirán influencias. De esta manera consideramos que si el alto y medio Jalón han de ser considerados parte de ese hipotético grupo del Sistema Ibérico, su curso bajo presenta rasgos mucho más difíciles de sistematizar, donde podrían tener un papel importante aportaciones de otras áreas peninsulares como el NE., estableciéndose una dinámica parecida a la de la cercana área de Tarazona.

Para el interior de Aragón, fundamentalmente el Sistema Ibérico turolense, se han realizado varias síntesis que proporcionan una visión de la Edad del Bronce previa a la llegada de influencias meseténas (Burillo y Picazo, 1991-92; Picazo, 1990; 1993a y b). Según estos estudios, en el Bronce Antiguo (2000/1900 - 1600 a.C) se produce la generalización de poblados estables ubicados en altura y, en algún caso, con estructuras defensivas; en su interior se documentan viviendas de planta rectangular con mantedos de barro, paredes enlucidas, suelos de tierra batida y depósitos. La cultura material se caracteriza por un empobrecimiento del utillaje en sílex, que queda reducido a elementos de hoz y algunas puntas, por la escasez del metal y por cierta pujanza de los útiles en hueso. Las cerámicas son preferentemente lisas, si bien los bordes pueden presentar diferentes tipos de impresiones; las decoraciones más frecuentes son de tipo plástico (cordones

81 El Bronce Medio de tipo Los Tolmos, como ya se ha explicado en varias ocasiones, creemos se puede incluir dentro del horizonte que conocemos como Protocogotas, que representa la primera fase del desarrollo de Cogotas I.

82 A orillas del Jalón podemos encontrar los siguientes poblados: Campabo 1, 2 y 3 en Bardullar, Peña Amarilla en Urrea, Lomo de la Balsa, Putiños y La Hoya en Épila y Torcas en Chodes. Esta misma localización se observaba en los yacimientos del Bronce Antiguo-Medio señalados en el curso alto y medio del Jalón (Gimeno y Galindo, 1987: fig. 12).

simples o dobles en disposición horizontal y los cordones cortos digitados aislados), mientras que la incisión, la impresión y el boquique son sólo ocasionales, conformando motivos como soles, guirnaldas con flecos, líneas espigadas, puntillados y arboriformes. Excepcionalmente encontramos también algunas muestras de excisión.<sup>83</sup> Ejemplos de estas cerámicas los podemos encontrar en La Muela de Sabucar y Las Costeras (Picazo, 1993a: fig. 70; Burillo y Picazo, 1991-92: fig. 11). Las características de los motivos decorativos descritos, nos lleva, inexorablemente, a plantear una influencia procedente del grupo del Bronce Antiguo del NE. o “estilo Arbolí” (Maya y Petit, 1986). Este tipo de cerámicas pudieron haber llegado aquí producto de la importación, a juzgar por la coincidencia de las decoraciones y por las observaciones macroscópicas de algunas de los barros de La Muela de Sabucar, en función de su supuesto valor como bienes de prestigio (Picazo, 1993a: 103). Morfológicamente destacan los vasos de carena media-alta de boca cerrada y casquetes inferiores semiesféricos. También encontramos cuencos con bordes de trayectoria vertical y poco abiertos y vasijas globulares, con bordes rectos y cerrados.

En conclusión, desde el inicio de la Edad del Bronce se establecen los modelos “semiurbanos” de corte mediterráneo, y a partir de los inicios del siglo XVIII a.C. parece producirse una expansión del poblamiento que se prolongará hasta mediados-finales del siglo XVII a.C., momento en el que se produce la destrucción de los poblados de una forma generalizada.

En el Bronce Medio (1600-1300/1250 a.C.), como en muchas otras áreas de la Península Ibérica, se detectan en las tierras del sur de Teruel y en otros sectores del sistema Ibérico procesos traumáticos de cambio. La nueva etapa que surgirá de estas transfor-

maciones se caracteriza por la fragmentación del territorio, detectada por el surgimiento o desarrollo de centros primados “comarcales” inscritos en áreas que presentan particulares tendencias decorativas en las cerámicas. Se observan indicios de una progresiva intensificación económica, puesta de relieve a partir de la existencia de emplazamientos especializados tanto de tipo económico como defensivo (emplazamientos funcionalmente diferenciados). Dentro de la cultura material, además de un utillaje óseo en regresión, se aprecia una progresiva suavización de las formas y la incorporación de nuevos perfiles, troncocónicos en las vajillas simples (cuencos) y sinuosos en las complejas (vasos globulares). Asistimos, por otra parte, a la generalización de los bordes de tendencia abierta, y los vasos carenados tienden a igualar el diámetro de la boca y de la carena. Las incisiones e impresiones se reducen a los bordes y, según zonas, continúan las decoraciones plásticas simples, adquieren relevancia los cordones múltiples, lisos o impresos, formando motivos geométricos que cubren el cuerpo de las vasijas globulares más grandes, o desaparecen los cordones cortos. Dentro de esta misma fase, tras un período de relativa estabilidad (siglo XV), se produce, alrededor de 1350-1250 a.C., una serie de destrucciones y/o abandonos, que coinciden con el incremento de las diferencias entre las distintas áreas del valle del Ebro (norte del Río, ambos lados del Sistema Ibérico, y la Sierra turolense), tanto en los componentes cerámicos como en el tipo de hábitat.

En definitiva podemos decir que existe «*un temprano desarrollo de la Edad del Bronce en Teruel y una identidad y sincronía en los procesos de transformación observados con relación al ámbito en torno al Sistema Ibérico centromeridional y a Levante*» (Burillo y Picazo, 1991-92: 78).

83 La presencia de especies excisas en un momento tan antiguo y en una zona donde no proliferarán hasta la primera Edad del Hierro tiene difícil explicación; sin embargo puede ser uno de los garantes que permitan plantear la existencia de horizontes antiguos para este tipo de cerámicas.

En la mayoría de los casos los autores coinciden en describir horizontes o grupos cerámicos donde faltan los tipos específicos y significativos, por lo que se hace difícil el intento de establecer la evolución de los mismos. Las decoraciones predominantes son siempre las plásticas, cordones digitados y mamelones; mientras que otras modas, como los motivos incisos y de boquique de La Muela de Sabucar, han de ser interpretados como el resultado de una incorporación ajena al substrato local. En los últimos trabajos se apuesta, tras un importante estudio superficial de los poblados, por considerar que es en este período cuando se organiza el poblamiento estable en la región. Por lo tanto, creemos que no se puede mantener ya la idea de un Bronce retardatario, hipotecado por las tradiciones anteriores, sino hablar más bien de una fase en la que las transformaciones de carácter socioeconómico, evidentes a través de las novedades en los modelos y sistemas de poblamiento, sólo se ven acompañadas por pequeños cambios, de difícil valoración tipológica, de la producción alfarera.

La imagen de región subsidiaria de las influencias ajenas procedentes del NE., de Levante y, poco después, de la Meseta, se ha de ver, tras las últimas investigaciones, matizada, aunque no por ello olvidada; sin que, como ocurría hasta hace poco, se hiciera de aquellas la característica fundamental en la definición de la Edad del Bronce en Aragón.

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

El número total de yacimientos inventariados en este amplio espacio es de 27, 16 en la zona occidental (el 8,7%) y 11 en el interior de la región (el 6%). Como vemos, el primero de los casos se encuentra a la misma altura que la región anteriormente

estudiada, mientras que el segundo se halla entre las zonas menos afectadas en este sentido; circunstancia, esta última, más grave se tenemos en cuenta la amplitud geográfica del espacio interesado (Fig. 91).

La presencia de Cogotas I en Aragón no muestra una distribución clara, ni homogénea. Sólo en ciertas zonas, como hemos visto, se pueden encontrar agrupaciones significativas de hallazgos, mientras que en otros espacios geográficos se dejan sentir significativos vacíos difíciles de interpretar. En el sector del Jalón-Alto Huerva tiene especial relevancia la vecindad y cercanía respecto a la zona nuclear de Cogotas I, desde cuya parte oriental los puntos con cerámicas de tipo Cogotas I se van paulatinamente espaciando en dirección al Ebro sin que se aprecien bruscas interrupciones. Se trata de un auténtico espacio de transición a través del cual las manifestaciones cogoteñas se van difuminando a medida que nos alejamos de la Meseta, siendo los hallazgos del Jiloca no sólo más escasos y distantes entre sí, sino también mucho menos claros.

Los criterios para el estudio de la implantación geográfica del fenómeno son muy elocuentes en este sector oriental. Los yacimientos ubicados en la cabecera del Jalón apenas distan treinta kilómetros en línea recta de otros hallazgos de Cogotas I en la cuenca del Duero -caso de Santa María de la Riba de Escalote-, o del Alto Henares -como El Molar de Mojares-, por lo que no podemos extrañarnos de encontrar aquí algunos poblados que merecen el calificativo de auténticos enclaves de Cogotas I.

La densidad de enclaves afectados, si tenemos en cuenta todo el sector del Jalón, sólo alcanza 0,0018 yac./km<sup>2</sup>; pero si restringimos la muestra al curso alto del río y a su afluente Mesa, el índice aprecia un significativo aumento, llegando a 0,0026 yac/km<sup>2</sup>.<sup>84</sup> Esta densidad se encuentra, ciertamente, lejos de las que se observan en la Meseta, incluso en

84 La base espacial aquí utilizada es un rectángulo de 70 por 60 km. situado en el tramo alto del Jalón y el Mesa.

la zona más oriental,<sup>85</sup> y también se sitúa por debajo de la que hemos establecido para zonas como el Alto y Medio Ebro (0,009 y 0,005 respectivamente), por lo que parecería lógico hablar de una escasez relativa de hallazgos de Cogotas I.

Sin embargo, ¿quiere esto decir que los documentos de aquel grupo en el Jalón son poco importantes y que responden a un proceso de escaso alcance?. Para resolver esta incógnita hemos de comparar el número de yacimientos en los que se documentan las cerámicas de tipo Cogotas I con el resto de lugares arqueológicos de cronología similar existentes en la región y en los que aquellas no hagan acto de presencia. Llegados a este punto nos encontramos con que para la misma fase no se reconocen, de forma general y al menos en la parte más occidental del sector, ningún otro tipo de asentamiento,<sup>86</sup> lo que otorgaría un papel fundamental a las tradiciones alfareras cerámicas de origen meseteño en la configuración cultural de la región. Sin embargo, no podemos descartar que muchos de los lugares adscritos al Bronce Pleno hayan de ubicarse en momentos paralelos a Cogotas I -la amplia cronología de este grupo y el temprano inicio de su andadura así parecen indicarlo-. Pero incluso en este supuesto, la proporción de hallazgos de tipo meseteño seguiría siendo muy importante, ya que, por ejemplo, Ruiz Zapatero (1995: 28) tan sólo apunta para aquella fase 8 lugares en las márgenes del Jalón (Campabo 1, 2 y 3 en Bardallur, Peña Amarilla en Urrea, Lomo de la Balsa, Putiños y La Hoya en Épila y Torcas en Chodes) donde no se conoce la intrusión meseteña.

En definitiva, creemos que la localización de enclaves afectados por Cogotas en el Jalón es, en

términos comparativos, destacada, ya que su escasa densidad espacial se ve especialmente contrarrestada por el papel predominante de los mismos dentro del poblamiento de la época.

En el interior de Aragón, los yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I han de tener una consideración completamente distinta. Ya no se puede hablar de una prolongación del grupo de la Meseta, más o menos difuminado, hacia el Este, si no de claros fenómenos intrusivos, provocados por contactos llevados a cabo entre grupos culturales distintos y alejados. Las distancias entre los yacimientos afectados y el grupo central de Cogotas I se hacen mucho mayores, superando en todo caso los 100 km.

La agrupación más significativa en el sector oriental de Aragón la encontramos en tierras próximas al Ebro, en el cuadrante NE. de la provincia de Teruel, donde se concentran hasta seis de los once casos estudiados. Aquí la densidad espacial alcanza 0,0037 yacimientos/km<sup>2</sup>,<sup>87</sup> un índice mayor que el del Jalón; sin embargo, a nuestro modo de ver, esto sólo implica una cierta concentración de las evidencias, mientras que las características internas de la intrusión son totalmente diferentes. La falta de estratigrafías en las que comparezcan las cerámicas de tipo meseteño y las dificultades planteadas para realizar una clara sistematización de la Edad del Bronce en la región, complican el establecimiento de una relación entre los poblados interesados por las cerámicas de tipo Cogotas I y aquellos otros contemporáneos que no lo están. Es posible que la mayoría de las “intrusiones” coincida con lo que algunos autores han denominado “Bronce Regional” u “Horizonte Sancharancón”, que cronológicamente

---

85 En la región soriana del Duero se alcanzan los 0,004 yac./km<sup>2</sup>.

86 En este sentido, algunos autores han propuesto un claro retroceso de la población en esta fase (Bürillo *et alii*, 1995: 250-255).

87 La base utilizada aquí es menor que en el caso del Jalón, sólo un cuadrado de 40 por 40 km. entre Alcañiz y La Puebla de Híjar.

se correspondería con un Bronce Final II (1250-1100 a.C.), y en el que se incluyen lugares como Hoya Quemada, Sima Ruidor, Palermo, Castellet de Mequinenza y Partelapeña (Burillo, 1992: fig. 7; Burillo y Picazo, 1991-92: figs. 9 y 10). Por lo tanto, existe suficiente información para afirmar que las manifestaciones de Cogotas I son claramente intrusivas en este sector.

Más difícil de interpretar, aún, es la implantación geográfica del fenómeno de ingerencia de Cogotas I en lugares tan alejados como Torrollón II (Usón, Huesca), fuera de todas las rutas naturales frecuentadas por las cerámicas de Cogotas I, por lo que habrá que verlo como un caso aislado, derivado y dudoso.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

El tipo de ocupación más habitual sobre el que hacen acto de presencia las cerámicas de Cogotas I parece ser el poblado, es decir, yacimientos de tipo hábitat; por lo menos la mayoría de los restos encontrados en superficie y en las escasas excavaciones acometidas son de carácter doméstico. La existencia de lugares funerarios no está confirmada más que en cierto sector de Tajada Bajera de Bezas (Teruel), en una construcción ciclópea adintelada que aprovecha una grieta de la roca en la que se encontraron restos de una inhumación. Por lo demás, algunos huesos humanos rescatados en superficie en el Cementerio de los Moros podría también indicar el uso, al menos en parte, de este enclave como lugar de enterramiento.

No tenemos datos suficientes en todos los lugares inventariados para saber si los poblados presentaban un carácter permanente, sin embargo, esto ocurre al menos en Alcañiz y El Castillejo de Lechago, y muy posiblemente en muchos otros

lugares, manteniéndose una tendencia iniciada en el Bronce Antiguo.

En cuanto al tipo de emplazamiento se constata un claro predominio de los poblados en altura, asentados sobre cerros elevados y con buenas condiciones para la defensa y el control del territorio. 19 de los 27 enclaves inventariados presentan estas características (70,3%), mientras que sólo tres se ubican en tierras llanas (11,1,8%), y dos en cueva (7,4%).<sup>88</sup> Este desequilibrio se hace más evidente al comprobar que las dos cavidades, Covarrubias y Cerro Uciel, se encuentran en Soria, en el mismo límite de la zona nuclear, y dos de los asentamientos en llano, Torrollón II y Tozal del Burgo, se sitúan en el extremo más alejado de Aragón, bastante desconectados, tanto tipológicamente como, en el segundo caso, cronológica y culturalmente, de la tradición meseteña. Por lo tanto, se puede decir que la influencia de Cogotas I tiene lugar sobre yacimientos situados en altura, probablemente por ser este tipo de emplazamiento el característico de los sistemas de poblamiento de la región. La ubicación defensiva no se presenta en todos los lugares con las mismas características, aunque en este caso se prefieren, por lo general, cerros o cabezos aislados, con pendiente más o menos pronunciadas en todas las direcciones, frente a los cortados sobre el valle de los ríos (La Muela de Galve y Virgen de Cigüela de Torralba). También existen diferencias en cuanto a su tamaño y desnivel respecto al terreno circundante, destacando en este sentido la impresionante atalaya natural de El Castillejo de Lechago. En la mayoría de los casos presentan una superficie superior amesetada, a veces compartimentada por la existencia de relieves más altos utilizados como acrópolis (Piedra la Lanza). El carácter defensivo se ve, en ocasiones, acrecentado con estructuras artificiales como fosos (Piedra la

88 El 11,1% restante pertenece a aquellos hallazgos sin localización segura o desconocida.

Lanza) y posibles murallas (San Bartolomé), que, sin embargo, no podemos asegurar en qué momento fueron construidos. Desde estas posiciones privilegiadas se controlan tanto los campos de cultivo y pastizales, como las zonas de paso y trasiego comercial. Este tipo de poblamiento, donde predominan los lugares elevados, contrasta con lo que ocurre en la zona nuclear de Cogotas I, donde son mayoría las localizaciones en llano, sin ventajas naturales para la defensa y totalmente desprotegidos.

La estrategia en la ocupación del espacio en los yacimientos afectados, que no ha de verse separada de su marco cultural, presenta como característica fundamental la vinculación al cauce de los principales ríos de la región. Esta tendencia no es una novedad, puesto que mantiene la costumbre de la Edad del Bronce de Aragón, pero ha de ser vista como la evidencia de que los contactos con el grupo de la Meseta se producen a través de las vías naturales de comunicación que representan los valles fluviales.

Entre estos poblados, en la mayoría de los casos suficientemente distanciados entre sí, es difícil encontrar fenómenos de supeditación o subordinación; sin embargo, en ciertas zonas donde los documentos se concentran en pocos kilómetros (región bilbilitana y zona de Alcañiz), se podrían definir ocupaciones complementarias. En este sentido, es posible que en la Sierra de los Armantes, dada la diferente procedencia de los hallazgos de cerámicas de Cogotas I -Calatayud, Cementerio de los Moros y Virgen de Cigüela- exista un centro principal donde se desarrollen las actividades comunitarias y los intercambios comerciales a pequeña escala, mientras que el resto de las estaciones funcionaran como enclaves destinados a la explotación directa del terreno. La falta de intervenciones decisivas sobre estos lugares nos impide corroborar tal hipótesis, a la vez que dificulta la asignación de una u otra condición a los distintos yacimientos. Algo parecido pudo pasar también en el

sector del valle medio del río Mesa, en Guadalajara, donde el poblado de Taína, de escasa envergadura y situado en el llano, puede estar vinculado al de Cabeza del Molino, establecimiento cercano, de posición más destacada y con restos constructivos más importantes. En Alcañiz, la supeditación o relación entre los yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I no ha de considerarse en los mismos términos; de existir aquí fenómenos de este tipo han de ser puestos en relación con la dinámica general del poblamiento de la región. Sin embargo, en este proceso se pudieron ver envueltos los influjos de Cogotas I de Cabezo del Cuervo y Siriguarach, puesto que ambos se vienen tratando en la bibliografía como poblados que se suceden en el carácter de centro principal de la zona, a pesar de que pudieran haber convivido durante algún tiempo. Sería precisamente en el momento en el que llegan las influencias de la cultura material de Cogotas I a la región cuando se está produciendo el trasvase de “competencias” de uno a otro, razón por la cual se pueden observar cerámicas meseteñas en ambos establecimientos.

Por lo demás, Cogotas I no transforma el poblamiento existente antes de su llegada, ni siquiera en las zonas más próximas al área nuclear, por el contrario sus influjos se limitan a integrarse en los modelos tradicionales, sin aportar novedades en este particular.

Pocos son también los datos disponibles para abordar la estructura interna de los poblados sobre los que incide la tradición cerámica de Cogotas I, puesto que escasean las excavaciones sobre los mismos. Sin embargo, algunos datos constatados en superficie, que han sobrevivido a los intensos procesos erosivos, nos ilustran sobre este particular. En Cabeza del Molino, en sector más próximo a la zona nuclear, se reconocen los restos de una cabaña rectangular que aprovecha los afloramientos rocosos y levanta las paredes con entramados de barro y ramaje; unas características que acercan la construcción a las más



habituales de Cogotas I, una razón más para admitir, en este caso, que se trata de un enclave de comportamiento similar al de aquel grupo. También en Tajada Bajera pudo distinguir Ortego en 1951 huellas de cabañas, hoyos semicirculares y canales de desviación, aunque al presentar el cerro distintas ocupaciones no podemos asegurar que las estructuras pertenezcan al momento de la intrusión de especies meseteñas. Algo parecido ocurre con las casas detectadas en Mas del Hambre y Siriguarach, estas últimas asentadas en la terraza, de forma rectangular y con muros de piedra, donde la mayoría de los indicios apuntan a que pertenecen a la primera Edad del Hierro. En Cabezo del Cuervo se detectaron muros pertenecientes a cabañas que son primero rectangulares y luego circulares, las más antiguas de piedra y las más modernas realizadas a base de entramados de arcilla y barro, con postes encajados y sólo reforzados por algún mampuesto. En las últimas intervenciones sobre Cabezo Sellado se registraron también ruinas de muros y alineamientos de piedras que parecen ser los restos de cabañas de forma cuadrangular, junto a fragmentos de barro con improntas de cañas y ramajes que pudieron formar parte del alzado de las paredes, así como unas balsetas que posiblemente funcionaron como colectores de agua. Hemos de reconocer, sin embargo, que tampoco en estos dos últimos yacimientos tenemos la seguridad de que las muestras de arquitectura doméstica se relacionen con el momento concreto de la intrusión.

Más consistentes deben ser las evidencias arquitectónicas de Mina Real, en la capital zaragozana, donde parece ser se han recuperado cabañas y hogares, aunque los resultados de la excavación permanecen inéditos.

En líneas generales comprobamos que las estructuras ofrecen trazados rectos o curvos, y no son infrecuentes los entramados de ramajes y barro, lo que, en cierto modo, recuerda a las escasas estructuras constatadas en la Meseta. Interesante sería

comprobar, como es posible que así sea, si en Cabezo del Cuervo el abandono de las cabañas cuadrangulares de piedra por otras de planta circular y paredes de arcilla y barro coincide con la llegada de los influjos meseteños. Aunque este último fenómeno no tiene porqué ser el desencadenante de la transformación arquitectónica, nos topamos con una situación que se repite en otras áreas peninsulares, en la que la intrusión de Cogotas tiene éxito en momentos de “crisis” o cambio, quizás por ser estos los más permeables a las novedades.

En lo que se refiere a estructuras funerarias, como dijimos, sólo se ha constatado una construcción ciclópea en Bezas, compuesta por un gran bloque que cubre una grieta natural en la que se recuperaron restos humanos pertenecientes a una posible inhumación natural. No hay pruebas contundentes de que haya que vincular el enterramiento a Cogotas I, aunque algunas evidencias podrían abogar por esta solución (Esparza, 1990: 117). Sin embargo, de ser así, ante la inexistencia de soluciones funerarias similares en la Meseta, hemos de suponer que ésta responde a tradiciones locales que perduran en el substrato, o llegadas desde el Bronce Valenciano, donde los enterramientos en grietas de la roca son más habituales.

No encontramos tampoco establecimientos arqueológicos similares a los característicos “campos de hoyos” de Cogotas I. Ciertamente que la escasez de excavaciones sobre los yacimientos nos obliga a tratar el tema con cautela, pero consideramos que este rasgo es fundamental a la hora de considerar que la intrusión de Cogotas I en una gran parte de Aragón es únicamente material, sin que se produzcan fenómenos de aculturación en aspectos tan importantes como la economía y la organización del hábitat.

En definitiva, los rasgos de poblamiento y hábitat de los poblados de Aragón afectados por la intrusión de Cogotas I no desentonan del contexto

cultural en el que se inscriben y, lo que es más importante, muestran serias diferencias respecto a la Meseta. Existe en el Valle del Ebro una mayor tradición de hábitat estable encastillado, con lugares habitados desde antiguo y rasgos constructivos de mayor envergadura. A pesar de todo podría establecerse cierta distinción entre los lugares más cercanos a la zona nuclear -río Mesa-, donde existen ocupaciones simples con estructuras perecederas similares a las de la cuenca del Duero, y el interior de Aragón, donde la Edad del Bronce, en este sentido, sigue un curso independiente de la llegada o no de cerámicas de tipo Cogotas I.

*c. Características de la "intrusión" material: la cerámica.*

La intensidad de la influencia de Cogotas I en la región se mide, sobre todo, a través del criterio cerámico. Para ello habremos de atender a la mayor o menor presencia de ejemplares de tipo Cogotas I en cada yacimiento y al mayor o menor grado de acercamiento en el aspecto formal, decorativo y tecnológico. Sin duda, el diferente nivel de conocimiento de los distintos yacimientos afectados por la intrusión de Cogotas I, impide que el recurso de la cuantificación numérica sea especialmente indicativo. A pesar de ello, podemos decir que la mayoría de los ejemplos ofrece un número de piezas de tipo Cogotas medio o bajo. Además, salvo Tajada Bajera, los poblados con una relativamente alta representación de piezas se encuentran en el sector occidental de la región (caso de Covarrubias y Castilviejo en Soria, Cabeza del Molino y Piedra Cuatro Onzas en Guadalajara y Castillo de Alamantes en Zaragoza), es decir, en la zona más cercana a la Meseta; aspecto que, de momento, invita a diferenciar los territorios del Jalón de los del interior de la región.

En cuanto a la morfología nos encontramos en esta amplia región con tipos similares a los de Cogotas I, pero no sólo en los ejemplares decorados,

sino también en algunas especies lisas con acabado cuidado. En la mayoría de los yacimientos de los cuales disponemos de suficiente información aparecen los típicos cuencos y fuentes carenadas, con el borde de diferente disposición y cuerpo cuenqui-forme o troncocónico tan típicos de las distintas fases de Cogotas I en la zona nuclear. Estos ejemplares se reconocen en Cabeza del Molino, Piedra Cuatro Onzas, Calatayud, Cabezo del Cuervo, Cabezo Sellado, Siriguarach, Tajada Bajera, Piedra la Lanza y Alhama de Aragón. También se constatan otras formas que integran el repertorio tipológico de Cogotas I, como los cuencos troncocónicos, las botellas con asa o las ollas de suave perfil en "S" recuperadas en Cabeza del Molino y algunos perfiles bitroncocónicos de la Sierra de Almantas; sin embargo, estas últimas, se restringen sobre todo a la parte más cercana a la Meseta, marcando nuevamente la diferencia (ver Figs. 37 a 43).

Pero no todos los vasos que visten decoraciones con técnicas o motivos de Cogotas I ofrecen perfiles típicos de este grupo. En varias ocasiones ocurre que las vasijas ornadas de esta manera son completamente ajenas a la tradición de la Meseta y, por el contrario, encuentran paralelos en otros complejos materiales. Esto se observa con una claridad meridiana en el caso de la pequeña urna de borde exvasado y perfil bicónico de Tozal del Burgo (Fig. 43.4), que tipológicamente se adscribe a los Campos de Urnas antiguos de la región de los Monegros. A un recipiente similar podría pertenecer también uno de los fragmentos de Lechago (Fig. 40.5), a pesar de que su pequeño tamaño nos impide hacer una valoración más profunda. Como perfil curioso hemos de mencionar un cuello excesivamente desarrollado de Sierra de Almantas (Fig. 39.7), que nos recuerda a otro parecido de Peña del Recuenco.

No son muchos los ejemplares de los que disponemos para abordar un análisis completo de la decoración. Sin embargo, como en el resto de las

regiones, será este estudio el que nos ayude a diferenciar un mayor o menor acercamiento a Cogotas I de los distintos yacimientos y de las agrupaciones regionales. Por lo que se refiere a las técnicas decorativas existe una clara diversidad en su representación. En términos absolutos se observa un predominio de los yacimientos en los que hace acto de presencia el boquique (23), seguidos de aquellos con cerámicas incisas (16) y los que muestran excisión (12), mientras que las técnicas impresas sólo se presentan en ocho enclaves. En cuanto a la comparecencia conjunta de diferentes técnicas dentro de un mismo lugar, dado el valor diagnóstico para la cronología que ello puede suponer, comprobamos que sólo en Covarrubias de Ciria y Taína se encuentran aisladas las técnicas incisa e impresa, sin que aparezcan el boquique ni la excisión. Más habituales son los sitios en los que comparecen la impresión o la incisión y el boquique o la excisión, y destaca la conjunción de las cuatro técnicas en siete de los poblados. Respecto a este último dato, no deja de ser indicativo que en seis ocasiones se trate de lugares situados en el sector occidental del valle del Ebro, y más si aclaramos que en el restante, Cabezo del Cuervo, las distintas técnicas se encuentran todas en el mismo vaso.

Más indicativos en el estudio de la cerámica protagonista de la intrusión resultan, sin embargo, los motivos decorativos. En el sector occidental del territorio ahora estudiado los temas incisos de tipo Cogotas I más frecuentes, como en la Meseta, son las espigas, los zig-zags, las líneas cosidas, los triángulos rellenos de paralelas, los trazos oblicuos y verticales -enmarcados o no por paralelas-, la retícula oblicua, los grandes ángulos y los escaleriformes. Sin embargo estos motivos no se reparten por igual entre los yacimientos. Prácticamente todos ellos se encuentran presentes en Castilviejo (Fig. 37), donde además hacen gala de la más estricta tradición cogoteña; en el resto de los enclaves el motivo más repetido será el

zig-zag (Covarrubias, Alhama, Cabeza del Molino, Piedra Cuatro Onzas, Sierra de Almantas, Los Santos y Piedrahita) (Figs. 38.2; 39.3, 5, 7 y 9-11; 40.8), frente a la espiga, que sólo se refleja en Piedra Cuatro Onzas y, de forma peculiar, en Piedrahita, donde presenta un ángulo muy abierto (Fig. 40.9). La retícula y los cosidos se reproducen con bastante frecuencia (Covarrubias, Alhama, Cabeza del Molino, Taína, Piedra Cuatro Onzas y Calatayud) (Figs. 37.7; 38.1; 39.8).

La especial importancia del zig-zag y su capacidad para presentarse en diversas manifestaciones hacen de este motivo un elemento vital a la hora de establecer los vínculos culturales con la Meseta. Como en las tierras del Alto y Medio Ebro, encontramos en el Jalón algunos zig-zags de trazo irregular (Alhama de Aragón y Calatayud) (Figs. 38.2; 39.7), que aquí, sin embargo, retroceden en favor del zig-zag regular de trazo desconectado (Castilviejo y Calatayud) (Figs. 37.2, 4 y 5; 39.5). De la misma manera se observa aún alguno de esos motivos (Castilviejo y Covarrubias) consistentes en áreas angulares o triangulares rellenas de paralelas habituales de la región riojana y que parecen proceder del oriente de la Meseta. A partir de estos rasgos podemos relacionar, en cierta medida, el fenómeno de difusión de las cerámicas de Cogotas I al de los sectores alto y medio-alto del Ebro; sin embargo, la disminución evidente de los citados motivos y su comparecencia junto a otros pertenecientes a la más pura tradición de Cogotas I apuntan a que los contactos que se mantienen entre el grupo meseteño y el valle del Ebro a través del Jalón incorporan tradiciones menos marginales que, aunque provoquen una aculturación más esporádica y puntual, proceden de un ambiente menos envilecido por las tradiciones locales.

Los motivos impresos más significativos se mezclan y, a veces se confunden, con los incisos anteriormente citados. Por ejemplo, en muchas

ocasiones no somos capaces de distinguir si los trazos verticales de una línea cosida se realizan mediante aplicación de un instrumento o, por el contrario, a través del arrastre del mismo sobre la pasta. Por lo demás, el único tema impreso de valor tipológico en este caso son las áreas o líneas punteadas. Su presencia no es, sin embargo, muy abundante en el sector occidental, a pesar de lo cual encontramos amplias zonas angulares rellenas de puntos en Calatayud, Lechago y Piedrahita (Fig. 39.10; Fig. 40.4 y 13), alineaciones de puntos impresos en Piedra la Lanza y bandas de circulitos impresos, motivos que no son infrecuentes en Cogotas I. Dentro de las representaciones impresas tiene cabida una peculiar decoración de Piedra la Lanza, a base de sucesivas impresiones amigdaloides que, por su proximidad, provocan un efecto cercano al de "punto en raya" (Fig. 40.3).

Los motivos de boquique son en esta zona de zig-zag, más o menos amplio, en Cabeza del Molino y Piedrahita (Fig. 40.12), líneas paralelas onduladas en San Bartolomé (Fig. 40.6 y 7), típicas guirnaldas de distinta configuración, casi siempre colgando de líneas rectas, en Covarrubias, Alhama y Calatayud (Figs. 37.4 y 5; 38.1; 39.9), ajedrezado, círculos, zonas triangulares rellenas de paralelas (Fig. 39.2), así como líneas verticales u horizontales, a veces jalonadas por trazos incisos (Fig. 38.8).

La excisión, presente en un menor número de yacimientos, ofrece a su vez una reducida variedad tipológica en su repertorio, predominado los motivos más sencillos: triángulos simples o contrapuestos (Castilviejo, Calatayud, Los Santos y Piedra la Lanza) (Figs. 37.1, 2 y 4; 40.2) y ajedrezados cuadrangulares (Castilviejo, Calatayud y Piedrahita) (Figs. 37.9; 39.8; 40.14), además de goterones (Calatayud) (Fig. 39.10) y bandas de zig-zag enmarcadas por boquique (Piedrahita) (Fig. 40.13).

En el sector meridional de la sierra turolense encontramos representados motivos incisos de

espiga, zig-zag regular y de trazo desconectado, retícula oblicua, líneas jalonadas por trazos, guirnaldas y grandes ángulos en distintos fragmentos de Tajada Bajera, yacimiento en el que también se encuentran zonas triangulares rellenas de puntillado. El boquique aparece en este yacimiento y en La Muela de Galve en guirnaldas, o segmentos de éstas, en ángulos paralelos y en líneas de zig-zag; mientras que la excisión se utiliza en el primero de los sitios para confeccionar triángulos contrapuestos dejando una banda de zig-zag en medio, y en el segundo para formar un escaleriforme alterno. Tanto en el gran vaso de Tajada Bajera como en el pequeño fragmento de la Muela de Galve se compaginan los motivos incisos, excisos y de boquique, en el primero de ellos con soluciones bastante atípicas, como la disposición vertical de las bandas de triángulos excisos y de las de zig-zag, lo que nos aleja de la más pura tradición cogoteña, donde estos motivos raras veces adoptan esta solución (Fig. 41).

En el sector oriental (Figs. 42 y 43), amén de reducirse los yacimientos lo hacen también las piezas protagonistas de la intrusión meseteña, por lo menos las decoradas. Los motivos incisos son menos importantes, aunque se mantienen algunos zig-zags (Torrollón y Cabezo del Cuervo) de trazo continuo o desconectado, pero de aspecto regular, lo que les distancia de las realizaciones del alto y medio Ebro. Las zonas punteadas están presentes en Cabezo Sellado y en Cabezo del Cuervo, aquí en forma de bandas de zig-zag delimitado por boquique. Esta última técnica, que comparece en todos los yacimientos de este sector, se presenta además en guirnalda en Torrollón II, y en extrañas composiciones romboidales, bien dibujando el contorno o rellenando el interior, en Tozal del Burgo, comprobando en este último caso una total separación de cualquiera de los esquemas tradicionales de la Meseta. Los motivos excisos, por su parte, además de característicos reticulados como los de Torrollón,

adoptan esquemas también un tanto atípicos, como el que en Cabezo del Cuervo deja en resalte un amplio trazo quebrado, o las extrañas contraposiciones de zonas triangulares de Tozal del Burgo.

Un aspecto a destacar, tanto en esta zona, como en la serranía meridional, es la coexistencia de diferentes técnicas y motivos decorativos en un mismo vaso, lo que creemos tiene cierto valor diagnóstico y apunta a una cronología avanzada de los contactos con la Meseta, pues es en estas fases cuando en Cogotas I se adoptan estas soluciones. También hemos de fijar especial atención en aquellos motivos más viciados y desconectados de los modelos originales, a pesar de mantener ciertas relaciones en función de la utilización de unas determinadas técnicas decorativas. Estos ejemplos nos llevan a colegir un claro alejamiento del grupo nuclear de Cogotas I que, en ocasiones no es sólo geográfico y material, sino también cronológico.

La posición de los motivos decorativos descritos y las composiciones o diseños ornamentales confeccionados a partir de los mismos también nos ayudan a establecer la fuerza de los lazos culturales y la importancia de la aculturación material sufrida por estas tierras. La ubicación de las decoraciones es la misma que la observada en la Meseta central, sobre todo cuando el contenedor adopta un perfil carenado y troncocónico. Cuando se trata de motivos sencillos, de líneas simples o dobles, se asientan en el interior del borde, bajo este y sobre la carena, apareciendo sólo en contados casos una disposición radial (Fig. 39.3, 5 y 7). Cuando los motivos se complican más y se empiezan a combinar diferentes técnicas, la decoración tiende a afectar a todo el cuerpo superior del vaso y a la parte más visible de la inferior. En este sentido, destacan vasos como el de Tajada Bajera, donde la decoración rellena prácticamente toda su superficie. Los esquemas compositivos reconocidos, a pesar de la elevada fragmentación de la mayoría de las piezas protagonistas, son también variados, y es aquí donde

más y mejor se marcan las semejanzas y diferencias respecto al área nuclear. Las más sencillas consisten en bandas simples o dobles horizontales, sobre todo de zig-zag, en el borde y la carena, y en amplios frisos metopados sobre el cuerpo superior de las fuentes carenadas, donde alternan las zonas lisas con las decoradas. Son decoraciones preferentemente incisas que a veces invaden una mayor parte del vaso combinándose con amplios trazos angulares o con zonas punteadas. Cuando los temas decorativos se complican, apareciendo las técnicas de boquique y excisión, los esquemas también se hacen más complejos. Las creaciones más sencillas con boquique suelen ser los escaleriformes y la combinación de varias guirnaldas en disposición paralela y colgando de líneas horizontales (Fig. 39.9); aquellas pueden ser de distintos tamaños, combinarse con tramos rectos e, incluso, estar fragmentadas. La asociación de diferentes técnicas y motivos es la que proporciona las creaciones más peculiares. Destacan en este sentido algunas piezas de Calatayud (Fig. 39.8) y El Castillo de Piedrahita (Fig. 40.13), el vaso de Cabezo del Cuervo (Fig. 42.3) y el fragmento de La Muela de Galve (Fig. 41.3). En todos ellos se mezclan excisión y boquique, a veces con incisión y áreas puntilladas, pero sin que el resultado final sea excesivamente barroco y dentro de la línea clásica de la zona nuclear. Ejemplos mucho más elaborados son los del gran vaso de Tajada Bajera y los fragmentos de Tozal del Burgo. En el primero de los casos (Fig. 41.2) los diferentes motivos, fundamentalmente boquique y excisión, se reparten en una gran banda dividida en metopas rectangulares de distinta anchura; no podemos decir que la composición sea completamente ajena a Cogotas I, puesto que encuentra paralelos en algunos motivos de El Berrueco o Sanchorreja (Maluquer 1958a: fig. 18; 1958b: fig. 11), pero el amplio desarrollo de las decoraciones, la continua variación de los motivos -en la Meseta se produce alternancia en composiciones de este tipo pero con menos variables-

y la tendencia vertical de las metopas, nos obligan a reconocer un especial particularismo para esta impresionante pieza que, dentro de la tradición de Cogotas I, debe ser la obra de un esmerado y creativo artista. Distintas son las apreciaciones que se pueden hacer sobre los barro decorados de Tozal del Burgo (Fig. 43.4-6), donde los motivos se combinan con engranajes completamente ajenos a los modelos meseteños.

En definitiva, gracias a la decoración se puede observar también un mayor acercamiento a Cogotas I de las intrusiones del sector occidental, sobre todo del curso del Jalón y del Mesa, y de la mayor parte de las piezas de Tajada Bajera -salvo el gran vaso exciso-, lugares en los que técnicas, motivos y composiciones presentan mayores similitudes. Por el contrario, a medida que nos alejamos de la cuenca del Duero, encontramos una ornamentación más descuidada y desvinculada de la norma meseteña; se siguen utilizando las mismas técnicas, pero aparecen motivos poco usuales y, sobre todo, composiciones completamente ajenas. Nuevas pruebas, en definitiva, de una difuminación de las influencias en relación directamente proporcional a la distancia respecto del “área nuclear”.

Para terminar con el estudio de la cerámica afectada por la tradición meseteña hemos de referirnos al aspecto tecnológico, a través de las características de su fabricación, de los componentes de las arcillas, o del tratamiento exterior, con el fin de averiguar si son de origen local o alóctono. La información disponible para enfrentarse a esta tarea es realmente escueta,<sup>89</sup> puesto que sólo en Cabezo Sellado se han realizado análisis químicos con este objetivo. El resto de las apreciaciones, con la carga de provisionalidad que ello supone, se desprenden de las

descripciones hechas sobre el aspecto de las cerámicas. Según éste criterio, parece que la mayoría de los hallazgos cerámicos encontrados en cada estación presenta componentes autóctonos y que, por lo tanto, son de origen local, puesto que se mencionan características similares para las pastas de piezas decoradas con motivos meseteños y para las del contexto. En otras ocasiones, por el contrario, se coincide en afirmar que las piezas decoradas al estilo de Cogotas I e, incluso, algunas fuentes carenadas lisas de la misma órbita, se confeccionan con arcillas especialmente depuradas y ostentan tratamientos particulares -bruñidos-, que pueden contrastar con el resto de la producción.<sup>90</sup> Sin embargo, tal circunstancia o diferenciación interna de la alfarería creemos se debe más a la consideración de estos vasos como una producción especializada, “de lujo” o “de mesa”, que a la posibilidad de que los ejemplares más vistosos sean importados y tengan una procedencia lejana.

Algunos análisis de laboratorio confirman, en contra de lo expuesto, la existencia de piezas cerámicas con una composición diferente a la del resto. En Cabezo Sellado los análisis realizados por la Dra. M. D. Gallart indican una clara dicotomía entre el conjunto mayoritario, de fabricación local, y las cerámicas decoradas con técnica de boquique, de composición radicalmente distinta y ajena a los materiales del entorno (Andrés, 1990: 92). En función de este dato, que por otra parte no deja de ser aislado, podríamos dejarnos llevar y concluir que los productos de tipo Cogotas I del yacimiento habían llegado directamente de la zona nuclear; pero si recapacitamos sobre el particular comprendemos que, a pesar de los resultados, no hay nada que indique que sea precisamente aquella la procedencia de los ejemplares. En realidad podrían haber llegado

---

89 En este sentido nos vemos obligados a recordar la noticia lanzada por Martín Bueno (1980: 9-11) sobre la confección a torno de las cerámicas del tipo que aquí nos ocupa en Sierra de Almantos, una tecnología que consideramos muy poco probable para ejemplares de cronología tan antigua.

90 Esto ocurre por lo menos en Tajada Bajera, La Muela de Galve, Cabezo del Cuervo y Cabezo Sellado.

de cualquier sitio, más o menos cercano, donde la tradición de Cogotas estuviera más arraigada, o incluso que el artesano, requerido para confeccionar un producto especial, recabara la arcilla en un venero relativamente alejado del poblado.

En conclusión, y a pesar de que los únicos análisis de laboratorio llevados a cabo confirman el carácter alóctono de las cerámicas de tipo Cogotas I, creemos que la característica general es la confección local de este tipo de piezas, que serían elaboradas en el mismo yacimiento copiando algunos pocos ejemplares llegados de fuera o, simplemente, adoptando una moda ajena conocida por otros mecanismos de contacto cultural.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

El establecimiento de las fechas en las cuales tiene lugar la irrupción de las cerámicas de tipo Cogotas I en los contextos culturales de la región del Jalón y del interior de Aragón se basa, nuevamente, en el compendio de la utilización de diferentes criterios: estratigrafía, cronología absoluta, seriación tipológica de las mismas cerámicas protagonistas y asociaciones significativas.

La escasez de excavaciones provoca, inevitablemente, la carencia de estratigrafías; en realidad, no podemos hablar de cerámicas de estilo meseteño claramente relacionadas con niveles ordenados de ocupación en ninguno de los casos de estas regiones. Las intervenciones realizadas en Covarrubias, Castilviejo de Yuba y Tajada Bajera por Ortego a mediados de siglo son demasiado antiguas y carecen de datos estratigráficos significativos, mientras que otras más modernas o no están publicadas (Mina Real) o proporcionan los ejemplares meseteños en el nivel superficial (Cabezo Sellado), que probablemente se encuentre revuelto. Ante semejante panorama, sólo podemos apuntar que es posible que en el último de los lugares mencionados la intrusión se produzca en un momento posterior a los niveles del Bronce Medio.

Precaria es también la información que podemos obtener de la cronología absoluta. Sólo dos enclaves -Cabezo Sellado y Cabezo del Cuervo- se ven beneficiados por los análisis de C-14, a pesar de lo cual, no podemos decir lo mismo de las cerámicas de estilo cogoteño allí encontradas, puesto que en ningún caso éstas se encuentran en los estratos datados por el laboratorio. En el primero contamos con varias fechas, entre las que podemos destacar una de 1155 ±35 a.C. (Benavente, 1992-93: 113) procedente del nivel previo al que ofrece las cerámicas de boquique, por lo que podría considerarse como fecha *post quem* para la introducción de este tipo de especies. Por su parte, la serie cronológica ofrecida por el laboratorio para la excavación de Vicente en Cabezo del Cuervo ofrece las siguientes fechas: 1500 ±90, 1470 ±90, 1460 ±90, 1390 ±130, 1390 ±90, 1370 ±90, 1280 ±80 y 1270 ±90 (Benavente, 1987: 33; González, Sánchez y Villafranca, 1991: 368-369); aunque ninguna de ellas se puede relacionar directamente con las cerámicas de tipo Cogotas I, es posible que las más recientes tengan también un valor aproximativo.

Ante la escasez de los datos estratigráficos y radiométricos, la tipología adquiere aún mayor relevancia a la hora de encuadrar la cronología del proceso en las tierras aragonesas. Pero también aquí nos encontramos con el grave problema, que se va acrecentando a medida que nos alejamos de la región nuclear, de la escasez y fragmentación de las piezas afectadas, que implica un escaso margen para la deducción cronotipológica. A pesar de todo y siguiendo las características estilísticas de las distintas fases de Cogotas I, creemos que las intrusiones pertenecientes a la primera fase del desarrollo del grupo (Protocogotas: c. 1500-1200 a.C.) son muy escasas, puesto que conjuntos de piezas en las que únicamente hagan acto de presencia las decoraciones incisas e impresas, con motivos simples de zig-zag, espiga o cosidos bajo el borde o sobre la carena, sólo



aparecen en Covarrubias de Ciria y, posiblemente también, en Castilviejo de Yuba y Sierra de Almantes de Calatayud, aunque en estos dos últimos sólo parcialmente. El momento de plenitud del grupo (c.1200-1000 a.C.), con temas decorativos en los que se incluye el boquique y las zonas punteadas, así como, en motivos sencillos, la excisión, creemos se encuentra representado en la mayoría de las intrusiones de las que conocemos los materiales: Castilviejo, Alhama, Calatayud, Piedra la Lanza, El Castillejo de Lechago, San Bartolomé, la mayor parte de las piezas de Tajada Bajera, Cabezo del Cuervo, Torrollón II y, probablemente, la Muela de Galve. La fase más avanzada, más difícil de identificar al contar con tan escaso muestreo cerámico por yacimiento, es posible se vea representada en el gran vaso con decoración de boquique y excisa de Tajada Bajera y en las producciones de Cabeza del Molino, Piedra Cuatro Onzas y Piedrahita. Por lo demás, otros esquemas decorativos atípicos como el de Tozal del Burgo apuntan mejor a una pervivencia de las técnicas decorativas de Cogotas I dentro de contextos culturales de Campos de Urnas.

La conclusión más evidente de este análisis es la exclusiva presencia de intrusiones en la fase temprana en las tierras más cercanas a la Meseta, que además son muy reducidas. Por lo demás, se observa un predominio de la fase de plenitud, como viene siendo habitual, pero también una considerable representación de la fase más avanzada, documentada al menos en seis enclaves.

El último de los criterios utilizados para el establecimiento de la cronología de la intrusión de Cogotas I en estas tierras son los elementos asociados. Para este fin hemos de reconocer la ineficacia de la mayoría de los contextos materiales de los yacimientos afectados. En primer lugar por la ausencia de una asociación clara con las cerámicas de tipo Cogotas I, y en segundo por la propia indefinición cronológica de los mismos. En varias ocasiones, aquellos se relacionan con el Bronce Valenciano (Cabezo del Cuervo,

Cabezo Sellado, Tajada Bajera), mientras que en otras se aprecia un panorama propio de los primeros Campos de Urnas (Muela de Galve, Mas del Hambre, Tozal del Burgo, Tajada Bajera), y en ningún caso podemos afirmar que sea una u otra la única ocupación. En estos yacimientos también se encuentran algunos posibles “fósiles guía”, como son por ejemplo la asas de apéndice de botón de Cabezo Sellado, Cabezo del Cuervo y Siriguarach, que se fechan entre el Bronce Medio y Final en la zona catalana; pero de igual manera no pueden utilizarse como elementos cronológicos para encuadrar las piezas de tipología meseteña, puesto que tampoco en este caso unos y otros objetos se encuentran asociados.

A pesar de todos los obstáculos encontrados a la hora de buscar un marco cronológico a la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en Aragón, y después de reunir y comparar los datos disponible, hemos llegado a las siguientes conclusiones:

- Se trata de un fenómeno más bien tardío en comparación con los territorios del Alto y Medio-Alto Ebro, puesto que escasean las intrusiones pertenecientes a los primeros momentos (1500-1200 a.C.).
- Los poblados afectados por estos primeros contactos se concentran en la parte más accidental de la región, cerca del “área nuclear”, por lo que podemos decir que, en cierta medida, el avance de los influjos por la región es directamente proporcional al tiempo transcurrido desde el inicio del desarrollo del grupo.
- Existe un predominio de las inclusiones cerámicas en la fase de plenitud de Cogotas I (1200-1000 a.C.).
- Se produce una relativa importancia de las intrusiones en la fase avanzada del grupo y una perduración de elementos técnicos dentro de contextos culturales de Campos de Urnas (1000-850 a.C.).

En los momentos más avanzados varios autores apuntan para toda la región, desde el Bajo Aragón hasta Soria, la posibilidad de contactos entre grupos finales o residuales de Cogotas I y de Campos de Urnas (Ruiz Zapatero, 1984; Jimeno y Fernández, 1985; Maya, 1986: 112; Álvarez, 1990). En el interior de Aragón esta posibilidad sería mayor si atendemos al hecho de que recibe con antelación los influjos del Noreste, pero también se reduce ante la circunstancia de que las intrusiones de tipo Cogotas I son muy puntuales. Las primeras manifestaciones de Campos de Urnas en el Bajo Aragón, posiblemente tan minoritarias como las de Cogotas I, se fechan en el siglo XI a.C., o por lo menos a finales del mismo (Álvarez García, 1990: 102-104; Burillo, 1992) -dentro de los denominados Campos de Urnas Antiguos (1100-950/900 a.C.)- del Bajo Aragón,<sup>91</sup> y se caracterizan por la presencia de cerámicas acanaladas. Su cronología haría de ellos contemporáneos de la última fase de Cogotas I. Por esta razón no puede sorprendernos que desde finales del siglo XI hasta mediado el IX a.C., e incluso con posterioridad, algunos elementos de Campos de Urnas se mezclen con ciertos influjos meseteños o con perduraciones cerámicas heredadas de aquellos en el Bajo Aragón y los Monegros, como parece corroborar la urna bicónica decorada con excisión y boquique de Tozal del Burgo.

A pesar de todo, dado el carácter esporádico tanto de la influencia meseteña como de Campos de Urnas en esta región y en esta época, cabe pensar en que los elementos culturales, salvo contados casos de hibridación decorativa como el descrito, no se mezclaron de forma importante y que el intercambio cultural de fondo no llegó a producirse. La verdadera fusión de elementos materiales, sociales y económicos, se lleva a cabo entre una tradición local, muy poco afectada por Cogotas I, y las nuevas tendencias

impuestas por los grupos de incineradores del Noreste, cuya penetración, al final, termina siendo mucho más trascendente que la del grupo meseteño.

Esta atenuada convivencia entre Campos de Urnas Antiguos y Cogotas I no parece producirse, sin embargo, en el sector occidental de la región -cuenca del Jalón y Alto Huerva-, donde aquellos sólo se manifiestan en su fase Reciente -entre 800 y 650 a.C.- (Ruiz Zapatero, 1995: 31), cuando el horizonte de Cogotas I se ha desarticulado por completo. Tampoco aquí, a pesar de encontrar poblados que ofrecen cerámicas de ambos tipos (Castilviejo de Yuba), se conocen asociaciones estratigráficas claras entre ambas, por lo que, a la luz de los datos actuales no se puede hablar de una probada coincidencia de tradiciones.

En definitiva, el marco cronológico para la intrusión meseteña en este amplio territorio abarcaría los momentos finales del Bronce Medio, pero sólo en la zona occidental, y el Bronce Final hasta la aparición de los Campos de Urnas, conviviendo con las primeras manifestaciones de estos últimos sólo en el sector más oriental.

#### *e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

Las características principales de la cultura material predominante en los distintos poblados varía en función de la zona investigada y de la cronología. En el sector occidental, cerca de la Meseta, abundan los contextos típicos de Cogotas I, es decir, conjuntos arqueológicos similares o muy parecidos a los existentes en el área nuclear. Esto podemos decir que ocurre en algunos poblados de los cursos altos del Mesa y del Jalón, como Cabeza del Molino y Piedra Cuatro Onzas, donde encontramos entre la cerámica lisa cuencos de borde entrante o carenados de fondo plano o umbilicado, así como

91 La fecha más antigua de Campos de Urnas en este territorio es la de 1030 a.C. ofrecida por el nivel III de Palermo.

vasijas globulares de borde exvasado, y entre la cerámica grosera vasos ovoides con mamelones y digitaciones. En otros poblados de Jalón, posiblemente en alguno de los situados cerca de Calatayud, se puede dar una situación parecida, pero la falta de prospecciones sistemáticas o excavaciones nos impide una mayor precisión en la definición del marco cultural en el que se incluyen.

A medida que nos alejamos de la cuenca del Duero el ambiente cultural se ve claramente transformado y el substrato sobre el que se presentan las especies de tradición meseteña se aleja más de las características del grupo de Cogotas I. En el Jiloca y Alto Huerva las cerámicas que encontramos y que forman el contingente que podríamos llamar “indígena” se caracterizan por una deficiente calidad, arcillas groseras en las que abundan los desgrasantes, y acabados poco cuidados. Las formas son variadas, destacando entre ellas cuencos y platos abiertos, grandes vasijas globulares sin cuello o con cuellos de desarrollo vertical, bordes biselados y ligeramente abiertos y fondos planos y espesos con talón marcado y pies anulares. Los bordes pueden llevar decoraciones impresas, desplazadas hacia el interior del labio. La decoración plástica, fundamentalmente cordones, es muy abundante, soportando distintos tipos de impresiones que a veces forman motivos geométricos. Con cierta frecuencia los cordones forman superficies abigarradas que pueden cubrir buena parte del cuerpo de la vasija. Existiría, por lo tanto, en el sector occidental del valle del Ebro, en torno a la rama interna del Sistema Ibérico, un Bronce Final local, que se prolongaría en el Hierro I, donde las aportaciones alóctonas no serían más que ocasionales (Picazo, 1990).

Para el sector oriental, entre 1300/1250 y 1100 a.C., es decir, antes de la llegada de los Campos de Urnas y mientras se producen las intrusiones de Cogotas I, algunos autores mencionan la existencia de un Bronce Regional (Eiroa,

1985: 111) u *Horizonte Sancharancón*, definido a partir de una serie de asentamientos del Bajo Aragón y alrededores de Caspe (Zaragoza). En este área sí se han observado algunas transformaciones tanto en la cultura material -cerámica- (Picazo, 1993a), como en los patrones de poblamiento (Picazo, 1990). En el primer aspecto este horizonte se vería definido por la influencia del Bronce Valenciano, manifestada a través de la presencia de cuencos carenados de borde vuelto, vasos perforados de tipo colador y una alta proporción de dientes de hoz, y por la inclusión de las cerámicas de tradición meseteña. Por lo demás, nos encontramos con unos materiales que han sufrido escasa evolución dentro de la Edad del Bronce, con perfiles ovoides y decoraciones plásticas (bordes digitados, cordones sogueados y algunas decoraciones a peine), así como sistemas de prensión a base de asas cilíndricas o perforadas y pezones. También se incluyen en este contexto cultural algunas influencias que proceden del norte, como las asas de apéndice de botón que tienen su origen en la cultura poladiense.

En definitiva, se documentan, salvo quizás en la rama interna del Sistema Ibérico -donde los contextos se podrían identificar con los de Cogotas I-, horizontes materiales indígenas más o menos mixtificadas, pero con personalidad propia, producto de la herencia cultural de la zona, que nos obligan a pensar en las cerámicas de tipo meseteño como meros testimonios de carácter exótico que encuentran diferentes grados de aceptación entre las comunidades locales.

## 5. Conclusiones.

En primer lugar, observamos una característica que empieza a ser común a todas las regiones de expansión, la vinculación de los poblados afectados por la intrusión de Cogotas I a la red fluvial, revelando un aspecto que se evidencia con bastante claridad también en la cuenca del Duero. Sin

embargo, al contrario que en aquella, el tipo de emplazamiento elegido aquí es predominantemente defensivo, encaramado sobre elevados cerros con buenas condiciones para el control visual; de acuerdo con el tipo de poblamiento que caracteriza la Edad del Bronce local.

Cierto que se viene hablando, poco a poco y sin confirmación definitiva, de una hipotética regresión general del poblamiento a finales del Bronce Pleno, que coincidiría con la presencia de las especies meseteñas y que se vería acompañada de transformaciones en las características constructivas de los hábitats (uso de materiales endebles); sin embargo, no se conocen datos suficientes -sólo algunas menciones en el caso de Cabezo del Cuervo-, ni se puede asegurar que ambos procesos, la presencia de tuestos de tipo cogoteño y el retroceso en los sistemas constructivos, estén emparentados ni, mucho menos, que exista una relación de causa efecto entre uno y otro. Por otro lado creemos que existe en Aragón una infraestructura habitacional heredada de un poblamiento que, según todos los indicios, comenzó a estabilizarse en el Bronce Antiguo, y que se mantiene en estos momentos, como prueba la documentación de intrusiones cogoteñas en establecimientos con ocupaciones continuadas; un aspecto que marcaría claras diferencias respecto a la Meseta, donde los poblados estables no parecen generalizarse, salvo honrosas excepciones, hasta momentos posteriores a Cogotas I.

Por lo demás, para el resto de los aspectos involucrados en el proceso de difusión de las cerámicas de Cogotas I hemos de retomar la división en dos zonas que establecimos en el inventario de yacimientos. Por un lado reconocemos un sector occidental, más cercano a la zona nuclear de Cogotas I, que incluiría fundamentalmente la cuenca del Jalón y podría ampliarse hasta el alto Huerva; y por otro agrupamos las evidencias más interiores de la zona meridional y oriental de la región.

Las diferencias en las relaciones mantenidas con la Meseta se muestran desde momentos previos a Cogotas I. Ya durante el campaniforme y el Bronce Pleno, mientras en la zona del Jalón se asiste a una evolución paralela a la del reborde castellano del Sistema Ibérico, en la zona del interior se desarrollan facies locales más vinculadas con el Bronce Valenciano. Una doble corriente que llega a fundirse, en cierto modo, en la zona del Jiloca, donde las características en estos momentos apuntan en ambas direcciones.

En cuanto a la propia presencia de vasos de tipo Cogotas I, en la zona occidental encontramos un cierto número de hallazgos en los que los ejemplares son relativamente numerosos y el grado de acercamiento a los de la zona nuclear, en el aspecto formal y decorativo, muy elevado. En ocasiones se trata incluso de auténticas poblaciones de Cogotas I instaladas en territorios marginales de su "área nuclear", como puede ocurrir en el Jalón hasta Calatayud, y en el Alto Mesa. Sin embargo, ya el Jiloca y el Alto Huerva parecen ser espacios de transición donde encontramos poblados parecidos a los del Jalón, como El Castillo de Piedrahita, y otros en los que la influencia de Cogotas I sólo se deja sentir de manera débil a través de decoraciones que reinterpretan las técnicas y motivos decorativos del grupo de la Meseta, como es el caso de Piedra Lanza y su vaso carenado con dos líneas de "pseudoboquique". En el sector interior de Aragón, la tendencia va a marcar un claro distanciamiento respecto a la Meseta, pero no siempre en el grado de fidelidad -como demuestra el vaso de Cabezo del Cuervo-, aunque sí en el número de especies afectadas, que ahora suelen aparecer en número reducido y formando parte de un contexto claramente indígenas. Se trata ya de claras intrusiones foráneas que incluso, a juzgar por los análisis realizados en Cabezo Sellado, pudieran ser auténticas importaciones. El mayor nivel de alejamiento respecto a las

especies del área nuclear se produce en los ejemplares de Tozal del Burgo, donde los vasos protagonistas de la intrusión, además de no suponer un número importante de piezas, muestran una tipología formal y unos motivos decorativos totalmente desconectados de la tradición de Cogotas.

En cuanto a la cronología parece no haber duda de que sólo podemos vincular intrusiones tempranas a la zona más occidental, en contacto con la cuenca del Duero -por lo menos la tipología de los hallazgos así parece avalarlo-, mientras que en el sector interior la mayoría de las intrusiones parecen pertenecer a la fase de plenitud de Cogotas I y sólo algunas a un momento avanzado, en el cual pueden llegar también a convivir con los primeros influjos de Campos de Urnas.

En líneas generales no podemos hablar de una “expansión” de Cogotas I hacia estos sectores del Valle del Ebro, puesto que no parecen transferirse más que algunos presupuestos de tipo material, en concreto la cerámica, mientras que el resto de los aspectos culturales se mantiene una evolución independiente de la Meseta. Sin embargo, volvemos aquí a diferenciar las tierras más cercanas a la cuenca del Duero del resto del territorio. En efecto, en la cuenca del Jalón y alto Huerva, sobre todo en los tramos altos del primer río y del Mesa, nos atrevemos a plantear la existencia de un espacio que está culturalmente vinculado al sector oriental de la Meseta desde la fase campaniforme y durante el Bronce Pleno. Con la llegada de Cogotas I, ambas vertientes del Sistema Ibérico se ven igualmente afectadas; pudiendo hablar de auténticos enclaves del grupo meseteño -lo son, por lo menos Covarrubias, los del Alto Jalón y los del Mesa- y, de una auténtica “expansión” de Cogotas I, que, a pesar de todo, no lograría apagar las tradiciones locales.

Una situación especial podría producirse también en Tajada de Bezas, donde el conjunto cerámico de tipo meseteño es considerable,

situación que podría explicarse volviendo la mirada a los grupos altamente influenciados por Cogotas I que se instalan en la Submeseta Sur, en concreto en la serranía de Cuenca.

En el resto del territorio, desde el Jiloca al curso bajo del Guadalope, hemos de admitir claramente que Cogotas I sólo está presente a través de ciertas especies cerámicas, normalmente fuentes carenadas -aunque se muestran también otros tipos-, decoradas con ciertos motivos y técnicas que recuerdan, en mayor o menor medida según los casos, a las que caracterizan el grupo en la Meseta. Esta alfarería, numéricamente escasa, se incluye dentro de conjuntos materiales de tradición local, ajenos al grupo foráneo, por lo que han de ser consideradas un añadido exótico. No implican transformaciones en otros aspectos socioeconómicos y no pueden, por lo tanto, definir por sí solas ninguna fase dentro de la sistematización local de la Edad del Bronce.

En la mayoría de los casos, incluso en aquellos tratados en primer lugar, creemos que las piezas que provocan nuestro estudio son de fabricación local, es decir, que no proceden de transacciones comerciales -importación-. Las características particulares de varios motivos decorativos y peculiares formas de realización de las técnicas nos inclinan a pensar en alfareros que viven en el propio poblado y que ornamentan una parte de su producción en función de la llegada de una moda decorativa novedosa, la cual reinterpretan en muchas ocasiones, consiguiendo un auténtico ejemplo de sincretismo cultural.

En definitiva el proceso de difusión de Cogotas I en este amplio territorio, como se ha visto a lo largo de este estudio, se caracteriza sobre todo por una gradación de la intensidad desde las tierras más occidentales, y por lo tanto más próximas a la Meseta, hasta el sector oriental o interior.

## ■ LA SUBMESETA SUR

En primer lugar hay que prevenir sobre la segmentación a la que, un tanto arbitrariamente, hemos condenado a la Submeseta Sur. En nuestro estudio, el sector septentrional de la misma, concretamente la red hidrográfica del Henares-Manzanares-Jarama y las estribaciones del Sistema Central desde Sierra Ministra hasta Guadarrama, quedan integrados en la denominada “zona nuclear” de Cogotas I, mientras que el resto constituye una de las “regiones de expansión”. Ciertamente es, sin embargo, que todo el sector del Tajo Medio toledano e, incluso, la región noroeste de Cuenca, se incluyen, a su vez, en lo que hemos llamado “zona de contacto”; y que, por lo menos en el primero de los casos, la abundante localización de enclaves de signo Cogotas en los últimos años puede desembocar en el futuro en la inclusión del mismo dentro del grupo principal. Por el momento, siguiendo algunas de las escasas pistas dadas a conocer, hemos preferido mantener esta separación. Diferentes son los casos de Ciudad Real y Albacete, donde la dispersión y escasez de manifestaciones indican con pocas dudas que se trata de un fenómeno intrusivo.

Por lo tanto nos ocupamos aquí de las provincias de Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete, unos espacios geográficos que, a menor escala, presentarán diferencias en la definición del Bronce Final y, sobre todo, en las características de la intrusión de Cogotas I. Su carácter homogéneo le viene otorgado por la aparente unidad a la que todo el territorio se ve sometido durante el Bronce Pleno, conocido aquí como Bronce de la Mancha.

### 1. Estado de la Investigación.

Los estudios sobre la Edad del Bronce en la región adolecen de una escasa profundidad y suelen ser proclives a la extrapolación para todo el territorio de datos bien documentados sólo en ciertos

sectores del mismo. En este sentido, vemos como la presencia de Cogotas I en la Submeseta Sur se vincula directamente a la que se produce en Madrid y Guadalajara, con el consiguiente peligro de considerar igualmente afectadas por este grupo a zonas del alto Tajo y de la llanura albaceteña.

La existencia de cerámicas de tipo Cogotas I más al sur del grupo madrileño se conoce ya en 1977, cuando Almagro-Gorbea (1977: fig. 52) incluye Pantoja en su mapa de dispersión de las especies de boquique. En posteriores publicaciones se menciona su presencia en lugares como Mora, Mocejón, Malagón o Alcázar de San Juan (Nájera y Molina, 1977: 279; Fernández-Posse, 1982: fig. 4), yacimientos que se repetirán en los mapas confeccionados posteriormente (Fernández Manzano, 1985: 70-71). Sin embargo, en estos primeros estudios no se hace ninguna referencia clara ni a las características de los poblados ni a la definición de los materiales.

En la actualidad, tras la realización de reuniones científicas como el *I<sup>er</sup> Congreso de Arqueología de Castilla-La Mancha* en 1986, el *I<sup>er</sup> Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo* en 1987, la *Reunión sobre Paleoeconomía de la Península Ibérica* en 1989 y el *Simposio de La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha* en 1990, así como tras la publicación de trabajos específicos sobre yacimientos concretos, se cuenta con un nivel de información en cierto modo aceptable, y se empieza a tener un *corpus* susceptible de análisis que ha llevado a los investigadores de la región a definir un Bronce de la Mancha diferenciado en distintas facies regionales. Al mismo tiempo, hemos visto aumentar de forma considerable las estaciones afectadas por Cogotas I, aunque su conocimiento sigue siendo muy parcial.

A pesar de todo, seguimos sufriendo el inconveniente de enfrentarnos, en la mayoría de las ocasiones, a materiales recuperados en superficie o procedentes de contextos alterados. Únicamente

disponemos de equipos cerámicos de Cogotas I claramente estratificados en Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo (Cuenca) y, posiblemente, en el Cerro del Bu (Toledo), aunque este último caso está pendiente de una publicación definitiva. Ante este panorama, las apreciaciones que sobre el fenómeno de Cogotas I en la región se hagan siempre estarán sujetas a susceptibles variaciones.

En cuanto a los poblados involucrados en el proceso de influencia de Cogotas I nos vamos a encontrar con una dilatada gradación y con grandes diferencias que van desde manifestaciones similares a las del grupo nuclear, tanto en el aspecto material como en el socioeconómico, hasta simples intrusiones cerámicas del mismo tipo que las vividas en lugares tan alejados como las tierras valencianas o en algunos poblados andaluces. Hemos recogido un total de 28 noticias sobre la aparición de cerámicas o poblados de tipo Cogotas I en estas tierras, un número muy abultado en comparación con el de otras regiones y que carga su peso en las comarcas más septentrionales. El nivel de información disponible en cada caso es variable, dependiendo, entre otras cosas, del tipo de actuaciones llevadas a cabo. La mayoría de los ejemplos (75%) son hallazgos localizados en superficie o tras la destrucción del yacimiento, y la información de la que disponemos es, en un porcentaje similar, media o escasa, razones por las cuales resulta muy complicada la labor de definición de las características del proceso aquí estudiado. Además, algunos de los hallazgos de excavación, como los de El Amarejo o el Casco Antiguo de Toledo, proceden de contextos claramente alterados. La precariedad de los datos incide directamente en la consideración de los hallazgos dudosos, que ascienden a cinco; sin embargo, la futura publicación de los yacimientos puede abrir nuevas incógnitas sobre la verdadera relación de las especies decoradas con el grupo de Cogotas I.

## 2. El Medio Geográfico.

Geográficamente, el espacio ahora estudiado se incluye dentro del área natural de la Submeseta Sur; sin embargo, al quedar la zona norte de la misma incorporada en el área nuclear, aquí sólo se analizan las tierras que van desde el Tajo Medio y la Serranía de Cuenca hasta Sierra Morena.

Orográficamente nos encontramos con una región de contrastes entre diferentes formaciones montañosas (Serranía de Cuenca, Montes de Toledo y Sierra Morena) y las cuencas fluviales del Tajo, del Guadiana y, en menor medida, del Júcar y Segura, cuyos cauces principales transcurren a veces muy encajados en el terreno (Galán y Martín, 1991-92: 165). Esta variedad y alternancia de espacios -que afecta también al clima, la vegetación y el tipo de suelos (Almagro-Gorbea, 1988: 164)-, resulta más acusada que en la Submeseta Norte y puede constituir un inconveniente para la transmisión de elementos culturales desde unos puntos a otros y, por lo tanto, para la difusión de los elementos de Cogotas I.

En líneas generales, los poblados de tipo Cogotas I aquí localizados se vinculan, una vez más, a los ríos o a los interfluvios con mejores condiciones para el poblamiento (Fig. 44). Actualmente se pueden distinguir tres focos: el primero y más importante se sitúa en el Tajo medio; el segundo en las tierras altas de Cuenca (Altos de Cabrejas y Serranía), aunque siempre en relación con la proximidad de algún río importante; y el tercero, mucho peor conocido, en la cuenca del Guadiana. Por su parte, en Albacete sólo conocemos la existencia de dos yacimientos en la región de Hellín y Almansa, muy alejados de cualquiera de los conjuntos definidos y más relacionados geográficamente con los hallazgos de Alicante y Murcia.

Entre las posibilidades naturales de la región destacan aprovechamientos que se han convertido en tradicionales, como los pastos del Guadiana o de



la región serrana de Cuenca. También son abundantes las tierras propicias para los cultivos de cereales en las vegas de los ríos; unos recursos que varían en función de la localización y orientación individual del poblado.

### 3. Precedentes Culturales. La Edad del Bronce en la Submeseta Sur.

La investigación sobre la Edad del Bronce en esta zona sufre un importante avance con la celebración del *Primer Congreso de Arqueología de Castilla-La Mancha*, al que se presenta un buen número de comunicaciones referidas a este período en general o a alguno de los yacimientos que, en particular, han contribuido a su definición. Una de las obras de síntesis de este congreso corre a cargo de Almagro-Gorbea (1988), el cual se encarga de hacer un recorrido por las culturas de la Edad del Bronce y del Hierro de la Submeseta Sur. Este autor parte de la documentación campaniforme, cuyos ejemplos más antiguos son de tipo marítimo, hacia el 2000 a.C. Por su parte, el tipo Ciempozuelos hace acto de presencia a partir de esta fecha y hasta *c.* 1700 a.C. en elevada proporción -sobre todo en los llamados “fondos de cabaña” de Madrid- y en convivencia con otros poblados sin cerámica campaniforme (*Ibidem:* 167). Tras el declinar de este horizonte Almagro diferencia en la Submeseta Sur tres áreas culturales, aunque de límites poco nítidos, y varios elementos pertenecientes a otras tradiciones (*Ibidem:* 168-169). La primera de las áreas se corresponde con el Bronce Ibérico, que afecta a las estribaciones del Sistema Ibérico y las zonas calcáreas del oriente de la Meseta. La segunda está representada por la continuidad de los poblados de “fondos de cabaña” en cerros y sobre todo en las llanuras de los páramos y de las terrazas de los ríos, especialmente en la cuenca media del Tajo. La tercera es la conocida

como “Cultura de Las Motillas”, centrada en el reborde meridional y en la zona central de la llanura manchega (Albacete y Ciudad Real). Por otra parte se pueden detectar algunos elementos que no encajan con el ambiente general de la región y que han de considerarse producto de los contactos mantenidos tanto con la Submeseta Norte como con el área argárica. Sin embargo, éstas últimas evidencias son claramente minoritarias frente a la mayoría de los materiales cerámicos que evidencian unas características bastante comunes: predominio de cuencos simples y urnas más o menos carenadas, aparición de grandes vasos para almacenamiento, bordes decorados, etc.; lo que evidencia la proximidad cultural de las áreas señaladas y su perfecto entronque, sin grandes cambios y sin solución de continuidad, con el substrato indígena.

Por su parte Nieto y Sánchez Meseguer (1988) utilizan el término de “Bronce de La Mancha” para englobar toda una serie de facies<sup>92</sup> que tendrían unos caracteres comunes pero matices diferentes:

– Facies Cuevas, situada sobre todo al pie de la serranía de la zona septentrional de la Submeseta.

– Facies fondos de Cabaña, con centro en las terrazas bajas de los valles del Tajo, Henares y Manzanares, y caracterizada por asentamientos en llano con cabañas construidas con barro y ramajes, y con frecuentes “hoyos” o “fondos” excavados en el suelo.

– Facies Motillas, localizada en las tierras llanas y bajas del corazón de La Mancha (en especial en la cuenca del Guadiana), cuyo principal rasgo son los poblados con importantes restos constructivos -torres de planta cuadrada o circular con muros adosados-.

– Facies Morras, con asentamientos en pequeñas elevaciones naturales.

92 Estas facies son diferenciadas también en un trabajo posterior presentado al Simposio sobre la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha en 1990 (Galán Saulnier, 1994).

– Facies Castellones o Cerros, definida por poblados situados en cerros elevados, pero accesibles al menos por una de sus laderas, con complejos sistemas de fortificación, viviendas adaptadas a la topografía natural del terreno -construidas con muros de arranque de piedra y alzados de tapial-, y construcciones asociadas a enterramientos. El yacimiento más representativo de esta facies es el Cerro de La Encantada (Granátula de Calatrava, Ciudad Real).

– Facies Abrigos, compuesta por yacimientos situados en las proximidades de Sierra Morena y cercanos a sus dos mejores y más significativos pasos: Despeñaperros y Los Pedroches.

Sin embargo, como anunciaba Almagro-Gorbea y como han intentado demostrar otros autores (Corral, 1988), la cultura material de todas la región ofrece ciertas características comunes, lo que explica el alto nivel de relación entre las formas cerámicas de la Cueva de Estremera (Madrid) y yacimientos meridionales de facies cerros -La Encantada-, o motillas -Azuér, Los Palacios-.

Como vemos, estas similitudes afectan prácticamente a toda la Submeseta Sur -salvo posiblemente algunas áreas de Cuenca-, pero incluso pueden alcanzar territorios meridionales de la Submeseta Norte, como el Castillo de Cardeñosa (Ávila) (Gil Pulido *et alii*, 1988: 96). En este ambiente común destacan sobre todo los vasos carenados con inflexión media o baja y cuerpo inferior semiesférico o de casquete esférico y los vasos globulares de cuello estrecho, corto y recto.

Todo este ambiente cultural abarcaría lo que generalmente se conoce como Bronce Antiguo y Pleno (Inicial y Medio), con una cronología convencional que, en función de las series radiocarbónicas obtenidas sobre todo en Las Motillas, podríamos situar entre *c.* 1740 y 1310 a.C. (fechas recopiladas por Corral, 1988: 215), es decir, desde el final del campaniforme de tipo Ciempozuelos hasta la

aparición de los primeros influjos de Cogotas I según una muy extendida opinión (por ejemplo: Almagro-Gorbea, 1988). Esto equivale a un segmento temporal de cinco siglos, aquellos durante los que se desarrollan también las culturas del Bronce Valenciano y de El Argar.

A pesar de esta generalización, se pueden distinguir aspectos particulares que afectan a los distintos territorios aquí englobados.

En la provincia de Toledo, el Bronce Inicial y Medio es, sobre todo en la zona del Tajo Medio, una prolongación del área madrileña. La facies mejor representada es la de “fondos de cabaña”, a pesar de que en la mayoría de los casos no se cuenta con excavaciones que verifiquen el carácter de los asentamientos. Ello no evita, sin embargo, la documentación de poblados asentados sobre prominentes cerros de carácter defensivo como Cerro del Bu. En la fase II de este poblado, perteneciente al Bronce Pleno (Alvaro y Pereira, 1990: 205-208), se detectan cabañas de planta circular u ovalada, zócalo de piedra y paredes y techo de ramaje y barro, con postes, tanto embutidos en los zócalos como al interior del muro, y hogares de barro de planta circular. La cultura material se compone de cuencos de carena más bien baja y con el borde curvado y saliente, ollitas globulares, piezas de mayor tamaño y perfil en “S” o ligeramente carenado, todas ellas con las superficies espatuladas de muy buena calidad. También aparecen infinidad de fragmentos de piezas correspondientes al utillaje de cocina con las superficies mucho peor tratadas pero frecuentemente decoradas con cordones o impresiones en el labio; así como cerámica de almacenaje de grandes dimensiones, queseras, carretes y fusayolas. La industria lítica se reduce a los llamados dientes de hoz, algunos de ellos con pátina de cereal, mientras que la confeccionada en hueso se limita a diferentes tipos de punzones.

Este conjunto de artefactos es muy similar al que caracteriza otros yacimientos del Bronce Pleno

de la Submeseta Sur, por lo que El Cerro del Bu pudiera incluirse dentro de la definición genérica de “Bronce de La Mancha”.

Por otra parte, recientes investigaciones que se centran en este momento de la Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo apuestan por la existencia de un poblamiento estable plenamente consolidado (Ruiz Taboada, 1994).

En Cuenca son escasos los documentos referidos al Bronce Inicial y Medio. La situación geográfica de la provincia, entre las cuencas del Tajo, Guadiana y Júcar, la convierte en un complejo mosaico de áreas naturales y culturales interrelacionadas. En El Castillo de Reillo (Pastor Cerezo, Sánchez-Capilla y López, 1988) se detectó un nivel de la Edad del Bronce datado por el radiocarbono en  $1620 \pm 130$  a.C. con un conjunto cerámico formado por cuencos profundos, semiesféricos y de casquete esférico; vasos de formas globulares de borde exvasado, recipientes de perfil en “S”, una fuente de carena media con asa de cinta, y una jarra con carena, fondo umbilicado y asa. Las únicas decoraciones existentes son digitaciones, unguilaciones o ligeras incisiones en el labio, o mamelones planos en el borde. Otros yacimientos pertenecientes a estos mismos momentos y con materiales similares son “El Colmenar” en Landete y “El Castillo” en Parra. Al parecer, los paralelos de estos conjuntos se encuentran más en la zona aragonesa (Frias de Albarracín, Teruel) y valenciana (Oropesa la Vella y El Forat de Cantalops, Castellón) (*Ibidem*) que en el área manchega.

Margarita Díaz-Andreu (1994) hace un estudio de la Edad del Bronce en la provincia de Cuenca centrado sobre todo en las características del poblamiento. Según esta autora, en el Bronce Inicial, a pesar de existir emplazamientos en llano o en alto, las evidencias documentadas en los casos excavados son los típicos “fondos de cabaña” o silos. Lo más característico de la cultura material es la cerámica de

tipo “Dornajos”, que se diferencia del estilo Ciempozuelos en que la decoración se desarrolla con la misma profusión tanto al interior como al exterior; aunque también existen estaciones con este último tipo. Las formas habituales son cuencos, ollas y algún recipiente carenado. En el Bronce Medio el tipo de poblado predominante en todas las comarcas es el situado en cerros de tamaño medio y con posibilidades naturales de defensa, aunque no faltan otros asentamientos más pequeños, destinados a la explotación de las tierras agrícolas. En la mayoría se detectan una o varias líneas de muralla y las viviendas se construyen con zócalos de piedra, alzados de arcilla, y techos de ramas cubiertas con manteado de barro. Las cerámicas presentan como única decoración cordones lisos o impresos y bordes con impresiones. Las formas características son ollas, cuencos abiertos, vasos de perfil sinuoso, recipientes ovoides y carenados con bordes algo exvasados y jarras (*Ibidem*). Un elenco material parecido -cuencos, ollas, vasos con el borde exvasado, vasos carenados, numerosos elementos de prensión, y variedad de asas- se conoce en el Cerro del Cuco (Quintanar del Rey, Cuenca) (Romero y Meseguer, 1988), un poblado del Bronce Medio en el que también se puede observar una evolución desde un tipo de hábitat a base de construcciones de postes de madera a otro amurallado con viviendas circulares con el zócalo de piedra.

En conclusión podemos decir que durante el Bronce Inicial se desarrolla en Cuenca el grupo Dornajos como una manifestación peculiar del horizonte Ciempozuelos, y un Bronce Medio en el que se produce un cambio en la decoración de la cerámica, sustituyendo las ricas composiciones incisas por ornamentos más austeros, simples y de escasa complicación. Todo esto coincidiendo, a juzgar por los estudios de Díaz-Andreu, con un aumento de las tensiones políticas del que da fe la construcción de murallas. Estos dos rasgos, desaparición de la

decoración y uso de recursos defensivos, podrían ser provocados por las mismas condiciones, puesto que en una sociedad que ve amenazada su seguridad es lógico se produzca cierta “despreocupación” por los aspectos estéticos de la producción alfarera.

Por su parte, en la provincia de Ciudad Real las facies más significativas son Las Motillas y Los Castellones, a pesar de que también se documentan Las Morras y los Abrigos. En todas ellas se adivina un ambiente cultural común (Nieto y Sánchez, 1988) que se caracterizaría, según Almagro-Gorbea (1988: 169) por el predominio de cuencos simples y urnas más o menos carenadas y la aparición de grandes vasos para almacenamiento. A nivel particular se observan algunas claras influencias de la cultura de El Argar en el Cerro de la Encantada (Nieto y Sánchez, 1980), aspecto que no lo aleja, empero, del Bronce de La Mancha (Romero, Sanz y Meseguer, 1988).

El grupo de Las Motillas fue definido en su día por Nájera y Molina (1977). Su rasgo principal son los asentamientos en llano, constituidos por una torre central y recintos amurallados concéntricos cuyos diámetros oscilan entre 40 y 100 m. Fuera de la construcción principal se han localizado sectores de habitación formados por cabañas de menor solidez. Las cerámicas más características, generalmente lisas, son diferentes cuencos y vasos con carena media o baja.

En algunas zonas de Albacete, por último, se ha identificado una Edad del Bronce con personalidad propia cuyas características culturales se alejan del complejo del Bronce Manchego, del Argárico y del Bronce Valenciano, a pesar de mantener elementos culturales comunes con todos ellos. En este horizonte, representado por el Cerro de El Cuchillo, predominan los emplazamientos en alto y la base económica es de tipo agropecuario (Hernández Pérez y Simón, 1993: 47).

En definitiva un ambiente tan diverso como corresponde a una región tan amplia como esta, y una tradición cerámica y poblacional de mucho peso que habrá de ser tenida en cuenta a la hora de analizar el Bronce Final y la presencia de especies de Cogotas I.

#### 4. La “intrusión” meseteña de tipo Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

El número total de hallazgos es de 28, lo que supone un 15,3% de los poblados inventariados fuera de la zona nuclear y el porcentaje más alto de todas las regiones diferenciadas (Fig. 91). Sin embargo, a pesar de considerarse como un espacio cultural más o menos homogéneo durante la Edad del Bronce, este territorio ha de abordarse de forma fragmentada a la hora de estudiar el fenómeno de difusión de las cerámicas de tipo Cogotas I, puesto que sus evidencias protagonizan agrupaciones en torno a determinados espacios geográficos con cierta separación entre ellos. El primero de los conjuntos se encuentra vinculado al Tajo Medio, en el centro de la provincia de Toledo (aquí se concentran 16 de los 28 puntos señalados, es decir más de la mitad). La segunda agrupación, esta vez menos nítida, se produce en el norte y centro de la provincia de Cuenca, afectando a las comarcas de La Serranía y de La Alcarria. La tercera, formada por un número menor de yacimientos, se localiza ya en la cuenca del Guadiana, dentro de la provincia de Ciudad Real. Desconectados de estos tres grupos habría que señalar los yacimientos albaceteños de El Castellón, en la zona de Hellín, y El Amarejo (Bonete), más cerca del corredor de Almansa.

Esta diferenciación se plasma en primer lugar en la relación de cercanía respecto al “área nuclear”. Por su parte, la agrupación más próxima y mejor relacionada con aquella es la del Tajo Medio toledano, puesto que aquí los poblados de adscripción Cogotas I se suceden sin solución de continui-

dad a los de la región madrileña del Bajo Manzanares. Este último espacio se continua a través del río Jarama hasta su desembocadura en el Tajo, cerca de la cual tenemos noticia de la existencia de varios yacimientos de Cogotas I en Aranjuez que servirían de enlace entre ambos grupos.

Algo más retirados se encuentran los hallazgos de Cuenca. En el caso de los más cercanos -en torno a Huete- les separan unos 80 km. de los poblados del Bajo Manzanares y algo menos de los asentados en el curso inferior del Henares. Los yacimientos serranos se distancian algo más, entre 110-120 km., y se vinculan a la cuenca hidrográfica del río Júcar, ya en la vertiente mediterránea de la provincia.

La misma lejanía respecto al foco madrileño muestran los ejemplos del Guadiana, aunque los yacimientos están aquí más separados entre sí. Por su parte, en el caso de Albacete las distancias se amplían hasta más de 250 km.

La densidad espacial de los hallazgos de Cogotas I en Toledo alcanza los 0,0022 yac/km<sup>2</sup>,<sup>93</sup> un índice ligeramente superior al señalado para el valle del Jalón-Jiloca-Huerva, pero claramente inferior al que ofrecen las tierras del Bajo Manzanares (0,021). La dispersión que sufre el resto de los testimonios de Cogotas I en la región hace prácticamente inoperante el cálculo del índice de densidad -en Cuenca se llega al 0,0012 y en Ciudad Real al 0,0008-<sup>94</sup> aunque puede resultar ilustrativo, puesto que en ninguna de las regiones de expansión hasta ahora estudiadas, ni siquiera en las más interiores de Aragón, se mostraban índices tan bajos.

La relación entre asentamientos afectados y no afectados por Cogotas I es mucho más difícil de establecer. En el caso de Toledo, por ejemplo, sólo se

reconocen como poblados pertenecientes al Bronce Final aquellos que ofrecen cerámicas de tipo Cogotas I. En Cuenca, sin embargo, sabemos de la existencia de un buen número de poblados del Bronce Medio y Final en los que no se han detectado cerámicas de Cogotas I (Cerro de la Virgen de la Cuesta de Alconchel de La Estrella y El Villar de Alarcón) (Díaz-Andreu, 1994); aunque es cierto que durante el Bronce Final se tienen menos datos y que en la zona norte los poblados afectados parecen ser los únicos detectados durante este período. En Ciudad Real conocemos sólo algún poblado ajeno a Cogotas I del Bronce Final, como Arenas de San Juan (Nájera y Molina, 1977: 279). En Albacete, por el contrario, empieza a advertirse con bastante nitidez un horizonte inicial del Bronce Final en el que contamos con un buen número de poblados en los que no se ha detectado la presencia de Cogotas I. López Precioso menciona 11 yacimientos perteneciente al Bronce Final de la zona de Hellín, de los cuales sólo dos estarían afectados por las modas cerámicas de aquel grupo, lo que supondría el 18 % de los mismos.

En definitiva, y a pesar de las dificultades, podemos avanzar sobre este particular algunas consideraciones generales de carácter provisional. Por ejemplo, la totalidad del poblamiento del Bronce Final en Toledo parece afectado por Cogotas I; mientras que en Cuenca y Ciudad Real los poblados con presencia de este último grupo alternan con estaciones ajenas al proceso. Por su parte, en Albacete el fenómeno se muestra de forma claramente intrusiva.

La implantación geográfica es, por lo tanto, desigual para los distintos grupos diferenciados y, en este caso, se debilita con la distancia, como ocurría también en tierras aragonesas.

93 Tomando como base un rectángulo de 100 por 50 km. en el centro de la cuenca del Tajo.

94 Tomando una base espacial similar a la anterior.

*b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

El limitado conocimiento de las estaciones arqueológicas en las que aparece cerámica de tipo Cogotas I y la escasez de excavaciones en las mismas dificultan las tareas de identificación del tipo de ocupación que se ve implicado en este proceso. Sin embargo, la mayoría de los datos disponibles, los restos en superficie, los hoyos documentados en Pantoja, Huete, Pajaroncillo y Corral de Rachuelo, así como las estructuras localizadas en Cerro del Bu y El Castellón de Hellín, nos inclinan a pensar que se trata, por lo general, de lugares de habitación o relacionados con actividades domésticas.

Las manifestaciones funerarias no están del todo bien documentadas. Por un lado contamos con la necrópolis de incineración de Reillo que, además de ponerse hoy en duda su carácter funerario (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988: 259), no puede relacionarse directamente con la tradición de Cogotas I al tratarse de un inequívoco caso de perduración de la técnica de boquique dentro de un contexto de Campos de Urnas. Por otra parte, sabemos de la aparición de restos humanos en el interior de un hoyo en Fuente Amarga (Pantoja); aunque, al igual que en la zona nuclear, tal circunstancia puede darse dentro del espacio habitacional.

En alguno de estos poblados se puede hablar de poblamiento estable, como se evidencia en el Cerro del Bu, Hoyas del Castillo y El Castellón, y se adivina en Pico de la Muela, Castillo de Huete o el Cerro del Castillo de Mora, puesto que presentan ocupaciones previas durante el Bronce Pleno. Sin embargo, no faltan aquellos establecimientos que parecen responder a distintas ocupaciones separadas

por intervalos temporales más o menos largos caracterizados por la excavación de “hoyos”, como el Cerro de la Horca en Pantoja (Toledo) o el Corral de Rachuelo (Cuenca).

En cuanto al tipo de emplazamiento, encontramos poblados situados tanto en alto, con ventajas defensivas y de control, como en llano, de carácter no defensivo. En general, se observa un ligero predominio de los primeros (15 yacimientos, 53%) sobre los segundos (9 yacimientos, 32%), en oposición a lo que sucede en la región nuclear de Cogotas I. Sin embargo, el análisis por provincias trasluce, también en este caso, una variada realidad. En Toledo, por ejemplo, la relación de superioridad se invierte, siendo de 7 a 5 a favor de las estaciones en llano,<sup>95</sup> mientras que en el resto de las provincias únicamente constatamos un asentamiento de este tipo en El Corral de Rachuelo (Cuenca).<sup>96</sup> Dentro del tipo defensivo se pueden establecer algunas variantes: la mayoría responden a cerros más o menos aislados, con pendientes más o menos pronunciadas que constituyen auténticas fortalezas naturales (Castillo de Huete, Castillo de Reillo, el Peñón de Toledo, El Cerro del Bu), mientras que otros se incluyen dentro de mesetas más elevadas con excelentes condiciones para un buen control del territorio (Hoyas del Castillo).

La estrategia espacial de los yacimientos afectados por Cogotas I también es distinta según la agrupación a la que nos refiramos. En Toledo, aquellos se disponen en función de los cursos fluviales que, en dirección descendente, conectan el Manzanares y el Henares con el Tajo a través del Jarama. Los distintos establecimientos se suceden, sin grandes distancias entre ellos, siguiendo la línea del Tajo. A la altura de Toledo, la constatación de

---

<sup>95</sup> Este rasgo acerca aún más el grupo de Toledo al área nuclear, donde la proporción de los asentamientos en llano es siempre mayor a la de los emplazamientos elevados; pero aún así, la relación queda todavía lejos de equiparar los índices de, por ejemplo, el sector bajo del Manzanares.

<sup>96</sup> La Motilla del Azuer (Ciudad Real) también se instala sobre un terreno llano, pero el tell formado durante el Bronce Pleno convierte el emplazamiento en un lugar destacado.

varias evidencias de tipo cogoteño en distintos escenarios y a ambos lados del río, nos hace pensar en un modelo de poblamiento complementario; las mayores dimensiones del Peñón toledano podrían indicar que fue aquí donde se instaló el poblado principal, siendo los del Cerro del Bu y la Consejería de la Presidencia asentamientos dependientes del primero. La ausencia de vínculos espaciales similares en el resto de las estaciones impide reconocer nuevas relaciones del mismo tipo que las descritas.

Entre los yacimientos conquenses influenciados por Cogotas I los únicos que se encuentran separados por escasos kilómetros son los de El Castillo de Huete, El Otero de Caracenilla y el Corral de Rachuelo, aunque las distancias son suficientemente amplias como para que estos no formen parte de un modelo de poblamiento complementario o dependiente. En el Guadiana, la escasez de yacimientos afectados y la precariedad de los datos disponibles sobre ellos hacen imposible cualquier apreciación en este sentido.

En líneas generales hay que considerar que los poblados afectados por Cogotas I nunca constituyen un patrón independiente y ajeno a las comunidades locales, sino que se incluyen dentro de los sistemas de poblamiento generales de la región.

Pocas son también las evidencias que nos ayudan a reconstruir las características internas de estos poblados. Para este momento se conoce en el Cerro del Bu un sistema de terrazas -conseguidas a través de muros y bancales- que aprovechan los afloramientos rocosos y sobre las cuales se asientan ciertas estructuras de habitación, cuyas características no se conocen con seguridad por haber sido destruidas por el fuego. Por su parte, en Hoyas del Castillo se encontraron, dentro de las fases de Cogotas I, suelos pisados, restos de un hogar construido en barro, líneas de muros de piedra y grandes losas que sirvieron como material de construcción. En El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete) se reconocen

en los estratos del Bronce Final, aunque no asociados directamente a las cerámicas de tipo Cogotas, viviendas rectangulares con potentes cimientos de piedra, alzados de tapial, algunos hoyos de poste, hogares semicirculares y circulares, vasares y un horno con varias parrillas superpuestas.

A grandes rasgos, las estructuras descritas se alejan de las documentadas en la zona nuclear, donde aquellas son menos consistentes. Más habituales y característicos de los enclaves de Cogotas I son los típicos "hoyos" o fosas excavadas en el suelo del yacimiento que, aunque no en demasiadas ocasiones por el momento, sí han sido detectados en estas tierras en Cerro de la Horca y Fuente Amarga en Pantoja (Toledo), y en Corral de Rachuelo (Cuenca) -aunque es posible que la excavación de otros lugares proporcione estructuras del mismo tipo-. Su número, disposición, tamaño y forma son variables, como probablemente lo sea también el servicio que prestan a sus excavadores -silos, basureros, hornos, hogares, almacenes de cerámica u otros enseres, canteras de arcilla, etc.-. En el Cerro de la Horca de Pantoja tienen base circular y se estrechan hacia el exterior, mientras que en Corral de Rachuelo la boca es más ancha. Su relleno está compuesto por fragmentos de cerámica y hueso, piedras y semillas, lo que implica que acabaron sus días convertidos en basureros. En cualquier caso nos encontramos con testimonios similares a los recuperados en la inmensa mayoría de los poblados de Cogotas I de la Submeseta Norte y del sector madrileño del Henares/Manzanares, por lo que hemos de entender este particular como un rasgo de acercamiento a la región nuclear.

Por último, y aunque no tenemos los datos para confirmar esta hipótesis, es posible que el uso de estructuras de barro de la fase V de La Motilla del Azuer (Molina, Nájera y Aguayo, 1979: 275) se pueda vincular a la llegada de la intrusión de tipo Cogotas I.



Por lo tanto, en cuanto al poblamiento y el hábitat podemos ver como se producen situaciones muy parecidas a las del área nuclear en Toledo, con enclaves que jalonan los cursos principales de agua y aparición de típicos campos de hoyos, aunque con una mayor proporción de emplazamientos elevados y, en algunos casos, con estructuras protourbanas más desarrolladas que las aparecidas en aquella región.<sup>97</sup> Las diferencias con la Meseta se amplían en Cuenca y Ciudad Real, donde existe un predominio casi absoluto de lugares elevados, aunque se mantienen similitudes en las características del hábitat. Abismales se hacen, por último, las desemejanzas en los casos albaceteños, donde no existe coincidencia ni en el emplazamiento ni en los rasgos internos de los poblados. Por otra parte, en las cuatro provincias se detectan casos en los que la ocupación se prolonga desde momentos previos de la Edad del Bronce, una circunstancia que tampoco es habitual entre los asentamientos del grupo nuclear.

*c. Características de la “intrusión” material: la cerámica.*

Antes de nada hemos de adelantar que no contamos con ningún inventario exhaustivo de materiales en ninguno de los yacimientos constatados en esta zona, que tampoco existen descripciones pormenorizadas de los mismos, y que únicamente se han publicado conjuntos significativos procedentes de Cuenca -Pajaroncillo y Huete-. Por este motivo nos es prácticamente imposible plantear un acercamiento a la importancia cuantitativa de las cerámicas de tipo Cogotas I en los distintos enclaves. A pesar de ello, y tras escudriñar la información disponible, podemos decir que en Toledo existen conjuntos artefactuales que enteramente pueden ser considerados como Cogotas I -Cerro de la Horca,

Fuente Amarga, Cerro del Bu...-. Sin embargo, el número de piezas decoradas que ha visto la luz en las publicaciones es realmente corto, puesto que no pasa de varios fragmentos en Arroyo Manzanas, uno de la Plaza de los Postes y otro de Testero

En Cuenca la presencia de cerámicas Cogotas I parece ser especialmente importante en el Castillo de Huete y Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, que pueden ser considerados auténticos poblados de Cogotas I, por lo menos en lo que a la cultura material se refiere; situación que podría afectar también a El Otero de Caracenilla y El Corral de Rachuelo. Por su parte, en El Pico de la Muela de Valera de Abajo sólo conocemos un ejemplar decorado y algunas piezas lisas de tipología meseteña. En Ciudad Real ignoramos el número o la proporción en la que aparecen las cerámicas de estilo Cogotas I, y en El Amarejo (Albacete), de 1336 fragmentos analizados, sólo seis muestran decoración relacionada con Cogotas I (un 0,45%), tendiendo en cuenta además que se trata de material descontextualizado.

La información disponible sobre la morfología de las piezas protagonistas del proceso de difusión de Cogotas I en estas tierras es muy desigual. En Toledo sólo sabemos de fuentes carenadas en La Plaza de los Postes y Testero, así como de un perfil sinuoso, casi carenado de Olivares, y distintos bordes abiertos en El Pico de la Muela de Arroyo Manzanas y Mora (Fig. 46). En Cuenca contamos con un mayor número de ejemplares para abordar el estudio, aunque la mayoría proceden de El Castillo de Huete y de Hoyas del Castillo de Pajaroncillo. Existe una buena representación de fuentes o cazuelas carenadas de diferentes tipos: con la carena alta, borde recto, abierto de tendencia cóncava, o entrante, y cuerpo inferior cuenquiforme

<sup>97</sup> A este respecto, en el caso de El Cerro del Bu se considera que la aparición de cerámicas del complejo de Cogotas I no supone ninguna interrupción ni modificación del hábitat (Alvaro y Pereira, 1990: 211).

o rectilíneo, más o menos tendido (Fig. 48.6, 7, 10, 12, 13 y 17; Fig. 49.1 y 2), o con la inflexión más baja (Fig. 50.1). Otras formas que repiten los perfiles de Cogotas I son: las ollitas de borde recto y cuello corto de tendencia cóncava (Pajaroncillo) (Fig. 50.3 y 4), los cuencos semiesféricos o troncocónicos (Pajaroncillo) (Fig. 50.15), y los vasos de tendencia bitroncocónica con el borde destacado (Pajaroncillo) (Fig. 50.14); todas ellas dentro de los cánones habituales en Cogotas I. Los fondos, en los casos que se conservan, son planos, lo que también encaja en las costumbres del grupo mesetense. En el caso de Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo se observa una evolución formal de las cerámicas a lo largo de la estratigrafía, apareciendo en los últimos momentos los perfiles bitroncocónicos.

No conocemos las cerámicas del grupo del Guadiana, aunque las indicaciones del yacimiento de Malagón apuntan hacia «formas típicas» de Cogotas I. En el Castellón (Albacete) también se recuperó, sobre todo en las primeras fases del Bronce Final, un buen número de cazuelas carenadas, con perfiles troncocónicos y bordes exvasados (Fig. 47.10), muy cercanas a las características del grupo nuclear de Cogotas I. En El Amarejo las formas con decoración son difíciles de distinguir, dado lo fragmentado de las piezas, aunque sí reconocemos la presencia de un vaso carenado y de algunas paredes curvas (Fig. 47.6-9).

Con la decoración de estos ejemplares sufrimos los mismos inconvenientes, por lo que el grueso de la información vendrá, aquí también, de los yacimientos del grupo de Cuenca.

Las técnicas que repetidamente se mencionan son las típicas de Cogotas I, incisión, impresión, boquique y excisión, que aparecen en los distintos yacimientos, todas ellas o sólo alguna, de forma

aislada o en combinación dentro de un mismo vaso. En función de los datos disponibles la técnica con mayor presencia en la región vuelve a ser el boquique (14 enclaves), seguida de la incisión (13), mientras que la excisión y la impresión, formando motivos independientes, están presentes en 8 estaciones. Por otra parte, y por lo que nos pueda ayudar en el establecimiento de la cronología de la llegada de Cogotas I a estas tierras, creemos interesante resaltar que sólo existe un caso en el que la incisión sea la única técnica utilizada -El Corral de Rachuelo-, y otro más en el que aquella se acompaña de impresión -Malpica de Tajo-, mientras que su aparición junto a boquique, o a boquique e impresión, ocurre en diez ocasiones, de las cuales cuatro aportan también técnica excisa. Entre las peculiaridades o características especiales que pueden mostrar estas técnicas decorativas en comparación con la manera más habitual de confeccionarlas destaca, por ejemplo, la utilización de dos trazos de boquique distintos en el motivo de Testero, donde, además, uno de ellos se realiza con un punzón de punta aguda (Fig. 46.4), y, acaso, el poco esmero que se pone en conseguir una excisión limpia y regular en Hoyas del Castillo (Fig. 50.14 y 18). También se puede mencionar la utilización de las técnicas incisa e impresa en Pajaroncillo en un momento en el que el barro había empezado a secar, provocando un ligero escascarillado en los bordes de las líneas (Fig. 50.3). Este tipo de decoración “esgrafiada”, a pesar de no ser muy habitual, está presente en varios yacimientos.

Los motivos decorativos de tipo Cogotas I presentan bastante similitud respecto a los de la zona nuclear. Entre los incisos<sup>98</sup> (Fig. 45.1-4 y 6-11), además de las líneas de delimitación de otros motivos o los pequeños trazos en labios o mamelones, destacan

98 Donde se incluyen algunos cuyo trazo resulta demasiado corto como para saber si hubo desplazamiento del punzón o simplemente aplicación de éste sobre la pasta tierna. En estos casos, el resultado final no varía en absoluto, por lo que consideramos que pueden tratarse en conjunto.

diferentes variedades de zig-zag -simple, doble o múltiple, desarrollado en líneas paralelas, de trazo discontinuo o continuo, y más o menos amplio-, que están presentes en todos los poblados conquenses salvo en Reillo. De especial importancia numérica resultan también los cosidos que, a parte de la disposición más habitual con trazos verticales de forma lenticular (Pajaroncillo), se muestra con trazos más anchos o más finos, más o menos regulares y, en ocasiones, enmarcados por paralelas incisas (Castillo de Huete), una característica que los individualiza frente a la norma del grupo nuclear. Otros lugares con este tipo de motivos son El Otero de Caracenilla, El Pico de la Muela y El Amarejo. La espiga, en disposición vertical u horizontal, en unos casos de forma simple y en otros compuesta, está presente en El Castillo de Huete y Hoyas del Castillo de Pajaroncillo.<sup>99</sup> Otros motivos incisos presentes en los yacimientos de esta región en menor proporción son las retículas, formadas por aspas o por cruce de líneas horizontales y diagonales (Arroyo Manzanas y Huete), las bandas de espiga (El Amarejo), los escaleriformes (Plaza de los Postes), motivos de cosido y cremallera compuesta (Fig. 50.15) (Hoyas del Castillo, El Amarejo), guirnaldas paralelas y grandes triángulos rellenos de paralelas en diagonal (Huete).

Los motivos impresos más claros son las áreas puntilladas que encontramos en El Castillo de Huete -en un fragmento con decoración excisa bajo la cual se desarrolla un área con impresiones de puntos y en otro en el que estas se organizan en una banda horizontal sin delimitar (Fig. 48.12 y 15)-, en Hoyas del Castillo -sobre una ollita globular con un ajedrezado en diagonal compuesto por cuadrados que alternan rellenos de puntos y lisos, y en una pared curva de bandas paralelas de zig-zag vertical rellenas de impresiones a punta de punzón (Fig. 45.9 y 12)-, en El Amarejo -en una banda de semicírculos

delimitados por boquique (Fig. 45.18)-, y en El Otero de Caracenilla -con bandas verticales igualmente rellenas de puntos (Fig. 45.5)-. En Olivares de la Fuente (Malpica, Toledo) los triángulos rellenos de puntillado parecen, en cierto modo, algo atípicos, puesto que son más alargados de lo que es habitual en Cogotas I y las impresiones de puntos se disponen de forma muy ordenada (Fig. 45.1). Otros motivos impresos significativos pueden ser algunas improntas de media caña de El Castillo de Huete (Fig. 45.10), que recuerdan a algunas producciones de la región madrileña que también se asocian a las cerámicas decoradas al estilo meseteño.

El boquique (Fig. 45.12-18), la técnica más generalizada, se presenta en diferentes motivos. Típicas guirnaldas semicirculares o triangulares paralelas y colgando de horizontales o de la línea de carenación aparecen en Huete, Hoyas del Castillo y El Otero de Caracenilla. En un par de casos del último yacimiento las líneas paralelas confeccionadas con esta modalidad se unen por trazos perpendiculares de la misma técnica (Fig. 45.14 y 15), un rasgo que no se documenta en otros asentamientos. Otros motivos de boquique son líneas y bandas quebradas, zig-zags de quiebro corto, zonas triangulares con el interior ocupado por líneas horizontales, y círculos concéntricos (Plaza de los Postes), así como simples líneas horizontales o diagonales paralelas. De boquique es también el motivo de Reillo -bandas de triángulos contrapuestos y rellenos de amplio desarrollo-, claramente desvinculado de los esquemas ornamentales de Cogotas I (Fig. 48.16).

Los motivos excisos (Fig. 45.19-24) son bandas de triángulos o dientes de lobo que alternan con espacios trapezoidales en resalte en Arroyo Manzanas; ajedrezados cuadrangulares, zonas triangulares y bandas verticales en Hoyas del Castillo; ajedrezado rectangular en el Pico de la

99 En este yacimiento, en un caso (Fig. 50.3), la espiga presenta un aspecto que los autores describen como ramaje, que la diferencia del resto de las producciones de este tipo.

Muela y motivos de bandas de triángulos contrapuestos dejando un resalte de zig-zag en medio en el Castillo de Huete, en El Otero de Caracenilla y en El Cerro del Castillo de Mora de Toledo.

Tampoco es infrecuente que se asocien dentro de la misma pieza varios motivos y diferentes técnicas decorativas. Algunas de estas asociaciones son muy sencillas, como ocurre en varios vasos de Huete que combinan distintos motivos incisos (espigas y zig-zags); en otras ocasiones conviven áreas puntilladas con espigas incisas -Hoyas del Castillo- o círculos de boquique con escaleriformes incisos (Plaza de los Postes); pero las más complicadas composiciones son aquellas que reúnen temas excisos y de boquique y se acompañan de motivos complementarios que reflejan un grado de evolución avanzado y, por lo tanto, una cronología tardía para las mismas.

Los diseños decorativos que se consiguen con estas técnicas y motivos y con las combinaciones entre ellos son, en los casos que el tamaño del vaso permite su observación, bandas simples o compuestas bajo el borde o sobre la carena en los de mayor sencillez, y composiciones que ocupan gran parte de la superficie externa del vaso en aquellos otros en los que el ornamento se complica. En los poblados mejor conocidos, como El Castillo de Huete y Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, se encuentran construcciones decorativas muy elaboradas, a base de bandas o franjas verticales u horizontales que combinan, y en algunos casos alternan, distintos tipos de decoración o zonas decoradas y lisas (Fig. 48.12; Fig. 50.10, 14 y 17); unos rasgos que recuerdan a los característicos de Cogotas I. No faltan tampoco las decoraciones al interior del labio, fundamentalmente a base de trazos cortos incisos y líneas de zig-zag inciso o de boquique.

Por lo que se refiere a la tecnología y al tratamiento de las piezas de estilo Cogotas I no contamos para esta región con ningún análisis de arcillas para cerciorarnos sobre el origen de las piezas; sin embargo, creemos que, por lo menos para las

provincias de Cuenca y Toledo, hemos de hablar de producciones locales, realizadas en los mismos yacimientos. El tratamiento de las especies decoradas suele ser de buena calidad, generalmente bruñido, o al menos espatulado, aspecto que ha de estar en función del carácter “especial” de la propia vajilla, una producción que podríamos llamar “de lujo” frente a la cerámica común o de cocina.

En líneas generales, el aspecto cerámico de Cogotas I en esta región ofrece las mayores similitudes respecto del área nuclear, tanto por sus formas como por sus decoraciones, por lo que hemos de admitir que, al menos en este aspecto, Cogotas I alcanza un papel destacado al sur del Tajo. No hemos de olvidar que las indicaciones a este respecto se desprenden de informaciones proporcionadas por las provincias de Toledo y Cuenca, mientras que los pocos testimonios que conocemos en la zona más lejana, como las cerámicas de El Amarejo, parecen mostrar un cierto apartamiento de la norma cogoteña. Una vez más, las diferencias vendrían marcadas por la distancia.

#### *d. Cronología de la “intrusión”.*

El criterio estratigráfico para la ubicación temporal relativa de las cerámicas de Cogotas I en el territorio que ahora nos ocupa sólo es posible en un muy corto número de estaciones: El Cerro del Bu, Pajaroncillo, El Pico de la Muela, La Motilla del Azuer y El Castellón.

En el Cerro del Bu, si recordamos, las cerámicas de Cogotas I aparecen en la fase III, la última de la ocupación del yacimiento, que se corresponde con el Bronce Final y se sitúa por encima de otra fase -la II- muy bien documentada y perteneciente al Bronce Pleno. En Hoyas del Castillo la estratigrafía resulta especialmente interesante, puesto que la cerámica de tipo Cogotas I se incluye en distintos y sucesivos niveles, acompañados incluso por fechas de radiocarbono. Los primeros momentos de este poblado se

identifican con una ocupación de tipo Dornajos, seguida de una fase avanzada del Bronce Antiguo fechada aquí por el radiocarbono en 1510 ±50 a.C. Por encima se disponen los niveles afectados por Cogotas I (6 a 9) con fechas entre finales del siglo XIV y finales del siglo XII a.C. y que pertenecerían al Bronce Medio y Final. Con posterioridad se desarrollan otros dos estratos (10 y 11), ya sin cerámicas decoradas pero que podrían incluirse aún en los momentos finales del Bronce Final. El estrato 12, por su parte, no puede vincularse al grupo de Cogotas I y parece pertenecer a un horizonte posterior, paralelo a las cerámicas excisas del Bajo Aragón y al horizonte representado por el cerro de San Antonio en Madrid y Peña Negra en Alicante. Con mayores dificultades se consiguió una estratigrafía en El Pico de la Muela de Valera de Abajo, puesto que sólo un pequeño espacio -zona C Sur- parecía conservar los restos in situ. En este lugar, el único vaso carenado y decorado con técnicas de tipo Cogotas I del yacimiento aparece dentro de unos niveles atribuidos a la Edad del Bronce, por debajo de otros pertenecientes a la Edad del Hierro.

A pesar de que las indicaciones no son muy aclaratorias en cuanto al tipo de materiales a través de los cuales se identifica la presencia del grupo de Cogotas I, hemos de mencionar también la estratigrafía de La Motilla del Azuer, donde se han distinguido cinco fases de construcción, las primeras pertenecientes al Bronce Pleno o Bronce de la Mancha, y la última al Bronce Tardío (Nájera *et alii*, 1981: 296); por lo que las cerámicas de Cogotas I de este enclave arqueológico (Martín Morales *et alii*, 1993: 41) podrían asociarse a este momento. Del mismo modo hemos de recordar la presencia de algunas especies cerámicas de tipo Cogotas I en El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete), que, aunque sin un contexto estratigráfico claro, se incluyen en la secuencia del Bronce Final -posterior al Bronce Pleno- de este yacimiento.

Sólo en Las Hoyas del Castillo la sucesión estratigráfica indica la presencia del grupo de Cogotas I en un momento del Bronce Medio y del Bronce Final, mientras que en el resto de los yacimientos las cerámicas meseteñas sólo hacen acto de presencia en este último momento.

Por lo que se refiere a la cronología absoluta únicamente contamos con fechas asociadas para Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo (Ulreich, Negrete y Puch, 1994: 131 y fig. 13):

Estrato 6: 3250±70 b.p. / 1300±70 a.C.

3200±70 b.p. / 1250±70 a.C.

Estrato 9: 3050±50 b.p. / 1100±50 a.C.

Según los excavadores de este yacimiento las fechas proceden de estratos de escombros vertidos de forma intencional, por lo que no datan el momento mismo de la deposición, sino uno previo. Estos valores pueden considerarse muy significativos, puesto que, en líneas generales, coinciden con la evolución tipológica de las especies y apuntan, en el primer nivel, hacia un momento ya tardío de la fase de Protocogotas, y hacia la fase de plenitud en el último.

A pesar de no estar seguros de la asociación directa con las cerámicas intrusivas, en La Motilla del Azuer existe una fecha para la fase V -Bronce Tardío- con un resultado de 1270 ±90 a.C. que también encaja en los parámetros cronológicos del grupo de Cogotas I.

La cronología tipológica, a pesar de los inconvenientes que supone la parcialidad de las muestras y el grado de subjetividad en la interpretación, alcanza a un mayor número de yacimientos, aunque en este caso también hemos de lamentar importantes lagunas al no conocer los ejemplares de tipo meseteño de zonas como Ciudad Real y de un buen número de establecimientos toledanos. Del resto de los enclaves la información de este tipo es variable; los que de mejores condiciones gozan, por ofrecer una muestra más amplia, son nuevamente El Castillo de Huete y Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo.

En Toledo la primera fase, o fase Protocogotas, es posible que pueda estar representada en Pantoja, ya que Almagro-Gorbea (1973: 13 y 20; 1988: 169-170) identificó un horizonte con este nombre en la Submeseta Sur, que sería paralelo al de Cogeces (es decir, Protocogotas). En este término municipal toledano, si atendemos a indicaciones más recientes, existen al menos dos asentamientos afectados por Cogotas I y en ambos se identifican producciones que apuntan a su ocupación durante fases posteriores (Rincón y Rayón, 1990; Carrobles, Muñoz y Rodríguez, 1994: 180-187), pertenecientes a la plenitud del grupo. A estos momentos podemos atribuir, en función de las descripciones y de las piezas publicadas, la mayoría de los hallazgos de esta provincia -El Cerro de la Horca, La Bóveda, el Casco Antiguo de Toledo, El Cerro del Bu, Mora, Calaña y Arroyo Manzanas-, mientras que las indicaciones a los momentos más avanzados sólo se hacen respecto a Navalcán y Alcaudete de la Jara.

En Cuenca las características decorativas y formales de Protocogotas pueden intuirse en El Corral de Rachuelo, en el nivel 6 de Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo y en algunas cerámicas de El Castillo de Huete. La fase de plenitud -en la que predominan los temas de boquique y aparece la decoración excisa- está representada en El Otero de Caracenilla, en la pieza de El Pico de la Muela, en los estratos 7 y 8 de Hoyas del Castillo y en algunos ejemplares de El Castillo de Huete. Por su parte, a la fase más avanzada, caracterizada por la barroquización de la decoración y por la variedad en los perfiles, podrían corresponder los materiales del nivel 9 de Pajaroncillo. Por otro lado, la tipología formal y el motivo decorativo de la urna decorada con boquique de El Castillo de Reillo apuntan hacia

una cronología tardía, que habría que llevar a la primera mitad del siglo VII a.C., dentro ya de un horizonte típico de los Campos de Urnas del Ebro (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988: 259).

En El Amarejo (Bonete, Albacete), la ausencia de excisión y la presencia de boquique delimitando espacios rellenos de puntos impresos y la ausencia de decoraciones excisas insinúan un momento de plenitud del desarrollo interno de Cogotas I.

El marco cronológico del contexto es, en este caso, un criterio poco servicial. Las cerámicas de Cogotas I no se asocian a ningún "fósil guía" importante que ayude a su delimitación cronológica concreta, y la producción cerámica ajena a la tradición cogoteña es de difícil identificación, a pesar de que en varios casos se asigna, sin dudas, al Bronce Final. Sólo en algunos yacimientos en los que las decoraciones de boquique conviven con elementos propios de los Campos de Urnas se ha planteado la posibilidad de que exista una perduración de grupos residuales de Cogotas I que contacten con las nuevas tradiciones que introducen la Edad del Hierro en la Submeseta Sur (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1988). Este tipo de asociación se produce, como acabamos de ver, en un vaso de Reillo, pero también en el yacimiento de Testero (Numancia de la Sagra, Toledo), donde un fragmento con decoración de boquique y algunas fuentes carenadas lisas propias de Cogotas I se encuentran al lado de elementos típicos de Campos de Urnas como las decoraciones acanaladas. En este último caso, al tratarse de materiales recogidos en superficie, nada impide sospechar una doble ocupación del poblado, sin embargo, de comprobarse la asociación, tendría una explicación similar a la de Reillo. A pesar de todo, no queremos descartar la posibilidad<sup>100</sup> de que ciertos grupos retardatarios en la zona de la

100 Posibilidad que Ruiz Zapatero y Lorrio (1988) avalan con documentos de contacto entre ambas formaciones (Cogotas I y C.C.U.U.) no sólo en los lugares citados, sino también en Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara), Eras de San Martín (Alfaro, La Rioja), El Negralejo (Rivas, Madrid), La Fábrica (Getafe, Madrid), La Muela de Alarilla (Guadalajara) e, incluso, el yacimiento de Pedro Muñoz (Ciudad Real).

Submeseta Sur, e incluso del sur de la Submeseta Norte, se prolonguen lo suficiente en el tiempo como para recibir los primeros influjos de los Campos de Urnas que, procedentes del Este, penetran en la Meseta.

En el Cerro de La Muela del conjunto de Arroyo Manzanas aparecen en superficie cerámicas excisas y de boquique junto a un plato con decoración bruñida exterior; sin embargo, también se presentan fragmentos campaniformes, por lo que en principio hay que suponer que el yacimiento se ve ocupado en distintas fases.

En definitiva, la mayoría de las veces los recursos para el establecimiento de la cronología nos llevan a resultados coincidentes y coherentes. La estratigrafía siempre ubica la presencia de Cogotas I en niveles del Bronce Medio y Final, al igual que la cronología absoluta de Pajaroncillo. Las indicaciones tipológicas apuestan por una representación de todas las fases de Cogotas I en la región, aunque no de forma equilibrada, mientras que las asociaciones y el contexto prueban la existencia de perduraciones.

Por lo tanto, parece que Cogotas I irrumpe en estas tierras en un momento más bien avanzado de la primera fase -Protocogotas-, en torno a finales del siglo XIV a.C., aunque ésta se vea sólo tímidamente representada en cuatro enclaves, y que se mantiene durante todo su desarrollo, siglos XIII-IX a.C., sobre todo en los siglos centrales de este intervalo. Por lo demás, se consigue que ciertos rasgos decorativos de este grupo perduren, quizás junto a otras tradiciones, hasta la llegada de los primeros influjos de los Campos de Urnas, entre los siglos VIII y VII a.C.

Contrariamente a lo que podría suponerse, dada la cercanía de Toledo a la región madrileña, la primera fase parece estar mejor representada en

Cuenca, aunque los datos siguen siendo demasiado escuetos como para elaborar conclusiones inamovibles.

*e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

La propia importancia del fenómeno de Cogotas I en esta zona es un inconveniente para el análisis del contexto local. En Toledo no conocemos ningún yacimiento adscrito al Bronce Final que no lo sea en función de la presencia de elementos cerámicos pertenecientes a Cogotas I, y, aún así, sólo se han publicado algunos fragmentos decorados, por lo que difícilmente podremos hacer una valoración del contexto cultural que recibe las tradiciones de Cogotas I. En realidad da la impresión de que la mayor parte de esta provincia se ve envuelta, durante el Bronce Final, en la órbita de Cogotas I, aunque se mantengan aspectos culturales heredados de momentos anteriores, como pueden ser el hábitat y el tipo de poblamiento.

En Cuenca la situación puede variar en cierta medida, puesto que, por un lado se conocen auténticos poblados de Cogotas I -Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, El Castillo de Huete-,<sup>101</sup> por otro yacimientos en los que las cerámicas de Cogotas I acompañan a producciones lisas no pertenecientes a este grupo -Pico de la Muela de Valera de Abajo- y, por último, otros enclaves adscritos al Bronce Final en los que no comparecen las especies cogoteñas. En los ejemplos del primer grupo no somos capaces de encontrar verdaderos elementos dentro de la cultura material o de los aspectos del hábitat que relacionen estos poblados con otras áreas culturales, y sólo algunas formas atípicas y ciertas reinterpretaciones de motivos decorativos nos llevan a considerar la posibilidad del mantenimiento de un substrato indígena de carácter local, del que pueden ser reflejo los amplios

101 En este mismo apartado podrían incluirse El Otero de Caracenilla y El Corral de Rachuelo, aunque estos dos poblados sufren una importante carencia de datos y no han sido excavados.



acanalados verticales propios del Bronce Antiguo de Pajaroncillo y que comparecen en los estratos del Bronce Medio y Final. En el caso del poblado situado en Valera de Abajo podremos distinguir un contexto material que, aunque no muy alejado de las producciones lisas de Cogotas I, muestra un alto componente indígena -ollas de boca cerrada o abierta, vasos cilíndricos y cuencos, asas verticales perforadas y mamelones, y decoraciones con impresiones de triángulos sobre el borde o finas incisiones horizontales paralelas (Valiente Cánovas, 1981)-.

Siguiendo las indicaciones de Díaz-Andreu (1994) podemos decir que, hasta el momento, no se ha detectado un Bronce Final no Cogotas en La Alcarria conquense, comarca que se sitúa en el cuadrante noroccidental de la provincia, precisamente el más cercano al área nuclear cogoteña. En La Serranía, sin embargo, se conoce en este momento el poblado de La Cerradilla de El Cubillo, cuya cultura material consiste en cerámicas con formas de ollas y cuencos, mamelones y cordones impresos, pero sin decoraciones de tipo Cogotas (*Ibidem*: 156 y fig. 123). En La Mancha, por su parte, se encuentran los yacimientos de El Cerro de la Virgen de la Cuesta de Alconchel de la Estrella y El Villar de Alarcón, ambos, al parecer, ajenos a las tradiciones citadas.

Tampoco son muchas las noticias sobre esta fase en Ciudad Real, donde sólo conocemos la ocupación durante este período de sitios como Castellón de Villanueva de los Infantes (*Ibidem*: 192) y Arenas de San Juan (Nájera y Molina, 1977: 279).

En Albacete, durante las primeras fases del Bronce Final se produce una substancial reducción del número de poblados en comparación con el Bronce Clásico. En la zona de Hellín-Torralba se pasa de alrededor de 100 a tan sólo 11 lugares habitados, por lo que se ha llegado a pensar en un generalizado despoblamiento de la zona durante el

período, o en el mantenimiento de poblados del Bronce Pleno en los que no se alteran las características tipológicas de los materiales. Algunos lugares pertenecientes a estos momentos son El Tesoro (Camarillas 1), El Maeso (Hellín) y El Peñón (Elche de la Sierra). El Bronce Final Pleno está representado en la región por el yacimiento de El Macalón, con una cronología en torno a finales del siglo IX o principios del siglo VIII a. C., mientras que Camarillas 2 (Agramón-Hellín) se sitúa ya hacia la primera mitad del siglo VII a.C. (López Precioso, 1994: 297-299). Dentro de este esbozo de secuencia cultural habría que situar la presencia de especies de tipo Cogotas I sólo en los primeros momentos, finales del Bronce Pleno-inicios del Bronce Final; en un intervalo cronológico que abarcaría, a grandes rasgos, los dos últimos siglos del IIº milenio a.C. La cultura material de estos grupos proporciona cazuelas y cuencos carenados que presentan una indudable relación con Cogotas I y con las producciones lisas del Bronce Tardío del Sureste; pero también ofrece cuencos con el borde engrosado y algunos recipientes -botellas y urnas- alejados de la tradición meseteña que otorgan al conjunto un carácter claramente diferenciado.

En líneas generales, podemos decir que durante el Bronce Final Cogotas I es el grupo arqueológico predominante en Toledo y el sector noroccidental de Cuenca, y que se presenta de forma más esporádica en el resto de la última provincia y, sobre todo, en Ciudad Real y Albacete, donde se documentan otros poblados pertenecientes al mismo momento, pero ajenos a aquella tradición. A pesar de todo, tenemos un gran desconocimiento de las características que definen a esos grupos locales, que, sobre todo en la zona más meridional, pero también en la misma línea del Tajo, parecen no sufrir grandes transformaciones estructurales respecto a las tradiciones previas.

## 5. Conclusiones.

En nuestra opinión, no se puede hablar en conjunto de la “expansión” de Cogotas I por estas cuatro provincias, puesto que las evidencian denuncian fenómenos diferenciados en cada una de ellas.

Claramente, asistimos en las tierras del Tajo medio toledano a una prolongación del grupo de Cogotas I desde la región madrileña en dirección Sur y Oeste, provocada por una fuerte aculturación. En este caso se puede hablar de auténtico traslado de los esquemas culturales de Cogotas I, acompañados incluso por puntuales movimientos de población, en virtud de necesidades económicas derivadas de un aprovechamiento intensivo del medio. Las razones que nos llevan a estas consideraciones son:

- La proximidad geográfica del conjunto respecto a la zona del grupo madrileño y la continuidad de yacimientos de Cogotas I a lo largo del curso del Jarama gracias a los cuales no se puede hablar de solución de continuidad.
- La pertenencia del Tajo Medio durante el Bronce Pleno a la misma facies cultural, los “fondos de cabaña”, que la zona madrileña, por lo que en ambos lugares los puntos de partida son semejantes.
- La constatación de un tipo de evidencias habitacionales y funerarias similares a las de Cogotas I y, concretamente, a las que este grupo desarrolla en los alrededores de Madrid. Ejemplos de esto son la constatación de un “campo de hoyos” en el yacimiento de El Cerro de la Horca (Pantoja), y el descubrimiento de un enterramiento en hoyo en Fuente Amarga (Pantoja).
- La inexistencia de un Bronce Final diferenciado de Cogotas I en la zona.
- Las características de los materiales cerámicos analizados repiten los rasgos morfológicos y decorativos típicos de este horizonte. La existencia de típicos perfiles carenados y troncocónicos, con bordes rectos o ligeramente abiertos y exvasados, la ornamentación de estos y otros vasos con técnicas incisas,

impresas, de boquique y excisas, la configuración a base de las mismas de motivos clásicos como los zigzag, espigas, áreas puntilladas y círculos concéntricos, así como la ubicación y combinación de estos últimos, nos conducen a resultados finales muy similares a los que sirven como fósiles guía para la identificación de Cogotas I en la cuenca del Duero y en el grupo madrileño-alcarreño.

A pesar de todo ello, también hemos sido capaces de identificar en este sector algunos aspectos particulares que lo alejan de la zona nuclear:

- En primer lugar, y a pesar de la pertenencia de este sector a la facies de “fondos de cabaña” en el Bronce Pleno, se detecta, al menos en El Cerro del Bu, un poblamiento con estructuras defensivas y habitacionales de cierta entidad, y una estratigrafía que alcanza el Bronce Final, lo que sugiere la existencia de un poblamiento estable sobre el que se dejan sentir las cerámicas de Cogotas I sin alterar sustancialmente la vida del enclave. Esta situación, todavía por comprobarse en algún yacimiento de la zona nuclear, induce a pensar, al menos en algún caso, en el papel secundario de nuestras cerámicas sobre un hábitat ya establecido de antemano y, por lo tanto, la pervivencia de esquemas previos a su llegada.
- Una densidad espacial de yacimientos más baja que la constatada en las tierras madrileñas, aunque hemos de admitir que existen regiones concretas incluidas dentro del área nuclear que se asemejan a los índices toledanos e incluso hacen que estos parezcan elevados.
- Mayor proporción de emplazamientos defensivos o elevados que en el grupo original, a pesar de que también es cierto que este tipo de localización se reduce respecto a otras áreas de expansión.
- La dificultad encontrada hasta ahora para definir con claridad un momento inicial (Protocogotas) del desarrollo de Cogotas I en Toledo, de la que sólo se conocen vagas noticias lanzadas por

Almagro-Gorbea (1973: 13 y 20) y no confrontadas en trabajos posteriores. Por este motivo hemos llegado a pensar que la presencia de Cogotas I en la región comienza una vez el grupo está consolidado, o por lo menos muy avanzada ya su etapa inicial, lo que implica un carácter secundario y, hasta cierto punto, subsidiario, respecto de la zona madrileña y Guadalajara, donde sí se ven representados los asentamientos de fase Protocogotas.

A pesar de todo, y a modo de conclusión, podemos decir que la región del Tajo Medio toledano es la zona de expansión más influenciada por la tradición de Cogotas I, y por lo tanto más cercana arqueológicamente a este grupo, de todas las que tratamos y trataremos en este trabajo. Se puede hablar aquí de una "auténtica expansión" de la cultura arqueológica de Cogotas I, dado que se trata de un territorio en principio no involucrado en la génesis del grupo pero que termina afectado en su práctica totalidad durante los momentos álgidos del mismo.

En el noroeste de Cuenca puede darse un fenómeno parecido al acontecido en Toledo, aunque la distancia hasta el territorio nuclear más próximo, que sería el valle del Henares, es ya considerable y no tan fácil de recorrer como en el caso toledano. La presencia de auténticos poblados en zonas más alejadas aún, como el de Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, en plena Serranía, parecen implicar otro tipo de relaciones establecidas de manera más puntual, iniciándose mecanismos similares a los de regiones más alejadas. No faltan tampoco ejemplos, como el de El Pico de la Muela en Valera de Abajo, que demuestran fenómenos claramente intrusivos, donde las cerámicas de Cogotas I tienen un carácter minoritario dentro del componente local.

Entre las características que acercan los establecimientos conquenses a los de Cogotas I en el área nuclear destacan la presencia de típicos hoyos excavados en el suelo (Corral de Rachuelo);

la documentación de la fase de formación en, al menos, tres yacimientos (El Castillo de Huete, El Corral de Rachuelo y Hoyas del Castillo) -aunque los materiales apuntan a los momentos más tardíos de la misma-; y la similitud en los perfiles y temas decorativos, reconocidos sobre todo en Hoyas del Castillo y El Castillo de Huete, donde se pueden apreciar temas incisos, impresos, de boquique y excisos con esquemas compositivos similares a los del grupo nuclear. Algunos de estos motivos, incluso, remiten a zonas concretas dentro de Cogotas I; caso de las impresiones en forma de creciente de Huete, un tema muy frecuente en los yacimientos madrileños, o los triángulos rellenos de paralelas oblicuas del mismo enclave, muy característicos del reborde oriental de la Submeseta Norte.

Sin embargo, otros muchos rasgos arqueológicos observables en el fenómeno de Cogotas I en Cuenca aconsejan su tratamiento separado de los conjuntos más típicos y su inclusión, por lo tanto, dentro de las regiones de expansión. A ello nos inclina un mayor distanciamiento geográfico; la inclusión durante el Bronce Pleno de gran parte de la provincia en la órbita cultural del Bronce Valenciano, lo que supone un punto de partida diferente; una menor densidad de yacimientos afectados; el predominio absoluto de los asentamientos en lugares elevados sobre los que se ubican en zonas de escaso interés defensivo; la constatación de poblados en los que las cerámicas de Cogotas I sólo suponen un pequeño porcentaje respecto al material de tradición local y de ejemplos de este último en otros yacimientos más afectados; y ciertas peculiaridades en las técnica y en los motivos decorativos. En este último caso podemos recordar las toscas excisiones de Las Hoyas del Castillo, los motivos de boquique de El Amarejo, las zonas punteadas de El Otero de Caracena y algunos trazos impresos de El Castillo de Huete.

En conclusión, podemos decir que en Cuenca, pese a existir evidencias de una importante aculturación por parte de Cogotas I, esta no afecta por igual a toda la provincia ni a todos los yacimientos inventariados.

En Ciudad Real y Albacete la mayoría de las características apuntan hacia una reducida y poco significativa presencia de Cogotas. A pensar esto contribuyen datos como la lejanía geográfica respecto del núcleo cogoteño; la existencia de facies claramente diferenciadas durante el Bronce Pleno; una escasísima densidad de yacimientos involucrados; el predominio de los asentamientos defensivos; la utilización de desarrolladas estructuras habitacionales realizadas en piedra (Motilla del Azuer y El Castellón); y la localización de poblados contemporáneos no afectados por la tradición cerámica de Cogotas I y de las cerámicas de este grupo, en escasa proporción a veces, dentro de contextos materiales con personalidad propia y pertenecientes a un horizonte local.

Por lo tanto, hemos de pensar en que la presencia de Cogotas I en Ciudad Real y Albacete sólo responde a un fenómeno de influencia material, de carácter secundario, sin que se alteren las estructuras poblacionales preexistentes.

Por otra parte, uno de los papeles más importantes de la Submeseta Sur en el proceso de difusión de los estilos cerámicos de Cogotas I fuera de su área nuclear es su condición de territorio de paso obligado hacia el Sureste y Andalucía. En este sentido, el aumento constante de los enclaves que se viene produciendo va marcando los posibles caminos que posibilitaron la llegada de las influencias del grupo meseteño hasta Sierra Morena y los contactos directos con las tierras más meridionales de la Península. La presencia de dos poblados en el sureste de Albacete en relación con las zonas de paso de Hellín y Almansa, nos abren las puertas, cerradas durante muchos años de investigación, para trazar vías de contacto directo entre la Meseta y el Sureste a través del Vinalopó y la cuenca del Segura.

## ■ EXTREMADURA

### 1. Estado de la Investigación.

Una vez más nos encontramos ante una región en la que los estudios destinados al conocimiento y sistematización de la Edad del Bronce eran poco prolijos hasta hace poco tiempo. Los principales elementos de definición de este período en la región eran la metalurgia atlántica y la orfebrería, mientras que tanto los poblados como las necrópolis permanecían prácticamente desconocidos (Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992). Sólo la presencia de algunas producciones cerámicas de tipo Cogotas I y otras con decoración bruñida apuntaban relaciones con otras áreas de la Península.

En 1977 ve la luz el trabajo monográfico sobre *el Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura* de M. Almagro-Gorbea, una importante síntesis que, basándose en la información disponible, defendía la perduración de elementos megalíticos hasta los inicios del Bronce Final. En los siguientes años no proliferan otros estudios dedicados a las fases del Bronce en la región, y habrá que esperar a los hallazgos más recientes y a las últimas excavaciones para poder abordar, todavía con un éxito relativo, la caracterización de esta etapa.

La precariedad y, sobre todo, la parcialidad de los estudios dan como resultado un conocimiento diferencial de las distintas zonas dentro de la región. De esta manera, los datos para el II<sup>o</sup> milenio proceden en su mayoría de la prolongada ocupación del poblado del Castillo de Alange (Badajoz), en la cuenca media del Guadiana, mientras que para la fase final del Bronce se tiene un mayor conocimiento a través de hallazgos tan representativos como las estelas, los elementos metálicos y un número creciente de poblados. La visión más reciente sobre este período se debe a Pavón (1995a), quien esboza la existencia de un Bronce Pleno integrado en el Bronce del Suroeste y un Bronce Final en el que

entran en juego un componente autóctono y una serie de influencias externas.

En cuanto a la presencia de Cogotas I en la región, las primeras cerámicas publicadas son las de la Cueva de Maltravieso (Callejo, 1958), que sin embargo se atribuyen a la neolítica Cultura de las Cuevas. La primera mención sobre una posible relación con aquel grupo se debe a Almagro-Gorbea (1977: 110, fig. 52) y se refiere a la Cueva del Boquique. En nuestro inventario ya expusimos los problemas planteados por las cerámicas de esta cavidad, cuyos “boquiques” probablemente sean neolíticos; sin embargo, el yacimiento epónimo de una de las técnicas más representativas del horizonte mesetense aparecerá en todos los mapas de dispersión de los elementos de cultura material de Cogotas I a partir de entonces. En 1983 se dan a conocer las cerámicas de boquique de la Cueva del Conejar, adscritas por el autor al Bronce Final (Cerrillo, 1983), pero que presentan algunas dudas sobre su cronología. Posteriormente se publicaron nuevos hallazgos relacionados con Cogotas I en Alange (Enríquez, 1988) y, más recientemente, se menciona el aumento de las evidencias de este tipo -aunque los materiales permanecen inéditos- repartidas por toda la geografía extremeña (Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: fig. 1; Pavón, 1995a: nota 4).

El número de hallazgos relacionados con Cogotas I se ha visto, por lo tanto, sustancialmente incrementado en Extremadura. De ser una zona vacía en el mapa de dispersión de Cogotas I de Fernández-Posse (1982: fig. 4) ha pasado a contabilizar un total de 12 estaciones afectadas por la influencia de las tradiciones cerámicas de aquel grupo. Sin embargo, la información sigue siendo muy deficitaria. A pesar de haberse realizado excavaciones en varios yacimientos, las cerámicas de tipo

Cogotas I sólo aparecieron dentro de estratigrafías fiables en los cortes de El Castillo de Alange, mientras que las restantes han sido obtenidas en prospecciones superficiales, vaciados de cuevas alteradas, o estratos removidos. La información disponible sólo parece medianamente aceptable en Alange y las cuevas cacereñas, siendo escasa, por no decir nula, en el resto de los lugares. La mención de algunos puntos únicamente en mapas de dispersión y a través de citas aisladas nos obliga a considerar como dudosos al menos a cinco de los establecimientos citados.

## 2. El Medio Geográfico.<sup>102</sup>

En realidad, la región extremeña constituye la parte más occidental de la Submeseta Sur, pero se diferencia de aquella en la naturaleza de los terrenos y en una altitud media sensiblemente más baja. Su relieve se caracteriza por penillanuras entre los 300 y 400 m. de altitud surcadas por cauces fluviales, que a veces discurren muy encajados. Geológicamente está compuesta por un zócalo antiguo, precámbrico y paleozoico, en el que predominan las alineaciones Este-Oeste o Noroeste-Sureste. Se pueden diferenciar tres zonas. La más septentrional, formada por las llanuras y sierras de la Alta Extremadura; la zona central, ocupada por las vegas del Guadiana y de la Tierra de Barros; y la meridional, que forma parte del borde septentrional de Sierra Morena. La red fluvial se caracteriza por su encajonamiento, salvo en algunos terrenos como la Vega del Guadiana y del Alagón, alcanzando algunos tramos del Tajo hasta 150 m. de profundidad respecto de la penillanura por la que transcurre. Este aspecto, unido a la presencia del Sistema Central al norte, de la prolongación de los Montes de Toledo en el centro y de Sierra Morena al sur, así como de una serie de

102 Los datos sobre las características geográficas de la región han sido extraídos principalmente del trabajo de Almagro-Gorbea (1977: 1-15), así como de otros estudios de carácter parcial realizados sobre Extremadura (Martín Bravo, 1994: 244-249; Celestino, Enríquez y Rodríguez, 1992: 311).

estribaciones y terrenos abruptos al oeste, supone un grave inconveniente para la fluidez de las vías de comunicación. A pesar de todo, se pueden trazar algunas rutas naturales, entre las que destaca la llamada Vía de la Plata, que va desde el Alagón o el Jerte hasta Sierra Morena pasando por el Guadiato o la Sierra de Tentudía y los vados de Alconétar (Tajo) y de Mérida o Medellín (Guadiana). De Este a Oeste los principales caminos están marcados por las propias cuencas del Tajo y Guadiana, aunque rara vez siguen los cauces de los ríos, internándose frecuentemente en zonas paralelas más transitables.

En Extremadura existe un variado mosaico de recursos naturales y paisajes que van desde las feraces llanuras sedimentarias propicias para el cultivo, a las sierras de suelos poco profundos únicamente aprovechables como pastizales de cabras y ovejas. La región ofrece, por otra parte, gran cantidad de pequeños yacimientos mineros de oro, plata, estaño y cobre que, sin duda, influyeron en el poblamiento durante la Edad del Bronce.

Por lo que se refiere a los poblados afectados por la presencia de grupos o cerámicas de Cogotas I, al igual que ocurre en otras regiones fuera de la Meseta, se puede apreciar una evidente vinculación a la red fluvial (Fig. 51). En este caso existen dos claras referencias, la cuenca del Tajo y la del Guadiana.

### **3. Precedentes Culturales. La evolución cultural en Extremadura durante la Edad del Bronce.**

Tras un horizonte Calcolítico bien contrastado arqueológicamente, la Edad del Bronce se nos presenta como un período del que se tienen muy pocos datos y, por lo tanto, escaso conocimiento. Sin embargo, a partir, sobre todo, de la documentación de enterramientos individuales de muy variada tipología, se va perfilando la existencia de un horizonte de transición entre el Calcolítico y la Edad del Bronce que se denomina Epicalcolítico (segunda

mitad del siglo XVII y siglo XVI a.C.) y que se caracteriza por la continuidad de elementos tradicionales como los vasos de “paredes delgadas” (Pavón, 1993: fig. 9; Pavón, 1995a: 37).

Con posterioridad se documenta un Bronce Pleno, fundamentalmente en la cuenca media del Guadiana, que ha de considerarse como perteneciente a la esfera del Bronce del Suroeste. Las novedades respecto al período anterior se establecen a partir de la cultura material. En la cerámica predominan las producciones elaboradas en atmósferas reductoras, con magníficos acabados espatulados o bruñidos, y aparecen nuevas formas y decoraciones relacionadas con la región suroccidental, como los cuencos carenados lisos con claros paralelos en aquellos de “tipo Atalaia” y “tipo Odívelas”, o ejemplares decorados similares a los vasos de “tipo Santa Victoria”. Destacan también las botellas y vasos con nervios verticales y con zonas horizontales; y en el conjunto de Alange se puede apreciar una evolución que tiende a desarrollar progresivamente la decoración. Por su parte, la metalurgia -punzones, puntas de flecha, cuchillos con remaches o con escotaduras y moldes de hachas planas- también apuntan en la misma dirección. Sin embargo, siguen apareciendo piezas cerámicas de carácter funcional heredadas de las fases previas -cuencos y fuentes hemisféricas, ollas globulares o de cuello y vasos de paredes rectas-, al igual que la mayoría de la industria lítica (Pavón, 1993: 152-153 y figs. 3, 4 y 5; 1995a: 39-40 y fig. 2). La cronología propuesta para este grupo en la cuenca media del Guadiana, y por extensión en todo el territorio, iría de 1700 a 1100 a.C.; y en Alange precede, claramente, a un horizonte en el que están presentes las cerámicas de tipo Cogotas I (Pavón, 1995a: 45).

Por su parte, desconocemos las características de los hábitats de este período, puesto que la estratigrafía de Alange aún no ha proporcionado datos al respecto. La economía de este momento, aunque las

conclusiones se basan únicamente en los estudios de aquel yacimiento, parece estar asentada en una ganadería relativamente diversificada y en una agricultura de secano a base de cereales y leguminosas. El ritual funerario mejor constatado en el Bronce Pleno es el enterramiento individual en cistas (Guadajira, Magacela y Palacio Quemado en Alange; Villagordo y Palomas en Villafranca de los Barros; El Piojo en Ribera del Fresno...) (*Ibidem*: 42; Gil-Mascarell, Rodríguez y Enríquez, 1986).

Por lo demás, existen todavía grandes lagunas sobre el Bronce Pleno en la región septentrional -provincia de Cáceres-, en la que los escasos documentos proceden de niveles alterados de cavidades rupestres como El Conejar, Maltravieso o Cueva del Boquique. En alguna de ellas es posible encontrar cerámicas que apuntan hacia una cronología temprana de elementos de Cogotas I, que se situarían al final del Bronce Pleno, sin embargo, desconocemos las características culturales o materiales que definen esta región en los momentos previos.

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### a. *Implantación geográfica.*

El número total de estaciones con presencia de Cogotas I es, como vimos, de 12; un volumen que supone el 6,5% del total que conforman la "expansión", y que sitúa a Extremadura, más si tenemos en cuenta su amplitud geográfica, entre las zonas menos afectadas por la tradición meseteña (Fig. 91).

Aquella región se constituye como un espacio de disposición vertical que abarca dos cuencas fluviales de disposición horizontal. Por este motivo hay una gran diferencia espacial entre los hallazgos de la Alta Extremadura -Cáceres-, donde se cuenta por el momento con cinco estaciones con cerámicas de tipo cogoteño, y los de la Baja Extremadura -Badajoz-, con siete yacimientos de este tipo. En el

caso de los primeros existe cierta continuidad espacial en relación a los poblados de Cogotas I más meridionales de Salamanca y a los del grupo del Tajo medio toledano. De esta manera podemos encontrar distancias de 35/40 km. entre los asentamientos cercanos al Puerto de Béjar y la Cueva del Boquique, o entre el poblado de El Golín (Oropesa, Toledo) y el de Villanueva de la Vera (Cáceres). Sin embargo, los demás ejemplos cacereños se van alejando de la región nuclear hasta alcanzar más de 100 km. de separación. Las distancias se hacen mucho mayores en el caso de Badajoz, llegando hasta los 200 km.; aunque en el caso de El Cerro de la Barca (Herrera del Duque) sólo le separan unos 70 km. de los enclaves más occidentales del grupo toledano.

La dispersión de que hacen gala estos yacimientos y la gran extensión de las tierras extremeñas provoca que la densidad espacial del fenómeno de la difusión de cerámicas de Cogotas I sea aquí, extremadamente tímida; de 0,00046 yac/km<sup>2</sup> en Cáceres, y de 0,00084 yac/km<sup>2</sup> en Badajoz. En esta última provincia, si prescindimos de Herrera del Duque y de Albuquerque -dada su lejanía del resto de los hallazgos-, y se toma como referencia un espacio más reducido, el índice aumenta hasta 0,0017. En cualquier caso, los valores en la cuenca del Guadiana son mayores que en la del Tajo; un aspecto difícil de explicar por el momento, puesto que invierte los términos observados en la región castellano-manchega, más acordes con una relación directamente proporcional a la distancia respecto de la zona nuclear. Por otra parte, éstos índices se asemejan y rebajan el obtenido en Ciudad Real, alcanzando las cifras menos elevadas de todas las regiones estudiadas hasta el momento.

La comparación de los poblados del Bronce Final con cerámicas de Cogotas I y aquellos otros no afectados por el grupo de la Submeseta Norte resulta harto difícil, puesto que no podemos asegurar que todos los asentamientos adscritos a este



momento tengan una misma cronología o que hayan funcionado al mismo tiempo. En relación a esto, nos vemos obligados a eliminar de la muestra del primero de los grupos las cuevas de El Boquique y Maltravieso, puesto que la influencia en estos enclaves, como se ha explicado en el inventario, podría corresponder únicamente a los momentos iniciales de Cogotas I, dentro del Bronce Medio. A la vez, queremos advertir que tampoco se han tenido en cuenta en el segundo conjunto los hallazgos metálicos aislados ni las estelas decoradas. Para esta aproximación hemos utilizado el mapa publicado por Celestino, Enríquez y Rodríguez (1992: fig. 1) y algunas recientes aportaciones al tema (Enríquez, 1989-90; Pavón, 1995a). De esta manera encontramos 24 yacimientos con cerámicas pertenecientes al Bronce Final, de los que 10 presentan intrusión o influencia de Cogotas I; lo que supondría el 41,6%. No podemos, empero, fiarnos demasiado de este porcentaje, puesto que incluiría todos los poblados del Bronce Final, incluso los adscritos gracias a la aparición de cerámicas con decoración bruñida interior y pintadas de “tipo Carambolo”, que, a nuestro entender, pueden ser posteriores a Cogotas I. Pavón (1995a) restringe algo más las posibilidades de coincidencia al señalar una serie de poblados de las primeras fases del Bronce Final donde contabiliza un total de 15 estaciones, entre las cuales sólo cuatro presentan intrusión meseteña, es decir, un 26,6%.

En definitiva, aunque las proporciones apuntadas no puede ser tomadas como datos consistente, creemos que el papel de Cogotas I dentro del poblamiento del Bronce Final de Extremadura es, hasta cierto punto, importante, sin llegar, en ningún caso, a anular el componente local o a eclipsar otras influencias foráneas. La implantación geográfica de este fenómeno presenta un carácter predominantemente disperso, a pesar de significativas agrupaciones, y vinculada a las principales vías naturales de comunicación.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

A pesar de la falta de datos, podemos decir que la mayoría de los yacimientos afectados por Cogotas I son lugares de hábitat. Así parece desprenderse de la presencia, junto a los ejemplares decorados, de cerámicas de cocina o almacenamiento, o de la constatación de las primeras en lugares que han desempeñado el papel de poblado en otros períodos de la Prehistoria. Esta adscripción alcanzaría igualmente a las cuevas de la provincia de Cáceres; sin embargo, en el caso de la de Maltravieso, la aparición de algunos restos humanos inclinan a Esparza (1990: 113-114) a otorgar a esta cavidad un carácter sepulcral, por lo que las cerámicas de tipo meseteño allí recuperadas podrían haber funcionado como ajuares funerarios.

Sólo conocemos el emplazamiento de 11 de los yacimientos; de ellos tres corresponden a cuevas o abrigos rocosos (Boquique, Maltravieso y El Conejar), todos en Cáceres, y seis presentan una posición defensiva, sobre cerros más o menos destacados (La Alcazaba de Badajoz, El Castillo de Alange, Nogales y El Cerro del La Barca de Herrera del Duque), todos ellos en Badajoz, mientras que sólo dos se asientan en el llano (Atalaya de la Zarza y Los Corvos). La escasez de la muestra puede llevarnos a conclusiones equivocadas, pero podríamos aventurarnos a decir que la influencia de Cogotas I se produce preferentemente en Cuevas en la Alta Extremadura y en cerros en la Baja Extremadura. La primera circunstancia puede que esté relacionada con un fenómeno específico y particular del fenómeno, mientras que en el segundo caso se repite una característica muy común en las regiones de expansión de Cogotas I. El Castillo de Alange y La Alcazaba de Badajoz constituyen los dos ejemplos mejor documentados y más interesantes, puesto que su emplazamiento se beneficia de un amplio control sobre los terrenos y yacimientos circundantes, de la

cercanía de los principales vados a través de los cuales se atraviesa el Guadiana y, por lo tanto, de las vías de comunicación que surcan la región. En el caso del poblado de Valcorchero, en el que se incluye la Cueva del Boquique, también se aprecian ventajas para el control del territorio, puesto que se sitúa en una elevación de granito que domina el valle del Jerte, camino natural hacia la Submeseta Norte.

La presencia de cerámicas de boquique en dos yacimientos en llano cerca del Castillo de Alange podría, por su parte, indicar que la influencia de Cogotas I se involucra en los fenómenos de dependencia y supeditación entre los poblados de la región; teoría según la cual las manifestaciones de este tipo en las dos estaciones podrían vincularse a las que, con cierta intensidad, se muestran en el cerro de Alange.

En todo caso, no podemos desvincular estos poblados, aquellos en los que hace acto de presencia la cerámica de Cogotas I, de los que, con ausencia de estas especies, se integran dentro del Bronce Final. Según Pavón (1995a: 49-50), este período conoce un poblamiento estable, basado en asentamientos elevados, de amplio control visual sobre el terreno, las vías de comunicación y los recursos del entorno, continuación de los existentes en el Calcolítico (Enríquez, 1990b, 1991). Junto a ellos, también existen otros emplazamientos en llano, sobre terrenos abiertos, que podrían ser dependientes de los anteriores (Enríquez, 1989-90: 45) y estar destinados a la explotación directa del paisaje dentro de un esquema jerárquico y organizado del poblamiento. Situaciones que, aunque no están ausentes, no se pueden considerar un modelo generalizado en la zona nuclear de Cogotas I.

Desconocemos casi por completo las características de los hábitats extremeños afectados por Cogotas I. En Valcorchero existen varios abrigos en

los canchales de granito que se protegen y refuerzan con muros toscos, constituyendo un poblado adaptado al terreno. En concreto, la Cueva del Boquique presenta grandes losas que dejan un amplio espacio en su interior. Sin embargo, teniendo en cuenta la existencia de diferentes ocupaciones en el lugar, no podemos asegurar a cual de ellas pertenecen los restos. Por lo demás, solo podemos mencionar la existencia de fragmentos de barro duro con improntas de caña en Los Corvos, Atalaya de la Zarza<sup>103</sup> y Alange, lo que parece indicar la existencia de cabañas con alzados de barro y ramas (Enríquez, 1989-90: 53); un rasgo arquitectónico similar a la Meseta durante el desarrollo de Cogotas I. La falta de excavaciones dentro de estos lugares puede influir en que no se conozcan en esta región las típicas subestructuras excavadas en el suelo -hoyos-; sin embargo, futuras investigaciones podrían aportar algunos datos en esta dirección.

### *c. Características de la "intrusión" material: la cerámica.*

Por lo general, los datos cuantitativos sobre la cerámica de tipo Cogotas I en estos poblados son muy escasos. A pesar de ello hemos podido contabilizar cinco fragmentos incisos relacionados con aquel grupo en Cueva del Boquique, otros cinco en Maltravieso, 14 en el Conejar -aunque alguno de los boquiques pudiera no pertenecer a esta tradición-, un número considerable en Alange -superior a la quincena entre los hallados en prospección y los de excavación, a los que habría que añadir una destacada representación de fuentes carenadas lisas-, y sólo un ejemplar en La Alcazaba de Badajoz y en Los Corvos; mientras que en los otros lugares no se hace ninguna referencia sobre este particular. Los datos absolutos otorgan a la intrusión en Extremadura un carácter importante, por lo menos

103 En este lugar los materiales aparecen muy concentrados en dos áreas de unos diez metros y separadas por una distancia similar, lo que hace sospechar a Enríquez (1989-90:53-54) que pudiera tratarse de dos cabañas distintas.

si los comparamos con los que se obtenían en regiones como el interior de Aragón; sin embargo, desconocemos los valores porcentuales, que sólo se empiezan a intuir en la excavación de Alange, y que definirían el verdadero valor cuantitativo de estas especies.

El escaso conocimiento de las producciones decoradas de tipo Cogotas I en Extremadura y las dudas planteadas en relación a algunos de los motivos decorativos, así como el pequeño tamaño de los fragmentos identificados, hacen muy complicado el estudio morfológico. Las formas con decoración de Alange son paredes curvas y algunos bordes que pueden pertenecer a cuencos o vasos carenados, así como una ollita de perfil en “S”, aunque junto a ellos se encuentran típicas cazuelas troncocónicas carenadas lisas similares a las de Cogotas I (Fig. 52; Fig. 53.12). En la cueva del boquique, alguno de los perfiles con decoración incisa son un tanto extraños, o demasiado evolucionados, como los dos galbos que parecen pertenecer a vasos bitroncocónicos, mientras que en Maltravieso sí encontramos características fuentes carenadas.

Las decoraciones típicas de Cogotas I vienen realizadas con técnicas incisas, impresas y de boquique, estando por el momento ausente la excisión. El procedimiento utilizado en los boquiques de Alange y Los Corvos, con líneas poco profundas y bastante estrechas, parece responder a un modelo poco clásico, como si se tratase de una “torpe imitación”, que le otorga un carácter peculiar y particular (Fig. 52.9 y 10; Fig. 53.15). Entre los motivos incisos se observan espigas o espinas de pez, bandas de aspas, líneas horizontales paralelas, guirnaldas y triángulos, destacando sobre todo los temas de zig-zag -que presenta un aspecto muy clásico, regular y de trazos desconectados-. Los motivos impresos son círculos, triángulos rellenos de puntos, crecientes e impresiones profundas de puntos o goterones, así como bandas de circulitos y

líneas puntilladas paralelas. El boquique se desarrolla en horizontales o diagonales, paralelas o simples, y en guirnaldas. Las composiciones son poco conocidas, puesto que los fragmentos suelen ser de pequeño tamaño, aunque se distinguen bandas que discurren por debajo del borde, algunas metopadas - caso de Maltravieso-, que alternan diferentes motivos y técnicas decorativas. En la cueva del Boquique algunas composiciones incisas combinan las aspas, el zig-zag y las líneas horizontales creando espacios lisos que alternan con otros decorados. En Alange, el poblado mejor conocido, son curiosos algunos desarrollos de la decoración en disposición diagonal, reuniendo líneas incisas o de boquique con bandas de puntos impresos. También proporciona este yacimiento ejemplares con decoración en el labio y los característicos crecientes, dispuestos en bandas paralelas, que hemos de pensar proceden del Tajo Medio y Madrid (Figs. 52 y 53).

Por lo que se refiere a la tecnología y al tratamiento de estos ejemplares sólo contamos con algunos datos de El Castillo de Alange, donde la cerámica decorada al estilo de la Meseta presenta desgrasante de grano mediano y pequeño y un tratamiento cuidado de la superficie, normalmente espatulada o bruñida. Estas características apuntan hacia una producción de calidad frente a un conjunto doméstico común menos especializado, pero no necesariamente a un origen diferenciado.

#### *d. Cronología de la “intrusión”.*

Los indicadores cronológicos de la intrusión meseteña de tipo Cogotas I en Extremadura son muy escasos. Sólo en Alange confluyen criterios estratigráficos, radiocarbónicos y tipológicos, mientras que en el resto de yacimientos, en el caso de conocer las cerámicas en cuestión, únicamente podemos utilizar el último de los mencionados. En el Sector Solana del Castillo de Alange, la intrusión de tipo Cogotas (Horizonte III) se sitúa claramente por encima de un

horizonte (II) perteneciente al Bronce Pleno e identificado con el del Suroeste, por lo que estratigráficamente habría que hablar de un Bronce Final. En el Sector de Umbría del mismo poblado las cerámicas con decoración incisa y de boquique (nivel II) se datan en  $1130 \pm 90$  a.C., una fecha que encaja perfectamente dentro de la fase de plenitud del grupo de Cogotas I. Por lo tanto, tendríamos en el yacimiento pacense un horizonte del Bronce Final que sufre, en la segunda mitad del siglo XII a.C., la llegada de la influencia de Cogotas I.

El criterio tipológico, aplicable a todas las piezas conocidas, nos hace admitir la posibilidad de una presencia temprana de elementos meseteños en la región, evidenciada a través de algunos ejemplares de la Cueva del Boquique y, sobre todo, de la Cueva de Maltravieso, que por sus características morfológicas y decorativas -carenas elevadas y exclusividad de motivos decorativos incisos e impresos muy sencillos-, apuntan hacia la facies Protocogotas de la Submeseta Norte (c. 1500-1250/1200 a.C.).

La fase de plenitud, con presencia de boquique y áreas puntilladas además del mantenimiento de motivos incisos e impresos, se observa en los materiales de Alange, coincidiendo con la secuencia estratigráfica y con la fecha de radiocarbono, y posiblemente en la mayoría del resto de los yacimientos. Sin embargo, los escasos materiales publicados impiden cualquier otro acercamiento en este sentido. Por otro lado, la ausencia de cerámicas excisas podría estar indicando un declive temprano de las influencias de Cogotas I en estas tierras, que no alcanzarían la fase avanzada de su desarrollo.

No existen asociaciones significativas de elementos susceptibles de datación por sí mismos y de piezas de Cogotas I; sin embargo, creemos interesante apuntar que, dentro de una región en la que las cerámicas con decoración bruñida y pintada de tipología andaluza del Bronce Final son importantes, las mismas no se asocian a las de

tipología meseteña; una circunstancia que puede verse corroborada en las tierras del Betis y que podría implicar la desaparición de las últimas antes de la proliferación de las primeras. Ciertamente que en la superficie de algunos poblados se produce esta convivencia, caso de Nogalés o la Alcazaba de Badajoz, pero eso no tiene por qué significar que ambas producciones compartan un mismo lapso temporal.

*e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

Como hemos podido comprobar, las cerámicas de tipo Cogotas I sólo se presentan contextualizadas en El Castillo de Alange, dentro del Horizonte Solana III y Umbría II, que según Pavón es el peor conocido y está mal definido por una tecnología tipológicamente pobre. A pesar de ello, se puede decir que el componente de tradición meseteña se instala sobre un fuerte substrato autóctono, heredero del Bronce Pleno, y dentro de un contexto de amplias y variadas relaciones culturales evidenciadas a través de la orfebrería (Pavón, 1995a). Este momento en otras regiones se identifica con el Bronce Tardío -previo al Bronce Final-; sin embargo, para las tierras extremeñas carecemos de referentes materiales y secuenciales necesarios, así como de pruebas de transformaciones poblacionales claras, para pretender una diferenciación entre Bronce Tardío y Final. Por este motivo, con gran acierto a nuestro entender, Pavón (1995a: 47) prefiere hablar de «*fases iniciales del Bronce Final*», conocidas en gran medida por los hallazgos de orfebrería, pero también a través de ciertos poblados, distribuidos en función de las vías de comunicación y sobre puntos dotados de un gran dominio visual: Los Villares (Garbayuela), Sierra de las Chimeneas (Talarrubias), Azagala (Alburquerque), La Muralla (Alcántara), Sagrajas, Medellín, El Castillo de Alange, Cabezo de Araya (Navas del Madroño), San Cristóbal (Logrosán), La Navilla (Montánchez), Alijares

(Robledillo de Trujillo), Valcorchero (Plasencia), El Cofre (Valencia de Alcántara), El Risco (Sierra de Fuentes) y la Sierra del Aljibe (Aliseda). Esta reordenación del poblamiento se produce, sin embargo, sin llegar a alterar ni los modos de vida ni, substancialmente, los restos materiales cerámicos, aspectos que nos llevan a pensar en que es la propia base poblacional existente en la región la que protagoniza el proceso de renovación. Del mismo modo, se observa cierta continuidad en las estelas “básicas”, las más antiguas del Bronce Final, respecto de las losas alentejanas del Bronce Pleno del Suroeste (*Ibidem*: 49).

En cuanto a la cultura material aparecen en este momento características cazuelas carenadas y decoraciones bruñidas al exterior de clara influencia portuguesa, con motivos de bandas rectas paralelas, triángulos y ramiformes. La influencia lusa se verá progresivamente desplazada por la del mundo tartésico -mucho más evidente en la cuenca Media del Guadiana que en la del Tajo-, que se muestra a través de la documentación de copas o tazas, cazuelas carenadas de variada tipología, soportes de carrete y ollas, pero sobre todo gracias a la decoración de retícula bruñida en el interior y a las cerámicas pintadas Tipo Carambolo. En definitiva, el Bronce Final extremeño está fuertemente relacionado con el mundo suroccidental, que funciona como punto de partida para una reestructuración del poblamiento que se consolidará en los primeros siglos del I milenio a.C (*Ibidem*: 52-53).

Una síntesis meritoria sobre este período es la elaborada por Celestino, Enríquez y Rodríguez (1992: 311-315) en la cual se plantea la convergencia de una serie de influencias culturales atlánticas, meseteñas y del Alentejo portugués, en función de factores como la consolidación de las relaciones comerciales y culturales con distintas áreas geográficas, la importancia de las vías naturales de comunicación que surcan la región -caso de la futura Vía de la Plata- y la riqueza de los recursos

minerometalúrgicos -oro, estaño y cobre-. La corriente atlántica queda magníficamente representada en la orfebrería y la metalurgia por un nutrido grupo de tesoros (Bodonal de la Sierra) y de hallazgos aislados (espada pistiliforme de Alconetar y varios ejemplares de hachas de Talón, de una o dos anillas, y de apéndices) que prueban la temprana presencia de este círculo cultural, entre el Bronce Medio y Final, en la región.

La segunda de las influencias tenida en cuenta en el trabajo citado sería la de Cogotas I, considerada aquí en un sentido amplio.

Otras tradiciones presentes en el Bronce Final de Extremadura se plasman en la presencia de cerámica bruñida. Por un lado las de “tipo Lapa do Fumo”, que llevan decoración al exterior y están vinculadas a las de la desembocadura del Tajo, y que encontramos en los poblados de Valcorchero, San Cristóbal, Santa Engracia, Alange y Nogales. Por otro lado, algo posteriores, se encuentran las que presentan decoración de retícula bruñida interior y remiten al círculo tartésico de Andalucía Occidental y a unas fechas en torno al 800 a.C. A estas últimas se asocian además, por lo menos en algunos casos, las cerámicas pintadas de tipo Carambolo.

Otros motivos decorativos constatados son las incisiones toscas o peinadas. Entre la cerámica lisa destacan las cazuelas carenadas de superficies bien tratadas.

Estos grupos tendrían, según apuntan diferentes indicios, una economía agropecuaria y una cierta actividad metalúrgica y comercial potenciada por la ubicación de muchos de los poblados en lugares estratégicos, controlando las zonas obligadas de paso. Las estructuras de habitación son poco conocidas, aunque los restos de una cabaña circular en Sagrajas y la presencia de pellas de barro con improntas vegetales apuntan hacia construcciones de tipo sencillo, típicas del Calcolítico y de la Edad del Bronce en la región y

también en toda la Meseta. Por lo que se refiere al ritual funerario, cada vez con más intensidad, se van identificando distintos enterramientos en cista, aspecto que aboga por la continuidad de las costumbres del Bronce Pleno.

En un momento determinado, a finales del Bronce Final, con la documentación de las cerámicas con decoración de retícula bruñida, pintadas Tipo Carambolo, y las cazuelas y copas carenadas con hombrera, y junto a la aparición de nuevos asentamientos de diferente tipología, se inicia una nueva fase en la que la región extremeña queda inmersa definitivamente en la órbita de Andalucía Occidental y en la que desaparecen las intrusiones de tipo meseteño.

Por lo tanto, podemos decir que los influjos de Cogotas I parecen incidir sobre un mundo culturalmente sincrético, en el que confluyen la tradición del Bronce Pleno -vinculado al Suroeste-, las primeras manifestaciones atlánticas y las influencias portuguesas, para desaparecer poco a poco en los momentos más avanzados del Bronce Final ante el empuje del mundo tartésico andaluz.

## 5. Conclusiones.

Si tenemos en cuenta todos los inconvenientes y obstáculos con los que nos hemos topado a la hora de abordar la presencia de cerámicas de Cogotas I en Extremadura resulta lógico terminar diciendo que es ésta una de las regiones en las que peor se conoce el proceso de “expansión” de las mismas. Menciones aisladas, excavaciones pendientes de publicación definitiva, piezas con peculiaridades decorativas evidentes, son los rasgos que condicionan nuestro estudio. Sin embargo, con los datos disponibles, un corto número de ejemplares publicados y un número creciente de menciones referidas a poblados afectados, trataremos de proponer unas características generales para la “intrusión” cogoteña en estas tierras.

En primer lugar observamos que los precedentes culturales inmediatos -el Bronce Pleno-, al menos en la parte meridional, son completamente ajenos a los del grupo de Cogotas I, puesto que se vuelcan claramente a la esfera de influencia del Bronce del Suroeste.

En cuanto al Bronce Final y a la influencia ejercida por Cogotas I, encontramos algunas peculiaridades dignas de ser tenidas en cuenta. Resulta curioso comprobar que también aquí, como ocurría en las tierras del interior de Aragón y ocurrirá en el País Valenciano, Sureste y Andalucía, la mayoría las intrusiones tienen lugar en emplazamientos en altura, al contrario de lo que ocurre en la zona nuclear, y se insertan sobre un modelo de poblamiento local; es decir, que Cogotas I no impone sus esquemas poblacionales, sino que se adapta a aquellos que existían previamente o se suma a la transformación que los mismos parecen sufrir en este período en las tierras del sur, para articulase en torno a las vías de comunicación y de las zonas de paso. Por lo que se refiere a las características internas de los hábitats, es posible que existan algunas coincidencias, como se desprende de los restos de construcciones de barro de Atalaya de la Zarza y Los Corvos, sin embargo, no se ha documentado en Extremadura por el momento ninguna subestructura de tipo hoyo como las omnipresentes en la zona nuclear.

En el aspecto material, la cerámica que protagoniza nuestro estudio, poco a poco, va documentándose en un mayor número de establecimientos. Sin embargo, y a pesar de que el número de piezas podría ser importante en alguno de aquellos, las características morfológicas y decorativas de las mismas, sobre todo en la cuenca del Guadiana, se alejan bastante de la más pura tradición cogoteña. Por lo menos esto es lo que se puede desprender del análisis detallado de las especies decoradas de Alange, donde se reconocen

temas de boquique muy *sui generis*, así como motivos incisos también bastante particulares.

En conclusión creemos que se puede tener una doble visión de Cogotas I en Extremadura sin que por ello caigamos en la contradicción. Por un lado hemos de considerar este grupo como uno de los componentes del Bronce Final regional, aspecto que se deriva de la presencia de cerámicas características del mismo en un buen número de poblados repartidos por toda la geografía de las dos provincias, y que queda corroborado por su inclusión dentro de la estratigrafía de El Castillo de Alange. Mientras, por otro lado, parece que las huellas de las tradiciones cogoteñas en Extremadura tienen un carácter secundario y derivado a partir de los grupos originales de la Submeseta Norte y de la zona de contacto del curso toledano del Tajo; es decir, que responden, fundamentalmente, a una irradiación de aspectos culturales referidos únicamente al repertorio cerámico y transferidos en función de diversos mecanismos de contacto interregional. Estos influjos se enmarcan dentro de un mundo heterogéneo, afectado también por otras formaciones vecinas. La sobrevaloración que en este caso se ha hecho del componente meseteño es producto, sin duda, del carácter significativo de sus especies cerámicas y de la frecuente falta de fósiles guía de una categoría similar a la de aquellas.

Se podría sospechar, por otra parte, una diferenciación del fenómeno en función de variables geográficas y cronológicas. De esta manera se entendería la ubicación de los poblados con cerámicas de Cogotas I pertenecientes a la primera fase de su desarrollo únicamente en la provincia de Cáceres (El Boquique y Maltravieso), como si se hubiera producido una influencia gradual que afectara más temprano a las regiones más próximas y fuera alcanzando territorios más alejados en fases posteriores. Dentro de esta misma distinción se podría intuir una mayor semejanza de las producciones de tipo

Cogotas I más antiguas y más cercanas a la Meseta y un mayor alejamiento en las mismas a medida que avanzamos tanto en la escala temporal, hacia las fases más avanzadas, como en la geográfica, hacia las tierras meridionales. Este último aspecto, que tendría que ser comprobado en un futuro gracias al cotejo de nuevas colecciones, parece estar latente en la comparación de los materiales de Maltravieso, ejemplo del primero de los supuestos, y los de Alange, característicos del segundo y claro exponente de una producción realizada “a imitación” de la de Cogotas I, reinterpretando tanto la manera de elaborar los ornamentos -técnica- como los propios motivos y hasta su disposición y distribución dentro del vaso.

En cuanto a la condición geográfica de Extremadura dentro del mapa de difusión de elementos de Cogotas I, admitimos la posibilidad de que algunos de los poblados situados más al norte, caso de Villanueva de la Vera o de la propia cueva del Boquique, se incluyan dentro de los límites occidentales del sector meridional de la llamada zona de contacto, y que presenten una dinámica similar a la del resto de yacimientos localizados en el Tajo Medio. Sin embargo, el resto de establecimientos arqueológicos localizados en las tierras extremeñas se aleja lo suficiente de los grupos del Tajo Medio y del Guadiana Medio como para que aquellos sean considerados de forma independiente y susceptibles de una problemática propia y particular como la que hemos descrito.

Por otra parte, como se ha dicho, creemos que el proceso de la intrusión de Cogotas I en Extremadura no se prolonga excesivamente en el tiempo, puesto que, por el momento, no se ha constatado la presencia de especies decoradas de tipología avanzada en ninguno de los yacimientos afectados. El declive más o menos temprano de las cerámicas de tipo meseteño, por lo menos en la cuenca del Guadiana, implicaría la no coincidencia de las



mismas con las de decoración bruñida y las pintadas de Tipo Carambolo; aspecto corroborado en las estratigrafías no solo de Alange, sino también en las de Carmona (Sevilla). En nuestra opinión, la intromisión de Cogotas I en Extremadura se restringe a los momentos iniciales del Bronce Final convencional, afectando en casos concretos de la Alta Extremadura a los últimos momentos del Bronce Medio, y desapareciendo ante el empuje de las influencias meridionales de la esfera cultural tartésica, aproximadamente a comienzos o mediados del siglo X a.C.

Con los datos disponibles es difícil discernir cuáles son los grupos regionales responsables de la irradiación de elementos de Cogotas I a Extremadura. Por proximidad, aquellos pudieron ser los situados en las tierras del suroeste de la Submeseta Norte o en la Submeseta Sur. En el primer caso contamos con dos significativos yacimientos en la Sierra de Gredos, El Castillo de la Corvera (Navalmoral de Béjar) y El Tranco del Diablo (Béjar), ambos en Salamanca, cerca del estratégico puerto de Béjar, y ambos pertenecientes a la fase Protocogotas (Fabián, 1993b), por lo que queda comprobada la llegada del grupo meseteño hasta las puertas de Extremadura en fechas tempranas y gana en credibilidad la teoría de un traspaso directo de las influencias desde el Sistema Central. Sin embargo, no debemos desestimar la posibilidad de que existan otras corrientes paralelas que, procedentes de las cuencas medias del Tajo y del Guadiana, lleguen, a través de estos valles, hasta las tierras de la Alta y la Baja Extremadura respectivamente. Se trataría, por lo tanto, de un fenómeno multidireccional y convergente -razón que explicaría el carácter disperso de las manifestaciones-, pero siempre derivado, subsidiario de grupos mejor enraizados en la tradición cogoteña, que afecta a un sustrato ajeno, en el que, por otra parte, se mezclan también elementos heredados de la tradición indígena y aportes de regiones vecinas.

## ■ EL PAÍS VALENCIANO

Las tierras orientales de la Península Ibérica también están representadas en el proceso de divulgación de los estilos cerámicos meseteños; sin embargo, la información es muy dispar y los documentos disponibles pueden dar lugar a interpretaciones variadas.

### 1. Estado de la Investigación.

El primer investigador en hacerse eco de la presencia de Cogotas I en el País Valenciano fue Esteve Gálvez (1944: 151-154) al encontrarse en el poblado de El Tossal del Castellet un conjunto de cerámicas excisas, incisas, impresas y de boquique similares a las que caracterizaban los poblados de aquel horizonte en la Meseta Central. Este autor, además, establece la ruta de penetración de estas especies a través del Jalón y del valle del Ebro, gracias a algunas cerámicas de similares características aparecidas en Alhama de Aragón (Zaragoza). Con posterioridad a los descubrimientos del Castellet se publican las excavaciones realizadas en la Isla del Campello (Alicante) (Figueras, 1950), aunque la relación de alguna de sus cerámicas -en concreto un fragmento con ajedrezado exciso- con la tradición meseteña no se planteará hasta el trabajo de Molina y Arteaga (1976: 190) sobre *la diferenciación de las cerámicas excisas de la Península Ibérica*. A mediados de los años sesenta se dan a conocer el tesoro de Villena y los primeros resultados de la excavación del poblado de Cabezo Redondo (Soler, 1965: 33-43), donde también aparecen cerámicas excisas que son en aquel momento vinculadas a otros poblados en los que se detecta intrusión meseteña (El Campello y El Castellet).

El primer mapa en el que se presentan puntos del levante peninsular con cerámicas de Cogotas I aparece por fin en 1976 y fue realizado por Molina y Arteaga (1976: fig. 1) para el trabajo anteriormente citado. En él se señalaban los poblados del Castellet,

El Campello, Cabezo Redondo y San Antón, como enclaves con cerámica excisa<sup>104</sup> de tipo Cogotas I. Después de este trabajo la región valenciana ha sido siempre tenida en cuenta a la hora de explicar el fenómeno de la “expansión” del grupo meseteño por las regiones periféricas de la Península Ibérica, y los mismos puntos que aparecían en aquel mapa se repiten en otros que reflejan la dispersión de cerámicas de boquique o, de forma general, de yacimientos de tipo Cogotas I (Almagro-Gorbea, 1977: 109-119 y fig. 52; Fernández-Posse, 1982: fig. 4; Fernández Manzano, 1985: 70-71).

Por otra parte, en la década de los 80 proliferan los trabajos sobre las fases finales de la Edad del Bronce (Bronce Tardío y Bronce Final), en los cuales se va a plantear la cuestión de la presencia y relevancia de la cerámica de tradición meseteña en la región (Gil-Masarell, 1981 y 1985; González Prats, 1983a y b, 1985, 1988 y 1990). A partir de estos momentos, además, ven la luz nuevos hallazgos de este tipo (Barrachina, 1992; Mata, Martí e Iborra, 1994-96; Poveda, 1988: fig. 8), gracias a los cuales hemos visto incrementarse el número de los yacimientos afectados, aunque no en la proporción sufrida por otras regiones.

El número de lugares involucrados en este proceso contemplados en este trabajo es de 13, aunque tres de los casos han de considerarse dudosos, o por lo menos poco documentados. Una de las características que más van a condicionar el estudio del fenómeno de difusión de la cultura material de Cogotas I por el País Valenciano es la precariedad de las actuaciones arqueológicas llevadas a cabo sobre los yacimientos involucrados. La mayoría de los hallazgos proceden de recogidas superficiales, no todas realizadas con criterios científicos, y sólo en cinco ocasiones han sido recuperados en excavación; aunque Cabezo Redondo y

Campello también cuentan con ejemplares de prospección. El nivel de información disponible es, como vemos, variable. Algunas de las excavaciones, como la de Sax y El Monastil, permanecen prácticamente inéditas; las estratigrafías no son contundentes, salvo quizás en Campello; y los contextos materiales aparecen mezclados en la mayoría de los casos. Con este panorama se hace bastante difícil una interpretación unitaria del proceso de ingerencia de Cogotas I en la región.

## 2. El Medio Geográfico.

La región natural que ocupa el País Valenciano es una franja de disposición subdiagonal que se encaja entre las estribaciones montañosas del Sistema Ibérico y Subbético al oeste y la línea de la costa al este. Hacia el norte encuentra sus fronteras en las formaciones montañosas del Maestrazgo, mientras que hacia el sur se observa una mayor continuidad espacial con las tierras murcianas a través de la cuenca del Segura. El interior de la región se ve surcado por toda una serie de sierras -del Espadán, de Martés, de Crevillente- y de valles de ríos -Mijares, Turia, Magro, Júcar, Vinalopó y Segura- que alternan en una disposición generalmente transversal. Otros relieves característicos son las Planas, los Llanos, y, en Valencia y Alicante, las Huertas.

La relación física de esta región con la zona nuclear de Cogotas I deja de ser de vecindad. Ciertamente es que el País Valenciano se encuentra al este de la Submeseta Sur, limitando con las provincias de Cuenca y Albacete; pero hemos de recordar que al oriente de este espacio los hallazgos de tipo meseteño no son muy frecuentes y quedan incluso fuera de la zona de contacto de Cogotas I. Por lo tanto nos ocupamos claramente en este caso de una zona alejada de las tierras nucleares del grupo en la que los mecanismos de difusión de las especies

104 La relación establecida en el caso de Cabezo Redondo se hace en este momento a partir de las cerámicas excisas, que, como hemos visto en el inventario, no pertenecen a esta tradición. Sin embargo, la influencia meseteña sí se deja sentir en el poblado en un conjunto de piezas con decoración incisa.

decoradas o de las influencias estilísticas deben llegar a través de intermediarios o de contactos establecidos a larga distancia.

Los poblados afectados se vinculan, preferentemente, a la zona más meridional de la región, sobre todo al curso del Vinalopó (Fig. 54), lo cual puede estar relacionado con el carácter de vía de comunicación natural que presenta este río.

### 3. Los Precedentes Culturales.

En estas tierras las fases del Bronce Inicial y Medio se corresponden con el llamado Bronce Valenciano. Esta cultura fue en su día definida por Tarradell (1963 y 1969) y en los últimos tiempos se ha visto enriquecida con las aportaciones de nuevas investigaciones. Geográficamente se corresponde con un territorio de fronteras poco claras y sometidas a continuas discusiones, sobre todo en el sur, entre el Vinalopó y el Segura, donde parece producirse una zona de contacto y de mezcla de tradiciones con la cultura de El Argar. El hábitat más característico es el que se encastilla en lo alto de cerros destacados, con defensas naturales y, en algún caso, artificiales, aunque también se documentan poblados trogloditas, y asentamientos en pequeños cerros o alomamientos sobre el llano. Recientes estudios apuntan hacia la existencia de centros jerárquicos importantes, con grandes construcciones pétreas que invalidan la idea hasta ahora predominante de que el poblamiento del Bronce Valenciano se basaba en un modelo de pequeños asentamientos. Las casas se sitúan en las plataformas de los cerros o, con mayor frecuencia, en las laderas de los mismos, a veces sobre plataformas artificiales. Los muros son de piedra, posiblemente recrecidos de tapial, pueden ir enlucidos y presentan tendencia rectilínea (rectangular, trapezoidal, romboidal, absidial, etc.), y las techumbres parece que estuvieron sostenidas por

postes de madera. Alguna de las viviendas está dotada de un banco de tierra perfectamente enlucido y adosado a uno de los lados (Hernández Pérez, 1985; Enguix y Martí, 1988; y Fumanal, 1990). Los enterramientos de este grupo se localizan dentro del poblado, bajo y entre las casas, en cista, fosa y urna; o fuera del lugar de habitación, sobre todo en cista, grieta natural o covacha (Hernández Pérez, 1985: 107-108).

La cerámica es por lo general de mala calidad, resultado de una pasta con abundantes e irregulares desgrasantes, cocción irregular y tratamiento poco cuidado de las superficies. Los vasos que están presentes en la mayoría de los yacimientos -a pesar de que sería posible la diferenciación regional del fenómeno-<sup>105</sup> son los que presentan formas simples, de tendencia esférica, semiesférica y casquete esférico, y los de tendencia esférica con cuello indicado y borde exvasado. Los vasos carenados son relativamente abundantes; se considera que los de carena alta y media y cuello más estrecho son los más antiguos, mientras que los vasos con carena en la mitad inferior y amplia boca corresponden a momentos más avanzados. También encontramos algunas formas de tipología argárica, sobre todo en la región meridional, mientras que la decoración de cordones se localiza exclusivamente al norte de la cuenca del Turia. Los sistemas ornamentales se reducen a impresiones en el labio y a algunas incisiones esteliformes o ramiformes, aunque también muchos de los mamelones deben tener un carácter decorativo, por lo menos aquellos que ocupan la totalidad de las paredes del vaso. Estos elementos, junto a asas de cinta y lengüetas, se vienen considerando, por su abundancia en los registros arqueológicos de los yacimientos de esta época, los tipos característicos del Bronce Valenciano (Hernández Pérez, 1985: 110-111).

---

105 Esta diferenciación regional es abordada en el trabajo de Ana Fernández Vega (1986) sobre esta cultura.

El origen de este horizonte se fecha en torno al 1800/1700 a.C., a pesar de que se cuente con algunas dataciones más antiguas. Su final queda establecido hacia 1300 a.C., fecha subordinada a la existencia en la región de una evolución cultural semejante a la del Sureste en la que tendrían cabida las fases de Bronce Tardío y Final; aunque aceptando la posibilidad de la perduración de poblados del Bronce Valenciano durante estos dos últimos momentos (Enguix y Martí, 1988: 243-244).

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

Los trece yacimientos aquí señalados suponen el 7,1% del total de los inventariados en las regiones de expansión, lo que ubica a esta región en la parte baja de la tabla de frecuencias (Fig. 91).

La cercanía de los yacimientos implicados en el proceso respecto a los núcleos centrales de la Meseta varía en función de los centros que se tomen como referencia; sin embargo, y en cualquier caso, las distancias comienzan a ser muy importantes: 200 km. en línea recta desde el Bajo Manzanares hasta La Peladilla, 270 km. desde el mismo punto hasta el grupo del Vinalopó, y casi 300 km. hasta el Bajo Segura.

En cuanto a la densidad espacial de los poblados con cerámicas de Cogotas I del País Valenciano destaca la provincia de Alicante -en el resto la escasez de las manifestaciones hace inoperante este dato-, donde se alcanzan los 0,0015 yacimientos por km<sup>2</sup>;<sup>106</sup> un índice que se acerca, por ejemplo, al detectado en la provincia de Cuenca y que reduce a cifras la concentración que de estas evidencias se produce en el sur de la región.

Resulta difícil comprobar el valor proporcional de los poblados afectados por la intrusión de tipo Cogotas I sobre sus contemporáneos que no lo estuvieron, puesto que la cronología de los hallazgos

puede ser muy dilatada. En este sentido conocemos una nueva recopilación de yacimientos pertenecientes a la fase del Bronce Reciente -un período que se puede identificar con el tradicional Bronce Tardío en el que de forma habitual se incluyen las intrusiones meseteñas-. Mata, Martí e Iborra (1994-96) contabilizan para este momento 21 yacimientos a lo largo de todo el País Valenciano, de los que 13 se pueden relacionar con Cogotas I en mayor o menor grado, lo que supone un 61,9%. Este porcentaje resulta bastante alto, y podría serlo aún más si se considerasen como de influencia meseteña ciertas decoraciones puntilladas de La Sima del Pinaret del Mas Nou y Mas del Corral, ambos en Alcoy, y si incluyéramos otros poblados en los que, a pesar de que no aparecen decoraciones de estilo Cogotas I, sí están presentes las cazuelas carenadas características de este horizonte. Sin embargo, es posible que algunos de los poblados del Bronce Pleno se mantuvieran sin evidentes transformaciones materiales, como se podría desprender del hecho de que la mayoría de los enclaves por nosotros inventariados estén también ocupados en las fases previas y de que su componente material se vea sólo tímidamente alterado.

Por otra parte, Simón (1995: 887-902) incluye hasta 42 enclaves pertenecientes al Bronce Tardío -basándose principalmente en criterios metalúrgicos-, de los que sólo en 9 se encuentran cerámicas de tipo Cogotas I, reduciéndose así la proporción hasta el 21,42 %.

El valor de la intrusión depende, por lo tanto, de los criterios utilizados para definir la fase en la que se incluye.

En otro sentido, y de forma provisional, puesto que estamos seguros de que el número de yacimientos afectados por la corriente meseteña se verá incrementado en posteriores investigaciones, se puede establecer un modelo geográfico de estudio del

<sup>106</sup> En este caso se toma como referencia la superficie total de la provincia de Alicante, que es de 5.863 km<sup>2</sup>.

proceso dentro de la región que nos ocupa, puesto que se observa una clara dispersión y diferenciación regional. De los trece yacimientos afectados nueve se concentran en la zona meridional de la región, concretamente en la provincia de Alicante, y fundamentalmente en el valle del Vinalopó y en la vega baja del Segura; mientras que el resto del territorio sólo proporciona dos ejemplos en la zona central (Valencia) y, muy separados, otros dos en la región septentrional (Castellón). Esta discriminación espacial podría estar relacionada con la existencia de dos vías distintas a través de las cuales se incorporaron los motivos decorativos de Cogotas I. La primera procede del Bajo Aragón y atraviesa el Maestrazgo, siguiendo el valle del río Mijares o remontando el río Bergantes, para alcanzar la Sierra de la Esparraguera y descender por el Corredor del Alto Maestrazgo hasta La Plana de Castellón. El resto de los hallazgos podría relacionarse con la existencia de un camino natural procedente de la Meseta Central. Esta última ruta se inicia en la orilla derecha del Tajo, atraviesa Cuenca, penetra en Valencia por el puerto de Contreras y conecta, siguiendo el valle del Magro, con la Plana de Requena-Utiel. Desde aquí, descendiendo por el valle de Cofrenes y atravesando el puerto de Almansa o el paso del Caudete, llega hasta Villena y el valle del Vinalopó, y siguiendo su curso, hasta el sur de Alicante (Bajo Segura).

Es posible que este contraste entre el norte y el sur de la región sea el producto de un mayor vacío de la investigación en el primero de los espacios; sin embargo, podría tratarse también de una situación real, derivada de un mayor dinamismo económico de los centros meridionales que provoca unos intercambios interregionales más desarrollados.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Podemos decir que los yacimientos afectados por la intrusión de tipo Cogotas pertenecen a

lugares de hábitat, puesto que todos ellos proporcionan restos constructivos -obras de arquitectura colectiva y viviendas-, así como cerámicas de tipo doméstico. También es posible, aunque las circunstancias del hallazgo no nos permiten asegurarlo, que alguna de las cerámicas incisas de Cabezo Redondo formara parte del ajuar funerario de la tumba descubierta en la Cantera Oeste del yacimiento (Esparza, 1990: 118).

Por otra parte, los poblados sufren una dilatada ocupación que rebasa por ambos extremos la cronología atribuida a Cogotas I. Casos como El Castellet, Oropesa, Cabezo Redondo, La Peladilla, Monastil, El Tabayá, Portixol, El Campello, San Antón y Callosa presentan un importante asentamiento durante el Bronce Pleno (Bronce Valenciano o Argárico), y alguno de ellos seguirá vigente durante el Bronce Final (El Castellet, Cabezo Redondo, Monastil, El Tabayá y Callosa). En otras ocasiones, a pesar de que inician su andadura en el "Bronce Tardío", se mantienen en el siguiente período (Cap Prim). Esta situación, que evidencia a las claras una tradición sedentaria arraigada en las tierras valencianas, contrasta con la vivida por los poblados de Cogotas I de la Meseta, en los que suele documentarse una única ocupación de escasa duración, o varias yuxtapuestas y discontinuas.

Una de las coincidencias más destacables en el fenómeno de intrusión de Cogotas I en el País Valenciano se refiere al tipo de emplazamiento en el que ésta se detecta. En este aspecto se observa, en oposición a lo que ocurre en la zona nuclear, una clara preferencia por los lugares elevados y estratégicamente destacados sobre el terreno circundante. Todos los poblados afectados se sitúan, bien sobre cerros o cabezos con fuertes escarpes naturales que hacen del lugar un emplazamiento fácilmente defendible (El Castellet, La Peladilla, Cap Prim, Cabezo Redondo, Monastil, El Tabayá y Portixol), bien sobre las laderas de los mismos (San Antón,

Callosa de Segura y El Castillo de Sax). Únicamente en tres casos vemos alterada esta regla: Illeta dels Banyets, que se trata de una pequeña meseta elevada unos 8 metros sobre el mar, el poblado de Oropesa la Vella, situado en un promontorio elevado unos 15 metros sobre la costa,<sup>107</sup> y el Cerro de la Cruz, donde los materiales del Bronce Tardío con decoraciones de tipo Cogotas I aparecen en el llano, al pie del cerro de cual toma el nombre.<sup>108</sup>

También es posible atisbar en muchos de estos poblados cierta preocupación por controlar determinados caminos naturales, como el Vinalopó (Fig. 58.2), el Guadalentín, o la Plana de Requena.

Al desconocer, en la mayoría de los casos, la asociación estratigráfica de los fragmentos cerámicos de tipo Cogotas I, se nos niega también la posibilidad de vincular estos últimos a ninguna estructura habitacional concreta. Sólo en Cabezo Redondo sabemos de la aparición de algunos fragmentos dentro de las viviendas o “departamentos”. Estos suelen ser de planta rectangular con los ángulos frecuentemente redondeados, se construyen a base de muros de piedra, en ocasiones enlucidos, y techos de troncos, cañas y barro sostenidos por postes de madera, y presentan hogares en el interior (Fig. 58.1). En Oropesa la Vella también se detecta la presencia de muros de piedra correspondientes a construcciones cuadrangulares en el mismo estrato en el que las cerámicas con decoración incisa y de boquique. Como podemos ver, estas estructuras están muy alejadas de los escasos ejemplos conocidos en la Meseta dentro de los poblados de Cogotas I (Delibes y Abarquero, 1997: fig. 3). La presencia en los demás poblados inventariados de restos constructivos de importancia considerable -ruinas de muros de piedra, derrumbes, indicios de murallas, etc.- apuntan en la misma dirección que los casos anterior-

res. En la mayoría de ellos las edificaciones descritas pertenecen al Bronce Valenciano, sin embargo, hasta el momento no existe ninguna relación entre la aparición de las cerámicas meseteñas y el abandono de las citadas características constructivas, por lo que hemos de suponer que estas últimas siguen vigentes por lo menos hasta la llegada del Bronce Final.

Existe además, otra importante diferencia entre los asentamientos de Cogotas I en el área nuclear y los ahora tratados: la inexistencia en los últimos de los típicos hoyos excavados en el suelo de los yacimientos, un aspecto que informa de que debían existir modelos de comportamiento muy diferenciados entre ambos espacios.

En definitiva, vemos una serie de yacimientos en los que se recuperan ciertas cerámicas de tipo Cogotas I que presentan características muy similares a las ofrecidas por el resto de los hábitats adscritos al Bronce Tardío o Reciente, donde también predomina el emplazamiento en altura o en ladera (Mata, Martí e Iborra, 1994-96), y en los que, al mismo tiempo, se mantienen las tradiciones constructivas del Bronce Pleno. No existe ninguna singularidad destacable dentro de los poblados afectados por la influencia meseteña que los separe de sus contemporáneos, por lo que cabe decir que el modelo de poblamiento, tampoco en la región valenciana, se ve alterado con la llegada de las modas cerámicas de Cogotas I; por el contrario, aquel se sigue articulando según los esquemas del Bronce Pleno sin sufrir sustanciales variaciones hasta el desarrollo de los nuevos horizontes locales del Bronce Final.

### *c. Características de la “intrusión” material. La cerámica.*

Por lo que se refiere a la proporción de las cerámicas de tipo Cogotas I encontradas en estos

107 En ambos casos se sigue observando cierto carácter defensivo, tanto por su posición adentrada en el mar, como por su elevación sobre la línea de playa.

108 Es posible que tales hallazgos estén en función de la presencia de un importante poblado en la cima y en las laderas del citado cerro.

poblados, las diferencias con la zona nuclear se hacen prácticamente insalvables. Las especies decoradas al estilo de la Meseta se sitúan por debajo del 1% en el Cabezo Redondo, y desciende hasta el 0,76% en La Peladilla; lo que nos aleja de cifras como el 10,51% de La Requejada (San Román de Hornija, Valladolid) o algo más del 29% de los bordes en el Cementerio (Quintanilla de Onésimo, Valladolid). Sólo Portixol, con un 2,8% de piezas decoradas, parece contar con un índice digno de ser tenido en cuenta, sin embargo, es posible que las características de la prospección, realizada sin criterios de representatividad, incidan en la sobrevaloración de este particular. Los números absolutos muestran parecido raquitismo, 14 piezas en Cabezo Redondo, seis en El Castellet, tres en el Cerro de la Cruz, dos en Oropesa, Portixol y La Peladilla, y no más de una en al menos tres poblados (Tabayá, Cap Prim y Laderas del Castillo de Callosa). Ciertamente también se han documentado en la región mediterránea fuentes carenadas lisas de boca amplia y tendencia troncocónica, uno de los perfiles más típicos de Cogotas I, sin embargo, su proporción no es mayor que la de las cerámicas decoradas y, como en el caso de éstas, se manifiesta más abundante en el sur, a medida que nos acercamos al solar argárico.

La escasez de los ejemplares cerámicos, agravada por el hecho de que alguno de los conjuntos permanece aún inédito (Laderas del Castillo de Sax, El Monastil), nos impide profundizar todo lo que sería deseable en la definición de los caracteres morfológicos de las piezas involucradas en el proceso aquí estudiado. A pesar de todo, somos capaces de observar la presencia de cazuelas de carena alta, borde recto o cóncavo con dirección variable, y cuerpo de tendencia troncocónica o cuenquiforme, muy parecidas a las que aparecen en los yacimientos de Cogotas I de la Meseta. Estas piezas pueden ser lisas o ir

adornadas con alguno de los motivos de raigambre cogoteña. Están presentes en el Cerro de la Cruz, Cabezo Redondo, Laderas del Castillo de Sax, Isla del Campello, San Antón de Orihuela y Laderas del Castillo de Callosa de Segura (Fig. 61). Otras formas de sabor meseteño podrían ser algunas carenas y ciertos bordes abiertos, las ollitas globulares de cuello recto y los cuencos más o menos amplios de Cabezo Redondo (Fig. 59. 14), la cazuela sin carena de la Peladilla (Fig. 57.1) y algunos fragmentos de asas de cinta verticales de Campello que podrían pertenecer a jarras (Fig. 61.6). De condición especial resulta en el Tabayá una jarra decorada con boquique (Fig. 57.3), cuyo aspecto general, muy oblongo y excesivamente panzudo, se aleja ligeramente de los recipientes de este tipo que conocemos en la Meseta. En líneas generales, la morfología de las piezas protagonistas de la intrusión obedece a distintos grados de acercamiento. Desde aquellas piezas, lisas o decoradas, que por su tipismo pueden considerarse de clara influencia meseteña, hasta aquellas otras que se enraízan en la tradición local, pasando por especies que, como las jarras, recuerdan las producciones del grupo de Cogotas aunque con ciertas características que las convierten en peculiares.

La representación de las técnicas decorativas en los distintos yacimientos resulta, como viene siendo habitual, variable. La incisión está presente en diez yacimientos, el boquique y la impresión en nueve, y la excisión en seis. Las cuatro técnicas sólo comparecen en Campello y Monastil, mientras que existen tres lugares (Cap Prim, Cabezo Redondo y Laderas del Castillo de Callosa) en los que únicamente se documentan temas incisos y/o impresos (sin tener en cuenta decoraciones ajenas a la influencia de Cogotas I).<sup>109</sup>

Los motivos decorativos de tradición meseteña en el País Valenciano son, generalmente,

---

109 Los datos de asociaciones de técnicas podrían indicar diferencias en la fecha de la intrusión de los distintos poblados.



muy sencillos, aunque en algunas ocasiones protagonizan ciertas peculiaridades y barroquismos estilísticos que pueden ser significativos. Los temas incisos más habituales son espiguillas (Fig. 55.1, 3, 12 y 28), presentes sobre todo en Cabezo Redondo, zig-zags (Cabezo Redondo y Callosa de Segura) (Fig. 55.4, 6 y 30), líneas cosidas (Cabezo Redondo, El Castellet, Oropesa y El Cerro de la Cruz) (Fig. 55.5, 17 y 18; Fig. 57.9 y 5), aspas, ángulos, escaleriformes, bandas rellenas de oblicuas, guirnaldas y reticulados oblicuos (Fig. 55.2, 7, 9, 18, 20 y 24). Las espigas, las aspas y algunos zig-zags se confeccionan mediante trazos incisos sueltos de contorno ensanchado en el centro, mientras que otras líneas quebradas se hacen de forma continua y muestran un quiebro irregular, sobre todo en el caso de Callosa de Segura (Fig. 55.30), aspecto que es bastante corriente en algunas zonas de la Meseta. Por otro lado, la espiga de Cap Prim está realizada con trazos muy cortos y muy finos, método poco habitual en la zona nuclear, pero no por ello ajeno (Delibes y Abarquero, 1997). Los motivos impresos están representados por distintas áreas rellenas de puntos alineados o desordenados (Fig. 55.8, 22-24, 32 y 33): bandas paralelas en Cabezo Redondo, áreas triangulares contrapuestas en La Peladilla y Portixol, bandas quebradas en la Peladilla y Campello, y ajedrezado cuadrangular en éste último enclave. Con boquique se confeccionan típicas guirnaldas paralelas en Monastil, Cerro de la Cruz y Campello, líneas rectas y curvas, sencillas o paralelas, en San Antón, Oropesa y Campello, y bandas de espigas o ángulos delimitados por paralelas en El Castellet. También se usa para delimitar áreas impresas o excisas en Campello, La Peladilla y Portixol (Fig. 55.19, 22, 23, 26 y 29). En algunos ejemplares se observa cierta peculiaridad en la confección de este “punto en raya”, como es el caso de La Peladilla, donde, por momentos, el boquique se convierte en simple incisión (Fig. 57.1), o de las

guirnaldas de El Campello (Fig. 61.1), confeccionadas con trazos demasiado anchos. Por último, los motivos excisos son las series de triángulos, simples o contrapuestos dejando una banda de zig-zag exento en medio (San Antón y El Castellet) y los ajedrezados cuadrangulares de El Tabayá, Campello y Sax (Fig. 55.13-16 y 36-38).

La ubicación de la decoración suele ser la misma que en Cogotas I: sobre el labio, bajo este, en la parte superior del vaso, sobre la carena y colgando de ésta. Las composiciones realizadas con los motivos descritos se nos muestran con mayor o menor claridad en función de la fragmentación de los ejemplares afectados. En La Peladilla son áreas triangulares delimitadas por boquique rellenas de puntos que dejan una banda de zig-zag lisa en el centro (Fig. 57.1). En Cabezo Redondo encontramos bandas rectangulares metopadas donde alternan áreas lisas y rellenas de espigas, y curiosas disposiciones verticales y diagonales de líneas de espigas (Figs 59 y 60). Peculiar es, sin duda, la composición de la jarra de El Tabayá, donde la decoración se distribuye en cuatro zonas: en el cuello consiste en tres líneas paralelas incisas de zig-zag de ángulo muy abierto; en la parte superior del cuerpo se presentan áreas triangulares imbricadas unas con otras dejando espacios que se rellenan de líneas diagonales paralelas a uno de los lados confeccionadas con boquique; separada de la anterior por una banda lisa y situada en la parte inferior de la jarra encontramos una nueva faja de triángulos incisos invertidos y rellenos de paralelas diagonales; por último, sobre la línea del asa se coloca una banda vertical que representa un estrecho ajedrezado pseudoexciso cuadrangular (Fig. 57.3). Esta composición es la más original, porque mezcla aspectos típicos de Cogotas I, como el ajedrezado vertical, la técnica de boquique y la idea del zig-zag, con otros característicos del Bronce Final de la región, como los amplios triángulos encajados y rellenos de diagonales, tema decorativo principal de la jarra.

Igualmente atípicos se muestran los resultados obtenidos en las composiciones decorativas de algunos vasos decorados del Campello, como ocurre con los amplios espacios ajedrezados donde alternan las zonas lisas con las rellenas a su vez de retícula cuadrangular (Fig. 55.35).

En definitiva, y a pesar de que son muy pocos los ejemplares que podemos considerar típicamente meseteños, somos capaces de discernir en el aspecto material dos tendencias claramente diferenciadas; por un lado piezas cuyos perfiles y técnicas, motivos y composiciones decorativas se acercan a la realidad ornamentística de Cogotas I; y por otro ejemplares en los que sólo alguno de los aspectos anteriores puede ser relacionados con aquel grupo; sin despreciar otras especies en las que se produce una situación intermedia.

Respecto a su tecnología y tratamiento no hay referencias específicas; en las publicaciones disponibles no se hace una caracterización diferenciada de las piezas con decoración meseteña, por lo que hemos de suponer que se benefician de los mismos rasgos que el resto de la producción. Esto significa que, de forma general, las especies protagonistas de la "intrusión" se han fabricado dentro de la región y por alfareros locales.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

Únicamente en tres casos podemos utilizar los criterios estratigráficos para intentar encuadrar temporalmente la presencia de cerámicas de tipo Cogotas en la región valenciana. En Oropesa del Mar los escasos elementos que nos hemos atrevido a relacionar con Cogotas I se encuentran en la fase A del poblado, concretamente en el Estrato I del Corte C.4, en los momentos finales de una estratigrafía que parece evolucionar a través de la Edad del Bronce y que sus excavadores llevan al Bronce Final (Gusi y Olària, 1977). En el caso de Campello se pudo diferenciar claramente un estrato, que se ha identificado con el

Bronce Tardío, en el que están presentes varios ejemplares cerámicos decorados con técnicas y motivos de inspiración meseteña. Este nivel se encuentra separado de una ocupación del Bronce Antiguo por un potente estrato estéril, lo que hace imposible establecer la relación del mismo con los últimos momentos del Bronce Pleno. Por encima del mismo se produce una situación similar, con un abandono de la isla hasta época Ibérica. Se trata, por lo tanto, de un momento estratigráficamente aislado entre dos fases de abandono. Por último, en Cabezo Redondo la excavación proporcionó diferentes departamentos o habitaciones dentro de los cuales se localizaron distintos niveles, pero en los que no se aprecian fenómenos claros de superposición. Por este motivo, se considera la ocupación del poblado como más o menos homogénea y, sin duda, continuada, en la que las construcciones más antiguas se situarían en la cima, para ir extendiéndose poco a poco por la ladera hacia la parte baja, a lo largo de un período de tiempo que Soler fecha entre 1800 y 1200 a.C. aproximadamente. Algunos ejemplares cerámicos decorados al estilo meseteño aparecieron en el interior de los recintos habitacionales inferiores, por lo que podrían pertenecer a los últimos momentos de la vida del poblado.

En mayor medida que las estratigrafías faltan en el País Valenciano las fechas de C-14 que se asocian claramente a las cerámicas decoradas de tipo Cogotas I o a los momentos ocupacionales paralelos a la intrusión meseteña. Únicamente contamos con dos yacimientos de nuestra lista con fechas que puedan servirnos. En Cabezo Redondo contamos con una fecha de  $1370 \pm 55$  a.C. (Soler, 1987: 151) procedente del Departamento XV. Esta habitación no ha proporcionado cerámicas en las que se trasluzca claramente la relación con la Meseta, pero se encuentra en la parte baja de la ladera, la zona más moderna de la ocupación del poblado, por lo que podría servir de referencia para fechar la intrusión.

Esta cronología, que Soler (1987) considera posible rebajar incluso hasta 1200 a.C. en función de algunos paralelos con el poblado granadino de Purullena, nos situaría en un momento final del llamado Bronce Valenciano/Argárico en la región fronteriza entre ambas comunidades culturales, es decir, en el Bronce Medio. El momento datado aquí se corresponde en la Meseta con la primera etapa del desarrollo de Cogotas I -fase Protocogotas I (1500-1200 a.C.)- por lo que la relación entre ambos ambientes entra dentro de lo posible y además coincide con las orientaciones que en este sentido nos marcan las cerámicas decoradas.

El segundo yacimiento datado por el laboratorio es el de Oropesa la Vella. La fecha, 1260 ±70 a.C., procede del estrato más profundo del Corte C.4 (Estrato 4), mientras que las cerámicas de tradición meseteña no aparecen hasta el Estrato I, por lo que sólo se puede tomar como datación *post quem*.

Como en el resto de las regiones, el argumento cronológico que mejor se puede aplicar a todos los yacimientos, aunque probablemente sea el más endeble, es el análisis tipológico de las piezas protagonistas de la intrusión y, sobre todo, de sus decoraciones. A pesar de las dificultades de este modo de proceder, aumentadas aquí por la escasez de elementos susceptibles de análisis, podemos plantear una diferenciación temporal aproximativa de los distintos yacimientos. La fase Protocogotas, entre 1500 y 1250/1200 a.C., se vería reflejada con toda seguridad en Cabezo Redondo y, con algunas dudas, en Laderas del Castillo de Callosa de Segura y Cap Prim; en función de la ausencia de temas excisos y de boquique. A la fase de plenitud, entre 1200 y 1000 a.C., parecen pertenecer las intrusiones de enclaves como El Tossal del Castellet, puesto que aquí ya observamos la presencia de todas las técnicas decorativas de Cogotas I. Al mismo período podríamos llevar la intrusión de Oropesa la Vella, La Peladilla, Portixol, El Cerro de la Cruz, Monastil,

Laderas del Castillo de Sax, Illeta dels Banyets y San Antón. También creemos detectar la presencia de decoraciones meseteñas -boquique y excisión- en momentos posteriores, dentro del primer milenio, y correspondientes a la fase evolucionada de Cogotas I (1000-850 a.C.), posiblemente en algunas cerámicas de El Campello o El Monastil, y, sobre todo, en El Tabayá de Aspe. En este último caso la técnica de boquique dibuja un motivo ajeno a Cogotas I y más en consonancia con los esquemas del Bronce Final de la región valenciana. Por esta razón nos parece lógico pensar que pueda tratarse más bien de una perduración de las técnicas decorativas, tras la desaparición de los contactos.

La cronología del contexto arqueológico en el que se insertan las cerámicas de tradición Cogotas I sólo puede ser efectiva en aquellos casos en los que las cerámicas que protagonizan la intrusión aparecen estratificadas y, dentro de estos, en aquellos en los que se acompañen de elementos arqueológicos significativos y susceptibles de datación. Estas circunstancias concurren únicamente, por el momento, en Campello, donde las especies decoradas parecen estar acompañadas de algunos tipos que definen el Bronce Tardío del Sureste. En otros lugares, como Portixol, la presencia en superficie de elementos metálicos de bronce y de pesas de telar cilíndricas con perforación central llevan a sus investigadores a ubicar el contexto general del yacimiento también en ese mismo Bronce Tardío.

En conclusión, la cronología de la presencia Cogotas I en el País Valenciano es dispar y abarca un gran intervalo de tiempo. Sin embargo, como ocurre en casi todas las regiones de expansión, no son frecuentes las intrusiones de fase avanzada, y cuando se documentan responden más a fenómenos de perduración técnica o estilística. Esta circunstancia nos permite pensar que la influencia de Cogotas I sobre las comunidades valencianas se produjo desde un momento impreciso del Bronce

Medio-Protocogotas, hacia el siglo XIV-XIII a.C. según la fecha de Cabezo Redondo, hasta por lo menos el cambio de milenio. Más allá de esta fecha no podemos asegurar la continuidad de los contactos, aunque sí el mantenimiento de parte de su tradición decorativa en el substrato. A pesar de todo, tampoco podemos establecer un orden de llegada de los influjos, ni una mayor o menor antigüedad de los mismos según su ubicación geográfica, puesto que hallazgos de tipologías variadas se encuentran a escasa distancia unos de otros, y las intrusiones más tempranas se detectan en el valle del Vinalopó, precisamente la región más distanciada de la Meseta, mientras que en Castellón y el centro del País, las cerámicas denuncian un momento más tardío. Esto obliga a pensar en intrusiones diversas, desvinculadas entre sí y desconectadas en el tiempo.

*e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

Las circunstancias de los hallazgos, casi siempre procedentes de recogidas superficiales, de excavaciones antiguas, o intervenciones modernas inéditas, nos impiden incluir las cerámicas protagonistas de la intrusión dentro de un marco cultural seguro. Los contextos materiales más claros entre las noticias publicadas son los de Oropesa, Campello y Cabezo Redondo.

En Oropesa los vasos del Estrato I del Corte C.4 no son muy expresivos -cuencos, vasos de perfil en "S" y galbos curvos-, por lo que no aportan demasiada información cronocultural. Sin embargo, la desaparición en el aquel nivel de las típicas cazuelas carenadas del Bronce Pleno, que venían apareciendo en los estratos inferiores de este yacimiento, nos hace sospechar su pertenencia a un momento final o posterior a aquel, que los investigadores del yacimiento ubican en las últimas investigaciones dentro del Bronce Tardío (Olària, 1987). En el caso de la Illeta del Campello los materiales

asociados a algunas de las piezas aquí debatidas son cuencos de borde entrante, cazuelas de paredes rectas con la carena más o menos marcada y ollas de cuerpo ovoide, fondo plano y cuello curvado; formas que se vinculan al Bronce Tardío del Sureste. En El Cabezo Redondo, las piezas decoradas propias de ambientes meseteños aparecen en un ambiente de Bronce Pleno, donde concurren cerámicas típicas del Bronce Valenciano y de la cultura de "El Argar": cuencos de borde vuelto, carenas bajas y fondos curvos, cuencos profundos con mamelones, etc, así como decoraciones incisas de difícil caracterización, ornamentos plásticos -representados por una variada muestra de mamelones y algún cordón- y los famosos vasos con decoración excisa. También están presentes en el contexto cerámico de Cabezo Redondo los cuencos y cazuelas carenadas con paralelos en aquellos que caracterizan el Bronce Tardío definido en el Sureste.

Por lo tanto, resulta difícil pronunciarse sobre el contexto cultural que acoge la intrusión de Cogotas en la región valenciana. En líneas generales se observa un ambiente de tradiciones locales poco alterado por las aportaciones de Cogotas I. Sobre todo se detectan especies pertenecientes al Bronce Pleno; pero no faltan los ejemplares materiales que recurrentemente se utilizan para diferenciar un Bronce Tardío -cerámicas decoradas y perfiles carenados y troncocónicos-.

Sin embargo, aquellos lugares en los que las decoraciones de tipo Cogotas I pueden considerarse más claras y definidas son poblados cuya ocupación principal se produce durante el Bronce Pleno, ya sea Valenciano o Argárico. Esto ocurre en El Castellet, Oropesa la Vella, La Peladilla, Cabezo Redondo, Monastil, Portixol, San Antón y las Laderas del Castillo. En una menor proporción las cerámicas meseteñas se detectan en poblados en los que aquella circunstancia no se produce (Laderas del Castillo de Sax y Cap Prim). En el caso de la intrusión de

El Tabayá -un poblado ocupado desde el Bronce Pleno hasta el Bronce Final-, el boquique claramente se emplea en motivos ajenos y posteriores a los característicos de Cogotas I, por lo que creemos que ha de incluirse dentro del Bronce Final clásico de la zona.

En definitiva, podríamos decir que Cogotas I incide fundamentalmente en los poblados adscritos al Bronce Valenciano, afirmación que nos lleva a entrar de lleno en la conveniencia o no de la definición de un Bronce Tardío para la región. Este período surge en la bibliografía científica levantina como una necesidad para algunos investigadores a la hora de explicar el tránsito de las estructuras culturales del Bronce Pleno a las sociedades inmediatamente previas a la cultura Ibérica, adaptándose, en este sentido, a la respuesta ofrecida al mismo problema en el Sureste. Al igual que en esta región, el pretendido Bronce Tardío, sucede a una etapa cultural bastante homogénea, y de la misma manera que allí, sufre la intrusión de elementos culturales pertenecientes a Cogotas I. Sin embargo, sería necesario reconocer que, hoy por hoy, la realidad de un verdadero horizonte cultural independiente del Bronce Valenciano y claramente diferenciado del mismo no se presenta en las tierras valencianas con la misma fuerza que en el Sureste, donde la transformación es más evidente.

Fue Milagros Gil-Mascarell una de las principales investigadoras empeñadas en desentrañar lo que ocurría en la región tras el declive del Bronce Valenciano y antes de la aparición del horizonte ibérico, período en el que durante algún tiempo se pensó que podría no haber existido cultura alguna diferenciada. El incremento de las excavaciones y el desarrollo de los trabajos de investigación (Llobregat, 1975; Molina, 1978) terminaron, al cabo, por proporcionar una nueva visión de las fases finales de la Edad del Bronce en la que se definía un horizonte de cerámicas incisas del Bronce Final y se perfilaba un momento de transición entre el Bronce Pleno y esta nueva

cultura. Sobre esa base, Gil-Mascarell reordenaba en 1981 la Edad del Bronce haciendo finalizar el denominado Bronce Valenciano hacia 1300/1200 a.C., momento a partir de la cual algunos yacimientos pertenecientes a este horizonte cultural habían comenzado a recibir elementos foráneos a resultas de contactos y relaciones con otras regiones de la Península. A pesar de que los verdaderos cambios no se producirán hasta el siglo VIII a.C., cuando aparecen nuevos poblados y nuevas concepciones socio-culturales, la autora individualizará un Bronce Tardío (a partir de 1300 a.C), caracterizado principalmente por la aparición de cerámicas de tipo meseteño (del horizonte Cogotas I) y de vasos carenados con paralelos en el Sureste en el seno de poblados del Bronce Pleno; y un Bronce Final (1000-650/600 a.C.) en el que se detectan ciertas aportaciones de Campos de Urnas e influencias del Bronce Final andaluz. Este último período se verá enriquecido después por la matización de dos "facies" distintas (Gil-Mascarell, 1985), Bronce Final I y II, diferenciadas en función de la continuidad o no de sus poblados respecto a los del Bronce Valenciano. Al último de ellos pertenecerían los típicos poblados de Vinarragel, Los Villares, Peña Negra y Los Saladares, caracterizados por sus bien conocidas cerámicas incisas.

Por lo tanto, la existencia de un Bronce Tardío tendría como único fundamento la presencia de cerámicas decoradas de tipo Cogotas I y la aparición de especies de suave carena alta, cuerpo cóncavo y borde más o menos recto o abierto, ciertamente similares a las del Sureste pero en modo alguno desvinculadas de la tradición de la Meseta. Esta idea ha sido recientemente matizada por Simón García (1995: 887-888), al sugerir que también la introducción de la aleación controlada de cobre y estaño opera como rasgo característico de esta pretendida fase tardía de la Edad del Bronce.

La principal crítica que suscita esta compartimentación es la de pretender trasladar los esquemas

del Sureste sin plantearse la necesidad o no de ello. La duda sobre la verdadera existencia de un Bronce Tardío nos asalta al comprobar como sus únicas señas de identidad, por lo menos en un buen número de yacimientos, son las especies de tradición meseteña.<sup>110</sup> Sin embargo, consideramos este proceso como meramente intrusivo, y con escasa incidencia en la cultura material sobre la que se detecta, por lo que no creemos que sea suficiente como para individualizar un “grupo cultural” diferenciado del Bronce Valenciano. Por otra parte, hemos comprobado como la mayoría de las piezas de tipo Cogotas I se acompañan de un contexto material propio del Bronce Valenciano, por lo que tendremos que empezar a plantear la posibilidad de que el Bronce Tardío no sea más que una construcción irreal que sólo afectaría a determinados poblados, aquellos en los que se presenta la cerámica de tipo Cogotas I, mientras que, en el mismo momento, podrían funcionar otros pertenecientes a los mismos grupos y sin grandes diferencias, en los que no se hubieran adoptado las modas procedentes del interior de la Península. Las dudas sobre la realidad de esta fase son planteadas por distintos investigadores (Fernández Castro, 1988: 175; González Prats, 1992a: 139-141), quienes apuntan lo precario de los argumentos que se esgrimen en su defensa y la imposibilidad de adoptar incondicionalmente el esquema Bronce Tardío/Bronce Final del Sureste. La situación del País Valenciano, quizás, no se pueda paralelizar alegremente con la de aquel territorio, puesto que allí, en cierto momento, se

detecta un colapso de la cultura Argárica, que provoca la necesidad de redefinir los esquemas culturales. En el Levante, la situación se presenta de manera menos drástica y los poblados del Bronce Valenciano parece sufrir un declive más tendido y mantenerse en gran medida inalterados, admitiendo sólo ciertas novedades materiales.

En varias ocasiones (Simón, 1989; Barrachina, 1992: 79) se han descrito producciones cerámicas decoradas a base de motivos incisos -no siempre asimilables a Cogotas I- y puntillados en yacimientos del centro y sur de la región levantina, que también se llevan al Bronce Tardío (La Sima del Pinaret de Mas Nou, Mas del Corral);<sup>111</sup> sin embargo, creemos que tales producciones son muy difíciles de diferenciar de otras manifestaciones decorativas propias del Bronce Final del tipo de Peña Negra o Saladares, e incluso de tradiciones más antiguas pertenecientes al Bronce Pleno de la región. Algunos de los poblados en los que se detecta este tipo de cerámicas -Mas d'Abad y Oropesa la Vella (Gusi y Olària, 1976)-, ofrecen fechas radiocarbónicas dentro del intervalo temporal tradicionalmente admitido para el Bronce Tardío, pero la tipología de su producción alfarera no se aleja en demasía de la que caracteriza al Bronce Valenciano.<sup>112</sup>

En cuanto al criterio metalúrgico (Cu+Sn) como uno de los rasgos que definen esta fase previa al Bronce Final, pese a que pueda existir una mayor proporción de bronce a partir del 1300 a.C., las aleaciones de este tipo se conocían con toda probabilidad con anterioridad, como sucedía en el

---

110 Son precisamente las cerámicas decoradas las que conceden el título de Bronce Tardío a los yacimientos en que aparecen y no el contexto de éstos el que ratifica la condición de aquellas, pasando por alto que, como hemos visto, las decoraciones meseteñas hacían acto de presencia en Levante tanto en contextos claramente asimilables al Bronce Valenciano (La Peladilla, Cabezo Redondo, etc.), como en cerámicas con formas y motivos sin duda vinculados al Bronce Final (El Tabayá).

111 Algunas de las cerámicas de estos dos yacimientos se han fechado también dentro del Bronce Tardío y se ha visto en ellas relación decorativa con los tipos de Cogotas I (Trelis, 1983, 1988; Barrachina, 1992, Mata, Martí e Iborra, 1994-96); sin embargo, a pesar de no negar su posible perduración hasta la cronología propuesta para el citado horizonte, no creemos que las decoraciones (grandes zonas triangulares y cuadrangulares sin delimitar confeccionadas por puntos impresos) tengan una vinculación directa con los motivos de la Meseta.

112 En el caso de Mas d'Abad se detecta un motivo de guirnalda de puntos (Gusi y Olària, 1976: fig. 5) que encuentra un claro paralelo en el Bronce Pleno de Cabezo Redondo de Villena (Soler, 1987: fig. 101.5).

Sureste ya en época argárica (Montero, 1992 a y b; Fernández-Miranda, Montero y Rovira, 1995).

Por último, las cazuelas de carena alta, con borde vertical o ligeramente exvasado, sólo suelen menudear en los yacimientos más meridionales, donde la influencia del Sureste, al igual que ocurría en época argárica, se deja sentir con más fuerza.

Dada la precariedad de los argumentos esgrimidos y la circunstancia de que no en todos los casos se confirma la convivencia de las tres características citadas, consideramos que la definición del Bronce Tardío deberá apoyarse en el futuro en la constatación de niveles arqueológicos con características propias en cuanto a cultura material y en la detección de cambios estructurales acusados en el substrato del Bronce Pleno. Por nuestra parte creemos que, ni la identificación y delimitación de una fase tardía de la Edad del Bronce en el País Valenciano puede basarse exclusivamente en la contada aparición de especies cerámicas de tradición meseteña, ni cualquier hallazgo de éstas es suficiente para acreditar que el yacimiento en el que se produce sufre una ocupación posterior al Bronce Pleno (Delibes y Abarquero, 1997).

Sin embargo, hemos de reconocer que a medida que nos acercamos al área argárica, esto es, hacia el sur de la región, nos resulta más fácil delimitar un hipotético Bronce Tardío, sin duda por la relación que se establece entre este ámbito y la región del Sureste. A este respecto, en el caso de Campello, que fue durante el Bronce Pleno un poblado argarizado, las últimas informaciones apuntan hacia la existencia de un nivel homogéneo de Bronce Tardío claramente diferenciado en la estratigrafía (Simón, 1988: 119-120).<sup>113</sup>

En este mismo sentido Jover y Segura (1992-93) defienden la existencia de un Bronce Tardío en el

valle Medio del Vinalopó, donde se habría producido una concentración del poblamiento en un número menor de poblados, pero de mayores dimensiones, asentados en lugares destacados. Otra evidencia para la definición de esta fase, según estos autores, sería, además de la documentación de la aleación de bronce -idea lanzada ya por Chapman (1991: 230) y desarrollada ampliamente por Simón (1995) en su tesis doctoral-, la presencia de pesas de telar cilíndricas de sección cuadrada o rectangular que se asocian en otros yacimientos (Purullena, La Muela de Alarilla, etc.) a cerámicas de tradición meseteña. Esta zona sería un foco comarcal de metalurgia de bronce en momentos avanzados del IIº milenio a.C., que se abastece de materias primas alóctonas, lo que pudo suponer no sólo el mantenimiento sino también la intensificación de las relaciones con el Sureste, razón por la cual tendría sentido que el Bronce Tardío se detecte con mayor claridad en la provincia de Alicante, y fundamentalmente en su parte meridional.

A pesar de todo, seguimos pensando que la fase tardía de la Edad del Bronce no está claramente identificada en todo el País Valenciano, aunque admitimos cierta vinculación de las tierras meridionales a los procesos históricos de cambio sufridos en estos momentos en el Sureste. En cualquier caso, la presencia de la tradición de Cogotas I en esta región no debe verse constreñida por ese hipotético Bronce Tardío, sino que ha de estudiarse, a la luz de los datos, como la intromisión de algunas de sus especies cerámicas en poblados del Bronce Valenciano que están evolucionando, dentro de la tradición, hacia el Bronce Final. Aquellas pueden o no formar parte de una nueva facies diferenciada del Bronce Pleno, pero no tienen por qué ser exclusivas de la misma, sobre todo si a esta se le ponen límites cronológicos tan precisos como 1300/1200-1000 a.C.

113 Dentro de esta peculiaridad de la zona meridional del País Valenciano se podría entender una cierta reorganización del poblamiento en el Alto y Medio Vinalopó al concentrarse únicamente en los poblados de Cabezo Redondo, Tabayá y las Laderas del Castillo de Sax (Hernández Pérez y López Mira, 1992: 11).



## 5. Conclusiones.

Tras el análisis de las evidencias de tipo Cogotas I en la región valenciana y de sus relaciones internas con el marco cultural en el que se documentan, se hacen evidentes las grandes semejanzas respecto al área nuclear. Como ya hemos tenido ocasión de avanzar en otro lugar (Delibes y Abarquero, 1997), no sólo nos enfrentamos a un reducido número de yacimientos afectados, sino también a una escasa representación de las cerámicas protagonistas en el interior de los mismos. Estos enclaves, por lo demás, tampoco pueden desvincularse del poblamiento general de la región, puesto que se incluyen dentro de los mismos modelos de poblamiento, y muestran similares tipos de emplazamientos y rasgos constructivos.

En definitiva, y en virtud de todo lo expuesto, podemos afirmar que el grado de implantación de la tradición meseteña en tierras valencianas fue realmente mínimo. Difícil es apostar por algo más que una simple influencia técnica en el repertorio alfarero, o una mera contaminación de estilos decorativos, que tampoco llega a ser lo suficientemente importante como para trastocar la tradición anterior y que también se ve sometida, en muchas ocasiones, a un “reciclaje” por parte de los alfareros locales. Este último particular, la reinterpretación de las modas siguiendo esquemas extraños a la norma, lo hemos podido comprobar en varios ejemplos, ya sea a través de la utilización de motivos meseteños sobre vasos de tipología local como ocurre en Cabezo del Cuervo, ya sea a través de la transformación o “degeneración” de aquellos hasta convertirse en malogrados remedos de los modelos originales.

Se trata por lo tanto, más que en ninguno de los espacios visitados hasta ahora, de una influencia meramente material y de carácter predominantemente derivado. A pesar de ello se pueden distinguir dos tendencias, que incluso comparecen dentro del mismo yacimiento, en las producciones cerámicas afectadas.

Una de ellas encuentra más facilidad para encajar dentro de los esquemas de ornato de Cogotas I, presentando técnicas, motivos y composiciones con un importante parecido a las de la zona nuclear y con múltiples paralelos. En este caso se encuentran, por ejemplo, las cerámicas de El Tossal del Castellet, La Peladilla y varias de Cabezo Redondo. En el lado opuesto se sitúan ejemplares que, a pesar de utilizar las mismas técnicas decorativas, en sus motivos y composiciones sólo se puede apreciar cierto recuerdo de las producciones de la Meseta, mientras que se han abandonado los rígidos cánones ornamentales. Ejemplos de estas últimas creaciones se encuentran sobre todo en Campello y en Cap Prim.

Las cerámicas de Cogotas I se mostrarían, en cualquier caso, como un componente exótico. Sin duda, ante una producción eminentemente lisa como la del Bronce Valenciano, y también de mala calidad e imperfecto acabado (Hernández Pérez, 1985), la vistosidad y vivacidad ofrecida por las esmeradas vajillas de Cogotas I, así como sus excelentes pastas y acabados, tuvieron que producir gran impacto en el ánimo de las poblaciones locales, que pudieron otorgar a estas últimas un carácter, no sólo de lujo, sino también de cierto prestigio, dada su intrínseca condición exótica.

Recordemos también aquí que el proceso de injerencia de Cogotas I en el País Valenciano se manifiesta con mayor intensidad en las tierras meridionales que en el centro y norte; una situación que puede estar en relación con la mayor vinculación del primero de los espacios al antiguo territorio argárico y a un mayor dinamismo de sus centros poblacionales en el período en el que se producen los contactos. En este sentido, no podemos olvidar tampoco que Cogotas I parece incidir en aquellos asentamientos con buenas condiciones para el control del territorio y con una importancia destacada en el espacio; posiblemente porque fueran estos lugares los protagonistas de un sistema

“político” local, actuando como puntos de referencia para las relaciones sociales y económicas entre las gentes de la comarca. Por esta razón, al funcionar como pequeñas “cabezas de partido” o incluso como auténticas “capitales”, adquieren con más facilidad las innovaciones foráneas, como es el caso de los estilos decorativos de Cogotas I.

A pesar de todo creemos que esta débil intrusión de las tradiciones de Cogotas I pudo contribuir en varios aspectos, sobre todo en la transformación de los repertorios alfareros de la región, algunos de los cuales alcanzan una importancia decisiva para la identificación de nuevas fases. En primer lugar, y de forma paralela a la llegada de los influjos de la Meseta, es posible detectar algunas producciones decoradas -cronológicamente llevadas al Bronce Tardío-, como las de la Sima del Pinaret, Más del Corral, Cova Forada, etc., en las que no se encuentran suficientes rasgos como para identificarlas con la tradición meseteña. Por esta razón creemos que se trata de producciones locales que, estimuladas por la recepción de modas extrañas, retomarían tradiciones locales creando nuevas modas paralelas y, a veces, con ciertas coincidencias.

Una segunda contribución de la influencia de Cogotas I creemos está en la acentuación de la distinción entre dos tipos de producción alfarera dentro del conjunto cerámico local. Hasta el momento, la alcallería mostraba caracteres técnicos y tratamientos poco diferenciados (González Prats, 1985: 158), mientras que a partir del declive del Bronce Valenciano se da inicio a una clara dualidad técnico-morfológica entre *cerámica fina* (en la que se incluye casi siempre la decorada) y *cerámica grosera*, que se hará mucho más evidente en el Bronce Final. La coincidencia del comienzo de este proceso con la llegada de la tradición de Cogotas I nos hace pensar que esta última es en parte responsable de esta nueva

forma de entender la cultura material, puesto que tal diferenciación caracteriza al grupo meseteño desde los inicios de su andadura.

Por último, queremos entretenernos aquí en la posible influencia de Cogotas I sobre el horizonte de Peña Negra (de cerámicas incisas de incrustación),<sup>114</sup> repetidamente reivindicada por González Prats (1983a: 105; 1985: 163; 1992a: 142). Con el fin de descifrar la realidad o no de esta vinculación o derivación, se impone cotejar algunos aspectos de ambos fenómenos.

En primer lugar observamos, ciertamente, una coincidencia geográfica entre las zonas más afectadas por la intrusión de Cogotas I y aquellas en las que se detectan los principales yacimientos del Bronce Final con cerámicas incisas de incrustación. En los dos casos se aprecia una concentración en las tierras meridionales del País Valenciano, a pesar de que en ambos no dejan de existir algunos hallazgos septentrionales (El Castellet para Cogotas I y Vinarragel para el Bronce Final).

En segundo término se argumenta la asimilación estilística y técnica de las decoraciones de Cogotas I (y campaniformes) con las del horizonte Peña Negra I (González Prats, 1985, 1990 y 1992a), que afectaría también al aspecto morfológico de los recipientes. A este respecto, la relación se establece a través de las cazuelas carenadas (forma B7, González Prats, 1983a) del horizonte de Peña Negra, que derivarían directamente de las típicas fuentes troncocónicas de carena alta que caracterizan el mundo de Cogotas I. En realidad, la forma B7 tiene diferentes variantes en función de toda una serie de criterios secundarios. De todos los subtipos posibles sólo resisten la comparación con los materiales meseteños los que no tienen una inclinación extrema del borde (los modelos B, C y D de González Prats, 1983a: fig. 1.1), los que presentan

114 Este mundo se correspondería con el Bronce Final II de Gil-Mascarell (1985).

una delineación del borde preferentemente rectilínea y cóncava (*Ibidem*: fig. 3.1 y 3), y, sobre todo, los de carena más o menos aristada pero sin hombrera (modelos 1 a 4, *Ibidem*: fig. 2). Este grupo de fuentes carenadas se incluiría en lo que el autor (*Ibidem*: 103-104) considera el tipo B7A, que adopta carenas simples sin hombreras y que además tiene cuerpo troncocónico. Sin embargo, existirían otras piezas igualmente aquilladas, como los cuencos de carena media de tradición del Bronce Valenciano y las cazuelas con hombrera de inspiración meridional o del Sureste (*Ibidem*: 106), que se alejan de las producciones típicas de Cogotas I.

Ejemplares con estas características los encontramos en Peña Negra (González Prats, 1983a: fig. 3), Mola d'Agrés (Gil-Mascarell, 1981: fig. 3.4) y Los Saladares (*Ibidem*: fig. 2.4, 5 y 6), donde se detectan unos tipos cerámicos con cuerpos marcadamente troncocónicos, carenas en mayor o menor grado aristadas pero nunca con hombrera, bordes de dirección más o menos vertical o abierta y labios redondeados (alguno de ellos más apuntado). Para todas estas piezas pudiera presumirse una derivación a partir de aquellas cazuelas carenadas de Cogotas I que, junto a ciertas decoraciones incisas y de boquique, habían aparecido en la región durante el período previo. En consecuencia, no podemos considerar sino que la relación morfológica es, cuanto menos, posible, aunque ello no signifique necesariamente una relación de vínculo o una necesaria derivación.

En cuanto a la filiación decorativa, los motivos del Bronce Final de la región levantina han sido repetidamente analizados por González Prats (1985 y 1990) y repetidamente puestos en relación con las decoraciones campaniformes y de Cogotas I. Este autor (1990: 78-82) repasa uno a uno los temas del grupo meseteño y los paralelos encontrados en el País Valenciano para hacerlos converger en el horizonte de Peña Negra. En realidad, el rasgo que mejor unifica estos mundos es la incisión, principal

técnica decorativa utilizada en los dos ambientes culturales. Sin embargo, no todos los motivos del primero se repiten de la misma manera en el segundo. En primer lugar, en el más tardío no se constata la técnica de boquique, a no ser que acudamos a El Tabayá, ni tampoco excisiones de tipo Cogotas I, puesto que las que se pueden observar en Vinarragel o Agrés se asemejan más a las excisas del Valle del Ebro -del grupo del Bajo Aragón- (González Prats, 1985: 166), que cronológicamente se sitúan en un momento paralelo o ligeramente anterior. En cuanto a la incisión, es preciso reflejar que las espigas, uno de los motivos más utilizados en Cogotas I, no aparecen en el repertorio de Peña Negra. Sí lo hacen las líneas de zig-zag (González Prats, 1990: 78-82), a base de trazos autónomos, y también los reticulados, aunque en este caso los de Crevillente parecen más anchos que los de Cogotas I, y nos recuerdan más a los campaniformes que a los finos y estrechos reticulados de Cogotas I. También son comunes a los dos ámbitos las pequeñas impresiones circulares u hoyuelos y los triángulos rellenos de trazos (*Ibidem*).

En este último caso, el de los triángulos rellenos, podemos asegurar que, junto a los rombos rayados y a las áreas reticuladas, constituye uno de los motivos más típicos y tradicionales de todos los horizontes culturales que conviven en la Península Ibérica en el transcurso de los últimos compases del Bronce Final y los primeros de la Edad del Hierro, es decir, en los siglos VIII-VII a.C. -pudiendo asimilarse en algunos casos a momentos anteriores, incluso cercanos al cambio de milenio-. Esta coincidencia, que podemos observar en lugares como el Cerro de San Antonio en Madrid, Pico Buitre en Guadalajara y el Castillo de Reillo en Cuenca; llevó a González Prats (1992b: 253) a plantear la existencia de una corriente cultural vinculada a un camino de difusión interior que homogeneiza tradiciones en este momento de tránsito, explicando así las

concomitancias entre los horizontes mencionados y el de Peña Negra I.

En lo que se refiere a la composición decorativa, encontramos en el Bronce Final del Sureste, al igual que ocurría en Cogotas I, bandas y zonas metopadas, composiciones radiales y hasta decoración en el interior de los bordes. También, como acontece en la fase más avanzada del grupo meseteño, se observa una tendencia a cubrir la mayor parte del vaso. Sin embargo, no podemos decir que los resultados visuales en uno y otro caso sean los mismos, puesto que los temas son menos variados que en Cogotas I pleno, los motivos más amplios, su estética diferente, y la manera de engarzar los motivos decorativos claramente distinta. Otras desemejanzas fundamentales pueden ser la aparición en el horizonte del Sureste de grecas y de decoración bruñida, su acumulación en el vaso, a veces de forma irracional, sin seguir esquemas ordenados (Gil-Mascarell, 1981: fig. 4.3) y, sobre todo, la renuncia a técnicas que habían sido tan importantes en Cogotas I como el boquique y las áreas puntilladas.

Por lo tanto, y a pesar de no ser tan evidente la relación de las cerámicas decoradas de Cogotas I con las del Bronce Final del Sureste como pudiera desprenderse de la lectura de González Prats, sí podrían aquellas haber colaborado en la resurrección de tradiciones decorativas y haber inspirado la costumbre de realizar a partir de ahora una vajilla fina y ornamentada diferenciada de la meramente funcional. La intrusión de Cogotas I concentrada en determinados lugares, aunque sea esporádicamente, y la realización de una determinada producción especializada, conducirían a la población local a la adopción de unas costumbres, entre lo social y lo económico, en las que se valorase la alfarería como un producto susceptible de una determinada categorización, confeccionando modelos más finos y apreciados, sobre los que se va a instalar la decoración, frente a otros destinados a los usos de cocina y almacenamiento.

En lo que concierne a la relación arquitectónica de Cogotas I con los primeros momentos de Peña Negra I, González Prats (1990: 35-36, fig. 3; y 1992: 142) se refiere a la existencia de unos “fondos de cabaña” en la base de la secuencia constructiva de la terraza inferior del yacimiento (Peña Negra IA), de forma oval o circular y a veces semiexcavados en el suelo, que, en su opinión, se parecerían a los detectados en la Meseta y en Cogotas I. Sin embargo, la mayoría de los llamados “fondos de cabaña” encontrados en los poblados de este grupo, dado su reducido tamaño, no responden a un fin habitacional. Es cierto que las pocas evidencias de auténticas viviendas cogoteñas presentan formas muy elementales de construcción, y que algunas rebajan parte del suelo para asentar las ligeras estructuras; pero ninguna de ellas tiene un planta claramente circular. En cualquier caso, los ejemplos no son suficientes como para asociar las formas constructivas de ambas regiones. En el resto de la secuencia del yacimiento alicantino, las estructuras de habitación -de planta circular- no se relacionan con Cogotas I, por lo que el argumento de una vinculación arquitectónica entre ambos mundos, bastante precario, no puede utilizarse con éxito por el momento.

La mayoría de los poblados correspondientes al Bronce Final con cerámicas incisas se fechan con posterioridad al año 1000 a.C., y los más emblemáticos, como Peña Negra, Saladares y Vinarragel, en el siglo VIII a.C. Al mismo tiempo, la intrusión de Cogotas I se instala preferentemente, como hemos propuesto, en un intervalo cronológico aproximado de 1400-1000 a.C.; por lo que podría hablarse de cierto *lapsus* temporal entre la retirada de las especies de Cogotas I y la aparición de las decoraciones de incrustación del Bronce Final clásico del Sureste. Sin embargo, la presencia de boquique en el vaso decorado de El Tabayá, con una forma y un motivo típicos del Bronce Final, nos hacen sospechar la

existencia de contactos prolongados o de largas perduraciones que posibilitarían las conexiones entre ambos complejos.

Un último factor a tener en cuenta en esta hipotética vinculación de elementos Cogotas I y Peña Negra sería la posibilidad de relacionarlos estratigráficamente. Sin embargo, en ninguno de los poblados típicos del Bronce Final con cerámicas de incrustación -Peña Negra, Mola D'Agrés, Cova Bolúmini, Vinarragel y Los Saladares- se detecta intrusión meseteña. Sí contamos, sin embargo, con alguna asociación no estratigráfica en los poblados de El Tabayá y Cap Prim, donde elementos decorativos relacionados con Cogotas I acompañan, al menos en superficie, a piezas decoradas al estilo del Bronce Final (Navarro, 1982: lám. I; Simón, 1989: fig. 2.3).

En definitiva, creemos que el papel de Cogotas I en la formación del Bronce Final del Sureste es muy limitado, reduciéndose a los aspectos cerámicos, y dentro de estos a actuar como revulsivo o como inspiración a partir de la cual, y sin una evolución lineal nítida, se desarrollan novedosas formas de decoración.

La importancia de Cogotas I en el País Valenciano queda, por lo tanto, delimitada a aspectos puramente materiales; pero, como ocurría también en otras regiones, se pueden encontrar distintos grados de acercamiento en los diferentes poblados afectados. De esta diversidad dan fe la desigual proporción de ejemplares hallados en cada yacimiento y la mayor o menor fidelidad de las especies involucradas. De esta manera podemos decir que existe un grupo de enclaves en los que las tradiciones meseteñas conocen un relativo éxito, como Cabezo Redondo, Campello, Tossal del Castellet y, posiblemente, Castillo de Sax; mientras que otros, como San Antón, las Laderas del Castillo de Callosa de Segura, La Peladilla, Cerro de la Cruz, Portixol y, sobre todo, Cap Prim, parecen sufrir sólo de manera secundaria las influencias de la Meseta.

## ■ EL SURESTE

Se trata en este caso de un espacio cultural de suma importancia, puesto que fue aquí donde, durante el Bronce Antiguo y Medio, se desarrolló la cultura de El Argar. Las cerámicas de tipo Cogotas I localizadas en esta región adquieren, por lo tanto, una mayor relevancia, al verse involucradas, de una u otra forma, en el proceso de desarticulación de aquella formación.

### 1. Estado de la Investigación.

La introducción de elementos de cultura material de tipo Cogotas I en el Sureste peninsular goza de una de las tradiciones investigadoras más antiguas y de un abundante repertorio de citas bibliográficas, así como de frecuentes trabajos especializados que se detienen en este aspecto de la prehistoria de la región. La razón de que se documentaran tempranamente las cerámicas meseteñas en este espacio geográfico no es otra que la de su coincidencia dentro de los poblados de la cultura de El Argar. En efecto, el interés suscitado por esta manifestación particular de nuestra prehistoria desde finales del siglo pasado, y la aparición de algunos ejemplares cerámicos del tipo que ahora nos ocupa en las fases finales de la misma -o en las inmediatamente posteriores- han permitido que, desde los primeros estudios, encontremos referencias gráficas y descriptivas de este tipo de materiales. Esto ocurre ya en las exploraciones realizadas en Almería por E. y L. Siret, dos ingenieros belgas que procedieron a la excavación y prospección de varios poblados argáricos de la cuenca del Almanzora a finales de siglo pasado, y en cuya obra (Siret, L y E., 1890) se pueden apreciar los primeros ejemplos de cerámicas de tradición meseteña en poblados como Fuente Álamo y El Oficio. Posteriormente, ya en nuestro siglo, habremos de esperar a las publicaciones de Fernández de Avilés (1935) y Martínez

Santa-Olalla (1947) para conocer nuevos materiales de tipología similar en El Cerro de Santa Catalina (Murcia) y Salobreña (Granada), aunque por el momento, en todos estos casos, no se plantea la relación con la Meseta.

A partir de la década de los 70 y principios de los 80 se produce la eclosión de los estudios sobre la Edad del Bronce en el Sureste. Al mismo tiempo, a remolque de su aparición en los poblados argáricos y de su identificación con la fase inmediatamente posterior al declive de los mismos, se incrementan los testimonios de la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en la región. Por estas fechas, se publican yacimientos tan importantes para este proceso como Cerro de la Encina, Cuesta del Negro o Fuente Álamo; y aparecen estudios de carácter general y sistematizaciones sobre los períodos postargáricos como la de Molina y Arteaga (1976), donde por primera vez se define la existencia de un Bronce Tardío en el Sureste caracterizado por la inclusión de cerámicas de la tradición decorativa de Cogotas I, así como diversos trabajos en los que se aborda el problema de este nuevo período y su relación con las cerámicas meseteñas (Arteaga y Serna, 1979-80; Arteaga, 1982). Es en estos momentos cuando se confeccionan los primeros mapas de dispersión de la cerámica de Cogotas I por la Península (Almagro-Gorbea, 1977: fig. 52; Fernández-Posse, 1982: fig. 4; Fernández Manzano, 1985: p. 70), en los que, desde el principio, va a figurar un buen número de yacimientos de esta región: Santa Catalina, Fuente Álamo, El Oficio, Campos,<sup>115</sup> La Cuesta del Negro, El Cerro de la Encina y Salobreña.

A lo largo de la década de los 80 se incorporan nuevos datos que profundizan en la delimitación de este Bronce Tardío como una fase postargárica y previa a la aparición de la cultura clásica del Bronce Final, casi siempre apoyados por la presencia de este

tipo de producciones. Este es el caso de algunos yacimientos de Totana y la Cala del Pino (Murcia) estudiados por Ros Sala a mediados de los 80, o de ciertos materiales del clásico poblado argárico de Gatas (Turre, Almería) recientemente reexcavado.

En los últimos años, salvo algunos trabajos concretos (Pellicer, 1992-3) hemos de reconocer que se ha producido una ralentización de las investigaciones en el Sureste en lo referente al Bronce Tardío y a la valoración de Cogotas I en el mismo, desviándose la atención hacia regiones próximas como la Alta Andalucía y la zona tartésica.

Hoy día conocemos 11 estaciones con cerámicas de Cogotas I en la región del Sureste, aunque hemos de admitir ciertas dudas en la adscripción a este mundo del poblado de Las Anchuras. El tipo de hallazgo y el grado de información disponible sobre ellos es variable. Como vemos, algunos de los poblados afectados han sido sometidos a excavación, mientras que otros -caso de La Cala del Pino- sólo han sido prospectados con carácter de urgencia. Entre los primeros también hay que distinguir aquellos en los que las intervenciones que proporcionaron los fragmentos decorados con técnicas de tipo meseteño se realizaron en tiempos pretéritos, como Santa Catalina y El Oficio, de los intervenidos más recientemente, como Cerro de la Encina, Cuesta del Negro, Fuente Álamo y Gatas. Por otra parte, hemos de lamentar, también en este caso, la permanencia de materiales de este tipo aún sin publicar en los yacimientos de Monachil y de Purullena, que limitan, en gran medida, el estudio de la importancia de la presencia meseteña en los mismos. No faltan tampoco hallazgos muy poco documentados, conocidos por informaciones sesgadas y materiales descontextualizados -Salobreña, Cerro de Santa Catalina, La Bastida y Las Anchuras de Totana-, ni poblados

---

<sup>115</sup> Este yacimiento no es tenido en cuenta en nuestro estudio puesto que en el análisis de sus materiales no hemos encontrado suficientes similitudes con Cogotas I.

afectados que se encuentran en proceso de estudio y que, por lo tanto, están pendientes de una publicación definitiva, caso de Gatas.

## 2. El Medio Geográfico.

En este trabajo incluimos dentro de la región del Sureste aquellos territorios que durante el Bronce Pleno estuvieron afectados por la cultura de El Argar, excluyendo los del Alto Guadalquivir. Con el fin de llevar un orden consecutivo y ante la conveniencia de tratar los yacimientos afectados por Cogotas I en grupos separados, hemos preferido adaptarnos a las divisiones administrativas actuales, dejando fuera de este conjunto las manifestaciones del sur de Alicante -pese a estar convencidos de que existe una indudable e intensa relación, por lo menos con toda la cuenca del Segura-, y centrarnos a las provincias de Murcia, Almería y Granada.

En primer lugar hemos de apuntar que, como ya ocurría con el País Valenciano, la región del Sureste no mantiene una relación de vecindad directa con la zona nuclear de Cogotas I, ni siquiera con la zona de contacto, siendo uno de los espacios peninsulares más alejados de los centros originales del grupo

Geográficamente estas tres provincias se encuentran entre la costa mediterránea y la cordillera Subbética, de disposición SO-NE., que hace de barrera natural entre el Sureste y el resto de la Península. En el interior de este espacio, que se continúa sin grandes traumas orográficos en dirección NE. hacia Alicante, se dispone la cordillera Penibética, separada de la anterior por una depresión tectónica (Húecar-Overa-Alicante) que enlaza con la cuenca de Guadix-Baza. Esta última formación montañosa presenta una disposición

similar, aunque algo más transversal, y está compuesta por toda una serie de sierras que separan valles de ríos intermitentes que vierten sus aguas al mar, o de afluentes que se dirigen hacia el Guadalquivir en dirección Norte o Este. Entre las primeras destacan Sierra Nevada y Sierra de los Filabres, y entre los segundos, por un lado el Andarax, Aguas, Antas y Almanzora, y por otro el Fardes y el Genil. Algunas de estas depresiones interiores son auténticas vías de comunicación, por lo menos las situadas al norte de este espacio, que enlazan con las altiplanicies de la Alta Andalucía.

La vinculación de los poblados afectados por Cogotas I a los cursos fluviales no se define de una manera tan nítida como en el caso de otras regiones, aunque sigue habiendo redes hídricas a través de las cuales parece canalizarse el fenómeno de dispersión de la cerámica de aquel grupo (Fig. 62). Este último caso sería el del Guadalentín, a cuyas orillas se concentran tres de los cuatro ejemplos murcianos, o el Almanzora. Otros hallazgos de este sector, sin embargo, parecen mostrar una mayor dispersión.

## 3. Precedentes Culturales. Un repaso a la Cultura de El Argar.<sup>116</sup>

Como hemos mencionado, y como es de sobra sabido, los períodos del Bronce Antiguo y Bronce Pleno (Inicial y Medio) están abarcados en el Sureste por el desarrollo de la cultura o formación económico social de El Argar, una de las manifestaciones más interesantes y particulares de la prehistoria de la Península Ibérica,<sup>117</sup> hasta el punto de que, en ciertos momentos de la investigación, se llegó a pensar en una expansión de la misma por todo el territorio peninsular. Sin embargo, hoy podemos decir que la citada cultura tiene su espacio

116 Citamos aquí alguna de las obras de carácter general así como ciertos trabajos puntuales que nos han servido para la confección de este resumen y donde se puede encontrar una amplia bibliografía sobre todos los aspectos de la cultura de El Argar: Lull, 1983; Molina, 1978; González Marcén, Lull y Risch, 1992; Contreras *et alii*, 1995.

117 Uno de los principales trabajos sobre esta cultura, aunque hoy se pueda considerar superado, se debe a B. Blance (1964).



nuclear en las provincias de Murcia y Almería, ocupando en los momentos álgidos de su desarrollo parte de la de Granada hacia el oeste, el sur de Alicante hacia el noreste, así como parte de las tierras jienenses hacia el norte.

Los yacimientos argáricos se caracterizan por reunir en un mismo espacio el hábitat y la necrópolis. Generalmente se ubican sobre lo alto de destacados cerros o “cabezos” con un marcado carácter defensivo, aunque también se conocen pequeños núcleos ubicados en el llano (principalmente en Lorca, Murcia). La arquitectura defensiva no puede considerarse generalizada; pese a que en algunos poblados se han documentado recintos amurallados (Cerro de la Encina, Cuesta del Negro, Peñalosa). Las viviendas y otros edificios se construyen en las laderas de los cerros, de fuertes pendientes, por lo que son necesarias obras de aterrazamiento y muros de contención. Las casas son de tendencia rectangular o trapezoidal, e incorporan, en ocasiones, cabeceiras absidiadas, y con una o dos habitaciones. Los materiales de construcción son la piedra, cantos rodados o sillares unidos y revocados con barro para el zócalo -aunque a veces constituyen la base de todo el muro-, y el tapial para el recrecimiento de las paredes.<sup>118</sup> En el interior se localizan hogares y estructuras de mantenimiento, y las techumbres son de barro y ramaje y pueden ir sujetas o no con postes de madera. Las distintas cabañas no se disponen siguiendo un plan ordenado ni regular, y sin embargo su aglomeración da al conjunto un aspecto urbano que se acrecienta con la pavimentación de alguno de los espacios libres.

Los enterramientos se situaban en el interior del poblado, muchas veces debajo de los pisos de las mismas casas. Se trata de tumbas individuales, excepcionalmente de dos o más individuos. Los

contenedores funerarios pueden ser fosas, covachas excavadas en la roca del subsuelo, cistas rectangulares construidas con losas de piedra, o urnas de cerámica. Las diferencias entre unos tipos y otros responden a las distintas tradiciones regionales (preferencia por los enterramientos en urna en el litoral de Almería y Murcia, y por las fosas en los altiplanos granadinos y en el Alto Guadalquivir).

La variada tipología de estas tumbas, y las diferencias observadas en los ajuares que las acompañan han sido los principales argumentos para la formulación de distintas hipótesis.

La primera interpretación que sobre este tipo de evidencias se realizó fue la que consideraba las diferencias en la forma particular de enterramiento y los distintos ajuares como indicadores de momentos cronológicamente diferentes y consecutivos. La autora de esta teoría (Blance, 1964) -seguida y enriquecida con fechas de C-14 por otros investigadores (Arribas, 1976; Molina 1978: 201; Schubart y Arteaga, 1983a)- compartimenta la cultura de El Argar en dos grandes fases, Argar A y Argar B, que en realidad sólo pueden ser aplicadas, y con reservas, en el núcleo central de esta formación situado junto a la cuenca baja del río Almanzora. El Argar A es paralelo al Bronce Antiguo centroeuropeo, se caracteriza por los enterramientos individuales en cista o en fosa, los puñales de forma triangular con tres o cinco remaches en arco, los adornos de oro y los botones de perforación en V. Junto a ellos pueden aparecer vasos con carena situada aproximadamente a media altura. Durante el Argar B (Bronce Pleno) se generaliza el enterramiento en *pithei*, aunque no se llega a abandonar el ritual en cista o en fosa. Los ajuares presentan puñales de bronce de hoja más estrecha y enmangue rectangular de esquinas redondeadas, hachas planas de talón

118 En algunas zonas, como los altiplanos granadinos, la arquitectura doméstica se realiza fundamentalmente a base de barro y armazones de postes, reservando la piedra para las construcciones colectivas.

estrecho, alabardas de tipo “Montejicar”, adornos de plata y cuentas segmentadas de vidrio y hueso. En cuanto a la cerámica, predominan las copas, los cuencos parabólicos y los vasos estrechos con carena baja y tendencia bicónica.

La segunda hipótesis (Lull, 1983), ante la comprobación de un desarrollo prácticamente homogéneo del horizonte argárico y de la utilización de los distintos tipos de tumba a lo largo de todo el desarrollo del mismo, pretende demostrar cómo la diferenciación en los ajuares funerarios está en función de una marcada jerarquización social. Tras el análisis detallado de las tumbas, se han propuesto cinco categorías sociales. La primera y la segunda corresponden a miembros de la clase dominante, la primera formada preferentemente por hombres y la segunda por mujeres, niños y jóvenes ligados a los anteriores. La tercera categoría estaría compuesta por los individuos de pleno derecho en la comunidad. Los miembros de la cuarta son de reconocimiento social inferior a la anterior y los de la quinta carecen de ajuar. Por otra parte, aunque en este mismo sentido, las tumbas infantiles con importantes ajuares funerarios en las fases más avanzadas sugieren el carácter hereditario de la posición social. Incidiendo en esta teoría, los excavadores de Peñalosa (Contreras *et alii*, 1995) interpretan algunas de las tumbas detectadas en el yacimiento como pertenecientes a esclavos, y vinculan las cerámicas decoradas a las viviendas de los personajes más encumbrados.

La cerámica argárica se caracteriza por un alto grado de normalización. Es decir, por la existencia de modelos comunes en todas las regiones del ámbito argárico, sobre todo en los ajuares funerarios, mientras que en la cerámica de uso doméstico se constata una mayor variabilidad. La metalurgia incluye aleaciones de cobre con arsénico, aunque también aparecen algunos bronce, así como objetos de oro y plata.

La economía tiene una triple base agro-silvo-pastoril, que va desarrollando cada elemento con ritmos y énfasis muy distintos, según la época y el área. La metalurgia completa y otorga un dinamismo diferente al sistema y propicia, desde el principio, la fijación de los asentamientos. La importancia de los distintos sectores económicos varía en función de la zona estudiada; así los grupos argáricos ubicados en las depresiones se dedican fundamentalmente a la agricultura intensiva, mientras que las comunidades montanas y de los altiplanos (Granada) se basan en una agricultura extensiva secundada por una importante ganadería. Los yacimientos jienenses muestran su propia dinámica específica con una destacada pero puntual explotación metalúrgica (Lull, 1983).

Nos encontramos, por lo tanto, ante un sistema de producción subsistencial especializado en cada zona biogeográfica, fundamentado en las relaciones de complementariedad entre los poblados mineros, agropecuarios y agropecuarios con producción metalúrgica. Esto supone una circulación de objetos, materias primas y alimentos, lo que a su vez requiere unas comunicaciones desarrolladas y la existencia de instituciones político-sociales que controlen las relaciones de producción. La sociedad argárica se caracteriza por la especialización del trabajo, una compleja organización de la distribución y la estructuración en familias nucleares. Las diversas categorías de los ajuares funerarios son una manifestación de la presencia de una clase dominante que controla unas instituciones de carácter estatal y que se beneficia de la organización de la producción, de la posesión de los recursos y de la circulación y distribución de los productos (Aubert y Lull, 1990: 260).

A través de paralelos tipológicos con el centro y el occidente de Europa, la fecha inicial de la cultura del Argar (Argar A) se establecía en torno al 1700 a.C., aunque las últimas fechas de C-14

inclinan a elevarla hasta principios del segundo milenio. El segundo período de esta gran manifestación de la Edad del Bronce del Sureste (Argar B) comenzaría, según investigadores clásicos como Blance y Schubart, alrededor del 1500 a.C., pero también aquí las dataciones radiométricas apuntan hacia un momento más antiguo (Molina, 1978: 201-202). La fecha final de esta formación no ha sido, por el contrario, establecida con criterios claros hasta los últimos años. Durante mucho tiempo se mantuvo la idea de hacer perdurar la cultura argárica hasta la llegada de los primeros influjos coloniales que provocarían el inicio de la Edad del Hierro; se creía que los elementos materiales argáricos, más o menos transformados, se habían mantenido en la región sin que ninguna otra cultura surgiera en el territorio durante el Bronce Final. Sin embargo, tras la excavación de yacimientos como La Cuesta del Negro en Purullena y del Cerro del Real en Galera (Granada) fue tomando cuerpo la existencia de dos nuevos horizontes claramente postargáricos y precoloniales y que ocuparían el Bronce Tardío y el Bronce Final de la región a partir de 1300 y 1100 a.C. respectivamente.

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

Los 11 yacimientos aquí inventariados, pese a encontrarse entre ellos los más conocidos y los más claros ejemplos de la "expansión de Cogotas I", sólo suponen un 6% del total de poblados afectados por el grupo meseteño fuera del área nuclear. Este porcentaje, en realidad, sólo es uno de los tres más pobres de la Península (Fig. 91), aunque de tener en cuenta su vinculación a las tierras del sur de Alicante, e incluso al sureste de la Meseta, habría que modificar en cierta medida esta apreciación.

Como ya hemos avanzado, es la región del Sureste una de las más alejadas de los grupos nucleares de la Meseta, situándose la mayoría de los

poblados a más de 300 km. en línea recta desde el conjunto de los areneros madrileños. En ese espacio, además, existen amplias zonas donde las manifestaciones de este tipo son escasas, como la región manchega, y varios sistemas montañosos que podrían complicar las comunicaciones.

Tradicionalmente se viene considerando esta región como una de las más afectadas por la influencia de origen meseteño, sin embargo, esta valoración se debe más a la importancia de las manifestaciones allí observadas -derivada en gran medida de su mayor conocimiento- que al elevado número de las mismas. La densidad espacial de los yacimientos afectados se reduce a causa de la dispersión geográfica de los mismos, así obtenemos unos índices de 0,00035 yacimientos/km<sup>2</sup> en Murcia, de 0,00045 en Almería y de sólo 0,00024 en Granada, lo que supone los marcadores más bajos de los observados hasta el momento. Sin embargo, hemos de tener en cuenta que en este caso se han utilizado como referencia las superficies totales de las provincias, dada la dificultad para encontrar agrupaciones significativas. Una de éstas últimas, podría encontrarse en los cursos bajos del Almanzora, Antas y Aguas, en Almería, donde en una superficie aproximada de 400 km<sup>2</sup> encontramos tres poblados afectados, lo que supone una densidad de 0,0075 yac/km<sup>2</sup>, un índice más próximo a otras regiones de expansión.

Más difícil de precisar es la proporción que guardan los yacimientos involucrados en el proceso respecto a sus contemporáneos que se ven libres de la presencia de especies meseteñas. La fase en la que se inscriben todas estas manifestaciones se identifica aquí con el Bronce Tardío, una fase que a veces sólo se identifica a través de aquellas especies. Sin embargo, existe una serie de poblados en todo el Sureste sin cerámicas decoradas al estilo de Cogotas, pero adscritos al Bronce Tardío en función de la aparición en los mismos de determinados tipos cerámicos, lisos y carenados. Ros Sala (1986a y b)

estudió este fenómeno en las tierras murcianas, donde localizó un importante número de estaciones de esta fase (Sta Catalina, La Bastida, Las Anchuras, La Cala del Pino, Castillo de Alhama, El Castillo de las Peñas en Fortuna, La Placica de Caravaca, Las Cabezuelas de Totana, La Punta de los Gavilanes de Mazarrón, El Cerro del Castillo de Lorca y Parazuelos-Loma de Ceperos en Ramonete); de los que sólo un 36,3% parece estar afectado por la presencia de especies decoradas de tipo meseteño, un porcentaje que resulta, al menos, significativo. En Almería y Granada, sin embargo, salvo El Cerro de la Mora (Carrasco, Pastor y Pachón, 1981: 324-325), son escasos los datos sobre poblados asignados al Bronce Tardío que no sean los afectados por el fenómeno meseteño. A pesar de ello, nos resistimos a pensar que exista todo un período, en torno a los tres

siglos de duración, que se encuentre tan escasamente representado; por lo que consideramos que durante el mismo se mantienen otros poblados de tradición argárica en los que los cambios materiales son menos apreciables. Al cabo, no podemos decir que durante la fase del Bronce Tardío exista una generalización de las cerámicas de Cogotas I, sino que éstas se instalan únicamente en determinadas estaciones.

*b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Todos los hallazgos de cerámicas de tipo Cogotas I se realizan sobre auténticos poblados, en los que se evidencia, además, una ocupación prolongada y permanente. Se trata, por lo tanto, de lugares de habitación<sup>119</sup> utilizados en su mayoría en época argárica, y alguno durante el Bronce Final:

Yacimiento	Emplazam		Fases		
	Alto	Ladera	Argar	B. Tardío	B. Final
119. Sta Catalina	*			*	*
120. La Bastida	*		*	*	
121. Las Anchuras	*		*	*	
122. La Cala del Pino	*		*	*	
123. Fuente Álamo	*		*	*	
124. El Oficio	*		*	*	
125. Gatas	*		*	*	
126. Cerro del Rayo	*		*	*	
127. Cuesta del Negro		*	*	*	
128. Cerro de la Encina	*		*	*	*
129. Salobreña	*			?	

119 En ningún caso aparecen en contextos funerarios; incluso en los materiales recuperados por los hermanos Siret se especifica este particular.

El tipo de emplazamiento predominante es en altura, sobre cerros o cabezos destacados en el terreno, con buenas condiciones para la defensa y para el control del territorio, razón por la cual vienen siendo utilizados repetidamente por las distintas manifestaciones culturales de la región. En todos los casos se puede afirmar que el lugar ocupado presenta ventajas estratégicas, aunque no siempre con las mismas características. En La Cuesta del Negro, a pesar de contar con una meseta superior que domina toda la vega granadina, el hábitat se localiza en la “cuesta” o ladera, conjugando las características de los poblados abiertos y los encastillados; en otros casos -Fuente Álamo y La Bastida- se trata sólo de pequeños cabezos o cerros que sacrifican el control de las tierras llanas en favor de un carácter marcadamente defensivo, al esconderse entre elevaciones superiores que hacen del poblado un lugar difícil de descubrir. También encontramos otros lugares en los que su posición privilegiada permite controlar los accesos a determinadas zonas, como El Cerro de la Encina, que domina el camino hacia La Vega granadina, o el Cerro del Rayo, sobre la vía de acceso a las sierras mineras. Casos particulares parecen ser el emplazamiento de La Cala del Pino y Salobreña, que se ubican en destacadas elevaciones sobre la actual línea de costa.

La estrategia espacial que siguen los yacimientos afectados por la introducción de elementos de cultura material de Cogotas I, a juzgar por la coincidencia de los mismos con ocupaciones argáricas, parece estar relacionada con el período previo, y no supone ninguna alteración en los modelos de ocupación del espacio. En Murcia constatamos el mantenimiento del Guadalentín como eje fundamental del poblamiento, y en los enclaves de Totana podríamos vislumbrar la posibilidad de que existiera algún fenómeno de jerarquización o

complementariedad entre los mismos, dada su cercanía y su funcionamiento paralelo, que provocase el traspaso de las nuevas modas cerámicas de unos lugares a otros. En Almería, una situación similar a la descrita en último lugar se pudo producir en los establecimientos del Bajo Almanzora, aunque no tenemos datos suficientes en ninguno de los casos para afirmarlo de forma tajante. Al sur de esta provincia y en la de Granada, la dispersión entre los poblados afectados impide vislumbrar relaciones de este tipo, sin embargo, las vías de comunicación permiten imaginar cómo las influencias de Cogotas I pudieron trasladarse de unos enclaves a otros sin necesidad de que en cada caso se establezcan contactos directos con los grupos de la Meseta. En este caso, creemos firmemente que es desde La Cuesta del Negro desde donde se produce una redifusión de los elementos cogoteños, puesto que es aquí donde con mayor claridad se presentan.

En cuanto a las características internas de los poblados hemos de tener en cuenta la documentación en la práctica totalidad de los mismos de la cultura de El Argar, por lo que se verían afectados por la previa existencia de una consolidada tradición constructiva que no en todos los casos se ve transformada. En algunos lugares, el hábitat disponía de estructuras defensivas que pudieron ser reutilizadas o adaptadas durante la fase en la que inciden los elementos meseteños. Este es el caso de La Cala del Pino, Fuente Álamo, El Ofico, El Cerro del Rayo, El Cerro de la Encina y La Cuesta del Negro; en los dos últimos se ha podido documentar como en la fase postargárica sólo se utiliza parte de estas construcciones, como si las necesidades de defensa, o el papel simbólico de estos edificios hubiera disminuido. A este respecto, Ros Sala (1986b: 323) considera que las relaciones entre los poblados<sup>120</sup> debieron ser pacíficas, puesto que no

---

120 Esta autora considera aquí que conviven en la zona poblados de tradición local y enclaves de Cogotas I de forma diferenciada.

parecen funcionar los muros defensivos levantados en las fases anteriores.

Las zonas de hábitat siguen siendo las mismas que en época argárica, aprovechando los aterrazamientos de esta fase, aunque en Fuente Álamo parece detectarse un desplazamiento desde la zona superior a la parte baja de la pendiente. Molina (1978: 105) afirma que se mantiene la organización urbanística avanzada del foco clásico de la cultura del Argar, con casas compuestas por varios recintos de paredes rectas y planta irregular, agrupadas en núcleos compactos que dan lugar a calles estrechas y tortuosas, aunque todavía no podemos hablar de urbanismo preconcebido. Ros Sala (1986b, 323) describe cubiertas a doble vertiente con un saledizo alrededor de la cabaña que se sujetaría con postes. Los pavimentos se hacen con barro endurecido y sitúan el hogar en la zona central.

En Fuente Álamo, por ejemplo, se menciona el mantenimiento de la infraestructura arquitectónica argárica durante el Bronce Tardío, una circunstancia que, sin embargo, no se produce en El Cerro de la Encina y en La Cuesta del Negro, lugares en los que se documenta una transformación de las características constructivas, aunque diferente en cada caso. En el primero de los yacimientos, de una fase argárica con casas de piedra se pasa a un horizonte con estructuras de barro y ramajes soportados por ligeros zócalos de piedra y revocadas con capas de estuco acanalado. Los suelos son de tierra apisonada y, en ocasiones, de arcilla cocida; sin embargo se mantiene la tendencia rectilínea de los muros. En La Cuesta del Negro, por el contrario, las modificaciones son de signo diferente; mientras en la fase argárica nos encontramos con construcciones endeblas, levantadas con materiales blandos, en el poblado superior se detectan cabañas rectangulares, de 7 por 4-5 m., con zócalos, conservados hasta 0,50-1 m., contruidos con piedras unidas con arcilla, y a veces reforzados con postes interiores. Los

techos pudieron ser de ramas y arcilla o confeccionados por grandes troncos. Esta transformación de las estructuras habitacionales de los poblados argáricos no deja de ser significativa, puesto que pone en evidencia como los resultados obtenidos en un determinado lugar han de ser contrastados con otros datos antes de extrapolarlos a toda una fase o una región. A nuestro modo de ver, esta situación puede ser debida a las características peculiares de la zona excavada en cada caso, pudiendo darse la circunstancia de que la fase argárica de Cuesta del Negro y la postargárica del Cerro de la Encina, las que presentan elementos constructivos poco consistentes, formaran parte de barrios no permanentes o de lugares marginales, o que en esos momentos el poblado en general fuera un núcleo menos importante y poco próspero, lo que explicaría el carácter endeble de las estructuras.

En el resto de los poblados, las estructuras visibles o excavadas parecen pertenecer a época argárica. En Fuente Álamo existe una gran cisterna, construida precisamente en aquella fase, cuyo deterioro se produce a partir de la presencia de Cogotas I, a pesar de que es posible que en estos momentos también se hiciera uso de la misma.

Por otra parte, no se detectan en el Sureste estructuras similares a los típicos “campos de hoyos” constatados en la Meseta central en los yacimientos de Cogotas I, por lo que podemos asegurar que la tradición puede más en esta región que los influjos foráneos, por lo menos en cuanto a las estructuras de habitación y en su relación económica con el entorno.

En definitiva, el tipo de hábitat en el que incide Cogotas I perpetúa los rasgos estructurales del período argárico, manteniendo las líneas rectas y los muros de piedra, carece de estructuras subterráneas de almacenamiento de tipo “hoyos”, e incluso admite novedades como los revestimientos de las paredes; rasgos todos ellos que, indefectiblemente, nos alejan de las tradiciones de Cogotas I.

No conocemos ningún enterramiento asociado a cerámicas de Cogotas I. Tras la cultura argárica parece como si este tipo de prácticas entrara en declive, produciéndose la desarticulación de las creencias y de la espiritualidad que caracterizó a la fase previa.

*c. Características de la "intrusión" material: la cerámica.*

El número de ejemplares cerámicos de tipo Cogotas I es variable en los distintos yacimientos del Sureste. Por un lado tenemos situaciones excepcionales como la sufrida en la segunda fase de La Cuesta del Negro, donde, sólo entre los materiales inventariados, se han fichado hasta 305 fragmentos que se pueden adscribir a aquella tradición, es decir, la práctica totalidad de la producción alfarera, tanto lisa como decorada. Conjuntos relativamente nutridos de cerámicas de tipo Cogotas I, aunque nunca comparables al de Purullena, se documentan también en Fuente Álamo, El Cerro de la Encina y El Oficio; lugares de los que conocemos entre 6 y 12 ejemplares decorados al estilo meseteño, a pesar de intuirse, a través de los comentarios, la existencia de otros muchos. En una situación parecida se encuentra el yacimiento de Gatas, aunque los últimos trabajos pueden incrementar el valor numérico de estas especies. En cualquier caso en todos estos lugares se puede hablar de una importancia numérica alta si mantenemos los valores utilizados en otras regiones. En un plano contrario al definido hasta ahora y muy similar al evidenciado en otras zonas de "expansión", se alinean el resto de los poblados aquí inventariados (Cerro del Rayo, Salobreña, Sta Catalina, La Bastida, Las Anchuras y La Cala del Pino) donde los ejemplares alfareros involucrados oscilan de uno a tres, generalmente fragmentos poco definidos y a menudo descontextualizados.

Por lo que se refiere a la morfología de los vasos es muy frecuente la presencia de la decoración

de tipo meseteño sobre cazuelas o cuencos de carena medio-alta, cuerpo inferior cuenquiforme o tronco-cónico, borde exvasado, recto o entrante, y fondo plano. Estas piezas, tan características del grupo de Cogotas I, se documentan en todos los yacimientos; no sólo en aquellos donde contamos con pródigo muestreo (Fuente Álamo) (Fig. 64.1-3 y 7), sino también en los que los ejemplares de influencia meseteña comparecen de manera más limitada (Cerro del Rayo) (Fig. 65.11). Tampoco faltan cuencos de tendencia profunda (Cala del Pino, Gatas y Cuesta del Negro), ollitas de tendencia cerrada y borde vuelto (Cuesta del Negro y Las Anchuras), escudillas (Cuesta del Negro), formas globulares, así como perfiles de tendencia bitronco-cónica, con la unión entre los dos cuerpos más o menos marcada (Cerro de la Encina y Fuente Álamo); perfiles todos ellos frecuentes en los repertorios formales del grupo de Cogotas I. Sin embargo, también podemos encontrar alguna pieza decorada con morfología atípica, como un borde elevado de El Oficio (Fig. 66.3), cuyo aspecto recuerda más a ejemplares campaniformes.

La decoración de tipo Cogotas I reproduce en la región del Sureste unas técnicas, motivos y composiciones muy similares a las del grupo nuclear (Figs. 63 a 74), aunque esto no significa que, en ocasiones de forma muy clara, se detecten ciertos rasgos particulares que denuncian un carácter peculiar para estas producciones. Las técnicas decorativas utilizadas en las especies de tradición cogoteña se reparten de manera desigual en los distintos yacimientos. La que está presente en un mayor número de yacimientos es la incisión, seguida por la impresión y el boquique; la excisión, por el contrario, sólo aparece en tres de los poblados. Las cuatro técnicas asociadas sólo se documentan en La Cuesta del Negro y en El Cerro de la Encina, mientras que la incisión, la impresión y el boquique conviven además en Fuente Álamo y



El Oficio. En otros casos, como Las Anchuras y Gatas, sólo se detectan ejemplares con decoraciones incisas o impresas. En cada yacimiento la importancia de las distintas técnicas es diferente, pero la incisión siempre predomina en aquellos lugares en los que se pueden establecer comparaciones internas. El boquique es muy importante en Fuente Álamo, mientras que la excisión se presenta siempre de manera testimonial (un fragmento en Salobreña, otro en El Cerro de la Encina y cinco más en La Cuesta del Negro). La asociación de técnicas dentro del mismo vaso es importante entre la incisión, la impresión y el boquique en lugares como El Cerro de la Encina, Fuente Álamo, El Oficio y, también, en La Cuesta del Negro.

Los motivos decorativos son en la mayoría de los casos muy similares a los utilizados en la Meseta. Con incisión se realizan frecuentemente zig-zags (Fuente Álamo, El Oficio, Gatas, Cuesta del Negro y Cerro de la Encina), representados en sus distintas variantes: a base de trazos individuales más o menos regulares (Fig. 66.3), o a través de pequeñas trazadas de quiebro irregular unidas de forma que los últimos tramos de una serie se cruzan con los primeros de la siguiente (Fig. 66.2). Pueden aparecer en líneas individuales, dobles o formando bandas. Las espigas son menos habituales, pero se muestran en Cuesta del Negro, Fuente Álamo y, de forma un tanto peculiar, en Cerro del Rayo (Fig. 65.11). También se ven representados otros motivos incisos como los reticulados (Sta Catalina), los cosidos (Cuesta del Negro), cremalleras (El Oficio), diferentes trazos cortos en disposición paralela, así como líneas incisas simples, que en paralelo o en guirnalda pueden rellenar espacios delimitados o confeccionar motivos individuales (Gatas, Cuesta del Negro, El Oficio, Fuente Álamo y Las Anchuras) (Fig. 67.2). Esta última utilización de las líneas incisas resulta el aspecto más particular de este tipo de motivos en

el Sureste, puesto que el desarrollo de las mismas no alcanza tanta importancia en la zona nuclear.

En lo que concierne a los motivos impresos destacan, por su similitud con los centros de la Meseta, las zonas punteadas que se delimitan por incisas o boquique y que pueden ser bandas de zig-zag u onduladas, triángulos, zonas entre guirnaldas, segmentos de círculo, etc. (Figs. 63.3, 5 y 6; 66.1 y 5; 67.1-3 y 17-20; 69.6, 7 y 10; 71.2, 4 y 5; 72.13; 74.3). Las encontramos en Las Anchuras, La Cala del Pino, Gatas, Cuesta del Negro, Cerro de la Encina y El Oficio. En este último lugar, los puntos se sustituyen en uno de los vasos por pequeños ángulos (Fig. 66.4), y en Fuente Álamo ocupan una zona angular en parte no delimitada (Fig. 64.2). También comprobamos la existencia de "crecientes" impresos con la punta seccionada de una caña, que a veces se convierten en goterones (Fuente Álamo) (Fig. 64.7). Los circuitos estampillados -aunque pueden estar realizados mediante incisión- se nos muestran en el yacimiento de Gatas (Fig. 67), recordando a producciones de tipo Protocogotas de la Meseta.

El boquique, que se utiliza en ciertas ocasiones como técnica auxiliar para la delimitación de zonas impresas, se emplea para confeccionar los típicos motivos de guirnalda paralelas, curvas o en zig-zag, colgando de líneas rectas o no, en Fuente Álamo, El Oficio, Cuesta del Negro, Cerro de la Encina y Salobreña (Figs. 65.1 y 2; 66.2 y 5; 72.13; 74.1 y 5). También aparece en la confección de zig-zags en los yacimientos de Purullena y Monachil. En La Bastida esta técnica se usa tanto en la confección del triángulo como en su relleno a base de líneas rectas (Fig. 63.3); estas últimas se repiten de forma aislada o en paralelo en Purullena y Fuente Álamo.

Los temas excisos, a parte de escasos, muestran una gran sencillez. En Salobreña y Monachil los ejemplares presentan ajedrezados romboidales (Fig. 74.2) y los de La Cuesta del

Negro son bandas paralelas y triángulos, que sólo en un caso se contraponen de manera que dejan entre sí una banda exenta de zig-zag (Fig. 72.7).

La ubicación de los temas decorativos repite los esquemas impuestos desde la Meseta; las zonas más afectadas son la parte superior del cuerpo -justo por debajo del borde-, el interior de este, la superficie del labio, la línea de carena en los vasos que la poseen, y la zona inmediatamente inferior a esta, siendo menos frecuente que la decoración alcance las zonas inferiores del vaso.

Las composiciones decorativas no son siempre apreciables, puesto que el grado de fragmentación es considerable, pero podemos encontrar situaciones variadas según los yacimientos y dentro de los mismos. Así, en algunos lugares los esquemas son bastante sencillos (Cerro del Rayo, Las Anchuras, y algunos especímenes de Fuente Álamo, Gatas, Cuesta del Negro y Cerro de la Encina) (Figs. 64.7; 65.11; 67.1-6; 68.1; 70.1; 71.1; 74.4); en ellos los motivos aparecen de forma individual o se limitan a ocupar zonas diferenciadas dentro del vaso. Sin embargo, contamos con otros ejemplares donde los distintos temas decorativos se entremezclan, siempre con un perfecto sentido geométrico, abundan las zonas punteadas, y tienen cabida las zonas rayadas yuxtapuestas y la proliferación de guirnaldas paralelas. Podemos destacar de esta última tendencia algunos vasos de La Cala del Pino, El Oficio, Gatas, Cuesta del Negro y El Cerro de la Encina, donde se combinan distintos motivos de boquique o se plantea un juego de alternancia entre zonas rellenas y lisas (Figs. 63.5; 66.4 y 5; 67.19; 72.13; 74.1-3).

En cuanto a la caracterización de esta cerámica predominan las arcillas decantadas y los buenos acabados, un tratamiento que no sorprende puesto que se suele aplicar a toda la llamada vajilla cuidada o de mesa. Por otra parte, en la mayoría de los casos no se describen las características internas

ni externas de las pastas de estas especies, ni se plantea la posibilidad de que fueran distintas a las del resto de la producción, por lo que en principio podríamos sospechar que se trata siempre de producciones locales. Sólo en el caso de La Cuesta del Negro y El Cerro de la Encina se han realizado estudios específicos sobre este particular. Varios fragmentos procedentes de estos poblados fueron sometidos a análisis a través de métodos ópticos utilizados en mineralogía y petrología (Capel y Delgado, 1978); dos de las muestras (P<sub>3</sub> y M<sub>4</sub>), una de cada yacimiento, pueden ser incluidas sin ningún problema dentro de la órbita de Cogotas I. En ambas (*Ibidem*: 349) queda claro que las pastas utilizadas son autóctonas, puesto que el carácter detrítico de los fenocristales y la presencia de cantos y minerales de rocas metamórficas concuerda perfectamente con las características mineralógicas de los contextos geológicos de los asentamientos. Según esta interpretación, hemos de suponer que las cerámicas de tipo Cogotas I de estos poblados son de origen local; aunque, dado el reducido número de ejemplares sometido a análisis, podríamos sospechar la existencia de algunos tipos, los menos, originarios de la Meseta a imitación de los cuales se realiza el resto de la producción.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

Abordamos ahora, a través de los distintos criterios que venimos utilizando, la posición cronológica de la introducción de las cerámicas de tradición meseteña en el Sureste peninsular.

El primer indicador cronológico a analizar es, como en otros casos, la posición estratigráfica. En este sentido hemos de recordar que fue en estos parajes donde primero se obtuvieron secuencias en las que se incluían cerámicas decoradas con boquique y excisión; lo que además provocó la reubicación cronológica de todo el horizonte de Cogotas I. Los poblados en los que esto ocurre son

Fuente Álamo, Gatas, La Cuesta del Negro y El Cerro de la Encina. En el primero de ellos, las citadas especies se encuentran perfectamente emplazadas en los últimos momentos de la secuencia estratigráfica (Período V), por encima de una fase de El Argar B-2 (Período IV) y en un momento considerado postargárico y Bronce Tardío por los excavadores (Schubart y Arteaga, 1983b). Sobre las excavaciones de Gatas falta todavía la publicación definitiva, sin embargo sabemos de la aparición de cerámicas de esta tipología por debajo de niveles con vasos que se vinculan a los Campos de Urnas del NE. y por encima de estratos de filiación argárica (Castro *et alii*, 1991: 19). En La Cuesta del Negro (Purullena), la estratigrafía se muestra también muy clara y, hasta cierto punto, similar en ambos sectores excavados. La cerámica meseteña, protagonista aquí de toda una fase del poblado, aparece por encima de los estratos de adscripción argárica, representando nuevamente un momento del llamado Bronce Tardío. Algo más complicada podría resultar la interpretación de la secuencia de El Cerro de la Encina, dada la diferente interpretación de alguno de sus estratos (Arribas *et alii*, 1974 y Molina, 1978); sin embargo, podemos decir que las cerámicas que ahora nos ocupan se presentan ya en los últimos momentos de la fase argárica (Estrato IV - Fase IIb-), y que se mantienen, tras un período de abandono del poblado, en lo que en un principio se identificó como primera fase del Bronce Final (Estrato IIIb -Fase III-), alcanzando incluso momentos más clásicos de esta nueva fase (Estrato IIIa -Fase III-), para desaparecer en el Estrato II, todavía dentro del mismo horizonte. Por lo tanto, podemos decir que la intrusión se mantiene en esos momentos de transición desde la cultura del Argar hasta la consolidación del Bronce Final.

En líneas generales observamos cómo las cerámicas de tipo Cogotas I se instalan en los contextos postargáricos del Sureste y dejan de aparecer en

los momentos en los que se consolida el horizonte clásico del Bronce Final local; un período que en estas tierras dio pie a la definición del Bronce Tardío.

En cuanto a la cronología radiocarbónica, contamos en el Sureste con dataciones asociadas a contextos cerámicos de tipo Cogotas I en tres yacimientos. En Fuente Álamo se dispone de cuatro fechas para el Período V, pero desconocemos si las muestras proceden de los mismos contextos estratigráficos que las cerámicas de tipo Cogotas I de este momento. Las fechas son  $1450 \pm 50$  a.C.,  $1330 \pm 70$  a.C.,  $1300 \pm 70$  a.C. y  $1210 \pm 90$  a.C. (Schubart y Arteaga, 1986: 292); la más antigua se superpone a otras obtenidas para el Período IV, por lo que podría ponerse en duda, y el resto parece datar un momento de formación y pleno del horizonte meseteño (Schubart y Arteaga, 1983b: 61; 1983c: 61-62).

Por su parte, el Poblado Superior de La Cuesta del Negro se beneficia de otras tres fechas:  $1210 \pm 35$ ,  $1145 \pm 35$  a.C. (Molina, 1978: 169) y  $1230 \pm 50$  a.C. (Ambers, Matthews y Browman, 1991: 65), que proceden del Estrato VI/Sur; la más reciente de ellas, obtenida a partir de semillas, data un suelo de habitación de la última cabaña, mientras que las otras dos, pertenecientes a grandes troncos quemados, pueden fechar los momentos de la construcción de las viviendas. De esta manera obtenemos un marco cronológico para la segunda fase de este yacimiento entre mediados del siglo XIII y mediados del XII a.C., lo que en el grupo de Cogotas I significa el despegue de su fase de plenitud.

En Gatas existen cuatro muestras analizadas por el C-14 asociadas a cerámicas de estilo Cogotas I (Castro, Micó y Sanahuja, 1995: 84-85, Tabla 1). Tres de ellas, procedentes de la Ladera Sur y obtenidas a partir de semillas de cereales, proporcionan las fechas siguientes:  $1300 \pm 70$  a.C.,  $1280 \pm 70$  a.C. y  $1300 \pm 70$  a.C. La cuarta, una muestra de carbón de la Ladera Media, ofreció una fecha de  $1130 \pm 60$  a.C. Estos datos revelan un intervalo muy homogéneo en

el primer contexto entre finales del XIV y principios del XIII a.C., y una perduración en el segundo hasta la segunda mitad del XII a.C.; lo que nos conduce, nuevamente, a un momento de transición entre Protocogotas y Cogotas I pleno.

En definitiva, compaginando los datos de los tres poblados, podemos decir que la tradición decorativa de Cogotas I, según el radiocarbono, podría irrumpir en el Sureste a finales del siglo XIV a.C. (Fuente Álamo y Gatas) y mantenerse con fuerza hasta la segunda mitad del XII a.C. A pesar de todo, es muy posible que las situaciones varíen en función de los poblados, e incluso en el interior de los mismos; aunque en cualquier caso las fechas obtenidas se ajustan sin ningún incómodo a la secuencia cronológica propuesta para el grupo de Cogotas I en la Meseta.

De forma mucho más generalizada, aunque también más sugestiva, podemos aplicar el criterio tipológico para ubicar temporalmente la introducción de cerámicas de tipo Cogotas I, siguiendo para ello los esquemas evolutivos que venimos aplicando en estos casos. De esta manera, creemos que se puede sospechar la presencia de especies meseteñas desde los últimos compases de Protocogotas, puesto que en algunos yacimientos encontramos ejemplares con características claramente relacionadas con esta primera fase. Esto es lo que pensamos, por ejemplo, de varios ejemplares de Fuente Álamo -sobre todo aquellos vasos decorados a base de impresiones a punta de caña-, de los vasos de Gatas, donde sólo hacen acto de presencia los motivos incisos e impresos, y, también, de los estratos más bajos de La Cuesta del Negro (Estratos III/N y III/S), donde el boquique es meramente testimonial y en los que aparecen formas (cazuelas de carena muy alta) y decoraciones (líneas de zig-zag o espigas incisas o esgrafiadas) típicas de la transición entre los momentos antiguo y pleno del complejo de Cogotas I. La fase de

plenitud la podemos encontrar, casi sin discusión, en El Oficio y en El Cerro de la Encina, así como en Fuente Álamo y La Cuesta del Negro, lugares estos últimos en los que se mantendrían los influjos llegados en los momentos previos. Por último, salvo algunas complicaciones decorativas observadas en El Oficio -que podemos seguir manteniendo en la fase media- o en alguna vasija de El Cerro de la Encina con desarrollos amplios de la decoración y formas de tendencia bitroncocónica, no somos capaces de identificar ejemplares cerámicos que respondan fielmente a la fase más avanzada de Cogotas I. El resto de los yacimientos, podría también incluirse en la fase plena, sobre todo el ejemplar decorado con zonas punteadas de La Cala del Pino, el boquique de La Bastida y los rombos excisos de Salobreña.

Por lo tanto, según este criterio, los influjos procedentes de la Meseta podrían introducirse paulatinamente desde los últimos compases de la fase Protocogotas para consolidarse en la fase de plenitud, no alcanzando, sino de forma confusa, la fase más avanzada del mismo; lo que en función de la cronología convencional propuesta para esta periodización podría equivaler a un intervalo entre el siglo XIII a.C. y el cambio de milenio aproximadamente.

Pocos son, por último, los elementos materiales de los contextos arqueológicos que acompañan a las especies de tradición meseteña susceptibles de una datación segura; ni siquiera el colgante de oro encontrado en el Estrato V/Sur de La Cuesta del Negro, parecido a otros hallados en el tesoro de Cabezo Redondo (Soler García, 1987: 151) ofrece una fecha inequívoca. Por lo demás, sólo podemos hablar de algunas asociaciones a cerámicas cuya cronología tipológica es tan válida o tan problemática como la de las propias especies meseteñas. En este sentido puede ser significativa la convivencia en El Cerro de la Encina de ejemplares de tipo Cogotas I y cuencos carenados de borde vertical exvasado de

tradición argárica en la Fase IIb; así como, en estratos posteriores pertenecientes a la Fase III, la comparecencia de aquellas cerámicas junto a cazuelas de carena de hombro muy marcada, elemento típico del Bronce Final del Sureste que alcanza su apogeo a partir del año 1000 a.C., y la presencia, en el Estrato IIIa -aunque en un corte distinto al que proporciona residuales materiales meseteños- de un ejemplar cerámico con decoración bruñida, que nos podría llevar a un momento aún más avanzado, posterior al 900 a.C.

Es posible que las asociaciones de Monachil sean particulares, puesto que su alejamiento y aislamiento del centro de la cultura de El Argar pudo provocar un mantenimiento de las tradiciones hasta una fase más avanzada, y su proximidad a las tierras del Bajo Guadalquivir, por el contrario, una temprana aparición de las nuevas especies del Bronce Final.

Combinando todos los datos disponibles, creemos no equivocarnos al decir que la posición cronológica de las especies de tipo Cogotas I en el Sureste no es homogénea en todos los poblados, puesto que se observan variaciones tanto en el momento de su introducción como en el período que afectan. Sin embargo, en términos generales, podemos hablar de unas fechas alrededor de finales del siglo XIV y comienzos del siglo XIII a.C. para los primeros testimonios de este tipo, y de un mantenimiento de éstos aproximadamente hasta el cambio de milenio, fecha que sólo parece rebasarse en El Cerro de la Encina. Significativa nos resulta la ausencia de los momentos más evolucionados de Cogotas I, según nos informan tanto el radiocarbono como la tipología; una circunstancia que creemos se debe a la imposición de las nuevas tipologías del Bronce Final, con cazuelas de carena muy marcada, formando hombro -doble quiebro-, y motivos decorativos bruñidos y de incrustación de bronce. Por lo tanto, parece que las cerámicas de

tipo Cogotas I resistirían en el Sureste justo el tiempo que transcurre desde el abandono de los patrones alfareros argáricos hasta la imposición de los nuevos estilos autóctonos, es decir, el período de tiempo en el que la creatividad local está en crisis.

*e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones.*

El conjunto material que acompaña a las cerámicas de tipo Cogotas I lo conocemos sobre todo a través de los contextos estratificados de Fuente Álamo, Cuesta del Negro y Cerro de la Encina. En el primero de estos poblados aquellas conviven en el Período V con cazuelas de carena alta, borde recto vertical y labio reforzado al exterior, cuerpo troncocónico y fondo plano, fuentes de labio engrosado por el interior, grandes urnas que recuerdan a los *Pithoi* argáricos como ejemplo de perduración de cultura material, ollas de paredes verticales y fondo plano, y ollitas de hombro elevado.

En el yacimiento de El Cerro de la Encina se asocian en la Fase IIb a cuencos parabólicos de labio vertical o inclinado hacia el interior, cuencos semiesféricos, y vasijas globulares con cuello. Estos perfiles son, en su mayoría, de clara tradición argárica; sin embargo, hemos de tener en cuenta cómo en este momento se ausentan ya las típicas copas y tulipas (Lull, 1983: 377). En la Fase III, las cerámicas meseteñas se ven inmersas en un contexto en el que ha desaparecido cualquier rastro de la cultura de El Argar y donde aparecen nuevos tipos de cerámica fina como los cuencos con *omphalo* en la base, los vasos de fondo rehundido, las cazuelas con carena alta y borde saliente con perfil sencillo, y las fuentes con carena media poco marcada y borde recto y saliente. Entre la cerámica grosera destacan las orzas de mediano y gran tamaño -de boca ligeramente estrechada y labio engrosado, con fondo plano-, las ollas de forma ovoide, y las orzas de paredes entrantes con un típico engrosamiento triangular o en T

del borde, así como las pesas de telar de caras trapezoidales y sección rectangular, con una fuerte acanaladura central en la parte superior y dos perforaciones (Arribas *et alii*, 1974: 81; Molina, 1978: 165).

En La Cuesta del Negro, a pesar de reconocer que una gran mayoría de especies cerámicas pertenece a la tradición de tipo Cogotas I, tanto lisas como decoradas, creemos necesario advertir, como ya hicimos en el inventario, de la existencia de un repertorio de clara derivación argárica y de formas híbridas. Entre estas piezas podemos destacar los cuencos profundos que conservan tendencia parabólica y aquellos otros que presentan el borde bruscamente inclinado hacia el interior, vasos con carena pronunciada en la parte inferior, y vasitos aquillados en la parte media, así como algunos mamelones trocopiramidales invertidos colgando de la carena (Figs. 69.19; 70.9; 71.12; 72.16, 19, 20 y 24). En el polo opuesto se pueden ya vislumbrar algunas cazuelas con carena de hombro que anuncian la fase siguiente (Fig. 70.4 y 12), así como algunos ejemplares a torno que podrían implicar unos tempranísimos contactos, a través de estaciones costeras, con los pueblos del Mediterráneo Oriental (Fig. 73.4-7).

En el resto de los yacimientos no podemos definir un contexto claro, aunque en superficie no es infrecuente la presencia de fuentes de carena alta y borde recto en El Oficio, La Bastida de Totana y La Cala del Pino. En el primero se han encontrado también algunos vasos carenados con mamelón caído (Leira, 1987: 219), aspecto que se repetía en Fuente Álamo y La Cuesta del Negro.

En líneas generales, podemos realizar una serie de apreciaciones:

En primer lugar, observamos cierta concordancia entre los materiales del contexto arqueológico del Período V de Fuente Álamo y el del Poblado Superior de La Cuesta del Negro. Las fuentes

carenadas de ambos yacimientos suelen ser muy amplias -anchas- y planas, y se observa una preferencia por las carenas altas y los perfiles inferiores de marcada tendencia troncocónica, por los bordes rectos y por los fondos planos. En lo que concierne a la cerámica grosera se observan en ambos casos perfiles verticales y fondos planos.

Por otro lado se contempla una clara perduración de las tradiciones cerámicas argáricas en la Fase IIb de el Cerro de la Encina y presencia residual de las mismas en la Fase II de Purullena. Lo que obliga a valorar la importancia de un substrato local heredado del período anterior.

También se documenta un contexto claramente distinto en la Fase III de El Cerro de la Encina, que apunta más a las tradiciones que se impondrán en la región en la fase clásica del Bronce Final.

Por encima de estos datos, la intrusión de cerámicas de tipo Cogotas I en el Sureste se ha visto, desde la sistematización de Molina (1978), identificada con la fase del Bronce Tardío, un término que, en este caso, tienen un significado cronológico a la vez que cultural. La identificación de este período responde en parte a su documentación de forma general en toda Europa como un momento de transformación de los elementos más puros del Bronce Medio y previo a las manifestaciones del Bronce Final, rompiendo así la división tripartita de la Edad del Bronce. En el Sureste, una vez comprobado que la cultura del Argar no perduraba hasta conectar con la época ibérica, y tras una primera identificación de los contextos postargáricos como Bronce Final (La Cuesta del Negro, Cerro de Virgen de Orce), enseguida tuvo éxito la incorporación de un Bronce Tardío que sucede de forma inmediata al colapso de los poblados argáricos del Bronce Medio.

Según Molina, en el Bronce Tardío se inician ciertos cambios tipológicos y nuevas relaciones que apuntan claramente hacia la proble-

mática del final de la Edad del Bronce. Las características más destacadas del mismo serían (Molina, 1978: 201-206) el desarrollo de ciertas formas de la cerámica indígena junto a la paulatina desaparición de otras de tipología argárica como las copas, y la intrusión en un momento avanzado del mismo de los primeros elementos del horizonte cultural de Cogotas I de la Meseta.

Entre las formas más características del Argar Tardío, que por lo general se habían iniciado en la fase anterior de esta cultura, destacan las fuentes y platos con carena alta de arista poco marcada, borde recto o ligeramente entrante y fondo curvado (*Ibidem*: n.ºs 7 y 8 de la Tabla tipológica). Los ejemplares de mayor tamaño suelen presentar series de mamelones troncocónicos que cuelgan en la línea de carenación. Otra forma interesante es la botella de pequeñas dimensiones, con boca especialmente estrecha y cuello esferoidal, que aparece ya en el Argar Pleno granadino y se mantienen en el Argar Tardío de El Cerro de la Encina. También perviven otros perfiles asiduos de los repertorios argáricos: cuencos de perfil sencillo o que presentan una serie de suaves protuberancias en el labio que dan lugar a un perfil ondulado, cuencos parabólicos con el borde ligeramente entrante y, aunque más escasos, los vasos con carena a media altura. Sin embargo, no se documentan en este momento las típicas copas que caracterizaron el período del Argar B.

Al mismo tiempo, Molina hace de la presencia de cerámicas meseteñas en el Sureste una de las características de la definición del Bronce Tardío; sin embargo, ofrece una visión desproporcionada del fenómeno, quizás basándose en lo que ocurre en Purullena. Piensa que Cogotas I funda en esta región auténticos establecimientos que no se llegan a fundir con las poblaciones autóctonas y que mantienen un desarrollo totalmente independiente de las mismas durante todo el Bronce Tardío y la fase más antigua del Bronce Final. Esta interpretación es, cuanto

menos, exagerada, puesto que ni siquiera en La Cuesta del Negro podemos decir que no haya elementos indígenas que denuncien un importante papel de las comunidades locales. En realidad, a través del análisis de las distintas evidencias de filiación meseteña detectadas en el Sureste, hemos de pensar precisamente lo contrario, es decir, que los elementos de cultura material de Cogotas I se incluyen dentro de los contextos indígenas, integrándose de tal modo que en muchas ocasiones lo que encontramos no son sino imitaciones locales de las técnicas decorativas usadas en la Meseta.

Por su parte, Arteaga y Schubart (1980: 271-273), al tratar el Bronce Tardío de Fuente Álamo, distinguen tres grupos cerámicos, en este caso sin tener en cuenta si están o no decorados con técnicas de tradición cogoteña. El primero de ellos (*Ibidem*: fig. 14) está compuesto por cazuelas y cuencos carenados de borde vertical, que pueden llevar mamelones troncopiramidales colgando de la línea de inflexión. El segundo tipo (*Ibidem*: fig. 15.a, b, d y g) son los cuencos de carena alta y borde ligeramente exvasado y menos engrosado que los anteriores. El tercero (*Ibidem*: fig. 13.a) son las vasijas con cuello y cuerpo más o menos panzudo con curvatura en la parte superior del cuello y un labio ligeramente hacia el exterior. También considera típicos de este período los fondos planos.

Respecto a esta última caracterización creemos que los dos primeros tipos descritos podrían englobarse en uno sólo, que podríamos llamar vasos de carena media-alta, puesto que sus diferencias parecen restringirse a un mayor o menor engrosamiento del labio -que en ningún caso alcanza las proporciones de algunos recipientes del Bronce Final- y a la inclinación del borde. Ambas formas, además, encuentran buenos paralelos en las tierras de la Meseta dentro del grupo arqueológico de Cogotas I, donde son considerados como un sólo tipo (Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990: 79 y fig. 20),



a pesar de poder establecer una subdivisión en función del ángulo de los bordes.

Estos vasos carenados de Fuente Álamo son muy parecidos a los descritos por Molina a través de los yacimientos de La Cuesta del Negro y de El Cerro de la Encina en Granada, por lo que han pasado a ser considerados como uno de los elementos claves en la identificación del llamado Bronce Tardío. También parece referirse a estos vasos M. Pellicer (1986: 344) al caracterizar la cerámica del Bronce Reciente<sup>121</sup> a través de tipos muy abiertos con carenas altas, bordes salientes y, en ocasiones, con ónfalo.

Más complicado sería plantearnos el origen de estas piezas. Podría tratarse, como se ha insinuado, de un verdadero préstamo cultural llegado al Sureste a la vez que las cerámicas de tipo Cogotas y con la misma procedencia; sin embargo, la entidad de estos tuestos parece rebasar el fenómeno de la intrusión meseteña, puesto que están presentes en otros muchos enclaves en los que no se han detectado las típicas cerámicas decoradas y muestran una línea evolutiva independiente hacia las cazuelas de carena de hombro del Bronce Final, mientras que los vasos carenados de Cogotas I evolucionan hacia formas troncocónicas o bitroncocónicas. Otra posibilidad es que sus prototipos fueran los propios vasos argáricos de carena baja, con lo que tendríamos que hablar de una transformación interna de los perfiles cerámicos del Sureste desde el Bronce Pleno hasta el Bronce Final, en la que, tal vez, influyó la producción vascular de los primeros momentos de Cogotas I.

En el caso de El Cerro de la Encina de Monachil no se describe este tipo de cazuelas carena-

das para el Bronce Tardío, y sin embargo están presentes en lo que Molina (1978: n.ºs 23 y 24 de la Tabla tipológica) define como Bronce Final I y donde podemos encontrar otros tipos carenados más evolucionados (*Ibidem*: n.ºs 26 y 25). La circunstancia de que este B.F. I sólo se documente en Monachil y el hecho de que Molina mezcle dos estratos separados por un *hiatus* para definirlo (IV y IIIb del Corte 3, Molina, 1978), nos inclinan a cuestionar su existencia y a considerar que los materiales aquí incluidos pertenecen en parte al llamado Bronce Tardío (en concreto los vasos carenados descritos con anterioridad) y en parte al Bronce Final (vasos con carena de hombro).<sup>122</sup>

En definitiva, son los tipos carenados las producciones alfareras más características del Bronce Tardío o Postargárico. El resto de las piezas que encontramos en los distintos yacimientos parece responder más a ciertos localismos y tradiciones ancestrales que a tipos estandarizados; una diversificación que se puede deber a su carácter postargárico, y ser la consecuencia de la desarticulación de los complejos homogéneos del Bronce Pleno.

Junto a estos elementos cerámicos se pretende también caracterizar el Bronce Tardío del Sureste a través de la orfebrería de tipo Villena (Castro *et alii*, 1996: 170), aunque esta hipótesis sólo puede ser sostenida gracias a las “trompetillas” áureas de Purullena y de la cista de enterramiento de Cabezo Redondo, así como a través de algunos, a nuestro modo de ver “forzados”, paralelos entre los vasos del tesoro de Villena y las producciones alfareras de esta fase (Maluquer, 1970).

Fuera del comportamiento cerámico, la transformación más radical se produce en el aspecto

121 La denominación de Bronce Reciente elimina el binomio Bronce Tardío/Bronce Final, sin desestimar la posibilidad de una diferenciación interna en subperíodos, evitando así la alteración de la división tripartita de la Edad del Bronce. Este Bronce Reciente comenzaría en el Sureste a partir de la quiebra de la cultura de el Argar.

122 Sobre este particular algunos autores ya han vertido su opinión (Castro *et alii*, 1996: 169), considerando que el Bronce Tardío y el B. Final I de esta sistematización podrían englobarse dentro de una misma fase.

funerario, abandonando la costumbre argárica de enterramientos en el interior de la zona habitacional, un dato que indica un profundo cambio en las creencias.

En cuanto a la cronología de este período, se propone de forma general 1300-1100/1000 a.C., es decir, entre el colapso de las comunidades argáricas y el inicio del nuevo milenio, cuando comienzan los auténticos cambios estructurales que sentarán las bases para la recepción de las primeras influencias de origen oriental.

La realidad del Bronce Tardío sólo es palpable a través de la desarticulación de la tradición normativa argárica; es decir, gracias al abandono de los rígidos esquemas formales del Bronce Pleno, que en este espacio parece producirse de una manera un tanto traumática. Pero, en cualquier caso, las perduraciones de las tradiciones del Bronce Pleno obligan a pensar en esta fase como un período de transición y crisis -entendiendo este término como cambio-, en el que, sin embargo, es difícil encontrar evidencias arqueológicas unificadas y coordinadas para todo el territorio.

## 5. Conclusiones.

En primer lugar hemos de valorar el papel que ha jugado esta región tanto para el desarrollo de la teoría de una "expansión" de Cogotas I, como para la propia definición del grupo. Recordemos que es aquí donde se obtienen las primeras estratigrafías y fechas de C-14 relacionadas con el mismo, y es en uno de sus poblados donde se define claramente toda una fase dominada por las tradiciones meseteñas. Estas circunstancias han provocado una relativa sobrevaloración de la región suroriental de la

Península en relación al fenómeno estudiado. Ciertamente que entre los ejemplos documentados se encuentran algunos sin parangón, como La Cuesta del Negro, pero no es menos veraz que encontramos situaciones de pobreza similar a la mostrada en otras regiones (poblados de Murcia), y que el número de estaciones afectadas se mantiene en un nivel inferior al de áreas geográficas igual de alejadas que ésta, como Andalucía Occidental. Se trata, por lo tanto, de una intrusión de gran éxito, en cuanto a la aceptación de las nuevas modas, pero de marcado carácter puntual (destinada a puntos concretos) y disperso.

La primera gran diferencia que separa las manifestaciones de tipo Cogotas I en el Sureste y la Meseta se encuentra en los precedentes, puesto que si en el primer caso sabemos de la existencia de una cultura claramente diferenciada y con un alto grado de complicación socioeconómica -El Argar-, en el segundo las manifestaciones arqueológicas muestran un mundo mucho más sencillo. Las fases previas son, por lo tanto, completamente distintas, un aspecto que, a pesar de la existencia de transformaciones más o menos traumáticas, pesará en la formación de los nuevos horizontes culturales.

Nos encontramos en una zona muy alejada de los centros más activos de Cogotas I y los poblados afectados parecen situarse a cierta distancia unos de otros. El poblamiento parece estable y basado en destacados cerros de ventajas defensivas y, a veces, con murallas de época argárica.<sup>123</sup> En ningún caso se comprueba un modelo que, como en la Meseta, traslade cada cierto tiempo su campamento por las tierras bajas. Esta diferencia en el modo de vida se hace más clara ante la ausencia total de los típicos hoyos recuperados en el territo-

---

<sup>123</sup> No podemos negar la existencia de estructuras defensivas en la Meseta asignables al grupo de Cogotas I (Cogeces del Monte, Cevico Navero, etc.); sin embargo, ni su proporción ni sus características son comparables a las detectadas en el Sureste. Mientras en la región interior, a pesar de que pueden aumentar en nuevas investigaciones, son muy escasos los poblados dotados de este tipo de construcciones, en el territorio ahora estudiado vemos como se repiten casi en la mitad de los lugares inventariados con cerámica de tipo meseteño. Por otro lado, en el primer caso se trata, por lo general, de lienzos de cierre en las zonas más accesibles, mientras que en el segundo son complicadas estructuras que rodean el poblado y se acompañan de potentes bastiones.

rio nuclear, que, de aceptar su interpretación como silos de almacenamiento, nos estaría informando a su vez de la existencia de diferentes modelos económicos, o por lo menos de soluciones distintas para la producción.

A las desemejanzas en la ocupación y explotación del espacio habría que sumar los abismos que se abren entre las características internas de los hábitats en ambas zonas, sobre todo las diferencias que se establecen entre los tipos de viviendas. Los poblados postargáricos involucrados en el proceso de dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I heredan de la tradición argárica una organización, que si bien no puede definirse como urbana, sí reúne algunas características, como la aglomeración de las viviendas y la reserva de espacios libres, que podrían calificarse de protourbanas; un aspecto que no se puede admitir para los territorios nucleares de Cogotas I.

De cierto interés resulta comprobar como con frecuencia, en los poblados donde se detecta la presencia de especies meseteñas de esta zona, se documentan estructuras defensivas de época argárica (Fuente Álamo, El Cerro de la Encina, El Oficio, La Cuesta del Negro y, posiblemente, El Cerro del Rayo y La Cala del Pino), sobre todo porque sabemos que este tipo de construcciones no son una regla general en los yacimientos de aquella fase. Por este motivo no nos parece descabellado pensar que existe cierta relación entre ambos fenómenos; y no porque creamos que el fenómeno de “expansión” de Cogotas I se vincule a procesos bélicos o a empresas de “conquista” de plazas fuertes en el Sureste -nada más lejos de la realidad a nuestro modo de ver-, sino porque es posible que la categoría especial de estos enclaves fortificados pudiera haber hecho de ellos lugares de referencia válidos para el establecimiento de contactos culturales a larga distancia; su importancia estratégica por un lado, y su rango como centros de poder político y social -manifes-

tado en la construcción de defensas artificiales- por otro, los convertirían en asentamientos con un importante atractivo para un tipo de producción cerámica que llega de lejanas tierras, y que podría dignificar un aspecto cotidiano como es la producción cerámica, introduciendo así un nuevo carácter de diferenciación.

En cuanto a las características de las cerámicas protagonistas de la intrusión podemos recordar cómo se repiten, de forma fiel, muchos de los esquemas formales y decorativos de la zona nuclear, sin que dejen por ello de estar presentes algunas peculiaridades que, unidas a la documentación en los contextos de las mismas de especies claramente arraigadas en la tradición argárica, nos obligan a reconocer, durante el momento de la intrusión meseteña, una perduración en la producción alfarera digna de ser tenida en cuenta.

Al cabo de todo este análisis particular de la región del Sureste podemos apuntar una serie de rasgos sobre la intrusión de Cogotas I:

– Se trata de la región pionera en la detección del problema arqueológico de la “expansión de Cogotas I”, y también en la utilización del mismo en la definición del Bronce Tardío; sin embargo, no por ello hemos de considerarla como el espacio peninsular fuera de la Meseta donde con más ímpetu incide el fenómeno.

– Este proceso se plasma preferentemente en centros que habían tenido un papel importante y predominante durante la fase argárica.

– No se produce una transformación radical de los sistemas de poblamiento ni de los tipos de hábitat a la llegada de las especies de tipo Cogotas I, puesto que los poblados afectados por las mismas mantienen, por lo general, las tradiciones constructivas y los modelos de ocupación del territorio de época argárica, así como tampoco adoptan, al parecer, el sistema económico del grupo emisor.

– Existe un número, aún poco claro, de poblados contemporáneos a los inventariados en los que no se presentan las muestras cerámicas de tipo meseteño, sin que por ello debamos hablar de grupos diferenciados dentro de la región, puesto que entre ambos la única diferencia estriba en la ausencia o presencia de esas producciones.

– Estas últimas suponen, salvo en Purullena, un porcentaje poco importante dentro del conjunto alfarero de los poblados afectados; aunque, hemos de reconocerlo, prácticamente en la mitad de ellos se puede hablar de un mayor número de fragmentos que en yacimientos afectados por este mismo fenómeno en tierras levantinas, del interior de Aragón, o de Andalucía Occidental.

– La tradición cerámica de Cogotas I en el Sureste supone, como en la mayoría de las regiones en las que incide, un añadido exótico a las producciones locales y a las características culturales indígenas, heredadas de la fase anterior y en proceso de transformación desde la desarticulación de la cultura de El Argar. No se trata, en líneas generales, de una imposición efectuada por elementos humanos, sino, a juzgar por las evidencias, de una aceptación consciente por parte de algunas comunidades del Sureste de un tipo de alfarería en función de su atractivo y tras otorgar a esta un posible carácter especial.

– El caso de La Cuesta del Negro, como se menciona en el inventario, resulta de especial interés por la importancia cuantitativa de las especies de tipo Cogotas I, tanto decoradas como lisas. La proporción de las primeras, tan alta o más que en cualquier yacimiento de este signo de la Meseta, obliga a asignar al poblado consideración especial

dentro del fenómeno estudiado -hasta pensar incluso que pueda ser resultado de la llegada de efectivos humanos agrupados desde las tierras del interior peninsular-, cuya razón de ser puede estar en desempeñar un papel de redistribución de las influencias por toda la región del Sureste. Sin embargo, la presencia de claras producciones de raigambre argárica en el yacimiento de La Cuesta del Negro, así como las características del hábitat allí documentado nos informan de la existencia de un importante poso indígena. Por este motivo no es razonable hablar de sustitución o suplantación de tradiciones, sino más bien de mestizaje de las mismas, o de adición de determinados elementos culturales.

– En el resto de los poblados se observan diferencias en cuanto a la presencia de este tipo de especies, por lo que se puede hacer una distinción entre aquellos en los que la influencia ejerce un mayor peso específico -Fuente Álamo, El Oficio, Cerro de la Encina-, y aquellos otros en los que las especies meseteñas sólo suponen una intrusión baladí, sin un éxito excesivo en su aceptación -yacimientos murcianos y Cerro del Rayo-.

– Por último, recordar que la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I no debe implicar *per se* la adscripción del yacimiento al Bronce Tardío, y que la definición de este período no puede entenderse como una fase independiente y ajena a la cultura de El Argar y al Bronce Final de la región, sino como la transición desde la primera al segundo en un proceso de implantación progresiva de nuevos esquemas económicos, políticos y sociales, que se ven acompañados por transformaciones en el repertorio material.

## ■ VALLE ALTO Y MEDIO DEL GUADALQUIVIR

Esta región, que engloba las provincias de Jaén y Córdoba, y que hasta hace poco no se tenía en cuenta en el proceso de “expansión” de Cogotas I, empieza a ser un punto de referencia clave para entender el fenómeno y para dar explicación al traslado de las influencias desde la Meseta hasta el sur peninsular a través de Sierra Morena.

### 1. Estado de la Investigación.

La Edad del Bronce en el tramo medio y alto del Guadalquivir no goza de una dilatada trayectoria en la investigación, no conociendo esta un relativo auge hasta mediados de los años 80. Por este motivo los hallazgos de cerámicas de tipo Cogotas I en estas tierras datan todos de la última década. Los primeros fueron recuperados en las excavaciones de 1986 en El Llanete de los Moros, punto que se verá reflejado en el mapa confeccionado por Isabel Baquedano (1987: fig. 6) como un lugar con motivos decorativos del horizonte de Cogotas I. A partir de esta fecha, además de aumentar la información sobre la intrusión en el poblado montoreño, se inician una serie de actuaciones -excavaciones y prospecciones- en la cuenca alta del Guadalquivir enmarcadas en el Proyecto de Investigación “*Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena*”, que provocan la aparición de algunos ejemplos de cerámicas de este tipo en la provincia de Jaén. Entre los estudios más destacados en los que se aborda este particular se encuentran las diferentes publicaciones de Martín de la Cruz (1987a, 1989) y el trabajo de Carrasco, Pachón y Pastor (1986) sobre la Edad del Bronce en la Provincia de Jaén, mientras que el resto de la investigación ha de ser entresacada de escuetos informes o pequeñas referencias.

Merece, por último, ser mencionado el reciente estudio sobre *La Cultura Tartésica en el*

*Guadalquivir Medio*, realizado por J.F. Murillo Redondo (1994), en el que se incluye una visión del problema arqueológico que nos ocupa en la provincia de Córdoba.

Las últimas noticias apuntan un número de 19 yacimientos afectados por la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en Jaén y Córdoba, aunque el desconocimiento casi absoluto de varios poblados de la campiña cordobesa nos hace reducir la muestra a 10, que es el número de enclaves con el que trabajamos en el inventario. Sólo en cuatro ocasiones las cerámicas han sido obtenidas en excavación, mientras que en el resto de los lugares proceden de hallazgos superficiales o descontextualizados. En cuanto al nivel de información, resulta significativo que tan sólo en el caso de El Llanete de los Moros encontremos un nivel aceptable. Estas características dificultan en gran medida la interpretación conjunta de las evidencias, y provocan, a su vez, que consideremos algunos de los ejemplos como dudosos.

### 2. El Medio Geográfico.

La provincia de Jaén coincide con la cuenca alta del río Guadalquivir. Dentro de ella podemos diferenciar un área central constituida por el sector oriental de la depresión bética y dos sectores montañosos que la delimitan: el borde de Sierra Morena al norte y los sistemas Subbético y Prebético al sur y este. Los contactos culturales en este territorio se ven facilitados por la existencia de varías rutas de comunicación: una de ellas enlaza con Granada por las comarcas de Los Montes y La Vega y otra con Almería a través del pasillo de Pozo Alcón. Por otro lado son factibles las relaciones con otras áreas, como Andalucía Occidental, la Meseta y Levante a través del mismo valle del Guadalquivir y de varios de sus afluentes (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 361).

Córdoba sufre en su sector norte las consecuencias orográficas de situarse a los pies de Sierra Morena, sin embargo, el sector medio y

meridional se ven beneficiados por una amplia campiña y vega bañadas por el Guadalquivir y el Genil. Las comunicaciones hacia el norte aprovecharían algunos de los pasos de Los Pedroches, mientras que el resto de las direcciones se verían facilitadas por los distintos valles fluviales.

Nos encontramos, por lo tanto, ante un amplio espacio geográfico en el que los aprovechamientos económicos dependen de la ubicación exacta de los poblados, puesto que existen recursos agrícolas, ganaderos y mineros diversos y abundantes en los diferentes relieves de campiña o de sierra.

En el caso de los poblados afectados por Cogotas I, y también en las fases anteriores, descubrimos una clara vinculación de los mismos a la red fluvial, ya sea al mismo Guadalquivir o la delimitada por sus afluentes más importantes, y una marcada relación, por lo menos en Jaén, con los pasos de Sierra Morena (Fig. 75).

### 3. Precedentes Culturales.

En las fases previas a la intrusión de los elementos de Cogotas I destaca en Jaén el llamado *horizonte argárico del Alto Guadalquivir*, provocado por la extensión hacia el norte de los modelos de la cultura del Sureste, posiblemente en relación directa con la búsqueda de recursos minerales. Por su parte, en las campiñas de Córdoba la influencia argárica tiene muy poca fuerza y se mantienen las tradiciones más arcaicas.

En el Alto Guadalquivir el horizonte argárico incide muy tardíamente, y no logra alterar de forma significativa las formas de vida locales, arraigadas en las tradiciones eneolíticas y caracterizadas por enterramientos colectivos y hábitats en cueva. Sin embargo se pueden distinguir zonas en las que las formas propias de la cultura de El Argar se compaginan con otras de raigambre local, y otras en la que aquella parece encontrarse plenamente configurada. Esta última situación se observa en la parte oriental

de la depresión central -en la confluencia entre el Guadalimar y el Guadalquivir- y en el área adyacente de Sierra Morena, donde podemos encontrar enterramientos en *pitthoi* y en el interior de las casas. A pesar de todo, las características de este horizonte no son las mismas que en los yacimientos costeros; la organización de los poblados difiere, salvo en el caso de Peñalosa, de los típicos asentamientos argáricos, puesto que aquí suelen ubicarse en el llano, sin grandes construcciones defensivas y cercanos a los grandes ríos; los enterramientos en *pitthoi* son excepcionales -sólo uno en el Rincón de Olvera- y predominan las cistas, a la vez que perduran las sepulturas colectivas en la región sur, aunque con ajuares de tipología argárica. Su cronología, como decimos, es tardía; salvo algunos polémicos objetos, no existe en esta región ninguna característica material ni funeraria relacionada con la fase de El Argar A, y según las estratigrafías de El Canjorro y Los Hornos se produce una evolución paulatina desde niveles de la Edad del Cobre -con o sin campaniforme- hasta El Argar B. Por lo tanto parece que la “expansión” argárica tiene lugar en la Alta Andalucía en la segunda fase, a partir de 1500 a.C., según las fechas obtenidas en Rincón de Olvera (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986).

Recientemente se ha bautizado a estas manifestaciones como “Horizonte Argárico del Alto Guadalquivir” (Contreras *et alii*, 1995: nota 7), denominación que engloba todas las comunidades situadas al este y norte de Jaén que por su patrón de asentamiento, las características del hábitat y la generalización de los enterramientos bajo las viviendas, se relacionan con las comunidades argáricas de Sureste.

Por lo tanto, encontramos en el Alto Guadalquivir una región donde se mezclan establecimientos más o menos “argarizados” -algunos muy intensamente como Peñalosa (Contreras *et alii*, 1995)- y poblados en los que las tradiciones del

Sureste no se dejan sentir a pesar de presentar una ocupación continuada desde el Neolítico hasta el Bronce Final -caso de Cerro Venate (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 367)-, que tienden a ocupar sectores geográficos diferenciados.

Mientras tanto, en el Valle Medio del Guadalquivir, sensiblemente coincidente con la provincia de Córdoba, las influencias argáricas sólo se dejan sentir de forma muy diluida. La fase previa a la introducción de las cerámicas de tipo Cogotas I es aún poco conocida, pero no por ello hemos de pensar en un vacío poblacional, puesto que la documentación de un buen número de estaciones confirma la existencia de un horizonte caracterizado por la perduración de tradiciones antiguas como los enterramientos colectivos y la cerámica campaniforme, en el que pueden incidir elementos metálicos argáricos de prestigio. Todo ello provoca una lenta transformación desde las estructuras calcolíticas hasta el llamado Bronce Reciente (Martín de la Cruz, 1989: 121-128).

En los últimos años se está empezando a vislumbrar un Bronce Pleno en la cuenca media del Guadalquivir en yacimientos como Castillo de Aguilar o Montuerque, donde están presentes tipos cerámicos como los cuencos elipsoidales. En este momento parece iniciarse un proceso de diferenciación social, de fijación de la población en hábitats consolidados, y de incipiente estructuración política, que se verá truncado con la desintegración de los circuitos de intercambio a consecuencia del colapso sufrido por el mundo argárico (Murillo, 1984: 466-473).

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### *a. Implantación geográfica.*

Los 10 yacimientos aquí tenidos en cuenta sólo suponen el 5,4% del total de lugares afectados por la

intrusión de Cogotas I fuera de la región central, la superficie menos afectada en este sentido (Fig. 91).<sup>124</sup>

La zona aquí delimitada en el Alto y Medio Guadalquivir se encuentra al sur de la Meseta Central, únicamente separada de ésta por Sierra Morena. Sin embargo, como ya hemos explicado, los grupos nucleares de Cogotas I se centran en las tierras de la Submeseta Norte y en el área septentrional de la Submeseta Sur, puesto que en las provincias de Ciudad Real y Albacete son muy escasos y poco conocidos los hallazgos asignados a este horizonte, y parecen presentar características semejantes a las de otras regiones de expansión. Por este motivo, no podemos decir que la Alta Andalucía sea estrictamente una región vecina de Cogotas I, reconociéndose distancias de casi 200 km. entre el grupo madrileño y los primeros poblados de la vertiente sur de Sierra Morena. Esta circunstancia nos obliga a pensar en la existencia de puntos intermediarios en el traslado de las tradiciones cerámicas de Cogotas I hasta la zona, estaciones de referencia que podrían encontrarse en las provincias anteriormente citadas.

La densidad de los yacimientos afectados por la intrusión de Cogotas I en relación al espacio varía en función de las referencias que se tomen; sin embargo, para que sirva de ejemplo, en la parte occidental de Jaén se produce un índice de 0,0019 yacimientos/km<sup>2</sup>, un resultado que, comparado con el de otros sectores, nos informa de cierta concentración de hallazgos.

Los datos son todavía demasiado escasos como para poder valorar el porcentaje de poblados afectados por Cogotas I frente a sus contemporáneos que no lo están. Sobre todo porque aquí, más que en ningún sitio, si se habla de Bronce Tardío se refiere fundamentalmente a presencia de cerámicas de tipo meseteño. En realidad creemos que existe un

---

124 La confirmación de los hallazgos cordobeses podría hacer incrementar este porcentaje.



poblamiento más o menos estable durante el Bronce Pleno que se mantiene en distintos lugares, por lo que, sin duda, a la vez que los asentamientos por nosotros inventariados funcionan otros que no han variado en gran medida su repertorio, o que lo hacen en otra dirección.

La evidencia geográfica más destacada del proceso de difusión de las cerámicas de tipo Cogotas I por estas tierras es que se produce una cierta concentración en la parte occidental de Jaén, no detectándose ningún hallazgo a la derecha de los ríos Rumbler y Guadalbullón, y que, desde este sector, se reparte de forma más dispersa hacia el oeste siguiendo el curso del Guadalquivir y las tierras de la Campiña cordobesa.

*b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Hasta el momento, todas las cerámicas de inspiración meseteña se encuentran dentro de poblados, es decir, de lugares de hábitat, que además presentan un marcado carácter permanente. Se trata, por lo general, de estaciones con ocupaciones prolongadas, iniciadas en tiempos previos y prolongadas una vez finalizados los contactos con Cogotas. En Jaén, al menos tres enclaves -Peñalosa, Sevilleja y El Canjorro-, sufren una ocupación previa perteneciente al “Horizonte Argárico del Alto Guadalquivir”, y otros dos -Cerro Venate y El Cerro de los Alcores-, una fase del Bronce Pleno sin influencia argárica. El Bronce Final, en el que incluso se admite una Fase I con presencia de cerámicas de tipo Cogotas I, se presenta en todos los asentamientos citados de Jaén, salvo en Peñalosa y El Canjorro. En Córdoba, la existencia de un Bronce Tardío sólo se apunta en ocasión de comentar algunos de los hallazgos de El Llanete de los Moros. En definitiva, lo que ha de quedar claro es que la intrusión de

elementos de cultura material de Cogotas I en la Alta Andalucía se realiza dentro de poblados de carácter permanente, donde las estratigrafías se desarrollan de forma continuada, y no sobre ocupaciones cortas e individuales, de grupos reducidos, como suele ser la pauta general en la Meseta.

El tipo de emplazamiento predominante es el defensivo. En la práctica totalidad de los casos nos encontramos con poblados encaramados en cerros con ventajas estratégicas para el control del territorio y dotados de condiciones naturales para la defensa. En Jaén esta condición sólo se ve matizada en El Canjorro, puesto que se trata de una cueva que, sin embargo, goza de un amplio dominio sobre la vega del río Guadalbullón. Dentro de la norma, no todos los asentamientos destacados presentan las mismas características; varían en tamaño y en configuración, sobre todo entre los espolones serranos -Peñalosa y Sevilleja-, y los cerros más o menos aislados con escarpadas pendientes -Cerro de los Alcores-. En Córdoba, los tres yacimientos por nosotros inventariados muestran unas condiciones similares, asentándose sobre cerros de distinta potencialidad defensiva.<sup>125</sup> En definitiva, vemos un claro predominio de los asentamientos ubicados en lugares elevados, en los que por lo general se viene produciendo una ocupación de forma continuada, con escasos y no corroborados ejemplos de establecimientos en el llano; circunstancia que invierte los términos habituales en el grupo de Cogotas I de la Meseta.

La posición de la mayoría de los poblados dentro del territorio resulta igualmente estratégica en varios aspectos, desde el control de las rutas de comunicación y comercio hasta el dominio de las zonas con importantes recursos económicos. Destacan, por ejemplo, el poblado de Peñalosa en función de la explotación minera de Sierra Morena y de los caminos que proceden de la Meseta, Sevilleja y

---

125 En este punto, sin embargo, hemos de tener en cuenta la mención que hace Murillo (1994: 311-313) de dos establecimiento con cerámica de boquite asentados en el llano.

Montoro por dominar importantes vados del Guadalquivir, o los distintos poblados cordobeses por controlar la ruta de este río y las fértiles tierras de La Campiña. Harto difícil resulta, por el momento, detectar fenómenos de jerarquía espacial entre los poblados a través de las manifestaciones cerámicas de tipo Cogotas I, puesto que no se constatan enclaves estratégicos rodeados de pequeñas estaciones en el llano en los que se manifiesten estas producciones, como ocurre en determinadas comarcas de las regiones nucleares de Cogotas I. Sin embargo, fenómenos claros de vinculación entre unas intrusiones y otras pueden observarse en los dos cerros afectados en Cástulo, o en los dos asentamientos cercanos a la capital jienense (Castillo de Santa Catalina y El Canjorro). En cualquier caso, la organización del poblamiento responde a modelos completamente ajenos a la tradición de la Meseta y se vincula, bien a la tradición local, bien a parámetros importados del Sureste.

Las características internas de los poblados en los que se presentan las especies de tipo Cogotas I en la Alta Andalucía no son siempre bien conocidas. En la mayoría de los casos nos encontramos ante emplazamientos con una infraestructura habitacional perteneciente al Bronce Pleno, previa a la aparición de las cerámicas meseteñas, y varios son los datos que apuntan en la dirección de un mantenimiento de los mismos tipos de estructuras que en aquel período. Algunos yacimientos se encuentran reforzados por murallas, aunque es difícil saber en qué momento fueron levantadas. Destacan, por su rareza, los grandes muros de tapial y adobes del Cerro de los Alcores que, en función de sus grandes dimensiones, pueden pertenecer a un sistema defensivo. Los bastiones detectados en Peñalosa, sin duda, pertenecen al Bronce Pleno, pero siguen en pie en el momento de la llegada de la influencia meseteña (Fig. 77.4). Por último, el recinto de Ategua se puede conside-

rar de época ibérica y desvinculado de la ocupación de la Edad del Bronce.

En superficie o en excavación se encuentran algunos muros de piedra arruinados en los Sitios II y III de Cástulo. En Peñalosa, las casas -en alguna de las cuales se encuentran ejemplares cerámicos de tipología meseteña- son de piedra, de tendencia rectangular y con recintos cuadrangulares asociados; en este caso, se pone en evidencia un complejo habitacional muy desarrollado, sobre aterrazamientos y con calles y pasillos de acceso de clara evocación argárica. En los estratos de Montoro afectados por la intrusión se encuentran algunas construcciones poco definidas y levantadas a base de muros de piedra y tapial, así como esporádicas subestructuras o cubetas que podrían recordar a los típicos "hoyos" de la zona nuclear de Cogotas I.

En definitiva, la mayoría de las características de los hábitats se alejan de las tradiciones de la Meseta, sobre todo en Peñalosa, con una cierta tradición en el uso de muros de piedra. A pesar de ello se podrían plantear algunas coincidencias con la zona nuclear gracias a esos muros de tapial y adobe de Los Alcores y Montoro, y a la excavación de estructuras subterráneas en este último lugar. Una relación que no deja de ser forzada y de mantenerse gracias a la falta de datos que juega, en este caso, a favor de la indefinición. La realidad, como en otras regiones, es que los hábitats involucrados son bastante diferentes a los de Cogotas I y se relacionan más con la tradición anterior o, en algún caso concreto como Peñalosa, con la injerencia argárica sufrida durante el Bronce Pleno.

### *c. Características de la "intrusión" material: la cerámica.*

Muchas son las ocasiones en las que las referencias a cerámicas de tipo Cogotas I se hacen de forma ambigua, sin especificar ni el número de las mismas ni la proporción en la que hacen acto de

presencia. Sin embargo, salvo honrosas excepciones, parece que aquellas no suelen ser muy abundantes. Fuera de la posible relación de algunos vasos lisos de carena alta con la tradición de la Meseta, contamos con un sólo fragmentos de tipo Cogotas en Cástulo, Sevilleja, Ategua y Cortijo del Valle; en número algo mayor, aunque sin que llegue a ser significativo, se constata en El Canjorro y Santa Catalina, mientras que el volumen alcanza cierta importancia en El Cerro de los Alcores. Por lo demás, nos encontramos con dos yacimientos en los que la representación numérica resulta, a todas luces, excepcional: Peñalosa y Montoro. En el primero se cuentan hasta 59 ejemplares, que en muchas ocasiones son vasos perfectamente reconstruibles, y en el segundo, pese a desconocer la cifra exacta, ésta supera también el medio centenar, siendo predominantes en alguno de los estratos excavados (III y IV de R.3).

La descripción morfológica y decorativa se ve coartada por la circunstancia de que varios de los conjuntos permanecen aún inéditos. A este respecto, la información más amplia procede de El Llanete de los Moros, aunque también contamos con algunas piezas publicadas en distintos informes, así como con otras descripciones, y hemos tenido ocasión de observar los dibujos inéditos de Peñalosa. Las formas cerámicas utilizadas para imprimir las decoraciones de raigambre meseteña evocan en muchos casos la misma procedencia. Una vez más, el perfil mejor representado es la cazuela o fuente carenada, con inflexión alta, cuerpo inferior recto o cuenquiiforme y borde abierto, vertical o cerrado, con el labio normalmente exvasado y el fondo plano. Este tipo es muy frecuente en El Llanete de los Moros (Fig. 78.7) y Peñalosa, y está presente en los vasos de El Canjorro, Sevilleja (Fig. 76.1 y 7), El Cerro de los Alcores y Cerro Venate. Otras formas afectadas por este tipo de decoración son las ollitas de pareces curvas (Cástulo, Peñalosa, El Llanete de los Moros) y los cuencos (Peñalosa y El Llanete de los Moros).

En el poblado montoreño encontramos además ollas cerradas y ollitas de perfil en "S", así como otros perfiles de clara tendencia troncocónica (Figs. 79 y 80). Son esquemas morfológicos muy similares a los observados en Cogotas I, sin que seamos capaces de distinguir peculiaridades significativas.

Las decoraciones se incluyen también en una línea definida por la fidelidad a los esquemas cogoteños, sin embargo aquí sí se pueden detectar significativas diferencias entre los distintos yacimientos. La técnica representada en un mayor número de yacimientos es la incisión, pero destaca el hecho de que la excisión se documente en cuatro estaciones, sobre todo porque en otras áreas no suele tener un muestreo tan repartido. Otros aspectos importantes referidos a las técnicas son la constatación de tres enclaves en los que sólo comparecen la incisión y la impresión, y de dos en los que están presentes las cuatro modalidades decorativas; unos rasgos que podrían tener una explicación cronológica. Por otra parte, la proporción interna de las distintas técnicas no es la misma en todos los yacimientos. En la mayoría de ellos los datos son demasiado escasos como para establecer comparaciones, pero en El Llanete de los Moros se aprecia una mayor importancia de los temas incisos y de boquique, dejando en un segundo plano a los excisos, como en la zona nuclear; mientras que en otros lugares la identificación de la influencia se hace únicamente a través de estos últimos (Cerro Venate). Dentro de los motivos incisos podrían destacar algunos esquemas posiblemente esgrafiados del Corte B-1.2. del Llanete de los Moros.

En cuanto a las peculiaridades que muestran estas técnicas podemos destacar la variedad en la confección del boquique en función de los distintos tipos de punzón que se utilizan. De esta manera podemos encontrar líneas de fino boquique, o impresiones más gruesas, curvas o triangulares y más o menos separadas.

Los motivos incisos más habituales son las líneas de zig-zag simples, dobles o compuestas (El Canjorro, Peñalosa y El Llanete de los Moros), confeccionadas con trazos desconectados pero de carácter regular (Fig. 78.3). Las espigas son importantes en Peñalosa, con caracteres similares a los de la Meseta, y se convierten en una serie horizontal de ángulos en Sevilleja (Fig. 76.6). Abundantes son las líneas cosidas, algunos ejemplos de “cremallera” (ver sobre todo Fig. 78.7), ángulos invertidos rellenos de paralelas a uno de los lados, las bandas reticuladas y las guirnaldas, además de grandes líneas que delimitan espacios rellenos o simplemente compartimentan el espacio.

Los temas impresos mejor definidos son las zonas punteadas delimitadas por líneas incisas o de boquique, generalmente grandes triángulos contrapuestos que dejan una banda lisa en el medio o fajas rectangulares (Fig. 76.9; Fig. 78.1 y 2). En Peñalosa se detecta un cuenco con tres listones incisos y rellenos por una sola línea de puntos, así como series de puntos más gruesos debajo del borde y sobre la carena, que en ocasiones se convierten en goterones o “crecientes”. También en este último enclave encontramos círculos más o menos grandes que pueden ir estampillados o incisos.

En boquique observamos los típicos motivos de Cogotas I, aunque la mayoría de los conocidos proceden del Llanete de los Moros (Figs. 78-80). Destacan las líneas horizontales simples, dobles o múltiples, las de zig-zag, con las mismas variantes, y las guirnaldas, en sus distintas configuraciones. También se utiliza para la delimitación de áreas impresas. Más escasos son los temas excisos, entre los que predominan las series de triángulos contrapuestos dejando una banda de zig-zag en centro (Santa Catalina, Cerro Venate, El Llanete de los Moros) (Fig. 76.8 y 10; Fig. 79.2) y las zonas horizontales. En este caso contamos con algunas extrañas realizaciones como los trazos de zig-zag

(Fig. 78.6) y los ángulos excisos detectados en el Corte R.1 y B-1.2 del poblado montoreño.

Las decoraciones se instalan, como en la Meseta, en el interior del borde, bajo éste y, sobre todo, en la parte superior del vaso y sobre la carena, alcanzando las zonas más bajas cuanto más complicado y desarrollado es el diseño decorativo. Las composiciones varían de unos yacimientos a otros y dentro de los mismos. Los ejemplos de Peñalosa (Fig. 77) son, por lo general, muy sencillos, a base de bandas simples bajo el labio o sobre la carena, y en un caso en disposición radial. En el resto de Jaén las cerámicas se encuentran muy fragmentadas, por lo que no es fácil adivinar los esquemas seguidos en la decoración de la pieza. En El Llanete de los Moros podemos ver como la combinación de técnicas dentro de la misma pieza es bastante frecuente, sobre todo entre incisión-boquique o impresión-boquique. Destaca en el Corte B-1.2 una cazuela carenada con decoración incisa y de boquique que alterna, por un lado bandas decoradas con trazos incisos y otras lisas, y por otro metopas verticales rellenas de cortas incisiones, espigas verticales y líneas de cosido con áreas exentas de decoración, provocando un esquema radial en el centro del vaso (Fig. 78.7).

Por lo general, al ser muy escueta la información disponible sobre estas especies, no se menciona ninguna particularidad en lo referente a sus pastas, tratamientos y acabados. Sin embargo, en el caso de El Llanete de los Moros contamos con la información más interesante y reveladora de cuantas sobre este particular se disponen. Algunos de los fragmentos de este poblado, y entre ellos dos piezas decoradas al estilo de la Meseta, fueron sometidos a análisis de componentes mineralógicos (Galván y Galván, 1987), a través del binocular y de la difracción de rayos X. Los resultados (Martín de la Cruz, 1987c: 206; Baquedano, 1987: 246-247) apuntan hacia la consideración de una de las muestras, procedente

del Estrato IIIA del Corte R.1, como alóctona, puesto que ofreció una composición muy distinta al resto; mientras que la otra, recuperada en el Estrato IV A del mismo corte, resultó haber sido fabricada con arcillas locales. Esta doble circunstancia analítica puede ser tan sólo una coincidencia, sin embargo, también podría reflejar una situación real en la que alternaran los dos tipos de producciones: aquellas venidas desde el interior de la Península - importaciones o ajuares traídos por determinados elementos humanos- y aquellas otras realizadas a imitación de las primeras en el yacimiento, ya sea por artesanos locales o por gentes de la Meseta afincadas en este enclave.

Esta misma circunstancia pudo producirse en el resto del territorio de la Alta Andalucía, sin embargo, la menor importancia de las especies decoradas de tipo Cogotas I en un buen número de las estaciones mencionadas nos inclina a pensar que en ellas debió darse con más frecuencia la segunda de las soluciones, es decir, las especies de imitación.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

En la región de la Alta Andalucía los indicadores cronológicos son también escasos y concentrados, puesto que el mayor volumen de información en este sentido procede de un par de yacimientos. La estratigrafía nos muestra situaciones un tanto parecidas en Peñalosa, El Canjorro y el Cerro de los Alcores. En el primero de los lugares, las cerámicas de tipo Cogotas I aparecen en la Fase IIIA, que se refiere a los últimos momentos del poblado prehistórico adscrito en el horizonte argárico del Alto Guadalquivir, por lo que hasta cierto punto se podría pensar en un Bronce Tardío; en El Canjorro estas especies se incluyen en la Fase I, claramente postargárica y considerada Bronce Tardío, y en El Cerro de los Alcores lo hacen en la Fase VI, por encima de otra fase de Bronce Pleno no argárico y por debajo de un momento del Bronce Final. En el

caso de El Llanete de los Moros la estratigrafía de la cerámica de tradición meseteña resulta en cierto modo confusa, puesto que ésta se ha documentado en distintos cortes independientes y desconectados. En líneas generales las citadas especies se localizan en los primeros momentos del poblado, aunque éstos son llevados unas veces al Bronce Tardío y otras al Bronce Final.

En definitiva, la posición estratigráfica de Cogotas I en esta región depende de la interpretación realizada por los excavadores del yacimiento; sin embargo, existe una tendencia que, salvando las valoraciones subjetivas, ubica la intrusión en un amplio período de tiempo que abarcaría desde los últimos momentos del llamado horizonte argárico del Alto Guadalquivir (Peñalosa), hasta bien entrado en Bronce Final convencional (Llanete de los Moros), pasando por una fase de Bronce Tardío que puede estar bien delimitada en el Cerro de los Alcores.

Las fechas absolutas sólo se refieren a Peñalosa y Montoro, proporcionando en este último lugar una serie amplia y bastante coherente.

La Fase IIIA de Peñalosa cuenta con fechas de  $1440 \pm 100$  y  $1470 \pm 100$  -aunque también ofrece otras más antiguas-, obtenidas a partir de grandes vigas que pudieron ser introducidas en el poblado en un momento muy anterior al abandono del mismo. En cualquier caso, la cronología de mediados del siglo XV a.C. encaja dentro de la atribuida a la primera fase de Cogotas I. Las demás fechas proporcionadas por el laboratorio proceden de El Llanete de los Moros y se asocian claramente a estratos con cerámicas de tipología meseteña. Las fechas a.C. son  $1030 \pm 130$  y  $980 \pm 110$  en R.1;  $1110 \pm 60$  y  $1170 \pm 60$  en R.3;  $1130 \pm 90$ ,  $1050 \pm 100$ ,  $960 \pm 120$  y  $760 \pm 250$  en R.2; y  $950 \pm 50$  en B.1.2. Si exceptuamos la fecha de 760 por su elevada desviación estadística, el resto de las muestras ofrece unos resultados entre

finales del siglo XII y mediados del siglo X a.C., lo que coincide con la cronología otorgada a la fase de plenitud de Cogotas I en la Meseta central.

La tipología como marcador cronológico resulta difícil de aplicar en la mayoría de los poblados dada la escasez de la muestra cerámica publicada, aunque se puede utilizar con ciertas garantías en Peñalosa y El Llanete de los Moros. La intrusión de fase Protocogotas es indudable en Peñalosa, coincidiendo así con la lectura de las fechas radiocarbónicas, y probable en Sevilleja y El Canjorro, lugares en los que los motivos decorativos de características meseteñas son incisos e impresos (espigas, zig-zags, líneas impresas de puntos, etc), sin que en ningún momento hagan acto de presencia las técnicas de excisión y boquique. El resto de los asentamientos conocerían la tradición de Cogotas I en una fase plena o avanzada del grupo, cuando ya se documentan motivos excisos y de boquique. Si los fragmentos son escasos, como en Santa Catalina y Cerro Venate, es difícil inclinarse por uno u otro momento; sin embargo, en Montoro, donde contamos con una amplia muestra cerámica, la tipología muestra en todos los cortes unas características homogéneas y propias de los momentos de plenitud del grupo, con algunas piezas que apuntan ya a la fase más avanzada.

En cuanto al contexto arqueológico que rodea a las especies que protagonizan la intrusión, ya hemos visto como en Peñalosa y Sevilleja se incluyen dentro del Bronce Pleno de tradición argárica, en El Canjorro y Cerro de los Alcores dentro de un Bronce Tardío, y en El Llanete de los Moros dentro del Bronce Final. Es este último poblado el que más interpretaciones ha suscitado, optando la mayoría de los investigadores por considerar el entorno material de las cerámicas de tipo Cogotas I propias del Bronce Final, entre 1100 y 900 a.C., fechas que

coinciden de forma general con las propuestas por la cronología absoluta y por la tipología. Más difícil de aceptar es la idea de que las cerámicas meseteñas se asocien a contextos del siglo VIII a.C., sin pensar inmediatamente en una posición alterada de las mismas. La presencia de especies a torno de importación oriental en los contextos de Cogotas I de este último poblado, ya sean soportes de carrete o las cerámicas micénicas, introducen un nuevo elemento susceptible de análisis. Esta vez, sobre todo en el caso de los últimos ejemplares, la cronología cruzada nos proporciona fechas más elevadas, hacia finales del siglo XIV y mediados del siglo XIII antes de nuestra era, sin embargo, estos resultados no suponen ninguna distorsión, puesto que al tratarse de cronologías históricas han de ser comparadas con fechas radiocarbónicas calibradas, lo que hace que ambos datos concuerden.<sup>126</sup>

En líneas generales, integrando todos los datos cronológicos disponibles, se puede pensar que las especies afectadas irrumpen en un momento temprano en Sierra Morena, en torno a los siglos XV-XIII a.C., y alcanzan el valle medio del Guadalquivir en momentos posteriores, entre los siglos XII y X a.C., desapareciendo aproximadamente en ese siglo, poco antes de que lo hiciera en la Meseta. Existen dos posibilidades, por un lado que los influjos de Cogotas I se inicien tempranamente en la Alta Andalucía y se mantengan a través del tiempo hasta las fechas propuestas para Montoro, y por otro que los contactos se produzcan de forma esporádica e inconexa a lo largo del tiempo y del espacio, sin evidentes relaciones entre unos y otros. La distribución geográfica de las evidencias, en la que se puede observar como las más antiguas se sitúan en las zonas más cercanas a la Meseta y en el sector más alto del río, mientras que hacia su curso medio sólo

---

126 Ver ficha de El Llanete de los Moros. Cronología.

se detectan intrusiones de época más avanzada, parece apoyar la primera de las hipótesis, pero, la existencia de intrusiones antiguas aguas abajo del río (Setefilla), nos hace dudar de la misma.

*e. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

En toda esta zona es mucho más complicado descifrar el contexto material de la intrusión meseteña, puesto que no tenemos un punto de partida en el Bronce Pleno tan claro como en el Sureste -por lo menos en todo el espacio por nosotros englobado-. Por este motivo coincidimos con Martín de la Cruz (1989: 128) al considerar problemática la utilización del término Bronce Tardío, ya que no existe un período anterior definido que pueda emplearse como *terminus post-quem* a partir del cual se inicie un nuevo horizonte cultural; es decir, falta esa formación unitaria y, por lo tanto, no existe la crisis o desarticulación cultural recurrentemente utilizada para segregar el mencionado período.

Los únicos contextos estratigráficos publicados de esta región en los que aparecen cerámicas de tipo Cogotas I están en El Canjorro, Los Alcores y el Llanete de los Moros. En el primero, donde ese contexto es considerado Bronce Tardío, se ofrecen pocas diferencias con la fase previa de influencia argárica, sin embargo, vemos cómo desaparecen las tulipas y se desarrollan otros tipos cerámicos como las fuentes de boca amplia y bordes cortos, los cuencos con el labio decorado por suaves gallones y protuberancias, las carenas de tendencia alta, los fondos planos y las pequeñas vasijas ovoides de superficies muy cuidadas con tratamientos bruñidos. A través de las fuentes de carena alta se pueden encontrar algunas semejanzas con el Bronce Tardío del Sureste. En El Cerro de los Alcores aparece también la vasija carenada como elemento innovador, de tamaños variados, con

marcado predominio de los tipos pequeños y tratamiento bruñido (Arteaga, 1985: 283). Más problemático resulta el ambiente cultural reinante en el yacimiento montoreño en el momento en el que hacen acto de presencia las cerámicas de Cogotas I. No encontramos aquí nada que nos recuerde a la cultura del Argar, y sin embargo sí algunas pervivencias calcolíticas de la zona. Aparecen también en este sector del río las cazuelas carenadas que Martín de la Cruz (1989) considera influencia del Sureste, pero que podrían ser producto del contacto directo con la Meseta.

En el Corte R.1, las cerámicas meseteñas comparecen junto a recipientes con el cuello desarrollado, vasos de carena muy alta y marcada, perfiles en "S", muchos con decoración incisa, bordes engrosados de tendencia cerrada o vertical y perfiles bitroncocónicos. El grupo mayoritario lo componen las cazuelas con diferentes bordes típicas del Bronce Final regional. También se documentan soportes o "carretes" -según todas las indicaciones realizados a torno-, alguno de los cuales lleva baquetón central; fondos planos y decoración de incrustación de botones. En el Estrato IV A se encuentran además los vasos globulares con cuello más o menos marcado, cerámica pintada y las primeras muestras de los contactos coloniales (Martín de la Cruz, 1987c). Todas estas características nos llevan a un Bronce Final clásico de influencia tartésica, en un contexto totalmente ajeno a Cogotas I, por lo que pudiera tratarse de una contaminación estratigráfica.

En el caso del Corte R.2 (Martín de la Cruz y Baquedano, 1987: 52-53), los materiales del contexto son soportes de tipo carrete, vasos de paredes verticales o de perfiles en "S", cazuelas sin engrosamiento en el labio ni aristado en la carena, fuentes amplias de carena media y borde vuelto, cuencos menores de la hemiesfera y fondos planos. En el último estrato (VIII) desaparecen casi por completo los platos,



hacen acto de presencia nuevos tipos como la copa, y se documenta alguna decoración de líneas bruñidas sobre el exterior de una cazuela que forman motivos angulares unidos. En B-1.2 (Martín de la Cruz y Montes, 1986: 493), la mayoría del material proporcionado es de tradición cogoteña, aunque, bien es cierto, se añaden dos soportes considerados como elementos de importación. En R.3 (Estrato III y IV), las piezas más significativas del contexto son los dos fragmentos de cerámica micénica (Fig. 79.20; Fig. 80.30), los soportes a torno y algunos bordes engrosados pertenecientes a cuencos de borde vuelto (Fig. 80.7, 19 y 23).

En definitiva, a pesar de hallar contextos muy cogotizados, también encontramos especies cerámicas que apuntan hacia un substrato local y hacia importaciones desde otros ámbitos culturales, por lo que la realidad de Cogotas I en El Llanete puede responder a variadas circunstancias y a situaciones diversas según el momento y la zona del poblado. Ante este panorama creemos que la intrusión meseteña en el Alto y Medio Guadalquivir se puede incluir en diferentes marcos culturales, lo que corrobora nuestra idea de no poder siempre identificar cerámica de tipo Cogotas con fase de Bronce Tardío. La existencia de estas especies en lugares que parecen acabar sus días a la vez que el horizonte argárico del Alto Guadalquivir (Peñalosa), nos indican claramente la introducción de estas especies dentro de un marco cultural enraizado en las tradiciones del Bronce Pleno. Por otro lado, las intrusiones de tipo Cogotas I de El Llanete de los Moros han de colocarse definitivamente en el Bronce Final, seguramente porque a medida que nos alejamos del área de influencia argárica se hace prácticamente imposible distinguir un Bronce Tardío de características homogéneas.

Esta fase, a pesar de todo, es defendida por algunos autores en función de la secuencia estratigráfica de El Canjorro, donde tras el período de

influencia argárica se observa una transformación de la vajilla de esta tipología a la que acompañan las especies de tipo Cogotas I. El conjunto material, además, encuentra paralelos en otros yacimientos adscritos al mismo momento, como El Cerro de la Mora (Granada). Otras características descritas para este período son la variada elección de emplazamientos con distintas posiciones sobre el espacio, la continuidad dentro de los hábitats del Bronce Medio, la introducción de la aleación cobre-estaño y, sobre todo, la actitud más abierta de los pobladores de estos lugares, que potencian el intercambio y propician la aparición de tipos extraños a la región (cerámicas decoradas de tipo Cogotas I y las hachas de aletas, talón y anillas del depósito de Arroyomolinos) (Carrasco, Pachón y Pastor, 1986: 371-373).

Esto convertiría al Bronce Tardío en una fase de transición hacia el Bronce Final entre 1300/1250 y 1100/1025 a.C., aunque con suficientes particularidades como para ser diferenciado de los períodos precedente y subsiguiente (*Ibidem*). Sin embargo, a pesar de su confirmación estratigráfica, creemos que sólo es fácilmente identificable en los poblados que habían sufrido previamente la influencia argárica, y no siempre. En otros casos, y a nuestro modo de ver, estas manifestaciones no son una fase de transición cultural, puesto que no observamos el traspaso de una organización social claramente delimitada hacia otra de patrones culturales diferentes, aunque con un nivel de complejidad similar, sino más bien significan el inicio o despegue de una cultura que, poco a poco y gracias al aumento de los contactos interregionales -con los centros costeros que pronto recibirán los productos coloniales, con el área del Bajo Guadalquivir y con la Meseta- va a ir configurándose hasta convertirse en una formación capaz de mantener estructuras más o menos homogéneas en un amplio territorio -aunque los centros principales se encuentren a cierta distancia en la cuenca baja del Guadalquivir-.

Por este motivo nos parece más acertada la denominación de Bronce Reciente pretartésico o Bronce Reciente I como una fase en la que además de los tipos cerámicos de influencia del Sureste y de la Meseta se incluyen otras importaciones procedentes del sur, como los soportes de carrete a torno y las cerámicas micénicas del Llanete de los Moros. Para Martín de la Cruz (1989: 131-132) este primer Bronce Reciente, que él denomina A, se caracterizaría además por la constatación, por primera vez en la zona, de fabricados de bronce y por la diversidad en el ritual funerario. Su cronología puede variar en función de lo que tarden en llegar las influencias citadas, pero parece que se sufre un despegue temprano (finales del siglo XIV-inicios del siglo XIII a.C.), para desarrollarse posteriormente de manera desigual durante los últimos siglos del IIº milenio. La fecha final vendría dada, al igual que en el Sureste, por la aparición de las primeras cerámicas con decoración pintada y bruñida del Bajo Guadalquivir y por el apogeo de las cazuelas con carena de hombro; es decir, por la implantación de la tipología formal y decorativa de lo que clásicamente se conoce como Bronce Final andaluz, algo que según este investigador ocurriría hacia 1100 a.C. (*Ibidem*: 1989: 131-132).

Sin embargo, en nuestra opinión, y en la de otros investigadores, la intrusión meseteña no se restringe a esta fase -la tipología de las piezas, el C-14 y las asociaciones estratigráficas de Montoro así lo indicaban-, sino que alcanza al menos hasta el siglo X a.C. Para Martín de la Cruz (1989) estas últimas intrusiones tendrían cabida en un momento antiguo del Bronce Reciente B (B.R. B1), que alcanzaría hasta el 900 a.C. y en el que se constatan algunas perduraciones de Cogotas I junto a tipos clásicos del llamado Bronce Final.

En cualquier caso, los contextos materiales que en la región predominan en los momentos en los que inciden las cerámicas de tipo Cogotas I han de ser valorados únicamente como producciones locales más o menos influenciadas por corrientes exteriores. Por lo que podemos ver en los yacimientos analizados, éstas últimas presentan diferente peso, pero siempre se mantiene un carácter indígena que, ante todo, nos impide hablar de verdadera suplantación de los esquemas tradicionales. Cogotas I no es más que otra de esas influencias externas que se filtran dentro de un ambiente cultural permisivo y tolerante.

## 5. Conclusiones.

En líneas generales, tras el análisis de los distintos factores, podemos decir que en la Alta Andalucía la influencia meseteña sólo se deja traslucir claramente en la producción cerámica, y con distinta intensidad en los diferentes establecimientos afectados. Por lo demás, el fenómeno de Cogotas I en estas tierras tiene muy poco que ver con el de la Meseta. Ciertamente es que, como allí, las cerámicas decoradas forman parte de los ajuares domésticos; sin embargo, los poblados en los que aparecen presentan, en líneas generales, unas características alejadas de las ofrecidas en la zona nuclear y más cercanas a las tradiciones locales o argáricas, puesto que predominan los emplazamientos elevados de carácter defensivo y permanente, y las estructuras de habitación construidas con materiales duraderos.<sup>127</sup>

La cerámica protagonista de la intrusión, sin embargo, llega a alcanzar en algunos lugares una importancia numérica destacada, así como un alto grado de similitud respecto a los esquemas decorativos del grupo central de Cogotas, aunque estas características sólo sean fácilmente comprobables en El Llanete de los Moros y Peñalosa. Mientras, en el

---

127 Sólo en el caso del Llanete de los Moros se han encontrado algunas cubetas que, de forma muy arriesgada, nos atrevimos a vincular con los típicos hoyos de la Meseta.

resto de los poblados publicados, las evidencias son tan esporádicas como en la mayoría de los ejemplos vistos hasta el momento. Por lo tanto, volvemos a encontrar una situación en la que las muestras materiales de Cogotas I hacen acto de presencia en un lugar determinado de una forma especial, para repartirse más humildemente por el resto de los establecimientos.

La posición cronológica de esta intrusión, no del todo resuelta ante la falta de más contextos estratigráficos claros y fechados por el laboratorio, parece escalonarse desde los momentos iniciales del grupo, hacia el siglo XV-XIV a.C., hasta los momentos iniciales de la fase avanzada, hacia el siglo X a.C., fecha en la que el empuje de nuevas producciones alfareras procedentes de Andalucía Occidental desplazan o sustituyen a las de tradición meseteña, probablemente porque sirvan a los mismos fines.

No hemos querido pronunciarnos decididamente a favor o en contra de la conveniencia de diferenciar para este territorio un Bronce Tardío como fase individualizada y homogénea. Sin embargo, pensamos que su sistematización resulta más sencilla en las tierras afectadas en la fase anterior por la influencia de la cultura de El Argar, donde las transformaciones pueden ser más significativas. A pesar de todo nos resistimos a ubicar toda manifestación de cerámicas tipológicamente adscribibles a Cogotas I en el Bronce Tardío, puesto que por cronología, y también por contexto, estas especies pueden rebasar, en ambas direcciones, los límites convencionales marcados para esta fase, inscribiéndose en los momentos finales de la fase de influencia argárica -como parece ocurrir en Peñalosa- o dentro del Bronce Final -caso de algunos contextos de El Llanete de los Moros-.

En definitiva, el peso de la tradición meseteña en la Alta Andalucía no es suficiente como para

transformar unas estructuras preexistentes, puesto que en ningún caso las evidencias arqueológicas, fuera de la cerámica, demuestran la implantación de un modo de vida similar al desarrollado por los grupos de Cogotas I en la Meseta. Se trata, por lo tanto, de una "aculturación" material restringida a la producción cerámica, que no afecta a ámbitos económicos y poblacionales. Las posibles transformaciones que se están viviendo en el territorio, en general una fase de cambio desde las estructuras del Bronce Pleno hasta las nuevas fórmulas del Bronce Final, han de entenderse dentro de los esquemas de evolución interna de los grupos regionales, en los que, la influencia externa que realmente servirá de revulsivo y desencadenante de profundas modificaciones en la sociedad de Andalucía será la que a través de los centros costeros emitirán los pueblos orientales del Mediterráneo.

Cogotas I, como conjunto de manifestaciones arqueológicas y culturales, no se implanta en la Alta Andalucía, sólo algunos aspectos de su producción cerámica se instalan, con desigual éxito, en algunos de sus poblados, adquiriendo con la distancia una valoración especial y un carácter distintivo más exagerado que el que parecen poseer en la zona nuclear.

El mayor o menor grado de aceptación de la tradición meseteña parece traducir la existencia de situaciones diferenciadas. Por un lado podemos encontrar poblados que, dada la alta proporción de especies cerámicas decoradas y la semejanza de éstas con los modelos originales, pudieron mantener contactos más directos, intensos y prolongados con las zonas nucleares de Cogotas I. Desde ellos, por ejemplo El Llanete de los Moros y Peñalosa, se relanzaría el fenómeno hacia todo el territorio, de manera que en otros lugares se produjera una injerencia cerámica de carácter secundario, menos acusada y más desdibujada.

## ■ *ANDALUCÍA OCCIDENTAL*

Vamos a analizar aquí de forma conjunta las evidencias de tipo Cogotas I de Sevilla, Cádiz y Málaga, y a señalar su ausencia en la zona más occidental de la región (Huelva).

### 1. Estado de la Investigación.

La inclusión de la región occidental de Andalucía entre las áreas de dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I se puede considerar clásica. En la década de los 70, cuando comienza a tomar cuerpo la teoría de la “expansión”, ya se señalan en estas tierras los yacimientos de Carmona y Tarifa (Almagro-Gorbea, 1977: fig. 52), en función de las excavaciones antiguas de Raddatz en el primer caso, y de las noticias lanzadas por Maluquer en el segundo. En los años siguientes, y prácticamente durante toda la década de los 80, estos mismos puntos se van a repetir en nuevos mapas (Fernández-Posse, 1982: fig. 4; Coffyn, 1985: carte 31; Fernández Manzano, 1985: 70), manteniendo siempre las mismas referencias. Sin embargo, desde finales de los 70 se vienen publicando yacimientos en los que se dan cita algunos ejemplares decorados al estilo de la Meseta -Huerto Pimentel, Setefilla, Montemolín, Lebrija-, que serán recopilados en un trabajo fundamental para la comprensión de este fenómeno en Andalucía Occidental realizado por Amores y Rodríguez (1984-85).

En los últimos años, además de verse aumentado el número de hallazgos en una proporción que supera cualquiera de las otras regiones de expansión, se ha visto igualmente incrementado el número de trabajos destinados a la clarificación de la Edad del Bronce en la región; en los que siempre, de manera más o menos profunda, tiene un hueco el problema de las decoraciones de boquique (Caro Bellido, 1989; Pellicer, 1989; Gutiérrez, Ruiz y López, 1993 a y b).

El estado actual de la investigación sobre la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en estas tierras se presenta, sin embargo, de forma problemática. La proliferación de estaciones afectadas, la documentación de gran parte de los ejemplares sin contextualizar, la confusión de algunas estratigrafías, y la revitalización de la vieja teoría de un origen antiguo para los motivos de boquique, introducen rasgos de controversia que provocan, como poco, una particular división de opiniones.

El número de estaciones tenidas en cuenta en este estudio es de 24, aunque su grado de fiabilidad, debido a las diferencias en el nivel de información, varía de unas a otras. La mayoría de los hallazgos procede de prospección y la información de la que disponemos es bastante exigua. En el caso de los fragmentos incluidos en estratigrafías, éstas han sido objeto de diferentes interpretaciones -Setefilla y Carmona-, o los niveles en los que aquellos aparecen son echadizos que presentan materiales mezclados -Montemolín-. En líneas generales no tenemos un conocimiento muy profundo del problema, que nos lleva a señalar como dudosos -o pendientes de confirmación definitiva- 8 de los 24 puntos señalados. A pesar de todo, creemos que el análisis ordenado de los datos a nuestro alcance puede llevarnos a discernir las pautas por las que se rige la intrusión en este espacio, así como a definir sus características.

### 2. El Medio Geográfico.

La región de Andalucía Occidental en nuestro estudio se vincula fundamentalmente al curso bajo del río Guadalquivir y a la Serranía de Ronda. Incluye las actuales provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga, dejando fuera, por el momento, la de Huelva, por no haberse encontrado en ella ninguna evidencia cerámica que la pueda relacionar con el grupo de Cogotas de la Meseta. Este espacio geográfico se delimita al norte por Sierra Morena y al sur por el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, quedando abierta tanto al este a través de La

Campaña, como hacia el oeste por Las Marismas y El Aljarafe. En su interior encontramos por un lado las fértiles tierras, despejadas y llanas, de los valles del Guadalquivir, Corbones y Guadalete, y por otro las estribaciones montañosas de la Serranía de Ronda. Las principales vías de comunicación las establecen a través del mismo cauce del Betis y de su afluente Corbones, que comunica las zonas del valle con las sierras malagueñas.

Un aspecto que hemos de destacar sobre las condiciones geográficas de la región es la existencia en el pasado, allí donde hoy se encuentran las Marismas, de una gran bahía de fondo escaso y de amplia abertura al Atlántico, en cuyos alrededores prolifera de forma especial el poblamiento durante la Edad del Bronce, sin duda aprovechando la riqueza de los suelos que la rodean, y donde empiezan a ser muy frecuentes los hallazgos de tipo Cogotas I.

Como ocurre en otras zonas de la Península, los poblados afectados por la intrusión de tipo Cogotas I se encuentran vinculados a la red fluvial, principalmente al río Guadalquivir y sus Marismas, al Corbones, al Guadalete y al Guadalhorce (Fig. 81).

### 3. Precedentes Culturales.

La configuración de un Bronce Pleno en el Bajo Guadalquivir es relativamente reciente, puesto que hasta no hace muchos años se incluía, junto al Bronce Antiguo, en una “época oscura” carente de una definición cultural particular que separaba dos momentos de esplendor cultural como son el Calcolítico campaniforme y el Bronce Final. En esta fase de “tránsito” se podían identificar apenas elementos que implicaban la continuidad del complejo material calcolítico hasta finales del IIº milenio, y, en menor medida, algunas influencias llegadas desde la zona de El Argar y del Suroeste (Caro, 1989: 85; Serna, Escacena y Aubet, 1984). Sin embargo, en los últimos años la excavación y estudio de yacimientos como Setefilla (Aubet *et alii*, 1983), El Berrueco de

Medina Sidonia (Escacena y Frutos, 1985) o Lebrija (Caro, Acosta y Escacena, 1986), van a ofrecer una nueva luz sobre las fases previas al Bronce Final y a procurar el reconocimiento de unas características homogéneas en aspectos materiales, sociales, económicos y de poblamiento.

A partir de estos nuevos datos, Serna, Escacena y Aubet (1984) ya nos hablan de un Bronce Pleno -entendido aquí como Bronce Inicial y Medio- entre 1700 y 1200 a.C., que se define por asentamientos permanentes y en ocasiones fortificados, una metalurgia avanzada y enterramientos en el interior del poblado. Los elementos materiales característicos de esta época son las cerámicas de tradición calcolítica, vasijas ovoides con cuello indicado y boca estrecha, cuencos lisos de tipo campaniforme y, sobre todo, los cuencos de casquete esférico con base aplanada y borde apuntado, y los que llevan una carena exterior.

Caro (1989), basándose también en los mismos yacimientos, define un Bronce Antiguo entre 1750/1700 a.C. y mediados del segundo milenio a.C. en el que se reconocen arrastres materiales calcolíticos a los que se imprime un nuevo sello, aportes de otras zonas e incorporación de nuevos tipos. En este período se produce una reducción de los enclaves, probablemente debido a un empeoramiento del clima, que se evidencia en el abandono de poblados y en la aparición dentro de los mismos de *hiatus* estratigráficos claros. En el Estrato II del Cerro del Berrueco, que se incluye en esta fase, se diferencian recipientes semiesféricos simples o con el borde entrante, platos de borde apuntado y platos-fuentes de carena baja y marcada, todos ellos heredados del Calcolítico; sin embargo, aparecen también algunas novedades como los vasos de carena media muy marcada -con la parte superior troncocónica cerrada y la inferior de tendencia semiesférica, a veces con asa semicircular-, los vasos de carena baja marcada y cuerpo superior cóncavo, y

el gusto por los bruñidos en las producciones de mediano y pequeño tamaño y por la cocción reductora que proporciona tonalidades oscuras. Entre las decoraciones sólo podemos destacar algún elemento a peine y escobillados.

El Bronce Pleno, entre 1600 y 1150/1100 a.C., se corresponde con una fase dinámica en la que la movilidad de los grupos humanos y los intercambios culturales fueron frecuentes, incluso entre las zonas alejadas. «*El Bajo Guadalquivir debió constituir por entonces uno de los espacios más progresistas desde el punto de vista poblacional, económico y cultural, preludiando lo que sería durante el Bronce Final*» (Caro, 1989: 109). Este Bronce Pleno, que es heredero directo del Bronce Antiguo del Guadalquivir, está bien representado en la Fase I de Setefilla, en el Estrato III de El Berrueco y en el Estrato III de Lebrija. Allí nos encontramos con un conjunto cerámico en el que innovación y creatividad se compaginan con la tradición. Se dan formas que arrancan del Calcolítico pero que ahora cobran especial protagonismo, remozadas por tratamientos superficiales nuevos y acentuando la reducción en la cocción. Entre ellas destacan los cuencos semiesféricos de borde entrante, los vasos de carena baja y cuerpo superior troncocónico, las cazuelas de carena media y pared suavemente cóncava, y las de carena alta, con borde más o menos diferenciado y vuelto hacia el exterior -un tipo nuevo presente en Setefilla y que se hará masivo en el tránsito hacia el Bronce Final-. También encontramos en esta fase los soportes de carrete (Setefilla) -generalmente vinculados al Bronce Final, pero que hoy sabemos enraizados en tradiciones calcolíticas andaluzas- y las formas globulares de tipo botella o con el borde ligeramente indicado y mamelones a la altura del hombro. Las decoraciones encontradas en Setefilla, aunque escasas, pueden ser significativas: las incisiones de zig-zag, la decoración bruñida interior y fragmentos pintados en rojo.

Caro (1989: 119-120) afirma que gracias a las excavaciones de Lebrija y Setefilla, las decoraciones de boquique quedan bien encuadradas dentro del Bronce Pleno, en un momento previo al de su aparición en la Meseta, y por lo tanto ajeno a la influencia del grupo de Cogotas I. Sin embargo, esta teoría está aún lejos de ser confirmada. En primer lugar, no podemos hablar de decoración de boquique para la Mesa de Setefilla, puesto que esta técnica no comparece en ningún momento en este yacimiento; por contra, los motivos de tradición meseteña se confeccionan aquí a base de incisión, y consisten en líneas de zig-zag bajo el borde o al interior del labio. Estas características ornamentales definen claramente un momento concreto del grupo de Cogotas I, su primera fase (Protocogotas), que incuestionablemente se sitúa en el Bronce Pleno o Medio de la Meseta. Por lo tanto su presencia en los niveles inferiores de Setefilla, más cuando la tendencia general es a rebajar los inicios de este poblado hasta el siglo XIV a.C. -como el mismo Caro propone en el trabajo citado (Caro, 1989: 110)-, puede ser entendida dentro de una temprana difusión de las especies meseteñas por Andalucía. En segundo lugar, la presencia de boquique en el Estrato III de Lebrija no confirma una extrema antigüedad para esta técnica dentro del Bronce Pleno, puesto que podría pertenecer a los últimos compases de esta fase, hacia el siglo XII,<sup>128</sup> momento en el que Cogotas I está completamente consolidado y ha incidido ya en todas las regiones de expansión.

No consideramos, pues, demostrada la originalidad de estas manifestaciones de boquique en el Bronce Pleno de Andalucía Occidental, ni que, por lo tanto, la presencia de especies de este tipo en el Medio y Alto Guadalquivir y en el Sureste responda a influencias llegadas desde aquella región, ni mucho menos que estas sean las responsables de la gestación

---

128 El mismo autor ha propuesto para el final de este Bronce Pleno una fecha de 1150/1100 a.C., lo cual coincidiría con la fase de plenitud de Cogotas I en la Meseta.

de Cogotas I en la Submeseta Norte. Creemos que la configuración de este grupo está suficientemente contrastada en la cuenca del Duero y que los argumentos para defender una gestación independiente de las decoraciones características del mismo en el Bajo Guadalquivir son hasta el momento muy precarios. Por este motivo seguimos considerando los ejemplos descritos en el inventario como muestras inequívocas de la llegada de la tradición meseteña, antes o después, hasta las tierras andaluzas.

Los mejores exponentes de este Bronce Pleno que precede, y en parte puede ser contemporáneo, a la llegada de las tradiciones decorativas de Cogotas I, los encontramos en las fértiles campiñas del Guadalete. Aquí se desarrolla una formación económico-social basada en un modelo de asentamiento jerárquico; con poblados ubicados sobre cerros que controlan el territorio y las vías de acceso, como El Berrueco de Medina Sidonia y Las Mesas del Chiclana, y una serie de estaciones secundarias en la zona de San Fernando (Cádiz), ubicadas en el llano o en pequeñas pendientes de gran calidad para los cultivos de secano, de reducidas dimensiones y sin estructuras defensivas (Ramos *et alii*, 1993).

En el caso de Málaga podemos hablar de continuidad en el poblamiento desde el Calcolítico al Bronce Tardío, caracterizado por poblados en altura o fortificados y por elementos de prestigio social en el ámbito funerario (Aubert, 1995: 142).

#### 4. La "intrusión" meseteña de Cogotas I.

##### a. *Implantación geográfica.*

Las 24 estaciones que hemos podido señalar en las provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga suponen el 13,1% del total de los yacimientos inventariados fuera del área nuclear; una proporción que se erige en el segundo puesto de la tabla, justo detrás de la

Submeseta Sur, y todo ello teniendo en cuenta un menor tamaño de la superficie afectada y una mayor distancia respecto del foco de origen (Fig. 91).

En efecto, junto con el Sureste, se trata de la subregión afectada por la intrusión de especies de tipo Cogotas I más alejada de los centros tradicionalmente considerados como nucleares. La distancia desde los grupos madrileños hasta los hallazgos sevillanos es superior a los 300 km., una separación que se reduce ligeramente desde el conjunto de poblados toledanos (230 km.), y desde el extremeño del Guadiana (130 km.), pero que se hace más insalvable si tomamos como referencia de destino las evidencias del Estrecho de Gibraltar o de la Serranía de Ronda. En definitiva, la separación es lo suficientemente amplia como para pensar en que la influencia no se trasmite por una relación de vecindad directa, sino que tuvieron que intervenir procesos de transmisión encadenada o de contactos a larga distancia.

Y sin embargo, a pesar de las distancias, el número de estaciones afectadas ha alcanzado en los últimos años una densidad comparable a la que observamos en zonas limítrofes al área nuclear: Sevilla, 0,00064 yac/km<sup>2</sup>; Málaga, 0,00068 yac/km<sup>2</sup> y Cádiz 0,0012 yac/km<sup>2</sup>.<sup>129</sup> En líneas generales no son valores muy elevados, sin embargo, están por encima de los referidos para las provincias del Sureste. Destaca sobre todo la concentración de hallazgos en las Marismas del Guadalquivir y de los alrededores de la Bahía de Cádiz, donde se concentran la mitad de las evidencias, alcanzando aquí un índice de 0,012 yac/km<sup>2</sup>,<sup>130</sup> cifra superior incluso a la de Álava y similar a la de algunas comarcas de la cuenca del Duero.

Mucho más difícil será pronunciarnos sobre la proporción de los asentamientos afectados respecto a sus contemporáneos ajenos a la presencia de especies meseteñas, puesto que la dificultad para ubicar

129 En los tres casos se ha tomado como base la superficie total de las provincias.

130 Tomando como base una superficie aproximada de 1000 km<sup>2</sup> entre el Sur de Sevilla y la parte nororiental de Cádiz.



cronológicamente estos tipos y la inseguridad que exhiben algunos contextos no nos permiten establecer relaciones claras entre unos y otros. Sin embargo, en la zona anteriormente aludida, donde se concentraba la mayoría de los ejemplos de intrusión, se puede pensar en una proporción muy elevada si tenemos en cuenta que para este momento se viene proponiendo una reducción y concentración del hábitat (Gutiérrez, Ruiz y López, 1993 a y b).

En definitiva, nos enfrentamos a un sector espacial muy alejado de la zona nuclear de Cogotas I, separado de ésta por otra región de expansión, que proporciona, empero, un volumen sorprendente de intrusiones, concentradas fundamentalmente entre la margen izquierda de las Marismas del Guadalquivir y la Bahía de Cádiz.

En lo que concierne a la implantación geográfica sorprende, por otra parte, la detención que sufren estas influencias en el curso bajo del Guadalquivir, sin afectar, en ningún caso, a territorios más occidentales;<sup>131</sup> una circunstancia que ha de ser puesta en relación a fenómenos culturales, puesto que el estado de la investigación en aquel lugar es semejante al del Bajo Guadalquivir.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Sólo en el caso de Tarifa se podría plantear la vinculación de las especies meseteñas a un registro funerario -la necrópolis de Los Algarbes-, aunque la aparición en prospección del fragmento de boquique delator de las influencias no permite asegurarlo. En el resto de los casos, las cerámicas protagonistas de la intrusión se asocian a niveles de hábitat o aparecen en la superficie de poblados, dentro de contextos -estructuras constructivas y conjuntos materiales domésticos- que evidencian a las claras la utilización de estos espacios como lugares de habitación. Por otra parte,

estos poblados gozan, en el momento de la llegada de las especies meseteñas, o gozarán en los siglos siguientes, de un importante núcleo de población de carácter estable; al menos eso es lo que parece descifrarse de las evidencias físicas en ellos recuperadas. Algunos presentan fases antiguas, del Neolítico y del Calcolítico (Carmona, Lebrija, Acinipo, Ronda, Tarifa y Campín Bajo), aunque por lo general se configuran como núcleos estables más tarde, a partir del Bronce Pleno en Setefilla y Lebrija, y de distintos momentos del Bronce Final o Reciente en Acinipo, Ronda y probablemente en Carmona. La existencia de un poblamiento permanente durante el Bronce Pleno en el Bajo Guadalquivir se deduce de la excavación de El Cerro del Berrueco (Escacena y Frutos, 1985), que ejemplifica un modelo de formación económico-social peculiar en la región en el que están presentes concepciones jerárquicas y delimitación de funciones para los distintos enclaves, que sólo se pueden entender en el seno de grupos medianamente organizados y consolidados. A pesar de todo, no estamos en condiciones de afirmar que en este sector de Andalucía se defina tan claramente como en el Sureste o el País Valenciano la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I sobre poblados estables; pero en cualquier caso este último fenómeno parece algo más desarrollado que en la zona nuclear, donde predominan las ocupaciones esporádicas.

Por lo que se refiere al tipo de emplazamiento, se mantiene la tónica habitual de predominio de lugares elevados y dotados de condiciones naturales para la defensa. De los poblados en los que este dato se nos ofrece, contabilizamos 17 situados en cerros destacados del terreno -aunque en cuatro ocasiones el asentamiento se dispone sobre una de sus laderas- y sólo 4 en el llano o terrenos ondulados próximos a los ríos. En este aspecto, y a pesar del predominio del primero de los tipos, hemos de hacer hincapié en el

---

131 Recientes investigaciones apuntan a una total ausencia de materiales de tipo Cogotas I en la provincia de Huelva (comunicación personal D. Ruiz Mata).

aumento de la proporción sufrida por las estaciones del llano, que en lugares como el Sureste y el País Valenciano estaban prácticamente ausentes. Este rasgo, que podría recordarnos a los típicos yacimientos de Cogotas I en la Meseta, puede ser, sin embargo, únicamente consecuencia de la propia configuración de la región, que ofrece amplias zonas de campiña y vega potencialmente explotables para la agricultura.

La estrategia de ocupación que se dibuja en los poblados con cerámicas de tipo Cogotas I es difícil de descifrar y de separar de la general de Andalucía Occidental. La existencia en esta zona de formaciones culturales de tipo jerárquico en el Bronce Pleno nos hacen pensar en un panorama similar en el momento en que llegan los influjos meseteños y durante el Bronce Reciente. De esta manera, es posible que los poblados de llanura por nosotros inventariados, situados hoy en las Marismas del Guadalquivir o en la misma Bahía de Cádiz, constituyan asentamientos dependientes de algún gran centro, probablemente situado más hacia el interior, desde donde debieron darse a conocer las producciones de tipo meseteño. Sin embargo, desconocemos por el momento donde pudo ubicarse este último, puesto que en el caso del Cerro del Berrueco, que ejerció este papel durante el Bronce Pleno, las cerámicas decoradas que proporciona no justifican su vinculación a Cogotas I. Otras relaciones de dependencia entre distintos yacimientos afectados por la influencia meseteña se podrían adivinar en los dos poblados de Ronda, cercanos y contemporáneos durante un largo período de tiempo, por lo que, sin duda, hubieron de mantener algún tipo de complementariedad o interdependencia que provocase el traspaso de la tradición cerámica foránea de un lugar a otro. Una relación parecida pudo vivirse en el valle del Turón, donde la importancia del poblado de La Peña de Ardales respecto a la manifestada por La Raja del Boquerón o las Playas del Guadalteba y Guadalhorce parecen indicar una relación de supedi-

tación de estos dos últimos asentamientos, en llano, a aquel, situado en lugar defensivo.

Por otra parte, no nos cabe la menor duda de que los yacimientos afectados por la presencia de especies meseteñas se incluyen armónicamente dentro del poblamiento general de la zona, puesto que todas las características observadas hasta el momento, así como la uniformidad de una gran parte de la producción cerámica, nos obligan a pensar en comunidades coordinadas, sin que, de ninguna manera, podamos pensar en la existencia de núcleos aislados o ajenos a las circunstancias que hacen evolucionar el resto del territorio.

Las características internas de los poblados que se ven involucrados en el proceso ahora estudiado varían de unos lugares a otros. Como hemos dicho, en muchos casos se trata de ocupaciones permanentes con recintos o construcciones de tipo defensivo (Setefilla y Campín) que, sin embargo, no sabemos a que momento concreto pertenecen y si se relacionan con la fase de las cerámicas de tipo Cogotas I. Los datos sobre las estructuras de habitación de estos momentos están muchas veces enmascarados por las ocupaciones posteriores y en varias ocasiones no llegan a mostrar una clara disposición, como ocurre con los muros de piedra, adobe y tapial de los estratos inferiores de Setefilla. Tampoco en Carmona se conocen con certeza las características habitacionales de las fases del Bronce Final; sin embargo, en una de las últimas intervenciones de urgencia (Calle Costanilla Torre del Oro) las cerámicas de tipo Cogotas I se recuperan en el relleno de una estructura de tipo "hoyo" que, según los autores (Cardenete *et alii*, 1989: 571-572) pudo servir, antes de convertirse en basurero, como silo de almacenamiento. Esta asociación resulta realmente interesante, puesto que compagina dos de los aspectos más característicos del grupo de la Meseta: la cerámica decorada con técnicas de incrustación y las fosas paracirculares excavadas en el suelo del yacimiento; y por lo tanto, podría indicar

que la incidencia de Cogotas I en el mismo no se restringe al aspecto material, sino que afecta a las propias formas de vida. Del mismo interés pueden resultar los llamados “fondos de cabaña” identificados en El Castillo de Dña Blanca (Puerto de Santa María), que en este caso parecen corresponder con auténticas estructuras de habitación parcialmente excavadas en el suelo, y que recuerdan a los escasos documentos que en este sentido se conocen en la Meseta (Los Tolmos de Caracena, Soria). Nuevos testimonios de cabañas asociadas a cerámicas de tipo Cogotas I los encontramos en La Marquina B (San Fernando, Cádiz) -una estructura de planta cuadrangular- y en Raja del Boquerón (Ardales, Málaga) -dos cabañas de tendencia oval con zócalos de guijarros enmarcados por un muro exterior de piedras más grandes-. Rasgos más evolucionados presentan las cabañas de Acinipo en la Fase IV, con plantas circulares, ovals o rectangulares, zócalo de piedra, suelos de tierra apisonada, hogares de barro cocido y un empedrado trapezoidal o rectangular en la entrada. Sin embargo, las características del contexto cerámico de estas últimas obliga a pensar en una fase avanzada, dentro del siglo VIII a.C. y del período Orientalizante.

En definitiva, podemos decir que la variedad en las tradiciones habitacionales de los poblados afectados por la dispersión de cerámicas de tipo Cogotas I en Andalucía Occidental depende sobre todo de las tradiciones locales, según indica la utilización habitual de la piedra en las construcciones; sin descartar por ello la existencia de algunas convergencias con la Meseta en la tipología de las cabañas e, incluso, la adquisición de costumbres típicamente cogoteñas como la excavación de hoyos/silos/basureros en lugares concretos.

### *c. Características de la “intrusión” material: la cerámica.*

Las noticias existentes hasta el momento sobre materiales cerámicos de tipo Cogotas I en Andalucía

Occidental son muy vagas, puesto que casi nunca se menciona ni el número exacto ni la proporción de las mismas dentro del conjunto alfarero. Sin embargo se pueden vislumbrar en este sentido algunas diferencias en función de la mayor o menor importancia cuantitativa de este tipo de producciones. En un plano especial se encontraría Carmona, donde estas últimas son habituales en prospección y conforman conjuntos significativos en un buen número de sondeos estratigráficos realizados en los rebordes de la ciudad; hasta el punto de que podríamos comparar este yacimiento con El Llanete de los Moros o La Cuesta del Negro. Otro enclave donde es posible que las mismas producciones sean también muy importantes es Quincena, a juzgar por los comentarios que se hacen al respecto, sin embargo, en este caso la falta de una publicación sobre el particular nos impide confirmarlo. Un significado similar pueden tener en Campín, donde contamos con un número de cierto peso (15 fragmentos publicados), sobre todo teniendo en cuenta que se han obtenido en prospección. En una categoría inferior, donde las piezas protagonistas ya son más escasas, se pueden encontrar los yacimientos de Acinipo, Lebrija y Setefilla, mientras que el resto, o bien sólo se menciona la presencia de uno o dos ejemplares (Montemolín, Castillo de Dña Blanca, La Marquina B, los yacimientos del valle del Turón en Málaga y la Batida) o las noticias son demasiado imprecisas como para hacer una valoración sobre este particular.

En cuanto a la morfología de las cerámicas reveladoras de la incidencia de Cogotas I nos encontramos con el inconveniente de que muchos de los hallazgos permanecen inéditos. A pesar de ello podemos decir que, una vez más, la cazuela de carena alta, cuerpo inferior troncocónico o cuenquiforme, borde más o menos cóncavo y de tendencia abierta, vertical o entrante es la forma más habitual; la encontramos decorada y sin decorar en Setefilla, Carmona, Montemolín, La Marquina B, Bujón VE,

Campín y La Compañía II (Figs. 83.1, 8, 11 y 12; 85.12; 87.1 y 8). A parte de estas fuentes se observan perfiles troncocónicos y bitroncocónicos (Lebrija, Carmona y Acinipo), cuencos (Setefilla) y perfiles curvos y en “S” (sobre todo en Carmona y Campín). Como podemos ver, las características morfológicas de estas piezas encajan sin esfuerzo en las tipologías de la zona nuclear, sin que, por el momento, podamos destacar ninguna especie atípica.

Dentro de las decoraciones, sin embargo, nos encontramos con una mayor variedad y con ciertas posibilidades de identificar técnica y estilísticamente ejemplares que muestran cierta peculiaridad. Se han podido constatar todas las técnicas decorativas que definen el mundo de Cogotas I, pero no siempre en los mismos yacimientos. Las mejor representadas son las inciso-impresas, que muchas veces se confunden, apareciendo en 15 yacimientos. Por su parte, conocemos la presencia de boquique en 13 enclaves, mientras que la excisión sólo se halla en Carmona, Campín, Castillo de Dña Blanca y Acinipo. Merece la pena destacar que sólo en Carmona y Campín están presentes todas las técnicas, y que la incisión y la impresión comparecen de forma aislada en siete yacimientos. Estos datos se asemejan a los de otras zonas de Andalucía y al resto de las regiones de “expansión”, sin embargo, son muchos los poblados de los que no tenemos noticias claras sobre el tipo de motivos que se realizan, por lo que los resultados pueden variar en el futuro.

Entre los motivos incisos encontramos habitualmente el zig-zag (Fig. 82. 1, 3 y 4), en línea simple o en bandas compuestas, que por lo general se realiza con trazos independientes, ya vayan conectados o no, aunque también existen casos de líneas quebradas continuas. Los encontramos en Setefilla, Carmona, Lebrija, La Batida, La Marquina B, Campín y en los yacimientos del valle del Turón y de Jerez de la Frontera. La espiga de tradición cogoteña se prodiga en menor medida (Fig. 82.3); sus caracte-

rísticas son similares a las del zig-zag y se presenta de forma simple o doble en Carmona, Campín, Raja del Boquerón y Playas del Guadalteba. Otros motivos incisos de características cogoteñas son los cosidos (Campín), las líneas simples enmarcando áreas decorativas (Carmona y Lebrija), y las guirnaldas rellenas de pasta blanca (Carmona); más dudosas resultan las guirnaldas curvas de La Peña de Ardales (Fig. 82.2), cuya vinculación con Cogotas I ya revelábamos incierta en el inventario.

Por lo que se refiere a los motivos impresos, a parte de algunos trazos, o digitaciones que sirven normalmente de complemento a otros temas decorativos, destacan las áreas rellenas de puntos (Carmona, Campín, Lebrija y Quincena) que forman triángulos, rectángulos, bandas curvas y zonas semicirculares (Fig. 82.9 y 14). Otros motivos cuya base son los rellenos de impresiones son las bandas rectas (Carmona) o quebradas (Quincena) (Fig. 82.10 y 12), cuyo interior aparece ocupado por una o dos líneas de puntos, esta vez más distanciados y ordenados que en las áreas anteriores.

Mediante boquique se confeccionan las típicas guirnaldas curvas paralelas y concéntricas -con una variedad similar a la manifestada en la Meseta- o en línea quebrada (de zig-zag), a veces rematadas en sus extremos por líneas rectas (Carmona, Tarifa, Castillo de Dña Blanca, Campín, etc.) (Fig. 82.7-8, 11, 15 y 17). Otros motivos de “punto en raya” son las líneas rectas, simples o paralelas (Carmona y Campín), una línea de cosido (Montemolín), y motivos complejos de triángulos rellenos de paralelas (Lebrija), además de líneas que delimitan áreas impresas o incisas (Carmona, Quincena) (Fig. 22.5, 7-8, 13, 16).

Los motivos excisos, sin embargo, son muy simples y escasos, sólo conocemos cinco ejemplares: dos en Carmona, uno en El Castillo de Doña Blanca y otros dos en Campín. Los tres primeros son muy parecidos y consisten en bandas simples o

dobles de pequeños triángulos excisos que se contraponen dejando una banda de zig-zag entre ellos (Fig. 82.19 y 20; Fig. 87.2). Los del yacimiento de Campín son diferentes; uno consiste en grandes puntos alineados y el otro en un reticulado cuadrangular atípico (Fig. 88.7 y 15).

Las características de todos estos motivos, en líneas generales, se ajustan a los patrones de Cogotas I, sin embargo podemos encontrar ciertas peculiaridades en los modos y técnicas de confección de los mismos. Un ejemplo lo encontramos en la profundidad de los trazos en Montemolín, donde las impresiones digitales llegan a levantar parte de la pasta, semejando a la excisión (Fig. 87.1). También en Carmona se vislumbran aspectos particulares en algunos boquiques -como los encontrados en el Corte de Raddatz- confeccionados con punzón de punta roma que, a veces, se convierte en sucesión de impresiones; o la recurrente disposición de estos motivos en dirección de derecha a izquierda, como si el artesano fuera zurdo o las piezas hubieran sido decoradas boca abajo (Fig. 84.1 y 4). La excisión ajedrezada de Campín, que rebaja las líneas de separación dejando en resalte todos los cuadrados (Fig. 88.15), también puede considerarse un rasgo particular del yacimiento, o una “degeneración” de la tradición meseteña. Todas estas indicaciones, junto a algunas otras características del contexto cerámico, nos hacen partidarios de considerar estas especies, al menos la mayoría, como el producto de una imitación local de los modelos -presentes o ausentes- meseteños, más que como consecuencia de la llegada masiva de ejemplares desde la Meseta.

La composición decorativa, así como la colocación de los motivos dentro del vaso, sin embargo, recuerdan de forma especial los rasgos habituales de la zona nuclear. En esta línea se encuentran las zonas triangulares contrapuestas, rellenas de puntillado o motivos de boquique, que dejan una banda de zig-zag lisa en medio (Carmona

y Quincena); o los esquemas que combinan ordenadamente distintos motivos a distintas alturas del vaso, como ocurre en Montemolín, donde se suceden impresiones digitales, cosido de boquique y guirnalda quebrada, o en La Marquina, con líneas de zig-zag, horizontales y guirnalda al interior del labio, bajo el borde y sobre la carena respectivamente. Destacan otras composiciones que alternan bandas quebradas rellenas de puntos con otras lisas (Quincena), composiciones de triángulos excisos y líneas de zig-zag (Carmona), de retícula incisa y guirnalda de boquique, y otras más sencillas como las bandas incisas rellenas de puntos impresos.

Las zonas de ubicación de las decoraciones dentro de vaso son las mismas que en el área nuclear: sobre el borde, al interior del mismo, en el cuello, sobre la carena o colgando de ella, sin alcanzar, por lo general, las partes más bajas del vaso.

En definitiva, salvo algunos rasgos decorativos especiales, los esquemas de la cerámica que podemos identificar como de tipo Cogotas I se asemejan suficientemente a los de la Meseta como para pensar en una fuerte vinculación con este territorio.

No contamos con ningún análisis de arcillas ni de componentes mineralógicos de las cerámicas protagonistas de la intrusión en Andalucía Occidental, donde además las indicaciones sobre las características de este tipo de producciones y su comparación con la cerámica local son muy poco habituales. Sólo en los casos de Setefilla y Acinipo (Aubert *et alii*, 1983: 57; Aguayo *et alii*, 1985: 300) se menciona que los ejemplares de tipo Cogotas I son sensiblemente diferentes al resto, en cuanto a pasta y tratamiento superficial, lo que lleva a los excavadores de estos lugares a plantear la posibilidad de que se trate de importaciones. A nuestro entender, y basándonos en todo lo expuesto, esta última hipótesis no debe ser extrapolada a todo el conjunto alfarero de tradición meseteña. Como hemos visto, dentro de el alto grado de semejanza

alcanzado por estos ejemplares existen algunas particularidades que nos llevan a considerar la mayor parte de las mismas como especies de imitación. Por otra parte, el aspecto diferenciado de las cerámicas de Setefilla y Acinipo no tiene porqué implicar una procedencia lejana, ni siquiera extraña, y puede ser debido a su posible desubicación dentro de la estratigrafía o a su condición de vasos de lujo y, por lo tanto, de tratamiento especial.

#### *d. Cronología de la "intrusión".*

En el caso de Andalucía Occidental los criterios cronológicos más utilizados van a ser los tipológicos y el contexto material, aunque no por ello hemos de desestimar algunas referencias secuenciales y radiométricas.

Las estratigrafías con cerámicas de tipo Cogotas I que mejor se conocen son las de Setefilla, Lebrija, Ronda y varios cortes de Carmona.

El Corte 3 de Setefilla proporciona estas especies en las Fases I y II, correspondientes a los Estratos XV, XIV, XIII y XIIb. En primer lugar, sorprende la continuidad de las mismas a lo largo de una superposición estratigráfica tan prolongada en el tiempo, puesto que, según Aubet (Aubet *et alii*, 1983) los dos primeros momentos de la ocupación abarcarían desde mediados del segundo milenio hasta el siglo IX-VIII a.C.; y más cuando tal circunstancia, como veremos, se contradice con los datos tipológicos de las propias cerámicas. En líneas generales, los niveles afectados se encuentran por debajo del Período Orientalizante y se adscriben al Bronce Pleno y Final.<sup>132</sup>

En Carmona son varios los ejemplos de cerámicas de tipo Cogotas I estratificados en contex-

tos fiables. Éstos pueden aparecer en los primeros niveles del poblado, como en el corte de 1959, o superponerse a antiguas ocupaciones calcolíticas, pero en todos los casos preceden a estratos del denominado Bronce Final clásico con decoración bruñida y pintada tipo Carambolo.

En Lebrija las cerámicas con decoración de boquique se encuentran en el Estrato III, entre dos niveles de abandono (II y IV). Por encima del último de éstos se continúa la estratigrafía con un nivel del Bronce Final afectado ya por las colonizaciones (Estrato V). En este caso, el estrato se identifica con el Bronce Medio, aunque sus relaciones de anterioridad y posterioridad se ven limitadas por encontrarse constreñido entre dos momentos estériles. En cualquier caso, volvemos a presenciar como las decoraciones de tipo Cogotas I se documentan en un momento previo a la aparición de las cerámicas con decoración bruñida del Bronce Final clásico.

En Acinipo aquellas especies aparecen dentro de las Fases III y IV. La primera de ellas, perteneciente al Bronce Final, se ve separada de un Bronce Pleno con campaniforme (Fase II) por un *hiatus* estratigráfico. La Fase IV se considera Preorientalizante (siglo VIII a.C.) y precede a una nueva fase de la misma asignación cultural. Por otra parte, dentro de la ciudad de Ronda se detecta la presencia meseteña en niveles del Bronce Final, datado por los investigadores del yacimiento en el siglo VII a.C.

Como podemos ver, la situación estratigráfica de las cerámicas de tipo Cogotas I en los distintos yacimientos de los que tenemos información<sup>133</sup> proporciona datos cronológicos muy diferentes; sin embargo, la falta de fechas de radiocarbono fiables y la similitud de algunas especies cerámicas del

132 Para una visión completa de las diferentes interpretaciones hechas de esta estratigrafía nos remitimos a la ficha del inventario.

133 No tenemos en cuenta aquí la estratigrafía de Montemolín por considerar que los niveles donde apareció un vaso de tipo Cogotas I pertenecen a un aterrazamiento intencional del terreno que, sin duda provocó el acarreo de tierras desde distintos lugares del yacimiento, provocando la deposición conjunta de materiales de distinta procedencia. Esta misma valoración sirve, por ejemplo, para la necrópolis de Carmona, donde los ejemplares se hallan entre la tierra del túmulo que cubre uno de los enterramientos, pudiendo proceder, sin embargo, de cualquier otro lugar.

contexto pueden hacer variar en cierta medida, como ya hemos apuntado en otro lugar, la interpretación realizada en cada caso.

Si nos ha sido difícil indagar sobre la posición cronológica de las cerámicas de tipo Cogotas I en Andalucía Occidental a través de la secuencia estratigráfica, aún más complicado puede resultar intentarlo a través de los datos obtenidos por el C-14. En este sector sólo la intrusión de Setefilla se ve beneficiada por la datación absoluta; sin embargo, las altas cronologías ofrecidas por las muestras allí tomadas han provocado la incredulidad de muchos y el escepticismo de casi todos los investigadores que tras la excavación del yacimiento han hecho mención al mismo. Las dos fechas reveladas por el laboratorio para la Fase I de Setefilla son  $1570 \pm 95$ , para los momentos finales del Estrato XIV, y  $1520 \pm 95$ , para los comienzos del XIII; lo que nos llevarían a colocar la influencia meseteña en la primera mitad del siglo XVI a.C. -sobre todo si recordamos que en el estrato previo al primero de los fechados también aparece un fragmento de cerámica de tipo Cogotas-. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones que se ha tenido ocasión de volver sobre el tema se plantea la necesidad de rebajar estas elevadas fechas, y no porque las cerámicas incisas allí recogidas no encuentren acomodo cronológico -ya que su aparición en la Meseta no se fecha en ningún caso antes del siglo XV a.C.-, sino porque los materiales del contexto local, sobre todo cuencos semiesféricos de borde vuelto, así como algunas ollas de tipo globular, poseen evidentes paralelos en horizontes algo más recientes. Estas últimas razones, a las que hay que unir la evidencia de una elevada desviación estadística de las muestras, nos conducen a tomar con muchísima cautela las únicas fechas absolutas asociadas a cerámicas de tipo meseteño en esta región.

A este respecto queremos mencionar la obtención de una fecha de C-14 de  $1030 \pm 90$  a.C. en

el sector nororiental de la Mesa de Acinipo (Málaga), donde también se hallaron cerámicas con decoración de tipo Cogotas I (Aguayo *et alii*, 1989: 311). Desconocemos si existe una asociación directa entre la muestra y las citadas especies, pero al menos la primera nos indica que el poblado estaba funcionando en el momento en que en otros lugares se data la intrusión.

Llegados a este punto, la cuestión cronológica se nos complica aún más al comprobar el elevado número de yacimientos entre los mencionados como influidos por la tradición de Cogotas I que permanecen inéditos, y por lo tanto, la carencia de ejemplares susceptibles de ser analizados a través de la tipología. A pesar de todo, y como vienen siendo habitual en otras regiones, es éste el criterio cronológico que se puede aplicar a un mayor número de estaciones. Para ello contamos con conjuntos bastante representativos en Carmona y Campín, con las cerámicas incisas de Setefilla, y con otros ejemplares o motivos descritos en Montemolín, Lebrija, Quincena, Acinipo, etc. Con estos datos podemos aventurarnos a adscribir los trazos incisos de zig-zag al interior y exterior de cazuelas carenadas o cuencos de Setefilla a la fase Protocogotas (siglos XV a XIII a.C), la sencillez de los temas, los motivos y su ubicación dentro del vaso así parecen aconsejarlo. A este mismo momento podrían pertenecer, aunque no podemos confirmarlo, ciertas decoraciones inciso-impresas de zig-zag o espiga encontradas en La Batida o en los poblados de Bujón y La Compañía (Jerez de la Frontera).

En la fase de plenitud de Cogotas I (1200-1000 a.C) se podría incluir la práctica totalidad del resto de las manifestaciones conocidas en la región. Las características de este momento -auge del boquique, sobre todo en motivos de guirnalda, de las zonas punteadas, y la aparición de la excisión todavía en escasa proporción- son las que muestran casi todos los ejemplares conocidos. Este particular creemos poderlo afirmar sobre todo en Campín y



Carmona, así como en los ejemplares de Lebrija, Quincena y Montemolín.

La tipología no denuncia, por el momento, ningún ejemplar de excesiva complicación decorativa como para asignarlo de forma irrefutable a la última fase de Cogotas I; sin embargo, la dificultad que existe a veces en la diferenciación de este momento y de su precedente nos hace dejar en reserva la posibilidad de que algunas piezas alcancen fechas más avanzadas.

Los materiales del contexto en el que se inscriben las especies meseteñas no siempre definen con claridad un horizonte cronológico concreto. En Setefilla, los contextos de la Fase I y de la Fase II, son completamente distintos; en la primera los indicadores tipológicos son escasos, pero es fechada en el Bronce Pleno, mientras que la segunda, donde están presentes la decoración pintada y bruñida, se ubica en un Bronce Final de corte clásico, entre los siglos IX y VIII a.C. En Carmona, las principales asociaciones se producen con elementos del Bronce Final, pero anterior a la generalización de las especies de decoración bruñida y pintada que caracterizan los momentos plenos de esta fase. Por su parte, los contextos materiales de la cerámica de Cogotas I en Acinipo y Ronda parecen apuntar a momentos más avanzados del Bronce Final, fechados en los siglos IX y VIII, incluso VII a.C., apareciendo ya al lado de cerámica a torno preorientalizante (cerámicas de Barniz Rojo, Polícromas y cerámicas Grises).

Nuevamente nos encontraríamos, según los contextos, ante un amplio espectro temporal en el que tienen cabida las especies decoradas de tipo Cogotas I.

Sin embargo, si recordamos las matizaciones sobre la cronología que vertíamos al analizar detenidamente cada yacimiento, podemos matizar las diferencias y dar explicación a los desajustes, encontrando una solución de mayor acomodo para la intrusión. En el caso de Setefilla vimos, siguiendo indicaciones de otros autores, como la relación con

los enterramientos en cistas de Huelva, así como otros paralelos con el Berrueco de Medina Sidonia hacían posible rebajar las fechas de los primeros estratos hasta el siglo XIV o XIII a.C., momento en el que sí cabe pensar en la presencia de unos tempranos influjos meseteños; mientras que considerábamos las especies con zig-zag de los Estratos XIII y XIIa como perduraciones. Carmona, por su parte, ofrece, tanto en el aspecto stratigráfico como en el tipológico, un marco temporal que se puede adecuar a la posibilidad de contactos con Cogotas I en su fase plena-final, siempre antes de la generalización de las cerámicas con decoración pintada y bruñida. En Lebrija, a pesar de la interpretación propuesta por sus excavadores (Bronce Medio para el Estrato III), y basándonos en la identificación de dos momentos distintos del Bronce Final en Huerto Pimentel, creemos justificado incluir en el primero de éstos las especies de tradición meseteña. La posición de la "intrusión" de tipo Cogotas I en la Fase III de Acinipo, del Bronce Final, puede ser aceptada sin demasiados problemas, sin embargo, su permanencia en los estratos siguientes (Fase IV), así como su documentación en el casco urbano de Ronda, no podrían llevarse a un momento tan avanzado como los siglos VIII y VII a.C. a no ser que los consideremos producto de perduraciones dentro del substrato indígena o de una alteración stratigráfica.

En definitiva, y tras el reajuste de las cronologías propuestas, parece que las cerámicas de tradición meseteña de Cogotas I en Andalucía Occidental hacen su aparición en un momento temprano (fase Protocogotas) al menos en Setefilla, para después detectarse, de forma más generalizada, en la primera fase del Bronce Final o Reciente de la Región, aproximadamente entre el siglo XII y el X a.C.; un período inmediatamente anterior al despegue y generalización de las cerámicas con decoración bruñida y pintada que no parece ser anterior al siglo IX a.C. Este último dato, según el

cual las cerámicas de tipo Cogotas I son anteriores a cerámicas con decoración bruñida y pintada, parece ser la referencia cronocultural de mayor validez para la región. En cierto modo, la desaparición de las primeras ante el empuje de las segundas es una consecuencia lógica, puesto que ambas producciones servirían en el fondo a los mismos fines.

*d. El Marco Cultural. El contexto material y la importancia de las tradiciones locales.*

En función de la cronología propuesta para la intrusión de tipo Cogotas I en esta región podemos decir que el grueso de la misma se localiza en la fase inicial del Bronce Final/Reciente.

A pesar de ello, no podemos olvidarnos del caso de Setefilla, donde las cerámicas con decoración incisa de zig-zag se suman en la primera fase a un contexto cultural del Bronce Pleno, a nuestro modo de ver muy avanzado, siendo por el momento el único caso en el que la intrusión meseteña se corresponde claramente con el horizonte Protocogotas. En estos momentos, cuando en otras regiones andaluzas es posible vislumbrar los primeros cambios en el repertorio cerámico, aquí se mantiene un ajuar típico del Bronce Pleno regional, con cuencos semiesféricos de borde entrante, vasos globulares, vasijas tulipiformes, vasijas ovoides con borde y soportes de carrete (Aubert *et alii*, 1983) (Fig. 83.1-10).

Con posterioridad a esta fase se puede hablar en Andalucía Occidental de un Bronce Final o Reciente en el que, dada su amplitud cronológica, se produce una progresiva incorporación de novedades, sobre todo en el aspecto material. El desdibujamiento de un horizonte homogéneo del Bronce Pleno a partir del cual se puedan definir unas características para el nuevo período nos ubica en la misma situación en la que se veían la cuenca Media del Guadalquivir, por lo que nos parece más razonable hablar de un Bronce Reciente, subdividido en diferentes horizontes, antes que diseñar un Bronce

Tardío artificial y que no parece encontrar acomodo ni cronológica ni culturalmente. La última sistematización sobre este período se debe a M. Pellicer (1989), el cual lo divide en:

Bronce Reciente I: 1200-1000 a.C.

Bronce Reciente II: 1000-750 a.C.

Bronce Reciente IIIA-Hierro: 750-650 a.C.

Bronce Reciente IIIB-Hierro: 650-550 a.C.

Según este modelo, y teniendo en cuenta las indicaciones cronológicas hechas con anterioridad, la introducción de elementos de cultura material de Cogotas I coincidiría con la primera fase y los primeros momentos de la segunda.

Este Bronce Reciente, según el autor citado, se va definiendo de una manera natural, lentamente y sin rupturas bruscas, como resultado de la concurrencia de elementos evolucionados del substrato anterior y aportaciones foráneas -entre las que se cuentan las cerámicas decoradas al estilo de Cogotas I-. Otro gran cambio se observa en la metalistería, que renueva por completo la pobre panoplia anterior con un marcado carácter atlántico. Permanece el tipo de vivienda oval o circular con zócalo de piedras y muro de adobe, al igual que lo hace la urbanística y el emplazamiento del poblado (El Berrueco, Lebrija, Mesa de Setefilla, Mesa del Gandul), aunque también surgen poblados *ex novo* (Cabezos de Huelva, Cerro Macareno, Montemolín, Cerro de la Cabeza) y se reocupan antiguos establecimientos abandonados desde el Calcolítico (El Carambolo, Carmona). Los núcleos aumentan su tamaño y sólo en Setefilla y Mesa del Gandul se detecta la presencia de defensas artificiales, por lo que se considera que el Bronce Reciente no se corresponde con un período de convulsiones (Pellicer, 1989: 158 y 170-171).

En cuanto a los ritos funerarios, se supone un mantenimiento de las costumbres del Bronce Pleno en las dos primeras fases, aunque carecemos de evidencias certeras (*Ibidem*: 171).

La cerámica de las primeras fases (I y II) del Bronce Reciente gana en calidad de las pastas respecto a fases anteriores, es más depurada y presenta desgrasantes más selectos. Se obtienen ejemplares muy finos, aunque también hay cerámica tosca, utilizada para la cocina y el almacenamiento, de mayores dimensiones y con desgrasantes más grandes. Entre las formas más corrientes aparecen los cuencos, semiesféricos o profundos, y alguno con el borde entrante como perduración del Bronce Pleno, cuencos con ónfalo en la base, y vasos cerrados con cuello estrangulado y borde saliente, con tendencia a la forma de botella y perfil en “S” -que se mantienen como tradición del Bronce Medio, pero con tendencia a acortar los cuellos y los bordes-. En la Fase II las formas son globulares con los bordes salientes, abundando los amplios cuencos carenados de base convexa, hombros troncocónicos y borde grueso saliente. Se documentan también las fuentes carenadas con cuello cóncavo que se suponen un préstamo de Cogotas I. También caracterizan estos horizontes los *pithoi* de tendencia toneliforme que se irán haciendo más globulares a medida que avanza la fase, y los soportes de carrete, todavía sin baquetón (Pellicer, 1989: 173-179).

En líneas generales, la primera fase de este Bronce Reciente (B.R. I), según Pellicer, se caracteriza por la continuidad con el período anterior, tanto en la cultura material como en el poblamiento; y se define de forma precaria a través de la presencia de algunas especies de tipo Cogotas I, cerámicas lisas de tradición del Bronce Medio, casas circulares y sin enterramientos conocidos. La Fase II, por su parte, se caracteriza por una eclosión poblacional, el mantenimiento de las casas circulares, la cerámica de tipo meseteño (boquique y excisa) y la aparición de la cerámica con decoración bruñida y pintada. En este momento queda formada completamente la cultura tartésica en su carácter precolonial.

En nuestra opinión, y como ya hemos mencionado, la coexistencia que parece producirse en el B.R. II, es en realidad una paulatina sustitución.

No es este el momento ni nosotros los más indicados para apuntar la necesidad de una profundización de los estudios de sistematización de estas fases de la Edad del Bronce en Andalucía Occidental, sin embargo, consideramos que, como en el Sureste, el papel de la cerámica de boquique no debe ser sobreestimado en esta tarea. Creemos que su inclusión dentro de las características de una determinada fase del Bronce Reciente ha de entenderse como una característica más, sin que su aparición suponga la adscripción inmediata a ningún momento concreto.

## 5. Conclusiones.

Nos encontramos ante un espacio geográfico en el que las evidencias de Cogotas I, a pesar de ser numéricamente importantes, son aún poco conocidas. La proliferación de este tipo de manifestaciones, que ha llevado a algunos investigadores a plantearse la independencia de este foco respecto al de la Meseta, nos conduce a nosotros a otorgar un *status* privilegiado a la zona en lo que se refiere a los contactos con Cogotas I. Sin embargo, y antes de que esta afirmación provoque un efecto irreal y no deseado, queremos advertir que este carácter no se diferencia excesivamente del observado en el resto de las regiones de “expansión”, sólo que, en ciertos aspectos, presenta características menos contrapuestas a las de la zona nuclear.

Entre estas semejanzas podemos destacar la similitud de los motivos y técnicas decorativas de las cerámicas que definen la intrusión, así como de las formas sobre las que aquellas se instalan. Pero más que esto nos sorprende, ya que en otros espacios tan alejados no se observa ningún atisbo en este sentido, la existencia de unas condiciones en el poblamiento en las cuales se dan unos pocos aspectos similares a

los de la zona nuclear de Cogotas I. Nos referimos a la circunstancia del hallazgo de cerámicas de tipo Cogotas I dentro de subestructuras de tipo hoyo en Carmona y a la documentación de un mayor número de poblados afectados que se sitúan en zonas llanas y desprotegidas. Las proporciones no alcanzan los índices meseteños, sin embargo, la mayor presencia de este tipo de manifestaciones en Andalucía Occidental en comparación con la región del Sureste, de la Alta Andalucía o del País Valenciano, nos inclina a considerar que la intrusión de Cogotas I dentro de la primera se produce de una forma más cómoda, ya sea porque las condiciones geográficas del terreno lo permiten o porque exista una coincidencia en aspectos económicos y poblacionales que posibilita una mayor adecuación entre las comunidades culturales de ambos espacios.

No creemos que existan motivos claros y definidos que impliquen una mayor relación entre la Meseta y este espacio, pero sí que, con la misma intensidad, los resultados sean más fructíferos aquí, en función de una menor cohesión de los grupos durante el Bronce Pleno y, en consecuencia, de una menor resistencia ante las aportaciones foráneas.

A pesar de todo, e insistiendo en la cuestión, hemos de considerar a Cogotas I en Andalucía Occidental como una aportación cultural, eminentemente material, dentro de un marco que, como hemos visto, va evolucionando hacia la configuración de un horizonte tan consolidado que pasa por ser el primer reino de la península Ibérica.

En líneas generales, podemos hacer una serie de apreciaciones sobre la intrusión de elementos de tipo Cogotas I en Andalucía Occidental:

Presenta una implantación geográfica importante, con concentraciones significativas en la zona de Las Marismas y de la Bahía de Cádiz.

Los yacimientos afectados, entre los que se hallan establecimientos ya ocupados en la fase del Bronce Pleno y otros surgidos *ex novo*, se insertan dentro de

los sistemas de poblamiento locales, y la tipología de las estructuras de habitación y otras características constructivas los vinculan al Bronce Pleno de la región.

Se encuentra una mayor proporción de poblados asentados en el llano entre los afectados por la intrusión de tipo Cogotas I que en otras regiones alejadas de los centros nucleares. A la vez, se ha observado la presencia de estructuras de tipo hoyo excavadas en alguno de los enclaves, aspectos ambos que impregnan el fenómeno de Cogotas I en estas tierras de un aspecto más sólido y que pueden conllevar la implantación o adaptación de sistemas de vida parecidos a los de la Meseta.

A pesar de todo, se constata en Andalucía Occidental la existencia de un poblamiento permanente y estable más consolidado que en la Meseta.

Existe un importante acercamiento estilístico y formal de las cerámicas de tipo Cogotas I de la mayoría de los yacimientos conocidos.

Su cronología fundamentalmente se centra en la fase de plenitud del grupo de Cogotas I, con algunos ejemplos claros de presencia temprana en Setefilla.

Las cerámicas de tipo Cogotas I aparecen normalmente en contextos de escasa definición material y, de forma general, no comparecen con las especies pintadas o con decoración bruñida, fechadas a partir del siglo IX a.C. y cuyo apogeo acontece en los siglos VIII y VII a.C.

A pesar de todo la “intrusión” de Cogotas I en este sector de Andalucía no supone en líneas generales la traslación de los esquemas culturales de la Meseta. Se trata de una “aculturación” eminentemente material, reflejada sobre todo en la tradición de algunas especies cerámicas decoradas que tienen un éxito desigual en los distintos yacimientos, permaneciendo incluso ausentes en determinados poblados. No hay sustitución de la producción, puesto que perviven formas e, incluso, decoraciones de la tradición del Bronce Pleno. Las cerámicas de tipo Cogotas I encuentran aceptación en este

ambiente debido a su novedad y su pintoresquismo, como ocurre en el resto de las regiones en las que aparece; su éxito radica en que se trata de un tipo de vajilla “de lujo” o “de mesa”, susceptible de convertirse en un objeto diferenciador y de cierta categoría, sino de prestigio, que parece ausente de los repertorios locales del Bronce Pleno. Por esta misma razón, su desaparición irá pareja a la implantación o desarrollo de otros tipos paralelizables, tanto en vistosidad como en su capacidad para representar un papel de “distinción”, como es el caso de las cerámicas pintadas y las de decoración bruñida.

Como en otras regiones la influencia es mayor en unas estaciones que en otras. En Andalucía Occidental hay muchos enclaves en los que por el momento no se pueden hacer apreciación de grado en este sentido, sin embargo, podemos encontrar diferencias notables entre poblados como Carmona o Campín, donde el papel de la alfarería meseteña parece ser de especial relevancia en algunos momentos, y lugares como los malagueños del valle del Turón, donde sólo alcanzan reducidas muestras de unos influjos desdibujados y claramente derivados. Un caso particular merece, por último, ser mencionado como ejemplo de una situación que pudo afectar a otros yacimiento. El la Marquina B se encontró una cabaña en la que sólo había un vaso carenado y con decoración de zig-zag y guirnalda de la más pura tradición cogoteña. Sin embargo, el resto de la producción, que era toda lisa, presentaba unas características que no extrañarían tampoco en los repertorios no ornados del grupo meseteño. Además, el yacimiento formaba parte de un grupo de estaciones de uso diferenciado donde se encontraban otros tipos cerámicos propios del contexto local. Estos datos podrían estar indicando que las gentes que vivían en aquel hogar estaban particularmente afectadas por la influencia meseteña, quizás porque algún miembro de la misma era protagonista de los mecanismos de movilidad social que la provocaron.

## ■ PORTUGAL

Para el estudio de las manifestaciones de Cogotas I en Portugal adoptaremos un esquema de análisis algo distinto. En primer lugar realizamos una visión genérica del grado de conocimiento y de la historia de la investigación sobre este particular en todo el territorio luso. Posteriormente abordaremos el fenómeno de forma global, para centrarnos por último en la región septentrional del país, aquella que goza de un mayor volumen de información y donde se puede apreciar una agrupación de evidencias que pudiera ser significativa.

### Estado de la Investigación.

El estudio de la Edad del Bronce en las distintas regiones de Portugal se ha visto, como no puede ser de otra manera, unido a los avances e impulsos que sobre este período de la prehistoria se realizaban en España. La identificación de horizontes comunes en el sur y centro del territorio, así como la integración absoluta del mismo en los circuitos de metalurgia atlántica, han obligado a los investigadores de toda la Península a intentar unificar los criterios de análisis y a abordar los problemas desde una misma perspectiva. En los últimos años el conocimiento de la Edad del Bronce en el país luso se ha visto gratamente impulsado desde iniciativas individuales y conjuntas con la excavación de poblados y la publicación de visiones generales sobre la fase, como demuestran los estudios de A. Coelho Ferreira da Silva o M. Varela Gomes. Recientemente, y como colofón a esta corriente interesada en la Edad del Bronce, se ha publicado el libro *A Idade do Bronce em Portugal. Discursos de Poder*, producto de una interesante exposición monográfica en la que se daban a conocer los últimos hallazgos arqueológicos.

La vinculación de los estudios sobre Prehistoria de los dos estados ibéricos, a lo que hay que añadir en este caso la vecindad geográfica del

sector septentrional de Portugal y la Meseta central, obliga, también en el caso de Cogotas I, a plantear la posibilidad de que el grupo, que ocupa con cierta intensidad las provincias de Zamora y Salamanca, y se expande más tímidamente por la región extremeña, ejerza también su influencia sobre las tierras del norte y del centro del país vecino. Sin embargo, hasta finales del los años 70, momento en el que se excava la necrópolis de Tapado da Caldeira (Baiões, Douro Litoral), y de la aparición en una de sus fosas de un vaso con decoración incisa y de boquique similar a otras piezas halladas en Salamanca o Madrid, no se reconoce la existencia de intrusiones de tipo Cogotas I en estas tierras (Jorge, 1980a). A partir de este momento va aumentando la lista de poblados afectados; y lo hace de manera lenta en un principio, para dispararse, en cierto modo, en los últimos años<sup>134</sup>. Las nuevas noticias se refieren, casi siempre, a la zona septentrional del país, y generalmente se dan a conocer a través de escuetas menciones y sin que se acompañen de la publicación de los materiales responsables. En nuestro inventario incluimos 17 estaciones que se reparten por todo el territorio portugués. Sin embargo sólo en tres casos (los inventariados en primer lugar) disponemos de un nivel de información aceptable. En el resto, salvo un extraño vaso de Buraco da Moura de São Romão, los materiales que protagonizan la intrusión no han sido publicados; y en ocasiones desconocemos, incluso, el contexto general del yacimiento. Sólo algunas expresivas descripciones de los fragmentos de Castelo Velho, São Romão o Anciães nos ayudan a definir las características de los ejemplares de tipo meseteño, mientras que la mayoría de las veces se hace referencia a ellos de manera escueta dentro de visiones generales de la fase del Bronce Final.

### Visión general

No creemos conveniente, ni tampoco sería efectivo, el análisis conjunto de la presencia de Cogotas I en todo el territorio portugués. Su configuración geográfica -una franja alargada en disposición Norte-Sur- obliga a considerar la existencia de fenómenos arqueológicos y culturales diferenciados en las distintas regiones. Sin embargo, en el caso de la intrusión meseteña, al ser tan escasa la información de la que disponemos para la inmensa mayoría del país, hemos preferido apuntar primero una serie de características generales y de comentarios de carácter genérico sobre el número de hallazgos y la importancia de los mismos dentro de los contextos locales, así como un acercamiento cronológico global, para, posteriormente, detenernos en la zona Norte y, sobre todo, en el Bajo Duero.

De los 17 poblados contemplados (que suponen el 9,3% de los yacimientos de expansión peninsulares) (Fig. 91), sólo tres se encuentran en la mitad meridional, mientras que los 14 restantes se localizan al norte del río Tajo, y 11 de estos últimos en el tercio más septentrional del país (Fig. 89). Esta distribución geográfica no hace sino emular, a menor escala, la que manifiesta Cogotas I dentro del territorio español, puesto que al igual que aquí observamos cómo los hallazgos se concentran en el sector del Duero y se hacen más dispersos a medida que nos alejamos del mismo.

La vinculación a los cursos fluviales en Portugal (Fig. 89), alterando un poco la norma general, sólo es relativamente admisible en el Duero, en cuya red hidrográfica se encuentra el 41,2% de las manifestaciones de este tipo. En líneas generales, los puntos señalados por la posible presencia de especies de tradición meseteña de Cogotas I son poblados en altura (13 de los 17 -el 76,5%-), dotados de unas

<sup>134</sup> En este sentido podemos decir, por ejemplo, que hasta 1985 sólo se conocía el vaso de Tapado da Caldeira y la referencia de La Cerradilha (Coffyn, 1985: c.31), documentándose el resto de las evidencias en la década siguiente.

inmejorables posibilidades naturales para la defensa y el control del territorio; aunque a veces se emplazan en lugares destacados, pero menos inexpugnables, como es el caso de Bouça do Frade. En menor proporción se encuentran cerámicas de este tipo dentro de poblados abiertos y sobre terrenos llanos -Tapado da Caldeira, Cerradinha y Pontes de Marchil-, así como un caso de hábitat en cueva en Lorga Dine. Todas estas situaciones se dan también en la zona nuclear de Cogotas I, pero la proporción entre emplazamientos defensivos y en llano suele ser la contraria.

No es del todo infrecuente que algunos de estos poblados, dadas las buenas condiciones que ofrecen, presente una ocupación continuada desde tiempos calcolíticos, como ocurre en Escoural, Castelo de Anciães o Castelo Velho; o que, por lo menos, presenten fases anteriores, como Povoado da Sola.

La mayoría de las estaciones por nosotros inventariadas son lugares de habitación -poblados-, sin embargo también se ha interpretado alguna de ellas como necrópolis -Tapado da Caldeira- y como lugar de culto -Escoural-. El sistema de poblamiento en el que se ven envueltas estas manifestaciones se inserta de forma armónica dentro de los modelos locales, sin que en ningún caso se pueda hablar de alteración sustancial en las relaciones entre las distintas comunidades, sujetas a una evolución particular en cada región.

En cuanto a las características internas de los poblados nos encontramos con diversas manifestaciones, unas más cercanas a las costumbres meseteñas de Cogotas I, como los hoyos excavados en el suelo de Bouça do Frade o las estructuras de barro y ramaje de Cerradinha, y otras más relacionadas con las tradiciones locales, como las cabañas de piedra y postes exhumadas en el Cabeço do Castro de S. Romão.

Por lo que se refiere a las cerámicas responsables de que se hable de influencia de tipo Cogotas I, son muy escasas las referencias gráficas de las que disponemos. Fuera de los materiales del Bajo Duero

sólo podemos describir algunas decoraciones incisas de S. Romão y Ntra Sra da Guía. Estos últimos ejemplos podrían denotar cierto aire arcaico asimilable a la primera fase del desarrollo de Cogotas I en la Meseta, puesto que ofrecen motivos de zig-zag irregular de trazo continuo y triángulos simples o rellenos de paralelas, en ocasiones esgrafiados. Sin embargo, otras descripciones sobre vasos con boquique y áreas excisas, así como los vasos de poblados como Bouça do Frade o Tapado da Caldeira nos conducen a un momento más desarrollado del grupo de Cogotas. Por lo tanto, las indicaciones tipológicas de los fragmentos analizados apuntan tanto a la primera como a la segunda fase del grupo -siglos XV-XI a.C-. Sin embargo, la mayoría de los contextos culturales en los que se incluyen, así como las fechas radiocarbónicas obtenidas en los mismos, tienden a intervalos cronológicos algo más avanzados, entre el siglo XI y VII a.C.; por lo que, en líneas generales, podríamos hablar de una cronología tardía para la intrusión.

Poco más se puede decir, de forma general, de la intrusión de Cogotas I en Portugal, por lo que en seguida nos centraremos en la zona Norte, de la cual se tiene un mayor volumen de datos. A pesar de ello podemos establecer una serie de conclusiones válidas para todo el territorio luso:

– El predominio del poblamiento de tipo defensivo entre los enclaves afectados y mantenimiento de los modelos de poblamiento local en cuanto a las relaciones entre los distintos centros.

– La presencia de algunas estructuras en los hábitat similares a las de Cogotas I y de otras construcciones de tipo local.

– Cerámicas de tipo Cogotas I de distinta catalogación, desde piezas muy similares a las del grupo nuclear a meras inspiraciones decorativas.

– Cronología confusa, pero delimitada en el Bronce Final por la mayoría de las fechas radiocarbónicas y por los contextos estratigráficos y culturales.



– Influencia diferenciada en los contextos locales, más intensa en el norte que en los poblados del sur; aunque, en cualquier caso, el grado de asimilación cultural con Cogotas I no puede considerarse demasiado importante, puesto que comparte protagonismo con otras influencias y con la tradición local.

## ■ COGOTAS I EN EL NORTE DE PORTUGAL

### 1. El Medio Geográfico.

El sector aquí estudiado incluye las regiones de Douro Litoral, Minho y Trás-os-Montes/Alto Douro, donde se reúnen los 10 primeros yacimientos inventariados para Portugal. Orográficamente se trata de la zona más montañosa de Portugal, afectada en su sector más interior por los Montes Galaicos, formados por distintas sierras en disposición diagonal que separan los valles pertenecientes a los afluentes del Duero y de otros ríos que, entre aquel y el Miño, desaguan directamente en el Atlántico. En torno a esta red fluvial, aunque no de forma muy concentrada, se disponen todos los hallazgos de especies cerámicas de tipo Cogotas I, con especial interés en la confluencia del Tâmega y Duero, donde a pocos metros encontramos las estaciones de Bouça do Frade y Tapado da Caldeira. El mismo río Duero parece actuar aquí como canalizador de las influencias de Cogotas I, puesto que pone en contacto el Norte portugués y la Meseta castellana.

### 2. Precedentes Culturales.

Partiendo de la presencia de un horizonte campaniforme (complejo Marítimo) desde finales del III<sup>er</sup> milenio, S.O.Jorge (1988b) define la evolución de la prehistoria reciente del Norte de Portugal. En la primera mitad del II<sup>o</sup> milenio a.C. se producen una serie de cambios que conllevan la

proliferación de los contextos tumulares, depósitos, hallazgos dispersos de características muy diferentes y la presencia de elementos de cerámica campaniforme Ciempozuelos.<sup>135</sup> Sin embargo, el período que transcurre entre el siglo XVII y XIV a.C. -Bronce Medio- sufre una particular carencia de datos. Apenas se encuentra identificada esta fase por algunos artefactos metálicos poco evolucionados que pudieran verse afectados por un retroceso de los contactos con la fachada atlántica -lo que implica cierto aislamiento del Norte de Portugal en esta época-, y caracterizado por la ausencia de datos claros sobre poblados y necrópolis. A pesar de ello, la autora señala algunas novedades que tienen lugar en estos momentos, como la aparición de artefactos en bronce y el progresivo desenvolvimiento social - como refleja el probable control de los circuitos de explotación y distribución del cobre y del estaño que presupone una estructura de relaciones supra-regionales apreciablemente más compleja que la de los inicios del II<sup>o</sup> milenio a.C.-. Se produce una alteración cualitativa en los túmulos, como si *los símbolos de poder se hubieran transferido de los túmulos a los depósitos metálicos* (*Ibidem*: 94), por lo que parecen apuntarse ya las características que definirán el Bronce Final.

El período denominado Bronce Medio correspondería, por lo tanto, a un momento de lento cambio, y no de estancamiento, integrando algunos arcaísmos artefactuales, pero insertos en una realidad social que prefigura ya el Bronce Final.

### 3. La “intrusión” meseteña de Cogotas I.

#### *a. Implantación geográfica.*

El Norte de Portugal se encuentra situado al oeste de la Meseta central castellana, a la cual se vincula a través del río Duero, por lo que se puede establecer entre ambos ámbitos una relación de

135 Un estilo vinculado también a la Meseta interior y que puede suponer el mejor precedente de los contactos que mantendrá después el grupo de Cogotas I.

vecindad. Sin embargo, los lugares donde se recuperan las cerámicas de tipo Cogotas I se encuentran ya a una considerable distancia de los conjuntos de poblados de este grupo en el interior de la Meseta, rondando los 100 km. para los poblados de Trás-os-Montes y mucho más para los de Douro Litoral y Minho.

El índice de yacimientos por km<sup>2</sup> asciende a 0,0009,<sup>136</sup> una cifra superior a las de varias provincias andaluzas y parecida a la obtenida en Badajoz. Por lo que se refiere a su valor numérico en relación a otros poblados contemporáneos es muy difícil aportar datos cuantitativos, sin embargo, se conoce un buen número de estaciones asignadas al Bronce Final en las que las cerámicas de tipo Cogotas I no están presentes (Bettencourt, 1995: 112) y que confirman el carácter no generalizado de las mismas.

#### *b. Características del poblamiento en los yacimientos afectados.*

Los yacimientos involucrados en el proceso de dispersión de cerámicas de tipo Cogotas I entran, por regla general, dentro de la consideración de poblados o lugares de habitación; así parecen probarlo los hallazgos realizados, que apuntan a actividades domésticas y hacia el reconocimiento de estructuras relacionadas con la vivienda o los lugares de trabajo. En el caso de Tapado da Caldeira, como podemos recordar, el descubrimiento de unas fosas de forma paralelogramo en las que, a pesar de estar completamente ausentes los restos humanos, se recuperaron vasos cerámicos completos -uno por cada subestructura-, llevo a su excavadora a considerar el lugar como una zona de enterramiento (Jorge, 1980a). Por nuestra parte, y ante la existencia de ciertos rasgos en las fosas -vasos reparados y distintas fechas de C-14 en un mismo relleno-, y participando de la opinión de otros investigadores, ya hemos manifestado

nuestras dudas a que esta sea la adscripción correcta. Mas bien consideramos que las citadas hoyas han de ser incluidas dentro del espacio habitacional que las cubre, como ocurre en Bouça do Frade y en multitud de ejemplos de la Meseta interior.

En alguno de los diez casos que contemplamos en este estudio parcial, los poblados presentan ocupaciones previas -Castelo Velho, Lorga Dine, Povoado da Sola y Castelo de Anciães-, aunque no siempre podemos comprobar si la vida en los mismos se mantiene de forma continuada. El tipo de emplazamiento predominante es en esta zona es también el de características defensivas, en lo alto de cerros destacados del terreno (8 de los 10 yacimientos tratados). La ocupación en el llano y en cavidades rupestres sólo se ve representada por un ejemplo en cada caso. Los poblados, en concreto los del primer tipo, se encuentran asentados en medio de importantes vías de comunicación, controlando los pasos y las mejores zonas de explotación agraria, lo que hace de ellos plazas ineludibles en el trasiego comercial de los productos de la metalurgia atlántica y puede llegar a convertirlos en grandes centros de redistribución.

Estos poblados se integran dentro de un modelo general, es decir, en ningún caso pueden considerarse aislados del resto del territorio, sino que participan de los mismos sistemas de poblamiento. En este sentido se pudiera interpretar que existen situaciones de cierta jerarquización, con establecimientos situados en lugares destacados de los que dependen otros de menores dimensiones y asentados en el llano. Este tipo de relaciones pudo provocar también la transmisión de la influencia meseteña de los enclaves principales a los secundarios, como quizás sucediera entre Bouça do Frade y Tapado da Caldeira, situados a escasos doscientos metros de distancia uno de otro.

---

136 Este índice se obtiene a partir de una superficie aproximada de 10000 km<sup>2</sup> que se extiende a lo largo del Duero y alcanza los yacimientos de la región de Minho, sin embargo deja fuera la cueva de Lorga Dine, mucho más alejada y que provocaría una considerable disminución del resultado.

Conocemos muy poco de las características internas de estos poblados. Algunos de ellos, como Castelo Velho y Povoado da Sola, presentan murallas que datan del Calcolítico, y que durante el Bronce se readaptan y reutilizan, pero sin que tengan entonces funcionalidad defensiva. De los datos disponibles en los yacimientos de Baião se desprende la existencia de estructuras endebles, poco consistentes, realizadas con materiales perecederos. En Bouça do Frade encontramos algunas fosas excavadas en el suelo rellenas de materiales de desecho y huellas de poste, que en una ocasión parecen responder a una cabaña. También han aparecido un lajeado discontinuo - posible resto de un suelo-, un muro arruinado constituido por una sola fila de piedras alineadas, y fosas de escasa profundidad utilizadas como hogares; aunque estos últimos restos no se asocian directamente con los sectores en los que aparecen las cerámicas de tipo Cogotas I. En Tapado da Caldeira están ausentes los hoyos de poste y las fosas presentan formas más alargadas, aunque ya hemos mencionado que pueden tener el mismo sentido que las anteriores. También aquí se recuperó un suelo, esta vez de tierra batida, y un hogar de cantos de granito. En el poblado de Sola, por último, se repiten las fosas excavadas en el suelo en la fase perteneciente al Bronce Final, donde además encontramos una cabaña realizada con piedras.

Este tipo de hábitats, con hoyos excavados en el suelo, algunos de escasa profundidad que sirvieron como hogares, y huellas de postes para cabañas de madera, recuerdan bastante a los hábitats más habituales de Cogotas I en su zona nuclear, por lo que podemos decir que en el Norte de Portugal, y en el caso que nos ocupa, se reflejan ciertos rasgos habitacionales similares a los del grupo meseteño. Estas similitudes son interpretadas por Jorge (1988a) como una muestra de que la influencia desde la cuenca del Duero no se restringe al estilo cerámico, sino que se amplía al tipo de asenta-

miento. Ciertamente que estructuras similares existen en Portugal durante las fases previas, pero la citada autora considera que no son tan habituales como en la Submeseta Norte y que su proliferación en el Bajo Duero coincide con la llegada de las decoraciones de tipo Cogotas, por lo que ambos fenómenos se pueden vincular. Esta relación, a la que nosotros venimos otorgando cierto valor en otras regiones, llega a difundirse incluso con más éxito que las propias cerámicas; sin embargo, aunque reconocemos que Cogotas I pudo estar en el fondo de la revitalización de este tipo de estructuras, éstas adquieren un valor independiente -puesto que responden a un criterio de funcionalidad práctica-, y no pueden ser consideradas, por sí solas, como indicadores de lo que venimos estudiando como “expansión” de Cogotas I.

En cualquier caso, existen varios poblados en los que desconocemos sus características habitacionales, aunque se repiten los casos con ocupaciones múltiples que se inician en el Calcolítico. En definitiva, creemos que el poblamiento y el tipo de poblado del Norte de Portugal siguen pautas tradicionales, heredadas de las fases previas, aunque, en determinados casos, aceptan rasgos novedosos similares a los que caracterizan a Cogotas I.

### *c. Características de la “intrusión” material: la cerámica.*

En ninguno de los ejemplos parece que el volumen de las piezas decoradas al estilo de Cogotas I sea muy importante. En varios poblados, como Castelo Velho, Lorga Dine, y los de Adeganha, Urros y Anciães, desconocemos el número y la importancia proporcional de las mismas, y entre el resto destacan Bouça do Frade con seis fragmentos (dos de ellos bastante dudosos) y Monte do Padrão con cinco, mientras que en Monte Ínsua, Povoado da Sola y Tapado da Caldeira sólo se menciona la aparición de un ejemplar de estas características.

En cualquier caso, cifras todas ellas lo suficientemente escuetas como para hablar de una escasa importancia cuantitativa del fenómeno en cada uno de los poblados.

Las formas sobre las que se desarrollan las decoraciones de tipo Cogotas no quedan siempre bien definidas por lo reducido de algunos fragmentos. Cuando se han podido identificar, hemos encontrado perfiles suaves, en “S” y curvos, sin aristas agudas; algunos de los cuales pueden encontrar considerable parecido con las cazuelas carenadas de Cogotas I (vaso de Tapado de Caldeira) (Fig. 90.1), y otros se asemejan a las escudillas de fondo plano frecuentes también en los poblados meseteños (Bouça do Frade) (Fig. 90.1 y 2). La técnica decorativa que aparece en mayor número de yacimientos es la incisión, presente en seis de los nueve enclaves, mientras que la excisión se menciona en cuatro de los poblados y el boquique sólo en tres (ver cuadro previo). Sin embargo, entre los materiales publicados, los más abundantes son los de boquique -cuatro de los cinco fragmentos de Santo Tirso, el único vaso de Tapado da Caldeira y los dos fragmentos más claros de Bouça do Frade-.

Entre los motivos decorativos (ver Fig. 90) destacan las guirnaldas y las líneas horizontales de boquique, técnica con la que también se diseñan líneas subverticales y otras paralelas rellenando amplios triángulos. Mediante incisión se realizan líneas cosidas, zig-zags a base de trazos sueltos, espigas y trazos oblicuos enmarcados por paralelas. Los motivos excisos publicados son de escasa complicación y muy cercanos a los realizados mediante pseudoexcisión; en Tapado da Caldeira se plasman en una banda de losanjes bajo el borde, y en Bouça do Frade en bandas rectangulares, una de las cuales se adosa a una serie de dientes de lobo. Estos temas ocupan en el vaso zonas bien delimitadas en la parte interna del borde o sobre el labio, y al exterior sobre la parte superior y media del cuerpo,

tendiendo en ocasiones a rellenar toda la superficie y consiguiendo incluso composiciones radiales como la del vaso de Tapado da Caldeira. En los poblados de Baião vemos como conviven motivos excisos y de boquique, alternando las zonas lisas en disposición horizontal o vertical entre las guirnaldas, los triángulos o las fajas decorativas, de manera que se crea un juego de contrastes similar al buscado siempre en la estilística de Cogotas I.

Estas similitudes entre los ejemplos portugueses y meseteños son bastante menos evidentes en algunos tipos; como el vaso decorado a peine del Sector IIB de Bouça do Frade (Jorge, 1988a: fig. 43.3), donde la filiación con el estilo de Cogotas no puede verse más que como una lejana inspiración que proporciona un producto completamente ajeno a la tradición del grupo. También somos capaces de discernir ciertas peculiaridades estilísticas dentro de los ejemplares descritos en primer lugar, como puede ser la disposición curvada de los triángulos de Caldeira.

Por lo demás, coincide en los tres casos mejor conocidos -Tapado da Caldeira, Bouça do Frade y Monte do Padrão- la consideración, por parte de los distintos investigadores, de estas cerámicas como barros locales; una apreciación que hemos de tener en cuenta a pesar de estar únicamente basada en la observación directa de las piezas y no en análisis de los componentes minerales de sus arcillas.

#### *d. Cronología de la “intrusión”.*

En el Norte de Portugal, por el momento, ningún investigador de los que han intentado sistematizar la Edad del Bronce ha caído en la tentación de echar mano del afamado o difamado Bronce Tardío a la hora de dar un marco cronológico y cultural a las cerámicas de estilo Cogotas I. La tendencia más reciente (Martins y Jorge, S.O., 1992; Silva, A.C.F., 1993: 244) es la de diferenciar dentro del Bronce Final dos momentos, Fase I y Fase II -que en cierto modo coincidirían con el Bronce Tardío y

Bronce Final de otras regiones-. la primera entre 1200 y 1000 a.C., y la segunda entre 1000/900 y 700 a.C. En los trabajos de síntesis citados se da a entender que las cerámicas decoradas de tipo Cogotas I comparecen únicamente en la más antigua, a pesar de que la cronología del grupo original alcanza en la Meseta el siglo IX a.C. Sin embargo, ni a la luz de las indicaciones tipológicas ni a la de las fechas ofrecidas por el radiocarbono podemos asegurar que la presencia de Cogotas I en la región del Norte de Portugal se produzca únicamente en una primera fase del Bronce Final restringida a los siglos anteriores al cambio del II<sup>o</sup> al I<sup>er</sup> milenio a.C.

En este espacio geográfico, las estratigrafías no son especialmente interesantes a la hora de ubicar cronológicamente la intrusión meseteña, por lo menos las dadas a conocer hasta el momento. En Bouça do Frade, no parece detectarse superposición del poblamiento, sino un traslado hacia la cima en su segunda fase, en la que las influencias de tipo Cogotas I quedan más desdibujadas. En Tapado da Caldeira, la fosa donde se localizó el vaso con boquique sólo se beneficia de su relación de anterioridad respecto al poblado superior, datado en el Bronce Final según sus cerámicas y el C-14. En Santo Tirso, la Camada 2 se puede considerar la primera ocupación humana del poblado, cubierta por distintas capas de echadizos artificiales sobre los que se asentará el poblado de la Edad del Hierro. En el fondo, el verdadero valor de las secuencias estratigráficas está en que posibilitan la contextualización de algunos ejemplares de tipo Cogotas junto a otras especies locales y la utilización de las fechas radiocarbónicas que proporcionan como pilares de referencia.

Estas últimas resultan especialmente controvertidas y diversas en el caso que nos ocupa. Relacionadas, de forma directa o indirecta, con la intrusión de Cogotas I se conocen tres fechas radiocarbónicas en Bouça do Frade, otras tres en

Tapado da Caldeira y una más en Castelo Velho. En el primero de los poblados, las muestras que proceden del Sector IIA ofrecen unos resultados de 770 ±50 a.C. en dos ocasiones y de 760 ±50 en la tercera. Las dos primeras fechan el inicio de la ocupación en este sector en un momento demasiado reciente como para pensar en la existencia de contactos con Cogotas I. Sin embargo, no podemos olvidar que en este área del poblado no aparecen cerámicas de tipo meseteño, y que las aparecidas en el Sector IIB, situado también en la cima del cerro, presentan un aspecto muy derivado, como si se tratase de perduraciones. Por este motivo creemos que las fechas de Bouça do Frade han de considerarse en realidad como referencias *ante quem* para la verdadera intrusión, que tendría lugar en la parte baja del poblado en un momento previo. En Tapado da Caldeira tampoco se produce una relación directa entre las fechas ofrecidas por el laboratorio. Dos de ellas, 1340 ±55 y 1260 ±55 a.C., pertenecen a la Sepultura I, mientras que el vaso de tipo Cogotas se encuentra en la III, y la tercera, 1040 ±50 a.C., se recoge en el hogar situado en el estrato que cubre las fosas, por lo que serviría, en este caso también, como fecha *ante quem* para la deposición del recipiente aludido. Por último, contamos en esta zona con la información radiocarbónica de Castelo Velho, donde se menciona la asociación de especies de tipo Cogeces a una sorprendente fecha de 1620 ±100 a.C.

Por lo tanto, tenemos entre las fechas apuntadas contrastes muy elevados, puesto que oscilan entre el siglo XVII y el VIII a.C.; un intervalo que sobrepasa, por ambos lados, los límites cronológicos admitidos para Cogotas I. Las más recientes, como hemos explicado, sólo se pueden entender como referidas a momentos posteriores a la desaparición de las influencias en el yacimiento, por lo que, en principio, podemos olvidarlas como valores absolutos para nuestro propósito. En el caso de Caldeira las dataciones son más fáciles de aceptar, siempre

teniendo en cuenta que tampoco se pueden aplicar directamente al vaso decorado con boquique. En lo que concierne, en último lugar, a la fecha de Castelo Velho, creemos que el elevadísimo resultado -sin parangón en la zona nuclear- y la alta desviación estadística de la muestra recomiendan ser muy cautos a la hora de su utilización.

El argumento tipológico, en el caso del Norte de Portugal, sólo puede ser utilizado con ciertas garantías en aquellos poblados en los que se han publicado los materiales. A parte de éstos, contamos con algunas menciones escuetas que consideramos, al menos, orientativas. Según este criterio, se han vinculado algunas cerámicas incisas de Castelo Velho al horizonte Cogeces, o lo que es lo mismo, a la fase Protocogotas (Jorge, 1995: 39); una adscripción que, a juzgar por las descripciones hechas por la autora, parece correcta. En Bouça do Frade, por nuestra parte, consideramos que la tipología decorativa y formal de las piezas decoradas al estilo de Cogotas I del Sector I corresponden a un momento de plenitud en el que aún no se han complicado los esquemas ni se han barroquizado los motivos decorativos, es decir, a un momento que como término medio se podría fechar en torno al cambio de milenio. Algunas cerámicas decoradas únicamente con incisión, pertenecientes al Sector I-A, podrían hacernos sospechar incluso una fecha más antigua, correspondiente a la de formación del grupo en la Meseta, sin embargo, teniendo en cuenta que este tipo de decoraciones se sigue utilizando durante todo el desarrollo del mismo, no creemos conveniente optar de forma definitiva por esta hipótesis. El Sector IIB, en la cima del morro o cerro sobre el que se asienta el poblado, ofrece por el contrario, cerámicas con formas totalmente alejadas de Cogotas I y con decoraciones impresas o incisas con un marcado carácter local que, sin embargo, pueden estar relacionadas con una evolución particular de los motivos mesetefños llegados con anterioridad. Por esta razón,

parece lógico deducir una mayor modernidad para la ocupación de esta zona, que podría ser contemporánea de la tercera fase de Cogotas I, o incluso posterior. De la misma manera, observamos en el vaso de Tapado da Caldeira unas características formales y decorativas que se pueden incluir, sin problemas, en la fase plena de Cogotas I, dentro de al menos los dos últimos siglos del IIº milenio. Por su parte, en Monte do Padrão, el criterio cronotipológico de los ejemplares de tipo Cogotas I nos lleva a un momento inicial de la fase de plenitud, puesto que, por el momento, sólo contamos con cerámicas decoradas con boquique, sin que haga acto de presencia la técnica excisa.

Por lo tanto, la tipología de las piezas que protagonizan la intrusión parece ubicar esta en momentos distintos; aunque en líneas generales, casi todas las muestras podrían tener cabida en los momentos álgidos de Cogotas I, con la posibilidad de una temprana presencia en Castelo Velho y de una evolución “independiente” de los motivos en el Sector II de Bouça do Frade.

Los materiales que acompañan a estas especies en los distintos yacimientos también aportan ciertas indicaciones cronológicas; aunque por lo general, en los tres lugares mejor conocidos, se restringen a definir una adscripción genérica al Bronce Final local. Los vasos de ancho borde horizontal, asociados a las especies mesetefñas en Bouça do Frade y Povoado da Sola, nos llevan también de forma ambigua a la misma fase; en el primero de los yacimientos son fechados en el siglo VIII a.C., sin embargo podrían estar presentes también en momentos anteriores. Por lo que se refiere a la cerámica de tipo Baiões, datada a finales del Bronce Final, no podemos asegurar que comparezca en los mismos contextos que la cerámica decorada de tipo Cogotas I.

En definitiva, la aproximación cronológica a la intrusión de Cogotas I no parece muy clara.

Aunque unificando los criterios y limando las diferencias podríamos decir que en el Norte de Portugal se conoce una tímida penetración de influjos meseteños en la primera fase de Cogotas I, entre los siglos XV y XIII a.C., para conocer su máximo apogeo en las fases posteriores, sobre todo en los momentos más tardíos, entre el cambio de milenio y el siglo IX a.C.

Sin embargo, también parece posible que las influencias de Cogotas I aquí no tuvieran una mecánica cronológica ininterrumpida, con un principio y final delimitados, sino que por el contrario, y como ocurre en otros casos, se produzcan contactos esporádicos en fechas diferentes y sin conexión entre los mismos.

A pesar de todo, es posible que sea Portugal, si no contamos la Submeseta Inferior, uno de los pocos territorios en los que los contactos de Cogotas I alcanzan fechas tan tardías, posiblemente porque las condiciones culturales que influyen en el desplazamiento de los influjos de Cogotas I en el resto de las regiones tardan más en llegar a las tierras del NO.; o porque no se produce en los últimos momentos del Bronce Final el desarrollo de un horizonte parangonable al de otras regiones peninsulares que haga retroceder a la tradición meseteña.

#### *e. El Marco Cultural. El contexto cultural y la importancia de las tradiciones locales.*

De manera resumida y siguiendo una de las síntesis más recientes sobre el tema (Martins y Jorge, 1992: 353-361) podemos reconocer dos periodos en el desarrollo del Bronce Final del Norte de Portugal, concretamente en las provincias de Minho, Douro Litoral y Trás-os-Montes/Alto Douro. La primera de ellas entre 1250 y 1000 a.C. y la segunda entre 1000/900 y 700 a.C.

La primera fase conoce una incipiente, aunque creciente, producción y circulación de

artefactos de bronce, como las hachas de talón con una o dos anillas, hachas de rebordes y apéndices laterales y, al final, algún puñal de tipo Porto de Mós. También se caracteriza este período por la documentación de tipos áureos de estilo Villena-Estremoz. Los poblados no presentan especiales condiciones defensivas, lo que a juicio de las dos investigadoras citadas deja traslucir una significativa transformación de los sistemas de subsistencia. Las fosas detectadas en los hábitats de esta época, cuya funcionalidad se relaciona con el almacenamiento -particularmente de grano, a pesar de que pudieron contener otros productos- parecen indicar un proceso de especialización e intensificación económica agro-pastoril que permitiría mantener a toda una comunidad diseminada por varias estaciones pero tendente a la autosuficiencia. Esta sería la base de un sistema social jerarquizado que puede empezar a vislumbrarse en la red de poblamiento del río Ovil ya desde fines del IIº milenio a.C (Martins y Jorge, 1992: 353-361).

En cuanto a la producción alfarera, se caracteriza mayoritariamente a través de la cerámica lisa, aunque a veces se observan decoraciones plásticas, como mamelones o cordones, aplicados o no, en distintas partes del recipiente, así como incisiones o impresiones en los bordes. De carácter esporádico y excepcional tildan M. Martins y S.O. Jorge (1992: 354) la aparición de los vasos de largo borde horizontal (Bouça do Frade) y las decoraciones de tipo Cogotas I (boquique y excisión). Los primeros son interpretados como recipientes de lujo característicos del Noroeste peninsular, mientras que las segundas se ponen en relación con fenómenos de interacción entre las comunidades de ambas regiones provocadas posiblemente por la relación que mantienen en función de la metalurgia atlántica. Por su parte, Da Silva (1993: 260) observa para esta primera fase la coexistencia de un conjunto de cerámicas lisas de fabricación grosera y de



tradición autóctona, con otras producciones de acabados más depurados, posiblemente de inspiración meridional, y con algunos ejemplares que denuncian influjos continentales.

En el segundo período (Martins y Jorge, 1992: 356 y ss), entre el 1000/900 y el 700 a.C., asistimos a un aumento y diversidad de los útiles metálicos, hachas de talón y cubo, puntas de lanza de cubo, puñales afines a los de Porto de Mós, una posible espada de lengua de Carpa y también utensilios de uso cotidiano o de prestigio. Se continúan los hábitats y necrópolis utilizadas en el anterior, pero además asistimos a la aparición de los primeros hábitats encastillados protegidos por defensas naturales o artificiales (murallas o fosos), como S. Julião y Coto da Pena. En esta clase de poblados, además de la cerámica común local y regional, aparecen vasos bruñidos, lisos o decorados, de tipo “Baiões/Santa Luzia”

En definitiva, la intrusión meseteña se inserta en un contexto del Bronce Final del Norte de Portugal en el que se observan evidentes muestras de regionalización cultural y de desvinculación de los distintos conjuntos arqueológicos. Existen, cierto, determinados elementos cerámicos cuya presencia, aunque sólo sea de modo testimonial, puede darse en diferentes y alejados ámbitos, sin embargo, en la base del substrato material no se cuenta con una definición concreta de tipos formales o decorativos que caracterice la fase. Se carece de la homogeneidad y la definición en el repertorio artefactual que propicia la cohesión interna de un determinado grupo unido por lazos étnicos, económicos y sociales.

Esta diversidad se puede observar en los diferentes contextos entre los que se ha podido comprobar la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I; en Bouça do Frade los ejemplares decorados con boquique y excisión se insertan en un conjunto de vasos de perfil continuo, más o menos

sinuoso, subcilíndricos, subesféricos y subovoides, donde faltan casi por completo las carenas y predominan las cerámicas lisas y alguna decoración de tipo plástico. Todos estos ejemplos tienen paralelos en otros poblados del Bronce Final de la región, sin embargo, no constituyen por sí solos un repertorio de clara definición cultural. Se trata de recipientes de carácter funcional, relacionados con actividades básicas de cocina y almacenamiento, que no implican ninguna peculiaridad en la constitución de un grupo “identificado” a través de su repertorio material.

La cerámica que marca la diferencia entre grupos de economía simple, entre los que su alfarería doméstica no va a mostrar grandes cambios, es la que los arqueólogos llamamos con frecuencia “vajilla de lujo”, “de mesa” o “fina”, precisamente por presentar sus pastas una mayor depuración y sus superficies un mejor acabado, a veces rematado con la aplicación de ciertas técnicas decorativas que embellecen el vaso sin que en ello se pueda atisbar ninguna finalidad práctica. Es aquí donde se pueden manifestar las distintas tendencias artísticas de los diferentes grupos culturales y es en este aspecto donde se define la homogeneidad de los grupos arqueológicos. A este respecto observamos que en Bouça do Frade las cerámicas que merecen este apelativo son el producto de una influencia exterior, como ocurre con los vasos de “largo borde horizontal” o las cerámicas de “tipo Baiões”, y donde, sin duda, hemos de incluir también las de tipo Cogotas I.

En Tapado da Caldeira, a pesar de estar muy cerca del yacimiento anterior, no podemos asegurar que nos encontremos ante el mismo grupo cultural, quizás porque son dos enclaves ligeramente distanciados en el tiempo. En esta pretendida necrópolis de inhumación los hallazgos cerámicos de las fosas han de considerarse depósitos cerrados, por lo que no está claro la pertenencia de todos ellos a un

único momento y complejo cultural. Sin embargo, todas las piezas consideradas como ajuares funerarios parecen pertenecer al Bronce Final, sobre todo porque alguna de ellas se vincula con este momento en las regiones vecinas. Esto ocurre, por ejemplo, con el vaso troncocónico de carena alta de la Sepultura I, que evoca los tipos tardíos de la Edad del Bronce próximos a la cultura de Alpiarça (Jorge, 1980a: 37). Nuevamente observamos como se acude a un prototipo de regiones exteriores cuando hay que otorgar al recipiente cerámico una función no doméstica.

En Monte do Padrão el contexto está también muy poco definido. Se distinguen tres conjuntos (Martins, 1985) entre los que destacan las tazas carenadas como representantes de la vajillas de buena calidad, a pesar de no presentar decoración.

En definitiva, podemos decir que no existe una homogeneidad en los contextos en los que incide la intrusión de Cogotas I, aspecto que viene siendo habitual en todas las regiones en la que se documenta. Los grupos que habitan estas regiones no presentan elementos materiales definidores, lo que nos habla de comunidades arqueológicas poco cohesionadas; una circunstancia que facilitaría la llegada de las influencias de Cogotas I a la región. En el caso del Norte de Portugal esta idea se ve repetidamente abordada por S.O. Jorge (1980b: 44; 1988b: 95), quien piensa que existe una realidad social heterogénea, presidida por la coexistencia de comunidades polarizadas por diferentes intereses económicos, lo que crea un sistema abierto de interdependencias y cooperación interregional.

Con el inicio del Bronce Final se observa también en Portugal la fundación *ex novo* de poblados, no excesivamente amplios, que se instalan en puntos estratégicos de realce topográfico y altitud media, procurando el control de los valles fluviales y del potencial agrícola de los mismos, así como de las

explotaciones mineras. En algunos casos se detectan en esta fase sistemas defensivos (murallas, fosos y taludes) y algunas construcciones de piedra en el interior de los poblados (Da Silva, 1993: 251). Todas estas características apuntan hacia una población dispersa, aunque preocupada por el control de los lugares estratégicos, puede que en relación con el aumento de las interacciones regionales con los territorios vecinos y en función de una intensificación económica basada en la diversificación de los aprovechamientos primarios y en la revolución de los productos derivados.

El contexto cultural sólo parece encontrar argumentos arqueológicos suficientes para constituir un horizonte claramente diferenciado a medida que avanzamos hacia el sur y nos internamos en las Beiras, donde se distingue el llamado horizonte Baiões/Sta Luzia (Senna-Martinez, 1993). Este nuevo grupo se caracteriza por recipientes de superficie cuidada y pasta de calidad, a pesar de que también tienen representación las orzas y vasos toscos. Entre las formas más frecuentes destacan las cazuelas o cuencos de fondo ovalado con carena en el sector alto. Las decoraciones se realizan con técnicas de incisión, impresión de puntos y bruñido geométrico. Los motivos utilizados son bandas de paralelas de puntos, trazos incisos verticales y cintas de zig-zag. También se desarrollaron hileras de triángulos enlazados rellenos de rayas bruñidas. Este tipo cerámico parece desarrollarse en la región en la última fase del Bronce Final, y se fecha en un principio en torno al siglo VIII a.C. (Fernández Castro, 1988: 447; Jorge, S.O., 1988a). Recientemente, Senna-Martínez (1995b) ubica sus inicios entre *c.* 1400-1000 A.C. (fechas calibradas, lo que nos llevaría a un intervalo convencional entre 1200 y 800 a.C. aproximadamente), y su colapso generalizado a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C.

La asociación de cerámicas propias de este tipo y otras de estilo meseteño en São Romão (Beira Alta),

podría confirmar la coexistencia de ambas tradiciones; sin embargo, parece que podemos decir que las intrusiones de Cogotas I son más intensas en aquellos lugares no muy afectados por el horizonte de Baiões/Sta Luzia y que se van retirando a medida que se impone la nueva moda meridional.

#### 4. Conclusiones.

Difícil es plantear una serie de conclusiones válidas para la intrusión de Cogotas I en el Norte de Portugal, puesto que, como hemos visto, nos enfrentamos a una información parcial y hasta contradictoria a veces.

En primer lugar podríamos decir que, a pesar de ser estas tierras vecinas de la Meseta central, no podemos considerarlas dentro de una zona de contacto con el área nuclear, puesto que existe cierta desconexión entre los hallazgos más occidentales de ésta última y las primeras manifestaciones lusas; un distanciamiento físico que, sin embargo, pudiera reducirse en el futuro.

También se puede constatar que el ambiente cultural de la Edad del Bronce postcampaniforme de esta zona coincide con la Meseta en el predominio de las especies cerámicas lisas o decoradas sólo a base de elementos plásticos. Sin embargo, parece que se produce un retroceso de los mecanismos de difusión de la metalurgia atlántica hacia el interior peninsular, por lo que las relaciones culturales se verían gravemente afectadas.

La cerámica que protagoniza la "intrusión" de Cogotas I en el Norte de Portugal es, como se ha dicho, bastante escasa en cada uno de los poblados afectados, a pesar de que el número de éstos siga aumentando a medida que avanzan las investigaciones. Sus características morfológicas y decorativas muestran, por lo general, un cierto cúmulo de peculiaridades -referidas sobre todo a la composición de los motivos- que nos obligan a pensar siempre en especies de imitación, siendo muy poco

probable que alguna de las conocidas corresponda a un producto importado desde la Meseta.

En el caso que nos ocupa se nos plantea la posibilidad de admitir, además de una influencia cerámica, una transmisión paralela de modelos económicos, o por lo menos de organización de la producción, si damos por buena la idea apuntada por Jorge (1988a: 67-68) de hacer responsable a Cogotas I de la introducción en este territorio de las "fosas" excavadas en el suelo del poblado, cuya primigenia función debió estar relacionada con el almacenamiento, sobre todo de cereales. Como sabemos, la realización de este tipo de subestructuras en asentamientos prehistóricos no es específica de Cogotas I, sin embargo, coincidimos con S.O. Jorge al pensar que es con este grupo cuando adquieren un peculiar desarrollo, caracterizando tanto los asentamientos en llano como los que ocupan un lugar destacado en la cima de cerros. Es muy probable que la presencia de las mismas no sea sólo un proceso de simple imitación, como parece ser el caso de la cerámica decorada, sino que podría estar relacionada con la variación en alguna conducta fundamental para la vida del poblado, como puede ser el sistema de almacenaje. La misma autora apunta la posibilidad de un cambio en la economía y de la introducción de un sistema de producción basado fundamentalmente en la agricultura y la ganadería.

A pesar de todo consideramos que los modelos político-económicos de Cogotas I, a través de los cuales veíamos era capaz de ver ralentizado el incremento de la coerción y de mantener grupos de cierta independencia, no se instalan de una manera generalizada en la región. La presencia de una tradición en el poblamiento con mayor tendencia a la estabilidad y una menor proporción de asentamientos en el llano así parecen confirmarlo.

Esta circunstancia no impide, sin embargo, que determinados enclaves se vean en ciertos

momentos afectados por modelos parecidos, en función de los cuales acepten las fosas excavadas en el suelo a la vez que incorporan las especies decoradas.

Estas últimas, en cualquier caso, no llegan a erigirse como fósil director en ningún momento. La regla general es que afecten a la tradición local en una proporción variable y compartida con otras injerencias llegadas de diferentes áreas cercanas. Forman parte, en definitiva, de una nueva producción cerámica mixturda y contribuyen a la creación de un conjunto arqueológico sincrético.

El proceso, dadas las condiciones a las que se ve sometido, parece que pudo haberse producido además de forma esporádica, desconectada y sin una línea de penetración clara, razón por la cual su cronología puede ser diversa, desde los últimos

momentos del Bronce Pleno hasta su coincidencia con los contextos de Baiões/Sta Luzia en la última fase del Bronce Final; aunque, a nuestro entender, con especial éxito entre los siglos XII y IX a.C.

Para terminar, también aquí creemos que existen situaciones de mayor o menor grado de influencia según el poblado, aunque la precariedad de la información en gran parte de los mismos nos impide realizar diagnósticos definitivos. Con los datos disponibles podemos decir, por ejemplo, que existen establecimientos con cierto volumen de piezas afectadas y con un alto grado de fidelidad en las mismas respecto a los modelos de la Meseta, como Bouça do Frade o el poblado de Santo Tirso, mientras que en otros lugares la intrusión se reduce a un único ejemplar, como Caldeira o Povoado da Sola.

## II.4\_Cuadros esquemáticos de las regiones de expansión

CUADRO 4. YACIMIENTOS DE “EXPANSIÓN: EMPLAZAMIENTO Y HÁBITAT

Yacimiento	Emplazamiento			Hábitat
	D	ND	C/A	
<b>ALTO EBRO</b>				
1. Ojo Guareña (Merindad de Sotoscueva, Burgos.)			*	
2. Abrigo de Río Losa (San Pantaleón de Río Losa, Burgos)			*	
3. San Miguel (Pancorbo, Burgos)		*		Manchas cenicientas
4. Las Campas (Pancorbo, Burgos)	*			
5. Santa Engracia (Pancorbo, Burgos)	*			
6. Cueva Vallejera (Ameyugo, Burgos)			*	
7. Pieza de la Choza (Bergüenda, Álava) ?		*		
8. Castro de Berbeia (Barrio, Álava)	*			Muros de contención
9. Castros de Lastra (Caranca, Álava)	*			Muralla, terrazas, muros, hogar, suelo de barro
10. Solacueva de Lacoymonte (Jocano, Álava).			*	Empedrados, hogares, depósitos-cistas, hoyos
11. La Paul (Arbigano, Álava)		*		Hoyo
12. Kobairada (Subijana, Álava)			*	Huellas de poste (Ic)
13. Chirivias (Caicedo de Yuso, Álava) ?		*		
14. Cueva de los Goros (Huetto Arriba, Álava)			*	Uso sepulcral
15. Santa María de Estarrona (Álava) ?		*		Hoyos
16. La Teja (Villodas, Álava)		*		Hoyos
17. El Batán (Vitoria, Álava)		*		Hoyos
18. Mendizorroza (Vitoria, Álava)		*		Hoyos
19. Castillo de Portilla (Zambrana, Álava)	*			
20. Crócega (Villanueva de Tovera, C. de Treviño, Burgos).?		?		Manchas de tierra oscura
21. Conchas de Haro (Labastida, Álava)		*		Dos fondos de cabaña
22. Cueva de los Husos (Elvillar, Álava) ?			*	
<b>VALLE MEDIO-ALTO DEL EBRO</b>				
23. Majada Londeras (Tobía, La Rioja)		*		
24. Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja)			*	¿Uso sepulcral?
25. Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja)			*	
26. El Tragaluz (Pinillos, La Rioja)			*	Carácter sepulcral
27. Cueva de San Bartolomé (Nestares, La Rioja)			*	Carácter sepulcral
28. La Almuza (Sesma, Navarra)	*			
29. Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)	*			¿Huecos de Poste?
30. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)			*	Carácter sepulcral
31. Eras de San Martín (Alfaro, Rioja)	*			
32. La Mesa (Ablitas, Navarra)	*			
33. El Bocal (Fontellas, Navarra)	*			¿Fondos de Cabaña?
34. Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra)	*			Cabaña ovalada con hoyo, 15 hoyos basurero con fondo acondicionado

D: Destacado en el espacio  
 ND: No destacado  
 C/A: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Emplazamiento			Hábitat
	D	ND	C/A	
35. Llano de la Modorra (Bardenas Reales, Navarra)	*			Alineación de piedras, acumulación adobes
36. Cuesta de la Iglesia (Bardenas Reales, Navarra)	*			Hoyos (fragmento de cráneo), muros, construcciones de madera y tapial
37. Moncín (Borja, Zaragoza)	*			Hoyos, 2 cabañas de postes y tapial, muros
38. Cabezo de la Guarda (Alcalá de Moncayo, Zaragoza) ?				
<b>JALÓN-ALTO HUERVA</b>				
39. Covarrubias (Ciria, Soria)			*	
40. Castilviejo (Yuba, Soria)	*			
41. Cerro Uciel (Arcos del Jalón, Soria)			*	
42. (Alhama de Aragón, Zaragoza)				
43. Cabeza del Molino (Mochales, Guadalajara)	*			Cabaña rectangular, paredes de ramas y barro
44. Piedra Cuatro Onzas (río Mesa, Guadalajara)				
45. La Taína (río Mesa, Guadalajara) ?		*		
46. (Ibdes, Zaragoza) ?				
47. Castillo de los Almantes (Calatayud, Zaragoza)	*			
48. Virgen de Cigüela (Torralba de Ribota Zaragoza) ?	*			
49. El Cementerio de los Moros (Cervera de la Calaña, Zaragoza)	*			
50. Los Santos (Maluenda, Zaragoza)	*			
51. Piedra la Lanza (Daroca, Zaragoza)	*			Acrópolis y foso
52. El Castillejo (Lechago, Teruel)	*			
53. El Castillo (Piedrahita, Teruel)	*			Muros
54. San Bartolomé (Villadoz, Zaragoza)	*			Posible muralla
<b>INTERIOR DE ARAGÓN</b>				
55. Tajada Bajera (Bezas, Teruel)	*			Huellas de cabañas, hoyos, enterramiento
56. La Muela (Galve, Teruel)	*			
57. Mas del Hambre (Los Olmos, Teruel) ?	*			
58. Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel)	*			Restos constructivos
59. Siriguarach (Alcañiz, Teruel)	*			
60. Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)	*			Restos de muros, balsetas
61. Las Talayas (Samper de Calanda, Teruel) ?	*			
62. Cabezo Redondo (Puebla de Hajar, Teruel) ?	*			
63. Mina Real (Zaragoza Ctal)	*			Cabañas y hogares
64. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza)		*		
65. Torrollón II (Usón, Huesca)		*		Retos constructivos
<b>SUBMESETA SUR</b>				
<b>Toledo</b>				
66. Cerro de la Horca (Pantoja)	*			Hoyos
67. Fuente Amarga (Pantoja)		*		Hoyo con restos humanos
68. El Testero (Numancia de la Sagra)				Presencia CC.UU.
69. La Bóveda (Villaseca de la Sagra)				

D: Destacado en el espacio  
ND: No destacado  
C/A: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Emplazamiento			Hábitat
	D	ND	C/A	
70. Higuera (Mocejón)		*		
71. Casco Antiguo (Toledo Ctal)	*			
72. Cerro del Bu (Toledo TM)	*			Bancal/muralla y cabaña
73. Consejería de la Presidencia (Toledo Ctal) ?		*		
74. Cerro del Castillo (Mora de Toledo)	*			
75. Calaña (Albarreal de Tajo)		*		
76. Olivares de la Fuente (Malpica de Tajo)		*		
77. Arroyo Manzanas (Las Herencias)	*			
78. Carpio (Belvís de la Jara)		*		
79. El Golín (Oropesa)		*		
80. (Navalcán) ?				
81. (Alcaudete de la Jara) ?				
<b>Cuenca</b>				
82. El Castillo (Huate)	*			Fondos de cabaña
83. El Otero (Caracenilla)	*			
84. El Corral de Rachuelo (Campos del Paraíso)		*		Zona de lomas; dos hoyos
85. Hoyas del Castillo (Pajaroncillo)	*			Hogar y muros
86. El Castillo (Reillo)	*			Perduración en Campos de Urnas
87. Pico de la Muela (Valera de Abajo)	*			
<b>Ciudad Real</b>				
88. Plaza de los Moros (Malagón)	*			
89. (Alcazar de San Juan) ?				
90. Cerro Alarcos (Poblete)	*			
91. Motilla del Azuer (Daimiel) ?	*			En la motilla/ muros de Barro (Fase V)
<b>Albacete</b>				
92. El Castellón (Hellín-Albatana)	*			Estructuras no asociadas
93. El Amarejo (Bonete)	*			
<b>EXTREMADURA</b>				
94. Cueva del Boquique/Valcorchero (Plasencia, Cáceres) ?			*	Abrigos con refuerzos de muros
95. Cueva de Maltravieso (Cáceres Ctal)			*	Cáncer funerario
96. Cueva del Conejar (Cáceres Ctal)			*	
97. (Villanueva de la Vera, Cáceres) ?				
98. La Muralla (Alcántara, Cáceres) ?	*			
99. La Alcazaba (Badajoz Ctal)	*			
100. El Castillo (Alange, Badajoz)	*			Restos de pellas de barro
101. Atalaya de la Zarza (Palomas, Badajoz)		*		Restos de pellas de barro
102. Los Corvos (Villagonzalo, Badajoz)		*		Restos de pellas de barro
103. (Nogales, Badajoz)	*			
104. Azagala (Alburquerque, Badajoz) ?	*			
105. Cerro de la Barca (Herrera del Duque, Badajoz) ?	*			
<b>PAÍS VALENCIANO</b>				
106. Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón) ?	*			Cabañas cuadrangulares y circulares de piedra
D: Destacado en el espacio ND: No destacado C/A: En cueva o abrigo.				



Yacimiento	Emplazamiento			Hábitat
	D	ND	C/A	
107. Tossal del Castellet (Castellón de La Plana, TM)	*			Muros, revoques, enlucidos y embarrados
108. La Peladilla (Requena, Valencia)	*			
109. Cerro de la Cruz (Requena, Valencia)		*		
110. Cap Prim (Jávea, Alicante) ?	*			
111. Cabezo Redondo (Villena, Alicante)	*			Departamentos alargados de piedra
112. El Castillo (Sax, Alicante)	*			
113. Monastil (Elda, Alicante)	*			(Poblado Ibérico)
114. La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid, Alicante)	*			Derrumbes
115. El Tabayá (Aspe, Alicante)	*			
116. Illeta dels Banyets (Campello, Alicante)	*			Muros largos y rectos, dos algibes
117. San Antón (Orihuela, Alicante)	*			En la ladera
118. Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante)	*			En la ladera
<b>EL SURESTE</b>				
119. Sta Catalina del Monte (Verdolay, Murcia)	*			
120. La Bastida (Totana, Murcia)	*			Muros de piedra
121. Las Anchuras (Totana, Murcia) ?	*			Muros de piedra
122. Cala del Pino (Cabo de Palos, Mar Menor, Murcia)	*			Restos de muralla
123. Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería)	*			Fortificación y cisterna argáricas, muros
124. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería)	*			Fortificación argárica, viviendas rectangulares
125. Gatas (Torre, Almería)	*			Estructuras ovalada de piedra, barro, postes y lajas. Estructura de combustión
126. Cerro del Rayo (Pechina, Almería)	*			Muralla
127. Cuesta del Negro (Purullena, Granada)	*			Cabañas rectangulares con zócalos de piedra
128. Cerro de la Encina (Monachil, Granada)	*			Transformación poblado argárico, bastión
129. (Salobreña, Granada)	*			
<b>VALLE MEDIO-ALTO DEL GUADALQUIVIR</b>				
130. Cástulo (Linares, Jaén)	*			Estructuras de piedra
131. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)	*			Terrazas, casas rectangulares (Argar)
132. La Palza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén)	*			Terrazas, casas de piedra (Argar)
133. El Canjorro (Jaén TM)			*	
134. Castillo de Santa Catalina (Jaén TM)	*			
135. Cerro Venate (Arjonilla, Jaén)	*			
136. Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén)	*			
137. Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)	*			Muros piedra y tapial, hoyos, cerám. micénica
138. Ategua (Castro del Río, Córdoba) ?	*			
139. Cortijo del Valle (Baena, Córdoba) ?	*			
<b>ANDALUCÍA OCCIDENTAL</b>				
140. La Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)	*			Muros adobe y piedra, sepultura
141. Carmona (Carmona, Sevilla)	*			Poblamiento periférico
142. La Batida (Carmona, Sevilla) ?	*			
143. Montemolín (Marchena, Sevilla)	*			

D: Destacado en el espacio  
ND: No destacado  
C/A: En cueva o abrigo.

Yacimiento	Emplazamiento			Hábitat
	D	ND	C/A	
144. El Carambolo (Sevilla) ?	*			
145. El Tesorillo (El Coronil, Sevilla)	*			
146. Calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)	*			
147. Quincena (Lebrija, Sevilla)	*			
148. La Ventosilla (El Cuervo, Sevilla) ?				
149. (Trebujena, Cádiz) ?				
150. Cortijo del Cuervo (Jerez de la Frontera, Cádiz)	*			
151. Haza de la Torre (Jerez de la Frontera, Cádiz)	*			
152. Bujón VE (Jerez de la Frontera, Cádiz)		*		
153. La Compañía (Jerez de la Frontera, Cádiz)		*		
154. Campín Bajo (Pto Sta María, Cádiz)	*			Recinto defensivo
155. Venta Alta (Pto Sta María, Cádiz) ?				
156. Castillo Dña Blanca (Pto Sta María, Cádiz)	*			Fondos de cabaña, agrupaciones de piedras
157. La Marquina B (San Fernando, Cádiz)		*		Cabaña cuadrangular
158. Los Algarbes (Tarifa, Cádiz)	*			Necrópolis prehistórica
159. Acinipo (Ronda, Málaga)	*			
160. Plaza de Mondragón (Ronda, Málaga)	*			
161. La Peña (Ardales, Málaga) ?	*			
162. Raja del Boquerón (Ardales, Málaga) ?		*		Cabañas ovales
163. Playas Guadalteba (Ardales, Málaga) ?	*			
<b>PORTUGAL</b>				
164. Bouça do Frade (Baião, Porto)	*			En la ladera; hoyos, postes, hogares, suelos
165. Tapado da Caldeira (Baião, Porto)		*		Fosas, hogar y suelo
166. Monte do Padrão (Sto Tirso, Porto)	*			
167. Monte Ñsua (Guimarães, Minho) ?	*			
168. Povoado da Sola (Braga, Baixo Minho)	*			Muralla calcolítica, fosas Edad Bronce
169. Lorga Dine (Braganza, Trás-os-Montes) ?			*	
170. Castelo de Adeganha (Trás-os-Montes) ?				
171. Castelo de Urros (Trás-os-Montes) ?				
172. Castelo de Anciães (Lavandeira, Trás-os-Montes)	*			
173. Castelo Velho (Freixo de Numão, Alto Douro)	*			Poblado calcolítico amurallado
174. N <sup>a</sup> S <sup>a</sup> da Guía (Baiões, Beira Alta) ?				
175. Castro de São Romão (Seia, Beira Alta)	*			Muralla, viviendas, suelos y hogares
176. Monte do Frade (Castelo Branco, Beira Baixa) ?	*			Hogares, agujeros de poste, empedrados
177. Moreidinha (Castelo Branco, Beira Baixa) ?	*			Estructuras de piedra, suelos y hogares
178. Cerradinha (Setubal) ?		*		Estructuras de barro y ramas
179. Pontes de Marchil (Escoural, Algarbe) ?		*		Estructuras de combustión y basureros
180. Escoural (Montemor-o-Novo, Alto Alemtejo) ?				Santuario?
<b>OTROS</b>				
181. Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara) ?	*			
182. Cueva de Casares (La Riba de Saelices, Guadalajara) ?			*	
183. Illa de Barxés (Bande, Orense) ?				

D: Destacado en el espacio  
 ND: No destacado  
 C/A: En cueva o abrigo.

**CUADRO 5. YACIMIENTOS DE “EXPANSIÓN. ADSCRIPCIÓN CRONOCULTURAL Y GRADO DE ACERCAMIENTO**

Yacimiento	Adscripción Cronocultural				Categoría / Orden			
	PCG	CIP	CIE	Per	1ª	2ª	3ª	?
<b>ALTO EBRO</b>								
1. Ojo Guareña (Merindad de Sotoscueva, Burgos)	*	*			*			
2. Abrigo de Río Losa (San Pantaleón de Río Losa, Burgos)		?			*			
3. San Miguel (Pancorvo, Burgos)	*				*			
4. Las Campas (Pancorvo, Burgos)	*				*			
5. Santa Engracia (Pancorvo, Burgos)	*				*			
6. Cueva Vallejera (Ameyugo, Burgos)		*			*			
7. Pieza de la Choza (Bergüenda, Álava)	?	*						*
8. Castro de Berbeia (Barrio, Álava)	*				*			
9. Castros de Lastra (Caranca, Álava)	*					*		
10. Solacueva de Lacoymonte (Jocano, Álava).	*	*	*		*			
11. La Paul (Arbigano, Álava)			*		*			
12. Kobairada (Subijana, Álava)		*						*
13. Chirivias (Caicedo de Yuso, Álava)	?	*						*
14. Cueva de los Goros (Huetto Arriba, Álava)			*				*	
15. Santa María de Estarrona (Álava)	?	*						*
16. La Teja (Villodas, Álava)		*			*			
17. El Batán (Vitoria, Álava)	*						*	
18. Mendizorroza (Vitoria, Álava)	*						*	
19. Castillo de Portilla (Zambrana, Álava)	*							*
20. Crócega (Villanueva de Tovera, C. de Treviño, Burgos).?		*						*
21. Conchas de Haro (Labastida, Álava)		*				*		
22. Cueva de los Husos (Elvillar, Álava)	?	?				*		
<b>VALLE MEDIO-ALTO DEL EBRO</b>								
23. Majada Londeras (Tobía, La Rioja)	*	*					*	
24. Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja)	*					*		
25. Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja)	*					*		
26. El Tragaluz (Pinillos, La Rioja)	*						*	
27. Cueva San Bartolomé (Nestares, La Rioja)		*						*
28. La Almuza (Sesma, Navarra)	*						*	
29. Peña del Recuenco (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)		*				*		
30. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja)		*	*		*			
31. Eras de San Martín (Alfaro, Rioja)				*			*	
32. La Mesa (Ablitas, Navarra)		*					*	
33. El Bocal (Fontellas, Navarra)		*					*	
34. Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra)	*	*				*		
35. Llano de la Modorra (Bardenas Reales, Navarra)		*					*	
36. Cuesta de la Iglesia (Bardenas Reales, Navarra)	*					*		

PCG: Protocogotas  
CIP: Cogotas I Pleno

CIE: Cogotas I Evolucionado  
Per: Perduraciones

Yacimiento	Adscripción Cronocultural				Categoría / Orden			
	PCG	CIP	CIE	Per	1ª	2ª	3ª	?
37. Moncín (Borja, Zaragoza)	*	*			*			
38. Cabezo de la Guarda. (Alcalá de Moncayo, Zaragoza) ?								*
<b>JALÓN-ALTO HUERVA</b>								
39. Covarrubias (Ciria, Soria)	*				*			
40. Castilviejo (Yuba, Soria)		*	*		*			
41. Cerro Uciel (Arcos del Jalón, Soria)		*						*
42. (Alhama de Aragón, Zaragoza)		*					*	
43. Cabeza del Molino (Mochales, Guadalajara)			*		*			
44. Piedra Cuatro Onzas (río Mesa, Guadalajara)			*		*			
45. La Taína (río Mesa, Guadalajara) ?		?						*
46. (Ibdes, Zaragoza) ?		?						*
47. Castillo de los Almantes (Calatayud, Zaragoza)	*	*	*		*			
48. Virgen de Cigiuela (Torralba de Ribota, Zaragoza) ?		?			*			
49. El Cementerio de los Moros (Cervera de la Calaña, Zaragoza)		*			*			
50. Los Santos (Maluenda, Zaragoza)		*						*
51. Piedra la Lanza (Daroca, Zaragoza)		*					*	
52. El Castillejo (Lechago, Teruel)		*					*	
53. El Castillo (Piedrahita, Teruel)			*			*		
54. San Bartolomé (Villadoz, Zaragoza)		*					*	
<b>INTERIOR DE ARAGÓN</b>								
55. Tajada Bajera (Bezas, Teruel)		*	*			*		
56. La Muela (Galve, Teruel)			?				*	
57. Mas del Hambre (Los Olmos, Teruel) ?			?				*	
58. Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel)		*					*	
59. Siriguarach (Alcañiz, Teruel)			?				*	
60. Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)		*				*		
61. Las Talayas (Samper de Calanda, Teruel) ?		?					*	
62. Cabezo Redondo (Puebla de Híjar, Teruel) ?		?					*	
63. Mina Real (Zaragoza Ctal)					*			
64. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza)				*			*	
65. Torrollón II (Usón, Huesca)		*					*	
<b>SUBMESETA SUR</b>								
<b>Toledo</b>								
66. Cerro de la Horca (Pantoja)	?	*			*			
67. Fuente Amarga (Pantoja)					*			
68. El Testero (Numancia de la Sagra)				*				*
69. La Bóveda (Villaseca de la Sagra)		*			*			
70. Higares (Mocejón)		?			*			
71. Casco Antiguo (Toledo Ctal)		*			*			
72. Cerro del Bu (Toledo Ctal)		*			*			
73. Consejería de la Presidencia (Toledo Ctal) ?					*			
PCG: Protocogotas CIP: Cogotas I Pleno		CIE: Cogotas I Evolucionado Per: Perduraciones						

Yacimiento	Adscripción Cronocultural				Categoría / Orden			
	PCG	CIP	CIE	Per	1ª	2ª	3ª	?
74. Cerro del Castillo (Mora de Toledo)		*			*			
75. Calaña (Albarreal de Tajo)		*			*			
76. Olivares de la Fuente (Malpica de Tajo)		?			*			
77. Arroyo Manzanas (Las Herencias)		*			*			
78. Carpio (Belvís de la Jara)								*
79. El Golín (Oropesa)								*
80. (Navalcán) ?			*					*
81. (Alcaudete de la Jara) ?			*					*
<b>Cuenca</b>								
82. El Castillo (Huete)	*	*			*			
83. El Otero (Caracena)		*			*			
84. El Corral de Rachuelo (Campos del Paraíso)	*				*			
85. Hoyas del Castillo (Pajaroncillo)	*	*	*		*			
86. El Castillo (Reillo)				*			*	
87. Pico de la Muela (Valera de Abajo)		*				*		
<b>Ciudad Real</b>								
88. Plaza de los Moros (Malagón)		*						*
89. (Alcazar de San Juan) ?								*
90. Cerro Alarcos (Poblete)								*
91. Motilla del Azuer (Daimiel) ?		?						*
<b>Albacete</b>								
92. El Castellón (Hellín-Albatana)			?			*		
93. El Amarejo (Bonete)		*				*		
<b>EXTREMADURA</b>								
94. Cueva del Boquique/Valcorchero (Plasencia, Cáceres).?	*					*		
95. Cueva de Maltravieso (Cáceres Ctal)	*					*		
96. Cueva del Conejar (Cáceres Ctal)		*				*		
97. (Villanueva de la Vera, Cáceres) ?								*
98. La Muralla (Alcántara, Cáceres) ?								*
99. La Alcazaba (Badajoz Ctal)		*					*	
100. El Castillo (Alange, Badajoz)		*				*		
101. Atalaya de la Zarza (Palomas, Badajoz)								*
102. Los Corvos (Villagonzalo, Badajoz)								*
103. (Nogales, Badajoz)								*
104. Azagala (Alburquerque, Badajoz) ?								*
105. Cerro de la Barca (Herrera del Duque, Badajoz) ?								*
<b>PAÍS VALENCIANO</b>								
106. Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón) ?		*					*	
107. Tossal del Castellet (Castellón de La Plana TM)		*				*		
108. La Peladilla (Requena, Valencia)		*					*	
109. Cerro de la Cruz (Requena, Valencia)		*					*	
110. Cap Prim (Jávea, Alicante) ?	*						*	

PCG: Protocogotas  
CIP: Cogotas I Pleno

CIE: Cogotas I Evolucionado  
Per: Perduraciones

Yacimiento	Adscripción Cronocultural				Categoría / Orden			
	PCG	CIP	CIE	Per	1ª	2ª	3ª	?
111. Cabezo Redondo (Villena, Alicante)	*					*		
112. El Castillo (Sax, Alicante)		*				*		
113. Monastil (Elda, Alicante)		*					*	
114. La Pedrera o Portixol (Monforte del Cid, Alicante)	*						*	
115. El Tabayá (Aspe, Alicante)				*			*	
116. Illeta dels Banyets (Campello, Alicante)		*				*		
117. San Antón (Orihuela, Alicante).		*					*	
118. Laderas del Castillo (Callosa de Segura, Alicante)	*						*	
<b>EL SURESTE</b>								
119. Sta Catalina del Monte (Verdolay, Murcia)		*					*	
120. La Bastida (Totana, Murcia)		*					*	
121. Las Anchuras (Totana, Murcia) ?		*					*	
122. Cala del Pino (Cabo de Palos, Mar Menor, Murcia)		*					*	
123. Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería)	*	*				*		
124. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería)		*				*		
125. Gatas (Turre, Almería)	*	*				*		
126. Cerro del Rayo (Pechina, Almería)		*					*	
127. Cuesta del Negro (Purullena, Granada)	*	*			*			
128. Cerro de la Encina (Monachil, Granada)		*				*		
129. (Salobreña, Granada)		*					*	
<b>VALLE MEDIO-ALTO DEL CUADALQUIVIR</b>								
130. Cástulo (Linares, Jaén)		*					*	
131. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)	*				*			
132. La Palza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén)	*						*	
133. El Canjorro (Jaén TM)	*					*		
134. Castillo de Santa Catalina (Jaén TM)		*					*	
135. Cerro Venate (Arjonilla, Jaén)		*					*	
136. Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén)		*				*		
137. Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)		*	*		*			
138. Ategua (Castro del Río, Córdoba)	?						*	
139. Cortijo del Valle (Baena, Córdoba)	?						*	
<b>ANDALUCÍA OCCIDENTAL</b>								
140. La Mesa de Setefilla (Lora del Río, Sevilla)	*						*	
141. Carmona (Carmona, Sevilla)		*	*		*			
142. La Batida (Carmona, Sevilla) ?							*	
143. Montemolín (Marchena, Sevilla)		*					*	
144. El Carambolo (Sevilla) ?								*
145. El Tesorillo (El Coronil, Sevilla)								*
146. Calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)		*					*	
147. Quincena (Lebrija, Sevilla)		*				*		
148. La Ventosilla (El Cuervo, Sevilla) ?								*
149. (Trebujena, Cádiz) ?								*

PCG: Protocogotas  
CIP: Cogotas I Pleno

CIE: Cogotas I Evolucionado  
Per: Perduraciones

Yacimiento	Adscripción Cronocultural				Categoría / Orden			
	PCG	CIP	CIE	Per	1ª	2ª	3ª	?
150. Cortijo del Cuervo (Jerez de la Frontera, Cádiz)								*
151. Haza de la Torre (Jerez de la Frontera, Cádiz)								*
152. Bujón VE (Jerez de la Frontera, Cádiz)								*
153. La Compañía (Jerez de la Frontera, Cádiz)								*
154. Campín Bajo (Pro Sta María, Cádiz)		*				*		
155. Venta Alta (Pto Sta María, Cádiz)	?							*
156. Castillo Dña Blanca (Pro Sta María, Cádiz)			*				*	
157. La Marquina B (San Fernando, Cádiz)		?					*	
158. Los Algarbes (Tarifa, Cádiz)		?					*	
159. Acinipo (Ronda, Málaga)		*	?	?			*	
160. Plaza de Mondragón (Ronda, Málaga)			*	*			*	
161. La Peña (Ardales, Málaga)	?						*	
162. Raja del Boquerón (Ardales, Málaga)	?	?					*	
163. Playas Guadalteba (Ardales, Málaga)	?						*	
<b>PORTUGAL</b>								
164. Bouça do Frade (Baião, Porto)		*	*	*		*		
165. Tapado da Caldeira (Baião, Porto)		*					*	
166. Monte do Padrão (Sto Tirso, Porto)		*				*		
167. Monte Ìnsua (Guimarães, Minho)	?						*	
168. Povoado da Sola (Braga, Baixo Minho)							*	
169. Lorga Dine (Braganza, Trás-os-Montes)	?							*
170. Castelo de Adeganha (Trás-os-Montes)	?							*
171. Castelo de Úrros (Trás-os-Montes)	?							*
172. Castelo de Anciães (Lavandeira, Trás-os-Montes)	*	*						*
173. Castelo Velho (Freixo de Numão, Alto Douro)	*							*
174. Nª Sª da Guía (Baiões, Beira Alta)	?						*	
175. Castro de São Romão (Seia, Beira Alta)			*					*
176. Monte do Frade (Castelo Branco, Beira Baixa)	?		*				*	
177. Moreidinha (Castelo Branco, Beira Baixa)	?		*				*	
178. Cerradinha (Setubal)	?							*
179. Pontes de Marchil (Escoural, Algarbe)	?							*
180. Escoural (Montemor-o-Novo, Alto Alentejo)	?							
<b>OTROS</b>								
181. Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara)	?	?						*
182. Cueva de Casares (La Riba de Saelices, Guadalajara)	?	?						*
183. Illa de Barxés (Bande, Orense)	?	?					*	

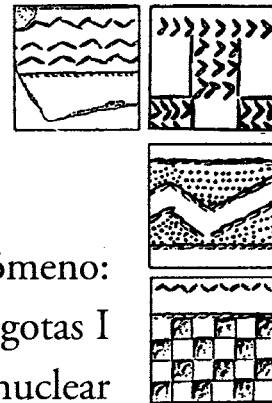
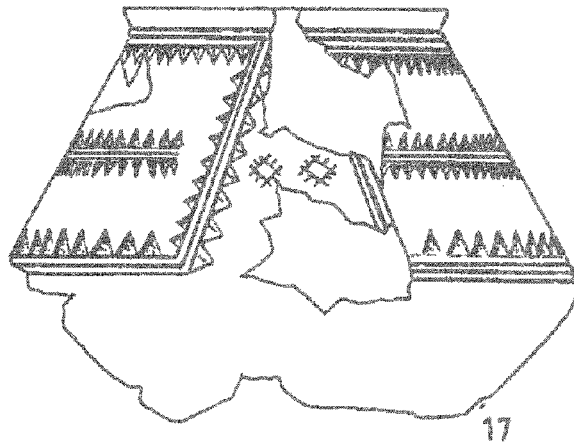
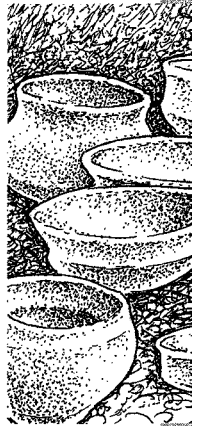
PCG: Protocogotas  
CIP: Cogotas I Pleno

CIE: Cogotas I Evolucionado  
Per: Perduraciones





Capítulo III



Estudio e interpretación del fenómeno:  
La realidad de Cogotas I  
fuera de su territorio nuclear



---

ESTUDIO E INTERPRETACIÓN DEL FENÓMENO:  
LA REALIDAD DE COGOTAS I FUERA DE SU TERRITORIO NUCLEAR

---

Hasta aquí hemos podido ver como las evidencias de cerámicas de tipo Cogotas I constata-  
das en las distintas regiones de la Península Ibérica  
pueden ser leídas de forma independiente y analiza-  
das desde una perspectiva regional. Tras esta labor  
nos corresponde abordar el problema desde una  
perspectiva global y recuperar, para su resolución,  
aquellos interrogantes que aparecían en la introduc-  
ción de nuestro trabajo y que motivaron nuestra  
investigación. Es tiempo, por lo tanto, de responder  
a preguntas como ¿qué elementos de Cogotas I son  
los que se difunden?, ¿a través de qué caminos se  
producen los contactos culturales?, ¿Por qué se  
encuentran testimonios de este grupo fuera de lo que  
se considera su espacio habitual?, ¿cómo llegan hasta  
aquellas regiones? y ¿qué efectos provocan en las  
sociedades que los acogen?; o lo que es lo mismo, las  
evidencias de la pretendida “expansión” de Cogotas I,  
las rutas, las causas, los procesos o mecanismos de  
contacto, y las consecuencias de los mismos.

Pero antes de ello hemos de matizar los  
términos absolutos de la evidencia numérica de la  
“expansión”. En primer lugar, el reparto de los  
yacimientos afectados por la influencia de Cogotas I  
por las distintas regiones de “expansión” es muy  
desigual (Fig. 91). La zona que ofrece un mayor  
volumen de evidencias es la Submeseta Sur, seguida  
de Andalucía Occidental y el Alto Ebro; en estas tres  
regiones se concentra el 40 % del total de los hallaz-  
gos, lo que les otorga un papel especial, sobre todo a  
las dos últimas, por presentar una superficie  
comparativamente más reducida. Otros espacios  
favorecidos son el Valle Medio-Alto del Ebro y la

cuenca del Jalón, estando el resto por debajo del 8%  
de representación. El caso de Portugal puede parecer  
abultado, pero tal circunstancia se debe al hecho de  
haber englobado todas sus manifestaciones en un  
mismo bloque.

Por otra parte hemos de tener en cuenta que,  
a pesar de haber contabilizado 183 casos de intrusio-  
nes de tipo Cogotas I en las tierras exteriores al área  
nuclear, y como hemos podido comprobar en los  
análisis regionales, aquellas no se muestran siempre  
con la misma claridad, siendo cuantitativamente  
importantes los ejemplos que hemos señalado como  
dudosos o sin comprobación definitiva. Esto ocurre  
sobre todo con algunas referencias aisladas a  
materiales de tipo Cogotas I sin que éstos sean  
publicados, por lo que es posible que en un futuro  
terminen por confirmarse, pero también con  
algunos lugares que proporcionan cerámicas decora-  
das con técnicas y motivos que, a pesar de recordar  
las tradiciones de la Meseta, muestran una proble-  
mática particular y una difícil valoración.

En concreto, otorgamos la categoría de  
inciertos a 49 estaciones, lo que supone un represen-  
tativo 26,7%. Sin embargo su distribución no se  
realiza de forma uniforme por todas las regiones de  
expansión. La indefinición es particularmente  
importante en las tierras lusas, en Extremadura y  
Andalucía Occidental, mientras que afecta en  
menor medida al Alto Ebro y al Sureste. En  
cualquier caso provoca que concentraciones de tanto  
efecto visual como la ocurrida en el Bajo  
Guadalquivir y el Golfo de Cádiz tengan que ser  
mantenidas en reserva hasta la publicación de los

materiales a través de los cuales se trasluce la influencia meseteña, así como de los contextos en los que estos se incluyen.

El mapa general, si prescindimos de estos ejemplos, se ve sensiblemente aligerado; sin embargo, no lo suficiente como para afectar a la potencialidad del fenómeno como un proceso de interés histórico, ni a la magnitud de su alcance geográfico (Fig. 92).

Dicho esto hemos de retomar las cuestiones planteadas, empezando por la definición de aquellos elementos que desempeñan el papel principal en el proceso de difusión de Cogotas I.

## II.1.\_ ¿Qué se difunde? Los elementos protagonistas de la intrusión

La primera cuestión general que debemos aclarar en la investigación sobre la pretendida

“expansión” de Cogotas I fuera de su territorio nuclear es aquella que se refiere a las evidencias que han servido de base para la formulación de la hipótesis, es decir, *el qué*. No se nos escapa que la definición de este particular no es novedosa, puesto que a través de él nos hemos guiado para la confección del inventario. En este recorrido hemos tenido ocasión de comprobar cómo son las cerámicas, y dentro de ellas sobre todo las especies decoradas, las que casi de forma exclusiva han permitido intuir contactos entre Cogotas I y el resto de los grupos peninsulares contemporáneos; sin embargo no debemos renunciar plenamente a buscar otro tipo de manifestaciones arqueológicas que, con mayor o menor elocuencia, nos informen sobre los influjos de Cogotas I.

Desde un punto de vista antropológico los rasgos más propicios a la difusión son aquellos más fácilmente observables, es decir, los que forman parte de la cultura material (Alcina, 1989: 188); por lo tanto, no podemos sorprendernos de que sea la cerámica el principal, y muchas veces único,

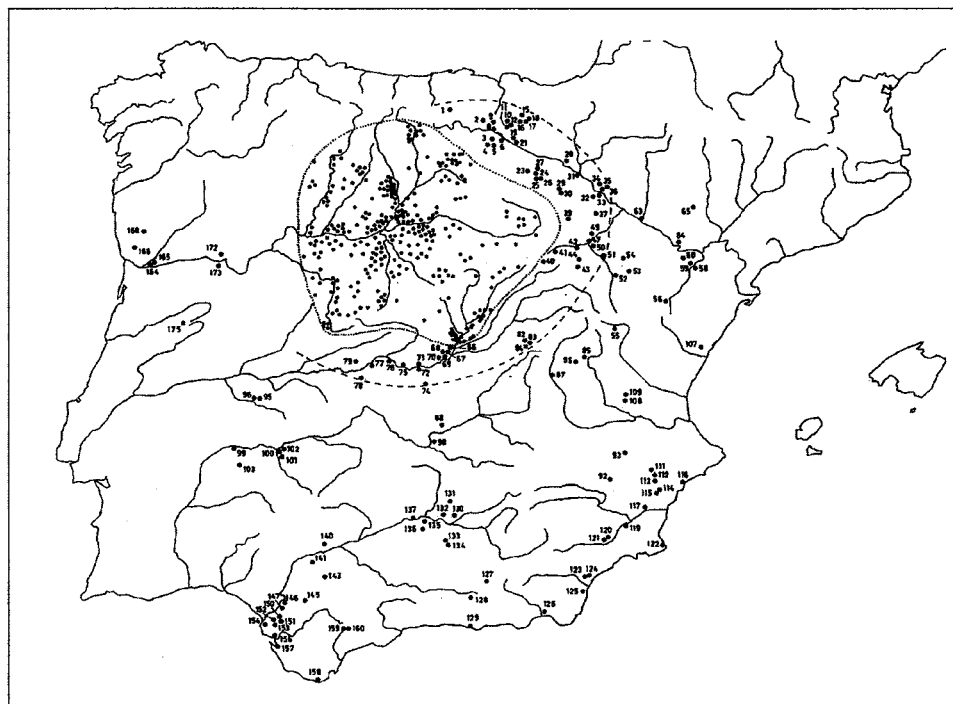


Figura 92. Puntos de “expansión” de Cogotas I con ausencia de las señalizaciones dudosas.

elemento diagnóstico para identificar este tipo de procesos. Los productos alfareros son elementos materiales susceptibles de un rápido reconocimiento a través de la vista y del tacto y, más interesante aún, fácilmente transportables, lo que permite que puedan ser trasladados y copiados con relativa facilidad. Se trata, además, de un aspecto fundamental en la vida de las distintas comunidades, y su costo es relativamente bajo, puesto que los materiales y los conocimientos técnicos necesarios para su elaboración están al alcance de cualquier grupo humano medianamente organizado. Todo ello hace que estos productos se conviertan en uno de los elementos con más posibilidades de darse a conocer, y, por lo tanto -aunque para ello tienen que incidir características especiales que trataremos de elucidar- de difundirse.

#### a) *La cerámica*

No es Cogotas I, sin embargo, el único ejemplo en el que se identifica un proceso de “expansión” a través del mostrado por sus principales artefactos; muy al contrario, la dispersión de los objetos característicos de un pueblo viene siendo la excusa perfecta para hablar de la ampliación de su radio de acción o del desbordamiento de sus límites primitivos. Este argumento, recordemos, está en la base de la explicación del fenómeno campaniforme, se utilizó para justificar una hipotética expansión de la cultura de El Argar, y colaboró en la definición del avance de los grupos de Campos de Urnas del Bronce Final y de la primera Edad del Hierro. En todos los casos, es fundamentalmente un modelo de cerámica, que puede ir acompañado o no de otros aspectos, el que va a marcar la dirección y el alcance de la “cultura”. No es extraño, por lo tanto, que en el caso que ahora nos ocupa se produzca un fenómeno parecido, más aún cuando en este grupo el principal rasgo de definición lo supone, precisamente, un determinado tipo de producción alfarera.

Pero dentro de la cerámica es en los servicios finos, y especialmente en los decorados, donde mejor se concentran las virtudes de un elemento de fácil difusión. Su reconocimiento diferencial es potencialmente mayor y su capacidad de significación más amplia. Con estos equipos, si presentan rasgos homogéneos, se puede identificar a determinadas comunidades culturalmente emparentadas, y su documentación fuera de las mismas implica, sin duda, la existencia de algún tipo de contacto. En el caso de Cogotas I, la alcallería decorada adquiere un valor diagnóstico superior, puesto que va a ser su repertorio ornamental -que a pesar de su variación está enmarcado por una concepción artística unitaria- el aspecto que protagonice la llamada “expansión” del grupo hacia las regiones periféricas de la Península Ibérica.

Sin embargo, la identificación de esta cerámica no es siempre una tarea fácil, y su discriminación de los estilos paralelos o derivados, incluso de sus precedentes históricos, supone un ejercicio de contrastación que se ha eludido en no pocas ocasiones. Con el fin de evitar confusionismo y de identificar correctamente las especies alfareras que marcan la existencia de influjos meseteños, hemos definido la *cerámica de tipo Cogotas I* -aspecto del que ya hemos tenido ocasión de hablar en otro lugar (Abarquero, 1999)- como aquellas producciones, sobre todo las decoradas, en las que se observan características similares o muy parecidas a las mostradas por la alfarería perteneciente a este grupo arqueológico afincado en la Meseta central.

La morfología más habitual son las fuentes carenadas, uno de los más socorridos “fósiles guía” del grupo. Se trata de cazuelas -la longitud del diámetro es mayor que la de la altura-, que presentan, como elemento más característico, una carena formada por un ángulo simple que separa dos partes dentro del vaso: el cuerpo inferior, que queda por debajo y puede ser de tendencia rectilínea o convexa

(cuenquiiforme), y el cuerpo superior o cuello, generalmente de tendencia cóncava -aunque también puede ser recto-, pero que puede mostrar distintas direcciones: interior, vertical o exterior. El borde, unido al cuerpo superior, del que en ocasiones no se diferencia, suele presentar una tendencia exvasada y un labio biselado hacia el interior del vaso. Por su parte, los casos en los que se ha conservado, el fondo es plano. La posición de la carena también hace variar el aspecto externo de la cazuela, siendo su ubicación más habitual hacia la mitad o hacia el tercio superior del vaso. Su presencia en los yacimientos afectados por Cogotas I en las regiones de expansión suele ser habitual, y aparece tanto decorada como con ausencia de ornamento. Algunos de los ejemplos más claros de la relación de este perfil con la decoración meseteña y con la difusión de los estilos decorativos de Cogotas I los encontramos en Cabezo del Cuervo, Cuesta del Negro, Llanete de los Moros y Montemolín.

Otras formas características de Cogotas I que, con distinta suerte, tienen éxito en el fenómeno de difusión son las escudillas de fondo plano de la fase avanzada del horizonte, identificadas en Bouça do Frade, las ollitas globulares de borde vuelto, algunos perfiles de tendencia bitroncocónica de El Cerro de la Encina, e incluso una jarra con asa procedente de El Tabayá.

La identificación de la decoración de tipo Cogotas I pasa por el análisis de sus elementos de forma discriminada y conjunta. El primer aspecto a tener en cuenta sería el referido a las técnicas decorativas utilizadas. La incisión y la impresión carecen en sí de un carácter diagnóstico concreto; por sí solas no pueden adscribirse a un determinado conjunto arqueológico, puesto que la sencillez de su realización -el arrastre o la presión de un punzón sobre la pasta blanda- no necesita de un aprendizaje especí-

fico, pudiendo entonces aparecer en cualquier horizonte cerámico. Por el contrario, la presencia de boquique y de excisión nos informa ya de su incorporación a un número más reducido de conjuntos decorativos. En Cogotas I, y por lo tanto en aquellos yacimientos de las áreas de expansión afectados por la tradición de este grupo, se suele utilizar un tipo de incisión corta, que a veces es imposible de distinguir de las impresiones, a base de líneas finas y de escasa profundidad realizadas con punzones de punta estrecha, y en pocos casos roma. Dentro de las técnicas incisivas, y como una variante, habría que incluir el esgrafiado, que resulta de la incisión realizada en el momento en el que la pasta ya ha secado, e incluso después de su cocción. Sus características repiten, si no acentúan, las de la incisión normal, sobre todo en el aspecto de su escasa profundidad y anchura.

En cuanto a la impresión son muy pocos los rasgos técnicos que distinguen las realizaciones de Cogotas I de las de otros grupos. Se utilizan punzones de origen vegetal, así como los dedos y uñas de los propios alfareros. Tampoco se aprecia en las realizaciones con esta técnica una excesiva profundidad, aunque a veces se consigue desplazar el suficiente volumen de pasta como para que se confunda con la excisión; se trata, en este último caso, de la conocida como técnica pseudoexcisa.

El boquique<sup>137</sup> consiste en la utilización combinada de la incisión y de la impresión dentro de una misma línea, de manera que el arrastre del punzón se ve rítmicamente alterado al ejercer sobre el mismo una presión adicional que provoca hundimientos consecutivos sobre la incisión, sin levantar el instrumento de la superficie de la pieza. Esta técnica, conocida también como “punto en raya”, no es privativa de Cogotas I, puesto que se conoce en horizontes neolíticos y calcolíticos de

---

137 Recordemos que el nombre de esta técnica está tomado de la cueva epónima, localizada en Plasencia (Cáceres), donde fue identificada por primera vez.

nuestra prehistoria (Fernández-Posse, 1982), por lo que su simple identificación no puede llevar aparejada automáticamente su adscripción al grupo de la Edad del Bronce. Algunos ejemplos de manifestaciones antiguas de esta técnica los tenemos en la Cueva del Murciélago de Zuheros (Vicent y Muñoz, 1977) (Fig. 95.9), en el Abrigo de Verdelpino en Cuenca (Moure y Fernández-Miranda, 1976) (Fig. 95.10), en la Cueva de la Sarsa (Martí Oliver, 1985) (Fig. 95.11) o en la misma Cueva del Boquique (Almagro-Gorbea, 1977) (Fig. 95.12). Las diferencias técnicas entre los boquiques antiguos y los pertenecientes a Cogotas I son muy difíciles de establecer, hasta el punto de que, en ocasiones, se puede decir que ambas manifestaciones se realizan exactamente igual. Sin embargo, la repetición o predominio de algunos rasgos sirven para su diferenciación. Para los más antiguos Fernández-Posse (1982: 140) observaba en ocasiones una mayor discontinuidad entre las sucesivas impresiones, a lo que podemos añadir el predominio del trazo ancho y un aspecto más basto, mientras que en Cogotas I se muestran más finos y cuidados, con impresiones más seguidas; aunque las verdaderas diferencias entre uno y otro ambiente se encuentran en los motivos y en las composiciones realizadas con ellos.

La técnica excisa, que consiste en la extracción de parte de la pasta cuando ésta está aún fresca, dejando por lo tanto zonas rehundidas que contrastan con las zonas reservadas, es también una de las características definitorias de Cogotas I. Pero, al igual que en el caso anterior, tampoco es exclusiva de este grupo, puesto que se mantendrá en otros conjuntos alfareros de la Edad del Hierro. De la misma manera, resulta laborioso distinguir técnicamente las excisiones de Cogotas I, pero podemos decir que las extracciones suelen estar hechas sin demasiado cuidado -quizás porque estaban destinadas a ser rellenadas con incrustaciones de pasta, generalmente blanca- y, a pesar de no ser extraordi-

nariamente profundas, tampoco se conforman con arañar levemente la superficie.

Por último, cabe recordar que entre las técnicas decorativas que se pueden adscribir a Cogotas I, y como complemento de todas las anteriores, se documenta la incrustación de pastas de color blanco, más raramente rojo, en los huecos dejados por la utilización de aquellas; un aspecto a tener en cuenta a la hora de identificar producciones influenciadas por las meseteñas.

Mucho más importantes resultan los motivos decorativos realizados con las técnicas mencionadas, puesto que aquí ya podemos encontrar rasgos muy específicos de Cogotas I, cuya identificación en áreas ajenas a este grupo sí puede llevarnos ya a inferir la existencia de contactos. Los motivos incisos más comunes en aquel grupo son los zig-zags, las espigas, los cosidos y cremalleras, las bandas reticuladas, los escaleriformes, los trazos paralelos -oblicuos o rectos-, las líneas rectas de distinta disposición, que a veces sólo delimitan otros motivos, los triángulos o ángulos, simples o rellenos, las líneas curvas, entre las que se encuentran las guirnaldas u orlas, y algunas pequeñas ondulaciones. Todos ellos pueden ser utilizados en las tierras exteriores a la Meseta como resultado de la proyección del tipo de cerámica de Cogotas I, aunque la sencillez de alguno de los mismos impide a veces realizar un diagnóstico certero. En los motivos de zig-zag, de gran aceptación, podemos distinguir varios tipos. Uno de ellos es el realizado con trazo fino y continuo, es decir, sin levantar el punzón de la pieza, que puede presentar un diseño regular o irregular según la simetría de los ángulos (Fig. 93.1). En ocasiones una misma línea de zig-zag se realiza de varias trazadas, de manera que la intersección de las mismas no enlaza en los extremos, dejando pues pequeños rasgos que sobresalen del diseño y que a veces se duplican (Fig. 93.2). Por otro lado encontramos los zig-zag de



trazo desconectado -aquellos en los que cada cambio de dirección supone una incisión distinta-, realizado con un punzón de punta afilada que incide con más fuerza en el centro del mismo, de manera que resulta más ancho en el medio que en los extremos (en forma lanceolada) (Fig. 93.5). Sin embargo, y aunque no es tan frecuente, los trazos incisos sueltos también pueden ser finos y de ancho homogéneo. En líneas generales los quiebros no suelen ser muy largos, ni presentan ángulos excesivamente abiertos.

Las espigas incisivas son menos frecuentes a la hora de identificar las producciones de este tipo fuera de la zona nuclear. A pesar de esto, entre los temas típicamente espigados y las líneas horizontales de ángulos se pueden encontrar bastantes ejemplos. Igual que en el caso anterior se realizan con trazos de anchura homogénea o en forma de hoja de lanza. La disposición de las mismas, al igual que los zig-zags, puede ser horizontal, diagonal o vertical (Fig. 93.3 y 4). Muy típicos del mundo de Cogotas I resultan asimismo los cosidos y cremalleras, que consisten en la sucesión de pequeños trazos verticales u oblicuos que atraviesan o se apoyan sobre líneas horizontales incisivas (Fig. 93.16 y 17). También las espigas, cuando están confeccionadas con pequeños trazos -con las mismas variantes sufridas por las espigas o zig-zags- pueden suponer influencia de Cogotas I. De especial atención son los pequeños triángulos o ángulos que se rellenan de otros motivos incisivos -paralelas, espigas, zig-zags, ángulos- (Fig. 94.4), que encuentran una importante aceptación en la zona oriental de la Meseta y en las regiones de expansión vecinas.

En el caso de los motivos impresos, los que mejor caracterizan a Cogotas I son las áreas puntilladas (triángulos, bandas rectas, curvas o en zig-zag, y áreas semicirculares) y los crecientes. En el primer caso el mayor problema se encuentra en las de forma triangular, puesto que mientras el resto de los esquemas se pueden adscribir con facilidad al grupo

de la Meseta, los triángulos rellenos de puntos son muy habituales en conjuntos neolíticos y calcolíticos. A modo de orientación podemos decir que las áreas puntilladas de Cogotas I se realizan a base de impresiones muy finas y, frecuentemente, efectuadas sin demasiado cuidado, convirtiendo los puntos en pequeños trazos (Blasco Bosqued, 1983: 120). A esto se puede añadir que suelen presentar un aspecto abigarrado, a veces desordenado, que siempre van delimitados por líneas incisivas o de boquique, y que no suelen desarrollarse demasiado en longitud, siendo por lo general cortos. En cuanto a los crecientes, impresiones en forma de media luna realizados probablemente con la punta seccionada de una caña, hemos de destacar su especial importancia en los establecimientos de este signo de los alrededores de Madrid y en algunos poblados de expansión del mediodía peninsular.

Los motivos de boquique son, probablemente, los más característicos de Cogotas I y, por lo tanto, han de jugar un papel señero en la identificación de la dispersión de la cerámica de este tipo fuera de la Meseta. Fernández-Posse (1982: fig. 1) realizó una tabla en la que se recogían la práctica totalidad de los temas cogoteños confeccionados con esta técnica: líneas horizontales y verticales, triángulos rellenos de paralelas, a veces contrapuestos, guirnaldas de distinta disposición, bandas de espiga o zig-zag verticales y horizontales, áreas semicirculares rellenas de paralelas, escaleriformes y círculos concéntricos. Las más significativas son, sin lugar a dudas, las guirnaldas u orlas, generalmente curvas pero también en zig-zag, que pueden aparecer de forma simple o múltiple, enlazadas o yuxtapuestas (Fig. 93.10). Todas estas manifestaciones se repiten en las tierras periféricas de la Meseta, existiendo ejemplares de una claridad aplastante. Sin embargo, la mencionada presencia de motivos de boquique en otros conjuntos alfareros nos obliga a ser cautos a la hora de analizar algunos ejemplares

recuperados en prospección y carentes de información cronológica adicional.<sup>138</sup> Una importante función del boquique es su participación en otros motivos decorativos delimitando áreas excisas, incisas o puntilladas, un aspecto bastante particular del horizonte de la Edad del Bronce de la Meseta.

Los motivos excisos más frecuentes en Cogotas I son los ajedrezados triangulares, cuadrangulares o rectangulares, las bandas rectas o en zigzag, y las bandas de triángulos contrapuestos o no. Estos mismos esquemas son los que se suelen repetir en los poblados afectados por esta tradición fuera de la Meseta, a pesar de que esta técnica no tiene una excesiva representatividad en las regiones de expansión, ya sea por una razón cronológica o por una menor aceptación. El problema en la identificación viene marcado por la sencillez de algunos esquemas y por su aparición dentro de horizontes culturales posteriores a Cogotas I. En este sentido hemos de descartar la pertenencia a nuestro grupo de excisiones como la de Morro de Mezquitilla (Fig. 95.2) (Schubart, 1979: fig. 15.e), propuesta por algunos investigadores (Aguayo *et alii*, 1985: 301), puesto que el motivo -un cuadrado inciso dividido en dos triángulos por una diagonal, uno de ellos exciso y el otro en resalte- es ajeno a los repertorios temáticos cogoteños.

La ubicación de estos temas y su combinación dentro de la superficie del vaso -la composición- provocan el efecto óptico definitivo y la impresión estética final que caracteriza a la alfarería decorada de Cogotas I. Por esta razón consideramos muy importante, en el caso de que el tamaño de las piezas lo permita -cosa que no siempre ocurre-, se ponga especial atención a este aspecto. Los motivos

suelen ocupar lugares muy concretos dentro del vaso; son muy frecuentes las líneas simples o dobles sobre el labio o en la parte interior del borde, así como debajo de éste en la superficie exterior. Las fuentes carenadas llevan fajas decorativas sobre la carena o colgando de ésta, y prefieren el cuerpo superior al inferior. En el resto de los vasos también se va a manifestar una mayor proliferación de ornamentos en las partes más visibles. La organización de la decoración se basa en esquemas geométricos donde los motivos se juxtaponen hasta crear composiciones más o menos barrocas. La disposición suele adoptar la forma de bandas paralelas horizontales, algunas de ellas metopadas, en las que se alternan zonas lisas y decoradas, o espacios con diferentes motivos, aunque en ocasiones aparecen diseños verticales que comunican estas franjas con el fondo, creando entonces una composición radial. Sin embargo, y para distinguir estas producciones de las de otros horizontes, creemos que el rasgo que define la ornamentística de Cogotas I es la *juxtaposición* de los motivos decorativos que, a pesar de formar parte de un conjunto decorativo homogéneo, aparecen claramente diferenciados.<sup>139</sup>

Por último cabe hacer una breve referencia al valor de los análisis de composición de pastas y del tratamiento de las superficies como elementos válidos para la identificación de cerámicas de tipo meseteño. En el primero de los casos hemos de advertir aquí que los resultados obtenidos en el laboratorio sólo nos informan sobre la procedencia local o foránea de los barros, aspecto que no implica necesariamente su desvinculación o adscripción al fenómeno de dispersión del estilo Cogotas, puesto que éste puede transferirse de forma independiente

138 Recordemos por ejemplo el caso del horizonte del Bronce Antiguo del NE., en el que se incluye el estilo Arbolí (Maya y Petit, 1986).

139 Estas características pueden discriminar las producciones cogoteñas y de influjo cogoteño de tipos como los surgidos en el Levante durante el Bronce Final clásico -Peña Negra, Mola d'Agres, etc. (Gil-Masarell, 1981: fig. 4; González Prats, 1990: fig. 56)-, donde lo que se persigue es la imbricación de motivos decorativos similares o complementarios a lo largo de la superficie del vaso.

y afectar a producciones típicamente autóctonas. Por lo que se refiere al tratamiento exterior de las piezas protagonistas, por lo general se trata de “vajilla fina”, con un acabado cuidado, en el que son frecuentes el bruñido o el alisado, siendo excepcionales los vasos de superficies groseras, sin tratamiento, lo que implica para estas producciones cierta categoría especial.

En definitiva, la identificación de las especies de “estilo Cogotas I”, ha de hacerse en función del mayor número posible de las variables aquí descritas. Es decir, que la adscripción de unos ejemplares a este tipo debe compaginar los distintos criterios mencionados. De este modo, las dudas que pueda plantearnos la morfología de una pieza pueden verse subsanadas gracias a la claridad de los motivos decorativos, o las suscitadas por estos últimos, por la composición de los mismos dentro del vaso, y al contrario. Es evidente que la decisión final no dejará de ser subjetiva; sin embargo, el estudio detallado de todos los aspectos ofrecerá como fruto una mayor garantía de acierto.

Si hay una cosa clara dentro del proceso de difusión de la cerámica de tipo Cogotas I es que se trata de un fenómeno diferencial y multidireccional, de modo que se manifiesta de forma distinta según la región a la que afecte. Por este motivo resulta realmente difícil establecer unas características comunes que distingan las producciones cogoteñas de la zona nuclear de aquellas aparecidas en las regiones de expansión. El obstáculo parte de buscar en el mismo elemento, la cerámica, los rasgos que demuestran la vinculación al grupo y aquellos que lo alejan del mismo. Sin embargo, y como aspectos generales, se pueden apuntar algunas premisas que se repiten en el segundo de los espacios y que tienen una lectura singular. En primer término hemos de recordar la circunstancia habitual, muy pocas veces transgredida, de que las especies de este tipo son muy escasas y representan un reducido porcentaje

dentro del conjunto local. Por otra parte, el análisis debe dirigirse a la identificación de peculiaridades dentro de los aspectos relacionados con Cogotas I, es decir, la utilización de decoración de este estilo sobre formas pertenecientes a la tradición local y las características especiales en la realización técnica de la decoración, en la confección de los motivos y en la organización de los mismos. De esta manera somos capaces de identificar piezas decoradas al estilo meseteño que presentan formas ajenas a Cogotas I en Majada Londeras (Fig. 33.6), en Peña del Recuenco (Fig. 32.2) o en Eras de San Martín (Fig. 33.5). Fórmulas específicas en la realización de las técnicas decorativas de Cogotas I las encontramos en La Peladilla (Requena, Valencia) (Fig. 57.1), donde el boquique se convierte, a tramos, en simple línea incisa, y en El Castillo de Alange (Badajoz) (Fig. 52.4, 6, 9 y 10), donde las sucesivas impresiones quedan unidas por una línea recta. Motivos decorativos peculiares de las regiones de expansión podrían considerarse las guirnaldas de boquique de aspecto irregular de Carmona (Fig. 82.15), las áreas puntilladas también irregulares de El Amarejo (Albacete) (Fig. 47.7) y las guirnaldas que incluyen escaleriformes de El Otero de Caracenilla (Cuenca) (Fig. 49.1 y 4). En cuanto a la organización de la decoración, se destacan algunas composiciones como la del vaso de Tajada Bajera de Bezas (Teruel) (Fig. 41.2), de una geometría excepcional, y la jarra de El Tabayá (Fig. 57.3). Estas y otras características son las que ayudan a pensar que se trata de especies de imitación o *reinterpretaciones de los modelos originales*, y no de auténticas producciones traídas de la zona nuclear.

Una vez despejadas algunas dudas en cuanto a la identificación de cerámicas de tipo Cogotas I consideramos necesario establecer una diferenciación dentro de las mismas en función de su grado de acercamiento a las producciones de la Meseta. Por lo general, en aquellas ocasiones en las que se ha

abordado la “expansión de Cogotas I”, ésta se ha tratado como un fenómeno, más o menos intenso, pero de cierta homogeneidad; muy al contrario, tras el minucioso análisis de los distintos yacimientos afectados, podemos decir que el proceso presenta una gran diferenciación regional y local, dentro de la cual hemos podido comprobar la importante asimetría mostrada por unas y otras producciones catalogadas como de “tipo Cogotas I”. Con el fin de sistematizar estas evidencias hemos establecido dos categorías cerámicas distintas, a pesar de que somos conscientes de que existe toda una gradación entre los ejemplares más cercanos y aquellos otros en los que las referencias a los modelos meseteños son sólo testimoniales.

La primera de ellas está compuesta por la vajilla decorada de claro *estilo Cogotas I*, (Fig. 93) aquella que más puntos de conexión encuentra con las producciones originales de la Meseta. En ella se incluirán ejemplares en los que, por lo menos, se combinen técnicas, motivos y composiciones decorativas que no resulten extrañas en el elenco ornamental de Cogotas I en cualquiera de sus fases de desarrollo. En la segunda, donde sólo se puede apuntar la existencia de *influencias decorativas de Cogotas I*, (Fig. 94) se engloban aquellas piezas decoradas donde se comprueba de manera aislada alguno de los rasgos anteriores, por lo general motivos concretos, cuyos paralelos en la Meseta son más escasos o forzados, a pesar de que muestran un “efecto visual” cercano a los ejemplares de aquella región.

Ya hemos mencionado cómo existe una importante carencia de datos disponibles sobre un buen número de los conjuntos cerámicos de tipo Cogotas I, razón por la cual es imposible adscribir todos ellos a uno u otro de los grupos aquí señalados. Sin embargo, podemos apuntar una serie de ejemplos, más o menos claros, que ayuden a una mejor comprensión del esquema propuesto.

Dentro de las producciones de claro estilo Cogotas I se encuentra el grueso de las piezas de

Solacueva de Lacoymonte (Jocano, Álava), lugar en el que comparecen todas las técnicas y la mayoría de los motivos decorativos de Cogotas I, con los que, además, se realizan composiciones similares a las detectadas en la zona nuclear. Lo mismo ocurre en La Teja (Villodas, Álava) y en algunos otros ejemplos de esta provincia vasca. En el Valle Medio-Alto del Ebro podemos asignar este calificativo, sin ningún tipo de dudas, a la práctica totalidad de las producciones de Moncín (Borja, Zaragoza), Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra) y Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja). En el interior de Aragón merecen esta adscripción como mínimo el vaso de Cabezo del Cuervo (Alcañiz) y los de Tajada Bajera (Bezas). Por su parte, la mayoría de los hallazgos cerámicos de tradición cogoteña de las provincias de Cuenca -salvo el caso de Reillo- y Toledo también pertenecen a este tipo, sobre todo en el caso de Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo.

En el País Valenciano las muestras más destacados de esta primera designación están en Tossal del Castellet (Castellón), La Peladilla (Requena, Valencia) y El Cabezo Redondo (Villena, Alicante). En el Sureste los ejemplos son muchos y, en ocasiones, muy claros, como demuestra la pieza de la Cala del Pino (Cabo de Palos, Murcia), y las producciones de Fuente Álamo y El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería), Cerro de la Encina (Monachil, Granada) y Cuesta del Negro (Purullena, Granada). En el resto de Andalucía destacan sobre todo los equipos cerámicos de El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), Peñalosa (Jaén) y Carmona (Sevilla), a parte de piezas concretas como la de Montemolín.

En Portugal, por su parte, podemos asegurar este nivel de acercamiento para Tapado da Caldeira y Bouça do Frade, aunque en este último poblado no para todo el conjunto de cerámicas de tipo cogoteño.

Entre los tipos que sólo merecen la calificación de influenciados por la tradición de Cogotas I,

y que conforman la segunda categoría, podemos mencionar las cerámicas encontradas en Cueva de los Goros y Crócega en Álava y Treviño, Majada Londeras y Peña Miel en La Rioja, Piedra la Lanza en Daroca (Zaragoza), Torrollón II en Huesca, El Pico de la Muela en Cuenca, El Amarejo en Albacete, Alange en Badajoz, Portixol en Alicante, Las Anchuras de Totana en Murcia, Cerro del Rayo y Gatas en Almería, Setefilla en Sevilla y Raja del Boquerón en Málaga, así como otros muchos ejemplos.

En nuestra opinión, podemos abrir un nuevo apartado, dentro de las especies cerámicas de tipo Cogotas I para dar cabida a toda una serie de representaciones decorativas que, utilizando técnicas pertenecientes a aquel grupo, y sirviéndose de esquemas geométricos inspirados en la tradición meseteña, forman parte ya de producciones características de grupos locales definidos, propios de las fases más avanzadas de la Edad del Bronce o de los inicios de la Edad del Hierro. Su cronología puede coincidir en sus inicios con la de Cogotas I, sin embargo se mantiene tras la desaparición de los contactos con este conjunto, razón por la que consideramos que se trata de *perduraciones estilísticas* de los influjos de aquel grupo dentro del substrato indígena. En este caso podemos comprobar cómo motivos y composiciones decorativas ya ajenas al grupo de la Meseta se realizan con técnica de boquique, e incluso conviven, dentro del mismo vaso, con otros esquemas más cercanos a los característicos de aquella zona. Estas circunstancias se aprecian en un corto pero significativo número de estaciones. Uno de estos casos se localiza en El Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza), donde varios motivos que combinan excisión, incisión y boquique conforman unas composiciones claramente distanciadas de los modelos de Cogotas I, al igual que la tipología de los vasos que decoran, que se pueden considerar propias de los primeros Campos de Urnas de la zona

(Fig. 95.3 y 4). Una situación parecida podría ser la vivida por la urna encontrada en El Castillo de Reillo (Cuenca), donde el boquique se usa en un esquema de amplios triángulos contrapuestos sin espacios intermedios y rellenos de paralelas diagonales. El motivo y el esquema decorativo, aunque pueda tomar cierta inspiración en la tradición de Cogotas I, se incluye ya dentro de una nueva tendencia decorativa y pertenece a un nuevo grupo arqueológico en el que han incidido los elementos de Campos de Urnas. Otro ejemplo de esta categoría lo encontramos en la jarra de El Tabayá de Aspe (Alicante), donde junto a amplios triángulos contrapuestos -rellenos de paralelas diagonales- y a zig-zags característicos del horizonte de Peña Negra, perduran rasgos cogoteños como la forma del recipiente, la utilización del boquique y un motivo configurado por una columna de pseudoexcisiones cuadrangulares bajo el asa. La explicación a este atavismo decorativo ha de buscarse en la existencia de fuertes contactos previos entre las regiones mencionadas y Cogotas I o, por lo menos, en una importante aceptación de la estilística cogoteña en las mismas durante la fase inmediatamente anterior, razón por la cual se produce una evolución independiente de la decoración que termina incluida en las nuevas corrientes.

Por último, sólo nos queda recordar alguno de los motivos ajenos a Cogotas I (Fig. 95.1, 2 y 5-17), cuya relación de contacto directo es nula, y en los que las similitudes o parecidos decorativos son producto, en unos casos de la coincidencia y en otros, posiblemente, de la existencia de un substrato común. Entre ellos podemos diferenciar tres situaciones distintas:

– Aquellas decoraciones cronológicamente anteriores, como los boquiques y áreas puntilladas del Neolítico y Calcolítico, que pudieran ser los prototipos de algunos de los motivos de Cogotas I (Fig. 95. 7 y 9-12).

– Decoraciones contemporáneas de Cogotas I pero ajenas a la tradición de este grupo. Esta situación se produce al menos en tierras de Valencia, donde, aparte de la evidencia indiscutible de tipos de tradición meseteña, hallamos especies con otro tipo de ornamentación en Mas del Corral, La Sima del Pinaret de Mas Nou y, posiblemente, en Cova Forada. A nuestro entender, Cogotas I no es el modelo de estas producciones, sin embargo, es posible que la presencia paralela de algunas influencias de este grupo sirviera como desencadenante de la aparición de estos nuevos esquemas decorativos (Fig. 95.6 y 8).

– Las producciones que son posteriores a Cogotas I (Fig. 95.16 y 17), como los estilos de Peña Negra o Cerro de San Antonio, que han abandonado también la utilización de técnicas tan características como el boquique, pero que, sin embargo, pueden considerarse, en parte, herederas de las tradiciones cerámicas del horizonte meseteño.

Por lo tanto, vemos como las evidencias materiales, concretamente las referidas a la cerámica decorada, presentan una amplia diferenciación, que podemos simplificar en el siguiente esquema:

Cerámica Tipo Cogotas I (gradación)	Cerámica de Estilo Cogotas I	Cuesta del Negro (Purullena, Granada)
		Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra)
	Cerámica de Influencia Cogotas I	El Amarejo (Bonete, Albacete)
		Cap Prim (Jávea, Alicante)
(Perduraciones en el sustrato)	El Castillo (Reillo, Cuenca)	
Tipos Ajenos a Cogotas I	Producciones previas	boquiques neolíticos (Verdelpino)
	Tipos contemporáneos	áreas impresas valencianas (Más Corral)
	Estilos posteriores	Estilos Peña Negra-San Antonio

Queda claro, después de este repaso, que son las cerámicas de tipo Cogotas I, y más correctamente los modelos decorativos de las mismas, los elementos que protagonizan el proceso de “expansión”; es decir, que estrictamente y desde el punto de vista arqueológico, lo que primero se observa es la divulgación de los estilos ornamentales de la alfarería del grupo meseteño. Sin embargo, se nos plantea la duda de, a través de ellos, inferir o no la llegada de otros rasgos culturales que suponemos de la misma procedencia.

#### *b) Otras Evidencias*

En este sentido, planteamos otras evidencias arqueológicas que pudieran colaborar en la labor de

identificar el proceso protagonizado por Cogotas I en las tierras periféricas de la Península Ibérica. En primer lugar hemos de reconocer los obstáculos que existen a la hora de involucrar la metalurgia en el fenómeno de “expansión”. Los objetos metálicos hallados en el seno de los poblados meseteños son minoritarios, y cuando aparecen muestran tipos muy tradicionales y de escaso valor diagnóstico, tanto cronológica como regionalmente, por lo que sólo con mucha dificultad pueden servir de elemento guía para descubrir vínculos culturales. Sin embargo, hemos de admitir que en algunos lugares en los que se constata la presencia de cerámicas de Cogotas I se reconocen ciertos objetos de bronce

similares a los escasos restos asociados a Cogotas I. Esto ocurre, por ejemplo, en Moncín (Zaragoza) o Conchas de Haro (Álava), donde se recuperan puntas de flecha de aletas y pedúnculo como las documentadas en Los Tolmos de Caracena (Soria). Es posible que sólo se trate de una coincidencia, que además se produce en áreas muy cercanas a la Meseta, mientras que en lugares más alejados, como País Valenciano o Andalucía, estos modelos parecen ausentes.

Con pocas posibilidades de éxito nos enfrentamos a la identificación de otras evidencias materiales que dejen entrever influjos procedentes de Cogotas I. A pesar de ello, no hemos de perder la esperanza ante la posibilidad de encontrar paralelos en la organización espacial de los yacimientos, sobre todo a escala semimicro, a través de los cuales se adivine la implantación de modelos similares a los de la Meseta a la vez que se instalan los tipos cerámicos antes aludidos. Nos referimos, sobre todo, a la proliferación de unidades individuales de almacenamiento excavadas en el suelo similares a las que forman los típicos “campos de hoyos” de Cogotas I en la Meseta central. Este tipo de estructuras no son exclusivas de este grupo, pero hemos de reconocer que con el mismo alcanzan un especial desarrollo y se convierten en una característica prácticamente omnipresente. Sobre su función ya tuvimos ocasión de hablar en el primer capítulo de este trabajo; y también hemos reparado en la posibilidad de que su aparición en determinadas regiones o yacimientos concretos tenga que ver con la llegada de las cerámicas de tipo Cogotas I y con los modelos de almacenamiento y aprovechamiento del entorno que este grupo realiza. En concreto, esta teoría era contemplada por Jorge (1988a) a la hora de dar explicación a su documentación en el poblado de Bouça do Frade, y se repite en un reciente informe sobre las excavaciones de Carmona (Cardenete *et alii*, 1989: 571-572). Por nuestra parte, otorgamos a estos

restos cierto valor como huellas de los contactos con la Meseta, incluso pensamos que su documentación se produce en lugares bastante afectados por el proceso de difusión -casos de Carmona y los poblados alaveses-, sin embargo, también pensamos que la alteración de esquemas económicos sólo alcanza un grado medio en la llamada Zona de Contacto, que puede ser alto en las tierras toledanas y de Álava, mientras que en el resto de las regiones afecta a casos muy concretos, puesto que sus esquemas subsistenciales están mucho más arraigados que los de la Meseta y son más difíciles de transformar. En el caso del Norte de Portugal se da la circunstancia de que los campos de hoyos proliferan más que las cerámicas de tipo Cogotas I, por lo que es posible que no toda la culpa de su éxito sea del grupo meseteño. Aquí, como ya dijimos, existe también una tradición en la utilización de este tipo de fosas, y el grado de desarrollo de las comunidades es similar al de la Meseta, por lo que se pudo producir un avance paralelo en los esquemas agrícolas y un desarrollo comparable de este tipo de hábitats, aunque la llegada de los influjos desde la Meseta pudo colaborar en la extensión de los mismos.

Hasta aquí las evidencias físicas más fácilmente detectables en el registro. Ningún otro elemento arqueológico parece trasladarse con claridad desde los espacios cogoteños.

En el caso de las características arquitectónicas, no podemos aportar testimonios válidos que demuestren que los modelos de Cogotas I son aceptados, como sus cerámicas, en otras regiones. Ciertamente que son muy pocos los datos que todavía conocemos sobre este particular en la Meseta, pero la documentación de una trayectoria continua en los poblados de las áreas de expansión, que mantienen los tipos de poblado y vivienda tradicionales, parece indicar una falta casi total de influencia en este aspecto. Las escasas huellas de los hábitats meseteños

(Los Tolmos de Caracena, El Teso del Cuerno de Forfoleda)<sup>140</sup> (Fig. 11) discrepan de forma ostensible de aquellas ofrecidas por los poblados de las tierras más alejadas de la zona nuclear en los que se localizan los ejemplares de Cogotas (por ejemplo el Cabezo Redondo, Peñalosa y Cuesta del Negro) (Figs. 58.1; 77.2.). Ciertamente que en varias ocasiones se ha descrito una transformación de las características constructivas a la par que la del repertorio cerámico, y la adopción de estructuras endebles fabricadas en barro y ramajes como ocurría en Cogotas I; sin embargo, la vinculación de ambos fenómenos, el cerámico y el constructivo, no queda completamente probada, como veíamos en los yacimientos afectados y en el estudio regional. En cualquier caso, los modelos habitacionales de Cogotas I no se trasladan a tierras lejanas, aunque sí muestran características muy similares en la zona de contacto. Aquí, por ejemplo, lugares como Cabeza del Molino o Moncín presentan chozas que, pese a ciertas peculiaridades, se diferencian muy poco de las que se documentan en la región del Duero y del Alto Tajo.

Tampoco podemos hablar de la exportación de ritos funerarios,<sup>141</sup> algo que de producirse tendría profundas implicaciones al afectar directamente a conceptos superiores y abstractos, mucho más difíciles de implantar en una sociedad ajena. Sólo en algunos lugares próximos a la zona nuclear se conocen enterramientos asociados a vasos de Cogotas I en cuevas (como ocurre en varios ejemplos riojanos -San Bartolomé, El Tragaluz, Cueva de los Lagos y Cueva Lóbrega- y Maltravieso). Estas cavidades presentan, frecuentemente, una dilatada tradición sepulcral, por lo que

no podemos decir que se trate de un rito transmitido por Cogotas I -a pesar de que aquí también se conozca la inhumación en cueva-, sino de una adaptación de la nueva moda cerámica a las costumbres funerarias vigentes. Más significativa es, sin embargo, la documentación de un hoyo con restos humanos en Fuente Amarga (Pantoja, Toledo), puesto que aquí sí parecen repetirse los esquemas típicos y originales de Cogotas I. A pesar de ello, tal descubrimiento no puede ni debe sorprender excesivamente, puesto que se encuentra en una zona colindante con uno de los focos de Cogotas I que más evidencias de este tipo ha proporcionado. En otros casos más alejados, como el enterramiento en grieta de Tajada Bajera y la tumba destruida de Cabezo Redondo, la documentación funeraria asociada a especies cerámicas de Cogotas I no tiene nada que ver con este último grupo, y se integra dentro de las prácticas habituales en la región.

Por lo tanto, nos encontramos con que al primer interrogante, ¿qué se difundió? o ¿cuáles son las principales huellas de la llamada “expansión”?, hay que responder que mayoritariamente el estilo decorativo de las cerámicas, sin despreciar otros posibles rasgos que acompañarían al citado en determinadas zonas o yacimientos.

De especial relevancia resulta comprobar cómo es en la zona de contacto donde, de forma más frecuente, se da cita más de una huella de la influencia de Cogotas I (cerámica, metalurgia, hoyos, enterramientos, sistemas constructivos), desvelando, también en este particular, la naturaleza diferenciada del fenómeno en las regiones aledañas al territorio nuclear.

---

140 Recordamos estos dos ejemplos aquí por ser los únicos poblados de los que se han publicado las estructuras de habitación. Descripciones de otras “cabañas” se recogen en la primera parte de este trabajo.

141 Sobre este particular sólo podemos decir que se produce en Cogotas I una, cada vez peor sostenida, carencia de datos funerarios que coincide, en parte, con la ausencia de testimonios de la misma índole en la práctica totalidad del territorio ibérico a finales del Bronce Final y antes de la imposición de los ritos de incineración.



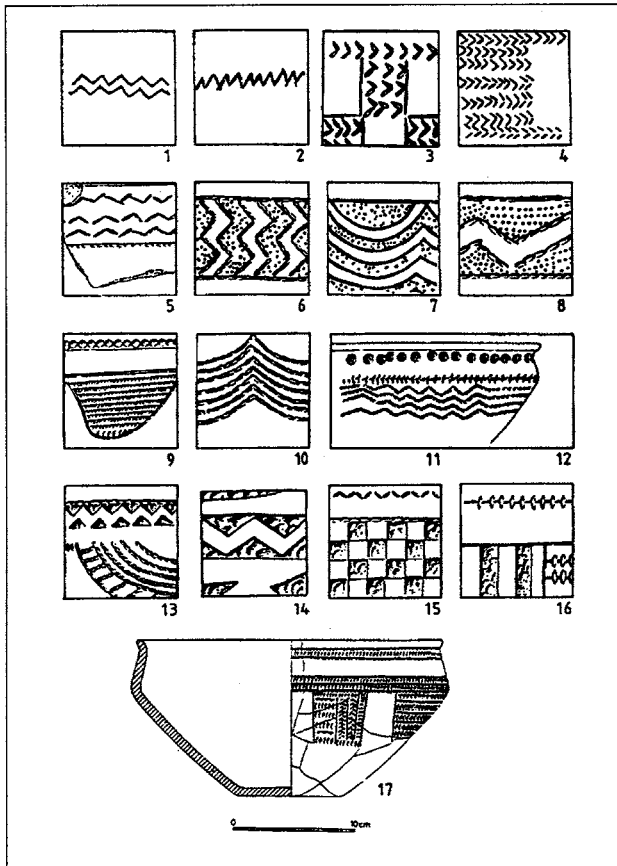


Figura 93. Ejemplos de la primera categoría en la clasificación de la cerámica de tipo meseteño (Estilo Cogotas I): 1 y 3. Cabezo Redondo (Villena, Alicante); 2 y 5. El Oficio (Cuevas de Almanzora, Almería); 4, 6, 15 y 16. Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca); 7 y 10. Carmona (Sevilla); 8. La Peladilla (Requena, Valencia); 9. Tapado da Caldeira; 11-12. Montemolín (Marchena, Sevilla); 13. El Otero (Caracenilla, Cuenca); 14. Cerro Venate (Arjonilla, Jaén); 17. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba).

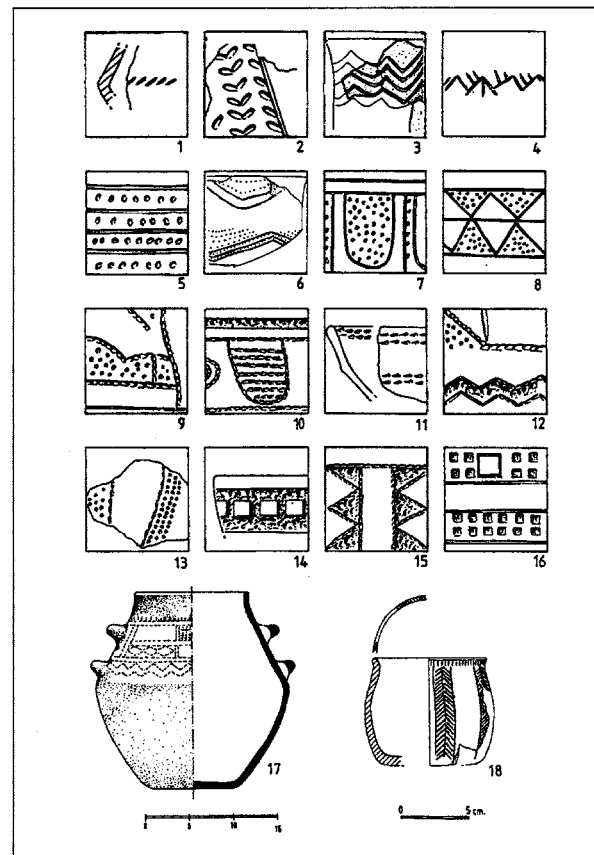


Figura 94. Ejemplo de la segunda categoría en la clasificación de la cerámica de tipo meseteño (Influencia Cogotas I): 1. Peñalosa; 2. Portixol (Monforte del Cid, Alicante); 3 y 14. La Teja (Villodas, Álava); 4. Peña Miel Superior (Pradillo, La Rioja); 5. Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén); 6. Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería); 7. Cueva de los Lagos (Aguilar del Río Alhama, La Rioja); 8. Gatas (Turre, Almería); 9. El Amarejo (Bonete, Albacete); 10. Majada Londeras (Tobía, La Rioja); 11. Piedra la Lanza (Daroca, Zaragoza); 12. El Castillo (Piedrahita, Teruel); 13. El Castillo (Alange, Badajoz); 15 y 16. Illeta dels Banyets (Campello, Alicante); 17. Cueva de los Goros (Hueto Arriba, Álava); 18. Bouça do Frade (Porto, Portugal).

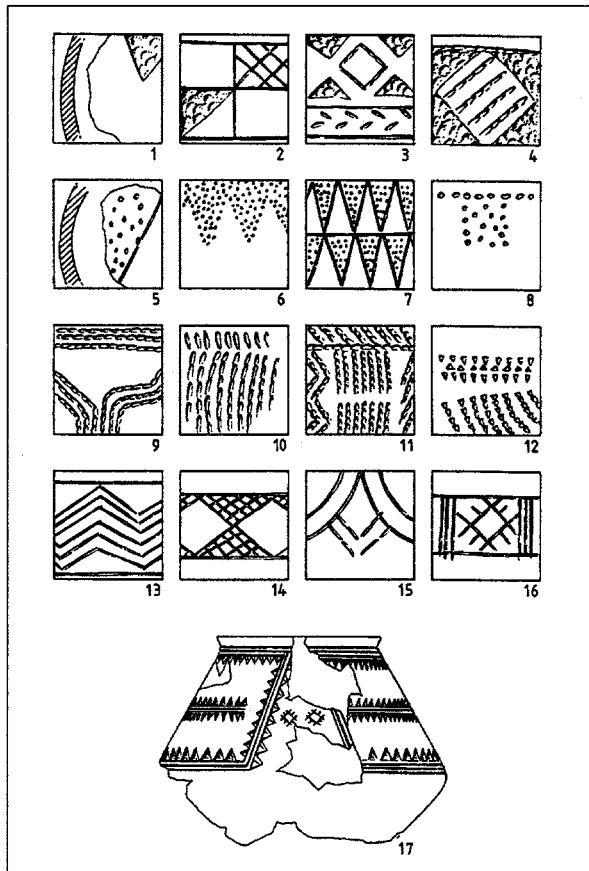


Figura 95. 3 y 4. Perduraciones de influencia de Cogotas I; 1, 2, 5-18. Motivos decorativos ajenos a Cogotas I: 1. Sierra de Lapa (Huelva); 2. Morro de Mezquitilla (Málaga); 3 y 4. Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza); 5. El Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz); 6. Illeta dels Banyets (Campello, Alicante); 7. Lugarico Viejo (Almería); 8. Mas del Corral (Alcoy, Valencia); 9. Cueva de los Murciélagos; 10. Verdelpino; 11. Cova de la Sarsa; 12. Cueva del Boquique (Valcorchero, Cáceres); 13. Campos (Almería); 14. La Fonollera (Torroella de Montgrí, Gerona); 15. Peña de Ardales (Málaga); 16. Cerro de San Antonio (Madrid); 17. El Castellón (Hellín-Albatana, Albacete).

## II.1. ¿Por dónde? Los caminos seguidos por los influjos de Cogotas I

La existencia de vías de tránsito durante la Prehistoria se supone a partir de la evidencia de rasgos culturales similares en lugares distantes o por la constatación de una serie de hallazgos del mismo signo a lo largo de un trazado determinado por el paisaje. En la Península Ibérica, el recurso de los caminos naturales se utiliza en la explicación de diferentes fenómenos culturales. Uno de los más tempranos ejemplos lo encontramos en los concheros epipaleolíticos del Muge-Tajo, en la región de Lisboa, cuya base cultural es muy similar a la documentada en el Complejo Cocina, en la costa mediterránea; por lo que se ha supuesto la existencia de contactos a través del recorrido marcado por

los ríos Tajo y Segura. También los monumentos megalíticos han sido interpretados, en varias ocasiones, como grandes hitos de referencia para el seguimiento de vías naturales por unos supuestos pastores neolíticos de carácter nómada. Para la Edad del Bronce se repiten las noticias de la existencia de caminos o rutas a través de todo el territorio ibérico, desde la expansión de la cerámica campaniforme, hasta la dispersión de las piezas de la metalurgia atlántica y la penetración de los Campos de Urnas. Al final de este período corresponden asimismo las estelas decoradas del Suroeste, consideradas recientemente como hitos de demarcación de caminos comerciales y rutas ganaderas por Ruiz-Gálvez y Galán (1991), y los primeros contactos con los pueblos colonizadores que establecen rutas de comercio entre la costa y las tierras interiores.

En el caso de Cogotas I hemos podido comprobar como las evidencias materiales nos muestran la existencia de relaciones culturales entre la Meseta y el resto de las regiones; sin embargo, la pregunta que nos inquieta ahora es si fueron necesarias unas rutas concretas y establecidas para que se produjeran los contactos o éstos no son más que el resultado de un proceso de “aculturación encadenada”, producto de la transmisión de unos grupos a otros. La realidad no debió estar nunca en ninguno de los dos extremos, puesto que no podemos asegurar que existiera en esta época una red de caminos debidamente delimitada y en funcionamiento continuo a lo largo de todo el territorio peninsular, ni tampoco considerar que los objetos, o su conocimiento, se trasladan poco más que de mano en mano entre las distintas comunidades. Debieron existir procesos de aculturación que llevaran de forma progresiva las cerámicas de Cogotas I hasta regiones más o menos alejadas, pero también es posible detectar contactos a larga distancia, para lo que se necesitan unas rutas, más o menos precisas, aunque en ocasiones éstas no sean más que la suma de pequeñas vías locales o interiores empalmadas gracias a recurrentes pasos de montaña o significativos vados de río.

En cualquier caso la “expansión” de Cogotas I sigue unos caminos que trataremos de descubrir a través de la repetida constatación de hallazgos de sus cerámicas en puntos conectados por las vías naturales. Sin embargo, debe quedar claro que estos itinerarios no serían nunca el resultado de un planteamiento predeterminado y ordenado; por el contrario, parecen surgir de forma espontánea gracias a un cúmulo de circunstancias, y no con el fin de servir de vehículo a la citada producción alfarera. Los caminos existían ya de antemano, la naturaleza los

había trazado a su capricho, principalmente a través de los cauces fluviales, los vados y los puertos de montaña; las poblaciones prehistóricas únicamente los utilizarán en función de sus necesidades sociales o económicas.

Para tratar de establecer el trazado de estas rutas prehistóricas hemos de tener en cuenta varios aspectos fundamentales. El primero de ellos responde a una constante histórica bastante firme: el hecho de que asentamientos humanos y trazado de caminos se condicionen mutuamente, puesto que éstos últimos se tienden siempre entre distintos núcleos de población, pero también son capaces de atraer el establecimiento de nuevos poblados (Uriol, 1990: 2).<sup>142</sup> El segundo aspecto que hemos de tener en cuenta en nuestro estudio es la “viabilidad caminera” -«la posibilidad de trazar caminos por una región o territorio» (Ibidem)-. En este último juega un papel fundamental la geografía del terreno, que tendrá un mayor peso cuanto más primitiva sea la organización social a la que nos referimos y menos evolucionado el concepto político. En este sentido parece lógico pensar que en una sociedad no estatal y sin un poder centralizado capaz de organizar el esfuerzo necesario para vencer los obstáculos de la naturaleza, los principales caminos han de transcurrir por los terrenos más accesibles y fáciles de transitar. De la misma manera, creemos que el trazado de caminos, o la utilización de vías naturales, se guía en estas fechas por la ley del mínimo esfuerzo (Álvarez Rojas y Gil, 1988: 306), lo que lleva a buscar siempre los lugares más cómodos.

Una vía de comunicación importante en cualquier momento es el cauce de un río, ya que su seguimiento implica una valiosa referencia para un regreso seguro. Por esta razón, y por el hecho de que muchos de los cursos fluviales analizados se ven

---

<sup>142</sup> En esta misma línea Beltrán (1990: 45) nos dice que las vías de comunicación son a la vez consecuencia y causa del poblamiento, puesto que cumplen el cometido de relacionar entre sí las ciudades o núcleos de población.

jalonados por hallazgos de cerámicas de tipo Cogotas I, creemos que es principalmente a través de la red fluvial ibérica por donde se realizan los contactos del grupo meseteño con otras regiones peninsulares (Fig. 96). El seguimiento de los ríos acarrea, sin embargo, algunos inconvenientes, como salvar el propio cauce o el tránsito a través de las zonas donde aquellos transcurren encajados en el terreno. El primer problema pudo ser solucionado gracias a la utilización de los vados, que serían especialmente transitables en época estival, y a la utilización de barcas o almadías (Uriol, 1990: 3); en el segundo caso, los tramos más impracticables pudieron ser evitados y sustituidos por terrenos más llanos en los interfluvios, sin perder la referencia del cauce principal.

Pero ¿cuáles serían las posibilidades de tránsito de los caminos o rutas naturales existentes en la Edad del Bronce?. Ya hemos mencionado que se trata de vías más o menos espontáneas, que surgen por unas condiciones naturales favorables, pero que carecen de cualquier tipo de acondicionamiento que no sea el de una mayor firmeza del suelo adquirida por el continuo paso en algunos lugares muy transitados. Por esta razón habría condicionamientos que influirían en la mayor o menor transitabilidad de la ruta. El principal de ellos sería el clima; es evidente que en una época de lluvias, las posibilidades de trasladarse de un lado a otro se verían realmente mermadas, puesto que los barroes impedirían un avance efectivo y podían anegar los valles por los que transcurren los caminos más frecuentados. Por esta razón nos parece lógico pensar que las comunicaciones entre los distintos territorios se debieron establecer en las estaciones menos húmedas, sobre todo en verano, cuando además la sequía haría bajar el caudal de los ríos haciéndolos más fáciles de vadear.

Antes de iniciar la descripción de las distintas rutas identificadas a través de los hallazgos de Cogotas I, queremos apuntar la posibilidad de que

alguna de ellas se vea corroborada por testimonios pertenecientes a los períodos históricos. En este sentido creemos que existen varias coincidencias con el trazado de la red viaria romana. Esta, a pesar de establecerse con un claro objetivo político -la conquista y romanización de la Península- (Álvarez Rojas y Gil, 1988: 305), se guía también por el criterio de menor esfuerzo y, por lo tanto, va a buscar los pasos más accesibles y los puertos menos complicados. Para ella, se ha supuesto, además, una superposición a los caminos previos y una adaptación a las rutas naturales (Beltrán, 1990: 45; Caamaño, 1979: 281), por lo que no ha de extrañarnos que ciertos tramos de calzadas romanas transcurran por senderos a través de los cuales, muchos siglos antes, se transmitieron los influjos de Cogotas I; algo que no hace sino corroborar la secular utilización de las vías a lo largo del tiempo. Como ejemplo de esta concurrencia podemos citar ahora las rutas del Vinalopó y del Segura-Guadalentín hasta la Hoya de Baza en el Sureste, la del Guadiana Menor en la Alta Andalucía, la del Guadalquivir procedente de Despeñaperros, la del Jalón-Henares entre el valle del Ebro y la Submeseta Sur, la del Alhama en La Rioja, y la de Pancorbo entre la Meseta castellana y el Alto Ebro (ver mapa de Uriol, 1990: 26).

En fases históricas posteriores la posibilidad de encontrar restos de aquellos caminos se limita a las huellas que de ellos haya dejado la infraestructura romana, puesto que ésta va a ser la base de los caminos de la conquista musulmana y de la red viaria medieval (Uriol, 1990: 26, 45, 64).

### *Las rutas de la "Expansión" de Cogotas I*

Cuando tratamos el territorio nuclear de Cogotas I ya observábamos como los poblados se disponían en función de los cauces de los principales ríos, tanto en la Submeseta Superior como en la Inferior, por lo que debieron ser estas vías las utilizadas

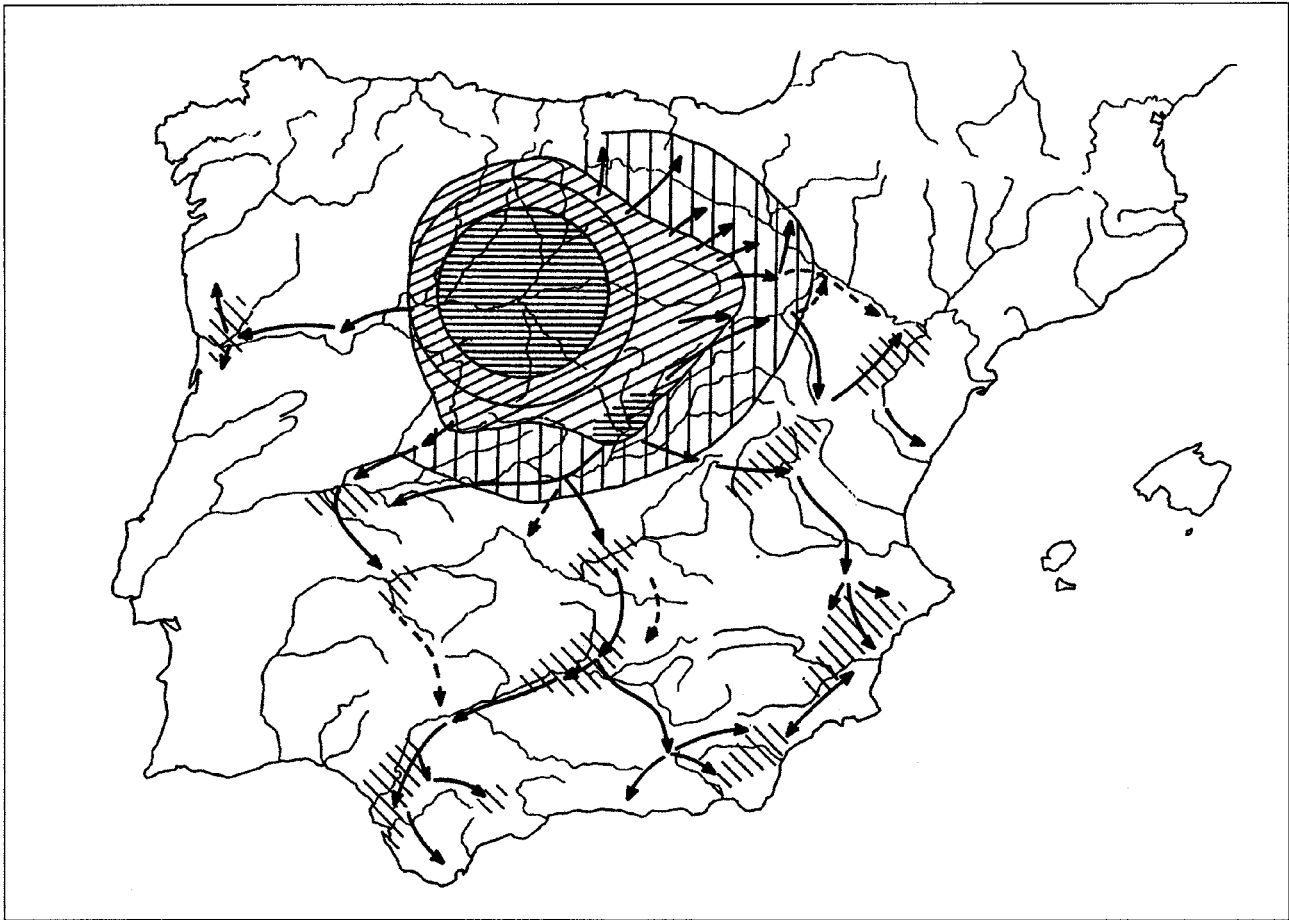


Figura 96. Direcciones tomadas por las influencias de Cogotas I y regiones a las que afecta.

para las comunicaciones interiores entre las distintas comunidades. Los contactos entre los dos sectores del área nuclear se establecerían a través del Sistema Central. Los pasos utilizados en este sentido pudieron ser el de Guadarrama, muy cerca del cual se encuentra el yacimiento de las Canteras de Zarzalejo (Madrid), o el de Navacerrada, que pone en comunicación la cabecera del Eresma (Segovia), donde conocemos yacimientos de signo Cogotas I, con la del Manzanares en Madrid, en cuyo curso alto se encuentra el Abrigo de los Aljibes. También pudieron ser aprovechados los pasos más orientales del Sistema Central, entre Soria y Guadalajara, dando acceso directamente al valle del Henares y a sus afluentes (Sorbe), a través de las Sierras de Ayllón, Pela y los Altos de Barahona.

Partiendo del área nuclear se pueden trazar algunos caminos a través de la coincidencia de los hallazgos arqueológicos y de las sendas naturales (Fig. 96). La primera gran ruta se establece con cierta nitidez a través del paso de Pancorbo, labrado por el río Oroncillo en los Montes Obarenes, que comunica el Norte de Burgos con el Alto Ebro. Esta vía, que se mantendrá en la red de la Hispania romana, comunica los poblados del grupo de Cogotas I del valle del Arlanzón con los de la provincia de Álava, y se ve constatada por la presencia en el mismo desfiladero de tres estaciones de signo Protocogotas y una cueva cercana adscribible a Cogotas I pleno. El camino, una vez alcanzado y atravesado el Ebro a la altura de Miranda, se diversificaría en forma de abanico siguiendo diversos

afluentes que desembocan en las proximidades de esta población: Omecillo, Bayas, Zadorra, Ayuda e Inglares, en cuyos valles se han localizado diversas estaciones de signo Cogotas I o con algunos ejemplos de cerámicas de este tipo. Esta ruta, a juzgar por el número de yacimientos alaveses afectados por la tradición meseteña, y por el alto grado de acercamiento de muchos de ellos, debió ser una de las más transitadas.

Desde el Este de Burgos y el Norte de Soria la filtración de influencias de Cogotas I hacia La Rioja y el Sur de Navarra se produce a través de los ríos que remontan las sierras centrales del Sistema Ibérico -Najerilla, Iregua, Alhama y Queiles-, cuyas cabeceras conectan con las de los primeros afluentes del Duero. De todos estos caminos fluviales, es el del Alhama el que mejores condiciones de transitabilidad ofrece, puesto que transcurre por tierras menos elevadas que el resto (cota máxima de 1150 m.) y su nacimiento (Suellacabras, Soria) se encuentra muy próximo a Numancia y al propio Duero.<sup>143</sup> Otro camino seguido por las influencias de Cogotas I debió bordear Moncayo para seguir el interfluvio Huecha-Queiles por tierras zaragozanas hasta Moncín (Borja, Zaragoza) y los yacimientos de la ribera navarra del Ebro y de Bardenas Reales.

Más al Sur encontramos la ruta natural del Jalón, una de las más utilizadas durante la Prehistoria y los tiempos históricos. Este gran afluente del Ebro nace en la Sierra Ministra, en tierras sorianas y dentro del Campo de Medinaceli, muy próximo al propio río Duero y a varios yacimientos Protocogotas y Cogotas I -Los Tolmos de Caracena y La Riba de Escalote-. La divisoria de aguas entre la cuenca del Duero y del Ebro no está marcada aquí por grandes elevaciones, por lo que nos encontramos ante una auténtica región de contacto entre unidades geográficas distintas. Varios yacimientos instalados a orillas del río Jalón

certifican la presencia de Cogotas I a lo largo de este camino natural; ya en el curso alto del río y todavía en la provincia de Soria se localizan Caltilviejo de Yuba y Arcos de Jalón, aguas abajo se repiten las evidencias en Alhama de Aragón y en la Sierra de los Almantes en Calatayud (Zaragoza). A partir de este punto pudo continuar hasta el Ebro, aunque las huellas arqueológicas en este tramo del río son menos concluyentes. La ruta del Jalón, que constituye un auténtico corte en el seno del Sistema Ibérico, enlaza con la del Henares en la Submeseta Sur, lo que permite el transcurrir fluido de influjos entre este territorio, la cuenca del Duero y Aragón. También funcionan en este sector de confluencia la vía del Manubles, uno de los afluentes del Jalón que nace en Soria y alcanza, a través de su interfluvio con el Ribota, la Sierra de los Almantes de Calatayud; o la del Mesa, que desde el Noreste de Guadalajara se adentra en Zaragoza para morir igualmente en aquel río.

La importancia de la vía Jalón-Henares se ve claramente corroborada por su conversión en una de las principales calzadas romanas que articulan la comunicación entre *Emerita Augusta* y *Caesaraugusta* (Magallón, 1990: 314).

En el interior de Aragón los elementos de Cogotas I, llegados de manera directa o indirecta, recorren otros caminos que también utilizan los cauces y los valles fluviales. Una posibilidad está en el recorrido de la ribera del Ebro aguas abajo desde los poblados de Navarra, que podría dar explicación a la existencia de cerámicas de Cogotas I en Mina Real (Zaragoza) y Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza). Por otro lado, a partir del Jalón, las influencias del grupo meseteño pudieron continuar remontando el Jiloca (Piedra la Lanza y El Castillejo), para acceder a las tierras altas de Teruel (La Muela de Galve), y desde aquí transmitirse hacia el curso bajo del Ebro. En este último caso, la comunicación se establecería

---

143 Esta vía será una de las más importantes en la conquista romana de la Celtiberia.

a partir del valle del Guadalope (Mas del Hambre, Siriguarach, Cabezo del Cuervo y Cabezo Sellado), y desde el curso bajo de este río, a través de las tierras del Desierto de Calanda, hasta el curso bajo del río Martín, nuevamente en las proximidades del Ebro.

Por otra parte, desde la Sierra de Teruel se pudieron transmitir los elementos de Cogotas I a través del río Mijares hasta la zona Norte del País Valenciano, donde nos encontramos, algo aislados, los yacimientos del Castellet y Oropesa la Vella (Castellón).

En la Submeseta Sur, como ocurría con el Duero en la zona nuclear, el Tajo puede considerarse la principal referencia viaria para los contactos establecidos por Cogotas I. De la misma región parte la que podemos denominar “ruta del Sureste”. Su inicio se encuentra en el valle del Henares (Ecce Homo), atraviesa el Tajuña y el Tajo a la altura de Carabaña y Estremera respectivamente, y entra en la provincia de Cuenca, donde encontramos poblados de Cogotas I como el de Huete. En esta provincia, tras una diversificación de ramales por la Sierra responsables de la aparición de yacimientos tan importantes como el de Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, desciende por el valle del río Cabriel para entrar en Valencia por el puerto de Contreras y conectar, a través de la cuenca del Magro, con la Plana de Requena-Utiel y los yacimientos de La Peladilla y Cerro de la Cruz. A partir de aquí, probablemente siguiendo el valle de Cofrenes y el puerto de Almansa, accede a la cabecera del río Vinalopó (Cabezo Redondo de Villena, Castillo de Sax, Monastil, La Pedrera y El Tabayá), cuyo curso la conduce al Bajo Segura. En esta ruta se ha querido ver el antecedente de la vía romana que, a través de *Segobriga* y *Saltigi*, conecta *Complutum* con *Cartago Nova* (Almagro-Gorbea y Fernández-Galiano, 1980: 115-116).

El mismo camino tiene continuación hacia Murcia por el valle del Segura-Guadalentín (San Antón, Callosa, Totana), e incluso podría alcanzar

por aquí hasta la desembocadura del Almanzora (Fuente Álamo) en Almería; unos trazados que encuentran también su reflejo en la España romana.

Desde el Tajo medio (grupo de poblados de Toledo) partirían varios caminos en dirección Sur que salvarían los Montes de Toledo por sus estribaciones orientales para conectar con el Guadiana (Alcázar de San Juan y Malagón) y el Campo de Calatrava, y desde aquí dirigirse a Sierra Morena. El paso de esta cordillera se produciría por Despeñaperros o Los Pedroches, conectando así con los yacimientos del Norte de Jaén (Peñalosa, Cástulo, Sevilleja), desde donde se utilizarían los valles e interfluvios de afluentes como el Rumbiar y el Guarrizas para llegar hasta el Guadalquivir.

Desde la Alta Andalucía, las influencias de Cogotas I pudieron trasladarse en distintas direcciones. Una de ellas seguiría el curso del Guadiana Menor y del Fardes, y llegaría a la Hoya de Guadix, donde se encuentra el más emblemático de los poblados de Cogotas I de Andalucía: La Cuesta del Negro de Purullena (Granada). Partiendo de este yacimiento se puede conectar con el de Monachil y con el de Salobreña sin demasiadas dificultades e incluso con los del Almanzora a través de la Hoya de Baza. La segunda ruta iniciada en Andalucía seguiría el mismo cauce del Betis desde tierras de Jaén y Córdoba (Cerro Venate y Montoro) hasta Las Marismas (Lebrija) y la bahía gaditana (Campín). Desde la zona de Carmona, se iniciaría una nueva ruta que llevaría las influencias de Cogotas I remontando el río Corbones (Montemolín) hasta la Serranía de Ronda en Málaga.

En este último sector se vuelven a repetir las coincidencias con la red romana, sobre todo a partir de Despeñaperros y a través del Betis.

Menos comprobadas están las comunicaciones por el Suroeste de la Meseta Superior en dirección a Extremadura, donde los hallazgos de Cogotas I no están aún suficientemente contrasta-

dos. La ruta natural con mejores ventajas para la comunicación entre estos dos territorios es, sin duda, el valle del Alagón, uno de los principales afluentes del Tajo que penetra en Salamanca por el pasillo existente entre las Sierras de Gata y de Gredos. En concreto, la comunicación pudo establecerse a través del valle del Jerte y la Falla de Plasencia, entre los estratégicos puertos de Béjar y Tornavacas (donde encontramos poblados de signo Cogotas como El Tranco del Diablo y La Corvera) y la Cueva del Boquique en Plasencia. La ruta se continuaría por el vado de Alconétar sobre el Tajo hasta conectar con el Guadiana en Badajoz (La Alcazaba) (Álvarez Rojas y Gil Montes, 1988: 309), aunque también pudo seguir hacia Mérida, preluando el posterior Camino de la Plata; pero no podemos asegurar que Cogotas I se difundieran más al Sur por esta vía, puesto que no se documentan hallazgos de este tipo en la parte meridional de Badajoz ni al Norte de las provincias de Huelva y Sevilla.

Desde el occidente de la Meseta también se produjo un traspaso de influencias a juzgar por los hallazgos de cerámicas de boquique localizados en la provincia portuguesa de Douro Litoral. En este caso el camino seguido como vía natural indiscutible fue el mismo río Duero.

Por lo tanto, encontramos una clara pluralidad de caminos naturales por donde supuestamente se pudieron difundir las cerámicas de tipo Cogotas I. Esta diversidad responde, precisamente, al carácter multifacial que tiene la “expansión”; las diferentes direcciones o las variantes en una ruta pueden responden a la disparidad cronológica, es decir, al distinto momento en el que se realizan los contactos, y también a una diferenciación de las causas que los provocan. Quizás es posible admitir una dualidad en el uso de los caminos naturales; por una parte las rutas cortas entre la región nuclear y los territorios de contacto, a través de las cuales la difusión se pudo producir por una aculturación progresiva, y por otra

las grandes rutas que llevan a espacios más alejados, sobre todo el Sur y Sureste, y por las que la tradición decorativa de Cogotas I pudo ser trasladada directamente desde el territorio nuclear en virtud de diversos mecanismos, para, una vez allí, propagarse por caminos interiores y locales.

Esta dualidad en las vías de comunicación de Cogotas I se plasma en dos modelos de red: radial y lineal (Fig. 96). La red radial afecta, a través de trazados de medio recorrido y disposición subparalela, a las zonas aledañas de la zona nuclear por el Norte, el Este y el Sur, alcanzando fundamentalmente a la llamada zona de contacto. La red lineal observa trazados más dilatados y dirigidos en una dirección concreta, a pesar de que en un determinado punto puedan diversificarse.

En definitiva, ha de quedar claro que lo que aquí hemos llamado *rutas de la expansión* no han de verse como caminos establecidos, ni siquiera como vías a través de las que se mueven “de forma física” las gentes o los productos de Cogotas I. En el fondo, lo único que podemos y queremos asegurar es que existen lugares afectados por la tradición meseteña que se encuentran conectados a través de caminos naturales gracias a los cuales se pudieron dar a conocer las nuevas modas cerámicas.

### II.3. ¿Por qué? Las causas y los factores de la difusión

Ha llegado el momento, una vez analizadas las evidencias y su implantación geográfica por las distintas regiones de la Península Ibérica, de plantearnos cuáles son las causas que provocan la aparición de las cerámicas de tipo Cogotas I fuera de su área nuclear. En primer lugar nos ocuparemos de enmarcar el proceso dentro de una concepción global, “la difusión”, para posteriormente abordar



todas y cada una de las posibles explicaciones particulares del mismo, y terminar describiendo cuáles son los factores que favorecen su éxito.

#### a) *Difusión y Aculturación*

Este tipo de fenómenos, a través de los cuales un determinado componente de un grupo arqueológico, instalado en un espacio concreto, se ve reflejado en otro distinto y más o menos alejado, viene siendo analizado en los últimos años como el resultado de la *difusión cultural* o de la *aculturación*, procesos que se enmarcan dentro del *contacto cultural* entre distintos grupos. La difusión se puede considerar, por lo tanto, la raíz principal de la dispersión del tipo cerámico de Cogotas I. Por esta razón hemos preferido abrir un apartado concreto destinado a las causas de la “expansión” en vez de referirlas dentro del estudio que hemos realizado de cada región, puesto que en el fondo de todas las que podamos describir subyace el mismo concepto global que, sin embargo, debemos matizar y adaptar al caso que nos ocupa.

Son muchas y de diferente calibre las definiciones que se pueden encontrar de *aculturación*, sobre todo si nos adentramos en el campo de la antropología cultural. M. Almagro-Gorbea la describe como un fenómeno de cambio o transformación cultural surgido como consecuencia de la entrada en contacto de dos culturas diferentes. Un proceso que se basa en la capacidad del hombre de asimilar lo que ve o experimenta y en el que no actúa la imposición externa de grupos ajenos, incorporando estas nuevas enseñanzas a su propio acervo cultural según su capacidad y sus necesidades (Almagro-Gorbea, 1992: 634). Según Redfiel, Linton y Herskovits «*la aculturación comprende aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos que tienen culturas diferentes se ponen en constante e inmediato contacto, con subsiguientes cambios en los patrones de la cultura original de uno*

*de los grupos o de ambos*» (Alcina, 1989: 183). Este concepto, a pesar de la ambigüedad intrínseca de la palabra, parece que exige dos condiciones; la primera es la necesidad de contacto entre dos culturas diferentes, y la segunda la existencia de cambios provocados por ese contacto, ya sean en uno o en los dos protagonistas del proceso. Teniendo en cuenta estas premisas, hemos de preguntarnos si podemos aplicar este concepto al fenómeno protagonizado por Cogotas I en la Edad del Bronce. Sin duda, existe un contacto, directo o indirecto -por lo menos así parece avalarlo la dispersión de su cerámica característica-, y también un cambio, más o menos profundo según las zonas, en las sociedades receptoras de aquellas producciones. Sin embargo, siendo realistas, no podemos establecer una inquebrantable relación entre uno y otro suceso, es decir, entre la aparición de las cerámicas de tipo Cogotas I y las transformaciones operadas en el substrato.

A nuestro entender, aculturación, aceptando las definiciones anteriores, supone cambio por emulación, de forma unilateral -aceptación de unas tradiciones foráneas y desdibujamiento de las autóctonas-, o bilateral (incluso multilateral) -intercambio de soluciones y actitudes entre las culturas involucradas-. Por todo ello, creemos que el concepto de aculturación no se puede aplicar al fenómeno aquí estudiado sin peligro de que se confunda con una “cogotización”, razón por la cual preferimos hablar de “aculturación parcial” o “aculturación material” -referida fundamentalmente a la cerámica-, que sólo en determinadas ocasiones puede ser la punta de lanza para una aculturación más amplia y que abarque a otros aspectos de la cultura.

El término *difusión*, a pesar de su carga de ambigüedad, resulta más cómodo a la hora de ser aplicado al caso de Cogotas I. En primer lugar porque sirve, según el diccionario, para referirse a la

propagación o divulgación de conocimientos, noticias, actitudes, costumbres, modas, etc; y en segundo lugar porque las definiciones antropológicas son más ajustadas a la realidad que nosotros planteamos. Linton definía la difusión como la transferencia de elementos de cultura de una sociedad a otra; para G. Childe significaba la adopción por una sociedad independiente de las renovaciones introducidas por otras; para Herskovits consiste en un aspecto del cambio cultural que incluye transmisión de técnicas, actitudes, conceptos y puntos de vista de un pueblo a otro, tanto si es por medio de un individuo o un grupo como si se hace a través de un contacto breve o prolongado; y para Alcina se trata de un aspecto parcial de la aculturación (Linton, 1942: 316; Alcina, 1989; Ruiz Zapatero, 1983: 147).

En definitiva, nosotros preferimos hablar de difusión o divulgación, puesto que de esta manera se puede aludir a elementos culturales concretos, a aspectos sesgados de la cultura, sin que, como parece implicar la aculturación, sea necesario un cambio profundo ni la adopción de unos patrones foráneos. Ninguno de los términos utilizados, por otra parte, conlleva necesariamente el traslado de elementos humanos de un territorio a otro, aunque sí exige un mínimo contacto entre los individuos de los diferentes grupos involucrados, ya sea de forma directa o indirecta, de manera que se pueda producir el acceso a los elementos innovadores.

Consideramos, por lo tanto, que detrás de la aparición de cerámicas de tipo Cogotas I fuera de lo que hemos delimitado como área nuclear, se encuentra un proceso de *difusión cultural*, o de *aculturación parcial*, que se concreta, sobre todo, en la producción alfarera. Se trata, en el fondo, de la propagación de una moda cerámica, o de la divulgación de unas determinadas características decorativas, detrás de la cual pueden, sin embargo, esconderse diferentes razones.

### *b) Las razones específicas. Los diferentes vehículos de la difusión*

En un fenómeno tan dispar geográfica y cronológicamente, y con una variedad importante en el grado de implantación en los distintos poblados en los que se documenta, es bastante lógico encontrarnos, de la misma manera, con una amplia diversidad en los motivos que lo provocan. Esta diferenciación no se establece únicamente entre las distintas regiones, sino también en el interior de las mismas y según cual sea el momento en el que se produzca la intrusión.

Pueden ser muchas las causas que llevan a un grupo concreto a desbordar su territorio habitual e incidir en las regiones vecinas; puede tratarse de motivos políticos, económicos, demográficos y sociales; lo difícil está en que éstos puedan ser identificados con claridad. A pesar de que las huellas arqueológicas, en el caso de Cogotas más que en otros, se muestren poco eficaces para interpretar tales causas, no debemos renunciar a las posibilidades que continuamente se abren en el campo de la arqueología; desde la identificación de elementos traza en las arcillas de las cerámicas que nos ayuden a rastrear el origen de las producciones, hasta la posible identificación del lugar de pasto del ganado a través del análisis de los restos faunísticos. Por desgracia, estos medios no están al alcance de todo investigador ni es posible que se realicen en todas las muestras obtenidas sin una inversión desproporcionada de esfuerzo. Por lo tanto, las soluciones, por lo menos a la espera de otros medios, han de basarse especialmente en la deducción a partir de las informaciones disponibles, tanto del área nuclear como del área de expansión.

#### *b.1. Repaso historiográfico*

En los distintos trabajos que a lo largo de los años han hecho frente a este problema se han propuesto diferentes causas o soluciones que, de

forma general, nunca son el resultado de un análisis exhaustivo, ni siquiera de una meditación profunda. Cuando desde la Universidad de Granada se excavó el poblado de la Cuesta del Negro (Purullena), recuperando un importante conjunto cerámico similar a los de Cogotas I, Molina y Pareja (1975: 55-56) lo interpretaron como una «auténtica *avanzadilla en Andalucía Oriental de la cultura del Bronce Final de la Meseta*» y «como uno de los pocos enclaves que jalonarían los caminos de la Meseta hacia el sur, para facilitar la trashumancia de ganado». Esta teoría fue enseñada aceptada por otros investigadores (Molina y Arteaga, 1976: 187; Jimeno, 1978: 63) y seguirá siendo el argumento preferido en los estudios de carácter general y particular hasta nuestros días (Fernández Manzano, 1985: 71; Blázquez, García-Gelabert y Arenas, 1987: 297; Delibes y Romero, 1992: 242).

El trabajo de Fernández-Posse para el Homenaje a L. Siret es el primero que aborda de forma global y desde una perspectiva interna, la hipotética “expansión de Cogotas I”. Esta autora plantea desde el primer momento que no se trata de un grueso movimiento de gentes portadoras de cultura en busca de nuevos modos de vida, sino de interrelaciones evidenciadas por la aparición de sus típicas cerámicas decoradas dentro de otros círculos culturales (Fernández-Posse, 1986: 482-483); sin embargo, no profundiza en las causas que llevan a provocar estos procesos de “interrelación”. En una publicación posterior, la misma investigadora, en colaboración con Concha Martín, (Fernández-Posse y Martín, 1991: 82) se decanta claramente por considerar la llamada “expansión” de Cogotas I como contactos de escasa entidad y no como el producto de movimientos de población provocados por un modo de vida ganadera. En la misma línea, el prehistoriador M. Almagro-Gorbea (1986: 379) piensa que, a pesar del desarrollo pastoril del grupo, por el momento no se puede demostrar la organización de trashumancia a larga distancia.

Uno de los autores con más trayectoria en la investigación de Cogotas I, G. Delibes de Castro, menciona en varios de sus trabajos la idea de los movimientos ganaderos trashumantes relacionados con las penetraciones de este grupo en las regiones periféricas de la Península Ibérica. Sin embargo, desde los primeros momentos, además de plantear la posibilidad de que la “expansión” meseteña siga rutas ganaderas, indica que tal vez se trate únicamente de intercambios comerciales (Delibes, 1983: 89). Más recientemente (Delibes y Romero, 1992: 241-242) aborda el tema para plantear el modelo al que responde la hipotética expansión, negando toda posibilidad de que sea el resultado de una oleada de avance o de una ampliación intencionada de los dominios territoriales del grupo. Analizando el escaso papel que juegan los materiales meseteños en los territorios alcanzados, exigüos y de carácter intrusivo -incluidos en contextos ajenos- la mayoría de las veces, llega a la conclusión de que existen *yacimientos con cerámica Cogotas I*, pero no *yacimientos Cogotas I* fuera del territorio nuclear, aunque también apunta la posibilidad de excluir de esta generalidad el yacimiento de Cuesta del Negro, donde parece posible defender la presencia efectiva de contingente humano de la Meseta. En el mismo trabajo, se considera sugerente la teoría de las penetraciones de carácter trashumante para explicar este último caso, pero se apuesta por un intercambio pacífico con los pequeños núcleos locales y por una serie de contactos escalonados y más o menos episódicos. Por último, en un reciente estudio, Delibes (1995b: 115-118) plantea algunas de las soluciones posibles a este problema, desde la invasión o conquista -teoría que rechaza-, al intercambio de las piezas como bienes de prestigio, haciendo especial hincapié en la explicación a través de los movimientos de pastores trashumantes.

Interesante es también la reflexión sobre este particular que hacen Castro, Micó y Sanahuja

(1995: 72-73), quienes piensan que incorporar los modelos decorativos de Cogotas I a otras tradiciones cerámicas resulta dificultoso sin una imposición social, puesto que un estilo como el que nos ocupa supone «una socialización de los modelos de referencia en el aprendizaje de los modos de manufacturación cerámica». Sin embargo, tal imposición no parece ocurrir, por lo menos en Andalucía, por lo que consideran que «la introducción de la decoración Cogotas I sólo pudo haberse efectuado mediante la participación en su fabricación de quienes interiorizaron las maneras de realizar cerámicas del grupo de Cogotas I» y que la presencia efectiva de éstos resulta de mecanismos regulados de movilidad social interregional. En este punto mencionan dos posibilidades muy sugestivas, el artesanado ambulante y la exogamia, pero no se profundiza más en la cuestión.

A pesar de estos pequeños intentos, el fenómeno de la “expansión” de Cogotas I no se ha visto justificado suficientemente, sobre todo porque nunca se ha profundizado en el análisis discriminado de las distintas propuestas. Este es, por lo tanto, el trabajo que, tras este breve repaso por la historia de la investigación, debemos acometer. Para ello hemos dividido las propuestas en varios apartados; primero trataremos las causas de tipo demográfico y militar, o sea, las que implican grandes movimientos de población; posteriormente los razonamientos económicos -entre los que dedicaremos una especial atención a la trashumancia-; y por último las explicaciones de corte social.

### *b.2. Las invasiones, las grandes migraciones y la conquista militar: argumentos para rechazar*

El recurso a los grandes movimientos de población como explicación de la introducción en un determinado espacio de novedades en la cultura material tuvo su época de apogeo en otro momento que, sin duda, no es el actual. Recordemos, puesto

que interesa al mismo grupo de Cogotas I, cómo durante décadas se pesó que la documentación de cerámicas excisas en la Península Ibérica respondía a la llegada de auténticas oleadas de gentes indoeuropeas procedentes del centro del continente, las cuales se instalarían sobre el nuevo territorio sustituyendo, antes o después, a las culturas precedentes. Hoy en día, la tendencia general prefiere indagar las razones de los cambios culturales en el interior de los propios grupos que los sufren, o, al menos, minimizan el papel de los traslados humanos en las transformaciones (Clark, 1992: 18). Sin embargo, cabe la posibilidad de que, en mayor o menor grado y en determinadas circunstancias, aquellos tuvieran lugar, por lo que se hace necesario definir cuáles son las evidencias que los delatan, o cómo pueden ser descubiertos a través del registro arqueológico.

En este sentido, y desde una perspectiva amplia, Ruiz Zapatero (1983: 148-149) analiza las condiciones que autores como Haury, Adams y Myhre establecen para que, a través del registro material, se pueda hablar de migraciones. Entre ellas podemos apuntar la aparición repentina de un número sustancial de nuevos elementos culturales que no tengan prototipos locales, la modificación de formas o estilos tradicionales, la existencia de un foco de origen claro, y la posibilidad de descubrir un cambio en la antropología física. Riquet (*Ibidem*) considera que sólo puede hablarse de inmigración en una zona cuando exista una ruptura cultural y una ruptura antropológica clara respecto del momento anterior.

En el caso de la “expansión” de Cogotas I, la migración poblacional no se ha planteado de forma explícita como causa general del fenómeno; pero la ambigüedad de muchas de las referencias hechas desde lugares concretos, en los que se habla de la llegada de gentes meseteñas, podría ser interpretada en este sentido. Con el fin de evitar el confusio-nismo y de establecer lo inapropiado del razonamiento en este caso, hemos intentado descubrir

aquellas evidencias arqueológicas que demuestran la existencia de este tipo de procesos.

Los criterios de búsqueda no son excesivamente nítidos, puesto que también son susceptibles de una interpretación subjetiva, por lo que hemos de hacer hincapié en que la constatación de alguna de las condiciones requeridas de forma aislada tampoco puede asegurar, por sí sola, la existencia de migración a gran escala. Por otra parte, las evidencias tendrían que mostrarse además de forma más generalizada por las regiones afectadas, y no tanto a través de su presencia en un mayor número de yacimientos -que en algunos sectores es bastante elevado- como gracias a un mayor peso de las mismas dentro de los conjuntos materiales. En líneas generales, las huellas de la “expansión” son demasiado diversas y dispersas, temporal y geográficamente como para sospechar siquiera la existencia de traslados masivos de contingentes humanos. No se produce en las “regiones de expansión” una transformación cultural y en ningún caso se puede documentar la suplantación humana, por lo que se hace difícil la aceptación de esta teoría.

Lo inapropiado de esta explicación como causa de la “expansión” de Cogotas I fuera de la Meseta se pone de manifiesto si comparamos este proceso con el sufrido por los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica. G. Ruiz Zapatero aplica en su tesis doctoral las condiciones establecidas por alguno de los autores anteriormente citados, comprobando que se cumplen con bastante rigor: irrupción de una nueva cultura material, introducción de unos nuevos hábitats y ritos funerarios, documentación de un foco de origen donde al mismo tiempo funcionan los mismos tipos cerámicos, cortes estratigráficos en los poblados locales y dispersión geográfica, incluso adopción de una nueva lengua. Estas evidencias llevan al autor a aceptar la existencia de pequeñas penetraciones, más que invasiones, llevadas a cabo de forma no violenta,

y a través de un modelo de “Oleada de Avance” según el cual la ampliación del espacio afectado es directamente proporcional al tiempo transcurrido desde el comienzo de los movimientos (Ruiz Zapatero, 1985: 1035-1051). En el caso de Cogotas I las diferencias son notables. No se produce, de forma generalizada, una transformación de la cultura material, no hay cambios homogéneos en los poblados y hábitats -y cuando estos aparecen no reflejan patrones similares a los del grupo original-, los cortes estratigráficos no son la regla general, ni los territorios afectados se van ampliando de manera paulatina -existen manifestaciones de la primera fase en los territorios más alejados-, por lo que no es posible aplicar la teoría de la oleada de avance.

Tampoco encontramos en la Meseta huellas de una situación que actuara como desencadenante de fenómenos de este tipo. Dentro de las explicaciones migracionistas se suele acudir en este sentido a la existencia de una coyuntura de presión demográfica que acabase por expulsar efectivos humanos fuera de sus “límites” nucleares. Algo así parece inimaginable en unos grupos que, según todos los indicios, se mueven con bastante holgura por el territorio cambiando de hábitat con frecuencia y con un sistema de poblamiento muy inestable y de carácter intermitente. Además, existen dentro de la zona nuclear y en las regiones inmediatas grandes espacios en los que los hallazgos de Cogotas I son muy escasos o están ausentes (Norte de León, Suroeste de Salamanca, Ciudad Real, Sur de Cuenca, Albacete, etc.), que podrían haber sido ocupados intensivamente antes que otras zonas más alejadas. Por otra parte, creemos que un traslado generalizado de población provocaría en el lugar de destino una realidad bastante semejante a la del punto de origen, por lo menos en la cultura material, aspecto que sólo ocurre en contadas ocasiones.

Por lo tanto faltan, para aceptar la existencia de invasiones o grandes migraciones, por un lado las

evidencias en la zona nuclear que sirvan de base para plantear la necesidad de traslados de población y, por otro, las pruebas exigidas en la zona de expansión, razonamientos que esgrimimos para desestimar esta teoría como causa de la llamada “expansión” de Cogotas I.

El rechazo de teorías migracionistas no es óbice para dejar hueco a la posibilidad de que, sin embargo, se produzcan algunos traslados de población de carácter puntual, esporádico y que no conlleven la movilización de un número importante de personas. Dentro de este margen, creemos posible que se produjeran situaciones aisladas de alta densidad de población en sectores concretos de la zona nuclear que provocasen el lanzamiento de grupos más o menos reducidos hacia regiones alejadas gracias a un conocimiento previo de las mismas en función de contactos culturales de otro tipo.

A tal situación se pudo haber llegado a través de dos fenómenos distintos; gracias a una intensificación económica que provocase un aumento de la población del grupo y la necesidad de su disgregación, y por otro ante situaciones puntuales de sequía, plagas o malas cosechas que desencadenan una escasez de alimentos (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 521-524). En ambos casos una solución podría ser la de fragmentar la familia extensa y que uno de los subgrupos emprenda la aventura de buscar un nuevo asentamiento. Sin embargo, éste sólo sería un último recurso, puesto que se dispone de mecanismos de control -almacenamiento, desarrollo de economía diversificada, ayuda entre familiares- que evitarían, frecuentemente, las situaciones límite.

Aceptando, a pesar de todo, tal eventualidad, se podría dar explicación a yacimientos concretos como La Cuesta del Negro (Purullena, Granada), Moncín (Borja, Zaragoza), Pajaroncillo (Cuenca), y tal vez a otros poblados andaluces como Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), Peñalosa (Jaén) o

Carmona (Sevilla), donde el importante volumen de cerámicas de tipo Cogotas I apunta hacia una presencia de efectivos humanos próximos a la Meseta; aunque nunca podemos estar seguros de que la llegada directa de gentes de Cogotas I esté relacionada con un problema como los descritos. Este último caso se podría denominar *migraciones parciales*, de muy difícil constatación arqueológica puesto que son mucho más susceptibles de ser absorbidas por las poblaciones autóctonas.

Si los datos del registro arqueológico nos recomiendan desdeñar las invasiones o grandes migraciones poblacionales para dar explicación al proceso aquí estudiado, de la misma manera nos inclinan a rechazar la idea de una conquista militar de los territorios vecinos por parte de Cogotas I. Esta posibilidad, que por peregrina no ha sido planteada explícitamente por ningún investigador para el caso de Cogotas I, necesitaría no sólo de una documentación de restos concretos en las “áreas conquistadas”, como podían ser la detección de niveles de destrucción, sino también de evidencias significativas en la zona nuclear que delatasen la existencia de un poder centralizado y organizado con capacidad militar suficiente como para llevar a cabo este tipo de empresas. No hay en Cogotas I ningún rasgo por medio del cual podamos imaginar una estructura política de estas características; la precariedad de los asentamientos, la inexistencia de edificios de carácter institucional, la pobreza de las manifestaciones funerarias y, también, la escasa documentación de armas en los conjuntos materiales de estas gentes, nos obligan a pensar que, en ningún caso, son capaces de mantener unas estructuras castrenses con capacidad operativa suficiente como para iniciar la aventura de la conquista.

### *b.3. Los razonamientos de tipo económico*

La economía de un pueblo se encuentra en el fondo de muchas de las relaciones grupales e

intergrupales y a través de ella también se pueden regular los mecanismos de contacto cultural. Los fundamentos económicos habitualmente propuestos para explicar la dispersión de las cerámicas de tipo Cogotas I son el comercio y la trashumancia ganadera; en ambos casos parece inferirse que es el trabajo de unos pocos miembros de la comunidad el que ocasiona la propagación de la nueva moda.

### b.3.1. Las Transacciones Comerciales

Incluso las sociedades más sencillas encontrarían muchas dificultades para mantener un régimen de autosuficiencia, ya que siempre existen carencias que sólo podrán ser subsanadas a través de relaciones de intercambio a mayor o menor escala. Esta situación hace inevitable el acercamiento entre las sociedades y el contagio entre unas y otras de elementos de cultura. En el caso de Cogotas I, la relación mercantil entre las comunidades pertenecientes al área nuclear y las que habitan en la zona de contacto debió ser bastante fluida y basada en mecanismos muy sencillos, como el intercambio de bienes de primera necesidad. Gracias a este trato bilateral se produciría, de forma sosegada y casi imperceptible, la filtración de la tradición cerámica de Cogotas I hacia las comunidades vecinas que, al cabo del tiempo, terminan por aceptarla. Dentro de este tipo de relaciones comerciales se enmarcan las teorías de Harrison que esbozan la atribución de un papel importante a la ganadería en el proceso de dispersión de Cogotas I (Harrison, 1993). Es muy posible que los bienes obtenidos a través de la *revolución de los productos secundarios* en este sector estén, en parte, destinados al intercambio con las poblaciones vecinas, en función de una posible especialización diferenciada en cada una de ellas, lo que provocaría un incremento del contacto intergrupar y de la posibilidad de que las producciones alfareras de la Meseta se dieran a conocer fuera de sus límites originales.

Sin duda, los negocios económicos no son el único vínculo que une a estas comunidades cercanas, sino que se enmarcan dentro de un amplio espectro de relaciones humanas (sociales, políticas e, incluso, religiosas) con distintos grados de interacción, que conducirían a un inevitable acercamiento entre distintas costumbres y al éxito de aquellas que mostrasen una mayor personalidad.

A mayor distancia, los contactos comerciales son más difíciles de explicar, pero no por ello impensables. Algunos fabricados de clara procedencia meridional se encuentran en el seno de los poblados de Cogotas I, como es el caso de las fíbulas de codo tipo Huelva halladas en más de una ocasión en la cuenca del Duero y en el Alto Tajo (Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87: 22), por lo que no podemos negar la existencia de mecanismos comerciales que los hicieran llegar hasta estas tierras. Sin embargo resulta más complicado advertir cuál pudo ser la contrapartida a este comercio ascendente, es decir, qué productos son los que Cogotas I exporta.

Una posibilidad estaría en ampliar el mercado anteriormente descrito, ofertando igualmente productos de uso primario y práctico derivados de la especialización (ganado vivo, caballos, asta de ciervo, productos lácteos curados, etc); pero las evidencias arqueológicas en este sentido no pueden confirmar tal hipótesis, puesto que nada implica que estas mercancías tengan un destino alejado.

En cualquier caso, la transmisión de la moda cerámica de Cogotas I podría llegar hasta las regiones exteriores a través de contactos comerciales de carácter diverso y más o menos puntual. Pero no creemos que fueran los propios recipientes los protagonistas del intercambio, puesto que se trata de un producto fácilmente imitable y técnicamente accesible, y no hay huellas de que la especialización regional alcance también a la actividad alfarera hasta el punto de que puedan existir auténticos centros productores.

Pero en el campo de las relaciones comerciales hay varios fenómenos en esta época que, con mayor o menor atrevimiento, se han puesto en relación con la expansión de Cogotas I.

En primer lugar, se ha planteado en alguna ocasión la posibilidad de que algunos de los tipos de la metalurgia atlántica encontrados en el Sureste, como las espadas de tipo Saint Nazaire de Tabernas o la Ballintober de Herrerías, ambas en Almería, hubieran llegado hasta allí gracias a los contactos que Cogotas I establece con estos territorios (Almagro-Gorbea, 1986: 379; Delibes y Romero, 1992: 240; Delibes, 1995c: 99). Sin embargo, se nos antoja imposible comprobar si este hecho es en realidad causa o consecuencia de los contactos mantenidos por el grupo meseteño; es decir, si la ampliación del circuito metalúrgico de tipología atlántica provoca la “expansión” de Cogotas I, o si es este último proceso el responsable de que el primero alcance las tierras andaluzas. En cualquier caso, se plantee como causa o como consecuencia, hemos de reconocer que los datos para vincular ambos fenómenos son de escaso calibre, mientras que otros argumentos nos aconsejan prescindir de esta posibilidad como una de las principales explicaciones del fenómeno de difusión de Cogotas I. Los citados ejemplares almerienses no parecen suficientes, incluso podrían resultar dudosos, para enunciar una teoría como esta; pero, lo que es más importante, tampoco podemos asegurar -como explicábamos en la definición del grupo- que exista una clara relación entre el grupo de las cerámicas de incrustación y la metalurgia atlántica; los hallazgos de este tipo son escasísimos en los poblados de Cogotas I y su coincidencia geográfica se reduce a medida que nos alejamos de los veneros cupríferos de la cordillera Cantábrica, por lo que parece que se trata de dos fenómenos en parte coincidentes pero con personalidad independiente. En contra de una estrecha relación entre la dispersión de las cerámicas de tipo

Cogotas I y la de algunos tipos atlánticos podemos decir que éstos no aparecen nunca asociados en las regiones de “expansión” -si exceptuamos la empuñadura calada de Solacueva de Lacoizmonte que se sitúa en una región muy cercana tanto a la Meseta como a los centros atlánticos- y, por otra parte, que el despliegue de los influjos cogoteños -que se inicia en el Bronce Medio convencional- es claramente anterior al del relanzamiento de la metalurgia atlántica durante el Bronce Final. Por ello creemos que esta última tiene mecanismos propios de difusión, en los que puede o no entrar Cogotas I, pero en ningún caso podemos considerarla responsable o motor de la dispersión de las cerámicas de aquel grupo. A pesar de ello, no sería descabellado admitir que en un determinado momento ambos fenómenos pudieran coincidir y funcionar entonces de forma paralela y coadyuvante, al procurar una mayor interconexión entre las comunidades culturales de la Península.

En relación con esta última propuesta se podrían entender las sospechas de González Prats (1996: 116) cuando admite la generalización de la aleación de bronce en el País Valenciano y el Sureste durante el Bronce Tardío *«seguramente obedeciendo a una reorientación de las relaciones culturales y comerciales con el mundo atlántico a través de las gentes de Cogotas I»*. Sin duda, esto es en parte así, puesto que todos los indicios apuntan a considerar estas regiones subsidiarias de las tierras occidentales y centrales en cuanto a su acceso a la tecnología del bronce. Este retraso de las regiones meridionales en la incorporación del estaño en los objetos metálicos se ha achacado a la limitada capacidad de transmisión de los grupos humanos intermediarios existentes en el Norte de la Península durante el Bronce Antiguo y los inicios del Bronce Medio (Fernández-Miranda, Montero y Rovira, 1995), cuyo escaso dinamismo impediría la rápida filtración de las novedades hacia sus vecinos más



alejados. La situación parece variar precisamente con la instalación y consolidación de la cultura de Cogotas I en la Meseta, un grupo al que no se puede negar un mayor potencial transmisor, puesto que es ahora cuando se produce la llegada de la tecnología del bronce a aquellas tierras. Ante tal concurrencia nos vemos obligados a plantear, de alguna manera, la vinculación de ambos fenómenos. No es descartable, por lo tanto, que a la vez que se dan a conocer las cerámicas de tipo Cogotas I se propaguen los nuevos conocimientos metalúrgicos, aprovechando parecidos o similares cauces y en el marco del desarrollo de las intercomunicaciones; sin embargo, no podemos hacer a ninguno de los procesos responsable directo del otro.

Otra posibilidad, apuntada tímidamente en algún trabajo (Blasco, 1993: 126) podría ser la de que las relaciones se estableciesen en función del aprovechamiento por parte de Cogotas I de los recursos estanníferos de regiones como Sierra Morena y el Sureste. Esta teoría encuentra un precario apoyo en la localización de las cerámicas meseteñas en un cierto número de poblados situados en lugares estratégicos que dominan el acceso a importantes zonas mineras (Cerro del Rayo, Fuente Álamo, El Oficio, Peñalosa, etc.), por lo que podría sospecharse la existencia de una asociación entre la presencia de las cerámicas meseteñas y el aprovisionamiento de minerales. El control de este tipo de materia prima por parte de las gentes de Cogotas I ya ha sido planteado por Delibes y Fernández Manzano (1991: 211) para los criaderos de cobre de la Meseta. En este lugar, y según esta hipótesis, los recursos serían explotados directamente por los fundidores atlánticos a cambio de piezas acabadas (armas y herramientas) que servirían como elemento

de distinción a determinados régulos cogoteños. De igual manera, y tras observar los beneficios que tal circunstancia les proporcionaba, se podría llegar a pensar que el interés del grupo meseteño por nuevos espacios ricos en minerales de cobre y estaño persigue aumentar el lucro obtenido en aquella relación. Sin embargo, creemos que una empresa de ese tipo no llegaría nunca a ser rentable, puesto que el traslado del mineral desde las tierras andaluzas hasta la Meseta, para después intercambiarlo con la región atlántica se nos antoja prácticamente imposible.<sup>144</sup> Tampoco parece lógico pensar que se estableciese un control de la producción metalúrgica local en lugares alejados de la región nuclear, puesto que en este caso ni siquiera encontramos, de forma generalizada, las piezas de tipología meridional en el territorio de la Meseta.<sup>145</sup> En este caso hay que pensar más bien que, ante el abultado número de poblados involucrados en el proceso de difusión de las cerámicas de Cogotas I, es lógico que se vean afectados también algunos con orientación minera, centros que en muchas ocasiones presentan un dinamismo económico y político capaz de atraer los influjos de las tradiciones foráneas.

Por otra parte, Molina y Arteaga, que piensan que en principio estos contactos pueden relacionarse con la trashumancia, consideran que una vez consolidados han de ponerse en relación con fenómenos más profundos, como un posible comercio de oro, a juzgar por la difusión de la llamada orfebrería “tipo Villena” (Molina y Arteaga, 1976: nota 57). El tesoro epónimo, según las últimas interpretaciones, se podría fechar entre los siglos XIII y X a.C., en función de la existencia de vasos áureos que repiten formas similares a las del Bronce Tardío del Sureste (Ruiz-Gálvez, 1993: 49),

144 En este sentido, Ruiz-Gálvez (1992a: 227) apunta que, a pesar de que las vetas más ricas de cobre se encuentran en el SE. y SO., ningún indicio permite pensar que éstas fueran las que abastecieran al mercado atlántico.

145 Si exceptuamos las conocidas fibulas de codo de tipo Huelva, que pueden ser el resultado de otro tipo de mecanismos de naturaleza distinta.

por lo que cronológicamente se produciría una coincidencia con el fenómeno de la “expansión”. Los datos para comprobar esta hipótesis son, sin embargo, desalentadores, puesto que los hallazgos de joyas de oro asociados directa o indirectamente a Cogotas I son muy exiguos. Sólo en el caso de la cuenta de collar de El Castillo de Rábano (Valladolid) podemos hablar de una asociación estratigráfica clara, mientras que los demás ejemplos, como el Tesorillo de Cabezo Redondo, el *tutulus* de Purullena, los brazaletes de Solacueva y, posiblemente, el de la Torrecilla, sólo comparecen en los mismos lugares ocupados por Cogotas I o afectados por su tradición cerámica (Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991: 212). A pesar de este panorama, son varias las voces que, teniendo en cuenta los paralelos de las joyas citadas y de otras encontradas sin ningún contexto -caso del brazaletes de Fuenteungrillo (Valladolid) y el de Navalmorales (Salamanca) (*Ibidem*)- relacionan la orfebrería de tipo Villena con Cogotas I. En este sentido podemos recordar cómo Schüle (1976) considera que los cuencos del tesoro alicantino son una traducción al metal de las formas y decoraciones de Cogotas I, presentes en el cercano yacimiento de Cabezo Redondo, o cómo Almagro-Gorbea (1987: 113) incluye el tesoro de Abia de la Obispalía (Cuenca) y el de Villena (Alicante) en la órbita de aquel grupo. No creemos, sin embargo, que sean las gentes de Cogotas I las responsables de la producción de este tipo de joyas, mas bien nos inclinamos, como Delibes, Rodríguez y Santonja (1991: 212) a pensar que aquellas pueden llegar a personajes encumbrados dentro de los grupos meseteños como presentes ofrecidos con vistas a adquirir ventajas en el aprovechamiento de determinados recursos, en una relación parecida a la que hemos visto se planteaba con la metalurgia atlántica.

En nuestra opinión, el fenómeno de la orfebrería tipo Villena tiene entidad suficiente por sí solo como para desarrollarse al margen de los contactos establecidos por Cogotas I y no creemos que el circuito de distribución de aquella sea el cauce principal a través del cual se difunde el tipo de cerámica del grupo meseteño.<sup>146</sup> Sin embargo, no descartamos la posibilidad de que ambos fenómenos lleguen unidos a determinadas estaciones y los dos se incluyan dentro del substrato como elementos añadidos con un alto componente de vistosidad y con carácter de prestigio, sin perder de vista la diferencia intrínseca entre un producto confeccionado en el noble metal y otro realizado con barro. Si un personaje pudiente tenía la capacidad de ostentar un hermoso cuenco o un brazaletes de oro, con más posibilidades aún, podría alardear de una vajilla cerámica vistosa y llamativa. Por lo tanto, es concebible que el fondo de la cuestión sirva para dar explicación tanto a la dispersión de la cerámica de Cogotas I como a la de la orfebrería de tipo Villena, pero no existen pruebas suficientes como para asegurar que los mecanismos del mercado de esta última sean los causantes de la primera.

### b.3.2. La Trashumancia

Una vez analizadas, con un éxito relativo, las posibles implicaciones del comercio en la transmisión del estilo cerámico de Cogotas I, dedicamos ahora las próximas páginas a examinar en profundidad la teoría que hace responsable de la “expansión” del grupo meseteño o de los elementos de su cultura material a los movimientos ganaderos trashumantes de largo recorrido. Se trata de la interpretación que más éxito ha tenido y que más adeptos ha cosechado entre los investigadores. Desde que fuera enunciada por Molina y Pareja (1975: 55-56) para dar explicación a

146 En este sentido conviene recordar la teoría de los orfebres ambulantes, auténticos responsables de la documentación de tipos similares en lugares distantes, cuyos traslados y actividad se verían enormemente favorecidos por los contactos existentes (Almagro-Gorbea, 1986: 379).

la abundante presencia de cerámicas de tipo Cogotas I en el poblado de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada), no se ha dejado de esgrimir cada vez que se menciona la existencia de estas especies en tierras meridionales (Molina, 1978: 204; Jimeno, 1978: 63; Delibes, 1983; Fernández Manzano, 1985: 71; Blasco, 1986: 367; Blázquez, G<sup>a</sup> Gelabert y Arenas, 1987: 295-297; Alvarez García, 1990; Delibes y Romero, 1992: 244; Blázquez y G<sup>a</sup> Gelabert, 1992: 47-49). Sin embargo, hemos de reconocer que en ningún caso se han presentado pruebas concluyentes a partir de las cuales fundamentar la hipótesis, ni ésta se ha sometido a un análisis crítico detallado que revele las posibilidades de su aplicación.

Sólo recientemente, ilusionado por un proyecto aún en marcha en la universidad de Freiburg (Logemann *et alii*, 1995), Delibes de Castro (1995b: 115-118) tilda de verosímil la propuesta y acepta como argumentos válidos la coincidencia de las regiones de expansión meridionales y levantinas con los tradicionales invernaderos utilizados por los ganados trashumantes; la existencia en Purullena de un auténtico poblado de Cogotas I; y el hecho de que los contactos provocados por este tipo de movimientos -de grupos reducidos de personas y sólo en determinados momentos del año- encajarían bien con la nimiedad de las evidencias localizadas en algunos de los establecimientos afectados.

Por nuestra parte, y con el fin de no caer en la misma ambigüedad mostrada hasta hoy en el tratamiento de este tema, creemos necesario conocer en primer lugar qué es la trashumancia, en qué consiste y en qué se diferencia del resto de los modelos de aprovechamiento ganadero. Seguidamente habremos de repasar algunos de los documentos que han servido para sostener la idea de una trashumancia prehistórica y la opinión de los especialistas en este tema. Por último abordaremos intensamente el caso de Cogotas I, poniendo de un lado los argumentos

que se utilizan a favor de este tipo de actividad y por otro los que juegan en contra. De esta manera, observando el problema no sólo desde el punto de vista del prehistoriador, sino también desde la óptica de los especialistas en este tipo de movimientos en época histórica y en la sociedad tradicional, tendremos una mejor perspectiva y una mayor garantía de acierto en las conclusiones.

Los movimientos gregarios de este tipo, en sus diferentes variedades, tienen un carácter cíclico, puesto que se basan en los cambios estacionales acontecidos en el clima y la vegetación a lo largo del año. En el fondo, lo que se persigue es la búsqueda de pastos frescos durante todo el año en los lugares en que aquellos sean posibles, trasladando, en consecuencia, de un lado a otro los rebaños según las estaciones del año.

Las soluciones en esta modalidad ganadera son fundamentalmente dos. La primera o trashumancia de ciclo largo (largo recorrido) resuelve el problema de la carestía de pastos a través de movimientos latitudinales, de manera que la grey abandona las regiones más septentrionales en los meses más fríos y se refugia en las tierras situadas más al Sur, de clima más benigno en esta época. La segunda o trasterminancia (trashumancia de corto recorrido) alterna los pastaderos de montaña, enclavados en cotas elevadas (verano) con aquellos ubicados en el llano o en el fondo de los valles, con menor altitud relativa (invierno), pero dentro de una misma zona. De las dos modalidades, ha sido la primera la que ha subido a la palestra como responsable de los contactos mantenidos por las gentes de Cogotas I con las áreas meridionales y levantinas de la Península Ibérica. Por este motivo son sus fundamentos económicos y sociales los que en este momento nos interesa conocer.

En los últimos años, al amparo de la reivindicación de la personalidad de la Comunidad de Castilla y León, desde las autoridades políticas

regionales se está fomentado intensamente el estudio de la trashumancia tradicional y de la historia de la Mesta, a la vez que surgen continuamente iniciativas destinadas a la recuperación de las cañadas ganaderas como patrimonio cultural de todos y con fines de promoción turística. Fruto de estos novedosos esfuerzos han visto la luz algunas publicaciones a través de las cuales contamos con una abundante y actualizada información que se añade a los trabajos tradicionales realizados por los historiadores, y que nos ayudan a la comprensión de este fenómeno.

A. Cabo Alonso afirma en una de estas recientes síntesis que la causa de los movimientos está en la dificultad de alimentar una grey *importante* sobre los mismos predios durante todo el año y en la conveniencia de aprovechar recursos lejanos (Cabo, 1994b: 23). La trashumancia, según este mismo autor (Cabo, 1994a) se basa en la complementariedad de los pastos y del clima dentro de la Península Ibérica. En la mitad septentrional de este territorio existen zonas -concretamente en las regiones de mayor elevación y más propicias para la ganadería- en las que al llegar los meses de frío se produce una ralentización e incluso paralización del crecimiento vegetal, puesto que los suelos permanecen helados o cubiertos de nieve. Al mismo tiempo, en las tierras de la mitad Sur, de acusada aridez en verano, se alcanzan los máximos niveles de humedad y precipitaciones, mientras que las temperaturas no descienden hasta los mínimos necesarios para impedir la existencia de hierba fresca. Los movimientos trashumantes pretenden, por lo tanto, aprovechar estos últimos pastos en invierno, momento en el que en los lugares de partida son precarios, para ascender durante el verano a los predios de las sierras, cuando el calor derrite aquí el

hielo que impide la prosperidad del herbazal y al tiempo que la aridez y las altas temperaturas lo hacen más escaso en los invernaderos.

Estos contrastes, que permiten la alternancia en el beneficio del pastizal, quedan reflejados gráficamente a través de los climogramas<sup>147</sup> y auxodiogramas<sup>148</sup> presentados por Cabo Alonso (1994b: figs. 2 y 3), en los que se ponen de relieve las grandes diferencias y la complementariedad de unas regiones y otras.

En definitiva, podemos decir que la trashumancia consiste en el traslado del ganado desde los pastaderos de verano, *sierras*, a los prados invernales, *extremos*, siguiendo una dirección Norte/Sur que se ve condicionada por el complicado relieve y que se canaliza a través de la red cañariega (cañadas, veredas y cordeles). El ciclo comienza en las tierras del Norte a finales del verano, iniciando la marcha a mediados de septiembre. El camino solía durar un mes, por lo que a finales de octubre la cabaña se encontraba ya en los invernaderos, donde permanecía hasta mediados de abril, momento en el que se iniciaba el retorno.

La trashumancia no es un mecanismo de aprovechamiento ganadero exclusivo de los territorios ibéricos; sin embargo, en España, y sobre todo en el histórico reino de Castilla, alcanza un espectacular desarrollo debido a que fue una actividad protegida por el estado y tempranamente regulada por la creación de la *Mesta*. Sin duda, su especial éxito radica en los privilegios otorgados por la corona a los propietarios de rebaños y en el beneficio que ella misma obtenía a raíz de la comercialización de la lana. La inclinación de la política económica por este sector fue absoluta durante siglos, hasta el punto de considerar este hecho culpable del escaso desarrollo agrícola del país. La

147 Los climogramas superponen las curvas de las temperaturas y de las precipitaciones a lo largo del año para señalar así los períodos de tiempo húmedos y áridos.

148 Los auxodiogramas reflejan el índice de crecimiento de los vegetales (Icv) en los distintos meses del año. Este valor se halla a través de una complicada fórmula:

$$ICV = h/12 \cdot 8H^2T^2/(1+4H^2)(20+T^2)+10^6(1+2H)T^6$$

Si el resultado es menor o igual a 0,2, el crecimiento vegetal está detenido, si se acerca a 1 se encuentra en la fase más intensiva (Cabo Alonso, 1994b: figs. 8 y 9).

Mesta fue la niña mimada de la administración central y su preeminencia, no lo olvidemos, se deriva de un claro dirigismo fraguado en las mesas de los centros de poder.

Hecha esta aclaración, y visto cual es el funcionamiento y en qué consiste la trashumancia, hemos de intentar responder a la cuestión de si existía en Castilla un modelo similar previo a la creación de la Mesta y si se pueden remontar sus orígenes hasta época prehistórica. En 1273 el rey Alfonso X, apodado el Sabio, dicta el documento fundacional del *Honrado Concejo de la Mesta*, una organización que se ocupa de regular la reunión y marcha de los ganados ovinos a los extremos a la que se otorgan una serie de prerrogativas. Esta corporación se crea a partir de la agrupación de varias mestas de carácter local que funcionaban con anterioridad, por lo que se puede hablar de la existencia de claros precedentes; sin embargo no podemos asegurar que aquellas realizaran traslados de rebaños a grandes distancias, ni que no se hubieran formado solo algunos años antes del documento alfosino.

El origen de la trashumancia de ciclo largo en la Península Ibérica, y en concreto en el reino de Castilla, o lo que es lo mismo, los antecedentes de la Mesta, es un tema que suscita apasionados debates entre los historiadores. A través de las distintas lecturas realizadas en este sentido hemos podido observar como se diferencian dos grandes tendencias: la primera a favor de remontar los orígenes de esta práctica hasta tiempos prehistóricos y la segunda decidida, por el contrario, a demostrar que aquella no pudo existir hasta el siglo XIII d.C. Algunas propuestas varían en cuanto a la época histórica en la que sitúan los inicios, pero fundamentalmente se puede hablar de una bipolarización de las posiciones.

Analicemos ahora las teorías de varios prehistoriadores que en algún momento se han planteado este dilema, para entretenernos posteriormente en

las ideas lanzadas por los estudiosos de la institución mesteña. En ambos casos podemos encontrarnos con defensores de una y otra postura.

Entre los primeros destacan los estudios de algunos investigadores de habla inglesa. Higgs (1976), por ejemplo, propone que la trashumancia de larga distancia en la Península Ibérica podría retrotraerse hasta el tercer milenio a.C. Su teoría parte de la documentación de tumbas de cámara megalíticas tanto en el Pirineo catalán como en la zona de Granada y Almería, para plantear que ambas zonas estaban ya conectadas en aquella época a través de una red de caminos ganaderos que coincidirían sensiblemente con las cañadas usadas tradicionalmente. Sus argumentos son poco convincentes -como demostrará más tarde Walker (1983)-, puesto que por un lado las vías señaladas por Higgs, que son las cañadas reales Leonesa y Segoviana, no unen los territorios mencionados, y por otro, en el este de la Península -por donde teóricamente se hubieran tenido que mover los hipotéticos pastores- están mal representadas las tumbas de cámara.

Chapman (1979) basa su crítica a la posibilidad de un origen prehistórico en argumentos de corte político; puesto que considera que fue necesaria toda una serie de factores de esta índole para hacer posible la existencia de un modelo productivo de la complejidad mostrada por la trashumancia castellana. Estas condiciones se producen sólo en los últimos siglos de la Edad Media, por lo que no pudo existir con anterioridad un modelo económico de similares características. Por otra parte, sugiere que los movimientos estacionales de ganado durante el Neolítico, el Calcolítico o la Edad del Bronce fueron, en conjunto, de pequeña escala. Una postura muy similar es la mantenida poco después por Davidson (1980), quien estima que los requisitos que condujeron al éxito de esta modalidad ganadera son históricos y se derivan de la reconquista de las tierras andaluzas.

Para terminar con los investigadores anglosajones cabe mencionar a Walker (1983), cuyo trabajo se dedica a desmontar la teoría de la relación entre los dólmenes hispanos y los pastores trashumantes. Este autor sostiene que la ganadería previa a 1273 se ve seriamente afectada por la institución de la Mesta, y que con anterioridad a esta fecha no hay ningún testimonio claro que avale la existencia de una trashumancia de largo recorrido. Considera que esta práctica pecuaria surge en la Castilla del siglo XIII porque se dan las condiciones políticas favorables y que, además, no es una característica común a todos los reinos peninsulares. Con el traslado de la frontera hasta Andalucía se hace necesaria su repoblación, y el estado encuentra en este sistema de explotación ganadera la posibilidad de controlar aquellas tierras y de sacar beneficio a través de las tasas de paso que deberían pagar los propietarios. Éstos, por su parte, se ven incentivados por los privilegios otorgados al Concejo y por el establecimiento de una red cañariega que garantiza el éxito de su empresa.

En cuanto a los prehistoriadores españoles, ya hemos referido algunas de las citas que hacen responsable de los contactos culturales en la prehistoria a la trashumancia de largo recorrido. Veamos ahora algunos argumentos de los señalados para fundamentar esta hipótesis. M. E. Aubet (1975: 158-159), en un trabajo sobre las necrópolis tartésicas de Setefilla, plantea la existencia de este modelo gregario ante la coincidencia de una serie de circunstancias: la orientación ganadera del poblado, la situación del mismo dentro de la vía natural que enlaza la Meseta con las tierras andaluzas y su vinculación a la cañada Segoviana, utilizada tradicionalmente por los pastores mestefios, así como la documentación en el yacimiento de objetos de tradición tanto septentrional como meridional. La trashumancia, según esta autora, debía ir unida a un activo comercio entre las poblaciones afectadas y, lógicamente, a un intercambio periódico de

manufacturas. De esta manera explica la presencia de cerámicas oriundas de la Meseta en Setefilla y, a su vez, la documentación de objetos tartésicos aislados, especialmente del siglo VI a.C., en la Meseta occidental, como los broches de Sanchorreja (Ávila), o los jarros de bronce hallados en Coca (Segovia) y Villanueva (Cáceres).

También para época tartésica, como en el caso de Aubet, se alude a la trashumancia de largo recorrido en un trabajo de M.L. Ruiz-Gálvez y E. Galán (1991) sobre las estelas del Suroeste, en el que estos “monumentos” son interpretados como hitos de referencia para los comerciantes y los ganaderos de la época. Su estudio reconstruye las posibles vías y analiza los emplazamientos de las estelas llegando a la conclusión de que fundamentalmente están destinadas a marcar las rutas de trashumancia y los recursos de importancia para las gentes que se trasladan por ellas.

Otro trabajo importante, por atacar la cuestión desde la perspectiva de la arqueología espacial, es el de Sierra y San Miguel (1995). En este estudio, además de presentarse varios testimonios como pruebas de la existencia de trashumancia previa a 1273, se analiza detenidamente la relación de los asentamientos vacceos y las vías pecuarias al Norte del Duero y al Oeste del Pisuerga. Comprueban así que los poblados de esta adscripción se encuentran próximos a las cañadas y que la separación entre los mismos coincide con el espacio recorrido en una jornada de trashumancia. También observan cómo las rutas ganaderas tradicionales de la región se encuentran dentro de los Territorios de Producción -y muy especialmente en los dos primeros kilómetros- de los núcleos de población, desde donde además se tiene un perfecto control visual, y cómo existe un gran porcentaje de terreno improductivo -no apto para el cultivo- dentro de los mismos que podría ser aprovechado por el ganado. Estas evidencias, a las que se unen las de un

importante peso de la ganadería en los grupos vacceos y otra serie de documentos de la conquista romana que implican la existencia de vías permanentes y de gran amplitud, llevan a los autores a pensar que existía «...una red de cañadas, utilizada como caminos prehistóricos, densa, articulada y permanente y de relaciones estables no sólo entre los asentamientos del valle del Duero sino muy probablemente también con otros del mediodía peninsular» (*Ibidem*: 398). Esta aseveración les parece tanto más aceptable cuanto dan por supuesta, siguiendo las opiniones más extendidas, la existencia de esta práctica entre las gentes de Cogotas I en el Bronce Final dentro de la misma región.

Para la fase celtibérica y la España romana, Gómez Pantoja (1993 y 1995) se debate entre los documentos que hacen sospechar la existencia de una trashumancia a gran escala y la imposibilidad de demostrarlo categóricamente. A pesar de todo, este autor se muestra esperanzado con la posibilidad de que algún día se pueda corroborar este modelo ganadero, y mientras intenta demostrarlo a través de la dispersión de estelas epigráficas con referencias a clunienses y uxamenses en territorios alejados de su patria.

Como vemos, en líneas generales parece que en las opiniones de los investigadores de habla inglesa existe una tendencia a considerar poco probable o no probada la trashumancia de ciclo largo en la prehistoria hispana, mientras que aquella sigue resultando un recurso válido para los autores españoles, los cuales acuden para sostener tal teoría a toda clase de argumentos. No quiere esto decir que entre los últimos no existan partidarios de negar esta posibilidad, sin embargo, no se han preocupado hasta hoy por confeccionar estudios que se dediquen a desmontar esta teoría.

No ocurre lo mismo con los expertos en la Mesta y la trashumancia tradicional, puesto que

entre ellos, en mayor o menor medida, predomina la postura que considera improbable la existencia de movimientos organizados de la cabaña ganadera a través de la Península antes de la Edad Media e, incluso, en fechas previas a 1273.

Ya en el siglo XIX, en un estudio publicado por F. Cos en 1869 sobre la Mesta, se afirma que no hay noticias de que se hiciera trashumancia a gran escala antes de siglo XIII (Cos Gayón, 1986: 214). En 1920 J. Klein presenta un documentado y profundo estudio sobre la Mesta en el que muestra una posición un tanto ambigua en este sentido, puesto que, a pesar de reconocer que la fama del vellón hispano en época romana no tiene nada que ver con la que se alcanzará con el ganado merino (Klein, 1981: 17), remonta las migraciones semestrales «a tiempos de los godos, e incluso con toda probabilidad al tiempo de los aborígenes ibéricos, cuyos pastores andariegos prestaron valiosa ayuda a los cartaginenses en sus marchas a través de España» (*Ibidem*: 21). En el último capítulo, en su apartado de *Los Más Antiguos Problemas del Pastoreo*, afirma que la trashumancia era una costumbre asociada a grandes espacios con escasa densidad de población como ocurre en Iberia durante la Reconquista, donde los extremos estarían escasamente habitados por el peligro permanente de las *razzias* de los árabes. Por lo tanto, parece que, pese a considerar que las condiciones favorables se producen en la edad media (época de la Reconquista), admite la posibilidad de un origen antiguo para los movimientos.

En otro trabajo de mediados de siglo, dedicado a *Las Rutas de la Trashumancia en la Meseta Castellana*, Aitkien<sup>149</sup> prefiere no remontar las cañadas ganaderas a tiempos prehistóricos y considera que existe un precedente mucho más verosímil en las servidumbres de paso existentes en los campos de cultivo. Por su parte, Bishko (1986), que hace una revisión de los planteamientos de Klein, piensa también que los

---

149 Trabajo publicado en 1947 y recopilado en García Martín y Sánchez Benito (1986: 169-188).

movimientos ganaderos de largo radio fueron imposibles bajo las condiciones prerromanas de guerra endémica entre las diferentes tribus, e, incluso, afirma que no se conoce «ningún testimonio explícito que permita afirmar su existencia durante la época hispano-visigótica, a pesar de la unificación territorial de Hispania» (*Ibidem*: 34). A la vez critica la opinión de Klein, según la cual las condiciones de la Reconquista no impidieron los movimientos regulares y pacíficos del ganado de uno a otro lado de la frontera. Esta situación es bastante improbable, puesto que contradice las noticias ofrecidas por las crónicas en las que se habla de las *razzias* endémicas y los continuos robos de ganado que prevalecían en todos los distritos fronterizos. Para este investigador americano, además, el sistema de cañadas, «cuando aparece entre nosotros a fines del S. XIII y en el S. XIV lo hace como una innovación en la historia pastoril de Castilla». Es posible que los orígenes de esta red se puedan encontrar ya en tiempos de Alfonso VI, pero el sistema adquiere su forma definitiva sólo con el progreso de la frontera castellano-leonesa hacia el Sur, entre los reinados de Alfonso VII y Fernando II (*Ibidem*).

Recientemente los expertos españoles en el tema consolidan la idea de que la trashumancia de largo recorrido sólo se hace posible a partir del siglo XIII. Entre ellos destaca García Martín, quien a través de varias publicaciones se ha hecho un hueco importante en la bibliografía sobre Mesta y trashumancia. En sus trabajos reconoce que el pretendido origen prehistórico de los traslados estacionales de largo alcance y de las vías pecuarias a través de las cuales aquel se efectúa carece de argumentos científicos, y considera que el clima de guerra endémica reinante haría imposible tal práctica. Ni siquiera estima la posibilidad de remontar el trazado cañariego hasta el “Fuero Juzgo” visigodo, ni a los primeros momentos de la Reconquista, dado el clima permanente de inseguridad y robo existente en los territorios de “frontera” (García Martín, 1992: 22-23,

31, 35 y 37). De la misma manera, insiste en la necesidad de valorar la evolución histórica de las cañadas, razón por la cual no se pueden extrapolar directamente a la época prehistórica, y en el rechazo de documentos como los framontanos (verracos) vetones para atestiguar la trashumancia en la segunda Edad del Hierro (García Martín y Sánchez Benito, 1986: 8-9; García Martín, 1994: 161-162). Según esta visión, a la que se adhiere Fernández Albadalejo (1994: 177-193), la trashumancia de largo recorrido sólo puede surgir en la Castilla del siglo XIII gracias a la concurrencia de una serie de condiciones políticas, y su desarrollo previo resulta imposible ante el predominio de situaciones completamente distintas. Sin embargo, no todos piensan igual. A. Cabo Alonso (1994b: 33-37) señala que la abundancia de testimonios sobre ganadería en las épocas romana e inmediatamente anterior implican un papel destacado de este sector, que no podría alcanzarse sin la existencia de traslados estacionales. Pero retrocede aún más en el tiempo y, por primera vez en un estudio sobre la Mesta, se introduce el ejemplo de Cogotas I como precedente más remoto de la práctica trashumante en la Península Ibérica. Para ello recurre a los trabajos, ya citados (Molina, 1978, Molina y Pareja, 1975), en los que se hace responsable a esta práctica de la llegada de cerámicas de tradición meseteña a tierras andaluzas.

Por último, no queremos finalizar este repaso sin acudir a la opinión de Julio Valdeón, uno de los medievalistas más reconocidos del momento, quien recientemente dice que las cañadas de los últimos siglos de la Edad Media no tienen relación directa con las vías pecuarias de etapas históricas anteriores, prerromanas, romanas o visigodas. Defiende que el origen de la trashumancia está en la práctica de algunos propietarios establecidos en las zonas llanas que llevaban sus rebaños en verano a pastar a las montañas cantábricas. Con el traslado de la frontera hacia el Sur, las posibilidades de desarrollar este



sistema son mayores y se convierten en propicias después de la batalla de las Navas de Tolosa en 1212 y, más tarde, con la conquista de la Andalucía bética. Por eso Valdeón piensa que el desarrollo de la trashumancia va de la mano del avance de la Reconquista, y que las condiciones favorables para esta práctica no se dan hasta el siglo XIII, por lo que se trataría de un fenómeno nuevo surgido en la Castilla de los últimos siglos de la Edad Media en función de determinadas circunstancias políticas (Valdeón, 1994: 52-53; 1995: 254).

Como vemos se pueden encontrar opiniones en una y otra dirección, tanto en los prehistoriadores como en los especialistas en Mesta y trashumancia. Sin embargo, en este punto hemos de inclinarnos por los que consideran no probada la existencia de una trashumancia previa a la época medieval, puesto que son los que mejor se adaptan a la información disponible. Las disposiciones legales o documentos históricos aportados para demostrar la existencia de esta práctica no resisten un segundo análisis. El Fuero Juzgo de Fernando III, que recoge las leyes del *Liber Iudicorum* del siglo VII (época visigoda), sólo contiene algunas disposiciones sobre los derechos de paso de ganado hacia tierras abiertas, pero no tiene porqué referirse a modelos de trashumancia de ciclo largo (Walker, 1983). Tampoco creemos que el pasaje de la vida de San Fructuoso o el *Edictum de pretiis rerum venalium*, propuestos por Sierra y San Miguel (1995: 393), sirvan como indicios de la existencia de traslados estacionales de este tipo en la España romana, puesto que en el primer caso únicamente se alude a la recaudación de impuestos por los rebaños y en el segundo a la calidad de la lana, y no a los mecanismos de explotación del sector. Por el contrario, como informa Walker (1983), ni Varrón ni Collumela comentan prácticas de este tipo al describir las características de la formas de subsistencia de Hispania en la época romana, un silencio que no se comprendería de no

responder a la ausencia de las mismas. En definitiva, creemos que los documentos previos a la Reconquista que han sido utilizados para atestiguar traslados importantes de ganado a larga distancia no son concluyentes y que, por lo tanto, no hay indicios históricos a través de los cuales fundamentar un origen de aquel particular aspecto de la Península Ibérica anterior al siglo XIII.

Los argumentos arqueológicos que hemos podido ver hasta ahora son, si cabe, más endeble que los aportados por la historia. Las teorías de Higgs carecen, como ya se han encargado de demostrar otros autores, de todo fundamento; y otras argumentaciones no pasan de la mera especulación o de la romántica sospecha basada en la documentación de elementos de similares rasgos en uno y otro ámbito geográfico de los utilizados por la trashumancia. Por su parte, el estudio de Sierra y San Miguel (1995), uno de los más completos, demuestra la coincidencia entre las cañadas ganaderas de uso tradicional y los asentamientos vacceos entre el Duero y el Pisuerga, así como la disponibilidad de tierras de aprovechamiento para pastos en las cercanías de los mismos; sin embargo, de esta convergencia no creemos que se pueda colegir más que la importancia de la dedicación ganadera por parte de las gentes de la segunda Edad del Hierro del centro de la cuenca del Duero y, como mucho, la existencia de una trasterminancia entre las tierras bajas y altas de zonas próximas, controladas por grupos afines, pero nunca la posibilidad de traslados a las regiones meridionales de la Península.

Mucho más convincentes son, por el contrario, las explicaciones que vinculan el nacimiento de la gran trashumancia a las condiciones históricas de la Reconquista y consideran improbable, sino imposible, su funcionamiento en fechas anteriores. Todos los autores citados partidarios de esta idea (Walker, Bishko, García Martín, Valdeón...) coinciden en considerar que este modelo forma parte de la

economía de una comunidad establecida, que surge, en parte, por la existencia de presiones institucionales, y que no estaba enraizada en la práctica de las comunidades locales. A través de todos estos estudios podemos enunciar, de forma resumida, las condiciones necesarias para la aparición de la trashumancia de largo recorrido en Castilla:

- Integración de la ganadería dentro de una economía establecida, reglamentada y con unos objetivos concretos. La trashumancia de largo recorrido sería un instrumento surgido en el seno de un sistema complejo en el que la política y la economía se vieran interrelacionadas, sin que tal mecanismo pueda ser ajeno al establecimiento de unas normas.
- Existencia de un poder centralizado que controle políticamente todo el territorio involucrado en el trasiego de la cabaña ganadera, desde los pastos de invierno a los agostaderos de la zona septentrional, para así poder reglamentar el traslado, los privilegios y las cuotas. Esta condición, que exige la presencia de un estado de cierto desarrollo, con fronteras delimitadas, defendidas y, en el caso castellano, ampliadas paulatinamente, es impensable para la Península Ibérica durante la Edad del Bronce.
- Necesidad de un cuerpo de escolta que fuera armado para la defensa de la cuadrilla y la rehala, un instrumento que se explica mejor dentro de una sociedad organizada, así como unas rutas marcadas, definidas y que se hagan respetar.
- Control de los pastos en los territorios de llegada, lo que supone la propiedad de los mismos o la existencia de pactos preconcebidos y mantenidos a través del tiempo.
- Mentalidad empresarial de los propietarios. La trashumancia de largo recorrido en España es un modelo ganadero destinado a la obtención de

beneficios económicos, fundamentalmente los derivados de la producción de lana, y no se entiende dentro de un régimen de abastecimiento primario. Exige, por lo tanto, una planificación y una importante inversión económica con la garantía de su rentabilidad a medio plazo. A estas condiciones sólo pueden hacer frente los elementos destacados de la sociedad o, en determinados momentos, asociaciones corporativas. La trashumancia es, fundamentalmente, un negocio de grandes propietarios y se vincula a los intereses sociales de los poderosos -monasterios, órdenes militares- (Valdeón, 1994: 54-55). Los dueños de pequeños rebaños sólo se verán arrastrados por la prosperidad de la actividad en función de los beneficios que obtiene la corona.

- Su necesidad deriva, en realidad, del mantenimiento de un número elevado y sobredimensionado de cabezas de ganado. Cabo Alonso (1994b: 23) afirma que la causa de los movimientos está en la dificultad de alimentar una grey *importante* sobre los mismos predios durante todo el año; algo a lo que ya se refiere Jovellanos a finales del siglo XVIII «...los altos puertos de León y Asturias cubiertos de nieve por el invierno, no podrían sustentar los ganados, que en número tan prodigioso aprovechan sus frescas y jugosas yerbas veraniegas, como que las pingües dehesas de Extremadura esterilizadas por el sol del estío, tampoco podrían sustentar en aquella estación los inmensos rebaños que las pacen en invierno».<sup>150</sup> Su abultado número está en relación, sin duda, con la producción especializada de la lana y con los beneficios que ésta proporciona en el mercado internacional, lo que lleva a los propietarios a aumentar sus rebaños y a buscar el medio de mantenerlos de forma rentable.

---

150 Cita recogida por Cabo Alonso (1994b: 33).

- Este “negocio” requiere también una garantía de salida para el producto. La propia calidad de la lana merina y la corona se van a encargar de ello. En el primer caso, el vellón procedente de Castilla adquiere en la Baja Edad Media merecida fama por toda Europa y es demandada por su calidad desde las más prestigiosas pañerías del continente. En segundo lugar, el estado pone los medios necesarios para facilitar el transporte de la lana y se encarga directamente de la exportación, por lo que los riesgos son mínimos para los productores. En realidad, no mentimos si afirmamos que el éxito de la trashumancia se debe únicamente al comercio a gran escala de la lana y al desarrollo espectacular de la industria lanar, dentro de un circuito económico de una considerable complejidad.

Todas estas situaciones sólo se dan en la Península Ibérica hacia los siglos XII y XIII y se incumplen en épocas anteriores, siendo completamente insospechables en la fase prehistórica, cuando las relaciones intergrupales, a pesar de que no tuvieron porqué ser permanentemente hostiles, tampoco se acercan a la configuración de un estado unitario.

Además de estos requisitos, en la Castilla de los siglos X a XIII confluyen una serie de circunstancias favorables que ayudan a explicar el nacimiento de la trashumancia.

- Durante este período se produce una ampliación de las fronteras en dirección Sur gracias a la cual se alcanzan aquellos territorios cuyo clima y pastizal se complementan estacionalmente con los de las tierras altas en las que hasta ahora pastaban los grandes rebaños en verano. Varios son los autores que asocian el nacimiento y desarrollo de la trashumancia al proceso de avance de la Reconquista (Walker, 1983; Bishko, 1986, Valdeón, 1994). De sus indicaciones se puede entender que los grandes rebaños, en

principio, alternaban las regiones centrales de la cuenca del Duero durante el invierno, para ascender a las montañas de la cordillera cantábrica en los tórridos veranos de la Meseta. De esta manera, al acceder, tras la conquista de la cuenca del Tajo, Guadiana y, más tarde, Guadalquivir, a pastizales cuya máxima productividad se daba en los meses más fríos, aprovechan para trasladar allí los animales en esta época.

- La despoblación de las tierras recién incorporadas al reino castellano obliga a la corona a proporcionar incentivos, como los derivados de los privilegios mesteños, para la reocupación de las mismas.
- La actividad pastoril no necesita, además, demasiados efectivos humanos para su desarrollo, y se puede salvar más fácilmente que las cosechas ante el peligro de las *razzias* musulmanas, frecuentes en el territorio de frontera, puesto que los rebaños pueden ser conducidos al interior de las murallas de los núcleos fortificados (Valdeón, 1994: 54).
- La fama alcanzada por la lana merina castellana en los mercados internacionales, que provoca una constante demanda que hay que satisfacer a costa de la intensificación de la explotación ganadera. Algunos autores, como Klein o Bishko, consideran que la introducción de la raza merina en la Península se produce en el siglo XII y que este hecho es fundamental para el desarrollo de la trashumancia. Cos Gayón (1986) llega a identificar el origen de ambos fenómenos y afirma que en la época se creía que la finura de las lanas dependía de la alternancia entre pastos de invierno y de verano.

En definitiva, no creemos probable ni posible la existencia de un régimen de trashumancia a larga distancia en la Península ibérica en época prehistórica. Aquella se trata de un mecanismo económico

complicado y propio de sociedades con un avanzado sentido de la rentabilidad, puesto que estos desplazamientos sólo producen beneficios con la organización de grandes partidas de miles de cabezas de ganado y tras la realización de un esfuerzo económico considerable, es decir, una gran inversión en tiempo y dinero previa a la obtención de ganancias. Imaginar una trashumancia más sencilla, sin la planificación económica descrita, supondría convertirla en una actividad ruinosa. El esfuerzo necesario para trasladar el ganado, que supondría el abandono de otro tipo de actividad económica, y los peligros del viaje sin más protección que la que pudieran brindar los pastores y sus perros, no harían aconsejables tales procedimientos; es más, nos atreveríamos a afirmar que ni siquiera se les ocurriría a los hombres de la Edad del Bronce de la Meseta tan descabellada idea, por mucho que conocieran, por otros medios, la bonanza de los pastos invernales de la mitad Sur de la Península.

Por otra parte, ha de quedar claro que el principal aprovechamiento de las ovejas que viajaban a los *extremos* era la lana y que la Mesta surge sin duda en torno a unos intereses comerciales generados por la producción lanera. El aprovechamiento de la carne de ganado ovino era escaso en los mejores tiempos de la trashumancia, entre los platos de las más exquisitas mesas medievales pocas veces figuraba el cordero como alimento; lo que indica que los traslados de ganado no se dirigen a la satisfacción de las más elementales necesidades de una población, sino, directamente, al enriquecimiento de un determinado grupo de propietarios pertenecientes a las más altas clases sociales.

Por último queremos apuntar lo innecesario de este tipo de prácticas para las economías prehistóricas, y en concreto para las de la Edad del Bronce de la Meseta -Cogotas I-. El aprovechamiento de los

ganados en estas sociedades estaría basado, no sólo en la producción de lana y leche, sino también en la de carne, y se destinaría en primer lugar a la cobertura de las necesidades primarias del grupo propietario y, como mucho, al intercambio de productos secundarios. La trashumancia sólo es fundamental para aquellas economías individuales basadas únicamente en la ganadería, nos referimos a que sólo cuando este sector es la única fuente de ingresos o, por hablar en términos prehistóricos, la única forma de subsistencia, parecen necesarios estos desplazamientos. Por el contrario, si una economía comparte las cargas entre el pastoreo, la agricultura y otras actividades económicas de diversa índole, como parecen hacer la mayoría de los grupos de la prehistoria, no tendrá grandes rebaños que alimentar en los períodos de escasez de pastos y podrá buscarlos en los alrededores de su entorno natural. Es decir, que creemos que las economías prehistóricas eran bastante diversificadas, por más que una actividad pudiera predominar sobre otra y por más que ese medio económico provoque una ocupación diferenciada del espacio, por lo que, al no depender exclusivamente de la ganadería y no mantener rebaños con un elevado número de cabezas de ganado, no sería necesaria la realización de grandes movimientos trashumantes. Esta afirmación no excluye, por el momento, la posibilidad de que los regímenes pastoriles de las gentes de Cogotas I, y también de otros grupos de la prehistoria tradicionalmente considerados ganaderos, conozcan una trashumancia de ciclo corto o transterminancia, es decir, aquella que traslada los rebaños de las tierras bajas a las altas, o viceversa, según se encuentren en períodos invernales o de estío.

Además, no podemos olvidar que en el pastoreo tradicional de Castilla se desarrolla también un ganado “estante o “riberiego”<sup>151</sup> que permanece

---

151 La raza ovina de la que se componen estos rebaños es la conocida con el nombre de “churra”, considerada autóctona del país y muy preciada en la mesa, razones por las que creemos que tanto su especie como su modelo de explotación tienen un claro precedente en la Prehistoria.

sobre los mismos predios durante todo el año, con pequeños traslados diarios, regresando al anochecer al núcleo de población o refugiándose en majadas dispuestas en las zonas de pastos cercanas. Estos rebaños se caracterizan por su capacidad para soportar los grandes contrastes entre los rigores del asfixiante verano y los del gélido invierno. En el primero de los casos superan la sequía estival, que conlleva la reducción de las zonas de pastos, gracias al aprovechamiento de brañas y humedales, y de las riberas de los ríos y arroyos, así como de las rastrojeras una vez recogida la cosecha; con la llegada del mal tiempo, que incluye heladas y nieve, el ganado acude a los reductos de pasto del monte bajo, resguardados del frío por la vegetación mayor (roble y encina), o se alimenta a base de grano almacenado. Una situación similar pudo vivirse en las tierras del interior de la Meseta durante el Bronce Medio y Final, por lo que no se hace necesario acudir a explicaciones tan complicadas como la trashumancia de largo recorrido. La utilización de los humedales para un momento prehistórico en la explotación ganadera ya ha sido propuesta para la región gallega con argumentos de mucha validez (Méndez Fernández, 1994). En lo que concierne al suministro de reservas almacenadas, ya hemos insinuado cómo alguno de los silos que habitualmente se detectan en los poblados de Cogotas I pudo contener viandas destinadas a la alimentación del ganado, algo que se puede intuir a partir de la documentación de ciertas legumbres (*Trifolium* y *Lathyrus/Vicia*) y herbáceas (*Chenopodium*, *Polygonum*, *Malva* y *Rumex*) en su interior (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 508).

En definitiva, y como resumen de todo lo expuesto hasta el momento, podemos decir que la falta de pruebas concluyentes sobre la existencia de un sistema de trashumancia de largo recorrido, lo

poco probable, o imposible, del mismo, así como lo innecesario de su desarrollo, nos inclinan a rechazar la hipótesis aquí juzgada.

En el caso de *Cogotas I* las pruebas concretas aportadas para demostrar la existencia de trashumancia y que ésta sea la causante de la dispersión de su cerámica muestran una serie de defectos que, prácticamente, las invalidan.

En primer lugar se argumenta la especial dedicación ganadera de este grupo, como si ello abonase el terreno para formular la necesidad de mecanismos trashumantes. Sin embargo, en el estado actual de la investigación, no creemos que esta afirmación se pueda hacer de forma categórica. No existen estudios detallados sobre las prácticas de subsistencia de estas gentes, los análisis faunísticos y carpológicos no son abundantes dentro de los proyectos de investigación y las pruebas arqueológicas apuntan por igual a la existencia de prácticas agrícolas y ganaderas,<sup>152</sup> que se repartirían en función de las posibilidades que ofrecen los distintos paisajes y que se complementarían con otras actividades artesanales. No descartamos que se pueda documentar durante la Edad del Bronce un aumento de la cabaña ganadera dentro de los poblados, en detrimento de la caza y propiciado por la revolución de los productos secundarios y por las ventajas que la misma ofrece a la hora de evitar los mecanismos de coerción; sin embargo, esto no implica la exclusividad del sector, ni la existencia de modelos trashumantes.

Pero el dato más importante que se presenta a la hora de plantear esta hipótesis es la coincidencia del trazado cañariego tradicional con los puntos de dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I, así como de la zona nuclear y los territorios de expansión meridionales con las dehesas de verano e

---

152 Las huellas de la agricultura son por ejemplo la ubicación de multitud de poblados sobre los suelos más fértiles de la Meseta, la constatación de piezas de hoz y la indudable utilización de los hoyos como silos de almacenamiento de cereal. En el caso de la ganadería juega a su favor, sobre todo, el importante volumen de restos óseos procedente de los poblados, y la ubicación de algunos de ellos en ambientes serranos.

invierno respectivamente. Sin duda, a primera vista (Fig. 97) se puede observar una cierta superposición entre ambos fenómenos; algunos tramos de las rutas de trashumancia -sobre todo de las cañadas de la Vizana o de la Plata, Riojana, Conquense y del Reino de Valencia-<sup>153</sup> transcurren paralelos a los caminos que parece siguieron los influjos de Cogotas I y en los dos casos se puede establecer una dualidad Norte-Sur; sin embargo, examinando el problema detenidamente nos percatamos de varios aspectos que dejan al descubierto lo endeble de este argumento.

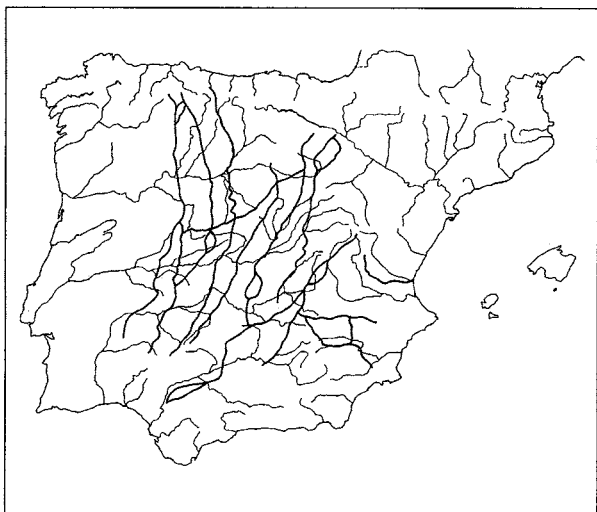


Figura 97. Principales cañadas ganaderas de la Península Ibérica (a partir de Sanz, García y García, 1990).

Una primera reflexión nos invita a recordar que las cañadas trashumantes en España no son una constante invariable, y que sufren el desarrollo cronológico y los distintos avatares bélicos, políticos y sociales de la historia (García Martín y Sánchez Benito, 1986: 8-9), por lo que se nos antoja poco

útil traspolar los restos de las actuales cañadas merinas a unos hipotéticos caminos ganaderos usados ya desde períodos protohistóricos.

También hemos de ser conscientes de que la trashumancia llegó a ser, en un determinado momento, fundamental, por lo que el número de las vías pecuarias es amplísimo y su reconocimiento actual, aunque muy importante, no completo. Existían cañadas, cordeles y veredas<sup>154</sup> e incluso otras vías menores que configuran una enmarañada red que se extiende por la práctica totalidad de las regiones,<sup>155</sup> razón por la que no podemos sorprendernos de que muchos de los poblados afectados por la “expansión” de Cogotas I en las zonas meridionales se encuentren cercanos a alguna de estas vías, sin que ello quiera decir que haya que relacionarlos con los movimientos gregarios. Por otra parte, las coincidencias no son tan evidentes como se ha pretendido; las cañadas ganaderas, según García Martín (1992: 32) no discurren por los parajes más acomodados al tránsito, sino que cruzan de un tajo ríos y montañas y marchan por pendientes y elevadas cumbres, puesto que de esta manera pueden encontrar pastos sin entrar en conflicto con los agricultores y reducen el tiempo de la *marcha a los extremos*, unas características que las alejan de los caminos que nosotros hemos defendido para la dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I.

Por último, tras el análisis y la comparación de los mapas de cañadas y de dispersión de Cogotas I, podemos decir que las principales zonas de concentración de poblados de este último se alejan ostensiblemente de aquellas regiones -las sierras- de las que en la trashumancia tradicional parten los rebaños. Las cabeceras de las cañadas se sitúan

153 Algunos mapas sobre las cañadas de la Península Ibérica se pueden consultar en Klein, 1920 (1981): 38-39; Sáenz, García y García, 1986; Anés y García, 1994: fig. 1; Logemann *et alii*, 1995: est. I.

154 Las cañadas medían 90 varas de anchura (75,22 m.), los cordeles o cordones 45 varas (37,61 m.), y las veredas 25 varas (20,89 m.).

155 Ver por ejemplo la saturación de vías de la red principal que sufre la cuenca del Duero (Sierra y San Miguel, 1995: fig. 2).

fundamentalmente en la montaña leonesa y en las sierras de La Rioja y Soria, donde los hallazgos cerámicos del mencionado grupo son bastante escasos, a pesar de existir verdaderos enclaves. Por esta última razón, así como por la dispersión de los poblados y las peculiaridades encontradas en su vajilla, estas zonas se pueden considerar áreas limítrofes o marginales dentro de Cogotas I. Por el contrario, el grueso de los yacimientos se encuentra en las vegas de los afluentes del Duero y en las márgenes de este mismo río, así como en lugares similares en las cuencas del Manzanares y Henares en la Submeseta inferior. Precisamente estas tierras son el feudo tradicional del ganado riberiego o estante y de la oveja churra, y en ellas podemos decir que los condicionamientos climáticos que inducen a la práctica de la trashumancia no se manifiestan de forma tan acusada como en las altas cumbres de las cordilleras. Aquí no se sufre un estancamiento total y continuo del crecimiento de los vegetales en época invernal, puesto que a las heladas nocturnas suceden muchos días despejados que permiten el mantenimiento de herbazales en los lugares más protegidos. Los contrastes climáticos entre los espacios complementarios de la trashumancia han sido explicados siempre a partir de puntos situados en los extremos (Cabo Alonso, 1994b: 24-33) -poblaciones de la montaña leonesa, por ejemplo, donde las medias de temperatura alcanzan valores muy próximos a 0° durante dos o tres meses al año-; sin embargo, en la provincia de Valladolid se registran medias en los mismos meses que pueden estar entre 3 y 7 grados<sup>156</sup> por encima de las leonesas. Al mismo tiempo existe una menor pluviosidad, lo que implica menores nevadas en invierno y por lo tanto un menor detenimiento del crecimiento de vegetación. En definitiva, no se puede decir que el territorio nuclear de

Cogotas I coincida con los pastaderos tradicionales de la trashumancia, por lo que nuevamente vemos quebrarse la argumentación.

Por último se han exaltado también las especiales posibilidades pastoriles de las regiones afectadas por el proceso de dispersión de las cerámicas de Cogotas I y su coincidencia con los invernaderos de la trashumancia tradicional. En el primero de los casos creemos que la ubicación de los yacimientos afectados por Cogotas I se vincula al poblamiento local, y si existe una inclinación pastoril en el mismo ha de ponerse en relación con los sistemas de subsistencia de los grupos que allí habitaban ya antes de la llegada de los influjos meseteños; por otra parte, muchos de esos asentamientos controlan amplias zonas de vega que son igualmente aprovechables para la agricultura, por lo que no se puede establecer una relación directa entre poblados de expansión y zonas de uso pastoril. En lo que concierne a la idea de relacionar las áreas de dispersión de Cogotas I con los invernaderos de la trashumancia, sólo podría ser válida, y con matices, para las tierras andaluzas, mientras que dejaría sin explicación su presencia en el Bajo Duero, en el Valle del Ebro y en toda la franja oriental. Incluso en las zonas meridionales las principales cañadas mueren en el Sur de Extremadura y Ciudad Real, espacios donde precisamente está poco representada la intrusión de Cogotas I, y en ningún caso alcanzan las tierras del Sureste, donde conocemos importantísimos hallazgos este tipo.

Por consiguiente, tras ver como los argumentos a favor de una trashumancia en tiempos de Cogotas I no resisten un análisis profundo, hemos de decir que esta propuesta para dar explicación a la dispersión de las cerámicas del grupo por toda la Península no se puede probar, y que carece de la base

---

156 Estos datos proceden de comparar poblaciones como Leitariegos (León) y Tudela de Duero (Valladolid), y han sido tomados del Análisis del Medio Físico. Delimitación de unidades y estructura territorial, Valladolid, Junta de Castilla y León. Consejería de Fomento, 1988.

necesaria para ser tomada como probable. Ciertamente es que la actividad pastoril es una de las más difíciles de detectar en el registro arqueológico, pero por ese mismo motivo no podemos construir hipótesis faltas de objetividad. La trashumancia en Cogotas I es improbable, creemos que imposible, no nos cabe ninguna duda de que es completamente innecesaria, pero, sobre todo, carece de argumentos a través de los cuales se pueda siquiera sospechar.

Sin embargo, la considerable carga de romanticismo que lleva implícita esta teoría y lo atrayente de su postulado han hecho que en los últimos años no se escatimen los esfuerzos para intentar su confirmación. En este sentido, y como nos anunció Delibes (1995b: 118), desde la Universidad de Freiburg y auspiciado por las nuevas posibilidades que la arqueología encuentra en el interior de los laboratorios, se ha puesto en marcha un proyecto que pretende analizar el contenido de mercurio de los huesos del ganado ovicaprino y bovino encontrados en yacimientos de distintas regiones. Los investigadores (Logemann *et alii*, 1995) se basan en la alta concentración de este mineral existente en las tierras de Almadén (Ciudad Real), precisamente uno de los pastaderos de verano utilizado en los traslados a extremos por la cabaña trashumante tradicional. Piensan que los animales que se alimentaron en estas tierras asimilaron el mercurio en su esqueleto y que la identificación de dosis altas del mismo en restos encontrados en la Submeseta Norte podría demostrar que aquellos ejemplares visitaron alguna vez la región manchega. El trabajo recoge una muestra ósea actual de la comarca de Almadén y la compara con los datos publicados sobre huesos prehistóricos (aunque no de esta región). Sin embargo, los resultados obtenidos hasta el momento no son nada satisfactorios, puesto que la diferencia de valores dentro de la misma muestra hace dudar de la validez del mercurio como “elemento guía”.

#### *b.4. Las explicaciones de tipo social*

Fuera de los contactos derivados de las necesidades materiales de las personas, se empiezan a postular soluciones de tipo social a muchos de los problemas arqueológicos suscitados. El contacto cultural no tiene por qué derivarse siempre de actividades materiales; las relaciones humanas a escala personal, familiar o tribal pudieron jugar también un importante papel en la transmisión de determinados rasgos. En el caso que ahora nos ocupa, es posible atisbar cómo la divulgación de la cerámica decorada de tipo Cogotas I pudo ser, en el fondo, resultado de relaciones sociales a distinta escala.

##### **b.4.1. Intercambio de Regalos**

Entre los postulados de base social utilizados para dar explicación al contacto cultural tienen especial aceptación aquellos que, derivados de las indagaciones antropológicas en pueblos primitivos actuales, plantean la existencia de unos bienes dotados de un carácter especial -de prestigio-, que son utilizados por los personajes destacados de la sociedad para intercambiarlos con otros individuos de categoría pareja pertenecientes a otros grupos, con el fin de establecer relaciones de amistad, pactos o alianzas. La transposición de estas hipótesis sobre el intercambio de regalos a la época prehistórica se suele hacer, principalmente, gracias a la documentación de objetos de elevado valor intrínseco, como son las joyas de oro y plata. Sin embargo, la meticulosidad en la elaboración de los vasos decorados de tipo Cogotas I, así como su innegable carácter visual, llamativo y pintoresco, han llevado a plantear la posibilidad de que estos ejemplares jugaran un papel similar al descrito dentro de la estructura social de Cogotas I (Delibes *et alii*, 1995b: 50 y 56). De esta manera se podría interpretar que los barrores cogoteños se reparten por las distintas regiones de la Península Ibérica en función de la actividad “política” de los elementos humanos encumbrados



de la Meseta. Estas “élites” establecerían alianzas, pactos o convenios con sus vecinos, y regalarían este tipo de piezas, como símbolo de fraternidad y colaboración.

La teoría tiene su modelo inmediato en aquella otra propuesta por Sherratt (1986) para la difusión del ajuar campaniforme. Este autor considera que los vasos decorados de este estilo eran utilizados en una especie de banquete ritual elitista, y que serían el símbolo de una determinada posición social, así como que su difusión de unos territorios a otros vendría garantizada por las relaciones entre “los grandes” de los distintos grupos.<sup>157</sup> En el mismo sentido, se otorga una consideración especial, como bienes de prestigio sujetos a mecanismos de intercambio, a las cerámicas de estilo Arbolí del Bronce Antiguo del cuadrante NE. de la Península (Picazo Millán, 1993a: 103).

En el caso de Cogotas I no son demasiadas, pero si sugestivas, las pruebas que juegan a favor de aceptar esta hipótesis. Primero hemos de sopesar cuál puede ser el valor intrínseco de las piezas como objetos de lujo. Dentro de un panorama arqueológico donde la mayoría de los horizontes carecen de una producción cerámica decorada de características homogéneas, Cogotas I aparece como el legítimo heredero del Campaniforme de tipo Ciempozuelos y rehabilita el papel del ornamento en la vajilla que tanto éxito tuvo en aquel horizonte. Por lo tanto, el nuevo estilo artístico imprime a una parte de la producción alfarera un nuevo carácter que la hace destacarse del conjunto general. Sin duda se trata de fabricados de boato en los que la inversión de trabajo y tiempo supera, con creces, la realizada en el resto de las piezas, y que supone la existencia de determinados elementos humanos liberados de otras actividades dentro del seno familiar o del poblado que se dediquen -aunque sea a tiempo parcial- a esta labor.

Esto podría ocurrir ante una situación económica controlada, como pudo ser la de Cogotas I gracias al papel regulador de la ganadería, o a la existencia de un personaje o grupo social situado en la cúspide de la escala social que controle los medios de producción y el reparto del trabajo. En cualquier caso, a partir de la valoración que se hace de las cerámicas decoradas se las ha considerado, en función de su dispersión, como los productos objeto de intercambio entre las élites cogoteñas y las del resto de los grupos regionales de la época. Sin embargo, hemos de ser conscientes de que no se pueden comparar estas piezas, por mucho tiempo que lleve su elaboración, con elementos metálicos de adorno, herramientas o armas, ni mucho menos con las joyas áureas que normalmente se consideran los *items* que protagonizan este tipo de relaciones *inter pares*.

Otro aspecto a favor de esta hipótesis lo encontraríamos en el reducido número de piezas que, por lo general, se recuperan en los poblados alejados de la Meseta; lo cual se podría explicar por el carácter restringido y puntual de los intercambios y por la condición elitista de la circulación de los vasos. Sin querer quitar validez al argumento, hemos de matizar que tal circunstancia no se cumpliría siempre, puesto que existen yacimientos situados en el Sureste y en el Valle del Guadalquivir, como son Cuesta del Negro, El Llanete de los Moros o Carmona, donde el volumen de vasos de tipo meseteño alcanza proporciones muy elevadas.

Por último, da valor a esta sospecha la constatación en el territorio cogoteño de ciertos objetos que, ya sea por su carácter exótico, o por su valor intrínseco, pueden interpretarse como los presentes recibidos a cambio por las élites de la Meseta (Delibes *et alii*, 1995b: 57). Entre ellos destacan, sobre todo, algunas fíbulas de codo como las halladas en San Román de Hornija, Cerro del

157 Esta idea tiene su origen en la valoración que Clarke (1976: 469-471) hace de la cerámica campaniforme como un elemento simbólico indicador de rango y prestigio reservado a las élites, y que ha sido asumida por muchos investigadores y utilizada como punto de partida para nuevas explicaciones (Delibes *et alii*, 1995a: 59-61).

Berrueco o Alto de la Yecla de Silos, y las joyas áureas -brazaletes, cuentas de collar, torques...- de Fuenteungrillo, Navalmorales, Rábano (Delibes, Rodríguez y Santonja, 1991) y Castrojeriz; o, incluso, la espada de aspecto argárico de Cea (León) (Delibes y Fernández Manzano, 1983: 37). La tipología de estas piezas, así como la ubicación lejana de alguno de sus modelos, coadyuvan a pensar que proceden de territorios alejados y, por lo tanto, en la posibilidad de que hayan funcionado como bienes de prestigio dentro de un circuito de intercambio de regalos.

Sin embargo, también existen ciertos inconvenientes para la aceptación incondicional de esta teoría que no podemos, ni queremos, pasar por alto. En primer lugar, la aceptación del uso de una determinada vajilla como elemento de prestigio implica el reconocimiento de la existencia de una élite social o política que protagonice este tipo de relación y, por lo tanto, una estratificación social muy marcada que no parece evidenciarse de forma nítida en el resto del registro arqueológico. Ciertamente éste es muy parco, y la mayoría de las veces sesgado, y que conocemos algunos ejemplos que pueden hablarnos de cierta nuclearización política, así como los elementos metálicos y áureos de importación referidos anteriormente, que podrían actuar como testimonios indirectos de la existencia de estas clases pudientes, (Delibes *et alii*, 1995b: 56 y 57). A pesar de ello, hemos de tener en cuenta que las posibles élites no se traducen en un tratamiento especial en la organización de los poblados ni en el enterramiento, es decir, en la construcción de viviendas o áreas diferenciadas con características especiales y que proporcionen ricos conjuntos

arqueológicos, ni tampoco en tumbas que puedan pertenecer a régulos o caudillos y que se encuentren dotadas de suntuosos ajuares; aspectos ambos que son visibles en otras organizaciones sociales como la argárica (Contreras *et alii*, 1995). En el aspecto funerario, sin embargo, hemos de tener en cuenta, ante el carácter restringido de las sepulturas, la posibilidad de que éstas estuvieran reservadas únicamente a determinados elementos sociales (Delibes *et alii*, 1995b: 57); una interpretación que, a nuestro modo de ver, no avala la precariedad de los ajuares en la mayoría de los casos ni el aspecto improvisado de los lugares de enterramiento.

El segundo inconveniente para aceptar el valor de las cerámicas de Cogotas I como elementos de prestigio protagonistas de una política de intercambio de dones está en la constatación de especies de este tipo en las áreas de expansión que han sido elaboradas con arcillas indudablemente de origen local.<sup>158</sup> Ciertamente es que los ejemplares que han pasado por el laboratorio suponen una proporción ínfima, y que dentro de los análisis realizados también encontramos resultados que alertan sobre la condición foránea de algunos ejemplares;<sup>159</sup> sin embargo, parecería lógico pensar que si los vasos han llegado a través de un regalo hecho por las élites meseteñas, esta última característica debiera afectar a todos los casos. Por otra parte, el hecho de que la composición de los barros de tipología meseteña no concuerde con la del resto de la producción local sólo implica un origen alóctono, pero no necesariamente que éste se encuentre en la Meseta.

Por último, hemos de mantener ciertas reservas sobre esta teoría, puesto que no se nos puede escapar el carácter fácilmente imitable de las

---

158 Esta condición se constata analíticamente en una pieza del Llanete de los Moros (Martín de la Cruz, 1987c: 206), en la producción de Moncín (Harrison, Moreno y Legge, 1987: 80-85) y en los yacimientos del Cerro de la Encina y Cuesta del Negro (Capel y Delgado, 1978: 349); y se intuye en otros muchos lugares a través del aspecto externo de los vasos, que no se diferencia del mostrado por el resto de la producción.

159 Esto ocurre en otro fragmento procedente de El Llanete de los Moros (Martín de la Cruz, 1987c: 206) y en los ejemplares de boquique de Cabezo Sellado (Andrés, 1990: 92); aunque también podría intuirse, a partir de la caracterización externa, en Setefilla y Acinipo.

decoraciones cerámicas, sin comparación con otros elementos que podemos considerar de prestigio, como los objetos de bronce y las joyas áureas. Para emular distintos estilos cerámicos no es necesario un alto nivel de conocimiento técnico como sí es exigible en el caso de las producciones metálicas; razón por la cual el primero de los casos podría extenderse de forma más amplia por la sociedad y no representar únicamente a los más poderosos.

En un intento de abrir nuevos frentes en el análisis de esta propuesta, y partiendo del hecho de que es el modelo propuesto por Sherratt para el Campaniforme el que se pretende poner a prueba, creemos necesario comparar los fenómenos cerámicos de Cogotas I y de Ciempozuelos -estilo campaniforme de la Meseta-, a fin de poner de manifiesto las diferencias que hacen recomendable la modificación de la teoría original.

Es cierto que se puede constatar una coincidencia física entre los dos horizontes, que, de forma general, se alojan en las tierras interiores de la Península; sin embargo, la relación de las especies campaniformes con las oligarquías del momento es mucho más evidente puesto que aquellas hacen su aparición formando parte de los ajuares de enterramientos individuales y acompañando a otros objetos suntuosos como joyas y armas de metal<sup>160</sup> (Delibes, 1995a: 57). Este aspecto, sin embargo, no se muestra de la misma manera en Cogotas I, puesto que únicamente en la “incontrolada” tumba de Renedo de Esgueva parece hallarse, junto al individuo, un cuenco entero que se decora con ondas de boquique. En este caso además parece producirse una circunstancia especial en cuanto al tipo de enterramiento,

puesto que sería, hasta el momento, el único depositado en el interior de una fosa cubierta por una losa de caliza (Wattenberg, 1957). En el resto de los hallazgos funerarios pertenecientes a Cogotas I, por lo menos en el área nuclear, no podemos asegurar que los fragmentos de cerámica decorada allí encontrados respondan a ninguna intencionalidad, sino más bien a un proceso accidental, a través del cual algunos restos de vasijas depositados en el suelo acaban, junto con el relleno de tierra de la tumba, en el interior de la fosa u hoyo que sirve de última morada al sepultado.<sup>161</sup> Por esta razón creemos que no se puede dar a la cerámica decorada de Cogotas I una finalidad funeraria como la que tenían los tios campaniformes. En contra de esta idea juegan, empero, los documentos de los dólmenes zamoranos y salmantinos (Esparza, 1990), donde la presencia de inhumaciones de Cogotas I se infiere precisamente gracias a este tipo de cerámicas. En cualquier caso, y si aceptamos que estas últimas deposiciones responden a la perpetuación de una costumbre que se trasmite desde el megalitismo a través del campaniforme podríamos pensar que se trata de una adaptación regional y particular del modelo primitivo, y del mantenimiento por parte de algunos clanes de una imagen social herida de muerte.

Sin embargo, esto no impide seguir considerando a las cerámicas decoradas un rasgo perteneciente a una élite destacada dentro de la sociedad que, por otra parte, no tuviera la necesidad de dejar constancia de ello en la vida de ultratumba. Habría que introducir nuevos campos de análisis, como es el que se plantea con este tipo de producciones en los lugares de hábitat. Si en el caso del

---

160 Los elementos campaniformes no cerámicos son brazaletes de arquero, puntas de tipo Palmela, puñales de lengüeta, punzones de sección cuadrada de cobre, botones apiramidados de hueso con perforación en “V” o en forma de tortuga y collares de cuentas en forma de oliva, a veces de calaña; piezas que, al presentarse junto a las cerámicas, otorgan a éstas últimas un mayor valor simbólico. En el caso de Cogotas I este tipo de asociaciones es menos frecuente, circunstancia que marca una primera e importante diferencia.

161 A este respecto cabe recordar como en la triple tumba de San Román de Hornija (Valladolid) algunos de los fragmentos cerámicos recuperados junto a los individuos formaban parte del mismo vaso que otros hallados en un hogar situado en la boca del pozo e, incluso, de recipientes encontrados en áreas muy alejadas de la fosa de inhumación (Delibes, 1978).

Campaniforme Ciempozuelos se tardó en encontrar contextos domésticos en los que aquellas hicieran acto de presencia, en Cogotas I ocurre todo lo contrario, puesto que la mayoría de sus vajillas de lujo aparece en los típicos “campos de hoyos” que, de una u otra manera, se vinculan a lugares de habitación. Es verdad que en algunos yacimientos las especies decoradas son tan escasas como resultaban serlo en los poblados Ciempozuelos, pero también es cierto que existen estaciones del Bronce Final donde la proporción de vasos ornados supera cualquiera de las expectativas del horizonte campaniforme de la Meseta. Algunos ejemplos avalan esta diferenciación entre los dos casos. Las recientes excavaciones de algunos lugares de hábitat del más antiguo de los complejos y otros estudios de carácter coyuntural han permitido saber que la gran mayoría de la cerámica recuperada en los ámbitos domésticos es lisa, y que la típica decoración incisa no comparece más que en porcentajes mínimos (por debajo del 5%) (Delibes 1995a: 55; Blasco *et alii*, 1994: 102); por el contrario, en los poblados de Cogotas I esa proporción se eleva hasta casi el 12% del total de la muestra en La Requejada en San Román de Hornija (Delibes, Fernández y Rodríguez, 1990: 72), a algo más del 29% de los bordes en el Cementerio de Quintanilla de Onésimo (Rodríguez Marcos y Abarquero, 1994), y a aproximadamente un 20% en el Carrizal de Cogeces del Monte (Rodríguez Marcos, 1993: 67), los tres en Valladolid, llegando incluso a un 35% en La Aceña (Huerta, Salamanca) (Sanz García *et alii*, 1994: 79). El mayor volumen porcentual de las especies decora-

das de Cogotas I, por lo tanto, también juega en contra de su consideración como una producción restringida y reservada a un determinado grupo dentro de la sociedad; puesto que de aceptarlo así, tendríamos que admitir al mismo tiempo que el elemento de distinción alcanza a un conjunto humano más amplio, o que hay una apertura muy temprana del mismo.

La semejanza en los contextos habitacionales del Campaniforme y de Cogotas I está en que en ambos horizontes las especies decoradas se recogen al lado de otras lisas, con un grado parecido de fragmentación y sin dar muestras de una preocupación especial por su deposición en el estrato. Si bien hemos de tener en cuenta que en los complejos de Cogotas I aquellas aparecen frecuentemente en el interior de hoyos que han llegado a nuestros días convertidos en colectores de basura, formando parte de los desechos orgánicos e inorgánicos del poblado; por lo que el destino final de las cerámicas decoradas de este tipo nos parece más lamentable aún que el de las piezas campaniforme<sup>162</sup> y, en cualquier caso, indigna de una colección dotada de una alta consideración.

De igual manera sería posible relacionar la difusión de las cerámicas de tipo Cogotas I desde la Meseta con la proyección que sufre el estilo campaniforme de Ciempozuelos, puesto que en este último caso también se constata cómo algunos de sus ejemplares alcanza lugares alejados de su núcleo central en el interior de la Meseta.

En definitiva, comprobamos como las evidencias arqueológicas juegan a favor y en contra de la hipótesis que ve a las cerámicas decoradas de tipo

---

162 Las colecciones campaniformes no suelen aparecer dentro de las fosas detriticas; al menos esto ocurre en lugares como Arrabal de Portillo en Valladolid (Fernández Manzano y Rojo, 1989) y La Huelga (Dueñas, Palencia). En este último lugar, además, la diferencia se puede contemplar in situ, puesto que mientras en el Sector 1 -de adscripción cronocultural Protocogotas- la mayoría de las piezas, decoradas y lisas, proceden del interior de hoyos de este tipo, en el Sector 2 -núcleo del poblamiento campaniforme del yacimiento- aquellas se recuperan en el nivel de ocupación (Pérez Rodríguez *et alii*, 1994). Ciertamente un tercer sector del enclave palentino combina especies de ambos tipos en el fondo de estas estructuras; sin embargo, todos los indicios apuntan a que éstas son obra de las gentes cogoteñas, que se instalan encima de un antiguo asentamiento campaniforme y provocan la mezcla artificial de los materiales. Por su parte, en la región madrileña sí conocemos algunos “campos de hoyos” campaniformes de aspecto similar a los de Cogotas I, aunque hemos podido comprobar -a partir de yacimientos como El Ventorro (Priego y Quero, 1992)- que los ejemplares con decoración incisa Ciempozuelos son realmente extraños y anecdóticos en el seno de los pozos excavados en el suelo. En el poblado madrileño, sólo en uno de los hoyos son importantes y se acompañan, además, de otros elementos arqueológicos inusuales que conceden al hallazgo un carácter excepcional, posiblemente derivado de una actividad con cierto carácter sacro o propiciatorio.

Cogotas I imbuidas de un simbolismo social semejante al propuesto para los ajuares campaniformes. Hemos visto como los contextos y condiciones de deposición, así como los volúmenes porcentuales de ambos fenómenos no son similares, por lo que no se pueden comparar dentro del mismo plano; sin embargo, no negamos que es posible encontrar en las cerámicas decoradas de tipo Cogotas I un carácter atractivo que pudo hacer de ellas bienes codiciados y cotizados fuera de su territorio nuclear. Por esta razón creemos que, hasta cierto punto, y sin que su circulación se deba ni exclusiva ni principalmente a este factor, su valor como producto de cierto prestigio pudo estar detrás de su rápida difusión hacia la periferia peninsular y de su aceptación en aquellas tierras. Sin embargo, y queremos dejarlo bien claro, consideramos que estas cerámicas no tienen un significado tan marcadamente elitista como las campaniformes, sino que pudieron estar abiertas a un grupo humano más amplio en función de una escala social de menor tendencia vertical, y sujetas a la permanente amenaza de “plagio” por parte de los alfareros locales. De esta manera, sería su atractivo el principal componente de su prestigio y no se encontrarían, salvo en situaciones concretas, dentro de un circuito excesivamente restringido de intercambio entre los “principales” de las distintas comunidades. No serían tanto un objeto regalado como un producto apreciado.

En relación a este mismo asunto merece la pena mencionar el estudio que se está llevando a cabo en Peñalosa, un poblado del horizonte argárico del Alto Guadalquivir en la provincia de Jaén (Contreras *et alii*, 1995), donde se intentan reconstruir los distintos grupos sociales gracias a las diferencias halladas en los análisis paleopatológicos de los enterramientos, en las propias tumbas y en las

viviendas. En este último caso se afirma que existe una asociación directa entre las cerámicas decoradas y las casas más ricas, es decir, las destinadas a la aristocracia,<sup>163</sup> por lo que las primeras adquieren un marcado rasgo de distinción. La confirmación de este tipo de fenómenos podría ser la prueba de que en determinados lugares las cerámicas de estilo meseteño podrían haberse instalado como auténticos bienes de prestigio, restringidos únicamente a los grupos sociales más encumbrados.

Dentro de la interpretación de las cerámicas de Cogotas I como elementos protagonistas del intercambio entre las élites sociales de la Meseta y las del resto de las regiones debemos mencionar también la posibilidad, apuntada por Delibes, de que las vasijas sólo fueran el contenedor de alguna mercancía que «*ni siquiera llegamos a intuir*» (Delibes *et alii*, 1995b: 56)<sup>164</sup> y que constituyera, en realidad, el obsequio. La dificultad en enfocar esta nueva interpretación y la ausencia de datos objetivos que nos ayuden a su consolidación nos impiden valorarla más detenidamente.

#### **b.4.2. Emulación de comportamientos sociales**

Una novedosa línea de investigación ha sido recientemente abierta por Harrison (1995); tanto más interesante por cuanto es capaz de arropar los argumentos sociales con otros de tipo económico. La teoría que este autor plantea sobre la “expansión” de este tipo de cerámicas -sobre todo en dirección al valle medio del Ebro- se basa en la imitación de determinados costumbres sociales asociadas a ciertos modelos económicos.

La idea parte del análisis diferencial que hace de la vajilla decorada de Cogotas I frente a la de

---

163 Esta circunstancia se observa en las casas IV y VI de la Fase IIIA, donde comparecen las cerámicas de tipo Cogotas I (información personal de F. Contreras).

164 En este mismo sentido se pronuncia Blasco (1993: 112), posiblemente pensando en estas especies, cuando afirma que, a pesar de que la mayoría de la producción alfarera del Bronce Final es de carácter local, pudieron existir recipientes que fueran trasladados como contenedores de determinadas materias sólidas o líquidas e, incluso, que alguno de los mejores ejemplares fuera objeto de comercio como “pieza-modelo” para ser imitada.

Ciempozuelos. En el primer caso presenta perfiles abiertos -cuencos y fuentes troncocónicas de ancha boca y escasa profundidad-, una morfología ideal para la presentación de alimentos sólidos -seguramente asados o hervidos- apilados en el centro del recipiente; mientras que los servicios campaniformes ofrecen formas más propicias para contener alimentos cocidos o con componentes líquidos. La vajilla de lujo de Cogotas I respondería, por lo tanto, al desarrollo de una nueva tendencia en la preparación y presentación de los alimentos.<sup>165</sup> Pero Harrison considera que el uso de la misma no sería indiscriminado, sino que se reservaría a ocasiones especiales; fiestas o celebraciones -lo que denomina "*banquete familiar*"-, en las que se mezclarían significados tanto sociales como simbólicos. Esta costumbre sería, precisamente, la que se difundiría hacia las tierras vecinas, y con ella el uso de las cerámicas decoradas que forman el servicio de fiesta. La dispersión de Cogotas I se convierte entonces en la imitación de una conducta social que parece imponerse en las tierras interiores de la Meseta.

Harrison, además, vincula esta nueva moda al incremento del papel de la ganadería como elemento que evita la coerción.<sup>166</sup> Los grupos de Cogotas I de la Meseta, organizados en pequeñas comunidades políticas, no dependen únicamente de las cosechas, por lo que pueden afrontar con mayor facilidad las catástrofes naturales trasladándose con sus ganados -auténticas despensas vivientes- a lugares más propicios. Esta movilidad, por lo tanto, sería la responsable de la rápida expansión de estos grupos y de la introducción de costumbres como el banquete familiar y de la vajilla decorada en las poblaciones cercanas.

A nuestro entender, el interés de esta nueva explicación radica en que otorga un significado concreto a la "aculturación", puesto que los modelos cerámicos meseteños no se imitan por sí solos, sino en función de su asociación a un comportamiento social, que es, en el fondo, el que tiene la fuerza suficiente como para imponerse en otros territorios, y gracias a un modelo económico exitoso para determinados grupos no estabilizados por completo.

Las grandes celebraciones en las que se incluyen generosas cantidades de comida, ya sean de carácter familiar o participen todos los miembros del grupo -siempre que este sea reducido-, se vinculan en las sociedades primitivas actuales y en las culturas tradicionales al final de períodos, más o menos largos, de obligada austeridad provocada por la precariedad de alimentos (Harris, 1991: 145-149). En las comunidades de agricultores, verbigracia, los tres meses que preceden a la cosecha y en los cuales escasean las reservas, los miembros del grupo se ven sujetos a una forzada dieta que provoca la pérdida de las grasas acumuladas. Por este motivo, el momento de la recogida del grano se celebra con un festín de comida cuya razón de ser se encuentra en la necesidad de recuperar el volumen adiposo en un ritual de sobrealimentación.

En el caso de Cogotas I, si tenemos en cuenta la valoración que hemos hecho del sector ganadero como elemento que mantiene el equilibrio y regula la economía actuando como un seguro para épocas de carestía, podríamos pensar que la situación descrita no llegaría a darse nunca. Sin embargo, es posible que hasta no tener garantizada la cosecha, la despensa móvil que suponen sus rebaños no fuera utilizada de forma indiscriminada, puesto que un

---

165 Por nuestra parte entendemos que este fenómeno no tiene por qué suponer un cambio en la dieta alimentaria, aspecto que no se comprueba nítidamente en los restos faunísticos recuperados en los asentamientos, sino más bien una transformación en la manera de elaborar los alimentos, en la forma de presentarlos ante los comensales y, sobre todo, del propio significado de la "acción" de comer.

166 Una idea que ya plantea en trabajos previos (Harrison y Moreno, 1985; Harrison, 1993).

desastre natural podría dejarles sin nada para el invierno. Una vez almacenado el cereal es fácil pensar que se produjera una sensación de abundancia que les llevara a permitirse el lujo de sacrificar varios animales y cocinarlos para una celebración del mismo tipo que la descrita por Harris.

Por otra parte, la teoría del banquete familiar de Cogotas I podría relacionarse con la que en su día expusiera Sherratt (1986) para el ajuar campaniforme, sin embargo encontramos entre ambas una importante diferencia. Para Cogotas I no podemos plantear que el uso del servicio sea exclusivo de un restringido grupo de personas y, por lo tanto, constituya el exponente de una posición social destacada como se plantea para el caso campaniforme. Muy al contrario consideramos que el disfrute de “vajilla de lujo” cogoteña involucra a un conjunto más amplio dentro de la comunidad; incluso creemos que aquella pudiera estar presente, con mayor o menor ostentación, en todas las familias. Esto significa que no existiría en Cogotas I un acceso social “reservado” o “restringido” a estas producciones; aunque, probablemente, los servicios de las distintas familias se podrían distinguir por su dimensión numérica y por su calidad tecnológica y artística en función del nivel socioeconómico de las mismas.

El banquete familiar y la expansión de las pequeñas comunidades ganaderas de la Meseta podrían, por lo tanto, ser responsables de la dispersión de Cogotas I por el valle medio del Ebro (Harrison, 1995), pero también por Álava, el valle del Jalón, el Norte de Cuenca y la totalidad de la provincia de Toledo, es decir, por lo que nosotros denominábamos zona de contacto. Aquí, la traslación de las costumbres se produciría con mayor fluidez; sin embargo, no descartamos la posibilidad de que, a través de aculturación encadenada y de transmisión indirecta, sea ésta también la causa de que las especies de tipo Cogotas I alcancen lugares más alejados.

#### b.4.3. Intercambio de Mujeres

Por último, dentro de los razonamientos de tipo social, hemos de hablar de la posibilidad de que la práctica de relaciones matrimoniales exogámicas provoque el despliegue de las mujeres de Cogotas I entre los grupos extranjeros, y de que sean éstas, en función de un supuesto papel destacado de las mismas dentro de la producción alfarera familiar, las responsables directas de la transmisión y difusión de los estilos cerámicos de Cogotas I fuera de la zona nuclear.

La utilización del argumento de la mujer como elemento de intercambio, regalo o compra, en los modelos de explicación prehistórica procede también de la antropología cultural y es una baza importante en las nuevas tendencias de la arqueología social. Los restos arqueológicos no son siempre muy claros en lo que se refiere a la documentación de este tipo de procesos; sin embargo, a través de los paralelos tipológicos ofrecidos por algunos materiales, determinados hallazgos se han interpretado como la dote de princesas extranjeras casadas con señores locales y llegadas en virtud de alianzas políticas o pactos que garantizan las buenas relaciones entre distintas comunidades. De esta manera se explica M.L. Ruiz-Gálvez el sabor marcadamente orientalizante -poco común en las tierras de la Submeseta Sur- de los ajuares de las tumbas de la Aliseda (Cáceres) y El Carpio (Toledo), entendiendo que éstos debieron pertenecer a sendas princesas llegadas del SO. en virtud de tratados de amistad que podían estar relacionados con la libre circulación entre los territorios (Ruiz-Gálvez, 1992a: 238-239; 1992b: 91). Razonamientos parecidos son los que llevan a Delibes (1995d) a considerar el torques de tipo Bodonal procedente de Castrojeriz (Burgos) como propio de una mujer llegada de cualquier lugar de la costa atlántica francesa. En este último caso nos encontramos con el aliciente añadido de que la cronología de la pieza (Bronce Final I) y el

lugar en el que fue hallada nos introducen en la cultura de Cogotas I, aunque, eso sí, en un momento muy avanzado de la misma, quizás cuando los fenómenos de diferenciación social alcanzan su máximo nivel.

Interpretaciones de este tipo se repiten, por lo demás, en otros casos de tumbas femeninas europeas de Alemania y Holanda (Ruiz-Gálvez, 1992b: 90-91); sin embargo, la adaptación de esta teoría a la dispersión de las cerámicas de Cogotas I no pasa, necesariamente, por la identificación de enlaces entre “régulos locales” y “forasteras de alcurnia” destinados a resolver problemas diplomáticos de gran alcance, sino que se entiende mucho mejor en el intercambio de mujeres a una escala social más baja y en función de mecanismos de regulación demográfica. A este nivel, a pesar de que la hipótesis no ha tenido un especial desarrollo, ha provocado menciones aisladas como la de Castro, Micó y Sanahuja (1995: 74), quienes anuncian que la exogamia pudo ser uno de los mecanismos de movilidad social que pudieron provocar la llegada del estilo de Cogotas I a lugares alejados de la Meseta. No obstante, una propuesta parecida había sido ya vertida, aunque no para el caso que ahora nos ocupa, por Arnáiz y Esparza (1985: 40), quienes se plantean la posibilidad de que la presencia de un determinado tipo de cerámica decorada en el poblado calcolítico del Altotero de Mondubar (Burgos) se deba a la llegada de mujeres desde comunidades neolíticas residuales.

La exogamia pudo existir, entonces, en las tierras interiores de la Península Ibérica de forma ancestral asociada a sistemas agrícolas itinerantes, de azada, azuela o palo cavador (Ruiz-Gálvez, 1992a: 220), y mantenerse por lo menos hasta el siglo X a.C. A partir de esta fecha se ha propuesto una tercera revolución agraria (*Ibidem*: 229-231) que provocaría la estabilidad del hábitat en toda la Península y la aparición de las condiciones necesarias

para la acumulación de riqueza y para los sistemas matrimoniales de endogamia y homogamia. Con esta nueva situación, el matrimonio dentro del grupo, y más aún entre personas del mismo nivel económico, provoca el incremento de los bienes de la familia y con ello la posibilidad de aumentar el poder y la coacción sobre otros miembros del grupo. En el primer caso, la disponibilidad de tierras y el carácter móvil de los asentamientos -que cambiarían de ubicación después de unos cuantos años de explotación intensiva del terreno- no provoca la necesidad de unir bienes fijos -tierras-, puesto que estas habrán de ser, tarde o temprano, abandonadas.

Para el grupo de Cogotas I hemos propuesto una economía basada en una ignicultura regulada por el elemento ganadero, lo que encajaría con el primero de los modelos matrimoniales propuestos anteriormente. A través de la exogamia se evitarían, además, problemas de consanguinidad, muy frecuentes dentro de grupos reducidos como debieron ser muchas de las comunidades cogotefías, puesto que es lógico pensar que en el seno de aquellos existieran problemas para encontrar un cónyuge que no fuera familiar directo dentro de los diferentes grupos de edad, ya que éstos pueden descompensarse fácilmente a favor de uno u otro sexo (Champion *et alii*, 1988: 224). Por este motivo se busca nivelar tales desajustes contactando con comunidades vecinas que sufrieran similares inconvenientes. Al mismo tiempo se podría pensar que en el resto de la Península existían lugares con condiciones de vida parecidas, o que habían visto fracasar sistemas económicos estables y de complicada estratificación social como El Argar y el Bronce Valenciano, por lo que pudieron adoptar modelos más sencillos y entrar en una dinámica fluida con el resto de las formaciones.

De esta manera, creemos muy posible que las gentes de Cogotas I intercambiasen mujeres con



otros grupos, como símbolo de confraternidad, en virtud del establecimiento de contactos valederos para el desarrollo de la interacción cultural, y como mecanismo para evitar la endogamia. La finalidad del intercambio de “novias” es esencialmente social, puesto que facilita la integración, pero también es económico, ya que la mujer proporciona fuerza de trabajo y crea vínculos de parentesco que pueden posibilitar las relaciones comerciales.<sup>167</sup>

La mujer cogoteña jugaría, por lo tanto, un papel importante en la difusión de las alfarerías de tipo Cogotas I que se puede manifestar en dos sentidos: por un lado sería, muy probablemente, la portadora de los prototipos cerámicos llegados en su hatillo como parte del ajuar de boda,<sup>168</sup> y por otro podía ser la artesana que realizara las primeras muestras locales. Las evidencias del primero de los casos nunca podrán ser corroboradas con toda seguridad, puesto que aunque los laboratorios demuestren la procedencia meseteña de algunos barros de tipo Cogotas, nada obligará a afirmar que aquel fue el medio a través del cual llegaron los ejemplares. En cuanto a su participación en la fabricación de los ejemplares realizados en los poblados de llegada, creemos que es un aspecto muy probable y de razonamientos sencillos. Es fácil pensar que dentro de economías de carácter doméstico, como parecen ser éstas de Cogotas I, sean precisamente los elementos femeninos los encargados de la fabricación de la cerámica, al igual que lo son en varios ejemplos de alfarería tradicional.

La importancia de la mujer en la producción alfarera de las sociedades primitivas se comprueba con facilidad en el continente americano, donde en la inmensa mayoría de los casos estudiados la

fabricación de objetos cerámicos está en manos del elemento femenino. En toda América parece darse una identificación en el plano simbólico entre la mujer y la vasija de barro, y existen diferentes mitos que consideran la arcilla como procedente de aquella, o hablan de la existencia de una Señora Tierra (divinidad femenina) que enseñó a las mujeres el arte de la alfarería. Destacan entre estos mitos el de los indios jíbaros, que dice que una mujer debe saber fabricar por sí misma una vajilla de calidad donde pueda cocer -y lo que resulta más interesante- servir la caza para merecer un marido que sea buen cazador, mientras que aquella que sea incapaz de practicar la alfarería sería considerada una criatura maldita (Lévi-Strauss, 1986: 33-39 y 163). Entre los yucarés del Sur de los Andes, las mujeres son las únicas que practican la alfarería y rodean esta actividad de precauciones y ritos entre los que destacan el silencio absoluto y el alejamiento físico del marido. Por su parte, Karsten subraya la equivalencia entre la mujer y la alfarería: «*a la india incumbe fabricar los recipientes de alfarería y servirse de ellos, pues la arcilla con que se hacen es hembra, como la tierra -dicho de otro modo-, tiene un alma de mujer*» (citado en Lévi-Strauss, 1986: 30-31).

Donald Latrhap también constata entre los indios Shipibo-Conibo del Alto Amazonas (Este de Perú) (Renfrew y Bahn, 1993: 307) que la confección de cacharros, destinados a los propios hogares, está mayoritariamente en manos de las mujeres. También en algunas comunidades filipinas anteriores a la llegada de los españoles, los kalinga y los bontoc, la alcallería, que había sido introducida recientemente, era generalmente realizada por mujeres (Sierra de la Calle, 1991: 39). Ejemplos

---

167 Ver Ruiz-Gálvez (1992b: 89-91).

168 Entendemos aquí como ajuar aquellos objetos que una mujer aporta al matrimonio y que suelen corresponder a ropas y enseres variados de uso común en la casa. En las sociedades tradicionales se valoraba tanto la calidad como la vistosidad de sus componentes y, con un criterio similar al propuesto en el caso del banquete familiar de la Edad del Bronce, éstos sólo eran utilizados en ocasiones especiales.

etnográficos más cercanos podemos encontrarlos también en las Islas Canarias y en Malhada Sorda (Portugal) (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993: 50; Sempere, 1982: 327 y 298), donde la mujer es la protagonista de la fabricación y de la cocción cerámica cuando ésta se realiza a mano, o con rueda pero de forma no industrial. Por este motivo consideramos, al igual que los autores citados, que cabe la posibilidad de que la misma situación se venga repitiendo desde la Edad del Bronce a la vez que lo han hecho otras tradiciones técnicas, como el tipo de horno, similar en las regiones mencionadas al excavado en el yacimiento Protocogotas de “La Venta” en Alar del Rey (Palencia) (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993: 50). Otros casos de la alfarería tradicional de la Península Ibérica en los que el modelado de las vasijas es tarea exclusiva de las mujeres los encontramos en muchos pueblos de Galicia (García Alén, 1983), en La Mota del Cuervo (Cuenca) (Cano *et alii*, 1990: 39) o en las conocidas localidades de Moveros, Pereruela y Carbellino de Sayago (Zamora) (Cortés Vázquez, 1980).

Para época prehistórica, y hasta la introducción del torno y el inicio de la producción especializada, se puede pensar en unas características parecidas. Perrin (1974: 122), considera que, al menos la modalidad grosera, se fabricaría en el medio familiar y que serían las mujeres las encargadas de hacerlo, mientras que los hombres sólo debían intervenir en la cocción. En la investigación española no faltan autores que también opinan de la misma manera. Sacristán (1993b: 502), tras reconocer cómo las producciones alfareras de escaso volumen suelen estar reservadas de forma exclusiva a las mujeres, plantea la posibilidad de comprobarlo a través de los dermatoglifos, o huellas dactilares dejadas por las manos que moldearon los vasos. Una línea explorada ya por B. Taracena (1927: 10) en sus comentarios sobre las

ungulaciones que decoran algunos de los vasos del yacimiento de la primera Edad del Hierro de Izana (Soria), de cuyo pequeño tamaño deducía que habían sido realizadas por mujeres.

Si aceptamos esta teoría, podemos pensar que la “mujer alfarera” llegada desde los grupos de Cogotas I podría enseñar a sus descendientes y a sus vecinos las nuevas técnicas, que éstos a su vez adaptarían a los esquemas indígenas, desencadenando así el fenómeno de divulgación. Desde este nuevo “enclave” al que han llegado las nuevas modas estilísticas de Cogotas I, el proceso pudo repetirse de una forma más o menos desdibujada, transmitiendo la técnica y los motivos decorativos, así como la utilización de determinadas formas, a otros yacimientos de la comarca a través de los mismos mecanismos sociales o de otros nuevos; lo que podría explicar la existencia de pequeñas muestras de cerámicas meseteñas aisladas en poblados más o menos alejados. Estos contactos pueden o no tener una continuidad en el tiempo en función de que sigan o no los intercambios de mujeres con el hogar original.

En un sistema decididamente exógamo tendremos que admitir una reciprocidad en el producto intercambiado, en este caso mujeres, que habría de provocar en la Meseta un efecto inverso al que se documenta en el resto de las regiones y, por lo tanto, la introducción de las costumbres alfareras de otras regiones en el territorio de Cogotas. Sin embargo, las formaciones sociales en las que incide este grupo no parecen vivir un momento de esplendor material; sus cerámicas no presentan una homogeneidad clara ni unos rasgos distintivos evidentes que podamos ver trasladados a la Meseta, y, sobre todo, carecen de elementos decorativos diagnósticos y fácilmente identificables. Por lo tanto, podemos intuir que las producciones alfareras de la periferia meseteña tendrían muy poco que aportar a Cogotas I, mientras que las de este grupo se verían aceptadas por despertar el instinto estético

de las poblaciones locales, dormido desde el declive del Campaniforme. A pesar de todo, ejemplos concretos de esta injerencia inversa podrían ser la abundancia de cordones múltiples en los yacimientos del oriente de la Meseta (Los Tolmos de Caracena), posiblemente llegados desde las tierras del Valle del Ebro donde son especialmente abundantes; o la copa, ahora decorada con boquique, de El Castillo de Carpio Bernardo (Villagonzalo de Tormes, Salamanca) (Martín Valls y Delibes, 1976a: 12-13, fig. 3), que bien podría tratarse de una adaptación local por parte de una artesana procedente de la región del Sureste donde aún perviviese la tradición argárica. Otros aspectos de sabor meridional en la producción cerámica de Cogotas I que pudieran dar testimonio de esta contrapartida son los llamados “soportes” o “carretes”, tipos formales que se introducen en las fases plena y avanzada del grupo y que tienen sus prototipos -ya sean indígenas o importados del Mediterráneo oriental- en tierras andaluzas; así como los motivos decorativos que incluyen la doble hacha *-labrys-*, que también se deben incorporar a la ornamentística meseteña a través de su contacto con las regiones mediterráneas.

#### *b.5. Conclusión*

En definitiva, y como decíamos al empezar a hablar de las causas, podemos pensar que no existe una única motivación a la que responsabilizar de la dispersión de la cerámica de tipo Cogotas I. En nuestro recorrido hemos descartado, creemos que con bastantes argumentos, razonamientos como las grandes migraciones, la invasión o la trashumancia a larga distancia, mientras que hemos dejado abierta la posibilidad a explicaciones de tipo comercial y, sobre todo, social. Por otra parte, iniciamos nuestro análisis considerando que lo que en realidad se trasmite es un determinado estilo decorativo de la cerámica, así como algunos tipos morfológicos, por

lo que son los agentes de tipo social los que mejor se adaptan a nuestras propuestas.

Reafirmandonos en nuestra idea de la existencia de varios móviles desencadenantes de los procesos aquí estudiados según la dirección tomada, las fechas en las que se produce, la región afectada o el yacimiento concreto, creemos también que muchas veces hay que observar el fenómeno desde un punto de vista multifactorial. Es decir, no sólo vamos a encontrar distintas causas en los diversos lugares afectados, sino que dentro de cada uno de estos puede observarse la confluencia de más de un motivo. Planteamos, por lo tanto, la posibilidad de encontrar una solución sincrética, según la cual, dentro de una misma manifestación se mezclan diferentes agentes económicos y sociales que posibilitan el conocimiento de la nueva tradición cerámica.

En la zona nuclear de Cogotas I, siguiendo las teorías de Harrison, pudo darse un modelo económico mixto en el que la agricultura y la ganadería estuvieran integradas, pero donde el segundo de los sectores propiciase la ausencia de coerción y de fijación de la población. De esta manera se evitaría en la Meseta el desarrollo de una excesiva acumulación de bienes por parte de sectores concretos de la comunidad y, por lo tanto, de una importante diferenciación en el poder económico y social, a pesar de que existan ciertas muestras de jerarquización. El papel de la ganadería, además, proporciona una seguridad en el abastecimiento de recursos y permite, a la vez, la liberación temporal de algunos elementos de los grupos familiares -posiblemente las mujeres-, que se puede canalizar hacia la fabricación de determinados productos cerámicos cuyas características implican una mayor inversión, dedicación especial y cierto grado de experiencia.

La cerámica de Cogotas I -y nos referimos a las producciones de mesa- pudo ser utilizada de una forma discriminada, pero no siguiendo patrones sociales, sino respondiendo a un criterio

temporal que otorga una categoría especial a determinadas momentos de la vida, ya sean éstos periódicos o de carácter excepcional; es decir, no estaría reservada a un determinado grupo social, sino que se reservaría para ser utilizada en ocasiones especiales -más o menos frecuentes-, como podrían ser la recogida de la cosecha, la visita de algún miembro ajeno a la comunidad, reencuentros, separaciones, etc. La participación en estas celebraciones no implicaría la pertenencia a un estrato social restringido y elitista, aunque parece lógico pensar que las familias más encumbradas -aquellas que se encuentran a la cabeza de una incipiente sociedad de jefaturas- se destacaran por una mayor ostentación en la ceremonia y por un servicio más completo y cuidado.

La nueva producción cerámica, junto con la costumbre del banquete y el régimen económico de equilibrio ganadero, gracias a matrimonios exogámicos en los que las mujeres del grupo eran intercambiadas por otras, o a los contactos comerciales, llega a regiones alejadas o alejadas de la Meseta.

En aquellos lugares donde las condiciones económicas y sociales muestran unas características cercanas a las de la Meseta, la cerámica de tipo Cogotas I se prodiga con más éxito y mantiene, además, una significación pareja a la que trasluce en la zona nuclear. Reflejo de esta situación son sin duda las tierras de Álava, la zona del Alto Jalón y Mesa, así como, posiblemente también, la cuenca media del Tajo. Pero en otros solares ibéricos, cuando los influjos decorativos de la Meseta entran en contacto con comunidades en las que las estructuras económicas favorecen una mayor coerción y, por lo tanto, también la acumulación de bienes y el aumento del distanciamiento social, la cerámica de tipo Cogotas I puede llegar a adquirir un valor social más restringido, a lo que puede coadyuvar su exotismo y su carácter discriminado, es decir, su rareza y escasez relativa. De esta manera podría

convertirse en un elemento asociado a un determinado estamento social que lo utiliza como servicio de lujo en fiestas elitistas, para recibir emisarios llegados desde poblados o zonas vecinas, o en las “comidas de negocios” llevadas a cabo entre los mercaderes venidos de lejos y los oligarcas del poblado, los cuales podían pretender con este despliegue de ostentación una ventaja en el trato económico. Este tipo de transformaciones en el concepto es el que pudiera ocurrir en Peñalosa, si al final se comprueba la verdadera asociación de las especies de tipo Protocogotas a las viviendas de las clases más encumbradas del poblado.

Los usos habituales de este tipo de cerámica se ven también alterados en otros lugares donde parece que la calidad de las especies les hizo inclinarse a fines funerarios y terminar formando parte del ajuar de enterramientos. Esta costumbre parece particularmente exitosa en tierras de La Rioja, donde no son infrecuentes en varias cuevas sepulcrales.

Como hemos visto, los motivos, o mejor dicho, los canales por los que navegan los procesos de difusión de los estilos cerámicos de tipo Cogotas I pueden ser muy variados y actuar de forma independiente o conjunta según, no sólo la región afectada, sino también en función de cual sea el poblado involucrado. No es posible, por lo tanto, edificar un modelo de diferenciación por zonas de expansión, sin embargo creemos que, en este sentido, se podrían hacer algunas apreciaciones. En todo el espacio físico que hemos denominado zona de contacto, los mecanismos a través de los cuales se produce la “expansión” de Cogotas I son sin duda variados, múltiples y combinados. La cercanía respecto del foco emisor y su amplio grado de implicación en el fenómeno estudiado nos inclinan a sospechar complejas relaciones en las que intervengan distintos factores, de manera que se posibilite una mayor integración. En algunos poblados de este

espacio, además, sería posible sospechar la presencia de contingentes humanos llegados desde los márgenes interiores de la Meseta. Esta circunstancia se podría derivar del modelo económico de agricultura de rozas o de la ganadería transterminante; el traslado a zonas cercanas incultas al cabo de algunos años, así como la búsqueda de lugares elevados para el aprovechamiento de pastos veraniegos, provocarían el traslado paulatino de ciertos grupos que, a la vuelta de algunas generaciones, pudieron rebasar los ficticios y difusos límites del área nuclear para terminar habitando en el valle alto y medio del Ebro, en el curso medio del Jalón, en la serranía de Cuenca o en las riberas del Tajo en Toledo. En todos estos lugares actúan de forma integrada y discriminada todas las causas referidas en este capítulo (salvo las descritas en primer lugar), siendo especialmente importante destacar la expansión de los modelos económicos y el contacto comercial primario entre comunidades vecinas.

En cuanto a las relaciones a mayor distancia es más lógico pensar que se acometieron gracias a motivaciones de carácter más específico, pero seguimos sin poder dilucidar cuáles de ellas predominaron en un sitio u otro.

Las causas, por lo tanto, no son susceptibles de ser divididas en función de la dirección de los influjos, y siempre habrá que dejar la puerta abierta a cada una de las posibilidades. Por el contrario, es factible una diferenciación causal entre aquellas manifestaciones con un mayor peso de las tradiciones de Cogotas I y aquellas otras de menor influencia de las mismas. En el primer caso hemos de pensar en contactos más o menos directos establecidos en función de alguno de los mecanismos anunciados -intercambio de mujeres, comercio-, mientras que en el segundo se trataría de procesos de difusión secundarios, derivados de los establecimientos anteriores.

### *c) Factores que influyen en la "expansión"*

Los fenómenos de difusión, empero, no dependen únicamente de la existencia de unas causas concretas que los provoquen, sino que están también sujetos a una serie de variables que los condicionan, es decir, a unos factores que influyen en que aquellos obtengan un mayor o menor éxito.

En primer lugar hay que tener en cuenta el propio carácter del elemento difundido: la cerámica. No podemos olvidar que su disponibilidad es importante, y que puede ser imitada sin necesidad de acceder a conocimientos esotéricos. Es decir, la alfarería es una de esas partes del complejo cultural que Linton (1942: 331) considera que se pueden transmitir llana y directamente, sin necesidad de saber nada sobre su simbolismo ni sobre el uso que sus poseedores iniciales hacen de ella. Basta el reconocimiento visual de alguno de sus ejemplares para repetir los esquemas formales y decorativos, incluso sin tener delante los prototipos; aunque un mayor contacto con estos últimos y una observación detenida de amplias colecciones procurarán un mayor grado de similitud en el resultado final. La cerámica es, por lo tanto, uno de los componentes de cultura con mayores posibilidades de ser difundido.

Por otra parte, un elemento se transmite mejor cuando la sociedad que lo recibe tiene una necesidad a la que aquel cubre (*Ibidem*: 332); en el caso de la cerámica de tipo Cogotas I, creemos que influye de forma substancial el hecho de que en los lugares a los que llega esté ausente, de forma bastante generalizada, una vajilla de lujo o de mesa en la que se incluyen piezas decoradas. En las comunidades del Bronce Antiguo y Medio de Andalucía y El País Valenciano, y también del Valle del Ebro -salvo Cataluña-, de Extremadura, Portugal, etc., se carece de una producción de este tipo a la que se pueda otorgar una categoría especial dentro de los equipamientos de uso doméstico. Hasta ahora, las mejores piezas eran destinadas sobre todo a los rituales funerarios,

mientras que no parecía tener demasiada importancia reservar vasos específicos, de mayor calidad y cierto boato, a un uso doméstico. En el fondo, es posible que la necesidad se introduzca a la vez que la forma de satisfacerla, pero también es lógico pensar que en grupos humanos en los que las diferencias sociales cuentan ya con una considerable tradición, los sectores más encumbrados adopten esta costumbre como uno más de los rasgos que les distinguen. Esta nueva tendencia, que parece introducida por Cogotas I en muchas regiones, no sucumbirá, por lo demás, con el declive de aquel horizonte en su área nuclear; muy al contrario, algunas de las nuevas formaciones culturales surgidas en las postrimerías del Bronce Final mantienen esta costumbre adaptándola a nuevos gustos estilísticos.

De la misma manera, los productos o las ideas encuentran mayores posibilidades de difusión cuando son capaces de compatibilizarse con otros pertenecientes a la sociedad receptora (Linton, 1942: 332). En este aspecto, las cerámicas decoradas de tipo Cogotas I suponen, en la inmensa mayoría de los casos, un simple añadido o adición sobre la producción local que no entra en competencia con tipos similares. La nueva producción no pretende sustituir a otras preexistentes, sólo requiere un pequeño hueco en ellas que, como hemos visto, parece que se encuentra vacío hasta el momento.

También resulta una ventaja la relativa pobreza del bagaje material de los horizontes locales en los que incide Cogotas I. En efecto los contextos cerámicos de los territorios afectados por esta “dispersión” se encuentran en un momento de escasa definición artefactual y carecen de una producción cerámica homogénea. Los territorios afectados atraviesan en el momento de incidir las modas meseteñas una fase de crisis; se están adaptando a los nuevos modelos surgidos tras la desarticulación de las grandes culturas del Bronce Pleno, o preparándose para afrontar los nuevos tiempos de esplendor cultural que se desarro-

llarán con la consolidación de los complejos del Bronce Final. Este es el caso del Sureste tras la desarticulación de El Argar o del Levante después del Bronce Valenciano; lugares en los que a la desmembración de las estructuras sociopolíticas parece acompañar una descomposición de los esquemas tipológicos hasta ese momento estandarizados. Situaciones de indefinición similares se viven en el Guadalquivir o el Valle del Ebro, donde desde el Bronce Pleno existen unos horizontes desdibujados, por lo menos en sus producciones alfareras, arraigados en tradiciones arcaicas y con escaso y lento reemplazo de tipos. Una novedad penetra con más facilidad en conjuntos heterogéneos que en otros donde todos los elementos se guían por patrones más o menos establecidos; por esta razón, las especies cogoteñas encuentran escasa resistencia en los lugares que visitan. Si no hay una imposición total de los nuevos modelos es por falta de estímulo externo, o por la debilidad de este último. En este sentido, es significativo comprobar como los elementos de Cogotas I no alcanzan la zona de Cataluña; la razón puede ser precisamente el hecho de que por estas mismas fechas, en estas tierras se están instalando los primeros grupos de CC.UU., con una producción cerámica en la que rigen nuevos y homogéneos conceptos capaces de frenar el avance de la moda meseteña.

Un factor fundamental, que no debemos de obviar, pero que tampoco queremos que se enarbole en demérito de Cogotas I, es la falta de estímulos más fuertes que pudieran llegar desde otros puntos de la Península. En un determinado momento, los inicios del Bronce Final convencional, se produce la circunstancia de que es la Meseta central la única región donde se reconoce un cierto apogeo cultural, puesto que en el resto, como acabamos de ver, se asiste a momentos de crisis. La prueba de la importancia de este factor está en que cuando se inician otros flujos culturales, como el de los Campos de Urnas del NE. en el Valle del Ebro, las

influencias del grupo meseteño comienzan a diluirse o retirarse, dejando hueco a los nuevos empujes. Algo similar se podría decir que ocurre en Andalucía, donde la tradición de Cogotas I aguanta hasta que se inicia el despegue de las cerámicas con decoración bruñida, que en este caso, además, parecen responder a finalidades similares.

Por último podemos mencionar como factores que facilitan la divulgación de la cerámica de tipo Cogotas I, el desarrollo de la interacción cultural y económica acaecida durante estos momentos entre las distintas comunidades de la Península Ibérica. Este tipo de relación se trata, en el fondo, de un fenómeno global de intercambio que no incumbe únicamente a los bienes materiales, sino también a la información, las ideas, los símbolos, los inventos, las aspiraciones y los valores (Renfrew y Bahn, 1993: 350) y que, por lo tanto, permite el conocimiento, más o menos profundo, entre los distintos grupos. A Cogotas I le toca desarrollarse precisamente en un tiempo -entre el Bronce Pleno y el Bronce Final-, en el que va a tener lugar un gran avance en los procesos que llevan a la interconexión de la práctica totalidad de la Península. La principal causa de que esto ocurra es la prosperidad de las relaciones mercantiles, como muestra el alcance de la metalurgia atlántica -relanzada sobre todo en el Bronce Final-, la distribución de la orfebrería de tipo Villena, y la documentación de productos de procedencia diversa en tierras lejanas -recordemos las primeras cerámicas a torno en el interior de Andalucía-. A la prosperidad de estos intercambios debió coadyuvar la llamada “revolución de los productos secundarios”, de especial relevancia en el modo pastoril de la Meseta, gracias a la cual se produce una especialización en determinados bienes susceptibles de intercambio. Todo este panorama de interrelación interregional provoca un mayor conocimiento de las tradiciones de las distintas comunidades y hace más cómoda la difusión de los estilos cerámicos de Cogotas I.

### III.4. ¿Cómo se produce la difusión? Los modelos de influencia

Tras analizar detenidamente los móviles a través de los cuales se difunden los estilos decorativos de tipo Cogotas I hemos de pasar a escudriñar cómo se lleva a cabo el proceso. Ciertamente que mientras indagábamos sobre los agentes desencadenantes de aquella dispersión ya desvelábamos algunos de los posibles mecanismos establecidos entre Cogotas I y las regiones de llegada, razón por la que ahora nos entretendremos más en los modelos teóricos de la difusión y cómo estos se pueden aplicar al caso que ahora nos ocupa, así como a establecer una diferenciación de los mismos.

En todo proceso difusor por el que se trasmite un determinado elemento existe un donante y un receptor. En nuestro caso el primero de los componentes es único, Cogotas I -aunque muestra una gran variedad interna que se manifiesta a través de matices en la cultura material y en algunos aspectos sociales, económicos, e incluso políticos-; mientras que, por el contrario, el segundo es múltiple, puesto que los lugares de llegada son varios, muy distintos y separados geográficamente. El grupo meseteño ejerce de donante, pero ello no le imbuye de una posición privilegiada en la relación; en el fondo ni siquiera se puede decir que haga una oferta consciente. El papel de los receptores parece ser aquí de especial importancia, puesto que de su aceptación depende, en gran medida, el éxito del proceso.

Este último presenta una serie de fases que suelen presentarse de forma tripartita. Linton (1942: 325-326) distingue así entre la *presentación* del elemento en la nueva sociedad; su *aceptación* por parte de aquella, y la *integración* de aquel dentro de la cultura preexistente. Por su parte Cerrillo (1982: 133) diferencia entre *presentación* o *contacto*, *recepción-aceptación* y *redistribución-modificación*.

Como vemos, el autor español unifica las dos últimas fases de Linton y analiza nuevos fenómenos que aparecen tras la aceptación.

Intentamos ahora aplicar este último modelo al proceso difusor protagonizado por Cogotas I, sin perder nunca de vista que el elemento protagonista del mismo son los estilos cerámicos. La primera fase tiene lugar a través de los mecanismos que hemos descrito en el capítulo anterior, sin embargo, se puede hacer una distinción en la forma en que se produce la presentación, que puede ser de forma directa, cuando son ejemplares realizados en la meseta, o hechos por personas llegadas desde allí, los que se muestran por primera vez; o de forma indirecta, cuando los primeros elementos proceden de otros lugares de llegada, es decir, cuando su conocimiento les llega a través de un intermediario. En la recepción y aceptación de las especies de tipo Cogotas I se producen diferentes situaciones. No siempre podemos decir que esta fase tenga éxito, puesto que hay multitud de poblados donde la presencia de estas cerámicas es tan escasa y puntual que no se puede hablar en este sentido; sin embargo, también es cierto que contamos con un buen número de ejemplos en los que es evidente la aceptación de esta vajilla y su inclusión dentro de la producción local. También son detectables, una vez aceptada la nueva moda, fenómenos de modificación y de redistribución a través de la documentación de producciones claramente derivadas de las originales y de la expansión de estas últimas por los poblados cercanos.<sup>169</sup>

Hemos visto, por lo tanto, cómo se pueden encontrar en el caso de Cogotas I los componentes habituales en los procesos de difusión: el donante y el receptor, y las distintas fases. Nos queda ahora por analizar las formas de realización, es decir, el modo

de llevarse a cabo la difusión. Sin duda, dentro de un fenómeno tan dispar y variable como el aquí estudiado, la diversidad también afecta a este aspecto. Ruiz Zapatero (1983: 147), propone tres variantes en el difusionismo: a) la expansión de invenciones, elementos materiales y espirituales sin movimiento de población, b) la migración o invasión étnica y c) la aculturación o interacción mutua entre dos culturas que están en contacto espacial y temporal. En cierto modo, en Cogotas I podrían documentarse los tres casos: el primero se manifiesta a través de la dispersión de sus modelos cerámicos; la segunda variante, que nunca se podría considerar invasión, únicamente se podría sospechar en poblados concretos como los de Purullena, Montoro o Carmona; y la aculturación o interacción podría actuar de manera amplia en las regiones de contacto, y a través de éstas en otras más alejadas. A pesar de todo, nos resulta difícil aceptar cualquiera de los patrones planteados, puesto que no se adaptan a la problemática del fenómeno de la “expansión” de Cogotas.

Por esta razón, nos vemos obligados a considerar el proceso de difusión de las cerámicas meseteñas de forma particular. Sin embargo, son tan variadas las manifestaciones del mismo y tantos y tan distintos sus testimonios, que nos vemos incapacitados para reunirlos todos ellos en una sola pauta de comportamiento. Preferimos, a riesgo de no ser sintéticos, diferenciar al menos tres modelos, que frecuentemente se verán interrelacionados entre sí (Fig. 98).

#### *a) Difusión por Cercanía*

El primer modelo se explica dentro de los contactos establecidos por los grupos cogoteños instalados en la periferia de la zona nuclear. Su

169 Las dos últimas fases conciernen a los resultados que la difusión de Cogotas I provoca en las zonas de llegada, razón por la cual postergamos su análisis hasta el momento de ocuparnos de ese particular.



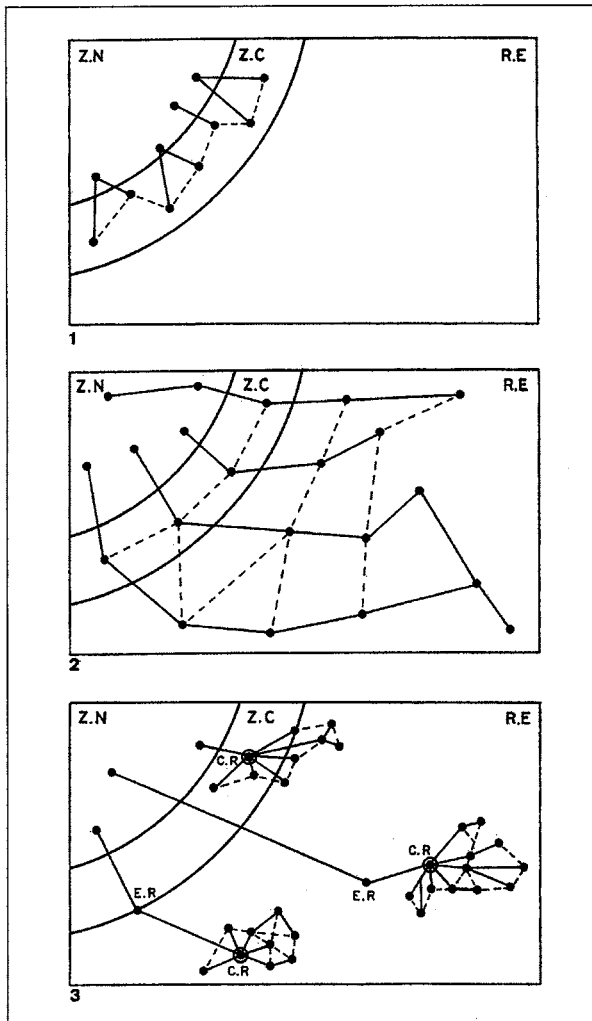


Figura 98. Los Modelos de Difusión: 1. Difusión por Cercanía; 2. Difusión Encadenada; 3. Centros de Redifusión (C. R.) y Estaciones Referenciales (E. R.) (Z. N. Zona Nuclear; Z. C. Zona de Contacto; R. E. Regiones Exteriores).

relación con las comunidades vecinas provoca un paulatino acceso de estas últimas a las tradiciones cerámicas de los primeros, que pudo empezar muy pronto y mantenerse además hasta momentos muy avanzados. Los vínculos podrían ser de profundo calado, puesto que en este punto es más fácil que se compaginen distintos vehículos de los descritos para explicar la "expansión"; desde amplias y fecundas relaciones sociales, hasta indudables tratos comerciales. Infiere también aquí en carácter relativamente móvil del poblamiento -cuando se basara en la agricultura de rozas-, lo que hace posible que algunas

comunidades rebasaran los escasamente definidos límites de Cogotas I para integrarse en sociedades culturalmente diferenciadas de la mesetía.

Este patrón sólo sirve para aquellas manifestaciones del fenómeno que se encuentran relativamente cercanas a la zona nuclear, seguramente aquellas situadas en lo que nosotros hemos denominado zona de contacto. En esta última se pueden encontrar incluso, auténticos poblados de Cogotas I con una ocupación prolongada y continuada a través de las distintas fases de desarrollo del grupo, como es el caso de Moncín (Zaragoza) y Hoyas del Castillo de Pajaroncillo (Cuenca). Para ellos podemos defender, más allá de una profunda aculturación, un traslado literal de los esquemas de Cogotas I que pudiera afectar también a la ribera del curso medio del Tajo.

#### b) Difusión Encadenada

Esta segunda modalidad tiene un planteamiento muy simple: partiendo de los grupos de la Meseta central, el estilo cerámico de Cogotas I se va transmitiendo, de comunidad en comunidad -de mente en mente más que de mano en mano-, hasta alcanzar zonas más o menos alejadas. Este proceso suele suponer, en principio, una clara diferencia temporal entre los poblados más cercanos y los puntos más alejados, así como una mayor transformación del elemento difundido en estos últimos lugares. El primero de los aspectos no es fácil de detectar en el caso de Cogotas I, ya que hay poblados en el Sur y Sureste de la Península de muy temprana cronología que lo contradicen abiertamente, mientras que el segundo se puede confundir con fenómenos de adaptación local. A pesar de ello, estamos convencidos de que existen lugares entre los señalados en el mapa de dispersión que responden a este modelo, como parece ser el caso de las evidencias que se suceden a lo largo del valle del Jalón y del camino hacia el interior de Aragón, donde no

parecen encontrarse estilos de cronología temprana; o del Sur de Extremadura, donde los tipos documentados presentan huellas de una clara derivación estilística que puede responder a su acceso a través de varios intermediarios.

### *c) Los Centros de Redifusión y las Estaciones Referenciales*

Por nuestra parte, planteamos ahora la existencia de un nuevo modelo de difusión que se ajusta a muchos de los problemas planteados por la “expansión” de Cogotas I. Esta teoría, apuntada con ocasión del análisis individual de alguno de los yacimientos, se basa en la existencia de varios enclaves, a los que hemos llamado *centros de redifusión*, fuera del hogar creador de Cogotas I, en los que la presencia de cerámicas de tipo meseteño es muy importante cualitativa y cuantitativamente, llegando a dominar incluso en el contexto material. Estos hábitats muestran una relación con Cogotas I que excede la mera influencia material a través de difusión encadenada; sobre todo porque aparecen, en ocasiones, muy lejos de la región nuclear sin que en los espacios intermedios existan indicios de lugares de la misma categoría. Estos grandes centros se reparten por las distintas regiones de la periferia peninsular sin que se reconozcan tampoco unas características homogéneas que sirvan para una definición globalizadora; tal vez, la única que seamos capaces de enunciar es la de que todos ellos se sitúan en lugares estratégicos dentro de las redes naturales de comunicación y, en la mayoría de los casos, sobre cerros destacados y dotados de importantes condiciones naturales para la defensa. Tampoco se puede decir que todos presenten una cronología equivalente ni que su período de vigencia sea el mismo, aunque serán más importantes para el proceso estudiado cuanto más largos y continuados se muestren los contactos con la Meseta.

En resumen, los rasgos a los que tenemos que prestar atención para identificar este tipo de estaciones son:

- Una substancial representación de especies cerámicas de tipo Cogotas I dentro del conjunto material.

- Cierta continuidad de los contactos con aquel grupo, mostrada a través de la evidencia de ejemplares cerámicos característicos de las distintas fases de su desarrollo interno.

- Emplazamiento de primer orden dentro del poblamiento de la región y con buenas condiciones para la defensa y el control del territorio.

- Ubicación geográfica privilegiada dentro de las redes naturales de comunicación.

- Existencia de una trayectoria poblacional destacada dentro del poblado, que puede mostrarse a través de la documentación de ocupaciones previas y corroborarse gracias a su perduración en fases posteriores.

- Presencia de estaciones más o menos cercanas con esporádicas muestras de la influencia de Cogotas I.

Las escasas coincidencias en la definición de estos poblados están en relación con el hecho de que no nos encontramos ante un sistema de “lanzamiento” de la cultura premeditado y previamente estudiado, sino frente al resultado de un fenómeno provocado por el cúmulo de una serie de circunstancias bastante diversas con un resultado, en cuanto a las manifestaciones arqueológicas se refiere, similar: una abultada representación en el registro arqueológico local de cerámicas decoradas al estilo de Cogotas I. A pesar de ello, no debemos confundirnos, y no hemos de considerar a todos estos centros como auténticos enclaves de Cogotas I fuera de su región nuclear, puesto que en la mayoría de ellos los elementos afines al grupo de la Meseta se restringen a los vasos decorados, mientras que mantienen estructuras habitacionales y sociales de

tradición local o, si no, al menos muy diferentes a las que caracterizan a Cogotas I.

Los grandes centros neurálgicos de redifusión serían poblados más o menos amplios, fácilmente reconocibles dentro de las rutas naturales, hasta donde llegarían elementos originales de Cogotas I de primera mano, es decir, prototipos. Esta circunstancia, por la cual se transmiten las primeras cerámicas, debe ser imputada a algunas de las causas establecidas con anterioridad, sobre todo a tres de ellas que pueden estar relacionadas: el establecimiento de relaciones sociales de tipo “intercambio de mujeres”, cuando el número de éstas fuera importante o aquel se realizase de forma continuada; el desplazamiento de subgrupos familiares concretos que, obligados por unas condiciones económicas o sociales adversas “especiales” -grupos afectados por la sobrepoblación o, incluso, elementos expulsados de la comunidad-, y animados por referencias de tipo sanguíneo conseguidas a través de los lazos matrimoniales, se aventuran a un viaje “sin retorno” hasta lugares más o menos lejanos donde actuarán, en cierto modo, de embajadores para posibles contactos posteriores; y las relaciones comerciales, en función de las cuales se pudieron establecer lugares concretos en los que llevar a cabo las transacciones, una especie de “puertos francos”, donde los mercaderes de Cogotas I encontrarían mejores posibilidades de hacer negocios.

Es posible que podamos encontrar un precedente de este modelo de dispersión en las intrusiones protagonizadas por las cerámicas de tipo Ciempozuelos, también originarias de la Meseta central. En la Campiña gienense, dentro del horizonte Calzadilla II-Albalate, se observa como los materiales campaniformes son más importantes en los poblados de grandes dimensiones, allí donde se da la mayor concentración de excedentes. Por el

contrario, en otras estaciones de menor tamaño aquellos son mucho más escasos, algo que se interpreta como resultado de la estructura jerarquizada del propio patrón de asentamiento (Ruiz Rodríguez, Nocete, y Sánchez, 1986: 279).

El funcionamiento de estas “plataformas de lanzamiento” consistiría en dar a conocer, la mayoría de las veces de forma inconsciente, las cerámicas de tipo Cogotas I en la zona de influencia inmediata a través de mecanismos comerciales y sociales de carácter comarcal. De esta manera, aquellas alcanzarían lugares más o menos recónditos sin necesidad de un contacto directo con la Meseta.

De algún modo este modelo se podría comparar con el de *intercambio redistributivo* utilizado en la arqueología espacial, concretamente con los *recorridos aleatorios complejos* (Hodder y Orton, 1990: 164). Sin embargo hay que tener en cuenta una serie de matices. No estamos estudiando la distribución de un objeto, sino la difusión de un estilo. El fenómeno no tienen porqué ser puntual -en un momento concreto-, sino que parece se mantiene durante algún tiempo, siendo el resultado final la acumulación de evidencias diacrónicas. Por último, y como una diferencia importante con los modelos de análisis espacial, observamos que la cantidad de puntos que parten de cada centro no tienen una relación inversamente proporcional a la distancia de los mismos respecto a la fuente original, como parece suceder en la redistribución de objetos comerciales con una procedencia única; por el contrario, sucede en muchas ocasiones que son los centros más alejados los que más dinámicos se muestran en la tarea de la redifusión.<sup>170</sup>

En cualquier caso parece ser la propia dimensión interna de estos grandes poblados locales la que provoca la llegada de las influencias de una

---

170 Este intento de adaptar los análisis espaciales a nuestro estudio pone de manifiesto las dificultades que ello entraña. Los obstáculos son fundamentalmente dos; el primero la imposibilidad de comprobar la contemporaneidad de la mayoría de los poblados de Cogotas I y de sus intrusiones en tierras extrañas, y el segundo el hecho de que las muestras de cerámicas de tipo Cogotas I no respondan a mecanismos de distribución de mercancías sino a procesos de difusión de ideas. Ambos inconvenientes impiden una aplicación rentable de aquellos métodos.

manera más destacada que en el resto del territorio y su redistribución por las tierras aledañas. Es decir, que es la propia capacidad centrípeta y centrífuga de los centros la que les convierte en lugares de excepción dentro del proceso ahora analizado. Sus fuerzas centrípetas provocan que los elementos más destacados que se encuentran inmersos en los circuitos de la interacción lleguen antes y con más intensidad que a cualquier otro punto cercano, igual que todavía en la actualidad la moda en el vestir se exhibe antes en los escaparates de las grandes ciudades que en las tiendas de las pequeñas poblaciones. De esta manera, los nuevos estilos decorativos se ven atraídos por estos núcleos y se instalan por ello con más fuerza; es aquí donde van a encontrar los grupos sociales más dispuestos a adoptarlos y donde tienen más posibilidades de sobrevivir entre otros elementos llegados desde distintos lugares. Su potencial centrífugo, que provoca la emulación de sus novedades en la comarca o región que se encuentra bajo su órbita, permite que la difusión de las cerámicas de Cogotas I alcance sitios más alejados y aislados que, de otra manera, no se verían afectados.

La prueba de la pujanza de estos lugares y de su integración en mecanismos de contacto que abarcan las más complicadas relaciones, podría estar en los poblados de La Cuesta del Negro y de El Llanete de los Moros. En ambos encontramos, junto a los productos de tipo meseteño, elaborados cerámicos a torno a los que se les supone un origen en el Mediterráneo oriental. Tal circunstancia, extraña por lo temprano de los contactos y por la ubicación interior de los enclaves, no hace sino ratificar su vigor y su papel integrador.

Sin embargo, en el estado actual de la investigación y con la información disponible, no son demasiados los centros de redifusión identificados (Fig. 99). Se podría otorgar esta consideración a ciertos poblados de la zona de contacto en los que el

rango de centro redifusor puede ir unido, además, al de auténtico poblado de Cogotas I. En el Alto Ebro, al encontrarnos con un buen número de poblados altamente afectados por las tradiciones meseteñas, resulta difícil discernir cuáles de ellos respondan a las características de los centros de redifusión. En el caso de Solacueva de Lacoymonte se presentan algunos rasgos especiales que pudieran elevar la cavidad a aquella condición. Por un lado soporta una ocupación, mejor dicho, utilización -puesto que no siempre podemos asegurar su uso como lugar de habitación- prolongada en el tiempo, y las cerámicas de Cogotas I, según indica su tipología, se hacen notar desde la fase inicial del desarrollo del grupo hasta un momento pleno o avanzado del mismo. Por otro lado cumple la exigencia de mostrar una buena proporción numérica de ejemplares y se trata, además, de un centro con cierto carácter referencial para otras épocas de la Prehistoria. Estas condiciones, unidas a la posibilidad de que Solacueva sea un lugar con cierto carácter de culto durante algunas fases, nos inclinan a pensar que sí pudo ejercer como un foco redistribuidor de los elementos de Cogotas I en tierras alavesas.

Sin salirnos de la zona de contacto, pero trasladándonos hacia el Valle Medio Alto del Ebro, nos encontramos con el poblado de Moncín (Borja, Zaragoza), cuya adscripción Cogotas I no ofrece ningún tipo de duda. Se trata de una estación arqueológica que funciona como una verdadera puerta abierta para la penetración de los influjos meseteños en todo el sector de la región de Borja y la ribera navarra del Ebro. Los rasgos que apoyan esta hipótesis son su localización en un lugar propicio para el establecimiento de comunicaciones entre la Meseta y el Ebro a través de los valles del Queiles y del Huecha o de su interfluvio; la predominante presencia de especies decoradas y lisas de tipo Cogotas I y su evolución paralela a la sufrida en los poblados de la Meseta; la documentación de

pequeñas evidencias -fragmentos aislados de tipo Cogotas I- en yacimientos de este sector del Ebro y relacionados geográficamente con el poblado borjano, como Cabezo de la Guarda (Alcalá de Moncayo, Zaragoza), y La Mesa (Ablitas) y El Bocal (Fontellas) en Navarra; y la continuidad en el hábitat desde momentos previos a su incorporación dentro de la órbita cogoteña. En este sentido, además, sería importante recordar como Moncín ya acogía durante el Bronce Antiguo algunos ejemplares de cerámicas decoradas de procedencia lejana -estilo Arbolí-, por lo que su funcionamiento como centro de redifusión puede tener incluso cierta tradición.

Al Sur de la zona nuclear encontramos dos ejemplos de esta especie de “embajadas” dentro de la provincia de Cuenca. El primero es el Castillo de Huete, una poco valorada estación que, sin embargo, reúne todas las condiciones exigidas; y el segundo Hoyas del Castillo (Pajaroncillo), un poblado que, como ocurría con Moncín, puede considerarse como un auténtico establecimiento de Cogotas I, a pesar de encontrarse ya a cierta distancia de los grupos nucleares. Las condiciones de este último son las ideales: una amplia representación de especies meseteñas, continuidad de los contactos, emplazamiento destacado geográficamente, y ventajas para las comunicaciones interregionales.<sup>171</sup>

No nos atrevemos, por el momento, a señalar ningún yacimiento que responda a las exigencias planteadas por estos centros en el resto de la Submeseta Sur y Extremadura. Sin embargo, la parquedad de las noticias disponibles en estos casos puede ocultar realidades similares a las descritas anteriormente. Por otra parte, nos encontramos en el caso de Toledo con una situación parecida a la de Álava, puesto que también aquí la incidencia de

Cogotas I es tan amplia y general y su aculturación tan intensa que estos centros podrían no destacarse con claridad.

En la región valenciana, ninguno de los yacimientos estudiados presenta elementos suficientes para ser considerado como una de estas plataformas de redistribución, aunque se podría sospechar que alguno de ellos, como el Castillo de Sax o el Monastil, a falta de la publicación completa de sus excavaciones, funcionara de esta manera.

En la región de Sureste la existencia de los centros de redifusión se manifiesta de una forma especial. El poblado Superior de Cuesta del Negro (Purullena, Granada) parece haber suscitado, desde los momentos de su excavación, una idea cercana a la aquí expuesta, al ser considerado entonces como un *baluarte* de las poblaciones meseteñas en las tierras meridionales -aunque, como recordaremos, su explicación estaba en la existencia de movimientos ganaderos de larga distancia-. En profundidad, las mismas razones que llevaron a Pareja y Molina a considerar este yacimiento como un *auténtico enclave de Cogotas I*, son las que nos conducen a nosotros a pensar que se trata de uno más de estos núcleos de relanzamiento de las influencias de Cogotas I en el Sureste. Verdad que sus condiciones defensivas no son ideales, pero no podemos negarle cierto carácter estratégico al dominar, desde la zona más alta de la “cuesta”, todo el conjunto geográfico de la depresión de Guadix. Es además, como ya vimos, un importante punto de enlace entre el Guadalquivir y la costa a través de los pasos de Fiñana y Pozo Alcón, y se trata de un lugar ocupado previamente, durante la época argárica. Por otra parte las cerámicas de tipo Cogotas I no sólo son importantes numéricamente, sino que parecen dominar el contexto material hasta el punto de que

---

171 Recordemos que su posición geográfica hace del yacimiento un punto intermedio entre las regiones de la Meseta y el Valle del Ebro a través de la Serranía, y entre estas dos y la región valenciana a través de la cuenca del Cabriel.

se considera un conjunto típico de aquel grupo. La continuidad de los contactos podría estar avalada por una posible evolución en las decoraciones desde los niveles más antiguos a los más modernos. Por otra parte, tampoco podemos descartar que la llegada de la tradición meseteña, en menor grado, hasta lugares de la región más alejados, como Cerro de la Encina, Salobreña o Cerro del Rayo, esté vinculada a una transmisión provocada desde el poblado de Purullena.

En el Alto y Medio Guadalquivir, el yacimiento que reúne todas las condiciones para ser elevado a la categoría que ahora nos entretiene es El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba). Su emplazamiento en cerro claramente defensivo y su estratégica posición dentro de las vías de comunicación -además del Guadalquivir otras que descienden desde Sierra Morena- no ofrecen ninguna duda; como tampoco la ofrece el abultado número de ejemplos cerámicos de tipo Cogotas I que se reparten por los distintos cortes excavados y que en ocasiones predominan dentro de los niveles en los que son hallados; ni la existencia de un destacado número de estaciones en la región donde las influencias son más escasas o testimoniales, como ocurre en toda la Campiña cordobesa y en el sector occidental de la provincia de Jaén. Si acaso, aunque ello no tiene por qué ser un grave obstáculo, la tradición habitacional del Llanete no es tan importante como en otros poblados, puesto que las ocupaciones previas no parecen muy consistentes. En cuanto a la continuidad de los contactos, las cerámicas aquí recuperadas, así como la mayoría de las fechas obtenidas, apuntan únicamente a su documentación durante la fase de plenitud. Por este motivo -a no ser que tal evidencia sea sólo una muestra de la parcialidad del registro en un yacimiento excavado siempre por procedimientos de urgencia y a través de constreñidos cortes estratigráficos-, y ante la documentación de especies cerámicas de la primera fase en otras estaciones de la región,

creemos que El Llanete se constituye como centro de redifusión después de que los contactos con la Meseta desde el Alto Guadalquivir contaran con cierta tradición. En favor de nuestra propuesta hemos de mencionar por último, aunque con el escepticismo ya mostrado en otras ocasiones, que en el poblado montoreño se ha detectado un fragmento cerámico decorado al estilo de Cogotas I que presenta unas arcillas de composición diferente a la del resto y ajena al medio natural circundante, por lo que podríamos estar ante uno de los prototipos llegados de forma directa desde la Meseta.

En el Bajo Guadalquivir, donde las evidencias de tipo Cogotas I se multiplican continuamente, esta definición le cae bien al poblado de Carmona, puesto que en él confluyen las siguientes condiciones: emplazamiento defensivo y estratégicamente bien comunicado, importancia numérica de hallazgos cerámicos de Cogotas I y existencia de un buen número de estaciones en Sevilla y Cádiz, incluso en Málaga, con muestras más débiles de la influencia que pueden estar relacionadas con él. Al igual que en el caso anterior, su tradición habitacional y la continuidad en los contactos están menos comprobados.

Para el territorio portugués, a pesar de haberse incrementado mucho la información en los últimos años, no somos capaces de señalar ninguno de estos centros, puesto que los poblados mejor conocidos no reúnen muchas de las exigencias por nosotros planteadas.

Un mejor conocimiento de algunos de los puntos señalados en el mapa podrá, en el futuro, ampliar esta lista que, sin embargo, consideramos representativa para la definición de un modelo peculiar de dispersión de Cogotas I.

En definitiva, queremos recordar sobre todo, que la definición de estos centros de redistribución no puede ser rígida ni estricta, puesto que no implica la existencia de una premeditación o planificación previa. Los contactos no se establecen de

forma ordenada, trazando primero las rutas y los lugares de destino; éstos y aquellas surgen de forma paulatina, gracias a la confluencia de distintas circunstancias -tradicón en las relaciones comerciales previas, interacción entre las distintas formaciones sociales, comportamientos económicos y sociales- y se van consolidando o fracasan en función de las mejores o peores condiciones en que se realicen las conexiones. Estos poblados no son embajadas, en el sentido diplomático, ni puertos francos, en el comercial, pero se acercan a estas definiciones en cuanto que parecen propiciar, con más facilidad que otros lugares, la llegada de los nuevos estilos cerámicos.

En relación con la teoría de los centros de redifusión y con la de la difusión encadenada, creemos que es posible diferenciar algunas estaciones

que, sin llegar a observar todas las exigencias requeridas por los primeros, sí alcanzan a ostentar un papel más destacado en la difusión de Cogotas I que el resto de los sitios afectados. Denominamos a estos enclaves como *Estaciones Referenciales* y los diferenciamos de los anteriores porque no necesitan estar excesivamente influenciados por las tradiciones de la Meseta, aunque la mayoría sí lo están, y, sobre todo, por que geográficamente, más que ser el lugar central que redistribuye los influjos recibidos, lo que hacen es traspasar éstos a través de su territorio o recibirlos como si se tratara del último eslabón en la cadena. Por ello se sitúan en los límites de la "expansión" del grupo meseteño, en los márgenes de la zona de contacto, o en puntos estratégicos de las líneas naturales de comunicación. Por lo demás, van a ser también importantes poblaciones locales, generalmente asentadas en

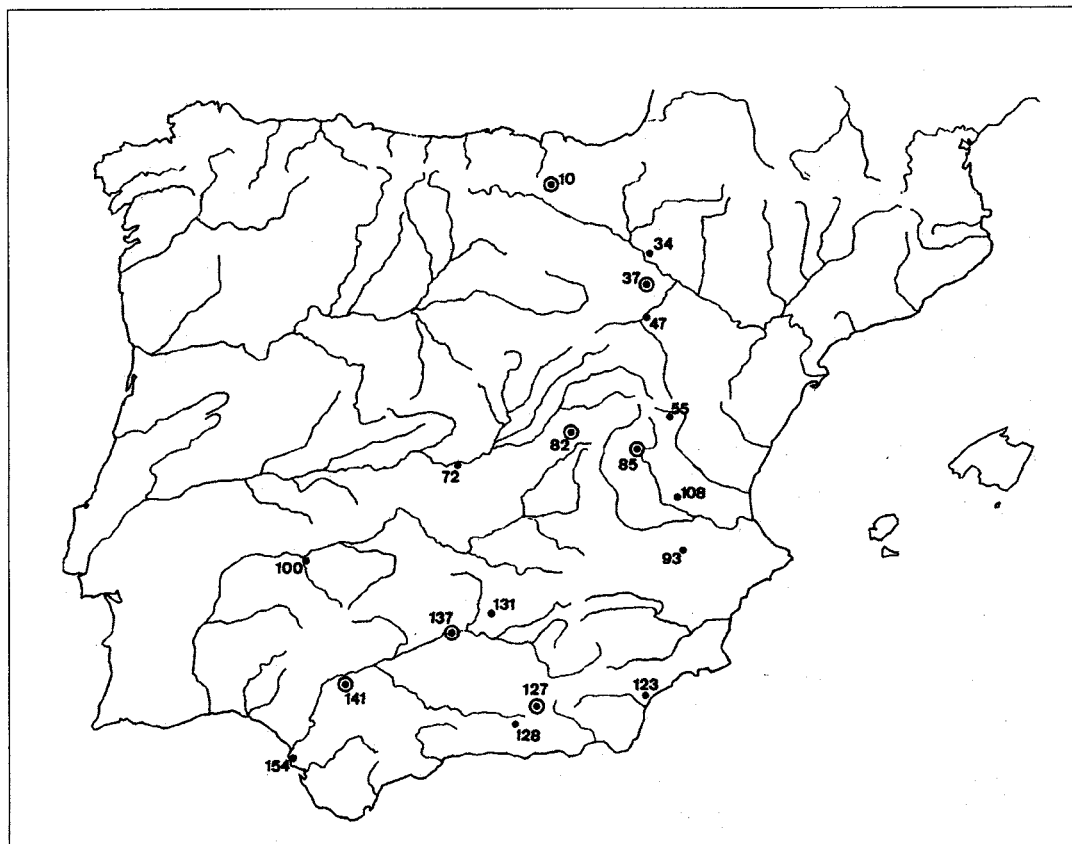


Figura 99. Centros de Redifusión ⊙ y Estaciones Referenciales ● en el proceso de "expansión" de Cogotas I.

establecimientos destacados en el terreno. Su propia vitalidad, al igual que en el caso de los centro de redifusión, sería el ingrediente que atraería a los influjos de Cogotas I en esa dirección.

El hecho de que este nuevo planteamiento participe tanto de las pautas de difusión encadenada como de esquemas que exigen la existencia de lugares con un papel más destacado que otros en el éxito final del proceso, le convierte en un modelo mixto que, sin embargo, y como ocurría en el caso anterior, tampoco puede considerarse premeditado y planeado, sino improvisado y espontáneo.

Los poblados que pueden funcionar de esta manera son Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra), que se ubica en una de las zonas límites que alcanza la dispersión de Cogotas I en esa dirección; Sierra de los Almantres (Calatayud, Zaragoza), como punto intermedio en la ruta del Jalón; Tajada de Bezas, que sirve de enlace entre el Bajo Aragón y Valencia; El Cerro del Bu (Toledo), El Amarejo (Albacete) y Alange (Badajoz), el primero en los límites exteriores de la zona de contacto y los otros dos como puntos de conexión con las tierras andaluzas y el Sureste; La Peladilla (Requena, Valencia), que representa la puerta hacia la región mediterránea; Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), que funcionaría como primer poblado importante tras cruzar Despeñaperros; Cerro de la Encina (Monachil, Granada), Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería) y Campín (Puerto de Santa María, Cádiz), como puntos de destino en la costa meridional mediterránea y atlántica (Fig. 99).

Modelos, por lo tanto, diferenciados y múltiples para responder también al *Cómo* se realiza la difusión y a los interrogantes suscitados durante el estudio del proceso. Una característica, la variabilidad, que inunda todos los aspectos tratados en el fenómeno de la dispersión de Cogotas I.

### III.5. ¿Cuándo se produce la difusión?

Llegados a este punto conviene replantearse, ahora de forma general, la cronología de la intrusión de Cogotas I fuera de su territorio nuclear; es decir, cuándo se produce la proyección de las cerámicas del grupo hacia otras regiones, en qué momento resulta más intensa, y a partir de qué fecha conoce su declive, así como, de la misma manera, la relación de estos acontecimientos con la propia evolución interna del grupo -surgimiento, apogeo y desintegración-.

#### *a) La distribución de las evidencias en función de las fases de desarrollo de Cogotas I*

Fernández-Posse, en su precisa síntesis sobre Cogotas I, considera que durante la primera fase, Cogotas I sólo alcanza a ocupar la cuenca del Duero, los relieves marginales de ésta y las tierras de los areneros madrileños, siendo en el momento de plenitud -fase media- cuando se inicia la verdadera "expansión" hacia las regiones vecinas (Fernández-Posse, 1986: 480-482), de manera que podríamos llegar a relacionar así la madurez del grupo con la capacidad del mismo para ampliar su radio de acción. Esta identificación entre fase plena de las culturas y máxima extensión de las mismas no deja de ser un recurso ampliamente utilizado en los estudios prehistóricos, posiblemente porque también ha sido altamente contrastado por la arqueología.<sup>172</sup> Sin embargo, como intentamos demostrar, no nos estamos enfrentando aquí a una ampliación territorial del ámbito geográfico de Cogotas I, por lo que no tiene porqué sorprendernos el incumplimiento de esta norma. En efecto, podemos asegurar que los contactos, a corta y larga distancia, de Cogotas I no se inician sólo a partir de su fase de esplendor, sino que han comenzado con

172 No podemos negar que situaciones de este tipo se producen de forma muy clara por ejemplo en la cultura de El Argar.



anterioridad, en fechas muy tempranas que nos llevan a los mismos inicios del desarrollo del grupo, es decir, a la fase Protocogotas. Esta afirmación se desprende no sólo de la confirmación radiocarbónica proporcionada por algunos contextos, a veces muy conflictiva, sino también y sobre todo, de la

indudable constatación de especies cerámicas tipológicamente afines a las que caracterizan aquel momento en la Meseta y de su contextualización dentro de ocupaciones que culturalmente delimitan el final de los grandes conjuntos peninsulares del Bronce Pleno y dan paso al Bronce Final.<sup>173</sup>

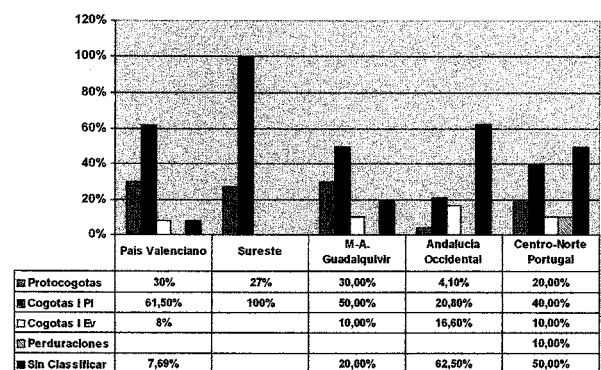
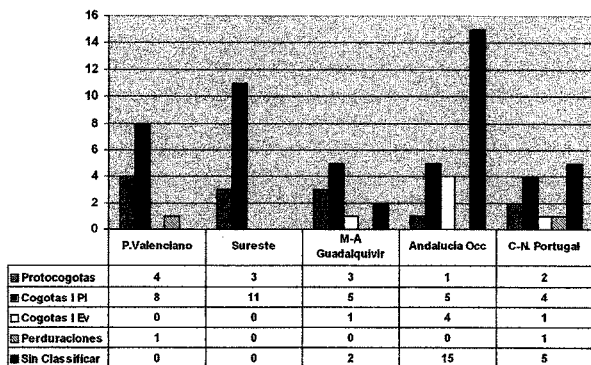
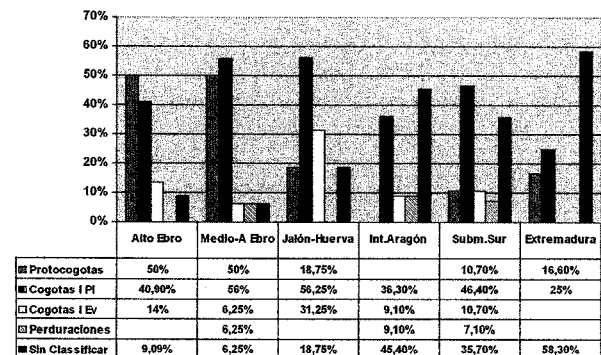
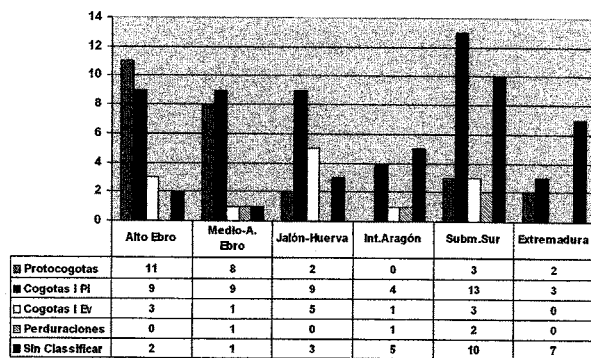


Figura 100. La representación de las fases de desarrollo de Cogotas I en las distintas Regiones de Expansión (valores absolutos).

Figura 101. La representación de las fases de desarrollo de Cogotas I en las distintas Regiones de Expansión (porcentajes).

Para la delimitación cronocultural de las distintas intrusiones hemos utilizado los siguientes criterios: las estratigrafías, la cronología absoluta, el contexto arqueológico y las asociaciones significativas, y la tipología de las especies que protagonizan el proceso. Gracias a estas variables pudimos, en su

momento, construir diferentes secuencias regionales que creemos se pueden resumir de la siguiente forma (Figs. 100 y 101).<sup>174</sup>

En el Alto Ebro, es decir, en el Norte de la provincia de Burgos y las tierras de la de Álava, la intrusión de tipo Protocogotas se detecta en la mitad

173 Nos referimos, como ya se ha explicado en varias ocasiones, al período conocido como Bronce Tardío, sobre todo en el Sureste y Andalucía.

174 En estos y en los siguientes gráficos los yacimientos en los que hemos creído ver más de una fase se contabilizan por separado en las distintas columnas; por esta razón la suma total de los valores de éstas superan el número total de enclaves inventariados o el 100% de los mismos.

de los asentamientos inventariados, lo que nos da una idea de la importancia del fenómeno en esta fase, que supera, aunque por muy poco, a la acontecida en la etapa plena (45%). Sin embargo, resultan menos abultadas las manifestaciones que claramente se pueden inscribir a la tercera de las fases de desarrollo del grupo, aunque sí quedan reflejadas al menos en La Paul, Los Goros, y algunos vasos de Solacueva. Encontramos, pues, en el Alto Ebro, una dilatación cronológica tan amplia como la existente en las tierras de la cuenca del Duero, es decir, una presencia efectiva de influjos cogoteños desde el surgimiento del grupo en las tierras del interior meseteño hasta la desintegración de los rasgos que le diferenciaban. Los contactos son muy intensos en la primera fase, reduciéndose sólo ligeramente en la plenitud del grupo,<sup>175</sup> para decaer, de forma drástica, en su último episodio.

En el Valle Medio Alto del Ebro -tierras riojanas, del Sur de Navarra y de la zona de Borja-, los contactos, al igual que el caso anterior, se inician tempranamente. También aquí la mitad de los enclaves sufren la intrusión meseteña en época Protocogotas. La diferencia estriba en que ahora se invierten los términos, puesto que la proporción aumenta ligeramente en la fase de plenitud, alcanzando a un 56% de los mimos. De la misma manera, se observa un claro descenso de las manifestaciones de este tipo en momentos evolucionados del grupo. Por otra parte, constatamos en esta región la existencia de manifestaciones cerámicas de tipo Cogotas I que deben ser consideradas como perduraciones.

En la cuenca del Jalón y en el interior de Aragón existe una clara diferenciación. Mientras en las comarcas más cercanas a la Meseta comprobamos intrusiones de época Protocogotas -aunque

sustancialmente disminuidas respecto a las regiones anteriores-, a medida que nos vamos alejando de aquellas las manifestaciones de tipo Cogotas se corresponden fundamentalmente con la fase plena y, en menor medida y con ciertas dudas, a los momentos más evolucionados.

En las regiones que dentro de la Submeseta Sur se encuentran fuera del espacio geográfico que consideramos perteneciente a la zona nuclear, la presencia de elementos de tradición cogoteña también abarca las tres fases de desarrollo del grupo. Sin embargo nos sorprende, hasta cierto punto, el escaso porcentaje de representación alcanzado por los ejemplos de la primera de ellas. El grueso de la adscripción cronocultural en estas tierras se sitúa en la fase de plenitud, que afecta hasta un 46% de los yacimientos. No obstante, es ésta una de las regiones en la que con más provisionalidad han de acatarse los resultados, dado que el alto porcentaje de ejemplos no adscritos puede distorsionar la realidad y, en un futuro, hacerla variar. También aquí se observa la existencia de perduraciones que, a pesar de no ser ni numérica ni porcentualmente muy destacadas, implican el arraigo tipológico de estos estilos a través del tiempo hasta convivir con las nuevas modas llegadas del Noreste y pertenecientes a los Campos de Urnas.

En Extremadura la visión cronocultural es muy pobre a consecuencia de la parquedad de los datos disponibles. A pesar de ello podemos asegurar la llegada de los influjos en época temprana, por lo menos a la provincia más septentrional, y un posible incremento en los momentos de plenitud del grupo, cuando llegan hasta el Guadiana.

En el País Valenciano también hemos comprobado una introducción temprana -de tipo Protocogotas- que, aunque tímida, interesa a un

---

<sup>175</sup> Esta rebaja puede considerarse, sin embargo, significativa, si tenemos en cuenta que es precisamente en estos momentos cuando en la zona nuclear se produce la eclosión del grupo.

30% de los yacimientos inventariados. En la fase plena la proyección de Cogotas I hacia esta región se ve incrementada, alcanzando al 61,5% de los poblados. No hemos podido, sin embargo, diferenciar intrusiones pertenecientes a la tercera de las fases, puesto que el caso del Tabayá es aconsejable considerarlo más como una perduración.

En el Sureste, las primeras intrusiones de tipo meseteño se pueden situar en los momentos de transición de Protocogotas a la fase plena de Cogotas I, cuando los elementos decorativos comienzan a adquirir rasgos más complicados y aparecen el boquique y, más tarde, la excisión; unas fechas que se pueden encuadrar entre 1300/1250 y 1200 a.C. El grueso de la influencia, sin embargo, ha de situarse en los momentos de plenitud del grupo, puesto que el 100% de los yacimientos allí contabilizados presentan una adscripción de este signo -sin que ello vaya en detrimento, como hemos dicho, de que en alguno de ellos se detecten también indicios de la primera fase-. Por el contrario, no encontramos intrusiones avanzadas, ni perduraciones en el substrato, lo que obliga a pensar que, a pesar de la intensidad con que el proceso se manifiesta en estas tierras, aquel no se mantiene durante un período excesivamente largo.

La Alta Andalucía conoce también una precoz instalación de elementos decorativos de tipo meseteño, puesto que en un 30% de los yacimientos se pueden reconocer intrusiones de fase Protocogotas. En la fase plena se continúan y amplían los contactos, mientras que sólo en un caso parecen alcanzar la fase evolucionada.

Al occidente de esta región meridional, fundamentalmente en el Bajo Guadalquivir, nos encontramos con un importante elemento distorsionador a la hora de analizar esta cuestión, puesto que

no hemos podido dar una adscripción cronocultural a más del 60% de los enclaves allí recopilados. Salvando este problema, vemos como también aquí se representan todas las fases del desarrollo de Cogotas I. A pesar de darse tal circunstancia, la presencia Protocogotas se reduce al mínimo (1 yacimiento, 4,1%), mientras que la mayor parte de las intrusiones se sitúan en la fase de plenitud (25%), sorprendiendo, empero, la amplia representación de manifestaciones de fase evolucionada (16,6%).

Para el Norte de Portugal las evidencias de tipo meseteño también comienzan a detectarse en la primera fase de desarrollo del grupo, aunque no con una excesiva proliferación, manteniéndose hasta la fase plena y reduciéndose, en cierto modo, en la fase final. En este caso, como en todos aquellos en los que el porcentaje de no identificados es elevado, consideramos que el gráfico puede llegar a ser, hasta cierto punto, engañoso y reflejar una situación diferente a la real.

En el resto de los poblados portugueses sólo podemos intuir una cronología tardía para las intrusiones de la Beira Alta y Baja en función de las cronologías absolutas allí obtenidas, que, sin embargo, no podemos asegurar que estén directamente asociadas a las cerámicas de tipo Cogotas I.

El estudio general del fenómeno desde el punto de vista cronológico nos lleva a observar una representación de todas las fases de desarrollo interno del grupo, aunque con una clara disimetría en la que se puede hablar de una línea ascendente, una cumbre y una línea descendente.<sup>176</sup>

Los contactos se inician prácticamente al mismo tiempo que la andadura del grupo -más probablemente en los momentos inmediatamente posteriores-, antes de que Cogotas I se consolide como grupo homogéneo dentro de la Meseta. En

---

176 El número total de yacimientos en los que hemos identificado la fase de Cogotas I en la que se produce la intrusión es de 125, mientras que este dato está pendiente en otros 58 enclaves. Los porcentajes de cada una de las fases se harán sobre el total global y sobre el número de identificados.

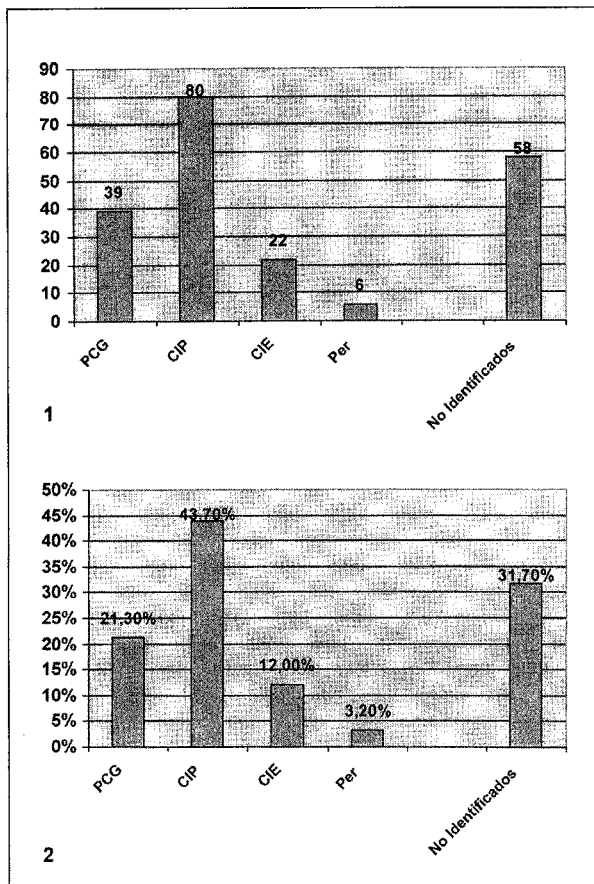


Figura 102. La representación de las fases de desarrollo de Cogotas I en el conjunto del Territorio de Expansión (valores absolutos y porcentajes). PCG. Protocogotas; CIP. Cogotas I Pleno; CIE. Cogotas I Evolucionado; Per. Perduraciones.

esta fase Protocogotas el número total de yacimientos es de 39, lo que supone un 21,3% de los inventariados (el 31,2% si no incluimos los de adscripción cronocultural no identificada) (Fig. 102). Semejantes valores significan un importante y rápido despegue del fenómeno, que alcanza ya a un buen número de los ejemplos inventariados. En este momento, sin embargo, la influencia de Cogotas I no se manifiesta de la misma manera por toda la geografía de la Península. Destaca, fundamentalmente, la proyección hacia dos de las regiones en las que hemos compartimentado este estudio, el Alto Ebro y el sector medio-alto del mismo río. En estas tierras, situadas al Noreste de la zona nuclear, se

agrupan 19 de los 39 yacimientos afectados en esta fase; lo que supone hasta un 48,7% de los mismos. Sin embargo, y a pesar del claro predominio de las intrusiones tempranas en estos sectores, no dejan de aparecer más que en el Bajo Ebro y el Interior de Aragón; estando presentes, de forma generalmente bastante nimia, en el Valle del Jalón, en la Submeseta Sur, en Extremadura, País Valenciano, Sureste, Andalucía y Portugal, con porcentajes que cómo tope alcanzan el 10,25%.

Por lo tanto, y como queda matizado tras este análisis, podemos decir que la intrusión en la fase Protocogotas es numéricamente importante, sí, pero también que el grueso de la misma se concentra en espacios muy concretos, situados en la zona de contacto y estrechamente vinculados con la Meseta, lo que implica una desestabilización del equilibrio regional. La importancia de la proyección exterior en este período se debe, substancialmente, a la proliferación de hallazgos en Álava, La Rioja, Sur de Navarra y la zona de Borja (Fig. 103).

La influencia de Cogotas I en la fase de plenitud sufre, en términos peninsulares, un crecimiento de enjundia. Se alcanzan ahora los 80 yacimientos afectados; lo que supone un 43,7% de los inventariados (un 64% si prescindimos de los no identificados) y la cima de la curva ascendente, el nivel máximo de la "expansión". Regionalmente las intrusiones de la fase plena se reparten de forma más homogénea, a pesar de existir algunas diferencias numéricas. De esta manera ciertas regiones se muestran mejor representadas que otras, caso de La Submeseta Sur, El Sureste, el Alto Ebro, el Valle Medio-Alto del Ebro, la cuenca del Jalón y el País Valenciano, cuyos porcentajes varían entre el 16 y el 10% de las localizaciones identificadas como de este período. Una menor representación alcanza en el resto de las regiones, por debajo del 10%, siendo las menos afectadas Extremadura y el Bajo Aragón (3,6% en cada caso). En la fase plena, por lo tanto,

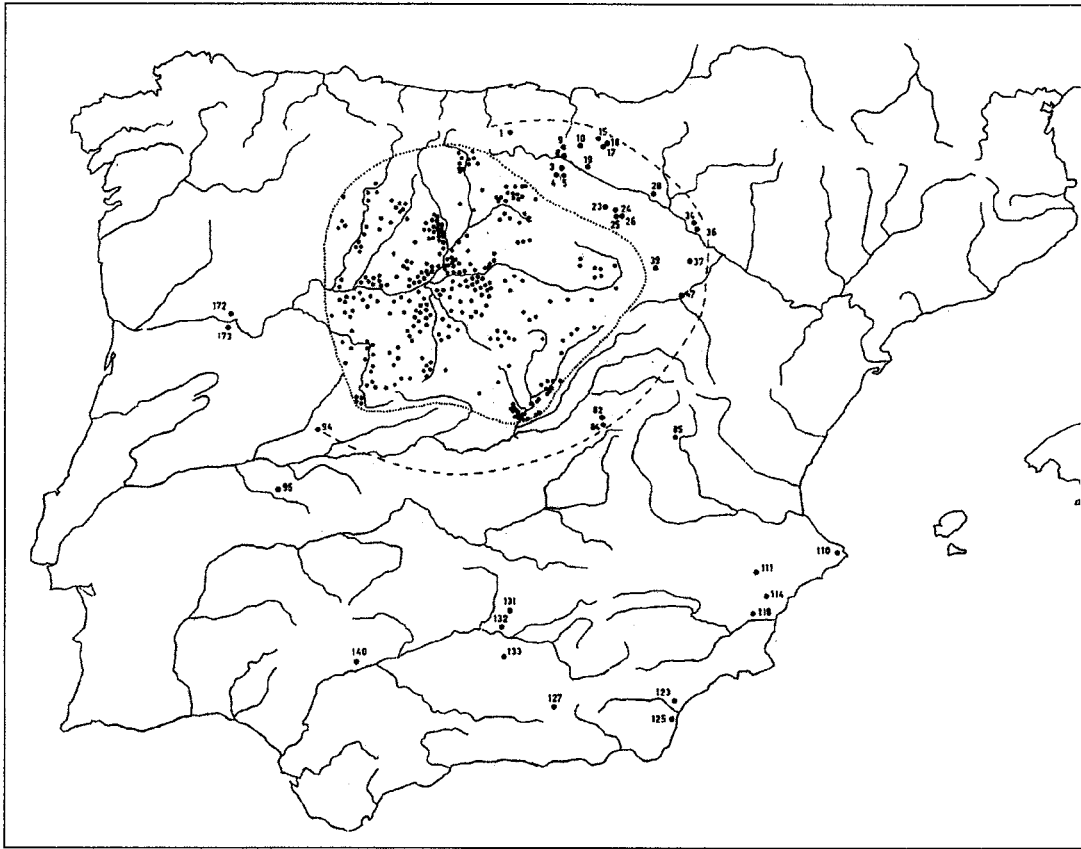


Figura 103. La "Expansión" del grupo meseteño en fase Protocogotas.

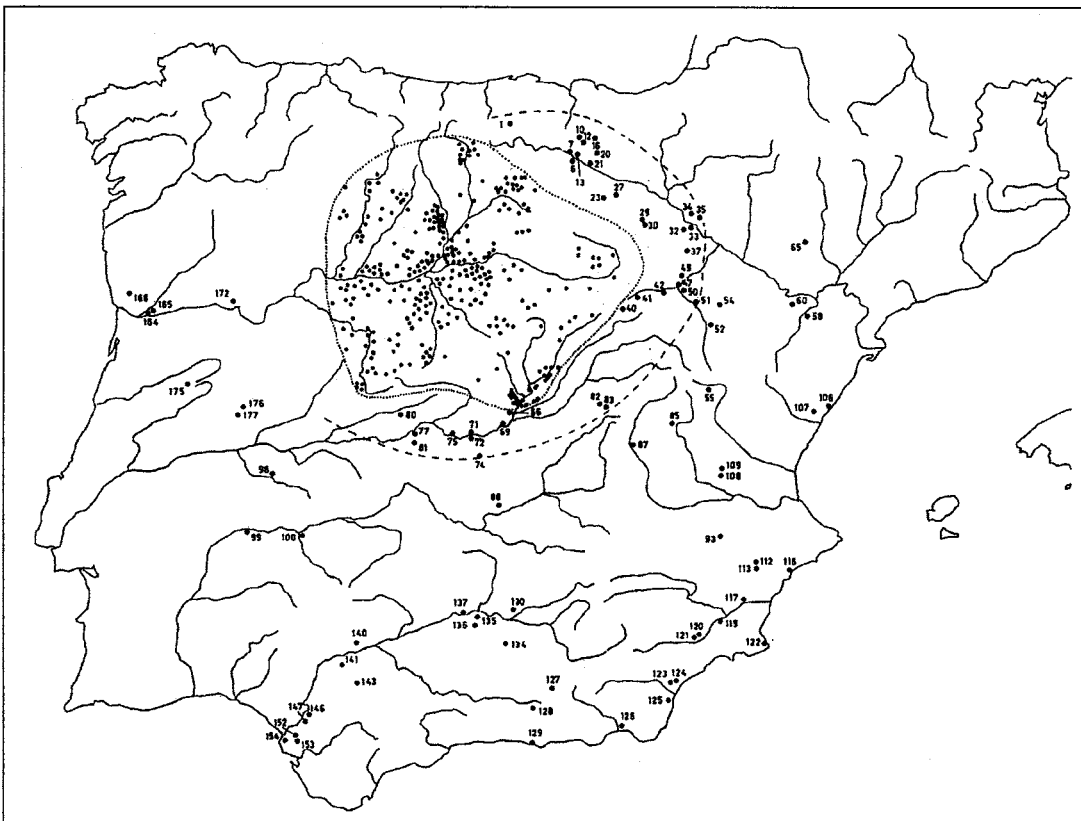


Figura 104. La "Expansión" del grupo meseteño en fase Cogotas I Pleno.

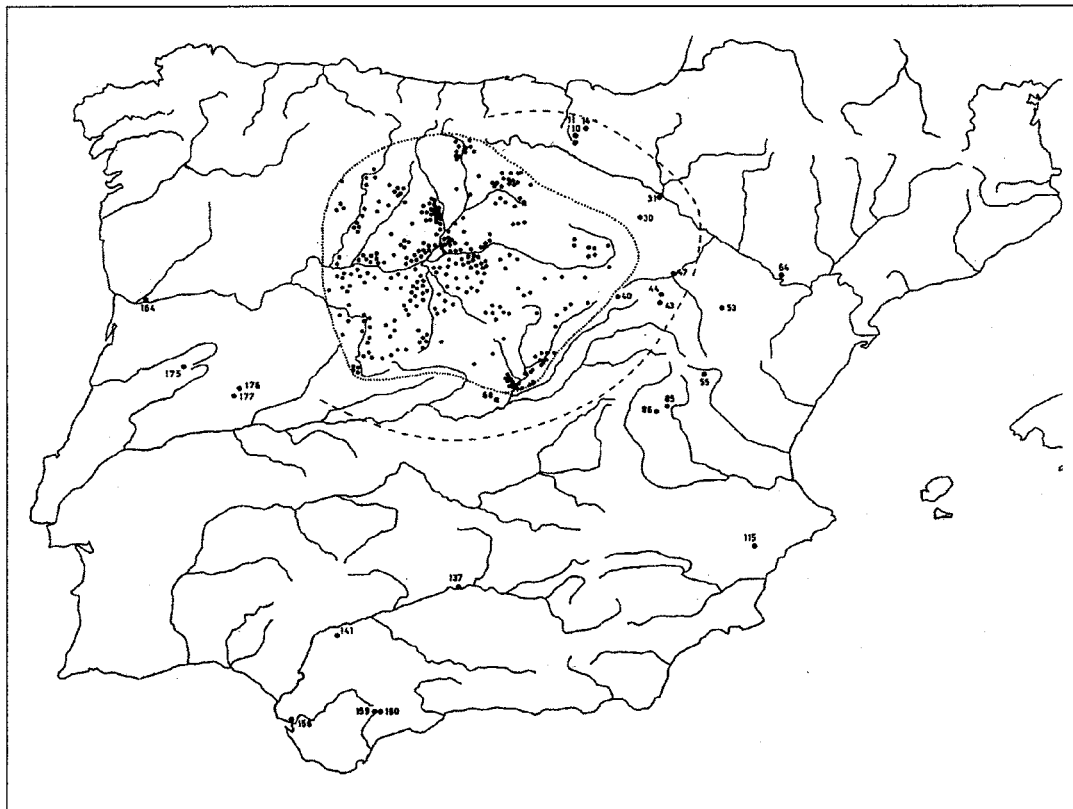


Figura 105. La "Expansión" del grupo meseteño en fase Cogotas I Evolucionado y Perduraciones.

la proyección cogoteña hacia otros territorios goza de cierta homogeneidad, los mayores niveles de registro y, salvo en el Alto Ebro, los mayores porcentajes parciales (Fig. 104).

El último de los períodos identificados en Cogotas I es también el peor representado en las tierras exteriores. Únicamente en 22 ocasiones nos hemos aventurado a proponer una cronología avanzada para las intrusiones, lo que tan sólo supone un 12% de los yacimientos (un 17,6% de los identificados). Tan reducida proporción presenta además una dispar distribución, estando ausente en algunos lugares como el Sureste y, aunque siempre con algunas dudas, en Extremadura y el País Valenciano. Su representación en el resto de las regiones varía desde porcentajes del 23,8% de la zona del Jalón-Huerva, hasta el 4,7% del Medio-Alto Ebro, Bajo Aragón, Alta Andalucía y Centro-Norte de Portugal.<sup>177</sup> En realidad,

la escala porcentual se simplifica al convertirla en numérica, puesto que los ejemplos constatados no pasan en ningún caso de 5 (Fig. 105).

Las perduraciones, que en el fondo no deben ser interpretadas como resultantes del proceso de proyección de Cogotas I, sólo alcanzan a 6 yacimientos; lo que supone el 3,2% del total inventariado (el 4,8% de los identificados). Por lo demás, su localización geográfica se muestra muy repartida por el Alto Ebro (1), la Submeseta Sur (2), el País Valenciano (1), y en el Bajo Duero (1).

En definitiva, se puede decir que en sus inicios, la dispersión de elementos materiales de tipo Cogotas I afecta de manera particular al Alto Ebro y el Medio-Alto Ebro, y más modestamente al resto de las regiones salvo el interior de Aragón. En los momentos álgidos, además de sufrir un incremento generalizado, involucra a todos los sectores con porcentajes menos

<sup>177</sup> El resto de las regiones ofrece unos valores de 19,8% en Andalucía Occidental, 14,3% en la Submeseta Sur y 9,5% en el Alto Ebro.

contrastados. En la última fase conoce un drástico descenso y sólo mínimamente alcanza a instalarse en el substrato como parte de los componentes locales, para así aparecer en cronologías en las que Cogotas I había ya desaparecido de la zona nuclear.

Hay, sin embargo, un elemento distorsionante presente en las últimas apreciaciones. Se trata del notable volumen de yacimientos, hasta 58, que no han podido ser adscritos a ninguno de los momentos aquí diferenciados. El porcentaje sobre el total, el 31,7%, es lo suficientemente importante como para sospechar que cabe la posibilidad de cierto trastorno en los datos. En principio, siguiendo las premisas de la estadística, hemos de suponer que se repartirían proporcionalmente entre las cuatro variables aquí contempladas, sin embargo, no es impensable que, transgrediendo esta norma, elevaran más unas que otras. En cualquier caso, y como quiera que esperar a que se avance en la investigación no es excusa para no abordar los datos disponibles, creemos que la visión general de una “expansión” que se inicia en momentos tempranos, alcanza su cenit en la fase de plenitud y decrece drásticamente en las postrimerías del desarrollo del grupo es válida y soporta, con mayores o menores dificultades, cualquier argumento que intente nublarla.

Dentro del estudio cronológico nos parece interesante reflejar la existencia de lugares en los que nos hemos aventurado a señalar la presencia de la intrusión en varias fases. Esta circunstancia comparece tan sólo en 18 yacimientos que se reparten de la siguiente forma: tres de ellos soportan la presencia de cerámicas de tipo Cogotas I durante todo el desarrollo del grupo nuclear, es decir, en el transcurso de las tres fases; en 9 ocasiones sólo reflejan participación en la 1ª y 2ª de las etapas; en 5 los influjos aparecen en la fase plena y se mantienen hasta los momentos más evolucionados; y, por último, en una ocasión parece que subsisten desde los momentos álgidos hasta fechas posteriores a la desintegración del grupo dentro de la Meseta.

En principio, esta constatación podría interpretarse como prueba de la perdurabilidad de los contactos entre la Meseta y los lugares involucrados durante prolongados períodos de tiempo, pero también admite otras dos posibles explicaciones. Por un lado cabe la posibilidad de que se trate de contactos desconectados cronológicamente, sin una relación de continuidad. Por otro podemos encontrarnos con fenómenos de evolución independiente de los estilos tras su llegada al poblado; en este caso, una vez aceptada la nueva moda, esta podría desarrollarse por sí sola de forma autónoma, complicando sus realizaciones en un plano paralelo al del grupo original, aunque en ningún modo comparable. Esto último, si no nos equivocamos, es lo que pudo ocurrir, verbigracia, en el Sector II de Bouça do Frade.

Del resto de las “coincidencias” en la adscripción cronocultural de los yacimientos podemos dar una explicación satisfactoria al menos a Solacueva de Lacoymonte y Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo, donde el desarrollo de Cogotas I durante las tres fases se ve avalada no sólo por la estratigrafía, sino también por los criterios tipológicos y, en el caso conquense, por las fechas radiocarbónicas.

Estos mismos criterios han servido también para constatar la perduración entre Protocogotas y la fase de plenitud en Monte Aguilar, Moncín, Fuente Álamo, Gatas y Cuesta del Negro, y entre la fase media y evolucionada en El Llanete de los Moros. En el resto de los ejemplos nos basamos, sobre todo, en la tipología de los materiales allí recuperados.

#### *b) Las implicaciones de la cronología absoluta calibrada en los yacimientos “de expansión” de Cogotas I*

Hasta ahora, la visión global de cuándo se produce la intrusión de Cogotas I se ha centrado en la adscripción a las diferentes fases de su desarrollo interno; por eso hemos diferenciado entre las intrusiones producidas en Protocogotas, en Cogotas I

pleno, en el período evolucionado del mismo o, incluso, en fechas posteriores a la desarticulación del horizonte. Sin embargo, y llegados a este punto, hemos de plantearnos la manera de acercarnos más a la realidad cronológica de la intrusión.

Toda la reconstrucción temporal realizada hasta el momento se basa, en última instancia, en las fechas de C-14 -de no ser por ellas es posible que se siguiera ubicando a Cogotas I dentro de la Edad del Hierro-; éstas últimas han ido dando cuerpo a los modelos de evolución, fundamentalmente al definido por Fernández-Posse, y han complementado las estratigrafías del Sureste en las que se detectaba la intrusión meseteña. De la misma manera están detrás de los criterios de evolución tipológica, formal y decorativa aceptados para la cerámica del grupo, y son la base de muchas dataciones contextuales. En todos estos casos hemos utilizado, de forma general hasta el momento, fechas radiocarbónicas convencionales, es decir, no calibradas; puesto que gracias a esta licencia hemos podido contrastar con mayor facilidad los datos disponibles de las distintas regiones dentro del amplio plano geográfico que exige el trabajo. Pero no queremos terminar este estudio sin reflejar cómo el fenómeno de la dispersión de Cogotas I se ve arrastrado, junto con los contextos culturales en los que se ve envuelto, hacia atrás en el tiempo, en función de la aplicación de las curvas de calibración de las fechas radiocarbónicas disponibles.

Este trabajo, que ya fue realizado con las fechas disponibles del área nuclear, no es la primera vez que se aborda. Algunos estudios, que conllevan una impresionante labor de documentación, se han realizado con este fin concreto (Castro, Micó y Sanahuja, 1995; Castro *et alii*, 1996); sin embargo, y sin restar ninguna validez a los mismos, hemos elaborado nuevas tablas de calibración en las que se

incluyen algunas fechas nuevas y se rechazan otras por considerarlas ajenas a Cogotas I. El primero de los trabajos citados anteriormente -específico sobre el grupo meseteño-, intenta desde un principio establecer la cronología global del grupo utilizando todas las fechas que se consideran válidas, incluso las que, coincidiendo *grosso modo* con su dispersión cronológica y el ámbito de Cogotas I, no corresponden estrictamente a este mundo. Por nuestra parte hemos preferido separar aquellas pertenecientes a la zona nuclear de las obtenidas en las regiones de expansión, con el propósito de no supeditar el encuadre cronológico del grupo a fechas que pueden tener una problemática particular.<sup>178</sup> Por otra parte, no consideramos, como hacen los autores citados, que las manifestaciones de Cogotas I en el Alto Ebro y el Tajo Medio tengan que tratarse junto a las de la cuenca del Duero; su problemática es distinta y creemos que su visión cronológica unitaria deja escapar algunos aspectos de mucho interés para la explicación de la expansión del grupo.

La utilización del último programa de calibración (Pearson y Stuiver, 1993) también hace variar ligeramente los resultados ofrecidos en los trabajos anteriormente citados, que aplican un sistema ideado por los mismos autores en fechas anteriores.

Como vimos en el primer capítulo, Cogotas I presenta una cronología convencional entre 1500 y 850 a.C., y sus períodos se reparten de la siguiente manera (Protocogotas: 1500-1250/1200 a.C.; Cogotas I pleno: 1250/1200-1000 a.C.; Cogotas I evolucionado: 1000-850 a.C.). Tras la debida calibración de las fechas ofrecidas en la zona nuclear y de algunas otras que nos sirven para contextualizar sus comienzos y su declive, proponíamos la nueva serie cronológica que quedaba de la siguiente manera: *c.* 1750-1500/1450 A.C. para la primera fase, *c.* 1500/1450-1150/1100 A.C. para la segunda

---

178 Las fechas de la zona exterior suelen proceder de yacimientos polioocupacionales, y no siempre podemos asegurar que las mismas se encuentren directamente asociadas a las cerámicas de Cogotas I.



y c. 1150/1100-950 A.C. para la tercera. Por lo tanto, además de contemplar como el intervalo se traslada hacia atrás en el tiempo, comprobamos que el horizonte se amplía de 100 a 150 años. En las regiones de expansión también tenemos algunas fechas absolutas que creemos conveniente contrastar, una vez calibradas, con la nueva secuencia cogoteña. Hemos de advertir que -como se especifica ahora y como señalábamos en el lugar correspondiente del inventario-, no siempre podemos

decir que las muestras se asocian directamente a las cerámicas de tipo Cogotas I, pero a veces pueden usarse como referencia válida para la posible llegada de los influjos. El número de fechas podría parecer elevado, sin embargo, al repartirse de forma descompensada por distintos y alejados espacios su análisis de conjunto pierde valor, más cuando existen amplias series pertenecientes a un sólo yacimiento que superan en número a las reconocidas en otras regiones.<sup>179</sup> Por este último motivo hemos preferido

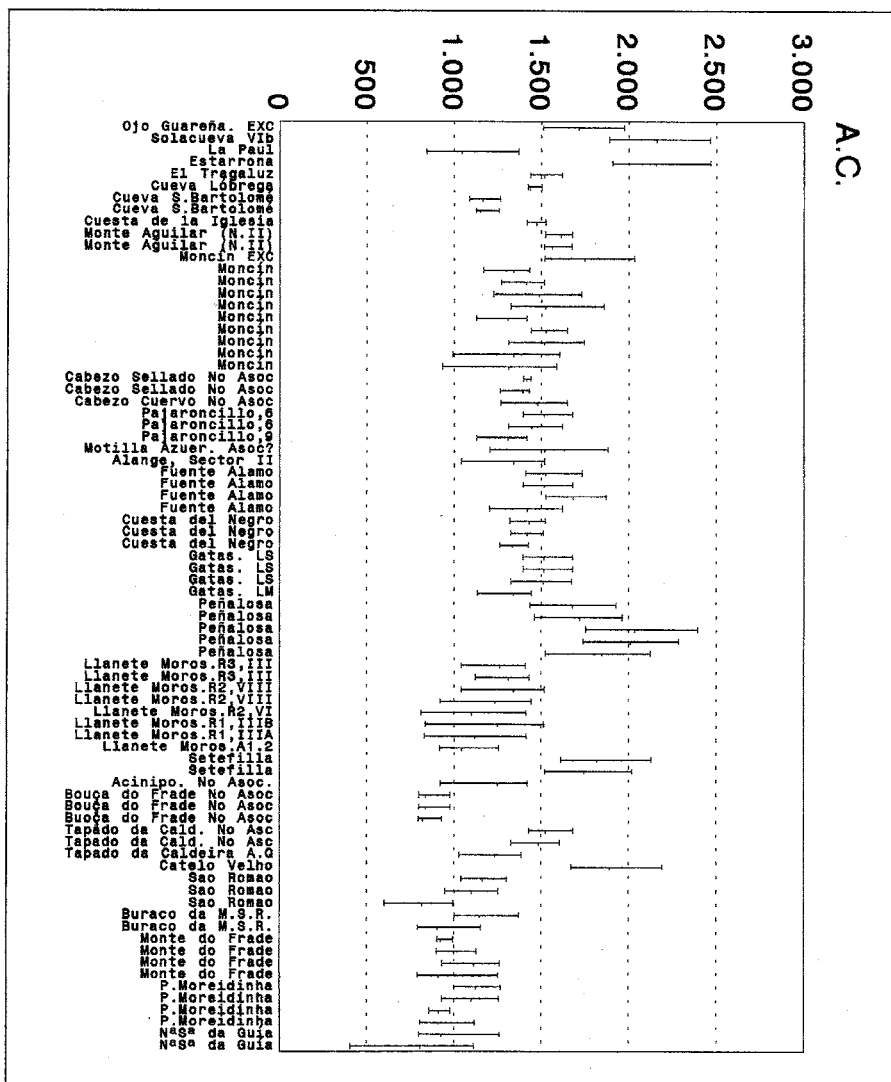


Figura 106. Intervalos de calibración a 2 sigmas de las fechas radiocarbónicas de los yacimientos de "expansión" del grupo Cogotas I.

179 Por ejemplo, en Moncín se conoce un total de 10 fechas para las fases en las que se encuentra vinculado a Cogotas I, que se suman a otras 7 de La Rioja y Navarra, procurando así un significativo muestreo para la región del Medio-Alto Ebro. Por el contrario, en el País Valenciano sólo disponemos de una fecha, la de Cabezo Redondo, que además sólo se asocia de forma indirecta a la intrusión cogoteña. Por lo tanto, consideramos de escasa utilidad un estudio estadístico para intentar averiguar en qué momento se produce la "expansión" de Cogotas I. Estos datos sólo serán eficaces si los unimos a los criterios tipológicos, estratigráficos y a las asociaciones significativas.

**CUADRO 6. CRONOLOGÍA RECIOMÉTRICA EN LOS YACIMIENTOS DE  
“EXPANSIÓN” DE COGOTAS I**

Yacimiento	Laborat.	B.P.	a.C.	A.C. 2σ	A.C. dir	Bibliografía
Ojo Guareña. (Nivel bajo capa estalagm.) Exc	Gif-1971	3430±100	1480	1973-1510	1737,1714,1701	Almagro-Gorbea,1974:281
Solacueva. Nivel VIb I.	12082	3770±100	1760	2466-1890	2190,2160,2145	Llanos, 1991b:126
La Paul	I.11590	2900±85	950	1376-842	1045	Llanos, 1991a:226
Sta M <sup>a</sup> Estarrona	I.14589	3780±100	1830	2469-1908	2193,2155,2148	Llanos,1990:170;1991:435
El Tragaluz		3265±35	1315	1618-1437	1519	Rodanés Vicente, 1989:29
Cueva Lóbrega		3190	1240	1501-1422	1436	Barrios-Ceniceros,1992:21
Cueva de San Bartolomé	GrN-21006 GrN-21007	2970±25 2950±50	1020 1000	1264-1087 1256-1126	1181,1165,1141 1152,1149,1130	Rodanés <i>et alii</i> , 1994: 17 <i>Ibidem</i>
Cuesta de la Iglesia		3225±30	1275	1525-1419	1509,1472,1468	Sesma, 1995:150
Monte Aguilar (Nivel II)	GrN-17113 GrN-17112	3330±20 3315±25	1380 1365	1676-1523 1675-1517	1613 1601,1562,1533	Sesma, 1994: 465-inédita- Sesma, 1994: 465-inédita-
Moncín.Fases IIA-C Exc	BM-1927R	3470±100	1520	2032-1520	1748	Browman <i>et alii</i> , 1990:76
Fase IIB. Fondo 2	BM-2608	3080±50	1130	1431-1169	1381,1342,1321	Ambers,Matt,Brow, 1991:65
Fase IIB. Fondo 3	BM-2609	3150±50	1200	1516-1269	1414	<i>Ibidem</i>
Fase IIB. Fondo 2	BM-1924R	3210±100	1260	1731-1226	1494,1486,1450	Browman,Amb,Lees, 1990:76
Fase IIB. Fondo 3	BM-1925R	3290±100	1340	1860-1324	1525	<i>Ibidem</i>
Fase IIA. Hogar	BM-2606	3050±50	1100	1416-1128	1306	Ambers,Matt,Brow, 1991:65
Fase IIA. Madera	BM-2607	3300±50	1350	1684-1441	1527	<i>Ibidem</i>
Nivel III Corte I	BM-1926	3260±100	1310	1746-1312	1518	Browman,Amb,Lees, 1990:76
Nivel IIIA	BM-2193R	3080±120	1130	1606-993	1381,1342,1321	<i>Ibidem</i>
N.IIIA Mandíbula caballo	BM-2194R	3060±120	1110	1590-933	1312	<i>Ibidem</i>
Cabezo Sellado (Nivel intermedio) No Asocs	GrN-18321 GrN-14710	3154±17 3105±35	1204 1155	1439-1397 1429-1265	1416 1394	Andrés,Benavente, 1992:62 <i>Ibidem</i>
Cabezo del Cuervo (Fase V) No Asoc	UGRA-230	3220±90	1270	1684-1267	1504,1477,1462	Benavente, 1987:34
Hoyas del Castillo Nivel 6	B-5417	3250±70	1300	1681-1395	1516	Ulreich,Neg,Puch,1994:131
Nivel 6	B-5418	3200±70	1250	1620-1311	1443	<i>Ibidem</i>
Nivel 9	B-5419	3050±50	1100	1416-1128	1306	<i>Ibidem</i>
Motilla del Azuer. Fase V No Asoc?	UGRA-19	3260±140	1310	1882-1204	1518	Molina,Náje,Agu,1979:275
Castillo de Alange. Sector Umbría. Nivel II.		3080±90	1130	1518-1043	1381,1342,1321	Pavón, 1995:45
Cabezo Redondo (Dep.XV) No Asociada	GrN-5109	3320±55	1370	1737-1449	1605,1557,1541	Soler, 1987:400
Fuente Álamo. Fase V Nivel 16a-17b	B-3652	3280±70	1330	1734-1409	1522	Schubart-Arteaga,1983b:61
Nivel 17	B-3653	3250±70	1300	1681-1395	1516	<i>Ibidem</i>
Nivel 16b	B-3928	3400±50	1450	1870-1526	1683	Schubart-Arteaga,1986:292
?	B-3662	3160±90	1210	1620-1203	1419	<i>Ibidem</i>
Cuesta del Negro. (II Fase. Estrato VI/Sur)	BM-2542 GrN-7285 GrN-7284	3180±50 3160±35 3095±35	1230 1210 1145	1523-1319 1512-1323 1424-1262	1429 1419 1389,1334,1327	Ambers,Matt,Brow,1991:65 Arribas, 1976:nota 36 <i>Ibidem</i>

Yacimiento	Laborat.	B.P.	a.C.	A.C. 2σ	A.C. dir	Bibliografía
Gatas						
Ladera Sur	OxA-2856	3250±70	1300	1681-1395	1516	Castro, Micó, Sanh, 1995:106
Ladera Sur	OxA-2854	3250±70	1300	1681-1395	1516	<i>Ibidem</i>
Ladera Sur	OxA-2855	3230±70	1280	1675-1324	1511	<i>Ibidem</i>
Ladera Media II	IRPA-1083	3080±60	1130	1444-1133	1381,1342,1321	<i>Ibidem</i>
Peñalosa (Fase IIIA)	I.15184	3390±100	1440	1928-1435	1680	Contreras-Otros, 1989:235
	I.16064	3420±100	1470	1963-1461	1734,1721,1689	<i>Ibidem</i>
Asoc?	I.16063	3680±100	1730	2393-1755	2035	<i>Ibidem</i>
	I.16352	3640±100	1690	2285-1739	2011,2009,1977	<i>Ibidem</i>
	I.	3490±100	1540	2113-1524	1859,1847,1772	Contreras-Otros, 1987:261
Llanete de los Moros						
R.3. Estr.III	CSIC-794	3020±60	1070	1411-1043	1262	Martín-Perlines, 1993:337
R.3. Estr.III	CSIC-795	3060±60	1110	1430-1123	1312	<i>Ibidem</i>
R.2. Estr.VIII	UGRA-183	3080±90	1130	1518-1043	1381,1342,1321	Martín-Baquedano, 1987:54
R.2. Estr.VIII	UGRA-190	3000±100	1050	1444-921	1256,1238,1220	<i>Ibidem</i>
R.2. Estr.VI	UGRA-187	2910±120	960	1415-813	1112,1101,1064	<i>Ibidem</i>
R.1. Estr.IIIB	UGRA-159	2980±130	1030	1514-837	1251,1248,1205	Glez-Schez-Vill, 1986:1203
R.1. Estr.IIIA	UGRA-190	2930±110	980	1415-831	1120	<i>Ibidem</i>
A.1.2	UGRA-624	2900±50	950	1257-920	1045	Martín de la Cruz, 1983:48
Setefilla,						
Corte 3.Estr.XIV	I.11070	3520±95	1570	2129-1612	1836,1818,1800	Aubet <i>et alii</i> , 1983:48
Corte 3.Estr.XIII	I.11069	3460±95	1520	2020-1520	1745	<i>Ibidem</i>
Acinipo (Terraza Sup) No Asociada	I.	2980±90	1030	1420-921	1251,1248,1205	Aguayo <i>et alii</i> , 1989: 311
Bouça do Frade.Sect IIA No Asociadas	CSIC-630	2720±50	770	978-800	837	Jorge, 1988a:65
	CSIC-631	2720±50	770	978-800	837	<i>Ibidem</i>
	CSIC-632	2710±50	760	929-798	832	<i>Ibidem</i>
Tapado da Caldeira						
Fosa I No Asoc	KN-2769	3290±55	1340	1684-1428	1525	Jorge, 1983:55
Fosa I No Asoc	KN-2770	3210±55	1260	1607-1327	1494,1486,1450	<i>Ibidem</i>
Estr. 1B <i>Ante Quem</i>	CSIC-597	2990±50	1040	1388-1031	1254,1243,1213	Jorge, 1985:166
Catelo Velho.Camada 2	ICEN-885	3570±100	1620	2190-1673	1892	Jorge, 1993: 189
São Romão	ICEN-198	2970±35	1020	1301-1041	1181,1165,1141	Senna y Martínez, 1995b:118
	ICEN-197	2910±35	960	1252-949	1112,1101,1064	<i>Ibidem</i>
	ICEN-824	2680±80	730	994-601	818	<i>Ibidem</i>
(Buraco da Moura de São Romão)	ICEN-489	2960±50	1010	1372-1003	1158,1145,1134	<i>Ibidem</i>
	ICEN-600	2770±90	820	1153-794	906	
Monte do Frade. Asoc?	GrN-19660	2805±15	855	995-904	924	Vilaça, 1995b:55
	ICEN-971	2850±45	900	1127-900	999	<i>Ibidem</i>
	ICEN-969	2920±50	970	1263-932	1116	<i>Ibidem</i>
	ICEN-970	2780±100	830	1251-792	911	<i>Ibidem</i>
Povoado da Moreidinha. Asoc?	ICEN-834	2940±45	990	1266-998	1125	Vilaça, 1995a:46
	ICEN-835	2910±45	960	1257-931	1112,1101,1064	<i>Ibidem</i>
	GrN-19659	2785±15	835	977-857	913	<i>Ibidem</i>
	OxA-4085	2780±70	830	1117-805	911	<i>Ibidem</i>
Nª Sª da Guía. No Asoc?	ICEN-487	2810±100	860	1260-799	927	Senna y Martínez, 1995b:118
	GrN-7484	2650±130	700	1112-405	807	<i>Ibidem</i>

mostrarlas -en el cuadro y en el gráfico (Cuadro 6 y Fig. 106)- ordenadas por regiones de expansión, y no según su antigüedad<sup>180</sup>.

No queremos volver de forma particular a cada una de las razones, expuestas en el inventario y en el estudio regional, que nos llevaron a desestimar las fechas que aquí se reconocen con la abreviatura Exc., solamente recordar que se debía a problemas de contextualización o de la muestra analizada. Las fechas de Solacueva y Estarrona siguen proporcionando intervalos excesivamente elevados, por lo que reiteramos nuestra recomendación de prescindir de ellas para cualquier reconstrucción cronológica del fenómeno. Una valoración similar habría que hacer de las dos fechas de Setefilla, aunque en este caso comprobamos como el intervalo obtenido con dos sigmas posibilita su ubicación dentro de un momento Protocogotas. También son muy elevadas dos de las fechas de Peñalosa *c.* 2035 A.C. y *c.* 2009 A.C., aunque en este caso no podemos asegurar que se refieran a la intrusión meseteña y además se acompañan de otras dos más coherentes y una tercera con un intervalo *c.* 2113-1525 A.C., cuyos márgenes finales podrían incorporarse a los primeros momentos del grupo de Cogotas. Una fecha más se encuentra por encima de los márgenes establecidos; se trata de la obtenida en la camada 2 de Castelo Velho junto a cerámicas de tipo Protocogotas, que se sitúa *c.* 1892 A.C. Por debajo del intervalo propuesto se encuentran varias fechas procedentes del país vecino. Las de Bouça de Frade no son necesariamente un problema, puesto que no proceden del mismo sector que las cerámicas de tipo meseteño y presentan un contexto material diferente; el resto de las que se sitúan por debajo de *c.* 950 A.C. -dos en São Romão, dos de Monte do

Frade, dos de Moreidinha y las dos de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> da Guía-, tampoco podemos asegurar que se encuentren relacionadas directamente con las cerámicas intrusivas, puesto que la información sobre estos lugares es muy escasa. A pesar de ello, los extremos de los rangos particulares de cada una de las fechas se incluyen dentro de la fase final del grupo; y, lo que es más importante, en todos los lugares citados, salvo en el último, se dispone de otras fechas con resultados más elevados que se acomodan perfectamente a la cronología de Cogotas I.

El resto de las dataciones se integra en los nuevos parámetros de cronología calibrada y se reparte, como no podía ser de otra manera en una muestra aleatoria, de forma desigual, sin posibilidad de descubrir pautas de comportamiento. Si lo intentáramos, podríamos decir que la mayoría de las fechas válidas, o mejor dicho, la mayoría de los poblados fechados, se sitúan en los límites entre la fase Protocogotas y Cogotas I pleno, y sobre todo en este último período; es decir, en torno a *c.* 1600-1200 A.C., (Fig. 106) lo que, en líneas generales, vendría a corroborar la idea del auge de la “expansión” en los momentos plenos del desarrollo del grupo.

### III.6. Los resultados

Analicemos ahora, desde un punto de vista teórico, qué efectos produce la llamada “expansión” de Cogotas I en aquellas tierras donde se deja sentir. En este apartado abordaremos, por lo tanto, las repercusiones del fenómeno, y tendremos ocasión de ordenarlas por grupos en los que se refleje la gran variedad de situaciones a las que, en este sentido, nos vemos enfrentados.

---

180 El programa informático utilizado es Calib 3.0 -método A- (Pearson y Stuiver, 1993), y el intervalo de probabilidad elegido de 2 sigmas. En el cuadro se presentan las siguientes informaciones: el yacimiento (siguiendo un orden correlativo al que ocupan en el inventario) y contexto, acompañados a veces de Exc (fecha excluida) o No Asoc (fecha no asociada); laboratorio; fecha B.P. con la desviación; fecha a.C. (sin calibrar); intervalo -valor máximo y valor mínimo- a 2 sigmas de la fecha calibrada (A.C.); la calibración directa; y bibliografía.

*a) Impacto de las cerámicas de tipo Cogotas I: Rechazo o Integración*

El resultado más evidente de la dispersión de Cogotas I coincide con la evidencia y se refiere a la documentación en el registro arqueológico de algunos yacimientos de las regiones periféricas de la Península Ibérica de un número variable de especies cerámicas con formas y motivos decorativos parecidos a los del grupo meseteño. Pero ¿cuál es la reacción de las sociedades receptoras ante este hecho?, ¿cómo van a actuar los agentes locales?. De forma general se producen dos respuestas ante estímulos de este tipo, el rechazo o la integración de los mismos. Cuando las nuevas modas de Cogotas I no son aceptadas es evidente que el único registro arqueológico que queda es su propia ausencia, algo que se puede afirmar en muchos yacimientos contemporáneos a los estudiados y que no se ven influenciados por las tradiciones meseteñas. Por lo tanto, nos ocuparemos en este lugar de descifrar los enigmas que entraña la aceptación de aquellas en los lugares estudiados. Sin embargo, antes de ello, hemos de hacer referencia a una idea -tan temprana como tal vez precipitada-, vertida por Molina en su tesis doctoral, según la cual Cogotas I, aproximadamente a comienzos del siglo XII a.C., «...sufre un momento de extraordinaria expansión, infiltrándose en las regiones periféricas de la Península (Alto Ebro, Levante, Sudeste, Baja Andalucía) donde crea auténticos establecimientos que no se llegan a fundir con las poblaciones autóctonas de estas regiones y mantienen un desarrollo totalmente independiente de las mismas, ligado a sus centros de la Meseta, hasta la segunda mitad del siglo IX aproximadamente» (Molina, 1977: 10). Sería este un resultado de “tolerancia pasiva” según el cual las gentes locales asistirían impasibles a la llegada de efectivos humanos que no crearían ningún tipo de interacción. Sin embargo, esta teoría, fundamentada sin duda en la notoriedad de los hallazgos de La Cuesta del Negro en Purullena, se ha visto superada

hoy día gracias a la reiterada aparición de cerámicas meseteñas dentro de claros contextos materiales de tradición local. Por este motivo hemos de dirigir nuestros pasos hacia el análisis de los fenómenos de integración asociados a las influencias meseteñas.

Para Linton, la integración se puede entender como una serie de ajustes mutuos entre los elementos de cultura llegados de fuera y los autóctonos; el proceso de integración será el desarrollo progresivo de los ajustes, y el grado de integración, la medida de perfección que estos últimos alcanzan (Linton, 1942: 338). En el caso de Cogotas I las diferencias regionales y particulares se encuentran precisamente en la intensidad del proceso y en la talla alcanzada en el grado.

Los resultados de la dispersión de Cogotas I por las regiones periféricas de la Península Ibérica dependen, en principio, de la llegada únicamente de los esquemas decorativos -y en menor medida formales- de las cerámicas de Cogotas I o, de la presencia, además de éstos, de efectivos humanos de origen meseteño.

¿Qué ocurre en este último caso?. Ya hemos analizado detenidamente esta cuestión, y hemos aceptado la posibilidad de pequeñas migraciones de carácter esporádico y sin retorno, o de traslados más comunes de elementos humanos concretos en función de mecanismos exogámicos de regulación de la población. Sin embargo, y gracias al poblado de Purullena, esta posibilidad se ha sobrevalorado hasta el punto de pensar que existen núcleos de características meseteñas que no llegan a integrarse en el contexto cultural de la región. Como decimos, es el poblado de la Cuesta del Negro el que permitió llegar a esta conclusión (Molina, 1978: 204), una estación sobre la que, pese a su innegable carácter excepcional, se puede hacer una lectura ligeramente distinta. No se puede negar la existencia de una abultada, que llega a ser extraordinaria, representación de cerámicas de tipo cogoteño en la segunda fase del poblado; sin

embargo, tampoco podemos olvidar que, tras una exhaustiva revisión del material publicado, se encuentra dentro del conjunto un buen número de ejemplares cerámicos que muestran un claro arraigo en las tradiciones argáricas. Tras esta comprobación, que es además habitual en el resto de los poblados involucrados en la zona, creemos poder afirmar que las poblaciones foráneas se integran dentro de las locales adaptándose unas a otras. Lo más habitual, en estos casos, es que se produzca la absorción de las primeras a través de un auténtico mestizaje social y no la coexistencia pacífica planteada para el yacimiento granadino, que implicaría cierto distanciamiento.

Pero la mayoría de los puntos señalados en el mapa de dispersión es producto de una influencia de tipo material y se refiere únicamente a la llegada de una moda cerámica caracterizada por un tipo de decoración concreto. En este sentido se puede hablar claramente y sin ambages de integración, puesto que los nuevos esquemas alfareros se añaden a los conjuntos materiales preexistentes. Sin embargo, esta adición de elementos extraños puede hacerse al menos de dos formas distintas, es decir, nos ofrece dos posibilidades:

Por un lado la *incorporación* o inclusión de los nuevos tipos y decoraciones cerámicas sin alterarlos ni en su aspecto externo ni en su función original. Es decir, que los vasos de tipo Cogotas I presentan unas características físicas muy similares a las producciones del grupo nuclear, a pesar de que hayan sido confeccionados en los lugares de destino; y, además, son utilizados para los mismos fines que en la Meseta, es decir, como vajilla de lujo de uso específico en ocasiones especiales, pero sin un carácter elitista específico.

Por otro lado se puede producir una *adaptación* de los modelos originales. En este caso los elementos recién llegados se amoldan a las tradiciones cerámicas locales de manera que se contemplen ciertas peculiaridades formales, estilísticas y funcionales. En primer lugar se documentan claros fenómenos de

*reinterpretación* a través de los cuales podremos observar motivos y composiciones decorativas propias de Cogotas I vistiendo perfiles pertenecientes a los repertorios autóctonos, o recreaciones de aquellos esquemas ornamentales que conservan, sin embargo, el resabio de los auténticos modelos meseteños. En otro sentido, los ejemplares de este tipo podrían sufrir también la *transformación* de sus prestaciones a la comunidad. Si en la Meseta hemos planteado su uso como vajilla doméstica “de ocasión” (o fiesta) -pero sin que ésta tenga un destino oligárquico-, es posible pensar que en algunas regiones de “expansión” este tipo de cerámicas adquiera un valor social elitista. La modificación de un objeto de lujo asequible -cierto que con posibles diferencias en su volumen y exquisitez-, en una producción restringida se puede producir en virtud de varios factores:

– Su carácter foráneo, que infunde a los objetos un aire exótico y los hace más apetecibles a los ojos de los poderosos.

– La reducida proporción en la que circulan estas especies fuera de la Meseta central.

– El mayor peso de las desigualdades sociales en ciertas regiones de la periferia peninsular donde durante el Bronce Pleno se revelan claras diferencias en el acceso a determinadas producciones (sobre todo destinadas a servir como ajueres funerarios).

– En relación a esto último, también una mayor coerción sobre los estratos más profundos de la sociedad que les impide la disponibilidad de tiempo necesaria para entretenerse en el acabado artístico de su mobiliario cerámico.

De esta manera, los potentados, aquellos que ejercen la coacción, son los únicos que disponen de tiempo libre y de poder suficiente como para liberar a miembros de su familia o, haciendo uso de sus prerrogativas, de las clases a las que domina, para la confección de especies de este tipo que luego sólo ellos podrían disfrutar.

La adquisición de una nueva utilidad también puede afectar al hecho de que estas cerámicas se usen más frecuentemente como parte del ajuar funerario en los lugares de expansión, como la Cueva de los Lagos (La Rioja) o Maltravieso (Cáceres), donde el mayor grado de exotismo de estas producciones y una concepción ligeramente distinta de la muerte, pudieron influir en la derivación de aquellas hacia fines no tan generalizados en los conjuntos más clásicos del grupo. Del mismo modo, es posible que algunas de las vasijas decoradas de tipo Cogotas I adquirieran un valor “votivo” en yacimientos concretos. Esta interpretación se podría desprender de la lectura que hace Llanos (1991b: 136) de la cavidad de Solacueva de Lacoymonte en Álava, donde la presencia de pinturas rupestres, depósitos cerrados con objetos de valor (pulseras, puntas de lanza), así como de otros vestigios peculiares como los fuegos, depósitos de piedras y cerámicas, etc., le lleva a pensar que debió de tratarse de una *especie de santuario* en el que se llevaran a cabo determinadas prácticas de tipo ritual; por lo que no sería descabellado pensar que las especies de tipo Cogotas I encontradas en la cueva estuvieran allí como ofrendas “depositadas” al igual que el resto de las evidencias.

Esta primera diferencia en los resultados del proceso de difusión de las cerámicas de tipo Cogotas I tiene un carácter general e incumbe, de una u otra forma de las mencionadas, a regiones o áreas concretas. De esta manera creemos que los territorios más cercanos a la zona nuclear, en concreto aquellos que se incluyen dentro de lo que hemos denominado zona de contacto, se ven afectados en mayor medida por fenómenos de aceptación de las producciones meseteñas como un añadido que puede ir acompañado, como veremos, de otros aspectos propios de la cultura meseteña; sin embargo, las producciones, además de encajar más o menos bien en los reperto-

rios más tradicionales, parecen desempeñar un papel similar al que realizan dentro del grupo original.

Los casos en los que se produce la adaptación de la decoración de tipo Cogotas I y esta se ve reinterpretada o transformada en su función suelen encontrarse más alejados de la Meseta, pero no necesariamente. La recreación de los estilos decorativos de Cogotas I ocurre tanto en lugares tan cercanos a la cuenca del Duero como los yacimientos riojanos o del Sur de Navarra, como en los asentamientos del Bajo Guadalquivir, Sureste y País Valenciano. La modificación de su significado hasta desempeñar el papel de producciones de carácter elitista es muy difícil de demostrar en cada caso, sin embargo es más posible allí donde las diferencias sociales son más evidentes en el momento inmediatamente anterior, como ocurre en el antiguo solar argárico.

#### *b) Análisis de las evidencias arqueológicas de tipo Cogotas I en los poblados de expansión y su contrastación con los yacimientos de la zona nuclear*

Como venimos diciendo, sobre todo en este último apartado, la intromisión cultural de Cogotas I en otras comunidades peninsulares de la Edad del Bronce suele restringirse al aporte de un determinado tipo cerámico o, mejor aún, de una específica moda cerámica. Sin embargo, no hemos de descartar la presencia de otras evidencias asociadas, como una metalurgia similar, o la aceptación de modelos poblacionales; unas manifestaciones que son escasas y se van reduciendo a medida que nos alejamos de la zona nuclear.

Por lo demás, y en líneas generales, las especies de tipo Cogotas I, por lo menos más allá de la llamada zona de contacto, comparecen dentro de yacimientos con características que se alejan, en distinto grado pero siempre de forma notable, de aquellas puestas de relieve para los establecimientos de la Meseta.<sup>181</sup>

181 La mayoría de estas diferencias ya se expusieron en el estudio regional de cada uno de los sectores geográficos afectados; sin embargo consideramos eficaz realizar un repaso de las mismas de forma integradora y global en este último capítulo, que pretende una visión general del fenómeno.

Por lo que se refiere al tipo de emplazamiento nos encontramos que en la zona nuclear predominan los poblados de reducido tamaño, situados en las tierras llanas a escasa distancia unos de otros - probablemente porque posean una cronología ligeramente distinta-, que parecen ser la muestra del régimen de poblamiento itinerante, que no estacional, utilizado por estas gentes; siendo más escasos, aunque no inexistentes, los enclaves de mayor envergadura física y destacada posición geográfica, que pudieron funcionar como centros de coordinación regional. En

los poblados afectados por la intrusión de Cogotas I de las regiones de expansión predomina, y de forma abrumadora tal vez, la segunda de las modalidades descritas, manteniendo unos esquemas existentes en el poblamiento local (Fig. 107.1). Esta circunstancia varía ligeramente en las distintas regiones -como queda ampliamente debatido en el estudio regional- (Fig. 107.2), pero en líneas generales puede considerarse un rasgo de clara diferenciación cultural que implica un evidente distanciamiento social, político y económico entre Cogotas I y sus vecinos.

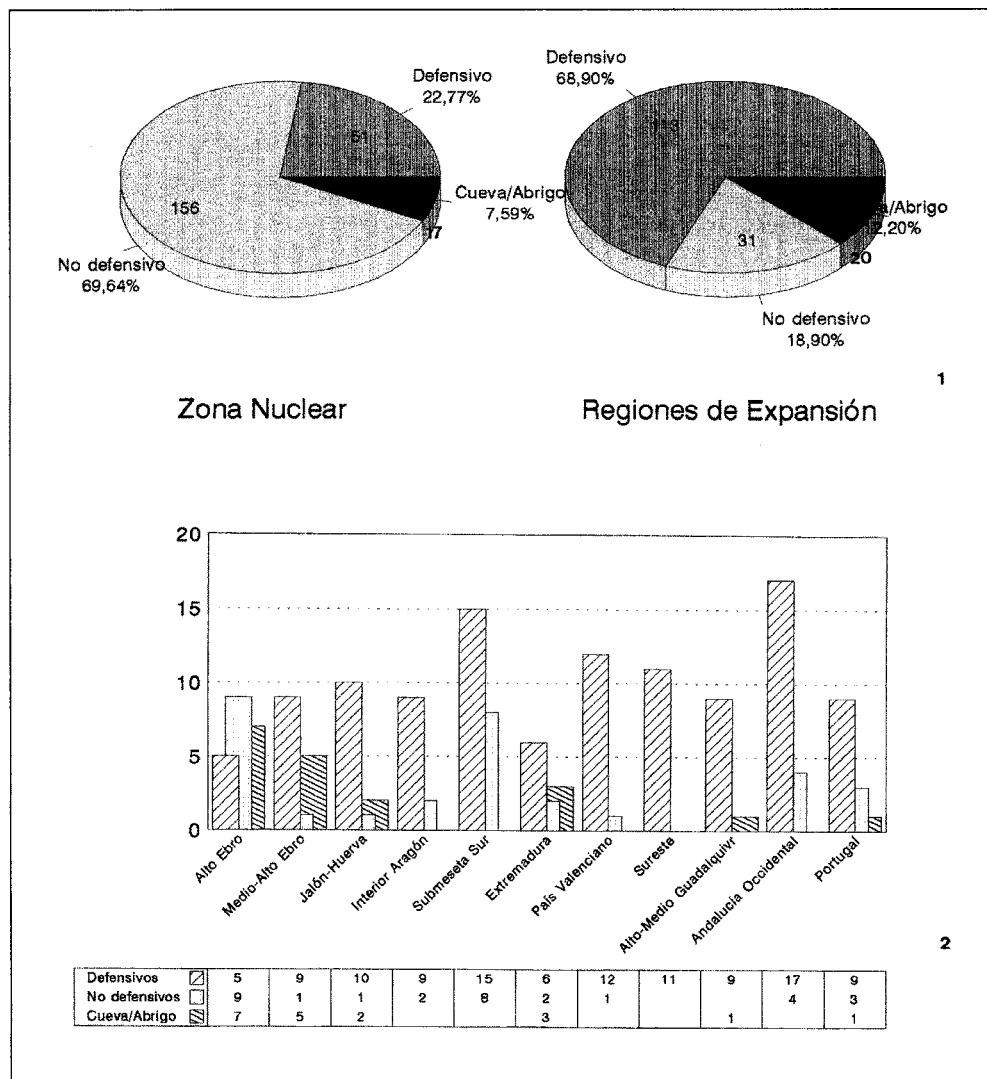


Figura 107. 1. Comparación del tipo de emplazamiento en la Zona Nuclear y las Regiones de Expansión. 2. Los diferentes tipos de emplazamiento en las distintas Regiones de Expansión.



En lo concerniente a las características internas de los lugares de habitación las disimilaridades se hacen mucho más evidentes. Los datos sobre este particular en Cogotas I son aún escasos, y podrían variar en el futuro, pero lo cierto es que, según denuncian las huellas arqueológicas, las estructuras levantadas en sus poblados son de acusada sencillez y escasa elaboración. Por lo general nos encontramos con chozas de postes, a veces ligeramente delimitadas en la roca por un rebaje, que se completan con entramados de ramas y barro y cubiertas vegetales. Muy al contrario, las edificaciones de los poblados “de expansión” gozan, por lo general, de mayor enjundia. Suelen utilizar materiales más duraderos, como la piedra, y levantan viviendas asociadas o con dependencias interiores. Denotan, en definitiva, una mayor complicación que las descritas en el caso de la Meseta. Cierto que también en este último lugar hemos de hablar de obras de ingeniería de mayor calado, que exigen el trabajo en equipo de la comunidad y un mayor gasto de tiempo y energía, como muestran algunas defensas que protegen un corto pero significativo número de poblados encastillado. Pero incluso aquí las diferencias se ponen de manifiesto, puesto que en este caso suelen ser taludes de piedra y tierra que cierran la parte más accesible en los asentamientos en lengua de páramo (La Plaza de Cogeces, La Cuesta de la Horca de Cevico Navero), o lienzos irregulares que se van adaptando a la roca y aprovechando las zonas donde esta aflora (Sanchorreja), mientras que en las zonas de expansión se cuenta con auténticas murallas, muchas de ellas construidas antes de la incidencia de los influjos meseteños, fabricadas con piedras trabadas y que rodean el asentamiento, e incluso llegan a tener varios recintos. Por último, recordar que la evidencia más

destacada de los yacimientos de Cogotas I, los hoyos excavados en el suelo, no están presente de forma generalizada en los lugares de “expansión”.<sup>182</sup>

Estas características, así como la incomparancia, salvo casos puntuales, de similares artefactos metálicos o de otro tipo de productos, nos llevan a imaginar un panorama sustancialmente distinto. Aunque no por ello hemos de olvidar las grandes diferencias existentes entre las regiones, así como un mayor acercamiento en cada uno de los aspectos tratados en los sectores más cercanos a la zona nuclear.

### *c) Las Categorías de Acercamiento*

La discriminación del proceso a través de modelos identificables con espacios concretos, como la realizada en el estudio regional, enmascara sin embargo una profunda diversidad inter e intrarregional del fenómeno. Éste, de la misma manera que resultaba dispar en cuanto a las causas y los procesos, también se muestra variable en lo que se refiere a los resultados -tanto en la intensidad del impacto como en el éxito de la integración-, y tal oscilación depende, al mismo tiempo, de factores temporales y geográficos. Por lo tanto, el fenómeno puede ser diverso en distintos sectores de un área delimitada y además presentar diferente intensidad en unos momentos y en otros. Incluso, dentro de pequeños sectores se pueden producir situaciones prácticamente antagónicas entre poblados relativamente cercanos.

De esta manera resulta realmente complicado discernir cual es la presencia real o efectiva de Cogotas I o de sus tradiciones cerámicas en los distintos yacimientos involucrados, y más aún la agrupación de los mismos en función de un similar grado de influencia del grupo meseteño. La

---

182 En este sentido ya hemos hablado varias veces de la posibilidad de hacer responsable al grupo meseteño de la extensión de este tipo de estructuras (silos) a las regiones más cercanas y, de forma particular, a algún poblado más alejado.

cuantía de las piezas afectadas, su calidad, las condiciones en las que aparecen, la importancia de los contextos materiales, y otros rasgos de los investigados en la ficha que hemos realizado sobre cada enclave, presentan una tan alta gama de posibilidades de asociación que las distintas combinaciones resultarían posiblemente tan inútiles como falsas.

Por este motivo, los diferentes grados de influencia de Cogotas I han de ser, hasta cierto punto, obligatoriamente dilatados, a la vez que han de fundamentarse en diversos aspectos que pasamos a relatar:

– Aspectos referidos a la cerámica protagonista y a la alteración que esta provoca en la cultura material del yacimiento estudiado. Para ello habremos de atender a cuatro cuestiones fundamentales:

- La presencia de especies sólo decoradas con los estilos de Cogotas I o la documentación, al lado de aquellas, de ejemplares lisos con formas de claro sabor meseteño. En este sentido tienen particular importancia las fuentes troncocónicas de perfil carenado, generalmente con superficies bruñidas y pastas de buena calidad.
- Importancia cuantitativa de ambas y su porcentaje respecto al resto de la producción, aspecto este último muy pocas veces referido en las publicaciones.
- El grado de acercamiento de las cerámicas decoradas de tipo Cogotas I a las producciones originales de la zona nuclear; es decir, la categoría en que aquellas se incluyen.
- Su grado de integración dentro del yacimiento; es decir, si las cerámicas por nosotros estudiadas se encuentran asociadas o en conjuntos homogéneos, formando niveles u horizontes concretos, o si, por el contrario, salpican de forma esporádica

distintas zonas del yacimiento y se vinculan a conjuntos alfareros de raigambre local.

- La presencia de elementos asociados o vinculados a las cerámicas de Cogotas I o a los yacimientos en los que éstas aparecen y que pueden implicar la existencia de contactos a larga distancia en los que, de una u otra forma, pudiera estar involucrado el grupo meseteño.
- Documentación de otras transformaciones culturales, tales como alteraciones en las formas de hábitat, en el tipo de poblamiento, en los modos de vida, en la economía, en la religión o en la sociedad de los lugares influenciados por Cogotas I, y las posibles relaciones que aquellas puedan tener con la presencia de la influencia meseteña.

Por desgracia, en este intento de diferenciación individual de los yacimientos involucrados en el proceso no podremos implicar a todos las estaciones identificadas en el mapa de dispersión. Muchas de ellas permanecen todavía inéditas, y tanto el número de cerámicas de tipo Cogotas I, como su aspecto o grado de acercamiento nos son desconocidos, al igual que su contextualización o sus asociaciones. En definitiva, carecen estos casos de los elementos de análisis enunciados más arriba, sin los cuales nos resulta muy complicada su correcta interpretación.

En aquellas ocasiones en las que, con mayor o menor riesgo, nos atrevemos a inferir el grado de injerencia de Cogotas I, nos enfrentamos, como ya hemos anunciado, a una tremenda diversidad. Esto es así hasta el punto de que se podría confeccionar una escala compuesta de casi tantos peldaños como lugares afectados. Sin embargo, hemos de ser conscientes de que una diferenciación tan pormenorizada no sería operativa ni ilustrativa. Por esta razón, hemos creído más conveniente una agrupación en tres categorías u órdenes distintos, en los que se de cabida a situaciones semejantes o cercanas,

dentro de las cuales hemos separado dos subgrupos o respuestas diferentes.<sup>183</sup>

Otro problema a la hora de aplicar a cada ejemplo las variables expuestas más arriba es que nos encontramos que aquellas conocidas en unos casos son, precisamente, las ausentes en el resto, y viceversa. Existen lugares, por ejemplo, en los que las cerámicas de tipo Cogotas I carecen de contexto o de integración en la secuencia ocupacional, mientras que en otros tenemos constancia de la aparición de especies de este tipo en determinados ambientes arqueológicos bien definidos y estudiados, pero aquellas no se publican. Estas circunstancias nos obligan a trabajar aplicando los criterios disponibles, que no son siempre todos los deseables.

Los tres órdenes o categorías propuestas son las siguientes (Cuadro 7; Ver también Cuadro 5):

#### *c.1. Yacimientos de Primera Categoría.*

Los poblados de “expansión” que incluimos dentro de este primer orden presentan como prueba de la injerencia de Cogotas I especies cerámicas de este grupo, no sólo decoradas, sino también lisas; es decir, que de la misma manera podemos encontrar modelos ornamentales basados en la decoración incisa, impresa, de boquique y excisa, que recipientes sin decorar con formas como fuentes troncocónicas con carena simple, cuencos, jarras y escudillas de fondo plano que recuerdan la morfología típica de Cogotas I.

El número de ejemplares con posibilidades de relación tipológica con la Meseta suele ser elevado,

aunque es difícil establecer un baremo fijo, puesto que la mayoría de las veces no contamos con datos cuantitativos que nos permitan establecer una comparación estadística.<sup>184</sup>

En cuanto al grado de acercamiento de las cerámicas de tipo Cogotas I, en estos poblados de primer orden suelen predominar especies que podemos incluir dentro de la primera categoría, es decir, aquellas que presentan un claro estilo Cogotas I, con técnica, motivos, y composiciones decorativas similares a las de la Meseta y sobre perfiles típicos de este espacio; circunstancia que no impide que existan también algunos ejemplares más distanciados. El nivel de integración de las mismas en el yacimiento es considerable, puesto que aparecen formando auténticos niveles homogéneos, incluso horizontes o fases claramente diferenciadas donde predominan, o se reparten por distintos lugares del asentamiento<sup>185</sup> y se asocian a estructuras constructivas de distinto tipo.

En algún caso también podemos encontrar que los vasos de tipo Cogotas I se asocian a otros elementos materiales que pueden haber sido arrastrados por la misma corriente que las cerámicas. Las referencias son muy escasas, pero sirva como ejemplo la presencia en Solacueva de Lacoymonte de una empuñadura de espada pistiliforme.

Por último, parece habitual en algunas de las regiones afectadas, no en todas, cierta transformación en la ocupación espacial a escala semimicro, es decir, en la organización del poblado. En este sentido, y de forma general, la influencia no afecta a las propias estructuras de habitación,<sup>186</sup> cuyas

183 A pesar de todo, no debemos perder de vista que se verán dentro del mismo cajón expresiones del fenómeno con rasgos que podrían distanciarlos.

184 La importancia numérica de las especies de tipo meseteño depende de muchas variables que no pueden simplificarse en un ordinal, ni siquiera, en el caso de que fuera posible, en un porcentaje. Su volumen está en función del tipo de intervención -prospección, excavación, hallazgo aislado- y del carácter del yacimiento -no es lo mismo un lugar restringido a una estación temporal que un poblado estable en altura y de grandes dimensiones-. Todas estas razones nos obligan a ser muy condescendientes en la aplicación del criterio numérico y a permitir que ejemplos poco abultados en este sentido se inscriban en los escalones más altos de la diferenciación que ahora establecemos.

185 Esto impide por ejemplo pensar que se trata de “familias” concretas que vivían hasta cierto punto aisladas del resto del poblado.

186 Sólo en las regiones más cercanas, incluidas dentro de la zona de contacto, se puede observar cierto paralelismo en las viviendas, como ocurre en las cabanías descubiertas en Moncín.

modificaciones, en el caso de producirse, se deben a fenómenos de evolución interna. Sí creemos, por el contrario, más posible que la proliferación de hábitats acompañados de estructuras subterráneas de tipo hoyo -fosas paracirculares excavadas en el suelo cuya función original, a pesar de acabar convertidos en auténticos basureros, fue la de servir como silos de almacenamiento- que se asientan en lugares no demasiado destacados sobre el terreno, tengan que ver con la proyección, junto a las modas cerámicas, de modelos económicos característicos de Cogotas I. De esta manera, la injerencia abarcaría no sólo los aspectos estilísticos de la producción cerámica, sino también ciertos rasgos de la economía doméstica. El nivel de “aculturación” tendría, entonces, un valor añadido, que es, sin embargo, muy difícil de comprobar por cuanto este tipo de “hoyos” no son exclusivos de Cogotas I.

No todas las situaciones se constatan juntas en todos los enclaves considerados dentro de este primer orden, pero la convivencia de varios de ellos, sobre todo si alguno muestra una especial relevancia, constituye, en última instancia, la razón de concederles esta consideración. Empero, creemos que sería posible diferenciar dos modalidades distintas: por un lado aquellos lugares que pueden considerarse auténticos poblados de Cogotas I, *tipo A*, y por otro aquellos en los que se constata un predominio de los conjuntos alfareros de Cogotas I, pero donde es posible encontrar huellas de las tradiciones locales, más evidentes en los aspectos poblacionales y urbanísticos, *tipo B*. En este segundo subgrupo la supremacía de Cogotas I sólo afecta a la producción cerámica de un determinado momento de la vida del poblado y, en ocasiones, de un sector específico del mismo - sin que por ello se dejen de filtrar en aquella rasgos que derivan del propio substrato local-, mientras el resto de los rasgos culturales son ajenos a la tradición meseteña.

El número de establecimientos que podemos englobar en los primeros escalones de la grada es obligatoriamente reducido y de reparto irregular a través de los territorios de expansión.

#### **Tipo A: Enclaves Cogotas I.**

En el Alto Ebro estas exigencias se cumplen, con bastante seguridad, en el poblado de San Miguel de Pancorbo, donde, a pesar de no haberse realizado excavaciones, parece que nos encontramos ante un auténtico establecimiento de Cogotas I, con un número importante de cerámicas de tipo meseteño, lisas y decoradas, que además se inscriben en la primera categoría, y donde las manchas cenicientas de la superficie pueden corresponder a estructuras de tipo hoyo como las que horadan los yacimientos de la cuenca del Duero y los alrededores de Madrid. También en Solacueva de Lacoymonte (Álava) se aprecia un número alto de especies de tipo Cogotas I, tanto lisas como decoradas, caracterizadas además por un destacado acercamiento físico a las producciones originales. Por otra parte, algunas de estas piezas aparecen junto a la empuñadura de espada de tipo Pistiliforme allí recuperada, un producto que, aunque no se relaciona directamente con los contextos cogoteños en la Meseta, sí pudo haber alcanzado las tierras del Alto Ebro gracias a los contactos que desde aquí se mantienen con aquella región. También es posible considerar que las producciones de tipo Cogotas se encuentran perfectamente integradas en el yacimiento, puesto que en la última excavación aparecen en niveles concretos, formando unidades estratigráficas definidas, que, además, se superponen coherentemente en relación a su evolución tipológica. En un plano similar y dentro de la misma zona, se encontraría el yacimiento de La Teja (Villodas, Álava). Se repiten las condiciones de una relativa importancia numérica de las cerámicas, presencia de especies lisas y decoradas con un alto grado de acercamiento a los modelos originales; y

además en este caso, los ejemplares se encuentran, de forma más o menos fragmentaria, dentro de fosas excavadas en el suelo y formando parte del relleno de las mismas, es decir, en las mismas condiciones que en la Meseta central.

Las mismas circunstancias que en el caso anterior confluyen en el depósito de La Paul (Arbigano, Álava), puesto que, sea éste un silo-basurero o un depósito ritual, reproduce modelos conocidos en la zona nuclear.

En el Valle Medio-Alto del Ebro encontramos también algunos ejemplos de este primer grupo de poblados. Es el caso de Cueva de los Lagos, donde existe un buen lote de cerámicas decoradas y lisas de tipo Cogotas I, con un elevado grado de acercamiento a las producciones originales y que podrían estar relacionadas con los enterramientos allí localizados. La injerencia de la tradición meseteña en las costumbres funerarias es una peculiar pero significativa forma de integración que nos inclina a pensar en una importante aculturación de las gentes que depositaban allí a sus congéneres.

Otro poblado de primer orden de esta zona es, sin ningún lugar a dudas, Moncín (Borja, Zaragoza). En este caso podemos decir que no sólo nos encontramos ante un poblado de los más influidos por Cogotas I, sino ante un verdadero yacimiento Cogotas I. La presencia de cerámicas decoradas y lisas de esta asignación es tan abundante como lo pueda ser en cualquier asentamiento de aquel grupo en la cuenca del Duero, y la fidelidad mostrada a los motivos más habituales de este estilo es prácticamente total, puesto que las peculiaridades que se pueden observar se ligan más a la diferenciación interna de este aspecto en Cogotas I -se trata de rasgos también localizados al oriente y al Noreste de la Meseta- que a su alejamiento de los modelos originales. Por otra parte, estos materiales se encuentran perfectamente integrados en el yacimiento, constituyendo niveles homogéneos, y se acompañan

de elementos metálicos, óseos y líticos de similar tipología que los usados por los grupos de la zona nuclear. Además, tanto las estructuras de hábitat, como los característicos hoyos excavados en el suelo muestran los mismos rasgos que los de aquel sector. Se puede decir, por lo tanto, que Moncín sufre, en el intervalo del Bronce Medio y Final, una práctica total cogotización, a pesar de que en momentos previos habían tenido mayor peso en su configuración influencias procedentes de otras regiones peninsulares.

La cuenca del Jalón constituye, como ya hemos dicho, un clásico pasillo de comunicación entre las regiones naturales de la Meseta y el Valle del Ebro; por este motivo, actúa ahora también como una puerta abierta para Cogotas I, cuyas características cerámicas se difunden con especial ímpetu en aquella dirección. En este sector, sobre todo en los cursos altos del Jalón, Manubles y Mesa-comprendidos en las provincias de Soria y Guadalajara- existe una serie de enclaves que por coherencia geográfica estudiamos fuera de la zona nuclear, pero que creemos se pueden considerar, al igual que Moncín, como auténticos poblados de Cogotas I y, por lo tanto, dentro de la categoría que ahora nos ocupa. En esta situación se encuentran, al menos, Covarrubias de Ciria y Castilviejo de Yuba en Soria, cuyas producciones alfareras, a pesar de conocerse únicamente a través de prospecciones sistemáticas o actuaciones antiguas, son similares a las de cualquier yacimiento de esta adscripción de la cuenca del Duero o del Henares. Nos gustaría decir lo mismo de otros enclaves situados en estas mismas tierras, como Ibdes, Cerro Uciel y La Taína, sin embargo, la penuria de los datos disponibles para su análisis los mantiene, por el momento, fuera de toda consideración.

En Toledo, si recordamos las indicaciones hechas en el estudio regional, se puede decir que el horizonte Cogotas I alcanza una difusión general por

lo menos hasta la línea del Tajo; sin embargo, la falta de excavaciones amplias y la ausencia de estudios profundos sobre los yacimientos interesados y sus cerámicas entorpece la diferenciación individual que ahora pretendemos.<sup>187</sup> En Cuenca se puede pensar que el componente de Cogotas I es el principal en El Castillo de Huete y en Las Hoyas del Castillo de Pajaroncillo. En el primer caso, a pesar de desconocer como se integran las cerámicas en el yacimiento, observamos una importante muestra de especies de tipo meseteño, decoradas y lisas, las cuales muestran un acercamiento aceptable a los modelos originales. Por otra parte, es posible que los fondos de cabaña mencionados en esta estación tengan que ver con los típicos “campos de hoyos” de Cogotas I. En el caso de Pajaroncillo la consideración se ve avalada por una magnífica semejanza en los tipos morfológicos y decorativos, a pesar de que habitacionalmente no encontremos el tipo de fosas mencionado, y sí algunos restos de muros levantados en piedra.

#### **Tipo B: Predominio del componente material de Cogotas I sobre el substrato local.**

El primero de los poblados que acoge este grupo podría ser Berbeia. El castro alavés, a pesar de ofrecer un amplio repertorio de ejemplares de clara tipología Protocogotas, muestra, al mismo tiempo, rasgos de un substrato local sobre el que se instalan, con decisiva importancia, las producciones meseteñas. Por otra parte, se ausentan también aquí las características estructuras de tipo hoyo propias de la Meseta central.

Otros ejemplos de este subtipo los encontramos en el Sureste y Andalucía, donde hemos de detenernos en un poblado de especial renombre. Se trata, como no podía ser menos, de La Cuesta del

Negro (Purullena), el “buque insignia” de la “expansión” de Cogotas I. El poblado granadino, tantas veces entronizado como auténtico enclave de Cogotas I en tierras andaluzas para regular desde allí los movimientos ganaderos de tipo trashumante, creemos cumple la mayoría de las condiciones exigidas para reconocerlo dentro de los establecimientos más influidos por el grupo meseteño: proporciona un substancial volumen de ejemplares de clara tipología cogoteña, tanto decorados como lisos; éstos pertenecen a la primera de las categorías establecidas en cuanto al grado de acercamiento a las producciones originales; y su integración dentro del yacimiento es completa, puesto que se asocian claramente a toda una fase del poblado, perfectamente delimitada por encima de la ocupación argárica, y estratigráficamente subdividida en niveles que se corresponden con distintos suelos de ocupación. Sin embargo, como ya hemos apuntado en su lugar, también muestra dignas huellas, tanto en las estructuras de hábitat como en el conjunto material, que lo relacionan con el substrato argárico preexistente y con las nuevas corrientes que empiezan a modificar el panorama arqueológico de la región, lo que unido a la lejanía impide que hablemos de éste como de un auténtico poblado de Cogotas.

En el Guadalquivir podemos otorgar esta adscripción a Peñalosa (Jaén), El Llanete de los Moros (Córdoba) y Carmona (Sevilla). En el primero de los casos, su vinculación a este grupo viene dada por la abundancia de ejemplares involucrados, incluyendo además alguno liso, a pesar de que el poblado se mantenga alejado de la adopción de esquemas económicos o urbanísticos de la Meseta.

---

<sup>187</sup> Es muy probable que poblados como Cerro de la Horca o Fuente Amarga, en Pantoja, puedan ser inscritos en este primer grupo, puesto que el modelo de ocupación del espacio en los asentamientos es similar al de la zona nuclear -excavación de hoyos-; sin embargo desconocemos la categoría que alcanzan sus cerámicas y la presencia o no de otras tradiciones materiales. Esto mismo ocurre en la práctica totalidad de las estaciones documentadas en la provincia, cuya adscripción queda en reserva para cuando se tenga de ellas un mayor conocimiento; y todo esto pese a estar convencidos de que la importancia global de Cogotas I en la zona es bastante elevada.

En una situación parecida se encontraría El Llanete de los Moros (Montoro), en el Valle Medio del Guadalquivir. En este enclave cordobés, también nos topamos con un importante número de especies afectadas, ya sean lisas o decoradas, y con un alto nivel de acercamiento físico a los ejemplares meseteños. Del mismo modo, podemos comprobar cómo se integran en la estratigrafía del yacimiento de manera que constituyen la base de varios niveles en los Cortes R.3 y B-1.2.

Carmona, por su parte, supera las tres primeras exigencias con facilidad. Por lo que se refiere al grado de integración, no podemos decir que las cerámicas de Cogotas I constituyan la base de niveles diferenciados; sin embargo, están presentes en todas las intervenciones realizadas en la periferia de la ciudad romana, siempre en los estratos correspondientes a la Edad del Bronce, y en la Calle Costanilla-Torre del Oro se localizan dentro de un “hoyo” de similares características que los del grupo meseteño. Por otra parte, la importante cantidad de fragmentos de este tipo localizados en las tierras de relleno utilizadas para la confección de los túmulos de la necrópolis orientalizante del yacimiento podría estar anunciando la destrucción de un emplazamiento concreto en el que aquellas fueran el grueso de la cultura material durante un determinado período. El mismo hoyo del que acabamos de hablar podría también implicar que la influencia de Cogotas I alcanza, además, a la estructuración interna del hábitat.

Por otra parte, y sin que podamos matizar la inclusión dentro de uno u otro de los subgrupos distinguidos en la primera categoría, contamos con un buen número de estaciones, de mayor o menor envergadura y potencialidad, que han de ser acogidos dentro de aquella. En esta situación podrían encontrarse muchos de los ejemplos detectados en la zona de contacto, como Cueva Vallojera y Las Campas en el Norte de Burgos, Castillo de los Almantes en Zaragoza y Cerro de la

Horca, Fuente Amarga, La Bóveda, Cerro del Bu, Castillo de Mora y Arroyo Manzanas en Toledo; y con algunas dudas, más por su cercanía respecto a los grupos de la zona nuclear que por la presencia de datos significativos, también Ojo Guareña, Abrigo de Río Losa y Sta. Engracia en el Alto Ebro, El Cementerio de los Moros, Virgen de Cigüela y Mina Real en Zaragoza, Cabeza del Molino y Piedra Cuatro Onzas en el río Mesa, el Casco antiguo de la capital toledana, el solar de la consejería de la Presidencia en la misma ciudad, Higares, Calaña y Olivares de la Fuente en su provincia, y Caracenilla y El Corral de Rachuelo en Cuenca.

En realidad, sólo en el primer tipo (1A), se puede hablar de indudable injerencia de Cogotas I, o integración de las comunidades en el complejo arqueológico y cultural meseteño. El segundo tipo, dentro del primer orden (1B), representa una situación algo distinta, puesto que no se comportan como auténticos enclaves de Cogotas I, sin embargo alcanzan, en ciertos momentos, un considerable grado de aculturación material, que a veces se ve acompañada del contagio de otras formas de actuación típicas del interior.

### *c.2. Yacimientos de Segunda Categoría.*

En segundo lugar, distinguimos un grupo de poblados en los que las influencias de Cogotas I son menos evidentes. Está formado por aquellos yacimientos que reciben las influencias gracias al desarrollo de los contactos culturales de escala interregional que provocan una aculturación parcial de tipo material, fundamentalmente manifestada en la producción cerámica. Las condiciones de esta nueva división son:

– Poblados en los que el ambiente cultural-material es ajeno a Cogotas y propio de los grupos locales de la región en la que se ubica.

– Un número no demasiado importante de ejemplares cerámicos de tipo Cogotas I -aunque en

algunos casos puede llegar a ser representativo- en el que se incluya una proporción media de especies pertenecientes a la primera categoría.

– Cierta grado de integración de las piezas estudiadas dentro del yacimiento, de manera que se advierte su participación, en mayor o menor medida, en de los conjuntos materiales del poblado.

Sin embargo esta catalogación, al igual que en el caso anterior, resulta demasiado amplia, y dentro de la misma se pueden diferenciar nuevamente dos agrupaciones distintas:

*Tipo A:* Establecimientos en los que el número de cerámicas protagonistas del proceso es más elevado o el acercamiento físico de los mismos a las producciones nucleares es mayor. Tampoco será extraño encontrar en los mismos estructuras de tipo silo excavadas en el suelo similares a las características de la zona nuclear de Cogotas I.

*Tipo B:* Enclaves en los que existe un menor número de especies protagonistas de la injerencia material o éstas están algo más alejadas, en cuanto a su aspecto final, de las de la Meseta interior.

Los yacimientos de este grupo se reparten también por todas las regiones de expansión.

En el *subgrupo 2.A* hemos incluido un total de 12 yacimientos que se reparten de forma desigual por las distintas regiones de la Península. El primero de los ejemplos podría estar en Los Castillos de Conchas de Haro (Labastida, Álava), donde se reconoce cierto número de especies afines -al menos se publican cinco fragmentos cerámicos- y se sospecha la existencia de estructuras de tipo hoyo. Sin embargo, el ambiente cultural del poblado -el substrato que da cabida a las cerámicas de tipo Cogotas I- parece ajeno a este grupo y hundirse en las tradiciones locales.

Cueva Lóbrega (La Rioja), por su parte, ofrece un número considerable de cerámicas decoradas al estilo de la primera fase del grupo meseteño,

pero también un componente local importante, que otorga a las especies meseteñas un carácter añadido y no predominante. El poblado de La Peña del Recuenco, cercano y seguramente vinculado a la Cueva de los Lagos, ha de ser adscrito también a esta categoría, puesto que los vasos de tipo Cogotas I no son excesivamente importantes y aparecen sobre un ambiente indígena donde no constituyen más que otro de los aportes exteriores llegados en función del carácter permeable del mismo.

En Navarra, en la margen izquierda del Ebro, se encuentra Monte Aguilar (Bardenas Reales, Navarra), que también ha de ser interpretado como un poblado de tipo 2.A. En este lugar, durante el llamado Bronce Medio-Avanzado se desarrollan unos grupos locales que, con un carácter más o menos esporádico, conocen la intrusión de elementos cerámicos propios de Cogotas I. Estos últimos, a pesar de no ser demasiados, alcanzan un número más alto que en los yacimientos de alrededor, presentan una importante afinidad respecto a los modelos originales, y cierto grado de integración dentro de la estratigrafía del yacimiento.

Hacia el interior de Aragón esta atribución podrían aplicarse al Castillo de Piedrahita y a Tajada Bajera (Teruel), dado el representativo número de especies decoradas al estilo de Cogotas I y la proximidad física de las mismas.

En la provincia de Alicante este grado de influencia se observa en Cabezo Redondo (Villena), con un porcentaje pobre pero representativo de ejemplares de tipo meseteño y un alto grado de acercamiento en algunos ejemplares.

En el Sureste creemos poder otorgar la misma consideración a los poblados de Fuente Álamo, El Ofico y Cerro de la Encina, en los tres gracias a los parecidos físicos de los ejemplares protagonistas de la intrusión con los de la zona nuclear, y a que su número no deja de destacarse sobre el encontrado en otros lugares.



En la Baja Andalucía, por el momento, sólo el caso de Campín (Puerto de Sta María, Cádiz) reúne las condiciones necesarias para entrar a formar parte de este conjunto, sobre todo por su elevado número de especies decoradas al estilo Cogotas I.

En Portugal, la presencia de algunos ejemplos muy similares a los de Cogotas I en Bouça de Frade y la documentación en el mismo yacimiento de un campo de hoyos de las mismas características que los del grupo meseteño inclinan a pensar que también esta estación lusa ha de ser incluida dentro de la misma consideración.

*El subgrupo 2.B*, que representaría un escalón inferior en el nivel de injerencia de las tradiciones de Cogotas I, se puede documentar a partir de los siguientes yacimientos:

En las tierras del Alto y Medio-Alto Ebro lo reconocemos en Los Husos (Laguardia, Álava), con un número de cerámicas protagonistas de la difusión poco importante y un contexto completamente ajeno; en Peña Miel Superior (La Rioja), donde sólo se recuperaron cinco fragmentos con decoración de influencia cogoteña, que además presentan temas muy sencillos y adaptados; y en Cuesta de la Iglesia (Navarra), un lugar en el que, a pesar de que en los vasos de tipo meseteño se observa cierto acercamiento, tan sólo se cuenta con 4 fragmentos.

En la Submeseta Sur se encuentra representado por El Pico de la Muela (Cuenca), puesto que, a pesar de sólo procurar un fragmento decorado de estilo Cogotas I, nos brinda un conjunto artefactual bastante similar a los de este grupo; El Castellón de Hellín (Albacete), donde únicamente se recuperaron unos pocos ejemplares meseteños dentro de un contexto material muy alejado de Cogotas I; y El Amarejo (Albacete), que proporcionó hasta nueve

fragmentos de aquel tipo, pero todos ellos con un escaso grado de acercamiento a los modelos de la zona nuclear.

Otros ejemplos son El Castillo de Alange (Badajoz), Isla del Campello (Alicante), Gatas (Almería) y Monte do Padrão (Porto, Portugal). En los tres primeros, aunque aparecen en un número considerable, las cerámicas de influencia Cogotas I han sufrido una clara reinterpretación, y se alejan de los modelos originales.<sup>188</sup>

También en este 2º Orden, aunque sea de forma general, sin especificar el subgrupo particular, podemos admitir los siguientes ejemplos: Castros de Lastra (Álava), Cabezo Sellado (Teruel), las cuevas de Maltravieso y El Conejar (Cáceres), Tossal del Castellet (Castellón), El Castillo de Sax (Alicante), El Canjorro (Jaén) y Quincena (Sevilla). Las informaciones vertidas sobre los mismos, a pesar de ser sesgadas, nos llevan a inclinarnos por esta consideración.

### *c.3. Yacimientos de Tercera Categoría.*

Agrupamos aquí aquellos yacimientos en los que las incidencias de Cogotas I son, además de intrusivas, meramente testimoniales. Sus principales rasgos son:

– Las comunidades que habitan en los mismos son completamente ajenas a Cogotas I y se enmarcan, sin ningún tipo de dudas, dentro de los grupos locales de cada región.

– La intromisión es únicamente de tipo material y no se observa en ningún caso transformación del hábitat o presencia de estructuras excavadas de tipo “hoyo”.

– Número escaso -anecdótico- de ejemplares cerámicos protagonistas de la intrusión, que suele variar de 1 a 4 piezas.

188 Los ejemplares de estos yacimientos pertenecen en su mayoría a la segunda de las categorías descritas para la cerámica de Cogotas I, incluso alguno de los ejemplares decorados de El Campello se encuentran fuera de tal condición.

– Ausencia de una perfecta integración en el yacimiento; es decir, que los ejemplos cerámicos estudiados no presentan posición primaria o que ésta no ofrece suficientes garantías.

También en este caso hemos creído conveniente separar por un lado aquellos lugares cuyas muestras de cerámica de tipo Cogotas I presentan una mayor relación con la Meseta en función de su parecido físico respecto a las producciones de aquella zona, *Tipo 3.A*, y por otro las estaciones en cuyos ejemplares cerámicos no se puede discernir más que una ligera inspiración en los modelos originales del grupo de Cogotas I y entre los que se encuentran la mayoría de los casos de asignación dudosa, *Tipo 3.B*.

En el *subgrupo 3.A* se insertan los siguientes ejemplos: El Batán (Álava), Mendizorroza (Álava), El Tragaluz (La Rioja), Majada Londeras (La Rioja), Llano de la Modorra/Cabezo de la Mesa (Navarra), Alhama de Aragón (Zaragoza), San Bartolomé (Zaragoza), La Muela de Galve (Teruel), Cabezo del Cuervo (Teruel), La Alcazaba (Badajoz), La Peladilla (Valencia), El Cerro de la Cruz (Valencia), San Antón (Alicante), Laderas del Castillo de Callosa de Segura (Alicante), La Bastida de Totana (Murcia), La Cala del Pino (Murcia), Cerro de Sta Catalina (Murcia), Cerro del Rayo (Almería), Cástulo (Jaén), Castillo de Sta Catalina (Jaén), Cerro Venate (Jaén), La Mesa de Setefilla (Sevilla), Montemolín (Sevilla), Lebrija (Sevilla), Tarifa (Cádiz), La Marquina B (San Fernando, Cádiz) y Tapado da Caldeira (Porto).

Entre ellos merece la pena destacar los casos de El Tragaluz y San Fernando, puesto que además de su fidelidad a los modelos originales se puede intuir cierto grado de integración; en la cueva riojana por constituir el ajuar de un enterramiento y en el poblado gaditano por encontrarse dentro de una cabaña. En los dos sitios la muestra general de cerámica no es muy abundante, por lo que, a pesar de

sólo contar con un vaso de tipo meseteño éste podría ser representativo, y, por lo tanto, se podría pensar en un *status* especial dentro de esta adscripción.

En el *tipo 3.B* se encuentran Los Goros (Álava), La Almuza (Navarra), La Mesa de Ablitas (Navarra), El Bocal de Fontellas (Navarra), Piedra la Lanza (Zaragoza), El Castillejo de Lechago (Teruel), Torrollón (Huesca), Oropesa la Vella (Castellón), Cap Prim (Alicante), La Pedrera (Alicante), Las Anchuras (Totana, Murcia), Sevilleja (Jaén), La Cantera de la Batida (Sevilla), Peña de Ardales (Málaga), Raja del Boquerón (Málaga) e Illa de Barxès (Orense).

En otros casos somos incapaces de discernir a cual de los dos subgrupos pertenecen, estando sin embargo convencidos de su inclusión dentro de este tercer conjunto. Esto ocurre en Mas del Hambre, Siriguarach, Las Talayas y Cabezo Redondo de la Puebla de Hajar (Teruel), El Monastil (Alicante), Salobreña (Granada), Ategua y Cortijo del Valle (Córdoba), Castillo de Dña Blanca (Cádiz), Acinipo, Ronda y Playas del Guadalteba (Málaga), y Monte do Frade, Povoado da Moreidinha, Povoado da Sola, N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> da Guía y Monte Ínsua (Portugal).

En un plano distinto han de ser contempladas algunas otras manifestaciones cerámicas de tipo Cogotas I detectadas fuera de la región nuclear. Se trata de un corto número de estaciones caracterizadas por presentar indicios suficientes como para sospechar, y en algunos casos afirmar tajantemente, que las decoraciones de estilo meseteño no son más que el resultado de la perduración de unas técnicas decorativas en unos momentos en los que en la zona se imponen nuevas modas alfareras, ya sean llegadas desde el NE. -como la de los Campos de Urnas-, ya sean creaciones locales -como los estilos de San Antonio (Madrid) o Peña Negra (Alicante)-. Su cronología puede llegar a coincidir con las últimas manifestaciones del grupo cogoteño, pero los

componentes de la producción alfarera, tanto si se refiere a forma como a decoración, se han transformado de tal manera que de Cogotas I sólo se mantiene la costumbre del uso del boquique como una solución técnica válida para las nuevas tendencias. En esta situación se encuentra, a nuestro entender, Tozal del Burgo (Pina, Zaragoza), donde los temas realizados con boquique y excisión, así como el perfil del vaso ornado, son ya típicos de la corriente de Campos de Urnas que llega de Cataluña. Lo mismo ocurre, sin duda, con la urna de Reillo (Cuenca) y con la jarra de El Tabayá (Aspe, Alicante), que muestran una decoración con motivos propios de la nueva corriente de finales de la Edad del Bronce-inicios de la Edad del Hierro, pero mantienen el uso de la técnica del boquique. Por último, consideramos muy posible, a la luz de las piezas y de la información publicadas, se produzca un fenómeno similar en Eras de San Martín (Alfaro, La Rioja) y en Testero (Numancia de la Sagra, Toledo).

En cualquier caso, no creemos que se trate de auténticas intrusiones de Cogotas I, más bien pensamos que las nuevas modas, llegadas de fuera o surgidas en el seno de las tradiciones locales, admiten mantener, en ocasiones excepcionales, algunas muestras de la tradición de Cogotas I que había llegado a la región en momentos anteriores. La importancia de reflejar estos puntos no estriba en aumentar el valor cuantitativo de la proyección de Cogotas, sino en que los creemos muestra inequívoca de que ésta alcanzó cierta relevancia en el territorio, hasta el punto de calar en las tradiciones indígenas y filtrarse, con ellas, en las nuevas manifestaciones artísticas.

Estas perduraciones, por ser esporádicas y caracterizarse siempre por contabilizar un número escaso de piezas en cada lugar afectado, así como por encontrarse en un contexto material y cultural

completamente ajeno a Cogotas I, han de ser consideradas dentro del último grupo; concretamente en el tipo 3.B, puesto que su acercamiento físico a los ejemplares originales es muy reducido. Sin embargo habremos de tener siempre presente su condición ajena al plano de lo que venimos entendiendo por “expansión” o “difusión” de las cerámicas de Cogotas I por las áreas exteriores a su territorio nuclear.

A pesar de nuestros esfuerzos por clarificar la importancia de la intrusión de Cogotas I en los distintos yacimientos, todavía nos resta cierto número de éstos que no hemos podido incluir dentro de ninguno de los grupos diferenciados. Se trata, sobre todo, de aquellos lugares inéditos cuya adscripción al fenómeno estudiado pende únicamente de pequeñas alusiones textuales, citas o escuetas referencias bibliográficas, así como de otros enclaves con demasiados problemas de interpretación como para inclinarse por una solución conciliadora. La cifra asciende a 48, y su reparto se realiza de forma desigual en el territorio peninsular. Por ejemplo, hemos dejado en reserva 6 poblados localizados en Álava, con la ligera sospecha de que podrían incluirse en el primero o segundo de los grupos, puesto que esta es la tónica general en el territorio. La misma conjetura cabría hacer para los 18 enclaves del grupo de Extremadura y la Submeseta Sur, y para los 6 yacimientos sin clasificar situados en torno al Sistema Ibérico.

Por lo que se refiere a los restantes, 9 poblados repartidos por el territorio portugués y otros tantos por el Bajo Guadalquivir, lo más probable es que respondan a intrusiones del grupo 3, o del subgrupo 2.B, puesto que los ambientes culturales observados en los poblados y en las regiones citadas se alejan de los complejos de Cogotas I (Cuadro 7).

**CUADRO 7. LOS DIFERENTES GRADOS DE INFLUENCIA**

1º Categoría		2ª Categoría		3ª Categoría	
Tipo A	Tipo B	Tipo A	Tipo B	Tipo A	Tipo B
3.San Miguel 10.Solacueva 11.La Paul 16.La Teja 30.C. de los Lagos 37.Moncín 39.Covarrubias 40.Yuba 82.Huete 85.Pajaroncillo	8.Berbeia 127.Purullena 131.Peñalosa 137.Llanete Moros 141.Carmona	21.Conchas Haro 24.Cueva Lóbrega 29.Peña Recuenco 34.Monte Aguilar 53.Piedrahita 55.Tajada Bajera 111.Cabez Redondo 123.Fuente Álamo 124.El Oficio 128.Cerro Encina 154.Campín 164.Bouça Frade	22.Los Husos 25.Peña Miel Sup 36.CuestaIglesia 87.Pico la Muela 92.Castellón 93.El Amarejo 100.Alange 116.Campello 125.Gatas 166.Monte Padrão	17.El Barán 18.Mendizorroza 23.Majada Londeras 26.El Tragaluz 35.Llano Modorra 42.Alhama Aragón 54.San Bartolomé 56.La Muela Galve 58.Cabezo Cuervo 99.Alcazaba Badaj. 108.La Peladilla 109.Cerro la Cruz 117.San Antón 118.Callosa Seg. 120.La Bastida 122.Cala del Pino 119.S.Catalina(Mu) 126.Cerro del Rayo 130.Cástulo 134.S.Catalina(Ja) 135.Cerro Venate 140.Setefilla 143.Montemolín 146.Lebrija 157.San Fernando 158.Tarifa 165.Tap. Caldeira	14.Los Goros 28.La Almuza 32.Ablitas 33.Fontellas 51.Piedra la Lanza 52.Lechago 65.Torrollón 106.Oropesa Vella 110.Cap Prim 114.La Pedrera 121.Las Anchuras 132.Sevilleja 142.La Batida 161.Peña Ardales 162.Raja Boquerón 183.Barxès  <p align="center"><u>Perduraciones</u></p> 31.Eras S.Martín 64.Tozal del Burgo 86.Castillo Reillo 68.Testero 115.El Tabayá
<b>General 1ª Categoría</b>		<b>General 2ª Categoría</b>		<b>General 3ª Categoría</b>	
6.Cueva Vallojera 4.Las Campas 47.Castillo de Almantes 66.Cerro de la Horca 67.Fuente Amarga 69.La Bóveda 72.Cerro del Bu 74.Mora 77.Arroyo Manzanas  <p align="center"><u>Dudosos</u></p> 1.Ojo Guareña 2.Abrigo de Río Losa 5.Sta Engracia 43.Cabeza Molino 44.Piedra Cuatro Onzas 48.Virgen de Cigüela 49.Cementerio de los Moros 63.Mina Real 70.Higares 71.Toledo Capital 73.Consejería de la Presidencia (T) 75.Calaña 76.Olivares de la Fuente 83.El Otero de Caracenilla 84.Corral de Rachuelo		9.Castros de Lastra 60.Cabezo Sellado 95.Maltravieso 96.El Conejar 107.Tossal del Castellet 112.Castillo de Sax 133.El Canjorro 136.Cerro de los Alcores 147.Quincena		57.Mas del Hambre 59.Siriguarach 61.Las Talayas 62.Cabezo Redondo (Puebla Hijar) 113.El Monastil 129.Salobreña 138.Ategua 139.Cortijo del Valle 156.Castillo de Dña Blanca 159.Acinipo 160.Ronda 163.Playas del Guadalteba 167.Monte Ìnsua 168.P da Sola 174.Nª Sª da Guía 176.Monte do Frade 177.P da Moreidinha	

Sin Clasificar		
7.Pieza de la Choza	80.Navalcán	148.La Ventosilla
12.Cobairada	81.Alcaudete de la Jara	149.Trebujena
13.Chirivias	88.Plaza de los Moros de Malagón	150.Cortijo del Cuervo
15.Santa María de Estarrona	89.Alcázar de San Juan	151.Haza de la Torre
19.Castillo de Portilla	90.Cerro Alarcos	152.Bujón VE
20.Crócega	91.Motilla del Azuer	153.La Compañía
27.Cueva de San Bartolomé	94.Cueva del Boquique	155.Venta Alta
41.Cerro Uciel	97.Villanueva de la Vera	169.Lorga Dine
38.Cabezo de la Guarda	98.La Muralla de Alcántara	170.Castelo de Adeganha
45.Táina	101.Atalaya de la Zarza	171.Castelo de Urros
46.Ibdes	102.Los Corvos	172.Castelo de Anciães
50.Los Santos	103.Nogales	173.Castelo Velho
181.Cerro Almudejo	104.Azagala	175.São Romão
182.Cueva de los Casares	105.Cerro de la Barca	178.Cerradinha
78.Carpio I	144.El Carambolo	179.Pontes de Marchil
79.El Golín (Oropesa)	145.El Tesorillo	180.Escoural

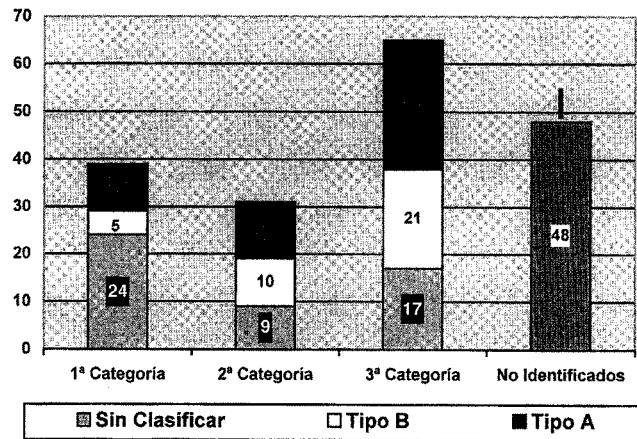
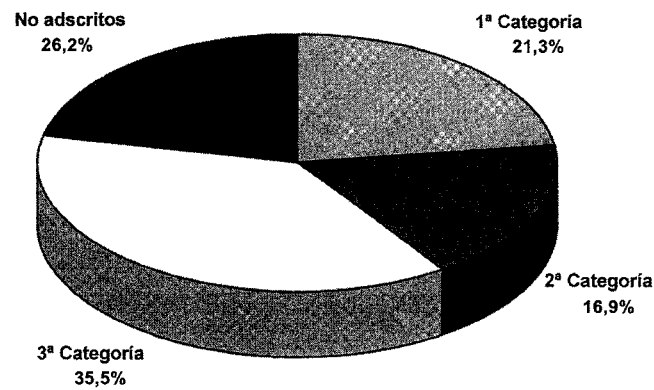


Figura 108. 1. Reparto general de las distintas categorías de acercamiento.  
2. Cuantificación de las categorías y división interna.

El número de yacimientos que nos hemos atrevido a clasificar dentro de una de las tres categorías es de 135, lo que supone un 73,8% de los inventariados (183); un porcentaje que, al menos, consideramos representativo y susceptible de analizar más detenidamente con la intención de obtener algunos resultados que nos acerquen a la realidad de la proyección exterior de Cogotas I. De esta manera comprobamos que de las 183 estaciones identificadas, 65 (35,5%) corresponden a las adscritas a la Tercera de las Categorías, aquella en la que los rasgos de Cogotas I se encuentran de forma más esporádica o desdibujada. Mientras, las otras dos clasificaciones se reparten el resto de los yacimientos de la siguiente manera: 39 (21,3%) para la Primera y 31 (16,9%) para la Segunda; los otros 48 (26,2%) corresponden a los no adscritos a ninguna categoría (Fig. 108.1). Esta visión preliminar refleja, por un lado la diversidad, y por otro la relatividad de un proceso que, sin este tipo de matizaciones, podría interpretarse como generalizado y de inusitada fortaleza. El hecho de que casi la mitad de los ejemplos definidos (el 48,1% de los 135 adscritos) pertenezcan a la tercera categoría y ofrezcan como únicas muestras de la presencia de Cogotas I unos pocos fragmentos cerámicos -generalmente menos de cinco- decorados con motivos y técnicas similares a los de aquel grupo, dentro de contextos materiales ajenos al mismo y, en muchos casos, claramente definidos como propios de un horizonte local, nos habla a las claras de que el fenómeno que estudiamos no responde a una expansión entendida a la manera tradicional -ampliación del territorio propio de una cultura-, sino a una realidad mucho más modesta.

Nuevas impresiones obtenidas a partir de esta compartimentación se derivan de la discriminación interna hecha en cada una de las categorías.

Sin embargo, un estudio porcentual de las mismas nos resulta muy complicado, puesto que contamos con un importante número de sitios que no nos hemos atrevido a añadir a una u otra de las subdivisiones. Por este motivo sólo podemos decir que en el primer caso, hasta donde hemos podido averiguar, es más abundante el tipo 1.A (10 lugares) que el 1.B (5), es decir, aquellos poblados claramente Cogotas I que aquellos en los que sus rasgos materiales -fundamentalmente cerámicos- predominan en un momento de la ocupación del poblado. En la segunda de las categorías las diferencias entre el subtipo 2.A (12) y el subtipo 2.B (10) son escasas; al igual que en los casos de 3.A (27) y 3.B (21) (Fig. 108.2).

Una mayor información nos proporciona, sin embargo, la distribución regional de los distintos tipos identificados. En primer lugar creemos interesante reflejar como se reparten dentro y fuera de lo que hemos denominado zona de contacto, para comprobar si, lo que en principio se vislumbra como una posibilidad -una valoración distinta de la "expansión" en las zonas cercanas a la zona nuclear<sup>189</sup>- termina por concretarse como uno de los aspectos más cercanos a la realidad. En primer lugar es necesario tener presentes algunos de los datos cuantitativos que separan ambas regiones con la intención de valorar más justamente las proporciones que se van a establecer a continuación. El número total de yacimientos inventariados y numerados por nosotros en este trabajo es de 183; de los cuales 74 (el 40,5%) se encuentran en la zona de contacto, mientras que 109 (el 59,5%) se reparten por las regiones de expansión más alejadas del núcleo cogoteño (interior de Aragón, País Valenciano, extremos de la Submeseta Sur y Extremadura, Sureste, Valle del Guadalquivir y las diferentes regiones lusas).

---

189 Una hipótesis que en principio se basaba en una mayor concentración de las evidencias.

En segundo lugar, no podemos tampoco perder de vista que, de los 74 enclaves de la zona de contacto, sólo 54 (73%) se han podido incluir dentro de alguna de las clasificaciones. Por su parte, de los 109 lugares que se contabilizan en el resto de la Península se han clasificado 81 (74,3%). En ambos casos podemos decir que se trata de porcentajes significativos, y la cercanía de los mismos contribuye, de forma inconsciente, a una mejor comparación de los valores proporcionales.

Una vez planteadas estas premisas, podemos decir que de los 39 yacimientos del primer orden,

33 se encuentran dentro de la zona de contacto, una cifra que supone el 84,6% de los mismos. Mientras, en las regiones más alejadas sólo se contabilizan seis estaciones adscritas a este tipo, es decir, un 15,4%. Por lo que se refiere a la 2ª y 3ª categorías, las proporciones se invierten de la siguiente manera: de los 31 yacimientos de la 2ª categoría, 8 se encuentran en la zona de contacto (25,8%) y 23 en las regiones exteriores (74,2%); y de los 65 de la tercera, 13 en la zona de contacto (20%) y 52 en los demás territorios (80%) (Fig. 109.1).

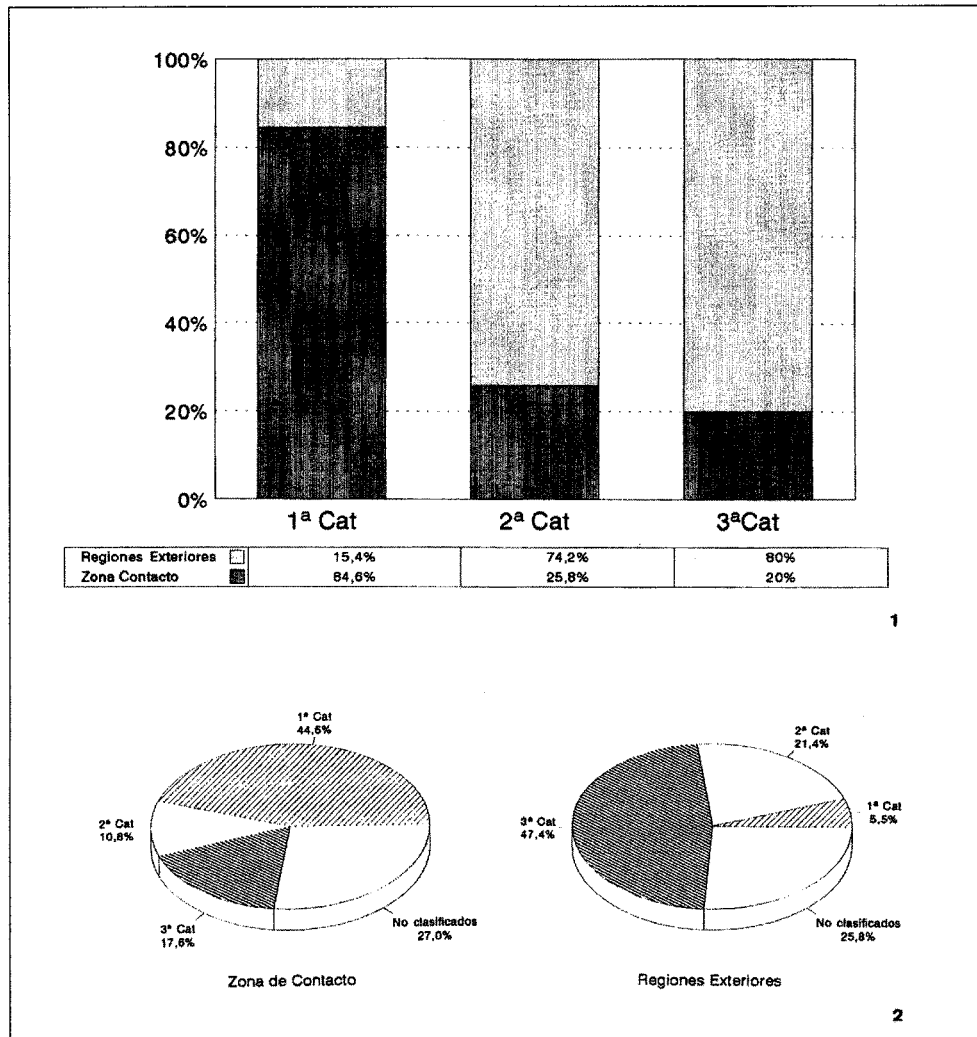


Figura 109. 1. El alcance de cada categoría en la Zona de Contacto y Las Regiones Exteriores. 2. Comparación de las categorías en la Zona de Contacto y las Regiones Exteriores.

Tal descompensación a favor la categoría más importante en la zona de contacto queda matizada, aunque no por ello empobrecida, analizando la proporción de cada una de las adscripciones respecto a los 74 yacimientos inventariados en este espacio. El reparto es el siguiente: 20 lugares no clasificados (27%); 33 que pertenecen a la primera categoría (44,6%); 8 a la segunda (10,8%); y 13 a la tercera (17,6%).

Esta relación se invierte claramente en las regiones exteriores. De los 109 yacimientos computados, 28 carecen de adscripción segura (25,8%); 6 pertenecen al primer orden (5,5%); 23 al segundo (21,4%); y 52 -casi la mitad- al tercero (47,4%) (Fig. 109.2)<sup>190</sup> (ver también Figs. 110, 111 y 112).

En cualquier caso, y abordando el estudio desde una u otra metodología, la inferencia que se puede hacer es la misma: una clara segregación entre

los territorios aledaños al área nuclear y aquellos otros más alejados, tanto geográfica como culturalmente. La zona de contacto, con un 40,4% de los yacimientos clasificados, cuenta con datos tan significativos como que incluye el 84,6% de los establecimientos inmersos dentro de la primera categoría, o que el 44,6% de los yacimientos afectados dentro de su territorio pertenecen a la más alta consideración dentro del grado de influencia. Todo ello implica, sin ningún lugar a dudas, un carácter distinto en la presencia de Cogotas I en las zonas colindantes a su núcleo original, que tiene que ver no solo con una mayor intensidad y fuerza de aquella, sino también con una forma distinta de aceptación del fenómeno.

En conclusión, los poblados afectados por Cogotas I muestran una amplia variedad en los

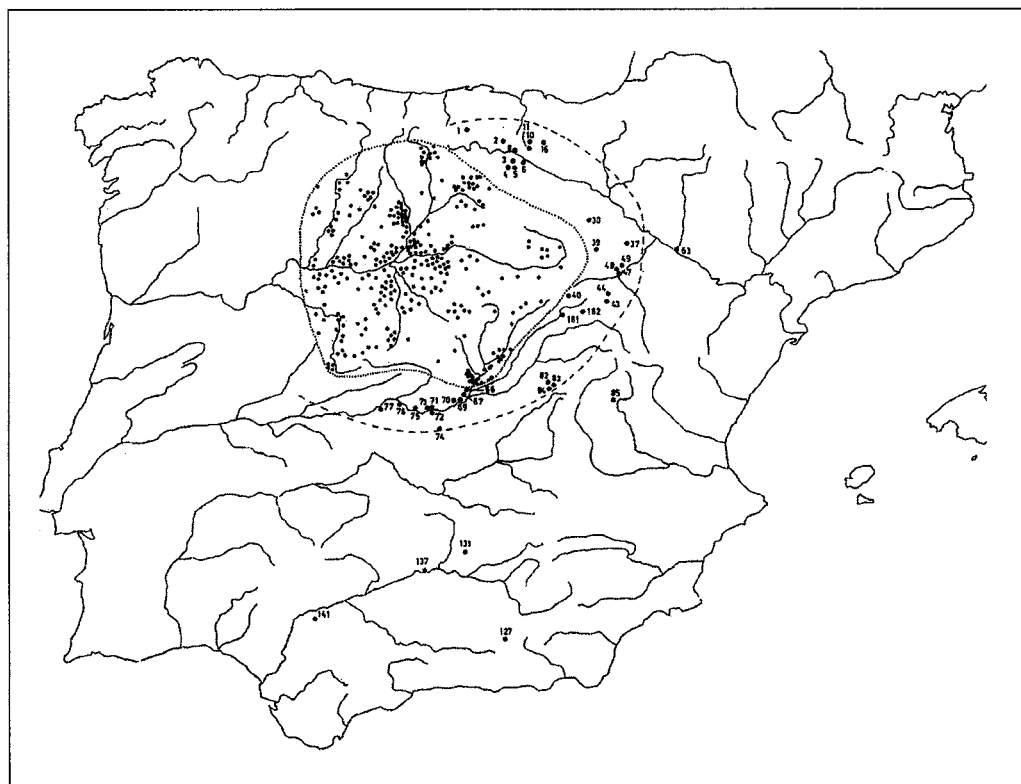


Figura 110. Yacimientos de "expansión" de la 1ª Categoría.

190 Si obviáramos en el estudio los yacimientos no clasificados en cada caso, los porcentajes se ampliarían algo más (zona de contacto: 61,1 % de la primera categoría, 14,8 % de la segunda y 24,1 % de la tercera; regiones exteriores: 7,4 % de la primera, 28,4 % de la segunda y 64,2 % de la tercera).



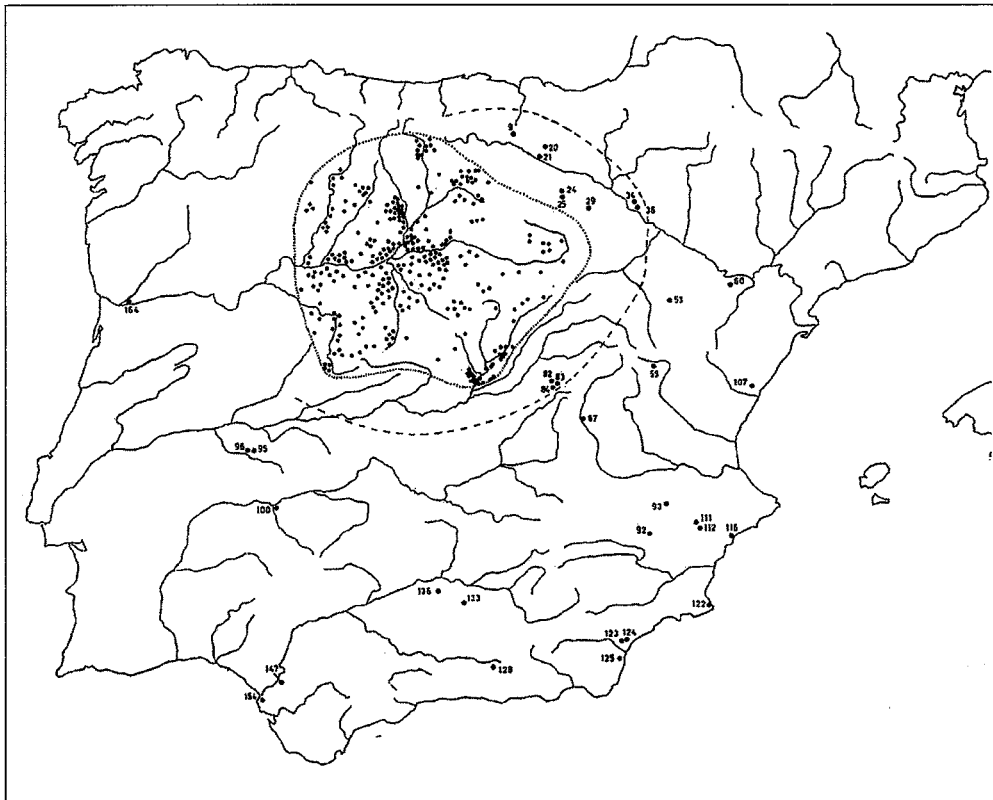


Figura 111. Yacimientos de "expansión" de la 2ª Categoría.

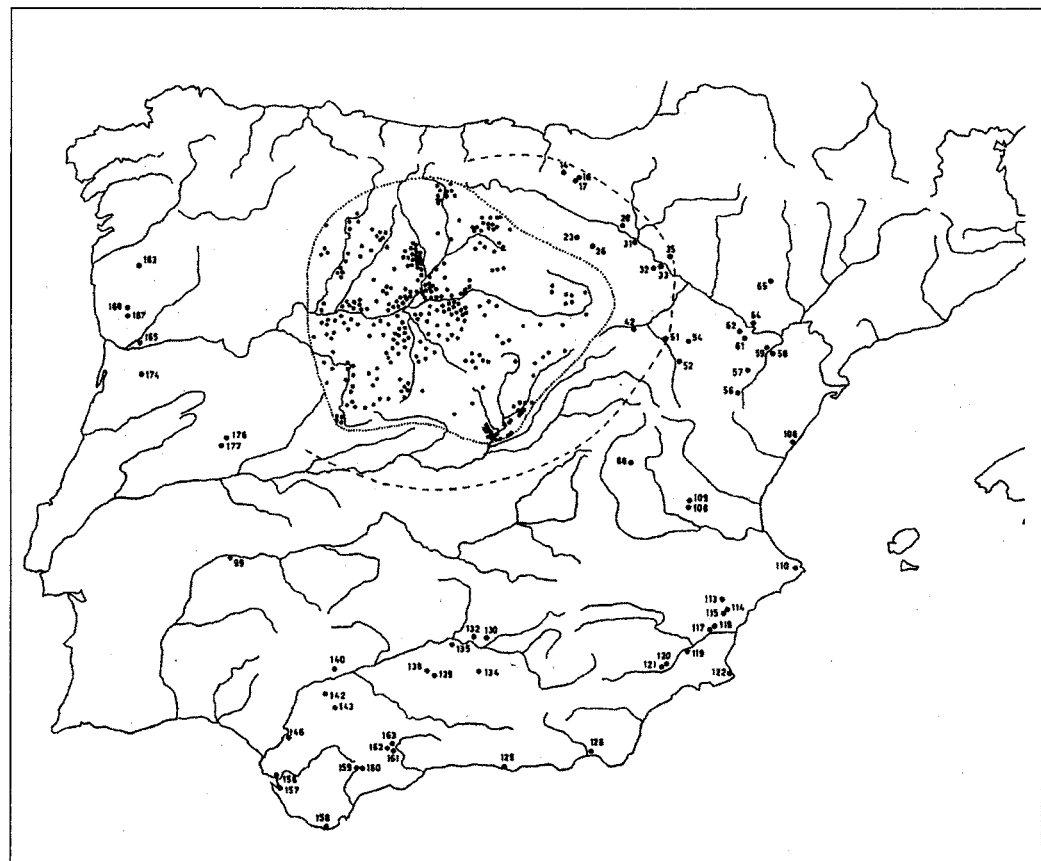


Figura 112. Yacimientos de "expansión" de la 3ª Categoría.

resultados, por lo que nos es inevitable afirmar que nos encontramos ante un fenómeno dispar, espontáneo, muchas veces esporádico y puntual, y sólo en ciertas ocasiones consistente y con cierta trascendencia socio-económica.

#### *d) Un nuevo concepto de producción cerámica*

A pesar de la diversidad de las causas, de los procesos y de los modelos de “expansión” creemos poder decir que la cerámica de Cogotas I al llegar a las regiones periféricas de la Península Ibérica provoca, de forma general, la revitalización del gusto por la decoración de la producción alfarera, dormido en la práctica totalidad de ellas desde el declive campaniforme, y la costumbre de reservar parte de aquella, que normalmente coincide con la que recibe las más ricas ornamentaciones y los mejores tratamientos en su elaboración, como vajilla de lujo destinada únicamente a ocasiones especiales, o por lo menos como servicio de mesa diferenciado del que se destina a la cocina o a la despensa.

En efecto, tras la desaparición de los estilos decorativos característicos del Bronce Antiguo-Campaniforme de tipo Ciempozuelos, estilo Dornajos, estilo Arbolí-, cuya perduración en momentos posteriores no deja de ser problemática, se produce en la mayoría de las regiones hispanas una transformación en el sistema de valores estéticos que se manifiesta en el caso de la cerámica en la práctica desaparición de la ornamentación.<sup>191</sup> No podemos olvidar manifestaciones puntuales durante el Bronce Antiguo y Medio, o en los inicios del Bronce Final, a base de pequeñas incisiones o marcas digitales en los labios de los recipientes; sin embargo, ningún conjunto alcanza las dimensiones suficientes ni el grado de homogeneidad necesario para que pueda hablarse de la amplia implantación territorial y

cronológica de un determinado estilo. No existe, en aquellos lugares, ningún conjunto alfarero paralelizable al de Cogotas I; y sin embargo, resulta curioso comprobar como tras la detección, en mayor o menor grado, de las influencias de aquel complejo se desarrollan en algunos de aquellos territorios horizontes culturales que adoptan como rasgo de identidad un determinado tipo de cerámica decorada. De esta manera vemos surgir estilos decorativos como el de Pico Buitre o San Antonio en los márgenes meridionales de lo que hemos considerado zona nuclear (Guadalajara y Madrid), o el de Peña Negra en el Sureste y el Sur del País Valenciano, e incluso podríamos hablar de las producciones con decoración bruñida del área tartésica. No podemos ver en las especies de Cogotas I el origen indiscutible de estos nuevos estilos -en algunos casos menos que en otros-; sin embargo, el hecho de que sean los lugares más involucrados en la proyección exterior de Cogotas I aquellos en los que con más fuerza surgen las nuevas modas nos lleva a pensar si no serían las vistosas cerámicas de aquel grupo las que prendieron la mecha de estas últimas. Nos encontraríamos, por lo tanto, ante un fenómeno de resurgimiento, que a veces puede ser una activación sin precedentes, de la costumbre que consiste en ataviar a la producción cerámica con unos atributos que están por encima de su elemental finalidad práctica.

El ejemplo más ilustrativo de esta relación podría ser el horizonte de Peña Negra en Alicante (Delibes y Abarquero, 1997). Para este caso, como ya hemos tenido ocasión de referir en el estudio regional, las similitudes en cuanto a las técnicas y los motivos decorativos han llevado a algunos autores a considerar al grupo de Cogotas I un claro precedente. Por nuestra parte (Abarquero, 1999), consideramos que existen suficientes diferencias -desaparición del boquique,

---

191 Las producciones decoradas son insignificantes, o cuanto menos anómalas y no homogéneas, en los grandes círculos culturales de la Península Ibérica: Argar, Bronce Valenciano y Las Motillas.

diferentes sistemas compositivos- como para indicar una clara independencia. Sin embargo, creemos que el estilo alicantino del Bronce Final surge precisamente incentivado por la presencia, en los momentos inmediatamente anteriores, de las engalanadas cerámicas de tipo Cogotas I, que en esta zona son relativamente importantes. La misma relación proponemos para explicar el surgimiento de los hábitos decorativos de finales del Bronce y principios de la Edad del Hierro de la zona de Madrid (Cerro de San Antonio), Guadalajara (Pico Buitre) o Cuenca (Reillo).

Otras manifestaciones de alfarería con “extrañas” creaciones ornamentales se identifican también en el centro del País Valenciano durante el denominado Bronce Tardío -casos de Mas del Corral y Sima del Pinaret-. En ellas tampoco vemos marcadas las huellas de un origen cogoteño, sin embargo, pueden responder a una reacción similar a la del horizonte anterior. Más difícil resulta contrastar esta propuesta en el caso de la Baja Andalucía, donde tras una, al menos numerosa, presencia de intrusiones de tipo Cogotas I, brotan nuevas formaciones en las que se desarrolla la cerámica con decoración bruñida. Esta última modalidad no es completamente novedosa en la región, sino que se hallaba inmersa -de forma más discreta- en horizontes más antiguos, y pudo reactivarse como respuesta local a la nueva tendencia de usar piezas decoradas introducida por los elementos de Cogotas I.

Con las mismas dudas, más cuando aquí no llegamos a vislumbrar la importancia real de Cogotas I, se podría pensar en la influencia ejercida por las especies meseteñas en el surgimiento de estilos portugueses como Baiões.

En el Valle del Ebro, por su parte, ya no es nueva la teoría que hace depender las excisas de la Edad del Hierro directamente de Cogotas I. La

relación física de algunos motivos es bastante evidente y, desde que la cronología absoluta puso por delante a las de tradición meseteña no resulta complicado hacer derivar unas de otras (Pellicer, 1984: 420-421; 1985: 353; Ruiz Zapatero, 1995: 28). Sin embargo, también aquí, la nueva decoración encuentra un desarrollo particular que nada tiene que ver con Cogotas I.

Pero el surgimiento de un tipo específico de cerámica decorada viene acompañado de la aparición y desarrollo de la diferenciación entre una vajilla de lujo y una vajilla común dentro de la producción doméstica, un nuevo aspecto en el que también creemos que la influencia de Cogotas I actuó como detonante. En las formaciones anteriores, desde el Neolítico hasta el Bronce Antiguo, la cerámica de calidad especial, en la que normalmente se incluyen los ejemplares decorados, parece responder a motivaciones “superiores”, más allá del disfrute humano, y destinarse siempre a ceremonias de tipo ritual o funerario. En efecto, estas producciones se asocian a santuarios con pinturas rupestres -el hecho de que las cerámicas de la cueva de Atapuerca, en su ocupación del Bronce Antiguo, representen los mismos motivos decorativos que las pinturas plasmadas en las paredes de la cavidad parece bastante significativo-, a sepulturas -el caso de los ajuares campaniformes-, a determinados aspectos simbólicos -vasos calcolíticos de los Millares-, y tienen una circulación restringida a determinados sectores de la comunidad.

El resto de las producciones, es decir, aquellas que forman parte de los ajuares familiares y que responden a necesidades más cercanas -almacenar, cocinar, comer, beber-, no mostraban grandes contrastes, predominando, como ya hemos dicho, los aspectos funcionales y prácticos.<sup>192</sup>

---

192 La inexistencia de separación entre cerámica fina y grosera es reconocida en conjuntos materiales tan significativos como los del Bronce Valenciano (González Prats, 1985: 158); un espacio donde, sin embargo, esta dualidad se observa claramente a partir del denominado Bronce Tardío.

La vajilla de lujo de tipo Cogotas I no responde, en principio, a los mismos condicionamientos que la de las fases previas. La naturaleza de los contextos en los que hacen acto de presencia es fundamentalmente doméstica; o sea, que estos vasos aparecen junto a ejemplares lisos, toscos, de cocina o almacenamiento, sin que exista una clara discriminación espacial. Al igual que éstos últimos acaban en el fondo de los silos reutilizados como basureros y, además, ni siquiera son imprescindibles en las manifestaciones de carácter funerario o ritual, como demuestran varias sepulturas -en las que los únicos fragmentos decorados han de considerarse parte del relleno de la fosa y no ajuares intencionados- y depósitos de ofrendas -en los que se prefieren cerámicas lisas- documentados en poblados de la cuenca del Duero y de los alrededores de Madrid. Se trata, sin ninguna duda, de producciones de destino doméstico y de uso socialmente extendido. De esta

manera, nos encontramos dentro de la cerámica de uso práctico con una dualidad que se consolida y arraiga en las poblaciones de la Meseta.

La coincidencia de la llegada de los influjos desde la Meseta y la introducción de producciones cerámicas diferenciadas (fina y grosera) pero ambas de ámbito doméstico, nos hace sospechar que fue el primero de los procesos el que incita o provoca, ya sea de forma directa o indirecta, la nueva costumbre.

En definitiva, creemos que la verdadera novedad introducida por Cogotas I es la idea general de una producción cerámica de lujo dentro de los equipos domésticos, que prende en las sociedades indígenas y es capaz de manifestarse a través de tradiciones completamente locales, aportando nuevas soluciones técnicas y decorativas a la concepción abstracta que deja como herencia el influjo de Cogotas I.





*Consideraciones finales*

La “expansión” de Cogotas I,  
un fenómeno variable



---

LA “EXPANSIÓN” DE COGOTAS I, UN FENÓMENO VARIABLE

---

Este trabajo partía de un problema arqueológico que no era en modo alguno novedoso y cuyo planteamiento resultaba casi tan antiguo como la propia definición de Cogotas I. La “expansión” de esta particular manifestación de la Meseta central durante la Edad del Bronce ha constituido siempre un enigma suficientemente atractivo como para merecer múltiples y variadas reflexiones por parte de los investigadores que se acercaban al estudio del citado grupo o de aquellos otros que se topaban con muestras cerámicas similares a las de aquel en regiones alejadas del mismo; sin embargo, faltaba, a nuestro modo de ver, una perspectiva global y unitaria del fenómeno en la cual se abordaran todas las posibilidades de resolver la cuestión. Por este motivo comenzamos analizando el grupo de Cogotas I en las tierras centrales de la Meseta, allí donde se reconocen sus evidencias de forma más clara y donde parece constituir una formación homogénea y diferenciada. Tras ello, el análisis de la “expansión” se ha realizado de manera inductiva, partiendo de los datos particulares, ordenados por un criterio geográfico, hasta llegar a una visión general del fenómeno; es decir, estudiando primero cada uno de los yacimientos en los que se presentaba la incógnita, después los conjuntos regionales, y por último los aspectos globales que atañen al proceso en general. A pesar de ello, no se puede decir que al final hayamos encontrado una explicación sencilla y unitaria, susceptible de ser aplicada a la totalidad de las evidencias documentadas, pero sí algunas fórmulas de interpretación que han de ser valoradas de forma conjunta o por separado en cada caso.

La principal característica del fenómeno de “expansión” de Cogotas I fuera de su “hogar creador” es, sin duda, su multiplicidad y variedad, certificadas en las causas, las direcciones, la intensidad, la cronología, e incluso en la forma de realización y en la presencia efectiva del grupo en cada yacimiento. No podemos hablar, por lo tanto, de un fenómeno homogéneo y organizado, ni siquiera consciente; más bien hay que pensar en el resultado de un cúmulo de circunstancias, en muchos casos desconectadas pero siempre relacionadas con procesos de difusión cultural, que provocan realidades distintas con un denominador común: la divulgación de un determinado estilo cerámico.

El examen de las pruebas arqueológicas nos revela que Cogotas I incide fundamentalmente en el aspecto cerámico de las poblaciones que visita, introduciendo, en la mayoría de los casos de forma esporádica, su tradición decorativa en complejos culturales ajenos, sin que pueda hablarse de una injerencia de más hondo calado sobre ellos.

A parte de este aserto general, creemos que se puede dar una visión global del tema, a modo de epílogo, en dos planos: geográfico y cronocultural.

#### *Visión geográfica*

El primer aspecto que ha de quedarnos claro desde esta perspectiva es la diferencia existente entre la *Zona Nuclear* y los *Territorios de Expansión*, y el papel de “espacio intermedio” que juega la *Zona de Contacto*. Las disimetrías se evidencian con nitidez en el caso de la comparación numérica entre los espacios. Las desigualdades entre la región nuclear y los territo-



rios de expansión se ponen de manifiesto con un simple recuento numérico de los yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I, sin entrar nuevamente en las peculiaridades que adornan a los establecimientos del segundo de los ámbitos. En esta comparación vemos como en la cuenca del Duero y el Alto Tajo se cuentan un total de 319 estaciones, mientras que en el resto del espacio sólo 183 (Fig. 113.1); un desequilibrio que se hace más claro si tenemos en cuenta como variable la superficie física de los espacios señalados (Figs. 113.2 y 3). En estos últimos gráficos hemos introducido de forma individualizada la zona de contacto, donde la relación entre el espacio y los yacimientos (3,36) está más próxima a la zona nuclear (3,80) que a las regiones exteriores (0,34).

Los resultados de la injerencia meseteña son tan variados como las direcciones que toman los influjos; pero en cualquier caso parece claro que se puede establecer una norma general por la cual haya que diferenciar la expansión en la *Zona de Contacto* de la sufrida en lo que hemos denominado *Regiones Exteriores*. En la primera, aladaña al grupo nuclear, se alcanzarán los mayores niveles de semejanza material con la región central, y es posible que junto a las novedades cerámicas se transmitan también determinadas formas de vida, que alteran, aunque no por completo, las estructuras preexistentes, tanto económicas (la explotación especializada de la ganadería, la excavación de hoyos/silos) como sociales (adopción de una vajilla doméstica de calidad y de un nuevo concepto de la “comida”).

Por el contrario, en las regiones más alejadas, como el Bajo Aragón, el País Valenciano o Andalucía, no se observa una clara relación entre la llegada de Cogotas I y una transformación de la cultura tradicional. Frecuentemente los fragmentos cerámicos de tipo meseteño se incluyen dentro de auténticos contextos indígenas en los que las características generales siguen una evolución local. Tampoco el tipo de hábitat, ni las condiciones económicas y sociales

parecen variar tras la llegada de las influencias de la Meseta, o si lo hacen, las novedades no tienen nada que ver con los esquemas de aquella región, por lo que han de ser interpretadas como un fenómeno independiente. Es cierto que la mayoría de las evidencias se detectan dentro de un ambiente cultural de cambio tras el Bronce Pleno; sin embargo, los nuevos sistemas de poblamiento o la aparición de nuevas formas constructivas no tienen paralelos claros en la región nuclear, por lo que difícilmente se puede hacer a Cogotas I responsable de los mismos. La incidencia en estas regiones es fundamentalmente material y concretada en un determinado tipo cerámico, que por lo general no anula las producciones locales derivadas de horizontes previos. Sólo en los casos en los que la presencia de Cogotas es abrumadora o muy importante, y donde posiblemente se pueda admitir llegada de población desde la Meseta, cabría hablar de un mayor grado de transformación. Este sería el caso de La Cuesta del Negro en Purullena (Granada), a pesar de que, salvo la cultura material -donde también se observan rasgos locales-, el resto de las manifestaciones culturales tienen más que ver con la región del Sureste que con Cogotas I.

Otras muestras de la diferenciación entre la proyección del grupo de Cogotas I en la zona de contacto y en las regiones exteriores está en el tipo de emplazamiento, puesto que sólo en algunos sectores del primero de los espacios -concretamente en Álava y Toledo- encontramos una relativa importancia de asentamientos en llano, sin ventajas defensivas, similares a los que predominan en las tierras de la cuenca del Duero y del Alto Tajo.

El papel cultural de los territorios que conforman el área colindante con la región central consiste, por lo tanto, en servir como intermediario entre esta última y las zonas más periféricas de la Península, evitando así la existencia de rupturas espaciales bruscas.

Estas son, y siempre siendo más permisivos de lo que los datos aconsejan, las únicas generalidades

que se pueden hacer a escala geográfica; pero siempre hemos de tener en cuenta las grandes diferencias que encontramos en el interior de cada uno de los sectores individualizados y dentro de cada uno de ellos.

Sin embargo, y dentro de la visión espacial del fenómeno, se pueden tratar otros aspectos que se

derivan del análisis conjunto del estudio regional y de las categorías individuales de los yacimientos. Tratamos, en definitiva, de dilucidar cómo se reparten éstas últimas entre las distintas regiones en las que hemos dividido nuestro estudio. Los datos cuantitativos son los siguientes:

Región	Categorías	Nº	%
Alto Ebro 22(12%)	Primera	10	45,4
	Segunda	3	13,6
	Tercera	3	13,6
	No Clasific	6	27,3

Región	Categorías	Nº	%
Medio-Alto Ebro 16(8,7%)	Primera	2	12,5
	Segunda	5	31,2
	Tercera	7	43,7
	No Clasific	2	12,5

Región	Categorías	Nº	%
Jalón-Huerva 16(8,7%)	Primera	7	43,7
	Segunda	1	6,2
	Tercera	4	25
	No Clasific	4	25

Región	Categorías	Nº	%
Medio-Alto Ebro 16(8,7%)	Primera	1	9,1
	Segunda	2	18,2
	Tercera	8	72,7
	No Clasific	0	0

Región	Categorías	Nº	%
Submeseta Sur 28(15,3%)	Primera	15	53,6
	Segunda	3	10,7
	Tercera	1	3,6
	No Clasific	9	32,1

Región	Categorías	Nº	%
Extremadura 12(6,5%)	Primera	0	0
	Segunda	3	25
	Tercera	1	8,3
	No Clasific	8	66,6

Región	Categorías	Nº	%
País Valenciano 13(7,1%)	Primera	0	0
	Segunda	4	30,8
	Tercera	9	69,2
	No Clasific	0	0

Región	Categorías	Nº	%
Sureste 11(6%)	Primera	1	9,1
	Segunda	4	36,3
	Tercera	6	54,5
	No Clasific	0	0

Región	Categorías	Nº	%
Alto-Medio Guadalquivir 10(5,4%)	Primera	2	20
	Segunda	2	20
	Tercera	6	60
	No Clasific	0	0

Región	Categorías	Nº	%
Andalucía Occidental 24(13,1%)	Primera	1	4,1
	Segunda	2	8,3
	Tercera	12	50
	No Clasific	9	37,5

Región	Categorías	Nº	%
Norte-Centro Portugal 14(9,3%)	Primera	0	0
	Segunda	2	14,3
	Tercera	6	42,8
	No Clasific	6	42,8

A primera vista, las impresiones que se obtienen de estos datos corroboran lo expuesto hasta el momento; una cierta variación del fenómeno entre las zonas más cercanas a la cuenca del Duero y Alto Tajo y las regiones periféricas de la Península (Fig. 114.1). En el Alto Ebro, una de las regiones con mayor porcentaje de yacimientos, predominan, y de forma bastante clara, los lugares de la primera de las consideraciones, es decir, aquella que incluye poblados de auténtico signo Cogotas I o muy influenciados materialmente, aunque la proporción de los no clasificados podría distorsionar en cierto modo los resultados. Esta circunstancia confirma aquellas consideraciones vertidas en ocasión del estudio particular de esta región y en las que decíamos que este sector se manifestaba prácticamente como un subgrupo regional de Cogotas I en donde, sin embargo, se mantenían ciertas tradiciones del substrato local.

En el Valle Medio-Alto del Ebro las evidencias muestran una realidad en cierto modo distinta,

puesto que, pese a la cercanía de la región respecto a la zona nuclear y su inclusión dentro de la zona de contacto, predominan, sin embargo, los establecimientos de la tercera de las categorías diferenciadas. La razón de este repentino cambio de actitud es posible deba relacionarse con la existencia en Bardenas Reales (Navarra) de una formación local de personalidad propia que impide una aculturación más profunda; sin embargo, fuera de aquel sector se encuentran dos de los yacimientos más claramente relacionados con el grupo de Cogotas I, Cueva de los Lagos y Moncín.

La región del Jalón-Huerta vuelve a reproducir los parámetros del Alto Ebro, mostrando un digno predominio de las adscripciones de primer orden, pese a la importancia de los sitios que no hemos podido caracterizar. Estos valores se alcanzan gracias, fundamentalmente, a aquellos yacimientos de los cursos altos del Jalón y Mesa, a través de los cuales se pone en contacto directo este territorio con la región central del grupo. Nuevamente comproba-

mos cómo un espacio, en su mayoría perteneciente a la zona de contacto, da muestras de un alto grado de acercamiento al grupo original. Esta situación se ve completamente alterada al internarnos en la región aragonesa, donde el 72,7% de los hallazgos pertenece a los escalones más bajos en el grado de influencia meseteña.

Si atendemos ahora a lo que ocurre en la Submeseta Sur, las proporciones vuelven a volcarse, esta vez de forma muy importante, en favor de la primera de las consideraciones. Aquí, más de la mitad de los yacimientos inventariados -que son el 78,9% de los adscritos- pertenecen a la primera categoría. Ya hemos explicado la peculiaridad de los poblados de esta región, fundamentalmente de aquellos situados en la provincia de Toledo, en los cuales, pese a estar poco estudiados, parece que se reproducen las características más habituales del área nuclear. Se produce, al menos en la parte septentrional, una proyección amplia, generalizada y profunda. Los valores referidos a la segunda y tercera de las categorías están representados, fundamentalmente, por los ejemplos detectados en las zonas extremas de este amplio sector -Ciudad Real y Albacete-, donde las condiciones antes referidas varían cuantitativa y cualitativamente.

En Extremadura las apreciaciones en este sentido se mostrarán poco fiables dada la alta proporción de enclaves no adscritos. Teniendo en cuenta este factor de distorsión, el predominio se inclina hacia el segundo grupo, en consonancia con la idea de una presencia cogoteña desdibujada dentro de un substrato local de relativa permeabilidad.

La lejanía geográfica y la existencia de un horizonte cultural mejor definido arqueológicamente pueden ser las causas de que en el País Valenciano se observe una clara superioridad del tercer grupo. Los objetos cerámicos de tipo Cogotas I se encuentran siempre en contextos locales y, por lo general, no suponen más que añadidos exóticos,

muchas veces tan adaptados y llenos de peculiaridades que nos cuesta reconocerlos como tales.

El Sureste ha sido, y eso pudiera influir en la visión de los investigadores, la región más socorrida a la hora de hablar de la supuesta “expansión” de Cogotas I. El análisis del acercamiento de los ejemplos aquí recopilados nos lleva, por el contrario, a replantear la cuestión. Ya vimos en el estudio particular de cada yacimiento y en el de conjunto de la región cómo aquellas manifestaciones de tipo Cogotas I, pese a ser muy claras, sólo son realmente importantes en Purullena, mientras que en el cómputo general son mayoría aquellos casos pertenecientes al tercero de los órdenes.

En la zona media y alta del Guadalquivir y en Andalucía Occidental se contempla, igualmente, una mayor proporción de los enclaves de la tercera categoría, aunque, en el último caso, la existencia de un alto porcentaje de no clasificados podría hacer variar el panorama.

Por último, estas mismas apreciaciones sirven también para la región Norte-Centro de Portugal, donde a la constatación de un predominio de la tercera categoría hay que añadir la ausencia de lugares que se puedan incluir en la primera.

En líneas generales, lo que nos encontramos tras este análisis es la confirmación de todas aquellas apreciaciones que éramos capaces de verter en el estudio regional de cada uno de estos espacios. El reparto de los distintos grados de influencia dentro de las mismas no hace sino responder a aquellos presupuestos a través de los cuales se definía una mayor o menor posibilidad de injerencia por parte de Cogotas I.

Un nuevo esfuerzo en la visión geográfica de la “expansión” se podría dedicar a relacionar las causas y lugares de destino, aunque en lo concerniente a este asunto ya hemos podido comprobar que tenemos pocas posibilidades de éxito. A pesar de ello, podemos intuir que algunas motivaciones

económicas y sociales se encuentran más vinculadas a las zonas colindantes. La movilidad en función del matrimonio, la expansión del modelo agrícola-ganadero independiente, la adopción de costumbres sociales que incluyen el uso de una vajilla de lujo, o el comercio de bienes de primera necesidad, son los vehículos a través de los cuales se trasmite el estilo cerámico de Cogotas I a las zonas más próximas; mientras que la aculturación encadenada, los circuitos comerciales a gran escala o las pequeñas migraciones sin retorno -algunas también a través de intercambio de mujeres-, parecen afectar más a las tierras alejadas de la Meseta.

Dentro de este plano de análisis, hemos de referirnos también a aquellos significativos vacíos, dispersos por la geografía peninsular, en los que no parece producirse ningún aporte desde los grupos de la Meseta, y a los que hemos tratado de otorgar una significación. Lugares como la cornisa cantábrica, Galicia, Cataluña, Pirineos, y Huelva no sufren la intrusión de elementos meseteños, o por lo menos ésta no se ha documentado hasta el momento. Sin embargo, las propuestas de interpretación o los razonamientos para llegar a su comprensión no tienen una única lectura válida para todos los casos; por el contrario parecen ser distintos en cada zona. En Cataluña, parece lógico pensar que, y ya lo hemos expuesto en varias ocasiones, la tradición de Cogotas I se ve frenada por la penetración de los complejos de Campos de Urnas y de modelos culturales transpirenaicos, lo que proporciona a la región un marco cultural capaz de enfrentarse al empuje de los esquemas cerámicos meseteños. El caso de Huelva es ligeramente distinto, puesto que aquí parece que los nuevos influjos no pueden vencer el peso de la tradición del llamado Bronce del Suroeste, un complejo con una específica y caracte-

rística cerámica decorada. En Galicia, la franja cantábrica y los Pirineos la ausencia de vasos de tipo Cogotas I ha de vincularse al escaso desarrollo cerámico de estas zonas, cuyas comunidades humanas parecen no dar por estas fechas un significado ni ritual ni social a la alfarería, en contraposición a lo que ocurre con la metalurgia, sobre todo en Galicia, Asturias y Cantabria.

Existen otras zonas con ausencia de manifestaciones de tipo Cogotas I, o donde éstas se muestran aisladas y con muchas dudas, como la mitad Sur de Portugal y algunos espacios que se incluyen dentro de las regiones de expansión diferenciadas (como ocurre en la Submeseta Sur entre Cuenca, Albacete y Ciudad Real, o al Sur de Badajoz y al Norte de Sevilla), lugares en los que, sin embargo, las futuras investigaciones podrían desvelar nuevos hallazgos que conecten las áreas de concentración.

Pero la geografía de la “expansión” de Cogotas I no se define únicamente a través de los destinos, sino también a través de los lugares de partida. Con ello sólo queremos advertir que parece lógico pensar que la proyección de los rasgos meseteños no tiene un “epicentro” centrífugo a partir del cual se dirige en distintas direcciones; por el contrario, tanto al hablar de los posibles caminos seguidos por los influjos, como al hacerlo sobre la manera de contactar con las comunidades vecinas, vimos que las regiones emisoras se encuentran en los márgenes de la zona nuclear. Por esta razón, y lo comprobábamos en el análisis cerámico del estudio regional, discerníamos algunas de aquellas peculiaridades que daban originalidad a esos sectores concretos del territorio central de Cogotas I repetidas o acentuadas en las zonas que geográficamente son colindantes.<sup>193</sup> De esta manera, los rasgos que con más

---

193 Recordemos por ejemplo los zig-zags de trazadas irregulares de la zona de Álava, o los ángulos rellenos de paralelas de La Rioja, inequívoca muestra de su dependencia directa de las producciones cogoteñas del oriente de la Meseta.

posibilidades se van a extender son los del Este y Sur de la región central, y sólo en el caso portugués, los de la zona occidental.

### *Visión Cronocultural*

Desde esta nueva perspectiva pretendemos concretar aún más el valor de la proyección en las

distintas fases de desarrollo de Cogotas I, para lo cual hemos creído conveniente relacionar los diferentes momentos cronológico-culturales con las tres categorías establecidas en cuanto al grado de acercamiento. El esquema siguiente (reflejado de forma gráfica en la Fig. 114.2) sirve de referencia para el análisis.

	Datos absolutos			% Porcentaje		
	Proto-Cogotas	Cogotas I Pleno	Cogotas I Evoluc.	Proto-Cogotas	Cogotas I Pleno	Cogotas I Evoluc.
no Identificados	5	9	3	12,8	11,25	13,6
3ª Categoría	10	28	6	25,6	35	27,3
2ª Categoría	10	21	3	25,6	26,25	13,6
1ª Categoría	14	22	10	35,9	27,5	45,5

En la fase Protocogotas, la mayor parte de las intrusiones (el 35,9%) pertenecen, curiosamente, a la primera de las categorías; aunque, los porcentajes de la segunda (25,6%) y de la tercera (25,6%) no se alejan demasiado. Al contrario, entre las intrusiones de fase plena, predominan las inscritas en la tercera categoría (35%), mientras que la primera y la segunda presentan porcentajes muy próximos (27,5% y 26,25% respectivamente). En cuanto a la última fase, casi la mitad (el 45,5%) de las intrusiones detectadas pertenecen a la primera categoría, el 13,6% a la segunda y el 27,3% a la tercera (Fig. 114.2).

Por lo tanto, sería posible sospechar que la influencia es proporcionalmente menos profunda en la fase de plenitud, precisamente en los momentos en que mayor volumen alcanza; o lo que es lo

mismo, que el incremento numérico de las intrusiones de la fase media se hace a costa de un aumento mayor de las adscritas al tercero de los grados de acercamiento a la Meseta. Por el contrario, en la fase final, cuando retroceden este tipo de evidencias, las que restan se concentran, nuevamente, en la primera de aquellas. Por lo tanto, a lo largo de la evolución cronológica de la intrusión, la curva de crecimiento de los yacimientos no es paralela a la del crecimiento de las distintas categorías (Fig. 114.3).<sup>194</sup>

La explicación a este desigual reparto cronológico resulta, en principio, lógica, pero no por ello creemos deba ser obviada ni menospreciada. No es extraño que una determinada manifestación cultural alcance sus mayores cotas de éxito en los momentos en los que más cohesionada se encuentra, por lo que no nos sorprende que sea en su fase de

194 En este nuevo gráfico se compara la curva de ascenso y descenso de yacimientos (el primero de los valores), con el incremento y descenso sufrido por las distintas categorías; en este caso los valores porcentuales se realizan sobre el número total de adscripciones en cada fase.

plenitud cuando el fenómeno conocido como “expansión” de Cogotas I tenga una mayor dimensión física. Sin embargo, hemos visto que la primera de las fases se encuentra representada de forma significativa y a través de una buena proporción de intrusiones de la primera categoría, sobre todo en las regiones del Alto Ebro y del Alto-Medio

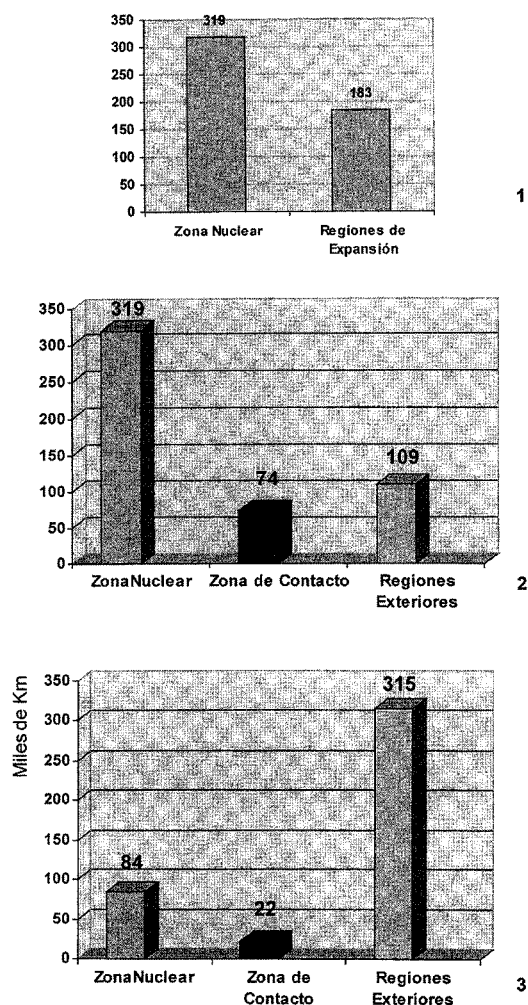


Figura 113. 1. Diferencia numérica entre los yacimientos Cogotas I de la Zona Nuclear y los yacimientos con cerámicas de tipo Cogotas I en las Regiones de Expansión; 2. Comparación del número de yacimientos en la Zona Nuclear, la Zona de Contacto y las Regiones de Expansión; 3. Comparación de la superficie ocupada por la Zona Nuclear, la Zona de Contacto y las Regiones de Expansión.

Ebro. En estos casos podemos pensar que es debido a contactos de carácter humano y cultural, además de simple proyección tipológica de la vajilla cogoteña. En la fase de plenitud, cuando aumentan los ejemplos, pero en buena medida a costa de intrusiones de escaso valor diagnóstico, los fenómenos predominantes son, sin embargo, los derivados de la aculturación material y difusión de la moda cerámica, vehiculada de distintas maneras. Las distancias que ahora se observan y la constatación de esquemas regionales más claros así lo indican. Por otra parte, el aumento generalizado, precisamente en estos momentos, parece encontrar explicación en los vacíos “culturales” que se abren en algunas regiones tras la desarticulación de las formalizadas sociedades del Bronce Pleno.

Por último, el brusco descenso de las manifestaciones de la fase evolucionada de Cogotas I en tierras extrañas se ve justificado por el avance de nuevas corrientes culturales que acontece hacia el cambio de milenio (en fechas convencionales), caso de los Campos de Urnas en Aragón, y por el surgimiento de manifestaciones de configuración local en las que se mezclan elementos de diversas tradiciones. Entre éstos últimos destacan los llamados Bronce Final clásico del Sureste y de Andalucía Occidental, o los horizontes de Peña Negra en Alicante y de San Antonio en Madrid, en los cuales se adoptan nuevas soluciones decorativas que sustituyen -aunque la técnica del boquique resista en algunos ejemplares- a las ofertadas por Cogotas I.<sup>195</sup>

195 No podemos olvidar tampoco que el amplio escalón detectado entre Cogotas I pleno y Cogotas I evolucionado depende, en cierta medida, de las dificultades que nos encontramos para su diferenciación (sobre todo cuando los datos disponibles son tan limitados), así como de la posibilidad de que también en la zona nuclear se contemple un retroceso paralelo.

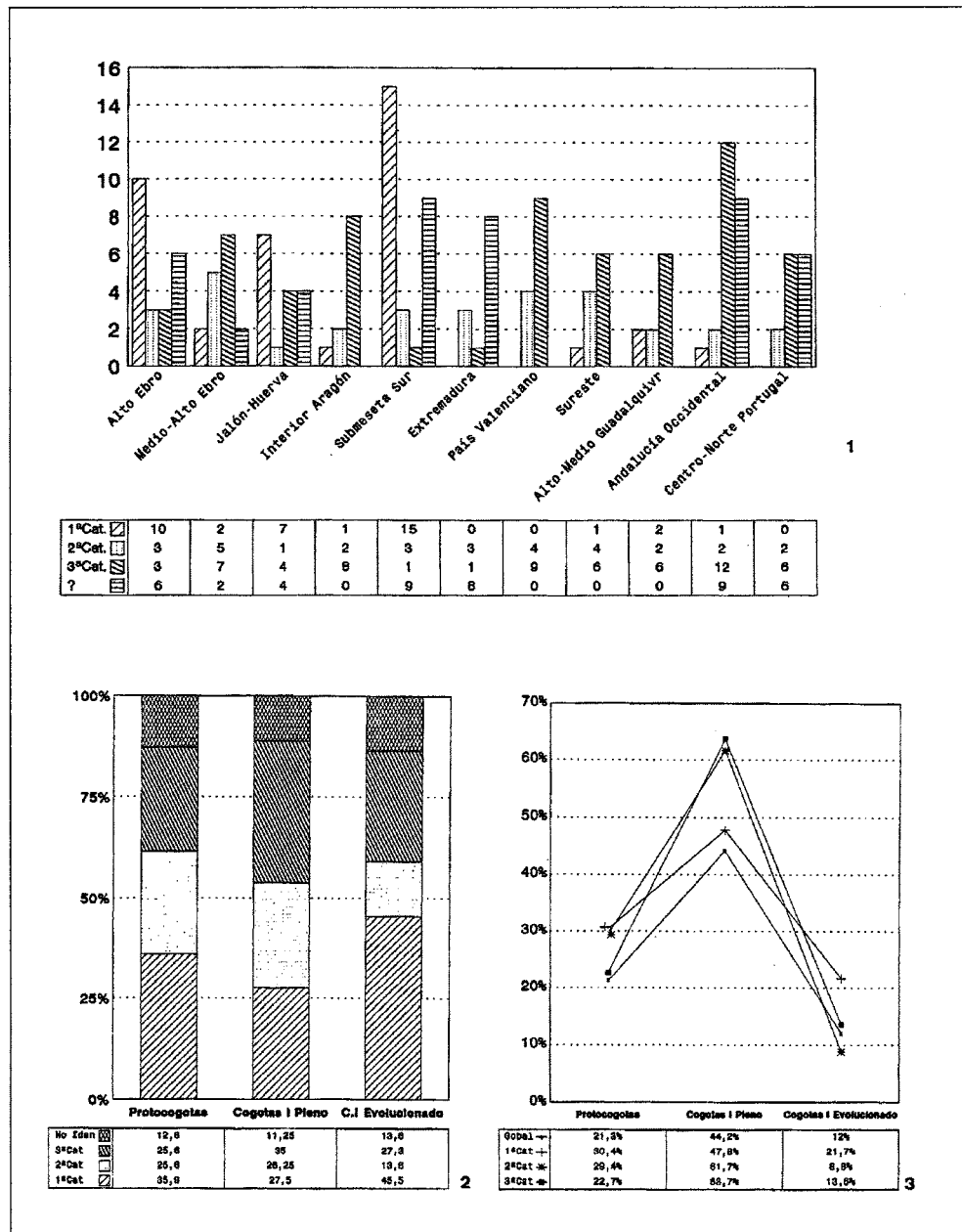


Figura 114. 1. Representación de las categorías de acercamiento en las distintas Regiones de Expansión; 2. La proporción de las categorías de acercamiento en las tres fases de desarrollo de Cogotas I; 3. La distinta evolución cronológica de las categorías de acercamiento.

Pero la realidad menos falsa de la “expansión” de Cogotas I es que no se establecen relaciones unidireccionales y paralelas nítidas entre cronología-causas-procesos-resultados-destinos; no podemos decir nunca que a una fase concreta correspondan

unas causas, y a éstas unos procesos, unos resultados o unos destinos determinados. Por el contrario, las soluciones son tan múltiples y variadas como posibilidades de combinación entre las distintas variables enunciadas, como tratamos de plasmar aquí:



	1 Fase	2 Causa	3 Proceso	4 Resultado	5 Destino
a	1ª	Expansión modelo económico	Aculturación cercanía	1ª Categoría	Zona de Contacto
b	2ª	Comercio	Aculturación en cadena	2ª Categoría	Regiones Exteriores
c	3ª	Sociales	Centros Redifusión/ Estacs Referenciales	3ª Categoría	
d	Perduración	Otras			

A partir de este cuadro podríamos decir que todas las series tienen posibilidades de relacionarse unas con otras, desde una conexión entre la 1ª fase, la expansión de los modelos económicos, la aculturación por cercanía, la 1ª categoría de acercamiento y la zona de contacto (1a, 2a, 3a, 4a, 5a), hasta situaciones que vincularan la tercera fase con el tercer grado de acercamiento y las regiones exteriores a través de mecanismos comerciales a larga distancia (1c, 2c, 3c, 4c, 5b). Sin embargo, hemos de reconocer que algunas de las fórmulas tienen un mayor peso dentro del fenómeno estudiado y se dieron con más frecuencia, como son los casos siguientes: (1a, 2a, 3a, 4a, 5a) -que se corresponde con el primer ejemplo-, (1b, 2a, 3a, 4a, 5a) -que repite el mismo esquema en la segunda fase-, (1b, 2b, 3c, 4a, 5b) -que combina la intrusión de fase plena, con motivos comerciales, existencia de centros de redifusión, poblados de primera categoría y regiones exteriores-, (1a, 2b, 3c, 4a, 5b) -la misma situación anterior pero en fase Protocogotas-, (1b, 2b, 3b, 4b, 5b), (1b, 2b, 3b, 4c, 5b), (1b, 2c, 3b, 4b, 5b) y (1a, 2c, 3a, 4a, 5a). De la misma manera, existen combinaciones que difícilmente se pueden dar, como (1a, 2a, 3b, 4b, 5b), (1b, 2a, 3b, 4b, 5b) (1c, 2a, 3b, 4b, 5b), y otras que son imposibles, como cualquiera que haga coincidir las variables 3c y 4c (Centros de Redifusión y 3ª categoría), o 3a y 5b (aculturación por cercanía y regiones exteriores), que parecen ser incompatibles.

Pero la complicación se extiende más allá incluso, puesto que se podrían reconocer procesos en los cuales las causas que en un momento posibilitan la proyección de la cerámica Cogotas I hasta un lugar provocando unos resultados determinados, pueden variar más tarde, influyendo o no en las consecuencias; es decir, situaciones en las que el componente temporal pueda modificar las características del fenómeno.

Tras este análisis, que podría enmarañarse hasta el punto de hacerse ininteligible, parece que hemos de corroborar, de manera clara y contundente, el carácter multifacial del fenómeno y su propia diversidad cronoespacial.

Pocos son, por lo tanto, los aspectos que hemos podido tratar de forma conjunta, puesto que las características se alteran en cuanto nos movemos en el espacio o en el tiempo. Sin embargo, no podemos responsabilizar únicamente al azar y a los agentes externos -ajenos a Cogotas I- de una huella arqueológica con la significación de la que aquí estudiamos; no sería justo rechazar que en el mismo grupo meseteño exista el potencial cultural, en su mayor parte oculto, que le permita aprovechar todas las circunstancias que se dan cita durante la Edad del Bronce para obtener su particular "éxito" y provocar que un elemento inventado por sus gentes pase a formar parte de la historia de la práctica totalidad de la Península.

Con ello no queremos contradecir algunas de las afirmaciones que venimos haciendo con

intencionada reiteración, puesto que en tal sentido hay que seguir manteniendo que son los estilos cerámicos, acompañados sólo en ocasiones y sobre todo en las zonas más cercanas de determinadas formas de vida, el “rasgo” que el grupo meseteño “exporta” fuera de sus límites. A pesar de ello, el valor de Cogotas I en el concierto de la Edad del Bronce de la Península radica en el hecho de que mantiene su *status* durante ocho siglos, o por lo menos una evolución sólida y continuada durante ese período, mientras otras comunidades regionales sufren cambios de diagnóstico más o menos crítico. Recordemos cómo es en los momentos en los que Cogotas I está terminando de configurarse como grupo regional diferenciado y da comienzo a su fase de plenitud cuando periclita la cultura de El Argar en el Sureste, o se desarticulan los complejos del Bronce Valenciano y Las Motillas manchegas, manifestaciones que habían ocupado con esplendor la práctica totalidad de la Edad del Bronce.

En el caso de Cogotas I también existe evolución, pero durante la mayor parte de su desarrollo se mantienen unas formas y modos de vida muy similares que, dentro de la variedad que caracteriza al grupo, se significan por su carácter “independiente” de los procesos que conducen a la coerción y a la fijación de la población a la tierra, y por lo tanto a un dominio absoluto y discriminatorio por parte de elementos de la sociedad que se hacen con el control de los medios de producción. Recordemos también que esta afirmación no rechaza la existencia de élites y de diferencias sociales en Cogotas I -vimos algunas huellas que inconfundiblemente nos las presentaban-, sin embargo consideramos que existe una mayor posibilidad de escapar de esta opresión, o por lo menos de trocársela por la de otras oligarquías menos abusivas, debido al papel que juega la ganadería como complemento de la agricultura y como medio de subsistencia no fijado a la tierra que puede ser aumentado, disminuido y

trasladado a otro sitio en función de las necesidades. Creemos que todos estos mecanismos permitieron una vida más inestable sí, pero también menos condicionada que la de los pueblos de la periferia peninsular. No olvidemos que en sus inicios Cogotas I coincide con los últimos momentos de formaciones del rango de El Argar, el Bronce Valenciano o las Motillas; y que, sin embargo, sobrevive a todas ellas, quizás porque sus mecanismos sociales, al no estar continuamente presionados, sufren un menor desgaste. Por otra parte podríamos decir algo parecido del régimen económico, que incluye el elemento ganadero como garantía de futuro y permite el desarrollo autónomo de los distintos grupos.

¿Es esta la verdadera razón del éxito de Cogotas I?, ¿radica aquí la aceptación de sus modelos estilísticos?. Son preguntas que superan las posibilidades del análisis arqueológico de los restos materiales. Sin duda, el hecho de que el grupo mantenga una estructura lineal y sostenida -dentro de la variedad- durante un período de tiempo en el que otros complejos arqueológicos y culturales de la Península Ibérica fracasan le otorga una consideración específica y un cierto prestigio dentro de las comunidades de la Edad del Bronce. Por esta misma razón, y admitiendo que fuera la menor coerción y los buenos resultados de su economía diversificada los elementos que permitieran a Cogotas I mantenerse en la brecha durante los tiempos difíciles, podríamos sospechar que la proyección de las características de su cerámica se produce en función del reconocimiento subconsciente que las comunidades ajenas al grupo le muestran.

No queremos hacer prehistoria ficción, más cuando nos hemos saciado de decir que la llamada “expansión” responde a múltiples variables que coinciden en el tiempo y en el espacio, y que no sigue guiones previamente establecidos; sin embargo, no podemos negar que, dentro de un

proceso de emulación como éste, las construcciones mentales de este tipo no son, en modo alguno, descartables.

Pero la adopción de un tipo de cerámica decorada como la de Cogotas I no implica únicamente su imitación física, sino que es necesario se den las condiciones requeridas para que esta pueda realizarse en las regiones de expansión.<sup>196</sup> No queremos decir que se exija un conocimiento técnico elevado para su realización, tampoco una habilidad estilística virtuosa, ni siquiera una ligera sensibilidad artística -algunos ejemplares de las zonas de expansión sí muestran esta última característica, pero en otras ocasiones tales preocupaciones están completamente ausentes, como si lo único que importase fuera el hecho en sí de un tratamiento diferenciado y no un resultado final más o menos bello-; sin embargo, hemos de reconocer que la fabricación de este tipo de cerámica reclama una dedicación especial, una mayor inversión de tiempo, y una mano acostumbrada -no en vano se ha llegado a calificar estas piezas como onerosas en términos de inversión de energía-, por lo que podríamos sospechar que se deriva de una mayor disponibilidad de tiempo por parte de algunos elementos de la sociedad. No vamos a plantear la posibilidad de que existieran artesanos especializados, seguimos pensando que la alcaería en estos momentos es una actividad eminentemente doméstica, pero cabe suponer que dentro de la familia fuera tarea exclusiva de alguno de sus miembros -ya especulamos que podría ser el elemento femenino-, aunque sólo se empleara en esta actividad a tiempo parcial. Esta "liberación" hay que entenderla dentro de los procesos de especialización e intensificación que provocan el aumento de la producción más allá de la demanda del autoconsumo (Binford, 1988) y en relación con la revolución de los productos secunda-

rios (Sherratt, 1981) y el policultivo ganadero defendido por Harrison. En virtud de estos fenómenos se posibilita una cierta seguridad económica y una mayor disponibilidad de tiempo dentro de las propias unidades domésticas que, en Cogotas I, muy bien pudo derivar hacia la producción cerámica. En las regiones de expansión los mecanismos que conducen a la especialización provocan, desde el primer momento, una mayor diferenciación social, de modo que los únicos que disponen de asueto son los poderosos, y por eso es posible que sean éstos los que, gracias a sus prerrogativas, liberen las manos más habilidosas para copiar estas cerámicas de las que terminarían disfrutando sólo ellos.

Pero situaciones como las descritas en último lugar, que sugerimos siguiendo las pistas que nos llegan de Peñalosa (Jaén), no son susceptibles de una extrapolación al grueso de las manifestaciones reconocidas. Desde una visión global, el éxito de la difusión de los estilos cerámicos de Cogotas I -llegados a este punto esta es la definición que preferimos quede en la retina del lector-, se debe a su carácter doméstico y familiar, es decir, a su uso dentro de un contexto habitacional, nada esotérico, con un significado mayoritariamente estético y al alcance de la práctica totalidad de los elementos sociales. El acceso a esta costumbre alfarera depende, fundamentalmente, de la disposición existente a su fabricación, y esta de que la nueva moda prenda en el ánimo de las comunidades y de que se canalice el tiempo libre hacia esta actividad.

La cerámica de tipo Cogotas I introduce un nuevo concepto, muy poco desarrollado hasta el momento, que consiste en la utilización de una vajilla de lujo para usos primarios, o lo que es lo mismo, en destinar un servicio que requiere de un tratamiento y una dedicación especial a una necesidad básica como es la de alimentarse. Tal considera-

---

196 Partimos aquí del hecho de que la mayoría de las producciones son fabricados locales realizados a imitación de modelos originales o inspirados en ellos.

ción provoca que se desarrolle una categorización de la vajilla dentro de la unidad doméstica, diferenciando productos de alta calidad y elevado valor estético de otros más toscos y sin preocupaciones artísticas, y permite que exista un uso discriminado de los tipos de lujo en función de la ocasión. El hecho de que sea un producto con el que la “familia” se regala a sí misma, y que con su utilización selectiva -no de forma rutinaria- se conceda a ciertos momentos de su vida una condición especial, conlleva la suficiente fuerza interna como para

extenderse de forma rápida y por toda la Península, pese a que, como vimos, en su camino choque con barreras sociales que impidan su desarrollo integral, se transforme, pierda su valor, se vicie, o fecunde nuevos estilos que mantengan la nueva concepción alfarera a través del tiempo.

Este rasgo es, en definitiva, el verdadero potencial de la cerámica de Cogotas I; la fuerza intrínseca que, en el fondo, hace de ella un atributo deseable e imitable y la cualidad que explica su éxito.





*Bibliografía*

monografías 4



## ■ BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F.J. (1999): "Rasgos de identificación de la cerámica de tipo Cogotas I fuera de la Meseta", en *IIº Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, 1996, Zamora: 113-127.
- ABÁSULO, J.A. (1974): *Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. I. Partidos Judiciales de Belorado y Miranda de Ebro*, Studia Archaeologica, 33.
- ABÁSULO, J.A. y RUIZ VÉLEZ, I. (1980): "Los Castros de Pancorbo, Burgos", *Kobie*, 10, Tomo II: 501-514.
- AGUILERA ARAGÓN, I. (1984): "Cerámica excisa en el Cabezo del Cuervo de Alcañiz (Teruel)", *Boletín del Musero de Zaragoza*, 3: 303-306.
- (1995): "El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo", en BURILLO, F. (Coord.), *III Simposio sobre Celtiberos. El Poblamiento Celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 213-233.
- AGORRETA, J.A., LLANOS, A., APELLÁNIZ, J.M. y FARIÑA, J. (1975): "Castro de Berbeia (Barrio-Alava). Memoria de excavaciones, campaña de 1972", *Estudios de Arqueología Alavesa*, VIII: 221-292.
- AGUAYO, P. (1986): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga): un ejemplo de cabañas del Bronce Final y su evolución", *Coloquio sobre Microespacio, 3. Del Bronce Final a Epoca Ibérica, Arqueología Espacial*, 9: 33-58.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M., TORRE, M.P. DE LA, y FLORES, C. (1985): "El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 294-304.
- AGUAYO, P., CARRILERO, M., MARTÍNEZ, G., ALFONSO, J.A., GARRIDO, O. y PADIAL, B. (1989): "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ronda la Vieja (Acinipo). Campaña 1988", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989/II: 309-314.
- AGUAYO, P., LOBATO, R. y CARRILERO, M. (1985): "Excavaciones arqueológicas en el casco Antiguo de Ronda (Málaga), Agosto de 1984", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/III: 236-239.
- AGUILERA, I. (1984): "Cerámica excisa en el Cabezo del Cuervo de Alcañiz (Teruel)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3: 303-306.
- ALCALDE CRESPO, G. (1981): *La Montaña Palentina, III. La Pernia*, Palencia.
- ALCALDE CRESPO, G. y RINCÓN VILA, R. (1979): "El conjunto funerario de Cueva Tino; La Horadada; Mave (Palencia)", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 43: 61-101.
- ALCINA FRANCH, J. (1989): *Arqueología Antropológica*, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M. (1939): "La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica", *Ampurias*, I: 138-158.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1973): *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur*, Extracto de su Tesis Doctoral. Madrid.
- (1974): "C-14, 1974. Cincuenta nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología peninsular", *Trabajos de Prehistoria*, 31: 279-292.
- (1975): "C-14, 1975. Nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 32: 167-175.
- (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid.
- (1986): "Bronce Final y Edad del Hierro. La Formación de las Etnias y Culturas Prerromanas", en JORDÁ, F., PELLICER, M., ACOSTA, P. y ALMAGRO-GORBEA, M., *Historia de España*, 1. Prehistoria, Madrid: 341-532.
- (1987): "El Bronce Final y el Inicio de la Edad del Hierro", en *130 años de arqueología madrileña*, Madrid: 109-120.
- (1988): "Las culturas de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro en Castilla-La Mancha", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 163-180.
- (1992): "Intercambios culturales entre Aragón y el Litoral Mediterráneo durante el Bronce Final", en *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a Juan Maluquer de Motes*, Zaragoza, 1990, Zaragoza: 633-658.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y BENITO LÓPEZ, J.E. (1994): "Prospección arqueológica de Perales de Tajuña (Madrid)", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9: 99-109.
- ALMAGRO-GORBEA, M., BENITO, J.E. y DÁVILA, A.F. (1994): "Las secuencias del Ecce Homo (Henares) y del Valle del Tajuña: un ensayo de interpretación", *Actas del IV encuentro de historiadores del Valle del Henares*, Alcalá de Henares, 1994: 17-38.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro de Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*, Arqueología, 2, Diputación Provincial de Madrid.



- ÁLVAREZ GARCÍA, A. (1990): "El Bronce Final y el Hierro Inicial en la región Aragonesa", en *El estado actual de la Arqueología en Aragón, I Ponencias*, Instituto Fernando el Católico, Zaragoza: 97-131.
- (1992-3): "El Bronce Final-Hierro I en el Bajo Aragón y sus relaciones con el Valle Medio del Ebro", *Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe-Zaragoza, 1986, *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X: 51-62.
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P. y PÉREZ ARRONDO, C.L. (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Historia/8, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. (1984): "Análisis de los restos óseos hallados en la cueva de Maltravieso, Cáceres", *Revista de Estudios Extremeños*, T. XL, núm. I: 171-176.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. y GIL MONTES, J. (1988): "Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el primer milenio antes de Cristo en Extremadura", *Trabajos de Prehistoria*, 45: 305-316.
- ÁLVARO, E. DE. y PEREIRA SIESO, J. (1990): "El Cerro del Bú, (Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, 1987, Toledo: 199-213.
- AMBERS, J., MATTHEWS, K. y BROWMAN, S. (1991): "Brithis Museum Natural Radiocarbon Measurements xi", *Radiocarbon*, 33.1: 51-68.
- AMO, M. DEL, (1975): "Enterramientos en cista de la provincia de Huelva", *Huelva, Prehistoria y Antigüedad*: 109-192.
- AMORES CARREDANO, F. DE, (1982): *Carta Arqueológica de los Alcores, Sevilla*, Sección Histórica, Serie 1, n.º 22, Sevilla.
- AMORES CARREDANO, F. DE, y RODRÍGUEZ HIDALGO, J.M. (1984-85): "Cogotas I en Carmona y panorama general sobre el fenómeno en Andalucía Occidental", *Mainake*, VI-VII: 73-90.
- AMORES CARREDANO, F. DE, y TREMIÑO, I.R. (1984): "La implantación durante el Bronce Final y el período Orientalizante en la región de Carmona", *Arqueología Espacial*, 4: 97-113.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1990): "El Calcolítico y el Bronce Inicial y Medio", en *Estado Actual de la Arqueología en Aragón, I. Ponencias*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 71-96.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. y BENAVENTE SERRANO, J.A. (1991a): "Excavaciones en el «Cabezo Sellado» (Alcañiz, Teruel). 1ª Campaña 1986", *Arqueología Aragonesa 1986-87*: 127-129.
- (1991b): "Excavaciones en el «Cabezo Sellado» (Alcañiz, Teruel). Informe de la tercera campaña, 1988", *Arqueología Aragonesa 1988-89*: 109-111.
- (1992): "Informe sobre el estudio de materiales del Cabezo Sellado (Alcañiz, Teruel)", *Arqueología Aragonesa 1990*: 61-62.
- APELLÁNIZ, J.M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional, Munibe*, Supl. 1, San Sebastián.
- (1974a): "Avance al estudio sobre el grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6: 67-78.
- (1974b): *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco, Estudios de Arqueología Alavesa*, 7.
- (1981/82-1992): "Cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)", Informes de excavación en la Cueva de Arenaza, *Arkeoikuska*, 1981/82-1992.
- APELLÁNIZ, J.M. y ALTUNA, J. (1975): "Excavaciones en la Cueva de Arenaza I, (San Pedro de Galdames, Vizcaya)", *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 4: 121-197.
- APELLÁNIZ, J.M. y DOMINGO MENA, S. (1987): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 10.
- APELLÁNIZ, J.M. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1978): "El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (El Villar, Alava). Excavación y restauración", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 9: 141-221.
- APELLÁNIZ, J.M. y URIBARRI, J.L. (1976): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I. El Santuario de la Galería del Sílex*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 5.
- ARANDA MARCO, A. (1986): *El poblamiento prerromano en el suroeste de la comarca de Daroca, (Zaragoza)*, Centro de Estudios Darocenses, Zaragoza.
- (1987): "Informe de la realización de catas en el yacimiento del Villar-Piedra la Lanza (Daroca), realizadas por el Centro de Estudios Darocenses bajo la dirección de Ángel Aranda Marco", *Arqueología Aragonesa 1985*: 85.
- ARNAIZ, M.A. y ESPARZA, A. (1985): "Un yacimiento al aire libre del neolítico interior: El Altotero de Mondúbar (Burgos)", *Boletín del Seminario Estudios de Arte y Arqueología*, LI: 5-45.
- ARRANZ, J.A., GÓMEZ, A., SÁNCHEZ, M. y BELLIDO, A. (1993): "El Teso de la Macañorra (Geria, Valladolid), un poblado de la Edad del Bronce en la cuenca media del Duero", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 75-92.
- ARRIBAS, J.G., CALDERÓN, T. y BLASCO, C. (1989): "Datación absoluta por Termoluminiscencia: Un ejemplo

- de aplicación arqueológica”, *Trabajos de Prehistoria*, 46: 231-246.
- ARRIBAS PALAU, A. (1976): “Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1: 139-154.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y MOLINA, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina» Monachil (Granada) (El corte estratigráfico nº 3)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid.
- ARTEAGA, O. (1982): “Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la península”, *Huelva Arqueológica*, IV: 131-183.
- (1985): “Excavaciones arqueológicas sistemáticas en el cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe sobre la Campaña de 1985”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 279-288.
- ARTEAGA, O. y MOLINA, F. (1977): “Anotaciones al problema de las excisas peninsulares”, *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza: 565-586.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M.R. (1979-80): “Las primeras fases del poblado de los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica”, *Ampurias*, 41-42: 65-137.
- ARTEAGA, O. y SCHUBART, H. (1980): “Fuente Álamo. Excavaciones de 1977”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9: 245-291.
- (1981): “Fuente Álamo, campaña de 1979”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11: 7-32.
- ATRIÁN, P., ESCRICHE, C., VICENTE, B. y HERCE, A.I. (1980): *Carta Arqueológica de España, Teruel*, Teruel.
- AUBET SEMMLER, M.E. (1975): *La Necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Barcelona.
- (1989): “La Mesa de Setefilla: La secuencia estratigráfica del Corte 1”, en AUBET (Coord.), *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 299-338.
- (1995): “Las colonias fenicias de Málaga y su periferia indígena”, en NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Ed. y Coord.), *Homenaje a la Dra. D<sup>a</sup> Milagro Gil-Mascarell Boscà, Extremadura Arqueológica*, V: 137-150.
- AUBET SEMMLER, M.E. y LULL SANTIAGO, V. (1990): “Las edades del cobre y del bronce”, en DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (Coord.), *Historia de España, 1. Desde la prehistoria hasta la conquista romana (siglo III a.C.)*, Barcelona: 233-294.
- AUBET SEMMLER, M.E., SERNA M.R., ESCACENA, J.L., y RUIZ DELGADO, M.M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España, 122, Madrid.
- BALADO PACHÓN, A. (1989): *Excavaciones en Almenara de Adaja: El poblamiento prehistórico*, Valladolid.
- BALADO, A. y ESCUDERO, Z. (1991): “Hallazgos Prehistóricos en el casco urbano de Valladolid”, en DELIBES, G., WATTENBERG, E., ESCUDERO, Z. y VAL, J. DEL (Coords.), *Arqueología Urbana en Valladolid*, Valladolid: 15-29.
- BALDEÓN, A. (1984): “Santa María de Estarrona (Estarrona)”, *Arkeoikuska*, 84: 79-80.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1987): “Inicios del Bronce Final en la Cuenca Media del Guadalquivir: El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)”, *Trabajos de Prehistoria*, 44: 223-250.
- BARANDIARÁN, J.M. (1964): “Excavaciones en Solacueva de Lacoymonte (Jócano, Alava), campañas de 1961-1962”, *Boletín de la Institución «Sancho el Sabio»*, Tomo VIII, n.º 1-2: 5-28.
- (1968): “Excavaciones en Solacueva de Lacoymonte (Jócano, Alava), campaña de 1966”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3: 117-130.
- BARANDIARÁN, I. y MARTÍN BUENO, M. (1971-72): “Novedades sobre las Edades de los Metales en Aragón”, *Caesaraugusta*, 35-36: 53-69.
- BARRACHINA IBÁÑEZ, A.M. (1992): “El yacimiento de la Edad del Bronce de la Peladilla (Requena, Valencia)”, *Saguntum*, 25: 69-83.
- BARRIL VICENTE, M. (1995): “El Castro de «Los Baraones» (Valdegama, Palencia): Un poblado en el Alto Valle del Pisuerga”, en BURILLO, F. (Coord.), *III Simposio sobre Celtiberos. El Poblamiento Celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 339-408.
- BARRIONUEVO, F., PÉREZ, C. y HUERTAS, C. (1991): “Excavaciones de urgencia en las inmediaciones del yacimiento arqueológico de Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991/III: 75-79.
- BARRIOS GIL, I. y CENICEROS HERREROS, J. (1989): “Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros). Campañas de 1988 y 1989”, *Estrato*, 1: 45-50.
- (1991): “Excavaciones arqueológicas en Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja). Campaña de 1988”, *Revista Berceo*, 121: 27-59.
- (1992): “Dataciones absolutas y análisis mineralógicos. Cueva Lóbrega, (Torrecilla de Cameros, La Rioja)”, *Estrato*, 4: 17-22.

- BARROSO BERMEJO, R.M. (1993): "El Bronce final y la transición a la Edad del Hierro en Guadalajara", *Wad-Al-Hayara*, 20: 9-44.
- BEGUIRISTAIN GURPIDE, M.A. (1982): "Los yacimientos de habitación durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el Alto Valle del Ebro", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3: 59-156.
- BELÉN, M. y ESCACENA, J.L. (1992): "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental", *Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 65-88.
- BELÉN, M., GIL, M.S., LINEROS, R. y PUYA, M. (1987): "Excavaciones en el Campo de las Canteras (Carmona, Sevilla). El Túmulo A", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, Canarias, 1985, Zaragoza: 525-548.
- BELÉN, M., LINEROS, R. y PUYA, M. (1985): "Excavaciones en la necrópolis de Carmona (Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 417-423.
- BELTRÁN, A. (1978): *De Arqueología Aragonesa*, I, Zaragoza.
- (1990): "La red viaria en la Hispania Romana: Introducción", *Símpoio sobre la red viaria en la Hispania Romana*, Tarazona, 1987, Zaragoza: 45-55.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*, Studia Archaeologica, 85.
- BELLO DIÉGUEZ, J.M., CRIADO BOADO, F. y VÁZQUEZ VARELA, J.M. (1982): "Aproximación a un modelo económico-social del Megalitismo del Noroeste peninsular", *Brigantium*, 3: 33-39.
- BENAVENTE SERRANO, J.A. (1985): "Un fragmento de cerámica de Cogotas I procedente de Cabezo del Cuervo (Alcañiz, Teruel)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, VI: 241-243.
- (1985-6): "Prospecciones en el Cabezo Sellado, Alcañiz (Teruel)", *Kalathos*, 5-6: 9-31.
- (1987): *Arqueología en Alcañiz. Síntesis de Arqueología e Historia de Alcañiz y su entorno*, Teruel.
- (1992-93): "Novedades sobre el Bronce Final-Hierro I en Alcañiz (Teruel)", *Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe-Zaragoza, 1986, *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X: 107-121.
- BENET JORDANA, N. (1993): "Arqueología Preventiva y de Gestión 1989/1990", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 333-349.
- BENET, N., JIMÉNEZ, M.C. y RODRÍGUEZ, M.B. (1991): "Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín", en SANTONJA, M. (Coord.), *Del Paleolítico a la Historia*, Salamanca: 117-136.
- BETTENCOURT, A.M.S. (1991-92): "O povoado da Sola, Braga: notícia preliminar das escavações de 1991-92", *Cadernos de Arqueologia, Serie II*, 8-9: 97-118.
- (1995): "Dos Inícios aos Finais da Idade do Bronze no Norte de Portugal", en *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 110-115.
- BINFORD, L.R. (1988): *En busca del pasado*, Barcelona.
- BISHKO, C.J. (1986): "Sesenta años después: «La Mesta» de Julius Klein a la luz de las investigaciones subsiguientes", en GARCÍA MARTÍN y SÁNCHEZ BENITO: 21-84.
- BLANCE, B. (1964): "The Argaric Bronze Age in Iberia", *Revista de Guimarães*, 74: 129-142.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1983): "Ategua", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 15: 93-135.
- BLAS, M.A. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. "Asturias y Cantabria en el Primer Milenio a.C.", *Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 399-416.
- BLASCO BOSQUED, M.C. (1982a): "Consideraciones sobre el horizonte Cogotas y algunos paralelos transpirenaicos", *4ª Col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1980, Puigcerdà: 169-187.
- (1982b): "El Negralejo, Un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en Madrid", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 1: 99-135.
- (1983): "Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negralejo (Ribas, Vaciamadrid, Madrid)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 17: 43-150.
- (1986): "Panorama general del Bronce Final y Primera Edad del Hierro en el área nororiental de la Submeseta Sur", *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza: 359-372.
- (1987a): "El Bronce Medio y Final", en *130 años de arqueología madrileña*, Madrid: 83-107.
- (1987b): "Un ejemplar de fíbula de codo «ad occhio» en el Valle del Manzanares", *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23: 18-28.
- (1992): "Etnogénesis de la Meseta Sur", *Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 280-297.
- (1993): *El Bronce Final*, Madrid.
- (1994): "Origen y desarrollo del Horizonte Cogotas I en el Alto Tajo", *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993. Actas IV, *Trabalhos de Antropologia y Etnologia*, Vol. XXXIII (3-4): 151-165.
- BLASCO BOSQUED, M.C., CALLE PARDO, J. y SÁNCHEZ CAPILLA, M.L. (1991): "Yacimiento del Bronce Final y de época romana en Perales del Río (Getafe, Madrid)", *Arqueología, Paleontología y Etnología*, 1, Series de la Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid: 38-147.

- (1995): “Contribución al conocimiento de la metalurgia de la Edad del Bronce en el Alto Tajo y su marco cultural”, en NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Ed. y Coord.), *Homenaje a la Dra. D<sup>a</sup> Milagro Gil-Mascarell Boscà, Extremadura Arqueológica*, V: 115-125.
- BLASCO, M.C., RECUERO, V., AYLLÓN, J. y BAENA, F.J. (1988-89): “Novedades sobre el horizonte Campaniforme en la región de Madrid”, *Zephyrus*, XLI-XLII: 199-227.
- BLASCO, M.C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L., CALLE, J., ROBLES, F.J., GONZÁLEZ, V.M. y GONZÁLEZ, A. (1991): “Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 18: 55-112.
- BLASCO, M.C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L., CAPRILE, P. y CALLE, J. (1984-85): “Depósito votivo en un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe, Madrid)”, *Homenaje al Prof. Gratiano Nieto, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, Vol. I: 69-83.
- BLASCO, M.C., SÁNCHEZ-CAPILLA, M.L., MILLÁN, A., ARRIBAS, J. y GUTIÉRREZ, C. (1994): “La Cerámica”, en BLASCO, (Ed.), *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*, Madrid: 101-135.
- BLÁZQUEZ, J.M. y GARCÍA-GELABERT, M.P. (1992): “Relaciones entre la Meseta y Oretania”, *Actas de la Reunión sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 45-55.
- BLÁZQUEZ, J.M., GARCÍA-GELABERT, M.P. y ARENAS, J. (1987): “La Edad del Bronce en Cástulo, Linares. Resultados de una prospección”, *Trabajos de Prehistoria*, 44: 289-301.
- BORJA, F. y GÓMEZ, F. (1988): “Yacimientos en traventinos: Los casos de Alájar y Zufre en la Sierra de Huelva (Prospección geoarqueológica. 1988)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988/III: 133-137.
- BOSCH GIMPERA, P. (1939): *Two celtic waves in Spain*, Londres.
- BROWMAN, S.G.R., AMBERS, J.C. y LEESE, M.N. (1990): “Re-Evaluation of British Museum Radiocarbon Dates Issued Between 1980 and 1984”, *Radiocarbon*, 32.1: 59-79.
- BURILLO MOZOTA, F. (1979): “Un ejemplar de evolución del hábitat: el yacimiento de El Castillejo de Lechago (Teruel)”, *Boletín informativo de la Diputación Provincial de Teruel*, 55: 15-27.
- (Dir.) (1991): *Inventario Arqueológico. Calamocha*, Zaragoza.
- (Dir.) (1992): *Carta Arqueológica de Aragón, 1991*, Zaragoza.
- (1992): “Substrato de las etnias prerromanas en el Valle del Ebro y Pirineos”, *Actas de la Reunión sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 195-222.
- (Dir.) (1993): *Inventario Arqueológico. Daroca*, Zaragoza.
- BURILLO, F., ARANDA, A., PÉREZ, J. y POLO, C. (1995): “El poblamiento celtibérico en el Valle Medio del Ebro y Sistema Ibérico”, en BURILLO, F. (Coord.), *III Simposio sobre los celtíberos. Poblamiento Celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 245-264.
- BURILLO MOZOTA, F. y PICAZO MILLÁN, V. (1991-92): “Cronología y periodización de la Edad del Bronce en la provincia de Teruel”, *Kalathos*, 11-12: 43-89.
- CAAMAÑO GESTO, M. (1979): “Posible reutilización de caminos prerromanos en época romana”, *Gallaecia*, 3/4: 281-285.
- CABALLERO, J., PORRES, F. y SALAZAR, A. (1993): “El campo de fosas de «El Cogote» (La Torre, Avila)”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 93-110.
- CABO ALONSO, A. (1994a): “La Iberia nómada. Medio Físico y Trashumancia”, en GARCÍA MARTÍN, P. (Coord.), *Por los caminos de la trashumancia*, León: 147-157.
- (1994b): “Medio natural y trashumancia en la España peninsular”, en ANES, G. y GARCÍA MARTÍN, A. (Coords.), *Mesta, Trashumancia y Vida Pastoral*, Madrid: 22-45.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1929): “Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica”, *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, VIII: 205-245.
- (1930): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). I. El Castro*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n.º 110, Madrid.
- (1934): “La Cueva de los Casares y de la Hoz”, *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 10: 225-254.
- CALDERÓN, T., ARRIBAS, J.G., MILLÁN, A. y BLASCO, C. (1988): “Servicio de datación absoluta por Termoluminiscencia y Analítica de cerámicas arqueológicas en la Universidad Autónoma de Madrid”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 15: 385-397.
- CALO LOURIDO, F. y SIERRA RODRÍGUEZ, X.C. (1983): “As orixenes do Castrexo no Bronce Final”, en *Estudos de Cultura Castrexa e de Historia Antigua de Galicia*, Santiago de Compostela: 19-85.
- CALLEJA GONZÁLEZ, V. (1975): “Un yacimiento de la primera Edad del Hierro en Dueñas (Palencia)”, *Sautuola*, I: 163-168.

- CALLEJO SERRANO, C. (1957): "Las cuevas del Calerizo de Cáceres", *Acta del IV Congreso de Estudios Extremeños*, Badajoz.
- (1958): *La Cueva Prehistórica de Maltravieso, junto a Cáceres*, Cáceres.
- CANO ADILLO, P. *et alii*, (1990): *Alfarería popular en Mota del Cuervo*, Diputación Provincial de Cuenca.
- CAÑAL, C. (1894): *Sevilla Prehistórica*, Sevilla.
- CAPEL, J. y DELGADO, R. (1978): "Aplicación de métodos ópticos al estudio de cerámicas arqueológicas", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: 343-356.
- CARDENETE, R., GÓMEZ, M.T., JIMÉNEZ, A., LINEROS, R. y RODRÍGUEZ, I. (1988): "Excavaciones Arqueológicas de Urgencia en el Solar de la C/ General Freire, s/n. Carmona, Sevilla", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988/III: 271-278.
- (1989): "Excavaciones Arqueológicas de Urgencia en el Solar de la Calle Costanilla Torre del Oro, s/n. Carmona (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989/III: 563-574.
- (1990): "Excavaciones Arqueológicas de Urgencia en el Solar de la Plaza de Santiago, nº 1", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1990/III: 488-479.
- CARO BELLIDO, A. (1989): "Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir", en AUBET, M.E. (Coord.), *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 85-120.
- (1991): "Lebrija. La Ciudad y su entorno, I. (Prehistoria y Protohistoria)", *Colección Conoce Lebrija*, n.º 2: 144-161.
- CARO BELLIDO, A., ACOSTA MARTÍNEZ, P. y ESCACENA CARRASCO, J.L. (1986): "Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la Calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986/II: 168-174.
- CARRASCO RUS, J. y MEDINA CASADO, J. (1983): "Excavaciones en el complejo cavernícola de «El Canjorro» (Jaén). Cueva 3", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza: 371-381.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A. y PASTOR, M. (1986): "La Edad del Bronce en la provincia de Jaén", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 361-378.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A., PASTOR, M. y LARA, I. (1980): "Hallazgos del Bronce Final en la Provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá, Torres (Jaén)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 5: 221-236.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A. (1981): "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la 2ª campaña de excavación (1981). El corte 4", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 6: 307-354.
- CARRIAZO, J.M. y RADDATZ, K. (1960): "Primicias de un corte estratigráfico en Carmona", *Archivo Hispalense*, XXXIII: 333-369.
- (1961): "Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona, mit Tafel 7-12 und 15 Textabbildungen", *Madridrer Mitteilungen*, 2: 71-106.
- CARRILERO, M., GARRIDO, O., EGEA, J.J., DÍAZ, A.A., PADIAL, B., LÓPEZ, J.J. y GARCÍA, M. (1986): "Memoria de la prospección arqueológica superficial del Bajo Andarax (fase 2) y Piedemonte de Sierra Alamilla (Almería)", *Anuario de Arqueología de Andalucía*, 1986/II: 66-68.
- CARROBLES SANTOS, J. (1990): "Introducción a la Arqueología Urbana en la Ciudad de Toledo", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, 1987, Toledo: 485-500.
- CARROBLES, J., MUÑOZ, K., y RODRÍGUEZ, S. (1994): "Poblamiento durante la Edad del Bronce en la cuenca media del río Tajo", *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, Toledo: 173-200.
- CASADO LÓPEZ, P. y HERNÁNDEZ VERA, J.A. (1979): "Materiales del Bronce Final de la Cueva de los Lagos (Logroño)", *Caesaraugusta*, 47-48: 97-122.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A. (1986): "Nuevos yacimientos protohistóricos en Navarra", *Trabajos de Arqueología Navarra*, 5: 133-173.
- CASTILLO, A. DEL, (1928): *La Cultura del vaso campaniforme. Su origen y extensión por Europa*. Barcelona.
- (1943): "Cronología de la Cultura del Vaso Campaniforme en la Península Ibérica", *Archivo Español de Arqueología*, 53: 388-435.
- CASTRO, P.V., CHAPMAN, R.W., COLOMER, E., GILI, S., GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V., MICÓ, R., MONTÓN, S., RIHUETE, C., RISCH, R., RUIZ, M., SANAHUJA, M.E. y TENAS, M. (1994): *Proyecto Gatas: Sociedad y Economía en el Sudeste de España c. 2500-900 cal ANE*. Memoria de excavaciones (1986-1991), presentada a la Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, inédita.
- CASTRO, P.V., CHAPMAN, R.V., GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V., PICAZO, M., RISCH, R. y SANAHUJA, M.E. (1987): "Proyecto Gatas (Turre, Almería). IIª Campaña. 1987", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987/II: 225-231.
- CASTRO, P.V., CHAPMAN, R.V., GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V., MICÓ, R., PICAZO, M., RISCH, R. y

- SANAHUJA, M.E. (1991): "4ª Campaña de excavación en el yacimiento de Gatas (Turre-Almería). Septiembre, 1991", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991/II: 17-23.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V. y GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1989): "El concepto de Frontera: implicaciones teóricas de la noción del territorio político", *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13: 7-18.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, British Archaeological Reports, International Series, 652, Oxford.
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., MICÓ PÉREZ, R. y SANAHUJA YLL, M.E. (1995): "Genealogía y cronología de la Cultura de Cogotas I. (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXI: 51-118
- CEBOLLA BERLANGA, J.L. (1992-3): "El tránsito del Bronce Final a la primera Edad del Hierro en el sector NW. de la cuenca del Jalón", *Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe-Zaragoza, 1986, *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X: 175-191.
- CELESTINO, S., ENRÍQUEZ, J.J. y RODRÍGUEZ, A. (1992): "Paleoetnología del área extremeña", *Actas de la Reunión sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 311-328.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1985): *El Poblamiento Prehistórico y Protohistórico del Valle del Río Esla. (Carta Arqueológica)*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de León, León, inédita.
- CENICEROS, J. y BARRIOS, I. (1988): "Reinterpretación de las estratigrafías y ajuares arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, La Rioja)", *Cuadernos de Investigación Histórica. Brocar*, 14: 53-102.
- CERDEÑO, M.L., MÉNDEZ, A., CRISTÓBAL, R. DE, MORENO, F. y FERREIRO, J. (1980): "El yacimiento de la Edad del Bronce de La Torrecilla, (Getafe, Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9: 215-244.
- CERRILLO MARTÍN DE CÁCERES, E. (1982): "Difusión como contacto cultural en Arqueología", *Norba*, III: 129-137.
- (1983): "Materiales de superficie de la Cueva del Conejar junto a Cáceres", en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II, Madrid: 37-43.
- (1984): "Cueva del Conejar", *Arqueología* 83: 213.
- CLARKE, G.A. (1992): "La migración como una no-explicación en la arqueología paleolítica", en MOURE ROMANILLO, A. (Ed.), *Elefantes, ciervos y ovicaprinus; Economía y aprovechamiento del medio en la prehistoria de España y Portugal*, Santander: 17-36.
- CLARKE, D.L. (1976): The Beaker network-social and economic models, *Gockenbecher Symposium*, Oberried, 1974. Bussum: 459-477.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- COLOMER I ARCAS, X. y PONS I BRUN, E. (1986): "El primer nivell d'ocupació de la Fonollera (Torroella de Montgrí)", *6º Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1984, Puigcerdà: 79-86.
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., LIZCANO, R., PÉREZ, C., ROBLEDO, B. y TRANCHO, G. (1995): "Enterramientos y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 87-108.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F. y SÁNCHEZ RUIZ, M. (1985): "Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 141-149.
- (1987): "Segunda campaña de excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987/II: 252-261.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R., PÉREZ, C., CASA, C., MOYA, S. y CÁMARA, J.A. (1989): "3ª campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1989/II: 227-236.
- CORRAL CAÑÓN, M. (1988): "La Edad del Bronce en La Mancha", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (I)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 213-220.
- CORCHADO SORIANO, M. (1963): "Pasos naturales y antiguos caminos entre Jaén y La Mancha", *Boletín del Instituto de Estudios Gienenses*, 38: 9-41.
- (1969): "Estudio sobre vías romanas entre el Tajo y el Guadalquivir", *Archivo Español de Arqueología*, 42: 124-158.
- CORCHÓN, S. (1972): "La estratigrafía de la Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño)", *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 1: 55-109.
- CORTÉS VÁZQUEZ, L. (1980): "Las alfarerías femeninas", *Narria*, 20: 10-13.

- COS GAYÓN, F. (1986): "La Mesta", en GARCÍA MARTÍN, P. y SÁNCHEZ BENITO, J.M., *Contribución a la historia de la Trashumancia en España*, Madrid: 209-282. (Recopilado de *Revista de España*, IX y X, 1869: 329-366 y 5-39).
- CRESPO CANO, M.L. (1992): "Pico Buitre y el Bronce Final en el Valle del Henares", en VALIENTE MALLA, J. (Ed.), *La celtización del Tajo Superior*, Memorias del Seminario de Historia Antigua, III: 45-66.
- CRESPO, M.L. y CUADRADO, M.A. (1990): "Dos nuevos yacimientos de tipo Pico Buitre en el valle del Henares (Guadalajara)", *Wad-Al-Hayara*, 17: 67-93.
- CUADRADO, E. (1955): "El carro ibérico", *III Congreso Nacional de Arqueología*, Galicia, 1955, Zaragoza: 117-136.
- CHAMPION, T., GAMBLE, C., SHENNAN, S. y WHITTLE, A. (1988): *Prehistoria de Europa*, Barcelona.
- CHAPMAN, R. (1979): "Trashumance and megalithic tombs in Iberia", *Antiquity*, 53, n.º 208: 150-153.
- (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Barcelona.
- CHAPMAN, R., LULL, V., PICAZO, M. y SANAHUJA, M.E. (1985): "Avance de la prospección arqueológica en el yacimiento de Gatas (Torre, Almería). Septiembre-Octubre, 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 33-41.
- (Eds.) (1987): *Proyecto Gatas: Sociedad y Economía en el Sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. I. La prospección arqueológica*, British Archaeological Reports, International Series, 348, Oxford.
- CHASCO VILLA, R. (1980-81): "Trabajos arqueológicos en el Llanete de los Moros de Montoro (Córdoba)", *Corduba Arqueológica*, 9: 3-40.
- CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA ROMERO, M. DE LA (1981): "La cerámica de «Boquique» aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Habis*, 12: 375-382.
- (1985): "Excavación en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II/1985: 369-375.
- DAVIDSON, I. (1980): "Trashumance, Spain and ethnoarchaeology", *Antiquity*, 54, n.º 211: 144-147.
- DELGADO, J. (1993): "San Bartolomé, Villadoz", en BURILLO, F. (Dir.): 289-290.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): "Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)", *Trabajos de Prehistoria*, 35: 225-249.
- (1983): "Grup Cultural Las Cogotas I: una visió crítica", *Tribuna d'Arqueologia*, 1982-83: 85-92.
- (1988): "La Edad del Bronce", en DELIBES, G., ESPARZA, A., GARCÍA SOTO, E., LÓPEZ RODRÍGUEZ, J.R. y MARINÉ, M., *La colección arqueológica del Padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*, Burgos: 33-113.
- (1993): "Sal y Jefaturas: Una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)", *Brigecio*, 3: 33-46.
- (1995a): "Ávila, del Neolítico al Bronce", en MARINÉ, M. (Coord.), *Historia de Ávila, I. Prehistoria e Historia Antigua*, Institución "Gran Duque de Alba", Ávila: 21-102.
- (1995b): "El amanecer de la historia", en GARCÍA SIMÓN, A. (Ed.), *Historia de una Cultura, 1. Castilla y León en la Historia de España*, Valladolid: 77-131.
- (1995c): "Neolítico y Edad del Bronce", en ALBA LÓPEZ, J.C. (Coord.), *Historia de Zamora, I, De los orígenes al final del Medioevo*, Zamora: 48-100.
- (1995d): "¿La dote de una princesa Irlandesa?. A propósito de un torques áureo de la Edad de Bronce hallado en Castrojeriz (Burgos)", en *Homenaje al profesor Martín González*, Valladolid: 51-61.
- (1997): "Prehistoria y Protohistoria", en WATEENBERG GARCÍA, E., (Coord.), *Guía del Museo de Valladolid*, Salamanca: 65-104.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ABARQUERO MORAS, F.J. (1997): "La presencia de Cogotas I en el País Valenciano: Acotaciones al tema desde una perspectiva meseteña", en *Homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscá*, Volum II, *Saguntum*, 30: 115-135.
- DELIBES DE CASTRO, G., AVELLÓ, J.L. y ROJO, M.A. (1982): "Espadas del Bronce Antiguo y Medio halladas en la provincia de León", *Zephyrus*, XXXIV-XXXV: 153-171.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A. (1985): "Neolítico y Edad del Bronce", en *Historia de Burgos, I. Edad Antigua*: 117-177.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1981): "El Castro Protohistórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII: 51-70.
- (1983): "Calcolítico y Bronce en tierras de León", *Cántabros y Astures, Lancia*, 1: 19-82.
- (1991): "Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española", *Actes du 1<sup>er</sup> Colloque du parc Archeologique de Beynac*, Beynac, 1990: 203-212.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1990): "Cerámica de la plenitud de Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija. (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 64-105.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-87): "Aproximación a la cronología del grupo

- Cogotas I", en *Coloquio Internacional sobre La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984, *Zephyrus*, XXXIX-XL: 17-30.
- DELIBES DE CASTRO, G., HERRÁN MARTÍNEZ, J.I., SANTIAGO PARDO, J. y VAL RECIO, J. DEL (1995a): "Evidence for social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta", en LILLIOS, K.T. (Ed.), *The Origins of Complex societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8.
- DELIBES DE CASTRO, G. y MOURE ROMANILLO, A. (1973): "Excavaciones arqueológicas en la villa de Almenara de Adaja (provincia de Valladolid). Campaña de 1969", *Noticiario Arqueológico Hispánico. Arqueología*, II: 9-50.
- DELIBES DE CASTRO, G., RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y SANTONJA GÓMEZ, M. (1991): "Cuatro hallazgos de oro de la Edad del Bronce en la Meseta Norte", *Trabajos de Prehistoria*, 48: 203-213.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): "El último milenio a. de C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural", *Actas de la Reunión sobre Paleoeconomía de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 233-258.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., FERNÁNDEZ MANZANO, J., RAMÍREZ RAMÍREZ, M.L., MISIEGO TEJADA, J.C. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (1995c): "El tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el Duero Medio. A propósito de las nuevas excavaciones en El Soto de Medinilla (Valladolid)", en *Homenaje a A.M. Muñoz Amilibia, Verdolay*, 7: 145-158.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., ESCUDERO NAVARRO, Z. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995b): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio", en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GÓMEZ, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- DELIBES DE CASTRO, G. y VAL RECIO, J. DEL (1990): "Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce", *Primer Congreso de Historia de Zamora. 2. Prehistoria y Mundo Antiguo*, Zamora, 1988, Zamora: 53-99.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. (1989): "Sobre fronteras y límites. El caso del sector Noreste de la Submeseta Sur durante la Edad del Bronce", *Fronteras, Arqueología Espacial*, 13: 19-35.
- (1991): *La Edad del Bronce en el Noreste de la Submeseta Sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social*, Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 283/91, Madrid.
- (1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*, Serie Arqueológica conquense XIII, Excma. Diputación de Cuenca, Quintanar del Rey, (Cuenca).
- EIROA, J.J. (1979): *La Cueva del Asno de Los Rábanos (Soria). Campaña 1976-1977*, Excavaciones Arqueológicas en España, 107, Madrid.
- (1982): *La Loma de las Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*, Institución "Fernando El Católico", Zaragoza.
- (1985): "Los inicios del hábitat permanente en la comarca de Caspe", *Bajo Aragón, Prehistoria*, V: 105-117.
- ENGUIX, R. (1981): "Tipología de la cerámica de la Cultura del Bronce Valenciano", *Sagvntvm (PLAV)*, 16: 63-74.
- ENGUIX ALEMANY, R. y MARTÍ OLIVER, B. (1988): "La cultura del Bronce Valenciano y la Muntanya Assolada de Alcira: Aproximación al estado actual de su investigación", *Homenaje a D. Domingo Fletcher*, Tomo II, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 242-250.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (1988): "Algunas cerámicas decoradas del Castillo de Alange (Badajoz), *Homenaje a Samuel de los Santos Marcos*, Instituto de Estudios Alcabeteños, Excelentísima Diputación de Alcabete: 109-116.
- (1989-90): "Sobre algunos poblados del Bronce Final de la Provincia de Badajoz", *Norba*, 10: 41-57.
- (1990a): "El Bronce final extremeño y su relación con la cultura tertésica", *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2: 63-84.
- (1990b): *El Calcolítico o Edad del Cobre de la cuenca extremeña del Guadiana: los poblados*, Badajoz.
- ENRÍQUEZ, J.J. y DOMÍNGUEZ, C. (1984): "Yacimientos pre y protohistóricos de Badajoz y sus alrededores", *Revista de Estudios Extremeños*, XL (III): 565-582.
- ESCACENA, J.L. y FRUTOS, G. DE (1985): "Estratigrafía de la Edad del Bronce en El Monte del Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 24: 7-90.
- ESCUDERO, F. y ÁLVAREZ, A. (1979): "Mas del Hambre. Un poblado de la Primera Edad del Hierro", *Bajo Aragón, Prehistoria*, I: 17-35.
- ESPARZA ARROYO, A. (1978): "Notas sobre la facies Cogotas I en la provincia de Burgos", *Masburgo*, I: 71-92.
- (1986): *Los Castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.
- (1990): "Sobre el ritual funerario de Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVI: 106-143.
- ESPEJO HERRERÍAS, M.M., RAMOS MUÑOZ, J., CANTALEJO DUARTE, P. y MARTÍN CÓRDOBA, E.



- (1989): "Análisis espacial e histórico en el valle del río Turión", *Revista de Arqueología*, 93: 29-37.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. (1944): "Un poblado de la Edad del Hierro en la Plana de Castellón", *Ampurias*, VI: 141-154.
- FABIÁN GARCÍA, J.F. (1988): "El dolmen del Prado de las Cruces. Bernuy-Salineru (Ávila)", *Revista de Arqueología*, 86: 32-42.
- (1990): "Arqueología de urgencia en Ávila", *Revista de Arqueología*, 111: 58-60.
- (1992): "El enterramiento campaniforme de Aldeagordillo (Ávila)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVIII: 97-135.
- (1993a): "Arqueología Preventiva y de Gestión: Ávila", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 283-293.
- (1993b): "Secuencia Cultural durante la Prehistoria Reciente en el Sur de la Meseta Norte española", *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas I, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. XXXIII (1-2): 145-178.
- FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P. (1994): "El Gremio y la Corona. Mesta y Monarquía", en GARCÍA MARTÍN, P. (Coord.), *Por los caminos de la Trashumancia*, León: 177-193.
- FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A. (1935): "Materiales de arqueología murciana. Dos fragmentos interesantes de cerámica incisa procedentes de Murcia", *Bol. J.P. Museo provincial de Bellas Artes de Murcia*, XIII: 54-64.
- FERNÁNDEZ BORDEGARAI, J. (1991): "El Castillo de Portilla (Zambrana)", I Campaña de Sondeos estratigráficos", *Arkeoikuska*, 91: 62-64.
- (1992): "El Castillo de Portilla (Zambrana)", II Campaña de Sondeos estratigráficos", *Arkeoikuska*, 92: 100-106.
- FERNÁNDEZ CARO, J.J. (1985): "Avance sobre la Carta Arqueológica de la Comarca de Fuentes de Andalucía (Sevilla), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985/II: 109-113.
- FERNÁNDEZ CASTRO, M.C. (1988): *Arqueología Protohistórica de la Península Ibérica (Siglos X a VIII a.C.)*, Madrid.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1976): *Carta Arqueológica de Alcalá de Henares y su partido*, Colección Universitaria, 2.
- (1979): "Notas de Prehistoria Seguntina", *Wad-Al-Hayara*, 6: 9-48.
- (1984): *Complutum I*, Excavaciones Arqueológicas en España, 137, Madrid.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D. y GARCÉS TOLEDANO, A. (1978): "Problemática y estado actual de los yacimientos arqueológicos en el corredor Madrid-Guadalajara", *Wad-Al-Hayara*, 5: 7-34.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., RUIZ MATA, D. y SANCHA FERNÁNDEZ, S. (1976): "Los enterramientos en cistas del Cortijo de Chinchilla (Sanlúcar la Mayor, Sevilla)", *Trabajos de Prehistoria*, 33: 351-380.
- FERNÁNDEZ LOMBERA, A.A. (1992): "Cueva de Arenaza I (Galdames). XX Campaña de excavaciones", *Arkeoikuska*, 92: 128-132.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1985): "La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socioeconómicas", en DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., ROMERO CARNICERO, F. y MARTÍN VALLS, R., *Historia de Castilla y León, 1. La Prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid: 54-81.
- (1986) *El Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, Valladolid.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y PALOMINO LÁZARO, A.L. (1991): "Cogotas I en Tierra de Campos: el yacimiento de Pórragos en Bolaños de Campos (Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LVII: 63-73.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. y ROJO GUERRA, M. (1989): "Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 41-74.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., MANGAS, J., PLÁCIDO, D. y PEREIRA, J. (1990): "Indigenismo y romanización en la cuenca media del Tajo. Planteamiento de un programa de trabajo y primeros resultados", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, 1987, Toledo: 13-65.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., MONTERO RUIZ, I. y ROVIRA LLORENS, S. (1995): "Los primeros objetos de bronce en el Occidente de Europa", *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 57-69.
- FERNÁNDEZ MORENO, J.J. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1992): "Los Arenales de Rioseco (Soria): consideraciones sobre la relación de cerámicas campaniformes y Cogotas I", *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1989, Soria: 211-229.
- FERNÁNDEZ OCHOA, M.C. y RUBIO DE MIGUEL, I. (1980): "Materiales arqueológicos del Bajo Manzanares, término de La Aldehuela, (Madrid)", *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 6.
- FERNÁNDEZ-POSSE y DE ARNAIZ, M.D. (1977): "Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6: 51-87.
- (1980): "Los materiales de la Cueva del Aire de Patones (Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10: 39-64.

- (1981): “La Cueva de Arevalillo de Cega, (Segovia)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 43-84.
- (1982): “Consideraciones sobre la técnica de Boquique”, *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.
- (1986): “La Cultura de Cogotas I”, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 475-485.
- (1986-87): “La cerámica decorada de Cogotas I”, *Zephyrus*, XXXIX-XL, *Actas del Coloquio internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Salamanca, 1984: 231-237.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y MARTÍN, C. (1991): “El Calcolítico y la Edad del Bronce en la Meseta”, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31: 75-86.
- FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, M. y CABALLERO KLINK, A. (1995): “Constantes de poblamiento en Alarcos”, en ZOZAYA, J. (Ed.), *Alarcos. El fiel de la balanza*, Colección Patrimonio Histórico, 15, Toledo: 27-40.
- FERNÁNDEZ VEGA, A.M. (1980): “Las Canteras de Zarzalejo (Madrid)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10: 115-136.
- (1986): *La Edad del Bronce en el País Valenciano*, U.N.E.D., Madrid.
- FIGUERAS PACHECO, F. (1934): *Excavaciones en Isla Campello (Alicante) 1931-1933*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 132, Madrid.
- (1950): “La Isleta del Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo”, *Archivo Español de Arqueología*, XXIII: 13-37.
- FUMANAL GARCÍA, M.P. (1990): “El hábitat del Bronce Valenciano: Aspectos geoarqueológicos”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, XX: 317-325.
- GAIBAR PUERTAS, C. (1974): “Descubrimiento de la terraza würmiense en la margen izquierda del río Manzanares: aportaciones paleoclimáticas. Nuevos restos y testimonios del madrileño hombre prehistórico y protohistórico”, *Estudios Geológicos*, XXX: 235-252.
- GALÁN DOMINGO, E. y MARTÍN BRAVO, A.M. (1991-92): “Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo”, *Zephyrus*, XLIV-XLV: 191-205.
- GALÁN SAULNIER, C. (1994): “La cerámica del Bronce de La Mancha”, *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, Toledo: 5-35.
- GÁLMEZ, P. y SALMADOR, N. (1980): “Noticia sobre los areneros de La Torrecilla y Jesús Fernández”, *I Jornadas de Estudio sobre la provincia de Madrid*, Madrid, 1979: 73-75.
- GALVÁN GARCÍA, J.R. y GALVÁN MARTÍNEZ, V. (1987): “Estudio mineralógico de cerámicas procedentes de «El Llanete de los Moros» (Montoro, Córdoba). Estudio por binocular”, en MARTÍN DE LA CRUZ, C. (1987c): 270-271.
- GARCÍA ALÉN, L. (1983): *La Alfarería de Galicia I. Un estudio a través del testimonio cultural de las vasijas y de los alfareros campesinos*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, La Coruña.
- GARCÍA-GELABERT, M.P. y MORERE, N. (1983): “Estudio de un conjunto cerámico-lítico de Mojares (Guadalajara)”, *Wad-Al-Hayara*, 10: 295-313.
- (1984): “Asentamientos de la fase Cogotas I en la provincia de Segovia”, *Archivo Español de Arqueología*, 57: 115-156.
- GARCÍA LÓPEZ, M.M. (1992): *La Bastida de Totana: Estudio de materiales arqueológicos inéditos*, Murcia.
- GARCÍA MARTÍN, P. (Coord.) (1992): *Cañadas, Cordeles y Veredas*, Valladolid.
- (Coord.) (1994): *Por los caminos de la Trashumancia*, Exposición organizada por la Sociedad V Centenario del Tratado de Tordesillas, León.
- GARCÍA MARTÍN, P. y SÁNCHEZ BENITO, J.M. (1986): *Contribución a la historia de la Trashumancia en España*. Madrid. Ministerio de Agricultura.
- GIL MASCARELL, M. (1981): “Bronce Tardío y Bronce Final”, en *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano*, Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 1, Valencia: 9-39.
- (1985): “El final de la Edad del Bronce: Estado actual de las Investigaciones”, en *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Anejo de la Revista *Lucentum*, Universidad de Alicante: 141-152.
- GIL-MASCARELL, M., RODRÍGUEZ, A. y ENRÍQUEZ, J.J. (1986): “Enterramientos en cista de la Edad del Bronce en la Baja Extremadura”, *Saguntum*, 20: 9-41.
- GIL PULIDO, J.I., MENÉNDEZ ROBLES, M.L., REYES TÉLLEZ, F. y REYES TÉLLEZ, J.L. (1988): “Excavaciones en el yacimiento del Bronce Medio del Cerro del Obispo, Castillo de Bayuela (Toledo)”, *Actas del I<sup>er</sup> Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 93-100.
- GIL ZUBILLAGA, E. y FILLOY NIEVA, I. (1988): “Estudio arqueológico de los precedentes del poblamiento en torno a Vitoria-Gasteiz (Bronce Final-Edad del Hierro-Romanización)”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 16: 445-530.
- GIMENO, A. y GALINDO, M.P. (1987): “Los yacimientos de la Bartolina e Illescas (Calatayud): Consideraciones sobre el Eneolítico y Bronce Antiguo en la zona del Alto y Medio Jalón”, *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, Canarias, 1985, Zaragoza: 459-495.

- GOMES, M.V. (1995): "A Idade do Bronze no Algarve", en *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 140-143.
- GÓMEZ PANTOJA, J. (1993): "Buscando a los pastores", *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas II, *Trabalhos de Antropologia y Etnologia*, Vol. XXXIII (3-4): 445-459.
- (1995): "Pastores y trashumantes de Hispania", en BURILLO, F. (Dir.): *III Simposio sobre los Celtiberos. El Poblamiento Celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 495-505.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, C. (1992): "University of Granada Radiocarbon Dates VI", *Radiocarbon*, 34.1: 133-139.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, C. y SÁNCHEZ SÁNCHEZ, P. (1991): "University of Granada Radiocarbon Dates V", *Radiocarbon*, 33.3: 267-373.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, C., SÁNCHEZ SÁNCHEZ, P. y VILLAFRANCA, E. (1986): "University of Granada Radiocarbon Dates II", *Radiocarbon*, 28.3: 1200-1205.
- (1987): "University of Granada Radiocarbon Dates IV", *Radiocarbon*, 29.3: 381-388.
- (1991): "University of Granada Radiocarbon Dates V", *Radiocarbon*, 33.3: 367-373.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., LULL, V. y RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 a.C. Una Introducción a la Edad del Bronce*, Madrid.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. y ARTEAGA, O. (1980): "La necrópolis de «Cerrillo Blanco» y el poblado de «Los Alcores» (Porcuna, Jaén)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 10: 183-217.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1979): "Cerámicas de Incrustación de la Primera Edad del Hierro en la Sierra de Crevillente (Alicante)", *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977, Zaragoza: 655-666.
- (1983a): "Ensayo de un método de análisis de variabilidad formal aplicado al tipo B7 del Horizonte del Bronce Final de Peña Negra (850-675 a.C.)", *Lucentum*, II: 91-113.
- (1983b): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente*, Anejo I de la Revista *Lucentum*, Alicante.
- (1985): "Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce: problemática cultural y cronológica", en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Anejo de la Revista *Lucentum*, Alicante: 153-184.
- (1988): "Sobre unos diseños decorativos de Cogotas I", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 279-286.
- (1990): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante.
- (1992a): "El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península ibérica", *Actas de la Reunión sobre Paleontología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 137-150.
- (1992b): "Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente, Alicante)", *Trabajos de Prehistoria*, 49: 243-257.
- (1996): "La evolución de la metalurgia prehistórica en la provincia de Alicante", *Trabajos de Prehistoria*, 53 (1): 109-126.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R., RUIZ MATA, D. y AGUILAR MOYA, L. (1991): "Prospección Arqueológica Superficial en la margen izquierda de la Marisma de «El Bujón». (T.M. de Jerez de la Frontera, Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991/II: 83-92.
- GONZÁLEZ SAINZ, C. y GONZÁLEZ MORALES, M., (1986): *La Prehistoria en Cantabria*, Santander.
- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1983): *Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro de la Meseta Norte*, Serie Resúmenes de Tesis Doctorales de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca.
- (1984-85): "Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de «Puente Viejo» (Ávila)", *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII: 267-276.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J., ARIAS, L. y BENITO, J.M. (1986): "Estudio de la relación relieve-sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce-Edad del Hierro)", *Arqueología Espacial*, 9: 113-126.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F.J. y FANO MARTÍNEZ, M.A. (1994): "El fenómeno de la muerte en Cogotas I: una propuesta metodológica", *Zephyrus*, XLVII: 93-103.
- GUSI JENER, F. (1981): *Castellón en la Prehistoria*, Castellón.
- GUSI, F. y OLÀRIA, C. (1976): "Cerámica de la Edad del Bronce de la Cueva de Mas d'Abad. Campaña Arqueológica 1975", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3: 103-115.
- GUTIÉRREZ LÓPEZ, J.M., RUIZ GIL, J.A. y LÓPEZ AMADOR, J.J. (1993a): "El yacimiento arqueológico de Campín Bajo. Su enmarque en el poblamiento de Andalucía Occidental y el Guadalquivir durante el tránsito del II al I milenio. Una propuesta de interpretación (I)", *Revista de Historia de El Puerto*, n.º 10: 11-46.
- (1993b): "El yacimiento arqueológico de Campín Bajo. Su enmarque en el poblamiento de Andalucía Occidental y el Guadalquivir durante el tránsito del II al I milenio. Una propuesta de interpretación (II)", *Revista de Historia de El Puerto*, n.º 11: 11-35.
- HARRIS, M. (1991): *Nuestra Especie*, Madrid.
- HARRISON, R.J. (1988): "Bell Beakers in Spain and Portugal: Working with radiocarbon dates in the 3rd millennium B.C.", *Antiquity*, 62, n.º 236: 464-472.

- (1993): “La intensificación económica y la integración del modo pastoril durante la Edad del Bronce”, *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas II, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. XXXIII (3-4): 293-299.
- (1995): “Bronze Age Expansion 1750-1250 BC: The Cogotas I Phase in the Middle Ebro Valley”, *Veleia*, 12: 67-77.
- HARRISON, R.J. y MORENO LÓPEZ, G. (1985): “El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios”, *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82.
- (1990): “Moncín: una secuencia cultural de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)”, *Cuadernos de Estudios Borjanos*, XXIII-XXIV: 11-28.
- HARRISON, R.J., MORENO, G. y LEGGE, A.J. (1987): “Moncín. Poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)”, *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 29: 9-102.
- (1994): *Moncín: Un Poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*, Diputación General de Aragón, Zaragoza.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1985): “La Edad del Bronce en el País Valenciano: Panorama y Perspectivas”, en *Arqueología del País Valenciano: Panorama y Perspectivas*, Anejo de la Revista *Lucentum*, Alicante: 101-119.
- (1991): “Excavaciones Arqueológicas en Las Laderas del Castillo de Sax”, *Revista de la Fiesta de Moros y Cristianos en honor a San Blas*, Sax, 1-5 de Febrero.
- (1997): “Desde la Periferia de El Argar. La Edad del Bronce en las tierras meridionales valencianas”, en *Homenaje a la Dra. Dra. Milagro Gil-Masarell Bosca*, Volum II, *Saguntum*, 30: 93-114.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. y LÓPEZ MIRA, J.A. (1992): “Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabaià (Aspe, Alicante)”, *S.I.P. Series de Trabajos Varios*, 89: 1-16.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. y SIMÓN GARCÍA, J.L. (1993): “El II Milenio a.C. en el Corredor de Almansa (Albacete). Panorama y Perspectivas” en BLÁZQUEZ PÉREZ, J., SANZ GAMO, R. y MUSAT HERVÁS, M.T. (Coords.), *Patrimonio Histórico. Arqueología. Castilla-La Mancha. Arqueología en Albacete*, Madrid: 35-54.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. (1975): “Un poblado de la Edad del Bronce en Aguilar del Río Alhama, Logroño”, *Miscelánea Arqueológica A. Beltrán*, Zaragoza: 115-129.
- (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio arqueológico. Aguilar del Río Alhama, La Rioja*, Logroño.
- (1983): “Difusión de elementos de la Cultura de Cogotas hacia el Valle del Ebro”, *Iº Congreso sobre Historia de la Rioja*, Logroño, 1982. *Cuadernos de Investigación, Historia*, IX-1: 65-89.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. y CASADO LÓPEZ, P. (1976): “Gracurris: la primera fundación romana en el Valle del Ebro”, *Symposium de ciudades augusteas II*, Zaragoza: 23-29.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A., MILLÁN GIL, J. y NÚÑEZ MARCÉN, J. (1990): “Yacimientos arqueológicos en la comarca de Calatayud”, en *Estado actual de la arqueología en Aragón II. Comunicaciones*, Zaragoza: 55-61.
- HIGGS, E.S. (1976): “The history of European agriculture: the uplands”, *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, Serie B, 275: 159-173.
- HILL, J.D. y CUMBERPATCH, C.G. (1993): “Volviendo a pensar en la Edad del Hierro”, *Trabajos de Prehistoria*, 50: 127-137.
- HODDER, I. y ORTON, C. (1990): *Análisis espacial en arqueología*, Madrid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1978): “Aportaciones al Bronce Final y Primer Hierro. Los Tolmos de Caracena, (Soria)” *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, I: 55-66.
- (1981): “Algunas consideraciones sobre la Edad del Bronce en el Alto Duero: Dos nuevos yacimientos con cerámica excisa”, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, V, 1-2: 21-34.
- (1983): “Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona oriental de la Meseta Superior”, *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza: 309-320.
- (1984a): *Los Tolmos de Caracena (Soria), (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del alto Duero*, Excavaciones Arqueológicas en España, 134, Madrid.
- (1984b): “Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria”, *Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria: 25-50.
- (1985): “Aportaciones al hábitat de la Edad del Bronce en la Meseta Norte”, *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, 1983, Zaragoza: 297-305.
- (1986): “Elementos de relación entre la zona riojana y el alto Duero en el Eneolítico y Edad del Bronce”, *IIº Coloquio sobre Historia de La Rioja*, I, Logroño, 1985, Zaragoza: 41-53.
- JIMENO MARTÍNEZ, J. y FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1983): “El Castro de la Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del Horizonte Cogotas I”, *Celtiberia*, 66: 321-330.
- (1985): “Los Quintanares de Escobosa de Calatañazor (Soria). Algunos aspectos sobre la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro”, *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, IX, 3: 49-66.
- (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria), (Campañas de 1981 y 1982)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 161, Madrid.
- (1992a): “El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce: constantes y cambios”, *Actas del II Symposium de Arqueología Soriana*, I, Soria, 1989, Soria: 69-102.
- (1992b): “La metalurgia de la Edad del Bronce en la Provincia de Soria: El Contexto Cultural”, *Actas del II*

- Symposium de Arqueologia Soriana*, I, Soria, 1989, Soria: 231-246.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J.J. y REVILLA, M.L. (1988): "Asentamientos en la provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 84-118.
- JORGE, S.O. (1980a): "A Necrópole do Tapado da Caldeira", *Arqueologia*, 2: 36-44.
- (1980b): "A estação arqueológica do Tapado da Caldeira, Baião", *Portugalia, Nova Serie*, I: 29-50.
- (1983): "Duas datas de C. 14 para a sepultura I da estação do Tapado da Caldeira (Baião)", *Arqueologia*, 8: 55-56.
- (1985): "Datos de Carbono 14 para a Pré-História recente do norte de Portugal", *Arqueologia*, 12: 154-183.
- (1988a): *O povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronce Final do norte do Portugal*, Monografias Arqueológicas, 2, Porto.
- (1988b): "Reflexões sobre a Pré-História Recente do Norte de Portugal", *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 28 (1-2): 85-112.
- (1993): "O povoado de Castelo Velho (Freixo de Numão, Vila Nova de Foz Côa) no contexto da pré-história recente do norte de Portugal" en *1º Congresso de Arqueologia peninsular*, Porto, 1993, Actas I, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. 33 (1-2): 179-216.
- (1995): "Castelo Velho no Contexto da Pré-História Recente do Norte de Portugal", en *A Idade do Bronce em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueologia, n.º 33: 37-39.
- JOVER MAESTRE, J. y SEGURA HERRERO, G. (1992-1993): "El asentamiento de Portixol (Monforte del Cid, Alicante): Contribución al estudio del Bronce Tardío en la cuenca del río Vinalopó", *Alebus. Cuadernos de Estudios Históricos de Elda y Valle del Vinalopó*, 2-3: 25-58.
- KALB, P. (1978): "Senhora da Guía, Baiões. Die Ausgrabung 1977 auf einer Hohense dlung der Atlantischen Bronzezeit in Portugal", *Madri der Mitteilungen*, 19: 112-138.
- KLEIN, J. (1981): *La Mesta, Estudio de la historia económica española 1273-1836*, Madrid. (1ª Edición en inglés, 1920; 1ª Edición en Castellano en *Revista de Occidente*, 1936).
- LARRÉN IZQUIERDO, H. (1996): "Arqueología preventiva y de gestión 1993-1994. Zamora", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1993/1994*, 6: 379-398.
- LAVADO FLORIDO, M.L. (1987): "Carta arqueológica de la margen izquierda de la desembocadura del Guadalquivir: Sanlúcar (Norte) y Trebujena", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987/III: 126-133.
- LEIRA JIMÉNEZ, R. (1987): "El yacimiento argárico de El Oficio, Cuevas (Almería)", *Trabajos de Prehistoria*, 44: 201-222.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1986): *La Alfarera Celosa*.
- LINTON, R. (1942): *Estudio del Hombre*, México.
- LIÓN BUSTILLO, C. (1994): "Arqueología Preventiva y de Gestión 1991/1992. Palencia", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1991/1992*, 5: 277-285.
- LIÓN BUSTILLO, F.J. y LIÓN BUSTILLO, C. (1990): "Un nuevo yacimiento de Cogotas I en Palencia: Abarca de Campos", *Actas del II Congreso de Historia de Palencia, Tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, Palencia, 1989, Palencia: 111-126.
- LOGEMANN, E., KALKBRENNER, G., KRÜTZFELDT, B. y SCHÜLE, W. (1995): "Contenido de mercurio en huesos de animales domésticos y trashumancia", *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas VI, *Trabalhos de Antropologia y Etnologia*, Vol. 35 (2): 457-469.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, F.J. (1988): "La Edad del Bronce en las estribaciones meridionales de los Montes de Toledo (Ciudad Real)", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 283-290.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1983): "Estudio polínico del yacimiento de -El Recuenco- (Cervera del Llano), Cuenca", en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, Madrid: 45-48.
- (1984): "Estudio Palinológico", en JIMENO, A., 1984a: 337-338.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1981): "Alhonz: (Excavaciones de 1973 a 1978)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11: 33-188.
- LÓPEZ PLAZA, S. (1984): "«Coto Alto», La Tala (Salamanca). Nuevo yacimiento con cerámicas campaniforme y de boquique en la Meseta Norte española", *Arqueologia*, 9: 59-67.
- LÓPEZ PRECIOSO, J. (1993): "El poblado de El Castellón (Hellín y Albatana) y el inicio del Bronce Final en Albacete", en BLÁZQUEZ PÉREZ, J., SANZ GAMO, R. y MUSAT HERVÁS, M.T. (Coords.), *Patrimonio Histórico. Arqueología. Castilla-La Mancha. Arqueología en Albacete*, Madrid: 55-82.
- (1994): "El Castellón (Hellín y Albatana) y el Final de la Edad del Bronce en la provincia de Albacete. Avance de su estudio", *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, Toledo: 291-305.
- LULL, V. (1983): *La "Cultura" de El Argar (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*, Madrid.
- LLANOS ORTÍZ DE LANDALUCE, A. (1972): "Cerámica excisa en Alava y provincias limítrofes", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 5: 81-98.

- (1978): “Bizkar. Nuevo yacimiento de depósitos en hoyos, (Maestu-Alava)”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 9: 245-263.
- (1983): “Solacueva de Lacoymonte, Jócana, Alava. 1981, II Campaña”, *Arkeoikuska*, 81-82: 14
- (1990): “La Edad del Hierro y sus precedentes en Alava y Navarra”, *Munibe (Antropología-Arqueología)*, 42: 167-179.
- (1991a): “Dos nuevos yacimientos del horizonte Cogotas I en Alava. El depósito de La Paul y la Cueva de Los Goros”, *Eusko Ikaskuncha, Cuadernos de Sección Prehistoria-Arqueología*, 4: 219-238.
- (1991b): “Excavaciones en la Caverna de Solacueva de Lakozmunte (Jócana, Alava), campañas de 1980-81”, *Eusko Ikaskuntza, Cuadernos de Sección Prehistoria-Arqueología*, 4: 121-155.
- (1992): “Conformación de las etnias prerromanas en Alava, Bizkaia y Gipuzkoa”, *Actas de la Reunión sobre Paleontología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 431-447.
- LLANOS, A. y AGORRETA, J.A. (1972): “Nuevas sepulturas de incineración en Alava”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 5: 99-112.
- LLANOS, A. y FERNÁNDEZ MEDRANO, D. (1968): “Necrópolis de hoyos de incineración de Alava”, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3: 45-72.
- LLOBREGAT, E.A. (1975): “Nuevos enfoques para el estudio del periodo del Neolítico al Hierro en la región valenciana”, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11: 119-140.
- (1976): *Iniciación a la Arqueología alicantina*, Alicante.
- (1986): “Illeta dels Banyets”, en *Arqueología en Alicante 1976-1986*, Alicante: 63-67.
- MACARRO RODRÍGUEZ, J.A. y SILVA GATA, J.F. (1996): “Los enterramientos de «La Dehesa» (Alcalá de Henares, Madrid): Aportaciones a los ritos funerarios del Bronce en la Meseta”, *Reunión de Arqueología Madrileña*, Madrid, 1996, Madrid: 123-126.
- MADERUELO, M. y PASTOR, M.J. (1981): “Excavaciones en Reillo, (Cuenca)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 159-185.
- MAGALLÓN BOTAYA, M.A. (1990): “Organización de la red viaria romana en el Valle Medio del Ebro”, *Simposio sobre la red viaria en la Hispania Romana*, Tarazona, 1987, Zaragoza: 301-315.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956): “La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones técnicas en la Meseta durante la Edad del Hierro”, *Zephyrus*, VII: 179-206.
- (1958a): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berruoco (Salamanca)*, Salamanca.
- (1958b): *El Castro de los Castillejos en Sanchorreja, Ávila-Salamanca*.
- (1970): “Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica”, *Pyrenae*, 6: 79-110.
- MAÑANES PÉREZ, T. (1977): “Contribución a la Carta Arqueológica de la Provincia de León”, en *León y su Historia*, IV: 326-330.
- (1979): *Arqueología Vallisoletana. La Tierra de Campos y el Sur del Duero*, Instituto Cultural Simancas, Valladolid.
- MARTÍ OLIVER, B., (1985): “Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas”, en *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas*, Anejo de la Revista *Lucentum*, Universidad de Alicante: 53-84.
- MARTÍN BENITO, J.I. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, M.C. (1988-89): “En torno a una estructura constructiva en un «campo de hoyos» de la Edad del Bronce de la Meseta española (Forfoleda, Salamanca)”, *Zephyrus*, XLI-XLII: 263-281.
- (1989): “El Campo de Hoyos del Teso del Cuerno”, *Revista de Arqueología*, 99: 18-24.
- MARTÍN BRAVO, A.M. (1994): “Los castros del Occidente de la provincia de Cáceres”, en Almagro-Gorbea, M. y Martín, A.M. (Eds.), *Castros y oppida en Extremadura*, *Complutum*, Extra 4: 243-268.
- MARTÍN BUENO, M. (1975): *Bilbilis. Estudio Histórico Arqueológico*, Zaragoza.
- (1980): “Los Castillos de Almantes (Calatayud, Zaragoza)”, *Papeles Bilbilitanos*, 1980: 7-15.
- (1983): “Primeros resultados de las excavaciones de Ategua (Córdoba)”, en *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, Vol. III, Madrid: 227-233.
- MARTÍN CARBAJO, M.A., MISIEGO TEJEDA, J.C., PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J.M., SANZ GARCÍA, F.J. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (1993): “Documento funerario del Bronce Medio en la Submeseta Norte: «Carrelasvegas», (Santillana de Campos, Palencia)”, *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LIX: 69-88.
- MARTÍN CÓRDOBA, E., RECIO RUIZ, A., RAMOS MUÑOZ, J., ESPEJO HERRERÍAS, M.M. y CANTALEJO DUARTE, P. (1991-92): “Avance al poblamiento del Bronce Final en la cuenca del Río Turón y su intersección con el Guadalhorca (Ardales, Málaga)”, *Mainake*, XIII-XIV: 51-78.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1984-85): “Problemas en torno a la definición del Bronce Tardío en la Baja Andalucía”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 11-12, Vol. I: 205-216.
- (1987a): “Las campañas de 1985 en el Llanete de los Moros-Palomarejo (Montoro, Córdoba)”, *Anuario de Arqueología de Andalucía*, 1985/II: 313-318.
- (1987b): “¿Cerámicas Micénicas en Andalucía?”, *Revista de Arqueología*, 78: 62-64.

- (1987c): *El Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba*, Excavaciones Arqueológicas en España, 151, Madrid.
- (1988a): "Mykenische keramik von Montoro am Guadalquivir", *Madriider Mitteilungen*, 29: 77-92.
- (1988b): "Informe sobre Estudio de materiales del yacimiento Llanete de los Moros-Palomarejo (Montoro, Córdoba)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988/II: 225.
- (1989) "El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir", en AUBET, M.E. (Coord.): *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 121-143.
- (1992) "La Península Ibérica y el Mediterráneo en el II Milenio a.C.", en MELENA, J.L. (Ed.), *El Mundo Micénico. Cinco siglos de la primera civilización europea. 1600-1100 a.C.*, Catálogo de la Exposición, Ministerio de Cultura, Madrid: 110-114 y n.º 314 del catálogo.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. y BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1987): "Cerámicas inéditas del Bronce Final", *Revista de Arqueología*, 72: 50-56.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. y CONSUEGRA, S. (1990): "Génesis y desarrollo de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadalquivir (Excavaciones sistemáticas en el Llanete de los Moros, Montoro, Córdoba). Informe de la campaña de 1990", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1990/II: 213-215.
- (1991): "Génesis y desarrollo de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadalquivir", *IV Jornadas de Arqueología Andaluza*, Jaén, 15-19 Enero, 1991: 120-123.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. y MONTES ZUGADI, A. (1986): "Avance del estudio del horizonte de Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 488-495.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. y PERLINES BENITO, M. (1993): "La cerámica a torno de los contextos culturales de finales del II Milenio a.C. en Andalucía", *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas II, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. XXXIII (3-4): 335-349.
- MARTÍN MORALES, C., FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y GILMAN, A. (1993): "The Bronze Age of La Mancha", *Antiquity*, 67, n.º 254: 23-45.
- MARTÍN SOCAS, D. y CAMALICH, M.D. (1986): "Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería) y su problemática", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 178-191.
- MARTÍN SOCAS, D., CAMALICH, M.D., TEJEDOR, M.L., RODRÍGUEZ, A. y GONZÁLEZ, P. (1985): "Composición mineralógica y evaluación de las temperaturas de cocción de la cerámica de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Estudio preliminar", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10: 131-185.
- MARTÍN VALLS, R. (1984): "Prehistoria palentina", en GONZÁLEZ, J. (Coord.): *Historia de Palencia. I. Edades Antigua y Media*, Palencia: 15-53.
- MARTÍN VALLS, R. y DELIBES, G. (1972): "Nuevos yacimientos de la primera Edad del Hierro en la Meseta Norte", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXVIII: 5-54.
- (1973): "Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIX: 395-402.
- (1975a): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XL-XLI: 445-476.
- (1975b): "Problemas en torno a la primera Edad del Hierro en el Sector Occidental de la Meseta Norte", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1973, Zaragoza: 545-550.
- (1976a): "Sobre la cerámica de la fase Cogotas I", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII: 5-18.
- (1976b): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLII: 411-440.
- (1977): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIII: 291-319.
- (1978): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLIV: 321-346.
- (1979a): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VI)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLV: 125-148.
- (1979b): "Un puñal de la Edad del Bronce hallado en El Mirón (Ávila)", *Revista de Guimaraes*, LXXXIX: 327-331.
- (1981): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVII: 153-186.
- (1982): "Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVIII: 45-70.
- (1989): *La Cultura del Vaso Campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, 2ª Edición aumentada, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, Valladolid.
- MARTÍNEZ GONZALEZ, J.M. (1988): "Cerámicas Campaniformes de la Provincia de Cuenca", *Trabajos de Prehistoria*, 45: 123-142.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J.M. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1988): "La ocupación del final de la Edad del Bronce en el Castillo de Huete (Cuenca)", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 217-227.

- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1988): *La Edad del Bronce en la Submeseta suroriental: una revisión crítica*, Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 191/88, Madrid.
- MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. y MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1983): "Arenero de Soto, yacimiento de «Fondos de Cabaña» del Horizonte Cogotas I", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 2: 9-182.
- MARTÍNEZ PUENTE, M.E. (1989): *El Yacimiento Neolítico y la Edad del Bronce de "Los Cascajos-El Blanquillo"*, Quintanadueñas, Burgos, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid, inédita.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1930): "Cerámica incisa y cerámica del vaso campaniforme en Castilla La Vieja y Asturias", *Anuario de Prehistoria Madrileña*, 1: 97-130.
- (1947): "La cerámica del Bronce Atlántico en el Sudeste", *II Congreso Arqueológico del Sudeste*, Albacete, 1946: 153-155.
- MARTINS, M. (1985): "Sondagens arqueológicas no castro do Monte do Padrão, em Santo Tirso", *Cadernos de Arqueologia*, Serie II, 2: 217-230.
- MARTINS, M. y JORGE, S.O. (1992): "Substrato cultural das etnias pré-romanas do Norte de Portugal", *Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 347-372.
- MAS GARCÍA, J. (1986): "El alba de la Cultura Mediterránea. Su influencia en el Sureste Ibérico", en MAS GARCÍA, J. (dir.), *Historia de Cartagena III. El mundo protohistórico y su entorno*, Murcia: 53-208.
- MATA ALMONTE, E. (1991) "Informe sobre la intervención arqueológica en el yacimiento de los Algarbes, Tarifa (Cádiz)", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991/III: 83-93.
- MATA PARREÑO, C., MARTÍ BONAFÉ, M.A. e IBORRA ERES, M.P. (1994-1996): "El País Valencià del Bronce Recent a l'Ibèric Antic: El procés de formació de la societat urbana ibèrica", en ROVIRA I PORT, J. (Ed.), *Actes de les Taules Rodones d'Arqueologia, Models d'ocupació i explotació del territori entre el 1600 i el 500 A.N.E. a la Catalunya meridional i zones limítrofes de la depressió de l'Ebre*, Sant Feliu de Cerdines (Barcelona), 1994, *Gala*, 3-5: 183-218.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. (1986): "Cerámicas excisas y de boquique en el noroeste peninsular", *6º Coloquio Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà 1984, Puigcerdà: 103-113.
- (1992): "Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña", en *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria, Homenaje a Juan Maluquer de Motes*, Zaragoza, 1990, Zaragoza: 515-554.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L. y PETIT, M.A. (1986) "El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2: 49-71.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. (1994): "La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego", *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1): 77-94.
- (1995): "Áreas de acumulación: un modelo de yacimiento habitacional para la Edad del Bronce en Galicia", *XXII Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo, 1993, Vigo: 69-74.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A. (1982): "Algunos materiales del Bronce Final de la Provincia de Madrid", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 1: 19-53.
- (1994): "La Edad del Bronce en Guadalajara: una visión de conjunto", *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, Toledo: 111-144.
- MÉNDEZ MADARIAGA, A. y VELASCO STEIGRAD, F. (1984): "La Muela de Alarilla: un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del río Henares", *Revista de Arqueología*, 37: 6-16.
- (1988): "La Muela de Alarilla", en *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, III. Pueblos y Culturas Prehistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 185-195.
- MILLÁN, J. y HERNÁNDEZ VERA, J.A. (1991): "Prospecciones arqueológicas en la cuenca del río Ribota", *Arqueología Aragonesa 1988-89*: 431-434.
- MISIEGO, J.C., PÉREZ, F.J., SANZ, F.J., MARCOS, G.J. y MARTÍN, M.A. (1992): "La Huelga. Bronce Medio en la Meseta Norte", *Revista de Arqueología*, 136: 18-25.
- MOLINA FAJARDO, F. (1983): "El Bronce Final y la Colonización Fenicia", en MOLINA FAJARDO, F. (Dir.), *Almuñecar, Arqueología e Historia*, Granada.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1977): *La Cultura del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada, 178.
- (1978): "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: 159-232.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): "Problemática y diferenciación de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1: 175-214.
- MOLINA, F., NÁJERA, T. y AGUAYO, P. (1979): "La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). (Campaña de 1979)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4: 265-294.



- MOLINA, F. y PAREJA, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada), campaña 1971*, Excavaciones Arqueológicas en España, 86, Madrid.
- MOLINA, F., SÁEZ, L., AGUAYO, P., NÁJERA, T. y CARRIÓN, F. (1980): "El Cerro de Enmedio. Un poblado argárico en el valle del Río Andarax (Provincia de Almería)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5: 157-173.
- MOLINERO, A. (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*, Excavaciones Arqueológicas en España, 72, Madrid.
- MONTERO RUIZ, I. (1992a): *Estudio Arqueometalúrgico en el Sudeste de la Península Ibérica*, Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 91/92, Madrid.
- (1992b): "La actividad metalúrgica en la Edad del Bronce del sudeste de la Península Ibérica: tecnología e interpretación cultural", *Trabajos de Prehistoria*, 49: 189-215.
- MORALES MUÑIZ, A. y LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1995): "Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro", en DELIBES, G., ROMERO, F. y MORALES, A. (Eds.), *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero Medio*, Valladolid: 455-514.
- MORALES, A., PATÓN, D., CREIJO, M.A. y PÉREZ, F.J. (1992): "Primer informe sobre la fauna de mamíferos del yacimiento protohistórico de «Cueva Rubia»", *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 63: 131-159.
- MORÁN, C. (1924): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 65.
- (1935): *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico, 135.
- MORENO ARRASTIO, F.J. (1990): "Notas al contexto de Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo)", *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, 1987, Toledo: 275-308.
- MORENO LÓPEZ, G. (1984a): "Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja-Zaragoza)", *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3: 277-283.
- (1984b): "Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja-Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa 1984*: 31-37.
- MORENO LÓPEZ, G. y ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1985): "Informe sobre el yacimiento arqueológico de Moncín (Borja-Zaragoza)", *Arqueología Aragonesa 1985*: 61-64.
- MORERE, N. (1983): *Carta Arqueológica de la Región Seguntina*, Guadalajara.
- MOURE ROMANILLO, J.A. y GARCÍA-SOTO, E. (1986): "Los grabados rupestres de la Cueva de San García, Santo Domingo de Silos (Burgos)", *Numantia. Investigaciones Arqueológicas en Castilla-León*, II: 193-213.
- MOURE ROMANILLO, A. y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1977): "El Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Noticia de los trabajos de 1976", *Trabajos de Prehistoria*, 34: 31-83.
- MURILLO REDONDO, J.F. (1994): *La Cultura Tartésica en el Guadalquivir Medio*, *Ariadna Revista de Investigación*, n.º 13-14, Museo Municipal de Palma del Río.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. (1977): "La Edad del Bronce en La Mancha. Excavaciones en las Motillas del Azuer y los Palacios", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2: 251-300.
- NÁJERA, T., MOLINA, F., AGUAYO, P. y MARTINEZ, G. (1981): "La Motilla del Azuer, (Daimiel, Ciudad Real) Campaña de 1981", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6: 293-306.
- NARANJO GONZÁLEZ, C. (1984): "El Castillo de Cardenosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila (excavaciones realizadas por J. Cabré en 1931)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19: 35-84.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. (1982): "Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)", *Lucentum*, I: 19-70.
- NIETO GALLO, G. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El Cerro de la Encantada, Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 113, Madrid.
- (1988): "Bases para la sistematización del estudio de la Edad del Bronce de La Mancha", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 221-227.
- NOCETE CALVO, F. (1994): *La Formación del Estado en las Campañas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e)*, Granada.
- NOLTE, E. (1971): "Notas sobre nuevos yacimientos prehistóricos en cuevas de la provincia de Vizcaya y norte de Burgos", *Munibe*, XXIII, n.ºs 2-3: 355-373.
- OLÀRIA, C. (1987): "Un poblado del Bronce a orillas del Mar, Oropesa la Vella, Castellón", *Revista de Arqueología*, 78: 15-19.
- OLÀRIA, C. y GUSI, F. (1977): "El poblado de la Edad del Bronce de Oropesa la Vella (Oropesa del Mar, Castellón)", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4: 79-100.
- ORTEGA MARTÍNEZ, A.I. y MARTÍN MERINO, M.A. (1986): "La arqueología del Karst de Ojo Guareña", en

- Grupo Espeleológico Edelweiss. Ojo Guareña. Mdad. de Sotoscueva. Burgos, *Kaite, Estudios de Espeleología Burgalesa*, 4-5: 331-389.
- ORTEGO, T. (1945): "Arqueología Turolense: La Val de Jarque y La Hoya de Galve", *Archivo Español de Arqueología*, 59: 148-163.
- (1951): "Prospecciones arqueológicas en las Tajadas de Bezas (Teruel)", *Archivo Español de Arqueología*, 82: 455-486.
- (1953): "Celtas en tierras de Teruel", *Publicaciones del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesas*, 2, Zaragoza: 15-17.
- (1960): "Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria", *Caesaraugusta*, 15-16: 107-132.
- (1961): "Iª Reunión de arqueólogos del distrito de Zaragoza: Soria", *Caesaraugusta*, 17-18: 157-166.
- (1964): "Castilviejo de Yuba (Soria). Nuevo yacimiento de cerámica excisa", *VIII Congreso Nacional de Arqueología*, Sevilla-Málaga 1963, Zaragoza: 272-274.
- (1969): "Covarrubias, una estación arqueológica en el término de Ciria, (Soria)", *X Congreso Nacional de Arqueología*, Mahón, 1967; Zaragoza: 205-215.
- ORTIZ DEL CUETO, J.R. y LÓPEZ COVACHO, L. (1996): "Príncipe 11: Yacimiento e inhumación infantil del Bronce Pleno. Aranjuez (Madrid)", *Reunión de Arqueología Madrileña*, Madrid, 1996, Madrid: 176-178.
- ORTIZ TUDANCA, L. (1987): "El hábitat en Álava desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 15: 7-102.
- (1990): "Ordenación de la Secuencia Cultural del Calcolítico y la Edad del Bronce en el País Vasco", *Munibe, (Antropología, Arqueología)*, 42: 135-139.
- OSABA Y RUIZ ERENCHUN, B. (1963): "Museo Arqueológico de Burgos", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XIX-XXII: 113-134.
- (1964): "Catálogo arqueológico de la Provincia de Burgos", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, VI: 227-277.
- PALOL SALELLAS, P. (1963) "Notas para la sistematización de la primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos de San Pedro Regalado de Valladolid", en *Homenaje a Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, 1983, México: 135-150.
- (1965): "Nuevos yacimientos prehistóricos de la provincia de Valladolid", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXI: 115-122.
- (1967): "Nuevas cerámicas excisas de los silos de San Pedro Regalado, Valladolid", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XXXIII: 229-230.
- (1974): "Álava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6: 91-100.
- PALOL, P y WATTENBERG, F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*, Valladolid.
- PALOMINO LÁZARO, A.L. (1996): "Aproximación a la situación actual de la investigación arqueológica en la burgalesa Ribera del Duero", *Biblioteca*, 11: 258-272.
- PALOMINO LÁZARO, A.L. y RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1994): "El yacimiento arqueológico de «Las Empedradas»: un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1991/1992*, 5: 59-71.
- PASTOR CEREZO, M.J., SÁNCHEZ-CAPILLA ARROYO, M.L. y LÓPEZ REQUENA, J. (1988): "Un nivel del Bronce en el yacimiento de «El Castillo» de Reillo (Cuenca)", *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 205-215.
- PASTOR VÉLEZ, B. (1994): "El trabajo del marfil durante el Bronce Final y la Edad del Hierro en la mitad norte peninsular". *1º Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas III, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. 34 (1-2): 191-213.
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1993): "La Solana del Castillo de Alange: un yacimiento de la Edad del Bronce en la cuenca media del Guadiana", *Spal*, 2: 147-168.
- (1995a): "La Edad del Bronce", *Extremadura Arqueológica*, IV: 35-65.
- (1995b): "Bases estratigráficas para una revisión cronológica del Bronce del Suroeste: el Corte 3 de La Umbría del Cerro del Castillo de Alange (Badajoz)", en NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Ed. y Coord), *Homenaje a la Dra. Dª Milagro Gil-Mascarell Boscà, Extremadura Arqueológica*, V: 81-96.
- PEARSON, G.N. y STUIVER, M. (1993): "High-Precision Bidecadal Calibration of the Radiocarbon Time Scale, 500-2500 B.C.", *Radiocarbon*, 35.1: 25-34.
- PELLICER CATALÁN, M. (1976-78): "Problemática general de los inicios de la Iberización en Andalucía Occidental", *Ampurias*, 38-40: 3-22.
- (1984): "La problemática del Bronce Final-Hierro del nordeste hispano. Elementos del sustrato", *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*: 399-430.
- (1985): "El problema de la cerámica excisa del Ebro", *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, 1983, Zaragoza: 347-356.
- (1986): "El Bronce Antiguo y Medio", en JORDÁ, F., PELLICER, M., ACOSTA, P. y ALMAGRO-GORBEA, M. (1986), *Historia de España. I, Prehistoria*, Madrid: 300-340.
- (1987): "Hacia la revisión de los yacimientos protohistóricos de la comarca de Caspe (Zaragoza)", *Caesaraugusta*, 64: 157-188.
- (1989): "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental", en AUBET, M.E. (Coord.), *Tartessos, Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: 147-187.

- (1992-3): “El Bronce reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental”, *Segundos encuentros de Prehistoria Aragonesa*, Caspe-Zaragoza, 1986, *Bajo Aragón, Prehistoria*, IX-X: 339-363.
- PELLICER, M. y AMORES, F. DE (1985): “Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22: 55-190.
- PEÑA, J.L., ENRIQUE, M., GRAU, E. y MARTÍ, M.A. (1996): *El poblado de La Mola d'Agrès*, Homenaje a Milagros Gil-Mascarell Boscà, Valencia.
- PEREIRA SIESO, J. (1994): “La transición del Bronce Final al Hierro en la Meseta Sur”, *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, Toledo: 37-85.
- PÉREZ ARRONDO, C.L. (1984): “Aportaciones al estudio de la Edad de los metales en el Valle Medio del Ebro. La Cultura Eneolítica de la Rioja”, en *Calahorra. Bimilenario de su fundación*, Madrid: 27-45.
- (1985): “Eneolítico-Bronce en el Ebro Medio: algunos problemas arqueológicos”, *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Logroño, 1983, Zaragoza: 15-20.
- (1986): “Algunos datos para el estudio de la Edad de los Metales en el Valle del Ebro Medio”, en *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán Martínez*: 267-283.
- PÉREZ ARRONDO, C.L., CENICEROS, J. y DUARTE, P. (1987): *Aportaciones al Estudio de las Culturas Eneolíticas en el Valle del Ebro, III. La cerámica*, Historia/ 9, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1936): “Nuevos estudios de Prehistoria Madrileña. La Colección Bento”, *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI: 1-90.
- PÉREZ CASAS, J.A. (1986): “Cerámicas con decoración excisa en los yacimientos protohistóricos del Bajo Jalón (Zaragoza)”, en *Homenaje a Antonio Beltrán*, *Boletín del Museo de Zaragoza*, 5: 157-169.
- PÉREZ MACÍAS, J.A. (1983): “Introducción al Bronce Final en el noroeste de la provincia de Huelva”, *Habis*, 14: 207-238.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. (1989): *Bases para el estudio de la secuencia Neolítico-Bronce en el Alto Pisuerga: la estratigrafía de Cueva Rubia*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid, Valladolid, inédita.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. y FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J.M. (1993): “Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de «La Venta». (Alar del Rey, Palencia), *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 41-60.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J., MISIEGO TEJEDA, J.C., SANZ GARCÍA, F.J., MARCOS CONTRERAS, G.J., MARTÍN CARBAJO, M.A. y FERNÁNDEZ GIMÉNEZ, J.M. (1994): “«La Huelga». Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la Cuenca del Duero (Dueñas, Palencia)”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1991/1992*, 5: 11-32.
- PERRIN, M. (1974): “Techniques de fabrication et de décoration de la ceramique antique”, *Les potiers gaulois, Les dossiers de l'Arqueologie*, 6: 111-135.
- PICAZO MILLÁN, J.V. (1990): “El yacimiento de «La Era» (Báguena, Teruel) y la Edad del Bronce en el Jiloca Medio y Sierras limítrofes”, *Estado actual de la Arqueología en Aragón. II. Comunicaciones*, Zaragoza: 127-150.
- (1991): “La Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro”, en BURILLO, F. (Dir.): 75-80.
- (1993a): *La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turolense. I: Los Materiales Cerámicos*, Monografías Arqueológicas del S.A.E.T., 7, Teruel.
- (1993b): “La Edad del Bronce y Primera Edad del Hierro”, en BURILLO, F. (Dir.): 73-75.
- POSAC, C. (1975): “Los Algarbes (Tarifa). Una necrópolis de la Edad del Bronce”, *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 4: 85-119.
- POVEDA NAVARRO, A.M. (1988): *El Poblado Ibero-Romano de «El Monastil» (Elda, Alicante). Introducción Histórico-Arqueológica*. Elda.
- POYATO, M.C. (1976-78): “Sector D: Cerro de Santa Catalina del Monte, Verdolay (Murcia)”, en *Simposi Internacional: Els Orígens del Món Ibèric*, Barcelona-Empúries, 1977, *Ampurias*, 38-40: 531-542.
- PRIEGO FERNÁNDEZ DEL CAMPO, M.C. (1991): “Pinturas rupestres del Abrigo de los Algibes en la Pedriza del Manzanares”, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 7: 87-125.
- PRIEGO, M.C. y QUERO, S. (1978): “Una obra maestra de la orfebrería prehistórica madrileña: el brazalete de oro de La Torrecilla (Getafe)”, *Revista de la Villa de Madrid*, 59: 17-23.
- (1983): “Actividades de la Sección Arqueológica del Museo Municipal durante 1982”, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 2: 285-314.
- (1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 8.
- PRIETO VÁZQUEZ, G. (1990): “Santa María la Blanca y la Mezquita de Tornerías: dos excavaciones de urgencia en Toledo”, *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo 1987, Toledo: 459-481.
- RAMOS MUÑOZ, J. y GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, R. (1990): “Prospección arqueológica superficial en el término

- municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz, Campaña 1990”, *Anuario Arqueológico Andalucía*, 1990/II: 64-75.
- RAMOS MUÑOZ, J., SÁEZ ESPLIGARES, A., CASTAÑEDA FERNÁNDEZ, V., CEPILLO GALVÁN, J., PÉREZ RODRÍGUEZ, M. y GUTIÉRREZ LÓPEZ, J.M. (1993): “La Edad del Bronce en San Fernando. Un modelo de formación económico-social periférico en la banda atlántica de Cádiz”, *Spal*, 2: 125-145.
- RAMOS, J., SÁEZ, A., CASTAÑEDA, V. y PÉREZ, M. (1994) (Coords.): *Aproximación a la Prehistoria de San Fernando. Un modelo de poblamiento periférico en la Banda Atlántica de Cádiz*, San Fernando.
- RENFREW, C. y BAHN, P. (1993): *Arqueología, Teorías, Métodos y Práctica*, Madrid.
- REY LANASPA, J. (1987): “La población prehistórica del interfluvio Flumen-Alcandre”, *Bolskan*, 4: 67-123.
- RINCÓN MORENO, M.C. y RAYÓN MAGÁN, O. (1990): “Prospecciones arqueológicas en Pantoja”, *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo*, Toledo, 1987, Toledo: 538-541.
- RIVERO DE LA HIGUERA, M.C. (1972-73): “Materiales inéditos de la Cueva del Boquique. Datos para una sistematización de la Edad del Bronce en Extremadura”, *Zephyrus*, XIII-XIV: 101-129.
- RODANÉS VICENTE, J.M. (1989): “La Cueva Sepulcral del Tragaluz”, *Estrato*, 1: 26-29.
- (1990): “Del Calcolítico al Bronce Final en Aragón. Problemas y perspectivas”, en *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, Zaragoza, 1990, Zaragoza: 299-335.
- (1991): “El poblamiento prerromano del Valle del Iregua”, *Estrato*, 3: 4-8.
- (1993): “Las cuevas sepulcrales en el Valle de Iregua. Reflexiones sobre su estudio e interpretación”, *Estrato*, 5: 8-12.
- RODANÉS, J.M., SÁENZ PRECIADO, P., SÁENZ PRECIADO, C., ILLARRAZA, J. y GARCÍA TRE, P. (1994): “La Cueva de San Bartolomé (Nestares, La Rioja)”, *Estrato*, 6: 16-19.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. y DELIBES DE CASTRO, G. (1973): “Hallazgos prehistóricos en la provincia de Orense”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 84, T. XXVIII: 52-61.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1995): “El «problema de la Beturia» en el marco del poblamiento protohistórico del Guadiana Medio”, en NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (Ed. y Coord.), *Homenaje a la Dra. D<sup>a</sup> Milagro Gil-Mascarell Boscà, Extremadura Arqueológica*, V: 157-175.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. (1985): *El yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid) en el marco del Grupo Cultural Cogotas I*, Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid, Valladolid, inédita.
- (1993): “«El Carrizal» (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 61-74.
- (1996): “La Cuesta de la Horca en Cevico Navero (Palencia): Un nuevo yacimiento amurallado de facies Proto/Cogotas I”, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia, Tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, Palencia, 1995, Palencia: 93-115.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y ABARQUERO MORAS, F.J. (1994): “Intervención Arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de «El Cementerio-El Prado», Quintanilla de Onésimo (Valladolid)”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1991/1992*, 5: 33-57.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y ARNÁIZ ALONSO, M.A. (1993): “Los Primeros Metalurgos en Burgos”, en *Historia de Burgos. Desde los orígenes hasta nuestros días. 1. Desde los Orígenes al año 1000*, Burgos: 75-86.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y PALOMINO LÁZARO, A.L. (en prensa): “Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos)”, *IIº Congreso de Arqueología Peninsular*, Zamora, 1996, Zamora: 579-590.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. y VAL RECIO, J. DEL (1990): “Nuevos datos para la interpretación de los «Hoyos» Cogotas I. Un silo de Barcial del Barco”, *Primer Congreso de Historia de Zamora. 2. Prehistoria y Mundo Antiguo*, Zamora, 1988, Zamora: 201-209.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, E., LARRÉN IZQUIERDO, H. y GARCÍA ROZAS, R. (1990): “Carta Arqueológica de Villafáfila”, *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»*: 33-76.
- ROJO GUERRA, M.A. (1985): *Edad del Bronce y Primer Hierro en la Tierra de Campos Palentina. I.- Antigua Cuenca de la Nava*. Memoria de Licenciatura inédita, Universidad de Valladolid.
- (1987): “Asentamientos prehistóricos en la Cuenca de la Nava: Estudio de sus relaciones”, *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, Tomo I, Castillo de Monzón*, 1985, Palencia: 409-423.
- ROJO GUERRA y VAL RECIO, J. DEL, (1990): “Arqueología Preventiva y de Gestión, 1984-1988: Valladolid”, *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, III: 319-332.
- ROMERO, H. y MESEGUER, J.S. (1988): “El Cerro del Cuco o de La Coronilla”, *Actas del Iº Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 335-342.

- ROMERO, H.S., SANZ DEL CERRO, E. y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): "La Encantada: ¿Bronce de La Mancha o Bronce Argárico?", *Actas del I<sup>er</sup> Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 119-127.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): "Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XLVI: 137-152.
- ROMERO CARNICERO, F. y DELIBES DE CASTRO, G. (1978): "Un vaso inciso de la Edad del Bronce hallado en Calatañazor", *Celtiberia*, 56: 305-309.
- ROMERO CARNICERO, M.V., ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G.J. (1993): "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica", en ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid: 223-261.
- ROS SALA, M.M. (1986a): "Datos para el estudio del Bronce Tardío y Final en el valle del Guadalentín: el poblado de las Cabezuelas (Totana, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2: 39-48.
- (1986b): "El Bronce Tardío y Final", en MAS GARCÍA, J. (Dir.), *Historia de Cartagena*, Tomo II, Murcia: 317-352.
- (1986-87): "El poblado de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del s. VI a.C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín", en *Homenaje al profesor García Nieto*, Madrid, 1984-85, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 13-14: 77-87.
- ROS SALA, M.M. y GARCÍA LÓPEZ, M.M. (1986): "Cerámicas del Bronce Tardío y Final de La Bastida (Totana, Murcia)", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*, Canarias, 1985, Zaragoza: 373-389.
- ROSA, R. DE LA (1991): "El Balconcillo del cañón del río Lobos: un yacimiento del Bronce Pleno en la zona oriental de la Meseta", *Soria Arqueológica*, 1: 69-86.
- (1994): "El Balconcillo del Cañón de Río Lobos. Un yacimiento de la Edad del Bronce en tierras sorianas", *Revista de Arqueología*, 154: 30-35.
- (1995): "El Balconcillo y su datación en el contexto de la Edad del Bronce de la Meseta", *Complutum*, 6: 1995: 193-201.
- ROSA, R. DE LA y CHAUSA, A. (1990): "Excavaciones en «El Balconcillo del cañón del río Lobos» (Ucero, Soria). Informe preliminar", *Celtiberia*, 79-80: 133-143.
- RUBIO COMINS, F. (1987): *Catálogo de materiales y yacimientos de la cultura del Bronce Valenciano, L'Ull del Moro*, I, Alcoy.
- RUBIO DE MIGUEL, I. y VALIENTE CÁNOVAS, V. (1985): "Aproximación al estudio económico de la Prehistoria de Cuenca a través de algunos yacimientos", *Trabajos de Prehistoria*, 42: 97-127.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1985): *Carta arqueológica de la campiña sevillana. Zona Sureste I*, Sevilla.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.L. (1992a): "La novia vendida, orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1: 219-252.
- (1992b): "Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en prehistoria", *Gala*, 1: 87-102.
- (1993): "El occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce", *Complutum*, 4: 41-68.
- (1995): "Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental", en RUIZ-GÁLVEZ, M.L. (Ed.), *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, *Complutum, Extra 5*: 79-83.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.L. y GALÁN DOMINGO, F. (1991): "Las Estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales", *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.
- RUIZ LARA, D. (1988): "Prospección arqueológica superficial en La Campiña de Córdoba", *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1988/II: 32-40.
- RUIZ MATA, D. (1987): "La formación de la cultura turdetana en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca", en RUIZ, A. y MOLINOS, M. (Coords.), *Iberos, Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, 1985, Jaén: 299-314.
- (1994a): "El Bronce Final en el Bajo Guadalquivir", en CASTRO PÉREZ, L. y REBORDA MORILLO, S. (Coords.), *Edad del Bronce, Actas del Curso de verano de la Universidad de Vigo*, Xinzo de Limia, 1993, Xinzo de Limia: 233-276.
- (1994b): "La secuencia prehistórica reciente de la zona occidental gaditana, según las recientes investigaciones", en *Arqueología del entorno del Bajo Guadiana*, Huelva: 279-328.
- RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C.J. (1995): *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)*, Biblioteca de Temas Portuenses, 5.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., NOCETE CALVO, F. y SÁNCHEZ RUIZ, M. (1986): "La Edad del Cobre y la argarización en tierras gienenses", en *Homenaje a L. Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 271-286.
- RUIZ TABOADA, A. (1994): "La Edad del Bronce en la cuenca media del Tajo", *1<sup>o</sup> Congreso de Arqueología Peninsular*, Porto, 1993, Actas III, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, Vol. 34 (1-2): 177-190.

- RUIZ ZAPATERO, G. (1981): "Las cerámicas excisas de la primera Edad del Hierro en Aragón", *Turiaso*, II: 11-32.
- (1982a): "Cerámica de Cogotas I en la Serranía Turolense (La Muela de Galve)", *Bajo Aragón, Prehistoria*, IV: 80-83.
- (1982b): "El poblado protohistórico de Siriguarach (Alcañiz, Teruel)", *Teruel*, 67: 23-55.
- (1983): "Modelos teóricos de invasiones/migraciones en arqueología prehistórica", *Informació Arqueològica*, 41: 147-157.
- (1984): "Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero", *Actas del Primer Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria: 169-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 83/85, Madrid.
- (1995): "El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las Invasiones", en BURILLO, F. (Coord.), *III Simposio sobre los celtíberos. El poblamiento celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 25-40.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A. (1988): "Elementos e influjos de tradición de «Campos de Urnas» en la Meseta Sudoriental", *Actas del I<sup>er</sup> Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (1)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 257-267.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1993a): "Arqueología Preventiva y de Gestión 1989/1990, Burgos", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 295-306.
- (1993b): "Aspectos industriales de la producción cerámica en época celtibérica. Los dermatoglifos", en ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (Eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*, Valladolid: 493-506.
- SÁENZ RIDUEJO, C., GARCÍA MARÍN, P. y GARCÍA SÁIZ, J.L. (1986): "Las rutas de la Mesta", *Cuadernos del Cauce* 2000, 10.
- SÁENZ DE URTURI, F. (1984): "Los Castros de Lastra (Caranca, Álava). XI campaña de excavaciones", *Arkeoikuska*, 84: 24-26.
- (1985): "Los Castros de Lastra (Caranca, Valle de Valdegobía, Álava). XII campaña de excavaciones", *Arkeoikuska*, 85: 28-30.
- (1988): "Los Castros de Lastra (Caranca, Álava). XV campaña de excavaciones", *Arkeoikuska*, 88: 24-27.
- (1994): "Los Castros de Lastra (Caranca). XXI campaña de excavaciones", *Arkeoikuska*, 94: 93-98.
- SÁEZ PÉREZ, L., FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y MARTÍNEZ PADILLA, C. (1975): "Excavaciones en el yacimiento de «La Cuesta del Negro» (Purullena), II. La estratigrafía", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1973, Zaragoza: 393-400.
- SÁIZ QUEVEDO, M.L. y FERNÁNDEZ SANDINO, J.A. (1990): *La cueva sepulcral I-6 (Pinillos, La Rioja)*, *Leza*, 2, Federación Riojana de Espeleología, Logroño.
- SANCHES, M.J. (1988): "O povoado de Lavra (Marco de Cavanases)", *Arqueologia*, 17: 125-134.
- (1996): *Ocupação Pré-histórica do Nordeste de Portugal*, Serie Monografías y Estudios de la Fundación Rei Alfonso Henriques, Editado con motivo del II Congreso de Arqueología Peninsular.
- SÁNCHEZ GARCÍA-ARISTA, M. (1985): "Materiales de la Edad del Bronce", en BRONCANO, S. y BLÁNQUEZ, J., *El Amarejo (Bonete, Albacete)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 139, Madrid: 323-355.
- (1989): "Materiales de la Edad del Bronce", en BRONCANO, S., *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 156, Madrid: 224-228.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): "Muriel: Aportación al problema del boquique en Castilla-La Mancha. Un yacimiento de la Edad del Bronce en Guadalajara", *Actas del I<sup>er</sup> Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*, Ciudad Real, 1986, Toledo: 197-204.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J., FERNÁNDEZ VEGA, A., GALÁN SAULNIER, C. y POYATO HOLGADO, C. (1983): *El Neolítico y la Edad del Bronce en la Región de Madrid, Arqueología y Paleoecología*, 3, Madrid.
- SÁNCHEZ-MONGE LLUSÁ, M. y VIÑÉ ESCARTÍN, A.I. (1993): "Excavación arqueológica en el solar de la Plaza Arias Gonzalo (Zamora)", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4: 263-280.
- SANDE LEMOS, F. (1988): "Notícia preliminar das sondagens realizadas em 1987 no vila fortificada de Anciaes", *Cadernos de Arqueologia*, Serie II, 5: 51-64.
- SANMARTÍ-GREGO, E. (1980): "Resultados de una prospección en el Cabezo del Cuervo, en Alcañiz (Teruel)", *Cypsela*, III: 103-115.
- SANTONJA GÓMEZ, M. (1987): "Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora)", en V.V.A.A., *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid: 199-210.
- SANTONJA GÓMEZ, M., SANTONJA ALONSO, M. y ALCALDE CRESPO, G. (1982): "Aspectos de la ocupación humana antigua del Cañón de la Horadada (Palencia)", *Publicaciones del Instituto Tello Téllez de Meneses*, 47: 337-392.
- SANZ GARCÍA, F.J., MARCOS CONTRERAS, G.J., MARTÍN CARBAJO, M.A., MISIEGO TEJEDA, J.C. y

- PÉREZ RODRÍGUEZ, F.J. (1994): "«La Aceña» (Huerta, Salamanca). Un campo de hoyos de Cogotas I en la Vega del Tormes", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1991/1992*, 5: 73-86.
- SCHUBART, H. (1975): "Cronología relativa de la cerámica sepulcral en la cultura de El Argar", *Trabajos de Prehistoria*, 32: 79-92.
- (1979): "Morro de Mezquitilla, informe preliminar sobre la campaña de excavaciones, 1976", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 6: 175-218.
- (1980): "Cerro de Enmedio. Hallazgos de la Edad del Bronce en el Bajo Andarax (Almería)", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5: 175-192.
- SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1978): "Fuente Álamo", *Madrider Mitteilungen*, 19: 21-51.
- (1983a): "Excavaciones en Fuente Álamo y la Cultura del Argar, I", *Revista de Arqueología*, 24: 16-27.
- (1983b): "Excavaciones en Fuente Álamo y la Cultura del Argar, II", *Revista de Arqueología*, 25: 54-63.
- (1983c): "Excavaciones en Fuente Álamo y la Cultura del Argar, III", *Revista de Arqueología*, 26: 56-63.
- (1986): "Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 289-307.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. y PINGEL, V. (1985a): "Fuente Álamo (Almería). Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce", *Anuario de Arqueología de Andalucía*, 1985/II: 305-312.
- (1985b): "Fuente Álamo. Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce", *Empuries*, 47: 70-107.
- SCHUBART, H. y ULREICH, H. (1991): Die Funde der Südostspanischen Bronzezeit aus der sammlung Siret. *Madrider Beiträge*, 17, Madrid.
- SCHÜLE, W. (1976): "Der bronzezeitliche schatzfund von Villena (Porv. Alicante)", *Madrider Mitteilungen*, 17: 142-179.
- SEMPERE, E. (1982): *Rutas a los alfares. España y Portugal*, Barcelona.
- SENNA-MARTINEZ, J.C. (1993): "O Grupo Baiões/Santa Luzia: Contribuições para uma tipologia da olaria", *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, 1: 93-123.
- (1995a): "O Povoado do Cabeço do Castro de S. Romão", en *A Idade do Bronce em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 61-67.
- (1995b): "Entre Atlântico e Mediterrâneo: Algumas Reflexões sobre o Grupo Baiões/Santa Luzia e o Desenvolvimento do Bronce Final Peninsular", en *A Idade do Bronce em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 118-123.
- SENNA-MARTÍNEZ, J.C., VALERA, A.C.N., TEIXEIRA, C. y VENTURA, J.M.Q. (1993): "A ocupação de Bronze Final da «Sala 20» do Buraco da Moura de São Romão", *Trabalhos de Arqueologia da E.A.M.*, 1: 125-135.
- SERNA, M.R., ESCACENA, J.L. y AUBET, M.E. (1984): "Nuevos datos para una diferenciación del Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir", en WALDREN, W.H., CHAPMAN, R., LEWTHWAITE, J. y KENNARD R.C. (Eds.), *Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*, British Archaeological Reports, International Series, 229, Oxford: 1051-1083.
- SESMA SESMA, J. (1991): "Monte Aguilar: un poblado del Bronce Medio-Tardío en las Bardenas Reales de Navarra", *XX Congreso Nacional de Arqueología*, Santander, 1989, Zaragoza: 307-314.
- (1993): "Aproximación al problema del hábitat campaniforme: el caso de las Bardenas Reales de Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 53-119.
- (1994): *La ocupación protohistórica de Las Bardenas Reales*, Tesis Doctoral leída en la Universidad de Navarra, Pamplona, inédita.
- (1995): "Diversidad y complejidad de poblamiento de Navarra en la Edad del Bronce", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3: 147-184.
- SESMA, J. y GARCÍA, M.L. (1994a): "Prospecciones en las Bardenas Reales de Navarra, Campaña de 1991", *Eusko Ikaskuntza, Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, 5: 201-221.
- (1994b): "La ocupación desde el Bronce Antiguo a la Edad Media en las Bardenas Reales de Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 2: 89-218.
- SEVILLANO CARBAJAL, V. (1978): *Testimonio Arqueológico de la Provincia de Zamora*, Zamora.
- SHERRATT, A. (1981): "Plough and pastoralism: aspect of the secondary products revolution", en HODDER, G. y HAMMOND, N. (Eds.), *Pattern of the Past. Studies in Honour of David Clarke*, Cambridge: 261-305.
- (1986) "Cups that cheered", en WALDREN, W.H. y KENNARD, R.C. (Eds.), *The Bell Beakers of the Western Mediterranean*, British Archaeological Reports, International Series, 331, Oxford: 81-114.
- SIERRA DE LA CALLE, B. (1991): *Catay. El Sueño de Colón. Las Culturas China y Filipina en el Museo Oriental de Valladolid*, Valladolid.
- SIERRA VIGIL, J.M. y SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1995): "Las cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos", en BURILLO, F. (Coord.), *III Simposio sobre Celtiberos. El Poblamiento Celtibérico*, Daroca (Zaragoza), 1991, Zaragoza: 389-398.

- SILVA, A.C.F. DA (1993): "A Idade do Bronze em Portugal", en SILVA, A.C.F., RAPOSO, L. y SILVA, C.T., *Pré-História de Portugal*, Universidad Aberta, Lisboa: 234-293.
- SILVA, A.C.F. DA y GOMES, M.V., (1993): *Proto-História de Portugal*, Universidad Aberta, Lisboa.
- SILVA GATA, J.F. y MACARRO RODRÍGUEZ, J.A. (1996): "El yacimiento de la Edad del Bronce del «Polígono 25» en Alcalá de Henares: Primeros resultados", *Reunión de Arqueología Madrileña*, Madrid, 1996, Madrid: 138-141.
- SIMÓN GARCÍA, J.L. (1988): "Colecciones de la Edad del Bronce en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante. Ingresos de 1967 a 1985 e Illeta dels Banyets de El Campello", en *Ayudas a la Investigación 1984-1985. II. Arte, Arqueología y Etnología*, Instituto de Estudios Juan Gil Albert, Alicante: 111-134.
- (1989): "La Edad del Bronce en Jávea (Alicante)", *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Castellón de la Plana, 1987, Zaragoza: 429-440.
- (1995): *La Metalurgia Prehistórica en el País Valenciano*, Tesis Doctoral leída en la Universidad de Alicante, Alicante, inédita.
- SIMÓN, J.M., LOSCOS, R.M., HERRERO, M.A. y MARTÍNEZ, M.R. (1987-88): "Tres excavaciones de urgencia en Cuencas Mineras Turolenses", *Kalathos*, 7-8: 63-87.
- SIMÓN, J.M., LOSCOS, R. y MARTÍNEZ, R. (1991): "El Castillo, Piedrahita", en BURILLO, F. (Dir.): 335-356.
- SIRET, E. y L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores desde 1881 a 1887*, Barcelona.
- SOARES, J. y TAVARES DA SILVA, C. (1995): "O Alemtejo Litoral no Contexto da Idade do Bronze do Sudoeste Peninsular", en *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 136-139.
- SOLER DÍAZ, J.A. (1993): *Prehistoria de Alicante*, Diputación Provincial de Alicante, Alicante.
- SOLER GARCÍA, J.M. (1953): "Poblado de Cabezo del Cuervo", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, I, cuadernos 1-3: 38-43.
- (1965): *El Tesoro de Villena*, Excavaciones Arqueológicas en España, 36, Madrid.
- (1986): "La Edad del Bronce en la comarca de Villena", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almanzora (Almería), 1984, Sevilla: 381-404.
- (1987): *Excavaciones Arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante.
- SORIANO SÁNCHEZ, R. (1984): "La Cultura del Argar en la Vega Baja del Segura", *Saguntum*, 18: 103-143.
- (1985): "Contribución al estudio del Bronce Tardío y Final en la Vega Baja del Segura", *Saguntum*, 19: 107-119.
- SOTO RODRÍGUEZ, E. (1983): "Análisis de los restos faunísticos del yacimiento de «fondos de cabaña» de Getafe", *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 2: 277-284.
- (1984): "Estudio Paleontológico", en JIMENO, A. (1984a): 323-333.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1927): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Científicas, 86.
- (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria*, C.S.I.C., Madrid.
- TARRADELL MATEU, M. (1963): *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización. Ensayo de Síntesis*. Valencia.
- (1969): "La Cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación", *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10: 19-26.
- TEJERA GASPAS, A. (1978): "El Bronce Final en el Bajo Guadalquivir y su problemática", *Huelva Arqueológica*, IV: 181-196.
- (1979): "Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla). Un Poblado del Bronce Medio y Final en la Marisma del Guadalquivir", *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977, Zaragoza: 203-210.
- (1985): "Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 26: 89-116.
- TRELIS, J. (1983): "Un fragmento de cerámica del Bronce Tardío de la Sima del Pinaret del Mas Nou, Alcoy, (Alicante)", *Revista Fiesta Moros y Cristianos de Alcoy*: 118-120.
- (1984): "La Edad del Bronce", en *Alcoy, Prehistoria y Arqueología. Cien años de investigación*, Alcoy: 195-216.
- (1988): "El yacimiento de la Edad del Bronce de Mas del Corral (Alcoy-Alicante). Recientes campañas de excavación", *Revista Fiesta de San Jorge. Moros y Cristianos de Alcoy*.
- (1992): "Excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce del Mas del Corral (Alcoy-Alicante)", *Recerques del Museu d'Alcoi*, 1: 85-89.
- ULREICH, H., NEGRETE, M.A. y PUCH, E. (1993): "Verzierte Keramik von Hoyas del Castillo, Pajaroncillo (Cuenca), Schnitt 4", *Madridrer Mitteilungen*, 34: 22-47.
- (1994): "Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), Corte 4", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LX: 105-139.
- UNZUETA, M. y MARTÍNEZ, A. (1989-93): "Proyecto de variante y túnel entre las Conchas de Haro y el cruce de Briñas", *Arqueología de Urgencia en Álava*, 1989/1993: 43-60.
- URIBARRI, J.L. y LIZ, C. (1973): "El Arte Rupestre de Ojo Guareña. La Cueva de Kaite", *Trabajos de Prehistoria*, 30: 69-120.



- URIBARRI ANGULO, J.L., MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J.M. y LEIS MUÑOZ, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos, I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*, Burgos.
- URIOL SALCEDO, J.I. (1990): *Historia de los Caminos de España. I. Hasta el siglo XIX*, Colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería, n.º 33, Madrid.
- VALDEÓN BARUQUE, J. (1994): "La Mesta y el pastoreo en Castilla en la Baja Edad Media", en ANES, G. y GARCÍA SANZ, A., (Coords.), *Mesta, Trashumancia y Vida Pastoril*, Madrid: 49-64.
- (1995): "La Edad Media: Origen y consolidación de León y Castilla", en GARCÍA SIMÓN, A. (Ed.), *Historia de una Cultura. I. Castilla y León en la Historia de España*, Valladolid: 199-294..
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F. (1985): *La Alcazaba de Badajoz*, Excavaciones Arqueológicas en España, 144, Madrid.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1981): "EL Pico de la Muela (Valera de Abajo. Cuenca)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 85-134.
- VALIENTE MALLA, J. (1984a): "Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del bronce al Hierro en el Alto Henares", *Wad-Al-Hayara*, 11: 9-85.
- (1984b): "El abrigo de Peña Corva, en Santamera (Riofrío del Llano, Guadalajara)", *Wad-Al-Hayara*, 11: 271-288.
- (1992a): "El Cerro Padrastro de Santamera y la Protohistoria del Valle del Henares", en *La celtización del Tajo Superior, Memorias del Seminario de Historia Antigua*, III, Universidad de Alcalá: 11-44.
- (1992b): *La Loma del Lomo II. Cogolludo (Guadalajara)*, Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha, Toledo.
- VALIENTE, J., CRESPO, M.L. y ESPINOSA, C. (1986): "Un aspecto de la Celtización en el Alto y Medio Henares. Los Poblados de Ribera", *Wad-Al-Hayara*, 13: 47-70.
- VALIENTE, J. y VELASCO, M. (1986): "El Cerro Almudejo (Sotodosos, Guadalajara). Un asentamiento de transición del bronce al hierro", *Wad-Al-Hayara*, 13: 71-90.
- VICENT, A.M. y MUÑOZ, A.M. (1973): *La segunda campaña de excavaciones, la Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba), 1969*, Excavaciones Arqueológicas en España, 77, Madrid.
- VICENTE REDÓN, J. (1982): "Excavaciones arqueológicas realizadas en la provincia de Teruel durante 1982, Cabezo del Cuervo (Alcañiz)", *Teruel*, 68: 243-252.
- VILAÇA, R. (1995a): "O Povoado da Moreidinha" en *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 46.
- (1995b): "A Estação Arqueológica de Monte do Frade" en *A Idade do Bronze em Portugal. Discursos de Poder*, Museo Nacional de Arqueología, n.º 33: 55.
- DRIESCH, A. VON DEN (1974): "Informe preliminar, acerca de los huesos de animales del corte 3 del «Cerro de la Encina» (Monachil, Granada)", en ARRIBAS PALAU, A. *et alii*: 151-157.
- V.V.A.A. (1982): *Arqueología Burgalesa*, Burgos.
- WATTENBERG, F. (1957): "Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, XXXIII: 189-191.
- WALKER, M.J. (1983): "Laying a mega-myth: Dolmens and drovers in prehistoric Spain", *World Archaeology*, Vol. 15, n.º 1: 37-50.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1975): "Contribución al estudio del Bronce Final en la Meseta Norte: las cerámicas incisas de la Cueva de la Vaquera o Fuentedura, Torreiglesias (Segovia)", *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1973, Zaragoza: 529-544.
- (1976): *Excavaciones en la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias (Segovia)*, Segovia.
- (1987): "Segovia en la Antigüedad", en *Historia de Segovia*, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Segovia, Segovia.



